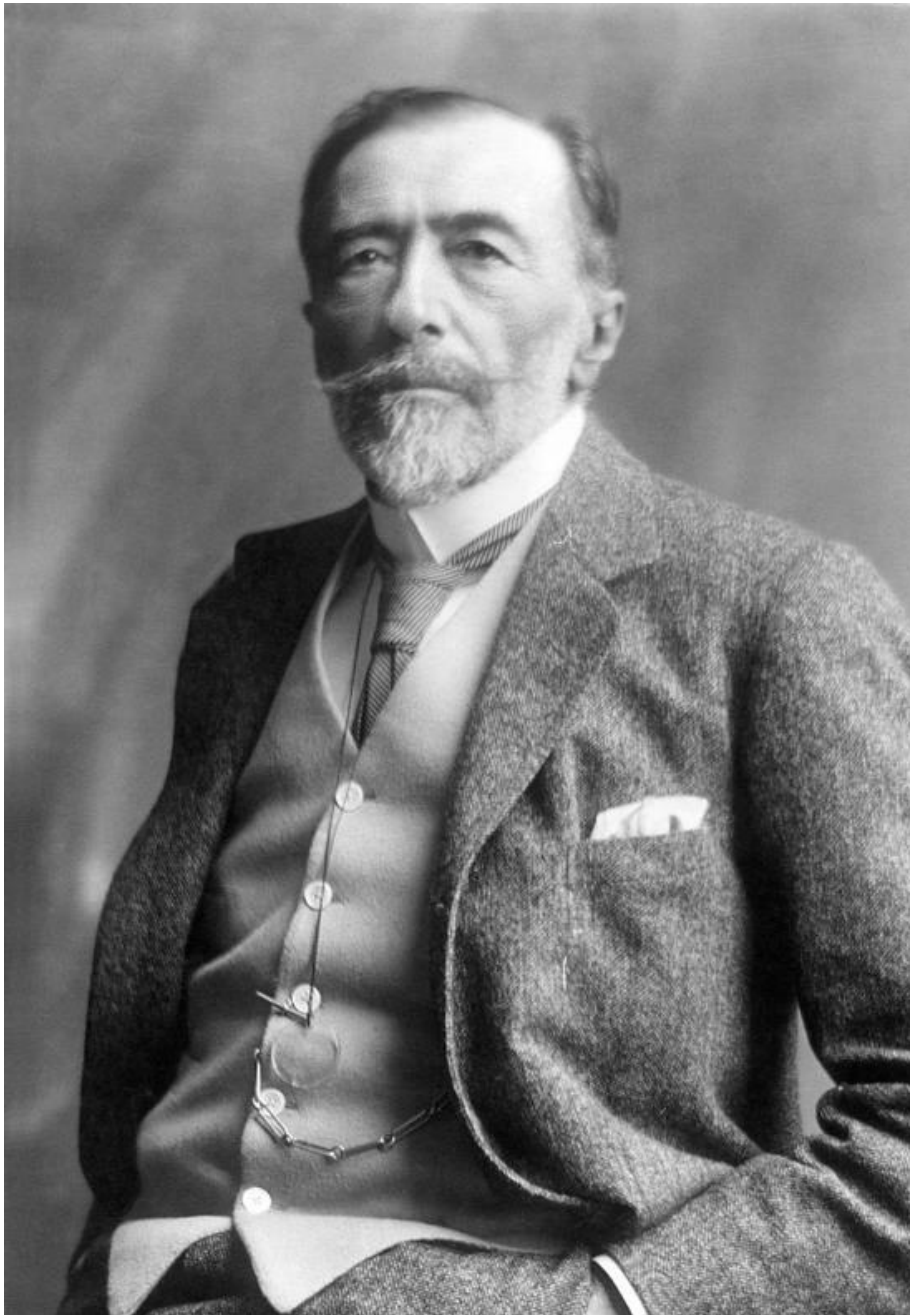


Joseph Conrad

Narrativa breve completa



BIBLIOTECA DIGITAL MINERD-DOMINICANA LEE

Título original: *Narrativa breve completa*

Joseph Conrad, 1896

LOS IDIOTAS

Íbamos de camino desde Tréguier a Kervanda. Avanzamos a trote ligero entre los setos que quedaban sobre los cortados de arena que había a ambos lados de la carretera, y, cuando llegamos al borde de la fuerte pendiente que hay antes de Ploumar, el caballo se puso al paso y el cochero bajó del pescante con pesadez. Hizo chasquear el látigo y subió la pendiente marchando con torpeza junto al carruaje, con la mano en el estribo y la mirada fija en el suelo. Levantó de pronto la mirada, apuntó hacia lo alto de aquel trecho y dijo:

—¡El idiota!

El sol brillaba con violencia sobre la ondulante superficie de la tierra. Las cimas estaban coronadas por pequeños grupos de delgados árboles cuyas ramas quedaban recortadas contra el cielo como si alguien las hubiese levantado sobre unos zancos. Los pequeños campos, delimitados por setos y muros de piedra, que zigzagueaban sobre las colinas con su aspecto de parches y retazos rectangulares de verdes amarillos e intensos, parecían los torpes brochazos de un pintor aficionado. El paisaje estaba dividido en dos por la franja blanca del camino, que se prolongaba en la distancia sinuosamente como si se tratara de un río de polvo que descendiera hacia el mar bordeando las colinas.

—¡Ahí está, ahí está! —dijo de nuevo el cochero.

En medio de la alta hierba que quedaba junto a la carretera, un rostro se asomó a la altura de las ruedas cuando nosotros pasábamos con el carruaje. Aquella cara de idiota estaba totalmente roja y la cabeza con forma de pepino tenía el pelo cortado al rape, por lo que la impresión era la misma que si lo hubiesen degollado y le hubiesen hundido el mentón en el polvo. El cuerpo desaparecía entre los altos arbustos que crecían junto a la cuneta.

Era un rostro de muchacho. A juzgar por el tamaño debía de tener unos dieciséis años, puede que un poco menos o un poco más. A criaturas como ésa el

tiempo las olvida y pueden llegar a vivir sin que los años las rocen hasta que la muerte las hace entrar en su piadoso seno, esa misma muerte fiel que no olvida en su ejercicio ni al más pequeño de sus hijos.

—¡Ah, pero si hay otro! —dijo el hombre con cierto tono de satisfacción en la voz, como si hubiese visto algo inesperado.

Y había otro. El otro estaba de pie casi en medio de la carretera bajo aquel sol abrasador y donde su propia sombra achatada terminaba. Tenía cada una de las manos metida en la manga opuesta de un chaquetón largo y la cabeza hundida entre los hombros, como si lo aplastara aquel diluvio de fuego. De lejos tenía el aspecto de alguien que estuviera pasando un frío enorme.

—Son gemelos —dijo el cochero.

El idiota se apartó un par de pasos de la carretera y se quedó mirándonos por encima del hombro cuando pasamos a su lado. Tenía una mirada inquietante y fija, una mirada llena de fascinación, pero no se dio la vuelta para observarnos. Lo más probable es que la imagen pasara frente a él sin dejar la más mínima huella en aquel cerebro deforme. Cuando llegamos a lo alto de la pendiente, volví el rostro para echarle un vistazo más a aquella criatura. Seguía allí, en el camino, justo en el mismo punto en el que acabábamos de dejarlo.

El cochero subió de nuevo a su silla, chasqueó la lengua y comenzamos a ir colina abajo. De cuando en cuando, el freno chirriaba de un modo terrible. Cuando llegamos al pie de la colina, el ruidoso mecanismo se fue ensordeciendo y el cochero se dio la vuelta en el pescante y anunció:

—Iremos viendo algunos más de cuando en cuando.

—¿Más idiotas? ¿Pero cuántos hay? —pregunté.

—Son cuatro, eran hijos de un granjero que vive en los alrededores de Ploumar... Los padres ya no viven —añadió poco después—, la granja la lleva la abuela. De día las criaturas vagan por el camino y por la tarde vuelven a casa junto al ganado... Es una buena granja.

Vimos a los otros: un chico y una chica, o eso fue lo que dijo el cochero. Iban vestidos exactamente igual, con unas ropas sin forma y algo parecido a una falda. Aquel ser imperfecto que vivía en su interior les hizo aullarnos desde lo alto del terraplén en el que estaban recostados entre gruesos tallos de aulagas. Sus cabezas

rapadas y oscuras contrastaban con la reluciente pradera cubierta de pequeños brotes. Las caras se amorataron por el esfuerzo del grito y sus voces tenían un sonido vacío y quebrado, como si se tratara de una imitación mecánica de la voz de un anciano; en cuanto doblamos el recodo, cesaron de pronto.

Los vi muchas veces durante mis vagabundeos por la zona. Vivían en aquella carretera. Recorrían el camino y aparecían de cuando en cuando obedeciendo a los impulsos de su misteriosa oscuridad. Eran una ofensa a la luz del sol, un reproche al cielo abierto, una maldición al vigor concentrado y nítido de aquel paisaje campestre. Poco a poco, fue conformándose frente a mí la historia de sus padres gracias a los indolentes comentarios que fui escuchando en respuesta a mis innumerables preguntas en las fondas que había en los caminos cercanos, o incluso en el mismo camino en el que vivían los idiotas. Parte de la historia me la contó un viejo decadente y escéptico que tenía un látigo enorme mientras recorríamos una playa junto a una carreta cargada de algas chorreantes. Más tarde, y en otras ocasiones, hubo más personas que fueron respondiendo a mis preguntas y completando la historia hasta que por fin se desplegó por completo frente a mí: una historia sencilla y al mismo tiempo extraordinaria, tal y como suelen serlo aquellas que incluyen la presencia de alguna oscura tragedia sufrida por un alma simple.

Cuando Jean-Pierre Bacadou regresó de su servicio militar se encontró con que sus padres habían envejecido terriblemente. Descubrió con dolor que el trabajo de la granja había sido un poco descuidado. El padre ya no tenía la misma energía de antes y los peones se aprovechaban de la poca vigilancia de su señor. Jean-Pierre comprobó con lástima que el montón de abono que había en el patio en el que estaba la única entrada a la casa no era tan grande como debería; había que arreglar también las vallas y algunas piezas de ganado no estaban siendo atendidas como era preciso. La madre estaba en el interior de la casa y se pasaba prácticamente todo el día metida en la cama, mientras que las muchachas no hacían más que parlotear en la cocina de la mañana a la noche sin que nadie les llamara la atención. Se dijo a sí mismo: «Todo esto tiene que cambiar», y habló con su padre sobre el asunto mientras los rayos del atardecer que cruzaban el patio cubrían de franjas luminosas las densas sombras de los cobertizos. Sobre la montaña de estiércol flotaba una nube opalescente y olorosa, y las gallinas se detenían de cuando en cuando para contemplar con sus pequeños ojos redondos a aquellos dos hombres altos y corpulentos que se dirigían el uno al otro con un tono tan áspero. Tanto el viejo, totalmente retorcido debido al reumatismo y a los años de trabajo, como el joven, apuesto y estirado, hablaban entre ellos sin gesticular, a la manera indiferente de los campesinos, con lentitud y gravedad. Antes de que el

sol se pusiera, el padre ya se había rendido a las razones de su hijo.

—No te lo digo por mí —insistió Jean-Pierre—, sino por la tierra. Me duele verla tan mal trabajada. No creas que me impaciento por mí.

El anciano asentía apoyado en su bastón.

—Está bien, de acuerdo —murmuró—, puede que tengas razón. Haz lo que te parezca. Tu madre estará encantada.

La madre estaba encantada con su nuera. Jean-Pierre introdujo la carreta en el patio con energía. El caballo trotaba de una manera un poco torpe, y la novia y el novio, sentados uno al lado del otro, iban balanceándose de adelante hacia atrás, debido al ritmo de los empujones, de una manera un tanto irregular y brusca. Por el camino iban avanzando también los invitados de la boda, a cierta distancia, de dos en dos y en pequeños grupos. Los hombres avanzaban con paso firme meciendo los brazos al caminar. Iban vestidos con elegancia, con chaquetas cortas, recios sombreros negros y enormes botas recién lustradas. Las mujeres iban vestidas de negro, con cofias blancas y chales de tintes desvaídos doblados en forma de triángulo sobre los hombros ligeramente ladeados. Frente a todos ellos, un violinista tocaba una melodía estridente y la gaita sonaba a su lado, mientras el gaitero ejecutaba una solemne danza levantando en alto los zuecos. Aquella sombría procesión iba apareciendo y desapareciendo por las colinas, entrando en la sombra o saliendo a la luz, entre campos y valles, asustando a los pajaritos e inclinándose tan pronto a la izquierda como a la derecha. Cuando llegó al patio de la granja Bacadou, aquella cinta negra volvió a aglutinarse en una masa de hombres y mujeres apiñados entre gritos y saludos. La gente recordó aquel banquete de boda durante meses. Hubo una fiesta espléndida en el huerto. Hubo granjeros, conocidos por su conducta siempre recta e intachable, que acabaron durmiendo en la cuneta a lo largo de todo el camino a Tréguier, incluso hasta la tarde del día siguiente. Todos los habitantes del campo quisieron participar de la alegría de Jean-Pierre, quien permaneció sobrio y en compañía de su tranquila esposa un poco al margen, para que fueran su padre y su madre quienes recibieran todos los honores y los agradecimientos. Pero al día siguiente se hizo cargo con posesión férrea de la granja y los viejos sintieron que una sombra —anticipo de la tumba— caía sobre ellos de manera implacable. El mundo pertenece a los jóvenes.

Cuando nacieron los gemelos había espacio de sobra en la casa, ya que la madre de Jean-Pierre había cambiado de residencia y ahora habitaba bajo una pesada losa en el cementerio de Ploumar. Aquel mismo día, por primera vez desde

la boda de su hijo, el viejo Bacadou (desatendido por las nuevas mujeres que ahora se encargaban de la cocina) abandonó su puesto frente a la repisa de la chimenea y se dirigió hacia el establo vacío acariciándose el pelo cano. Tener nietos estaba bien, pero él quería seguir tomando su sopa a mediodía. Cuando vio a los bebés se quedó observándolos con atención durante un rato y murmuró algo parecido a: «Esto es demasiado». Es imposible saber si se refería a la cantidad de felicidad o de descendientes. Parecía ofendido —al menos todo lo ofendido que podía mostrarse aquel rostro de piedra—, y durante los días posteriores sólo se lo pudo ver, casi a cualquier hora del día, sentado en la entrada con la nariz apoyada en las rodillas y la pipa en los labios, concentrado en una especie de hostilidad hermética. En una ocasión le habló a su hijo sobre los recién llegados con un gruñido quejumbroso:

—Se acabarán peleando por la tierra.

—Padre, no te preocupes por eso —respondió Jean-Pierre con estolidez y, echado hacia delante, siguió tirando de una testaruda vaca.

Era feliz, y su mujer Susan también lo era. No se trataba tan sólo de la etérea alegría de haber traído dos nuevas almas a la vida, y quizá a la eternidad. En unos catorce años los chicos resultarían de una gran ayuda, y a Jean-Pierre le gustaba imaginarse a sus hijos ya adultos recorriendo la propiedad de parte a parte, sacándole el fruto debido a aquella tierra fértil y amada. Susan también era feliz, porque nunca había deseado que nadie dijera de ella que era una mujer poco afortunada y, ahora que tenía dos hijos, nadie se atrevería jamás a decir semejante cosa. Tanto ella como su marido habían visto mundo: él durante su servicio militar; ella había pasado un año o dos en París con una familia bretona, pero sintió nostalgia y no quiso permanecer demasiado tiempo alejada de la región verde y rocosa, rodeada de acantilados y playas en la que había nacido. Fantaseaba con que uno de sus hijos fuese sacerdote, pero no le decía ni una sola palabra sobre el asunto a su marido, que era republicano y odiaba a los «cuervos», tal y como solía llamar a aquellos ministros de la religión. El bautizo fue una ceremonia impresionante. Acudió toda la comarca al completo, porque los Bacadou tenían mucho dinero, eran influyentes y había determinadas ocasiones en las que no les importaba no reparar en gastos. El abuelo estrenó un traje nuevo.

Meses más tarde, una noche, cuando ya habían barrido la cocina y cerrado las puertas, Jean-Pierre se inclinó sobre las cunas y le preguntó a su mujer:

—¿Qué le sucede a los niños?

Y como si esas palabras hubiesen encerrado un mal augurio contenido durante mucho tiempo, ella contestó con un sonoro gemido que tuvo que oírse al otro lado del patio y hasta la pocilga, porque los cerdos (los Bacadou tenían los mejores de la comarca) se agitaron y gruñeron en medio de la oscuridad. El marido siguió masticando su pan con mantequilla, mirando hacia la pared mientras el plato de sopa humeaba bajo su mentón. Había regresado tarde del mercado y era allí donde había escuchado (y no se trataba de la primera vez) algunas murmuraciones a sus espaldas. Había estado dándole vueltas a aquellas palabras durante todo el trayecto de vuelta a casa. «¡Retrasados! ¡Los dos...! Nunca servirán para nada... Ya veremos, ya veremos. Le preguntaré a mi mujer». Ésa fue su respuesta. Cuando la oyó, sintió una especie de golpe en el pecho y se limitó a decir:

—Anda, tráeme un poco de sidra, que estoy sediento.

Ella salió gimiendo con la jarra vacía en la mano y él se puso en pie, cogió la vela y se acercó lentamente a las cunas. Estaban dormidos. Los miró de soslayo, dejó de masticar el bocado que tenía en la boca y regresó de nuevo lentamente a sentarse frente a su plato. Cuando volvió su mujer, él ni siquiera alzó la vista; sorbió un par de cucharadas más y añadió con desidia:

—Cuando duermen son como los hijos de cualquiera.

Ella se sentó a su lado con brusquedad en un taburete y se abandonó a una muda tempestad de sollozos. Él terminó de cenar y se quedó echado hacia atrás en su asiento con languidez y la mirada perdida entre los negros travesaños del techo. Frente a él, la vela de sebo llameaba roja y esbelta, despedía un leve hilo de humo negro. La luz se posaba sobre la piel tostada y curtida de su garganta, y sus mejillas hundidas dibujaban trazos en la oscuridad; tenía un aspecto de lúgubre impasibilidad, como si estuviese rumiando con mucho esfuerzo una enorme cantidad de ideas. Al final dijo con solemnidad:

—Tendríamos que consultar a alguien. No llores más... No van a ser todos así, te lo aseguro. Por lo pronto vamos a dormir.

Cuando nació el tercero, también un niño, Jean-Pierre reanudó su trabajo con una tensa esperanza. Sus labios parecían más finos, como si estuviesen más comprimidos que antes, como si temiera que la tierra que estaba labrando pudiese oír la esperanza que albergaba en su pecho. Contemplaba al pequeño acercándose hasta la cuna y haciendo sonar sus pesados zuecos, y asomaba la mirada de

soslayo, con esa indiferencia que parece una malformación del espíritu campesino. A semejanza de la tierra a la que sirven y por la que están esclavizados, también los campesinos son lentos en el mirar y en el hablar, jamás muestran lo que sucede en su interior, hasta el punto de que uno acaba preguntándose —al igual que con la tierra— qué habrá por debajo: fuego, violencia, una fuerza terrible y misteriosa, o tal vez tierra sin más, una masa inerte, fría e insensible que no hace más que sostener una multitud de plantas a las que prolonga la vida o provoca la muerte.

La madre tenía otra mirada, escuchaba con oídos expectantes. Bajo aquellas estanterías de las que colgaban trozos de tocino, se ocupaba de varias tareas: vigilaba la cazuela que se mecía sobre los montantes de hierro, limpiaba la mesa en la que a los pocos minutos estarían sentados los peones de la labor, pero su alma no se apartaba de la cuna ni un instante y estaba en suspenso noche y día, esperando y sufriendo. Al igual que sus dos hermanos, aquel niño nunca sonrió, nunca alzó las pequeñas manos, nunca articuló una palabra, nunca regaló una mirada de reconocimiento con sus enormes ojos negros, unos ojos que apenas podían seguir el destello de un rayo de luz sobre el suelo. Mientras los hombres trabajaban en el campo, ella pasaba los días entre aquellos tres hijos idiotas y un abuelo senil que estaba sentado con el ceño fruncido e imperturbable y con los pies cerca de las cenizas calientes del hogar. El anciano parecía sospechar que había algo que no iba del todo bien con sus nietos. En una ocasión, puede que por afecto o por simple sentido de la propiedad, intentó jugar con el más pequeño. Lo levantó del suelo e intentó hacerlo galopar sobre sus huesudas rodillas al mismo tiempo que chasqueaba la lengua. A continuación estuvo observándolo un buen rato con el ceño fruncido y lo volvió a dejar sobre el suelo con cuidado. Se quedó allí sentado con las piernas cruzadas, meneando la cabeza ante el guiso borbotante del caldero con una expresión senil y preocupada.

Después, una muda aflicción inundó la granja Bacadou, que compartía pan y aire con sus habitantes, y el párroco de Ploumar encontró un gran motivo de alegría. Fue a visitar a un rico terrateniente, el marqués de Chavanes, para exponerle con gozosa prolijidad algunas solemnes tonterías sobre los inescrutables designios de la Providencia. En medio de la enorme semipenumbra de aquel salón repleto de cortinajes, ese pequeño hombrecillo se inclinaba hacia un sofá con el sombrero sobre las rodillas y hacía gestos con sus hinchadas manos ante las tenues formas flotantes del pulcro vestido parisiense de la marquesa, que escuchaba con languidez, entre divertida y amable. Se sentía eufórico y sobrecogido, exultante y humilde al mismo tiempo. Había sucedido algo imposible: Jean-Pierre Bacadou, el recalcitrante republicano, había ido a misa el domingo anterior. ¡Y hasta se había ofrecido a alojar a sacerdotes que acudieran a Ploumar durante las próximas

fiestas! Aquello era todo un triunfo para la Iglesia y su causa.

—Pensé que tenía que venir cuanto antes a decírselo al señor marqués, sé lo mucho que le preocupa el bienestar de la nación —dijo el sacerdote secándose la cara. Lo invitaron a cenar.

Los Chavanes, mientras regresaban de acompañar a su invitado hasta la reja principal, comentaron el episodio bajo la luz de la luna, deslizándose sus sombras por entre la recta arboleda de los castaños. El marqués era evidentemente monárquico y prefecto del distrito que comprendía Ploumar, los pocos puebluchos que había junto a la costa y los islotes que se dibujaban en medio de la monotonía amarilla de las playas. Su posición le había parecido insegura, porque en aquella zona del país había una mayoría republicana de lo más inquietante. Pero ahora, la conversión de Jean-Pierre lo tranquilizaba. Se sentía muy complacido.

—No te imaginas hasta qué punto ese tipo de personas supone una influencia —le dijo a su mujer—. Estoy convencido de que las cosas me van a ir muchísimo mejor en las próximas elecciones del distrito. Creo que saldré reelegido.

—Tu ambición me parece absolutamente insaciable, Charles —exclamó alegremente la marquesa.

—Pero *ma chère amie* —dijo el marido con seriedad—, es muy importante que este año, con motivo de las elecciones de la Cámara, se elija prefecto al hombre más indicado. Si piensas que me hace mucha gracia...

Jean-Pierre se había rendido ante su suegra. La señora Levaille era una mujer de negocios muy conocida y respetada en un radio de quince millas. Se la podía ver por toda la comarca, siempre vigorosa y dinámica, a pie o en el interior del coche de algún conocido, moviéndose sin descanso, a pesar de sus cincuenta y ocho años, a la caza de nuevas posibilidades de negocio. Era dueña de muchas casas de campo y se dedicaba a la explotación de canteras de granito y a expedir fletes de piedra. Comerció hasta con algunas de las islas del Canal. Tenía unas mejillas amplias, ojos grandes y una lengua convincente, y era capaz de defender sus argumentos con la tranquila terquedad de una anciana que sabe lo que quiere. Casi nunca dormía más de dos noches seguidas en la misma casa y la mejor forma de saber dónde se encontraba era preguntar en las posadas y en las hosterías. Casi siempre acababa de pasar, o iba a pasar por allí a las seis, o alguien que había llegado esa mañana la había visto o había quedado para encontrarse con ella esa misma noche. Después de las posadas que estaban a lo largo del camino, el

segundo lugar que más frecuentaba era la iglesia. Los hombres de pensamiento más liberal solían pedirle a cualquier chiquillo de la calle que entrara en el recinto sagrado para decirle que tal o cual persona estaba esperándola en la calle y tenía algo que decirle sobre unas patatas, o sobre unos sacos de harina, o sobre una partida de piedras, o sobre una casa, y ella agilizaba sus rezos y salía a la calle a los pocos minutos, achinando los ojos debido al contraste de luz, totalmente dispuesta a hablar de negocios con tranquilidad y sensatez en la posada más cercana. En la última temporada se había alojado varias veces en la casa de su yerno con la intención de aliviar sus penas y su mala fortuna con palabras comprensivas y amables. Jean-Pierre poco a poco sintió que se iban desvaneciendo las ideas que había adquirido en el servicio militar, y no precisamente por argumentos, sino por hechos palpables. Pensó en el asunto con detenimiento mientras paseaba por sus campos. Tres eran sus hijos. ¡Tres! ¡Y todos iguales! ¿Por qué? Aquellas cosas no le sucedían al común de los mortales, al menos no le había sucedido a nadie que él supiera. Uno... podía ocurrir. ¡Pero tres! ¡Los tres! Inútiles para siempre, tendrían que ser atendidos mientras él siguiera con vida, y luego... ¿Qué iba a ser de la granja cuando él muriera? Tenía que tomar cartas en el asunto. Estaba dispuesto a sacrificar sus convicciones. Un día le dijo a su mujer:

—Veamos qué es capaz de hacer tu Dios por nosotros; paguemos unas cuantas misas.

Susan abrazó a su hombre. Él permaneció rígido, luego se dio media vuelta y se marchó de allí. Poco más tarde, cuando su puerta se ensombreció con la presencia de aquella sotana negra, no se quejó siquiera, sino que incluso le sirvió un vaso de sidra al párroco. Atendió a todo lo que le dijo con amabilidad, asistió a la misa en compañía de las dos mujeres, y en Pascua cumplió con lo que el párroco aseguraba que eran sus «obligaciones religiosas». Aquella mañana se sintió como un hombre que hubiese vendido su alma. Por la tarde tuvo una violenta pelea con un buen amigo y vecino suyo que le dijo que ahora los curas se llevarían la mejor parte, que los curas acabarían comiéndose al «comecuras». Regresó a casa con el pelo revuelto y la nariz ensangrentada y, en el momento en que se cruzó con sus hijos (por lo general se intentaba mantenerlos alejados de él), se puso a soltar toda una ristra de blasfemias incoherentes y a pegar puñetazos sobre la mesa. Susan se puso a llorar. La señora Leveille asistió a toda la escena sin mover un solo músculo. Le aseguró a su hija que todo aquello pasaría, cogió su sombrilla y se marchó a toda prisa para contratar una goleta para que transportara el granito de su cantera.

Un año más tarde nació la niña. Una niña. Jean-Pierre recibió la noticia en el campo y se quedó tan desanimado que tuvo que sentarse en uno de los muros del

lindero y allí se quedó toda la tarde en vez de ir corriendo a casa como le habían pedido. ¡Una niña! Se sintió medio engañado. Aun así, cuando llegó a casa ya se había medio reconciliado con su destino. Todavía podía casarla con un buen muchacho, no bueno sin más, sino alguien que la comprendiera y también con un buen par de brazos. Y además, el próximo podía ser un chico, pensó. Todo iba a salir bien. Su recién estrenada confianza ya no admitía dudas, la mala racha se había acabado. Se dirigió a su mujer con alegría. También ella estaba esperanzada. Para el bautizo fueron tres curas y la señora Leveille hizo de madrina. La niña resultó ser idiota, como el resto.

Los días siguientes se pudo ver a Jean-Pierre hablando en la plaza del mercado con amargura, regateando precios y discutiendo con violencia, y luego emborrachándose con brutalidad taciturna; por la noche regresaba a casa tan rápido que parecía que iba a una boda, pero con el gesto sombrío de quien acude a un entierro. De cuando en cuando convencía a su mujer para que lo acompañara por las mañanas y salían en el carro a primera hora, agitándose el uno junto al otro en el asiento estrecho y por encima del enorme cerdo con las patas atadas que gruñía melancólicamente cada vez que el carro topaba con un bache en el camino. Aquellos trayectos al amanecer eran silenciosos, pero, por la noche, cuando regresaban, un borracho Jean-Pierre balbucía insultos contra aquella mujer que no era capaz de darle hijos como los de todo el mundo. Susan mantenía con firmeza las riendas del carro y fingía no escuchar lo que decía. En cierta ocasión, cuando estaban atravesando Ploumar, un impulso oscuro y etílico lo hizo detenerse de golpe frente a la iglesia. La luna flotaba entre pequeñas nubes blancas. Las tumbas brillaban pálidamente bajo las sombras de los árboles del patio de la iglesia. Hasta los perros del pueblo estaban dormidos. Sólo los ruiseñores se mantenían despiertos y entonaban su canto sobre la quietud de las tumbas. Jean-Pierre, totalmente borracho, le dijo a su mujer:

—¿Qué piensas que hay ahí?

Apuntó con el látigo a lo alto de la torre —allí, la luz de la luna realzaba la enorme esfera del reloj como si se tratara de un rostro pálido y sin ojos— y, al intentar ponerse de pie, se cayó bajo las ruedas. Se levantó de nuevo y subió penosamente los pocos escalones que llevaban hasta la verja del cementerio. Metió la cabeza entre los barrotes y gritó:

—¡Eh, vosotros! ¡Salid de ahí!

—¡Jean! ¡Vuelve, vuelve! —le reconvino su mujer en voz baja.

Él no prestó atención, parecía estar esperando. El canto de los ruiseñores golpeaba las paredes de la iglesia y descendía entre las piedras, las cruces y las lisas lápidas grises en las que habían sido escritas tantas palabras de dolor y esperanza.

—¡Eh! ¡Salid de ahí! —gritó con fuerza Jean-Pierre.

Los ruiseñores dejaron de cantar.

—¿No hay nadie? —dijo Jean-Pierre—. ¿No hay nadie? Esto es una estafa, eso es lo que es. No hay nadie. Los deprecio a todos. *Allez!* ¡Bah!

Sacudió la verja con todas sus fuerzas y las barras de hierro batieron con un temible sonido, semejante al de una cadena arrastrada sobre unos escalones de piedra. Un perro que había por allí se puso a ladrar. Jean-Pierre retrocedió tropezándose, y después de tres intentos infructuosos consiguió subirse de nuevo a la carreta. Susan estaba inmóvil y silenciosa. Le dijo a su mujer con severidad ética:

—¿Ves? No había nadie. ¡Me han engañado! Alguien va a tener que pagar por ello. El próximo que venga a mi casa probará mi látigo... en la espalda y sin piedad. A él tampoco quiero verlo más por allí, lo único que hace es ayudar a que esos cuervos roben a los pobres. Yo soy un hombre. Ya veremos si puedo o no puedo engendrar hijos tan buenos como los de cualquiera... Y tú ve con cuidado... No van a ser todos... todos... ya veremos...

Ella se puso a sollozar tapándose la cara, los suspiros se le escapaban entre los dedos.

—No digas eso, Jean, no digas esas cosas, hombre mío...

Él la golpeó en la cara y ella cayó de espaldas en la parte trasera de la carreta, donde se quedó ovillada sufriendo penosamente las sacudidas del camino. Él condujo dominado por la ira, de pie sobre el pescante y dando latigazos al caballo gris, que galopaba a toda prisa haciendo rebotar la grupa sobre los rústicos arreos. En el campo se oía el clamor de los perros de las granjas vecinas, que se despertaban alarmados por el ruido de las ruedas del carro. Dos caminantes nocturnos, que apenas pudieron apartarse cuando pasó el carro, tuvieron que saltar a la cuneta. Cuando llegó a la puerta se golpeó contra la entrada y salió despedido hacia delante, de cabeza. El caballo se dirigió lentamente hacia la puerta. Los peones de la granja se apresuraron a ayudar a Susan cuando

escucharon sus gritos. Ella casi lo daba por muerto, pero sencillamente se había quedado dormido en el mismo lugar en el que había caído, y empezó a insultar a sus propios hombres cuando fueron a ayudarlo por haberlo despertado.

Llegó el otoño. Un cielo plomizo descendía sobre los negros contornos de las colinas y las hojas muertas danzaban en espirales bajo los árboles desnudos hasta que el viento, suspirando profundamente, las hacía caer de nuevo en lo más profundo de los valles. De la mañana a la noche, por toda la región, podían verse negras ramas retorcidas y desnudas meciéndose con tristeza bajo el viento lluvioso y sobre la tierra empapada. Los pequeños ríos, que en verano discurrían lentos y claros, ahora golpeaban desconocidos y tenebrosos contra unas rocas que dificultaban su camino hacia el mar, como si estuviesen poseídos de la misma locura rabiosa que empuja al suicidio. De horizonte a horizonte, el largo camino a la playa serpenteaba entre las colinas en una apagada sucesión de curvas vacías, como si se tratara de un innavegable río de lodo.

Jean-Pierre iba de campo en campo, desplazándose confuso y esbelto bajo la llovizna, o caminando con pasos largos por las crestas de los acantilados solitarios que se destacaban sobre la cortina gris de las nubes a la deriva, como si estuviese paseando por el borde mismo del universo. Observaba aquella tierra negra, muda y promisoría, aquella tierra misteriosa que seguía desplegando bajo la velada tristeza del cielo la mortecina inmovilidad de su vida. Pensaba que para un hombre cuya situación era peor que la de quien no tenía hijos no había ninguna promesa de fertilidad en aquellos campos, y que la tierra se alejaba de él igual que las nubes pasaban rápidas y sombrías por encima de su cabeza. A solas, y cara a cara frente a sus propias tierras, sentía la inferioridad de un hombre que estaba condenado a extinguirse incluso antes de que se disipara la nube que había sobre su cabeza. ¿Es que acaso tenía que desistir de ver con sus ojos a un hijo suyo que pudiera mirar aquellos surcos con la mirada del amo? Un hombre que pudiera pensar igual que pensaba él, que sintiera como él sentía, que fuera parte de sí mismo y que pudiera continuar arando aquellos campos como su dueño y señor cuando él no estuviera. Pensó en sus parientes lejanos y le produjo tanto desagrado que los maldijo en voz alta. Ellos, ¡nunca! Regresó a la casa y fue directamente hacia el tejado de su hogar, que podía verse entre los esqueletos entrelazados de los árboles. En el mismo instante en que cruzó el umbral, vio posarse sobre los campos una silenciosa bandada de aves, como si se tratara de una nube de ceniza negra.

Aquel mismo día, la señora Levaille había ido a primera hora de la tarde a una casa que poseía en las inmediaciones de Kervanion. Tenía que pagar el jornal a

algunos de los peones que trabajaban para ella en la cantera de granito, y llegó con antelación porque en el mismo caserón había una tienda en la que los peones se podían gastar el jornal antes incluso de bajar al pueblo. La casa se alzaba solitaria entre las rocas. Una extensión de lodo y piedras llegaba hasta la puerta misma de la casa. Los vientos marinos que llegaban a tierra firme recién salidos de la rugiente violencia de las olas aullaban contra los bloques de piedra negra. En medio de aquel tumulto de los vientos el edificio permanecía resguardado en una calma pasmosa parecida a la que hay en el ojo del huracán. En las noches de mal tiempo, cuando la marea era baja, la bahía de Fougère, que quedaba a unos quince metros por debajo del nivel de la casa, parecía un inmenso pozo negro del que llegaban murmullos y suspiros, como si la playa fuese un organismo vivo que protestara. Si la marea era alta, el agua embestía contra el arrecife en estallidos de luz y nubes de espuma que llegaban volando al interior, cubriendo mortalmente la hierba que había en el prado.

La oscuridad se extendió sobre las colinas, cayó sobre el litoral y apagó los fuegos rojizos del crepúsculo, y se adentró hacia el mar persiguiendo aquella marea en fuga. El viento desapareció al mismo tiempo que el sol, dejando tras de sí las aguas agitadas y el cielo yermo. Sobre la casa, el cielo se extendía como si lo hubiesen cubierto de harapos negros prendidos aquí y allí con alfileres de fuego. La señora Levaille, que aquella noche se había convertido en la sirvienta de sus propios peones, trató de convencerlos para que se marcharan.

—Una anciana como yo ya debería estar en la cama a estas horas —dijo de buen humor.

Pero los peones borrachos querían beber más. Gritaban a la mesa como si estuviesen en el campo. En un extremo, cuatro de ellos jugaban a las cartas, dando puñetazos sobre la mesa y blasfemando cada vez que apostaban. Otro estaba sentado con la mirada perdida, murmurando una canción y repitiéndola sin cesar una y otra vez. Otros dos, en una de las esquinas, se peleaban silenciosamente, pero con violencia, a causa de una mujer, se miraban fijamente a los ojos como si en cualquier momento fuesen a saltar para arrancárselos, pero hablándose en susurros que aventuraban violencia y muerte, un susurro venenoso de palabras a media voz. El ambiente estaba tan cargado que se podría haber cortado con un cuchillo. En la enorme sala no había más que tres velas que titilaban, rojas y tenues como chispas que agonizaban entre las cenizas.

El sencillo ruido del picaporte al abrirse la puerta a aquella hora tan avanzada sonó inesperado y sobrecogedor como. La señora Levaille dejó sobre la

mesa la botella de licor con la que estaba a punto de llenar una copa, los jugadores se volvieron para ver quién era y la susurrada disputa se apagó; sólo el que tarareaba siguió haciéndolo, aunque también se volvió hacia la puerta para ver quién había entrado. Susan apareció en el umbral, dio un paso adelante y cerró la puerta empujándola con la espalda, diciendo a media voz:

—¡Madre!

La señora Leville volvió a coger la botella y dijo con tranquilidad:

—Hija mía, ¡vaya aspecto me traes!

El cuello de la botella golpeó contra la copa, porque la anciana mujer se había asustado ante la posibilidad de que hubiera un incendio en la granja. No se le podía ocurrir otra razón que justificara la presencia de su hija.

Susan estaba empapada y cubierta de barro, y observó lentamente a todos los que estaban en la sala, también a los dos hombres que discutían en el rincón. Su madre preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¡Dios nos proteja!

Susan movió los labios, pero no produjo sonido alguno. La señora Leville dio unos pasos hacia su hija, la agarró por el brazo y la observó con atención.

—Por Dios —dijo mientras la agitaba—. ¿Qué sucede? Estás cubierta de barro... ¿Por qué has venido? ¿Dónde está Jean?

Los hombres se levantaron y se acercaron lentamente, contemplándolas con muda sorpresa. La señora Leville apartó a su hija de la puerta y la obligó a sentarse en una silla que había junto a la pared; luego se volvió furiosamente hacia los hombres.

—¡Ya está bien! ¡Todo el mundo fuera de aquí! ¡Está cerrado!

Uno de ellos, contemplando el estado en el que se encontraba Susan, comentó:

—Está como... medio muerta.

La señora Leville abrió la puerta.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Vamos! —gritó agitada y nerviosa.

Todos salieron a la oscuridad riéndose como si fuesen estúpidos. Cuando ya estaban en el exterior, los dos mujerigos se pusieron a gritar, pero los tranquilizaron entre todos, hablando al unísono. El alboroto se fue alejando poco a poco por el camino, con los hombres, que tropezaban entre sí y se hacían bárbaras recriminaciones unos a otros.

—Háblame, Susan. ¿Qué ha sucedido? ¡Habla! —la acució la señora Leveille en cuanto cerró la puerta.

Susan pronunció algunas palabras incomprensibles con la mirada fija en la mesa. La anciana mujer se puso las manos sobre la cabeza, las dejó caer y se quedó mirando a su hija con expresión desconsolada. Su propio marido había tenido «problemas mentales» algunos años antes de su muerte y casi estaba empezando a sospechar que su hija se había vuelto loca. Insistió:

—¿Sabe Jean que estás aquí? ¿Dónde está Jean?

—Lo sabe... está muerto.

—¿Qué? —exclamó la anciana. Se acercó un poco más y, observando a su hija sin pestañear, repitió tres veces—. ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho?

Susan estaba inmóvil como una piedra y con la mirada impasible frente a una señora Leveille que, de pronto, sintió un inexplicable escalofrío de terror en medio del silencio de aquella casa. Apenas entendía lo que había ocurrido más allá de que en un segundo estaba frente a una situación inesperada y sin remedio. Ni siquiera se le ocurrió pedir explicaciones. Pensó: «Un accidente, ha tenido que ser un accidente... se ha roto la cabeza... se ha caído del techo o por una trampilla...». Se quedó donde estaba, inmóvil y sin decir nada, pestañeando con sus envejecidos ojos.

Susan dijo de pronto:

—Lo he matado yo.

Durante unos segundos la madre permaneció inmóvil, casi sin respirar, pero con una expresión serena; un segundo más tarde, estaba gritando.

—¡Pobre loca! ¡Te van a cortar el cuello!

Se imaginó a los gendarmes entrando en aquel mismo instante en su casa y diciendo: «Buscamos a su hija, tiene usted que entregarla». Unos gendarmes que tendrían el gesto severo de los hombres que cumplen con su deber. Conocía bien al jefe de los brigadieres, era un viejo amigo, amable y respetuoso, que solía decir: «¡A su salud, señora!», antes de posar sus labios sobre su copa de cognac. Ella reservaba incluso una botella especial para él y sus amigos, y ahora... Se estaba volviendo loca. Fue corriendo de un lado a otro como si estuviese buscando algo con desesperación, pero de pronto desistió y, desde el centro de la sala, le gritó a su hija:

—¿Por qué lo has hecho? ¡Dime! ¿Por qué?

La otra pareció despertar levemente de su letargo.

—¿Te parece que soy de piedra? —gritó de vuelta dirigiéndose a su madre.

—No puede ser verdad... —dijo la señora Levaille con tono convencido.

—Ve y compruébalo tú misma —dijo Susan mirándola con los ojos encendidos—. En el cielo no hay misericordia ni justicia. ¡No! Yo no lo sabía... ¿Te parece que no tengo corazón? ¿Te crees que no sentía cómo me miraba la gente, cómo me espiaban y me tenían lástima? ¿Sabes cómo me llamaban algunos? La madre de los idiotas... ¡Vaya un apodo! Mis propios hijos no me reconocen, ni me hablan. Nunca sabrán nada, ni sobre los hombres ni sobre Dios. ¡Como si no hubiera rezado! Pero ni siquiera la madre de Dios me escucha. ¡Una madre...! ¿Y a quién acuso, a mí misma o al hombre que ha muerto? ¿Eh? Dímelo tú. Yo cuido de mí misma. ¿Es que acaso me podría atrever yo a provocar la cólera de Dios teniendo mi casa llena de esas cosas que son peores que los animales porque ni siquiera reconocen las manos que los alimentan? ¿Quién fue el que blasfemó la otra noche en la puerta de la iglesia? ¿Fui yo...? Yo lo único que hice fue llorar y pedir misericordia... pero aun así la maldición me cerca a todas horas, la veo flotando a mi alrededor de la mañana a la noche... Tengo que mantenerlos con vida, tengo que cuidar de mi propia desgracia y de mi vergüenza. Y luego me buscaba. Tanto a él como al cielo les suplicaba que tuvieran misericordia de mí... ¡No...! Entonces ya veremos... Esta noche vino a buscarme y yo pensé para mí: «¡Ah, otra vez...!». Tenía en las manos las tijeras grandes. Lo oí gritar. Sabía que estaba cerca... Debía... ¿No debía...? Y entonces: ¡Toma...! Le corté el cuello... Ni siquiera lo oí suspirar... Lo dejé ahí de pie... Eso fue hace un minuto. ¿Cómo he llegado hasta

aquí?

La señora Levaille sintió un escalofrío. Una ola de frío le recorrió la espalda y los brazos desde los hombros hasta las muñecas y la hizo dar pataditas en el suelo. Le temblaron los mofletes y los delgados labios, y hasta las arrugas de sus ojos envejecidos. Murmuró:

—Mujer malvada, te has convertido en mi desgracia. Pero ¿de qué me sorprendo? Eres igual que tu padre. ¿Qué piensas que va a ser de ti en la otra vida? Y en ésta... ¡Oh, qué horror!

Sentía que ardía, sentía fuego en su interior. Se retorció las sudorosas manos y de un segundo a otro se puso a buscar a toda prisa su chal y su sombrilla como enloquecida y sin mirar a su hija, que no dejaba de observarla con una mirada desconcertada e indiferente al mismo tiempo, inmóvil en medio de la sala.

—No me ocurrirá nada peor que lo que ya me ha ocurrido en esta vida — dijo Susan.

Su madre, cogiendo la sombrilla y arrastrando el chal por el suelo, le contestó:

—Tengo que ir a ver al cura —dijo apasionadamente—; ni siquiera sé si me estás diciendo la verdad. Eres una mujer espantosa. Te encontrarán vayas adonde vayas. Puedes quedarte aquí o marcharte, como te parezca. Ya no hay refugio posible para ti en este mundo.

Aunque ya estaba preparada para salir, todavía se dedicó a vagabundear durante unos segundos por la sala, ordenando las botellas de la estantería e intentando cerrar unas cajas de cartón con las manos temblorosas. Cada vez que tomaba conciencia del verdadero significado de lo que acababa de escuchar y ese sentido emergía de entre la nube de sus pensamientos, le daba la sensación de que algo había explotado en el interior de su cerebro, pero, para su desgracia, sin haberlo hecho reventar en pedazos, lo que habría supuesto un alivio. Fue apagando las velas una detrás de otra, y cuando acabó de apagarlas todas se sintió atemorizada por la oscuridad. Se dejó caer en uno de los bancos y se puso a sollozar, pero dejó de hacerlo enseguida y trató de escuchar la respiración de su hija, a quien apenas podía ver y que seguía rígida e inmóvil sin dar mayor señal de vida. En aquellos minutos estaba envejeciendo a toda velocidad. Se dirigió a ella con un tono tembloroso, como si la hubiese inundado un acceso febril y mortal.

—Ojalá hubieses muerto de niña. Nunca me atreveré a mostrarme de nuevo en público. Esta desgracia es muy superior a la de unos niños idiotas. Ojalá hubieses muerto para mí siendo... siendo tú misma...

La tenue claridad que provenía de las ventanas le indicó que la silueta de su hija acababa de moverse; luego la vio recortada bajo el umbral y de pronto oyó cerrarse la puerta. La señora Levaille se levantó como si hubiese despertado de una larga pesadilla gracias a un ruido inesperado.

—¡Susan! —gritó desde el umbral.

Oyó cómo una piedra rodaba un buen rato por el desnivel hasta la playa. Avanzó con cuidado apoyándose con una mano en la pared de la casa y observó la oscuridad sin forma de la solitaria bahía. Gritó de nuevo:

—¡Susan, te vas a acabar matando!

La piedra dio un último salto en la oscuridad y ya no se volvió a escuchar nada más. De pronto, un pensamiento pareció estrangularla y ya no quiso volver a gritar. Le dio la espalda al silencio oscuro de aquel abismo y dirigió sus pasos hacia Ploumar, tambaleándose con una sombría determinación, como si comenzara en ese instante un desesperado viaje que quizá durase hasta el fin de sus días. Un clamor tenebroso y rítmico, procedente de las olas que chocaban contra los arrecifes, la acompañó tierra adentro por los altos setos que resguardaban la lúgubre soledad de los campos.

Susan había huido hacia la izquierda tras cruzar el umbral y se había escondido detrás de una roca. Una de las piedras en las que se había apoyado había resbalado hacia el fondo y había sonado al caer. Cuando la señora Levaille la llamó en voz alta Susan, habría podido tocar el vestido de su madre con sólo estirar el brazo, pero le faltó el valor para mover un músculo. Se quedó allí inmóvil contemplando cómo se alejaba la anciana, con los ojos cerrados y acurrucada contra la superficie rocosa. Unos instantes después, un rostro familiar de ojos fijos y boca abierta se hizo visible en medio de aquella oscuridad. Ella se puso en pie de un salto, gritando. El rostro se desvaneció de nuevo y se quedó sola y temblorosa entre las piedras, pero en cuanto se volvió a sentar y apoyó la cabeza contra la roca el rostro regresó, se acercó hasta ella como si tratara de acabar una conversación que había sido interrumpida por la muerte hacía apenas unos minutos. Ella se levantó a toda prisa y dijo:

—Vete si no quieres que lo haga otra vez.

Aquella criatura se bamboleaba de izquierda a derecha. Ella también se movía, intentando retroceder, gritaba y se sentía aterrorizada por la quietud de la noche. Se tropezó al borde del precipicio y, como ya sentía bajo los pies el desnivel, se puso a correr desesperadamente hacia abajo para evitar caer de cabeza. Fue como si el abismo entero despertara a su alrededor: las piedras bajaban a su lado y, persiguiéndola a sus espaldas, rodaban ruidosas por todas partes, aumentando en número a cada paso que daba. En medio del silencio de aquella noche, ese rumor no tardó en convertirse en un verdadero estruendo, como si todas las rocas estuviesen precipitándose al unísono hacia la bahía. Los pies de Susan apenas tocaban la superficie de aquel suelo que descendía con ella. Cuando llegó al fondo, tropezó de nuevo, se precipitó alargando los brazos y cayó al suelo. Se puso en pie de un salto y se volvió para mirar hacia atrás; tenía los puños cerrados y llenos de arena que había agarrado impulsivamente al caer. El rostro seguía allí, a una distancia idéntica, visible por su propio resplandor y mostrando su palidez luminosa en medio de la oscuridad. Ella gritó:

—¡Vete!

Gritó aquello sufriendo y con miedo, rabiosa de que su inútil puñalada no hubiese sido bastante como para mantenerlo muerto y alejado de su vista. ¿Qué es lo que quería ahora? Ya estaba muerto y los muertos no podían engendrar hijos. ¿Es que no iba a dejarla nunca tranquila? Se puso a gritarle a aquella criatura, moviendo los brazos para espantarla. Tuvo la impresión de sentir el aliento que salía de entre aquellos labios y, dando un grito de desesperación, salió corriendo a lo largo de la playa.

Corría con levedad, totalmente inconsciente del esfuerzo que hacía su cuerpo. Todas aquellas rocas, que cuando la marea estaba alta se vislumbraban sobre la superficie del agua como si se tratara de las torres de iglesias sumergidas, ahora brillaban a su paso en aquella huida en la que ya había perdido todo control sobre sí misma. A la izquierda y a cierta distancia pudo ver algo que brillaba; una especie de disco luminoso y ancho a cuyo alrededor parecían estar bailando unas sombras, como si fueran los anillos de una rueda. Oyó que la llamaba una voz:

—¡Eh, tú!

Ella contestó con un chillido espantoso. De modo que todavía era capaz de llamarla. Todavía era capaz de gritarle para que se detuviera. ¡Jamás...! En medio

de aquel temeroso grupo de recogedores de algas reunidos alrededor de una lámpara, se alzó aquel grito de ultratumba proveniente de una sombra en fuga. Los hombres se agarraron a sus herramientas aterrorizados. Una mujer se puso de rodillas, se santiguó y empezó a rezar en voz alta. Una chiquilla, con la harapienta falda llena de algas viscosas, rompió a llorar desesperadamente, arrastrando su empapada carga hasta el hombre que llevaba la luz. Alguien comentó:

— Esa cosa está adentrándose en el mar.

Y otro exclamó:

— ¡Y está volviendo la marea! Mirad esos charcos qué crecidos están. Tú, mujer, vamos arriba.

Algunas voces coincidieron:

— ¡Sí, vámonos de aquí, dejemos que esa maldita cosa se meta en el mar!

Se retiraron, caminando apiñados alrededor de la luz. Uno de los hombres se puso a maldecir de pronto: quería ir a ver qué sucedía. Algunas mujeres protestaron tímidamente, pero aquella esbelta sombra masculina se separó del grupo y salió corriendo. Tras él se escucharon varios gritos de temor. Unas palabras ofensivas y burlonas llegaron hasta ellos atravesando la oscuridad. Una mujer gimió y uno de los ancianos comentó:

— Esas cosas no se deberían revolver demasiado.

Continuaron caminando lentamente, arrastrando los pies por la arena y comentando entre ellos que Millot no le tenía miedo a nada porque no tenía religión, pero que algún día iba a terminar mal.

Susan se encontró con la marea, que llegaba a la altura del peñón del Cuervo, y se detuvo allí con el agua cubriéndole los pies. Escuchó el murmullo del mar y sintió su fría caricia. Ya más tranquila, era capaz de ver la sombra del peñón del Cuervo a un lado, y al otro, la franja blanca de las arenas de Molène que la marea revela al fondo de la bahía de Fougère. Dio media vuelta y observó a lo lejos la silueta rocosa del litoral y aquel cielo cubierto de estrellas. Sobre ella, casi a su altura, se podía ver la torre de la iglesia de Ploumar, una especie de pirámide alta y puntiaguda que señalaba hacia aquel firmamento cuajado de estrellas. De pronto se sintió extrañamente tranquila. Sabía dónde estaba y, poco a poco, fue recordando cómo y por qué había llegado hasta allí. Examinó la oscuridad que la

rodeaba. Estaba sola. A su alrededor no había nada, ni vivo ni muerto.

La marea iba subiendo lentamente y extendía sus alargados brazos impacientes, que se dirigían hacia la costa como extraños remolinos. De noche, aquellos pequeños riachuelos crecían con una rapidez sorprendente, mientras el descomunal mar todavía seguía lejos y rugiendo en la línea del horizonte. Susan intentó retroceder unos metros sin conseguir salir de aquella agua que murmuraba tiernamente a su alrededor y que casi estuvo a punto de derribarla con su malicioso sonido. De pronto, su corazón se estremeció de miedo. Aquel lugar le pareció demasiado grande y apartado como para morir en él. Que hicieran de ella lo que quisieran, pero mañana. Antes de morir quería decirles a aquellos hombres de togas negras que hay ciertas cosas que una mujer no puede soportar. Quería explicarles cómo había sucedido todo... Chapoteó en aquella balsa con el agua hasta la cintura, demasiado preocupada como para que le importara. Tenía que explicarles... «Él entró en casa como siempre y me dijo: “¿Sabes que les voy a dejar todas mis tierras a mis familiares de Morbihan, a quienes ni siquiera conozco? ¿Qué te parece? Ven aquí, criatura maldita”. Y trató de asirme con sus brazos. En ese momento, señores, yo dije: “¡Jamás, por Dios!” y él comenzó a pegarme con la mano abierta: “¡No hay Dios capaz de contenerme! ¿Lo entiendes, execrable mujer? Hago lo que me da la gana”. Y me agarró del brazo. En ese momento, señores, yo recé a Dios para que me ayudara, y al segundo siguiente, mientras él me golpeaba, sentí que tenía las tijeras en mi mano. Llevaba la camisa abierta y pude ver el hueco de su garganta a la luz de las velas. Grité: “¡Suéltame!”, y él siguió golpeándome. ¡Era muy fuerte, vaya si era fuerte mi hombre! Luego pensé: “¡No!”. Y también: “¿Debería?”. Y al final: “¡Toma!”, y le corté en el hueco. No llegué a ver cómo caía. Mi suegro es viejo y ni siquiera volvió la cabeza para mirar. Está ya muy sordo y es muy infantil, señores... Nadie vio cómo caía. Yo salí corriendo... Nadie lo vio».

Se había metido entre las rocas del Cuervo y ahora se encontraba exhausta en medio de aquellos peñascos. El Cuervo estaba conectado con tierra firme mediante un muelle natural muy largo formado por piedras resbaladizas. Trató de regresar a casa por aquel camino. ¿Seguiría él allí? En casa. ¡Menuda casa! Cuatro idiotas y un cadáver. Tenía que regresar y explicarlo todo. Cualquiera lo entendería...

Fue como si la misma noche o el mar dijese con claridad cerca de ella:

—¡Ah, por fin te encuentro!

Ella se sobresaltó, se desestabilizó y cayó; sin intentar levantarse siquiera, escuchó, muerta de miedo. Oyó una pesada respiración y el sonido de unos zuecos. De pronto, todo quedó en silencio.

—¿Por dónde demonios has cruzado? —dijo aquel hombre invisible, con aspereza.

Ella aguantó la respiración. Reconocía aquella voz, no llegó a ver cómo caía. ¿La perseguía un muerto o quizá seguía vivo?

Perdió la cabeza y se puso a gritar desde el hueco en el que estaba escondida:

—¡Jamás! ¡Jamás!

—¡Ah, de modo que todavía estás ahí! Espera, guapa, que ya me has hecho bailar suficiente. Espera ahí...

Millot tropezaba riendo y blasfemando de pura satisfacción, feliz de haber podido cazar finalmente al fantasma. «¡Como si hubiese fantasmas! ¡Tenía que llegar aquí un veterano de África para darle una lección a estos palurdos! Aunque es extraño... ¿Quién demonios será?».

Susan esperaba escondida y escuchando con atención. El muerto se acercaba en su busca, no había forma de escapar. Qué ruido hacía entre las piedras... Por fin vio el perfil de su cabeza y de sus hombros. ¡Qué alto era su hombre! Agitaba sus grandes brazos y le hablaba con la misma voz familiar, aunque un poco cambiada... Debía de ser por las tijeras. Se puso en pie de un salto, corrió hasta el borde del acantilado y volvió la cabeza. El hombre seguía allí de pie sobre una roca muy alta, recortado contra el azul mortecino del cielo.

—¿Adónde vas? —gritó con rudeza.

Ella contestó:

—¡A casa!

Se quedó mirándolo ansiosamente. Él dio un salto más bien torpe hasta la roca que estaba frente a él, esperó hasta recuperar el equilibrio y dijo:

—¡Ja, ja! Como quieras, voy a por ti. Es lo menos que puedo hacer... ¡Ja, ja!

Ella lo miró fijamente hasta que sus ojos parecieron convertirse en brasas encendidas que le quemaban el cerebro. Aun así, tenía pánico de llegar a identificar aquellas facciones familiares. A sus pies el mar golpeaba suavemente contra las rocas con un ruido continuo y amable.

El hombre avanzó un paso más y dijo:

—Voy a buscarte, ¿qué pensabas?

Se puso a temblar. ¡Venía a buscarla! Ya no había escapatoria posible, ni paz, ni esperanza. Miró a su alrededor con desesperación. De pronto todo empezó a tambalearse: la costa sombría, los borrosos peñones, hasta el mismo cielo. Cerró los ojos y gritó:

—¿No puedes esperar a que esté muerta?

Sentía muchísimo odio hacia aquel fantasma que la perseguía en este mundo, un fantasma al que ni siquiera la muerte había conseguido aplacar en su deseo de conseguir un heredero como los del común de los hombres.

—¡Eh! ¿Qué dices? —preguntó Millot manteniéndose a una distancia prudencial mientras se decía a sí mismo: «Ojo, está loca. Podría haber un accidente».

Ella siguió sin medida:

—¡Quiero vivir! Vivir sola... una semana... un solo día. Tengo que explicarles... Te cortaré en pedazos, te mataré otras veinte veces antes de permitir que me toques. ¿Cuántas veces tendré que matarte, blasfemo? Es Satán quien te envía. ¡Y yo también estoy maldita!

—¡Tranquila! —dijo Millot preocupado y conciliador—, estoy perfectamente vivo... ¡Dios mío!

Ella había gritado:

—¡Vivo!

Y un segundo más tarde se había volatilizado ante sus ojos como si todo el peñón se hubiese hundido bajo sus pies. Millot se acercó a toda prisa y asomó la cabeza al acantilado. A muchos metros bajo sus pies pudo ver los esfuerzos que

hacía ella por nadar y escuchó un espantoso grito de socorro, que se perdía en vertical hacia el cielo inalcanzable e impasible.

La señora Levaille estaba sentada con los ojos secos entre la alta vegetación de la colina, con sus gruesas piernas estiradas y los pies enfundados en su viejas alpargatas negras. A su lado estaban sus zuecos y la sombrilla estaba tirada unos metros más allá, como si se tratara de un arma que hubiesen arrebatado de la mano de un guerrero recién vencido. Al pasar a caballo, el marqués de Chavanes se quedó mirándola apoyando su mano enguantada sobre el muslo. Cuatro hombres llevaban en una parihuela tierra adentro el cadáver de Susan por el camino por el que solían subir las carretas de algas. Algunas personas más caminaban abatidas detrás de la comitiva. La señora Levaille seguía la procesión con la mirada.

—Así es, *monsieur le marquis* —dijo aquella anciana sin pasión, con su tono razonable de costumbre—, en este mundo hay mucha gente desgraciada. Yo tenía una hija, ¡sólo una! Y ni siquiera van a enterrarla en terreno sagrado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y un instante después ya le caían en un gran torrente por sus mejillas. Se cubrió con el chal. El marqués se inclinó en su montura y dijo:

—Todo esto es muy triste. La acompaño en el sentimiento. Hablaré con el cura. No hay duda de que ella estaba enloquecida y de que la caída no fue más que un accidente. Eso es lo que asegura Millot sin dudar. Que tenga un buen día, señora.

Y mientras se alejaba trotando de aquel lugar, pensaba para sí: «Tengo que conseguir que a esa vieja la hagan tutora de los idiotas y administradora de la granja. Prefiero eso a tener por aquí a los primos de Bacadou, casi seguro serán republicanos y acabarán corrompiendo a toda la comarca».

LA LAGUNA

El hombre blanco, apoyado con los dos brazos sobre el techo de popa, le comentó al timonel:

—Pasaremos la noche en el claro de Arsat. Es tarde.

El malayo gruñó sin más y permaneció con la mirada fija en el río. El hombre blanco apoyó la barbilla y contempló la estela. Al final de la recta avenida selvática dividida por el intenso resplandor del río, el sol brillaba diáfano y cegador cerniéndose sobre las aguas que destacaban discretamente como una franja de metal. La selva, sombría y tranquila, se alzaba silenciosa a ambos lados de la corriente. A los pies de aquellos árboles altos como torres crecían palmas de nipa con racimos de hojas enormes y pesadas que colgaban sobre los reflujos de oscuros remolinos en medio del fango de la ribera. En la inmovilidad de aquel aire, todo árbol, rama, hoja, hilo de enredadera y hasta pétalo de flor parecía sumergido como bajo un encantamiento en aquella ausencia total de movimiento. En aquel río no se movía absolutamente nada, con única excepción de los ocho remos que se elevaban con la sincronía de un relámpago y caían a la vez en un único chapoteo, mientras a derecha e izquierda del timonel se iba abriendo un luminoso semicírculo. Las aguas removidas por los remos se cubrían de una espuma confusa y murmurante. La canoa de aquel hombre blanco iba remontando las aguas en medio de aquel pequeño disturbio producido por ella misma como si estuviese cruzando el umbral de una tierra de la que hubiese desaparecido para siempre toda memoria del movimiento.

El hombre blanco, con la espalda hacia el sol, deslizaba la mirada por el paisaje desierto y amplio de aquella entrada al mar. Durante las últimas tres millas de su curso, aquel río errante e indeciso parecía completamente seducido por la posibilidad de un horizonte abierto y se precipitaba directo hacia el mar, directo hacia el este. El este, morada tanto de la luz como de las tinieblas. Sobre la superficie de aquellas tranquilas aguas y en la zona de popa se escuchaba de cuando en cuando el canto de algún pájaro, un canto desafinado y frágil que quedaba ahogado en el amplio silencio del mundo antes de alcanzar la orilla contraria.

El timonel hundió su remo en la corriente y lo agarró con fuerza inclinado hacia delante. El agua borboteó y de pronto el extenso tramo del río pareció girar sobre el eje. Las selvas giraron en semicírculo y la embarcación quedó bañada en uno de sus flancos por la luz del atardecer, proyectando así las estilizadas y torcidas sombras de la tripulación sobre el fulgor del río. El hombre blanco se volvió para poder mirar hacia delante. El rumbo de la embarcación se había desviado y ahora la cabeza del dragón que estaba labrada en la proa se dirigía hacia una abertura que había entre la maleza de la ribera. Se deslizó entre las ramas colgantes y desapareció del río, como si se tratara de una criatura anfibia que abandonara su escondite de las aguas para adentrarse en la jungla.

El flanco del río era como una trinchera: tortuoso, increíblemente profundo y oscuro bajo la fina faja de aquel azul puro y hermoso del cielo. Los árboles se alzaban en toda su inmensidad, invisibles tras las enredaderas. Aquí y allá, rodeando la espléndida negrura del agua, asomaban por el entramado de helechos las monstruosas raíces de algún árbol, oscuras y solemnes, retorcidas y petrificadas a la vez, como una serpiente inmóvil. Las escuetas palabras de los remeros golpeaban contra los muros de vegetación. A través del laberinto formado por las enredaderas, y tras aquellas hojas impresionantes e inmóviles, se abrían paso las tinieblas, unas tinieblas misteriosas e invencibles, las tinieblas olorosas y envenenadas de las impenetrables selvas.

Los hombres hundían sus pértigas en las aguas oscuras. El río se ensanchó, abriéndose hacia una enorme laguna de agua estancada. Las selvas retrocedían de la pantanosa ribera, dejando a la vista una franja nivelada de verde hierba brillante y cubierta de juncos que enmarcaba el azul del cielo que se reflejaba. Una rosada nube de algodón flotaba en lo alto y arrastraba con ella el delicado colorido de su imagen bajo las hojas que flotaban y las flores plateadas de los lotos. A lo lejos se podía ver una vivienda levantada con palos sobre el fango de la ribera. A su lado había dos palmeras altas que parecían dos centinelas de la selva que estaba detrás, en un segundo plano. Las dos oscilaban sobre el esquemático techado con una especie de ternura melancólica y una solicitud que se manifestaba en la inclinación de aquellas copas altivas y esbeltas.

El timonel apuntó hacia allí con el remo y dijo:

—Arsat está ahí. Se ve su canoa atada a los palos.

Con ayuda de las pértigas a ambos lados de la canoa, los remeros vislumbraron por fin el término de aquella jornada agotadora. Habrían preferido

pasar la noche en cualquier otro lugar que en esa laguna de aspecto ominoso y fama preternatural. Por si fuera poco, le tenían mucha manía a Arsat; para empezar, porque no era de los suyos y también porque quien era capaz de reparar una casa en ruinas para habitarla estaba declarando no tener ningún miedo a vivir entre los espíritus que suelen habitar en los lugares dejados de la mano de los hombres. Una persona así podía ser capaz de desviar el curso del destino y ganarse el favor de los fantasmas más amistosos, pero esa tarea no resultaba tan fácil a otros viajeros esporádicos; los espíritus solían esperar a ese tipo de personas para manifestar su desprecio y mostrar su maldad a los hombres. No era la clase de cosas en las que se fijaban los hombres blancos; su descreimiento y su amistad con el padre del mal hacía que salieran ilesos de los peligros invisibles de este mundo. Ante los consejos más amables de los hombres sabios ellos respondían con una insultante profesión de incredulidad. ¿Qué se podía hacer?

Eso pensaban mientras apoyaban el peso de sus cuerpos en el extremo de las pértigas. La gran canoa iba deslizándose veloz y silenciosa hacia el claro de Arsat, hasta que, con el ruido de las pértigas al ser depositadas sobre el suelo de la embarcación y el sonido de los «¡Alá es grande!», se detuvo junto a una de las retorcidas estacas que aguantaban el peso de la choza.

Los tripulantes levantaron las cabezas y gritaron:

—¡Arsat! ¡Eh, Arsat!

No apareció nadie. El hombre blanco subió por la rústica escala de cuerda hasta la plataforma de bambú que había frente a la choza. El hombre a cargo de la embarcación gruñó de mal humor:

—Cocinaremos en el sampán y dormiremos sobre el agua.

—Acércame las mantas y la cesta —dijo el hombre blanco.

Se inclinó al borde de la plataforma para que le pasaran sus cosas. Entonces la embarcación partió y el hombre blanco se encontró frente a frente con Arsat, que acababa de salir de la choza. Se trataba de un hombre joven y fuerte, de torso grande y brazos musculosos. Lo único que llevaba puesto era su *sarong*. Llevaba la cabeza descubierta. Contemplaba al hombre blanco con unos ojos grandes, suaves y expectantes, pero cuando le dio la bienvenida el tono de su voz fue comedido:

—¿Traes medicina, Tuan?

—No —respondió el visitante, sorprendido—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que hay alguna enfermedad en la casa?

—Entra y lo verás —respondió Arsat con la misma calma de antes y, dándose la vuelta, cruzó el umbral de nuevo. El hombre blanco dejó sus cosas en la entrada y siguió sus pasos.

En la tenue luz de la choza pudo distinguir a una mujer tumbada de espaldas sobre un sofá de bambú, bajo una gruesa manta de lana roja. Permanecía tan inmóvil como si estuviera muerta, pero sus grandes ojos estaban completamente abiertos y brillaban quietos e inanimados con la mirada perdida entre las vigas del techo. Tenía las mejillas levemente hundidas y los labios abiertos, y en aquel rostro joven parecía impresa una expresión fija y ominosa, la mirada absorta e inconsciente de los que van a morir. Los dos hombres estuvieron contemplándola unos segundos.

—¿Lleva mucho tiempo enferma? —preguntó el viajero.

—No ha dormido desde hace cinco días —respondió el malayo pensativo—. Al principio aseguraba que oía voces que provenían del agua y, cada vez que yo trataba de contenerla, forcejeaba conmigo, pero desde que ha amanecido hoy ya no oye nada, ni siquiera parece oírme a mí. Tampoco parece ver nada, ni a mí. ¡Ni siquiera me ve a mí!

Permaneció callado unos instantes y luego continuó con suavidad:

—Tuan, ¿crees que morirá?

—Eso me temo —respondió el hombre blanco con lástima. Había conocido a Arsat hacía años en un país lejano y en tiempos complicados y peligrosos en los que la amistad no era un bien común, y desde que su amigo malayo había decidido, contra todo pronóstico, irse a vivir a aquella laguna con esa mujer, lo había visitado en muchas ocasiones en sus trayectos por el río. Apreciaba mucho a aquel hombre que había demostrado estar a la altura de la confianza que se había depositado en él y ser capaz de luchar con valentía junto a su amigo blanco. Lo quería, tal vez no tanto como quiere un hombre a su perro favorito, pero sí lo suficiente para ayudarlo sin hacer preguntas, para acordarse de él de cuando en cuando en medio de sus propios asuntos, aunque fuese de una manera imprecisa y nebulosa; de aquel hombre solitario y de su mujer de largos cabellos, aire altivo y ojos hipnóticos, que vivían en medio de la selva, aislados y temidos.

El hombre blanco salió de la choza justo a tiempo para contemplar cómo aquella inmensa confabulación del atardecer se apagaba a causa de una niebla rápida y sigilosa que había ido ocupando, como un vapor negro e impalpable, las copas de los árboles. En el firmamento ya se extinguían los brillos rosados de las nubes y el rojo agonizante de la luz diurna. Pocos minutos después las estrellas se hacían visibles sobre la intensa oscuridad de la tierra y la gran laguna se vio de pronto cubierta de todas aquellas luces reflejadas, como si se tratara de un gigantesco espejo oval arrojado a la oscuridad y la desesperanza de una tierra salvaje. El hombre blanco sacó de su canasta algo para cenar y a continuación reunió algunos palos e hizo con ellos un pequeño fuego, no con intención de calentarse sino de ahuyentar a los mosquitos. Se envolvió en una manta, se sentó con la espalda apoyada en el tabique de la cabaña y se puso a fumar pensativo.

Arsat salió de nuevo al exterior con pasos inaudibles y se inclinó frente al fuego. El hombre blanco estiró las piernas.

—Respira —dijo Arsat en voz baja, como si hubiese anticipado la pregunta—, respira y arde como si tuviera una hoguera en su interior. No dice nada, no oye nada... ¡y arde!

Se detuvo un momento, y a continuación preguntó con un tono tranquilo y ausente de curiosidad:

—Tuan, ¿crees que morirá?

El hombre blanco encogió los hombros incómodo y murmuró dubitativo:

—Si ése es su destino...

—No, Tuan —dijo Arsat—. Si ése es mi destino. Yo oigo, veo, espero. Recuerdo... Tuan, ¿te acuerdas de los viejos tiempos? ¿Te acuerdas de mi hermano?

—Sí —respondió el hombre blanco. El malayo se levantó a toda prisa y entró. El otro siguió fuera y podía oírlo desde el exterior. Arsat dijo:

—¿Me oyes? ¡Háblame!

A aquellas palabras siguió un silencio absoluto.

—¡Oh, Diamelen! —exclamó. Tras aquel grito se escuchó un profundo

suspiro. Arsat volvió a salir y se hundió en el mismo lugar en el que se había sentado antes.

Durante un rato permanecieron en silencio frente al fuego. No se oía ningún ruido en el interior de la casa, tampoco a su alrededor; pero a lo lejos, en la laguna, las voces de los remeros resonaban clara e intermitentemente sobre las aguas tranquilas. Sobre la amura del sampán brillaba, impreciso a lo lejos, un fuego de borrosas llamas rojas. Luego se apagó. Las voces cesaron. El agua y la tierra dormían invisibles, inmóviles y silenciosas. Era como si no hubiese nada en el mundo aparte del fulgor de las estrellas sobre el agua, incesante y vano, a pesar de la oscuridad de la noche.

El hombre blanco se asomó a aquella oscuridad con los ojos totalmente abiertos. El miedo y la fascinación, la inspiración y el asombro de la muerte, una muerte cercana, inaplazable e invisible calmaban la inquietud de su raza y hacía nacer en su mente todo tipo de pensamientos íntimos y poco habituales. La eterna sospecha del mal, esa desgarradora sospecha que habita siempre en nuestra alma, colmaba toda aquella inmovilidad que lo rodeaba, aquella quietud honda e inexpresiva, haciéndola aparecer falsa e infame, como la máscara serena e impenetrable de una violencia injustificable. En medio de esa perturbación flotante y poderosa, la tierra, envuelta en aquella luz celeste y mortecina, parecía un país tenebroso de refriegas inhumanas, un campo de batalla de fantasmas solemnes e impresionantes, imponentes y temibles, que luchaban entre ellos disputándose la posesión de los corazones de los desvalidos mortales. Un agitado y misterioso país de deseos y miedos inextinguibles.

En medio de aquella noche se alzó por fin un murmullo quejumbroso, un murmullo inquietante y estremecedor, como si la gran soledad de la selva que lo rodeaba hubiese tratado de susurrarle al oído la sabiduría de su inmensa y suave indiferencia. En el aire a su alrededor flotaban sonidos dubitativos y vagos que fueron tomando lentamente forma de palabras hasta convertirse en un suave murmullo de frases monótonas. El hombre blanco se sintió estremecer y cambió de postura. Arsat, inmóvil, sombrío y con la cabeza gacha bajo aquel cielo estrellado, hablaba con un tono casi indistinguible y soñoliento.

—... ¿Y es que dónde podremos desahogar nuestro dolor si no es en un corazón amigo? Los hombres no deberían hablar más que de amor o de guerra. Tú, Tuan, sabes lo que es la guerra y, cuando llegó la hora del peligro, me viste correr tras la muerte como muchos otros lo habrían hecho hacia la vida. Una palabra que ha sido escrita puede llegar a perderse y puede escribirse algo que es falso, ¡pero lo

que los ojos ven, eso es verdad y permanece en la mente!

—Lo recuerdo —dijo el hombre blanco con calma. Arsat continuó apenado:

—En ese caso te hablaré de amor. Hablaré en mitad de la noche. Hablaré hasta que tanto la noche como el amor se hayan extinguido y la mirada del día contemple mi dolor y mi vergüenza, mi cara ensombrecida y mi corazón calcinado.

Un suspiro corto y apagado hizo la función de una pausa casi imperceptible, y luego continuó hablando ya sin más estremecimientos ni gestos:

—Cuando acabaron la guerra y las dificultades y tú te marchaste de mi país en busca de tus deseos, esos deseos que nosotros los hombres de las islas somos incapaces de entender, mi hermano y yo fuimos nombrados de nuevo escuderos del rajá al igual que lo habíamos sido antes. Ya sabes que éramos hombres de familia, que pertenecíamos a una estirpe respetable y que éramos los más apropiados para llevar sobre los hombros aquel emblema de poder. En la época de prosperidad *sir* Dendring nos otorgó su favor del mismo modo que nosotros le habíamos prometido nuestra lealtad en la época de la adversidad. Comenzaba una época de paz. Una época para cazar ciervos y ver pelear a los gallos, para charlas indolentes y riñas sin importancia entre hombres que contemplan cómo crecen sus estómagos y se oxidan sus armas. El propietario contemplaba cómo sus arrozales crecían sin temor y los mercaderes iban y venían, se iban delgados y volvían gordos porque el río estaba en paz. También traían noticias. Las mentiras y las verdades venían mezcladas las unas con las otras, por eso era difícil saber cuándo había que alegrarse y cuándo había que entristecerse. También gracias a ellos tuvimos noticias de ti. Te habían visto aquí y allí. Siempre me alegraba saber de ti porque me recordaba los días de guerra; y de ti, Tuan, me acordaba siempre... hasta que llegó un día en que mis ojos ya eran incapaces de ver nada del pasado porque se habían posado en la mujer que ahora está muriendo dentro de la choza.

Se detuvo y exclamó con un intenso suspiro:

—¡Oh, Mara Bahia! ¡Oh calamidad! —y continuó un poco más alto—: No hay peor enemigo ni mejor amigo que un hermano, Tuan, porque un hermano conoce a otro hermano y el conocimiento perfecto es la fuerza que provoca el bien y el mal. Yo quería a mi hermano. Fui a visitarlo y le dije que no podía ver más que un solo rostro, que no podía escuchar más que una sola voz. Me contestó: «Abre tu corazón para que ella vea qué hay en su interior, y espera. La paciencia es la sabiduría. Puede que Inchi Midah muera o que nuestro rajá se olvide de su

devoción por culpa de una mujer». Yo esperé... ¿Te acuerdas de la dama que cubría su rostro con un velo y la devoción que inspiraba a nuestro rajá su descaro y su inteligencia? Si ella quería un siervo, ¿qué podía hacer yo? Pero yo alimenté el hambre de mi corazón con pequeñas miradas y palabras fugaces. Bajo la luz del sol me las apañaba para retrasarme en el camino que llevaba hasta la casa de baños y cuando caía la noche, me deslizaba hasta los setos de jazmines del patio de las mujeres. No nos veíamos, pero ella y yo nos hablábamos a través del perfume de las flores, del velo de las hojas, de la cortina de las hierbas que se interponían entre nuestros labios; nuestra prudencia era muy grande y nuestro anhelo era tan sutil como nuestros murmullos. El tiempo pasó deprisa y comenzó a haber comentarios entre las mujeres. Nuestros enemigos nos observaban, mi hermano empezó a estar taciturno y yo empecé a pensar en matanzas y muertes violentas... Somos gente que tomamos aquello que queremos, igual que vosotros, los blancos. Hay también un momento en que un hombre debe olvidar la lealtad y el respeto. Puede que a los gobernantes se les haya dado la autoridad, pero a todos los hombres se les ha dado el amor, la fuerza y el coraje. Mi hermano me dijo: «Se la arrebataremos. Somos dos que son como uno». Y yo contesté: «Pero hagámoslo cuanto antes, porque no encuentro calor en un sol que no la ilumine también a ella». El momento llegó cuando nuestro rajá, con todo su séquito, se trasladó al río para practicar la pesca nocturna con antorchas. Había cientos de botes y sobre las arenas blancas, entre las aguas y la selva, se construyeron cabañas de hojas de palma para los rajás. El humo de las hogueras de los cocineros se alzaba en la noche como una neblina azulada y las voces de todos sonaban alegres. Mientras estaban preparando los botes para salir a pescar, mi hermano se acercó hasta donde yo estaba y me dijo: «¡Esta noche!». Fui a buscar mis armas y, cuando llegó el momento, nuestra canoa se puso junto al resto en el círculo que portaba las antorchas. La luz se reflejaba en el agua, pero tras los botes la oscuridad era total. Cuando comenzaron los gritos y la diversión y todos se pusieron como locos, nosotros aprovechamos para escabullirnos. Apagamos la antorcha en el agua y remamos de nuevo hasta la orilla que estaba oscurísima y apenas iluminada por algunas brasas aquí y allá. Se escuchaba la cháchara de las esclavas en las cabañas. Encontramos un lugar vacío y silencioso y esperamos allí. Ella vino corriendo por la orilla a toda prisa y sin dejar rastro alguno, como si se tratara de una hoja que el viento arrastrara hacia el mar. Mi hermano dijo en voz baja: «Ve a recogerla y tráela a nuestro bote». La cogí en brazos. Jadeaba. Sentía palpar su corazón contra mi pecho. Le dije: «Te aparto de estas personas. Has acudido a la llamada de mi corazón, pero mis brazos te llevarán ahora a mi bote contra la voluntad del más grande». «Así es —dijo mi hermano—, somos hombres que cuando quieren algo lo cogen y son capaces de conservarlo aunque muchos se enfrenten a ellos. Tendríamos que habérsela llevado a la luz del día». Yo dije: «Vámonos de aquí», porque desde que habíamos

subido a nuestro bote yo había empezado a pensar en los muchos hombres que estaban al servicio de nuestro rajá. «Sí, vámonos —respondió mi hermano—, ahora estamos desterrados y este bote es nuestra patria. El mar será nuestro refugio». Tardaba todavía en separar sus pies de la tierra y yo le dije que se diera prisa porque sentía aquel latido sobre mi pecho y era consciente de que dos hombres no pueden enfrentarse a un centenar. Partimos remando corriente abajo junto a la ribera y, cuando pasamos junto al gran círculo en el que estaban pescando, ya habían cesado los gritos, pero el murmullo de las voces seguía siendo alto, igual que el zumbido de los insectos en la oscuridad. Los botes flotaban atados unos a otros en medio de la luz roja de las antorchas, bajo un oscuro techo de humo, y los hombres charlaban sobre su afición. Hombres que se vanagloriaban y reían, que bromeaban, hombres que aquella misma mañana habían sido nuestros amigos y que esa misma noche ya se habían convertido en enemigos. Remando a toda prisa, pasamos a su lado sin que se dieran cuenta. Ya no teníamos más amigos en la patria que nos había visto nacer. Ella estaba sentada en la mitad de la canoa y se cubría la cara con las manos, tan silenciosa como lo está ahora, tan invisible como lo es ahora. Yo no sentía ningún remordimiento de estar abandonando todo aquello, porque sentía su respiración junto a la mía tan claramente como la siento ahora.

Hizo una pausa e inclinó su oído hacia la puerta, a continuación agitó la cabeza y continuó:

—Mi hermano quería lanzar el grito del desafío (un solo grito) para que nuestro pueblo supiera que éramos de naturaleza audaz y rebelde, y que confiábamos en nuestra fuerza y en el ancho mar. Le supliqué que en honor a nuestra fraternidad renunciase a aquel grito. ¿Es que no podía sentir cómo jadeaba ella a mi lado? No ignoraba que dentro de muy poco tiempo comenzaría nuestra persecución. Mi hermano me quería. Hundió su remo sin hacer ruido y se limitó a decir: «En este momento no hay en tu interior más que la mitad de un hombre. La otra mitad está en el cuerpo de esa mujer. Sé esperar. Cuando seas un hombre entero otra vez, regresarás aquí conmigo para lanzar el grito del desafío. Los dos hemos nacido de la misma madre». No respondí nada. Toda mi energía y mi espíritu estaban en las manos con las que hundía el remo, porque lo único que deseaba era ponerla a salvo de la ira de los hombres y el desprecio de las mujeres. Mi amor era tan grande que en ese momento creía que sería capaz de guiarme hasta un país en el que la muerte no existiera. Lo único que tenía que conseguir era escapar de Inchi Midah y de la espada de nuestro rajá. Remábamos con furia y respirábamos a través de los dientes. Las palas alborotaban las aguas tranquilas. Por fin salimos del río y recorrimos sin descanso canales abiertos. Seguimos

bordeando la negra costa y bordeamos las arenosas playas en las que el mar habla susurrando a la tierra. La arena blanca destellaba al paso de nuestro bote, tan rápido huíamos. No hablábamos. Lo único que dije fue: «Duerme, Diamelen, porque tal vez dentro de poco vayas a necesitar toda tu energía». Escuché la dulzura de su voz, pero no volví la cabeza. El sol comenzó a despuntar y nosotros seguíamos remando. El sudor me bañaba la cara como si se tratara de lluvia. Nos adentramos en la luz y en el calor. Nunca miré atrás, pero estaba seguro de que los ojos de mi hermano estaban clavados en mi cabeza porque el bote iba más recto que el dardo de un bosquimano al salir de su cerbatana. No había en el mundo mejor remero ni mejor timonel que mi hermano. En muchas ocasiones habíamos ganado carreras montados en aquella misma canoa, pero jamás habíamos unido nuestras fuerzas hasta el punto en el que lo habíamos hecho entonces. ¡Aquella fue la última vez que remamos juntos! En todo el país no había un hombre más valiente ni más fuerte que mi hermano. No me quedaban fuerzas para darme la vuelta y contemplarlo, pero podía sentir a mi espalda el silbido de su aliento cada vez más alto. Él tampoco decía nada. El sol ya se había alzado. El calor me abrasaba la espalda como si me la estuviesen quemando con fuego. Mis costillas estaban a punto de estallar y aun así me daba la sensación de que no tenía aire. Pedí con el que parecía mi último aliento: «¡Descansemos!». «Sí», contestó él con la voz firme. Era fuerte y valiente. No sabía lo que eran ni el miedo ni la fatiga. ¡Mi hermano!

Un murmullo poderoso y discreto a la vez, vasto y tenue, el murmullo de las frágiles hojas, de la maleza al estremecerse, se abrió paso desde el interior de la selva y recorrió la planicie estrellada de la laguna como si se tratara de un chapoteo repentino, y el agua que bailaba entre las estacas dio un lametazo a los maderos. El rostro de los dos hombres se vio súbitamente envuelto en una brisa de aire caliente y se perdió con un sonido sombrío, un aliento sonoro y corto, parecido a un incómodo suspiro de la tierra soñolienta.

Arsat continuó en voz baja:

—Llevamos nuestra canoa hasta la playa blanca de una pequeña bahía cercana a una lengua de tierra que tenía todo el aspecto de interponerse en nuestro camino: un cabo largo y cubierto de vegetación que se adentraba mucho en el mar. Mi hermano conocía aquel lugar. Tras el cabo estaba la entrada de un río, y a través de la jungla de aquella tierra había un estrecho sendero. Hicimos fuego y cocinamos arroz. Luego nos acostamos para dormir sobre la mullida arena y bajo la sombra de nuestra canoa mientras ella vigilaba. En cuanto cerré los ojos, oí la llamada de alarma. Dimos un salto. El sol estaba en la mitad de su recorrido y

vimos un prao en el que remaban multitud de hombres. Lo reconocimos de inmediato: se trataba de uno de los praos de nuestro rajá. Venían observando la costa y nos habían localizado. Golpearon el gong de guerra y dirigieron la embarcación hacia donde estábamos. Yo sentí que se me encogía el corazón dentro del pecho. Diamelen se sentó en la arena y se cubrió el rostro con las manos. No teníamos escapatoria por mar. Mi hermano soltó una carcajada. Llevaba con él el rifle que tú le regalaste antes de marcharte, Tuan, aunque apenas le quedaba pólvora. Me dijo a toda prisa: «Corre con ella por el sendero, yo los mantendré alejados, porque no tienen armas de fuego, y desembarcar frente a uno que sí tiene una supone la muerte segura para unos cuantos. Huye con ella. Al otro lado de esa selva hay una cabaña de pescadores y una canoa. Cuando haya disparado toda la munición os seguiré. Soy un gran corredor y antes de que puedan llegar ya me habré marchado. Resistiré todo lo que pueda, porque ella no es más que una mujer que no puede ni correr ni luchar, y aun así tiene tu corazón en sus frágiles manos». Se ocultó tras la canoa. El prao se fue acercando. Ella y yo nos pusimos a correr y escuchamos disparos. Mi hermano disparó dos, tres veces y cesó el sonido del gong. Luego se hizo el silencio a nuestra espalda. Aquel brazo de tierra era estrecho. Antes de que mi hermano disparara por tercera vez, pude ver el declive de la ribera y agua de nuevo: la boca de un ancho río. Descendimos hasta la ribera. Vi una choza que se alzaba sobre el fango negro y una pequeña canoa atada a ella. Escuché un nuevo disparo a mis espaldas. Pensé: «Ésa era su última munición». Nos apresuramos hacia la canoa y un hombre se aproximó hacia nosotros corriendo desde la choza, pero lo derribé y acabamos en el fango. Me levanté e vi que había quedado inmóvil a mis pies. No sé si lo maté o no. Diamelen y yo pusimos a flote la canoa, escuché gritos detrás de mí y vi a mi hermano, que corría atravesando un claro. Había muchos hombres persiguiéndolo. La cogí en brazos y la metí en el bote, y luego subí yo. Cuando me di la vuelta, comprobé que mi hermano había caído y, aunque se había levantado de inmediato, los hombres ya lo estaban rodeando. «Enseguida voy», gritó. Los hombres estaban muy cerca. Miré. Eran muchos. Luego la miré a ella y... ¡empujé la canoa, Tuan! La empujé hacia las aguas profundas. Estaba de rodillas frente a mí y yo le dije: «Coge tu remo». Yo ya había empezado a remar con el mío. Escuché el grito de mi hermano, Tuan. Escuché cómo gritó mi nombre dos veces, y una voz que decía: «¡Calla! ¡Matadlo!». No me di la vuelta. Escuché cómo gritaba con fuerza mi nombre de nuevo, con la fuerza con la que sólo alguien que está perdiendo la vida puede gritar, pero ni siquiera volví la cabeza. ¡Mi nombre...! ¡Mi propio hermano! Tres veces me llamó, pero yo no tenía miedo de la vida. ¿Acaso no estaba ella conmigo en aquella canoa? ¿Es que no podía yo encontrar a su lado un país en el que la muerte se olvidara, en el que la muerte fuese desconocida?

El hombre blanco se revolvió. Arsat se levantó y permaneció en pie, su figura se alzó en silencio frente a los rescoldos de la hoguera. Sobre la laguna había descendido una pesada bruma que había ido borrando poco a poco el brillo de las estrellas. Ahora la tierra estaba envuelta en aquellos vapores blancos, fluía fría y gris entre las tinieblas y se arremolinaba con torbellinos silenciosos que se pegaban a los troncos de los árboles y a la plataforma de la cabaña, que ahora daba la sensación de estar flotando sobre la vaga e intangible ilusión de un mar. A lo lejos, en el firmamento, apenas se veía ya la silueta de los árboles; parecía un litoral oscuro y vedado, una orilla traicionera, despeinada y negra.

La voz de Arsat vibró profundamente en medio de aquella paz:

—¡Ahí estaba ella, conmigo! ¡La tenía a ella! Me había tenido que enfrentar a la humanidad entera, pero la tenía y...

Aquellas últimas palabras se alejaron tintineando en la inmensidad vacía. Se detuvo de pronto, como si pretendiera escuchar cómo se alejaban sin remedio. Luego dijo con tranquilidad:

—Tuan, yo quería a mi hermano.

Una ráfaga de viento lo hizo temblar. Sobre su cabeza, y en medio de aquel mar silencioso de la bruma, las hojas de las palmeras sonaron con un murmullo lúgubre y agónico. Estiró las piernas, hundió la cabeza en el pecho y dijo melancólicamente, sin levantar la mirada:

—Todos queremos a nuestros hermanos.

Arsat tuvo de pronto un estallido de violencia:

—¿Qué más me da a mí quién muera? Lo que yo quiero es paz en mi corazón.

Le pareció escuchar un ruido en el interior de la cabaña y acercó el oído, luego entró con cuidado. El hombre blanco se puso de pie. La brisa llegaba en soplos caprichosos. Las estrellas habían comenzado a palidecer como si se estuvieran retirando a las gélidas profundidades del espacio. Tras una fría ráfaga siguieron unos minutos de perfecta tranquilidad y silencio total. Detrás de aquella jungla negra y sinuosa comenzó a surgir de pronto un haz de luz dorada que fue expandiéndose en semicírculos sobre el horizonte oriental. Despuntaba el alba. La bruma comenzó a aclararse y fue deshaciéndose sobre la neblina, convirtiéndose

poco a poco en nubes fugaces, desvaneciéndose poco a poco en breves guirnaldas flotantes; y la laguna, descubierta, se revelaba negra y bruñida en las sombras espesas al pie del muro de árboles. Un águila blanca comenzó a volar solemnemente sobre la laguna, se deslizó bajo un claro rayo de sol y, durante un instante, fue impresionantemente esplendorosa, para convertirse luego en una pequeña mota inmóvil antes de diluirse en el azul como si quisiera abandonar la tierra para siempre. El hombre blanco estaba junto al umbral y, cuando alzó la mirada, pudo escuchar un susurro confuso de palabras al que siguió un sonoro gemido en el interior de la cabaña. Arsat salió inmediatamente al exterior, tropezando y con las manos abiertas. Se estremeció y, a continuación, permaneció inmóvil un largo rato con la mirada ausente. Luego dijo:

—Ya ha dejado de arder.

Frente a él, el sol mostraba su filo sobre los árboles y se elevaba. La brisa se hizo más fresca, y sobre la laguna se hizo una gran claridad que provocó que la superficie prorrumpiera en destellos. Bajo la despiadada luz del sol, el sonido de la vida comenzó a hacerse cada vez más fuerte, hablando con una voz incomprensible y envolviendo con su ilógica oscuridad el sufrimiento humano. La mirada de Arsat fue recorriendo todo con indiferencia y, finalmente, quedó fija en el sol naciente.

—No puedo ver nada —dijo a media voz para sí mismo.

—No hay nada que ver —respondió el hombre blanco caminando hasta el borde de la plataforma y haciendo señas a la embarcación para que fuera a buscarlo. Se escuchó un grito lejano al otro lado de la laguna y el sampán comenzó a deslizarse lentamente hacia la casa del amigo de los fantasmas.

—Si quieres venir conmigo, puedo esperarte toda la mañana —dijo el hombre blanco deslizando su mirada sobre las aguas.

—No, Tuan —respondió Arsat con suavidad—, no comeré ni dormiré en esta casa, pero antes debo encontrar mi camino. De momento no puedo ver nada. ¡No veo nada! No hay ni luz ni paz en este mundo, muerte es lo único que hay, muerte para todos. Somos hijos de la misma madre y yo lo abandoné cuando estaba rodeado por sus enemigos, pero ahora debo regresar.

Inhaló profundamente y luego continuó con tono ensoñado:

—Dentro de poco veré con suficiente claridad como para golpear, para

golpear. Pero ahora ella acaba de morir y de momento sólo hay oscuridad.

Extendió los brazos, los dejó caer sin vida y se quedó inmóvil, con su mirada pétrea fija en el sol. El hombre blanco descendió a su canoa. Los remeros se pusieron ágilmente a ambos lados del bote y vislumbraron por encima del hombro la trabajosa jornada que les esperaba. En la popa, con la cabeza cubierta por un turbante blanco, estaba sentado el sombrío *juragan*. El hombre blanco iba apoyado con los dos brazos sobre el techo de la popa y, durante un instante, se dio la vuelta para contemplar el dibujo de la estela. Levantó por última vez la vista antes de que el sampán abandonara la laguna. Arsat no se había movido. Allí seguía, en pie y solo, frente al amanecer, mirando más allá de la luz tremenda de un día sin nubes, hacia la oscuridad de un mundo de fantasmas.

UNA AVANZADA DEL PROGRESO

I

Había dos hombres a cargo del negocio. Kayerts, el jefe, era bajo y grueso, y Carlier, el ayudante, era alto, tenía una cabeza alargada y un tronco voluminoso que se apoyaba sobre un par de piernas largas y delgadas. El tercer hombre de la compañía era un negro de Sierra Leona que decía llamarse Henry Price. Fuera por la razón que fuera, los nativos de la zona le habían dado el nombre de Makola y aquel nombre lo había acompañado desde entonces por el país. Hablaba inglés y francés con acento musical, tenía una bonita letra, sabía algo de contabilidad y en el fondo de su alma seguía siendo fiel al culto de los malos espíritus. Su mujer era una negra de Luanda muy gorda y ruidosa. Tres niños tomaban el sol frente a la puerta de su casa, una construcción de una sola planta que tenía forma de cabaña. Makola era de carácter taciturno e introvertido y despreciaba a los dos hombres blancos. Tenía a su cargo un almacén de barro con un techo de hierba seca, y fingía llevar correctamente las cuentas de los abalorios, las telas, los pañuelos rojos, los cables de cobre y el resto de los materiales que guardaban allí. Aparte del almacén y de la choza, lo único que había era un gran edificio en el descampado que quedaba junto a la estación. Estaba ingeniosamente construido con caña y tenía una galería que rodeaba los cuatro costados. En el interior había tres habitaciones. La del centro hacía las funciones de sala de estar y en ella había un par de mesas y varias banquetas. Las otras dos habitaciones eran los dormitorios de los dos hombres blancos. El único mobiliario de las habitaciones eran una cama y la armadura para sostener el mosquitero. El suelo era de tablones y estaba siempre cubierto con las pertenencias de los hombres blancos: cajas abiertas y medio vacías, ropa, botas viejas; todo estaba sucio y medio roto y se acumulaba en torno a las camas de aquellos dos hombres desordenados. A poca distancia de los edificios había otra residencia. En ella, y bajo una alta cruz que había dejado de ser perpendicular, dormía el hombre que había visto nacer todo aquello, el que se había encargado del proyecto y la supervisión de la construcción de aquella avanzada del progreso. En su tierra había sido un pintor sin éxito que se había cansado de perseguir la fama con el estómago vacío y había llegado hasta allí gracias a poderosos contactos. Había sido el primer jefe del negocio. Makola había visto morir de fiebre al energético artista justo al terminar la casa con un resabiado gesto indiferente de «ya os lo dije». Luego, durante una temporada, vivió solo con su familia, sus libros de contabilidad y el Espíritu Maligno que gobierna las tierras

que se encuentran bajo el Ecuador. Se llevaba bien con su dios. Tal vez lo hubiese apaciguado con la promesa de que habría más hombres blancos con los que jugar. Fuera como fuera, el director de la Gran Compañía de Comercio, que llegó en un vapor con forma de lata de sardinas gigante cubierta por un tejado, encontró la estación en orden y a Makola tan diligente como siempre. El director ordenó poner una cruz en la tumba del primer agente y nombró a Kayerts su sucesor. Carlier fue nombrado ayudante. El director era un hombre tan implacable como eficiente que en ocasiones podía llegar a tener un humor muy negro. Les dio una charla a Kayerts y a Carlier señalándoles los puntos más prometedores del negocio. El puesto comercial más próximo se encontraba a trescientas millas. Tenían frente a ellos una oportunidad inmejorable para distinguirse y conseguir beneficios del comercio, y un nombramiento como aquél era un beneficio claro para dos principiantes. Kayerts no lloró de milagro ante tanta bondad, aseguró que lo haría lo mejor posible, trataría de ser digno de aquella confianza, etc. Kayerts tenía cierta elocuencia. Carlier, antiguo suboficial de caballería de un ejército protegido de cualquier amenaza por varias potencias europeas, estaba menos impresionado. Tanto mejor si podían cobrar comisiones, pensó, y recorrió malhumorado con la mirada aquel río, los bosques y aquella impenetrable vegetación que aislaba la estación del resto del mundo: «Lo comprobaremos muy pronto», murmuró entre dientes.

Al día siguiente, el vapor con forma de lata de sardinas arrojó embaladas algunas telas de algodón y otras tantas provisiones y se fue para no regresar en seis meses. Desde cubierta el director se despidió con la gorra de los dos agentes, que respondieron con sus sombreros desde la orilla y, volviéndose hacia un antiguo empleado de la compañía, de camino hacia el cuartel general, comentó:

—Fíjese en esos dos imbéciles. En mí país han debido de perder definitivamente la cabeza para mandarme a esos dos inútiles. Les he dicho que planten una huerta, que construyan un almacén nuevo y un embarcadero. Estoy convencido de que no van a hacer nada. No creo ni que sepan por dónde empezar. Siempre me ha parecido que esa oficina de comercio en el río no sirve para nada. ¡Y esos dos la verdad es que encajan perfectamente en el puesto!

—Aquí forjarán su carácter —aseguró el antiguo empleado con una sonrisa.

—Me importa francamente poco, por lo pronto no tendré que verlo de nuevo hasta dentro de seis meses —dijo el director.

Los dos hombres que estaban en tierra no perdieron de vista el vapor hasta

que desapareció tras la curva, y a continuación subieron cogidos del brazo la cuesta que llevaba hasta la estación. No llevaban mucho tiempo en aquel enorme y oscuro país, y hasta ese día siempre habían estado rodeados de hombres blancos y bajo la supervisión de sus superiores; pero ahora, y puesto que eran poco sensibles a dejarse influir por lo que los rodeaba, se sintieron un poco desamparados en medio de una selva que hacía aquel lugar más extraño si cabe, más incomprensible, sobre todo cuando eran capaces de vislumbrar la vida que había contenida en ella. Tanto el uno como el otro eran dos personas totalmente incapaces e inútiles y no concebían una existencia fuera de la civilización. Son pocos los hombres que se dan cuenta de que sus vidas, la esencia de su carácter y hasta sus virtudes y capacidades son poco más que la expresión de su confianza en la seguridad de su ambiente. El valor, la prestancia, la confianza en uno mismo, los sentimientos y los principios, todos los pensamientos grandes y pequeños no son de los individuos sino de las masas, de las masas que creen ciegamente en que sus instituciones son legítimas, que su moral es justa y su policía, poderosa. Pero cuando entran en contacto con el salvajismo en estado puro y sin paliativos, con la naturaleza y el hombre primitivos, su corazón por lo general se sumerge de inmediato en profundas inquietudes. A la sensación de haber sido separado del resto de la especie, a la percepción evidente de soledad en los propios pensamientos y sensaciones, a la negación de lo habitual (que es seguro) se añade también la afirmación de lo extraño (que es peligroso) y una vaga sensación de cosas indefinidas, difíciles de controlar, repugnantes, cuya intrusión hace que la imaginación ponga a prueba los civilizados nervios de los más ingenuos y de los más sabios por igual.

Kayerts y Carlier subían agarrados del brazo tan cerca el uno del otro como si fueran niños en medio de la oscuridad y los dos tenían la misma sensación incómoda de peligro que no es del todo desagradable porque se sospecha que es falso. No dejaban de hablar con tono tranquilo.

—Nuestro negocio está muy bien situado —dijo uno, y el otro asintió con entusiasmo, explayándose acerca de la belleza del emplazamiento. En ese momento pasaron junto a la tumba.

—¡Pobre diablo! —dijo Kayerts.

—Murió de fiebre, ¿no? —murmuró Carlier deteniéndose un poco.

—Sí —respondió Kayerts molesto—, me han dicho que fue por estar al sol sin moderación. Todo el mundo dice que aquí el clima no es necesariamente peor

que el de la patria, pero que lo importante es no abusar del sol. ¿Has oído bien, Carlier? Aquí el jefe soy yo y te ordeno que no te expongas al sol demasiado.

La afirmación de superioridad no era más que una broma, pero la advertencia era muy seria. La simple idea de tener que enterrar a Carlier lo hizo temblar. Le daba la sensación de que Carlier era para él más necesario en el centro de África que un hermano en cualquier otro lugar del mundo. Carlier se prestó a la broma, hizo un saludo militar y respondió con energía:

—¡Sus ordenes serán atendidas, señor! —A continuación se rio a carcajadas, le dio una palmada en la espalda a Kayerts y dijo—: ¡Dejemos que la vida transcurra con tranquilidad! Esperaremos aquí sentados a que los salvajes nos traigan el marfil. Al fin y al cabo hasta un país como éste tiene sus cosas buenas.

Los dos se rieron a la vez, pero Carlier no podía dejar de pensar: «Este pobre Kayerts, qué gordo está y qué poca salud tiene. Me resultaría espantoso tener que enterrarlo aquí. Es un hombre al que respeto...». Cuando llegaron a la galería de la casa, los dos hombres ya se llamaban el uno al otro «mi querido amigo».

El primer día fueron muy activos. Se pasaron todo el tiempo entretenidos martillando y clavando soportes para las cortinas, tratando de que la casa fuera bonita y habitable. Estaban decididos a que su nueva vida fuera cómoda. Para ellos, una tarea imposible. Para asumir con solvencia, incluso sólo problemas materiales, es necesario tener una tranquilidad de espíritu y un valor que por lo general la mayoría de la gente desconoce. Ninguna de aquellas dos criaturas podía ser más inútil para un esfuerzo de ese tipo. La sociedad, y no por ternura sino por sus extrañas necesidades, había cuidado de aquellos dos hombres hasta ese momento evitándoles la necesidad de tener cualquier tipo de pensamiento independiente, iniciativa o desviación de lo rutinario, y lo había hecho además bajo pena de muerte. La única manera que tenían de seguir viviendo era hacerlo como máquinas; por eso, en aquel momento en que habían sido liberados del cuidado de los hombres con una pluma tras la oreja, de los hombres con galones dorados en los puños, se sentían como si fuesen dos condenados a cadena perpetua que, tras muchos años en prisión, ya no saben qué hacer con su libertad. Desconocían cómo poner en práctica sus cualidades porque no tenían práctica alguna, ninguno de los dos era capaz de pensar por sí mismo. Después de un par de meses, Kayerts solía decir: «Si no fuese por Melie, yo no estaría aquí».

Melie era su hija. En su día había renunciado a un trabajo en la oficina de Administración de Telégrafos después de haber pasado ahí diecisiete años para

conseguir una dote para su hija. Su mujer había muerto y la niña había sido criada por sus hermanas. Ahora echaba de menos las calles, las aceras, los cafés, a sus amigos de toda la vida, las cosas, en definitiva, que solía ver todos los días y los pensamientos que despertaban en él aquellas cosas familiares. Eran los pensamientos sencillos, ordinarios y tranquilizadores de un funcionario del gobierno; le faltaban los chismes, las pequeñas enemistades, las crueldades bondadosas y las bromas de funcionarios.

—Si hubiese tenido un cuñado honrado —solía comentar Carlier—, un hombre de corazón, no estaría aquí.

Había dejado el ejército y se había terminado convirtiendo, debido a su vagancia, en una carga tan pesada para su propia familia que un malhumorado cuñado se empeñó tan sobrehumanamente en conseguirle un trabajo que al final logró que lo nombraran agente de segunda clase en la compañía. Al no disponer de un céntimo no le quedó más remedio que aceptar en cuanto se dio cuenta de que ya iba a ser imposible seguir sacando dinero a su familia. Igual que Kayerts, echaba mucho de menos su antigua vida. Añoraba el tintineo de los sables y las espuelas a la luz del atardecer, las bromas de cuartel, las mujeres de las ciudades de guarnición, y además sentía que tenía razones para quejarse. Se trataba, como es evidente, de un hombre al que todo le había salido mal, y de cuando en cuando le entristecía ese pensamiento. A pesar de todo, los dos hombres se llevaban bien entre ellos; los unía el compañerismo, la poca inteligencia y la pereza. No hacían absolutamente nada juntos, más que disfrutar de aquella indolencia por la que les pagaban. Fue pasando el tiempo y al final llegaron a sentir algo parecido al afecto.

Vivían como hombres ciegos en una habitación enorme, conscientes sólo de lo que entraba en contacto con ellos (y hasta eso de manera parcial); eran incapaces de tener una visión global de las cosas. El río, la selva, toda aquella tierra que los rodeaba y que estaba repleta de vida era para ellos como un gran vacío. Ni siquiera la claridad de la luz del sol les revelaba nada inteligible. Las cosas aparecían ante sus ojos y luego se volatilizaban como si no tuvieran entre ellas ninguna relación ni propósito alguno. El río surgía de la nada y fluía hacia ningún lugar. Fluía a través de la nada. Y a través de aquella nada de cuando en cuando aparecían canoas y hombres con lanzas en las manos que, de cuando en cuando, se reunían en grupo en el patio de la estación. Iban desnudos y eran de un negro casi brillante, se adornaban con pequeñas caracolas blancas como la nieve y collares de bronce, y tenían una musculatura imponente. Al hablar salía de sus labios un sonido rudo y balbuciente, se movían de una forma elegante y majestuosa, y miraban a su alrededor de forma nerviosa e incansable, siempre asombrados. Los guerreros se

solían poner en filas en la galería y los jefes se dedicaban a regatear durante horas con Makola por el precio de un colmillo de elefante. Kayerts solía sentarse en el sillón para contemplar aquellos tratos de los que no entendía ni una sola palabra. Mientras lo observaba todo con sus redondos ojos azules, le decía a Carlier:

—Mira, mira ése de ahí... Y también ese otro de la izquierda. ¿Habías visto alguna vez en tu vida una cara como esa? ¡Qué divertido ése salvaje!

Carlier se dedicaba a fumar tabaco local en su pipa corta de madera y paseaba de un lado a otro retorciéndose el bigote vigilando a los guerreros con altanería e indulgencia mientras contestaba:

—Hermosos animales. ¿Han traído huesos? ¿Sí? Ya iba siendo hora. Fíjate en la musculatura de ése de ahí, el tercero, si empiezas por la cola. La verdad, preferiría que no me diera un puñetazo en la cara. Tiene buenos brazos, pero las pantorrillas son muy enclenques. Jamás habría podido ser un buen soldado de caballería.

Al final, miraba satisfecho sus propias piernas y comentaba:

—¡Bah! ¿No apestan? ¡Makola! Lleva al rebaño al fetiche (en todas las estaciones solía llamarse fetiche al almacén, quizá porque en él habitaba el espíritu de la civilización), dales un par de cacharros de esos que tienes por ahí. Preferiría verlo lleno de huesos antes que verlo lleno de trapos.

Kayerts le daba la razón.

—¡Sí! ¡Sí! Váyanse allí y acaben la charla en otro sitio, señor Makola. Cuando haya terminado todo ya iré yo a pesar el colmillo, hay que tener cuidado con eso. —Luego se giró hacia su compañero y dijo—: Esta tribu es los de la parte de abajo del río. Son de lo más aromático. Me acuerdo de que ya estuvieron por aquí en una ocasión. ¿Escuchas todo ese jaleo? ¡Hay que ver lo que tiene que aguantar uno en este cochino país! Me va a estallar la cabeza.

Era poco frecuente que se produjesen aquellas visitas tan beneficiosas. Durante los días siguientes, aquellos dos pioneros de la civilización y el progreso se limitaron a observar aquel patio vacío bajo la poderosa claridad de unos rayos de sol que caían verticalmente. El río seguía fluyendo sereno y resplandeciente, y sobre la arena, en medio de la corriente, los hipopótamos y los cocodrilos tomaban el sol unos junto a otros. En todas las direcciones, y rodeando el pequeño claro en el que se encontraba la estación comercial, aquellas selvas inmensas en cuyo

interior bullían ominosas y fantásticas cantidades de vida, permanecían en un silencio elocuente. Los dos hombres no sólo no entendían nada, sino que apenas tenían más pensamientos que los que les animaban a restar los días que iban faltando para que regresara el vapor. Su predecesor apenas había dejado unos pocos libros rotos. Ellos rescataron aquellos restos de novelas y, como en toda su vida apenas habían leído una palabra, se quedaron sorprendidos y de lo más divertidos. Durante varios días estuvieron enzarzados en una estúpida discusión interminable sobre la trama y los personajes. Conocieron en el interior de África a Richelieu y D'Artagnan, a Ojo de Halcón y Papá Goriot, entre otros muchos. Todos aquellos personajes imaginarios se convirtieron en el tema de sus charlas, como si se tratara de amigos vivos. Desconfiaban de sus virtudes, ponían en tela de juicio la pureza de sus motivos, ninguneaban sus triunfos, se escandalizaban por su duplicidad y dudaban de su valor. Cuando leían relatos de crímenes se indignaban y los pasajes tiernos y patéticos los emocionaban profundamente. A veces Carlier se aclaraba la voz y decía con un tono de soldado:

—¡Absurdo!

Kayerts, con sus redondos ojos llenos de lágrimas y sus gordas mejillas temblorosas, se pasaba la mano por la calva y aseguraba:

—Es un libro extraordinario, no tenía ni idea de que hubiera gente tan lista en este mundo.

Encontraron también algunos viejos números de un periódico de la capital. En ellos se hablaba de lo que todo el mundo denominaba «nuestra expansión colonial» en unos términos de lo más solemne. Se hablaba por extenso de los derechos y obligaciones de la civilización, de lo sagrado de la obra civilizadora, y se ensalzaban los méritos de los hombres que se encargarían de llevar la luz, la fe y el comercio hasta los más ignotos rincones de la tierra. Carlier y Kayerts lo leyeron, discutieron y empezaron a tenerse a sí mismos en más estima. Una de aquellas tardes Carlier comentó manoteando:

—Puede que dentro de cien años aquí haya una ciudad. Muelles fluviales, almacenes, casas... y... quién sabe, hasta salas de billar. La civilización, chico, la virtud y todo lo demás. ¡Y entonces la gente se enterará de que los primeros que estuvieron en este lugar fueron dos hombres buenos llamados Kayerts y Carlier!

Kayerts asintió con la cabeza:

—Sí, la verdad es que es un pensamiento consolador.

Parecían haber olvidado ya a su difunto predecesor, pero uno de aquellos días Carlier se levantó antes que de costumbre y enderezó la cruz.

—Tenía que retirar la vista cada vez que pasaba por ahí —explicó Carlier mientras tomaban el café de aquella mañana—, me hacía retirar la mirada de lo torcida que estaba, así que decidí ponerla recta. ¡Y ahora te puedo asegurar que está bien firme! Incluso me apoyé con todo el peso en el travesaño. No se movió: he hecho un trabajo estupendo.

De cuando en cuando Gobila les hacía una visita. Gobila era el jefe de una de las aldeas que había en los alrededores. Era un salvaje de pelo canoso, delgado y negro que llevaba siempre a la espalda una sucia piel de pantera. Aparecía dando grandes zancadas con sus esqueléticas piernas y, alzando un bastón casi de su misma altura, entraba en la cuarto de estar de la estación y se ponían en cucullas junto a la puerta. Allí se quedaba mirando fijamente a Kayerts y a veces le soltaba un discurso del que el otro no entendía una sola palabra. Kayerts no se molestaba en dejar sus ocupaciones y se dirigía a él amistosamente:

—¿Cómo le va, abuelo?

Y se sonreían el uno al otro. A los dos hombres blancos les resultaba simpático aquel viejo incomprensible al que llamaban Padre Gobila. Gobila tenía de hecho una actitud paternal y parecía sentir una sincera simpatía por los hombres blancos. Todos le parecían iguales e imposibles de diferenciar (menos en la altura), y pensaba que todos eran hermanos e inmortales. Ni siquiera la muerte del artista, el primer hombre blanco al que había conocido íntimamente, había conseguido echar por tierra esa convicción y es que estaba totalmente convencido de que el extranjero había fingido morir para que lo enterraran con alguna misteriosa intención imposible de dilucidar. ¿Podía tratarse tal vez de una manera de volver a casa, a su país? Fuera como fuera, aquellos de allí eran hermanos suyos, así que les transfirió el cariño que le tenía al primero. Ellos respondían a su manera. Carlier le daba palmadas en la espalda y encendía cientos de cerillas para divertirlo. Kayerts siempre lo dejaba oler la botella de amoníaco. Es decir, hacían más o menos las mismas cosas que había hecho el otro blanco antes de esconderse bajo tierra en su hoyo. Gobila los miraba siempre con mucha atención. Tal vez fueran la misma criatura que el otro, o al menos uno de los dos. No era capaz de resolver aquel acertijo ni de llegar a ninguna conclusión, pero no por eso dejó de ser amable con ellos. Gracias a aquella amistad las mujeres de la aldea de Gobila

llevaban al puesto comercial aves, boniatos, vino de palma en incluso en ciertas ocasiones, una cabra. La compañía jamás se encargaba por completo del suministro alimenticio de sus agentes y con mucha frecuencia eran necesarias esas ayudas para sobrevivir, que conseguían gracias a la buena voluntad de Gobila y con las que podían ir viviendo. De cuando en cuando, uno de los dos tenía un ataque de fiebre y el otro lo cuidaba con atención. No se preocupaban demasiado. Las fiebres los habían ido debilitando y cada vez tenían peor aspecto. A Carlier se le habían hundido un poco los ojos y siempre estaba irritable. Kayerts tenía la cara hinchada y ojerosa y el estómago totalmente hinchado, lo que le daba un aspecto de lo más peculiar, pero al estar siempre juntos no sabían en qué momento había comenzado a producirse todo aquel deterioro en su aspecto y su comportamiento.

Así transcurrieron cinco meses.

Una mañana, mientras Kayerts y Carlier estaban sentados en sus sillones de la galería comentando la próxima visita del vapor, apareció en el puesto comercial un grupo de hombres armados que había salido del bosque. No eran de aquella parte del país. Eran altos y delgados y vestían con telas azules con flecos que les llegaban hasta los pies. Traían colgados mosquetes de percusión sobre las espaldas desnudas. Makola parecía muy nervioso y salió del almacén (en cuyo interior solía pasarse el día entero) para saludar a los visitantes. Entraron en el patio y observaron todo con gesto despectivo y tranquilo. El jefe, un negro corpulento y con los ojos inyectados en sangre, les dio una charla desde la galería. Gesticulaba mucho y acabó el discurso abruptamente.

En el tono con el que hablaba y en el sonido que producían aquellas frases largas y cadenciosas había algo que había asombrado a los dos hombres blancos. Sonaba a algo parecido al recuerdo de algo tal vez no exactamente familiar y sin embargo semejante al de las personas civilizadas. Tenía el sonido de uno de esos idiomas imposibles que a veces hacen su irrupción en los sueños.

—¿Qué lengua habla? —preguntó un asombrado Carlier—. Por un momento me dio la sensación de que se iba a poner a cantar en francés. Sea como sea, es muy distinto del soniquete que se escucha por aquí.

—Sí —respondió Kayerts—. Eh, Makola ¿qué está diciendo? ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son?

Pero Makola parecía nervioso y contestó a toda prisa:

—No lo sé, vienen de muy lejos. Puede que la señora Price los entienda, puede que sean hombres malos.

El jefe esperó un rato, y a continuación le dijo algo a Makola, que asintió con la cabeza. El hombre echó un vistazo a su alrededor, vio la choza de Makola y se dirigió hacia allí. Lo siguiente que se escuchó fue a la mujer de Makola hablando con gran soltura. Los otros extranjeros —en total eran seis estuvieron dando un paseo tranquilamente, asomaron la cabeza por las ventanas del almacén, y al final se reunieron alrededor de la tumba y estuvieron señalando sorprendidos la cruz. En términos generales, se comportaron como si se encontraran en su propia casa.

—No me gusta esta gente. Estoy casi seguro, Kayerts, de que vienen de la costa, llevan armas de fuego —observó el sagaz Carlier.

Tampoco a Kayerts parecían gustarle demasiado. De pronto se dieron cuenta, por primera vez de que vivían en unas circunstancias en las que lo extraordinario muy bien podía ser también peligroso, y en aquel lugar no había más poder sobre la tierra, aparte de ellos mismos, que pudiera interponerse entre ellos y lo inusitado. Se sintieron inseguros, entraron en casa y cargaron sus revólveres. Kayerts dijo:

—Le deberíamos decir a Makola que les ordene marcharse antes de que se haga de noche.

Los visitantes se marcharon al atardecer, después de haberse comido un guiso preparado por la mujer de Makola. La inmensa mujer había estado muy nerviosa y habló mucho con los visitantes. Hablaba sin parar, con una voz chillona y señalaba de cuando en cuando a un lado o al otro, al río o al bosque. Makola estaba sentado a un lado y no dejaba de mirarla. Cada cierto tiempo se levantaba y le susurraba algo a su mujer. Luego acompañó a los extranjeros para mostrarles la parte trasera de la estación comercial y volvió con aire pensativo. Cuando los hombres blancos le pidieron explicaciones, se comportó de una manera muy rara, parecía no entender nada, haber olvidado el francés y hasta haber olvidado hablar por completo. Kayerts y Carlier coincidieron en que el negro había bebido demasiado vino de palma.

Discutieron la posibilidad de hacer turnos de guardia, pero cuando llegó la noche todo estaba tan tranquilo como siempre y se acostaron. Durante la noche los molestó el redoble de los tambores de las aldeas vecinas. Primero se oía uno cercano y rápido, y luego otro más lejano, hasta que todo se silenció de nuevo. Se

escucharon otra vez llamadas breves y a continuación se mezclaron todas, iban aumentando hasta hacerse fuertes y constantes, y se fueron extendiendo por todo el bosque y deslizándose por la oscuridad, incesantes, lejos y cerca, como si toda la tierra fuese un tambor que estuviese llamando al cielo. En medio de aquel ruido tremendo a veces se podían oír también gritos súbitos que parecían fragmentos de canciones enloquecidas, gritos altos y chillones como chorros de sonido que se alzaban sobre la superficie de la tierra y aniquilaban la paz de las estrellas.

Carlier y Kayerts durmieron mal. Los dos creyeron oír disparos durante la noche, pero no consiguieron acordar en qué dirección. Por la mañana descubrieron que Makola se había ido a alguna parte. Regresó al mediodía en compañía de uno de los visitantes del día anterior y esquivó a Kayerts; parecía haberse quedado sordo. Kayerts no conseguía averiguar qué estaba pasando. Carlier se había ido al río a pescar, y cuando regresó, comentó enseñándoles la pesca:

—Los negros están muy nerviosos. Me pregunto qué está pasando. Durante el rato que estuve pescando he visto pasar unas quince canoas.

Kayerts contestó preocupado:

—¿No te parece que Makola está muy raro?

Carlier le dio un consejo:

—Que los hombres estén reunidos por si hay problemas.

II

El director había dejado a diez hombres en la estación comercial. Aquellas personas se habían comprometido con la compañía durante seis meses (sin tener ni la menor idea de lo que significaba estar allí un mes, sino tan sólo una vaga noción en general) y llevaban ya dos años en aquel lugar sirviendo a la causa del progreso. Pertenecían a una tribu de una parte muy lejana del país de la oscuridad y el dolor; por eso ni siquiera pensaban en escaparse, porque estaban convencidos de que si lo hacían, serían asesinados de inmediato por las tribus de alrededor, y no les faltaba razón. Vivían en cabañas de paja en la ladera de un barranco detrás de los edificios de la estación comercial. No eran felices, echaban de menos las fiestas, las brujerías y los sacrificios humanos de una tierra donde tenían, además, padres, jefes y hermanas, amigos queridos y el resto de las relaciones que suelen establecer los seres humanos. Por si fuera poco, las raciones de arroz con las que los alimentaban en la compañía no les gustaban nada porque se trataba de un alimento totalmente desconocido en su tierra y al que no conseguían acostumbrarse. Como consecuencia de aquello tenían poca salud y se sentían miserables. Si hubiesen pertenecido a otra tribu tal vez ya se habrían decidido a morir —porque no hay cosa más sencilla para cierto tipo de salvajes que el suicidio— para escapar así a las dificultades de la existencia, pero como formaban parte de una tribu guerrera de dientes afilados resistían aún y seguían viviendo de forma estúpida a pesar de todas las desdichas. Trabajaban poco y habían perdido además su buena forma física. Carlier y Kayerts se encargaban de ellos con asiduidad sin ser capaces de ponerles en forma. Les reunían todas las mañanas para explicarles las distintas tareas que tenían que realizar (desde cortar la hierba hasta construir una cerca o talar árboles) pero no había forma de convencerles para que lo hicieran bien. En realidad el poder que los dos hombres blancos tenían sobre ellos era muy limitado.

Por la tarde Makola fue hacia la casa principal y se encontró a Kayerts, que contemplaba tres densas columnas de humo que se alzaban sobre los bosques.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Kayerts.

—Una aldea en llamas —respondió un Makola que parecía haber recuperado de pronto la razón, y a continuación añadió bruscamente—: Tenemos muy poco marfil, seis meses de mal comercio. ¿Quiere más marfil?

—Sí —dijo Kayerts al instante cuando pensó en lo bajos que serían los porcentajes que les corresponderían.

—Los que estuvieron ayer aquí son comerciantes de Luanda que tienen más marfil del que se pueden llevar de vuelta a su aldea. ¿Quiere que lo compre? Sé dónde está su campamento.

—Por supuesto —dijo Kayerts—. ¿Quiénes son esos mercaderes?

—Mala gente —respondió Makola con indiferencia—. Luchan con las aldeas y se llevan a las mujeres y a los niños. Son malos y están armados. En el país hay mucho desorden. ¿Quiere el marfil?

—Sí —dijo Kayerts.

Makola permaneció unos instantes en silencio y añadió al final:

—Nuestros trabajadores son muy malos —murmuró mirando alrededor—, en el puesto hay mucho desorden y el director se va a enfadar. Si encuentra mucho marfil no dirá nada.

—No es culpa mía, los hombres no quieren trabajar —respondió Kayerts—. ¿Cuándo dices que podremos conseguir el marfil?

—Muy pronto —dijo Makola—, puede que esta misma noche. Póngalo en mis manos y no salga de casa, señor. Lo mejor es que le dé a los hombres vino de palma para que bailen esta noche, que estén alegres. Así trabajarán mañana mucho mejor. Hay mucho vino de palma que se está poniendo agrio.

Kayerts dio su aprobación y Makola cargó él mismo las grandes calabazas hasta la puerta de la cabaña. Allí se quedaron hasta la noche, y la señora de Makola las fue mirando todas una por una. Los hombres las vieron a la puesta de sol. Carlier y Kayerts se encerraron en su casa y una enorme hoguera se puso a arder frente a las chozas de los hombres. Se oyeron gritos y tambores. Algunas personas de la aldea de Gobila se unieron al grupo y la fiesta fue un éxito tremendo.

Carlier se despertó de golpe a medianoche al oír el grito de un hombre. A continuación sonó un disparo. Sólo uno. Carlier salió a toda prisa y se encontró en la galería con Kayerts. Los dos estaban asustados. Salieron al patio en busca de Makola y vieron algunas sombras sumergiéndose en la noche. Una de ellas gritó:

—¡No disparéis! ¡Soy yo, Price!

Makola apareció ante ellos.

—Vuelvan adentro, por favor —dijo—, van a estropearlo todo si siguen aquí.

—Aquí hay gente extraña —dijo Carlier.

—Ya lo sé, no importa —respondió Makola y luego susurró—: Todo va bien, están trayendo el marfil. ¡No digan nada, sé lo que estoy haciendo!

Los dos hombres blancos regresaron de mal humor a la casa, pero ya no consiguieron dormir. Oían pasos, susurros y algún que otro gemido. Daba la sensación de que había muchos hombres descargando sobre el suelo objetos muy pesados, peleándose durante un rato y desapareciendo al final. Los dos blancos estaban tumbados en sus camas pensando: «Este Makola es impagable». Por la mañana Carlier se levantó muerto de sueño y tiró de la cuerda de la campana grande. Los trabajadores solían reunirse por la mañana cuando escuchaban el sonido de aquella campana, pero esa mañana no se presentó ninguno. Kayerts también salió entre bostezos. Vieron a Makola, al otro lado del patio, salir de su cabaña con una palangana de agua con jabón. Makola era un negro muy civilizado y cuidadoso con su aseo. Tiró el agua con jabón a un desdichado perro amarillento que tenía y luego se volvió hacia la casa del agente y gritó:

—¡Se fueron todos anoche!

Los dos habían entendido las palabras a la perfección, pero era tal su sorpresa que no pudieron evitar gritar al unísono:

—¿Qué?

Se quedaron mirando el uno al otro.

—Vaya lío en el que nos acabamos de meter —murmuró Kayerts.

—Voy a echar un vistazo a las chozas —dijo Carlier dirigiéndose hacia ellas a toda prisa. Cuando llegó Makola, Kayerts estaba solo.

—No doy crédito —dijo Kayerts gimoteando—, los cuidábamos como si fuesen nuestros propios hijos.

—Se fueron con los hombres de la costa —dijo Makola tras dudar un segundo.

—¡Qué me importa a mí con quién se hayan ido esos salvajes! —exclamó el otro, y a continuación se volvió hacia Makola con sospecha—. ¿Y tú qué sabías de todo esto?

Makola se encogió de hombros y miró al suelo.

—¿Qué quiere que sepa? Yo sólo pienso. ¿Quiere ver el marfil que hay ahí? Es muy bueno. Jamás había visto uno mejor.

Fue al almacén y Kayerts siguió sus pasos de una manera mecánica mientras pensaba en la horrible deserción de sus hombres. En el suelo, ante la puerta del fetiche, había seis magníficos colmillos.

—¿Qué les diste a cambio? —preguntó Kayerts mirando con absoluta satisfacción el marfil.

—Fue un trato un poco especial —dijo Makola—. Trajeron el marfil y me lo dieron. Les dije que se podían llevar lo que quisieran del puesto. El marfil es magnífico. No habrá colmillos así en ninguna otra estación. Los comerciantes necesitaban porteadores y nuestros hombres no servían para nada. Ningún trato, ninguna entrada en los libros, está todo bien.

Kayerts casi estalla de la indignación:

—¿Qué? —gritó—. ¿Has vendido a nuestros hombres a cambio de los colmillos?

Makola permaneció inmóvil y en silencio.

—Yo... te voy a... —balbució Kayerts—. ¡Eres un animal! —gritó.

—Hice lo más conveniente tanto para ustedes como para la compañía —respondió Makola sin mover un solo músculo—. ¿Por qué grita así? ¿Es que no ha visto ese colmillo?

—¡Estás despedido! Te denunciaré; no miraré esos colmillos y te prohíbo terminantemente que los toques. Te ordeno que los tires al río... No eres más que un... un...

—Está usted rojo, señor Kayerts. Si se enfada tanto bajo el sol le va a dar fiebre y se acabará muriendo igual que el primer jefe —dijo Makola con solemnidad.

Los dos se quedaron callados mirándose intensamente el uno al otro como si trataran de avistar un punto que se encontraba a mucha distancia. Kayerts tembló. Puede que Makola no hubiese querido decir más que lo que había dicho, pero a Kayerts le pareció que sus palabras estaban cargadas de una amenaza velada. Se dio media vuelta con brusquedad y se dirigió hacia la casa. Makola regresó al seno de su choza. Los colmillos estaban desparramados frente a la tienda, eran enormes y tenían un aspecto de lo más valioso bajo el sol.

Carlier regresó a la galería.

—Se han marchado todos, ¿verdad? —preguntó Kayerts desde el interior de su habitación y con la luz apagada—. ¿No había nadie?

—Sí —dijo Carlier—, encontré a uno de los hombres de Gobila muerto delante de una de las chozas, le pegaron un tiro. Tuvo que ser el disparo que oímos ayer por la noche.

Kayerts salió a toda prisa y se encontró a su compañero mirando melancólicamente los colmillos que estaban en el patio. Los dos se sentaron un rato en silencio y Kayerts le relató la conversación que había mantenido con Makola. Carlier no dijo nada. Apenas comieron nada cuando llegó el mediodía. Sobre la estación comercial parecía pesar un enorme silencio que hacía que mantuvieran los labios cerrados. Makola no abrió la tienda y se pasó las horas jugando con sus niños. Se tumbó sobre la esterilla que había junto a su puerta mientras sus hijos se le sentaban encima o gateaban a su lado. El cuadro era enternecedor. La señora Makola parecía ocupada y se pasó el día entero cocinando, como era su costumbre. Los dos hombres blancos comieron un poco más aquella tarde, y tras la comida Carlier encendió su pipa y caminó lentamente hacia la tienda donde estuvo un buen rato junto a aquellos colmillos. Tocó uno o dos con la punta del pie, y hasta intentó levantar el más grande de todos por su parte más estrecha. Regresó hasta la galería en la que se encontraba su jefe, se desplomó en una de las sillas y comentó:

—¡Ahora lo entiendo! Les debieron de atacar mientras estaban dormidos después de beber aquel vino de palma que les dio Makola. ¡Todo estaba planeado! ¿Te das cuenta? Lo peor es que entre ellos había también algunos hombres de Gobila y se los llevaron junto a los otros, no hay duda. El menos borracho se debió

despertar y le pegaron un tiro por estar sobrio. ¡Qué país! ¿Qué piensas hacer ahora?

—No debemos dejar que nos inmiscuyan —dijo Kayerts.

—Por supuesto que no —admitió Carlier.

—La esclavitud es algo espantoso —murmuró Kayerts con voz temblorosa.

—Así es, provoca todo tipo de sufrimiento —asintió Carlier convencido.

Creían a fondo sus propias palabras. Por lo general todo el mundo muestra una respetuosa deferencia hacia ciertos sonidos que tanto uno mismo como los que están a su alrededor son capaces de emitir, pero cuando se habla de sentimientos la gente casi nunca entiende nada. Hablamos con indignación o con entusiasmo sobre la opresión, la crueldad, el crimen, el sacrificio, la devoción, la virtud, pero nuestras palabras no están basadas en nada real. Nadie sabe qué significan el dolor y el sacrificio, nadie con excepción, tal vez, de las víctimas de la misteriosa intención de esas ilusiones.

A la mañana siguiente se encontraron con un Makola muy ocupado montando en medio del patio las enormes básculas que se utilizaban para pesar el marfil. Carlier comentó poco después:

—¿Qué pretende hacer esa sucia rata? —Y salió lentamente hacia el patio. Kayerts fue tras él. Se quedaron allí observándolo y Makola ni siquiera se volvió hacia ellos. Cuando por fin consiguió equilibrar la balanza, intentó poner un colmillo encima, pero era demasiado pesado. Levantó por fin la mirada buscando ayuda, pero sin decir una palabra, y durante casi un minuto estuvieron los tres inmóviles como estatuas alrededor de la báscula. Carlier dijo al final:

—¡Agarra del otro lado, Makola, pedazo de bestia! —Y lo levantaron entre los dos. Kayerts estaba temblando de arriba abajo.

—¡Vaya! ¡Pues vaya! —murmuró metiéndose la mano en el bolsillo y encontrando allí un trozo de papel sucio y un lápiz. Le dio la espalda a los otros dos, como si se dispusiera a hacer una trampa y apuntó a toda prisa los precios que Carlier gritó con voz demasiado alta. Cuando acabó todo, Makola susurró para sí mismo:

—Este sol es demasiado fuerte para los colmillos.

Y Carlier le comentó a Kayerts sin mucho cuidado:

—Lo que yo digo, jefe, es que tal vez deberíamos llevar todo esto a la tienda.

Cuando regresaban a casa, Kayerts añadió con un suspiro:

—Había que hacerlo.

Y Carlier contestó:

—Es una tragedia, pero así como los hombres pertenecían a la compañía, el marfil también pertenece a la compañía. Tenemos que cuidar de él.

—Estoy totalmente de acuerdo, se lo comunicaré al director —dijo Kayerts.

—Claro, que decida él —asintió Carlier.

Cuando llegó el mediodía comieron con apetito. De cuando en cuando se oía algún que otro suspiro de Kayerts. Si uno de los dos mencionaba el nombre de Makola añadían de inmediato el adjetivo vergüenza para calmar sus conciencias. Makola por su parte decidió tomarse medio día de vacaciones y fue al río a bañarse con sus hijos. Aquel día ninguno de los hombres pertenecientes a la tribu de Gobila se acercó a la estación. Tampoco apareció nadie al día siguiente, ni al otro, ni en toda la semana. Si hubiese que juzgarlas por las señales que daban, cualquiera podría pensar que las gentes de Gobila estaban muertas y enterradas, aunque en realidad estaban de luto por los hombres que habían perdido por culpa de la brujería de los blancos, que habían atraído con su presencia a las malas gentes del país. La gente mala se había marchado ya, pero el miedo permanecía. Un hombre es capaz de destruir todo lo que tiene en su interior: amor, odio, creencias y e incluso sus dudas, pero siempre que mantenga en él el deseo de la vida seguirá el miedo en su interior, ese miedo sutil e indescriptible que invade hasta la última célula de los seres impregnando sus pensamientos y rondando su corazón, el miedo que es testigo en sus labios de la lucha hasta el último aliento. Fue el miedo el que llevó al manso Gobila a ofrecer más sacrificios humanos a los Espíritus del Mal que se habían apoderado del corazón de sus amigos blancos. Tenía el corazón lleno de miedo. Había algunos guerreros que hablaban de matar y quemar, pero el tranquilo anciano había sido capaz de disuadirles. ¿Quién habría sido capaz de imaginar siquiera las tragedias que aquellas criaturas eran capaces de provocar si se enfadaban? Lo mejor era dejarlos tranquilos. Tal vez con el paso del tiempo volverían a desaparecer bajo la tierra del mismo modo que había ocurrido con el primero. Lo mejor que podía hacer su gente era mantenerse lejos de los blancos y

esperar tiempos más propicios.

Kayerts y Carlier no desaparecieron bajo tierra sino que permanecieron sobre ella, y cada vez les empezó a parecer más grande y más vacía. No se trataba tan sólo de la absoluta soledad de la estación, no era sólo eso lo que les hacía pensar que había algo en ellos que se había volatilizado, algo que hasta ese momento les había dado seguridad y había impedido que la selva penetrara en sus corazones. La imagen del hogar y de la patria, y el recuerdo de otros hombres que pensaban y sentían igual que ellos retrocedieron hasta un lugar que ni siquiera los rayos de un sol en un cielo nítido habrían sido capaces de iluminar. Les daba la sensación de que en medio de aquel enorme silencio de la jungla que los rodeaba se iba acercando también una desesperanza y un salvajismo que los arrastraba dulcemente y los envolvía con una solicitud irresistible, familiar y repulsiva.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Los hombres de la aldea de Gobila hacían sonar sus tambores y gritaban a la luna nueva como siempre, pero no se habían vuelto a acercar. Makola y Carlier fueron un día en canoa para tratar de restablecer la comunicación con ellos, pero lo único que salió a recibirlos fue una lluvia de flechas que los obligó a regresar a toda prisa a la estación para salvar sus vidas. Aquel episodio precipitó en el territorio aguas arriba y aguas abajo, un alboroto que se siguió escuchando durante días. El vapor se retrasaba. Al principio comentaron aquel retraso con despreocupación, luego con ansiedad y al final con pesimismo. El asunto estaba empezando a ponerse muy serio y los alimentos escaseaban cada vez más. Carlier iba a la orilla del río a echar la caña, pero la corriente estaba muy baja y no había peces. Para cazar no se atrevían a alejarse demasiado de la estación y tampoco había caza en aquel bosque impenetrable. En una ocasión Carlier mató a un hipopótamo en el río, pero como no tenían ningún bote para recogerlo, se acabó hundiendo. Cuando volvió a la superficie ya fue lejos de la estación y fueron los hombres de Gobila quienes lo aprovecharon. Fue ocasión para que se montara toda una auténtica fiesta y Carlier tuvo un ataque de ira y aseguró que había que matar a todos los negros para que aquel país fuese habitable. Kayerts se limitaba a vagar sin rumbo y en silencio, y pasaba horas enteras contemplando el retrato de su Melie. Era una muchacha de trenzas largas y rostro levemente triste. A Kayerts se le habían hinchado las piernas y casi no podía caminar. Carlier estaba muy debilitado por la fiebre y ya no podía andar con energía: daba más bien pequeños traspiés con aire de que nada le importaba, como le correspondía a un hombre que se acordaba de su fantástico regimiento. La voz se le había puesto ronca y el carácter, sarcástico e inclinado a hacer comentarios desagradables. En su opinión lo único que hacía era «hablar con franqueza». Hacía tiempo que había calculado los porcentajes que le correspondían

por el comercio, incluyendo también la parte que le tocaba a «ese canalla de Makola». Había decidido también no hablar más de ese tema. Kayerts dudó mucho al principio, porque temía al director.

—Estoy seguro de que ha visto cosas mucho peores, sin decir nada — aseguraba Carlier con una carcajada ronca—. ¡Confía! No creo que te vaya a agradecer que le digas la verdad, no es mejor persona que tú ni que yo. ¿Quién va a decir nada si no hablamos tú y yo? Aquí no hay nadie...

¡Y ése es el problema, precisamente! No había nadie y, como estaban a solas con su propia debilidad, a medida que fueron pasando los días fueron convirtiéndose antes en cómplices que en un par de fieles amigos. Todas las noches se iban a la cama asegurándose el uno al otro que al día siguiente aparecería el vapor, pero uno de los vapores de la compañía acababa de naufragar y el director estaba muy ocupado visitando otras estaciones muy lejanas e importantes que se encontraban en el río principal. Pensaba que aquella última era inútil, y que los dos inútiles que estaban en ella podían esperar un poco más perfectamente. Mientras pasaban los días Kayerts y Carlier se mantenían con vida a base de comer arroz hervido sin sal y maldiciendo a la compañía, a África entera y al día en que vinieron al mundo. Es necesario haber pasado una temporada siguiendo esa dieta para comprender cabalmente el terrible problema que puede llegar a ser la necesidad de meterse comida en la boca. En la estación no había más que arroz y café. El café lo bebían sin azúcar. Los quince últimos terrones los tenía Kayerts en un armario bajo llave junto a media botella de cognac reservada «para situaciones de enfermedad» según explicó. Carlier estaba de acuerdo.

—Cuando uno está enfermo cualquier cosa sienta bien.

Mientras tanto, esperaban. El patio comenzó a cubrirse de maleza. La campana hacía tiempo que había dejado de sonar y los días iban transcurriendo silenciosos, irritantes y lentos. Cada vez que los dos hombres se dirigían el uno al otro acababan discutiendo y los silencios eran siempre amargos, como si estuvieran impregnados completamente de la amargura de sus pensamientos. Uno de aquellos días, tras comer un arroz hervido, Carlier agarró su café, pero ni siquiera lo probó.

—¡Maldita sea! Tomemos un café decente aunque sólo sea una vez. ¡Saca el azúcar, Kayerts!

—Es para caso de enfermedad —susurró Kayerts sin levantar a mirada.

—¡Para caso de enfermedad! —se rio Carlier—. ¡Bobadas! O como quieras... ¡Estoy enfermo!

—Estás tan enfermo como yo. No lo pienso tocar —respondió Kayerts pacíficamente.

—¡Vamos, traficante de esclavos, viejo avaro, saca ese azúcar de una vez!

Kayerts levantó la mirada con rapidez y vio a Carlier con una insolente sonrisa en los labios. Le pareció que era la primera vez en su vida que veía a aquel hombre. ¿Quién era? No sabía nada de él. ¿Hasta dónde era capaz de llegar? Sintió en su interior una súbita emoción violenta, como si hubiese entendido que se encontraba frente a algo inimaginable, peligroso y frontal.

No perdió las formas y respondió tranquilamente:

—Me parece una broma de pésimo gusto, no la vuelvas a repetir.

—¿Una broma? —dijo Carlier inclinándose un poco hacia delante en su silla—. Tengo hambre, estoy enfermo de verdad y no estoy bromeando. Odio la hipocresía. Eres un hipócrita. Eres un traficante de esclavos. En este país lo único que hay son traficantes de esclavos. ¡Y no faltaba más: hoy me voy a tomar el café con azúcar!

—Te prohíbo que me hables de esa manera —dijo Kayerts con decisión.

—¿Me prohíbes? ¿Qué estás diciendo? —gritó Carlier, y se puso en pie de un golpe. Kayerts también se levantó.

—Soy tu jefe... —empezó a decir tratando de controlar el temblor de su voz.

—¿Qué? —gritó el otro—. ¿De quién eres jefe tú? Aquí no hay jefes, aquí no hay nada. Estamos solos tú y yo. Saca ya el azúcar, burro panzón.

—¡Cállate y sal inmediatamente de la habitación! —gritó Kayerts—. ¡Estás despedido, desgraciado!

Carlier alzó un taburete y se puso violentamente serio.

—¡Gordo, inútil, toma esto! —gritó.

Kayerts se escurrió debajo de la mesa y el taburete golpeó contra el tabique de paja de la habitación. Mientras Carlier intentaba alcanzarlo dando la vuelta a la mesa Kayerts lo embistió a ciegas en plena desesperación con la cabeza baja como si fuera un jabalí acosado, derribó a su amigo y a continuación corrió atravesando la galería y se encerró en su habitación. Cerró la puerta con llave, sacó el revólver y se quedó allí esperando, tratando de recuperar la respiración. Apenas había pasado un minuto y Carlier ya estaba pegando patadas en la puerta sin parar de gritar. ¡Como no saques el azúcar te voy a pegar un tiro igual que a un perro! Uno, dos, tres. ¿A qué esperas? Te voy a enseñar quién manda aquí...

Kayerts pensó por un instante que iba a echar la puerta abajo y escapó por el pequeño agujero cuadrado que servía de ventana. Los separaba la distancia de la anchura de la casa, pero al parecer el otro no tenía fuerzas para derribar la puerta y Kayerts lo oyó correr. También él hizo lo que pudo por correr con las piernas hinchadas como las tenía. Corrió tan rápido como fue capaz, con el revólver en la mano, sin poder aclarar en su mente qué había pasado. Vio en sucesión la casa de Makola, la tienda, el río, la colina y el monte bajo, y los vio de nuevo otra vez en la segunda vuelta que dio alrededor de la casa. Siguió corriendo a toda velocidad y todavía los vio una vez más. Esa misma mañana habría sido incapaz de correr tres metros sin ahogarse.

Ahora corría. Corría con la suficiente rapidez como para mantenerse alejado del otro.

Cuando en medio de su debilidad y desesperación empezó a pensar «Antes de que acabe la próxima vuelta, habré muerto», escuchó cómo el otro hombre tropezó con fuerza y se detuvo. También él lo hizo. Se encontraba en la parte trasera de la casa y Carlier estaba en la entrada, justo como al principio. Oyó cómo se sentaba en uno de los sillones maldiciendo y sus piernas cedieron y se deslizó sentándose contra la pared. Tenía la boca seca como ceniza y la cara empapada de sudor y lágrimas. ¿Qué había pasado? Le pareció estar siendo víctima de una ilusión espantosa, creía estar soñando o a punto de volverse loco. Tras un rato consiguió volver en sí mismo. ¿Por qué se habían peleado? ¡Por el azúcar! ¡Ridículo! Se la daría inmediatamente, no la quería para nada. Y trató de ponerse en pie con cierta seguridad, pero, antes de erguirse, tuvo una iluminación que volvió a llenarlo de espanto, pensó: «Si cedo ahora ante esa bestia, mañana comenzará de nuevo el horror, y también al día siguiente y todos los días, cada vez querrá más cosas, me avasallará, me torturará, acabará convirtiéndome en su esclavo. ¡Será mi fin! ¡Mi fin! El vapor puede tardar todavía días en llegar, puede que no llegue jamás». Sintió un temblor tan fuerte que no le quedó más remedio

que sentarse otra vez. Le dio un escalofrío de desesperación. Le pareció que no podía moverse y que ya no se movería nunca más. Estaba totalmente obsesionado por la sensación de que todo era absurdo, de que hasta la vida y la muerte se habían convertido en algo igualmente difícil y espantoso.

Escuchó cómo el otro tiraba su sillón y se levantó de un salto con una facilidad asombrosa. Se sentía aturdido. «¡Tengo que correr de nuevo! ¿A la derecha o a la izquierda?». Oyó pasos y se puso a correr hacia la izquierda con el revólver en la mano, y justo en ese momento, o ésa es la sensación que tuvo, chocaron con violencia. Los dos gritaron de la sorpresa. Hubo una ruidosa explosión entre los dos, un chispazo de fuego rojo y mucho humo. Kayerts, medio sordo y enceguecido pensó: «Ya está, me ha dado, esto es el fin». Esperaba que el otro se acercara adonde estaba él para disfrutar de su agonía. Se agarró al alerón del tejado. «¡Todo ha terminado!». A continuación escuchó una caída tremenda al otro lado de la casa, como si alguien se hubiese desplomado de cabeza sobre una silla, y después el silencio. Eso fue todo. No murió. Tenía la sensación, poco más, de que se le había dislocado el hombro. Había perdido el revólver. ¡Estaba desarmado y desesperado! Esperó que llegara su fin, pero el otro hombre no hacía ningún ruido. Puede que se tratara de un truco. ¡Lo estaba esperando! ¿Pero dónde? ¡Tal vez estaba apuntándole justo en ese momento!

Tras unos minutos de indescriptible agonía, decidió levantarse y enfrentarse a su destino. Había decidido rendirse. Volvió a la esquina apoyando las dos manos en la pared; dio unos pasos y a punto estuvo de desmayarse. En el suelo, asomando por la otra esquina de la casa, había visto dos pies vueltos hacia arriba. Unos pies blancos envueltos en unas zapatillas rojas. Se sintió mortalmente enfermo y, durante unos instantes, permaneció sumergido en aquella oscuridad. A continuación apareció Makola y le dijo con calma:

—¡Vamos, señor Kayerts! ¡Está muerto!

Estalló en un mar de lágrimas agradecidas, un tremendo ataque de llanto. Un poco más tarde estaba sentado en una silla observando a Carlier, que estaba tumbado boca arriba. Makola estaba de rodillas junto al cuerpo.

—¿Ése es su revólver? —preguntó Makola levantándose.

—Sí —respondió Kayerts y se apresuró en explicar—: ¡Corría detrás de mí, me quería matar, tú lo viste!

—Sí, lo vi —dijo Makola—, pero sólo hay un revólver, ¿dónde está el otro?

—No lo sé —respondió Kayerts con una voz que de pronto se volvió muy débil.

—Voy a buscarlo —dijo Makola.

Recorrió la galería mientras Kayerts permanecía allí, inmóvil observando el cuerpo. Makola regresó con las manos vacías y pensativo, y a continuación fue a la habitación del muerto y salió con un revólver que le mostró a Kayerts. Kayerts cerró los ojos, todo empezó a dar vueltas a su alrededor. La vida era ahora más difícil y terrible que la muerte. Acababa de matar a un hombre desarmado.

Tras un rato meditabundo Makola apuntó al muerto que estaba sobre el suelo con el ojo derecho reventado y dijo:

—Murió de fiebre.

Kayerts impávido.

—Así es —repitió Makola meditabundo pasando por encima del cadáver—. Creo que fue de eso de lo que murió, de fiebre. Mañana lo enterraremos.

Dijo aquellas palabras y se fue lentamente hacia donde se encontraba su mujer, que lo estaba esperando. Los dos hombres blancos volvieron a quedarse solos en la galería.

Cuando se hizo de noche, Kayerts se sentó inmóvil en su sillón. Estaba tranquilo, como si hubiese tomado una dosis de opio. La violencia de las emociones que había sentido a lo largo de aquella jornada le había producido una sensación de serenidad exhausta. En el espacio de una sola tarde había vivido todas las profundidades del horror y la desesperación, y ahora le tranquilizaba en parte la seguridad de que la vida ya no tenía secretos para él. ¡Tampoco la muerte los tenía! Se sentó junto al cadáver, reflexionando muy activamente pensamientos extraordinarios y nuevos. Le daba la sensación de haber perdido contacto incluso con su propio cuerpo. Sus antiguos pensamientos, convicciones, desagradados, esperanzas y miedos aparecieron por fin bajo una luz verdadera. Le parecían de pronto desdeñables e infantiles, falsos y ridículos. Allí sentado junto al cadáver del hombre al que acababa de matar se revelaba toda aquella nueva sabiduría. Discutía consigo mismo sobre todas las cosas que se mueven sobre la tierra con la lucidez disparatada de los lunáticos. Se le ocurrió pensar que, fuera como fuera, el hombre

que estaba allí muerto fue siempre una bestia dañina y que todos los días morían en este mundo miles de personas, tal vez centenares de miles —¿quién lo podía saber?—; considerando esa cifra, ¿qué importancia tenía una muerte más o menos...? Para un ser racional no tenía la más mínima importancia. Y él, Kayerts, era un ser racional. Puede que, como todo el mundo, hubiese llegado hasta aquel punto de su vida creyendo muchas simplezas, pero ahora era capaz de pensar, ¡estaba lúcido! ¡Se sentía tranquilo: por fin había logrado un tipo de suprema sabiduría! A continuación hizo todo lo posible por imaginarse muerto a sí mismo y a Carlier sentado en aquella misma butaca contemplándolo a él, y lo consiguió hasta tal extremo que, durante unos instantes, llegó a dudar sobre quién era el muerto y quién era el vivo. Aquel logro tan extraordinario de su imaginación no dejaba de espantarle, hasta el punto de verse obligado a hacer un verdadero esfuerzo por no convertirse en Carlier. Cuando entendió el peligro en el que estaba le dio un vuelco el corazón y le cruzó el cuerpo toda una oleada de pánico. ¡Carlier! ¡Qué hombre tan brutal! Intentó tranquilizarse —¡realmente no tenía nada de raro que hubieran acabado de aquel modo!— y se puso a silbar hasta que se quedó dormido, o al menos eso le pareció: tuvo la sensación de que lo rodeaba la niebla y que alguien silbaba desde el interior de esa bruma.

Se puso en pie. Se había hecho por fin de día y sobre la tierra había descendido una neblina penetrante, envolvente y silenciosa, la neblina matinal de los países tropicales, que se adhiere a las matas, la neblina blanca y mortífera, impoluta y venenosa. Se puso en pie, vio el cadáver y alzó los brazos gritando como quien despierta de un trance y se ve de pronto enterrado en una tumba.

—¡Socorro! ¡Dios!

Un grito inhumano, vibrante y repentino atravesó, como si se tratara de un dardo, la mortaja blanca de aquella tierra envuelta en dolor. A continuación se oyeron tres chillidos impacientes y, tras un rato, las guirnaldas de niebla continuaron rodando en medio del silencio. Poco después fueron muchos los alaridos que se escucharon, todos rápidos y punzantes como si se tratara de los gritos de una criatura exasperada. El progreso estaba llamando a Kayerts desde el río. El progreso, la civilización y todas sus decencias. Era la sociedad la que estaba llamando a su hijo ya maduro para que acudiera de regreso y recogerlo, aleccionarlo, juzgarlo y condenarlo; lo llamaba para que regresara a la misma porquería de la que se había desentendido y para que cumpliera su obligación con la justicia.

Kayerts se quedó escuchando y lo comprendió. Bajó hasta la galería

tropezando y dejando a su blanco compañero a solas por primera vez desde que llegaron a aquel lugar. Se abrió paso a tientas entre la niebla suplicando al cielo, en medio de su necesidad, que deshiciera su obra. Makola pasó rápidamente a su lado en medio de la niebla y le gritó sin dejar de correr:

—¡El vapor! ¡El vapor! No pueden ver nada. Están tocando la sirena y el silbato para localizar la estación. Voy a hacer sonar la campana. Vaya al muelle, señor, yo tocaré la campana.

Desapareció. Kayerts permaneció inmóvil. Miró hacia arriba: la niebla flotaba a su alrededor y por encima de su cabeza. Echó un vistazo en torno, como si fuese un hombre perdido, y creyó ver una silueta negra, una silueta con forma de cruz en medio de la inmutable pureza de la neblina. Se dirigió hacia ella tropezando en el mismo instante en que la campana de la estación respondía con sus insistentes tañidos a la llamada del vapor.

El director general de la Gran Compañía Civilizadora (ya que todos sabemos que la civilización sigue al comercio) desembarcó y la niebla era tan espesa que al punto perdió de vista el vapor. En la estación no paraba de sonar la campana con su tañido de bronce.

El director gritó a los del vapor:

—No ha venido nadie a recibirnos, puede que haya sucedido algo, aun así la campana suena. ¡Lo mejor será que baje todo el mundo a tierra! —dijo aquello y se puso a subir de inmediato la pendiente. Iban tras él el capitán y el maquinista del barco. Cuanto más subían, más iba quedando a sus espaldas lo más denso de la niebla y vislumbraron la figura del director a poca distancia. Vieron cómo aceleraba el paso de repente—. ¡Corred! ¡A la casa! Acabo de encontrar a uno, ¡buscad al otro!

¡Había encontrado a uno! E incluso él, un hombre de una experiencia tan dilatada como estremecedora, se había quedado descompuesto por lo que había visto... Se detuvo para registrarse los bolsillos (en busca de una navaja) frente a Kayerts, que se había ahorcado en la cruz sirviéndose de una correa. Todo indicaba que había subido a la sepultura, que era más ancha que larga, y se había dejado caer después de agarrar la correa al travesaño. Las puntas de sus pies estaban a poco más de un centímetro del suelo, y también colgaban sus brazos. Tenía el aspecto de estar rígidamente clavado en posición de firmes, pero con una enrojecida mejilla curiosamente apoyada en el hombro, y le sacaba una irreverente

lengua al director general.

KARAIN: UN RECUERDO

I

Lo conocimos en aquella época imprevisible en la que nos contentábamos con mantener la vida y las posesiones. Ninguno de nosotros, hasta donde yo sé al menos, tiene ya propiedad alguna y sé que muchos han perdido negligentemente sus vidas, pero estoy seguro de que a los pocos que sobrevivieron no les falla tanto la vista como para no ver más de una insinuación de revueltas indígenas en el Archipiélago Oriental en medio de la nebulosa respetabilidad de los periódicos. Se puede ver brillar el sol entre las líneas de esos párrafos escuetos, los rayos del sol y el temblor de las olas del mar. Un nombre desconocido despierta los recuerdos, las frases impresas perfuman de una manera sutil la contaminada atmósfera de hoy con su fragancia intensa, como de brisas marinas que renacen bajo las estrellas de noches pasadas; en el alto borde del acantilado, en la oscuridad, brilla como una piedra preciosa un fuego de señales; los grandes árboles avanzan desde los bosques como centinelas inmensos y se inclinan vigilantes e inmóviles por encima de los soñolientos estuarios; retumba el rompiente de las playas vacías y las aguas se espuman en los arrecifes sobre la superficie de todo ese esplendoroso mar; esparcidos bajo la luz vertical del mediodía se observan los verdes islotes como si se tratara de una guarnición de esmeraldas engarzadas en el acero de un escudo.

Se ven también algunos rostros, rostros morenos, firmes, sonrientes, semblantes llenos de franqueza de esos hombres descalzos, armados y tranquilos. Irrumpieron en la breve extensión de la cubierta de nuestra goleta con toda su muchedumbre engalanada y salvaje, con todos los vivos colores de sus *sarongs* a cuadros, sus turbantes, túnicas, bordados y con el resplandor de sus anillos de oro, pulseras, amuletos, lanzas decoradas y luminosas empuñaduras. Todos tenían una planta decidida y una mirada resuelta, sus gestos eran discretos y todavía hoy nos parece poder escuchar sus voces suaves narrando batallas, viajes y aventuras con vanidad serena, burlándose pero sin perder la compostura, tan pronto alabando con un murmullo complaciente su propia valentía o nuestra generosidad, como celebrando con euforia las grandes hazañas de su jefe. Recordamos las caras, las miradas, las voces, volvemos a ver el brillo de las sedas y de los metales, el murmullo de la multitud vibrante, bienhumorada y marcial y es como si sintiésemos todavía en las manos sus manos morenas y cordiales tras el apretón del saludo antes de verlas regresar a sus relucientes empuñaduras. Se trataba de las gentes de Karain, sus fieles seguidores. Los movimientos de todas aquellas

personas dependían de sus labios, y en los ojos de su jefe se podían leer sus pensamientos, él les hablaba tanto de la vida como de la muerte con igual sencillez, y ellos escuchaban aquellas palabras con humildad y respeto, como si se tratara de regalos del destino. Todos eran hombres libres pero cuando se dirigían a él se autodenominaban «tu esclavo». Cuando él pasaba se apagaban las voces y daba la sensación de que lo escoltaba el mismo silencio, a sus espaldas había siempre una estela de murmullos. Lo llamaban jefe guerrero. Era la autoridad de tres poblados situados en una planicie estrecha, dueño de una minúscula franja de tierra; una franja de territorio parecida a una luna nueva que se extendía entre las montañas y a lo largo del mar.

Nos mostró hasta dónde llegaban sus dominios desde la cubierta de nuestra goleta, que estaba anclada en medio de la bahía, y lo hizo con cierto gesto teatral, recorriendo el mellado perfil de las montañas, ensanchando los límites y ampliándolos hasta un punto tan vago e inmenso que, por un instante, alguien habría podido pensar que incluía también el firmamento. Y lo cierto era que, al contemplar aquel lugar tan apartado del resto de la región, costaba esfuerzo creer que hubiera algún vecino en las inmediaciones. Se trataba de un lugar tranquilo, autosuficiente e ignorado, repleto de un tipo de vida que se deslizaba de una manera clandestina con una particular sensación de aislamiento, una vida que carecía por completo de todo aquello que pudiera perturbar el ánimo, inquietar el corazón o suponer el indicio de algo fatídico. Nos daba la sensación de que se trataba de una tierra sin recuerdos, sufrimientos ni esperanzas, una tierra en la que nada sería capaz de sobrevivir a la caída de la noche y donde todo amanecer, como si fuese un acto de creación particular y especial, sería independiente de la noche y de la mañana.

Karain extendió el brazo en aquella dirección y exclamó:

—¡Todo mío!

Luego dio un golpe en el suelo con su bastón de mando y en la punta dorada brilló como si se tratara de una estrella fugaz. De entre todos los malayos que estaban a su alrededor en ese momento sólo un viejo misterioso vestido con una túnica negra no siguió con la mirada aquel ademán teatral. En realidad ni siquiera llegó a alzar los párpados. Estaba detrás de su amo con la cabeza inclinada y llevaba sobre el hombro una cimitarra envuelta en una vaina de plata. Estaba allí en condición de guardaespaldas, pero sin curiosidad, tenía un aspecto cansado pero no tanto por el transcurso de los años como de la carga de un secreto oscuro de la existencia. Karain por su parte era robusto y solemne y tenía una actitud

confiada y tranquila. Era nuestra primera visita, por lo que observamos con mucha curiosidad todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

La bahía era como un pozo insondable de luminosidad. En la superficie líquida y circular se reflejaba un cielo siempre luminoso, y las orillas que la rodeaban formaban un anillo de tierra que flotaba en medio de aquella inmensidad transparente y azulada. Bajo el cielo quedaban recortadas las montañas, púrpuras y secas. Aquellas cimas parecían diluirse en una colorida nube de vapor ascendente, sus desniveles estaban respunteados de vegetación en las pequeñas gargantas, y en las faldas se extendían los arrozales, los campos de bananas y los arenales. Un arroyo bajaba culebreando como si se tratara de un trozo de hilo que un gigante hubiese arrojado al suelo. Había pequeños grupos de árboles frutales que indicaban las posiciones en las que se encontraban los poblados, palmeras muy altas cuyas copas se unían sobre los techos bajos de las cabañas; y las hojas de palma brillaban en los tejados. Se veía también caminar a algunas figuras diminutas y se alzaba la columna de humo de alguna que otra hoguera; brillaban cercas de bambú y se perdían entre las líneas que separaban unos campos de otros. Se escuchó de pronto un grito que provenía de la costa. Sonó quejumbroso en la distancia y se interrumpió con brusquedad, como si hubiese sido sepultado bajo una lluvia de rayos solares. Una brisa onduló de pronto las aguas tranquilas, nos acarició el rostro y se perdió a nuestra espalda, sumiéndose en el olvido. Nada se movía. El sol se desplomaba tórrido sobre una extensión sin sombras, cubierta de colores y de paz.

Aquella era la escenografía en medio de la cual un perfectamente caracterizado Karain se pavoneaba como dueño y señor; aparecía investido de una importancia tan grande que todo en él parecía estar suscitando la inminente aparición de algo épico y tremendo —una gran hazaña, un cántico— bajo el peso de aquel sol extraordinario. Su aspecto resultaba entre exótico y fascinante, y no había forma de imaginar la increíble cantidad de angustia que trataba de disimular con una apariencia tan elaborada. No se trataba de una máscara: en su caso tenía demasiada vida, y lo habitual es que las máscaras sean algo muerto, pero en general su presentación era la propia de un actor, un ser humano disfrazado. Sus gestos más pequeños resultaban deliberados y a la vez sorprendentes; sus palabras, siempre solemnes; sus frases, temibles como profecías y retorcidas como arabescos. Todo el mundo a su alrededor le rendía una veneración que en el descreído Occidente sólo se le rinde a los reyes en el teatro, y él aceptaba aquel homenaje permanente con una dignidad sólo vista sobre los escenarios y en medio del artificio de un drama teatral. Llegaba un punto en que era casi imposible recordar quién era: apenas el minúsculo jefe de un rincón del Mindanao

estratégicamente aislado donde era fácil infringir con relativa impunidad la prohibición impuesta a los indígenas de hacerse con armas de fuego y municiones. Ya en la bahía había dejado de importarnos lo que nos podría pasar si alguna de las cañoneras españolas diera señales de vida, hasta tal punto parecían improbables las incursiones del resto del mundo. Por si fuera poco, en aquella época teníamos suficiente buen humor como para ver con serena alegría todo peligro de que nos ahorcaran en cualquier momento y lejos de cualquier posibilidad de protesta diplomática. Por lo que se refería a Karain, no podía sucederle más que lo que podía sucederle a cualquier ser humano: la tragedia y la muerte; pero su rasgo particular era el de presentarse vestido bajo aquella ilusión de triunfo incontestable. Su aspecto era demasiado sensacional, demasiado necesario allí, demasiado vital para la simple existencia de sus posesiones y de sus gentes como para pensar que pudiese ser aniquilado por una causa de fuerza menor a un terremoto. En él estaban puestas todas las esperanzas de su raza, de su tierra, la fuerza básica de su existencia y de toda la naturaleza tropical. En él estaba contenida la misma energía extraordinaria, la misma exuberancia y también, a semejanza de la exuberancia natural, la misma sensación de peligro.

Cuando fueron sumándose las visitas nos volvimos cada vez más capaces de apreciar debidamente su actuación; el semicírculo púrpura de las montañas al fondo, las enormes palmeras sobre las cabañas, las arenas amarillas y la increíble vegetación que se acumulaba en las gargantas. La suma de todo provocaba un resultado tan colorido y heterogéneo, una claridad tan arrolladora y una inmovilidad tan sospechosa que realmente parecía un artificio teatral. El virtuosismo en el que envolvía aquellas representaciones prodigiosas era tan grande que casi sentía una pena del resto del mundo por quedarse al margen de aquel espectáculo. Nada podía existir fuera de aquel lugar. Daba la sensación de que el planeta entero se había evaporado y que lo único que quedara de la Tierra en medio del espacio sideral fuera aquella esquina. El propio Karain parecía aislado de todo lo que no fuera la luz del sol, y daba la impresión de que estaba convencido de que existía sólo para iluminarlo a él. Una vez que le preguntamos sobre lo que había al otro lado de las montañas nos dijo con una sonrisa de lo más significativa:

—Amigos y enemigos, pero más enemigos porque, si no, ¿qué necesidad habría de conseguir pólvora?

Siempre era igual: realizaba su papel de una manera impecable, actuando en perfecta armonía con los misterios y seguridades que veía a su alrededor. «Amigos y enemigos», eso era todo. La respuesta era tan intangible como infinita.

Su territorio había conseguido separarse realmente del resto del planeta y él vivía junto a aquel puñado de gente rodeado de un silencio tan impresionante como si se tratara de las sombras de un ejército. Realmente no había ni un solo rumor que se atreviera a cruzar a sus dominios. «Amigos y enemigos». Tal vez habría podido añadir «y recuerdos», por lo menos en lo que se refería a sí mismo, aunque no llegó a decirlo abiertamente. Poco más tarde esa circunstancia acabó revelándose por sí sola, pero fue cuando ya había terminado la función de todos los días, entre bastidores, por decirlo de alguna manera, y con todas las luces ya apagadas. Hasta entonces mostraba un dominio escénico absoluto y solemne. Unos diez años antes había dirigido a su gente —un grupo improvisado de *bugis*— en la conquista de aquella bahía, y bajo su augusto gobierno habían dejado atrás todo el pasado y habían perdido también toda noción de futuro. Él les daba sabiduría, consejos, castigos, premios, vida y muerte con una incommovible serenidad de espíritu. Tenía grandes conocimientos sobre riego de campos y también sobre el arte de la guerra, sobre la calidad de sus armas y la construcción de sus barcos. Dominaba su corazón, tenía más coraje y era capaz de remar con más fuerza que cualquiera de sus súbditos, tenía más puntería y era capaz de regatear con más astucia que cualquier miembro de su raza que yo hubiese conocido nunca. Era un hombre al que le gustaban las aventuras marítimas, un vagabundo, un jefe y un fantástico amigo mío. Deseo para él una muerte rápida en un combate limpio y bajo la luz del sol, porque ya conoció en su momento el poder y el remordimiento y no es justo pedirle más a la vida. Día tras día se presentaba frente a nosotros siempre fiel al artificio de su actuación, y a la caída del sol descendía también sobre él, como si se tratara del telón de un teatro, la noche. Las montañas se volvían vagas como sombras negras recortadas sobre un cielo pálido y por encima comenzaba a brillar la elegante explosión de las estrellas, parecida a un loco tumulto apaciguado por un gesto. Los ruidos cesaban y los hombres dormían, las formas se diluían... Apenas quedaba nada aparte de la realidad del universo, un juego prodigioso de luces y tinieblas.

II

Era precisamente de noche cuando se sentía más libre para hablar, una vez liberado de la carga de la representación. Durante toda la jornada había estado resolviendo sus obligaciones con gran majestad. Al principio su esplendor se interpuso un poco entre los dos; mis recelos y el inmóvil y teatral paisaje hacían que la realidad de nuestras vidas quedara un poco borrosa. Sus seguidores siempre estaban congregados a su alrededor y por encima de su cabeza asomaba incesantemente el baile de afiladas puntas de lanza, lo protegían del resto de la humanidad con el brillo de las sedas y de las ramas, todo un rumor apasionado de voces respetuosas y solícitas. Antes de que anocheciera se retiraba y se alejaba navegando y sentado bajo una sombrilla roja escoltado por una veintena de botes. Los remos caían sobre el agua al unísono, produciendo un sonido fantástico que resonaba de inmediato en el anfiteatro monumental de las montañas. Tras la pequeña flota se iba formando una amplia estela de agua removida y reluciente. Aquellas canoas eran como manchas negras sobre la blanquecina superficie del agua, y las cabezas cubiertas por turbantes se iban moviendo de adelante hacia atrás, la multitud de brazos decorados con colores carmesíes y amarillos caían en un solo golpe y los lanceros permanecían totalmente erguidos en la proa de las canoas con sus elegantes *sarongs* y sus hombros resplandecientes, como si fueran estatuas de bronce. Las estrofas que cantaban los remeros iban acallándose en un grito lastimero. Poco a poco se iban empequeñeciendo en la distancia, se apagaba el canto y en la playa los hombres se movían como hormigas minúsculas bajo las monumentales sombras de las montañas occidentales. La luz del sol todavía quedaba retenida unos instantes sobre las cimas y éramos capaces de distinguir a Karain rumbo a la empalizada, una robusta figura de cabeza descubierta que marchaba varios pasos al frente de su *cortège* con un cayado de ébano más alto que él. La oscuridad se acrecentaba entonces a toda prisa, las antorchas desfilaban entre los arbustos y, en mitad de aquel silencio, de cuando en cuando se abría paso un grito o dos. Finalmente la noche cubría con su velo todo el litoral, las luces y las voces.

A continuación, cuando nuestra mente ya estaba sólo puesta en el descanso, los vigías de la goleta comenzaban a reclamar la contraseña al escuchar unos chapoteos de remos en medio de la noche estrellada de la bahía. Una voz contestaba entonces con gran sigilo y nuestro *sarong* asomaba la cabeza por el

tragaluz y nos decía sin gran sorpresa:

—El rajá. Viene. Él estar aquí ahora.

Karain aparecía entonces en silencio bajo el umbral del reducido camarote. En ese momento se nos aparecía bajo la forma de la sencillez misma encarnada: iba vestido de blanco, con el rostro cubierto y no llevaba más armas que un kris con empuñadura de cuerno de búfalo que antes de cruzar el umbral guardaba por educación bajo los pliegues de su *sarong*. Tras él se veía siempre el rostro de su anciano guardaespaldas, aquel rostro viejo y melancólico, y tan cubierto de arrugas que daba la impresión de que se estaba asomando tras una malla. Karain jamás iba a ninguna parte sin aquel acompañante que siempre permanecía a sus espaldas, de pie o en cuclillas. Le desagradaba la simple idea de tener la espalda descubierta. No se trataba sólo de inquietud, era casi pánico, una preocupación que rozaba el pavor por todo lo que pudiera suceder en lugares donde su vista no alcanzaba. Parecía un miedo inexplicable, sobre todo si se pensaba en la enorme lealtad de la que habitualmente estaba rodeado. Vivía entre hombres que estaban totalmente entregados a su causa y estaba a salvo de complots enemigos y ambiciones cainitas. A pesar de todo, más de una persona nos había confesado que su jefe era incapaz de estar a solas. Decían: «Hasta para comer y dormir hay siempre alguien robusto y armado junto a él». Y era verdad que siempre había alguien a su lado, aunque nuestros informantes nunca habrían podido decir con seguridad si eran fuertes o no o qué armas llevaban, más formidables aún por resultarnos desconocidas. Nosotros llegamos a conocerlas, pero sólo mucho después, cuando conocimos su historia. Por lo pronto nos dimos cuenta de que, durante el transcurso de las reuniones de más peso, Karain se incomodaba con facilidad, interrumpía lo que estaba diciendo en ese instante y, con un gesto rápido del brazo, tanteaba a su espalda para comprobar que el anciano seguía estando en su lugar. Y siempre estaba allí, cansado, inescrutable. Con él compartía tanto su comida como sus momentos de asueto y sus pensamientos, sólo él conocía sus planes y sus secretos, permanecía siempre inmóvil tras el nerviosismo agitado de su jefe y susurraba en su oído con tono tranquilo palabras que nadie más podía oír.

Sólo cuando se encontraba a bordo de nuestra goleta y rodeado de hombres blancos, de imágenes y sonidos que no eran habituales para él, daba la sensación de que Karain conseguía olvidarse de aquella obsesión inexplicable que lo rodeaba como una soga negra en todos los momentos de su pomposa existencia pública. Cuando llegaba la noche podíamos dirigirnos a él con sencillez y casi nos costaba refrenar el impulso de darle unas palmaditas en la espalda, aunque hay libertades que es mejor no tomarse con un malayo. Solía decirnos cuando venía a vernos que

en ese caso él era tan sólo un hombre común que iba a visitar a otros hombres semejantes a él. Supongo que en ningún momento dejó de pensar del todo que podríamos ser emisarios del gobierno, personalidades oscuras que cubríamos con los beneficios de nuestro comercio ilegal alguna misión de carácter político. No servía de nada que lo negáramos y protestáramos. Él se limitaba a sonreír con amabilidad y luego nos preguntaba cosas sobre la reina. Todas las visitas que nos hacía comenzaban de hecho con aquella pregunta solícita y siempre estaba interesado en conocer hasta los más pequeños pormenores, aquella persona lo tenía tan fascinado como el poder de aquel cetro que se extendía desde occidente sobre tantas tierras y mares, alcanzando una superficie muy superior a la de su tierra conquistada. Las preguntas se multiplicaban y jamás parecía haber saciado del todo su curiosidad hacia aquella emperatriz de la que hablaba con tanta admiración y caballerosidad... ¡y también con un poco de cordial temor! Poco después, cuando supimos que era hijo de una mujer que muchos años antes había llegado a gobernar un pequeño reino *bugi*, comenzamos a sospechar que tal vez era posible que el recuerdo de aquella madre (de la que hablaba siempre con fervor) se confundiera de alguna forma en su mente con la imagen de la que trataba de forjarse una idea y a la que calificaba de Grande, Invencible, Piadosa y Afortunada. Al final nos vimos obligados incluso a inventar detalles para satisfacer su curiosidad, algo que debería sernos perdonado debido a nuestra lealtad, ya que lo único que intentábamos era ser dignos del ideal augusto y esplendoroso que atesoraba él. Hablábamos mucho y la noche iba deslizándose sobre nosotros en aquella goleta inmóvil, y también sobre la soñolienta tierra y sobre el mar, que continuaba retumbando con sus insomnes olas contra el arrecife de la bahía. En la canoa que había quedado al pie de nuestra escala los remeros dormían, sus hombres de confianza. También el anciano había sido temporalmente relevado de su obligación permanente y dormitaba en cuclillas con la espalda apoyada contra la pared del pasillo. Karain solía estar sentado y de lo más erguido sobre una butaca de madera justo debajo del monótono balanceo que hacía el quinqué, con un *cheroot* entre los dedos y un vaso de limonada frente a él. Le fascinaba la efervescencia del refresco, pero después de darle un par de tragos lo dejaba encima de la mesa para contemplar mejor cómo se le iba yendo todo el gas, y cuando terminaba pedía otra botella con gran amabilidad. Acababa diezmando nuestra pequeña provisión pero nunca le negábamos una cuando la pedía porque cuando se ponía a hablar lo hacía siempre muy bien. En su época tuvo que haber sido un gran galán *bugi*, porque todavía en aquellos días (y me estoy refiriendo a una edad en la que ya había dejado de ser joven) su aspecto era intachable y siempre llevaba el pelo teñido con una especie de tono caoba. La dignidad y elegancia de sus movimientos hacía que aquel pequeño camarote mal iluminado de la goleta pareciera de pronto un salón de recepciones. Hablaba de la política de la isla con

agudeza e ironía. Había viajado mucho, sufrido otro tanto, intrigado y luchado en combate. Tenía un buen conocimiento de los reinos indígenas, las colonias europeas, la selva y el mar, y él mismo solía afirmar que en su época había tratado a muchos jefes importantes. Le gustaba especialmente hablar conmigo porque yo también había tenido relación con muchos de ellos y me creía capaz de juzgarlo; decía que al menos yo sería capaz de apreciar su gran superioridad sobre algunos, y lo hacía con una confianza exquisita. Pero lo que más le agradaba era hablar sobre su tierra natal, un pequeño reino *bugi* cercano a la isla de Célebes. Yo había estado de visita hacía poco por aquella zona y con frecuencia me pedía que le contara novedades. A medida que iban saliendo nombres en la conversación, me decía:

—Cuando éramos niños, él y yo competimos durante un concurso de natación.

O también:

—Íbamos a cazar ciervos. Manejaba el lazo y la lanza con la misma seguridad que yo.

De cuando en cuando comprobaba que se le nublaba un poco la mirada sobre aquellos grandes ojos soñadores. Fruncía el ceño o sonreía tímidamente. A veces se ponía pensativo y dejaba la mirada perdida en silencio mientras su memoria contemplaba algún que otro recuerdo agrisado del pasado.

Su madre había sido la gobernante de un pequeño reino casi independiente en la costa cerca de la entrada del golfo de Boni. Karain hablaba siempre de ella con mucho orgullo. Fue una mujer decidida en todo lo que tenía que ver con política y con asuntos sentimentales. Cuando murió su primer marido se casó de nuevo sin prestar la más mínima atención a la oposición de los jefes de su país; lo hizo con un rico comerciante, un *korinchi* que no pertenecía a ninguna familia noble. Karain había sido el fruto de aquel segundo matrimonio pero su falta de linaje no tenía al parecer ninguna relación con su exilio. Sobre ese asunto en particular no hacía nunca ningún comentario, aunque en una ocasión se le escapó junto a un suspiro:

—Ah, mi tierra natal jamás volverá a sentir el peso de mi cuerpo.

Pero aun así contaba de buen humor la historia de sus aventuras y nos relató hasta el último detalle acerca de la conquista de la bahía. Cuando se refería a

los que vivían más allá de las montañas, decía con aire desenfadado:

—Una vez cruzaron las montañas en son de guerra, pero los que consiguieron escapar con vida ya no han vuelto más.

Se quedaba pensativo un instante y añadía a continuación, con orgullosa serenidad:

—Fueron muy pocos los que escaparon.

Los recuerdos de sus victorias eran como un tesoro para él y tenía una resuelta disposición a la guerra. Cuando hablaba adquiría de inmediato un aire guerrero, ensoñado y ejemplarizante. Era de lo más comprensible que su gente lo admirase. Una vez lo pudimos ver paseando entre las cabañas de su pueblo a la luz del día. Las mujeres que estaban en las puertas de las cabañas se volvían para seguirlo con la mirada, murmurando alabanzas con los ojos encendidos. Los hombres más armados se apartaban a su paso encogidos y sumisos y se agrupaban entre ellos para acercarse a él y dirigirle la palabra con humildad. Una anciana alargó el brazo desde el interior de una cabaña y asomando la cara dijo con voz sollozante:

—¡Que Alá le otorgue siempre la victoria a nuestro jefe!

Karain avanzaba siempre a grandes y firmes zancadas, e iba respondiendo a los saludos que le venían de derecha y de izquierda con intensas miradas puntuales. Los niños se escondían entre las cabañas y lo espiaban con temor desde las esquinas, y los jovencitos lo espiaban deslizándose entre los matorrales con los ojos brillantes bajo la sombra de las hojas.

El viejo guardaespaldas lo seguía con la cimitarra a la espalda con rapidez, la cabeza agachada y la mirada siempre fija en el suelo. Los dos iban veloces y ensimismados entre aquella nube popular, como si fueran dos hombres con prisa por cruzar una gran soledad.

En los momentos en los que celebraban sus reuniones se le podía contemplar rodeado de la gravedad de sus armados lugartenientes y por un anillo de dos largas filas de pequeños caciques vestidos con telas de algodón y abrazándose las rodillas. Bajo aquel techo, apoyado sobre unas esbeltas columnas que le habían costado la vida a un puñado de palmeras jóvenes, se percibía en oleadas el perfume que emanaban los setos en flor. El sol era tremendo. En el patio abierto se podía ver a los litigantes alzando las manos abiertas por encima de la

cabeza, doblados bajo el peso de los rayos del sol. Las mujeres jóvenes estaban sentadas con flores en el regazo bajo las ramas de un árbol descomunal. El azulado humo de las hogueras flotaba como una niebla tenue por encima de las chozas con paredes de juncos entrelazados y rodeadas de maderos toscos sobre los que se apoyaban los alerones. Él repartía justicia desde la sombra; desde lo alto de su estrado daba órdenes, consejos y decía máximas. Alguna que otra vez se alzaba más de lo normal el murmullo permanente de aprobación y los guerreros, que estaban apoyados con indolencia en sus lanzas mirando a las muchachas, giraban entonces la cabeza hacia donde estaba sentado. Nadie tuvo jamás una seguridad de ser apreciado de una manera más rotunda, ni de ser el receptor de una confianza más grande, o una reverencia mayor. Y aun así a veces no podía evitar ponerse un poco rígido y daba la sensación de que trataba de agudizar el oído para escuchar mejor una nota lejana y discordante, como si estuviese escuchando una voz muy débil o el rumor de unos pasos malintencionados, de pronto se incorporaba de lado a toda prisa como si algo le hubiese rozado la espalda irrespetuosamente. Echaba una mirada hacia atrás con gesto aprensivo y el viejo guardaespaldas volvía a susurrar en su oído unas palabras incomprensibles. Los jefes desviaban la mirada en silencio porque aquel viejo hechicero, un hombre capaz de hablar con los espectros y enviar espíritus malignos a los enemigos, estaba haciéndole una confidencia a su jefe. En aquella tranquilidad momentánea del patio se podía sentir cómo susurraban suavemente los árboles y las risas de las mujeres jóvenes que jugaban con los brotes de las flores se alzaban con alegría. También bajo aquellos pequeños golpes de viento bailaban los penachos de crin de caballo con los que habían adornado las lanzas y tras los setos se oía cómo descendía el murmullo denso y apasionado de las aguas del arroyo, junto a las hierbas y cañas de la ribera.

Tras el atardecer se veían en la distancia —desde el lado opuesto a los campos y también desde el centro de la bahía— antorchas que iluminaban el interior de aquella choza más alta en la que se celebraban las reuniones. Sobre las pértigas se veía cómo ardían humeantes llamas rojas, y la luz roja hacía parpadear los rostros, lamía los blandos troncos de las palmeras y punteaba con chispas el borde de los platos metálicos sobre las ricas estrellas. Aquel aventurero era capaz de ofrecer banquetes dignos de la realeza. Los grupos de hombres se arremolinaban en pequeños círculos alrededor de las bandejas, y sobre los blancos cuencos de arroz se veía la sombra de numerosas manos. Karain apoyaba el rostro en el puño, sentado sobre un almohadón y un poco apartado del resto de la gente, mientras un jovencito improvisaba en el acto un cántico exaltado en honor a su coraje y su sabiduría. El joven cantor se inclinaba de adelante hacia atrás con los ojos dando frenéticas vueltas en el interior de sus cuencas, y por aquí por allá se veía también a ancianas cojeando al cargar con alguna fuente. Los hombres estaban

sentados con las piernas cruzadas y el plato entre ellas, y asentían con gravedad sin dejar de comer. En medio de la noche se podía oír aquel cántico triunfal y las estrofas fluían con melancolía y al mismo tiempo con ferocidad, como si fuesen las reflexiones de un anacoreta. Karain le hacía callar con un solo gesto:

—¡Basta!

Un búho ululaba a lo lejos como si tratara de celebrar la densa oscuridad del follaje, y por las paredes corrían con suavidad las lagartijas, que hacían crujir la sequedad de las hojas de palmera del techo, mientras aumentaba el murmullo de las conversaciones entreveradas. Tras una mirada inquieta a su alrededor como si fuese un hombre sorprendido súbitamente ante un peligro, Karain se inclinaba hacia atrás y, bajo la mirada atenta del hechicero, abría los brazos de par en par y retomaba el hilo invisible de su propia ensoñación. Los hombres estaban atentos a sus movimientos y su actitud, y el rumor de las animadas conversaciones volvía a deshacerse de nuevo, como si se tratara del golpe de una ola contra el arrecife. El jefe estaba sumido en sus pensamientos, y sobre el murmullo cada vez más suave de las conversaciones apenas se conseguía oír el tintineo suave de las armas, alguna que otra palabra suelta, o el solemne golpe del latón de una bandeja.

III

Lo estuvimos visitando durante varios años. Al final llegamos a tenerle mucho cariño y confianza, y hasta a admirarlo. En aquel momento planeaba con previsión y paciencia una guerra, mostraba una perseverancia y una obstinación de la que nunca lo habría creído capaz por cuestión de raza. Era como si no sintiera ningún temor por el futuro y en sus planes se revelaba una sagacidad que apenas conseguía desbaratar su profundo desconocimiento del resto del mundo. Lo intentamos hasta donde pudimos, pero a pesar de todos nuestros intentos de informarle sobre la resistencia invencible de las fuerzas que pretendía atacar, no conseguimos disuadirlo de su afán de dar un golpe a favor de sus salvajes ideas. No entendía lo que le decíamos y nos contestaba con unos argumentos que casi nos hacían perder la paciencia por su astucia infantil. Todo acababa siendo absurdo e irrefutable en última instancia. En alguna ocasión pudimos llegar a vislumbrar una furia ardiente y oscura que crecía en su interior, una vaga sensación de ultraje y un ansia de violencia que podían llegar a ser muy peligrosas cuando se trataba de un indígena. Rabiaba como si estuviese poseído. En una ocasión, y después de haber estado discutiendo todos sus puntos de vista hasta altas horas de la noche en su campamento, se puso en pie de un salto. Un gran fuego iluminaba la vegetación y entre los árboles parecían danzar luces y sombras; por entre las ramas se veía revolotear a los murciélagos como si fuesen motas de una negritud condensada. Le quitó al anciano su cimitarra, la desenvainó en un abrir y cerrar de ojos y la clavó en la tierra. Sobre aquella hoja afilada quedó bailando la empuñadura de plata, como si se tratara de una criatura viviente. Dio un paso atrás y con voz solemne se dirigió con fiereza a aquel acero vibrante:

—¡Si todavía hay virtud en el fuego, en el hierro y en las manos que te forjaron, en las palabras que se han dicho sobre ti, en los deseos de mi corazón y en la sabiduría de quienes te crearon, acabaremos venciendo! —A continuación alzó de nuevo el acero y se quedó mirando con atención el filo—. Aquí tienes —le dijo al anciano sin volver la cabeza.

El interpelado —que no había hecho un solo movimiento hasta entonces— limpió la punta del acero con el borde de su *sarong* y en cuanto hubo enfundado de nuevo el arma, se quedó acariciándola sobre las rodillas sin levantar la vista ni un segundo. Karain se serenó de nuevo y se sentó con gran dignidad. Nadie se atrevió

después de aquello a poner más objeciones y dejamos que siguiera ensimismado en sus proyectos para una honrosa derrota por todo lo alto. Lo único que podíamos hacer por él, llegados a ese punto, era intentar que la pólvora fuese digna del precio por el que la pagaba y que las armas fuesen útiles aunque estuvieran viejas.

Aun así el juego comenzó a ponerse muy peligroso. Nosotros habíamos asumido aquellos peligros tantas veces que ya no nos preocupábamos casi nunca de los riesgos, pero había ciertas personas que trabajaban en contadurías lejanas que determinaron que corríamos demasiado peligro y que ya sólo podríamos hacer una travesía más. De ese modo, le dimos a las autoridades indicaciones falsas sobre nuestro paradero (cosa que entraba dentro de lo habitual) y zarpamos discretamente para fondear como siempre en la bahía. Llegamos de la madrugada, pero antes de que nuestra ancla se apoyara en el fondo ya teníamos la goleta rodeada de botes.

La primera noticia que tuvimos fue que hacía pocos días había fallecido el misterioso guardaespaldas de Karain. Apenas le dimos importancia al asunto. Es cierto que costaba imaginarse a Karain sin su inseparable acompañante, pero el hombre ya era un anciano, nunca había cruzado una palabra con nosotros y apenas habíamos escuchado el sonido de su voz. Para nosotros fue siempre algo cercano a un objeto inanimado, parte del regio ornato de nuestro amigo, como aquella cimitarra que solía llevar, o la sombrilla roja con flecos que llevaba durante las ceremonias oficiales. A pesar de su costumbre Karain no pasó a saludarnos aquella tarde, pero antes del anochecer nos hizo llegar un mensaje de bienvenida y una cesta de frutas y verduras como obsequio. Nuestro amigo nos pagaba como un banquero, pero nos agasajaba como un príncipe. Estuvimos esperando hasta la medianoche. Sobre la cubierta de popa, el barbudo de Jackson tocaba una vieja guitarra y entonaba con acento penoso viejas canciones de amor españolas, mientras el joven Hollis y yo echábamos una partida de ajedrez tendidos sobre el suelo. Karain no se presentó. Al día siguiente fuimos a descargar y nos informaron de que el rajá se encontraba indispuesto. Tampoco llegó la esperada invitación para que acudiéramos a hacerle una visita al interior de la empalizada. De nuestra parte le hicimos llegar unos cordiales saludos pero nos quedamos a bordo por miedo a estorbar alguna reunión del consejo. A primera hora del tercer día ya habíamos terminado de descargar toda la pólvora y los rifles y también un cañón de cobre de seis libras con su cureña que habíamos sufragado por suscripción colectiva y traíamos como obsequio a nuestro amigo. Por la tarde hizo un gran bochorno. Se empezó a ver sobre las montañas el filo deshilachado de unas nubes negras y a lo lejos comenzaron a retumbar los rayos como si fuesen animales salvajes. Dejamos la goleta a son de mar y decidimos levar anclas al amanecer del

día siguiente. Durante el resto de toda aquella jornada estuvo cayendo sobre el barco un abrasador sol al rojo vivo. En la costa no se movía ni una brizna de hierba. La playa estaba desierta, al igual que el poblado, y los árboles se alzaban en racimos inmóviles como si estuvieran pintados sobre un lienzo; el humo de alguna pequeña fogata se extendía a lo largo del litoral como si fuese una marca de bruma. Cuando ya estaba muy avanzado el día se presentaron en la goleta tres lugartenientes de Karain engalanados con suntuosidad y armados hasta los dientes con una buena suma de dólares. Traían un aire melancólico y nos comentaron que no habían visto a su rajá en cinco días. ¡No lo había visto nadie! Hicimos nuestros negocios y, tras un callado apretón de manos, se subieron de nuevo a los botes y a golpe de remos fueron trasladados hasta la playa sentados muy juntos, adornados con aquellos colores vivos y las cabezas gachas. Los bordados de oro de sus trajes brillaban con el sol y ni uno de ellos nos dirigió una sola mirada mientras se deslizaban sobre las aguas tranquilas. Cuando se puso el sol las nubes ocuparon a toda prisa la cima de la montaña y se precipitaron con ímpetu hacia el valle. De pronto se borraron todas las cosas, y en la bahía se fueron arremolinando vapores muy negros. La goleta se bamboleaba de lado a lado debido al viento racheado. En la hondonada estalló un trueno capaz de reventar el paisaje completo y comenzó el diluvio. Se detuvo el viento. Nos resguardamos todos en el camarote, estábamos totalmente empapados, y, en el exterior, la bahía silbaba como si estuviera hirviendo, el agua caía en dardos perpendiculares, pesados como el plomo, que golpeaban sobre la cubierta calando la arboladura. La noche ciega sollozaba y chapoteaba. El quinqué nos iluminaba tenuemente. Hollis estaba tendido en la hamaca desnudo de cintura para arriba con los ojos cerrados y tan despojado como un cadáver. A su cabecera Jackson tocaba la guitarra y boqueaba con aire dramático una lúgubre copla sobre un amor desesperado y unos ojos que parecían estrellas. De improviso escuchamos unas voces sobre cubierta y unos pasos apresurados que acabaron con Karain en el umbral del camarote. Bajo la luz tenue de pronto brillaron su rostro y su torso desnudo, llevaba el *sarong* empapado y enrollado entre las piernas, en la mano izquierda llevaba un kris envainado y el pelo mojado le caía por encima de los ojos y hasta las mejillas, se le escapaba entre los huecos de un pañuelo rojo que llevaba atado a la frente. Entró con un solo paso decidido con la misma premura que si le hubiesen estado persiguiendo. Hollis se dio la vuelta y le observó con atención. Jackson detuvo su manaza sobre las cuerdas de la guitarra. Yo me puse de pie.

—¡Nadie nos ha advertido de que había llegado un bote! —exclamé.

—¿Qué bote? ¡Ha venido nadando! —dijo Hollis—. ¡Sólo hay que verlo!

Karain jadeaba fuera de sí mientras nosotros lo mirábamos en silencio. El agua le chorreaba por toda la ropa y formaba un charco oscuro y que culebreaba por el suelo del camarote. Jackson salió afuera y escuchamos cómo les alejaba la escala a nuestros tripulantes malayos, blasfemaba en mitad de la furia de aquella tormenta por la gran conmoción que había en cubierta. Los vigías, aterrorizados ante la visión de aquel espectro que había saltado de pronto sobre la borda, habían dado la alarma a toda la tripulación.

Al poco rato regresó Jackson con la barba y el pelo cubierta de pequeñas gotitas, y Hollis, que al ser el más joven a veces hacía alarde de cierta superioridad, dijo sin inmutarse:

—Que alguien le dé una bata seca, la mía está colgada en el baño.

Karain dejó el kris sobre la mesa con el puño apuntando hacia él y susurró algunas palabras en un tenue hilo de voz.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Hollis, que no había alcanzado a oír nada.

—Está pidiendo disculpas por haberse presentado con un arma —dije yo aturdido.

—Qué ceremonioso es. Respóndele que aquí sabemos disculpar a los amigos, sobre todo en una noche como ésta... —dijo Hollis con parsimonia—. ¿Qué lo habrá traído por aquí?

Karain se puso la bata seca y dejó resbalar el *sarong* hasta los pies. Le señalé la butaca de madera: su butaca. Muy rígido se sentó en la butaca susurrando «Ah» con voz recia, y aquel cuerpo enorme tembló con un estremecimiento. Echó un inquieto vistazo hacia atrás y después nos miró como si nos fuese a decir algo, pero se limitó a mirar ciegamente y luego miró hacia atrás de nuevo. Jackson exclamó:

—¡Eh, los de cubierta, haced vuestro trabajo! —Y tras una vaga respuesta que llegó del exterior cerró la puerta del camarote de una patada—. Ahora ya podemos hablar tranquilos —dijo.

Los labios de Karain temblaron levemente. Un fuerte relámpago hizo que las dos portas redondas de popa brillaran como un par de ojos crueles y fosforescentes. Durante unos instantes la llama del quinqué pareció estar a punto de marchitarse en un oscuro polvillo, y, a las espaldas de Karain, el espejo del aparador se perfiló en bruñida plancha de luz espectral. El fragor del trueno se

aproximó un poco más y reventó sobre nosotros haciendo temblar la goleta. La enorme voz se perdió en la lejanía de nuevo, de forma amenazante. Durante un minuto estalló una lluvia terroríficamente furiosa sobre cubierta. Karain fue deslizándose lentamente la mirada de rostro en rostro y el silencio se hizo tan profundo que todos pudimos escuchar nítidamente el sonido de los dos cronómetros con su tic tac infatigable y competidor.

Nosotros tres estábamos tan sorprendidos que no podíamos quitarle la mirada de encima. Guardaba en él el enigma que le había hecho presentarse en la goleta en medio de la tempestad de aquella noche. A ninguno nos cabía la menor duda de que estábamos frente a un fugitivo, por muy absurda que en ese momento nos pareciera la idea. Estaba tan macilento como si no hubiese pegado ojo en una semana entera, y tan flaco como si no hubiese probado bocado desde hacía días. Tenía las mejillas escuálidas, los ojos hundidos y los músculos de los brazos y el torso totalmente crispados por una larga lucha. La distancia que cruzó nadando hasta la goleta era muy larga, pero el cansancio que se manifestaba en su rostro era de otra naturaleza, se trataba de un cansancio atormentado, de la ira y el miedo de un tremendo combate contra un pensamiento, una obsesión, algo de una naturaleza intangible e inaplazable al mismo tiempo, una sombra etérea, algo inmortal que estaba alimentándose de sus energías. Lo entendimos como si nos lo hubiese gritado allí mismo. El pecho se le ensanchaba una y otra vez como si fuese incapaz de controlar los latidos de su corazón. Por un instante, tuvo las facultades de los endemoniados, ese don para provocar en quienes lo contemplan tanto horror, sorpresa y compasión como la sensación aterradora de que existen cosas terribles, oscuras y silenciosas que acechan a los hombres en su soledad. Durante unos segundos los ojos le giraron nerviosamente en las cuencas y a continuación se quedaron inmóviles. Con gran trabajo, acertó a decir:

—He llegado hasta aquí... He escapado del fuerte como si hubiese sufrido un fracaso. Corrí en medio de la noche, el agua era negra; lo abandoné y él me llamaba desde el borde del agua negra... Lo dejé solo en la playa. Yo nadaba. Él me gritaba para que regresara, pero yo seguí nadando...

Estaba rígido, con la mirada perdida, y no paraba de temblar. ¿A quién había dejado atrás? ¿Quién lo había llamado? No lo sabíamos, no conseguíamos comprender lo que nos decía. Me atreví a decirle:

—Tranquilízate.

El sonido de mi voz hizo que se pusiera aún más rígido, pero aparte de esa

reacción no dio muestra alguna de haberme escuchado. Se quedó como si estuviera atendiendo a algo unos instantes y a continuación prosiguió:

—Aquí no puede venir, por eso he acudido a vosotros. Vosotros, blancos, os burláis de las cosas invisibles, por eso él no tiene poder contra vuestra incredulidad y vuestra fuerza... —Hizo una pequeña pausa y continuó con un hilo de voz—. ¡Oh, la fuerza de la incredulidad!

—Estás a solas con nosotros tres —dijo Hollis con serenidad. Tenía el puño apoyado en el mentón y no hizo ningún movimiento.

—Lo sé —respondió Karain—, nunca me ha seguido hasta aquí. ¿O es que no tenía yo siempre al sabio anciano a mi lado? Pero desde que ha muerto la única persona que sabía de mi miedo todas las noches, escucho la voz. Me encerré en la oscuridad... durante muchos días. Podía escuchar los desconsolados murmullos de las mujeres, el susurro de la brisa, el del agua dulce, el tintineo de las armas en las manos de mis fieles, sus pasos... ¡y aquella voz! Cerca. ¡En mi oído! Estaba tan cerca... Sentía su aliento en mi cuello. Como no podía gritar, me puse en pie de un salto. Los hombres dormían a mi alrededor con tranquilidad y yo me puse a correr hacia la playa. Él corría detrás de mi con pisadas que no hacían ningún ruido y no pasaba de murmurar extrañas palabras, las murmuraba en mi oído con su voz sempiterna. Me eché al mar y vine nadando hasta vosotros con el kris entre los dientes. Armado, conseguí huir de la voz para buscar vuestra protección, para pedir os que me llevéis con vosotros a vuestras tierras. Ha muerto el hechicero, y con su presencia se ha ido también el poder de sus palabras y de sus conjuros; ya no puede protegerme nadie, nadie. Aquí ya no queda nadie que sea lo bastante leal y lo bastante sabio como para hacérselo saber. Mi miedo sólo se disipa cuando me encuentro junto a vosotros, vuestra incredulidad os protege y mi miedo desaparece como la neblina frente al sol —dijo a continuación dirigiéndose a mí—. ¡Iré contigo! —exclamó reprimiendo un grito—. Contigo porque has conocido a muchos de nosotros. Quiero alejarme de estas costas... de mi gente... ¡de él!

Señaló de forma enloquecida por encima de él. Era difícil contemplar la intensidad de la visión de aquella congoja misteriosa. Miraba a Hollis sin retirar la mirada. Pregunté con respeto:

—¿Dónde se encuentra el peligro?

—En todas partes, en todo lo que no sea aquí dentro —respondió espantado—. En todos los lugares a los que voy. Me espera en los caminos, bajo los

árboles, allí donde me tumbe a dormir... en todas partes menos aquí.

Eché un vistazo alrededor del reducido camarote, hacia la pintura de los baos, el barniz gastado sobre la madera, miró a su alrededor como si estuviese apelando a todo aquel abigarramiento, al desorden de todas aquellas cosas que pertenecían a la vida inimaginable compuesta de esfuerzo, poder, deber, a la vida de los blancos, cuya resistencia e incredulidad les permitía estar junto a la oscuridad sin caer en ella. Alargó los brazos para abrazar toda aquella existencia y a nosotros con ella. Nos mantuvimos en silencio. La lluvia y el viento habían cesado ya y era tal la tranquilidad nocturna en la que estaba envuelta la goleta que parecía que un mundo muerto estuviera suspendido sobre una cama de nubes. Esperamos a que volviera a hablar. Brotó de sus labios la necesidad interior. Suele decirse que un indígena nunca se sincera con un blanco; es falso. Nadie se confía a su opresor, pero a un amigo aventurero, a quien no ha venido a adoctrinar ni a gobernar, a quien nada impone y todo lo acepta, a ése sí se le hacen confidencias al calor del fuego en medio de la soledad compartida del mar, o en los poblados de las riberas, en lugares desiertos rodeados de junglas. Un corazón habla y el otro escucha, del mismo modo que la tierra, el mar, el cielo, el viento y las hojas trémulas escuchan también el relato eterno del sufrimiento humano.

Finalmente se explayó. No se puede dar cuenta del efecto de su relato. Es inmortal, y, al igual que las vívidas emociones que se producen en los sueños, su fuerza no se conserva mediante una simple transcripción. Habría hecho falta conocer su grandeza natural, haberlo visto antes y, a continuación, haberlo visto en aquellas circunstancias. La endeble penumbra del camarote, la silenciosa inmovilidad exterior en la que sólo se oía el tímido lametazo de las aguas contra los flancos de la goleta, el rostro pálido del joven Hollis, la enérgica cabeza de Jackson apoyada en aquellas manos enormes, la alargada mata de su barba rubia sobre las cuerdas de la guitarra en la mesa, Karain en aquella posición rígida e inmóvil, el tono de su voz... Todos aquellos elementos compusieron una situación que ya no olvidaremos nunca. Nos miraba sentado desde la mesa. Sobre la plancha de madera se erguía su cabeza tostada y su torso de bronce, tan reluciente e inmóvil como si lo acabaran de troquelar en metal. Lo único que se movía eran sus labios y sus ojos: tan pronto se apagaban como brillaban de nuevo o se quedaban espantosamente quietos. Sus palabras brotaban directamente de un corazón atormentado. Su voz se oía débil en un murmullo triste, parecido a veces al de un arroyuelo; otras, fuerte como un gong de guerra o arrastrándose con lentitud como un viajero agotado, o acelerándose con el fervor del miedo.

IV

Expongo en la medida de lo posible lo que nos dijo:

—Todo empezó con el conflicto que rompió la alianza que habían formado los cuatro estados de Wajo. Luchamos unos contra otros y los holandeses nos observaban desde lejos, esperando que nuestra lucha nos desgastara. De pronto apareció en la entrada de nuestros ríos el humo de sus barcos guerreros y, en botes repletos de soldados, sus jefes vinieron a vernos ofreciéndonos paz y protección. Nosotros los recibimos con prudencia y ecuanimidad porque nuestros poblados estaban destruidos, nuestras empalizadas deshechas, nuestros soldados débiles y sus armas gastadas. Vinieron sus jefes y se fueron; se negoció mucho, pero cuando se marcharon todo continuó como siempre, con la única diferencia de que sus barcos permanecían a la vista en nuestras costas y sus comerciantes comenzaron a aparecer entre nosotros amparados en una carta de impunidad. Mi hermano era uno de los reyes que habían firmado aquella carta. En esa época yo era joven, había participado en la guerra y Pata Matara había luchado a mi lado. Habíamos compartido hambres, peligros, cansancio y triunfos. Su mirada siempre estaba alerta para librarme del peligro y mi propio brazo lo había librado dos veces de la muerte. Ése era su destino. Era mi amigo. Y entre los nuestros ocupaba un cargo muy alto, era el consejero de mi hermano el rey. Siempre participaba mucho en las reuniones y era valiente de corazón y jefe de muchos poblados que están junto al lago que se encuentra en el centro de mi tierra natal, igual que el corazón está en el centro del cuerpo humano. Cuando llevaban su cimitarra hasta un *campong* para anunciar que estaba a punto de llegar, las jóvenes murmuraban frases de admiración bajo los árboles frutales, los ricos charlaban con discreción y se organizaba de inmediato un banquete con música. Tenía el favor del rey y el amor de los pobres. Amaba la batalla, la caza del venado y los encantos de las mujeres. Poseía piedras preciosas, armas afortunadas y el afecto de los hombres. Era muy valiente, mi único amigo en el mundo.

»Mi hermano me había nombrado jefe de uno de los campamentos que quedaban junto al río para cobrar los impuestos a los barcos que pasaran por allí. Un día apareció un comerciante holandés que quería remontar el río. Pasó con sus tres botes sin que nadie le reclamara el impuesto, porque el humo de los barcos de guerra holandeses todavía se veía en la costa y nuestra fuerza era todavía muy

poca como para que pudiéramos olvidar nuestros tratados. Fue navegando río arriba amparado en la carta de impunidad y mi hermano le ofreció su protección. Aseguró que venía con intención de comerciar. Nos atendió cuando nos dirigimos a él porque somos hombres que hablan de frente y sin miedo, contó el número de nuestras lanzas, examinó los árboles, las aguas del río, la hierba de las riberas y la falda de nuestras montañas. Prosiguió hasta los poblados de Matara y obtuvo un permiso para construir una casa en uno de aquellos parajes. Comerció y también sembraba. Mostraba un gran desprecio por nuestra alegría, nuestra fe y nuestras costumbres. Su rostro era cerrado, su cabello llameante y tenía unos ojos pálidos como la niebla del río. Se movía con pesadez y tenía una voz solemne cuando hablaba, reía muy fuerte como los idiotas y en su trato no había ninguna señal de educación. Era alto y arrogante, miraba a las mujeres a la cara y a los libres les daba palmaditas en la espalda como si fuera un cacique. Nosotros teníamos paciencia con él y así fue pasando el tiempo.

»En ese momento la hermana de Pata Matara huyó del *campong* y se fue a vivir con el holandés. Se trataba de una gran mujer, yo la había visto varias veces transportada a hombros de sus esclavos y en medio de la gente, con el rostro descubierto, y todo el mundo comentaba que su belleza no tenía rival y era tanta que nublaba la mente y enloquecía el alma de quienes la contemplaban. Hubo un gran escándalo por aquel deshonor y se ensombreció el rostro de Matara pues sabía que ella estaba prometida en matrimonio a otro hombre. Matara se presentó en la casa del holandés y le dijo:

»—Entrégamela para que muera, es hija de un cacique.

»El blanco se negó y se encerró en la casa vigilando a sus sirvientes día y noche con armas de fuego. Matara enfureció y convocó a mi hermano en un consejo, pero los barcos de guerra seguían cerca en la costa. Mi hermano dijo:

»—Si matamos al blanco en este momento nuestro pueblo tendrá que pagar con sangre. Dejémoslo tranquilo hasta que podamos restablecer nuestra fuerza con la paz y sus barcos se alejen.

»Matara era muy inteligente, decidió esperar siempre atento, pero el blanco tenía miedo y huyó. ¡Abandonó su casa, sus cultivos, sus mercaderías! Huyó armado y amenazador y renunció a todo... ¡por ella! ¡Ella había conseguido enloquecer su alma! Lo vi alejarse hacia el mar desde mi campamento, en un bote grande. Matara y yo estábamos juntos detrás de las estacas puntiagudas de la empalizada. Iba sentado en el techo de popa con las piernas cruzadas y las manos

en el rifle. El cañón de su arma brillaba por delante de su ceño fruncido. Delante de él se extendía el río: liso, suave y horizontal como una sábana de plata; visto desde la ribera parecía una manchita negra. Vimos cómo salía al azul del mar.

»Matara gritó tres veces a mi lado el nombre de su hermana con gran dolor. Mi corazón se conmovió. Tres veces contemplé la visión de aquella mujer de cabellos ondulantes que escapaba de su tierra natal con los ojos de mi imaginación. Me enfurecí... y me entristecí. ¿Por qué? Yo también me puse a gritar insultos y amenazas. Matara dijo:

»—Ahora que ya han abandonado su tierra natal, sus vidas están a mi merced. Los perseguiré y los castigaré... sólo yo tendré que pagar por su sangre.

»Una brisa poderosa sopló hacia poniente sobre el río solitario. Grité:

»—¡Iré contigo!

»Él inclinó la cabeza para asentir. Ése era nuestro destino. El sol se había puesto y los árboles mecían sus ramas sobre nuestras cabezas con un rumor sordo. La tercera noche abandonamos nuestra tierra los dos juntos a bordo de un prao mercante. El mar salió a nuestro encuentro, el mar sin senderos ni voz. Un prao no deja huella en su ruta. Había luna llena y los dos la miramos y nos dijimos:

»—Cuando brille la próxima luna llena, regresaremos, y ellos habrán muerto.

»Ya hace cinco años de aquello. Ha habido muchas lunas, llenas y nuevas, pero yo no he vuelto a ver mi tierra natal. Pusimos la proa hacia el sur, rebasamos muchos praos, buscamos en todas las bahías y llegamos hasta el extremo litoral en que se encuentra nuestra isla, un cabo escarpado en un estrecho donde flotan las sombras de los praos que han naufragado y las voces de los ahogados se despiertan en la noche. Frente a nosotros se abría el ancho mar. Contemplamos una montaña que ardía en medio del agua, miles de islotes desperdigados, como si fuera metralla arrojada por un inmenso cañón, una costa de montañas y valles que iba de este a oeste, desplegada bajo el sol. Era Java. Dijimos:

»—Están allí, su hora se acerca. Nosotros regresaremos o moriremos, pero lo haremos limpios de deshonor.

»Desembarcamos. ¿Es que se puede encontrar algo bueno en esa tierra? Los caminos son rectos, secos y polvorientos. Hay algunos *campongs* llenos de blancos

que están rodeados de campos fértiles, pero todos los que viven allí son esclavos. Los que gobiernan lo hacen siempre amenazados por una espada extranjera. Ascendimos a una montaña, bajamos por el valle y al atardecer llegamos a una aldea. Preguntábamos a todo el mundo: “¿Habéis visto a un hombre blanco?”. Algunos se asombraban y otros se burlaban mientras las mujeres nos ofrecían algo de comer; otros nos miraban con temor y respeto, como si nuestras mentes estuvieran ocupadas por una visión de Alá, pero también nos cruzamos con gente que ni siquiera entendía nuestro idioma y con algunos que nos maldecían o bostezaban preguntándonos con desprecio por el motivo de nuestra búsqueda. Un anciano nos gritó cuando abandonábamos el lugar: “¡Desistid!”.

»Continuamos. Cedíamos con humildad el paso a los jinetes con los que nos cruzábamos en el camino, y al hacerlo les ocultábamos nuestras armas, hacíamos profundas reverencias a unos caciques que no eran más que esclavos, nos perdíamos entre los campos, en las selvas y una de aquellas noches, en medio de un espeso bosque, llegamos a un lugar repleto de muros en ruinas entre árboles e ídolos extraños (figuras como demonios, labradas en la piedra, con muchos brazos y piernas y serpientes que reptaban por sus cuerpos con veinte cabezas y cien cuchillas) que parecían cobrar vida y amenazarnos a la luz de la hoguera. Nada nos disuadía. En el camino, y a la lumbre de cualquier fuego, en todos los sitios en los que parábamos, hablábamos siempre de ellos. Su hora se acercaba por fin. No hablábamos de nada más. ¡No! No decíamos nada ni del hambre, ni del cansancio, ni de la desesperanza. ¡No! En realidad ni siquiera hablábamos de ellos, sino ¡de ella! Y pensábamos en ellos... en ella, junto al fuego. Matara fruncía el ceño. Yo estaba sentado a su lado y me dedicaba a pensar y a pensar hasta que de nuevo se manifestaba en mi interior la figura de una hermosa mujer, una mujer joven, voluntariosa y tierna que huía de su tierra natal y de su pueblo. Matara decía: “Cuando los encontremos será ella la primera que muera para limpiar el deshonor, al blanco lo mataremos luego”. Yo respondía: “Como tú digas, la venganza es tuya”. Él me miraba sin descanso con aquellos grandes ojos suyos.

»Regresamos hacia la costa. Estábamos muy delgados y nos sangraban las plantas de los pies. Dormíamos envueltos en harapos a la sombra de recintos de piedra, pedíamos comida a las puertas de los blancos. Sus perros nos ladraban y sus esclavos nos gritaban que nos marcháramos desde lejos. Los malnacidos que patrullaban las calles de los *campongs* nos preguntaban quiénes éramos. Mentíamos, sonreíamos y adulábamos, a pesar de que nuestro corazón estaba lleno de odio, y continuábamos con nuestra búsqueda aquí y allá, siguiendo al hombre blanco del pelo rojo y a la mujer que había traicionado su fe y que debía morir por ello. Buscábamos. A veces me daba la sensación de que veía su rostro femenino y

corríamos, pero no; otras veces, Matara decía: “¡Ahí está él!”, y nos escondíamos, pero cuando se aproximaba descubríamos que era otra persona; todos los holandeses son iguales. Teníamos la angustia de la desilusión. En mis sueños veía el rostro de ella y me alegraba y me entristecía a partes iguales... ¿Por qué? Me daba la sensación de estar escuchando un susurro a mi lado. Volvía la cabeza a toda prisa. ¡No estaba allí! Mientras nos íbamos arrastrando de poblado en poblado me daba la sensación de que me seguían unos pasos ligeros. Llegó un momento en que ya los escuchaba permanentemente, y me alegré. Mientras caminábamos por aquellos áridos y desiertos caminos de los blancos, agotados y derrotados por la luz y el calor, pensaba para mí: “¡Ella viene con nosotros!”. Matara se mostraba sombrío; pasábamos hambre con mucha frecuencia.

»Vendimos las vainas labradas de nuestros kris, eran de marfil y tenían incrustaciones de oro. Vendimos también las empuñaduras y sus joyas, pero las hojas las conservamos con nosotros... para ellos, esas hojas que nunca habían tocado sin matar, esas hojas las reservamos para ella... ¿Por qué? Ella nos acompañaba siempre... Teníamos hambre, mendigábamos, al fin terminamos por abandonar Java.

»Fuimos hacia el oeste y luego hacia el este. Vimos muchas tierras y hablamos con muchos extraños, con hombres que vivían en los árboles y con hombres que se comían a los muertos. Cortábamos bambú por un puñado de arroz y limpiábamos las cubiertas de grandes buques por una propina, casi siempre soportando constantes insultos. Trabajábamos en los pequeños pueblos y vagábamos sin rumbo perdidos en los océanos de los *bajows*, los que no tienen patria. Peleamos por dinero, nos contrataron los gorameses y nos engañaron, y pescamos perlas bajo las órdenes de brutales blancos en bahías desiertas punteadas de rocas negras, como si se tratara de la costa de la desolación. Y donde fuera que estuviéramos siempre investigábamos y observábamos. Nos dirigían palabras de amenaza y de burla, palabras de sorpresa y palabras de desprecio. Jamás descansábamos, y nunca pensábamos en nuestra tierra natal porque aún no habíamos cumplido la misión que nos había llevado hasta allí. Pasaba un año y otro año. Ya no contaba las noches, las lunas ni los años. Yo cuidaba de Matara, siempre reservaba para él mi último puñado de arroz, y si sólo había agua para uno de los dos era él quien la bebía; cuando temblaba de frío lo abrigaba yo, y cuando la fiebre se apoderó de él, fui yo quien se pasó las noches abanicándole. Era noble y era mi amigo. Durante el día hablaba de ella con ira, y por la noche lo hacía con dolor; la recordaba siempre, en la salud y en la enfermedad. Yo no decía nada pero todos los días la veía... ¡siempre! Al principio era sólo su rostro lo que veía, se parecía al de una mujer que caminara por la ribera, entre la bruma. Luego vino a

sentarse frente a nuestra hoguera. ¡La vi! Su mirada era dulce y su rostro bellissimo. Aquella noche le susurré unas palabras. Matara estaba soñoliento y me preguntó: “¿Con quién hablas? ¿Quién anda ahí?”. Yo respondí: “Nadie...”. ¡Mentira! Ella nunca me abandonaba. Se sentaba junto a nosotros frente a la higuera y nadaba en el mar para seguirme... ¡Yo la vi...! Te digo que podía ver sus largos cabellos ondulados a su espalda sobre aquellas aguas iluminadas por la luna mientras nadaba con sus desnudos brazos junto a nuestro prao veloz. Era bellissima y fiel y me hablaba con la lengua de nuestros padres en mitad de aquellos países extranjeros. Nadie podía verla ni oírla, ¡era mía por completo! Durante el día caminaba delante de mí con pasos elásticos y flexibles, como un tronco de árbol joven, sus talones eran lisos y redondos como cáscaras de huevo y me hacía señas con su brazo bien torneado. De noche me miraba a la cara y se la veía triste. Su mirada era dulce y desvalida, y su voz suplicante. En una ocasión le susurré: “¡No morirás!”, y entonces sonrió, desde entonces empezó a sonreírme... Me infundía valor para poder soportar las fatigas y las penalidades. Eran días difíciles y aquel gesto me aliviaba. Matara y yo vagabundeábamos sin descanso en nuestra búsqueda. Vivimos desengaños, falsas esperanzas, enfermedad, sed, infortunio, desesperación... hasta que por fin... ¡los encontramos!

Karain gritó aquellas palabras y se quedó callado. Su rostro se tornó impasible y permaneció inmóvil, como si estuviese en trance. Hollis se acercó a él alargando los brazos por encima de la mesa. Jackson hizo un ademán y tiró sin querer la guitarra al suelo. La resonancia lastimera del golpe inundó el camarote y se extinguió poco a poco. Karain comenzó a hablar de nuevo. La fiereza del tono de su voz se parecía a algo que se puede oír sin que haya sido pronunciado, las palabras ocuparon de nuevo el camarote y envolvieron con su rumor a la figura inmóvil que estaba sentada sobre la butaca.

—Nos pusimos en marcha en dirección a Atjeh, donde estaban en guerra, pero nuestro barco se quedó varado en la arena y nos vimos obligados a desembarcar en Delhi. Habíamos conseguido ahorrar un poco de dinero y con él habíamos comprado un rifle a unos comerciantes en Selangor. El rifle lo llevaba Matara. Desembarcamos. Allí había una gran multitud de blancos que plantaban tabaco en llanuras conquistadas y Matara... en fin, no importa, ¡lo vio...! ¡Al holandés...! Esperamos escondidos. Estuvimos vigilándolo dos noches y un día. Tenía una casa, una casa enorme en uno de los claros del campo, y a su alrededor crecían flores y zarzas, había pequeños caminos amarillos entre el césped y el paso estaba cerrado por grandes setos.

»Un rocío muy espeso nos empapaba y nos helaba hasta las mismas

entrañas. A la luz de la luna todo se veía de color gris: el césped, las ramas y las hojas cubiertas de pequeñas gotas. Matara estaba encogido sobre la hierba y temblaba en medio del sueño. Le castañeteaban los dientes con tanta fuerza que yo temía que despertara a toda la comarca. Los vigilantes de las casas de los blancos hacía sonar sus campanas y silbaban en la oscuridad. A ella la vi a mi lado, como todas las noches. ¡Ya no me sonreía...! En mi pecho ardió la angustia, y ella me susurró con compasión y con dulzura... como sólo saben hacerlo las mujeres, y así aplacó la inquietud de mi alma. Inclino su rostro sobre el mío, aquel rostro que había enloquecido a los hombres. Era toda mía y nadie podía verla... ¡ningún ser vivo! Las estrellas brillaban a través de su pecho y de sus cabellos flotantes. Sentí que me invadían el remordimiento, la ternura y la lástima. Matara dormía... ¿Había dormido yo? Matara me sacudía los hombros y el fuego del sol ya estaba abrasando la hierba, las zarzas y las hojas. Ya era de día y había nubes de bruma prendidas de las ramas de los árboles.

»¿Pero era de noche o de día? No vi nada hasta que Matara comenzó a roncar todavía tendido sobre la hierba y ahí fue cuando me fijé en la puerta de la casa. Los vi a los dos. Estaban afuera. Ella sentada en un banco apoyado contra un muro. Sobre su cabeza, y alrededor de sus cabellos, había una enredadera cuajada de flores. A su lado, de pie, estaba el holandés y le sonreía. Brillaban sus dientes blancos y tenía un bigote sobre los labios que parecía una llama retorcida. Era un hombre grande y gordo, alegre y animoso. Matara rascó con la uña el pedernal y me ofreció el rifle. ¡A mí! Yo lo cogí... ¡Oh, qué desdicha! Tendido boca abajo me susurró en el oído:

»—Me arrastraré hasta donde están sin que se den cuenta, y cuando llegue hasta ella la mataré sin piedad con mis propias manos. Tú quédate aquí apuntando al cerdo. Deja que contemple cómo limpio el deshonor de la faz de la tierra y a continuación... eres mi amigo, mávalo de un disparo.

»No respondí nada. Me había quedado sin aire, me daba la sensación de que no había aire en el mundo. Matara se alejó a toda prisa. La hierba se onduló y una zarza crujió, ella alzó la mirada.

»¡La vi! ¡Era el consuelo de mis noches de insomnio, el sostén a mis días de fatiga, la compañera de tantos años y tantas penalidades! ¡La vi! Estaba mirando precisamente en la dirección en la que yo estaba agazapado. Ahí estaba, tal y como la había estado viendo a lo largo de aquellos años, mi fiel compañera de peregrinaciones. Me mostraba sus ojos melancólicos y sus labios sonrientes... ¿Es que no le había prometido yo que no moriría?

»Estaba lejos de mí, pero yo la sentía muy cerca. Me acariciaba con su contacto y escuché su lamento: “¿Quién te acompañará y te consolará si muero yo?”. Observé cómo temblaba un pequeño matorral que estaba a su izquierda. Matara se estaba preparando. Grité:

»—¡Vuelve!

»Ella se levantó, cayó un pequeño cofre que tenía sobre las piernas y las perlas rodaron a sus pies. El enorme holandés estaba a su lado y levantó una mirada hostil hacia el sol. Apunté con el rifle. Estaba arrodillado y bien apoyado, tan bien apoyado como los árboles, las rocas, las montañas, pero en el otro extremo del recto cañón se tambaleaban los campos, la casa, la tierra, el cielo, como si fuesen sombras selváticas en medio de un día tempestuoso. Matara salió del matorral y los pétalos arrancados de las flores volaron como si se los hubiese llevado la tormenta. Oí cómo gritaba y a continuación vi cómo se interponía con los brazos abiertos entre el blanco y él. Era una mujer de mi tierra natal y de noble estirpe. Llegó a mis oídos un grito de angustia y horror y a continuación... todo se inmovilizó. Mientras Matara saltaba hacia ella alargando el brazo, quedaron inmóviles los campos, la casa, la tierra, el cielo. Apreté el gatillo, hubo un chispazo, y no pude ver nada porque el retroceso del humo cubrió mi rostro; lo siguiente que vi fue que Matara se desplomaba sin vida a los pies de ella con los brazos estirados. ¡Fue un disparo certero! Después del disparo arrojé el rifle. Junto al muerto habían quedado los dos inmóviles, como si hubiesen sido presas de un encantamiento. Grité:

»—¡Vive y recuerda! —Y me alejé tropezando entre las heladas tinieblas. Hubo un gran alboroto a mis espaldas, muchos pies corrieron a mi alrededor, me rodearon hombres extraños, me dijeron palabras que no entendía mientras me empujaban, me arrastraban y me levantaban... Me llevaron frente al enorme holandés, que me miraba sin salir de su asombro. Quería saber lo que había sucedido y balbuceaba, me daba las gracias, me ofrecía oro, alimentos, casa, comida... no paraba de hacer preguntas. Me reí en su cara y le dije:

»—Soy un viajero *korinchi* que ha venido desde Perak y no sé nada sobre ese muerto. Yo pasaba por el camino cuando escuché un disparo y tus criados se echaron sobre mí y me trajeron hasta aquí.

»Elevó los brazos, confundido y suspicaz, gritando en su idioma. Ella estaba abrazada a su cuello y me miraba fijamente por encima de su hombro. Sonreí y la miré, sonreí esperando el sonido de su voz. El blanco le preguntó:

»— ¿Lo conoces?

»Yo presté atención como si la vida entera me fuera en ello. Me observó atentamente y dijo en voz muy alta:

»— ¡No! Nunca lo he visto.

»¿Cómo que nunca? ¿Tan pronto me olvidaba? ¿Era posible? Me había olvidado ya... después de tantos años... de tantos años de peregrinación, de palabras tan tiernas. ¡Me había olvidado ya...! Aparté de mí aquellas manos que me inmovilizaban, y sin mediar palabra me alejé... Dejaron que me marchara.

»Estaba agotado. ¿Dormí? No lo sé. Recuerdo que vagué por un camino muy amplio bajo una noche cubierta de estrellas, y parecía tan enorme aquella tierra extraña, tan grandes sus arrozales, que la cabeza me daba vahídos del miedo que me producía aquella inmensidad. En ese momento vi un bosque. Caía sobre mí la melancólica luz de las estrellas. Salí del camino y me adentré en aquella oscura y tristísima espesura.

V

El tono con el que hablaba Karain había ido descendiendo poco a poco, como si se estuviera alejando de nosotros. Sus últimas palabras sonaron tan débiles como si las hubiese gritado desde una distancia enorme en un día apacible. No hacía el menor movimiento. Tenía la mirada perdida en algún punto más allá de la cabeza de Hollis, que estaba igual de quieto frente a él. Jackson estaba sentado con los codos apoyados en la mesa, haciéndose una pantalla con las manos sobre los ojos. Yo no dejaba de mirarlo sorprendido y conmovido, miraba a aquel hombre que se había mantenido fiel a una visión, que había sido finalmente traicionado por su propio ensueño, rechazado por su propia esperanza. Ahora acudía a nosotros, descreídos, en busca de auxilio contra cierta obsesión. El silencio era profundo pero parecía poblado de callados fantasmas, de cosas tristes, oscuras y silenciosas en cuya invisible presencia encontraba amparo el tic tac de los dos cronómetros que contaban los inexorables segundos puestos en hora con Greenwich. Karain permanecía allí con la mirada de piedra y, mientras contemplaba su figura, me puse a pensar en toda aquella peregrinación suya, en su oscuro proyecto de venganza, en todos los hombres que peregrinan por el mundo obsesionados con quimeras, en las mismas quimeras, febriles ellas también como los hombres, fieles e infieles quimeras, quimeras que traen alegría, tristeza, dolor, paz, quimeras que pueden llegar a hacer que la vida y la muerte sean agradables, fascinantes, horribles e indignas.

Se escuchó un rumor, daba la sensación de que una voz externa había nacido desde un mundo de ensueño para adentrarse en la luz del camarote. Karain seguía hablando:

—Viví en el bosque. Ella ya no regresó nunca más. ¡Jamás! Viví solo. Ella me había olvidado y ya todo me daba igual. Ya no la amaba, ya no amaba a nadie. Encontré una cabaña abandonada en uno de los claros del bosque. Nadie se acercaba a ella porque estaba destartada. De cuando en cuando escuchaba a lo lejos las voces de los hombres que caminaban por los caminos. Dormía, descansaba, en aquel lugar había arroz, agua en un riachuelo y ¡paz! Todas las noches me sentaba frente a un pequeño fuego que hacía en mi cabaña. Pasaron muchas noches sobre mí.

»Una de esas noches incliné la cabeza frente al fuego y me puse a recordar mi peregrinación. Alcé la mirada. No había escuchado ningún rumor ni paso alguno, pero aun así alcé la mirada. Un hombre se acercaba hacia mí atravesando el claro del bosque. Esperé. Cuando llegó no me saludó y se inclinó frente a la hoguera. Lo escuché deslizarse suavemente entre los matorrales. Por fin lo entendí, aquellas palabras ya las había escuchado yo en una ocasión: “Eres mi amigo, mávalo de un disparo”.

»Soporté aquello hasta donde me fue posible, pero finalmente acabé huyendo, del mismo modo en que esta noche he acabado huyendo para venir hasta vosotros. Corrí como un niño al que hubieran privado de toda compañía humana. Él corría junto a mí sigilosamente, murmurando invisible y escuchando. Busqué a mis semejantes. ¡Siempre he querido que la gente esté a mi alrededor! Y de nuevo peregrinamos juntos sobre la tierra él y yo. Fui en busca del peligro, la violencia y la muerte. Combatí en la guerra de Atjeh y ese pueblo valiente se quedó asombrado de la audacia de aquel extranjero, pero es que nosotros éramos dos en realidad y él desviaba los golpes que iban dirigidos a mí... ¿Por qué? Yo buscaba el sosiego y no la vida. Nadie podía verlo, nadie lo sabía, y yo no me atrevía a confesárselo a nadie. Alguna vez se alejaba de mí, pero no por mucho tiempo, luego regresaba y seguía murmurándome o mirándome ferozmente. En mi corazón había un miedo inaplazable, pero la muerte no me podía alcanzar. En ese momento conocí a un anciano.

»Todos vosotros los conocisteis. Las gentes de por aquí solían llamarlo mi sirviente, mi brujo, mi vasallo, pero para mí se convirtió en un padre, una madre, un refugio, me dio la paz. Cuando lo conocí, él acababa de regresar de una peregrinación y lo escuché entonar la plegaria del crepúsculo. Había acudido a los lugares santos en compañía de su hijo, la mujer de su hijo y un pequeño, y durante el viaje de vuelta Dios Todopoderoso había dispuesto que murieran todos, el hijo, la mujer y el pequeño... Todos habían muerto y el viejo había regresado solo a su tierra natal. Era un peregrino muy piadoso, muy sabio y muy solitario. Se lo conté todo. Durante una temporada vivimos juntos. Volcaba sobre mí palabras de oración, de sabiduría y serenidad. Su presencia ahuyentaba de mi lado el fantasma del muerto. Le supliqué que pronunciara un conjuro que lo ahuyentara de manera permanente. Durante mucho tiempo no quiso hacerlo, pero un día accedió con un suspiro y una sonrisa. No hay duda de que ejerció su poder sobre un espíritu más grande que el que me atemorizaba, porque de nuevo conocí la paz, aunque para ese momento ya me había convertido en un hombre inquieto y amante del combate y el peligro. El anciano jamás se separó de mí. Viajábamos juntos y éramos bien recibidos por los grandes, la sabiduría de mi escudero y mi valor se recordaban

siempre en todos los lugares a los que íbamos, allí donde vuestra fuerza, ¡oh, blancos!, ya no se recordaba. Servimos al sultán de Sula y luchamos contra los españoles. Hubo triunfos, penalidades, sangre, victorias, derrotas, lágrimas de mujeres... ¿Por qué...? Huimos de allí. Reunimos a un grupo de guerreros y vinimos aquí para luchar una vez más. El resto ya lo sabéis. Soy el jefe y gobernante de un territorio conquistado, amigo del riesgo y del combate, luchador, pero el anciano me ha abandonado y de nuevo me he convertido en el esclavo del muerto. ¡Ya no se encuentra a mi lado el que sabía apartar de mí aquella sombra de acusación, aquella voz de ultratumba! El poder de su conjuro ha muerto con él. Conozco el miedo y vuelvo a escuchar ese murmullo que me dice: “¡Mátalo, mátalo!”. ¿Pero es que acaso no he matado ya suficiente?

Por primera vez desde que se sentó frente a nosotros, cruzó su rostro un gesto repentino de demencia iracunda. Su mirada iba de un lado a otro, aterrada. Se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Juro por todos los fantasmas bebedores de sangre, por los que alzan su voz en medio de la noche, por todos los fantasmas de la ira, el horror y la muerte que arrancaré el corazón a quien se atreva a ponerse en mi camino y...!

Su aspecto era de pronto tan amenazador que los tres nos pusimos en pie de un salto y Hollis dejó caer el kris al suelo por accidente. Creo que los tres gritamos al mismo tiempo. El momento de alarma fue breve y al poco ya estaba perfectamente tranquilo, sentado en su butaca, rodeado por tres blancos en posturas más bien ridículas. Nos quedamos un tanto abochornados. Jackson recogió el kris y, tras preguntarme con la mirada qué debía hacer con él, se lo dio de vuelta. Karain lo recogió con una solemne inclinación de la cabeza y se lo guardó en la bata con mucho cuidado de que el arma mantuviera siempre una posición pacífica. A continuación alzó la mirada hacia nosotros con una sonrisa amarga. Nosotros seguíamos avergonzados y nerviosos. Hollis se sentó de nuevo, apoyó los codos en la mesa y se quedó mirándole en un silencio pensativo. Yo dije:

—Tu lugar está con tu gente. Ellos te necesitan, y te queda el olvido. Llega siempre el momento en que hasta los propios muertos dejan de hablar.

—¿Acaso te parezco yo una mujer para ser capaz de olvidar muchos años en un segundo? —exclamó furibundo. Me sorprendió mucho, tenía un aspecto temible. Su vida, aquel cruel espejismo de amor y paz, había sido tan real para él y tan incontestable como la de cualquiera de nuestros santos, filósofos o locos para ellos mismos. Hollis se quejó:

—No vas a conseguir devolverle la paz con lugares comunes.

Karain me dijo:

—Tú nos conoces, has vivido entre nosotros, ¿por qué...? No sabemos por qué, pero eres capaz de comprender nuestras penas y nuestros pensamientos. Has vivido con nosotros y eso te ha hecho entender nuestros deseos y nuestros miedos. Iré contigo a tu país, con tu gente. ¡Con esa gente que vive en la incredulidad, porque comprendéis todo lo visible y os burláis de lo invisible! ¡A ese país de descreimiento en el que nunca hablan los muertos y los hombres sabios pueden vivir a solas y en paz!

—Una gran descripción —murmuró Hollis con una sonrisa sardónica. Karain frunció el ceño.

—Soy un hombre y puedo trabajar y luchar, puedo guardar lealtad —añadió con gesto cansado—, pero te aseguro que no regresaré a esa playa en la que me espera un muerto. ¡No! Llévame contigo o dadme al menos algo de vuestra fuerza y de vuestra incredulidad... ¡Dadme algún conjuro!

Parecía completamente exhausto.

—Sí, llevémoslo a Inglaterra —dijo Hollis casi susurrando, como si estuviera hablando a solas—, sería una buena solución. En nuestro país los fantasmas están mejor educados y son capaces de conversar de una manera civilizada con damas y caballeros, aunque puede que le pongan un poco de mala cara a un príncipe semidesnudo como nuestro amigo. ¡Medio desnudo y medio salvaje! Vaya que sí, lo siento por él. No lo va a tener fácil, no es necesario decirlo. Al final de todo esto —continuó mirándonos—, un día le dará por atacar furiosamente a sus súbditos y enviará *ad patres* a tantos que a ellos no les quedará más remedio que romperle el cráneo.

Le di la razón. Me parecía más que posible que Karain acabara de aquella manera. No cabía duda de que su obsesión lo había llevado hasta el límite de la resistencia humana y que con un poco más acabaría precipitándose en aquella forma tan común de locura propia de su raza. El período de paz del que había podido disfrutar durante la vida del anciano hacía que ahora fuera intolerable la reanimación del tormento. Aquello estaba totalmente fuera de discusión.

Karain levantó de pronto la cabeza. A todos nos había dado la sensación de haber estado dormitando.

—¡Dadme vuestra protección o vuestra fuerza! —exclamó—. ¡Un arma! ¡Un amuleto!

A continuación hundió la cabeza en el pecho. Lo miramos y luego nos observamos entre nosotros con cierto temor en los ojos, como hombres que se encontraran de pronto ante un desastre inminente. Se había entregado a nosotros: había puesto en nuestras manos su historia, sus faltas y su tortura, su paz, y ya no sabíamos qué hacer con aquel misterio que nos había llegado desde la oscuridad exterior. Los tres blancos mirábamos a aquel malayo y no acertábamos a resolver el asunto, si es que había realmente alguna manera de resolverlo. Daba la sensación de que hubiésemos ido hasta las puertas mismas del Averno para juzgar y decidir la suerte de un peregrino que había surgido sin previo aviso de un mundo de sol y de belleza.

—Por Júpiter que tiene una idea muy elevada de nuestra fuerza —susurró Hollis desalentado. Hubo luego un pequeño silencio, un chapoteo en el agua y el inexorable tic tac de los cronómetros. Jackson estaba con los brazos cruzados y la espalda apoyada contra la mampara del camarote. La barba rubia le reposaba tranquilamente sobre el pecho y su aspecto era colosal, ineficaz y sereno. El ambiente del camarote tenía algo de lúgubre, el aire parecía saturado en una especie de impotencia, de enfado implacable egoísta enfrentado al dolor de un extraño. No sabíamos qué hacer, y de pronto empezamos a sentir la irritante sensación de querer librarnos de Karain. Mollis murmuró de pronto con cierta sonrisa:

—Amuleto... protección... amuleto...

Abandonó la mesa y salió del camarote sin ni siquiera despedirse. Era una especie de desertión. Jackson y yo intercambiamos unas miradas de indignación. Escuchamos cómo trasteaba en un pequeño cuarto que hacía las veces de camarote. ¿De verdad tenía pensado acostarse? Karain exhaló un suspiro. ¡Aquello era intolerable!

Hollis reapareció con una cajita de cuero en las manos. La puso suavemente sobre la mesa y luego nos miró suspirando de un modo extraño, como si se hubiese quedado momentáneamente privado de la voz o tuviera ciertos reparos de conciencia para mostrar su contenido, pero no tardó en darle valor la impertinencia propia de su juventud. Abrió la caja con una pequeña llave y dijo:

—Fingid la mayor solemnidad que podáis, muchachos —dijo, y nosotros

debimos de mirarlo con una extrañeza enorme porque resolvió—: No se trata de una broma, voy a hacer algo por él. Poneos serios, demonios... ¿o es que no sois capaces ni siquiera de fingir un poco por el bien de un amigo?

Karain estaba allí como si ni siquiera percibiera nuestra presencia, pero en cuanto Hollis abrió la pequeña caja su mirada se deslizó hasta ella, al igual que las nuestras. El acolchado del forro interno se alzó como una mancha de color en medio de aquella atmósfera mortecina; era algo amable a lo que dirigir la mirada, algo fascinante.

VI

Hollis contempló el interior de la caja con una sonrisa en los labios. Había regresado hacía poco a Inglaterra cruzando el canal de Suez. Estuvo ausente unos seis meses y nos reunimos a tiempo para iniciar juntos la travesía. Nunca antes habíamos visto aquella caja. Sus manos se alzaron sobre ella y nos habló con ironía aunque con un gesto tan solemne como si estuviese entonando un encantamiento que se refería a algo que había en el interior de la caja.

—Todos los que estamos aquí —dijo con unas pausas que, curiosamente, casi resultaban más ofensivas que sus propias palabras—, todos los que estamos aquí, espero que nadie se atreva a negarlo, nos hemos visto en alguna ocasión obsesionados por la imagen de alguna mujer. Y en lo que se refiere a los amigos... todos hemos eliminado a muchos a lo largo del camino... Y si no, revisad vuestra conciencia.

Hubo un silencio. Karain seguía mirando atentamente. Sobre la cubierta se oían muchos ruidos. Jackson lo interrumpió:

—No seas tan brutalmente cínico.

—¡Vaya! ¡Uno que está libre de pecado! —replicó Hollis con melancolía—. Ya pecarás, ya... Mientras tanto, es necesario decir que este malayo ha sido un buen amigo nuestro —se quedó un instante abstraído repitiendo las palabras «amigo... malayo... amigo... malayo», como si estuviera estudiándolas y a continuación prosiguió bruscamente—, una bellísima persona, todo un caballero a su manera. No deberíamos darle la espalda a la confianza y la fe que ha depositado en nosotros. Los malayos son de lo más excitables... son puro nervio, ya lo sabéis... Y por esa razón... —Se volvió de pronto hacia donde yo estaba y dijo con tono práctico—. Tú lo conoces mejor, ¿te da la sensación de que sea un fanático... o alguien muy estricto con la fe musulmana? —Yo respondí sorprendido que no me lo parecía—. Lo digo porque esto es una reproducción, una imagen tallada —susurró Hollis con la mirada fija en el interior de la caja de una manera muy misteriosa. Revolvió un poco en su interior. Karain tenía la boca medio abierta y le relampagueaban los ojos. Vislumbramos el contenido de la caja.

En su interior había un par de rollos de algodón, un paquete con agujas, una cinta azul oscuro y una fotografía femenina a la que Hollis le echó un vistazo antes de ponerla sobre la mesa. También había otros objetos diminutos, un ramillete marchito de flores, un guante blanco con botones y unas cartas atadas con mucho cuidado. ¡Amuletos de los hombres blancos! ¡Amuletos y conjuros! Amuletos para que se mantengan en el camino de la virtud o para que se pierdan en el del vicio, para que una joven suspire o para que sonría un viejo. Talismanes cuyo poder procura ensueños de placer, recuerdos de dolor, capaces de ablandar los corazones duros o de endurecer los blandos hasta dejarlos como el hierro. Regalos del cielo, cosas de la tierra...

Hollis siguió rebuscando en su caja.

Me dio la impresión de que durante aquella espera el camarote de la goleta se empezaba a llenar de una agitación animada e invisible, como de cientos de espíritus. Alrededor de la figura de aquel Hollis inclinado sobre la caja surgieron de pronto todos los espectros concentrados del descreído Occidente, y, abandonados por hombres que estaban convencidos de ser sabios y de poder vivir sus vidas a solas y en paz, todos aquellos fantasmas dejados por un mundo incrédulo, todas las sombras erráticas y maravillosas de mujeres que fueron amadas, los hermosos espectros de los ideales asumidos, olvidados, rechazados y defendidos, todos los desamparados fantasmas cargados de reproches de los amigos olvidados, los calumniados, los traicionados, los que habían muerto en el transcurso del camino. Fue como si se alzaran de las profundidades más insondables de la tierra para arracimarse en el interior de aquel camarote oscuro que, de pronto, parecía su último refugio posible, el único lugar en el mundo a salvo del descreimiento, donde podían congregarse de nuevo para alzarse con su fe vengadora. Duró apenas un instante y luego se desvaneció todo. Hollis nos contemplaba mostrándonos un objeto pequeño que brillaba entre sus dedos. Parecía una moneda.

—¡Ah! Por fin lo he encontrado — dijo.

Lo alzó, se trataba de una moneda de seis peniques de las que se acuñaron con motivo del quincuagésimo aniversario de la coronación de la reina. Era dorada y le habían hecho un agujero cerca del canto. Hollis la puso en dirección a Karain, mientras se dirigía a nosotros diciendo:

—Aquí hay un amuleto para nuestro amigo. El objeto contiene en sí mismo un gran poder (es dinero) y su imaginación es sorprendente. Es un aventurero leal,

así que espero que a su puritanismo no le importe el parecido...

Nosotros no nos atrevíamos a despegar los labios. No sabíamos si escandalizarnos, reírnos o sentirnos aliviados. Hollis dio un paso hacia Karain, quien se puso en pie de un salto, y después de alzar la moneda con gran ritual dijo en malayo:

—Éste es el retrato de la Gran Reina, el amuleto más poderoso que conocemos los blancos.

Karain puso la mano en la empuñadura del kris en señal de respeto y fijó la mirada en aquel rostro coronado.

—La Invencible, la Piadosa —murmuró—. Su poder es mayor que el de Solimán el sabio, quien, como bien sabes, era capaz de controlar a los genios —dijo Hollis con gravedad—. Aquí tienes el amuleto, es tuyo. —Le puso la moneda en la mano y, observándola con gesto extraviado, dijo en inglés—: También ella tiene poder sobre el espíritu, el espíritu de una nación, es un diablo dominador, sin escrúpulos, imposible de dominar... que hará mucho bien... de carambola, pero mucho bien... y que nunca tolerará, ni por el mejor de los fantasmas, que nadie le produzca a nuestro amigo ninguna molestia a causa de su disparo certero... No pongáis esa cara y echadme una mano, muchachos... Lo importante es que parezca de verdad...

—A su gente le sorprenderá —murmuré.

Hollis miró fijamente a Karain, que en aquel instante parecía ser la encarnación más perfecta de la conmoción inmóvil. Estaba totalmente rígido y tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos le brillaban y se movían nerviosamente en sus cuencas y se le dilataban las aletas de la nariz.

—¡Qué me importan! —dijo Hollis al final—. Es una persona extraordinaria. Le voy a regalar algo que voy a echar de menos de verdad —dijo, y sacó de la caja una cinta, sin dejar de sonreír de una forma burlona, y con unas tijeras cortó también un trozo de una palma de un guante—. Voy a fabricarle una de esas cosas que llevan los campesinos italianos, ¿sabéis lo que os digo? —Cosió la moneda en el interior de la delicada piel a la cinta y la ató con los extremos. Lo hizo con rapidez y Karain no apartó la mirada de sus dedos ni un segundo—. Vamos a ver —dijo, y Karain se acercó. Se miraron a los ojos muy de cerca. La mirada de Karain parecía un poco perdida, pero la de Hollis se agudizaba todavía más, era intensa e

irresistible. El contraste entre los dos era muy grande: uno inmóvil y del color del bronce, el otro lustrosamente blanco y con unos brazos alzados en los que resaltaban los músculos bajo una piel reluciente como el satén. Jackson se puso a su lado con el gesto de un hombre que se une a su amigo en un momento apurado de necesidad. Con un tono firme y categórico le dije a Karain, señalando a Hollis:

—Es joven, pero muy sabio. ¡Confía en él! —Karain inclinó la cabeza y Hollis puso sobre ella la cinta de color azul y dio un paso atrás, yo exclamé—: ¡Olvídalo todo y que la paz sea contigo!

Daba la impresión de que Karain hubiese despertado de un sueño justo en ese instante.

—¡Ja! —gritó como si se hubiese liberado de una carga espantosa. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse. Alguien sobre cubierta recorrió la luna y de pronto nos vimos inundados por un torrente de luz. Estaba amaneciendo.

—Ya es hora de subir a cubierta —dijo Jackson.

Hollis se arregló un poco y subimos todos con Karain a la cabeza.

El sol ya se estaba alzando por detrás de las montañas y en esa claridad se alargaban las sombras proyectadas por él sobre la bahía. El aire era puro y fresco. Le señalé la zona curva de la arena amarilla de la playa.

—Ya no está —le dije con convicción a Karain—. Ya no te espera más, se ha ido para siempre.

Un haz de rayos de luz se abrió paso entre las cumbres de las dos montañas y el agua se volvió brillante, como si hubiese sido presa de un sortilegio.

—¡Sí, ya no me espera! —dijo Karain tras observar atentamente la playa—. No me habla —añadió despacio y se volvió a nosotros diciendo—: ¡Se ha ido, esta vez para siempre!

Le dimos la razón de inmediato y enérgicamente. Lo importante era que se impresionara lo máximo posible, darle una confianza total, sacar de él cualquier elemento que le perturbara. Hicimos todo cuanto estaba en nuestra mano y mi impresión es que nuestra profesión de fe en el poder del amuleto de Hollis fue suficiente como para que se extinguiera toda sombra de duda. En la paz de aquel amanecer nuestras voces tenían un sonido alegre a su alrededor y el cielo se alzaba

sobre su cabeza diáfano, impoluto e inmaculado desde una orilla a otra de la bahía, como si tratara de envolver el agua, la tierra y el hombre en una caricia.

Se había levado ya el ancla y las velas estaban desplegadas e inmóviles. Avistamos una media docena de botes que se acercaban con la intención de hacernos de remolque hasta mar abierto. Los remeros del primero de ellos llegaron hasta nosotros, alzaron la mirada y descubrieron que su jefe estaba a bordo. Lo primero que hubo fue un murmullo de sorpresa y de inmediato el clamor del saludo.

Karain se separó de nuestro lado y quedó integrado otra vez en todo el esplendor de su decorado, fue revestido de nuevo con el brillo de su triunfo incuestionable. Durante unos segundos estuvo allí detenido con la mano en el puño del kris y el pie sobre el portalón en una postura marcial, liberado por fin de su miedo a la desconocida oscuridad, y con la cabeza erguida de una manera altiva sobre el territorio que había conquistado. El saludo se fue repitiendo en el resto de los botes y de pronto se produjo un gran clamor sobre las aguas, al que las montañas parecían querer sumarse con el eco de aquellos vítores que le auguraban victorias y una larga y próspera vida.

Descendió sobre una de las canoas y, en cuanto se hubo alejado un poco de nosotros, le gritamos tres hurras. Puede que sonaran un poco débiles después de la tormenta de vítores de sus súbditos, pero lo hicimos lo mejor que pudimos. Se puso en pie sobre el bote, alargó los brazos y señaló su infalible amuleto. Lo vitoreamos de nuevo ante la mirada intrigada de los malayos. Me pregunto qué pensarían en ese momento, qué pensaría Karain... qué pensará el lector.

Nos empezaron a remolcar poco a poco. Vimos que Karain llegaba a tierra y nos contemplaba desde la costa. Una figura se acercó hasta él con humildad, de una manera muy distinta a la que lo habría podido hacer un fantasma para reprocharle un agravio. Otros tantos se pusieron a correr hacia él. ¿Lo habían echado de menos? Fuese como fuese en pocos minutos ya había una gran agitación a su alrededor, le hicieron un corro y él se puso a andar sobre la arena escoltado por aquel *cortège* cada vez mayor pero sin dejar de mirar de frente hacia nuestra goleta. Gracias a los prismáticos podíamos ver la cinta azul en su cuello y un objeto blanco que golpeaba en su torso de bronce. La bahía estaba empezando a desperezarse y ya se alzaba sobre las palmeras el primer humo de las hogueras matutinas. Se veían gentes paseando entre las chozas, por la ladera descendía una mansa manada de búfalos, y entre la vegetación se recortaban las siluetas de unos niños blandiendo unos palos negros, una huerta de árboles frutales era atravesada

por una colorida fila de mujeres en busca de agua. Karain se detuvo entre sus hombres y nos dedicó un saludo con la mano, a continuación se separó un poco de aquella muchedumbre y nos volvió a saludar, esta vez en solitario. La goleta se deslizó hacia el mar dejando a sus espaldas los promontorios que cercaban la bahía y en ese mismo instante Karain desapareció para siempre de nuestras vidas.

Pero su recuerdo permanece. Muchos años después me encontré en el Strand con Jackson. Tenía un aspecto tan magnífico como siempre. Su cabeza sobresalía por encima de la multitud. Su barba era de color dorado, sus ojos azules, llevaba puesto un sombrero gris de ala ancha y no llevaba ni cuello ni chaqueta, me pareció conmovedor; acababa de volver a Inglaterra, ¡había desembarcado ese mismo día! Nuestro encuentro formó un pequeño escollo en la corriente de personas. La gente con prisa chocaba contra nosotros y a continuación nos sorteaban y se giraba para contemplar asombrada a aquel gigante. Tratamos de resumir siete años de vida en exclamaciones y luego nos pusimos a dar un tranquilo paseo comentando noticias del pasado. Jackson soltaba las noticias como quien suelta señales náuticas y se paró frente al escaparate de Bland's. Siempre había sentido pasión por las armas de fuego, así que se detuvo para admirar la colección de rifles, todos perfectos y solemnes, dispuestos en hileras tras el cristal enmarcado en negro. Yo seguía a su lado. De pronto comentó:

—¿Te acuerdas de Karain?

Yo asentí.

—No sé por qué contemplar estas cosas me recuerda a él —prosiguió con el rostro pegado al escaparate—. Sí, en él estaba pensando. Esta mañana estaba leyendo el periódico y he visto que en esa zona han vuelto los conflictos. Seguro que Karain está involucrado en el asunto, seguro que se ha convertido en un hueso duro para esos «caballeros».^[1] ¡Ojalá tenga suerte, pobre diablo! Era una gran persona. —Reanudamos la marcha—. Me pregunto si hizo o no efecto el amuleto, te acuerdas del amuleto de Hollis, ¿no? Me pregunto si hizo efecto... Jamás habría estado mejor gastada una moneda de seis peniques. ¡Pobre hombre! Me pregunto si finalmente consiguió librarse de aquel amigo suyo. Esperemos que sí... Hay veces en las que todavía me pregunto... —Me detuve frente a él—. Quiero decir, me pregunto si realmente fue así su aventura, ¿me entiendes? Si le sucedió de verdad todo lo que nos contó... ¿A ti qué te parece?

—Amigo mío —le dije—, lo que me parece es que has pasado demasiado tiempo fuera de Inglaterra. ¡Vaya una pregunta! Conténtate con contemplar todo

esto.

Del poniente llegaba un rayo de sol y se perdía entre dos filas de casas, todo tenía un aire un poco tétrico bajo la agonía de aquel crepúsculo; los tejados, las chimeneas, las letras doradas de las fachadas... Nuestros oídos estaban aturdidos por el alboroto y el estruendo de los pasos, un rumor desmesurado, palpitante, lleno de alientos y de corazones inquietos, y de voces sin resuello. Por encima de todo, y serpenteando entre los tejados, se podía ver una estrecha faja de cielo humeante y alargada, como una banderola mugrienta y ondeante.

—Sssí... —contestó Jackson reflexivo.

Junto a los bordes de la calzada giraban lentamente las grandes ruedas de los cabriolés, un joven pálido caminaba exhausto agarrado a su bastón y golpeando con éste su chaqué a la altura de los tobillos, los caballos trotaban sobre la calzada resbaladiza sacudiendo la cabeza, dos jovencitas iban charlando alegremente con ojos brillantes y un anciano desplegaba un caminar arrogante mientras se atusaba el bigote, y poco a poco se nos acercaba una hilera de pizarras amarillas con letras azules meciéndose en lo alto una detrás de otra, como si se tratara de los restos de un naufragio que flotaran a la deriva sobre un río de sombreros.

—Sssí... —repitió Jackson.

Lo decía mirando a su alrededor con sus claros ojos azules, insolentes y alegres, como los de un niño. Un torpe cordón de ómnibus rojos, amarillos y verdes marchaba dando tumbos de una forma monstruosa y chillona, unos niños llorones cruzaban la calle a toda prisa, un grupo de hombres medio sucios y con pañuelos rojos al cuello se agitaba maldiciendo, y un viejo vendedor de periódicos gritaba de una manera espantosa con un gesto desesperado, mientras a lo lejos, y entre las cabezas relinchantes de los caballos, el brillo de los arreos y el cúmulo de ventanillas y cubiertas de carruajes, se veía en la calzada a un sombrío guardia con casco y un brazo extendido hacia la calle.

—Sí, lo entiendo —respondió Jackson despacio—. Ésta es la realidad: gime, arrasa, empuja, está viva... Si no tuviéramos cuidado nos acabaría aplastando y aun así... que me cuelguen si es más real que aquello... que la historia que nos contó Karain.

Creo que no hay duda de que mi amigo había pasado demasiado tiempo fuera de Inglaterra.

EL REGRESO

El metro procedente de la City emergió impetuosamente del interior del oscuro túnel y se detuvo entre chirridos bajo la sucia luz crepuscular de una estación del West End de Londres. Cuando se abrieron las puertas salió de los vagones una multitud de hombres. Llevaban sombreros de copa, abrigos negros, botas relucientes, manos enguantadas con las que transportaban finos paraguas y diarios matutinos parecidos a trapos sucios de color blanquecino, rosáceo o verdusco y tenían rostros de una sana palidez. Entre ellos salió también Alvan Hervey, con un puro entre los labios. Una pequeña mujer vestida de un negro desvaído corrió a lo largo de todo el andén y se metió a toda prisa en el vagón de tercera antes de que el metro reanudara la marcha. El golpe de las puertas al cerrarse sonó violento y rencoroso como una carga de artillería, y una gélida ráfaga de viento envuelta en el humo del barrio recorrió el andén de parte a parte e hizo detenerse a un anciano con una bufanda que tosió con violencia. Nadie se tomó ni siquiera la molestia de volverse hacia él.

Alvan Hervey cruzó el torniquete. Entre las desnudas paredes de aquella lúgubre escalera los hombres subían con prisa y sus espaldas se parecían todas entre sí, como si a todos los hubiesen vestido de uniforme. Es cierto que sus rostros eran distintos, pero aun así guardaban cierta semejanza, como si se tratara de una multitud de hermanos que por desagrado, indiferencia, prudencia o dignidad, hiciesen caso omiso unos de otros, pero cuyos ojos, brillantes o fatigados, aquellos ojos que apuntaban hacia lo alto de las mugrientas escaleras, aquellos ojos marrones, negros o azules no fueran capaces de evitar una idéntica expresión ensimismada e insulsa, presuntuosa y vacía.

En el mismo instante en que cruzaron la puerta de la calle se dispersaron en todas las direcciones, alejándose unos de otros con la misma urgencia que si estuvieran escapando de un lugar comprometedor en el que se había producido una confidencia o algo tan sospechoso y oculto... como la verdad o la pestilencia. Alvan Hervey dudó unos instantes a la salida y acabó dirigiéndose a casa.

Caminaba a paso rápido. Una llovizna fina caía sobre los trajes como si fuera polvo de plata, humedecía los bigotes y los rostros, barnizaba la calzada,

oscurecía los muros y goteaba de los paraguas. Él avanzaba en medio de aquella lluvia con una seguridad cargada de indiferencia, con la desenvoltura calmada de un triunfador seguro de sí mismo, un hombre al que no le faltaban ni el dinero ni los amigos. Era alto, armonioso, saludable y apuesto, y su rostro claro tenía un refinamiento sutil, ese leve signo de prepotencia que sólo se adquiere cuando se han conquistado logros sólo en parte difíciles, como destacar en el deporte o en el arte de hacer dinero, o como haber demostrado un dominio evidente sobre los animales o los hombres necesitados.

Iba a casa más temprano de lo habitual, recién regresaba de la City y no había pasado siquiera por el club. Se tenía por un hombre inteligente y bien situado —¿y quién no?—, pero a decir verdad tanto sus relaciones como su educación y su inteligencia eran casi idénticas a las del resto de los hombres con los que hacía negocios o con los que se entretenía. Se había casado hacía cinco años. En aquella época todos los que lo conocían aseguraban que estaba enamorado, y también lo había corroborado él públicamente, ya que es bien sabido por todo el mundo que los hombres se enamoran una vez en la vida... a no ser que muera la esposa, en cuyo caso sería igualmente honorable enamorarse alguna que otra vez más. Era una joven saludable, alta y —a su juicio— hermosa, estaba bien relacionada y era educada e inteligente. Estaba aburridísima de su propia casa, donde se sentía atrapada como en el interior hermético de una caja fuerte, y le daba la sensación de que poseía una personalidad —de la que era extraordinariamente consciente— que no era libre de realizar. Caminaba con el mismo aire de un oficial de granaderos, era robusta y firme como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente espiritual, unos ojos puros y ni una sola idea propia en la cabeza. Él se rindió a sus encantos a toda prisa y le pareció tan impresionantemente ideal que no dudó ni un segundo en declararse enamorado. Protegido por aquella ficción sagrada y poética, la quería de una manera frenética por muchas razones, entre las que destacaba la satisfacción con la que contemplaba que sus sueños se habían hecho realidad. Sobre ese asunto en particular se mostró muy solemne, y no dejó que la razón humana penetrara en aquel lugar como no fuese para encubrir sus sensaciones... cosa que es de una decencia impecable. A nadie le habría escandalizado de todas formas que no cumpliera con esa obligación, porque la sensación que lo movía en realidad era un deseo, un anhelo más íntimo y también más complejo, pero de un origen no más reprochable, que el apetito ante una buena cena.

Una vez casados ambos se empeñaron, con éxito considerable, en ampliar su círculo de amistades. Había treinta personas que los conocían de vista, veinte que toleraban su presencia en sus casas de cuando en cuando con una sonrisa, y

otras cincuenta aproximadamente que sabían de su existencia. En aquella amplia esfera se relacionaban con hombres y mujeres encantadores que tenían más miedo de una emoción, un entusiasmo o un fracaso que del fuego, la guerra o una enfermedad letal, y que se permitían a sí mismos sólo los más ordinarios pensamientos y los hechos más lucrativos. En cuanto al resto, el suyo era un mundo absolutamente delicioso, cuna de toda virtud, en el que la gente eludía hasta donde le era posible toda responsabilidad y se atenuaban prudentemente tanto las alegrías como los dramas, rebajándolos a la categoría de cosas agradables y cosas molestas. En ese sereno país en el que sólo nacen los nobles sentimientos en un grado lo bastante grande como para camuflar el despiadado materialismo de todas sus ideas y aspiraciones, Alvan Hervey y su mujer vivieron cinco años de prudente felicidad jamás perturbada por la más mínima duda acerca de la rectitud y moralidad de sus vidas. Para desarrollar más eficientemente su personalidad, ella emprendió todo tipo de obras benéficas e ingresó en distintas sociedades protectoras y reformistas, todas ellas patrocinadas o presididas por damas de la alta sociedad. Él se interesó de una manera activa en la política y, en cierta ocasión que hizo amistad con un hombre de letras —que aun así tenía parentesco con algún conde—, se animó a prestar ayuda económica para rescatar una agonizante publicación social. Se trataba de una revista semipolítica y totalmente sensacionalista a la que redimía una relativa pesadez, y como no contenía ni una pizca de ideología propia ni de pensamiento original, ni tampoco el menor chispazo de humor ni de imaginación, le pareció que era suficientemente respetable. Poco después, cuando la revista ofreció algunos dividendos positivos, le pareció que incluso se trataba de un asunto virtuoso. Le parecía que facilitaba el camino a sus expectativas más ambiciosas y le producía placer esa vaga filiación con lo que él suponía que era la literatura.

Aquella filiación se acrecentó todavía más debido a la esfera en la que se movían. Con relativa frecuencia acudían a visitarlo hombres que escribían o dibujaban para el público, y el director de la revista se reunía habitualmente con él. A él le parecía un palurdo porque tenía los dientes muy grandes (lo correcto era tenerlos pequeños) y el pelo un poco más largo de la media. Aun así había también duques que llevaban el pelo largo, y no había duda de que el hombre sabía hacer bien su trabajo. Lo único extraño es que tenía una gravedad que lo hacía ligeramente sospechoso. Era elegante y robusto, y cuando se sentaba en el salón hacía bailar el bastón frente a sus enormes dientes, sin parar de hablar durante horas con aquellos labios carnosos (nunca decía nada que fuera inexacto o censurable), con un estilo que siempre se acababa haciendo irritante, aunque no de una manera evidente, sino más bien vaga y tortuosa. Tenía una frente altiva — llamativamente altiva — y bajo ella se veía una nariz muy recta que se perdía en

medio de dos mofletes lisos que gracias a una curva suave terminaban en algo parecido a la punta de un esquí. En aquel rostro, que parecía el de un niño gordito precoz, brillaban un par de ojos negros penetrantes y algo cínicos. Por si fuera poco, escribía versos. Un palurdo, sí, pero el cortejo de hombres que lo seguía a la sombra de su enorme chaqué descubría sin parar cosas memorables en todo lo que decía. Alvan Hervey lo atribuía a la simple adulación. Bien pensado, esos artistas eran todos unos mentirosos. No obstante, no había duda de que todo aquello era de una decencia impecable, y además hasta daba la sensación de que le gustaba a su mujer, como si también ella encontrara cierto provecho en su vinculación a algo intelectual. Ella recibía a sus heterogéneos visitantes con una gracia altiva y laboriosa muy suya, que en la imaginación de aquellos huéspedes intimidados tenía algo de elefante, de jirafa, de gacela, de torre gótica y hasta de ángel desmesurado. Aquellos jueves se iban haciendo cada vez más famosos en su esfera, y ésta iba aumentando también de una manera imparable, sumando una calle tras otra... hasta abarcar la mansión de no-sé-quién, que estaba a un par de plazas de distancia.

De esa manera vivieron Alvan Hervey y su mujer cinco prósperos años. Con el paso del tiempo, se habían acabado conociendo lo suficientemente bien como para ir gestionando todos los efectos prácticos de la vida, pero eran tan incapaces de mantener una verdadera intimidad como dos animales que comen del mismo pesebre, bajo el mismo techo y en una cuadra de lujo. El deseo masculino se satisfizo con rapidez y se convirtió en costumbre, y ella por su parte consiguió lo que quería: salir del hogar paterno, desarrollar su personalidad, tener su propio círculo (mucho más elegante que el de sus padres), tener su propio hogar y su cuota de respeto, y también la envidia y el aplauso del mundo. Se entendían entre ellos con sagacidad y astucia, como si fuesen conjurados unidos en una misión productiva; y es que eran totalmente incapaces de observar ningún acontecimiento, sentimiento, principio o creencia a otra luz que no fuera la de su propio beneficio, gloria o dignidad. Se deslizaban de la mano sobre la superficie de la vida en medio de una atmósfera glacial, como si fuesen dos patinadores que describiesen movimientos sobre el hielo para asombro de los espectadores y desdeñando la corriente subterránea, agitada y oscura: la corriente en la que la vida era profunda y no estaba congelada.

Alvan Hervey dobló un par de esquinas a la izquierda y una a la derecha, recorrió dos lados de una plaza cuadrangular en cuyo centro había un grupo de árboles cautivos tras una verja de hierro y llamó a la puerta de su casa. Una sirvienta abrió la puerta. Su mujer había tenido el capricho de que sólo hubiera sirvientas, en femenino. Mientras le dejaba el abrigo y el sombrero la sirvienta le

dijo unas palabras que le llevaron a mirar el reloj. Eran las cinco y su mujer no estaba en casa. No había en ello nada de extraordinario.

—No, no quiero té —respondió, y subió las escaleras.

Subió en silencio. Las varillas de cobre iban brillando a medida que iba ascendiendo por las escaleras. En el primer rellano se podía ver una mujer de mármol cubierta con una decorosa túnica hasta los talones avanzando un pético pie hasta el borde del pedestal y alargando un rígido brazo que sostenía un haz de luces. A él le gustaban aquellas aficiones estéticas... en el hogar. Sobre un florido papel pintado colgaban algunos bocetos, acuarelas y grabados. Se podía decir que sus gustos eran abiertamente artísticos. Se veían viejas torres de parroquias alzándose sobre grandes masas de vegetación, montañas púrpuras, arenas amarillas, mares soleados y cielos azules. Al borde de una barca inmóvil se veía a una jovencita de ojos soñadores junto a una cesta de comida, una botella de champán y un novio con una camisa ligera. Unos jovencitos descalzos perseguían entre risas a unas chicas harapientas mientras otros dormían entre los juncos o jugaban con perros pequeños. Una niña un poco demacrada estaba apoyada contra un muro desnudo y, alzando unos ojos lastimeros, ofrecía una flor en venta, rodeada de enormes fotografías de algún famoso y semidestruido bajorrelieve que parecía representar una matanza tallada en piedra.

Como es lógico, él no miró ninguna de aquellas cosas, sino que se volvió hacia el segundo tramo de escaleras y entró directamente en el vestidor. Un dragón de bronce sujeto por la cola a una ménsula se retorció apaciblemente y sostenía entre sus fauces una llama de gas cuya forma era parecida a la de una mariposa. No hace falta decir que la estancia estaba vacía, pero en cuanto él entró se vio llena de la agitación de muchas personas porque los espejos de las puertas de los roperos de su mujer lo reflejaron de pies a cabeza y multiplicaron su figura en múltiples caballeros vestidos igual que él. Adoptaban los mismos gestos mesurados y breves, se movían cuando él se movía, con la misma amabilidad, y mostraban las mismas apariencias de vida y sentimientos que las que él juzgaba que era justo manifestar. A semejanza de criaturas reales que fueran esclavas de ideas vulgares y comunes que ni siquiera son propias, manifestaban la misma independencia gracias a la aparente diversidad de sus movimientos. Evolucionaban al mismo tiempo que él, pero resultaba difícil saber quiénes eran los que se distanciaban de él y quiénes los que le salían al encuentro. Surgían sencillamente y luego desaparecían, daba la sensación de que se escondían tras el mueble de nogal para reaparecer al instante desde el centro o el interior de la propia luna, moviéndose con nitidez en la ilusión del vestidor. Al igual que todos

los hombres a los que respetaba, de éstos se podía esperar que no hicieran nada original, personal ni sorprendente, nada imprevisible ni impropio.

Durante un rato estuvo vagando sin motivo entre aquella buena compañía, silbando una melodía popular y elegante, y con la mente perdida en cierta carta de negocios que acababa de llegar desde el extranjero y a la que habría que responder a la mañana siguiente con discretas evasivas. Cuando se inclinó sobre uno de los roperos vio a su espalda, y reflejado en el espejo de cuerpo entero, una esquina del tocador de su mujer y la forma rectangular de un sobre entre los objetos de plata que se encontraban allí. Resultaba tan poco habitual encontrarse con semejante cosa que se dio la vuelta de inmediato sin comprender por completo y todos sus imitadores se dieron la vuelta al unísono con él, todos parecían extrañados y se lanzaron directamente en dirección al sobre del tocador.

Reconoció la letra de su mujer y comprobó que estaba dirigida a él. La molestia lo hizo gruñir.

—¡Qué cosa más rara! —susurró—. Si todos los sucesos imprevisibles eran de por sí algo indecoroso, el hecho de que la causa fuese su propia mujer lo convertía en ofensivo por partida doble. Más ridículo era aún que le escribiera una nota cuando sabía que no iba a estar presente en la cena, pero que la hubiese dejado allí —de una manera tan expuesta que podría haberse encontrado con toda facilidad—; le pareció tan ofensivo que de repente lo inundó una sensación de inseguridad que lo hizo tambalearse, una impresión de que la casa había temblado de pronto bajo sus pies. Abrió el sobre, comenzó a leer la carta y se dejó caer en la butaca que había allí.

Mientras sujetaba el papel y trataba de mantener fija la mirada sobre aquella sucesión de seis renglones garrapateados se sintió acosado por un ruido violento y absurdo, como si alguien estuviese haciendo sonar un gong o golpeando un bombo, un estrépito sin sentido que de pronto no lo dejaba pensar y le dejaba la mente en blanco. Aquel tumulto absurdo y perturbador se parecía en realidad al de las palabras que habían sido escritas allí, emanaba de sus propios dedos que no podían evitar temblar sosteniendo el papel. De pronto tiró la carta al suelo como si se tratara de algo en llamas, venenoso u obsceno y se dirigió hacia la ventana con la misma urgencia irreflexiva con la que alguien se dirige a una ventana para gritar que hay fuego o que se ha cometido un asesinato. La abrió y se asomó.

Como un latigazo, le golpeó en la cara una ráfaga de viento que había ido recogiendo el hollín de toda aquella acumulación de chimeneas y tejados. Vio una

oscuridad infinita en la que se vislumbraba una oscura superposición de muros y entre ellos, las farolas de gas, como si se tratara de collares que estuvieran ensartando cuentas de fuego. Entre la tiniebla se abrió paso un siniestro relámpago como una conflagración oculta que se hubiese manifestado para caer sobre aquel mar de tejas y ladrillos. El rechinar de la ventana al abrirse hizo surgir bruscamente el mundo en medio de aquella noche y él sintió que se encaraba con él, al mismo tiempo que ascendía hasta sus oídos el murmullo de un rumor enorme y tenue, el rumor de algo enorme y vivo. Aquel ruido lo hizo temblar de miedo y abrió la boca. Desde la parada de carruajes de la plaza llegaba un ruido de voces roncadas y de entre ellas se alzó una ominosa carcajada áspera y cruel. Metió la cabeza a toda prisa como si hubiera esquivado un golpe que alguien le había tratado de dar y cerró la ventana. Dio unos pasos atrás, tropezó con la butaca y se sobrepuso como pudo, intentando atrapar un pensamiento que no paraba de revolotear por su cabeza.

Por fin consiguió atraparlo, aunque con más esfuerzo del que había supuesto. Se había sofocado y resoplaba exactamente igual que si hubiese intentado agarrarlo con sus propias manos, pero su dominio mental con él era delicado, tan delicado que fue necesario repetirlo en voz alta y escucharlo pronunciado por él mismo con firmeza para poder tener de él una comprensión correcta, pero al mismo tiempo se resistía al sonido de su propia voz, a oír cualquier sonido en realidad, porque poco a poco se iba formulando en su interior la vaga certeza de que la soledad y el silencio eran los mayores bienes de la humanidad. Un segundo después le pareció que tanto uno como otra eran totalmente inasequibles: era necesario ver los rostros, decir las palabras, escuchar los pensamientos. ¡Todas las palabras! ¡Todos los pensamientos!

Con la mirada fija en la alfombra, dijo:

—Se ha ido.

Fue terrible. No tanto el hecho en sí como las palabras. Las palabras estaban impregnadas de la inmediata fuerza tenebrosa de un sentido, parecían haber adquirido el siniestro poder de hacer que la fatalidad descendiera sobre la tierra, a la manera de los misteriosos oráculos y conjuros de los sueños. Vibraron a su alrededor en aquel espacio metálico, un espacio que de pronto tenía la misma dureza del hierro y la resonancia de una campana de bronce. Mientras dejaba resbalar la mirada sobre las puntas de sus botas le pareció que todavía era capaz de escuchar absorto la onda sonora, una onda que se iba ensanchando en círculos cada vez más amplios y abarcaba calles, tejados, catedrales, montañas... viajaba

hacia lo lejos, extendiéndose de una manera ilimitada hasta un lugar que ya no era capaz de imaginar, hasta...

—Y se ha ido encima con ese... palurdo —continuó diciendo sin el menor gesto expresivo. No tenía más que su propia humillación, nada más. No le parecía que hubiera ningún calmante para un caso como el suyo. Se mirara por donde se mirara, lo único que irradiaba era puro dolor. Dolor. ¿Qué clase de dolor? Le pareció que lo lógico era que sintiera que le habían roto el corazón, pero le bastaron unos segundos para darse cuenta de que su sufrimiento no era de una clase tan suave y digna. En realidad se trataba de algo mucho más cruel y formaba parte de esa clase de dolores agudos y frontales, como los producidos por una patada o un puñetazo.

Se sentía mal, pero mal de una manera literalmente física, igual que si hubiese comido algo nauseabundo. La vida, que para un hombre equilibrado tenía que ser motivo de alegría, durante esos segundos le pareció que adquiría un aspecto intolerable. Recogió aquella carta que seguía a sus pies y se sentó dispuesto a reflexionar sobre ella para tratar de entender por qué motivo su mujer —¡su mujer!— lo había abandonado por otro, por qué había despreciado toda la dignidad, el decoro y la posición ¡a cambio de nada! Trató de encontrar la lógica que se ocultaba tras el abandono de su esposa, un ejercicio que habría podido resultar idóneo para los locos de un manicomio, aunque en ese momento le habría costado darse cuenta. Pensó en su mujer desde todas las perspectivas posibles, menos desde la única que tenía sentido. La pensó desde su naturaleza de muchacha bien educada, desde su perspectiva de mujer culta, como ama de su casa, como cónyuge, como dama, pero en ningún momento se le ocurrió pensar en ella como mujer.

Tras aquello sintió una especie de nueva oleada de humillación espantosa que barría toda la superficie de su alma y que lo dejaba con una sensación de haber sido degradado de forma totalmente injusta. ¿Qué había hecho él para verse metido de lleno en aquella experiencia tan espantosa? Aquel simple suceso aniquilaba de un golpe todas las ventajas que había ido atesorando en su bien ordenado pasado, un suceso tan arrasador e injusto como una calumnia había dejado todo aquel pasado hecho pedazos. Su fracaso se ponía en evidencia, un fracaso que no admitía la menor duda. Era innegable y no se podía soslayar ni retirar la mirada, era imposible de digerir o salir de allí con una pose digna. ¡Si por lo menos ella se hubiese muerto!

¡Si se hubiese muerto! Casi envidiaba aquel sufrimiento, tan respetable y tan

desprovisto de deshonra que ni siquiera su mejor amigo o su peor enemigo hubiesen podido hacer la menor réplica. A nadie le habría importado. Buscó un poco de amparo en ese acontecimiento que la humanidad jamás ha dejado de maquillar con ritos y palabras. Nada se presta tanto a la mentira como la muerte. ¡Si por lo menos se hubiese muerto! Le habrían dado las adecuadas palabras de pésame y él habría podido responder con otras palabras igualmente apropiadas. Para un caso así había muchos precedentes. Las promesas, esperanzas y terrores de la eternidad son algo que sólo compete a los muertos y a los enterrados, pero a los vivos lo que les toca son los goces y deleites de la vida. Y a él lo que le tocaba era la vida: la saludable y provechosa vida en la que no intervenían los excesos ni de amor ni de arrepentimiento. Su mujer se había interpuesto en medio y la había destrozado. De pronto le pareció una locura haberse casado. Había sido lo mismo que exponerse con el corazón en la mano... Pero la verdad es que todo el mundo se casaba. ¡Qué loca estaba la humanidad!

En mitad del desasosiego que le provocaba aquel pensamiento, levantó la vista y se encontró rodeado, a derecha e izquierda, de una multitud de hombres sentados que lo miraban con los ojos brillantes, emisarios todos de aquella implacable humanidad que se entrometía para espiar su humillación y su sufrimiento. Resultaba insufrible. Se puso en pie de un salto y también lo hicieron todo los demás. Se quedó inmóvil en medio de aquel lugar, desanimado por la vigilancia que se imponía a sí mismo. ¡No había forma de escapar! Sintió algo cercano a la desesperación. Todo el mundo se enteraría y las criadas lo iban a saber esa misma noche. Le rechinaron los dientes... Nunca había sospechado nada, nunca le pareció que hubiera nada que sospechar. Se iba a enterar todo el mundo. Pensó: «Esa mujer es un demonio, pero de mí van a pensar que soy un idiota», y se desató en su interior una tormenta de angustia tan grande que casi le dieron ganas de tirarse sobre la alfombra o de empezar a darse cabezazos contra la pared. Estaba enfadado consigo mismo y trataba de abrirse paso entre todas las murallas que normalmente protegen la hombría. Algo acababa de inundar su vida, algo desconocido, podrido y venenoso caminaba a su lado y lo contaminaba. Estaba pasmado. ¿Qué es lo que había sucedido? Que ella lo acababa de abandonar. ¿Por qué motivo? Estuvo a punto de explotarle la cabeza intentando comprender su decisión, del puro espanto que le producía. Ahora todo había cambiado. ¿Por qué? No se trataba en realidad más que de la fuga de una mujer y aun así no pudo evitar tener una visión, una visión tan nítida y real como la de una pesadilla: la de todo lo que él creía sólido e indestructible desmoronándose a su alrededor de la misma manera en que hasta los muros más resistentes se derrumban cuando llega un huracán. Le comenzaron a temblar las extremidades del sobrecogimiento que le producía sentir el misterioso y siempre estremecedor empuje de la lascivia

desplomándose sobre la sólida paz de su hogar. Miró angustiadamente a su alrededor. Se podía perdonar un crimen, la inmolación provocada por el ofuscamiento, el fanatismo, la fe incendiaria y todo tipo de locuras, todo se podía comprender, el sufrimiento y hasta la muerte se podían asumir esbozando una sonrisa o frunciendo la frente, pero la lascivia era siempre la infamia más imperdonable de nuestro corazón, algo que sólo se podía rechazar, combatir y tratar de exterminar, algo humillante y bochornoso que siempre arruinaba las promesas más florecientes de la vida. ¡Y a él lo había ultrajado! Había apartado con su mano sucia el telón de su existencia de un golpe y lo había expuesto a la mirada del mundo entero. ¡El mundo entero! De pronto le dio por pensar que el hecho de haber acogido bajo su propio techo a su adversario llevaba aneja una infamia añadida. Adelantó las manos como si intentara evitar que una horrible verdad se acercara a él, y aquel grupo de hombres congregados a su alrededor y erguidos en su irrealidad mostraron el mismo gesto de repulsa.

No le sirvió de nada mirar aquí y allá, como si fuese un hombre que estuviese buscando con desesperación un arma o un escondite, y acabó aceptando que estaba rodeado por un enemigo que le iba a golpear letalmente en pleno corazón y sin ningún miramiento. No iba a poder encontrar ayuda en ningún lugar, ni siquiera en su propio interior; y es que a causa precisamente de la inusitada conmoción que le había provocado la huida de su mujer, los sentimientos que de acuerdo a sus prejuicios y los de su entorno sabía que era su deber experimentar estaban tan mezclados con unos sentimientos reales, tan novedosos, tan primarios y tan ajenos a los credos, clases y enseñanzas que ya no distinguía entre lo que era y lo que debía ser, entre la inaplazable verdad y las justas apariencias. Algo en su intuición le seguía diciendo que la verdad no servía para nada. Parecía necesaria más bien una cierta reserva, porque había cosas que sencillamente no se podían expresar. ¡Claro que sí! ¿Quién querría escuchar algo así? Para mantener el primer puesto en las primeras filas de la vida era necesario parecer inmaculado e intachable.

Se dijo a sí mismo: «Es importante que me sobreponga en la medida en la que sea capaz», y se puso a pasear de un lado a otro de la habitación. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Qué resultaba más conveniente? Pensó: «Me iré de viaje... No, lo mejor es actuar sobre el terreno». Y tras aquella decisión lo animó mucho la idea de que su papel era en realidad mudo y fácil de interpretar, porque parecía más bien poco probable que alguien se dirigiese a él con intención de comentar el infame comportamiento de aquella... mujer. Se reafirmó pensando que en general a las personas decentes —y él no trataba con nadie que no lo fuera— no les interesaba hablar de asuntos poco delicados. Ella se había fugado... y se había fugado además

con aquel repelente gordo que se las daba de periodista. ¿Por qué? Él había sido para ella todo cuanto puede ser un marido. Le había dado una posición, había compartido sus proyectos con ella y la había tratado siempre con respeto. Con un orgullo un tanto siniestro fue pasando revista a cómo había sido su comportamiento en general. Le pareció irreprochable. Entonces... ¿por qué lo había hecho? ¡Qué profanación! No podía haber amor ahí. No había más que un vergonzoso impulso de lascivia. Lascivia, sí... ¡Su mismísima mujer! ¡Por Dios santo...! Le pareció tan infamante la tan poco delicada naturaleza de su drama doméstico que, por un instante, se preguntó si no debería tal vez generar la impresión en la gente de que tenía la costumbre de golpear a su mujer. Hay, desde luego, quienes lo hacen... cualquier cosa era mejor que aquel hecho repugnante, porque resultaba evidente que había estado viviendo durante cinco años con su germen... y eso era demasiado bochornoso. ¡Mejor habría sido cualquier otra cosa! ¡Cualquier otra cosa! La brutalidad... Pero desechó aquella idea de inmediato y se puso a pensar en el Tribunal de Divorcios, aunque a pesar de su estricta observancia de las leyes y las costumbres, no le pareció aquél el lugar más indicado si estaba buscando una manera honrosa de vivir su dolor. En realidad tenía más el aspecto de una siniestra caverna en la que algún destino insensato obligaba a acudir a los hombres y a las mujeres a hacer penosos aspavientos ante la inflexible verdad. Deberían prohibir semejante cosa. ¡Esa mujer! Cinco años... Cinco años de matrimonio... y nunca había notado nada. Nunca, hasta el último día... el día en que ella se había marchado de casa con toda calma. Se dedicó a imaginar si toda la gente que conocía había estado pensando de él lo ciego que estaba, lo idiotizado o lo perdidamente enamorado. ¡Qué mujer! ¡Qué ciego...! No, de eso nada. ¿Cómo podía acaso un hombre de ideas puras imaginarse una depravación de esa naturaleza? No había manera. Respiró profundamente. Ésa era precisamente la actitud que le convenía tener, una que resultara lo suficientemente honorable, que le diera ventaja y que diera a conocer su altura moral. Sin ningún tipo de afectación suspiró al pensar en la moralidad (que su persona encarnaba), y que tenía ante los ojos del mundo un carácter triunfal. En cuanto a ella... la acabaría olvidando... ¡Que la olvidara todo el mundo, que quedara borrada en la indiferencia absoluta, perdida para siempre! Nadie se referiría a ella... La gente bien educada —y no tenía trato con nadie que no fuera así— sentía horror ante aquel tipo de cuestiones. ¿O no era así? Desde luego que era así. Nadie se atrevería a hablar de ella... al menos cerca de él. Dio unas cuantas patadas más al suelo y rasgó la carta. Le provocaba de pronto una furia de desconfianza pensar en los amigos que iban a acudir a darle el pésame por la situación. Tiró los pedacitos de papel. Se posaron revoloteando a sus pies como si se volvieran cada vez más blancos al reposar sobre la alfombra negra, pareciendo un puñado de copos de nieve.

A aquel acceso de cólera lo siguió una tristeza súbita. Una idea recorrió la superficie abrasada de su corazón del mismo modo que una nube recorre con su sombra refrescante la tierra bajo los rayos del sol. Comprendió que estaba bajo el efecto de una conmoción: no se trataba tanto de uno de esos demolidores golpes violentos que se pueden ver y resistir, devolver o ignorar, sino de un aguijonazo a mala fe, insidioso y penetrante, que había desatado a la vez todos los sentimientos secretos que las estratagemas del diablo, los temores de la humanidad y hasta quizá la misma e infinita compasión de Dios mantienen encerrados en lo más oculto de nuestro ser. Le pareció que se abría un oscuro telón y que se estaba asomando al misterioso mundo del sufrimiento espiritual. Del mismo modo que se puede ver un paisaje bajo la luz de un relámpago de manera completa y vívida, le dio la sensación de que descubría la inmensidad de dolor que puede concentrarse en un fugaz instante de duda humana. El telón se cerró de nuevo, pero había estado abierto el tiempo suficiente como para dejar en el alma de Alvan Hervey una tristeza invencible, un saber de amarga soledad, como si lo hubiesen expoliado y desterrado. Durante aquellos instantes había dejado de ser un miembro de la sociedad con una posición, un nombre y una carrera identificables, se había convertido en un simple ser humano expulsado del delicioso mundo de las avenidas y de las plazas. Estaba tan desnudo, abandonado y tenía tanto miedo como el primer hombre en el día de su pecado. En la vida hay episodios, experiencias y sucesos que parecen tener la virtud de poder cancelar el pasado de forma definitiva. De pronto se escucha un choque y un estruendo, como si una mano páfida hubiese cerrado de golpe una puerta a nuestra espalda: «Necio o sabio, sal ahora a buscar otro paraíso». A eso le sucede un instante de pasmo y entonces se recomienza el doloroso peregrinar, la búsqueda de ilusiones, la siembra de una nueva cosecha de mentiras que requerirá el sudor de nuestra frente para que de nuevo la vida sea posible, para que sea amable y así poder llegar a la nueva generación de ciegos y errantes la preciosa leyenda de un país próspero, de una tierra prometida en la que manan la leche y la miel...

Se rehízo con un leve escalofrío y adquirió conciencia de su asombrosa desolación. No iba más allá de ser una sensación subjetiva, es verdad, pero la sensación que le produjo fue tan física como si alguien le estuviese oprimiendo el pecho con un torno. Estaba tan desamparado y el dolor lo atenazaba de una forma tan opresiva que, si se producía una nueva vuelta de tuerca, no iba a poder evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Se estaba viniendo abajo. Aquellos cinco años de vida matrimonial habían saciado su deseo masculino por completo. Sí, y en realidad desde hacía mucho. Con los cinco primeros meses fue suficiente, pero... la costumbre permanecía aún, estaba acostumbrado a la presencia de ella, a su sonrisa, sus gestos, su voz y sus silencios. Su rostro era virginal y tenía un pelo

precioso. Qué asco le producían ahora todas aquellas cosas. La mirada pulcra, el bonito cabello... aquellos ojos increíblemente hermosos. Le maravillaba la cantidad de detalles que de pronto le asaltaban la memoria. No podía dejar de recordar el sonido de sus pasos, el rumor de su ropa, su manera de alzar la cabeza, el gesto que ponía al decir «Alvan», el temblor de las aletas de su nariz cuando se disgustaba por algún motivo. ¡Todas esas cosas habían sido de su propiedad, de su íntima y exclusiva propiedad! La melancolía lo hacía rabiarse al calcular las pérdidas. Tenía el aspecto de un hombre que calcula las pérdidas de una mala inversión, estaba irritado, abatido y enfadado con todo y con todos, con los que tenían suerte y con los que no, con los indiferentes y los endurecidos, y es que el perjuicio que se le había causado le parecía tan cruel que sin duda se habría permitido derramar unas lágrimas si no hubiese estado convencido —como estaba— de que los hombres no lloran. Los extranjeros sí lloraban, y hasta llegaban a matar en circunstancias parecidas. Con todo, apretó los puños y las mandíbulas con fuerza. Y al mismo tiempo sintió miedo, ese miedo que parece ser capaz de pulverizar el corazón en un solo latido. El sentimiento que le producía el odio a su mujer parecía estar contagiando al universo entero, lo ensuciaba también a él y despertaba todas las infamias que habían estado latentes, le proporcionaba de pronto una increíble visión ubicua con la cual contemplaba todas las ciudades y campos de la tierra, todos sus templos y hogares habitados por monstruos, monstruos de lascivia, falsedad y crimen. Ella era un monstruo y había provocado que él tuviera ahora ideas monstruosas... y aún así seguía siendo idéntico a cualquier otra persona. ¿Cuántos hombres en su situación estarían ya maquinando alguna atrocidad? Resultaba espantoso sólo imaginarlo. Rememoró todas las calles (las calles de buenos barrios que recorría en el camino a su casa), todas aquellas innumerables casas de puertas cerradas y ventanas de cortinas echadas. Ahora todas le parecían el hogar de la angustia y la locura, y, como se sentía tan sobrepasado, sus pensamientos se detuvieron temporalmente en ese silencio mudo que parecía tener todo el aire de una gran conspiración, el siniestro silencio de impenetrables kilómetros de muros tras los que se escondían tantas pasiones, sufrimientos y maquinaciones criminales. Desde luego que ni él era el único hombre al que le había ocurrido algo así ni su hogar el único... pero aun así, nadie lo sabía, nadie era capaz de sospecharlo... Pero él, desde luego, sí lo sabía. Lo sabía y con una convicción tan inequívoca que ni siquiera era capaz de engañarlo el respetable silencio de los muros, las puertas cerradas y las ventanas tapadas con cortinas.

Se vio reflejado en uno de los espejos y le pareció un alivio. Era tan impresionante la angustia de las emociones que estaba viviendo que no le habría sorprendido ver allí reflejado un rostro demente y fruncido; por eso fue una grata sorpresa no encontrarse con nada parecido. Al menos su aspecto no lo iba a delatar

frente a nadie. Se examinó a sí mismo con gran atención. Tenía arrugados los pantalones y las botas un poco manchadas de barro, pero por lo demás era el mismo de siempre. Lo único que tenía un aspecto un poco desordenado era su pelo, pero se trataba de un desorden que era un termómetro de su inquietud, por eso se apresuró a coger uno de los cepillos que había sobre el tocador y se dedicó a borrar aquel único indicio de sus sentimientos. Se peinó con esmero, prestando mucha atención al resultado, mientras su rostro le devolvía la mirada desde el espejo un poco lívido y más crispado que de costumbre. Dejó los cepillos, pero el resultado no lo convenció del todo porque los volvió a coger y comenzó a peinarse maquinalmente hasta quedarse totalmente ensimismado en su labor. Aquel torrente de pensamiento fue confluyendo en un perezoso flujo de ideas, de una manera semejante al avance casi imperceptible de un arroyo de lava tras una erupción volcánica sobre la tierra. Es sin duda un acontecimiento destructivo, pero también apacible. Alvan Hervey se sintió aliviado con aquel refreno del ritmo de sus pensamientos. Poco a poco iban desapareciendo uno tras otro todos sus límites mentales arrasados por el fuego de la experiencia, sepultados bajo aquella manta de fango ardiente. Se enfriaba ya... en la superficie, pero quedaba todavía suficiente calor en el cuerpo como para poner bruscamente los cepillos sobre el tocador de nuevo y decir en un murmullo violento:

—Que le aproveche esa maldita mujer.

Estaba totalmente envenenado por la maldad femenina y la demostración más clara era aquella amarga satisfacción moral con la que lo reconocía. Blasfemó deliberadamente en su interior, inventó insultos y luego los enmarcó en un hondo silencio cínico; sus más grandes convicciones le parecieron de pronto simplezas inventadas para convencer a imbéciles. Una manada de pensamientos impuros cruzó su mente a la carrera como una horda de salteadores encapuchados de camino a una fechoría. Se metió las manos en los bolsillos. Escuchó de nuevo un leve martilleo: «No soy el único, no soy el único». Y luego otro. ¡Estaban llamado a la puerta principal!

En un instante el corazón le subió a la garganta y luego le bajó hasta los talones. ¡Una visita! ¿Quién? ¿Por qué? Por un momento pensó en gritarle a la doncella que respondiera que no estaban, que se habían ido de viaje, cualquier excusa, le parecía imposible recibir a nadie, imposible. Mañana tal vez... Antes de que consiguiera librarse de aquel aturdimiento que lo envolvía como una sábana de plomo, escuchó muy bajo, como si el sonido se hubiese engendrado en las mismas entrañas de la tierra, el cerrarse de una puerta. La casa vibró como por efecto de un trueno. Se quedó de piedra y deseó volverse invisible. La habitación

estaba helada. Nunca había creído que pudiera sentirse de ese modo, pero era necesario recibir a la gente, afrontarlo, hablar y sonreír. Oyó cómo se abría la puerta —mucho más cercana— del salón y cómo se cerraba a continuación. Durante un momento le pareció que estaba cerca de desmayarse. ¡Qué absurdo era todo! Era necesario sobrellevar aquel tipo de cosas. Se escuchó una voz. No consiguió entender del todo las palabras. Habló de nuevo y se escucharon unos pasos por el rellano. ¡Al diablo! ¿Es que iba a tener que oír aquella voz y aquellos pasos siempre que alguien hablara y anduviera? Pensó: «Esto es parecido a una obsesión, supongo que durará una semana o poco más. Hasta que consiga olvidar. ¡Olvidar!». Empezó a subir un pequeño tramo de peldaños. ¿Era una criada, tal vez? Aguzó un poco el oído y luego, como si alguien hubiese gritado una confesión tremenda desde una gran lejanía, se puso a gritar en la habitación vacía:

—¡Qué! ¡Qué!

Lo hizo en tono tan enloquecido que hasta se asustó a sí mismo. Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta. Él seguía inmóvil y pasmado, como en medio de una catástrofe. El picaporte hizo un pequeño ruido. De pronto tuvo la sensación de que se abrían las paredes y se le caían los muebles sobre la cabeza; por un instante el techo se inclinó de una manera extraña y él se agarró a algo que al final resultó ser el respaldo de la butaca. ¡Así que se había tropezado con una butaca! ¡Maldita sea! Se aferró con fuerza.

La mariposa en llamas que estaba entre las fauces del dragón de bronce irradió un fogonazo, un fogonazo que parecía saltar de un golpe con una fuerza tan brutal que le costó trabajo distinguir con claridad la figura de su mujer apoyada contra el umbral de la puerta. La miró, pero apenas alcanzaba a oír su respiración. La luz era brusca y le daba de lleno en la cara, y a él le asombró que tuviera tan buen aspecto en medio de aquel abrasador resplandor que parecía ante sus ojos una niebla ardiente. Tampoco lo habría sorprendido gran cosa que se desvaneciera en ella de la misma manera en la que se había materializado. Él la miraba y trataba de agudizar el oído como si estuviera pendiente del más mínimo rumor, pero estaba rodeado del más absoluto silencio, en un solo instante le daba la sensación de haberse quedado totalmente sordo y ciego. De pronto recobró el oído, prematuramente fino. Se oyó batir la lluvia en los cristales tras las persianas bajadas y abajo, muy abajo, en el abismo artificial de la plaza, un murmullo de ruedas y trotes mojados de caballos. Escuchó también un gruñido... perfectamente nítido... en la habitación, junto a su oreja.

Pensó asustado: «He debido de ser yo el que ha hecho ese ruido». Su mujer

se separó de la puerta en ese momento, pasó decidida a su lado y se sentó en la butaca. Él conocía muy bien aquellos pasos, no había la menor duda. ¡Ella había vuelto! Estuvo tentado de exclamar «¡Evidentemente!» por lo rotundo e indestructible que le pareció en ese momento el carácter de su mujer. Nada podía destruirla... y nada que no fuera la destrucción de Alvan Hervey podía conseguir que él se separara de ella. Ella era la perfecta encarnación de todos esos volátiles momentos que el hombre consigue escatimar a la vida para ofrecérselos a los sueños, las ilusiones más queridas. La observó con temor. Le pareció misteriosa y llena de sentido, como si se tratara de un símbolo. La observó inclinado hacia delante, como si en ese momento estuviese contemplando cosas nunca vistas. Avanzó inconscientemente un paso hacia ella y luego otro, pero ella hizo un decidido gesto con el brazo y él se detuvo. Se había recogido el velo. Fue como si alzara una visera.

El encanto se deshizo. Tuvo una conmoción parecida a la de quien acaba de despertar de un momento de trance tras el ruido de una explosión. En realidad fue algo más sobrecogedor y preciso, fue un cambio de una gran intimidad: en ese mismo instante tuvo la sensación de haber entrado en el vestidor por primera vez, de haber regresado desde muy lejos; tuvo conciencia de que una parte esencial de sí mismo había regresado a su cuerpo en ese momento, de que por fin estaba de vuelta de una región siniestra e inhóspita, de la morada de los corazones desnudos. Amaneció una increíble infinitud del desprecio, una burlona amargura de la extrañeza envuelta en una enorme convicción. Tuvo una visión fugaz de una fuerza irresistible por un lado y por otro lado, pudo medir lo endebles que habían sido hasta ese punto sus convicciones, las de su mujer. Le pareció que ya era incapaz de volver a equivocarse, pero aquella seguridad no le produjo ninguna alegría, sino todo lo contrario, le inquietaba enormemente el precio que iba a tener que pagar, había una especie de mortal escalofrío en aquel triunfo de los principios, aquella victoria que se alcanzaba en el mismo límite del desastre.

La última señal de su ánimo se desvaneció de pronto como una estrella fugaz en la oscura inmensidad del firmamento, era el parpadeo de una idea penosa que se extinguió en cuanto rozó su mente, la idea de que al fin y al cabo nada, aparte de la presencia de su mujer, era lo que le había dado la fuerza necesaria para recomponerse. La contempló fijamente. Se había sentado con las manos en el regazo y la mirada gacha. Tenía los botines sucios y el borde de la falda húmeda como si hubiese cruzado un charco de lodo en un ataque de pánico repentino. Estaba sorprendido, extrañado e indignado, pero sus sentimientos ahora tenían un carácter natural y sano, por lo que consiguió apaciguar aquellas sensaciones con su prudente dominio de sí. La luz de la habitación ya no tenía nada de rara, era la luz

más apropiada para observar con atención aquel rostro femenino. Estaba muy fatigada. El silencio que había entre los dos era similar al de cualquier hogar tranquilo, apenas interrumpido por los suaves rumores que llegaban desde la calle en un buen barrio. Él estaba calmado y frío, y de aquella manera calmada y fría fue como pensó que tal vez lo mejor de todo sería que ninguno de los dos volviera a hablar nunca más. Ella seguía sin abrir los labios, con aire un poco vencido en el pético descuido de su postura, pero un segundo después levantó los párpados y, ante aquella excitada e inquisitiva mirada masculina, ella ofreció otra que tenía toda la renuente e informe fuerza de un grito. Atravesaba y conmovía, pero sin llegar a decir nada concreto, era el mismo corazón de la angustia desprovisto de palabras, palabras que siempre dan pie a la risa, a la discusión, al silencio o al desprecio. Se trataba de una angustia desnuda y abierta, el dolor puro de la existencia encarnado en la franqueza de una mirada que rebosaba agotamiento, la seguridad insolente, el impudor de una confesión forzada. Alvan Hervey se quedó tan asombrado como si ante sus ojos se hubiese manifestado lo inimaginable y algo oscuro estuviese a punto de gritar: «¡Jamás habría podido creerlo!», pero su herida susceptibilidad dejó sin formular aquel pensamiento.

De pronto creció en él una crispación rebotante de rencor ante una mujer que era capaz de mirarlo de aquella manera. Lo investigaba con la mirada, se metía dentro de él. Resultaba tan inquietante como una confesión de falta de fe realizada por un sacerdote en el interior sagrado de una iglesia, era impura, perturbadora como un consuelo cínico susurrado en medio de la oscuridad que tuviera la cualidad de ensuciar el propio dolor y corromper el pensamiento o envenenar el corazón. Pensó en gritarle furiosamente: «¿Quién te has creído que soy yo? ¿Cómo te atreves a mirarme de esa manera?». Se veía impotente ante la intensidad que emanaba de aquella mirada, la sufría con una inquietud penosa, como una herida secreta que nunca pudiera cicatrizar. Pensó en humillarla un poco con alguna frase. Él era inmaculado. No era sólo la justicia la que se ponía de su parte, también lo hacía la moral, los hombres y los dioses, la ley, la conciencia, ¡el universo entero! Ella no tenía más que aquella mirada. Pero lo único que se le ocurrió decir fue:

— ¿Durante cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

Los ojos de su mujer ni siquiera pestañearon, sus labios seguían sellados y si hubiese que juzgar la situación por las palabras emitidas, bien se podría haber pensado que estaba hablando con una muerta, con la única diferencia de que ésta respiraba aceleradamente. Su propia frase lo decepcionó en extremo; el desencanto fue tremendo; le produjo casi el mismo efecto de una traición. Se había engañado a sí mismo. Todo habría podido ser radicalmente distinto: si hubiese dicho otras

palabras, habría obtenido otro resultado. Frente a aquellos ojos, tan fijos que en ocasiones apenas alcanzaban a distinguir nada, ella tenía un aspecto tan inconsciente como si se encontrara a solas, y seguía clavándole esa mirada de impúdica confesión... parecía estar clavándola en el mismo espacio vacío. Fue él quien, significativamente, siguió hablando:

—¿Piensas que soy yo el que se tendría que marchar? —preguntó pensando que no tenía ni la menor intención de hacer semejante cosa.

Una de aquellas manos femeninas tembló ligeramente sobre el regazo, como si se hubieran escurrido allí algunas de esas palabras y ella las quisiera arrojar al suelo. Su silencio le dio ánimos. Puede ser que fuera el remordimiento lo que lo motivara, o el mismo miedo. ¿Era su actitud...? Ella bajó los párpados. ¡Él se daba cuenta de tantas cosas... se daba cuenta de todo! Todo estaba bien, pero era conveniente hacerla sufrir. Era algo a lo que él tenía derecho. Se daba cuenta de todo, pero aun así le pareció conveniente decir con cortesía afectada:

—No entiendo lo que ha sucedido, si tuvieras la amabilidad de...

Ella se puso en pie. Durante un segundo él tuvo la sensación de que se iba a marchar y que alguien tiraba de un alambre atado a su corazón. Le dolió eso. Se quedó con la boca abierta, en silencio, pero ella dio un paso hacia donde él se encontraba y él se apartó instintivamente. Los dos estaban de pie, frente a frente, y entre los dos quedaban los restos de la carta... ¡ahí estaban, tirados a sus pies, como el signo evidente, el muro infranqueable de su superación! Otras tres parejas estaban a su alrededor, erguidas y también frente a frente, como si esperaran la más mínima señal para a la acción, una disputa o una pelea, una danza. Ella dijo:

—¡Deja de comportarte así, Alvan! —Y al sufrimiento del tono con el que se habían dicho aquellas palabras, él sintió que se añadía la leve señal de una advertencia. Entrecerró los ojos como si por un segundo quisiera atravesarla con la mirada. Lo había conmovido el tono de su voz. Le invadió de pronto un vago deseo de caballerosidad y generosidad... interrumpido también por un nuevo relámpago de ansiedad e indignación, una ansiedad tremenda por saber hasta dónde había llegado ella. Ella posó la mirada en los fragmentos de la carta y de nuevo alzó la mirada. Sus ojos se volvieron a encontrar y se quedaron atados el uno al otro como en un vínculo indestructible, un abrazo de eterna complicidad, y el silencio y la calma en que estaba la casa y que envolvía la comunión de sus miradas por un momento se convirtió en algo espantosamente vil, porque él de pronto empezó a tener miedo de que le contara barbaridades y acabara con la

posibilidad de cualquier tipo de magnanimidad. En la oscuridad de aquel rostro femenino brotaba una pena: la pena de las cosas irrevocables, el sufrimiento de haberse retrasado, el pensamiento de que si hubiese llegado una semana antes... un día antes... una hora antes... Tenían miedo de volver a escuchar el sonido de sus voces y de lo que se pudieran llegar a decir, tal vez algo que luego sería imposible borrar porque a veces las palabras pueden llegar a ser más terribles que los hechos. Pero la fatalidad que se esconde tras los impulsos más oscuros se abrió paso sutilmente entre los labios de Alvan Hervey, y escuchó el sonido de su voz con la atenta y a la vez incrédula curiosidad con la que se suele escuchar a los actores cuando se encuentran en escena en una situación patética.

—Si te has olvidado alguna cosa, tranquila que yo...

Durante unos instantes los ojos de ella lo miraron relampagueantes y sus labios temblaron... también en ese momento ella fue la portavoz de esa fuerza que se inclina implacable sobre nosotros, de esa inspiración que sopla donde quiere, como el espíritu.

—¿Por qué me dices eso, Alvan? Sabes perfectamente por qué he vuelto... Sabes que sería incapaz de...

La interrumpió furioso:

—Entonces... ¿Qué diablos es esto? —preguntó señalando los trozos de la carta.

—Un error —respondió ella a toda velocidad y con la voz quebrada.

Lo sorprendió aquella respuesta y se quedó en silencio, mirándola con altivez. Casi le daban ganas de ponerse a reír a carcajadas, pero al fin se dibujó en sus labios una sonrisa tan involuntaria como su dolor.

—Un error... —repitió lentamente, pero se sintió incapaz de añadir nada más.

—Sí... por intentar ser honesta —dijo casi en un susurro, como si estuviera hablando de un sentimiento tan lejano que apenas era capaz de recordarlo.

Él no pudo evitar estallar:

—¡Maldita honestidad! ¿Qué honestidad ves aquí? ¿Ahora resulta que eres

honestas? ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres ahora? ¿Estás siendo honesta todavía? — respondió furioso avanzando hacia ella ciegamente. Dio tres grandes zancadas hacia ella y al hacerlo sintió que perdía todo tipo de contacto con el mundo material, como si algo lo hubiese arrojado a la nada de un universo vacío compuesto sencillamente por ira y angustia, hasta que de pronto se encontró frente a aquel rostro femenino pegado al suyo. Se detuvo con brusquedad y le pareció estar recordando algo oído hace siglos, y gritó—: ¡Ni siquiera sabes lo que significa esa palabra!

Ella no movió un solo músculo. Él percibió con miedo lo inmóvil que estaba todo a su alrededor. Una tranquilidad infinita envolvía sus cuerpos, la casa, la ciudad, el mundo entero... También aquella inútil tempestad de sus sentimientos. La violencia de aquel estallido suyo había sido tan fuerte que podría haber quebrado la creación entera y sin embargo no había sucedido absolutamente nada. Se encontraba junto a su mujer en una habitación común de su propia casa. Nada se había desmoronado. Todas las casas que estaban a su alrededor alineadas muro contra muro habían resistido a la perfección la descarga de su pasión y seguían impertérritas ofreciendo el siniestro silencio de sus muros, la discreción impenetrable de las puertas cerradas y las ventanas cubiertas. Lo oprimían aquella calma y aquel silencio que de pronto parecían cómplices de esa mujer que estaba plantada frente a él, tranquila y en silencio. De repente, se sintió derrotado. Su impotencia se ponía de manifiesto. Lo tranquilizó el alivio de una relativa resignación que parecía emanar de la paz que lo rodeaba.

Dijo con dignidad villanesca:

—Sea como sea no me basta con eso. Quiero saber más... suponiendo que tengas intención de quedarte.

—No tengo nada más que contarte —respondió ella tristemente, y sonó tan cierto que él no se atrevió a replicar nada. Continuó—: Nunca lo comprenderías...

—¿Eso crees? —respondió con mesura. Se había conseguido reprimir para no estallar de nuevo.

—Quería ser fiel... —respondió ella.

—¿Y qué me dices de esto?! —gritó señalando los trozos de carta.

—Un instante de debilidad —replicó ella.

—De eso no me cabe duda —se lamentó con amargura.

—Quería ser fiel a mí misma, Alvan... y sincera contigo.

—Tal vez habrías hecho mejor tratando de serme fiel a mí —interrumpió iracundo—. Yo sí te he sido fiel, y tú me has arruinado la vida... nos has arruinado la vida... —Tras una pequeña pausa el egocentrismo se alzó de nuevo, y añadió con rencor—: ¿Me podrías informar desde hace cuánto estás engañándome? —Ella pareció escandalizarse mucho ante aquella pregunta. Él no esperó ninguna respuesta y continuó paseándose de un lado a otro, tan pronto se aproximaba a ella como se retiraba nervioso hasta el otro lado de la estancia—. Me gustaría saberlo. Supongo además que lo sabrá todo el mundo menos yo... ¡Y a eso te atreves tú a llamarlo honestidad!

—Te digo que no tengo nada más que contarte —dijo ella hablando sin fuerza, como si le costara un gran trabajo—. No es lo que piensas. No me entiendes. La carta es el comienzo y el final.

—El final... esto no tiene final —gritó él contra todo pronóstico—. ¿No lo entiendes? Pues yo sí... El comienzo... —Se detuvo un instante mirándola a los ojos en silencio con una ansiedad tan reconcentrada, un anhelo tan grande de ver, de penetrar y entender que contuvo la respiración hasta que le pareció que estaba empezando a ahogarse—. ¡Por Dios! —dijo estudiándola a menos de medio metro—. ¡Por Dios! —repitió a continuación, despacio y en un tono tan particular que le pareció un misterio hasta para sí mismo—. ¡Por Dios, en este momento sería capaz de creer... cualquier cosa que me dijeras! —Dio media vuelta y comenzó a pasear de nuevo de un lado a otro de la habitación con el mismo aspecto de alguien que hubiese hecho un acto irrevocable del que nunca se podría retractar ni aunque quisiese. Ella seguía igual que si estuviese hundiendo sus raíces en la alfombra. Con la mirada iba acompañando sus movimientos, a pesar de que él evitaba mirarla. Aquella mirada extraña, atenta y atemorizada no se separaba de él—. Y ese personaje siempre estaba de visita por aquí —añadió desconcertado—, supongo yo que para intentar seducirte... y... y... —dijo en voz baja— en fin... parece que tú consentiste.

—Yo consentí —susurró ella, imitando involuntariamente su misma entonación, dando el aspecto servil e involuntario de un eco.

Él volvió a gritar un par de veces más, violentamente:

— ¡Tú! ¡Tú! —Y a continuación se volvió a contener—. ¿Pero qué viste en un tipo como ése? —preguntó con sincero y legítimo asombro—. Un palurdo afeminado y seboso, ¿qué viste...? ¿Es que no eras feliz? ¿No tenías todo lo que deseabas y necesitabas? Háblame con sinceridad... ¿Es que te he defraudado en algo? ¿No estabas contenta con la posición que teníamos, o tenías otras expectativas? Sabes de sobra que deberías estar más que contenta y que todo esto que tienes a tu alrededor es mucho más de lo que habrías podido desear razonablemente cuando nos casamos... —A partir de ahí se olvidó de la contención más elemental y prosiguió su discurso con todo tipo de gestos y muecas violentas—. ¿Pero qué podías esperar de un tipo como ése? Si no es más que un don nadie, un miserable don nadie. Si no hubiese sido por mi dinero (por mi dinero, fíjate bien), ese tipo no habría tenido dónde caerse muerto. Ni siquiera sus parientes querían saber nada de él. Ni siquiera tenía una posición. Es cierto que era un hombre que se podía aprovechar y por eso fue que... Supuse en ti la bastante inteligencia como para que te dieras cuenta... ¡Y tú...! ¡No! ¡Increíble! ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Es que ni siquiera te importa la opinión de la gente? ¿Es que las mujeres no conocen la contención? ¿Pensaste en mí aunque sólo fuera un segundo? Yo intentaba ser un buen marido. ¿Es que no lo conseguí? Explícamelo entonces, ¿qué es lo que hice mal? —Se llevó las manos a la cabeza y exclamó de nuevo—: ¿Qué hice mal? ¡Explícamelo! ¿Qué?

—Nada —respondió ella.

—¡Ah! ¿Has visto? Ni siquiera puedes... —comenzó a decir con tono triunfal mientras se alejaba, pero se detuvo de golpe, como si se hubiese tropezado con un muro invisible, y, dándose la vuelta, gritó furioso—: ¿Qué es lo que esperabas de mí que yo no hice?

Ella se alejó con pasos cortos hasta el tocador sin decir nada, se sentó y se reclinó apoyándose con el codo y tapándose los ojos con la mano. Durante todo aquel proceso él no dejó de observarla con atención, como si pudiera obtener la respuesta de la suma de todos aquellos movimientos, pero no le pareció sacar nada en claro ni consiguió entrever el indicio de ningún pensamiento femenino. Trató de contener sus ganas de gritar y, tras una pequeña pausa, continuó con sarcasmo:

—¿Esperabas acaso que te escribiera poemas ridículos, que me sentara a contemplarte arrobado durante horas y que compusiera cantos dedicados a tu espiritual belleza? Debiste entender desde el primer día que ésa no es mi naturaleza y que tenía mejores cosas que hacer, pero si por eso pensabas que estaba totalmente ciego...

Con toda rapidez comprendió de pronto que sería capaz de enumerar una lista enorme de detalles reveladores. En ese momento creyó recordar muchas ocasiones en las que él mismo lo notó, el gesto absurdamente truncado de la gorda mano de aquel tipo, una expresión demasiado extasiada en la cara de ella, el centelleo de su mirada, retazos inteligibles de conversación que no consideró relevantes, silencios que en ese entonces no le parecieron significativos y que ahora resultaban luminosos como un rayo de sol... Recordó todas aquellas cosas. No había estado ciego. ¡Desde luego que no! Y le pareció un extraordinario alivio reconocerlo de pronto porque restituía en él una especie de dignidad. Dijo con solemnidad:

—Me parecía indigno sospechar de ti. —Una frase que, desde cualquier punto de vista, tenía una especie de poder mágico, porque bastó pronunciarla para que comenzara a sentir un alivio maravilloso y hasta cierto asombro por que su imaginación le hubiese puesto en bandeja una declaración tan noble y sincera. Observó el efecto de sus palabras. Cuando las escuchó, ella lo miró por el rabillo del ojo y él descubrió unos ojos humedecidos, una mejilla sonrojada por la que rodó a toda prisa una lágrima veloz; un segundo después, ella volvió a taparse el rostro con las manos. Él continuó despacio—: Lo único que quiero es que seas sincera conmigo.

—Ya lo sabes todo —respondió atemorizada.

—Sí, he leído la carta, pero...

—¡Y sabes que he vuelto! —exclamó—. Ya sabes todo lo que hay que saber.

—Me alegro... por ti —dijo con inexpresiva solemnidad, con la misma solemne emoción con la que se escuchaba hablar a sí mismo. Le daba la sensación de que en aquella habitación estaba sucediendo algo de una importancia inefable, y que hasta el menor de sus gestos tenía la relevancia de los hechos prescritos desde el origen de la creación y era también un resumen de su finalidad última. Añadió de nuevo—: Me alegro por ti. —Y al decirlo comprobó que la espalda de su mujer se agitaba como si estuviera sollozando. Él se quedó como hipnotizado contemplando su pelo. Le pareció que sentía una especie de sobresalto, como si se despertara de improviso, y preguntó con mucha calma y en un tono parecido al de un suspiro—: ¿Te has encontrado con él alguna vez?

—¡Nunca! —gritó ella.

Aquella contestación lo dejó mudo durante unos segundos, y sus labios temblaron unos instantes antes de continuar diciendo:

—En ese caso preferíais amaros aquí mismo, delante de mis narices —dijo con furia. Incómodo, en ese punto se detuvo durante unos instantes, como si por culpa de aquel exabrupto hubiese descendido unos cuantos escalafones en la opinión que su mujer tenía de él. Ella se puso de pie y lo encaró con los ojos ya secos y una mano apoyada en el respaldo de la silla. En cada una de aquellas mejillas se veía una franja carmesí.

—Cuando tomé la decisión de escaparme con él escribí esa carta —dijo.

—Pero no te has fugado con él —añadió con el mismo tono—. ¿Hasta dónde has llegado? ¿Qué te hizo volver?

—Ni yo misma lo sé —murmuró. Lo único que se movió de ella fueron los labios.

Él la miró fijamente.

—¿Y él se lo esperaba? ¿Habíais quedado en algún lugar? —Ella respondió con un ademán afirmativo casi invisible y él siguió mirándola fijamente sin despegar los labios. Continuó—: Y supongo que te estará esperando todavía, ¿no es así? —Ella asintió de nuevo con la cabeza y, por alguna extraña razón, él sintió el impulso de mirar la hora. Consultó el reloj con tristeza. Eran las siete y media. Se metió de nuevo el reloj en el bolsillo y comentó—: De modo que todavía te está esperando... —Alzó la mirada y, como si lo hubiese dominado un humor siniestro, lanzó una carcajada seca que reprimió de inmediato—. ¡Lo nunca visto! —exclamó mientras, frente a él, su mujer se mordía el labio inferior sumida en sus propios pensamientos. Rio de nuevo en un estallido atenuado, sin saber por qué sentía de pronto aquel repentino y desmesurado desagrado por la vida, por la realidad en general, un desagrado que hasta impregnaba el inmenso número de los días ya vividos. Se sentía exhausto. El mismo hecho de pensar le daba la sensación de que quedaba al margen de sus posibilidades. Añadió—: Antes me engañabas a mí y ahora engañas al otro... ¡Qué espanto! ¿Por qué lo has hecho?

—A quien he engañado ha sido a mí misma.

—¡Bah, no digas estupideces! —respondió impaciente.

—Estoy dispuesta a marcharme si eso es lo que quieres —continuó a toda

prisa—. Tenías derecho a saber lo que pasaba... ¡Sí! ¡No he sido capaz! —gritó y se quedó retorciendo las manos a escondidas.

—Me alegro de que te hayas arrepentido antes de que fuera demasiado tarde —respondió él con la voz densa y la mirada perdida en la punta de sus botas—. Me alegra que hayas tenido por lo menos un chispazo de sentido común —murmuró para sí y luego, alzando la mirada y en voz un poco más alta—: Me alegra que te quede al menos un poco de decencia —siguió mirándola y pareció dudar un poco ante las consecuencias de lo que estaba a punto de decir. Finalmente continuó—: Al fin y al cabo yo te amaba...

—No lo sabía —murmuró ella.

—¡Dios santo! ¿Y por qué me casé contigo, entonces?

A ella le disgustó la falta de delicadeza de su estupidez masculina.

—¿Por qué? —respondió entre dientes. Él sintió un escalofrío de miedo y vigiló sus labios con atención—. He pensado que podía haber muchas razones —dijo ella lentamente y calló de nuevo. Él esperaba aguantando la respiración, y, como si hubiese estado pensando en voz alta, ella prosiguió—: He intentado entenderlo, en verdad que lo he intentado... ¿Por qué te casaste conmigo? Supongo que por la misma razón por la que has hecho el resto de las cosas, para darte satisfacción a ti mismo...

Él se alejó en el acto y cuando se volvió de nuevo hacia ella mostró un rostro completamente encendido.

—En aquella época tú también tenías un aspecto de lo más satisfecho... —susurró iracundo—. Me parece que ya no tiene mucho sentido preguntarte si me amabas.

—En este momento me doy cuenta de que era totalmente incapaz de tal cosa —dijo ella con tranquilidad—. Si te hubiera amado lo más probable es que no te habrías querido casar conmigo.

—Y seguramente es que no lo habría hecho si te hubiese conocido como te conozco ahora.

Por un instante le pareció estar viéndose a sí mismo declarándole su amor hace siglos. Estaban dando un paseo por la ladera de un prado y se veían varios

grupos de gente desperdigados bajo el sol. Sobre el corto césped caían las inmóviles sombras de las ramas y los parasoles de colores brillantes parecían mariposas luminosas y delicadas que se deslizaban entre los árboles sin ningún aleteo. Algunos hombres alegres y otros serios, todos protegidos por el refugio de sus negras chaquetas, iban acompañando a mujeres ataviadas con claros vestidos de verano, que recordaban a esos relatos fantásticos de jardines encantados donde flores que cobran vida comienzan a hablar con caballeros hechizados. En toda aquella estampa había una especie de implacable serenidad, una excitación vibrante y una convicción cabal parecida a la de la ignorancia absoluta que le hizo creer, por un instante, que la felicidad era patrimonio de la humanidad entera, y sentir un deseo extravagante de conquistar para sí mismo un poco de aquel esplendor no tocado por la sombra de ninguna duda ni cavilación. A su lado caminaba una joven en medio de un espacio despejado, no había nada cerca y él se detuvo de pronto, como si algo lo hubiese poseído y se declaró. Se recordó a sí mismo contemplando aquellos ojos puros, aquel rostro terso, recordó la forma en la que volvió a echar un vistazo alrededor para comprobar si alguien los miraba y que se dijo que nada podía salir mal en un mundo como aquél, tan repleto de belleza, sencillez y elegancia. Estaba orgulloso de sí mismo. Él se encontraba entre los hacedores, los poseedores, los protectores, los ennoblecedores. Quería agarrarlo con seguridad para extraer de él toda la alegría que fuera posible, y aquel deseo brutal le pareció al mismo tiempo la aspiración más noble del mundo debido a la influencia de esa atmósfera inmaculada. Bastó un abrir y cerrar de ojos para recordar toda aquella escena, y, como en este momento el patetismo de su fracaso era tan sórdido, casi sintió que se le caían las lágrimas al decir involuntariamente:

—¡Dios mío! ¡Cómo te quería!

Ella se conmovió con la emoción de su voz. Sus labios se estremecieron, y ya estaba a punto de dar un indeciso paso hacia él con los brazos abiertos en un gesto de ternura cuando se dio cuenta, justo a tiempo, de que en realidad él estaba hipnotizado por la tragedia de su propia vida, hasta el extremo de haberse olvidado, literalmente, de su existencia. Se detuvo y poco a poco se le fueron cayendo aquellos brazos que acababa de alzar. Él seguía demasiado inmerso en la amargura de aquellos pensamientos como para darse cuenta de su movimiento y de su intención. Dio una furiosa patada al suelo, se pasó la mano por la cara y estalló:

—¿Y qué diablos se supone que tengo que hacer ahora?

Otra vez se quedó inmóvil. Ella pareció comprender y se acercó decidida hasta la puerta.

—Es muy sencillo, me marcho —dijo en voz alta.

Él sintió que se estremecía ante el sonido de su voz, la miró espantado y preguntó con tono patético:

—¿Tú? ¿Adónde? ¿Con él?

—No, yo sola... adiós.

El picaporte rechinó un poco bajo la mano como si estuviera tratando de salir de un sitio oscuro.

—¡No, quédate! —gritó él. Ella lo escuchó a lo lejos y él escuchó cómo su hombro pasaba rozando la jamba de la puerta. Ella se tambaleaba como si le fallara la cabeza y los dos se sintieron durante unos instantes al borde de la aniquilación espiritual, a un paso de caer en un abismo. A continuación, casi al instante, gritó—: ¡Vuelve aquí!

Ella soltó el picaporte y se dio media vuelta con una especie de desesperación tranquila, como quien renuncia a su última esperanza en la vida, y por un instante la estancia a la que regresaba le pareció completamente siniestra, espantosa, lúgubre, como una tumba. Él continuó con un tono seco:

—Esto no puede acabar así, haz el favor de sentarte.

Ella cruzó de nuevo la habitación hasta la silla que estaba frente al tocador, él abrió la puerta y asomó la cabeza para observar y escuchar. La casa parecía tranquila y en calma. Él se tranquilizó un poco más, se dio la vuelta y preguntó:

—¿Es verdad todo lo que me has dicho? —Ella asintió y él continuó, desconfiado—: Parece que llevas ya mucho tiempo urdiendo unas mentiras monumentales con todo esto.

—Las aceptabas con mucha facilidad —respondió ella.

—¿Te atreves a hacerme reproches? ¿A mí?

—¿Cómo podría? —respondió ella—. No tengo ningún derecho a hacerlos...

llegados a este punto.

—¿Qué quieres decir con...? —continuó él, pero se detuvo de pronto y prosiguió—: No voy a preguntarte nada. ¿Es la carta lo peor del caso? —Las manos femeninas hicieron un movimiento nervioso y él añadió con vehemencia—: Te exijo una respuesta sincera.

—¡Pues no! Lo peor de todo es que haya regresado.

Hubo entre los dos un silencio sepulcral en el que ambos intercambiaron unas miradas escrutadoras. Él dijo con autoridad:

—No sabes ni lo que dices, estás desvariando. No debes estar en tus cabales o no te atreverías a decir algo así. Estás fuera de ti. Tus remordimientos... —Se detuvo un segundo y luego prosiguió con aire académico—: En la vida el dominio de uno mismo lo es todo. —Ella utilizó el pañuelo con nerviosismo mientras él seguía observando con atención las consecuencias de sus palabras. No tuvo lugar ninguna reacción satisfactoria. Ella se cubrió el rostro con las manos y él continuó hablando—: Supongo que ya te estarás dando cuenta de las repercusiones que puede tener una falta de dominio: sufrimientos, humillaciones, perder el respeto de los amigos, todo cuanto da dignidad a la vida puede perderse en un instante. Un verdadero desastre —concluyó tajante.

Ella no se movió. Él se quedó un rato mirándola como si tratara de reorganizar los melancólicos pensamientos que le suscitaba el espectáculo de la humillación de su mujer. La mirada masculina se fue volviendo cada vez más pesada e inmóvil. Estaba ahogado por la solemnidad de aquel momento y lo agobiaba la profunda magnitud de toda la situación. Las paredes de la casa parecían más impregnadas que nunca de los ideales a los que ahora se veía obligado a ofrecer aquel sacrificio. Y él era el sumo sacerdote de ese templo, el guardián formal de los rituales y del ceremonial que encubría las negras dudas de la vida. Y desde luego, no era el único. Había también otros —los mejores, sin duda— que se encargaban de vigilar y proteger cada uno de esos fuegos que hacían de altares de aquella fe. Habitaba en aquella sabiduría innumerable del silencio y por él velaba una fe eterna capaz de resistir a cualquier ataque, todas las blasfemias de sus apóstatas y el hastío secreto de sus confesores. Estaba unido a un universo entero de ventajas indudables, era el representante de toda una fuerza espiritual de una hermosa discreción cuya pureza era capaz de triunfar sobre todas las lamentables debilidades de esta vida, sobre el miedo, la fragilidad y el pecado... Sobre la misma muerte. Incluso le parecía estar cerca de vislumbrar la

respuesta a todos los misteriosos secretos de la existencia. Nada más sencillo.

—Supongo que sólo ahora estarás comprendiendo la insensatez, la locura absoluta de la indecencia —continuó diciendo, adoptando un aire de solemnidad—. Es necesario hacerse cargo de las responsabilidades de la propia posición o verse privado de todas sus ventajas. ¡De todas! ¡De todas! —Alargó el brazo al gritar y tres réplicas exactas de su rostro, la de su traje, la de su solemne seriedad y la de su pesado dolor ampliaron con él aquel gesto extenso que parecía abarcar un auténtico infinito de bienestar moral que incluía las paredes, los cuadros, la casa entera, toda la multitud de casas, todas las efímeras e impenetrables fosas en las que habitan los vivos con sus puertas numeradas igual que las celdas de las prisiones y tan impenetrables como el mármol de las tumbas—. ¡Así es! Lo que se espera de nosotros es disciplina, cumplimiento del deber, fidelidad. La paz y la recompensa dependen de eso y sólo de eso. Contra el resto de las cosas debemos combatir porque sólo llevan al oprobio y a la infamia, y la infamia es espantosa, espantosa. Tenemos que ignorarla siempre que podamos, no tenemos ninguna necesidad de saber de su existencia. Se trata de nuestro deber con nosotros mismos y con el prójimo, puesto que no estás sola en este mundo... y aunque tú hayas demostrado muy poco respeto hacia la dignidad de la existencia, has de saber que los demás no lo hacen. La vida es un asunto serio. Si no aprendes a obedecer sus leyes no eres nadie, acabas viviendo en una especie de muerte. ¿Nunca se te había ocurrido pensar en todo esto? Para comprobar que todo lo que te digo es cierto lo único que hace falta es que eches un vistazo a tu alrededor. ¿O es que has vivido durante todos estos años sin observar ni comprender nada? Desde que eras una niña has tenido a tu disposición ejemplos, ha estado en tu mano desde entonces contemplar la belleza y la santidad de los principios. —Su voz iba elevándose y cayendo con una cadencia extraña, mientras sus ojos permanecían inmóviles y su mirada iba adquiriendo una cualidad algo rígida; estaba inflexiblemente arrebatado por aquella especie de fascinación que lo había comenzado a poseer y que hervía en su interior como una locura de fe. De cuando en cuando extendía el brazo derecho sobre la cabeza femenina y hablaba con arrogancia a la pecadora, con un aire de vengador intachable y un intenso regocijo interno, como si desde lo alto de su torre la forma en la que decía cada una de sus palabras hiriese como una piedra de justicia. Finalmente, tras una pausa, concluyó—: Unos sólidos principios, una verdadera adhesión a todo lo que es bueno...

—¿Y qué es lo bueno? —preguntó ella sin descubrirse el rostro, pero con perfecta nitidez.

—¡Realmente tienes el alma corrompida! —exclamó dignamente—. Una pregunta así sólo puede nacer de un terreno podrido, completamente podrido. Tienes ojos y puedes mirar a tu alrededor; ahí tienes la respuesta a tu pregunta, lo único que te hace falta es querer ver. Nada que vaya en contra de las creencias que nos han legado puede ser bueno. Es tu propia conciencia la que te lo dicta. Y nos han legado esas creencias y no otras porque éstas son las mejores, las más nobles y las únicas que merece la pena asumir. Son las que persisten... —Sentía la complaciente carga filosófica de sus palabras, pero no tenía tiempo de detenerse para disfrutarlo como correspondía porque tanto la inspiración como la verdad misma lo impulsaban a seguir adelante—. Nuestro deber es respetar los cimientos morales de una sociedad que ha hecho que nosotros seamos lo que somos. Correspondámosle entonces con nuestra lealtad. En eso consisten el deber, el honor y la decencia. —Sintió una gran pasión en su interior, como si hubiese comido algo muy caliente, y ella elevó la mirada hacia él con algo parecido a una ardiente expectativa, lo que reforzó la impresión de trascendencia de aquel momento, y, como si estuviese a punto de entrar en éxtasis, añadió—: ¿Qué es lo bueno?, me preguntas. No te pido más que reflexionar. ¿Qué habría sido de ti si te hubieses fugado con ese palurdo? ¿Qué habría sido de ti? ¡De ti! ¡De mi mujer!

Se vio reflejado en el gran espejo de pies a cabeza con una cara tan pálida que si lo hubiesen mirado desde lejos, habrían pensado que sus ojos eran los negros huecos de una calavera. Le pareció que esa figura estaba preparada para dejar caer una ola de imprecaciones sobre aquella humillada cabeza femenina. Su actitud lo abochornó hasta tal punto que volvió a meterse las manos en los bolsillos. Susurrando como para sí misma, ella respondió:

—¡Ah! ¿Y qué se supone que va a ser ahora de mí?

—Se da el caso de que todavía eres la mujer de AlvanHervey... para tu inmensa suerte, habría que añadir —respondió con sencillez. Caminó hasta el rincón más lejano de la habitación y, cuando se dio la vuelta, la vio sentada en la butaca, completamente rígida, con las manos clavadas en el regazo y una mirada perdida y fija a la vez, como la de los ciegos, bajo aquella luz de gas que salía llameante e inmóvil de las fauces del dragón de bronce. Se acercó mucho a su mujer y se plantó frente a ella separando las piernas y sin sacar las manos de los bolsillos. Parecía estar eligiendo en su interior, en medio de aquella abundancia de pensamientos, las palabras que diría a continuación... Al final dijo—: Te has aprovechado de mí hasta el extremo. —En cuanto pronunció aquella frase le pareció que perdía su compostura espiritual, y se sentía cayendo desde la cima de su rencor contra aquella rastrera criatura que había estado al borde de destrozarle

la vida—. Te has aprovechado de mí como jamás se debería aprovechar nadie de persona alguna —añadió con amargura—. Todo lo que has hecho ha sido increíblemente injusto. ¿Qué es lo que te impulsó... lo que te impulsó a escribir semejante...? ¡Y después de cinco años de felicidad absoluta! Te seguro que nadie podría creerlo nunca... ¿Acaso no te dabas cuenta de que ibas a ser incapaz de hacerlo? Porque no eras capaz, no era más que un imposible, y lo sabías muy bien. ¿No es así? Piensa... ¿No es así?

—Era imposible —murmuró ella con docilidad.

Ni lo alegró ni lo tranquilizó que le diera la razón con tanta facilidad; lo invadió el mismo miedo que cuando alguien piensa que está en una situación totalmente segura y se ve de pronto bajo la condición de un nuevo e insospechado peligro. ¿Cómo no iba a ser imposible? Él lo sabía. Y ella también. Ella misma lo acababa de confesar. ¡Era imposible! Y si había alguien que lo sabía mejor que ninguno era el tipo ese. Y a pesar de todo, aquellas dos personas se habían confabulado en una conjura contra su paz interior, una abominable empresa para la que ni siquiera tenían la ayuda y el sostén de una fe. ¡No podían contar con ella! Y sin embargo, qué cerca habían estado de... En medio de un momentáneo escalofrío se encontró inmerso en un círculo de inaplazable locura. Nada se podía predecir, de nada se podía uno proteger. La sensación era intolerable y padecía el desalentado horror que sigue a la impresión de haber perdido toda esperanza. En medio del caos de sus pensamientos el infamante suceso se separaba de todo cuanto le resultaba próximo y familiar, de las condiciones terrenas, y hasta del sufrimiento humano, de una manera tan implacable que se convertía de pronto en una convicción terrorífica; la alucinante convicción de que existía una fuerza ciega y demoníaca. Por su mente, y de una manera vaga e imprecisa, brilló durante unos instantes la posibilidad de ponerse de rodillas frente a aquella fuerza y suplicar clemencia de alguna manera, pero al rato tuvo la sensación, la persuasión, la certeza de que lo mejor que se puede hacer frente al mal es no prestarle ninguna atención, que es preferible soslayarlo para rehabilitar la posibilidad de la vida, que es necesario expulsar del alma la certidumbre del mal, apartarla de la mirada, de la misma manera que los hombres esquivan la certidumbre inevitable de la muerte. Reunió en su interior todas las fuerzas que pudo y el paso siguiente se reveló de una gran sencillez; era en realidad perfectamente plausible: lo único que tenía que hacer era apegarse estrictamente a las condiciones de la realidad, entregar su alma a las exigencias de la realidad y no a su significado. Como se dio cuenta también de que entre tanto había pasado un largo silencio, carraspeó para poner un punto y aparte y dijo con firmeza:

—Me alegra mucho que pienses de ese modo, celebro que... al menos lo hayas entendido a tiempo, porque ya ves... —vaciló.

—Sí, ya veo —respondió ella.

—Por supuesto que lo ves —añadió él con la mirada perdida en la alfombra y hablando como quien tiene la cabeza puesta en otra cosa. Levantó la mirada—. Aun así me cuesta creer que después de todo esto... que seas... quiero decir, que seas totalmente distinta a como te creía yo. La verdad es que me resulta imposible de aceptar.

—También a mí —suspiró ella.

—Claro, eso te parece ahora —dijo él—, pero ¿y esta mañana...? ¿Y mañana...? Eso es en realidad lo que... —De pronto, al darse cuenta del rumbo que estaba tomando su razonamiento se inquietó y calló bruscamente. Toda sucesión de ideas posible parecía acabar sin remedio en el desesperado reino de una incontrolable locura, provocaba la misma incertidumbre y el mismo horror que pretendía evitar. Continuó con rapidez—: Mi situación es muy dolorosa, realmente dolorosa... Creo que...

La miró fijamente con aire dolido, como si lo abrumara la incapacidad de ordenar sus ideas.

—Estoy dispuesta a irme —dijo ella con un hilo de voz—. He renunciado a todo para saber... por aprender...

Hundió la barbilla en el pecho y su voz se desvaneció en un suspiro. Él hizo un breve ademán de asentimiento irascible:

—¡Está bien! ¡Está bien! No es necesario que lo digas. Has renunciado a todo... Renunciaste espiritualmente... Si tuviera que creer todo lo que me estás diciendo... —Ella se puso en pie de un salto y él se alarmó—. Oh, te creo, te creo... —Se apresuró a decir, y ella se sentó de una manera tan inesperada como se había levantado. Él prosiguió tristemente—: He sufrido mucho y todavía sigo sufriendo, no eres capaz de hacerte una idea cabal de todo lo que sufro. Sufro tanto que cuando te oigo sugerir una separación definitiva casi me siento tentado... Pero no, lo primero es el deber. Puede que tú lo hayas olvidado, pero yo no lo olvido. Dios sabe que no lo he olvidado ni un solo día de mi vida, pero, cuando a uno le dan una noticia tan terrible, la razón humana se puede extraviar con facilidad... por lo menos durante un tiempo. ¿Sabes lo que sucede? Tú y yo (al menos así es como yo

lo veo) somos uno a los ojos del mundo, cosa que es más de lo que debe ser. Por lo general, el mundo lleva razón, o no podría ser... o no podría ser lo que es. Y nosotros formamos parte de él. Y tenemos también un deber que cumplir con nuestros iguales que no quieren... no... —La miró pasmado un instante, con la boca abierta, para continuar farfullando—: dolor... ni indignidad... Es muy fácil malinterpretarlo todo, y yo ya he sufrido más que suficiente. Si, como tú afirmas, no ha sucedido nada que no sea irreparable, entonces...

—¡Alvan! —gritó ella.

—¿Qué? —respondió contemplándola con la misma sombría expresión de quien contempla unas ruinas o la devastación provocada por una catástrofe natural, para continuar retomando el hilo de lo que estaba diciendo—: Lo mejor para nosotros es... para todos también... lo menos doloroso y también... sí, también lo más altruista... —Le empezó a temblar la voz y ella ya sólo pudo escuchar palabras sueltas—. Hablo de deber... obligaciones... nosotros... cautela. —Se quedó totalmente callado unos instantes—. Apelo a tu conciencia —dijo de pronto— para que no añadas ni un punto más a toda esta vergüenza, para que me ayudes a silenciar todo lo que ha sucedido a partir de este momento. Sin secretos entre los dos, ¿me escuchas? ¡Con lealtad! No me negarás que la ofensa ha sido muy cruel, y que el afecto que me debes se merece...

Hizo una pausa como si quisiera dar a entender con ella la ansiedad que sentía por escucharla.

—No te escondo ningún secreto —dijo ella con tristeza—. ¿Cómo podría? De pronto me vi en la calle y regresé —sus ojos brillaron con desprecio un segundo—, y regresé a lo que me estás proponiendo. Ahora ya puedes... confiar en mí...

Él estuvo escuchando con gran atención cada una de sus palabras, y cuando ella terminó se quedó esperando, como si todavía quedara algo por escuchar.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decirme? —preguntó.

Ante aquel tono de reproche ella se inquietó y replicó con debilidad:

—Ya te he contado la verdad, ¿qué más quieres que te cuente?

—¡Diablos! Podrías decir algo un poco más humano —estalló—. Lo que me estás ofreciendo no se llama sinceridad, sino desfachatez, si es que te interesa

saberlo. No me has dado a entender con una sola palabra que te hayas hecho cargo de la situación... Ni de la mía... No has pronunciado una sola palabra ni de arrepentimiento ni de agradecimiento... ni de remordimiento... ni de nada.

—¡Palabras! —murmuró ella con desprecio, al tiempo que él pegó una patada en el suelo y replicó:

—¡Esto resulta intolerable! ¿Palabras, dices? ¡Sí, eso es, palabras! Por supuesto que las palabras tienen su valor, a pesar de toda esta infernal hipocresía. Para mí tienen su valor... para todo el mundo... también para ti. ¿O es que utilizaste algo que no fueran palabras para comunicarme tus sentimientos (¿sentimientos?, bah), que te habían llevado a olvidarte de mí, y de tus obligaciones y de tu decencia? —Empezaba a acumular espuma en la comisura de la boca mientras gritaba desaforadamente, presa de una furia instantánea—. ¿O es que entre vosotros sólo os comunicabais a base de miradas?

Ella se puso en pie.

—No puedo tolerar todo esto —dijo temblando de arriba abajo—, me marcho de aquí.

Durante unos segundos los dos estuvieron frente a frente.

—No te atrevas —dijo él provocándola a conciencia, y comenzó a pasear de nuevo de un lado a otro de la habitación. Ella se quedó tan silenciosa que parecía estar contando sus propias palpitaciones, y a continuación se sentó de nuevo y suspiró como si hubiese desistido ante una empresa que supera sus fuerzas—. Malinterpretas todo cuanto digo —dijo de nuevo con calma—, aunque prefiero creer que simplemente no eres dueña de tus actos en este momento. —Se plantó de nuevo delante de ella—. Si decides marcharte en este momento lo único que conseguirás es añadir un crimen (sí, un crimen) a tu insensatez. No quiero un escándalo en mi vida, cueste lo que cueste. ¿Quieres saber por qué? Estoy seguro de que me vas a malinterpretar, pero aun así te lo quiero explicar. Por simple sentido del deber. Sí, estoy totalmente seguro de que vas a malinterpretar... no hay remedio, siempre ocurre lo mismo con las mujeres... son un poco... un poco cortas de mente.

Durante un buen rato estuvo callado, pero ella no despegó los labios, ni siquiera se dignó a mirarlo. Él se sintió incómodo, realmente incómodo, como quien sospecha que están desconfiando de él. Para intentar acabar cuanto antes con

aquella irritante sensación habló lo antes posible. El sonido de sus palabras estimulaba sus ideas, y en medio de aquel despliegue vislumbraba la roca de sus convicciones alzada en solitaria grandeza sobre el páramo de las pasiones y las debilidades.

—La idea se impone por sí sola... —continuó con cauta vitalidad—. De acuerdo con las leyes más elementales de la vida, no tenemos derecho a imponer nuestras debilidades a quienes es lógico que esperen mejores cosas de nosotros. No hay hombre en este mundo que no quiera que su vida sea bella y pura, y entre personas de nuestro rango un escándalo de este tipo puede ser catastrófico para la moralidad pública, un descrédito realmente irremediable, ¿entiendes? Me refiero para nuestra clase social... una clase importantísima, esencial... la más importante, me parece, dentro de una comunidad. Ése es uno de mis convencimientos más arraigados. También tú te darás cuenta de eso cuando vuelvas a ser la mujer de la que me enamoré y en la que he confiado... —Hizo una pequeña pausa, como si se hubiese conmovido de pronto, y continuó—: Porque sabes perfectamente que te he amado y he confiado siempre en ti. —Guardó silencio, ella se tapó la cara con el pañuelo—. Y comprenderás también la justicia de todas estas... razones mías. Lo primero que las motiva es la lealtad suprema a todas las condiciones en las que está basada nuestra existencia, que tú (nada menos que alguien como tú) has traicionado. No hace falta que te diga que ésta no es mi forma habitual de hablar, pero en un caso como éste... supongo que no te costará admitir conmigo que siempre acaban pagando justos por pecadores. El mundo no tiene piedad, y por desgracia no falta la gente dispuesta a malinterpretarlo todo. Yo no tengo nada que reprocharme a mí mismo, ni ante ti ni delante de mi propia conciencia, pero en este punto cualquier indiscreción podría socavar el poder de mi influencia. Es necesario preservar el ideal, aunque sólo sea desde el punto de vista externo, eso está tan claro como la luz del día. A pesar de que en este momento tengo una llaga repugnante, resultaría más abominable todavía exhibirla ante todos de una manera impúdica, ¡eso sería realmente abominable! En el caso de la vida (si se considera la vida desde su más elevada concepción), la transparencia puede llegar a considerarse en ciertas situaciones un asunto casi criminal. Todo el mundo siente esa tentación, nadie tiene excusa, y ahí es donde entran los débiles... —su tono fue volviéndose cada vez más feroz—, y también los necios y los envidiosos... sobre todo los envidiosos, en el caso de las personas de nuestra posición. Yo no soy más que un hombre inocente en medio de esta horrible... horrible desgracia, pero si tú me aseguras que no ha sucedido nada irreparable... —Por su rostro cruzó una lóbrega sombra, como si se tratara de una espesa tiniebla—. Si tú me aseguras que no ha sucedido nada irreparable, y puedes ver que en este momento estoy de nuevo dispuesto a creer lo que me digas, entonces nuestro deber sólo puede ser

uno.

Bajó los ojos. Su expresión cambió una vez más de aquella locuacidad imparable a una especie de contemplación silenciosa en la que todavía vibraban todas esas consoladoras ideas que había vislumbrado en su interior. Se quedó con la mirada fija en la alfombra durante aquella breve comunión con esas verdades íntimas. El rostro tenía un aspecto grave y la mirada un aspecto vacío. Parecía estar asomándose a un pozo. A continuación y sin estremecerse lo más mínimo prosiguió:

—Sí, sólo puede ser uno. Te has aprovechado de mí hasta el auténtico límite y me veo obligado a decirte que durante algún tiempo mis viejos sentimientos... mis viejos sentimientos puede que estén... —suspiró—. Pero te perdono.

Ella hizo un pequeño gesto sin llegar a destaparse los ojos. Tenía la mirada perdida en la alfombra, pero él no lo notó. Se impuso el silencio exterior y el silencio interior, como si todas aquellas palabras hubiesen hecho detenerse el latido de la vida hasta un punto parecido al de aquella casa que hubiese estado contraída en un páramo, en medio de una tierra desierta.

Él levantó la cabeza e insistió con solemnidad:

—Te perdono por mi sentido del deber y con la esperanza de...

Se escuchó una carcajada que tuvo la virtud no sólo de interrumpir el flujo de palabras sino también de destruir aquella pequeña paz de su ensimismamiento con el dolor de una realidad que irrumpe en medio de la belleza de un sueño. Al principio ni siquiera consiguió acertar el lugar del que provenía el sonido. Lo único que alcanzaba a distinguir era aquel triste rostro femenino en escorzo, totalmente bañado en lágrimas, con la cabeza inclinada hacia atrás y mirando hacia el techo. Por un momento le pareció que aquel sonido no había sido más que una alucinación, pero al instante se escuchó otra carcajada, acompañada de un hondo suspiro y seguida de otra nueva ristra de risas. Alcanzó la puerta a toda prisa. Estaba cerrada. Echó el cerrojo, pero luego pensó: «Mejor no».

—¡Basta ya! —gritó aturdido, y comprobó con espanto que apenas alcanzaba a escuchar su propia voz en medio de los gritos de ella. Tuvo intención de acercarse a ella y asfixiar aquel ruido insufrible con sus propias manos, pero se quedó inmóvil y presa del desconcierto, tan incapaz de hacerlo como si hubiese estado en llamas. Gritó «¡Basta ya!» del mismo modo que en medio de una pelea lo

gritan los hombres con el rostro encendido y los ojos totalmente abiertos, y ante la nueva ola de carcajadas se apartó de aquellos tres espejos a toda prisa, alejándose de la presencia femenina. Ella siguió riéndose y sollozando en medio de la quietud de aquella habitación.

Él reapareció a grandes pasos con un vaso de agua en la mano. Susurró:

—No es más que un ataque de histeria... Ya está bien... Te van a acabar oyendo... bebe un poco... —Ella lanzó hacia el techo una nueva carcajada—. ¡Ya está bien, cállate! —gritó.

Le tiró el agua a la cara poniendo en aquel gesto toda la brutalidad que había reprimido hasta ese punto, y le pareció que habría sido legítimo tirarle también el vaso. Consiguió contenerse, pero en su fuero interno estaba tan convencido de que era imposible detener aquellos demenciales alaridos que, cuando por fin percibió el silencio, no se le ocurrió pensar otra cosa que tal vez se había quedado sordo de pronto. Cuando comprobó que lo que sucedía era que estaba callada y tranquila, su sensación fue más bien la de que todo —la humanidad, los objetos, las sensaciones— había hecho un alto. Estaba dispuesto a mostrar gratitud. No se atrevía a apartar la mirada de ella, le daba miedo que se desbocara de nuevo, y es que aquella experiencia que acababa de vivir, por mucho que intentara restarle importancia, le había dejado en el cuerpo la desazón de un terror enigmático. Aquel rostro femenino chorreaba agua y lágrimas, tenía un mechón de pelo pegado en la frente y otro en la mejilla, el pelo despeinado, el sombrero indignamente ladeado y el velo mojado como trapo sobre la frente. Su aspecto externo era de un desarreglo completo. Con toda la compostura abandonada tenía esa fealdad de la verdad que sólo es posible apartar de la experiencia cotidiana gracias a un meticuloso cuidado en las apariencias. Desconocía el motivo por el cual al mirarla pensaba sin remedio en el día de mañana, y aquel pensamiento le producía una desolada sensación de cansancio, tenía miedo de afrontar el porvenir. ¡Mañana! Mañana quedaba tan lejos como ayer. En ocasiones entre dos amaneceres se producía una verdadera eternidad. Estudió aquellos rasgos femeninos como quien estudia un país olvidado. No estaba desfigurada, reconocía la geografía, por decirlo de alguna manera, pero lo que contemplaba no era más que una vaga semejanza de la mujer que había sido ayer... ¿o era tal vez algo más que la mujer de ayer? ¿Cómo podía saberlo? ¿Era tal vez algo nuevo? ¿Se trataba de una expresión nueva o de un cambio de matiz en una expresión conocida? ¿Se trataba de algo más profundo, de una antigua verdad que había sido desvelada por fin, una verdad esencial y esquiva, una certidumbre? De pronto tuvo conciencia de que estaba temblando con fuerza, y de que el tiempo

seguía transcurriendo, y de que en la mano tenía aún un vaso vacío. Sin dejar de mirarla con desconfianza alargó la mano para dejar el vaso vacío sobre el tocador y se llevó un susto al comprobar que atravesaba la madera. Lo había soltado antes de que alcanzara el borde. La sorpresa y el tintineo estridente lo llenaron de vergüenza; se enfrentó a ella fuera de sí:

—¿Y eso a qué ha venido? —preguntó furioso. Ella se pasó la mano por la cara tratando de incorporarse—. No te vuelvas a comportar de esa manera tan absurda. Te juro que nunca te creí capaz de olvidar tus modales hasta ese punto. — No hacía ni el menor esfuerzo por ocultar su desagrado físico porque le parecía censurable toda la escena—. Te aseguro que ha sido una situación realmente indigna, totalmente degradante.

Ella se levantó como si le hubiesen puesto un resorte, pero a continuación pareció indecisa. Él avanzó bruscamente hacia ella y ella se agarró al respaldo y se sobrepuso. Los dos se quedaron mirando fijamente e indecisos, y regresando poco a poco a la realidad de las cosas, aliviados y atónitos como si se hubiesen despertado en ese mismo instante de toda una noche de sueños febriles. Cuando vio que iba a despegar los labios, le dijo con rapidez:

—Te pido por favor que no enloquezcas de nuevo. Creo que al menos me merezco un poco de consideración... y te aseguro que me ha enfadado muchísimo tu indigna actuación de hace un segundo. Espero de ti mucho más, y creo que tengo derecho a... —Ella se apretó los puños contra las sienes y él añadió—: ¡Bah! Tonterías... Estoy convencido de que estás en condiciones de bajar a cenar. Nadie sospechará que ha sucedido algo, ni siquiera las criadas. ¡Nadie! Seguro que eres capaz...

Ella dejó caer los brazos sin fuerza y se le descompuso la cara. Lo miró intensamente a los ojos. Parecía incapaz de articular ni una sola palabra. Él frunció el ceño y añadió tiránico:

—Ésa es mi voluntad... Lo digo también por tu bien.

Estaba decidido a insistir en ese punto, y a no mostrar piedad. ¿Por qué no decía ella nada? Le dio miedo aquella resistencia pasiva. Ella tenía que... era necesario obligarla a bajar a cenar. Arrugó un poco más la frente, y ya estaba empezando a pensar en el recurso de ejercer la fuerza cuando ella respondió con voz templada:

—Sí, estoy en condiciones... —Y agarró de nuevo el respaldo. Él sintió en ese momento un descanso infinito y dejó de preocuparle su actitud femenina. Lo más importante de todo era que con aquel acto sencillo comenzaría de nuevo su vida, era algo que no se podía malinterpretar y que, gracias a Dios, no tenía ninguna implicación moral ni complejidad alguna, pero aun así simbolizaba una especie de armonía ininterrumpida del pasado... y también del futuro. En aquella mesa habían desayunado juntos esa misma mañana y hoy cenarían juntos de nuevo. ¡Todo había pasado ya! Aquel suceso se podía olvidar tranquilamente, debía olvidarse, como ese tipo de cosas que sólo suceden una vez en la vida, como la muerte, por ejemplo.

—Te espero abajo —dijo él abriendo la puerta. Le costó un poco hacerlo, porque había olvidado que la había cerrado con cerrojo. El contratiempo le pareció un poco irritante y la impaciencia que le había entrado por salir cuanto antes de aquella habitación le provocó vahídos mientras giraba la llave, consciente de que su mujer lo estaba observando a sus espaldas. La miró por encima del hombro y terminó—: Ya es un poco tarde, ¿sabes?

La encontró inmóvil en el mismo lugar en el que la había dejado, con el rostro blanco como el alabastro y perfectamente inmóvil, como si estuviera en trance.

Al principio le preocupó que se hiciese esperar, pero apenas tuvo tiempo de tomar aliento y ya estaba sentado a su lado en la mesa en su compañía. Estaba decidido a comer y charlar, a fingir que todo era de lo más natural. Le parecía imprescindible instaurar el teatro en su propia casa. Las criadas no debían saber nada, nadie debía sospechar. Aquel intenso deseo de reserva, de una reserva aplastante, totalizadora, oscura e ilimitada, lo había poseído con la fuerza de una alucinación, y hasta parecía estar extendiéndose sobre todos los objetos inanimados que habían sido hasta ese punto los silenciosos compañeros de su existencia. Le daba un sesgo de enemistad a todas las cosas que había almacenado entre aquellas leales paredes que se interponían ahora entre los hechos y el escándalo del mundo. Incluso en las ocasiones —como sucedió un par de veces— en los que las doncellas salían, él continuaba actuando de la manera más esmeradamente natural, fingiendo que tenía apetito, como si quisiera engañar también al armario negro de roble, a las cortinas, a las sillas de respaldos rígidos, tratando de hacerles creer a todos que vivía en una nube de felicidad. No confiaba tanto en que su mujer fuera tan capaz de tener control de sí misma, por eso evitaba mirarla y dirigirse a ella, para que no se delatara con algún gesto o alguna palabra, pero al rato le pareció que el silencio también tenía su peligro y que si era excesivo

podía tener el mismo resultado que los gritos. Ansiaba acabar con aquel silencio, lo mismo que se desea acabar con una confesión inconveniente, pero cuando recordaba los gritos y las carcajadas que se acababan de producir en la planta de arriba no se atrevía a darle oportunidad de despegar los labios. De pronto se oyó a sí mismo haciendo un comentario intrascendente. Apartó la mirada del centro del plato, tan nervioso como si se dispusiera a contemplar un milagro, porque lo cierto era que había pocas cosas tan milagrosas como la compostura que ella estaba demostrando. Observó esos ojos puros y el rostro cándido que había contemplado en ese mismo sitio todas las noches durante años, y escuchó aquella voz que había escuchado día tras día durante cinco años. Puede que estuviera un poco más pálida que de costumbre, pero también era cierto que uno de sus mayores encantos era precisamente su sana palidez. Puede que también tuviera el gesto un poco rígido, pero aquella impasibilidad marmórea, aquella soberbia altivez como de estatua cincelada por algún gran escultor amenazado de muerte por los mismos dioses, aquella impresionante quietud inmóvil de sus facciones siempre le había parecido que reflejaba toda la dignidad de aquella alma de la que hasta ese día él se había sentido el dueño único, como si se tratara de la cosa más natural. Aquéllos eran los signos externos que la diferenciaban de la chusma innoble que sufre, peca, fracasa y carece de todo valor más que el de ofrecer un contraste a los grandes espíritus. En cierta época el aspecto de su mujer lo había llenado de orgullo. Poseía toda la contundente armonía de la perfección y le espantaba comprobar que eso no había cambiado. Tenía ese aspecto, hablaba del mismo modo, precisamente de esa misma manera, hace un año, hace un mes... ayer mismo, cuando... Sucudiese lo que sucediese en su interior, su aspecto externo era el mismo. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué significaban ahora su palidez, su frente espiritual, su rostro inocente y sus ojos puros? ¿Qué había estado pensando de verdad durante todos aquellos años? ¿Qué había estado pensando ayer y hoy, qué pensaría mañana? Ahora sentía la necesidad de saber todas esas cosas... pero ¿cómo hacerlo? Le había mentado a él, al otro, a sí misma, lo más probable es que volviera a mentir... a mentirle a él. Su apariencia era una mentira, respiraba mentiras, vivía mentiras... siempre... e iba a seguir siendo así hasta el fin de los tiempos. Nunca podría saber lo que pensaba de verdad. ¡Jamás! ¡Jamás se lo diría nadie! Era imposible saberlo.

Dejó bruscamente los cubiertos sobre la mesa, como si hubiese tenido una iluminación gracias a la cual hubiese tenido noticia de un veneno en su comida y hubiese decidido para sí no volver a probar bocado en la vida. La cena proseguía en aquel salón que poco a poco había ido adquiriendo el calor de un horno. Sintió ganas de beber y eso fue lo que hizo, una y otra vez, hasta quedarse asustado de la cantidad de líquido que había ingerido, pero era sólo agua. Lo inquietó descubrir la inconsistencia de sus propias acciones, le atemorizaba la mala disposición de su

ánimo. Exceso de sentimiento, todo aquello no era más que exceso de sentimiento, y si había algo que decían sus convicciones es que cualquier exceso de sentimiento era malsano, moralmente infecundo y una mácula para la hombría. La culpa era de ella, sin duda, totalmente suya. Y su falta de dominio estaba resultando realmente contagiosa. Le inspiraba ahora pensamientos que no había tenido nunca, pensamientos terroríficos y enrevesados que minaban el corazón mismo de la vida, pensamientos parecidos al susurrado anuncio de la llegada de una peste que infundía el miedo hasta en el aire, en la luz, en la humanidad entera.

Las sirvientas se encargaban del servicio sin hacer ningún ruido, y, para poder evitar a su mujer, él las seguía con la mirada, primero a una y luego a la otra, sin llegar a distinguirlas bien. Se movían alrededor en silencio y no se podía ver cómo lo hacían porque las faldas les llegaban hasta el suelo, las veía deslizarse de un lado al otro, retroceder, aproximarse, con aquellos gestos precisos y vestidas de blanco y negro, sin ni siquiera una chispa de vida en la mirada, como dos marionetas de luto. Le parecía casi sospechoso aquel aire impasible e impostado, le resultaba hostil. Jamás en toda su vida le había pasado antes por la cabeza que pudieran importarle lo más mínimo los pensamientos o los sentimientos de aquellas criaturas. Tenía entendido que no tenían ambición, principios, elegancia ni valor, y, sin embargo, en aquel momento se rebajó a preguntarse cuáles eran los íntimos pensamientos del servicio. En varias ocasiones atacó con miradas furtivas a las dos, pero resultaba imposible saberlo. Puede que le cambiaran los platos, pero rodeaban totalmente su existencia sin rozarla. Qué doblez tan increíble. Mujeres. A su alrededor únicamente había mujeres, no había forma de saber nada. Por un momento sintió ese tipo de soledad feroz y angustiosa que a veces asalta al explorador solitario de un país ignoto. Qué alivio inmenso sería poder contar allí con la imagen de un rostro masculino, no importaba cuál. Si así fuera al menos podría entender algo... podría comprender... Decidió sobre la marcha que había que incluir a un hombre en el servicio. En cuanto tuviera la menor oportunidad, contrataría a un mayordomo. Finalmente, aquella cena que parecía haber durado dos horas, terminó y ese momento lo sorprendió, como si llegado a ese punto pensara que iba a estar sentado allí para siempre.

Pero en cuanto subió de nuevo, fue víctima de un destino fatal que le impidió sentarse. Ella se dejó caer en una butaca baja y, agarrando el abanico de marfil que había sobre la mesa auxiliar, y se protegió con él del calor de la chimenea. Las brasas estaban calientes, pero sin llama, y se recortaban en el rojo resplandor las siluetas de las barras verticales de la parrilla, negras y curvas, como si fueran las negras costillas sobrantes de un sacrificio ya consumado. Una bombilla colgada de una vara de cobre iluminaba desde el interior de una ancha

pantalla de seda; en medio de las sombras de la estancia, aquél se convertía en el centro desde el que, debido a la calidez de su tono, emanaba algo refinado, elegante e infernal. Se acompañaron los regulares y suaves pasos masculinos con el tic tac del reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea, como si el tiempo y él se hubiesen enzarzado en una pelea y recorrieran juntos, y lentamente el terreno que los separaba de cierta misteriosa meta.

Paseaba sin descanso de un lado a otro de la habitación, como un viajero que de noche persiste en una especie de peregrinación sin fin. La miraba de cuando en cuando. Era imposible saber nada. La exactitud de aquel pensamiento hacía que se condensara en su cerebro algo ilimitado e infinitamente rebuscado: la sutileza de toda una sensación, el origen indiscernible de su congoja. Aquella mujer lo había aceptado primero, luego lo había abandonado y finalmente había regresado a él, y de lo que en verdad había pasado por su cabeza él estaba condenado a no saber nunca nada. Nunca. Jamás, hasta la muerte... y no, ni siquiera entonces... ni en el Juicio Final, cuando se desvelaran todos los pensamientos, las acciones, los castigos y las recompensas, porque el secreto de los corazones estaba destinado a regresar al Creador del bien y del mal, el señor de todas las dudas y todos los impulsos.

Se detuvo a contemplarla. Estaba recostada con el rostro apartado de él, no se movía, podría haber estado dormida. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué sentía? Él se sintió, ante aquella inmovilidad y aquel silencio, como un prisionero con grilletes, insignificante e impotente a la vez. La furia que le provocaba su impotencia hizo nacer en su interior imágenes siniestras con ese tormento que en los momentos de angustia hace que los hombres murmuren amenazas o realicen gestos aterradores en la soledad de una habitación, pero aquella racha pasional cedió de nuevo y lo dejó temblando, con el mismo miedo pensativo de un hombre que se encuentra al borde del suicidio. La paz de la verdad y la serenidad de la muerte sólo se podían obtener cuando un hombre había despreciado con franqueza todas las ventajosas esclavitudes de la vida. Se dio cuenta de que ya no deseaba saber. Era mejor no saber. Todo había pasado ya. Era como si nunca hubiese sucedido y lo más correcto, tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista práctico, era que nadie lo supiera.

Habló de pronto, como si tuviera intención de acabar con una discusión:

—Lo mejor que podemos hacer es olvidar todo lo que ha pasado. —Ella se asustó un poco y cerró el abanico de un golpe. Él insistió como si estuviera hablando solo—: Así es... perdonar y olvidar.

—Yo nunca olvidaré —dijo ella con voz emocionada—, y jamás perdonaré.

—Pero si no puedes reprocharme nada... —dijo dando un paso hacia donde se encontraba ella.

Ella se levantó de un salto.

—¡No he venido a buscar tu perdón! —exclamó como si procurara librarse de una acusación calumniosa.

Él se limitó a contestar:

—¡Oh! —Y se quedó en silencio. No era capaz de entender a qué había venido aquella repentina e injustificada agresividad y estaba realmente lejos de sospechar siquiera que la causa de aquel irreprimible estallido de franqueza había sido el vago asomo de algo parecido a una emoción en sus anteriores palabras. No salía de su asombro, pero también es cierto que ya no sentía irritación. Parecía que estaba sencillamente paralizado ante la fascinación que provoca lo incomprensible. Ella seguía frente a él, alta y difusa como siempre, como un espectro negro alzado en medio del crepúsculo. A pesar de no tener ninguna seguridad sobre lo que iba a suceder si despegaba los labios, murmuró:

—Pero si mi amor es lo bastante fuerte... —Y dudó.

En medio de aquel silencio letal algo había chasqueado de una forma ruidosa. Ella acababa de romper el abanico. Uno tras otro cayeron dos pequeños trozos de marfil sobre la mullida alfombra, y él se agachó a recogerlos por inercia. Mientras lo hacía, pensó que aquella mujer tenía en sus manos un don que ninguna otra cosa de la tierra le podía ofrecer, y cuando se incorporó, su pecho estaba henchido de la convicción de que el enigma estaba a su alcance y que al mismo tiempo se le escapaba el misterio de su existencia: ¡su certidumbre, maravillosa e inmaterial! Ella se dirigió hacia la puerta y él la siguió, buscando tal vez una palabra mágica con la que resolver el enigma, que la obligara a entregarle ese don. ¡Pero no existía tal palabra! Aquel enigma sólo se podía resolver con sacrificio. El don del cielo está en las manos de todos, pero los dos se habían acostumbrado a vivir en un mundo que no sólo niega el enigma sino que no anhela más dones que los que se pueden comprar en el mercado. Ya casi había llegado a la puerta. Él se apresuró a decir:

—Te juro que te amaba... Te amo aún.

Hubo una pausa apenas perceptible en la que ella se detuvo para regalarle una mirada de indignación antes de reanudar su marcha. Era esa intuición tan natural en las mujeres —astutas y al mismo tiempo corrompidas por un instinto de defensa propia siempre dispuesto a presuponer una maldad intrínseca donde se encuentran con algo que son incapaces de comprender— la que hizo que sintiera de pronto una ira sin límites contra aquellos dos hombres que, frente a la lucha espiritual de sus sentimientos, sólo le ofrecían la tosquedad de un materialismo esquemático. En aquel desencanto le parecía que tenía odio suficiente como para repartirlo entre los dos. ¿Qué era lo que querían? ¿Y éste, qué quería ahora? Cuando se puso delante de ella impidiéndole abrir el picaporte se preguntó si era inexcusablemente tonto o sencillamente malvado.

Dijo nerviosamente y muy rápido:

—Te equivocas, no me has amado nunca. Buscabas una mujer... alguna... cualquiera que pensase y hablase y se comportase de determinado modo... de un modo que a ti te parecía digno de tu aprobación. Te amabas a ti mismo.

—¿No me crees? —preguntó él lentamente.

—Si hubiese creído que me amabas... —empezó ella con gran pasión, pero se calló de pronto; retomó el aliento con calma y, durante aquella pequeña pausa, sintió el zumbido de su propia circulación sanguínea en los oídos. Concluyó al final—: Si lo hubiese creído no habría regresado nunca.

Él continuó de pie con la mirada clavada en el suelo, como si no hubiese escuchado ninguna de esas palabras. Ella esperó. Tras un instante él abrió la puerta y en el descansillo se vio a la ciega mujer de mármol arrojada hasta la barbilla.

Parecía tan abismado en sus pensamientos que, a pesar de que ya se disponía a salir ella, se quedó extrañada al mirarlo. Mientras ella le había hablado, él había estado persiguiendo la solución a aquel enigma en el mundo de los sentidos y había ingresado de pronto en el mundo de los sentimientos. ¡No le importaba ya lo que ella hubiera hecho o dicho con tal de que, gracias al dolor causado por todas aquellas frases y acciones, él pudiera encontrar por fin la palabra mágica! ¡No es posible una vida sin fe y sin amor: fe en un corazón humano, amor a un ser humano! Ese don que, aunque sólo sea una vez en la vida, está al alcance hasta de los más indignos, abría de par en par las puertas del más allá, y cuando pudo intuir allí aquella certidumbre inmaterial y preciosa, se olvidó de inmediato de todas las insignificantes vicisitudes de la vida: el placer del

triunfo, el deleite del placer, todas las variables proteicas y seductoras de la avidez sobre el mundo material de placeres elementales. ¡Fe! ¡Amor! Se trataba de la clara fe inquebrantable de un espíritu humano, aquella gran ternura profunda como un océano, tan serena y eterna como la infinita paz del cosmos por encima de las ridículas y diminutas tempestades de la tierra. Era en realidad lo que había estado deseando durante toda su vida, pero lo entendía ahora por primera vez. Había llegado a poseer aquel conocimiento gracias a haberse puesto al borde de la posibilidad de perder a su mujer. ¡Ella tenía ese don! ¡Lo tenía! Y, entre todas las personas del mundo, ella era la única que podía entregarle aquel anhelo inmenso. Avanzó hacia ella extendiendo los brazos con intención de estrecharla, pero en cuanto alzó la mirada se encontró con un rostro tan consternado que dejó caer de nuevo los brazos como si se los hubiesen roto en el acto. Ella se alejó de él a toda prisa y medio se tropezó al cruzar el umbral. Se dio la vuelta hacia él al llegar al rellano. La cola de su vestido silbó al cortar el aire alrededor de sus pies. Mostraba un pánico indisimulado, resoplaba enseñando los dientes y mostrando su odio a la fuerza física, al desdén de la debilidad, a la eterna fijación en el sexo; todas aquellas cosas brotaron en un instante, como si se tratara de un muñeco con resorte.

—Todo esto es odioso —exclamó.

Él no se inmutó, pero tanto el rostro de ella como todos sus movimientos, y hasta el sonido de su voz, conformaban una espesa niebla que se interponía entre él y la visión que acababa de tener del amor y la fe. Se desvaneció; poco a poco fue regresando al mundo de los sentidos mirando aquel rostro tortuoso, aquella cara imperiosa y displicente. Su primer pensamiento nítido fue: «Estoy casado con esta mujer». Y el siguiente: «Jamás me entregará nada más que lo que veo en este instante». Sintió la necesidad de no ver, pero el recuerdo de una visión jamás abandona al visionario y eso lo impulsó a decir con la misma ingenua austeridad con la que un alarmado devoto acepta un nuevo credo:

—No tienes el don.

Le dio la espalda dejándola totalmente desconcertada, y ella fue subiendo con lentitud los escalones tratando de enfrentarse a la ingrata sospecha de que tal vez se había encontrado con algo más espiritual que ella misma, y más digno, profundo e incomprometido que sus propios sentimientos.

Él cerró la puerta de la sala y se dedicó a dar vueltas sin sentido, a solas en medio de aquellas sombras, como si lo hiciera en un refinado antro de perdición. Ella no tenía el don, nadie lo tenía. Pisó un libro que se había caído de una de las

mesillas. Lo recogió y se lo llevó hasta la lámpara con la pantalla carmesí. En aquel resplandor rojizo se fue revelando poco a poco la tonalidad rojiza de la portada y las letras doradas que estaban impresas sobre ella. *Espinas y arabescos*. Leyó el título un par de veces. *Espinas y ar...* Era el libro de poemas del otro. Lo dejó caer a sus pies, aunque sin sentir ninguna sensación de ira ni de celos. ¿Qué sabía él? ¿Qué? Las brasas crepitaron en la chimenea y volvió la cabeza para mirarlas. Aquel hombre había estado dispuesto a renunciar a todo por aquella mujer... que no había acudido... que no había tenido el suficiente valor, ni la fe, ni el amor para acudir. ¿Qué estaba esperando aquel hombre, qué era lo que deseaba? ¿Deseaba realmente a aquella mujer o sólo la preciosa e inmaterial certidumbre? El primer pensamiento generoso que salió de su inteligencia tenía como beneficiario precisamente al hombre que había estado a punto de causarle el peor perjuicio. Ya no sentía ninguna ira. Estaba triste, con una especie de tristeza impersonal, una enorme melancolía, como si toda la humanidad anhelara algo inalcanzable. Le pareció sentir una plena fraternidad con todos ellos, también con aquel tipo. ¿Qué estaría pensando ahora? ¿Habría dejado de esperar y desear? ¿Es que se dejaba alguna vez en la vida de esperar y de desear? ¿Comprendería al fin que aquella mujer que no había tenido valor suficiente no tenía tampoco el don? ¡No tenía el don!

Sonó el reloj de la sala e inundó la estancia con el eco de su vibración, como si se tratara de una campana que estuviera sonando a lo lejos. Contó las campanadas. Fueron doce. Comenzaba un nuevo día. Ya estaba allí el mañana, aquel mañana misterioso e hipnótico que conseguía engañar a los hombres que no creían ni en la fe ni en el amor y los hacía inquietarse por todos aquellos penosos bienes percederos que no tenían más recompensa que la tumba. Contó las campanadas y, mientras las contaba, dejó la mirada fija en las brasas como si estuviera esperando algo más. Luego, como si hubiese sentido la llamada de alguien, salió de la sala a paso rápido.

Ya afuera, sintió pasos en la planta inferior y se detuvo. Se oyó primero el chasquido de una cerradura y luego el de la otra. Cerraban y dejaban así todos sus anhelos y decepciones recogidos en la crítica de un mundo que sólo tenía alabanzas para quienes se mantenían inmaculados e intachables. Se encontraba a salvo. El aldabón se cerró y sonó la cadena. ¡Nadie lo sabría nunca!

¿Por qué motivo aquella garantía resultaba aún más pesada que el miedo y ese día que apenas acababa de comenzar le parecía de pronto el último de todos, como si ese hoy no tuviera mañana? Y sin embargo, nada habría cambiado en realidad porque nadie lo sabría, todo seguiría igual que antes: el triunfo, el deseo,

el placer de una ambición insaciable que encontraba su fruto todos los días, todos los placeres de la vida, todos ellos... Todos menos aquella certidumbre inmaterial y maravillosa, la certidumbre del amor y de la fe. En cierta época pensó que la sombra de aquella certidumbre siempre lo había acompañado, que era aquella presencia invisible la que dirigía su vida, y ahora que la sombra había surgido y se había desvanecido, era incapaz de acabar para siempre con el anhelo de conseguir la verdad de su substancia. Se trataba de un anhelo ingenuo y tan imperativo como las necesidades materiales en las que está fundada la existencia, pero, a diferencia de ellas, ésta era irrealizable. Era la tiranía de una idea que no toleraba tener rival, una idea solitaria, iracunda y peligrosa. Subió las escaleras con pasos lentos. Nadie lo sabría nunca. Los días seguirían transcurriendo como siempre y llegarían muy lejos. Puede que aquella idea fuese inconquistable, pero las personas no lo eran, ni la suerte, ni el mundo, ni las personas. La solemnidad de aquella perspectiva lo deslumbró de pronto, la brutalidad de aquel destino práctico que le aseguraba que sólo tenía sentido perseguir aquello que se podía obtener. Se detuvo a la mitad del tramo de escaleras. Ya habían apagado la luz del recibidor y abajo sólo brillaba una pequeña llamita amarilla. De pronto sintió un tremendo desprecio por sí mismo que sirvió de acicate. Retomó la marcha, pero cuando se encontró frente a la puerta del dormitorio matrimonial le tembló un poco la mano al extenderla para abrirla. Vio la cabeza de la sirvienta, que estaba en el rellano inferior cerrando las puertas. Dejó caer el brazo y pensó: «Esperaré hasta que se haya ido». Se escondió entre los pliegues de una *portière*.

La vio subir gradualmente, como si estuviera saliendo de un pozo. A cada peldaño que ascendía temblaba la frágil llama de la palmatoria frente a su cansado y joven rostro, y la oscuridad del recibidor parecía ir tras ella, pegada a su falda negra como si se tratara de una silenciosa inundación o como si la noche descomunal del mundo hubiese irrumpido en el interior de la casa, quebrando así la discreción de los muros, las puertas cerradas, las ventanas cubiertas por cortinas. Asaltaba los peldaños y subía por las paredes cual ola furiosa, cubría el azul del cielo, el amarillo de la arena, el sol de los paisajes, el patetismo de la juventud y la necesidad de la infancia. Absorbió el idilio amoroso que sucedía sobre una pequeña barca y la inmortalidad mutilada en famosos bajorrelieves. Brotaba desde el exterior, crecía en un destructivo silencio; en lo alto, la mujer de mármol, serena y ciega sobre su pedestal, parecía tratar de cerrarle el paso a la noche inexorable con un haz de luces.

Él contemplaba impaciente toda esa marea de impenetrables tinieblas como si sólo desease que cayera una oscuridad lo bastante negra como para encubrirlo. Aquella marea ya estaba cerca. El haz de luces se apagó. La sirvienta pasó a su lado

sin darse cuenta, y tras ella recorrió la pared la sombra de una mujer enorme. Cuando pasó la sirvienta él cerró los párpados y aguantó la respiración y tras su paso la marea tenebrosa del océano ocupó la casa, hizo un pequeño remolino a sus pies y a continuación lo cubrió hasta la cabeza.

Ya había llegado el momento, pero todavía no abrió la puerta de la habitación. Todo estaba en calma, pero en vez de ceder a las amables exigencias de la vida prefirió esconderse en las tinieblas de la casa. Era la estancia de una noche sin fin, parecía haber terminado ya el último de los días y haber sumido el mundo en una oscuridad sin mañana. La mujer de mármol se perfilaba con claridad con la forma de un paciente espectro que sostenía en mitad de la noche un haz de luces apagadas.

Su cerebro desplegaba frente a él un bosquejado cuadro de una vida en la que nada se había perdido, el prestigio y las ventajas de una posición exitosa, pero su rebelde corazón seguía palpitándole con violencia en el pecho enloquecido por aquel deseo de una certidumbre inmaterial y maravillosa, la certidumbre del amor y de la fe. ¿Qué sentido tenía refugiarse en la oscuridad de su casa si en el exterior brillaba aquel sol bajo el que los hombres podían sembrar y cosechar? Nadie lo sabría. Y así pasarían días, y más días, años... Recordó que la había amado. Pasarían años enteros... Pensó en ella como se piensa en los muertos, con una nostalgia tierna y el sueño que provoca recordar todas las cualidades idealizadas. La había amado, la había amado y nunca había sabido la verdad... Pasarían los años y él seguiría viviendo en la angustia de la duda... Recordó su sonrisa, su voz, sus silencios, y lo hizo como si la hubiese perdido definitivamente y sin remedio. Pasarían los años y siempre desconfiaría de esa voz, dudaría de aquellos silencios, sentiría desconfianza de aquella sonrisa y de aquellos ojos. ¡No tenía el don! ¡No tenía el don! ¿Qué era ella? ¿Quién era? Pasarían los años y también se extinguiría el recuerdo de este momento mientras compartía a su lado la tranquilidad de una vida sin tacha. Ella no tenía ni fe ni amor para nadie. Consagrarle a ella su fe y su amor era lo mismo que hacerle una confesión al universo, nadie respondería jamás, ni siquiera un eco.

En medio del sufrimiento provocado por aquella idea nació su conciencia: no era ese temor o remordimiento que crece y decrece lentamente ante la realidad del mundo, sino una divina sabiduría que brotaba de una forma madura, dispuesta a combatir la secreta vileza escondida en el corazón de los motivos. Se le hizo palpable con la evidencia de un rayo que el decoro no era un camino posible para alcanzar la felicidad. Fue una revelación terrorífica. Comprendió de pronto que nada de lo que conocía importaba lo más mínimo. Las acciones de los hombres

y de las mujeres, el éxito, la humillación, la honra, el fracaso... nada importaba. No era un problema de que hubiera más o menos sufrimiento, de esta alegría en concreto o de esa otra pena era una cuestión de verdad y mentira, de vida y muerte.

Se encontraba en medio de una noche de revelaciones, en la oscuridad que hacía que los corazones se pusieran a prueba, una noche aparentemente inútil para el trabajo de los hombres, pero durante la cual la mirada, como no estaba cegada por la luz del sol, podía conocer la luminosidad de las estrellas. Había cierta solemnidad en aquella total quietud que lo rodeaba, pero consideró que se parecía más a la engañosa calma de un templo consagrado a unos ritos satánicos. El silencio que reposaba entre aquellos muros hablaba de seguridad pero, por un momento, le pareció que lo único que hacía era encubrir una falacia rentable, ¡en realidad no era otra cosa que la prudente cueva de unos ladrones, una casa de lenocinio! Pasarían los años y nunca lo sabría nadie. ¡Nunca! Ni siquiera cuando llegara la muerte...

—¡Nunca! —gritó en medio de aquella noche de revelaciones.

Y dudó. También el secreto de los corazones, por muy espantoso que fuera para el ojo humano, se representaría siempre frente a la mirada del inescrutable Creador del bien y del mal, el Señor de las dudas y los impulsos. Ya había asistido al nacimiento de su conciencia, ahora escuchaba la voz y dudaba si rendirse o no a la fuerza fatídica del secreto de su corazón. Resultaba un enorme sacrificio arrojar su vida entera al fuego de aquella nueva fe. Pidió misericordia ante aquel decreto tan cruel de su redentor. Sintió la necesidad de una complicidad tácita y de buscarla en el lugar en el que no le había faltado nunca: la costumbre de tantos años. Puede que ella lo ayudara... Abrió la puerta y entró en la habitación con la furia de un fugitivo.

Se plantó en medio de la estancia sin haber visto otra cosa más que el brillo deslumbrante de las luces y, como si estuviera aislada y flotando frente a él, vio una cabeza femenina. Se había puesto en pie de un salto en cuanto lo vio entrar.

Se contemplaron mutuamente, mudos de asombro. El pelo de ella brillaba como oro bruñido deslizándose sobre su espalda. Él se asomó a la pureza insondable de su mirada. No había nada allí, ni mucho ni poco.

Murmuró confuso:

—Quiero sa... quiero saber algo.

Unas sombras cruzaron la luz pura de aquellos ojos, unas sombras de duda, de sospecha, la certeza de un antagonismo irresoluble, la desconfianza desatada por la defensa propia, el odio, un odio delirante y profundo que volcaba un esquemático materialismo en la trágica batalla de sus sentimientos.

—Alvan... no toleraré... —Comenzó a resoplar—. Yo también... Yo también tengo mi derecho a...

Él levantó el brazo con un aspecto tan amenazador que ella se asustó y retrocedió un poco.

Continuó con la mano en alto. Pasarían los años y él tendría que convivir para siempre con la pureza insondable de aquella mirada en la que ya brillaban el odio y la desconfianza. Pasarían los años y no llegaría a saber la verdad jamás... nunca confiaría. Pasarían todos aquellos años sin fe ni amor...

—¿Cómo puedes soportarlo? —gritó él como si tuviera la sensación de que ella le podía leer la mente. Tenía un aspecto realmente amenazador. Ella pensó en todo tipo de peligros, en la posibilidad de la violencia, y dudó de que hubiera en toda la tierra algo capaz de compensar una experiencia tan brutal. Gritó otra vez —: ¿Cómo puedes soportarlo?

Y sus ojos brillaron como los de un desquiciado. También brillaron los de ella, que no podía oír en realidad el clamor de los pensamientos masculinos. Sospechó que él había cambiado de parecer y que estaba teniendo un ataque de celos, o que trataba de hacer algún tipo de maniobra de distracción. Ella gritó exasperada:

—¡Puedo!

Él tuvo la sensación de estar sacudiéndose para romper unas cuerdas invisibles. Ella temblaba de pies a cabeza.

—¡Pues yo no! —gritó, e hizo un gesto brusco como si tratara de apartarla de una vez y abandonó la habitación a toda prisa. Cerró la puerta de un golpe brutal. Ella dio tres pasos hacia ésta, pero se quedó inmóvil con la mirada fija en aquellos paneles blancos y dorados. En el otro lado no se escuchaba ni un rumor, ni un murmullo, ni siquiera los pasos que recorrieron la mullida alfombra. Daba la sensación de que, en el mismo instante de salir por la puerta, él hubiese fallecido

de pronto: había muerto allí, y con su alma se había extinguido también su cuerpo. Ella aguzó el oído con los labios abiertos y la mirada incrédula. En ese momento escuchó a lo lejos, muy por debajo de ella, como si el ruido se hubiese producido en las mismísimas entrañas de la tierra, el tremendo golpe de la puerta al cerrarse, que hizo temblar aquella apacible casa de los cimientos hasta el techo como si se hubiese tratado de un trueno.

No regresó jamás.

JUVENTUD

Esta historia sólo podría haber ocurrido en un país como Inglaterra, en el que los hombres y el mar viven compenetrados: el mar está presente en la vida de la mayoría de los hombres y generalmente los hombres lo saben todo o casi todo sobre él, ya sea porque es su fuente de diversión, porque es su vía habitual de transporte o porque es el origen de sus ingresos.

Nos encontrábamos sentados con los codos apoyados en una mesa de caoba en la que se reflejaban nuestros rostros, la botella y las copas. Éramos un director de empresa, un contable, un abogado, Marlow y yo. El director había trabajado como grumete en el Conway, el contable había estado cuatro años en alta mar y el abogado —que pertenecía al partido conservador, a la Alta Iglesia y era el mejor amigo del mundo, el honor en persona— había sido oficial al servicio de P&O en aquella buena época en la que los barcos correo solían navegar por los mares de China con las velas desplegadas porque el monzón era apacible. Todos nos habíamos iniciado en la marina mercante y a todos nos unía ese sólido vínculo del mar y el compañerismo en un oficio que se refiere a la vida misma, y, por tanto, suele mantenerse al margen de los yates, los cruceros y otras cosas parecidas, que pertenecen al puro terreno de la diversión.

Marlow (me parece que es así como se pronunciaba su nombre) fue quien contó este relato, o más bien esta crónica de viaje:

—Conozco bien los mares orientales, pero el primer viaje que hice por aquella zona es el que mejor recuerdo. Todos sabéis a la perfección que hay viajes que parecen haber sido destinados para enseñarnos en qué consiste la vida. Son como un símbolo de la existencia. Te dedicas a trabajar, a luchar, a sudar, estás a punto de perder la vida intentando conseguir algo y sin embargo no eres capaz, no lo consigues. Y no es culpa tuya, sencillamente resulta que no puedes hacer nada, ni mucho ni poco, nada, ni siquiera eres capaz de casarte con una vieja solterona ni de llevar un cargamento de seiscientas toneladas a puerto.

»Fue un asunto memorable. Era mi primer viaje a Oriente y también mi primer viaje como segundo oficial; era también la primera vez que nuestro capitán

ejercía como tal, y la verdad es que ya era hora, porque tenía sesenta años o más; era un hombre pequeño y robusto, ancho de espaldas, aunque un poco encorvado, de hombros caídos y con una pierna más corta que la otra, y tenía ese aspecto un tanto deforme que con frecuencia tienen los hombres de campo. Podría haber partido nueces con la cara —la barbilla y la nariz parecían querer unirse sobre una boca hundida—, que enmarcaba una pelusa color gris acero como una cincha de algodón en rama que hubieran espolvoreado con ceniza. En medio de aquel viejo rostro brillaban dos ojos azules increíblemente parecidos a los de un niño y que tenían esa expresión ingenua y brillante que sólo algunos hombres consiguen sostener hasta una edad avanzada gracias al raro don de la sencillez de corazón y la rectitud de espíritu. Todavía no sé por qué me aceptó, es un misterio. Yo había ejercido de tercer oficial en un magnífico *clipper* australiano y al parecer él tenía cierta animadversión contra los *clippers*, los consideraba demasiado pretenciosos y aristocráticos. Me dijo: “Pues en este barco me temo que va a tener usted que trabajar”, y yo le respondí que eso era lo que había hecho en todos los barcos en los que había servido. “Ah —respondió—, pero esto es diferente y ustedes, los caballeros que vienen de esos grandes barcos... Pero vaya, me atrevería a decir que usted servirá. Venga mañana”.

»Y al día siguiente empecé. Todo esto ocurrió hace veintidós años y yo acababa de cumplir veinte. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Aquél fue uno de los días más felices de toda mi vida. ¡Había que verme! Segundo oficial por primera vez, un oficial con responsabilidades de verdad. Si me hubiesen ofrecido una fortuna a cambio de mi nuevo trabajo, no la habría aceptado. El segundo de a bordo me observó con atención. Él también era un hombre de edad, pero de otro tipo. Tenía una gran nariz romana, una barba blanca como la nieve y se llamaba Mahon, aunque quería que todos lo llamáramos Mann. Tenía buenos contactos, pero algo había debido de fallar en su trayectoria, porque no había conseguido hacer carrera.

»El capitán había hecho navegación de cabotaje durante muchos años, luego había viajado por el Mediterráneo y, al final, se había dedicado al comercio en las Antillas. Jamás había llegado a doblar los Cabos. Casi no sabía escribir y, desde luego, no tenía mucha afición por la escritura. No hace falta decir que los dos eran marinos extraordinarios, y que entre ellos me sentía como un niño pequeño entre dos abuelos.

»También el barco era viejo. Se llamaba Judea. Un nombre muy particular, ¿no es cierto? Su propietario era un hombre llamado Wilmer, Wilcox o algo parecido, pero como la empresa quebró y murió hace mucho tiempo su nombre no tiene demasiada importancia. El barco llevaba mucho tiempo anclado en Shadwell.

Os podéis imaginar en qué estado se encontraba. Allí no había más que herrumbre, polvo y mugre, la arboladura estaba inundada de ceniza y la cubierta, llena de porquería. Para mí fue lo mismo que salir de un palacio para meterme en una choza a punto de caerse. Desplazaba más o menos unas cuatrocientas toneladas de agua, la cabina era muy antigua, las puertas tenían aldabillas de madera y no había nada de bronce en todo el barco. La popa era enorme y cuadrada. Bajo el nombre escrito en grandes letras se veía un adorno de volutas en el que el dorado había desaparecido por completo y un escudo de armas con un lema que rezaba “Hacer o morir”. Me pareció que había allí cierto romanticismo, algo que hizo que le cogiera cariño a aquel viejo cacharro, ¡algo que me resultaba atractivo por mi juventud!

»Zarpamos de Londres en lastre —lastre de arena— y nos dirigimos a un puerto del norte para cargar carbón con destino a Bangkok. ¡Bangkok! Yo me sentía feliz. Llevaba seis años en el mar, pero lo único que conocía era Sídney y Melbourne, unas ciudades que tenían su interés... ¡pero Bangkok!

»Salimos del Támesis con viento en las velas y un piloto del mar del Norte a bordo. Su nombre era Jermyn y no paraba de entrar en la cocina a todas horas para secar su pañuelo en la estufa. Parecía que no dormía jamás. Era un hombre siniestro al que siempre le colgaba una gota de agua de la punta de la nariz y que, o había tenido problemas o los estaba teniendo en ese instante o aseguraba que los tendría en el futuro; no parecía a gusto si algo no iba mal. Desconfiaba tanto de mi juventud como de mi sentido común, así como de mi habilidad como marino, y trataba de demostrármelo siempre que tenía ocasión. Confieso que no le faltaba un poco de razón. En aquella época yo no sabía gran cosa y, aunque no sé mucho más ahora que entonces, puedo aseguraros que he conservado mi odio hacia aquel Jermyn intacto hasta el día de hoy.

»Estuvimos navegando durante una semana hasta la rada de Yarmouth y allí nos encontró un temporal, aquel célebre temporal que hubo hace veintidós años. Ocurrió de todo: viento, relámpagos, nieve y un mar espantoso. Volábamos arrastrados por el vendaval. Os haréis una idea de lo mal que estaban las cosas si os digo que se destrozaron las amuradas y la cubierta se nos llenó de agua. La segunda noche, el lastre se fue hacia la proa a sotavento y acabamos en el bajío de Dogger. No teníamos más remedio que bajar a la bodega a intentar enderezar el barco, así que nos metimos en aquella cala enorme con velas de sebo pegadas a los tablones mientras que el temporal seguía rugiendo allá afuera y el barco se movía de costado como si hubiese enloquecido por completo. Estábamos todos allí: Jermyn, el capitán, todo el mundo; casi no nos podíamos sostener en pie, pero

seguíamos cavando como enterradores lanzando a barlovento paladas de arena húmeda. Cada vez que el barco daba un pequeño tumbo, contemplaba vagamente bajo el resplandor de aquella débil luz cómo caían los hombres con las palas en las manos. Recuerdo que uno de los grumetes (llevábamos dos en el barco) se puso a llorar, sobrecogido por lo espectral que resultaba aquella escena a la vista. Lo oíamos llorar a moco tendido en algún lugar de la oscuridad.

»Al tercer día comenzó a amainar el temporal y nos enganchó un remolcador procedente del norte. ¡Al final tardamos dieciséis días en llegar desde Londres hasta el Tyne! Cuando por fin conseguimos llegar a la dársena ya había pasado nuestro turno de carga y nos llevaron hasta un muelle donde estuvimos atracados un mes. La señora Beard (ése era el apellido del capitán) vino desde Colchester para visitar a su viejo marido y se quedó a bordo. Se habían marchado los marineros y allí sólo quedábamos a bordo los oficiales, uno de los grumetes y el camarero, un mulato llamado Abraham. La señora Beard era una mujer mayor, tenía el rostro rojo y arrugado como una manzana de invierno, pero tenía una figura juvenil. En cierta ocasión me vio repasándome un botón y se empeñó en que le diera mis camisas para remendarlas. Era desde luego muy distinta de las mujeres de los capitanes de los *clippers* en los que había estado. Le llevé las camisas y lo primero que me dijo fue: “¿No me has traído los calcetines? Seguramente les vendrá bien un repaso y las cosas de John —el capitán Beard— ya están repasadas. Me gusta tener algo que hacer”. Que Dios tenga en su gloria a aquella vieja mujer. Mientras ella me repasaba la ropa, yo pude leer por primera vez *Sartor Resartus* y *La excursión a Khiva* de Barnaby. La verdad es que no entendí demasiado el primero, pero sí que me gustó más el soldado que el filósofo, una preferencia que luego la vida se ha encargado de confirmar. Uno era un hombre y el otro algo por el estilo. Sea como sea, están todos muertos, igual que también está muerta la señora Beard; y la juventud, la fuerza, la maravilla, los pensamientos, las victorias, la sencillez del corazón... todo está muerto, nada importa ya demasiado.

»Por fin nos cargaron. Llevamos una tripulación: ocho buenos marineros y dos grumetes. Una de aquellas noches salimos hasta las boyas del muelle con perspectivas de emprender el viaje al día siguiente. En cuanto amarramos el buque, salimos a cenar. Durante la comida, aquel viejo matrimonio, Mahon y yo no hablamos demasiado. Yo fui el primero en terminar y fui a fumar a mi camarote, que estaba en la zona de popa, sobre cubierta. Había pleamar y soplaba un viento suave que dejaba caer ráfagas de llovizna; las dobles puertas del muelle estaban cubiertas y los vapores entraban y salían con las luces encendidas, el ruido de hélices y el chirriar de instrumentos. Yo me encontraba mirando aquella procesión de luces resplandecientes por lo alto y luces verdes que brillaban por lo bajo en

medio de aquella noche, cuando de pronto vi un destello rojo que resplandeció frente a mí, volvió a aparecer y, a continuación, se quedó inmóvil. Me di cuenta de inmediato de que había un vapor muy cerca de la proa. Desde mi camarote grité con todas mis fuerzas: “¡Rápido, todo el mundo a cubierta!”, y escuché una voz en medio de la oscuridad que decía asombrada: “Deténgalo, señor”. A continuación se oyó una campana y la misma voz advirtiendo de nuevo: “Señor, vamos directos contra ese barco”. Como respuesta, lo único que se escuchó fue un seco: “Está bien”, y a continuación un ruido espantoso, el que produjo el choque de la proa del vapor contra nuestro aparejo delantero. Hubo una sucesión de gritos, carreras y gran confusión. Se oyó cómo salía el vapor y a alguien decir: “Todo en orden, señor...”. “¿Está bien todo el mundo?”, preguntó aquella voz ronca. Yo había subido para poder ver los destrozos y repliqué con fuerza: “Creo que sí”. “Orza la popa”, replicó aquella voz ronca. Comenzó a sonar la campana. “¿Qué vapor es éste?”, preguntó Mahon, pero en aquel momento ya se había convertido para nosotros en poco más que una sombra que se alejaba en la distancia. Respondieron gritando un nombre de mujer, Miranda, Melissa o algo parecido. “Esto nos va a obligar a estar otro mes en este asqueroso agujero”, comentó Mahon contemplando a la luz de un farol las amuradas completamente astilladas. “¿Dónde está el capitán?”.

»En todo ese rato no lo habíamos visto ni habíamos oído una sola palabra de su boca. Fuimos a la popa a echar un vistazo y una voz quejumbrosa que provenía de alguna parte del muelle nos gritó: “¡Eh, Judea, ¿cómo diablos habéis llegado hasta ahí?!”. “¡Eh!”, respondimos. “Estoy a la deriva en nuestro bote sin remos”, dijo. Uno de los barqueros nocturnos ofreció sus servicios sobre la marcha y remolcó a nuestro capitán hasta el barco, pero la señora Beard fue la primera en subir por la escala. Llevaban prácticamente una hora flotando en el muelle bajo aquella llovizna helada. Nunca había estado tan sorprendido en toda mi vida.

»Al parecer cuando el capitán escuchó mi grito de “¡Todo el mundo a cubierta!” entendió inmediatamente lo que acababa de suceder, le dijo a su esposa que lo acompañara, subieron a cubierta y bajaron el bote que estaba amarrado a la escalera. No estaba mal, la verdad, para un hombre que tenía más de sesenta años. Imaginaos a ese viejo llevando a su mujer heroicamente en los brazos, salvando al amor de su vida. Ya la tenía sentada en uno de los bancos cuando el cabo se soltó, nadie sabe cómo, y se alejaron del barco. Había tanta confusión que, como es lógico, no los oímos gritar. Cuando lo vimos parecía más bien avergonzado. Ella comentó con alegría: “Me imagino que ya no tiene demasiada importancia que haya perdido el tren”. “No, Jenny —respondió él—, ve abajo y entra un poco en calor”, refunfuñó el capitán; y cuando se hubo marchado nos dijo: “Un capitán

nunca debería estar con su mujer. Ahí me teníais, fuera del barco. Menos mal que no ha sido nada serio, veamos lo que nos ha roto ese maldito vapor”. No era gran cosa, pero provocó un retraso de tres semanas. Finalmente, como el capitán tenía muchas cosas que arreglar con los agentes, fui yo quien acompañó a la señora Beard hasta la estación de tren y la acomodó en un vagón de tercera. Ella bajó la ventanilla y me dijo: “Me parece usted un buen hombre, hágame un favor, si ve al capitán Beard de noche sin su bufanda recuérdeme de mi parte que tiene que llevar siempre la garganta bien abrigada”. “Por supuesto, señora Beard”, respondí. “Es usted un buen hombre; desde el primer minuto me di cuenta de lo educado que es usted con John —el capitán—”. El tren arrancó con brusquedad y yo me quité la gorra para despedirme de la anciana mujer. Nunca más la volví a ver. Pásame esa botella, por favor.

»Al día siguiente salimos a mar abierto. Habían pasado ya tres meses desde que zarpamos desde Londres hacia Bangkok. Al principio habíamos pensado que como mucho tardaríamos quince días.

»Estábamos en enero y el clima era espléndido: ese espléndido clima soleado de invierno que es más agradable que el de verano porque nadie se lo espera, es fresco y somos conscientes de que no durará mucho tiempo. Es como un regalo, un don, un golpe de suerte.

»El buen tiempo nos acompañó a lo largo del mar del Norte y también por el Canal hasta que nos encontramos a unas trescientas millas de las Lagarto; allí el viento cambió a sudoeste y se puso a soplar con fuerza. En dos días estábamos en medio de un temporal. El Judea subía y bajaba en medio del océano Atlántico como una caja de velas. El viento soplaba día tras día sin dar tregua, sin piedad y sin dejar ni un minuto de descanso. Para nosotros, el mundo no era más que una inmensidad de olas descomunales que nos acometían bajo un cielo sucio que daba la sensación de que se podía tocar con sólo estirar el brazo. Había en el aire casi la misma cantidad de espuma que de oxígeno. Durante días el único sonido a nuestro alrededor fue el aullido del viento, el tumulto del mar y el ruido que hacía el agua al pasar sobre la cubierta una y otra vez. Ni el barco ni nosotros tuvimos un respiro. El barco subía y bajaba hundiéndose a veces en la popa y otras en la proa, se agitaba tremendamente de babor a estribor, crujía, y teníamos que agarrarnos a lo que fuera cuando estábamos en cubierta y sujetarnos a las tarimas cuando estábamos abajo con el cuerpo tenso y la cabeza llena de inquietud.

»Una de aquellas noches Mahon se dirigió a mí a través de la ventanilla del camarote. Se abrió justo en la parte que estaba sobre mi cama, y en ese momento yo

me encontraba tumbado en ella sin poder dormir y sin haberme quitado siquiera las botas, sintiendo como si no hubiese dormido desde hacía años, y con la certeza de que no podría conseguirlo por mucho que lo intentara. Dijo muy inquieto: “¿Está la sonda por ahí, Marlow? No hay manera de arrancar las bombas. ¡Dios santo, te juro que no es broma!”.

»Le di la sonda y me volví a tumbar intentando pensar en otra cosa, pero no podía dejar de pensar en las bombas. Cuando subí a cubierta seguían trabajando con ellas. Bajo la luz de las linternas que habían subido a cubierta para poder trabajar vi los rostros serios y exhaustos de los hombres. Estuvimos bombeando cuatro horas sin parar. Toda la noche, todo el día, toda la semana, turno por turno. El barco seguía haciendo agua, no tanta como para hundirnos, pero sí para matarnos lentamente a fuerza de bombear y bombear, y a medida que nosotros bombeábamos el barco se iba haciendo pedazos: ya no quedaba ni rastro de las amuradas ni de los puntales, los ventiladores estaban aplastados y la puerta de cámara, desvencijada. En todo el barco no quedaba ni un solo lugar seco, había goteras por todas partes. La chalupa se convirtió en un trozo de madera sostenida por grapas. Yo mismo me había encargado de atarla y estaba orgulloso de que mi trabajo hubiese resistido durante tanto tiempo el efecto devastador del mar. No parábamos de bombear, con ese tiempo no podíamos descansar. El mar estaba blanco como si se tratara de una sábana de espuma, una olla llena de leche hirviendo, las nubes no se abrían por ninguna parte —no se veía en lugar alguno un agujero del tamaño de la mano de un hombre—, ni siquiera durante unos segundos. En nuestro mundo no había ni cielo, ni estrellas, ni sol, ni universo, nada aparte de un mar enfurecido y unas olas colosales. Turno tras turno lo único que hacíamos era bombear, luchar por salvar nuestras vidas, nos daba la sensación de llevar una eternidad encerrados en el infierno de los marineros. Ya no sabíamos qué día de la semana era, ni en qué mes estábamos, ni en qué año; prácticamente habíamos olvidado que en cierta ocasión habíamos vivido en tierra. Hacía tiempo que el viento había arrancado las velas y el barco flotaba de costado y no tenía más cubierta que un techo de lona. El océano no paraba de pasar una y otra vez por encima de él y nosotros nos sentíamos cada vez más indiferentes a todo. Seguíamos dándole vueltas al manubrio con la mirada aturdida. En cuanto subíamos a cubierta nos atábamos una cuerda, asegurábamos las bombas y el palo mayor y dábamos vueltas y más vueltas con el agua hasta la cintura, hasta el cuello. Se convirtió en una costumbre y olvidamos completamente qué se sentía al estar secos.

»Y en algún lugar de mi interior, pensaba: “¡Por Júpiter! Vaya una maravillosa aventura. Ésta es una de esas cosas que sólo se leen en los libros y la

estoy viviendo en mi primer viaje como segundo oficial, sólo tengo veinte años y aquí estoy, resistiendo igual que cualquiera de estos hombres que además están bajo mi mando”. Estaba exaltado; no habría querido cambiar aquella experiencia por ninguna otra en el mundo. Había momentos en que era presa de una auténtica euforia. Cada vez que la nave se alzaba con la proa hacia el cielo me daba la sensación de que en el aire quedaba inmóvil también un grito, una especie de llamada parecida a un desafío o a una invocación hacia aquellas nubes implacables, el grito de su lema: “Judea. Londres. Hacer o morir”.

»¡Oh, juventud! ¡Oh, fuerza contenida en ti, tu fe y tu imaginación! Para mí aquel barco distaba mucho de ser un contenedor que transportaba carbón de un extremo a otro del mundo, para mí se trataba de un experimento, de una prueba, de un ensayo, de la experiencia de mi vida. Cada vez que pienso en él, lo hago con placer, con cariño y con pena, como si se tratara de un familiar fallecido. Jamás lo olvidaré. Pásame la botella, por favor.

»Recuerdo una de aquellas noches en la que nos encontrábamos atados al palo mayor, bombeando en medio del atronador sonido del viento y sin fuerzas casi ni para desear la muerte, cuando una ola tremenda barrió la cubierta completa. En cuanto pude recuperar el aliento lo primero que grité fue: “¡Aguantad, muchachos!”, y de pronto algo duro que había sobre cubierta chocó contra mi pierna. Intenté recogerlo, pero no lo conseguí. Estaba tan oscuro que apenas podíamos vernos las caras a un metro de distancia, ya sabéis lo que es eso.

»Después del golpe el barco se quedó tranquilo durante unos instantes y aquella cosa volvió a chocar contra mí. Esta vez la pude agarrar, se trataba de una cacerola. Al principio estaba tan enloquecido por el manejo de las bombas y el aturdimiento que no entendí demasiado bien lo que tenía en la mano, pero de repente me di cuenta de todo y grité: “Muchachos, ha desaparecido el camarote alto. Dejad eso y vayamos a buscar al cocinero”.

»El camarote alto era el lugar en el que se encontraban la cocina y los camarotes de la tripulación. Como ya habíamos previsto que podía desaparecer en cualquier momento, la tripulación dormía en los camarotes bajos, el único lugar del barco que seguía siendo seguro. A pesar de todo, el estúpido de Abraham, el cocinero, se había empeñado en permanecer en su camastro, supongo que por una sencilla cuestión de miedo, como un animal que se empeña en permanecer en el interior de su establo durante un terremoto. Por esa razón tuvimos que ir a buscarlo. Realmente era jugar con la muerte, porque como no estábamos atados quedábamos tan expuestos como si nos hubiésemos encontrado a bordo de una

balsa. Aun así, fuimos. El camarote alto estaba destrozado, como si en su interior hubiese explotado una bomba. La mayoría de las cosas habían caído por la borda: tanto la estufa como los camastros de los hombres habían desaparecido, pero había dos postes que estaban sobre la zona en la que se apoyaba la tarima de Abraham y que seguían milagrosamente en pie. Buscamos entre los restos y allí encontramos a Abraham sentado encima de su camastro rodeado de restos y de espuma y hablando alegremente a solas consigo mismo. Había perdido la cabeza, se había vuelto completamente loco; no había sido capaz de aguantar aquella embestida brutal. Lo agarramos, arrastrándolo hasta proa y lo arrojamos de cabeza al camarote bajo. Pensad que no teníamos tiempo para tomar más precauciones ni para esperar a ver cómo se encontraba. Nos urgía regresar a las bombas. Aquel tema sí que no podía esperar, un barco que hace agua es algo inhumano.

»Alguien podría pensar que el único objetivo de aquel temporal fue el de volver loco a aquel pobre mulato. A la mañana siguiente empezó a amainar el temporal y, a medida que fue remitiendo, el barco dejó de hacer agua. Cuando se pusieron las velas nuevas la tripulación exigió regresar a tierra y en realidad poco podía hacerse aparte de eso. No teníamos más botes, la cubierta estaba masacrada, el camarote alto destrozado, los hombres sólo tenían la ropa que llevaban puesta, las provisiones se habían estropeado y el barco era prácticamente inutilizable. Pusimos proa hacia nuestra casa y —¿os lo podéis creer?— el viento empezó a soplar del este. Fresco y sin descanso. Tuvimos que conquistar el camino de vuelta centímetro a centímetro, pero el barco había dejado de hacer agua y el mar estaba relativamente calmo. No es fácil bombear dos horas de cada cuatro, pero al final conseguimos llevar el barco a flote hasta Falmouth.

»Las gentes de por allí se alimentan de las desgracias de los marinos, por eso se alegraron mucho de vernos. Los hambrientos carpinteros de la costa comenzaron a afilar sus herramientas en cuanto nos vieron aparecer por el horizonte y por Júpiter que hicieron negocio. Creo que el dueño tenía problemas económicos y hubo ciertos retrasos, pero finalmente se bajó la carga y se pudo calafatear el barco. Cuando terminaron los arreglos, llegó una nueva tripulación y partimos rumbo a Bangkok. Al final de la semana habíamos regresado otra vez. La tripulación decía que no estaba dispuesta a ir a Bangkok —un viaje que puede llegar a durar hasta ciento cincuenta días— en un barco en el que había que estar bombeando ocho horas de cada veinticuatro y la prensa náutica publicó de nuevo una nota que decía: “Judea. Bergantín. Tyne a Bangkok, carbón, llega a Falmouth haciendo agua. La tripulación se niega a continuar”.

»De nuevo retrasos y más arreglos. El dueño se plantó un día en el lugar y

dijo que el barco estaba perfectamente bien. Todas las preocupaciones y catástrofes habían convertido al capitán Beard en una especie de fantasma del capitán Geordie. Recordad que ya os comenté que tenía sesenta años y aquél era su primer mando. Mahon comentaba que aquel viaje era una locura y sólo podía terminar mal. Yo amaba aquel barco con todas mis fuerzas y nunca había tenido tantas ganas como entonces de partir hacia Bangkok. ¡Bangkok! No se me podía ocurrir un nombre que contuviera tanta magia como aquél. No se podía comparar ni siquiera con Mesopotamia. Recordad que yo tenía veinte años y era mi primer viaje como segundo oficial; Oriente me estaba esperando.

»Partimos. Echamos el ancla en la rada con una nueva tripulación a bordo, la tercera ya. El barco hacía más agua que nunca. Daba la sensación de que aquellos malditos carpinteros hubiesen estado haciendo agujeros en vez de taparlos. Aquella vez ni siquiera pudimos llegar a mar abierto. La tripulación sencillamente se negó a manejar el cabrestante.

»Cuando nos remolcaron a puerto ya casi nos habíamos convertido en un elemento típico del lugar, una especie de institución. La gente nos señalaba cuando aparecían visitantes y comentaban: “Y ahí está el bergantín que va a Bangkok, lleva seis meses aquí y ya ha regresado a puerto tres veces”. Cuando era día de fiesta y los niños se ponían a jugar entre los barcos nos saludaban: “¡Eh, Judea!”, y si alguno de nosotros asomábamos la cabeza nos preguntaban burlándose: “¿Adónde era que íbais? ¿A Bangkok?”. A bordo sólo quedábamos tres personas. El viejo capitán estaba melancólicamente encerrado en su camarote. Mahon se encargaba de la cocina y de pronto desarrolló un talento francés para preparar buenas comidas. Yo me encargaba de los aparejos con muy poca ilusión. Nos convertimos en nuevos ciudadanos de Falmouth. Todos los encargados de las tiendas nos conocían. Cada vez que íbamos al barbero o a comprar tabaco nos preguntaban con familiaridad: “¿Y creen que algún día llegarán ustedes a Bangkok?”. Mientras tanto, el armador y los fletadores seguían discutiendo en Londres y nosotros seguíamos cobrando... Pásame la botella, por favor.

»Era espantoso. Para la moral era casi peor que estar bombeando todo el día. Nos daba la sensación de que el mundo se había desentendido de nosotros, que no íbamos a llegar jamás a ninguna parte y que tendríamos que vivir para siempre en aquel lugar, como si hubiésemos sido víctimas de una maldición, siempre objetos de burla y escarnio de generación en generación para todos los ociosos de los muelles y los barqueros sin escrúpulos. Logré que me dieran un permiso de cinco días y que me adelantaran tres pagas y me fui a Londres. Tardé un día en llegar y casi otro entero en volver, y aun así me ventilé la paga de tres

meses. Todavía me pregunto qué hice con ella. Creo recordar que fui a un *music-hall*, que desayuné y cené en un restaurante muy elegante de Regent Street y que regresé a los cinco días con unas obras completas de Byron y una manta de viaje nueva. Así fue como voló mi paga de tres meses. El barquero que me trasladó hasta el barco me comentó: “Por aquí pensábamos que había huido usted para siempre. Ese trasto nunca llegará a Bangkok”. “Eso es lo que usted cree”, respondí con desprecio; porque la verdad es que aquella profecía no me hacía ninguna gracia.

»De pronto apareció una especie de agente con plenos poderes. Tenía la cara enrojecida de los que son muy bebedores y una energía tremenda, y era realmente simpático. Cuando llegó, el barco volvió de nuevo a la vida. Trajo una gabarra hasta el costado del barco, volcamos en ella el cargamento y nos llevaron de nuevo a dique seco. No era de extrañar que hiciera agua, el pobre barco apenas tenía costuras bajas debido al ajetreo del último temporal. Lo volvieron a cubrir de cobre y quedó tan impermeable como si se tratara de una botella. Regresamos a la gabarra y recibimos de nuevo nuestra carga.

»Y entonces, una preciosa noche de luna llena, todas las ratas abandonaron el barco.

»El barco estaba totalmente infestado. Se habían comido las velas y más víveres que una tripulación entera, habían compartido catre y peligros con nosotros y, ahora que por fin el barco estaba asegurado, decidieron que era buen momento para marcharse. Llamé a Mahon para que disfrutara tanto como lo estaba haciendo yo con aquella visión. Rata tras rata fueron saliendo todas por encima de la batayola; algunas se paraban un instante para echar un último vistazo atrás y de un saltito se dejaban caer en la gabarra. Al principio las sumábamos, pero enseguida perdimos la cuenta. Mahon comentó: “En fin, que no me venga a hablar nadie luego de la inteligencia de las ratas. Lo lógico habría sido que se hubiesen marchado antes, cuando estábamos a punto de hundirnos. Ahí tienes una prueba irrefutable de lo absurdo que es ese tópico. Abandonan un buen barco para cambiarlo por una vieja gabarra en la que seguramente no habrá nada de comer... ¡estúpidas ratas! No parecen saber mucho mejor que tú o que yo lo que les conviene”.

»Después de un rato de charla, llegamos a la conclusión de que tal vez la fama de inteligencia de las ratas pudiese ser un poco exagerada, aunque la de los hombres no le iba muy a la zaga.

»Todos conocían de sobra la historia de nuestro barco en el Canal, desde Land's End hasta Foreland, por lo que resultaba casi imposible conseguir una tripulación en aquella costa del sur. Al final nos tuvieron que enviar una tripulación entera desde Liverpool, y así fue como zarpamos una vez más hacia Bangkok.

»Nos encontramos con un mar en calma y viento a favor hasta el trópico. El viejo Judea iba avanzando pesadamente bajo la luz del sol. Si alcanzaba los ocho nudos, la arboladura entera se ponía a crujir y ahí nos sujetábamos a las gorras, pero lo normal era que fuéramos a una velocidad de unas tres millas por hora. ¿Qué más se podía pedir? El viejo barco estaba cansado. Su juventud había quedado donde ha quedado ahora la mía, donde han quedado las vuestras, compañeros, ¿quién que se llame amigo os podría echar en cara vuestros años y vuestro cansancio? No nos enfadábamos por eso. Al menos los que íbamos en popa casi teníamos la sensación de haber nacido y haber estado toda nuestra vida viviendo en aquel barco y no haber conocido ningún otro. Para mí habría sido igual que insultar a la vieja iglesia del pueblo en el que nací por no ser una catedral.

»En ese punto lo que me ayudaba a ser paciente era mi juventud. Frente a mí estaban Oriente y la vida entera, y el pensamiento de que en aquel barco se me había puesto a prueba y que había salido triunfante de ella. Y pensaba en los hombres del pasado que, hacía siglos, habían navegado por aquellas aguas con barcos no mejores que el nuestro, hacia la tierra de las palmeras, de las especias, de arenas doradas, de gentes bronceadas y gobernadas por reyes más crueles y violentos que el romano Nerón, más magnánimos que Salomón, el judío. El viejo barco avanzaba lentamente, sintiendo tanto el peso de los años como de la carga, mientras que yo me encontraba en la flor de la vida, inconsciente y esperanzado. Avanzaba atravesando el mar en una interminable procesión de días, y las palabras doradas de la popa parecían gritar sobre aquella descomunal extensión de mar: "Judea. Londres. Hacer o morir".

»Llegamos al océano Índico y desde allí tomamos rumbo hacia el norte, a Java. Teníamos buen viento y las semanas fueron pasando poco a poco. El barco navegaba despacio, hacer o morir, y la gente de nuestra tierra empezó a pensar que nos habíamos perdido.

»Recuerdo una tarde que estaba en mis horas de descanso y unos hombres me pidieron unos cubos de agua para lavar la ropa. Ya era tarde, por eso no me pareció conveniente desatornillar la bomba de agua potable, así que fui a la proa

silbando y con una llave en la mano para abrir las escotillas y poder sacar el agua de un tanque de reserva que teníamos allí.

»El olor que me llegó de la parte de abajo fue tan horrible como inesperado. Me produjo el mismo efecto que si hubiese habido cientos de lámparas de parafina echando humo en aquella bodega durante días. Me alegré de poder apartarme. El marinero que me acompañaba se puso a toser y comentó: “¡Qué olor más extraño, señor!”. Yo contesté con calma: “Al parecer es bueno para la salud”, y me dirigí hacia popa.

»Lo primero que hice fue meter la cabeza en el agujero de ventilación del barco. En cuanto lo destapé comprobé cómo salía por la abertura una especie de neblina. Un aire cálido, con un pesado olor a carbón y a parafina, ascendía. Aspiré bien y luego bajé la tapa con cuidado. No me apetecía asfixiarme. La carga estaba ardiendo.

»Al día siguiente, aquello se puso a echar humo de verdad. Os imaginaréis que el asunto era previsible, y, aunque el carbón que transportábamos era de un tipo bastante seguro, la carga se había movido tanto de un lado para otro que al final había acabado rompiéndose y tenía más aspecto de carbón pequeño de fragua que de otra cosa. Por si fuera poco, se había mojado en más de una ocasión. Cuando lo cargamos desde la gabarra había estado lloviendo y con el viaje se había acabado calentando, lo que había provocado un caso de combustión espontánea.

»El capitán nos llamó a su camarote. Sobre la mesa había extendido un mapa. Nos informó: “La costa de Australia está muy cerca, pero tengo intención de seguir hasta nuestro destino. Estamos en el mes de los huracanes, pero vamos a poner proa a Bangkok, así que luchemos contra el fuego. Ahora no podemos dar marcha atrás, aunque nos friamos todos; lo primero que tenemos que hacer es acabar con esa maldita combustión quitándole el oxígeno”.

»Y eso fue lo que intentamos. Lo cerramos todo, pero el humo seguía saliendo por todas las ranuras, por todas las mamparas; salía por aquí y por allá, en hilos finísimos, surgía de la forma más inverosímil. Consiguió llegar hasta los camarotes, hasta el castillo de proa, inundó todos los lugares que estaban a cubierto; se olía incluso desde lo alto del palo mayor, y si el humo seguía saliendo sólo podía ser porque el aire seguía entrando. Era deprimente. Aquella combustión se negaba en rotundo a que alguien la sofocara.

»Decidimos probar con agua y abrimos las escotillas. Hasta lo más alto del

mástil subió una nube de humo blanquecino, espeso, amarillento, grasoso, asfixiante. La tripulación se fue en bloque hacia la popa. La primera nube se diluyó por fin y entonces pudimos trabajar de nuevo con un humo que ahora no era más espeso que el de una chimenea de fábrica.

»Montamos la bomba, le pusimos la manga y estalló al poco tiempo. Lo cierto es que era casi tan vieja como el mismo barco, una manga antiquísima, imposible de reparar. En ese momento decidimos bombear con una bomba de aspiración y fuimos llenando cubos hasta que cubrimos una buena parte de la escotilla mayor con agua del océano Índico. El chorro brillaba bajo el sol por un instante y a continuación caía dentro de la capa de humo, sobre la superficie del carbón. El humo que ascendía se mezclaba con el vapor. Echábamos agua salada como si lo hiciéramos en un barril sin fondo. Al parecer nuestro destino en aquel barco era bombear, no importaba si era para sacar el agua de dentro hacia afuera o de afuera hacia dentro. Tras haberla sacado para evitar morir ahogados, ahora la metíamos para evitar morir quemados.

»Y así el barco seguía avanzando, hacer o morir, bajo un tiempo tranquilo. El cielo era todo un milagro de pureza, de un azul resplandeciente. Era como si hubiesen pulido el mar; estaba diáfano y resplandecía igual que una piedra preciosa desplegado hacia todos los puntos del horizonte igual que si toda la superficie terrestre fuera una joya, un zafiro colosal que hubiesen engarzado en el planeta. El Judea se deslizaba sobre el esplendor de aquellas aguas envuelto en sus asquerosos vapores de una forma lánguida, dejando tras de sí una nube pestilente que mancillaba tanto el mar como el cielo.

»Como es lógico, no vimos ningún incendio durante todo ese tiempo. El cargamento debía de estar consumiéndose en alguna parte del fondo. Hubo un día en el que Mahon me comentó con una media sonrisa sardónica: “Si por lo menos hiciese agua como la otra vez, el incendio se habría extinguido, ¿no te parece?”. Yo contesté del mismo modo: “¿Es que no te acuerdas de las ratas?”.

»Seguimos luchando contra el fuego mientras navegábamos igual que si no pasara nada. El sobrecargo cocinaba y nos atendía. De los doce hombres que restaban, había ocho que trabajaban mientras el resto descansaba. Cada cual tenía su turno, incluido el capitán. Si no había fraternidad, al menos sí había igualdad, y también buena voluntad. De cuando en cuando algún marinero echaba un cubo de agua por la escotilla y gritaba: “¡Viva Bangkok!”, y el resto de la tripulación lo celebraba con una risa, pero el tono general era melancólico y taciturno, teníamos sed. ¡Mucha sed! Teníamos que ser muy cuidadosos con el agua. Las raciones eran

muy severas, el barco seguía echando humo, el sol ardía... Pásame la botella, por favor.

»No hubo nada que no intentáramos. Incluso probamos a cavar para ver si así conseguíamos llegar hasta donde se encontraba el fuego. No lo conseguimos, claro. Nadie era capaz de estar allí abajo más de un minuto. Mahon, que fue el primero que lo intentó, se desmayó nada más bajar y lo mismo le sucedió al que fue a rescatarlo. Sacamos a los dos a rastras hasta la cubierta y yo bajé de un salto para demostrarle a todo el mundo lo fácil que era, pero los otros ya sabían lo que les esperaba, y al final me acabaron rescatando con un garfio atado a una escoba, eso creo. Ni siquiera me ofrecí para rescatar la pala que había llevado y que se había quedado allí abajo.

»La situación cada vez tenía peor pinta. Botamos la chalupa al agua y el segundo bote lo dejamos también preparado. Teníamos además un tercero de unos tres metros en el pescante de popa, en un lugar bastante seguro.

»Y fue entonces, mira tú por dónde, cuando empezó a desaparecer el humo. Volvimos a intentar con todas nuestras fuerzas inundar el fondo del barco y en dos días por fin conseguimos acabar completamente con el humo. Todo el mundo sonreía. Eso sucedió un viernes. El sábado nuestro trabajo se limitó a seguir navegando. Por primera vez en quince días, los hombres se pudieron lavar la cara y la ropa y lo celebramos con una comida especial. Se hablaba con desprecio de aquella combustión interna y todos daban a entender que eran capaces de acabar con cualquier tipo de combustión. La verdad es que todos nos sentíamos como si acabáramos de heredar una fortuna, pero aquel espantoso olor a quemado seguía impregnando todo el barco. El capitán Beard tenía la cara chupada y los ojos hundidos. Hasta ese momento nunca me había dado cuenta de lo flaco y encorvado que estaba. Mahon y él estaban comprobando los ventiladores y las escotillas. En ese momento me di cuenta también de lo viejo que estaba Mahon. En cuanto a mí, estaba feliz y orgulloso de haber contribuido a mi primera victoria en el mar. ¡Oh, juventud!

»Hizo una noche realmente hermosa, y a la mañana siguiente pasó frente a nosotros un barco que regresaba a la patria, el primero que veíamos desde hacía meses; pero nos estábamos acercando a tierra, y la isla de Java debía de encontrarse entonces a unas ciento noventa millas al norte. Al día siguiente yo tenía guardia de ocho a doce y a la hora del desayuno el capitán comentó: "Es increíble cómo todavía se siente ese espantoso olor de la bodega". Sobre las diez, y como el piloto estaba en popa, bajé un rato a la cubierta mayor. El banco del carpintero estaba tras

el palo mayor y, cuando me apoyé para fumarme una pipa, el carpintero, que era un chico joven, se acercó para charlar conmigo: “Me da la sensación de que lo hemos hecho muy bien, ¿no cree?”, y a continuación me di cuenta de que el muy estúpido estaba intentando inclinar el banco. Le dije bruscamente: “No haga eso, Chips”, y de pronto me invadió una sensación de lo más extraña, una sensación absurda: me dio la impresión de que estaba volando en el aire. A mi alrededor escuché algo parecido a una respiración reprimida cuando por fin se libera — como si mil gigantes hubiesen hecho al unísono “¡Ah!”, y sentí un golpe seco que me produjo un dolor en las costillas. Ya no tenía duda: estaba flotando en el aire, mi cuerpo estaba describiendo una corta parábola, pero a pesar de ser corta me dio tiempo a considerar varias cosas y, si no me equivoco, en este orden: “¿Qué ha pasado?”, “Ha tenido que ser un accidente”, “¿Un volcán submarino, quizá?”, “¡Carbón! ¡Gas!”, “¡Dios santo hemos volado!”, “¡Ha muerto todo el mundo, me estoy cayendo por la escotilla de popa, se ve el fuego ahí dentro!”.

»En el momento de la explosión, el carbón que había quedado suspendido por toda la bodega produjo un resplandor rojizo. En un pestañeo, una fracción de segundo desde que el banco se inclinó por primera vez, me encontré tendido sobre la carga. Me levanté a toda prisa y salí corriendo de allí. Fue tan rápido como un rebote. La cubierta estaba totalmente destrozada, como si se tratara de un bosque tras el paso de un huracán; por delante de mí se alzaba una inmensa pared de trapos sucios, se trataba de la vela mayor, que estaba absolutamente destrozada. Pensé: “Esos mástiles no van a tardar en caer”, y salí a gatas hacia la escalerilla de popa para evitar que me cayeran encima. Al primero que vi fue a Mahon. Tenía los ojos abiertos como platos, la boca abierta y el largo pelo blanco alrededor de la cabeza, como si se tratara de un halo de plata. Se disponía a bajar cuando aquella visión de la cubierta principal moviéndose y alzándose, hecha añicos delante de sus propios ojos, lo dejó detenido en lo alto. Lo miré sin poder creer lo que estaba sucediendo y él me devolvió una mirada cargada de asombrada curiosidad. Yo no sabía que me había quedado sin pelo, ni cejas, ni pestañas, que mi joven bigote estaba calcinado ni que tenía una herida en la mejilla, un corte en la nariz y la barbilla ensangrentada. Mi gorra había desaparecido, al igual que una de las zapatillas, y tenía la camisa hecha pedazos. Todavía no me había percatado de nada. Lo que me maravillaba era que el barco siguiera a flote, que la cubierta de popa no hubiese reventado también y, por encima de todo, que aún hubiera gente viva a mi alrededor. La paz del cielo y la serenidad del mar resultaban también de lo más extraño. Me imagino que lo que yo esperaba era verlos retorcidos de dolor... Pásame la botella.

»Había una voz que llamaba al barco desde algún lugar indeterminado,

desde el aire, el cielo, qué sé yo. No tardé en ver al capitán, que estaba enloquecido. Me preguntó muy nervioso: “¿Dónde está la mesa del camarote?”. Y cuando escuché aquella pregunta me puse realmente nervioso. Espero que me entendáis: acababa de volar por los aires hacía un instante y aún no me acostumbraba a la idea de seguir vivo. Mahon empezó a golpear fuertemente el suelo con el pie gritando: “¡Por Dios! ¿Pero es que no se da cuenta de que ha reventado la cubierta?”. Recuperé la voz y tartamudeé como si fuera consciente de que había incumplido algún deber. “La verdad es que no sé dónde está la mesa”, respondí. Era como estar en medio de un sueño delirante.

»¿Sabéis lo que pidió a continuación? Orientar las vergas. Se dirigió a nosotros con toda la calma del mundo y nos dijo que había que poner en cruz las vergas del trinquete. “La verdad es que no sé si hay alguien vivo”, replicó Mahon a punto de echarse a llorar. “Estoy seguro —respondió el capitán— de que habrá suficientes como para cruzar las velas del trinquete”.

»Al parecer, cuando la sacudida lo tiró al suelo, el viejo se encontraba en su camarote dando cuerda a los cronómetros. Luego contó que en aquel momento pensó que el barco había chocado contra algo y por eso salió a toda prisa. Al salir vio que la mesa del camarote había volado. En realidad había volado la cubierta entera, por eso la mesa había caído en medio del pañol. En el lugar en el que habíamos desayunado esa mañana ahora lo único que se veía era un enorme agujero. Aquello le pareció tan sorprendente que todo lo que vio y le contaron después le pareció insignificante en comparación. Y fijaos que al instante se percató de que no había nadie en la rueda del timón y que el barco iba a la deriva; su única obsesión era llevar aquel cascarón hecho añicos, sin cubierta y que echaba humo por los cuatro costados a su destino: ¡Bangkok! Eso era lo única que tenía en mente. Aquel hombre pequeño, encorvado, envejecido y deforme tenía una sola idea fija en la cabeza y aquella fijación lo hacía grandioso. Nos llevó a todos a proa y él mismo se encargó de llevar el timón.

»Y efectivamente, eso fue lo que hicimos: ¡orientar las vergas de aquel cascarón! No había nadie muerto ni inválido, pero no había nadie en el barco que no estuviera más o menos herido. ¡Tendríais que habernos visto! Los había que estaban cubiertos de harapos, otros llevaban las caras más negras que deshollinadores y parecía que llevaban las cabezas rapadas al cero, aunque en realidad estaban chamuscadas hasta la piel. Otros, que estaban descansando de su guardia y que, al despertar, se encontraron volando por los aires, tiritaban sin cesar y gemían; pero todos trabajaron. Aquella tripulación de Liverpool la formaban hombres recios. Mi experiencia es que siempre lo han sido. El mar otorga además

su propia reciedumbre: la inmensidad, la soledad que rodea a esas almas imperturbables. ¡Ah! Nos tropezábamos unos con otros, andábamos a gatas, nos caíamos, nos dejábamos la piel entre los restos, íbamos arrastrando las cosas, los palos se sostenían pero no sabíamos hasta dónde se habían carbonizado por la parte de abajo. El mar estaba tranquilo, pero desde el este nos llegaba una nueva marejada. Los palos se podían venir abajo a la mínima de cambio; nosotros los mirábamos con temor porque era literalmente imposible saber hacia dónde podrían caer.

»Después de aquello nos retiramos a la zona de popa y lo observamos todo desde allí. La cubierta era un caos: tablones de canto, otros de punta, astillas por todas partes y madera destrozada. En medio de aquello, los mástiles se alzaban como si estuvieran en medio de una densa maleza. Inmersa en aquella masa de caos y restos había una sustancia blancuzca, viscosa y movediza que tenía el aspecto de una niebla grasienta. El humo de aquel fuego invisible había comenzado a ascender otra vez y se expandía como la bruma en un valle desolado y cubierto de madera muerta. Entre la masa de astillas de pronto empezaron a brotar algunas pequeñas llamas. Por todos lados se veían pequeños trozos de madera que parecían postes. Casi toda la baranda había salido despedida y el cielo azul brillante asomaba al otro lado de la sucia lona. Un fragmento de tablones medio unidos había caído por encima de las batayolas y uno de los extremos asomaba como si fuera un pasamanos hacia el infinito, tendido sobre el mar, como si nos invitara a todos a dar un paseo sobre esa plancha y acabar de una vez con nuestros ridículos problemas. Y en medio de todo había algo en el aire, un fantasma tal vez, algo invisible que seguía llamando al barco.

»Alguien tuvo de pronto el sentido común de mirar hacia abajo, hacia el mar, y vimos allí al timonel, que trataba de regresar. Con la explosión había saltado al agua. Gritaba y nadaba a toda prisa como si fuese un pequeño tritón, a la zaga del barco. Le lanzamos un cable y al minuto siguiente ya estaba entre nosotros chorreando agua y exhausto. El capitán había cedido su puesto a otro al mando del timón y en ese momento miraba pensativamente el mar un poco apartado de nosotros. Nos preguntábamos unos a otros: “¿Y qué va a suceder ahora?”. Yo pensaba para mí mismo: “Esto es fantástico, es maravilloso... Me pregunto qué va a ser ahora de nosotros”. ¡Oh, juventud!

»En ese momento, Mahon divisó un vapor a lo lejos. El capitán Beard comentó: “Puede que todavía podamos hacer algo con el barco”. Izamos dos banderas que significaban en código marítimo: “Fuego a bordo” y “Necesitamos ayuda inmediata”. El vapor nos respondió al instante con dos banderas en el

trinquete: "Vamos en su ayuda".

»Media hora después se encontraban a nuestro lado con las máquinas apagadas y balanceándose levemente. Perdimos las formas y nos pusimos a gritar todos al mismo tiempo: "Ha habido una explosión". Un hombre con un casco blanco nos gritó desde la otra cubierta: "¡De acuerdo, de acuerdo!". Sonreía y hacía señales para que nos tranquilizáramos. Echaron al agua uno de sus botes y al poco rato ya navegaba hacia nosotros con sus largos remos. Había cuatro marineros en él. Era la primera vez en mi vida que veía marineros malayos. Luego he tenido muchas ocasiones de conocerlos, pero en aquel momento me llamó la atención su indiferencia, se detuvieron a nuestro lado y ni siquiera el timonel se dignó a levantar la cabeza. En mi opinión, unas personas que acababan de sufrir una explosión merecían más consideración.

»Uno de ellos, delgado como un palo y ágil como un mono, subió a bordo trepando. Se trataba del piloto del vapor; echó un vistazo y gritó: "Lo mejor que pueden hacer es dejarlo".

»Nos quedamos en silencio. El piloto estuvo un rato a un lado charlando con nuestro capitán; daba la sensación de estar discutiendo con él. A continuación los dos se fueron juntos al vapor.

»Cuando regresó nuestro capitán supimos que el nombre del vapor era Sommerville, que su capitán era el señor Nash y que iba de Australia a Singapur vía Batavia con correo. Habían acordado que nos remolcarían a Anjer o Batavia, donde podríamos intentar apagar el fuego barrenando el barco, y desde allí seguiríamos hasta Bangkok. El viejo parecía muy emocionado. "Todavía lo podemos lograr", le dijo a Mahon, y levantó un puño al cielo. Nadie se atrevió a añadir ni una palabra.

»A mediodía el vapor nos empezó a remolcar. Avanzaba altivo y firme, mientras que los restos del Judea le iban a la zaga con ayuda de un cable remolcador de sesenta brazas y dejando una nube de humo por encima de sus mástiles. Subimos a ellos para aferrar bien las velas. ¿Os imagináis la escena, todos subidos a los mástiles y afianzando las velas de aquel barco que parecía condenado a no llegar a ningún lugar? No había ni un solo hombre que no estuviera temiendo en aquel instante que los mástiles se hundieran en cualquier momento. Desde arriba no se podía ver el buque por la cantidad de humo y nosotros trabajábamos con esfuerzo. "¡Atadlas bien!", gritaba Mahon desde cubierta.

»¿Lo veis? No creo que ninguno de los hombres que nos encontrábamos allí pensara que iba a bajar de una manera normal. Cuando por fin lo hicimos escuché cómo se decían unos a otros: “Pensé que íbamos a caer con los mástiles directamente al mar, con la vela y todo”. “Eso creía yo también”, decía el otro, que había sido golpeado, agitado y venteado tanto como un espantapájaros. Hay que recordar que eran hombres que no estaban demasiado acostumbrados a obedecer. Si los hubiese visto alguien que no supiera nada, habría pensado de inmediato que se trataba de un grupo de pícaros. ¿Cómo conseguí que me obedecieran cuando les ordené dos veces que desplegaran una vela y la volvieran a doblar con más cuidado? ¿Cómo lo hice? Yo no tenía ninguna reputación de marinero, no tenía oficio ni me elogiaban demasiado. Tampoco lo hicieron por sentido del deber: todos eran especialistas en eludir sus obligaciones cuando querían, y normalmente era lo que querían. ¿Acaso estaban a bordo de aquel barco por las dos libras y diez peniques que cobraban al mes? Les parecía que no cobraban ni la mitad de lo que se les debía en justicia. No, en realidad se trataba de algo que había en su interior, algo innato e inmortal. No me atrevería a afirmar que no ocurriese lo mismo con una tripulación de marineros franceses o alemanes; lo que sí dudo es que aquéllos lo hubiesen hecho de la misma manera. Había cierta integridad, algo como un principio, una maestría, la manifestación de algo secreto y escondido, esas nociones del bien y del mal que provocan que las diferencias sean tan radicales entre las naciones y que en muchos casos forjan sus destinos.

»Esa misma noche, sobre las diez, vimos el fuego por primera vez. La velocidad del remolque estaba actuando como un fuelle sobre aquella ruina humeante. En la proa un fulgor azul brillaba bajo los destrozos de la cubierta. Parecía moverse y arrastrarse como la luz de una luciérnaga. Yo fui el primero que se dio cuenta y se lo dije a Mahon. “En ese caso no hay solución —respondió—. Tenemos que suspender inmediatamente el remolque o todo empezará a arder de proa a popa antes de que tengamos tiempo incluso de salir del barco”. Nos pusimos a gritar y a hacer sonar las campanas para que los del otro barco se detuvieran, pero no nos vieron y continuaron remolcándonos. Mahon y yo nos vimos obligados a gatear hasta la proa y cortar el cable del remolque con un hacha. No tuvimos tiempo de soltar amarras. Bajo nuestros pies, en aquel césped de astillas, brotaban lenguas de fuego mientras tratábamos de regresar a popa.

»Como es lógico, en el vapor se dieron cuenta inmediatamente de que se había soltado el cable. El vapor pitó con fuerza, barrió con sus luces un círculo muy amplio, y se acercó de nuevo hasta nosotros. Todos nos encontrábamos apiñados en la popa contemplando el barco. Cada uno de los marineros había rescatado una bolsa o algún pequeño hatillo. Una llama en forma de cono y trenzada en lo alto

surgió de la proa y comenzó a reflejar su luz sobre el mar. En medio de aquella luminaria flotaban los dos barcos el uno al lado del otro. Hasta aquel momento, el capitán Beard había estado sentado en una de las jaretas tranquilamente, pero en aquel instante se levantó y se acercó hasta nosotros. El capitán Nash nos gritó: “¡Vengan rápido! Tengo los sacos de correo a bordo, los llevaré a todos ustedes y sus botes hasta Singapur”.

»“¡Gracias, pero no! —respondió nuestro capitán—. Nuestra obligación es contemplar el fin de este barco”.

»“Yo no puedo quedarme más tiempo —gritó nuestro remolcador—, ya sabe cómo es el correo”.

»“De acuerdo, no se preocupe”.

»“Está bien, informaré de su situación cuando llegue a Singapur... ¡Adiós!”.

»Hizo un gesto de despedida con la mano. Nuestros marineros dejaron caer sus bultos en silencio. El vapor se adelantó un poco, a continuación atravesó el círculo de luz y desapareció de nuestra vista, refulgiendo por el fuego que ardía intensamente. En ese momento supe que iba a llegar a Oriente por primera vez como capitán de un pequeño bote. Me pareció muy bien, como también me pareció muy bien mantenerme fiel al viejo barco. Teníamos que acompañarlo hasta el final. ¡Oh, juventud! ¡Oh, ese fuego de la juventud que refulgía incluso más que las llamas de aquel barco, que arrojaba una mágica luz sobre la tierra y se alzaba con audacia hacia el cielo para, al fin, acabar sofocado por el tiempo, más cruel, más despiadado y más amargo que el mar... del mismo modo que las llamas de aquel barco, también la juventud estaba rodeada por una noche impenetrable!

—El viejo nos advirtió, con aquella forma de hablar tan suya, entre amable y seca, que nuestra obligación con los aseguradores era intentar salvar la mayor parte de aparejos posible. Así fue como nos pusimos manos a la obra en popa mientras la proa estaba en llamas, iluminándonos. Recogimos un montón de chatarra inútil. ¿Qué se nos quedó atrás? Un viejo barómetro con una cantidad absurda de tornillos casi me costó la vida. De pronto me vi envuelto en una ráfaga de humo tremenda y al final me salvé de milagro. Recogimos víveres, rollos de lona, cuerdas; la popa tenía el aspecto de un mercadillo marino y los botes iban cargados hasta los topes. Daba la sensación de que el viejo quisiera llevarse consigo todos los recuerdos posibles de su primer mando. No decía ni una palabra, pero era evidente que estaba enloquecido. ¿Podéis creerlo? Se quiso llevar un trozo de

calabrote y un ancla de la chalupa. Le contestamos: «Sí, señor», pero en cuanto se dio la vuelta lo tiramos todo por la borda. El mismo rumbo tomaron un botiquín pesadísimo, dos bolsas de café verde, latas de pintura —¡imaginaos, pintura!—, y no sé cuántas cosas más. Luego me dieron la orden de que llevara a dos hombres para estibar los botes y dejarlos preparados para cuando fuera necesario abandonar el barco.

»Lo dejamos todo en su sitio, pusimos el mástil en la chalupa en la que iría el capitán y di las gracias por poder sentarme un segundo. Tenía el rostro completamente en carne viva, me dolían todas las articulaciones como si me las hubiese roto, sentía todas y cada una de las costillas, y habría jurado que me había torcido la columna. Los botes seguían atados a popa y estaban en sombra. Alrededor podía verse el resplandor del mar iluminado por el fuego. De la proa salía una llama recta y clara que brillaba con furia y hacía ruidos como zumbidos de alas y un sonido parecido al de un trueno. Se oyeron crujidos, chasquidos y crepitaciones, y el cono de la llama se elevó hacia lo alto, porque el hombre ha venido a este mundo para tener problemas, para ir a flote de barcos que se hunden y de barcos que acaban ardiendo.

»Lo que más me molestaba era que, como el barco estaba de costado a la marejada, el viento que había —una leve brisa en realidad— hacía que los botes no se quedaran junto a la popa, donde habrían estado a salvo, sino que se empeñaban una y otra vez, con esa cabezonería tan típica de los botes, en torcer hacia el costado. Chocaban peligrosamente y se acercaban al fuego mientras el barco seguía balanceándose y, como es lógico, existía el peligro de que los mástiles se nos vinieran encima en cualquier momento. Utilizando los remos, los marineros y yo hacíamos lo que podíamos para mantenerlos en su lugar, pero comenzó a ser un poco frustrante estar haciéndolo constantemente, porque lo cierto era que ya no quedaba ni una razón para no abandonar el barco de inmediato. No podíamos ver a los que continuaban a bordo ni saber por qué se retrasaban. Los marineros no paraban de maldecir y me vi obligado no sólo a hacer mi trabajo, sino a estar constantemente pendiente para que ellos no dejaran de hacer el suyo y las cosas desatendidas.

»Al fin grité: “¡Eh, los de arriba!”. Alguien se asomó a un costado. “Ya estamos preparados por aquí”, dije. Aquella cabeza desapareció y al poco rato volvió a aparecer: “El capitán dice que de momento está bien así y que os limitéis a mantener los botes alejados del barco”.

»Pasó media hora más. De pronto hubo un ruido descomunal, traqueteos,

ruido de cadenas, silbidos de vapor y millones de chispas dentro de una enorme columna de humo que se elevaba por encima del barco. Se habían quemado las serviolas y las dos anclas, al rojo vivo, se habían ido al fondo, llevándose con ellas ciento cincuenta metros de cadenas también al rojo vivo. El barco se puso a temblar, la masa de llamas se inclinó como si también ella fuese a precipitarse al mar y el mástil de proa se cayó de un golpe. Se desplomó como si se tratara de una flecha de fuego, se sumergió en el acto y reapareció a una distancia de los botes que no superaba un remo, flotando con calma sobre el mar oscuro. Yo grité otra vez a los marineros de cubierta. Después de un rato apareció alguien que me dijo con un tono extrañamente alegre, aunque apagado, como si tratara de hablar con la boca cerrada: “Enseguida vamos, señor”, y desapareció. Durante otro rato lo único que se escuchó fue el zumbido del fuego y silbidos. Los botes daban saltos tirando de las bozas, se acercaban unos a otros como si jugaran, y hasta se agolpaban contra el costado del barco a pesar de que estábamos muy pendientes. Ya no aguantaba más. Subí por una de las cuerdas y trepé a bordo hasta la popa.

»Había tanta luz como si fuera pleno día. Como había entrado de aquella forma en el barco, el fuego me dio en plena cara y me pareció una visión terrible, aparte de lo insoportable del calor. El capitán Beard estaba dormido sobre un camastro que había sacado de la cámara, con las piernas recogidas y un brazo por debajo de la cabeza, iluminado por las llamas. ¿Y sabéis lo que estaba haciendo el resto de la tripulación? Estaban todos sentados en la cubierta de popa alrededor de una caja abierta, comiendo pan con queso y bebiendo cerveza de malta.

»Al fondo, las llamas se retorcían salvajemente, formando lenguas que se alzaban por encima de sus cabezas, parecían sentirse en casa, como salamandras o una banda de piratas desesperados. El fuego se reflejaba en sus ojos y en los trozos de piel que se veían entre los rotos de sus camisas. Todos tenían alguna señal de la batalla —cabezas vendadas, brazos en cabestrillo, vendas sucias alrededor de la rodilla— y también una cerveza entre las piernas y un trozo de queso en las manos. Mahon se puso en pie. Con aquel aspecto hermoso y descuidado, su barba blanca y su nariz aguileña, parecía uno de esos célebres ladrones del mar de la antigüedad divirtiéndose ante un panorama de violencia y desastre. “Es nuestra última comida a bordo —explicó—; no hemos comido en todo el día y no íbamos a dejar esto aquí”. Agitó la botella y señaló con ella al capitán dormido. “Me dijo que no podía tragar ni un solo bocado, así que le dije que se tumbara —continuó mientras yo no paraba de mirarlo asombrado—; no sé si te has dado cuenta, pero ese hombre lleva días sin dormir y no creo que vaya a tener oportunidad de hacerlo cuando subamos a los botes”. “No creo que haya botes a los que subirse si seguís haciendo tonterías”, respondí indignado. Fui hasta donde se encontraba el

capitán y lo sacudí por los hombros. Finalmente abrió los ojos, pero no se movió: “Ha llegado la hora de irnos, señor”, dije con calma.

»Se levantó pesadamente y a continuación miró primero las llamas y luego el mar resplandeciente, que a poca distancia ya se veía negro como el carbón, y también las estrellas que brillaban débilmente al otro lado de la cortina de humo. “Los jóvenes primero”, dijo.

»Uno de los marineros se limpió los labios con el envés de la mano, se levantó, saltó por encima de la borda y desapareció. Los demás lo siguieron. Uno de ellos, cuando ya se encontraba a punto de saltar, se detuvo un instante para terminar su botella y la lanzó hacia el fuego con fuerza mientras gritaba: “¡Ahí tienes!”.

»El capitán se entretuvo desconsolado y lo dejamos para que conversara unos instantes con el primer oficial. Luego volví a subir y lo saqué de allí. El hierro de la popa estaba al rojo vivo, había llegado la hora.

»Cortamos el cabo y los tres botes, atados entre ellos, se alejaron del barco. Cuando lo abandonamos, habían pasado exactamente dieciséis horas desde la explosión. Mahon llevaba el segundo bote y yo el tercero, el pequeño, que medía unos dos metros. Habríamos cabido todos de sobra en la chalupa, pero el capitán nos había instado a que salváramos la mayor cantidad posible de propiedades para las aseguradoras, y así fue como yo cubrí mi primer mando. Tenía a mi cargo a dos hombres, una caja de galletas, unas latas de carne y un pequeño barril de agua. Me dieron la orden de mantenerme lo más cerca posible de la chalupa para que pudiésemos saltar a ella en caso de que el tiempo empeorara.

»¿Queréis saber lo que pensé en ese momento? Lo que pensé fue en separarme de los demás tan pronto como pudiera. Lo que quería era que mi primer mando fuera para mí solo. No tenía ganas de navegar en escuadra si lo podía hacer con independencia. Llegaría yo sólo a tierra. Y además lo haría antes que ningún otro bote. ¡Juventud! ¡Juventud! Siempre la estúpida, hermosa y fascinante juventud.

»Pero no nos pusimos en marcha de inmediato, porque nuestra obligación era contemplar el final del barco. Los botes estuvieron flotando durante toda la noche al ritmo de las olas. Los hombres dormían, suspiraban y se quejaban mientras yo me dedicaba a contemplar aquel barco en llamas.

»En medio de aquella oscuridad de la tierra y el cielo, aquel barco seguía ardiendo con fuerza sobre un disco púrpura formado por el reflejo de las llamas, un círculo de agua resplandeciente y siniestro. Una sola llama alta y perfectamente visible brillaba inmensa y solitaria, subía desde el océano y arrojaba hacia el cielo una columna de humo. Ardía furiosamente, como si se tratara de una inmensa pira funeraria encendida en medio de la noche, rodeada por el mar y vigilada por las estrellas. Al viejo barco le había llegado un final espléndido como un regalo, un don, un premio. Aquella rendición de un alma agotada a la autoridad de las estrellas y el mar resultaba tan conmovedora como la del triunfo más apoteósico. Los mástiles se vencieron antes del amanecer y durante un momento hubo un estallido de chispas tan grande que parecía que la noche, aquella noche inmensa que caía a plomo sobre el mar, iba a llenarse de fuego. Al amanecer tan sólo quedaba un cascarón carbonizado flotando con calma bajo una nube de humo con una enorme masa de carbón todavía en su interior.

»Salimos con los remos y los botes e hicimos una fila en la que iba al frente la chalupa, como si fuéramos en procesión detrás de los restos. Cuando pasamos por delante de la popa, sentimos un dardo de fuego disparado con malicia hacia donde nos encontrábamos nosotros y a continuación, en medio de un enorme silbido de vapor, el barco se empezó a hundir. Lo que quedaba de la popa fue precisamente lo último que se hundió, pero como la pintura se había resquebrajado y caído ya no quedaba ni rastro de las letras, no quedaba ya ninguna palabra ni lema tan tenaz como su alma para poder lucir al sol naciente su credo y su nombre.

»Nos pusimos rumbo al norte. Se levantó una pequeña brisa y, cuando llegó el mediodía, todos los botes se unieron por última vez. A falta de algo mejor, tuve que improvisar un mástil con uno de los remos de reserva y usé un toldo como vela. Puede que fuera demasiada arboladura para un bote tan pequeño, pero lo cierto es que me llevé una alegría cuando comprobé que con el viento en popa era capaz de adelantar a los otros dos. Tuve que esperarlos. Luego echamos un vistazo a la carta del capitán y, durante una amistosa comida a base de pan y agua, nos dio nuestras últimas instrucciones. No eran muy complicadas: había que mantener el rumbo hacia el norte y seguir juntos todo el tiempo posible. “Cuidado con ese aparejo, Marlow”, dijo el capitán y, cuando adelanté de nuevo a su bote, Mahon frunció el ceño y me dijo: “Joven, si no tiene cuidado va a acabar navegando bajo el agua con ese pequeño bote”. Era un viejo envidioso. ¡Que el sereno y profundo mar en el que duerme ahora lo arrulle con suavidad hasta el fin de los tiempos!

»Antes de que se pusiera el sol cayó una fuerte lluvia sobre los dos botes, que estaban a una buena distancia a popa, y aquélla fue la última vez que los vi

durante un buen rato. El día después ahí me encontraba yo dirigiendo mi pequeño barco a solas y sin nada más que agua y cielo a mi alrededor. Esa misma tarde avisté a lo lejos las velas de un barco, pero no comenté nada y mis hombres, tampoco. En realidad, tenía miedo de que aquel barco estuviera regresando a mi patria y yo no quería volver cuando ya estaba tan cerca de las puertas de Oriente. Iba rumbo a Java, otro nombre maravilloso, como el de Bangkok. Así continué durante muchos días.

»No hace falta que le explique a nadie lo que es ir trasteando en un pequeño bote. Recuerdo los días y las noches de calma chicha en los que íbamos remando y el bote parecía seguir inmóvil, como si hubiésemos sido presas de una maldición, clavados en el horizonte marino. Recuerdo el calor y también el diluvio de unos chubascos que nos obligaban a estar constantemente achicando agua para salvar la vida (pero que también nos llenaba el barril de agua), así como una ocasión en la que pasamos casi dieciséis horas con la boca tan seca como la ceniza usando un remo como timón a popa para mantener el rumbo en medio de aquella marejada. Hasta que no llegué a ese punto no fui consciente de lo que era capaz de hacer. Recuerdo los rostros exhaustos y las ojeras de mis hombres, y también la sensación de mi propia juventud, una sensación que nunca más volvería a tener: la sensación de que podría resistir cualquier cosa, vencer al mar, a la tierra y a todos los hombres, ese sentimiento engañoso que hace que nos elevemos a las cimas de las alegrías, hacia los peligros y el amor, hacia la insensatez y la muerte; la convicción de que la fuerza siempre triunfa, de que el calor de la vida se encuentra en un puñado de polvo, ese ímpetu del corazón que cada año se torna un poco más débil, más vago y más frío hasta que acaba pereciendo, pereciendo demasiado pronto, siempre demasiado pronto, antes que la vida misma.

»Y así fue como llegué a Oriente. Ahora ya conozco todos sus lugares secretos y he visto frente a mí hasta su misma alma, pero en aquel instante lo veía desde un pequeño bote, veía un amplio paisaje de montañas azules al amanecer, una bruma, una luz púrpura. Aún siento la textura del remo en las manos y la visión del mar abrasador en mis ojos. Veo frente a mí una bahía, una amplia bahía tan pulida como un cristal y limpia como el cielo. En la oscuridad de la tierra una luz roja brilla a lo lejos y la noche es suave y calurosa. Alzamos los remos con los brazos entumecidos y de pronto sentimos una brisa cargada de perfumes de flores exóticas, de maderas aromáticas, que parece emanar de la misma tranquilidad de la noche. Es el primer aliento de Oriente sobre mi rostro. Jamás lo olvidaré. Fue algo invisible y cautivador como un hechizo o un susurro cargado de esperanzadoras promesas misteriosas.

»Habíamos estado once horas remando en aquel esfuerzo final. Dos remaban y el tercero descansaba y llevaba la caña del timón. Avistamos una luz roja en la bahía y nos dirigimos hacia ella, suponiendo que indicaba la presencia de algún puerto de la costa. Pasamos junto a dos extraños barcos anclados de popa muy alta, y cuando nos acercamos hacia la luz, ya muy débil, la proa del bote chocó contra el muro del rompeolas. Estábamos tan agotados que prácticamente no veíamos nada. Mis hombres soltaron los remos y se dejaron caer en el bote como si estuvieran muertos. Remé hacia uno de los pilotes. La corriente rizaba el agua con suavidad. La oscuridad perfumada de aquella costa se erguía frente a nosotros en grandes masas vegetales exuberantes y formas fantasmagóricas. El semicírculo de un barco brillaba débilmente, como si se tratara de una ilusión. No había ni una luz, ni un movimiento, ni un sonido. Aquel misterioso Oriente llegaba hasta mí perfumado como una flor, pero también silencioso como la muerte y oscuro como una sepultura.

»Yo estaba allí sentado e indeciblemente cansado, tan exultante como un conquistador e intrigado como si me hubiesen plantado ante un enigma.

»Me sobresalté al escuchar un murmullo de remos sobre el nivel del agua con un sonido parecido al de unas palmadas. Invoqué el nombre del muerto: “¡Eh, los del Judea!”, y recibí un débil grito como única respuesta.

»Se trataba del capitán. Me había adelantado tres horas al bote del capitán y sentí una alegría enorme cuando escuché de nuevo la voz cansada del viejo: “Marlow, ¿eres tú?”. “Cuidado con el rompeolas”, grité.

»Se fue acercando con cuidado, traía con él la sondaleza que había salvado para presentarla ante los aseguradores. Solté la amarra y me coloqué al costado. Estaba sentado, se lo veía como una rota silueta al borde de la popa, empapado de rocío y con las manos cruzadas sobre el regazo. Sus hombres estaban todos dormidos. “Lo he pasado muy mal —murmuró—. Mahon viene detrás, creo que no está demasiado lejos”. Hablábamos en susurros, en susurros muy bajos, como si nos atemorizara despertar aquella tierra. En un momento como aquél, ni siquiera un cañonazo o un trueno habrían podido despertar a aquellos hombres.

»Eché un vistazo a nuestro alrededor mientras conversábamos, y vi a lo lejos en el mar una luz que se movía en medio de la noche. “Por ahí va un vapor que cruza la bahía”, dije. En realidad no la cruzaba, sino que entraba en ella. Se acercó un poco hacia donde estábamos y echó el ancla. “Averigüe —me comentó el viejo— si es inglés; tal vez pueda llevarnos a alguna parte”. Parecía ansioso. A

fuerza de patadas y empujones conseguí espabilar a uno de mis hombres, le di un remo, yo cogí el otro, y nos dirigimos hacia las luces del vapor.

»Se oían ecos de voces en el interior, golpes metálicos en la sala de máquinas y pasos en la zona de cubierta. Las ventanas brillaban como si fuesen ojos dilatados. Se veían algunas formas borrosas y un hombre apareció en lo alto del puente: había escuchado mis remos.

»Y allí, antes de que pudiera abrir la boca, el Oriente me habló, pero con una voz occidental. En medio de aquel misterioso silencio se escuchó un torrente de palabras disparatadas y coléricas mezcladas con otras palabras y frases en un perfecto inglés. Aquella voz juraba y maldecía inundando la paz de la bahía con un río de imprecaciones. Lo primero que hizo fue llamarme cerdo y, a partir de ahí, continuó subiendo el tono con adjetivos irreproducibles, siempre en inglés. Aquel hombre que gritaba en dos lenguas lo hacía tan furiosamente que casi acabó convenciéndome de que había pecado contra la armonía del universo sólo con mi presencia. Apenas lo veía, pero me daba la sensación de que podía darle un ataque en cualquier momento.

»De pronto se detuvo y lo escuché resoplar como si fuera una marsopa. Pregunté:

»“¿Sería tan amable de decirme cuál es el nombre de este vapor?”.

»“¿Eh? ¿Qué sucede? ¿Quiénes sois?”.

»“Somos los náufragos de un bergantín que ha ardido en alta mar. Acabamos de llegar esta noche. Yo soy el segundo oficial, el capitán está en esa chalupa y me ha enviado a preguntarle si nos podría dar pasaje para alguna parte”.

»“Ah, vaya... Éste es el Celestial de Singapur y estamos de regreso. Mañana hablaré con vuestro capitán... vaya... ¿Me habéis oído justo ahora?”.

»“Creo que le ha oído toda la bahía”.

»“Pensé que erais uno de los botes del muelle. Ah, otra vez se ha dormido ese maldito celador... Ha apagado la luz y he estado a punto de estrellarme contra el maldito rompeolas, es la tercera vez que me lo hace. ¿Crees que se puede aguantar una cosa así? Cualquiera se volvería loco. Pero no creas que no voy a dar parte de todo esto. Y haré que lo echen. ¿Ves? La luz está apagada, ¿no es verdad?”

Eres testigo de que está apagada. Ahí tiene que haber una luz, ¿sabes? Una luz roja encendida...”.

»“Había una luz”, respondí suavemente.

»“¡Pero está apagada! Ni siquiera hace falta que lo comentemos, ¿o es que no ves que está apagada? Si fueras a bordo de un vapor tan valioso como éste también querrías una luz. Le voy a pegar tal patada a ese tipo que lo voy a mandar volando al otro lado del rompeolas. Ya lo verás, créeme, le voy a...”.

»“¿Puedo decirle entonces a mi capitán que nos llevará?”, interrumpí.

»“Sí, os llevaré, buenas noches”, respondió secamente.

»Remé de vuelta, atracamos junto al rompeolas y por fin pudimos dormir. Me había enfrentado al silencio de Oriente y también a algunas de sus lenguas, pero, cuando abrí de nuevo los ojos, el silencio era tan intenso como si nada lo hubiera roto. Me vi tumbado y envuelto en la luz, el cielo nunca me había parecido tan remoto como en ese momento. Abrí los ojos y me quedé allí, inmóvil.

»Poco después vi a los hombres de Oriente. Nos estaban mirando, el rompeolas estaba repleto de gente. Había caras morenas, bronceadas, amarillas y con ojos negros, todo el resplandor de una multitud oriental. Todas aquellas personas nos contemplaban en silencio, sin ni siquiera emitir un murmullo. Contemplaban pasmados los botes y los hombres que había en ellos y que habían llegado aquella noche desde el mar. Todo estaba inmóvil. Las hojas de las palmeras parecían recortadas contra el cielo, en toda la costa no se movía ni una rama y los tejados rojos de las casas asomaban levemente tras la vegetación, tras aquellas hojas enormes que colgaban relucientes e inmóviles. Era el mismo Oriente que habían contemplado los navegantes de la antigüedad, el luminoso y el sombrío, el vivo y lleno de peligros y promesas. Y aquellos que estaban allí eran sus hombres. Me puse en pie y una ola casi imperceptible de movimiento atravesó la multitud, haciendo que las cabezas se inclinaran recorriendo el rompeolas, como si se tratara de un rizo sobre el agua, un soplo de viento sobre el campo. Todo quedó inmóvil otra vez. Puedo ver ahora aquella amplia extensión de la bahía, la arena brillante, aquel verde variado e infinito, el azul del mar como el azul de un sueño, aquella multitud de rostros atentos, el brillo, el agua reflejándolo todo, la curva que hacía la bahía, el rompeolas, aquellos extraños buques de popas tan altas que flotaban en medio de la calma y tres botes con occidentales exhaustos que dormían sin saber nada de la violencia del sol y de la gente que los rodeaba. El capitán estaba

recostado en la popa de la chalupa con la cabeza inclinada sobre el pecho y daba la sensación de que ya no se iba a levantar nunca más. Un poco más allá, el rostro de Mahon miraba hacia el cielo con su larga barba blanca extendida sobre el pecho, como si le hubiesen disparado exactamente en esa postura, y uno de los hombres estaba ovillado en la proa, abrazado a la roda y con la cabeza apoyada en la regala. Oriente también los miraba a todos ellos sin hacer ningún ruido.

»Fue ahí cuando tomé conciencia de su fascinación. Desde entonces he contemplado muchas costas misteriosas, y también el agua tranquila y tierras de naciones morenas en las que la furtiva Némesis acecha y atrapa a muchos miembros de esa raza conquistadora que está tan segura de su propia sabiduría, de sus conocimientos y de su autoridad; pero para mí todo Oriente se concentra en esa imagen de mi juventud, todo está incluido en ese instante en que abrí mis jóvenes ojos frente a él. Cuando lo vi, yo era joven y acababa de luchar contra el mar. Vi cómo me miraba. ¡Y eso es lo único que queda! Nada más que un momento, un instante de vigor, de romanticismo, ¡de juventud...! Una ráfaga de sol sobre una costa exótica, un instante para el recuerdo, un momento para suspirar y adiós. Buenas noches a todos, ¡adiós!

Dio un último trago.

—Ah, aquellos tiempos, qué buenos tiempos... La juventud y el mar. ¡El encanto y el mar! Ese mar fuerte, salado, amargo, poderoso, que te susurraba al oído y luego te quitaba el aliento.

Bebió otra vez.

—Dios, es maravilloso, el mar. ¿El mar o la juventud? ¿Quién puede saberlo? Vosotros, todos los que estáis aquí presentes, habéis conseguido algo en la vida: dinero, amor —todo cuanto se puede conseguir en este mundo—, pero quiero que me respondáis a esto: ¿no os parece que eran mejores aquellos tiempos en los que éramos jóvenes en el mar, en los que éramos jóvenes y no teníamos nada, en el mar que nada da, nada excepto golpes —y en ocasiones la oportunidad de comprobar nuestra fuerza, poco más—; no es eso lo que más echáis de menos?

Todos asentimos mirándolo: el hombre de las finanzas, el que se dedicaba a las leyes, el del dinero, todos asentimos desde aquella mesa pulida que, al igual que una superficie en calma de aguas marrones, reflejaba nuestros rostros envejecidos y arrugados, esos rostros marcados por el trabajo, las decepciones, el éxito, el amor; nuestros ojos cansados no paraban de buscar, de perseguir algo en

la vida, esa misma vida que se había marchado ya durante nuestra espera, se había marchado sin ser vista, en un susurro, como un relámpago, llevándose con ella la juventud, la fuerza y la aventura de las ilusiones.

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

I

Anclada y sin que hubieran ondeado las velas, la goleta Nellie se meció ligeramente antes de quedar otra vez en reposo. Había subido la marea, el viento apenas soplaba y, dado que el destino de la goleta era navegar río abajo, sólo nos quedaba permanecer en puerto y esperar al reflujo de las aguas.

La desembocadura del Támesis se extendía ante nosotros como el comienzo de un camino interminable. A lo lejos, el mar y el cielo se amalgamaban sin pespuntos y en el espacio luminoso las velas bruñidas de las barcas, arrastradas río arriba por la corriente, parecían manojos inmóviles de lienzos rojos agudamente recortados entre las pinceladas de barniz de las botavaras. La neblina se asentaba en las orillas bajas que se extendían hacia el mar, donde finalmente se desvanecían. El aire que se alzaba sobre Gravesend ya estaba oscuro y, algo más atrás, parecía condensarse en una penumbra luctuosa que, inmóvil, rumiaba sobre la ciudad más portentosa en la faz de la tierra.

El director de la Compañía era nuestro capitán y anfitrión. Los cuatro mirábamos afectuosamente su espalda mientras él, desde la proa, oteaba en dirección al mar. No había en todo el río una imagen más evocadora de la vida náutica. Parecía un piloto, algo que a los ojos de cualquier marino venía a ser la fiabilidad hecha persona. Era difícil percibir que sus preocupaciones no estaban ahí afuera, en el luminoso estuario, sino detrás de él, entre la morosa penumbra.

Como ya he dicho antes, lo que nos unía era el vínculo del mar. Además de mantener unidos nuestros corazones durante los extensos períodos de separación, aquel nudo era también lo que nos hacía tolerar las pequeñas batallas y hasta las convicciones de cada cual. El abogado, el mejor de todos los viejos camaradas, tenía, debido a sus muchos años y virtudes, el único almohadón disponible en cubierta y estaba recostado sobre la única alfombra. El contable había subido ya una caja de dominó y estaba jugando a construir edificios con las piezas. Marlow estaba sentado en la popa con las piernas cruzadas, recostado contra el último mástil. Tenía las mejillas hundidas, una complexión amarillenta, la espalda recta, un aspecto ascético, y al estar así, con los brazos caídos, enseñando las palmas de las manos, parecía un ídolo. El director, contento de que el ancla tuviera buen amarre, se dirigió a la popa y se sentó entre nosotros. Intercambiamos algunas

frases ociosas, después de lo cual se hizo el silencio a bordo de la goleta. Por una u otra razón nunca empezamos esa partida de dominó. Nos sentíamos meditativos y sin ganas de nada que no fuera la contemplación y el sosiego. El día estaba llegando a su fin en medio de la quietud de una exquisita luminosidad. El agua alumbraba pacíficamente; el cielo, sin una sola nube, se abría como una benigna inmensidad de luz inmaculada; la propia niebla sobre las marismas de Essex era un manto radiante de gasas que se descolgaba desde las arboledas del interior para envolver las orillas bajas en diáfanos pliegues. Sólo la penumbra al oeste, rumiando desde las alturas, se hacía más oscura a cada minuto, como enfurecida por la proximidad del sol.

Y por fin, en su imperceptible parábola, el sol acabó de hundirse y del resplandor blanco pasó a un rojo sobrio que no emitía rayos ni calor, como si estuviera a punto de apagarse, ahogado a manos de aquella penumbra morosa que se alzaba sobre las multitudes de la ciudad.

De inmediato se apreció un cambio en las aguas y la serenidad se hizo menos brillante, pero más profunda. Con la caída del día el viejo río descansaba serenamente en toda su amplitud, después de siglos y siglos de buenos servicios prestados a la raza que poblaba sus orillas, arrellanado en la tranquila dignidad de esa vía fluvial que conducía a los confines más remotos de la tierra. Mirábamos aquella venerable corriente no con el alborozo febril de un corto día que viene y se va para no volver, sino bajo la augusta luz de los recuerdos perdurables. Y en efecto, nada es más fácil para un hombre que, como dice el dicho, «se ha hecho a la mar» con reverencia y afecto, que evocar el grandioso espíritu del pasado sobre las orillas de la desembocadura del Támesis. Allí la corriente va y viene en su incesante oficio, cargada de memorias sobre los hombres y los barcos que ésta trajo de vuelta a la paz del hogar o condujo a las batallas de ultramar. Esa corriente había conocido y servido a todos los hombres de quienes se enorgullece la nación, desde *sir* Francis Drake hasta *sir* John Franklin, caballeros todos, con título o sin él: los grandes caballeros errantes del mar; había llevado a todos los barcos cuyos nombres brillan como joyas en la noche de los tiempos, desde el Golden Hind, que regresara con el vientre repleto de tesoros y sería visitado por su Alteza, la Reina, para entrar a formar parte de la portentosa leyenda, hasta el Erebus y el Terror, que zarparían en pos de otras conquistas... y que nunca regresaron. Había conocido a los barcos y a los hombres. Hombres que habían zarpado desde Deptford, desde Greenwich, desde Erith. Aventureros y colonos; barcos de reyes y barcos de tratantes; capitanes, almirantes, los oscuros «intermediarios» del comercio con Oriente, además de los «generales» al mando de las flotas de las Indias Orientales. Buscadores de oro y de fama, todos ellos habían partido sobre

estas aguas, empuñando la espada y muchas veces la antorcha, mensajeros del prodigio de estas tierras, portadores de una lumbre proveniente del fuego sagrado. ¡Cuánta grandeza habría flotado en esas aguas, arrastrada por el pleamar hacia el misterio de un planeta desconocido! Los sueños de los hombres, la semilla de los *commonwealths*, el germen de los imperios.

El sol se puso. El crepúsculo cayó sobre las aguas y algunas luces empezaron a encenderse en la orilla. El faro Chapman, un aparato de tres patas edificado sobre una planicie lodosa, alumbró con fuerza. Las luces de los barcos se movían en la distancia; un revoloteo de destellos que iban y venían por el río. Y más al oeste, dominando la orilla desde lo alto, se apreciaba la marca de la monstruosa ciudad, ominosa sobre el cielo: una penumbra morosa que brillaba con luz propia, un resplandor espeluznante bajo las estrellas.

—Y éste también —dijo Marlow de repente—, éste también ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra.

De todos nosotros, Marlow era el único que seguía viviendo de las «faenas del mar». Lo peor que se podía decir de él es que no era digno representante de su clase. Era un marinero, pero era también un vagabundo, cuando es sabido que la mayoría de los marineros tienen una vida sedentaria. Sus espíritus son del tipo de los hogareños y adondequiera que vayan llevan su hogar, esto es, el barco, tanto como su país, el mar. Tanto da un barco como el otro y además el mar es siempre el mismo. En la inmutabilidad de sus entornos, las costas extranjeras, los rostros foráneos, la inmensidad cambiante de la vida, pasan de largo, ocultas no por un velo de misterio, sino por una ignorancia levemente despectiva: pues no hay nada misterioso para un marinero, salvo el mar mismo, que es el amor de su vida, una amante inescrutable como el destino. En cuanto al resto, después de sus horas de trabajo, un paseo casual o una juerga le bastan para desplegar ante sus ojos el secreto de todo un continente, un secreto que por lo general encuentra desdeñable. Las historias de los marineros son escuetas y sencillas y todo su significado cabe en la cáscara rota de una nuez. Sin embargo, Marlow no era el típico marinero (si dejamos de lado su propensión a relatar sus andanzas) y para él el significado de un episodio no se encontraba dentro, como una semilla, sino afuera, envolviendo el relato que lo ha producido como produce el brillo nocturno el contorno de la niebla, a la manera de esos halos que en ocasiones se hacen visibles gracias a la luz espectral de la luna.

Su observación no nos pareció en absoluto sorprendente. Sencillamente era algo propio de Marlow, así que fue admitida por todos en silencio. Nadie se

molestó siquiera en rezongar. A continuación, Marlow prosiguió muy lentamente:

—Estaba pensando en los viejos tiempos, cuando los romanos llegaron aquí por primera vez, hace novecientos años... hace nada... Desde entonces la luz se hizo sobre estas aguas, ¿no es así, «caballeros»? Aunque esa luz es como un relámpago fugaz en la llanura, como el resplandor del rayo entre las nubes. Nosotros vivimos en medio de ese parpadeo... ¡que ojalá dure hasta que la vieja Tierra deje de girar! Y sin embargo, la oscuridad estaba ayer aquí mismo. Imaginad los sentimientos del comandante de un (¿cómo se llaman?) trirreme en el Mediterráneo que, de repente, recibe órdenes de navegar hacia el norte, atravesando a toda prisa las Galias, a cargo de una de estas naves que los legionarios —unos hombres que debían de ser magníficos artesanos— solían construir, al parecer en grandes cantidades, cientos de ellas en uno o dos meses, si hemos de creer lo que dicen los libros. Imaginadlo aquí, en los confines del mundo, en un mar plomizo, bajo un cielo del color del humo, a bordo de una nave tan rígida como una concertina, remontando este río con órdenes o provisiones o lo que queráis. Bancos de arena, marismas, bosques, salvajes... casi nada que valiera la pena comer para un hombre civilizado, nada que beber salvo el agua del Támesis. Nada de vino de Falerno, ni paseos por tierra. Aquí y allá, algún que otro campamento militar perdido en el monte, como aguja en un pajar... El frío, la niebla, la tempestad, la enfermedad, el exilio y la muerte. La muerte merodeando en el aire, en el agua, en la maleza. Debieron de caer como moscas aquí. Oh, sí, así lo hizo el comandante. Y lo hizo muy bien, sin duda, y sin pensarlo demasiado tampoco, excepto quizás años más tarde, para fanfarronear de lo que había tenido que soportar en sus tiempos. Era lo bastante hombre para enfrentarse a la oscuridad. Tal vez se infundía ánimos ante la perspectiva de obtener un ascenso rápido a la flota de Rávena, si tenía buenos amigos en Roma, claro, y si conseguía sobrevivir al nefasto clima. O pensad en un joven y decente ciudadano vestido con su toga; quizás un jugador empedernido, ya sabéis, que vino aquí como parte del séquito de un prefecto o de un recaudador de impuestos o incluso de un comerciante, con la esperanza de recuperar su fortuna... en un terreno cenagoso, marchando a través de los bosques, sintiendo cómo, en algún remoto puesto del interior, lo asediaba el salvajismo, un salvajismo rotundo: toda esa vitalidad misteriosa de la naturaleza que se contorsiona en lo profundo de los bosques, en las selvas, en los corazones de los hombres salvajes. No existe iniciación posible para semejantes misterios. El hombre se ve obligado a vivir en medio de lo incomprensible, que a la vez le resulta detestable. Si bien aquello tiene también cierto encanto, algo que llega a fascinarlo. La fascinación de lo abominable. Ya me entendéis. Imaginaos el remordimiento cada vez más acuciante, las ansias de escapar, la impotencia y el hastío, la humillación, el odio.

En este punto hizo una pausa.

—Tened en cuenta —prosiguió, extendiendo un brazo, con la palma de la mano abierta y las piernas dobladas en el suelo, asumiendo así la pose de un Buda que rezara con atuendo europeo y sin su flor de loto—, tened en cuenta que ninguno de nosotros se sentiría exactamente así. Lo que nos salva es la eficiencia. Nuestra devoción por la eficiencia. Pero estos hombres no tenían ni siquiera eso, en realidad. No eran colonizadores. Su administración se reducía a una mera opresión y poco más, me temo. Eran conquistadores y para eso sólo se necesita fuerza bruta: algo de lo que no se puede presumir, si se cuenta con ello, pues tu potencia no es más que un accidente derivado de la debilidad de los demás. Agarraban lo que podían sin otra finalidad que la de hacerse con ello. Era simple robo con violencia, asesinato agravado a gran escala y hombres que se entregaban a ello ciegamente (algo que no podía ser más apropiado dado que se enfrentaban a la oscuridad). La conquista del planeta, que casi siempre quiere decir arrebatárselos la tierra a los que tienen una complexión diferente o una nariz ligeramente más chata que las nuestras, no es una cosa agradable si uno se pone a mirarla con detenimiento. Lo único que nos redime es la idea misma. Una idea al fondo del todo; no un pretexto sentimental sino una idea; y una creencia desinteresada en la idea. Algo que se puede erigir y luego reverenciar de rodillas, ofrecer sacrificios en su honor...

Entonces dejó de hablar. Sobre el río flotaban mil antorchas, pequeñas llamaradas de color verde, luces rojas, blancas, que se perseguían unas a otras, se solapaban, se unían, se entrecruzaban y a continuación se separaban a velocidades distintas. El tráfico de la gran ciudad no cesaba ante el avance de la noche sobre el río insomne. Seguíamos atentos, esperando pacientemente: era lo único que podíamos hacer hasta que bajara la marea; pero no fue sino hasta después de un largo silencio —al cabo del cual Marlow dijo con tono dubitativo: «Supongo que recordaréis que ya he sido marinero de agua dulce en una ocasión»— cuando todos supimos que, antes de que la corriente fuera propicia, estaríamos condenados a escuchar una de las historias inconclusas de nuestro compañero.

—No quiero molestaros con mis anécdotas personales —dijo, demostrando con esa frase la debilidad de tantos narradores de historias que casi nunca parecen conscientes de lo que su público querría escuchar—, pero para comprender el efecto que tuvo en mí debéis saber cómo llegué allí, qué fue lo que vi, cómo navegué río arriba hasta el lugar donde conocí a ese pobre sujeto, en el destino de navegación más remoto y el punto culminante de mi experiencia. Un sitio que parecía arrojar una extraña luz sobre todo lo que me rodeaba. Y sobre mis pensamientos. Era bastante lúgubre también. Y triste. En ningún caso

extraordinario. Tampoco demasiado claro. No, no era muy claro. Y aun así parecía arrojar esa especie de luz.

»Como recordaréis, en esa época acababa de regresar a Londres después de un prolongado periplo por el Índico, el Pacífico y los mares de China —mi dosis regular de Oriente—, a lo largo de seis años, más o menos, de modo que me pasaba los días echado, estorbándoos en el trabajo e invadiendo vuestras casas, tanto es así que se diría que me habían encargado la misión celestial de civilizaros. Aquello no estuvo mal por un tiempo, pero al poco me cansé de tanto descansar. Entonces empecé a buscar un barco. Habría aceptado el trabajo más duro de la tierra y aun así, los barcos ni siquiera se fijaban en mí. Hasta que me cansé también de aquello.

»Veréis, cuando era apenas un crío tenía una verdadera pasión por los mapas. Podía quedarme horas enteras recorriendo Sudamérica, o África, o Australia, arrobado en las glorias de la exploración. En esa época aún había muchos espacios en blanco, y cuando detectaba alguno particularmente llamativo (aunque todos lo eran) posaba mi dedo encima de él y me decía: “Cuando crezca voy a ir allí”. El Polo Norte era uno de esos lugares, lo recuerdo. Y bueno, aún no he estado allí y me temo que ya no lo voy a intentar. Ha perdido todo su *glamour*. Otros de esos lugares estaban desperdigados por toda la línea del Ecuador y por todas las latitudes, en ambos hemisferios. He estado en algunos de ellos y... en fin, ahora no vamos a hablar de eso. Sin embargo, había uno que seguía allí. El más grande, el más “en blanco”, por así decirlo, al que ansiaba llegar.

»Bien es cierto que, a esas alturas, ya no era un espacio en blanco. Desde los años de mi infancia se había llenado de ríos y lagos y nombres. Había dejado de ser un espacio en blanco, poblado de sutiles misterios. Un terreno vacío donde un niño podía fantasear a sus anchas. Ahora se había convertido en un lugar de oscuridad. Pero en ese espacio había un río en especial, un portentoso y magnífico río que se podía apreciar en el mapa y que parecía una inmensa serpiente desenroscada, con su cabeza hundida en el mar, su cuerpo en reposo serpenteando hacia el interior de un vasto país y la cola hundida en las profundidades de esa tierra. Y al descubrirlo en un mapa que vi en el escaparate de una tienda, el río me fascinó como haría una serpiente con un pájaro —un pájaro ingenuo y diminuto—. Entonces recordé que había grandes intereses, una Compañía para comerciar en ese río. “¡Maldita sea!”, pensé para mis adentros, “no se puede hacer comercio sin utilizar barcos especiales en medio de toda esa agua dulce: ¡vapores! ¿Por qué no intentar hacerme con un barco de vapor?”. Seguí caminando por Fleet Street y sin embargo no pude sacarme la idea de la cabeza. La serpiente me había hipnotizado.

»Ya sabéis que se trata de intereses continentales, esa Sociedad Comercial, quiero decir. Pero resulta que yo tengo muchas amistades que viven en el continente, dado que es barato y no tan fastidioso como uno pensaría, según dicen.

»Lamento admitir que empecé a incordiar a estas amistades, cosa que por sí misma era una novedad para mí. No estaba acostumbrado a conseguir las cosas de esa manera, ya sabéis. Siempre he caminado por mi propio camino y con mis propias piernas para llegar adonde me lo propongo. Ni yo mismo daba crédito. Pero entonces, no sé por qué, sentía que tenía que llegar allí por las buenas o por las malas. Así que fui a incordiarlos. Y estos hombres me dijeron: “Querido compañero”, pero no hicieron nada. Entonces, no os lo vais a creer, intenté incordiar a las mujeres. Yo, Charlie Marlow, puse a trabajar a las mujeres... para que me consiguieran un empleo. ¡Santo cielo! En fin, como veis, estaba empecinado en la idea. Y por otro lado tenía una tía muy querida, un espíritu entusiasta. Su respuesta fue: “Estaré encantada de ayudarte. Haría cualquier cosa, cualquier cosa por ti. Es una idea maravillosa. Conozco a la esposa de cierto personaje importante en la Administración y también a un hombre que tiene muchas influencias con...”, etcétera, etcétera. Mi tía estaba decidida a no escatimar esfuerzos con tal de verme al mando de uno de esos vapores, si tal era mi capricho.

»Conseguí el puesto, ya lo creo. Y muy rápido, por cierto. Por lo visto la Compañía acababa de recibir la noticia de que uno de sus capitanes había sido asesinado en medio de una reyerta con los nativos. Era la oportunidad que estaba esperando y su aparición avivó mis ansias. No sería sino al cabo de meses y meses cuando, en mi intento de recuperar lo que había quedado del cadáver, supe que el motivo original de la riña se debió a un malentendido sobre unas gallinas. Sí, dos gallinas negras. Fresleven, que es como se llamaba aquel hombre, un danés, creyó que se había visto perjudicado de algún modo en el trato, así que desembarcó y fue a golpear al jefe de la tribu con un palo. Oh, desde luego no me sorprendió en lo más mínimo saber al mismo tiempo que Fresleven era considerado por todos el hombre más amable, la criatura más mansa que jamás pisó esta tierra. No me cabe duda de que así era. Pero lo cierto es que ya había pasado dos años ahí afuera, comprometido con la noble causa, ya me entendéis, y es probable que hubiera sentido al fin la necesidad de afianzar su autoestima de algún modo. Y entonces decidió moler a palos al viejo negro sin ninguna piedad, mientras una muchedumbre lo observaba como paralizada por el rayo, hasta que un hombre — el hijo del jefe, según decían —, desesperado por los gritos del pobre anciano, probó a pinchar al hombre blanco con una lanza... que por supuesto se le clavó sin ningún esfuerzo entre los omóplatos. De inmediato, previendo las calamidades que se avecinaban, toda la población se dispersó en la jungla, mientras, por otro

lado, el vapor comandado por Fresleven también huyó despavorido, a cargo del maquinista, creo. En un principio nadie se molestó demasiado en recuperar los restos de Fresleven, al menos hasta que llegué a ocupar su puesto. Era algo que yo no podía pasar por alto. Sin embargo, cuando por fin se presentó la oportunidad de conocer a mi predecesor, la hierba que crecía a través de sus costillas era ya lo bastante alta para ocultar los huesos. El esqueleto estaba completo. El ser sobrenatural no había sido tocado después de su muerte. Y la aldea seguía desierta, las puertas de las chozas como boquetes negros, todo podrido y deforme en el interior de los recintos en ruinas. Con toda certeza, una calamidad había tenido lugar allí. La gente había desaparecido. Un Terror irracional los había dispersado a todos, hombres, mujeres y niños, por la selva, y ya nunca más habían regresado. Qué fue de las gallinas es algo que tampoco pude averiguar. Supongo que la Causa del Progreso se habrá hecho con ellas de alguna manera. Sea como fuere, gracias a este glorioso incidente obtuve mi cargo, incluso antes de que pudiera albergar serias esperanzas de conseguirlo.

»Casi enloquecí con las prisas y los preparativos, y en menos de cuarenta y ocho horas ya estaba cruzando el Canal para presentarme ante mis jefes y firmar el contrato. Al cabo de unas pocas horas llegué a esa ciudad que siempre me ha hecho pensar en un sepulcro blanqueado. Un prejuicio de mi parte, sin duda. No tuve problemas para encontrar las oficinas de la Compañía. Era el edificio más grande de la ciudad y todas las personas que conocí presumían de él. Al fin y al cabo se trataba de un imperio en ultramar y de hacer dinero a espaldas con el comercio.

»Una calle estrecha y desolada sumida en las tinieblas, casas enormes, innumerables ventanas con persianas venecianas, un silencio muerto, la hierba creciendo entre las piedras de los muros, imponentes arcadas para los coches a derecha e izquierda, gigantescas puertas de dos batientes abiertas de par en par. Me colé por una de esas aberturas, subí por una escalera limpia y sin adornos, árida como un desierto, y abrí la primera puerta que encontré. Dos mujeres, una gorda y otra flaca, sentadas en sendas sillas con asiento de mimbre, tejían con madejas de lana negra. La flaca se levantó y se acercó a recibirme sin dejar de tejer, la mirada gacha. Y justo cuando yo empezaba a considerar la idea de esquivarla, como haría uno con un sonámbulo, la mujer se detuvo y alzó la vista. Su vestido era tan escueto como el envoltorio de un paraguas. La mujer se dio la vuelta y sin decir palabra me condujo hasta una sala de espera. Le di mi nombre y me puse a mirar alrededor. Mesa de centro, sillas austeras en las cuatro paredes y, en un extremo, un enorme y reluciente mapa marcado con todos los colores del arcoíris. Se apreciaba una vasta extensión pintada de rojo —algo agradable a la vista en

cualquier momento, pues uno sabe que en esos sitios se están haciendo las cosas como es debido—; otra cantidad igualmente abundante de azul, un poco de verde, manchas naranjas y en la costa este, un parche de color púrpura para indicar el lugar donde los alegres pioneros del progreso beben alegres jarras de cerveza. No obstante, yo no me dirigía a ninguno de esos colores. Mi destino era el color amarillo. Muerto en pleno centro. Y justo allí se encontraba el río, fascinante, mortífero como una serpiente. ¡Que me parta un rayo! Una puerta se abrió en ese instante y un semblante secretarial con el pelo canoso, aunque provisto de una expresión compasiva, apareció en el umbral y un exiguo dedo índice me hizo señas para que ingresara en el santuario. Dentro la luz era tenue y un pesado escritorio se arrellanaba en el centro del despacho. Desde el extremo opuesto de aquella estructura vi salir una figura de pálida robustez envuelta en una levita. Era el gran hombre en persona. Debía de medir un metro setenta, calculo, y aun así tenía en su mano el control de tantísimos millones. Me estrechó la mía, murmurando alguna vaguedad, satisfecho con mi francés, supongo. *Bon voyage*.

»En menos de un minuto ya me encontraba de vuelta en la sala de espera junto al compasivo secretario, que, contrito y, pese a todo, simpático, me hizo firmar unos documentos. Creo que en ellos me comprometía, entre otras cosas, a no revelar ningún tipo de trato comercial secreto. Pues bien, no pienso hacerlo.

»Empecé a sentirme ligeramente incómodo. Ya sabéis que no estoy acostumbrado a esa clase de ceremonias y había algo ciertamente ominoso en la atmósfera. Era como si con ello me hicieran partícipe de una conspiración o, no sé, de algo que no era del todo limpio. Como sea, me alegré de poder salir de allí. En la sala contigua las dos mujeres seguían tejiendo febrilmente con su lana negra. La gente iba llegando, y la más joven de las dos iba de un lado a otro para recibirlos. La más vieja no se levantaba de su silla. Sus zapatillas de tela estaban apoyadas en un calentador de pies y un gato dormitaba en su regazo. Llevaba en la cabeza una cofia blanca almidonada, tenía una verruga en la mejilla y unos quevedos de marco plateado en la punta de la nariz. Me miró por encima de los anteojos. La instantánea e indiferente placidez de esa mirada me dejó turbado. Dos jóvenes de aspecto cándido y jovial seguían en ese momento a la otra mujer y la más vieja los miró con la misma expresión de desinterés y suficiencia. Aquella mujer parecía saberlo todo sobre ellos y sobre mí mismo. Una extraña sensación se apoderó de mí. La encontré siniestra y de mal agüero. Cuántas veces estando allá lejos no habré evocado la imagen de estas dos mujeres, guardianas de las puertas de la Oscuridad, tejiendo su lana negra como para hacer una mortaja tibia, la una conduciendo, conduciendo sin cesar a los hombres a lo desconocido, mientras la otra escudriñaba los rostros ingenuos y joviales con su vieja mirada indiferente.

¡*Ave*, vieja tejedora de lana negra! *Morituri te salutant*. Sólo unos cuantos hombres, de los muchos que alguna vez mirara, pudieron volver a verla. Menos de la mitad.

»Sólo restaba hacer una visita al doctor. “Una mera formalidad”, me aseguró el secretario, con aire de tomarse muy a pecho mis preocupaciones. Dicho lo cual un tipo joven con el sombrero ladeado sobre la ceja izquierda, un ujier, supongo —debía de haber más de uno trabajando allí, pese a que el silencio del lugar era más propio de una casa en la ciudadela de los muertos—, descendió por no sé qué escaleras y me pidió que lo siguiera. Era un hombre desprolijo y torpe, con manchas de tinta en las mangas de su chaqueta, y su corbata se veía larga y manoseada debajo de un mentón que parecía una protuberancia en la punta de una vieja bota. Era un poco temprano para ir a ver al médico, así que propuse que tomáramos un trago, cosa que desató en él una vena jovial. Cuando ya estábamos sentados delante de nuestras copas de vermut, el muchacho ensalzó las glorias de la Compañía. Pasado un rato, y de manera casual, le expresé mi sorpresa ante el hecho de que no se uniera a la expedición. De inmediato, el joven adoptó un aire frío y circunspecto. “No soy tan idiota como parezco”, les dijo Platón a sus discípulos” fue lo que sentenció, vaciando su copa con gran resolución antes de levantarse.

»El viejo doctor me tomó el pulso, con la cabeza claramente ocupada en otro asunto durante el examen. “Bien, bien por aquí”, murmuró. Y a continuación, con cierta avidez, me pidió permiso para medirme el cráneo. Algo sorprendido, di mi consentimiento y entonces él sacó un aparato que parecía un compás y se puso a tomar las medidas de arriba abajo, de izquierda a derecha, a la vez que iba tomando notas cuidadosamente. Era un hombrecito mal afeitado enfundado en un abrigo harapiento, calzado con pantuflas, así que lo consideré un loco inofensivo. “Siempre pido permiso, en aras de los intereses de la ciencia, para medir los cráneos de las personas que viajan a ese lugar”, dijo. “¿Y cuando vuelven también?”, le pregunté. “Oh, nunca vuelvo a verlos”, contestó, “además, los cambios tienen lugar en el interior, ya sabe”. Y sonrió para sí mismo como si hubiera recordado una broma. “Así que usted va a viajar allí. Por la fama, claro. Y debe de ser interesante también”. Luego me observó con detenimiento y añadió un comentario con tono profesional: “¿Algún caso de locura en su familia?”. Aquello consiguió fastidiarme. “Y esa pregunta”, dije, “¿la hace también en aras de la ciencia?”. “Ya lo creo”, contestó, sin reparar en mi irritación. “Sería interesante para la ciencia observar los cambios mentales de los individuos sobre el terreno, pero...”. “¿Es usted un alienista?”, lo interrumpí. “Todo médico debería serlo, al menos un poco”, respondió impasible. “Verá usted, tengo una pequeña teoría que vosotros, *monsieurs*, los que vais a ese lugar, tendréis que ayudarme a probar. Tal

será mi parte de los beneficios que el país cosechará gracias a la posesión de tan magníficas dependencias. El mero lucro se lo dejo a los demás. Disculpe mis preguntas, pero usted es el primer inglés que viene a mi consulta...". Me apresuré a asegurarle que yo no era en absoluto un caso típico. "Si lo fuera", le dije, "no estaría aquí departiendo con usted ahora mismo". "Lo que usted dice suena bastante profundo, pero quizás sea erróneo", respondió soltando una carcajada. "Evite la irritación más que la exposición prolongada al sol. *Adieu*. ¿Cómo decís vosotros los ingleses? Ah, sí, *goodbye, goodbye*. En los trópicos uno debe, ante todo, mantener la calma". En este punto el hombrecillo levantó el índice... "*Du calme, du calme. Adieu*".

»Una cosa más me quedaba por hacer: despedirme de mi formidable tía. La encontré radiante. Tomamos una taza de té —la última taza de té decente en muchos días— en una sala de estar de lo más confortable, como no podía ser menos tratándose de una dama, y allí tuvimos una larga y serena charla junto a la chimenea. En el curso de estas confidencias comprendí a las claras que me habían presentado ante la esposa del alto dignatario, y sólo Dios sabe ante cuántas personas más, como una criatura excepcionalmente talentosa, toda una suerte para la compañía, un hombre de los que no se encuentran todos los días. ¡Por todos los santos! Y pensar que me iba a hacer cargo de un vaporcillo de tres al cuarto. Sin embargo, parecía que me consideraban como a un empleado con mayúsculas, con su propio capital, ya me entendéis. Una especie de emisario de la luz, poco menos que un apóstol. Ésa era la clase de bulos que infestaban la prensa y las conversaciones en esos días y la excelente dama, envuelta en todo ese batiburrillo de patrañas, se dejó llevar por el entusiasmo. Habló de "destetar a esos millones de ignorantes de sus horribles costumbres", hasta que, os doy mi palabra, me hizo sentir bastante incómodo. En un momento me atreví a insinuar que la Compañía tenía una finalidad lucrativa. "Olvidas, querido Charlie, que el trabajador vale lo que le pagan", dijo con lucidez. Es extraño comprobar cuán poco contacto con la realidad tienen las mujeres. Viven en su propio mundo, un mundo como nunca lo ha habido y como no lo habrá jamás. Es demasiado hermoso visto en su conjunto, pero si ellas hubieran tenido que construir el mundo, éste se habría venido abajo con la primera puesta de sol. Cualquiera de esos embrollados asuntos con los que hemos tenido que lidiar los hombres desde el mismo día de la creación habría bastado para derribarlo todo.

»Después de estas palabras la dama me abrazó, me aconsejó que vistiera de franela, que escribiera seguido, en fin. Me marché y, cuando estaba en la calle, no sé por qué, tuve la extraña sensación de que yo era un impostor. Era raro que un hombre como yo, acostumbrado a embarcarme a cualquier parte del mundo de un

día para otro, sin pararme a considerarlo más que si fuera a cruzar una simple calle, hubiera tenido un momento, no diré de duda, pero sí de perplejidad ante un asunto que parecía tan normal. El único modo que tengo de explicároslo será decir que, por un instante, me sentí como si en lugar de dirigirme al centro de un continente estuviera a punto de embarcarme rumbo al centro de la tierra.

»Zarpé a bordo de un vapor francés que se detuvo en todos y cada uno de los malditos puertos que había por allí y sin otro propósito, al parecer, que desembarcar soldados y agentes de aduana. Yo observaba la costa. Observar la costa mientras ésta se desliza frente al barco es como contemplar un enigma. Te mira, te sonríe, frunce el ceño, insinuante, grandiosa, cruel, insulsa o salvaje, pero siempre muda y casi a punto de susurrarte: “Ven a descubrirme”. Esta vez casi carecía de todo rasgo, como si estuviera aún por hacer, con un aspecto monótono y adusto. El linde de una selva colosal, de un verde tan oscuro que era casi negro, bordeado por la espuma blanca, discurría en una línea recta, como trazada adrede, a lo largo de kilómetros y kilómetros de un mar azul cuyos resplandores estaban opacados por una neblina sutil. El sol pegaba con fuerza y la tierra parecía sudar en medio del vapor. De vez en cuando aparecían algunos brochazos verdosos y rucios agrupados a la orilla de la espuma blanca, en ocasiones coronados por una pequeña bandera. Asentamientos de unos siglos de antigüedad y pese a ello no más grandes que cabezas de alfiler en medio de la inmensidad intacta del entorno. Navegábamos junto a la costa, nos deteníamos, desembarcaban algunos soldados y continuábamos; volvíamos a detenernos, desembarcaban los oficiales de aduana para recaudar los impuestos en lo que parecía una jungla dejada de la mano de Dios, con un cobertizo de latón y un asta de bandera perdidos ahí en medio; también desembarcaban más soldados —presuntamente para cuidar de los oficiales de aduana—. Según oí decir, algunos se habían ahogado antes de llegar a la orilla, pero, más allá de que fuera cierto o no, nadie parecía especialmente preocupado por el asunto. Simplemente los dejábamos allí y seguíamos nuestro camino. La costa era igual día tras día, como si no nos hubiéramos movido. Pero en realidad íbamos dejando atrás varios lugares, puestos comerciales con nombres como Gran Bassam o Pequeño Popo, nombres que parecían sacados de una especie de sórdida farsa que se estuviera interpretando frente a un siniestro telón de fondo. La desocupación propia de cualquier pasajero, mi aislamiento en medio de todos estos hombres con quienes no tenía nada en común, la consistencia aceitosa y lánguida del mar, la sombra uniforme de la costa, todo ello parecía mantenerme apartado de la verdad de las cosas, preso en las labores de un espejismo luctuoso y sin sentido. Oír de vez en cuando la voz rugiente de las olas era un auténtico placer, como oír las palabras de un hermano. Era algo natural, que tenía su razón de ser, un sentido. A veces un bote proveniente de la orilla ofrecía un contacto

momentáneo con la realidad. Un bote con remeros negros. Podías verlos venir desde lejos por el brillo del blanco de sus ojos. Lanzaban gritos, cantaban. Ríos de sudor recorrían sus cuerpos. Sus rostros eran como máscaras grotescas. Pero tenían hueso, músculo, una vitalidad salvaje, una intensa energía de movimientos, cosas que eran tan naturales y verdaderas como las olas que rompían contra la costa. No necesitaban una excusa para estar allí. Resultaba reconfortante mirarlos. Por un instante sentía que aún pertenecía a un mundo de hechos concisos. Pero esa sensación no duraba demasiado. Siempre aparecía algo que acababa espantándola. En una ocasión, recuerdo, nos topamos con una fragata anclada frente a la costa. Ni siquiera había un cobertizo en ese lugar, pero el barco disparaba contra los matorrales. Al parecer los franceses estaban librando una de sus guerras en las inmediaciones. Su insignia colgaba flácida como un harapo; el morro de los cañones de ocho pulgadas asomaba por toda la parte inferior del casco. El oleaje espeso y aceitoso hacía subir y bajar perezosamente el barco, meneando los finos mástiles. En la vacía inmensidad de la tierra, el cielo y el agua, allí estaba la fragata incomprensible, disparándole a un continente. ¡Bum! Retumbaba uno de los cañones de ocho pulgadas, una pequeña llamarada que salía disparada y se perdía entre los arbustos, una fina humareda blanca que no tardaba en desaparecer, el silbido endeble de un proyectil... y no ocurría nada. Nada podía ocurrir. Había un toque de locura en ese procedimiento, cierto desvarío tétrico en la imagen; algo que no se disipó cuando un compañero de a bordo me aseguró, muy serio, que había un campamento de nativos —¡“enemigos” fue la palabra que usó!— escondido por ahí en algún lugar.

»Entregamos la correspondencia en la fragata (oí que la tripulación se estaba muriendo de fiebre a razón de tres hombres por día) y seguimos navegando. Nos detuvimos en unos cuantos lugares más, bautizados con nombres de farsa, donde la gozosa danza de la muerte y el comercio se ejecutaba en medio de una atmósfera inmóvil y telúrica, como en el interior de una catacumba recalentada; todo ello a lo largo de la costa informe azotada por el terrible oleaje, como si la propia naturaleza hubiera intentado mantener a raya a los intrusos, entrando y saliendo por ríos, torrentes de muerte en vida cuyas orillas estaban llenas de barro putrefacto, cuyas aguas, espesas como babas, invadían la contorsión de los manglares, que ante nuestros ojos parecían retorcerse al extremo de la impotencia y la desesperación. En ningún sitio nos detuvimos el tiempo suficiente para hacernos una impresión definida, pero la sensación general de vaga y opresiva irrealidad iba pesando más y más. Era como una tediosa peregrinación en la que iba recogiendo indicios de una pesadilla.

»Tendrían que pasar más de treinta días para que pudiera ver la

desembocadura del gran río. Anclamos al pie de la sede del gobierno. Sin embargo mi trabajo no empezaría sino hasta unas doscientas millas más adelante. En cuanto me fue posible, partí rumbo a un lugar que se hallaba treinta millas río arriba.

»Conseguí embarcar en un pequeño vapor. Su capitán era un sueco y, al enterarse de que yo era marinero, me invitó a subir al puente. Era un hombre joven, delgado, rubio y parsimonioso, de aspecto desgarrado, que caminaba arrastrando los pies. Mientras nos alejábamos del mísero muelle, sacudió despectivamente la cabeza mirando hacia la orilla. “¿Ha estado viviendo allí?”, preguntó. Yo asentí. “Menudos elementos los tipos del gobierno, ¿no le parece?”. Y prosiguió, hablando en inglés con gran precisión y considerable acritud: “Es gracioso ver lo que alguna gente es capaz de hacer por unos pocos francos al mes. Me pregunto qué será de esta clase de tipos cuando vuelven a su país”. Le contesté que esperaba poder averiguarlo pronto. “¿Pronto?”, exclamó, mirándome de arriba abajo, aunque sin perder de vista el agua. “Yo no estaría tan seguro”, continuó. “El otro día llevé a bordo a un hombre que se colgó durante el viaje. También era sueco”. “¿Se colgó, dice? Por todos los santos, ¿y por qué?”, exclamé yo, mientras él no despegaba los ojos del camino. “Quién sabe”, dijo. “Quizás se hartó del sol. O del país”.

»Al fin llegamos a un recodo del río. Un acantilado rocoso apareció ante nosotros; había montículos de tierra removida junto a la orilla, unas pocas casas en una colina, y otras más, con techo de zinc, en medio de los escombros de una excavación, o al borde del precipicio. El ruido constante de una cascada pendía sobre toda esta escena de devastación habitada. Mucha gente, la mayoría negros desnudos, iba y venía por el lugar como un hormiguero. Un muelle se proyectaba sobre el río. Por momentos el sol cegador sumergía todo esto en el repentino recrudescimiento de un resplandor. “Allí está la estación de su Compañía”, dijo el sueco, señalando tres barracas de madera construidas sobre la pendiente rocosa. “Le haré llegar sus cosas. ¿Cuatro bultos, dijo? Muy bien. Adiós”.

»Me topé con una caldera abandonada en medio de la hierba antes de hallar el sendero que conducía a lo alto de la colina. El camino pasaba junto a las rocas y también frente a una pequeña locomotora volcada en el suelo, con las ruedas al aire (le faltaba una). Aquella cosa parecía más muerta que el cadáver de un animal. Encontré por el sendero varias piezas más de maquinaria en desuso, un montículo de rieles oxidados. A la izquierda vi un puñado de árboles que conformaban una enramada sombría donde un montón de cosas oscuras y endebles parecían agitarse. Me froté los ojos. El sendero se empinaba en este punto. Una sirena ululó a mi derecha y entonces vi correr a un montón de gente negra. La detonación sorda

y pesada hizo temblar el suelo, una humareda brotó de los riscos y eso fue todo. No se apreció ningún cambio en la faz de la roca. Estaban construyendo un ferrocarril. Los riscos no interrumpían el trazado, pero estas explosiones sin sentido eran al parecer la única obra en marcha.

»Un ligero tintineo a mis espaldas me hizo volver la vista atrás. Seis hombres negros avanzaban en fila, caminando esforzadamente por el sendero. Andaban muy erguidos, a paso lento, soportando sobre sus cabezas pequeñas cestas llenas de tierra y el tintineo seguía el ritmo de sus pasos. Llevaban el torso envuelto en unos harapos negros cuyos extremos se meneaban en sus espaldas como colas. Se les marcaban todas las costillas y las articulaciones de sus miembros eran como nudos en una cuerda. Cada uno tenía un collar de hierro y todos iban conectados por una cadena cuyos eslabones se balanceaban entre los cuerpos, tintineando rítmicamente. De repente otro estallido proveniente de los riscos me trajo a la memoria aquel barco de guerra que disparaba contra un continente. Era el mismo tipo de rugido aciago. Sin embargo, ni siquiera con un esfuerzo de la imaginación les cabía a estos hombres el apelativo de enemigos. Preferían llamarlos criminales y la ley implacable, al igual que los explosivos, había llegado hasta ellos desde el otro lado del mar como otro misterio insondable. Sus magros pechos se hinchaban a la vez, las aletas de la nariz se les dilataban, temblorosas, y los ojos miraban atónitos hacia los peñascos. Pasaron a unos pocos centímetros de mí, sin mirarme, con esa indiferencia letal y absoluta de los salvajes infelices. A la cola de este cargamento de materia prima, uno de los elegidos, producto de las nuevas fuerzas al mando, marchaba sin entusiasmo con un rifle cruzado sobre el pecho. Tenía una casaca militar a la que le faltaba un botón y ante la proximidad de un hombre blanco, se apresuró a apoyar el cañón del rifle sobre su hombro. Lo hizo por pura precaución, pues, vistos desde la distancia, todos los blancos eran tan parecidos entre sí que aquel hombre no tenía manera de saber quién podría ser yo. No tardó en bajar la guardia y con una sonrisa amplia, muy blanca y llena de picardía, no sin antes echarle un vistazo a la carga, el hombre pareció hacerme partícipe de su exaltada confianza. Al fin y al cabo, yo también formaba parte de esa gran causa que empleaba tan elevados y justos procedimientos.

»En lugar de subir tras ellos, me desvié para bajar por la izquierda, con la sola intención de esperar a que el grupo de encadenados desapareciera de mi vista antes de trepar por la cuesta. Ya sabéis que no soy particularmente sensible; siempre he tenido que luchar y defenderme. He tenido que resistir e incluso atacar, que no es más que un modo de resistir, sin medir las consecuencias, respondiendo a las exigencias del tipo de vida que el azar me hubiera deparado. He conocido al demonio de la violencia y al demonio de la codicia y al demonio del ardiente

deseo; pero ¡por todas las estrellas del cielo!, éstos eran unos diablos poderosos, lascivos y de ojos rojos que dominaban a otros hombres. Hombres, os digo. Y aun así, mientras esperaba allí en la ladera, pude prever que, a plena luz del día, bajo el mismo sol de esa tierra, me las vería con un diablo rechoncho, simulador y de ojos taimados, un diablo delirante, avaro y despiadado. Cuán pérfido e insidioso podía ser es algo que sólo descubriría varios meses más tarde y dos mil millas tierra adentro. Por unos instantes me sentí desmoralizado, como bajo el efecto de una advertencia. Finalmente decidí volver a bajar por la cuesta, oblicuamente, en dirección a los árboles que había visto antes.

»Rodeé un enorme agujero que alguien había estado cavando en la pendiente y cuya función me resultó imposible adivinar. No era una cantera ni un arenal, no. Era simplemente un hueco. Tal vez tuviera que ver con el deseo filantrópico de darles a los criminales algo que hacer. No lo sé. Luego estuve a punto de tropezar en una grieta muy delgada, apenas una cicatriz en la pendiente. Entonces descubrí que un montón de tubos de drenaje importados para el asentamiento habían sido depositados allí. No había uno solo que no estuviera roto. No era más que un amasijo de chatarra sin sentido. Al fin llegué a la enramada bajo los árboles. Mi idea era pasear a la sombra durante un rato. Pero tan pronto me hallé en aquel sitio tuve la impresión de que había penetrado en el horrendo círculo de un pequeño Infierno. La cascada estaba cerca y un estruendo incesante, uniforme y desbocado llenaba la luctuosa quietud del bosquecillo, donde no soplaban ni un suspiro, donde no se movía ni una hoja, en medio de ese misterioso sonido: parecía como si los ritmos exaltados de esta tierra errante se hubieran vuelto audibles de repente.

»Siluetas negras se acurrucaban, dormían, se sentaban entre los árboles, apoyadas en los troncos, aferradas a la tierra, apenas definidas, medio difuminadas bajo la luz atenuada, personificando todos los gestos del dolor, el abandono y la desesperación. Se oyó el estallido de otra mina en los riscos, seguido de un leve temblor bajo mis pies. Los trabajos proseguían. ¡Los trabajos! Y éste era nada menos que el lugar donde algunos de los trabajadores venían a morir.

»Y estaban muriendo lentamente, eso estaba claro. No eran enemigos, no eran criminales, ya no eran siquiera algo terrenal. No eran más que sombras negras de la enfermedad y el hambre, entreveradas confusamente en esa penumbra verdosa. Traídos desde todos los rincones de la costa con el amparo legal de unos contratos temporales, perdidos en ese territorio que les era ajeno, mal alimentados con comida extraña, aquellos hombres enfermaban, se volvían ineficientes y al final sólo se les permitía arrastrarse hasta ese sitio para descansar. Estas formas

moribundas eran libres como el viento. Y casi tan insustanciales. De pronto, al bajar la vista, junto a mi mano, me encontré con un rostro. Un negro saco de huesos recostado contra un árbol sobre uno de sus hombros. Lentamente, los párpados se abrieron y los ojos hundidos me miraron, enormes y vacíos, con una especie de ciego centelleo proveniente de las profundidades de las órbitas, que volvieron a cerrarse con la misma lentitud. El hombre parecía joven, casi un niño, aunque ya sabéis que con ellos es difícil adivinar la edad que tienen. No hallé otra cosa que hacer salvo ofrecerle una de las galletas del barco del sueco que llevaba en el bolsillo. Sus dedos se cerraron muy despacio sobre la galleta. Y entonces ya no hubo ningún movimiento, ninguna mirada. Tenía atado al cuello un trocito de lana blanca. ¿Para qué? ¿De dónde lo había sacado? ¿Era un emblema? ¿Un ornamento? ¿Un fetiche? ¿Un acto propiciatorio? ¿Había siquiera alguna idea relacionada con ese trozo de lana? Llamaba la atención alrededor de su cuello negro este pedazo de fibra blanca traída desde tan lejos.

»Cerca de aquel árbol, dos bultos angulosos más yacían con las piernas encogidas. Uno de ellos, con el mentón apoyado en las rodillas, miraba al vacío con una expresión de intolerable aflicción: su hermano fantasma tenía la cabeza totalmente gacha, como afectado por un terrible cansancio. Y esparcidos en torno a ellos había varios más, sumidos en todas las poses imaginables de la contorsión y el colapso, como sacados de la pintura de una masacre o una epidemia. Paralizado de horror vi cómo una de esas criaturas se levantaba en cuatro patas y se acercaba al río para beber. Después de vaciar el cuenco de su mano con la lengua, se sentó al sol con las canillas cruzadas frente a él y al cabo de unos segundos dejó que su cabeza rizada cayera sobre su huesudo pecho.

»Ya no quería seguir caminando entre las sombras y me apresuré a llegar a la estación. Cuando me aproximaba a las dependencias, me topé con un hombre blanco, y cómo sería de inesperada la elegancia de su atuendo que, por un instante, lo tomé por una especie de visión. Vi un cuello alto almidonado, puños blancos, una fina chaqueta de alpaca, pantalones níveos, un corbatín claro y botas relucientes. No llevaba sombrero. El pelo partido a la mitad, bien cepillado, bien aceitado, debajo de una sombrilla de franjas verdes con un enorme mango blanco. Un individuo asombroso; y tenía detrás de la oreja un lapicero.

»Estreché la mano de aquel milagro ambulante y supe así que era el jefe de contables de la Compañía y que toda la contabilidad se hacía en esa estación. Había salido un momento, dijo, “para tomar un poco de aire fresco”. La expresión me sonó maravillosa y extraña por su evocación del sedentarismo de la vida en los despachos. Ni siquiera os habría mencionado a este caballero, pero fue por boca

del mismo que oí por primera vez el nombre de la persona que se encuentra indisolublemente ligada a mis recuerdos de aquella época. Por lo demás, sentía respeto por ese caballero. Sí, respetaba sus cuellos, sus enormes puños, su pelo tan bien cepillado. Sin duda su aspecto era comparable al del maniquí de un peluquero. Pero en medio de la desmoralización de aquel lugar, el hombre conservaba su elegancia. Eso se llama temple. Sus cuellos almidonados y la pulcritud de sus camisas eran triunfos del carácter. Llevaba allí casi tres años. No pude evitar preguntarle cómo conseguía mantenerse tan pulcro. Apenas se ruborizó un poco antes de contestarme con total modestia: "He estado enseñando a una de las nativas que viven cerca de la estación. No ha sido fácil. Al principio no le gustaba el trabajo". De modo que este hombre había conseguido algo. Y además estaba dedicado en cuerpo y alma a sus libros de contabilidad, los cuales mantenía siempre en perfecto orden.

»Todo lo demás en aquella estación era un revoltijo. Las cabezas, las cosas, los edificios. Ristras de negros polvorientos con los pies rajados llegaban y se iban; un flujo constante de bienes manufacturados, algodones sucios, cuentas y cables de cobre eran enviados a las profundidades de la oscuridad; y a cambio se recibía a cuentagotas el preciado marfil.

»Tuve que esperar en la estación durante diez días. Una eternidad. Me hospedé en una cabaña en medio del patio, pero para mantenerme al margen del caos a menudo me refugiaba en la oficina del contable. Era un cobertizo construido con listones horizontales puestos de tan mala manera que mi amigo, inclinado sobre su gran escritorio, quedaba de pies a cabeza cubierto con franjas de luz solar. No hacía falta abrir la gran ventana para ver el exterior. Hacía el mismo calor adentro que afuera. Enormes moscas zumbaban con alevosía y no picaban sino que te acribillaban. Por lo general me sentaba en el suelo mientras, con su intachable aspecto (y a veces incluso un poco perfumado), sentado en una alta butaca, el contable escribía y escribía. A veces se levantaba para ejercitar los músculos. Cuando pusieron en su despacho un catre con un enfermo (cierto agente del interior que se había quedado inválido), el contable demostró su incomodidad con gentileza. "Los gemidos de este pobre enfermo", dijo, "distraen mi atención. Y así es extremadamente difícil no cometer errores administrativos, peor aún con este clima".

»Uno de esos días, sin levantar la cabeza de sus papeles, comentó casualmente: "Cuando llegue al interior seguramente conocerá al señor Kurtz". Quise saber quién era ese tal señor Kurtz y el contable respondió que se trataba de un agente de primer rango. La decepción que dicha información me produjo lo

obligó a dejar el lápiz sobre la mesa y añadir lentamente: “Es un hombre de veras notable”. Indagando un poco más averigüé que el señor Kurtz estaba entonces a cargo de un puesto comercial de gran importancia en el auténtico país del marfil, “en lo más profundo del mismo. Y envía tanto marfil como todos los demás puestos juntos...”. Dicho lo cual el contable reanudó su labor. El enfermo estaba demasiado grave siquiera para rezongar. Las moscas zumbaban en medio del sosiego del despacho.

»De repente se oyó un murmullo de voces y el repiqueteo de unos pasos. Había llegado una caravana. Una violenta algarabía de bastos sonidos se desató al otro lado de los listones. Todos los cargadores hablaban al unísono y en medio del barullo retumbó la quejumbrosa voz del agente, amenazando con “mandarlo todo al demonio” por enésima vez aquel día... El contable se levantó de su butaca. “Qué alboroto más horripilante”, dijo. Con su amabilidad de siempre, atravesó el despacho para echarle un vistazo al enfermo y cuando volvía me dijo: “Ya no nos puede escuchar”. “¿Cómo?”, pregunté aterrado, “¿está muerto?”. “No, todavía no”, respondió él, sin perder la compostura. Luego, señalando con un movimiento de la cabeza hacia el tumulto que se había formado en el patio de la estación, dijo: “Cuando uno tiene que llevar las cuentas correctamente, es imposible no acabar odiando a estos salvajes... odiarlos hasta la muerte”. Se quedó pensativo durante unos instantes. “Cuando vea al señor Kurtz”, continuó, “dígame de mi parte que aquí todo”, y entonces miró su escritorio, “transcurre de manera satisfactoria. Prefiero no escribirle. Con los mensajeros que tenemos no se sabe quién puede acabar apoderándose de las cartas que uno envía... en esa Estación Central”. Me miró por unos segundos con sus ojos apacibles y saltones. “Oh, Kurtz llegará lejos, muy lejos”, prosiguió. “Más pronto que tarde se convertirá en alguien importante dentro de la Administración. Es lo que tienen planeado para él ahí arriba, ya sabe, el Consejo en Europa”.

»El contable volvió a sus papeles. El ruido del patio había cesado y, antes de salir, me detuve en el umbral. Entre el zumbido perenne de las moscas, el agente enfermo yacía insensible y enrojecido; el otro, inclinado sobre sus libros de contabilidad, consignaba correctamente los datos de unas transacciones perfectamente correctas; y a veinte metros de esa misma puerta se divisaban las serenas copas de la arboleda de la muerte.

»Por fin, al día siguiente, me marché de la estación con una caravana de sesenta hombres, en una caminata de doscientas millas.

»De nada vale extenderse al respecto. Senderos, senderos por doquier; una

red de senderos grabada en el interior de esa tierra vacía, entre pastizales frondosos, llanos quemados, zarzales, subiendo y bajando por desfiladeros escalofriantes, subiendo y bajando por peñascos abrasadores; y esa soledad, la soledad, ni una sola choza, nada. La población había desaparecido hacía mucho tiempo. Ahora que lo pienso, si un montón de misteriosos negros armados con toda clase de temibles armas de repente decidiera viajar por el camino entre Deal y Gravesend, usando los carros hallados a diestra y siniestra para transportar pesadas cargas, imagino que todas las granjas y cabañas de los alrededores no tardarían en quedar deshabitadas; sólo que en este caso no quedaban ni siquiera las viviendas. Aun así, durante la caminata pasamos por varias aldeas abandonadas. Hay algo patéticamente infantil en las ruinas de unas casas hechas con paja. Todo era igual día tras día, el estampido y el fragor de sesenta pares de pies descalzos marchando a mis espaldas, cada par de pies debajo de una carga de sesenta libras. Acampar, cocinar, dormir, levantar el campamento, marchar. De vez en cuando aparecía un porteador muerto con su arnés, echado entre la hierba a un lado del camino, junto a la cantimplora vacía y su largo bordón. Siempre rodeados de un silencio profundo. A lo sumo alguna noche callada se escuchaba el clamor distante de unos tambores, hundiéndose, naufragando en el espacio, un vasto tremor, cada vez más tenue; un sonido extraño, llamativo, sugerente y salvaje, aunque quizás cargado de un significado profundo, como ocurre con las campanadas de las iglesias en los países cristianos. En una ocasión nos topamos con un hombre que llevaba la chaqueta del uniforme sin abotonar, acampando en el sendero con una escolta armada de lívidos zanzíbares, un hombre muy hospitalario y alegre, por no decir borracho. Se ocupaba del mantenimiento de los caminos, nos explicó. No puedo decir que haya visto ningún camino y mucho menos nada de mantenimiento, a menos que el cuerpo sin vida de ese joven negro con un agujero de bala en la frente, y con el cual estuve a punto de tropezar tres millas más adelante, pudiera ser considerado como una mejora permanente. También tenía un compañero blanco. No era mal tipo, quizás un poco rollizo. Aunque, claro, tenía el exasperante hábito de desmayarse en las laderas muy calientes, a millas de distancia de la más nimia porción de sombra o fuente de agua. Resultaba fastidioso, ya os imaginaréis, sostener tu propia chaqueta como un parasol sobre la cabeza de un hombre, en espera de que éste volviera en sí. No pude evitar preguntarle por las razones de su presencia en semejante lugar. "Vine para hacer dinero, por supuesto. ¿Para qué más iba a ser?", contestó desdeñoso. Luego enfermó de fiebre y hubo que transportarlo en una hamaca colgada de un palo. Dado que pesaba casi ciento veinte kilos tuve mil altercados con los porteadores. Se quejaban, huían, se escabullían por las noches con sus cargas. Fue casi un motín. Así que una tarde me dirigí a ellos en inglés, ayudándome con gestos, ninguno de los cuales pasó desapercibido para los sesenta pares de ojos que

tenía ante mí. Y a la mañana siguiente ordené que la hamaca marchara al frente de la expedición. Una hora más tarde me encontré con toda aquella carga arrojada de mala manera entre los matorrales: hombre, hamaca, gemidos, sábanas, pavor. El pesado palo le había despellejado parte de la nariz. El hombre estaba ansioso por verme matar a alguien, pero no hallé ni sombra de los porteadores en las inmediaciones. Recordé las palabras del viejo doctor: “Sería interesante para la ciencia observar los cambios mentales de los individuos sobre el terreno”. En ese momento sentí que empezaba a volverme interesante desde un punto de vista científico. Sin embargo, aquello no pasó a mayores. A los quince días de viaje volví a divisar el gran río y con esfuerzo conseguí llegar a la Estación Central, que se hallaba en un recodo rodeado de maleza y selva, con una extensa ribera de lodo maloliente delante de la fachada y los tres lados restantes custodiados por una absurda valla de juncos. Una brecha desprolija hacía las veces de portal y sólo hacía falta echar un vistazo rápido a todo el lugar para saber que el espectáculo corría a cargo del diablo regordete. Unos cuantos hombres blancos armados con largas varas salieron de los cobertizos caminando a paso lánguido, sólo para echarme un vistazo antes de volver a dispersarse. Uno de ellos, un tipo nervioso y fortachón de bigotes negros, en cuanto me hubo presentado, me informó con gran locuacidad y no pocas digresiones que mi vapor se hallaba hundido en el fondo del río. La noticia me dejó perplejo. ¿Qué, cómo, por qué? Oh, pero “no pasa nada”, dijo. El “administrador en persona” se encontraba allí. Todo en orden. “¡Todo el mundo se ha comportado espléndidamente, espléndidamente!”. Y al instante agregó, muy agitado: “Tendrá que reunirse de inmediato con el administrador general. ¡Lo está esperando!”.

»En ese momento no atiné a comprender el verdadero significado de ese hundimiento. Supongo que ahora puedo entenderlo, pero no estoy seguro... en absoluto. Sin duda todo aquel asunto era demasiado estúpido —ahora que lo pienso— para que en conjunto resultara natural. Y aun así, en ese momento, aquello se me presentó simplemente como una situación irritante y confusa. El vapor estaba hundido. Dos días atrás, obligados por no sé qué urgencia, habían tenido que zarpar de un lugar río arriba con un timonel voluntario que, al cabo de sólo tres horas de navegación, destrozó el casco del vapor contra unas rocas. El barco naufragó cerca de la margen sur del río. Me pregunté qué sentido tendría estar allí, ahora que mi vapor se había hundido. Lo cierto es que tenía mucho trabajo por delante, pues ahora tendría que reflotar el barco desde las profundidades del río. Al siguiente día ya me había puesto manos a la obra. Entre eso y las reparaciones, una vez que conseguí que enviaran las piezas desde la estación, pasaron unos meses.

»Mi primer encuentro con el administrador fue curioso. Para empezar ni siquiera me invitó a sentarme después de la caminata de veinte millas que había hecho esa mañana. Era un hombre de aspecto común, en sus rasgos, sus modales y su voz, de estatura media y de complexión ordinaria. Sus ojos, de un color azul anodino, despedían quizás una notable frialdad y ciertamente era capaz de mirarte como si dejara caer sobre ti el peso de un hacha bien afilada. Pero incluso en esos momentos la serenidad de su talante parecía desmentir sus intenciones. Por lo demás, sólo ofrecía una indefinible y leve expresión en los labios, algo sigiloso que no llegaba a ser una sonrisa. No, no era una sonrisa. Recuerdo el gesto pero no soy capaz de explicarlo. Era inconsciente. Aquella sonrisa, quiero decir. Aunque justo después diría algo que la intensificaría por un instante. Apareció al final de su discurso como un sello que hubiera aplicado sobre las palabras, de modo que incluso el significado de las frases más simples resultara absolutamente inescrutable. Era un simple comerciante, empleado desde su juventud en estos países. Nada más. Todos lo obedecían y sin embargo no inspiraba ni afecto ni miedo, ni siquiera respeto. Inspiraba inquietud. ¡Eso era! Inquietud. No una desconfianza rotunda, no. Era sólo inquietud. No tenéis idea de cuán efectiva puede llegar... llegar a ser... una facultad como ésa. No tenía ningún talento para la organización, ni iniciativa, ni siquiera orden. Eso se notaba en el deplorable estado de la estación. No tenía educación, ni inteligencia. ¿Cómo es que se mantenía en el cargo? Quizás porque nunca enfermaba... Había servido allí en tres períodos, a lo largo de tres años... A fin de cuentas, tener una salud de hierro en medio de la degradación general de los organismos constituye una clase de poder en sí misma. Cada vez que regresaba a descansar a casa lo hacía en medio de gran alboroto, pomposamente. Marinero en tierra. Aunque con una diferencia, al menos aparente. Algo que pude captar en las conversaciones casuales que tuve con él, y es que no originaba absolutamente nada. Lo único que podía hacer era alargar la rutina, pero eso era todo. Y sin embargo, era formidable. Era formidable por ese pequeño detalle que hacía imposible averiguar cómo mantenía el control. Nunca nos reveló el secreto. Quizás no hubiera nada que revelar. Y esa suspicacia lo obligaba a uno a detenerse... pues su rostro no ofrecía una sola señal. En una ocasión en que varias enfermedades tropicales habían obligado a casi todos los "agentes" de la estación a guardar reposo, se le oyó decir: "Los hombres que vienen aquí no deberían tener entrañas". Y para sellar el comentario adoptó ese gesto suyo, esa sonrisa, como quien abre una puerta a la oscuridad de sus adentros. Por un instante parecía vislumbrarse algo allí... pero el sello lo cubría. En cierta ocasión, hartado como estaba a la hora del almuerzo por las constantes disputas entre los hombres blancos sobre la prelación en los turnos, ordenó que se sirviera la comida en una enorme mesa redonda, para lo cual fue necesario construir un cobertizo especial. Aquél era el lugar más desastroso de toda la

estación. No importa dónde se sentara, el primer puesto era siempre el suyo. Los demás daban igual. Y uno sentía que aquello era resultado sólo de su inalterable convicción. No era ni amable ni descortés. Pero permitía que su “muchacho” —un obeso jovencito negro de la costa— tratara a los demás hombres blancos con provocadora insolencia, delante de sus propias narices.

»El caso es que empezó a hablar en cuanto me vio llegar. Yo había recorrido un largo camino pero él no podía esperar. Tendría que empezar sin mí. Las estaciones río arriba esperaban apoyo. Después de tantos retrasos ya no sabía quién seguía vivo y quién muerto y cómo se las estarían arreglando allí, etcétera, etcétera. No prestó ninguna atención a mis explicaciones y, sin dejar de jugar con una barra de lacre, repitió varias veces que una estación muy importante corría un grave peligro y que su jefe, el señor Kurtz, se encontraba enfermo. Esperaba que sólo fueran rumores, pues el señor Kurtz era... De repente me sentí cansado e irritable. “Me importa un bledo Kurtz”, pensé. Entonces lo interrumpí diciéndole que ya había oído hablar del señor Kurtz en la costa. “¡Oh, así que también hablan de él allá!”, murmuró para sí mismo y a continuación me aseguró que el señor Kurtz era el mejor agente que tenía a su servicio, un hombre excepcional, de la mayor importancia para la Compañía, de ahí que su ansiedad debiera resultarme comprensible. Se sentía, me dijo, “muy, muy incómodo”, cambiando de posición una y otra vez en su silla. Luego, cuando se disponía a preguntarme “cuánto tardaría”, lo interrumpí de nuevo. Estaba hambriento y ni siquiera había podido sentarme aún, de modo que empezaba a ponerme un poco salvaje, ya me entendéis. “No tengo manera de saberlo”, dije. “Ni siquiera he podido examinar los daños... Unos meses, como mínimo”. Aquella conversación me parecía una pérdida de tiempo. “Unos meses”, repitió él. “Pues bien, digamos que serán tres meses, antes de que podamos zarpar, sí. Con eso bastará para solucionar el asunto”. Salí de aquella cabaña (el administrador vivía solo en una casita de adobe con una especie de baranda), mascullando para mis adentros lo que pensaba de él: era un charlatán y un imbécil. Más tarde tendría que retractarme al comprobar atónito con cuánta precisión había estimado el tiempo necesario para culminar con el “asunto”.

»Me puse a trabajar al día siguiente dándole, por así decirlo, la espalda a la estación. Sólo de esa manera me pareció que podría consolarme y mantener contacto con los hechos de la vida. Aun así, a veces uno tiene que pararse a mirar alrededor. Y fue así como vi la estación, a esos hombres que marchaban sin ton ni son bajo la resolana del patio. Me pregunté de pronto qué sentido tenía todo aquello. Caminaban de aquí para allá empuñando sus absurdas y largas varas, como un montón de peregrinos embrujados que hubieran perdido la fe dentro de

una cerca podrida. La palabra “marfil” volaba por los aires, entre susurros, entre suspiros. Casi se diría que le estaban rezando. Un miasma de estúpida rapacidad atravesaba aquella atmósfera, como el hedor que se desprende de un cadáver. ¡Por Júpiter! ¡Nunca he visto nada tan irreal en toda mi vida! Y ahí afuera, la selva silenciosa que rodeaba aquella mota de terreno despejado, me asaltó como algo grandioso e invencible, como el mal o la verdad, esperando pacientemente a que acabara esta fantástica invasión pasajera.

»¡Qué meses aquéllos! En fin, dejémoslo. Muchas cosas pasaron. Una de esas noches una choza de paja llena de calicó, telas de algodón, cuentas y vaya uno a saber qué más, ardió en llamas de una manera tan repentina que cualquiera habría pensado que la tierra se estaba abriendo para dejar que el fuego infernal consumiera todas esas baratijas. Yo fumaba mi pipa tranquilamente junto a los restos del barco cuando vi las siluetas encabritadas, recortadas contra la luz, agitando los brazos en alto; el fortachón de bigotes corrió despavorido hasta el río con un cubo de latón en la mano, me aseguró que todo el mundo se estaba comportando “espléndidamente, espléndidamente”, recogió casi un cuarto de galón de agua y salió corriendo de nuevo. Noté que había un agujero en el fondo del cubo.

»Me acerqué al lugar. Toda prisa era inútil. Se veía a las claras que la choza había ardidido como una caja de fósforos. Algo irremediable desde el primer momento. La llama había alcanzado gran altura y obligado a todos a retroceder, iluminándolo todo a su alrededor. Pero no tardó en apagarse. La choza no era más que un montón de rescoldos ardientes. Cerca de allí, alguien estaba apaleando a un negro. Decían que, de algún modo, era el responsable de haber provocado el fuego; fuera cierto o no, el hombre lanzaba unos horribles chillidos. Durante los siguientes días lo vería sentado bajo la sombra de un árbol, con aspecto de estar muy enfermo, intentando recuperarse. Finalmente acabaría marchándose y la selva, sin inmutarse, lo acogería de nuevo en su seno.

»Mientras me acercaba a los rescoldos desde la oscuridad me vi de pronto a la espalda de dos hombres que cuchicheaban. Oí que pronunciaban el nombre de Kurtz y luego hablaron de “aprovecharse de este desafortunado accidente”. Uno de esos hombres era el administrador, a quien procedí a saludar. “¿Alguna vez ha visto algo así?”, dijo. “Es increíble, ¿eh?”. Y se apartó. El otro hombre permaneció junto a mí. Era un agente de alto rango, joven, caballeroso, un tanto reservado, con una pequeña barba bifurcada y la nariz aguileña. Trataba a los otros agentes con distancia y éstos, por su parte, decían que aquél era un espía del administrador. Antes de esa conversación apenas si recordaba haberle dirigido la palabra. Nos

pusimos a hablar y poco a poco empezamos a alejarnos del siseo de los escombros. Luego él me invitó a su cuarto, que estaba en el edificio principal de la estación. Encendió un fósforo y así pude darme cuenta de que este joven aristócrata poseía no sólo un tocador repujado en plata sino también una vela entera, toda para él solo. Por esos días se había decretado que sólo el administrador tendría derecho a usar las velas que quisiera. Las paredes de barro estaban adornadas con tapices nativos. Una colección de lanzas, azagayas, escudos y puñales colgaba de ellas a manera de trofeos. La labor que le habían encomendado a este caballero era la de fabricar ladrillos. O eso me habían dicho. Sin embargo, no había un solo trozo de ladrillo en toda la estación y aquel hombre llevaba allí más de un año... esperando. Al parecer no había podido fabricar los ladrillos porque le faltaba algo, no sé qué. Paja, quizás. El caso es que ahí no se conseguía y, dado que era improbable que se lo enviaran desde Europa, no entendí del todo qué era lo que estaba esperando. Un acto de generación espontánea, tal vez. El caso es que todos, los dieciséis o veinte peregrinos que vivían allí, todos estaban esperando algo. Y os puedo jurar que no parecía una ocupación improcedente, a juzgar por cómo la asumían; aunque, hasta donde pude ver, lo único que obtenían al final era la enfermedad. Mataban el tiempo urdiendo intrigas y calumnias unos contra otros de una manera bastante ridícula. Reinaba en toda la estación una atmósfera de conspiración, pero al final no ocurría nada, por supuesto. Era algo tan irreal como todo lo demás: como la fachada filantrópica de la empresa entera, como sus discursos, como su gobierno y su actitud hacia el trabajo. El único sentimiento real era el deseo de obtener un cargo en una estación comercial donde se recibiera mucho marfil, de modo que pudieran ganar altos porcentajes. De ahí sus intrigas, sus difamaciones y sus odios. Ahora bien, en cuanto a levantar un solo dedo contra alguien, ¡oh, no! ¡Por todos los cielos! Al fin y al cabo existe algo en el mundo que permite a un hombre robar un caballo, mientras otros no pueden ni mirar el cabestro. Robar un caballo con alevosía. Sí, señor, así de fácil. El ladrón puede incluso llegar a montarlo libremente. Y sin embargo, existe cierta manera de mirar un cabestro que podría sacar de sus casillas al más caritativo de todos los santos.

»No tenía la más mínima idea de por qué intentaba ser sociable conmigo, pero mientras charlábamos allí en su cuarto tuve la impresión de que el caballero intentaba averiguar algo. De hecho, quería sonsacármelo. Aludía constantemente a Europa, a la gente que supuestamente yo debía de conocer allí, dirigiendo las preguntas hacia la identidad de mis amistades en la ciudad sepulcral. Sus ojillos brillaban como pequeños discos de mica, intrigantes, aunque el hombre procuraba no perder ese toque de arrogancia. Al principio me desconcertó, pero poco después me invadió una horrible curiosidad. Ni siquiera yo mismo era capaz de imaginar qué había en mí que pudiera interesarle tanto. Era fascinante ver cómo se esforzaba

en vano, porque lo cierto es que dentro de mí sólo sentía escalofríos y en mi cabeza no había nada salvo el asunto del vapor averiado. Era evidente que me había tomado por un perfecto embustero. Al final acabó por irritarse y, para disimular un airado gesto de fastidio, hizo como que bostezaba. Yo me levanté. Pero entonces me llamó la atención un pequeño bosquejo al óleo, pintado sobre una tabla, que representaba a una mujer en túnica, con los ojos vendados, empuñando una antorcha encendida. El fondo era sombrío, casi negro. La mujer daba la impresión de estar paralizada y el efecto de la luz de la antorcha en su rostro era siniestro.

»La pintura me obligó a detenerme y el hombre se levantó cortésmente para sujetar ante ella una vela embutida en el pico de una botella de champaña (recomendación médica). Cuando le pregunté de quién era, me contó que la había pintado el señor Kurtz en esa misma estación, más de un año atrás, mientras esperaba la llegada de un medio que lo llevara a su dependencia comercial. “Perdone la pregunta”, dije, “¿quién es este tal señor Kurtz?”. “Es el jefe de la Estación del Interior”, respondió cortante, apartando la mirada. “Muchas gracias”, dije riéndome. “Y usted es el fabricante de ladrillos de la Estación Central. Todo el mundo sabe eso”. Guardó silencio durante unos instantes. “Kurtz es un prodigio”, dijo por fin. “Es un emisario de la piedad, de la ciencia, del progreso y el diablo sabrá de qué más. Lo necesitamos”, y en este punto adoptó de repente un tono declamatorio, “para que nos guíe en esta causa que Europa nos ha encomendado, por así decirlo; necesitamos inteligencias superiores, necesitamos toda la simpatía posible y un objetivo común”. “¿Y quién dice eso?”, pregunté. “Mucha gente”, respondió. “Algunos incluso han escrito sobre el asunto. Y entonces *él vino aquí*, un ser especial, como ha de saber”. “¿Por qué *he de saberlo*?”, lo interrumpí, realmente sorprendido, pero él no me prestó atención y prosiguió. “Sí, hoy es el jefe de la mejor estación; el próximo año lo harán administrador adjunto y en dos años más... Pero me atrevo a decir que usted sabe qué cargo ocupará Kurtz dentro de dos años. Usted pertenece a la nueva manada. La manada de la virtud. La misma gente que lo envió a él fue quien lo recomendó a usted. Oh, no se atreva a negarlo. Eso salta a la vista”. La luz de la vela se posó sobre mí. Las influyentes amistades de mi querida tía habían producido un efecto inesperado en este joven. Estuve a punto de soltar una carcajada. “¿Acaso lee usted la correspondencia confidencial de la Compañía?”, le pregunté. No fue capaz de contestar una sola palabra. Y yo me estaba divirtiendo de lo lindo. “Cuando el señor Kurtz”, continué en tono severo, “cuando el señor Kurtz llegue a administrador general, usted no va a tener la más mínima oportunidad de ascenso”.

»De repente el joven sopló la vela y salió del cuarto. Afuera la luna brillaba en lo alto del cielo. Lánguidas siluetas negras rodaban por el espacio, arrojando

cubos de agua sobre el resplandor de las brasas, que seguían produciendo aquel siseo. Nubes de vapor se elevaban a la luz de la luna. El negro castigado gemía de dolor en algún lugar. “¡Qué ruido hace esta bestia!”, dijo el infatigable hombre de los bigotes, que andaba por allí cerca. “Le está bien empleado. ¿Transgresión? ¡Castigo! ¡Pum! Sin piedad, sin piedad. Es la única manera. Sólo así evitaremos todas las sublevaciones en el futuro. Justo le estaba diciendo al administrador que...”. Sólo entonces notó la presencia de mi acompañante, cosa que lo dejó abatido de inmediato. “¿Aún sigue despierto?”, dijo con una especie de amable servilismo. “Normal, claro. Peligro... agitación”. Se alejó a toda prisa. Yo caminé hasta la orilla del río y el joven me siguió. Desde allí las imprecaciones sonaban como un murmullo insidioso: “¡Vamos, inútiles, vamos!”. Pude ver a los peregrinos en pequeños grupos, gesticulando, discutiendo. Muchos de ellos todavía empuñaban sus varas. Llegué de veras a creer que dormían con esos palos en la mano. Más allá de la cerca, la selva lucía espectral bajo la luna y a través de la sutil vibración del aire, a través de los sonidos en sordina que se producían en aquel lamentable solar, el silencio de la tierra encontraba su hogar en nuestro propio corazón: su misterio, su grandeza, la asombrosa realidad de su vida secreta. El negro malherido gemía lastimeramente no sé dónde, cerca de allí. Al rato lanzó un profundo suspiro que me obligó a alejarme de aquel lugar. De repente sentí cómo una mano se introducía bajo mi brazo. “Mi estimado amigo”, dijo el caballero, “no quiero que me malinterprete, especialmente usted, que va a poder ver al señor Kurtz mucho antes de que yo tenga ese placer. No me gustaría que él se hiciera una idea equivocada sobre mi posición...”.

»Dejé hablar a ese Mefistófeles de pacotilla y por un momento me pareció que podría atravesarlo con un dedo y que en su interior hallaría apenas un poco de polvo. Su intención, cómo no, era llegar a ser administrador adjunto a la sombra del administrador actual y entendí que la llegada de ese tal Kurtz los había fastidiado a ambos. Hablaba atropelladamente y yo no hacía nada para detenerlo. Apoyé la espalda contra las ruinas de mi barco, encallado en la orilla como el cadáver de algún enorme animal acuático. El olor del barro, del barro primigenio, ¡por Júpiter!, se me metía por la nariz y ante mis ojos se presentaba la suave quietud de la selva primigenia; sobre la corriente del arroyo se apreciaban algunos remansos bruñidos. La luna había esparcido sobre todas las cosas una fina capa de plata: sobre la hierba fresca, sobre el barro, sobre el muro acolchado de vegetación que se alzaba más imponente que las murallas de un templo, sobre el gran río, que podía ver a través de un sombrío boquete en la maleza, brillando, brillando a medida que fluía anchuroso sin emitir un solo murmullo. Todo esto me parecía grandioso, sugerente, sutil, mientras el hombre parloteaba sin cesar. Me pregunté si la serena faz de aquella inmensidad que se presentaba ante nosotros había sido

creada originalmente como una amenaza o como un embeleso. ¿Y quiénes éramos nosotros, extraviados en aquel lugar? ¿Podríamos dominar a aquella cosa insensata o acabaría ella dominándonos a nosotros? Sentí la inmensidad, la intrincada inmensidad de esa cosa que no podía hablar y que tal vez era sorda también. ¿Qué buscábamos allí? Es posible que algo de marfil y también al señor Kurtz, que según decían se encontraba ahí adentro. Estaba harto de oír hablar de lo mismo. ¡Vaya si lo estaba! Pero, no sé cómo, las palabras eran incapaces de producir una sola imagen. Lo mismo habría dado que me hubiesen dicho que allí vivía un ángel o un demonio. Creía en ello tal como alguno de vosotros podría creer que hay habitantes en el planeta Marte. Una vez conocí a un fabricante de velas escocés que estaba seguro, totalmente seguro de que había gente viviendo en Marte. Si uno le preguntaba por el aspecto o el comportamiento de esos habitantes, el escocés se avergonzaba y mascullaba algo así como que “andaban en cuatro patas”. Si uno se atrevía siquiera a sonreír el hombre te desafiaba a pelear, aunque ya tenía sesenta años. Yo no habría llegado al extremo de pelear por Kurtz, pero sí estuve a punto de ceder a la mentira. Ya sabéis cuánto detesto, cuánto odio la mentira. Es algo que no puedo soportar. No porque me crea más honesto que los demás, sino porque la mentira me deprime. Hay en las mentiras cierto hálito fatal, un sabor a mortecina, que es precisamente lo que más odio en el mundo, lo que desearía olvidar. Me mortifica y me asquea tanto como si me llevara a la boca algo podrido. Será algo de mi temperamento, supongo. En fin, estuve muy cerca de mentir al dejar que ese pobre necio creyera cuanto quiso imaginar respecto a mi influencia en Europa. En un solo instante me había convertido en otro simulacro igual al resto de los peregrinos embrujados. Y todo simplemente porque sospechaba que de alguna manera esto le sería útil al tal señor Kurtz, a quien hasta entonces no había siquiera visto... ya me entendéis. Para mí no era más que una palabra. No era capaz de ver al hombre en el nombre mejor de lo que vosotros podríais hacerlo ahora. ¿Lo veis acaso? ¿Adivináis en él la historia? ¿Veis algo al menos? Tengo la impresión de que estoy intentando contaros un sueño. Intentándolo en vano, al menos, porque ningún relato puede transmitir las sensaciones que se experimentan durante el sueño, esa mezcla de sinsentido, sorpresa y pasmo en medio del espanto y la agonía, esa impresión de ser capturado por lo increíble que se halla en la esencia de los sueños...

Marlow guardó silencio durante unos segundos.

—... No, es imposible; es imposible transmitir la sensación vívida de ninguna etapa de nuestra existencia, aquello que constituye su verdad, su sentido, su esencia sutil y penetrante. Es imposible. Vivimos tal como soñamos... a solas...

Hizo una nueva pausa, como si reflexionara y luego añadió:

—Desde luego, en este caso vosotros estáis en mejor posición para juzgar. Me conocéis...

La noche estaba tan oscura que apenas podíamos vernos los unos a los otros. Desde hacía un buen rato que Marlow, apartado de los demás, no era más que una voz en el vacío. Nadie pronunciaba palabra. Los otros quizás estaban dormidos, pero yo seguía despierto. Y escuchaba, escuchaba, atento a cualquier frase, a cualquier palabra que arrojara una pista capaz de explicar ese ligero desasosiego inspirado por aquel relato que parecía cobrar forma por sí solo, sin intervención de ninguna boca humana en medio de la densa atmósfera nocturna del río.

—... Sí, lo dejé hablar —reanudó Marlow su relato—, y dejé que pensara cuanto quisiera sobre los oscuros poderes que supuestamente me respaldaban. ¡Eso hice, cuando no tenía ningún respaldo! No tenía nada más que ese ruinoso, viejo y maltrecho barco en el que estaba recostado en ese momento, mientras él hablaba sin parar sobre “la necesidad de que cada hombre progresara por su cuenta”. “Y si uno viene aquí, como se imaginará, no es precisamente para mirar la luna”. El señor Kurtz era un “genio universal”, pero incluso los genios agradecen trabajar con “herramientas adecuadas: hombres inteligentes”. Él no fabricaba ladrillos. ¿Por qué? Porque algo se lo impedía, como yo bien sabía. Y si él desempeñaba algunas labores como secretario del administrador ello se debía a que “ningún hombre sensato cometería la necedad de rechazar la confianza de sus superiores. ¿Lo entiende usted?”. Sí, lo entendía. ¿Qué más quería?, preguntó. Lo que yo quería realmente eran remaches, ¡por todos los diablos! ¡Remaches! Continuar con el trabajo, tapar el agujero del casco. Remaches era lo que necesitaba. Había cajas enteras de remaches en la estación de la costa. Cajas y cajas apiladas. ¡Rebosantes! ¡Repletas! Cada dos pasos uno tropezaba con un remache en aquel patio de la estación. Montones de remaches habían rodado colina abajo, incluso hasta la arboleda de la muerte. Los había a puñados y con sólo agacharse uno podía llenarse los bolsillos. Y en cambio, donde más se necesitaban, no había un solo remache disponible. Teníamos placas de latón, pero nada con qué asegurarlas. Y cada semana el mensajero, un negro solitario con una bolsa al hombro y una vara en la mano, salía de nuestra estación rumbo a la costa. Y varias veces a la semana una caravana proveniente de la costa traía mercancías para comerciar: percal horriblemente glaseado que te hacía estremecer con sólo mirarlo, cuentas de cristal que no valían ni dos peniques, pañuelos de algodón con variopintos estampados. Y nada de remaches. Tres porteadores habrían podido

traer todo lo necesario para reparar el barco.

»El joven empleó un tono más confidencial, pero supongo que mi actitud indiferente acabó por exasperarlo, pues de repente juzgó necesario informarme de que no le temía ni a Dios ni al diablo, mucho menos a un simple hombre. Le dije que podía darme cuenta perfectamente, pero que yo necesitaba una cierta cantidad de remaches. Y remaches era lo que el señor Kurtz habría pedido de haber estado al tanto de todo este asunto. Ahora bien, dado que el correo iba a la costa cada semana...

»“Mi querido señor”, gritó, interrumpiéndome, “yo sólo cumplo órdenes”. Yo le pedí remaches. Tenía que haber una manera de conseguirlos... alguien inteligente como él. Entonces cambió de actitud. Adoptó una expresión fría y de repente empezó a hablar sobre un hipopótamo, me preguntó si no me molestaba dormir a bordo del vapor (no me despegaba de éste, mi salvaje, ni de día ni de noche). Había un viejo hipopótamo que tenía la mala costumbre de salirse del río para pasar la noche en los predios de la estación. Cada tanto los peregrinos salían en gavilla y malgastaban hasta la última bala de cualquier rifle que tuvieran a mano. Algunos incluso hacían guardia nocturna, pero todo eso no era más que un desperdicio de energía. “Ese animal está encantado”, dijo. “Pero eso sólo se puede decir de las bestias de este país. Ningún hombre, ¿me comprende?, ningún hombre aquí está encantado”. Se quedó en silencio durante un instante bajo la luz de la luna, mostrándome su delicado perfil aguileño, ligeramente abollado y sus ojos de mica que brillaban sin parpadear. Luego, bruscamente, me dio las buenas noches y se marchó. Me pareció evidente que se sentía inquieto y bastante intrigado, lo cual me devolvió las esperanzas perdidas en los últimos días. Fue un gran alivio haberme librado de aquel individuo para quedarme a solas con mi influyente amigo, el desfondado, ruinoso, retorcido y maltrecho vapor. Trepé a bordo. El barco traqueteó bajo mis pies como una lata vacía de galletas Huntley & Palmer que alguien estuviera pateando a lo largo de una canaleta. Sus hechuras no eran muy sólidas que digamos, y su forma era más bien fea, pero había pasado tiempo suficiente trabajando duramente en su reparación para encariñarme con ese barco. Ningún amigo influyente habría podido ser más generoso. Ese vapor me dio la oportunidad de ponerme a prueba. No, no es que me guste el trabajo. Hubiera preferido holgazanear y echarme a pensar en cosas más agradables. No me gusta el trabajo. A ningún hombre le gusta. Pero sí me gusta lo que el trabajo trae consigo: la oportunidad de conocerse a uno mismo. De conocer la propia realidad, para uno mismo, no para los demás. Lo que nadie, salvo uno mismo, puede conocer. Lo que los demás ven no es más que el espectáculo, pero nunca llegan a saber lo que significa realmente.

»No me sorprendió ver a un hombre sentado sobre la cubierta de popa, con las piernas colgando por encima del lodo. Veréis: no me llevaba mal con los pocos mecánicos que había en aquella estación, gente a la que los demás peregrinos naturalmente despreciaban, a cuenta de sus imperfectos modales, supongo. Éste era el capataz, fabricante de calderas de profesión, un buen trabajador. Un hombre recio, fornido, de tez amarillenta y mirada intensa. Parecía siempre preocupado y su cabeza era tan calva como la palma de mi mano. Sin embargo, todo el pelo que se le había caído de la cabeza parecía haber ido a parar a su mentón, donde prosperaba sin problemas, pues la barba le había crecido hasta la cintura. Era viudo, con seis hijos (los había dejado a cargo de una hermana), y la pasión de su vida eran las palomas mensajeras. Era un entusiasta y un experto en la materia. Deliraba con las palomas. Después de las horas de trabajo a veces salía de su cabaña y venía al barco para hablarme de sus hijos y de sus palomas. De día, cuando tenía que arrastrarse en el lodo debajo del casco del vapor, se ataba la barba con una especie de bayeta blanca que usaba para tal propósito. Tenía bucles de barba alrededor de las orejas. En las tardes se lo veía despatarrado en la orilla enjuagando con gran esmero aquel trapo en el agua del arroyo, antes de extenderlo solemnemente para ponerlo a secar en un arbusto.

»Le di una palmada en la espalda y grité: “¡Vamos a conseguir esos remaches!”. Se puso de pie a la vez que exclamaba: “¡No! ¡¿Remaches?!”, como si no diera crédito. Y luego, bajando la voz: “Conque tú, ¿eh?...”. No sé por qué se comportaba como un lunático. Me tapé una aleta de la nariz con el índice y meneé la cabeza misteriosamente. “¡Muy bien!”, gritó, chasqueando los dedos por encima de su cabeza, con un pie en el aire. Yo ensayé un bailoteo torpe. Nos pusimos a hacer cabriolas sobre la cubierta. Un estremecedor traqueteo brotó de aquel armatoste y la selva virgen de la otra margen del arroyo devolvió un eco atronador que atravesó el sueño de toda la estación. Aquello debió de provocar más de un sobresalto en las casuchas de los peregrinos. Una figura negra oscureció el umbral iluminado de la cabaña del administrador. Desapareció. Y un par de segundos después desapareció también el umbral. Nos quedamos quietos y muy pronto el silencio, espantado poco antes por el repiqueteo de nuestros pies, volvió a fluir por todas partes, proveniente de las entrañas de la tierra. El gran muro de vegetación, una exuberante e intrincada masa de troncos, ramas, hojas, arbustos, orlas, inmóvil a la luz de la luna, era como la estampida silenciosa de una invasión de vida, una oleada vegetal a punto de estallar, lista para derramarse sobre el arroyo y arrasar cada nimia existencia de cada insignificante ser humano. Y no se movía, no. Desde muy lejos llegaba hasta nosotros en sordina un estallido de portentosos chapoteos y gruñidos, como si un ictiosaurio estuviera tomando un baño en el gran río. “Después de todo”, dijo el calderero con tono razonable, “¿por qué no íbamos a

conseguir esos remaches?”. ¡Por qué no, de hecho! No se me ocurría una sola razón por la que no pudiéramos. “Llegarán en tres semanas”, dije confiado.

»Pero no llegaron. En lugar de remaches llegó una invasión, una intrusión, un asedio. Llegó por partes a lo largo de las siguientes tres semanas, cada sección encabezada por un burro que transportaba a un hombre blanco vestido con ropa nueva y zapatos brillantes, haciendo venias a diestra y siniestra desde su montura ante los atónitos peregrinos. Una pendenciera tropa de negros trotaba descalza a espaldas del burro. Muchas tiendas de campaña, taburetes, cajas de latón, estuches blancos y balas de heno fueron arrojadas en el patio. La atmósfera de misterio se hizo más densa sobre el habitual desparrame de la estación. Hasta cinco de aquellas tandas llegaron con su absurdo aire de precipitada huida, con su cargamento de innumerables artículos y provisiones, tanto es así que uno pensaría que se estaban dando a la fuga después de un saqueo, a punto de internarse en la selva donde dividirían equitativamente el botín. Era un inextricable batiburrillo de cosas que en sí mismas no eran indecentes, pero a las que la locura humana hacía parecer como restos de un pillaje.

»Esta fervorosa banda se llamaba a sí misma la Expedición Exploradora de El Dorado, y creo que sus miembros habían hecho voto de silencio. Sus charlas, sin embargo, eran más propias de sórdidos bucaneros: atrevidas sin ser temerarias, codiciosas sin ser audaces y crueles sin un ápice de coraje. No había un átomo de previsión o de serios propósitos en todo aquel arrume de gente, y ninguno parecía consciente de que estas cosas eran necesarias para andar por el mundo. Arrancar tesoros de las entrañas de la tierra era su deseo, sin otra justificación moral que la de los ladrones a la hora de abrir una caja fuerte. ¿Quién cubría los gastos de tan noble empresa? No lo sé. Pero el tío de nuestro administrador era el jefe de la banda.

»Por su aspecto parecía el carnicero de un vecindario pobre y en sus ojos había una mirada de astucia adormecida. Cargaba su enorme panza con ostentación sobre unas piernas cortas y, durante el tiempo en que su pandilla infestó nuestra estación, no cruzó palabra con nadie, salvo con su sobrino. Se pasaban el día entero deambulando por ahí con las cabezas muy juntas en su perenne confabulación.

»Para entonces había dejado de preocuparme por los remaches. La capacidad de un hombre para esa clase de obsesiones es más limitada de lo que cualquiera supondría. Me dije: “¡Al demonio!”. Y dejé que las cosas siguieran su curso. Tenía tiempo de sobra para meditar y una que otra vez me ponía a pensar

en ese tal Kurtz. No es que tuviera especial interés en él, no. Pero sí tenía curiosidad por ver si este hombre, que había llegado al país equipado con ciertas ideas morales, conseguiría escalar a lo más alto después de todo, y cómo desempeñaría sus funciones una vez que ascendiera hasta allí.

II

—Una tarde, recostado en la cubierta de mi vapor, oí un ruido de voces que se aproximaban. Eran el tío y el sobrino dando un paseo por la orilla. Apoyé de nuevo mi cabeza sobre el brazo y, cuando estaba a punto de quedarme dormido, oí que alguien susurraba, casi como hablándome al oído: «Soy inofensivo como un niño, pero no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. ¿Acaso no soy yo el administrador? Me ordenaron que lo enviara allí. Es increíble». Comprendí que los dos hombres estaban en la orilla, por el lado de la proa, justo debajo de mi cabeza. No me moví; tampoco habría sido capaz: estaba adormilado. «Un asunto desagradable, sí», gruñó el tío. «Él mismo solicitó a la administración que lo enviaran allí», siguió el otro, «con la idea de demostrar lo que podía hacer; y yo recibí órdenes de proceder. Imagínese la influencia que debe de tener ese hombre. ¿No es aterrador?». Ambos estuvieron de acuerdo en que era algo aterrador. A continuación hicieron algunos comentarios extravagantes: «Capaz de hacer llover y de traer el buen tiempo... un solo hombre... el Consejo... por la cara», trozos de frases absurdas que lograron sacarme de mi modorra, así que ya casi había recuperado todas mis facultades cuando el tío dijo: «El clima podría librarte de esta dificultad. ¿Está solo allí?». «Sí», respondió el administrador, «envió a su ayudante río abajo con una nota dirigida a mí en estos términos: *Expulse a este pobre diablo del país y no se moleste en enviarme más gente de esta clase. Prefiero estar solo que contar con el tipo de hombres que usted me proporciona.* Esto fue hace más de un año. ¡Imagínese la imprudencia!». «¿Algo más desde entonces?», preguntó el tío con voz ronca. «Marfil», esputó el sobrino, «montones de marfil, de primera calidad, muchísimo, como para fastidiarnos». «¿Y algo más con el marfil?», insistió el profundo ronquido. «Facturas», fue lo que el otro respondió fulminante, por así decirlo. Luego se hizo el silencio. Estaban hablando de Kurtz, claro.

»Para entonces ya me hallaba totalmente despierto pero, como estaba echado tan a gusto, me quedé inmóvil, máxime cuando nada me inducía a cambiar de posición. “¿Y cómo llegó todo ese marfil hasta aquí?”, gruñó el más viejo, que

parecía estar muy ofendido. El otro explicó que había llegado en una flota de canoas a cargo de un inglés de mediano rango a quien Kurtz estaba empleando por entonces; que Kurtz aparentemente había tenido intención de volver también, dado que en su estación se habían quedado sin provisiones y mercancías. No obstante, al cabo de unas trescientas millas de viaje, de repente había decidido regresar, cosa que hizo sólo en un pequeño canaleta acompañado apenas por cuatro remeros, dejando que el oficial de rango medio siguiera río abajo con el marfil. Los dos hombres parecían pasmados ante el hecho de que alguien siquiera hubiera intentado semejante cosa. Se les escapaba el motivo, sin embargo. En cuanto a mí, aquella fue la primera vez que creí ver a Kurtz. Fue una imagen clara y fugaz: el canaleta, cuatro remeros salvajes y el hombre blanco solitario que de repente le da la espalda al cuartel general, a la comodidad, quizás a ciertos recuerdos del hogar. Con la mirada puesta en las profundidades de la selva, rumbo a su estación desolada y vacía. Yo tampoco podía adivinar el motivo. Quizás simplemente era un buen hombre aferrado a su trabajo. Su nombre, imagináoslo, no había sido mencionado ni una sola vez. Se referían a él como “ese hombre”. El oficial de rango medio que, según pude deducir, había liderado un viaje difícil con gran prudencia y aplomo, recibía el invariable mote de “canalla”. El “canalla” había informado que el “hombre” se encontraba muy enfermo... al parecer por no haberse recuperado del todo... Los dos hombres se alejaron entonces unos cuantos pasos y empezaron a ir y venir a cierta distancia. Los oí decir: “Campamento militar... doctor... doscientas millas... muy solo ahora... retrasos inevitables... nueve meses... ninguna noticia... extraños rumores”. Volvieron a acercarse justo cuando el administrador decía: “Nadie, hasta donde yo sé, salvo un comerciante vagabundo... un tipo apestoso que les roba el marfil a los nativos”. ¿A quién se referían? Por los fragmentos de la conversación deduje que se trataba de algún hombre que supuestamente operaba en el distrito de Kurtz, alguien que no era del agrado del administrador. “No nos libraremos de la competencia desleal hasta que colguemos a uno de estos pillos para dar ejemplo”, dijo. “Por supuesto”, gruñó el otro. “¡Colgarlo, cómo no! Aquí se puede hacer cualquier cosa, cualquier cosa. Es lo que intento decirte: aquí nadie, ya me entiendes, *aquí nadie* puede poner en peligro tu puesto. ¿Por qué? Has aguantado el clima. Has sobrevivido a todos los demás. El peligro está en Europa; pero antes de marcharme de allí tuve la precaución de...”. En ese momento se alejaron, susurrando, luego volví a escucharlos con claridad: “Esta serie de retrasos extraordinarios no es culpa mía. Yo hice todo lo que estaba en mis manos”. El gordo suspiró: “Qué desgracia”. “Y la pestilente insensatez de sus conversaciones”, siguió el otro; “Me fastidió enormemente mientras estuvo aquí: *Cada estación ha de ser como un faro en el camino que nos guíe hacia mejores cosas, un centro de comercio, por supuesto, pero también para la humanización, la educación y el mejoramiento.* Imagínese. ¡Ese imbécil! ¡Y pensar que

quiere ser administrador! No, no, es un...". En este punto se sofocó por la excesiva indignación y yo aproveché para asomarme un poco. Me sorprendió ver cuán cerca estaban: justo debajo de mí. Podría haber escupido sobre sus sombreros. Miraban al suelo, absortos. El administrador retorció sutilmente una de sus piernas. De pronto su sagaz pariente levantó un poco la mirada. "¿Te has sentido bien desde que llegaste esta vez?", le preguntó. El otro dio un brinco. "¿Quién? ¿Yo? Oh, como una rosa, como una rosa. En cambio los demás... pfff, todos enfermos, ¡por Dios! Y encima se mueren tan rápido que ni siquiera me da tiempo a sacarlos del país. ¡Es increíble!". "Mhhh, no me digas", masculló el tío. "Oh, muchacho, encomiéndate a esto... te lo digo, encomiéndate a esto...". Lo vi extender una de las rechonchas aletas que tenía por brazos en un gesto que abarcaba la selva, el arroyo, el barro, el río; con ese ademán pomposo dirigido a la faz iluminada de la tierra parecía estar convocando una acechanza de la muerte, un mal oculto en la profunda oscuridad de su corazón. Fue algo tan sorprendente que, de un solo salto, me puse de pie y miré hacia atrás, al linde de la selva, como si esperara una respuesta de algún tipo ante esa oscura demostración de confianza. A todos nos asaltan ideas ridículas alguna vez, ya lo sabéis. La elevada quietud del bosque se enfrentaba a estas dos figuras con su ominosa paciencia, esperando a que la fantástica invasión tocara a su fin.

»Maldijeron a la vez. De puro miedo, creo yo. Luego, fingiendo que no habían advertido mi presencia, se marcharon hacia la estación. La tarde empezaba a caer. Y así, a medida que se alejaban cuesta arriba con las cabezas muy juntas, daban la impresión de ir tirando de sus dos ridículas sombras desiguales, que se arrastraban lentamente sobre la alta hierba sin doblar una sola hoja.

»En unos pocos días la Expedición El Dorado se internó en la paciente selva, que se cerró sobre la caravana como se cierra el mar sobre un nadador. Mucho después llegaría la noticia de que los burros habían muerto. En cuanto al destino de los animales menos valiosos de la expedición no sé nada. Sin duda, como el resto de nosotros, recibieron su merecido. Preferí no indagar mucho más. Para entonces me sentía algo inquieto ante la perspectiva de conocer pronto a Kurtz. Y cuando digo muy pronto, quiero decir relativamente pronto. Dos meses enteros tendrían que pasar desde que zarpáramos de nuestro arroyo para llegar a orillas de la estación de Kurtz.

»Remontar ese río fue como viajar de vuelta a los primeros días de la creación del mundo, cuando la vegetación dominaba el planeta y los grandes árboles eran los reyes. Un río deshabitado, un gran silencio, un bosque impenetrable. El aire era tibio, denso, pesado, pegajoso. No había alegría en el

intenso brillo de la luz. A lo largo de numerosos trechos la vía fluvial desolada se perdía en un horizonte sombrío. En plateados bancos de arena los hipopótamos y los cocodrilos tomaban el sol. Las anchurosas aguas discurrían a través de un archipiélago de islas boscosas; uno se perdía allí como podría hacerlo en un desierto y todo el día había que recular en los bajíos, intentando dar con el canal, hasta que uno se sentía como bajo un hechizo, apartado para siempre de todo lo que alguna vez conociera, en algún remoto lugar, quizás en otra vida. A veces uno se veía asaltado por recuerdos de su pasado, como suele ocurrir cuando no se cuenta con un solo instante de sosiego. Pero ese pasado llegaba en forma de sueño inquietante y rumoroso y aparecía como algo asombroso entre las sobrecogedoras realidades de este mundo extraño de plantas y agua y silencio. Y ese silencio que nos rodeaba no se parecía ni siquiera un poco a la paz del mundo. Era más bien la quietud de una fuerza implacable que estuviera rumiando inescrutables planes. Te encaraba con un aspecto vengativo. Aunque para ser francos no tardaría en acostumbrarme; un día cualquiera dejé de verlo. No tenía tiempo. Debía seguir buscando el canal, a tientas. Debía discernir, casi siempre por pura inspiración, las señales de los bajíos ocultos. Estaba atento a la aparición de cualquier piedra. Aprendí a apretar los dientes con astucia antes de que mi corazón se desbocara cada vez que, por un golpe de suerte, pasaba rozando algún obstáculo infernal que habría dado al traste con mi viejo armatoste y ahogado así a todos los peregrinos. Debía buscar cualquier indicio de madera seca que pudiéramos cortar en las noches para alimentar las calderas al día siguiente. Cuando uno tiene que estar concentrado en esta clase de cosas, en los meros incidentes de la superficie, la realidad —la realidad, creedme— se desvanece. La verdad interior se oculta. Con suerte, claro, con suerte. Sin embargo yo la sentía de todos modos. A menudo sentía su misteriosa quietud, cómo observaba mis trucos de mono tal como os observa a vosotros, amigos, mientras hacéis vuestros respectivos nudos por ¿cuánto era? ¿Media corona por viaje?

—No seas descortés, Marlow —protestó una voz, y entonces supe que al menos había otro hombre despierto aparte de mí, escuchándolo.

—Os pido disculpas. Olvidaba la congoja que viene con el salario. Al fin y al cabo, ¿qué importa la paga cuando el truco está bien hecho? Vosotros hacéis muy bien los vuestros. Y a mí tampoco se me dieron mal los míos, pues conseguí mantener a flote aquel vapor en mi primer viaje. Aún hoy me produce asombro. Imaginaos a un hombre con los ojos vendados a quien se le pide que conduzca un carruaje por un camino en mal estado. Sudé y sufrí lo mío en aquella labor, creedme. Después de todo, para un marinero raspar el fondo de una cosa que, se supone, ha de flotar todo el tiempo que esté bajo su mando es un pecado

imperdonable. Aunque nadie se entere, no importa. Uno nunca olvida el golpe, ¿eh? Un mazazo en pleno corazón. Vuelve siempre en el recuerdo, en los sueños, uno se despierta a medianoche pensando en el golpe, incluso años después, y le entran escalofríos. Con esto no quiero decir que el barco se hubiera mantenido a flote todo el tiempo. Más de una vez hubo que vadear en los bancos, con veinte caníbales chapoteando alrededor y empujando. Habíamos reclutado a algunos de estos hombres en el camino, para completar la tripulación. Gente buena, a su manera. Eran caníbales, claro. Pero era gente con la que se podía trabajar y siempre les estaré agradecido. Además, en ningún momento se comieron a nadie delante de mí. Eso sí, llevaban una provisión de carne de hipopótamo que acabó por pudrirse y trajo hasta mis narices el pestilente misterio de la vida salvaje. ¡Buagh! Todavía siento ese olor. A bordo iban el administrador y tres o cuatro peregrinos, con varas y todo. Muy de vez en cuando llegábamos a alguna estación cerca de la orilla, en las faldas de lo desconocido y los hombres blancos que se afanaban por salir de sus casuchas derruidas, entre gestos de alegría y sorpresa y bienvenida, tenían un aspecto muy extraño: parecían hallarse allí como cautivos de algún conjuro mágico. La palabra “marfil” iba y venía por el aire durante un rato. Y un instante después ya continuábamos navegando en el silencio, a lo largo de las extensiones desoladas, rodeando los mansos recodos, entre los altos muros de nuestro serpenteante camino, donde reverberaba como un aplauso hueco el arduo traqueteo de la rueda de popa. Árboles, árboles, millones de árboles, gigantescos, enormes, ascendiendo a los cielos; y a sus pies, frotándose contra los bajíos, a contracorriente, avanzaba el pequeño y mugroso barco de vapor como una babosa que se arrastrara por el suelo de un formidable pórtico. La selva te hacía sentir diminuto, perdido y, aun así, la sensación no era del todo deprimente. Al fin y al cabo, por pequeño que fuera, el bicho mugroso seguía arrastrándose. Y eso era todo lo que uno le pedía. Adónde se imaginaban los peregrinos que se dirigía, no lo sé. A algún lugar donde esperaban obtener algo, seguramente. Para mí se arrastraba en dirección a Kurtz y nada más. Sin embargo, en un momento las tuberías de vapor empezaron a perder líquido y la velocidad del barco disminuyó aún más. Los trechos se abrían imponentes ante nosotros y se cerraban a nuestras espaldas, como si la selva trabajara morosamente río abajo para cerrarnos el camino de regreso. Nos adentrábamos más y más en el corazón de las tinieblas. Se estaba tranquilo allí. Algunas noches el retumbar de los tambores tras la cortina de árboles viajaba río arriba y se quedaba suspendido como un vago rumor sobre nuestras cabezas hasta que rayaba el día. No sabría decir si eran tambores de guerra, de paz o de oración. Las madrugadas venían precedidas por el descenso de una fría calma; los leñadores dormían, sus fuegos casi extintos; el chasquido de una rama te sobresaltaba. Éramos vagabundos en un mundo prehistórico, en un planeta que asumía para nosotros una faz desconocida. Se diría que éramos los

primeros hombres que tomaban posesión de una herencia maldita, sólo domesticable al precio de angustiosos y terribles esfuerzos. Pero de repente, al doblar trabajosamente un recodo, vislumbrábamos unos muros rústicos, unos techos de paja puntiagudos, un estallido de gritos, un revoloteo de extremidades negras, un amasijo de aplausos y zapateos, balanceos de cuerpos, ojos desorbitados a la sombra inmóvil del nutrido follaje. Lentamente, el barco pasaba al borde de ese frenesí oscuro e incomprensible. El hombre prehistórico nos maldecía, rezaba por nosotros, nos daba la bienvenida... ¿Quién podía saberlo? Estábamos incapacitados para comprender todo cuanto nos rodeaba. Pasábamos como espectros, perplejos y secretamente afligidos como lo estaría cualquier hombre cuerdo frente a una sublevación de locos en un manicomio. No podíamos comprenderlo porque estábamos demasiado lejos y ya no recordábamos nada, porque viajábamos a través de la noche de los primeros tiempos, por una era perdida de la que a duras penas quedaban señales, pero ya ningún recuerdo.

»La tierra parecía otro mundo. Nos hemos acostumbrado a la figura encadenada del monstruo ya dócil, pero allí, en ese lugar aún era posible ver aquella cosa monstruosa en libertad. Era algo sobrenatural y los hombres parecían... No, no eran inhumanos. En fin, veréis, eso es lo peor de todo: esa suspicacia sobre si eran o no humanos. Se iba insinuando poco a poco en uno. Aullaban, daban brincos y cabriolas y ponían caras horrorosas; pero lo que de veras nos aterraba era precisamente la idea de que fueran humanos —al igual que nosotros—, la idea de nuestro remoto parentesco con esos gruñidos salvajes y exaltados. ¿Desagradable? Sí, era muy desagradable. Pero si se era lo suficientemente hombre, uno tenía que admitir que adentro, muy adentro de uno, surgía la huella de una respuesta, por tenue que fuera, a la terrible honestidad de ese ruido; la vaga suspicacia de que éste albergaba algún significado que, a tanta distancia de la noche de los tiempos, uno quizás podría llegar a comprender. ¿Por qué no? La mente humana es capaz de cualquier cosa. En ella se almacena todo, todo el pasado y todo el futuro. ¿Qué había, pues, en ese gruñido? ¿Alegría, miedo, tristeza, devoción, valor, furia? Imposible saberlo. Pero sin duda había verdad, una verdad desnuda, sin el manto del tiempo. Que los idiotas se estremezcan y nos miren boquiabiertos... un hombre sabe y puede mirar sin pestañear. Pero ha de ser al menos tan hombre como aquellos que lo miran desde la orilla. Debe enfrentarse a la verdad con su propia materia auténtica. Con su propia fuerza innata. ¿Principios? Los principios no sirven de nada. Las posesiones, la ropa, no son más que bonitos harapos. Harapos que se caerían a la primera sacudida. No, lo que se necesita es una creencia deliberada. Hay algo en esas líneas enemigas que me llama, ¿no es así? Pues bien: escucho, concedo; pero yo también tengo voz y para bien o para mal es un habla que no puede ser silenciada. Por supuesto, un imbécil,

lleno de temores y finos sentimientos, está siempre a salvo. ¿Quiénes son estos hombres que gruñen? Os estaréis preguntando si no bajé a tierra para aullar y bailar con los salvajes. Pues no. No lo hice. ¿Finos sentimientos, entonces? ¡Al cuerno con las delicadezas! No tenía tiempo. Estaba muy ocupado fabricando vendas con la mezcla de albayalde y los jirones de sábanas para tapar las fugas en las tuberías de vapor. Tenía que estar pendiente del timón y evitar todos esos obstáculos y mantener en marcha el armatoste por las buenas o por las malas. Había suficiente verdad descarnada en estas cosas para mantener a salvo a un hombre con experiencia. Y de cuando en cuando tenía que vigilar al salvaje que hacía las veces de fogonero. Un espécimen mejorado. Alguien capaz de mantener encendida una caldera vertical. Allí estaba, debajo de mí, y os doy mi palabra que observarlo era tan edificante como ver a un perro con pantalones y sombrero de plumas caminando sobre sus patas traseras en una parodia. Unos pocos meses de entrenamiento habían sido suficientes para este admirable elemento. Con evidente sufrimiento y prontitud, ponía siempre un ojo en el regulador de vapor y otro en el medidor del agua. Y tenía los dientes afilados también, el pobre diablo, y el pelo lanudo afeitado en extraños patrones, además de las tres cicatrices ornamentales en cada mejilla. Tendría que haber estado allí batiendo palmas y zapateando en la orilla, pero en lugar de eso continuaba trabajando duramente, esclavo de una siniestra brujería, llena de saberes nuevos. Era una persona útil porque había sido instruido en sus labores; y lo que entendía era esto: que si el agua de aquella cosa transparente desaparecía, el espíritu maligno dentro de la caldera se enfurecería y, sediento e insaciable, llevaría a cabo su terrible venganza. De modo que por eso sudaba y alimentaba el fuego y observaba el cristal con temor reverencial (con un fetiche improvisado hecho de harapos atado a la muñeca y un trozo de hueso pulido del tamaño de un reloj atravesándole el labio inferior), mientras las orillas boscosas se deslizaban ante nosotros lentamente, dejando atrás la algarabía para volver a las millas de silencio interminable... reptando muy despacio hacia nuestro encuentro con Kurtz. Pero los imprevistos se nos acumulaban, el agua era traicionera y llena de bajíos, la caldera de hecho parecía tener a un diablillo malvado en su interior, así que ni el fogonero ni yo teníamos un segundo para asomarnos a nuestros espeluznantes pensamientos.

»A unas cincuenta millas de la Estación del Interior nos topamos con una choza de juncos, al lado de un asta melancólicamente flácida, con los jirones irreconocibles de lo que alguna vez fuera una bandera de algún tipo. Había también una pila de troncos escrupulosamente amontonados. Esto nos tomó por sorpresa. Nos acercamos a la orilla y encima del montón de leña encontramos un trozo de tabla con inscripciones borrosas hechas a lápiz. Nos costó descifrar lo que decía: "Madera para vosotros. Venid pronto. Acercaos con cautela". Había una

firma pero era ilegible. No era Kurtz, sino una palabra mucho más larga. “Venid pronto”. ¿Adónde? ¿Río arriba? “Acercaos con cautela”. Justo lo que no habíamos hecho. Sin embargo la advertencia no podía referirse a ese mismo lugar. Algo no andaba bien río arriba. Pero qué y cuán grave era, no lo sabíamos. Comentamos la torpeza de ese estilo telegráfico. La selva a nuestro alrededor no dijo nada y tampoco nos permitía ver muy lejos. Una cortina de sarga roja colgaba hecha jirones del umbral de la cabaña y aleteaba tristemente delante de nosotros. La vivienda estaba totalmente derruida, pero pudimos ver que un hombre blanco había vivido en ella no mucho tiempo atrás. Quedaba la mesa rústica, una tabla sobre dos caballetes; un montículo de basura en un rincón oscuro y junto a la puerta me agaché a recoger un libro. Un libro sin tapas, con las páginas tan manoseadas que parecían alisadas en su propia mugre, si bien el lomo había sido primorosamente remendado con un hilo de algodón todavía limpio. Fue un hallazgo extraordinario. Su título era *Investigación sobre algunos temas náuticos* y estaba escrito por un tal Towser, o Towson —menudo nombre—, capitán de la Armada Real. El texto parecía en extremo tedioso, con diagramas ilustrativos e insufribles tablas de números. El ejemplar tenía sesenta años. Traté de manipular esta notable antigüedad con la mayor delicadeza posible, no se me fuera a desintegrar entre los dedos. En el libro Towson o Towser también indagaba concienzudamente en temas como el límite de la resistencia de las cadenas y los aparejos de los barcos. Una lectura poco emocionante, aunque a primera vista uno podía detectar en ella un propósito coherente, un interés honesto por la forma correcta de cumplir con un trabajo, cosas que hacían brillar estas humildes páginas, a pesar del paso de los años, con una luz que no tenía nada que ver con la mera profesionalidad. El sencillo marinero, con su perorata sobre cadenas y aparejos, me hizo olvidar la jungla y a sus peregrinos en medio de una deliciosa sensación de haber dado con algo inequívocamente real. El solo hecho de que ese libro estuviera allí me parecía maravilloso. Pero aún más asombrosas eran las notas escritas a lápiz en el margen, simples referencias al texto. ¡No podía creerlo! ¡Estaban escritas en clave! Sí, parecía una escritura cifrada. Imaginaos a un hombre que lleva consigo un libro de estas características hasta ese lugar perdido y, además de estudiarlo, ¡hace notas al margen escritas en clave! Era un misterio de lo más extravagante.

»Llevaba un rato vagamente molesto por un ruido alarmante. Cuando levanté la vista descubrí que la pila de leños había desaparecido y el administrador, ayudado por todos los peregrinos, me gritaba desde el río. Dejé caer el libro en mi bolsillo. Os aseguro que la falta de lecturas era para mí como verme privado del abrigo de una vieja y sólida amistad.

»Puse en marcha de nuevo el fatigado motor. “Debe de haber sido ese miserable tratante... el intruso”, comentó el administrador lanzando una mirada malévolamente hacia el lugar del que nos alejábamos. “Debe de ser inglés”, dije. “Eso no lo libraré de meterse en un lío si no se anda con cuidado”, masculló el administrador con gesto sombrío. Yo le hice ver con fingido candor que en este mundo nadie está a salvo de meterse en líos.

»La corriente era más rápida ahora, el barco parecía estar en las últimas, la rueda de popa giraba ya sin fuerza y de pronto me vi escuchando en vilo cada pulsación de la hélice, pues a decir verdad esperaba que el desvencijado aparato se apagara en cualquier momento. Era como ser testigo de los últimos estertores vitales de un organismo. Y sin embargo, seguíamos avanzando. A veces elegía un árbol como referencia para medir nuestros progresos en el camino hacia Kurtz, pero invariablemente acababa perdiéndolo de vista antes de que pudiéramos alcanzarlo. Mantener la mirada fija durante tanto tiempo en un solo objeto sobrepasaba los límites de la paciencia humana. El administrador exhibía una maravillosa resignación. Yo me revolví inquieto y me devanaba los sesos pensando si debía o no hablar abiertamente con Kurtz; pero antes de llegar a ninguna conclusión tuve la intuición de que mi silencio o mis palabras, es más, que todas mis acciones serían igualmente inútiles. ¿Qué importaba lo que alguien sabía o ignoraba? ¿Qué importaba quién era el administrador? A veces uno tiene esa clase de revelaciones. Los elementos esenciales de este asunto se encontraban muy adentro, bajo la superficie, más allá de mi alcance y de mi capacidad de incidencia.

»En la tarde del segundo día calculamos que nos hallábamos a unas ocho millas de la estación de Kurtz. Yo quería acelerar el paso, pero el administrador se puso muy serio y me dijo que la navegación en esa zona era tan peligrosa que lo más recomendable, dado que el sol ya estaba cayendo, sería detenernos y esperar hasta la mañana siguiente. Además señaló que si queríamos seguir el consejo de acercarnos con cautela, lo adecuado sería llegar durante el día y no al atardecer o en plena noche. Me pareció bastante sensato. Ocho millas significaban casi tres horas de caldera; también alcancé a divisar una serie de sospechosos rápidos al final de aquel trecho. No obstante, el retraso me aburría hasta límites inenarrables, cosa por lo demás bastante irracional, pues qué más daba pasar allí otra noche después de tantos meses. Dado que teníamos suficiente leña y la consigna era la cautela, detuve el barco en mitad del río. Aquel brazo del río era estrecho, recto, con altas pendientes en cada orilla como cortes de una vía férrea. Las tinieblas se deslizaron hasta nosotros mucho antes de que el sol se hubiera puesto. La corriente bajaba mansa y veloz, pero una sorda inmovilidad persistía en las orillas. Los árboles vivos, entrelazados por las plantas trepadoras y toda aquella maleza que

crecía al pie de los troncos, parecían haberse convertido en piedra, desde la rama más fina hasta la hoja más liviana. No era un estado de somnolencia. Era algo sobrenatural, como un trance. No se escuchaba un solo ruido, nada, y uno sólo podía mirar y mirar, aterrado, creyendo por momentos que nos habíamos quedado todos sordos. Por si fuera poco, la noche cayó repentinamente para dejarnos ciegos. A eso de las tres de la mañana un enorme pez saltó en el río y el estallido del agua me asustó como si hubieran disparado un arma. Al alba había una niebla immaculada, muy tibia y viscosa, más cegadora que la oscuridad de la noche. Ni se movía, ni pasaba. Simplemente estaba allí, inmóvil alrededor de nosotros como una materia sólida. A las ocho o nueve, más o menos, se levantó como una persiana. Alcanzamos a entrever la gigantesca multitud de árboles, la inmensa maraña de la selva, coronada por la pequeña esfera incandescente del sol. Todo perfectamente inmóvil. Y a continuación la persiana blanca cayó de nuevo, suavemente, como deslizándose entre surcos engrasados. Ordené que bajaran el ancla, que ya habíamos empezado a levar. Antes de que la cadena dejara de correr con su traqueteo en sordina, un grito, un grito muy estridente, como de infinita angustia, se elevó lentamente en medio de la atmósfera opaca. Luego se apagó. Un clamor, una queja modulada con salvajes disonancias, llenó nuestros oídos. Lo inesperado de aquel ruido me puso los pelos de punta. Ignoro cómo habrá afectado a los demás: para mí fue como si la niebla misma se hubiera puesto a gritar. Aquel bramido tumultuoso y lúgubre parecía haberse levantado repentinamente desde todos los rincones a la vez. Aquello culminó en un apresurado raptó de chillidos intolerables que no tardaron en desaparecer, dejándonos paralizados en una amplia variedad de gestos imbéciles, obstinadamente atentos a ese silencio que era casi tétrico y exorbitante. “¡Por Dios, qué significa...!” , balbució a mi lado uno de los peregrinos —un hombrecito gordo con el pelo y los bigotes rojos, que llevaba unas botas con suela de caucho y las botamangas del pijama rosa metidas dentro de los calcetines—. Otros dos peregrinos se quedaron con la boca abierta durante un minuto entero; luego se precipitaron a la pequeña cabina de donde salieron desbocados, lanzando miradas de pánico por doquier, con los Winchester preparados para disparar. Pero lo único que podíamos ver era nuestro propio barco, sus contornos borrosos como si todo el armatoste estuviera a punto de disolverse y a su alrededor una delgada franja nebulosa del río que no tendría más de dos pies de ancho. Para nuestros ojos y oídos, el resto del mundo ya no estaba. En ninguna parte. Borrado, desaparecido, barrido sin que hubiera quedado ni el suspiro de una sombra.

»Fui hasta la proa y ordené que dejaran la cadena a media profundidad, de modo que pudiéramos levar el ancla en cualquier momento y poner en marcha el barco de inmediato si fuera necesario. “¿Nos van a atacar?”, murmuró una voz

aterrada. “Con esta niebla nos van a masacrar a todos”, susurró otro. Los rostros se retorcieron por la tensión y las manos temblaban ligeramente, los ojos ya no sabían parpadear. Era muy curioso ver el contraste de expresiones entre los hombres blancos y los negros de nuestra tripulación, que en esa parte del río eran tan extranjeros como nosotros, a pesar de que sus hogares estuvieran a sólo ochocientas millas de allí. Los blancos, por supuesto terriblemente alterados, mostraban además un aspecto extraño de perplejidad provocada por el espeluznante aullido. Los otros tenían una expresión natural de concentración y alerta; pero sus rostros no parecían perturbados, incluso dos de ellos estaban sonriendo mientras tiraban del ancla. Varios de ellos intercambiaban frases cortas y guturales con las que parecían estar confirmando algo que les producía satisfacción. A mi lado estaba el jefe, un joven negro de espaldas anchas, envuelto en una sobria túnica azul oscuro con flecos, la nariz fiera y el pelo ingeniosamente peinado en bucles grasosos. “¡Ajá!”, dije, por puro compañerismo. “Atrápenlo”, espetó con los ojos inyectados en sangre, haciendo brillar por un segundo sus dientes afilados. “Atrápenlo. Es para nosotros”. “Para vosotros, ¿eh?”, dije. “¿Y qué pensáis hacer con él?”. “Comérmolo”, respondió cortante y, apoyando el codo sobre la barandilla, miró hacia la niebla con una actitud digna y profundamente meditativa. Sin duda alguna me habría sentido horrorizado si no hubiera reparado entonces en el hecho de que él y sus colegas debían de estar hambrientos; que a lo largo del último mes su hambre no había hecho más que aumentar día tras día. Llevaban seis meses con nosotros (no creo que ninguno de ellos tuviera una noción clara del paso del tiempo, como la tenemos nosotros después de incontables eras; ellos aún pertenecían a los orígenes del tiempo, no contaban con una experiencia heredada que les enseñara lo que era eso) y, por supuesto, mientras hubiera un pedazo de papel que siguiera lo estipulado en alguna ley farsante o cosa similar redactada sobre la marcha, nadie siquiera se molestaba en pensar de qué vivirían estos hombres. Ciertamente habían traído consigo algo de carne podrida de hipopótamo, que en todo caso no les habría durado mucho, incluso si los peregrinos no hubieran arrojado una buena cantidad de ella por la borda en medio de la algarabía. Algo que podría parecer una arbitrariedad, pero, creedme, en realidad era un caso de legítima defensa. No se puede respirar el olor a hipopótamo muerto al despertar, al dormir, al comer y conservar al mismo tiempo los precarios anclajes que nos mantenían atados a nuestra existencia. Además, cada semana se les entregaban tres piezas de cable de cobre, cada una de nueve pulgadas de largo, con la idea de que intercambiaran el cobre por provisiones en los poblados ribereños. Os imaginaréis cómo *funcionaba* aquello. O bien no había poblados o los habitantes eran hostiles, o bien el administrador, que al igual que nosotros se alimentaba de conservas enlatadas (con un ocasional tropezón de carnero viejo), se negaba a que nos detuviéramos por algún recóndito motivo. Así

que a menos que se comieran el cable o lo usaran como trampas para peces, no veo qué utilidad podía tener para ellos ese extravagante salario. Debo decir, eso sí, que recibían su paga con una regularidad digna de tan importante y honorable compañía comercial. Por lo demás, lo único que tenían para comer —aunque no lucía ni remotamente comestible— eran unos pocos bultitos de una sustancia similar a la masa medio cocida, de un color lavanda sucio, que envolvían en hojas y de vez en cuando se llevaban a la boca en porciones tan pequeñas que parecían hacerlo más por apariencia que con el serio propósito de alimentarse. Por qué, en nombre de todos los demonios gruñones del hambre, no se nos echaron encima —eran treinta contra cinco— y no se dieron un buen atracón de una buena vez, es algo que no deja de asombrarme siempre que lo pienso. Eran hombres poderosos, sin demasiada capacidad para sopesar las consecuencias de sus actos, hombres valientes, fuertes, incluso a pesar de que sus pieles estuvieran marchitas y sus músculos ya no fueran tan duros. Pude ver que una especie de inhibición, uno de esos secretos humanos que desafían toda probabilidad, había entrado en juego. Miré a estos hombres con un interés repentino y creciente, no porque creyera que podrían comerme en cualquier momento, sino porque debo confesaros que fue sólo entonces cuando percibí, bajo esta nueva luz, el aspecto enfermizo de los peregrinos; y deseé, sí, lo deseé con todo mi ser, que mi semblante no fuera tan, ¿cómo decirlo?, tan poco apetitoso: un toque de fantástica vanidad que encajaba bien con la sensación de irrealidad que inundaba todos mis días por aquella época. Es posible también que tuviera un poco de fiebre. Uno no puede vivir tomándose el pulso todo el tiempo. A menudo sentía “una ligera fiebre” o un ligero malestar de otro tipo: los rasguños traviesos de la vida salvaje, el juego preliminar antes de la carnicería que llegaría a su debido momento. Sí, los miré como haríamos con cualquier ser humano, con curiosidad acerca de las pulsiones, los motivos, capacidades, debilidades, que mostrarían en medio de una prueba de necesidad física inexorable. ¡Y se inhibían! ¿Pero qué clase de inhibición era ésa? ¿Lo hacían por superstición, por repudio, por paciencia, por miedo? ¿O acaso por alguna forma primitiva del honor? Ningún temor puede resistirse a la fuerza del hambre, ninguna paciencia puede doblegarla, el repudio sencillamente no existe donde medra el hambre. Y en cuanto a las supersticiones, creencias y lo que podríamos llamar principios, lo cierto es que pesaban menos que una hoja mecida por la brisa. ¿No conocéis el diabólico poder de la inanición prolongada? ¿Su exasperante tormento, sus negros pensamientos, su ferocidad sombría y acechante? Pues bien, yo sí. Priva a cualquier hombre de toda su fuerza innata para luchar contra el hambre como es debido. Es más fácil enfrentarse al luto, al deshonor y a la perdición de nuestra alma que aguantar hambre de manera prolongada. Triste, pero cierto. Y estos hombres no tenían razones terrenales de ningún tipo para mostrarse escrupulosos. ¡Inhibición! Habría esperado más de una hiena

merodeando entre los cadáveres de un campo de batalla. Y sin embargo, ahí delante de mí estaban los hechos, los hechos deslumbrantes, ante mis ojos, como la espuma en las profundidades del mar, como el detalle de un enigma inefable, un misterio más grande —si uno se ponía a pensarlo— que la curiosa e inexplicable nota de desesperación y angustia en el clamor de aquel salvaje que nos había azotado desde la orilla, más allá de la blancura cegadora de la niebla.

»Dos peregrinos discutían en atropellados susurros sobre la orilla a la que debían permanecer atentos. “Izquierda”. “No, no, no, ¿cómo puedes decir eso? Derecha, derecha, claro”. “Esto es muy serio”, dijo la voz del administrador a mis espaldas, “me daría mucha pena si algo le ocurriera al señor Kurtz antes de que podamos llegar”. Lo miré a los ojos y no tuve la menor duda de que estaba siendo sincero. Era la clase de hombre que desea conservar las apariencias a toda costa. Ésa es su inhibición. Pero cuando masculló algo sobre la necesidad de seguir adelante cuanto antes, ni siquiera me molesté en responderle. Yo sabía, ambos sabíamos que era imposible. Si perdíamos anclaje con el fondo, quedaríamos totalmente suspendidos en el vacío. No podríamos saber hacia dónde estaríamos dirigiéndonos, si a favor o en contra de la corriente, o en diagonal, hasta que chocáramos con una de las dos orillas. Y aun así tampoco sabríamos en cuál estaríamos. Desde luego no ordené ningún movimiento. No estaba de humor para estrellar el barco. Imposible encontrar un sitio peor y más mortífero para naufragar. Podíamos ahogarnos de inmediato o no, pero era seguro que acabaríamos muriendo de una u otra manera. “Tiene usted mi autorización para correr todos los riesgos”, dijo después de un instante de silencio. “Me niego”, dije, cortante, que era justamente lo que él esperaba que respondiera, aunque es posible que mi tono lo haya sorprendido. “Muy bien, me pliego a su buen juicio. Usted es el capitán”, dijo con afectada cordialidad. Alcé los hombros por toda señal de gratitud y miré hacia la niebla. ¿Cuánto tiempo duraría? Era el panorama más desolador. Ir en busca del señor Kurtz, ávidos de marfil, a través de esa enmarañada selva repleta de peligros, era como tratar de llegar hasta un fabuloso castillo donde durmiera una princesa encantada. “¿Usted cree que quieran atacarnos?”, me preguntó el administrador en tono confidencial.

»Yo no creía que fueran a hacerlo, por varias razones obvias. La niebla espesa era una de ellas. Si se hubieran apartado de la orilla en sus canoas, se habrían perdido ahí en medio, como nos habría ocurrido a nosotros si hubiéramos intentado movernos. También había supuesto que la selva en ambos márgenes debía de ser bastante impenetrable; y aun así, unos ojos habían conseguido vernos desde allí adentro. Los árboles de la orilla en efecto eran muy tupidos, pero la maleza que había detrás sin duda tenía que ser accesible. Por otro lado, durante la

breve tregua de la niebla no había visto ninguna canoa, mucho menos en las inmediaciones del barco. Sin embargo, lo que hacía inconcebible la idea del ataque era la naturaleza de esos ruidos, de los gritos que habíamos oído. No tenían un carácter feroz, ni nada que hiciera presagiar una inminente acción hostil. Por inesperado, salvaje y violento que hubiera sido, aquel grito sólo me había transmitido una irresistible impresión de desconsuelo. Por alguna razón, la aparición del barco había suscitado en esos salvajes una angustia sin límites. Les hice saber que el peligro, si podía hablarse de tal cosa, residía sólo en la proximidad de una gran pasión humana a punto de desencadenarse. Incluso la extrema aflicción podía dar lugar en últimas a un estallido de violencia. Aunque por lo general sólo derivara en indolencia...

»¡Tendríais que haber visto la cara de los peregrinos! No tuvieron agallas para sonreír, ni siquiera para desdeñar mis palabras. Aunque creo que pensaban que me había vuelto loco. Loco de miedo, supongo. Les di una verdadera charla. Queridos muchachos, no hay de qué preocuparse. ¿Mantener la vigilancia? Bueno, habréis pensado que estaba buscando algún resquicio en la niebla como un gato acecha a un ratón; por lo demás, nuestros ojos no habrían sido más útiles si hubiéramos estado enterrados debajo de una gigantesca bola de algodón. Y así nos sentíamos: asfixiados, acalorados, sofocados. Asimismo, todo cuanto había dicho, por extravagante que sonara, era absolutamente fiel a la verdad. Lo que más tarde describiríamos como un ataque no fue más que un intento de repulsa. Aquello estuvo muy lejos de ser una agresión. Ni siquiera se trató de una acción defensiva, en sentido estricto: lo hicieron bajo la presión de la angustia y fue en esencia un acto de pura protección.

»Se desató, diría yo, un par de horas después de que la niebla se hubiera disipado, y su inicio tuvo lugar en una zona ubicada a poco menos de dos millas de la estación de Kurtz. Acabábamos de virar a trompicones en un recodo cuando alcancé a ver un islote, un simple montículo de hierba de color verde muy intenso en mitad del río. No había nada parecido alrededor. Pero al avanzar un poco más, me di cuenta de que era el saliente de un gran banco de arena, o más bien de una larga cadena de bajíos que corría por el centro del río. Eran arenales descoloridos, a duras penas inundados, apenas visibles bajo la superficie tal como se aprecia el espinazo bajo la piel de un hombre. Según mis cálculos, podría pasar por la derecha o por la izquierda. Por supuesto, no sabía cuál de los dos canales sería el adecuado. Los bancos eran muy similares entre sí; la profundidad parecía la misma, pero dado que me habían dicho que la estación se encontraba en la margen oeste, naturalmente opté por esta dirección.

»Tan pronto entramos de lleno en el canal me di cuenta de que era mucho más estrecho de lo que había supuesto. A mano izquierda se extendía ininterrumpidamente el banco de arena y a la derecha teníamos una orilla escarpada cubierta por una tupida capa de maleza. Justo detrás, los troncos de los árboles se alzaban como filas de dientes. Gruesas ramas sobrevolaban el canal y en algunos trechos se interponían rigurosamente en medio de la corriente. La tarde estaba bien avanzada, la selva ya mostraba su semblante lúgubre y una franja amplia de sombra había caído sobre el agua. Sobre aquella sombra navegaba con esfuerzo el vapor, lentamente, como podréis imaginaros. Conduje el barco muy cerca de la orilla, donde el agua era más profunda, según me indicaba el palo de sonda.

»Uno de mis hambrientos y estoicos amigos iba sondeando en la proa, justo debajo de mí. Este vapor era prácticamente una gabarra con cubierta. En la superficie había dos pequeñas cabinas de teca, con puertas y ventanas. La caldera estaba en la cabina delantera y el cuarto de máquinas en la cabina de popa. Cubriéndolo todo había un techo liviano apoyado en unos soportes. La chimenea se proyectaba a través de ese tejado y, frente a ella, un pequeño compartimiento hecho de listones ligeros hacía las veces de cabina de mando. Esta cabina contenía un catre, dos sillas plegables, un rifle Martini-Henry cargado en una esquina, una mesa diminuta y el timón. Tenía una puerta amplia en la parte delantera y grandes postigos a ambos lados que, por supuesto, permanecían siempre abiertos. Me pasaba los días apertrechado ahí arriba en el extremo de la proa de aquel tejado, junto a la puerta. Por las noches dormía en el catre, o al menos lo intentaba. Un negro atlético perteneciente a alguna de las tribus costeras, educado por mi pobre predecesor, era el timonel. Lucía unos pendientes de cobre en las orejas, una túnica azul que le tapaba desde el pecho hasta los tobillos y actuaba como el amo del mundo. Era uno de los dementes más inestables que he conocido jamás. Si uno lo vigilaba, su fanfarronería al timón no conocía límites; pero en cuanto te perdía de vista, instantáneamente caía presa de una abyecta desidia y dejaba que ese destartado vapor le ganara la partida en un minuto.

»Yo miraba con preocupación el palo de sondeo, que en cada intento sobresalía más y más del agua, cuando vi que el encargado abandonaba su labor repentinamente y se echaba a descansar en la cubierta, sin siquiera molestarse en subir a bordo el palo. Aun así, no lo soltaba y dejaba que el otro extremo se arrastrara por el agua. A su vez, el calderero, a quien también podía ver desde allí arriba, se acurrucó súbitamente delante de la caldera y agachó la cabeza. Yo estaba atónito. Luego tuve que volver la vista a toda prisa porque había un tronco flotando en la mitad del río. Palos, pequeños palos, volaban por todas partes:

pasaban zumbando delante de mi nariz, caían a mis pies, acribillando las paredes de la cabina del piloto. Y entretanto, el río, la orilla, la selva, todo permanecía en silencio, perfectamente mudo. Sólo se oía el traquetear de la rueda de popa y el repiqueteo de aquellos palos. Esquivamos el tronco como pudimos. ¡Flechas, por Júpiter! ¡Nos estaban disparando flechas! Entré a la cabina rápidamente para cerrar el postigo que daba a la orilla. El estúpido piloto, aferrado a las cabillas del timón, levantaba las rodillas y zapateaba contra el suelo, retorciendo la boca como un caballo al que le hubieran puesto el freno. ¡Maldita sea! Remontábamos el río a sólo diez pies de la orilla. Para alcanzar el pesado batiente tuve que sacar medio cuerpo a través de la ventanilla y vi entre las hojas un rostro feroz que me miraba fijamente. Entonces, como si alguien hubiera descorrido un velo, distinguí de repente brazos desnudos, piernas, ojos brillantes en el profundo entrevero de sombras. La selva era un hervidero de extremidades humanas en movimiento y pieles brillantes del color del bronce. Las ramas se agitaban, se mecían y chasqueaban, las flechas salían volando desde ahí adentro, hasta que pude cerrar el batiente. “Mantén el rumbo”, le dije al timonel. Su cabeza estaba rígida, miraba hacia adelante pero tenía los ojos desorbitados, no dejaba de zapatear y de su boca salía un poco de espuma. “¡Cálmate!”, le grité, furioso. Pero fue como si le hubiera ordenado a un árbol no mecerse con el viento. Salí de la cabina. Abajo se oía un ir y venir de pasos sobre la cubierta de metal; exclamaciones confusas; un grito: “¿Podemos dar la vuelta?”. Alcancé a ver que la corriente tomaba forma de V más arriba. Imposible. ¿Otro obstáculo? Un estruendo de fusiles se desató a mis pies. Los peregrinos habían abierto fuego con sus Winchester, pero sólo malgastaban la munición disparando contra la selva. Una sucia humareda se elevó hasta situarse por delante de nosotros. Solté una maldición. Ahora no podíamos ver ni la corriente ni el obstáculo. Me asomé a la puerta y un enjambre de flechas cayó sobre el barco. Quizás estaban envenenadas, pero no parecía que pudieran matar ni a un gato. La selva comenzó a aullar. Nuestros leñadores entonaron su propio grito de guerra. El sonido de un disparo a mis espaldas me dejó aturdido. Miré sobre mi hombro y la cabina aún estaba llena de ruido y humo cuando me abalancé sobre el timón. El estúpido negro lo había soltado para abrir el postigo y vaciar la munición del Martini-Henry, asomado a la enorme abertura con un gesto feroz. Tuve que ordenarle a gritos que volviera, mientras yo trataba de retomar el rumbo después del repentino desvío. No había espacio para dar la vuelta ni aunque hubiéramos querido y el obstáculo debía de estar muy cerca, en medio del humo denso; no podíamos perder un segundo, así que viré hacia la orilla, directamente hacia el banco de arena, donde sabía que el agua era más profunda.

»Pasamos muy despacio, rompiendo las ramas bajas de los árboles en un torbellino de palitos y hojas. Los disparos cesaron de repente, tal como había

previsto que ocurriría cuando se les acabara la munición. Agaché la cabeza para evitar un fugaz zumbido que atravesó la cabina de un postigo al otro. Por detrás del trastornado piloto, que sacudía el rifle vacío y lanzaba gritos hacia la orilla, pude ver vagamente a algunos hombres que corrían agachados, saltaban, se deslizaban, sus formas definidas, por momentos incompletas, evanescentes. Algo grande apareció en el aire delante del postigo, el rifle cayó al suelo y el hombre retrocedió velozmente, me miró de una manera extraordinaria, profunda, familiar. Luego se desplomó. Su cabeza rebotó dos veces de costado contra el timón y el extremo de una especie de larga caña repiqueteó por el suelo derribando una de las sillas plegables. Parecía como si después de luchar por arrebatarle aquella cosa a alguien en la orilla hubiera perdido el equilibrio en medio del esfuerzo. El humo se había disipado, nos habíamos librado del obstáculo y al mirar hacia adelante pude ver que a otras cien yardas, más o menos, tendríamos espacio para maniobrar y apartarnos de la orilla; pero mis pies estaban tan tibios y húmedos que tuve que mirar al suelo. El hombre se había girado bocarriba y ahora me miraba directamente a los ojos, sujetando con ambas manos aquella caña. Era una lanza que, arrojada o clavada por alguno de los salvajes, se le había alojado en un costado, justo debajo de las costillas. Mis zapatos estaban empapados. Estancado al pie del timón se veía el charco de sangre oscura y resplandeciente. Los ojos del hombre brillaban con un fulgor sobrenatural. En ese momento se reanudaron los disparos de fusil. El hombre me miró con angustia, aferrado a la lanza como quien se aferra a un objeto preciado, como si temiera que yo pudiera arrebatársela. Tuve que hacer un esfuerzo para dejar de mirarlo y ocuparme del timón. Con una mano busqué sobre mi cabeza el cordón de la sirena y tiré de él varias veces produciendo un silbido tras otro. El tumulto de furia y gritos de guerra enmudeció por un instante. Luego, desde las profundidades de la selva, surgió un lamento tremulante y prolongado, un aullido de Terror funesto y pura desesperación que uno imaginaría sólo concebible tras la pérdida de la última esperanza sobre la faz de la tierra. Reinaba la conmoción en la selva; la lluvia de flechas cesó, tronaron unos pocos disparos. Luego se hizo un silencio donde sólo las pulsaciones lánguidas de la rueda de popa llegaron hasta mis oídos. Puse rumbo firme a estribor en momentos en que uno de los peregrinos, vestido con pijama rosa y muy acalorado, apareció en el umbral. "Me envía el administrador...", empezó diciendo en tono oficial pero se interrumpió de inmediato: "¡Dios mío!", exclamó al ver al hombre malherido.

»Los dos hombres blancos lo mirábamos y él a su vez nos envolvía con su mirada inquisitiva y lustrosa. Os aseguro que parecía estar a punto de hacernos una pregunta en algún lenguaje comprensible, pero al final murió sin pronunciar una sola palabra, sin moverse, sin retorcer un solo músculo. Sólo en el último

instante, como en respuesta a algún gesto invisible para nosotros, a un susurro que no podíamos oír, frunció el ceño y su negra máscara mortuoria asumió entonces una expresión inconcebiblemente sombría, ensimismada y amenazadora. “¿Puede ocuparse del timón?”, le pregunté con urgencia al agente, que me miró dubitativo. No obstante, lo agarré del brazo de tal modo que el peregrino entendió de inmediato que no tenía opción. En honor a la verdad, en el fondo estaba desesperado por cambiarme los zapatos y los calcetines. “Está muerto”, murmuró el agente, tremendamente impresionado. “No cabe duda”, dije yo tirando como loco de los cordones de mis zapatos. “Y supongo que igual suerte habrá corrido el señor Kurtz a estas alturas”.

»De momento ésa era la idea predominante. Tuve una sensación de decepción muy profunda, como si hubiera descubierto de repente que todo este tiempo había estado persiguiendo una cosa totalmente carente de sustancia. No me habría sentido más defraudado si hubiera hecho semejante viaje con el único propósito de entrevistarme con el señor Kurtz... Lancé a la cubierta uno de mis zapatos y entonces tomé conciencia de que eso era exactamente lo que había estado procurando: hablar con el señor Kurtz. Hice un extraño descubrimiento y es que, veréis, nunca me lo había imaginado haciendo otra cosa que charlar. En ningún momento me dije: “Ahora ya no podré conocerlo” o “Ahora ya no podré estrechar su mano”, sino: “Jamás podré charlar con él”. El hombre era para mí una voz. Desde luego no quiero decir con ello que nunca lo hubiera asociado a algún tipo de actividad. ¿Acaso no me habían dicho en todos los tonos de la envidia y la admiración que Kurtz había conseguido reunir, intercambiar, arrebatarse o robar más marfil que todos los demás agentes juntos? La cuestión era otra. Me refiero al hecho de que Kurtz fuera una criatura particularmente dotada y que entre todos sus talentos el más prominente, el que más concitaba una sensación de presencia real, era su habilidad para hablar, sus palabras: el don de la expresión, el más asombroso, el más iluminador, su cualidad más exaltada y la más repudiada, el perseverante manantial de luz o la corriente traicionera que fluye desde el corazón de unas tinieblas impenetrables.

»El otro zapato salió volando hasta las aguas del endiablado río. Pensé: “¡Por Júpiter! Se acabó. Llegamos tarde. Ha desaparecido: el don se ha desvanecido por culpa de una lanza, de una flecha, de un palo. Al final no podré escucharlo”. Y mi pena alcanzó una extravagante nota de emoción, tan intensa como la que podía percibir en el lastimero ulular de los salvajes en la jungla. No me habría sentido más desolado y triste si me hubieran usurpado una convicción o si hubiera perdido mi destino en la vida... ¿Se puede saber por qué resopláis de esta forma tan bestial? Tú, quien seas. ¿Te parece absurdo? Muy bien, absurdo. ¡Por Dios! Acaso

un hombre nunca... venga, dadme un poco de tabaco...

Hubo una pausa de profunda quietud, luego se encendió un fósforo y el rostro enjuto de Marlow apareció, fatigoso y demacrado, las arrugas pesadas, los párpados caídos, el aspecto de atención concentrada. Y con cada vigorosa calada de la pipa, su cara parecía naufragar o surgir de la oscuridad entre el parpadeo regular de la diminuta llama. El fósforo se apagó.

—¡Absurdo! —gritó—. Esto es lo peor cuando uno intenta explicarle a... Aquí estáis todos tan contentos, sabiendo que os esperan dos domicilios en tierra, como viejos barcos doblemente anclados, con un carnicero a la vuelta de la esquina, un policía a la vuelta de la otra, excelentes provisiones y una temperatura normal, oídmelo bien, normal durante todo el año. Y me decís que es absurdo. ¡Absurdo! ¡Pues que así sea! ¡Absurdo! Queridos amigos, qué se puede esperar de un hombre que ha lanzado al agua un par de zapatos nuevos por simple y llano nerviosismo. Ahora pensadlo por un segundo: es sorprendente que no me hubiera puesto a llorar. Ya sabéis que por lo general me precio de mi fortaleza. Pero me dolía en el alma la sola idea de perderme el privilegio inestimable de escuchar al talentoso señor Kurtz. Por supuesto, me equivocaba. Ese privilegio estaba reservado para mí. Sin duda. Me hartaría de oírlo. Y estaba en lo cierto, por otro lado. Una voz. Aquel hombre era poco más que una voz. Y oí. Lo oí a él, oí en ella, en esa voz, otras voces: voces que eran poco más que voces. Y el recuerdo de esa época aún me asedia, impalpable, como la agónica vibración de un balbuciente, estúpido, atroz y sórdido salvaje, o de un simple idiota, privado de toda razón. Voces, voces... Incluso la propia muchacha... ahora...

Se quedó en silencio durante un buen rato.

—Logré conjurar el fantasma de sus méritos gracias a una mentira —prosiguió—. ¡Muchacha! ¿Acaso mencioné a una muchacha? Oh, no, ella no. Absolutamente. Ellas, las mujeres, digo, no tienen nada que ver con esto. O no deberían, al menos. Debemos ayudarlas a permanecer en su maravilloso mundo propio si no queremos que el nuestro sea aún peor. Oh, si no hubiera involucrado a la chica... Tendríais que haber visto el indolente cuerpo del señor Kurtz mientras decía: «Mi Prometida». Entonces habríais percibido directamente hasta qué punto ella no tenía nada que ver. ¡Y el prominente hueso frontal del señor Kurtz! Dicen que en ocasiones el pelo sigue creciendo, pero este, cómo llamarlo, espécimen era impresionantemente calvo. La madre naturaleza le había dado una palmadita en la cabeza y lo había dejado como una bola; como una bola de marfil. Lo había acariciado y ¡zas! Sin un pelo. Lo había elegido, lo había amado, abrazado, se había

metido en sus venas, consumido su carne y fundido con su alma mediante alguna inconcebible ceremonia de iniciación diabólica. Él era su favorito, su niño mimado. ¿Marfil? No faltaba más. Por toneladas, por pilas. El mugroso cobertizo rebosaba marfil. Uno pensaría que no quedaba un solo colmillo en todo el país, ni siquiera debajo de la tierra. «Casi todo fósil», comentaría desdeñoso el administrador. Y aunque aquello no estuviera más fosilizado que yo mismo, ellos se referían así al marfil que se sacaba de debajo de la tierra. Al parecer los negros enterraban en ocasiones los colmillos. Pero evidentemente no habían conseguido enterrar este cargamento lo bastante profundo para evitar que el talentoso señor Kurtz cumpliera con su destino. Llenamos toda la bodega del barco y tuvimos que apilar un montón en la cubierta. Así él vio y disfrutó de ello mientras pudo, pues su aprecio por aquel favor de la naturaleza perduró en él hasta el último momento. Tendríais que haberlo oído cuando decía: «Mi marfil». Oh, sí, yo lo oí muchas veces. «Mi prometida, mi marfil, mi estación, mi río, mi...», todo le pertenecía. Retuve el aliento esperando que la selva prorrumiera en una prodigiosa carcajada que haría estremecer a las estrellas fijas en su sitio. Todo, todo le pertenecía. Pero esto era lo de menos. Lo importante era saber a quién le pertenecía él, cuántos poderes de la oscuridad lo reclamaban como suyo. Ésa era la reflexión que te ponía todos los pelos de punta. Era imposible (tampoco hacía ningún bien) tratar de imaginarlo. Él había llegado a ocupar su elevado trono entre los demonios de aquella tierra. Quiero decir, literalmente. No os hacéis una idea. ¿Cómo podríais si bajo los pies tenéis siempre el pavimento sólido, si estáis rodeados de buenos vecinos listos a agasajaros o a saliros al paso, si cruzáis delicadamente entre el carnicero y el policía, entre el Terror sagrado del escándalo y los patíbulos y los manicomios? ¿Cómo podríais imaginar esa región particular de los tiempos primitivos donde los pies nos conducen sin traba alguna por el camino de la soledad, rotunda soledad, sin un solo policía, por el camino del silencio, rotundo silencio donde no se oyen las voces de advertencia de nuestros amables vecinos, ni el murmullo de la opinión pública? Todas estas pequeñas cosas hacen una gran diferencia. Cuando se desvanecen uno debe confiar en su propia fuerza innata, en su propia capacidad de convicción. Por supuesto, alguien podría ser lo bastante ingenuo para caer en desgracia; incluso demasiado indolente para saberse siquiera bajo el asedio de los poderes de la oscuridad. De acuerdo, ningún tonto negoció jamás su alma con el diablo: el tonto es demasiado tonto o el diablo demasiado diablo, no sé. También se puede ser una criatura tan atronadoramente exaltada como para no ver ni oír otra cosa que las visiones y sonidos celestiales. En ese caso la tierra no es más que un lugar de reposo. Ahora, si ser así resulta mejor o peor para uno es algo que no me atrevo a decir. Sin embargo, la mayoría de nosotros no somos ni de una forma ni de otra. La tierra es para nosotros un lugar donde vivir, un sitio donde debemos soportar visiones, sonidos y olores también, ¡por Júpiter!

Respirar el olor a hipopótamo muerto, por así decirlo, sin contaminarse. Y es así, ¿lo entendéis?, es así como se obtiene la fuerza, la fe en tu habilidad para cavar discretos agujeros donde puedas enterrar la materia en cuestión; tu poder de devoción, no hacia ti mismo, sino hacia un oficio oscuro y extenuante. Y eso ya es lo bastante difícil. No creáis, sin embargo, que pretendo disculparme o siquiera ofrecer una explicación; intento darle forma, sobre todo para mí, al señor Kurtz, a la sombra del señor Kurtz. Aquel iniciado espectro venido de Ninguna Parte que me honró con sus asombrosas confidencias antes de desaparecer para siempre. Y ello gracias a que hablaba inglés, pues en parte el Kurtz original había sido educado en Inglaterra y, como él mismo tenía la bondad de decir, sus simpatías se hallaban en el lugar correcto. Su madre era mitad inglesa, su padre, mitad francés. Europa entera había colaborado en la fabricación del espíritu de Kurtz y al poco tiempo supe que, muy oportunamente, la Sociedad Internacional para la Erradicación de las Costumbres Salvajes le había encargado la elaboración de un informe que les serviría de guía para el futuro. Un informe que, por supuesto, Kurtz escribió. Yo lo he visto. Lo he leído. Era elocuente, vibrante de elocuencia, pero demasiado idealista, creo yo. ¡Diecisiete páginas de escritura apretada en las que había invertido sus escasos ratos libres! Aunque aquello debió de escribirlo antes de que su, llamémosla así, crisis nerviosa lo llevara a participar en ciertas danzas nocturnas que culminaban en inenarrables ritos, los cuales, según fui recopilando reticentemente de lo que se decía en ocasiones, se efectuaban en su honor. ¿Lo entendéis? En honor al propio Kurtz. Pero se trataba sin duda de una hermosa composición en prosa. No obstante, a la luz de la información posterior, el párrafo inicial me resulta algo aciago. Empezaba argumentando que nosotros, los blancos, gracias al estadio de desarrollo que habíamos alcanzado, debíamos «por fuerza aparecer [ante los salvajes] bajo el aspecto de seres sobrenaturales; nos acercamos a ellos con el aura prodigiosa de una deidad», y cosas por el estilo. «Con el mero ejercicio de nuestra voluntad podemos ejercer un poder benéfico prácticamente ilimitado», etcétera, etcétera. De ahí en adelante me cautivó y me dejé llevar por la lectura. La argumentación era soberbia, aunque difícil de recordar, ya me entendéis. Me sugirió la imagen de una inmensidad exótica gobernada por una augusta benevolencia. Me hizo estremecer de entusiasmo. Tal era el poder desmedido de su elocuencia, de las palabras, de las nobles y fervorosas palabras. No había ninguna alusión práctica que interrumpiera el torrente mágico de las frases y, salvo una especie de nota al pie de la última página, garabateada evidentemente mucho después con mano temblorosa, podría entenderse como la exposición de un método. Era una anotación muy simple y al final de esa conmovedora arenga a favor de todos los sentimientos altruistas te quemaba, aterradora y luminosa, como el resplandor de un relámpago en medio de un cielo despejado: «¡Exterminad a todos los bárbaros!». Lo curioso es que

Kurtz parecía haber olvidado por completo ese valioso *post scriptum*, ya que tiempo después, al recuperar la cordura, me suplicaría repetidas veces que me ocupara de «mi panfleto» (así lo llamaba), seguro de que en el futuro ejercería una buena influencia sobre su carrera. Yo tenía pleno conocimiento de todas estas cosas y a la postre el informe quedaría a mi cuidado. Me he ocupado lo bastante de él para reclamar el derecho inalienable de arrojarlo, si así lo decido, a descansar para siempre en la papelera del progreso, entre todos los detritos y, si se me permite decirlo así, todos los gatos muertos de la civilización. Pero entonces, como podéis ver, no tengo elección. Kurtz no caerá en el olvido. Sea lo que fuese, desde luego no era un hombre común y corriente. Tenía el poder de encantar o aterrorizar a las almas rudimentarias e inducirlas a ejecutar un aquelarre en su honor; también podía llenar las pequeñas almas de los peregrinos de amargos recelos: al menos tenía un devoto amigo y había conquistado un alma de este mundo que no era ni rudimentaria ni ensimismada. No, no puedo olvidarlo, aunque no estoy preparado para afirmar que aquel sujeto valiera la vida que perdimos intentando llegar hasta él. Eché terriblemente de menos a mi difunto timonel. Lo eché de menos incluso mientras su cadáver aún yacía bajo el cobertizo del piloto. Tal vez os parezca extraño que me lamentara por un salvaje que no valía más que un grano de arena en medio de un Sáhara negro. Pues bien, sabed que aquel hombre había hecho algo: pilotar; durante meses lo había tenido a mis espaldas, como una ayuda, como un instrumento. Lo nuestro era una especie de sociedad. Él pilotaba para mí y yo cuidaba de él, me preocupaba por sus deficiencias; de modo que una especie de vínculo sutil se había creado entre nosotros, cosa de la cual sólo me hice consciente una vez que el lazo se rompió inesperadamente. Y la íntima profundidad de esa mirada que me lanzara al recibir la herida permanece grabada hasta hoy en mi memoria, como el reclamo de un lejano parentesco afirmado en ese instante supremo.

»¡Pobre necio! Si tan sólo se hubiera apartado de esa ventana. No tenía dominio, ningún dominio de su persona. Como Kurtz. Un árbol mecido por el viento. Tan pronto me hube puesto un par de zapatillas secas, lo arrastré fuera de la cabina después de sacarle la lanza del costado, una operación que, lo confieso, ejecuté con los ojos bien cerrados. Sus talones rebotaron en el pequeño escalón de la puerta; sus hombros quedaron aprisionados contra mi pecho. Lo abracé desde atrás desesperadamente. ¡Oh, cuánto pesaba! ¡Era muy pesado! Más pesado que cualquier hombre sobre la faz de la tierra. O eso debí imaginar entonces. Luego, sin otra alternativa, lo arrojé por la borda. La corriente lo atrapó como a una brizna de hierba y pude apreciar cómo el cuerpo rodaba dos veces sobre sí mismo antes de perderlo de vista para siempre. A esas alturas todos los peregrinos y el administrador se hallaban congregados en la cubierta alrededor de la cabina,

cuchicheando nerviosamente como una familia de urracas; un murmullo escandalizado se dejó sentir ante mi despiadada prontitud. Para qué querían conservar aquel cuerpo en el barco es algo que no puedo ni imaginar. Quizás querían embalsamarlo. Aunque también oí otro rumor, bastante ominoso, en la cubierta de abajo. Mis amigos los leñadores también estaban escandalizados y con una razón más aparente —aunque admito que la razón en sí misma era por demás inadmisibile—. ¡Y tanto! Pero yo había resuelto que mi difunto timonel sólo fuera alimento para los peces. Había sido un timonel de tercera categoría mientras vivía, pero ahora que estaba muerto podría convertirse en una tentación de primera y era muy probable que desatara alguna disputa. Además yo estaba ansioso por hacerme con el timón, pues el hombre del pijama rosa estaba demostrando ser un caso perdido para el oficio.

»No bien terminó el sencillo funeral agarré el mando del barco. Íbamos a velocidad media, manteniendo el curso por la mitad del río y yo escuchaba las conversaciones a mi alrededor. Daban a Kurtz por perdido, no querían saber nada de la estación; según ellos, Kurtz estaba muerto y la estación, incendiada y etcétera, etcétera. El peregrino pelirrojo estaba fuera de sí y repetía que al menos el pobre Kurtz había sido vengado como era debido. “Seguro que hemos hecho una auténtica matanza ahí en la maleza, ¿eh? ¿Qué me decís? ¿Eh?”. Y se puso a bailar, el miserable y nimio colorado, sediento de sangre. ¡Y pensar que casi se había desmayado al ver al timonel muerto en la cabina! No pude evitar decirle: “En cualquier caso habéis producido una humareda gloriosa”. Había visto, por la forma en que las copas de los árboles crujían y volaban, que casi todos los disparos habían ido a parar muy alto. Es imposible atinarle a nada a menos que uno fije el blanco y dispare desde el hombro; pero estos tipos habían estado disparando desde la cadera y con los ojos cerrados. La retirada, propuse —y no me equivocaba—, había sido provocada por el estruendo de la sirena del vapor. Esto los hizo olvidarse de Kurtz y todos empezaron a aullar airadamente toda clase de protestas.

»El administrador se había arrimado al timón para murmurar en tono confidencial acerca de la necesidad de alejarnos lo máximo posible de aquella zona del río antes del anochecer a como diera lugar, cuando divisé a lo lejos un claro en la orilla y los contornos de lo que parecía una construcción. “¿Qué es eso?”, pregunté. El administrador aplaudió maravillado. “¡La estación!”, gritó. Me aproximé de inmediato, aunque sin aumentar la velocidad.

»A través de mi catalejo vi la pendiente de una colina con unos pocos árboles dispersos, totalmente despejada de maleza. Un largo y ruinoso edificio en

la cima se encontraba medio hundido entre la hierba. Los grandes agujeros oscuros en el tejado puntiagudo se apreciaban desde lejos; la selva y los árboles componían el fondo de la imagen. No se veían empalizadas ni cercas de ningún tipo, aunque al parecer alguna vez las había habido, pues a un costado de la casa seguía en pie media docena de postes mal torneados, la parte superior ornamentada con bolas de madera tallada. Los alambres, o lo que quiera que hubiese entre medias, habían desaparecido. Por supuesto, la jungla lo rodeaba todo. La orilla del río estaba despejada y muy cerca del agua vi a un hombre blanco con un sombrero enorme que hacía señas persistentemente con todo el brazo. Al examinar el linde del bosque a un lado y otro de la estación, creí percibir ciertos movimientos. Formas humanas que se arrastraban aquí y allá. Navegué prudentemente a lo largo de unos metros, luego paré las máquinas y dejé que el barco se deslizara. El hombre de la orilla empezó a gritar, instándonos a desembarcar. "Hemos sido atacados", contestó el administrador. "Lo sé, lo sé. Tranquilo", gritó el otro despreocupadamente, como si nada. "Venid, no pasa nada. Me alegro de veros".

»Su aspecto me recordaba algo que había visto antes. Algo gracioso que había visto no sé dónde. Mientras maniobraba para atracar en la orilla me preguntaba: "¿A quién me recuerda este hombre?". De repente lo recordé. Parecía un arlequín. Su ropa estaba hecha de algún material que quizás fuera Holanda cruda, pero estaba cubierto de parches, parches vistosos de color azul, rojo y amarillo. Parches por detrás, parches por delante, parches en los codos y las rodillas; una colorida faja alrededor de la chaqueta, bordes escarlata en los bajos de los pantalones. Y la luz del sol le daba un aspecto extremadamente alegre y prolijo, pues gracias a ella uno podía ver con cuánto esmero se habían hecho todos esos remiendos. Un rostro imberbe, infantil, muy limpio, ningún rasgo destacable, la nariz despellejada, ojillos azules, sonrisas y fruncimientos que se sucedían en ese rostro abierto como hacen la luz y las sombras en una planicie barrida por el viento. "¡Cuidado, capitán!", gritó. "Anoche había un tronco atascado allí". ¿Cómo? ¿Otro? Confieso que maldije de mala manera. Había estado a punto de romper mi maltrecho casco en el último instante de aquel encantador viaje. El arlequín de la orilla apuntó con su nariz en dirección a mí. "¿Es usted inglés?", preguntó sonriendo. "¿Y usted?", respondí con un grito desde el timón. La sonrisa se desvaneció y él negó con la cabeza como lamentando mi decepción. De inmediato recuperó el buen humor. "¡Es igual!", exclamó animoso. "¿Llegamos a tiempo?", pregunté. "Él está ahí arriba", dijo sacudiendo la cabeza hacia la colina y adoptando de repente un aire lúgubre. Su rostro era como un cielo de otoño, nublado por un instante y luminoso al siguiente.

»Una vez que el administrador y su escolta de peregrinos armados hasta los

dientes hubieron entrado al edificio, el arlequín subió a bordo. “Esto no me gusta nada. Los nativos siguen allí en el bosque”, dije. Él me aseguró muy serio que todo estaba en orden. “Son gente sencilla”, añadió. “En fin, me alegra que haya podido llegar. Me costó lo suyo mantenerlos apartados”. “Pero usted dijo que todo estaba en orden”, protesté. “Oh, ellos no representan ningún peligro”, dijo. Y como yo lo mirara perplejo se apresuró a corregirse: “O no exactamente”. Luego exclamó vivazmente: “¡Por Dios, su cabina necesita una buena limpieza!”. Y sin pararse a tomar aire me aconsejó que dejara suficiente vapor en la caldera para hacer sonar el silbato en caso de peligro. “Un buen estruendo le será más útil que todos sus rifles. Son gente sencilla”, repitió. Cambiaba de tema con tanta velocidad que conseguía abrumarme. Parecía deseoso de compensar un prolongado silencio y al final, riéndose, insinuó que así era. “¿Acaso no habla usted con el señor Kurtz?”, pregunté. “No se habla con un hombre así; se lo escucha”, dijo visiblemente exaltado. “Pero ahora...”. Sacudió el brazo y en un abrir y cerrar de ojos se lo vio sumido en un abatimiento profundo. Un instante después, con un salto, se recompuso y, estrechándome ambas manos, sacudiéndolas sin parar, parloté: “Hermano marinero... honor... placer... encantado... me presento... ruso... hijo de un arcipreste... Gobierno de Tambov... ¿Cómo? ¡Tabaco! ¡Tabaco inglés! ¡El excelente tabaco inglés! A eso llamo yo camaradería. ¿Acaso puede haber un marinero que no fume?”.

»La pipa le infundió cierta calma y poco a poco me enteré de que se había escapado de la escuela para hacerse a la mar en un barco ruso; escapó de nuevo, trabajó durante un tiempo en barcos ingleses y ahora se había reconciliado con el arcipreste. Se encargó de dejarlo muy claro. “Pero cuando se es joven es preciso ver cosas, reunir experiencia, ideas, expandir la mente”. “¿Aquí?”, lo interrumpí. “¡Nunca se sabe! Aquí he conocido al señor Kurtz”, dijo, puerilmente solemne, en un tono de reproche. Me mordí la lengua. Al parecer había logrado convencer a una casa comercial holandesa en la costa para que le suministrara mercancías y provisiones y así había emprendido su viaje al interior con el corazón ligero y una idea de lo que le aguardaba no más precisa de la que tendría un bebé. Había estado vagando a solas por aquel río durante casi dos años, apartado de todo y de todos. “No soy tan joven como parece. Tengo veinticinco años”, dijo. “Al principio el viejo Van Shuyten me dijo que me fuera al demonio”, narró con evidente gozo, “pero me pegué a él y le insistí y le insistí, hasta que al final tuvo miedo de que yo le arrancara una de las patas traseras a su perro favorito y me dio unas cuantas baratijas y algunas armas y me dijo que no quería volver a verme nunca más. El viejo holandés, Van Shuyten. El año pasado le envié un pequeño cargamento de marfil, de modo que ya no podrá llamarme ladrón cuando regrese. Espero que lo haya recibido. El resto me importa un bledo. Había reunido algo de leña para

usted. Aquella era mi vieja casa. ¿La vio usted?”.

»Le di el libro de Towson. Hizo ademán de darme un beso pero se contuvo. “Era el único libro que me quedaba y ya lo daba por perdido”, dijo, mirándolo extasiado. “Son muchos los accidentes que le aguardan a un hombre que viaja solo, ya sabe. Las canoas se estropean a veces. Y a veces hay que huir a toda prisa cuando la gente se enfada”. Entonces se puso a hojear el libro. “¿Usted escribió todas esas notas en ruso?”, le pregunté. Él asintió. “Pensaba que estaban escritas en algún código”, dije. Él sonrió y de inmediato se puso muy serio. “Tuve muchos problemas para mantener a raya a toda esta gente”, dijo. “¿Intentaron matarlo?”, pregunté. “¡Oh, no!”, exclamó, y luego recuperó la compostura. “¿Por qué los atacaron?”, quise saber. Él dudó un instante y a continuación, con gesto avergonzado, dijo: “Ellos no quieren que Kurtz se marche”. “¿De veras?”, dije intrigado. Él negó con la cabeza, en un gesto lleno de misterio y sabiduría. “De verdad”, dijo alzando la voz, “este hombre ha expandido mi mente”. Y abrió sus brazos todo cuanto pudo, mirándome con sus ojillos azules, perfectamente redondos.

III

—Lo miré, perdido en mi propia perplejidad. Ahí estaba ante mí, con su atuendo variopinto, como si se hubiera fugado de una *troupe* de mimos, entusiasta y fabuloso. Su misma existencia resultaba improbable, inexplicable y por completo maravillosa. Era un problema irresoluble. Imposible imaginar cómo había llegado a existir, cómo había conseguido llegar tan lejos, cómo se las había arreglado para sobrevivir, cómo era posible que no hubiera desaparecido. «Me adentré un poco más», dijo, «luego un poco más y un poco más, hasta que llegué tan lejos que ya no sabía cómo volver. Es igual. Tengo tiempo de sobra. Sé cómo arreglármelas. Usted llévase a Kurtz rápido, muy rápido, por favor». El aura de la juventud envolvía sus harapos multicolores, su indigencia, su soledad, la desolación esencial de sus vagabundeos inútiles. Durante meses, durante años, en realidad, su vida entera no había valido lo que se gana en un solo día y sin embargo ahí seguía, galante, irresponsablemente vivo, aparentemente indestructible sólo por la virtud de sus escasos años y su audacia instintiva. Me vi inducido a algo parecido a la admiración. A la envidia. El *glamour* lo apremiaba, el *glamour* lo mantenía indemne. Ciertamente, de la vida salvaje no esperaba otra cosa que espacio para respirar y perseverar. Su necesidad era sólo existir y continuar hacia adelante corriendo los riesgos más extremos y en medio de las máximas privaciones. Si alguna vez lo absolutamente puro, la falta de cálculo, el espíritu gratuito de la aventura habían gobernado a un ser humano, era allí, en aquel jovencito cubierto de parches. Casi envidié ese fuego tan claro y modesto que poseía. Un fuego que parecía haber consumido cualquier idea de identidad de un modo tan radical que, incluso mientras hablaba contigo, te olvidabas de que era él, ese mismo hombre que estaba ante tus ojos, quien había pasado por todas esas aventuras. Pese a ello no envidié su devoción por Kurtz. El muchacho ni siquiera había meditado al respecto. Fue algo que le vino dado y él lo aceptó con una especie de fatalismo entusiasta. Debo decir que, desde cualquier punto de vista, aquella me pareció la cosa más peligrosa a la que él se había enfrentado hasta entonces.

»Ambos se habían encontrado inexorablemente como dos barcos que, anclados el uno junto al otro, acaban rozándose de costado. Supongo que a Kurtz le agradaba tener público, pues en cierta ocasión en que acampaban en medio de la selva se habían pasado toda la noche hablando, aunque era más probable que hubiera sido Kurtz quien llevara la voz cantante. “Hablamos de todo”, dijo,

bastante extasiado con el recuerdo. “Me olvidé hasta de dormir. Fue como si la noche entera hubiera durado apenas una hora. ¡De todo, hablamos de todo!... Incluso del amor”. “¡Ah!”, dije irónico, “¿así que les habló del amor?”. “No, no es lo que usted cree”, gritó él, casi apasionadamente. “Habló en general. Me hizo entender cosas... cosas”.

»Elevó los brazos al cielo. En ese momento nos hallábamos en la cubierta y el jefe de mis leñadores, que descansaba allí cerca, se giró para mirarlo con unos ojos brillantes y pesados. Miré a mi alrededor y no sé por qué pero os aseguro que nunca antes aquella tierra, ese río, esa selva, la misma bóveda resplandeciente del cielo, me habían parecido tan oscuros y desesperanzadores, tan impenetrables al raciocinio humano, tan implacables con la debilidad humana. “Y desde entonces, supongo, ha permanecido junto a él”, dije. Por el contrario, parecía que su relación se hallaba entonces muy deteriorada por varios motivos. Como él mismo me informó orgullosamente, había cuidado de la salud de Kurtz a lo largo de dos enfermedades (se refería a ello como quien habla de una hazaña peligrosa), pero por norma general Kurtz vagabundeaba a solas en lo profundo del bosque. “Muchas veces al venir a esta estación, me veía obligado a esperar y a esperar durante días a que apareciera”, dijo. “¡Ah, pero valía la pena esperarlo!... A veces”. “¿Y qué hacía él? ¿Explorar o algo así?”, pregunté. “¡Oh sí, claro!”. Así había descubierto muchos poblados, un lago también, aunque el chico no sabía dónde. Era peligroso preguntar demasiado. Sin embargo, la mayoría de sus expediciones habían sido para buscar marfil. “Pero en ese momento no tenía mercancías para intercambiar”, objeté. “En esa época todavía nos quedaba una buena cantidad de cartuchos”, respondió sin mirarme a los ojos. “Para hablar sin rodeos, saqueó toda la región”, dije. Él asintió: “¡Y mucho más, sin duda!”. Masculló algo acerca de unas aldeas alrededor del lago. “Kurtz consiguió que la tribu lo siguiera, ¿no es así?”, insinué. El joven vaciló un poco. “Lo adoraban”, dijo. El tono de estas palabras me pareció tan extraordinario que lo miré con cierta intriga. Me producía curiosidad ver la mezcla de ansiedad y renuencia con la que hablaba de Kurtz. Ese hombre ocupaba su vida entera, sus pensamientos, arrastraba sus emociones. “¿Qué se puede esperar?”, prorrumpió. “Él se acercó a ellos con el trueno y el relámpago, ya me entiende... y ellos nunca habían visto algo semejante... algo tan terrible. Porque él podía ser terrible, ¿sabe? No se puede juzgar al señor Kurtz como se haría con una persona común y corriente. ¡No, no, no! Ahora bien, sólo para que se haga una idea, no me importa contárselo: un día estuvo a punto de dispararme... Pero no lo juzgo”. “¿Dispararle?”, exclamé. “¿Por qué?”. “Bueno, yo tenía una pequeña reserva de marfil que me había dado el jefe de una tribu cerca de mi casa. Yo solía cazar animales para ellos, ya sabe. El caso es que Kurtz quería que le diera el marfil. No atendía a razones. Declaró que me dispararía a menos

que le entregara el marfil y a continuación debía esfumarme del país, pues tenía poder para hacerlo y así se le antojaba y no había nada sobre la faz de la tierra que pudiera impedirle matar a quien se le diera la gana. Y no mentía, no. Le entregué el marfil. ¡Qué más me daba! Pero no me marché. Oh, no, no. No podía dejarlo solo. Tuve que ser cauteloso, por supuesto, hasta que volvimos a amistarnos por un tiempo. Entonces tuvo su segunda recaída. A partir de ese momento tuve que alejarme de él; pero no me importó. Kurtz pasaba la mayor parte del tiempo viviendo en esas aldeas junto al lago. A veces, cuando bajaba al río, se acercaba a mí; otras veces era mejor andarse con cuidado. Este hombre sufría muchísimo. Odiaba todo esto y por alguna razón no podía marcharse. Cuando tuve ocasión, le rogué que intentara irse mientras hubiera tiempo. Me ofrecí a acompañarlo. Él decía que sí pero al final se quedaba; emprendía otra cacería de marfil, desaparecía durante semanas, se olvidaba de sí mismo entre esta gente, se olvidaba, ya sabe". "¡Vaya!", dije. "Está loco". El joven protestó indignado. El señor Kurtz no podía estar loco. Si lo hubiera oído hablar, sólo dos días atrás, no me habría atrevido a insinuar semejante cosa... Mientras el chico hablaba yo había agarrado mis binoculares para mirar hacia la orilla, barriendo los lindes del bosque a cada lado y en la parte posterior de la casa. Ser consciente de que había gente entre toda esa maleza, gente silenciosa, acechante —tanto como las ruinas de la casa en la colina— me llenaba de inquietud. Todas las señales en la faz de la naturaleza de este asombroso cuento, más que contarlos, me lo sugerían a través de desoladoras exclamaciones, completadas por gruñidos, con frases entrecortadas, con insinuaciones que culminaban en profundos suspiros. El bosque permanecía inmóvil, como una máscara; pesado, como la reja de una prisión, con su aire de conocimiento secreto, de paciente espera, de silencio irreprochable. El ruso me estaba explicando que había sido más tarde cuando Kurtz regresó al río acompañado de todos esos guerreros de la tribu del lago. Después de varios meses de ausencia —haciéndose adorar, supongo—, había vuelto inesperadamente con la clara intención de hacer una batida, bien en la margen opuesta o río abajo. Evidentemente, el apetito por obtener más marfil había sacado el máximo rendimiento de sus —¿cómo llamarlas?— aspiraciones menos materiales. Sin embargo, su salud había empeorado de un momento a otro. "Cuando oí decir que estaba postrado vine a verlo... me arriesgué", dijo el ruso. "Oh, pero él es malo, muy malo". Dirigí los binoculares hacia la casa. No había señales de vida allí, sólo el tejado maltrecho, el largo muro de barro asomado por encima de la alta hierba, con tres pequeñas ventanas cuadradas, cada una de distinto tamaño; todo aquello parecía al alcance de mi mano. Entonces hice un movimiento brusco y uno de los postes restantes de la desaparecida cerca reapareció en mi campo de visión. Como os decía antes, me habían impresionado a la distancia ciertos intentos de ornamentación, cosa más bien notable en medio del ruinoso aspecto del lugar.

Ahora que de pronto podía verlo todo más de cerca sólo podía echar mi cabeza hacia atrás como sacudido por un golpe. Luego recorrí la distancia entre los postes lentamente con los binoculares y caí en cuenta de mi error. Aquellos remates redondos no eran ornamentales sino simbólicos. Eran expresivos y enigmáticos, sorprendentes y perturbadores. Alimento para el pensamiento y también para los buitres si hubiese habido alguno oteando desde el cielo, aunque en todo caso lo eran para esas hormigas lo bastante industriosas para trepar por el poste. Habrían resultado incluso más impresionantes, aquellas cabezas sobre las estacas, digo, si sus rostros no hubieran estado orientados hacia la casa. Sólo una, la primera que pude reconocer, miraba en nuestra dirección. No estaba tan aterrado como quizás creáis. El movimiento de mi cabeza no había sido más que un gesto de sorpresa. Esperaba encontrarme con un pomo de madera o algo así, ya me entendéis. Regresé deliberadamente al primero de los postes que había visto... y allí estaba, negra, reseca, demacrada, con los párpados cerrados, una cabeza que parecía dormir al final de aquel palo y en cuyos labios marchitos y encogidos asomaba una estrecha hilera de dientes blancos con los que sonreía, sonreía sin freno por algún sueño jocosos e interminable, en medio de su eterna duermevela.

»No estoy revelando ningún secreto comercial. De hecho, el administrador diría más tarde que los métodos del señor Kurtz habían echado a perder todo el distrito. No tengo ninguna opinión al respecto, pero quiero que entendáis claramente que no había nada particularmente lucrativo en el hecho de que esas cabezas estuvieran allí. Sólo demostraban que el señor Kurtz carecía de límites en la gratificación de sus diversos apetitos, que había algo insaciable en su interior, una pequeña materia que, cuando la necesidad apremiaba, no se podía hallar bajo su magnífica elocuencia. Imposible saber si él era consciente de esta deficiencia suya. Creo que tuvo noción de la misma hacia el final, sólo muy al final. Pero la jungla lo había capturado muy pronto y había llevado a cabo en él su terrible venganza por aquella fantástica invasión. Creo que le había susurrado cosas acerca de sí mismo que él no sabía, cosas de las que no tenía una concepción clara hasta que prestó oídos a esa inmensa soledad. Y el susurro demostró ser irresistible y fascinante. Retumbó con fuerza en su interior porque en el fondo estaba vacío... Dejé los binoculares a un lado y fue como si la cabeza que antes apareciera lo bastante cerca como para hablarle hubiera dado un brinco hasta una distancia inaccesible.

»El admirador del señor Kurtz lucía un poco decaído. Con voz atropellada y balbuciente me aseguró que no se había atrevido a quitar de allí esos —digámoslo así— símbolos. No tenía miedo de los nativos. Ellos no se sublevarían hasta que el señor Kurtz no lo ordenara. Su ascendencia era extraordinaria. Los campamentos

de aquella gente rodeaban el lugar y los jefes venían cada día a entrevistarse con él. Se ponían de rodillas... “No quiero saber nada sobre las ceremonias que emplean para acercarse al señor Kurtz”, grité. Me invadió la curiosa sensación de que semejantes detalles me resultarían mucho más intolerables que las cabezas que se estaban secando en sus estacas frente a la ventana del señor Kurtz. Al fin y al cabo aquello no dejaba de ser sólo un espectáculo salvaje, mientras que esto último fue como si me hubiera transportado fatalmente a una región sin luz poblada de sutiles horrores, donde el salvajismo puro y sencillo era un alivio efectivo, toda vez que se trataba de algo que tenía derecho a existir —como era evidente— a plena luz del día. El joven me miró sorprendido. Supongo que no se le había ocurrido siquiera que el señor Kurtz no fuera para mí un ídolo. Olvidaba que yo no había tenido ocasión de oír esos monólogos sobre, ¿qué era? Ah, sí, el amor, la justicia, el buen comportamiento y no sé qué más cosas. Si se trataba de arrodillarse delante del señor Kurtz, este joven había gateado como el más puro de los salvajes. Me dijo entonces que yo no tenía idea de las condiciones: que estas cabezas eran de los rebeldes. Mi carcajada lo dejó anonadado. ¡Rebeldes! ¿Qué nueva definición me quedaba por oír? Había oído hablar de enemigos, criminales, trabajadores... Éstos eran rebeldes. A mí esas sediciosas cabezas me parecían bastante mansas en sus palos. “Usted no se imagina cómo esta clase de vida puede poner a prueba a un hombre como él”, gritó el último discípulo de Kurtz. “¿Y a usted?”, dije. “¡Yo! ¡Yo soy sólo un hombre sencillo! No tengo grandes ideas. No espero nada de nadie. Cómo osa compararme con...”. Sus sentimientos eran algo que excedía su capacidad para hablar y de repente se derrumbó. “No lo entiendo”, gimoteó. “He hecho todo lo posible para ayudarlo a sobrevivir y con eso es suficiente. No tengo influencia alguna en todo esto. No tengo ninguna habilidad. No ha habido una gota de medicina o un bocado de comida caducada durante meses en este lugar. Lo han abandonado de un modo vergonzoso. A un hombre como él, con semejantes ideas. ¡Es una vergüenza! ¡Una vergüenza! No... no he podido dormir desde hace diez noches...”.

»Su voz se fue perdiendo en la calma de la tarde. Las largas sombras de la selva se habían deslizado por la colina mientras hablábamos, más allá del cobertizo en ruinas, más allá de la hilera simbólica de postes; todo ello en medio de la penumbra, en momentos en que nosotros, más abajo, seguíamos rodeados de luz y el trecho del río junto al claro fulguraba con esplendor callado y deslumbrante, bajo un bamboleo siniestro y oscuro. En la orilla no se veía una sola alma. Los arbustos no chasqueaban.

»De repente, un grupo de hombres salió de detrás de la casa como si hubieran brotado de la tierra. En un solo cuerpo compacto atravesaron la hierba

que les llegaba hasta el pecho, cargando una camilla improvisada. Al instante, en el vacío del paisaje, un grito se elevó con tanta estridencia que logró perforar el aire sereno como una flecha afilada que volara directamente al corazón de la tierra. Y como por obra de un encantamiento, ríos de seres humanos, seres humanos desnudos, con lanzas en las manos, con arcos, escudos, miradas amenazantes y gestos salvajes, se derramaron en el claro al pie del semblante pensativo y oscuro de la selva. Los arbustos se estremecieron, la hierba se contoneó durante un rato y luego todo se sumió en un silencio inmóvil y expectante.

»“Si no dice las palabras correctas, estaremos perdidos”, me dijo el ruso al oído. El grupo que transportaba la camilla se detuvo también como petrificado, no muy lejos del barco. Vi que el hombre que iba en la camilla se incorporaba, bien erguido y con un brazo levantado por encima de los hombros de los portadores. “Esperemos que este hombre, capaz de hablar tan bien sobre el amor en general, encuentre alguna razón particular que pueda salvarnos esta vez”, dijo. Me quejé amargamente del absurdo peligro que corríamos en esa situación, como si el hecho de hallarnos a merced de ese atroz espectro fuera una deshonrosa necesidad. No pude oír nada, pero a través de mis binoculares vi el delgado brazo extendido en un gesto de mando, el movimiento de la mandíbula inferior, los ojos de aquella aparición emitiendo un brillo oscuro desde el fondo de su huesuda cabeza, que no paraba de producir grotescas gesticulaciones. Kurtz... Kurtz... Eso significa “corto” en alemán, ¿no es así? Pues bien, el nombre era tan acertado como todo lo demás en su vida. Y en su muerte. Daba la impresión de que medía al menos dos metros. La sábana con la que estaba cubierto había caído al suelo y su cuerpo surgía de ella penosamente, como de una mortaja. Pude ver cómo sobresalía la jaula de sus costillas, los huesos del brazo que tenía en alto. Era como si una imagen animada de la muerte tallada en marfil estuviera agitando su mano entre amenazas, delante de una muchedumbre inmóvil hecha de un bronce oscuro y fulgurante. Vi que abría mucho la boca, cosa que le daba un aspecto extrañamente voraz, como si quisiera tragarse todo el aire, toda la tierra, todos los hombres que tenía frente a él. Una voz profunda llegó hasta mí, muy tenue. Debía de estar gritando. De repente cayó de espaldas. La camilla se sacudió mientras los portadores proseguían su camino y casi al mismo tiempo noté que la multitud de salvajes se dispersaba sin ningún movimiento perceptible de retirada, como si la selva que había expelido a estos seres los hubiera inhalado de golpe como se inhala el aliento en una profunda inspiración.

»Algunos peregrinos que iban por detrás de la camilla cargaban sus armas: dos pistolas, un rifle pesado y una carabina revólver ligera; eran los relámpagos de aquel Júpiter digno de lástima. El administrador se inclinó para murmurarle algo

mientras caminaba junto a él. Lo depositaron en una de las pequeñas chozas —con espacio sólo para una cama sencilla y un par de sillitas plegables de campamento, ya me entendéis—. Le habíamos traído la correspondencia atrasada y su cama estaba llena de sobres rotos y cartas abiertas. Su mano endeble se paseaba entre esos papeles. Me impresionó el fuego de sus ojos y la digna languidez de su expresión. No se debía tanto a la extenuación de la enfermedad. No parecía estar sufriendo. El espectro lucía satisfecho y relajado, como si de momento se hubiera saciado de todas las emociones.

»Arrugó una de las cartas y mirándome a los ojos dijo: “Un placer”. Alguien le había escrito hablándole de mí. Esas recomendaciones especiales aparecían nuevamente. El volumen del tono que emitió sin esfuerzo, casi sin molestarse en mover los labios, me dejó asombrado. ¡Esa voz! ¡Esa voz! Grave, profunda, vibrante, a pesar de que el hombre no parecía capaz de soltar ni un resuello. Y sin embargo tenía suficiente fuerza en su interior, una fuerza artificial sin duda, para acabar con todos nosotros, como vais a oír en un momento.

»El administrador apareció discretamente en la entrada; salí de inmediato y él cerró la cortina. El ruso, observado con curiosidad por los peregrinos, miraba hacia la orilla del río. Seguí la dirección de su mirada.

»Oscuras formas humanas se apreciaban a lo lejos, revoloteando confusamente contra el tenebroso linde de la selva; y junto al río, dos figuras de bronce apoyadas en sus lanzas reposaban a la luz del sol debajo de fantásticos tocados de pieles manchadas, belicosas e inmóviles en su reposo escultórico. Y de derecha a izquierda, a lo largo de la orilla iluminada, apareció la figura salvaje y portentosa de una mujer.

»Caminaba midiendo los pasos, envuelta en una túnica de rayas y flecos, surcando la tierra con talante orgulloso, entre el brillo y el suave tintineo de sus bárbaros ornamentos, la cabeza siempre en alto. Tenía un peinado en forma de yelmo, anillos de metal hasta las rodillas y brazaletes de alambre hasta el codo; una mancha carmesí en su mejilla cobriza, innumerables collares de cuentas de vidrio. Estrafalarias cosas, fetiches, amuletos de brujos que brillaban y se sacudían a cada paso. Todo lo que llevaba puesto debía de valer lo que varios colmillos de elefante. Era indomable y soberbia, de ojos bravos y magníficos. Había algo siniestro y majestuoso en su calculada forma de caminar. Y en la quietud que sobrevino de repente sobre aquella tierra desolada, la inmensa selva, el cuerpo colosal de la vida fecunda y misteriosa pareció reparar en ella pensativamente, como si hubiera descubierto la imagen de su propia alma tenebrosa y apasionada.

»Se acercó a cierta distancia del barco, se detuvo y nos encaró. La larga sombra de su cuerpo cayó sobre la orilla del río. Su rostro tenía el aspecto trágico y feroz de la congoja salvaje y del dolor mudo mezclados con el miedo a una decisión irresuelta, fatigosa. Se quedó mirándonos fijamente y, como la selva misma, con la expresión de quien medita algún inescrutable plan. Transcurrió un minuto entero y ella prosiguió su camino. Hubo un suave tintineo, un destello metálico, un balanceo de mantos y flecos y entonces se detuvo como si se le hubiera parado el corazón. El joven a mi lado soltó un gruñido. Los peregrinos murmuraron a mi espalda. Ella nos miró a todos como si su vida entera dependiera de la inquebrantable firmeza de su mirada. De repente abrió sus brazos desnudos y los elevó, rígidos, por encima de su cabeza, como si tuviera el incontrolable deseo de tocar el cielo; en ese mismo instante las veloces sombras se precipitaron sobre la faz de la tierra, esparciéndose por toda la orilla y envolviendo nuestro barco en un abrazo sombrío. Un silencio formidable pendía sobre toda la escena.

»Ella se alejó lentamente, caminando a lo largo de la orilla antes de introducirse en la maleza. Sólo una vez sus ojos se volvieron a mirarnos como dos ascuas entre las tinieblas, antes de desaparecer.

»“Si hubiera intentado subir a bordo creo de verdad que le habría disparado”, dijo nervioso el hombre de los parches. “Llevo dos semanas arriesgando mi vida día y noche para mantenerla lejos de la casa. Un día logró entrar y armó un escándalo por esos harapos miserables que encontré en la bodega para remendar mi ropa. Yo no fui muy decente que digamos. Debió de ser eso, pues estuvo hablando a los gritos con Kurtz durante una hora entera, señalándome de vez en cuando. No entiendo el dialecto de esta tribu. Por suerte para mí, Kurtz estaba demasiado enfermo aquel día para prestarle atención. De lo contrario habría habido algún desaguisado. No entiendo... no... Esto es demasiado para mí. Menos mal que todo ha terminado ya”.

»En ese momento oí la profunda voz de Kurtz detrás de la cortina. “¿Sálvame? ¡Salvad el marfil, querrás decir! No me vengas con ésas. ¡Sálvame! ¿Por qué tendría que salvarte a ti? Te estás interponiendo en mis planes. ¡Enfermo, enfermo! ¡No tanto como te gustaría creer! Pero no importa. Todavía puedo llevar a cabo mis ideas. Volveré. Te mostraré de lo que soy capaz. Tú y tus miserables nociones comerciales. ¡Estás interfiriendo en mis asuntos! Volveré... yo...”.

»El administrador salió. Me hizo el honor de tomarme del brazo para hablarme aparte. “Está muy mal, muy mal”, dijo. Consideró necesario lanzar un

suspiro pero olvidó mostrarse consecuentemente afligido. “Hemos hecho todo lo que podíamos por él, ¿no es así? Pero de nada vale disimular los hechos: el señor Kurtz le ha hecho más mal que bien a la Compañía. No supo ver que el tiempo no era propicio para emprender acciones drásticas. La cautela, la cautela. Ése es mi lema. Debemos obrar con mucho cuidado. El distrito está cerrado para nosotros durante un tiempo. ¡Deplorable! El comercio de marfil se resentirá en términos generales. No niego que contemos con una cantidad notable de marfil, casi todo fósil. Debemos guardarlo a como dé lugar. Pero piense en lo precario de nuestra situación. ¿Y por qué, se preguntará usted? Porque el método es demencial”. “¿Demencial, lo llama usted?”, repliqué yo mirando hacia la orilla. “Sin duda”, exclamó, enardecido. “¿O cómo lo llamaría usted...?”.

»“Yo no veo ningún método”, murmuré después de un rato. “Exactamente”, dijo exultante. “Yo lo había previsto. Esto demuestra una absoluta falta de juicio. Es mi deber comunicarlo en el sitio oportuno”. “Oh”, dije, “ese señor... ¿cómo se llamaba? El fabricante de ladrillos, redactará un informe legible para usted”. Por un momento se mostró confundido. Creo que nunca había respirado una atmósfera tan viciada, así que preferí pensar en Kurtz en busca de alivio. Sí, efectivamente, de alivio. “No obstante, creo que el señor Kurtz es un hombre notable”, dije con cierto énfasis. El administrador se sorprendió, me lanzó una mirada gélida y grave y dijo con voz queda: “Era un hombre notable”. Y se dio la vuelta. Mis momentos de gracia habían terminado. Me vi arrojado junto a Kurtz como partidario de unos métodos que no eran propicios para estos tiempos: ¡era un demente! ¡Ah, pero ya era algo tener al menos la opción de elegir mis propias pesadillas!

»En realidad yo había elegido el bando de la selva, no el del señor Kurtz que, no me cuesta admitirlo, era para mí tan útil como si estuviera enterrado. Y de momento yo mismo tenía la impresión de estar enterrado en una enorme tumba llena de secretos inenarrables. Sentía un peso intolerable oprimiéndome el pecho, el olor de la tierra húmeda, la presencia invisible de la victoriosa corrupción, la oscuridad de una noche impenetrable... El ruso me tocó el hombro. Lo oí murmurar y maldecir algo así como que “El hermano marinero... no pudo ocultar... lo que sabía sobre asuntos que afectarían a la reputación del señor Kurtz”. Esperé unos instantes. Para él, evidentemente, el señor Kurtz no estaba enterrado en una tumba. Sospecho que para él, Kurtz era uno de los inmortales. “¡Muy bien!”, dije por fin, “Hable. Resulta que, en cierto modo, soy amigo del señor Kurtz”.

»Declaró con gran solemnidad que, si no hubiéramos tenido “la misma profesión”, él se habría guardado todo aquel asunto sin importar las

consecuencias. Sospechaba que había una clara animadversión hacia él de parte de esos hombres blancos que... “Tiene toda la razón”, le dije, recordando cierta conversación que había llegado a mis oídos. “El administrador cree que a usted deberían ahorcarlo”. Me divirtió el hecho de que se mostrara tan preocupado por la noticia. “Habría sido mejor quitarme de en medio discretamente”, dijo muy serio. “Ya no puedo hacer nada más por el señor Kurtz y seguramente no tardarán en hallar una excusa. ¿Cómo podría detenerlos? Hay un puesto militar a unos trescientas millas de aquí”. “Bah, créame lo que le voy a decir”, contesté, “quizás tendrá más suerte si tiene amigos entre estos salvajes”. “Tengo montones de ellos”, dijo. “Son gente sencilla... y yo no quiero que nada... usted sabe”. Se quedó un instante en silencio, mordiéndose los labios y prosiguió: “No quiero que nada malo les pase a estos blancos, pero por supuesto yo pensaba en la reputación del señor Kurtz... aunque usted es un camarada marinero y yo...”. “Está bien”, dije. “La reputación del señor Kurtz está a salvo conmigo”. Pero en el fondo no sabía qué tan fiables eran mis palabras.

»Bajando la voz, me informó de que la orden de atacar el barco había venido del propio Kurtz. “A veces odiaba la idea de que se lo llevaran de aquí. Y entonces de nuevo... Pero yo no entiendo de estas cosas. Soy un hombre simple. Él sólo pretendía espantarlos, que se dieran por vencidos y lo creyeran muerto. No pude impedirlo. Oh, este último mes ha sido nefasto para mí”. “Entiendo”, dije, “pero ahora Kurtz se encuentra bien”. “Mhhh, sí...”, masculló él, al parecer no muy convencido. “Gracias”, dije. “Me mantendré alerta”. “Pero callado, ¿eh?”, me apremió él, angustiado. “Sería terrible para su reputación si alguien aquí...”. Juré absoluta discreción en tono muy grave. “Tengo una canoa y tres compañeros negros esperando no muy lejos de aquí. Me voy. ¿Podría dejarme unos pocos cartuchos Martini-Henry?”. Podía y se los di con el debido sigilo. Con un guiño se hizo con un buen puñado de mi tabaco. “De marinero a marinero. Ya me entiende. Buen tabaco inglés”. A la entrada de la cabina del piloto se dio la vuelta: “¿No tiene un par de zapatos de sobra?”, preguntó, levantando una pierna. “Mire”, dijo. Las suelas estaban atadas con cuerdas a sus pies a modo de sandalias. Saqué un viejo par y él lo miró abrumado antes de metérselo debajo del sobaco izquierdo. Uno de sus bolsillos (rojo brillante) estaba repleto de cartuchos, en el otro (azul oscuro) sobresalía el libro de Towson, *Investigación sobre algunos temas* y etcétera, etcétera. Parecía considerarse inmejorablemente equipado para volver a hacerle frente a la vida salvaje. “Ah, nunca, nunca volveré a conocer a un hombre como él. Tendría que haberlo oído recitar poemas... sus propios poemas también, según me dijo. ¡Poemas!”. El recuerdo lo hizo entornar los ojos de puro deleite. “¡Oh, sí! ¡Me ayudó a expandir mi mente!”. “Adiós”, le dije. Me estrechó la mano y se desvaneció en la noche. A veces me pregunto si realmente llegué a verlo alguna

vez, si acaso habrá sido posible conocer a semejante fenómeno...

»Cuando desperté, poco después de la medianoche, su advertencia me asaltó con la insinuación de algún peligro que allí, en medio de la oscuridad estrellada, me pareció lo bastante real para hacerme levantar de la cama con la intención de echar un vistazo por los alrededores. En la colina ardía una hoguera enorme que iluminaba intermitentemente una esquina ruinosa de la casa. Uno de los agentes custodiaba el marfil en compañía de un piquete de unos pocos negros, armados para tal efecto. Pero adentro, en lo profundo de la selva, llamaradas rojas que se agitaban, que parecían hundirse y luego renacer del suelo entre confusas siluetas colosales de intensa negrura, delataban la posición exacta del campamento donde los adoradores de Kurtz llevaban a cabo su inquietante vigilia. El monótono golpe de un gran tambor llenaba el aire de golpes sordos y de una prolongada vibración. El ronroneo continuo de decenas de hombres que cantaban algún extraño encantamiento surgía del muro negro y uniforme de la jungla como el zumbido de las abejas de un panal, y ejercía un raro efecto narcótico sobre mis sentidos medio adormilados. Creo que llegué a quedarme dormido apoyado en la barandilla, hasta que un abrupto estallido de gritos, la sobrecogedora explosión de un frenesí misterioso y reprimido, me despertó maravillado, atónito. El escándalo cesó de inmediato y el murmullo continuó provocando un efecto de silencio audible y sedante. Miré casualmente en el interior de la cabaña. Una luz ardía dentro, pero el señor Kurtz no se encontraba allí.

»Creo que habría soltado un grito si hubiera creído lo que estaba viendo. Sólo que en un principio no di crédito: aquello parecía del todo imposible. El hecho es que me vi completamente enervado por un Terror puro y homogéneo, un Terror abstracto, absoluto, desconectado de cualquier forma identificable de peligro físico. Lo que hizo de esta emoción algo tan avasallador fue — ¿cómo podía definirlo? — la conmoción moral que sentí, como si algo del todo monstruoso, intolerable al pensamiento y detestable al espíritu, se hubiera arrojado sobre mí inesperadamente. Esto duró apenas una fracción de segundo; luego la habitual sensación de peligro letal y cotidiano, la posibilidad de un ataque repentino, de una masacre o algo similar que percibí como inminente, me resultó francamente amable, reconfortante. Me tranquilizó, de hecho, tanto así que no di ninguna alarma.

»Enfundado en su chaquetón, un agente dormía sobre una silla en la cubierta, a unos pocos pasos de mí. Los gritos no lo habían despertado. Roncaba suavemente. Lo dejé descansar en paz y bajé a tierra. No traicioné al señor Kurtz. Estaba claro que nunca podría traicionarlo. Estaba escrito que sería fiel a esta

pesadilla que yo mismo había elegido. Estaba ansioso por tratar a solas con aquel espectro. Y hasta el día de hoy, no sé por qué, había guardado con celo la peculiar oscuridad de esa experiencia.

»Tan pronto salté a la orilla vi un sendero. Un sendero ancho a través de la hierba. Recuerdo la satisfacción con la que me dije a mí mismo: “No puede caminar. Sólo anda en cuatro patas. Lo tengo, es mío”. La hierba estaba húmeda de rocío. Caminé rápidamente apretando los puños. Supongo que tenía el vago propósito de sorprenderlo allí donde estuviera para darle una azotaina, no lo sé. A veces tenía ideas verdaderamente estúpidas. La vieja tejedora con el gato se interpuso en mi memoria como la imagen menos apropiada para surgir en el extremo opuesto de este asunto. Vi una fila de peregrinos desperdiciando plomo en el aire con sus Winchester apoyados en las caderas. Se me ocurrió que nunca podría regresar al barco y me imaginé a mí mismo viviendo solo y desarmado en la jungla hasta una edad avanzada. Esa clase de tonterías, ya me entendéis. Y recuerdo haber confundido el golpe del tambor con el latido de mi corazón y me sentí contento con su serena regularidad.

»De todos modos, continué por aquel camino. Luego me detuve a escuchar. La noche era muy clara: un espacio azul oscuro salpicado de rocío y luz estelar, donde las cosas negras reposaban en absoluta quietud. Me pareció detectar algún movimiento unos metros más adelante. Aquella noche me sentía extrañamente seguro de todo. Acabé por salirme del sendero y correr en un amplio semicírculo (creo de veras que riéndome de mí mismo) para encarar aquel revoloteo, aquella agitación que había visto —si es que en efecto había visto algo—. Estaba sitiando a Kurtz como en un juego de niños.

»Acabé encontrándolo y, si no me hubiera oído llegar, habría tropezado con él. Por suerte se levantó a tiempo. Se puso de pie, inestable, alto, pálido, borroso como un vapor exhalado por la tierra y me hizo una venia sutil, silenciosa, etérea, mientras, a mis espaldas, las hogueras se elevaban entre los árboles y el murmullo de muchas voces brotaba de la jungla. Lo había eludido astutamente. Pero cuando al fin pude encararlo fue como si hubiera recuperado la cordura y me hice consciente del riesgo que corría. La cosa no estaba saldada ni mucho menos. ¿Qué pasaría si él empezaba a gritar? Pese a que apenas podía levantarse, su voz seguía colmada de vigor. “Váyase... escóndase”, dijo, con ese tono profundo. Fue horrible. Miré hacia atrás. Estábamos a sólo treinta yardas del fuego más cercano. Una figura negra se levantó, caminó sobre sus largas piernas, sacudiendo ambos brazos, a través del resplandor. Tenía cuernos, cuernos de antílope, creo, a manera de tocado. Debía de ser un hechicero, un brujo, sin duda: me pareció bastante

amenazador. “¿Sabe lo que está haciendo?”, susurré. “Perfectamente”, contestó, elevando la voz sólo para pronunciar esa palabra, que a mí me sonó remota y, pese a ello, alta y clara como una llamada emitida a través de un megáfono. “Si se forma un alboroto estaremos perdidos”, pensé para mis adentros. Era evidente que esto no se iba a resolver a puñetazos, incluso sin tener en cuenta mi aversión natural a golpear a aquel Espectro; a esta cosa errante y atormentada. “Se va a perder”, dije. “Se va a perder del todo”. A veces uno tiene esos golpes de inspiración, ya sabéis. Dije las palabras correctas, aunque de hecho Kurtz no pudiera estar más irremediadamente perdido que en ese mismo momento, cuando estábamos sentando las bases de nuestra intimidad, unas bases hechas para durar y durar, incluso hasta el final. Incluso más allá.

»“Tenía grandes planes”, masculló indeciso. “Sí”, dije yo, “pero si intenta gritar voy a machacarle la cabeza con...”. No había ni un palo ni una piedra a mano. “Voy a ahorcarlo”, me corregí. “Estaba en el umbral de las grandes cosas”, imploró con voz anhelante, en un tono tan lastimero que me heló la sangre. “Y ahora por culpa de este estúpido bribón...”. “Su éxito en Europa está garantizado de todas maneras”, dije con firmeza. No quería verme obligado a ahorcarlo, como os podréis imaginar, cosa que por lo demás habría sido de escasa utilidad para cualquier propósito práctico. Traté de romper el conjuro, el pesado y mudo conjuro de lo salvaje que parecía haberlo arrastrado a su implacable seno, despertando en él olvidados y brutales instintos, con el recuerdo saciado de unas pasiones monstruosas. Yo estaba convencido de que era eso y nada más lo que lo había atraído hasta el linde del bosque, hasta la maleza, hasta el resplandor de las hogueras, la llamada de los tambores, el arrullo de los extraños encantamientos; eso y nada más que eso había cautivado su alma ingobernable más allá de los límites de las aspiraciones permisibles. Y no os equivoquéis, el Terror de aquella situación no residía en la posibilidad de recibir un golpe en la cabeza —aunque yo sentía un vívido temor hacia ese peligro también—, sino en el hecho de que estaba tratando con un ser al que no se podía apelar en nombre de nada, por elevado o ruin que fuera. Como hacían los negros, tenía que invocarlo a él, a él mismo, a su increíble y exaltada degradación. No había nada por encima o por debajo de él y yo lo sabía. Se había expulsado a sí mismo del mundo terrenal. ¡Maldito sea! Había roto en mil pedazos la propia tierra. Estaba solo y al hallarme frente a él no sabía si pisaba tierra o si flotaba en el aire. Os he estado contando lo que decíamos, os he repetido las frases que pronunciamos, ¿pero de qué ha servido? No son más que las frases normales y cotidianas, los sonidos familiares, vagos que intercambiamos cada día de nuestras vidas. ¿Y qué hay con ello? Para mí, aquellas frases ocultaban las aterradoras insinuaciones de unas palabras oídas en sueños, de frases pronunciadas en pesadillas. ¡Un alma, si alguien ha luchado alguna vez contra un

alma, ese soy yo! Y tampoco se puede decir que estaba discutiendo con un lunático. Me creáis o no, su inteligencia era perfectamente clara; concentrada, todo hay que decirlo, sobre sí misma con una espeluznante intensidad. Pero era clara. Y en ello residía mi única oportunidad, exceptuando, por supuesto, la posibilidad de matarlo allí, en ese momento, lo cual no era del todo una buena idea, por cuenta del inevitable alboroto. Pero su alma estaba enferma. Al hallarse a solas en medio de la vida salvaje, su alma había tenido ocasión de mirar en su interior y, ¡por todos los cielos, creedme!, había enloquecido. Y ahora yo, pagando por mis pecados, supongo, tendría que soportar el martirio de tener que mirar en su interior por mí mismo. Ninguna forma de elocuencia habría podido ser tan corrosiva respecto a nuestra fe en la humanidad como su última descarga de sinceridad. Luchaba contra sí mismo también, pude verlo, pude oírlo. Vi el inconcebible misterio de un alma que no conocía restricciones, ni fe, ni temor, pese a lo cual no dejaba de luchar ciegamente contra sí misma. Logré conservar la cordura; pero cuando al fin pude recostarlo en su camilla, me limpié el sudor de la frente mientras mis piernas temblaban como si hubiera tenido que cargar media tonelada a mis espaldas por aquella pendiente. Sin embargo, apenas le había dado algo de apoyo, con su brazo huesudo aferrado alrededor de mi cuello. Y lo cierto es que no era mucho más pesado que un niño.

»Al mediodía siguiente, a la hora de nuestra partida, la multitud —de cuya presencia tras la cortina de árboles había conservado una aguda conciencia en todo momento— se esparció por todo el claro y cubrió la pendiente con una masa cobriza de cuerpos desnudos, agitados, vibrantes. Remonté un poco la corriente, luego giré río abajo y dos mil ojos siguieron las evoluciones de aquel demonio fluvial que chapoteaba y sacudía ferozmente el agua con su terrible cola, exhalando humo negro en el aire. Delante de la primera fila, tres hombres embadurnados de tierra roja de la cabeza a los pies, iban y venían a lo largo de la orilla, pavoneándose inquietos. Cuando nos acercamos de nuevo al margen miraron hacia el río, zapatearon contra el suelo, menearon sus cabezas cornudas y contonearon sus cuerpos de color escarlata; sacudieron un puñado de plumas negras en dirección al feroz demonio fluvial, un cuero raído del que pendía una cola y algo que parecía una calabaza seca, a la vez que gritaban periódicamente largas cadenas de palabras asombrosas que no sonaban como lenguaje humano alguno; y los profundos murmullos de la multitud, que se entrecortaban repentinamente, eran como las respuestas de una satánica letanía.

»Habíamos llevado a Kurtz a la cabina del piloto, donde había más aire. Echado en el catre, se asomaba a través del postigo abierto. Había un remolino en la masa de cuerpos humanos y la mujer con el peinado de yelmo y las mejillas

cobrizas corrió hasta el último trozo de orilla frente a la corriente. Extendió las manos, gritó algo y toda aquella muchedumbre salvaje repitió el alarido en un rugiente coro de oraciones articuladas, veloces y ansiosas.

»“¿Comprende lo que dicen?”, pregunté.

»Me ignoró y continuó mirando hacia fuera con ojos anhelantes y una expresión donde se revolvían la congoja y el odio. No contestó de inmediato, pero capté una sonrisa, algo inefable que apareció en sus labios incoloros y a continuación se retorció convulsivamente en su gesto: “¿Que si comprendo?”, dijo lentamente, jadeando, como si una fuerza sobrenatural le estuviera arrancando las palabras de adentro.

»Tiré del cordón de la sirena porque los peregrinos en la cubierta ya estaban sacando sus rifles con ganas de armar jolgorio. Ante el repentino bocinazo hubo un movimiento de abyecto pánico a través de aquella tupida masa de cuerpos. “¡No, no! ¡Los va a espantar!”, gritó alguien en la cubierta desconsoladamente. Tiré de la cuerda una y otra vez. La masa se dispersó y todos huyeron, dieron brincos, se agacharon, rodaron para esquivar el Terror aéreo del retumbo. Los tres tipos pintados de rojo habían caído de bruces en la orilla, como si les hubieran disparado. Sólo la bárbara y soberbia mujer se mantuvo impasible y luego abrió los brazos desnudos en un ademán trágico al ver que nos alejábamos por la iridiscente oscuridad del río.

»Entonces la pandilla imbécil de la cubierta empezó con su pequeña diversión y ya no pude ver nada más por culpa del humo de los disparos.

»La corriente marrón bajaba rauda proveniente del corazón de las tinieblas y nos arrastraba rumbo al mar, doblando la velocidad con la que habíamos remontado el río. La vida de Kurtz también fluía rápidamente en torbellinos y torbellinos que desde su corazón desembocaban en el mar del tiempo inexorable. El administrador parecía muy tranquilo, ya sin preocupaciones vitales, nos miraba con una expresión comprensiva y satisfecha: el “asunto” había salido casi mejor de lo esperado. Vi que se acercaba el momento en que yo quedaría como único miembro del partido del “método demencial”. Los peregrinos me miraban con desaprobación. Me encontraba, por así decirlo, en el bando de los muertos. Es extraño comprobar con cuánta naturalidad acepté esa fraternidad imprevista, esa elección de la pesadilla que se me había impuesto en la tierra tenebrosa invadida por estos fantasmas crueles y avariciosos.

»Kurtz habló. ¡Esa voz, esa voz! Resonó profundamente hasta el último momento. Sobrevivió a su fuerza para ocultar en los orondos pliegues de su elocuencia la estéril oscuridad de su corazón. ¡Oh, cuánto luchó! ¡Cuánto luchó! Ahora los desiertos de su cerebro cansado sufrían el acoso de imágenes sombrías, imágenes de riqueza y fama que se revolvían obsequiosamente alrededor de su inextinguible don para la expresión noble y elevada. Mi prometida, mi estación, mi carrera, mis ideas. Ésos eran los temas de sus ocasionales disertaciones de elevados sentimientos. La sombra del Kurtz original frecuentaba el lecho de vacío espantajo, cuyo destino era ser enterrado cuanto antes en el lodo primigenio. Pero el amor diabólico y el odio sobrenatural de los misterios en los que había penetrado luchaban por el dominio de aquella alma saciada de emociones primitivas, ávida de una gloria embustera, de una distinción fraudulenta, de todas las apariencias del éxito y el poder.

»En ocasiones se mostraba arrogante e infantil. Quería que los reyes salieran a recibirlo a las estaciones de tren cuando regresara de su fantasmal Tierra de Nadie, donde habría acometido alguna gran empresa. “Si les demuestras que tienes algo verdaderamente rentable ya no habrá límites al reconocimiento de tus capacidades”, decía. “Desde luego hay que tener cuidado con la elección de las causas. Deben ser causas altruistas, siempre”. Extensos trechos del río que eran como un solo y único trecho, monótonos recodos casi idénticos desfilaban ante el vapor con su multitud de árboles centenarios que vigilaban pacientemente aquel mugriento pedazo de otro mundo, el antecesor que anuncia el cambio, la conquista, el comercio, las masacres, las bendiciones. Yo miraba hacia adelante, pilotando. “Cierre el postigo”, dijo Kurtz de repente un día, “ya no puedo soportarlo”. Cerré. Se hizo un silencio. “¡Pero no te librarás de que te arranque el corazón!”, le gritó a la jungla ya invisible.

»Como era de esperarse tuvimos una avería y hubo que detenerse en la punta de una isla para hacer reparaciones. Este retraso fue la primera cosa que hizo tambalear la desconfianza de Kurtz. Una mañana me entregó un mazo de papeles y una fotografía, todo atado con el cordón de un zapato. “Guárdeme esto, por favor”, dijo. “Ese imbécil”, refiriéndose al administrador, “es capaz de esculcar entre mis cosas cuando no estoy atento”. Esa misma tarde volví a ver a Kurtz. Estaba echado bocarriba con los ojos cerrados y mientras me retiraba discretamente lo oí murmurar: “Vive bien, muere, muere...”. Me quedé esperando, pero no dijo nada más. ¿Acaso estaba ensayando algún discurso entre sueños o se trataba de un fragmento o una frase de algún artículo de periódico? Había estado escribiendo para la prensa y tenía el propósito de volver a hacerlo. “Para desarrollar mis ideas. Es un deber”, decía.

»La suya era una oscuridad impenetrable. Lo miré como se mira a un hombre que yace en el fondo de un precipicio donde nunca llega la luz del sol. Pero no tenía demasiado tiempo para dedicarle pues estaba ayudando al maquinista a desmontar los cilindros agujereados, a enderezar los tubos doblados y demás tareas de ese tipo. Vivía en un desorden infernal de óxido, limaduras, tuercas, pernos, llaves, martillos, barrenos... cosas que yo detestaba porque no me llevo bien con ellas. Me encontraba al frente de la pequeña fragua que por fortuna llevábamos a bordo; trabajaba sin descanso con mi montón de chatarra, salvo cuando tenía escalofríos demasiado intensos y no podía ponerme en pie.

»Una noche cuando entraba a la cabina con una vela me asombró oírlo decir con voz un poco trémula: "Estoy tumbado aquí, en medio de la oscuridad, esperando a la muerte". La luz de la vela estaba a un palmo de su rostro. Me obligué a murmurar: "Bah, tonterías", y me acerqué al borde de su lecho como cautivado.

»El cambio que tuvo lugar en sus rasgos es algo que nunca he visto y espero no volver a ver. Oh, no era clemencia, era fascinación lo que sentía. Fue como si se hubiera roto un velo. Entonces vi en ese rostro de marfil la expresión de un orgullo tenebroso, de un poder implacable, de un pavoroso Terror; una desesperación intensa e irreversible. ¿Acaso estaba reviviendo su vida en cada detalle de deseo, tentación y derrota durante ese momento supremo de conocimiento pleno? Sollozó ante alguna imagen, ante alguna visión. Sollozó dos veces con un grito que no fue más que un suspiro... "¡El horror! ¡El horror!".

»Apagué la vela y salí de la cabina. Los peregrinos estaban cenando en el comedor y yo me senté en el lado opuesto al del administrador, que me lanzó una mirada inquisidora, eficazmente ignorada por mí. Se reclinó, sereno, con esa sonrisa peculiar con la que sellaba los abismos insondables de su mezquindad. Una lluvia incesante de diminutas moscas revoloteaba ante la lámpara, sobre el mantel, sobre nuestras manos y rostros. De repente, el ayudante del administrador asomó su insolente cabeza negra a través de la puerta y dijo en un tono de cáustico desdén: "El *señó* Kurtz... murió".

»Todos los peregrinos corrieron a verlo. Yo me quedé en la mesa y terminé de comer. Creo que aquello fue considerado como un gesto de brutal indiferencia. Sin embargo, apenas probé bocado. Había una lámpara allí, una luz, ya me entendéis. Y en cambio afuera la oscuridad era algo bestial, bestial. No quise volver a acercarme al notable hombre que había dictado sentencia sobre las aventuras de su alma en esta tierra. La voz ya no estaba. ¿Qué otra cosa quedaba? Aunque desde

luego puedo dar fe de que al día siguiente los peregrinos enterraron algo en un agujero lleno de lodo.

»Y luego estuvieron a punto de enterrarme a mí.

»No obstante, como veis, no llegué a acompañar a Kurtz en ese momento. Ciertamente, no. Tuve que quedarme allí para soñar la pesadilla hasta el final y demostrarle mi lealtad a Kurtz una vez más. Destino. ¡Mi destino! Qué cosa irrisoria, la vida: ese misterioso mecanismo que sigue una lógica implacable con fines fútiles. Lo más que se puede esperar de ella es un poco de conocimiento acerca de uno mismo —cosa que llega siempre demasiado tarde—, un brote de remordimientos inextinguibles. He luchado contra la muerte. Es el combate menos emocionante que se pueda imaginar. Tiene lugar en una grisura impalpable, con nada bajo los pies, con nada alrededor, sin espectadores, sin clamores, sin gloria, sin el poderoso deseo de obtener la victoria, sin el terrible miedo a la derrota, en una atmósfera mórbida de tibio escepticismo, sin mucha convicción sobre tus propios derechos y aún menos sobre los de tu adversario. Si ésta es la forma de la sabiduría postrera, entonces la vida es un acertijo más complicado de lo que algunos pensamos. Estaba a escasos segundos de mi última oportunidad para pronunciarle y me di cuenta con humillación de que probablemente no tendría nada que decir. Ésta es la razón por la que afirmo que Kurtz era un hombre extraordinario. Tenía algo que decir. Y lo dijo. Dado que yo mismo me había asomado al borde del abismo, comprendía mejor el significado de su mirada, que no podía ver la llama de la vela pero era lo bastante amplia para abarcar el universo entero, capaz de penetrar hasta el fondo de todos los corazones que laten en la oscuridad. Había hecho su recuento. Había dado su veredicto. “¡El horror!”. Un hombre extraordinario, sin duda. Después de todo, aquélla era la expresión de algún tipo de creencia; tenía candor, convicción, había una nota vibrante de rebeldía en aquel susurro, el aspecto pavoroso de una verdad entrevista... la extraña combinación entre el deseo y el odio. Y no es mi propia angustia lo que mejor recuerdo —una visión gris y sin forma, rellena de dolor físico y un desprecio indolente por la evanescencia de todas las cosas—, ni siquiera el dolor mismo. ¡No! Es su angustia la que pareciera yo haber vivido en carne propia. Ciertamente, él había dado ese último paseo, había traspasado el borde mientras me había permitido desandar mis pasos vacilantes. Y quizás en eso residía toda la diferencia; quizás toda la sabiduría, toda la verdad y toda la sinceridad se encuentran comprimidas en ese instante exiguo en que ambos atravesamos el umbral de lo invisible. ¡Quizás! Prefiero creer que mi resumen no habría sido una palabra de desdén y de indolencia. Fue mucho mejor su grito... mucho mejor. Una afirmación, una victoria moral cobrada a cambio de incontables derrotas, de abominables Terrores, de

abominables placeres. ¡Pero fue una victoria! Es por ello que le guardé fidelidad a Kurtz hasta el final e incluso más tarde, cuando volví a oír, tiempo después, no su voz, sino el eco de su apabullante elocuencia en un alma tan translúcidamente pura como el cristal de roca.

»No, no me enterraron, aunque hay un lapso de tiempo que recuerdo borrosamente, con estremecido pasmo, como el viaje a través de un mundo inconcebible donde no había lugar para la esperanza y el deseo. Me vi de nuevo en la ciudad sepulcral, ante la ofensiva imagen de la gente que pululaba por las calles tratando de birlar un poco de dinero de sus prójimos, de devorar la famosa cocina, de tragar su malsana cerveza, de soñar sus insignificantes y estúpidos sueños. Esas personas se entrometieron en mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida era para mí una simulación irritante, porque estaba seguro de que no tendrían modo de saber las cosas que yo ahora sabía. Sus modales, que eran simplemente los modales de individuos ordinarios atareados en sus asuntos a fin de asegurar su perfecto bienestar, me resultaban tan ofensivos como un vejatorio alarde de locura ante un peligro que se es incapaz de comprender. No tenía un interés particular en ilustrarlos, pero tenía ciertas dificultades a la hora de evitar reírme de sus caras, llenas de presunción y estupidez. Me atrevo a decir que no me encontraba muy sano en esos días. Daba tumbos por las calles —tenía varios asuntos por resolver allí—, sonriendo amargamente delante de personas perfectamente respetables. Admito que mi conducta era inexcusable, pero por aquel entonces mi temperatura rara vez era normal. El propósito de mi querida tía de “restablecer mis fuerzas” me parecía del todo inadecuado. No eran mis fuerzas lo que necesitaba restablecer; era mi imaginación la que pedía consuelo. Conservaba el mazo de papeles que me había dado Kurtz, sin saber exactamente qué hacer con él. Su madre había muerto recientemente bajo los cuidados, según oí decir, de la prometida de Kurtz. Un hombre prolijo, bien afeitado, con ademanes oficiales y anteojos con marco dorado, me llamó un día y me hizo algunas preguntas, en un principio enrevesadas, luego delicadamente capciosas, sobre lo que él se complacía en llamar “ciertos documentos”. No me tomó por sorpresa porque ya había tenido dos discusiones con el administrador al respecto. Yo me había negado a entregarle un solo pedazo de papel de aquel mazo y asumí la misma actitud con el hombre de gafas. Al final se puso amenazador y, muy enardecido, adujo que la Compañía tenía todo el derecho de acceder a la más insignificante de las informaciones sobre sus “territorios”. Y añadió: “El conocimiento del señor Kurtz sobre las regiones inexploradas tiene por fuerza que haber sido vasto y peculiar, dadas sus grandes capacidades y las deplorables circunstancias en las que se vio obligado a vivir: por tanto...”. Le aseguré que el conocimiento del señor Kurtz, si bien vasto, no trataba sobre asuntos comerciales o

administrativos. Entonces él invocó el interés científico. Sería una pérdida incalculable si esto y lo otro y etcétera, etcétera. Le ofrecí el informe sobre la "Supresión de las costumbres salvajes", con el *post scriptum* debidamente eliminado. Lo recibió acucioso pero acabó resoplando con aire de desprecio. "Esto no es lo que esperábamos recibir", declaró. "No espere nada más", dije. "Sólo hay correspondencia privada". Se marchó amenazando con recurrir a procedimientos legales y ya no lo volví a ver más. Pero otro caballero, que se presentó como un primo del señor Kurtz, apareció dos días después, ansioso por oír todos los detalles sobre los últimos momentos de su querido pariente. Casualmente me dio a entender que Kurtz había sido, por encima de todo, un gran músico. "En ello residía la clave de su inmenso éxito", dijo el hombre, que era organista, creo, y el pelo gris y lacio le caía sobre el cuello grasiento del abrigo. No tuve motivos para dudar de sus afirmaciones. Y hasta el día de hoy soy incapaz de decir cuál era la profesión de Kurtz, si es que tenía alguna, ni cuál era el mayor de sus talentos. Suponía que era un pintor que escribía para los periódicos, o un periodista que sabía pintar. Ni siquiera su primo (que estuvo tomando rapé durante nuestra entrevista) pudo decirlo con exactitud. Para él era un genio universal, cosa en la que yo estaba de acuerdo con el viejo caballero, que a continuación se sonó la nariz en un enorme pañuelo de algodón y se retiró con senil agitación, llevándose algunas cartas familiares y memorandas sin importancia. Por último apareció un periodista, ávido de informarse sobre el destino de "su querido colega". Este visitante me contó que el ámbito apropiado para Kurtz tendría que haber sido la política "del lado popular". Tenía cejas pobladas y rectas, el pelo hirsuto muy corto, un monóculo atado a un ribete ancho y, una vez que tomó confianza, opinó que en realidad Kurtz no era buen escritor. "Pero, ¡demonios, cómo hablaba! Era capaz de electrificar al público. Tenía fe, ¿me entiende usted? Tenía la fe. Podía convencerse a sí mismo de cualquier cosa. Cualquier cosa. Habría sido un espléndido líder de algún partido extremista". "¿De qué partido?", pregunté. "De cualquiera", respondió el otro. "Era un... un... extremista, ¿no lo cree usted?". Asentí. Luego, en un repentino arranque de curiosidad, me preguntó si yo sabía "qué lo había inducido a viajar a ese lugar". "Lo sé", dije y le entregué el informe para que lo publicara, si le parecía adecuado. Lo revisó por encima, farfullando entre dientes todo el tiempo, juzgó que "le serviría" y se marchó con su botín.

»En definitiva me quedé sólo con un escueto fajo de cartas y el retrato de la mujer, que me pareció hermosa. Quiero decir, tenía una hermosa expresión en el rostro. Sé que es posible obligar a la luz del sol a mentir también, aunque sentía que ninguna manipulación o pose podrían haber producido la delicada sombra de la sinceridad que irradiaban esos rasgos. Parecía alguien dispuesto a escuchar sin prejuicios, sin suspicacias, sin egoísmos. Decidí que iría personalmente a

devolverle su retrato y las cartas. ¿Curiosidad? Sí, claro. Y también otros sentimientos, tal vez. Todo lo que alguna vez le perteneciera a Kurtz se me había escapado de las manos: su alma, su cuerpo, su estación, sus planes, su marfil, su carrera. Sólo quedaban su recuerdo y su prometida; y yo quería dejar también esto último en manos del pasado, de alguna manera, a fin de librarme personalmente de todo cuanto quedaba de él en mí y entregarlo al olvido, que es la última palabra de nuestro destino común. No me estoy defendiendo. No tengo una clara percepción de lo que realmente quería en ese momento. Quizás se tratara de un impulso de lealtad inconsciente o del cumplimiento de una de esas irónicas necesidades que acechan tras las vicisitudes de la existencia humana. No lo sé. No sabría decirlo. Pero lo hice.

»Yo creía que su recuerdo era como los otros recuerdos de los muertos que se acumulan a lo largo de la vida de todo hombre; una vaga impresión en el cerebro de las sombras que habían caído sobre él en su paso fugaz y postrero. Pero al hallarme delante de la alta y ponderosa puerta, entre grandes casas de una calle tranquila y decorosa que recordaba el prolijo sendero de un cementerio, vi surgir la imagen de Kurtz en la camilla, abriendo su boca vorazmente como si quisiera comerse toda la tierra, a la humanidad entera. Fue como si lo tuviera ante mí, más vivo que nunca, una sombra insaciable hecha de espléndidas apariencias, de espeluznantes realidades: una sombra más oscura que las tinieblas de la noche, envuelta noblemente en los pliegues de una portentosa elocuencia. La visión pareció entrar a la casa junto a mí —la camilla, los fantasmales porteadores, la salvaje multitud de obedientes adoradores, el resplandor en la jungla, el brillo de la superficie del río entre los recodos tenebrosos, el golpe del tambor, regular y sordo como el latido de un corazón, el corazón de unas tinieblas imperiales—. Fue un momento de triunfo para la selva, una avalancha invasora y vengativa que, me pareció entonces, tendría que mantener a raya por mí mismo en aras de la salvación de otra alma. Y el recuerdo de lo que le había oído decir allá lejos, con las formas cornudas revolviéndose a mis espaldas, entre el brillo de las hogueras que ardían en los pacientes bosques, esas frases entrecortadas volvieron a mi memoria, las oí de nuevo con toda su ominosa y aterradora simplicidad. Recordé sus abyectas súplicas, sus abyectas amenazas, el tamaño colosal de sus viles deseos, la crueldad, el tormento, la angustia tempestuosa de su alma. Y más tarde me pareció estar viendo su talante sosegado y lánguido, como aquel día en que dijo: “Este lote de marfil ahora me pertenece sólo a mí. La Compañía no lo ha pagado. Yo mismo lo recogí a costa de un gran riesgo personal. Me temo, sin embargo, que intentarán reclamarlo como propio, ¿eh? Es un caso difícil. ¿Qué cree que debería hacer? ¿Resistir? ¿Ah? Sólo quiero que se haga justicia...”. Sólo quería que se hiciera justicia, sólo justicia. Toqué el timbre delante de una puerta de caoba en la planta

baja y mientras esperaba sentí que Kurtz me miraba desde detrás de la ventana; me miraba con esa inmensa y amplia mirada suya que parecía abarcar, condenar y aborrecer todo el universo. Incluso creí oír aquel grito sofocado: “¡El horror! ¡El horror!”.

»La tarde estaba cayendo. Tuve que esperar en un salón con tres grandes ventanales que iban del techo al suelo y eran como tres columnas luminosas y cortinadas. Las doradas patas torneadas y los espaldares del mobiliario brillaban en sutiles curvas. La enorme chimenea de mármol irradiaba una blancura fría y monumental. Un piano de cola reposaba imponente en un rincón, lanzando a la sala oscuros brillos desde las superficies planas como un sarcófago negro y lustroso. Una puerta se abrió. Yo me levanté.

»Ella se acercó, vestida de negro, con el rostro pálido, flotando hacia mí en la penumbra. Estaba de luto. Había pasado más de un año desde la muerte de Kurtz, más de un año desde que llegaran las noticias, pero ella parecía como si estuviera resignada a recordar y a guardar luto para el resto de su vida. Me agarró las dos manos y murmuró: “Me dijeron que vendría”. Noté que no era muy joven, quiero decir, que no era una chica. Poseía una madurez que la capacitaba para la fidelidad, para la fe y el sufrimiento. El salón parecía haberse oscurecido, como si toda la triste luz de la tarde nublada se hubiera refugiado en el rostro de esa mujer. Su pelo rubio, su semblante pálido, su ceño puro, parecían estar rodeados de un halo ceniciento desde el cual me miraba con sus ojos oscuros. Unos ojos que transmitían inocencia, profundidad, seguridad y confianza. Ostentaba su talante acongojado con cierto orgullo, como si dijera: yo, sólo yo sé guardarle luto como se merece. Pero en un momento, cuando no habíamos terminado de saludarnos, una expresión de fatal desolación cruzó por su rostro de tal manera que me di cuenta de que era una de esas criaturas que no se prestan como juguetes del Tiempo. Pues para ella era como si él hubiera muerto el día anterior. ¡Y por Júpiter! La impresión fue tan intensa que yo mismo sentí que acababa de morir, no el día anterior, no. ¡En ese mismo instante! Pude verlos juntos en aquel momento: la muerte de Kurtz y la pena de ella. Pude ver su pena en el mismo instante de la muerte de Kurtz. ¿Me entendéis? Los vi juntos. Los oí a la vez. Ella había dicho con un gran suspiro: “He sobrevivido”; mientras mis oídos oían claramente, mezclados con sus desesperados lamentos, aquel susurro conciso de eterna condenación. Me pregunté qué hacía allí, con una sensación de pánico en mi corazón como si hubiera penetrado en un lugar lleno de misterios absurdos y crueles, no aptos para ser contemplados por ningún ser humano. Ella me condujo a una silla. Nos sentamos. Apoyé el fajo de cartas suavemente sobre la pequeña mesa de centro y ella posó su mano sobre él... “Usted lo conocía bien”, susurró, al cabo de un momento de

acongojado silencio.

»“La intimidad crece rápidamente en aquel lugar”, dije. “Lo conocí todo lo que es posible conocer a otro hombre”.

»“Y usted lo admiraba”, dijo. “Es imposible conocerlo y no admirarlo, ¿no es así?”.

»“Era un hombre notable”, contesté, incómodo. Entonces, ante la cautivadora quietud de su mirada, que parecía aguardar más palabras de mi boca, proseguí: “Era imposible no...”.

»“No amarlo”, me interrumpió energicamente, obligándome a guardar un silencio consternado. “¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Máxime cuando uno ha llegado a conocerlo como yo lo hice! Me gané su noble confianza. Yo lo conocía mejor que nadie”.

»“Usted lo conocía mejor que nadie”, repetí. Y quizás era cierto. Pero con cada palabra que decíamos el salón se iba oscureciendo más y más y sólo su frente, despejada y clara, seguía iluminada por la inextinguible luz de la fe y el amor.

»“Usted era su amigo”, continuó. “Su amigo”, repitió elevando un poco la voz. “Debe de haber sido su amigo para que él le haya entregado esto y le haya pedido que me lo trajera. Siento que puedo hablar con usted abiertamente. ¡Oh! ¡Y debo hablar! Quiero que usted, usted, que escuchó sus últimas palabras, sepa que he sido digna de él... no lo digo por orgullo... ¡Sí! Estoy orgullosa de saber que yo lo entendía mejor que nadie más sobre la faz de la tierra. Él mismo me lo dijo. Y desde que su madre murió no tengo a nadie que... a nadie para, para...”.

»Yo escuchaba. La oscuridad se acentuaba. Ni siquiera estaba seguro de si él me había entregado el fajo correcto. Sospecho más bien que quería que cuidara de otro mazo de papeles que, tras su muerte, vi al administrador examinando bajo la lámpara. Y la chica hablaba, aliviando su dolor en la certeza de mi simpatía; hablaba como beben los hombres sedientos. Había oído decir que su compromiso con Kurtz no estaba bien visto por la familia de ella. Porque él no era lo bastante rico o algo así. Y en efecto no sé si Kurtz no habrá sido pobre toda su vida. Él mismo me había dado motivos para deducir que fue su impaciencia por aquella pobreza relativa lo que lo llevó a viajar a ese lugar remoto.

»“... imposible no ser su amigo después de oírlo hablar aunque fuera una sola vez”, decía ella. “Atraía a la gente porque sabía sacar lo mejor de todos”. Me

miró intensamente. “Es el don de los grandes hombres”, continuó, y el sonido de su voz parecía venir acompañado por todos esos sonidos llenos de misterio, desolación y pena que alguna vez oyera: el rumor del río, el farfullar de los árboles mecidos por el viento, los murmullos de las muchedumbres salvajes, el tenue ciclo de palabras incomprensibles pronunciadas a lo lejos, el susurro de una voz que hablaba desde el otro lado del umbral de la oscuridad eterna. “¡Pero usted lo escuchó! ¡Usted lo sabe!”, gritó.

»“Sí, lo sé”, dije, con algo parecido a la desesperación en mi corazón pero inclinando mi cabeza ante la fe que ella demostraba, delante de aquella grandiosa y esperanzadora ilusión que alumbraba con una luz sobrenatural en medio de la oscuridad, en esa triunfante oscuridad de la que yo habría sido incapaz de defenderla —de la cual habría preferido no tener que defenderme a mí mismo.

»“Qué pérdida para mí. Para nosotros”, se corrigió con conmovedora generosidad; luego añadió en un susurro: “Para el mundo”. Con las últimas luces del crepúsculo pude ver el brillo de sus ojos llenos de lágrimas; lágrimas que no caían.

»“He sido muy feliz, muy afortunada, estoy orgullosa”, prosiguió. “Demasiado afortunada. Demasiado feliz por un tiempo breve. Y ahora seré infeliz... para el resto de mi vida”.

»Ella se levantó; su pelo rubio pareció capturar toda la luz restante en un destello dorado. Yo también me levanté.

»“Y de todo esto”, dijo, apesadumbrada, “de todo su compromiso y de su grandeza, de su espíritu generoso, de su noble corazón, nada queda... nada salvo un recuerdo. Usted y yo...”.

»“Siempre lo recordaremos”, me apresuré a decir.

»“¡No!”, gritó. “Es imposible que todo esto se pierda, que semejante vida deba ser sacrificada para que no quede nada... salvo el dolor. Usted conoce los grandes planes que tenía. Yo también. Quizás no los entendía. Pero otros estaban al tanto de ellos. Algo debe quedar. Sus palabras, al menos, no han muerto”.

»“Sus palabras perdurarán para siempre”, dije.

»“Y su ejemplo”, susurró para sí misma. “Era un ejemplo para muchos hombres, su bondad brillaba en cada acto. Sus enseñanzas...”.

»“Cierto”, dije. “Sus enseñanzas también, sí. Me olvidaba de eso”.

»“Pero yo no. No puedo, no puedo creerlo. Todavía no me hago a la idea de que no volveré a verlo nunca, de que nadie volverá a verlo nunca, nunca, nunca”.

»Hizo un gesto como si tratara de atrapar una figura evanescente, la silueta negra de los brazos y los puños cerrados, pálidos, contra el estrecho y moribundo resplandor de la ventana. ¡Nunca volveré a verlo! Lo vi con suficiente claridad en su debido momento. Seguiré viendo a ese fantasma elocuente mientras viva y seguiré viéndola a ella también, ese Espectro trágico y familiar, cuyo gesto recordaba a otro espectro, también trágico, engalanado de inútiles fetiches, estirando sus brazos cobrizos sobre los destellos de la corriente infernal, la corriente de la oscuridad. De repente dijo en voz muy baja: “Murió como vivió”.

»“Su final”, añadí yo con una furia sorda que se revolvía en mi interior, “fue digno de su vida en todos los sentidos”.

»“Y yo no estuve allí para acompañarlo”, murmuró. Mi furia cedió ante un sentimiento de infinita piedad.

»“Se hizo todo lo posible...”, mascullé.

»“Ah, pero yo creía en él más que en nada en la tierra, más que en su propia madre, más que... que en sí mismo. ¡Me necesitaba! ¡A mí! Habría guardado como un tesoro cada suspiro, cada palabra, cada gesto, cada mirada”.

»Sentí un golpe de frío en el pecho. “No”, dije, sin poder apenas contenerme.

»“Perdóneme. Yo, yo he sufrido tanto tiempo en silencio, en silencio... Usted estuvo allí con él... hasta el final, ¿no es así? Pienso en su soledad. No hubo nadie cerca que pudiera comprenderlo como yo lo habría hecho. Quizás nadie que escuchara...”.

»“Yo estuve allí hasta el último instante”, dije con voz trémula. “Oí sus últimas palabras...”. Me interrumpí, aterrado.

»“Repítamelas”, dijo con el corazón destrozado. “Quiero... quiero... algo, algo que conservar para el resto de mi vida”.

»Estuve a punto de gritarle: “¿Acaso no las oye?”. Las tinieblas las repetían

en un susurro que persistía a nuestro alrededor, en un susurro que parecía hincharse amenazadoramente como el primer soplo de un torbellino. “¡El horror! ¡El horror!”.

»“Sus últimas palabras... para que se queden conmigo”, murmuró. “¿No comprende usted cuánto lo amaba? Lo amaba. ¡Lo amaba!”.

»Recobré la compostura y hablé lentamente.

»“Las últimas palabras que pronunció fueron... su nombre”.

»Oí un leve suspiro y entonces mi corazón se paró en seco, se detuvo del todo con el exultante y aterrador grito, un grito de inconcebible triunfo e inefable dolor. “¡Lo sabía! ¡Estaba segura!”. Ella lo sabía. Estaba segura. La oí sollozar. Se había cubierto el rostro con las manos. Me pareció que la casa se derrumbaría antes de que yo pudiera escapar, como si el cielo se fuera a desplomar sobre mi cabeza. Pero nada de eso ocurrió. El cielo no se cae por semejantes minucias. ¿Se habría caído, me pregunté, si hubiera tratado a Kurtz como se merecía? ¿Acaso no había dicho él mismo que sólo quería que se hiciera justicia? Pero no pude. No pude decírselo. Aquello habría sido demasiado tenebroso, absolutamente tenebroso...

Marlow dejó de hablar y se sentó aparte, etéreo y silencioso, con la pose de un Buda en plena meditación. Durante unos minutos nadie se movió.

—Hemos perdido el primer reflujo —dijo de repente el director. Levanté la vista. El mar estaba obturado por una muralla de nubes negras y el río sereno que conducía a los confines del mundo pasaba sombrío bajo el cielo encapotado. Se diría que fluía rumbo al corazón de una inmensa oscuridad.

AMY FOSTER

Kennedy era un médico rural que vivía en Colebrook, en la costa de Eastbay. Tras los rojos tejados de la pequeña aldea, el acantilado parecía empujar la pintoresca High Street hacia el mar. Al otro lado de la escollera y con forma de curva se extendía, de manera uniforme y durante varios kilómetros, una playa de piedras en cuyo extremo se podía ver destacado el pueblo de Brenzett, como si se tratara de una aguja entre un grupo de árboles; más allá se apreciaba la columna erecta de un faro, que en la distancia no parecía mayor que un lápiz, y que señalaba el punto donde la tierra se desvanecía. Detrás de Brenzett comenzaban unos campos bajos y llanos, pero la bahía estaba muy protegida, lo que permitía que, de cuando en cuando, entrara algún buque muy grande acuciado por la mar o por el mal tiempo y fondeara a una milla y media al norte de la posada Ship Inn de Brenzett. Un molino desvencijado y con las aspas rotas sobre un pequeño montículo del tamaño de un basurero y una torre Martello, situada a media milla al sur al borde de la costa, eran los elementos más familiares para los capitanes de pequeños navíos locales. Se trataba de las marcas oficiales para señalar la zona de fondeo seguro que las cartas del Almirantazgo representaban como un óvalo irregular de puntos repleto de números seis en su interior, entre los que se había dibujado una pequeña ancla y una leyenda que decía «BARRO Y CONCHAS».

Desde la parte más elevada del acantilado se podía ver la solemne torre de la iglesia de Colebrook. La pendiente estaba cubierta de césped y sobre ella ascendía un camino blanco y zigzagueante. Al subir por él se llegaba hasta un ancho valle no demasiado profundo, una depresión de verdes praderas que se desvanecían hacia el interior en un paisaje de tintes púrpura y líneas ondulantes que cerraban el panorama.

En ese valle que comprende desde Brenzett y Colebrook hasta Darnford, y que tiene un mercado comarcal a unos veinte kilómetros de distancia, es donde ejercía de médico rural mi amigo Kennedy. Su carrera comenzó como cirujano de la Armada y prosiguió como acompañante de un célebre viajero en los tiempos en los que aún quedaban continentes con tierras inexploradas en su interior. Se granjeó cierta fama en los círculos científicos gracias a sus artículos sobre fauna y flora y, en la época de esta historia, había acabado trabajando como médico rural...

por la sencilla razón de que le apetecía. Supongo que su propia agudeza mental, como si fuera un ácido corrosivo, acabó destruyendo su ambición. Tenía una inteligencia de carácter científico, le fascinaba la investigación y siempre alardeaba de esa curiosidad insaciable que acaba encontrando una partícula de verdad universal en cualquier misterio.

Hace ya muchos años, cuando regresé del extranjero, me invitó a pasar unos días con él. Yo acepté feliz y, como no podía desatender a sus pacientes, me llevaba con él a las visitas... y a veces acabábamos recorriendo hasta cuarenta kilómetros en una sola tarde. Por lo general yo lo esperaba en el camino mientras el caballo se dedicaba a arrancar jugosas ramitas, y se escuchaban las risas de Kennedy al otro lado de la puerta entreabierta. Tenía una risa tan intensa y sonora como la de un hombre que lo doblara en tamaño, y también unos ademanes seguros, un rostro tostado por el sol y unos ojos grises a los que parecía imposible que se les escapara nada. Tenía el don de que las personas le abrieran su corazón, y una increíble paciencia para escuchar historias.

Recuerdo un día en que cabalgábamos hacia la salida de un pueblo relativamente grande por un camino sombrío, y vi a nuestra izquierda una casa de ladrillo y paneles con forma de rombos en las ventanas, una enredadera que cubría el muro, un tejado de madera y unas cuantas rosas que trepaban por las celosías del porche. Kennedy se detuvo en la entrada. Había una mujer tendiendo al sol una manta mojada entre dos manzanos y, mientras el caballo de cuello largo daba bruscos testarazos hacia su mano izquierda, que en ese momento llevaba enfundada en un grueso guante de piel de perro, el médico preguntó por encima del seto:

—¿Qué tal está el niño, Amy?

Me dio tiempo a ver un rostro inexpresivo y colorado, no por causa de la vergüenza, sino más bien como si alguien le hubiese abofeteado enérgicamente las mejillas; tenía un talle rechoncho y el pelo castaño, abundante y sin brillo recogido en un moño peinado por encima de la nuca. Su aspecto era muy juvenil y respondió con voz entrecortada y tímida:

—Está bien, gracias.

Nos pusimos en marcha de nuevo.

—¿Es una paciente tuya? —pregunté.

El médico chasqueó el látigo y respondió:

—Antes visitaba a su marido.

—Parece una mujer muy sencilla —comenté con indiferencia.

—Así es —respondió Kennedy—. Es tremendamente pasiva. No hace falta más que echarles un vistazo a esas manos enrojecidas, esos brazos cortos, esos ojos castaños y poco despiertos para hacerse una idea de la poca actividad de ese cerebro... una inactividad que cualquiera habría podido pensar que la mantendría fuera de todos los peligros de la imaginación... pero ¿quién está a salvo de ellos? Sea como sea, y tal cual la has visto, tuvo suficiente imaginación como para enamorarse. Es hija de Isaac Foster, un hombre que pasó de ser un modesto granjero a pastor y cuyo infortunio comenzó el día en que huyó para casarse con la cocinera de su padre viudo, un ganadero de fortuna que, en un arrebato de furia, borró su nombre del testamento y, eso dicen, lo amenazó de muerte. Un viejo argumento que parece más propio de una tragedia griega pero que, en realidad, estuvo originado por una sencilla similitud de caracteres. Existen otro tipo de tragedias, mucho menos escandalosas y de un patetismo más sutil, que surgen en realidad de diferencias irresolubles y de ese miedo a lo incomprendible que siempre ronda nuestras mentes... las mentes de todos nosotros.

El caballo aminoró el paso y el astro sol, completamente rojo en el horizonte de aquel cielo immaculado, se apoyó familiarmente en la lisa superficie de un sembrado cercano, del mismo modo en que se lo había visto hacer tantas veces sobre el mar, en el lejano horizonte. El color pardo de los campos había abandonado su monotonía y brillaba con un tinte rosado, como si su tierra desmenuzada hubiese estado sudando el trabajo de innumerables trabajadores en forma de diminutas perlas de sangre. Un carro empujado por dos caballos se desplazaba lentamente por la cima, dejando a su lado un pequeño bosque. Se alzaba por encima de nuestras cabezas, contra el horizonte y sobre la luz rojiza del sol, tan inmenso y triunfal como si se tratara de una cuadriga de gigantes tirada por corceles de proporciones legendarias. Hasta la torpe silueta del hombre que caminaba trabajosamente delante del primer caballo se recortaba contra el infinito con heroica rusticidad. Agitaba la punta de su látigo en lo alto, en medio del azul del cielo.

—Es la hija mayor de una familia muy numerosa —añadió Kennedy—. Cuando cumplió los quince la mandaron a servir a la granja de New Barns. Yo era el médico de la mujer del arrendatario, la señora Smith, y allí fue donde conocí a la

muchacha. La señora Smith, una mujer elegante de nariz aguileña, la obligaba a vestirse de negro todas las tardes. No sé qué es lo que hizo que me fijara en ella. Existe cierto tipo de rostros que nos acaban llamando la atención precisamente porque en sus rasgos hay una especie de indefinición; sucede lo mismo que cuando en ocasiones caminamos en medio de la niebla y nos quedamos mirando atentamente una forma borrosa que al final puede ser algo tan poco extraordinario como un poste. Lo único que me pareció particular de ella fue una leve vacilación a la hora de expresarse, algo parecido a un tartamudeo inicial que se desvanecía en el momento en el que pronunciaba la primera palabra. Si se dirigían a ella con demasiada brusquedad se enfadaba, pero en términos generales era de una gran bondad. Nunca se la había escuchado criticar a nadie y trataba a todos los seres vivos con mucha ternura. A la señora Smith la quería con auténtica devoción, lo mismo que al señor Smith y a todos sus perros, gatos y canarios, pero el loro de la señora Smith ejercía sobre ella una poderosa fascinación. Aun así, cuando el gato saltó sobre el pájaro y éste se puso a pedir auxilio con voz humana, ella salió corriendo y tapándose los oídos en vez de impedir el asesinato. La señora Smith consideró aquel episodio como una prueba más de la estupidez de la muchacha; por otro lado, la joven era poco atractiva, algo muy conveniente para la señora Smith dada la célebre ligereza de su marido en esas cuestiones. Sus ojos miopes se llenaban de lágrimas cada vez que contemplaba un ratón atrapado en una ratonera, y en una ocasión unos niños se la encontraron de rodillas intentando ayudar a un sapo en apuros. Si es cierto, como dijo aquel alemán, que sin fósforo no hay pensamiento, no es menos cierto que la bondad no existe sin una gran dosis de imaginación. Y ella tenía... más incluso de la necesaria para entender el sufrimiento y compadecerse de él. Se enamoró en una situación que no deja a ese respecto ni la menor duda, porque si ya es necesaria imaginación para formarse un ideal de belleza, más se necesita todavía para descubrirlo bajo una forma poco común. Cómo consiguió adquirir aquella cualidad y qué hizo que progresara son misterios insondables. La muchacha había nacido en el pueblo y jamás había ido más allá de Colebrook o de Darnford. Vivió con los Smith durante cuatro años. New Barns es una granja que queda relativamente apartada, a unos dos kilómetros de la carretera, y ella se contentaba con ver día tras día los mismos cerros y los mismos valles, los mismos cuatro rostros de los hombres que trabajaban en la granja, siempre los mismos, día tras día, mes tras mes, año tras año. Nunca mostró ningún interés por conversar y yo tengo la sospecha de que ni siquiera sabía sonreír. Algunas tardes de domingo, si hacía buen tiempo, se ponía su mejor vestido, un sombrero de fieltro gris con una pluma negra (yo mismo la he visto vestida así) y unas buenas botas, agarraba una sombrilla ridículamente elegante, saltaba un par de vallas y se ponía a recorrer los campos hasta unos doscientos metros de la carretera... Nunca iba más allá. Allí era donde se encontraba la cabaña

de los Foster. Ayudaba a su madre a preparar el té para los más pequeños, fregaba los platos, daba un beso a los niños y regresaba de vuelta a la granja. Eso era todo su descanso, toda su liberación y todo su cambio. Era como si no precisara nada más. Hasta que se enamoró. Se enamoró de una manera silenciosa y obstinada... y seguramente también irremediable. El sentimiento empezó poco a poco, pero terminó por dominarla como un irresistible hechizo. Se trataba de un amor como se entendía en la Antigüedad: un impulso fatídico e irresistible... ¡una posesión! Así es, su destino era obsesionarse y dejarse embrujar por un solo rostro, una presencia, como una adoradora pagana bajo un alegre cielo luminoso... para acabar despertando al fin de aquel misterioso olvido de sí misma, de aquel encantamiento, de aquel éxtasis, empujada por un miedo muy parecido al inexplicable terror de un animal...

El sol iba escondiéndose por el oeste, y los pastos, enmarcados por las ondulaciones del terreno, tenían un aspecto a la vez sombrío y maravilloso. Del silencio de aquellos campos emanaba una profunda sensación de tristeza, parecida a la que provoca un acorde grave de música. Los hombres con los que nos cruzábamos caminaban con lentitud y sin sonreír, con la mirada clavada en el suelo, como si la melancólica opresión de aquella tierra les hiciese los pies más pesados, hubiese encorvado sus espaldas y humillado su mirada.

—Así es —dijo el médico cuando le comenté aquello—, cualquiera diría que esta tierra hubiese sido maldita, porque todos sus hijos, incluso los que más apegados se sentían a ella, tienen el cuerpo tosco y el andar pesado, como si sus corazones estuvieran cargados de cadenas. Y, sin embargo, jamás en este mismo camino se vio a un ser tan ágil y esbelto como aquél, derecho como un árbol y con semejante prestancia que parecía querer elevarse, como si su corazón rebosara de optimismo. Puede que sólo se tratara de la intensidad del contraste pero, cuando se cruzaba con uno de estos paisanos, las plantas de sus pies parecían no tocar el polvo del camino. Saltaba las cercas y subía y bajaba por todas esas cuestas a zancadas largas y elásticas que lo hacían reconocible desde gran distancia. Tenía unos ojos negros y brillantes. Era totalmente distinto a todos cuantos lo rodeaban; sus movimientos eran ágiles y tenía una mirada dulce —casi se podría decir que un poco temerosa—, la piel aceitunada y una figura esbelta. Cada vez que lo veía me daba la sensación de que se trataba de una criatura de los bosques. De allí vino.

Y el médico señaló con el látigo. Desde lo más alto de la colina, y por encima de las onduladas copas de los árboles de un parque situado al costado de la carretera, se podía ver la superficie del mar, muy por debajo de donde nos encontrábamos nosotros; parecía el suelo de un enorme edificio incrustado con

unas bandas de olas oscuras, con estelas brillantes y armoniosas, que desaparecían en una franja de agua cristalina bajo el cielo. En la inmensa claridad del horizonte, a lo lejos, se desvanecía la tenue humareda de un invisible barco de vapor como un aliento que empañara un espejo y, cerca de la costa, flotaban bajo las hojas de los árboles las blancas velas de un barco de cabotaje.

—¿Naufragó en la bahía? —pregunté yo.

—Sí, se trataba de un naufrago. Un pobre emigrante centroeuropeo que iba con destino a América y que fue arrastrado hasta la orilla por las olas durante una tormenta. Para él, que no sabía nada del mundo, Inglaterra era un lugar desconocido. Todavía pasó algún tiempo antes de que aprendiese el nombre del país, y no me extrañaría nada que hubiera temido encontrarse con bestias salvajes y hombres feroces cuando cayó, al llegar arrastrándose en la oscuridad por el espigón, en una acequia en la que de milagro no se ahogó por segunda vez. Luchó de modo instintivo para salir del agua como un animal atrapado en una red, y tras aquella contienda consiguió por fin salir del agua. Debía de ser más duro de lo que aparentaba para sobrevivir a tantos golpes, a tanto miedo y a tantos esfuerzos. Meses después, y en un inglés tan elemental como el de un niño, me llegó a confesar que, por un momento, pensó que ya no se encontraba en este mundo y se encomendó a Dios. Y lo cierto —solía decir— era que ¿cómo podía saberlo? Por fin consiguió avanzar a gatas en medio de la lluvia y la tormenta, y llegó hasta unas ovejas que se encontraban resguardadas bajo un seto. El rebaño se dispersó en todas las direcciones, balando en la oscuridad, y él sintió un enorme agradecimiento ante el primer sonido reconocible que oía en aquellas costas. Serían más o menos las dos de la madrugada en aquel momento. Eso es todo cuanto sabemos de la forma en la que llegó hasta aquí, aunque no lo hizo solo. Su temible compañía no apareció en la orilla hasta mucho más tarde, aquel mismo día.

El médico agarró las riendas, avivó al caballo y bajamos la colina al trote. Tras doblar la esquina de High Street, avanzamos un poco más, bamboleándonos por el empedrado, y llegamos a su casa.

Kennedy fue presa de una especie de extraño abatimiento, pero reanudó la historia al caer la noche. Fumaba en pipa e iba paseando de un lado a otro de la habitación. Una pequeña lámpara proyectaba su sombra sobre los papeles del escritorio mientras yo contemplaba, sentado junto a la ventana abierta y tras aquel día calurosísimo y sin viento, el mar inmóvil bajo la luz de la luna. No se escuchaba ni un murmullo, ni el vago chapoteo de algo cayendo al agua, ni una pisada, ni un suspiro... no había más señal de vida que el aroma de los jazmines

trepadores. La voz de Kennedy sonaba a mi espalda y atravesaba el marco de la ventana antes de desaparecer y desvanecerse en la inmovilidad exterior.

—Los relatos de viejos naufragios siempre hablan de sufrimiento. Era muy frecuente que los náufragos que conseguían no morir ahogados acabaran pereciendo de inanición en alguna árida playa, o que sufrieran una muerte violenta, o que se vieran de pronto convertidos en esclavos y tuvieran que pasar años viviendo entre gente que desconfiaba de ellos o los temía por el simple hecho de ser extranjeros. Cuando uno lee ese tipo de cosas siempre siente mucha lástima. Para un hombre es duro tener que vivir en una tierra extraña, sentirse indefenso y entre personas que no entienden su idioma, procedente de algún misterioso e ignoto país en algún rincón del mundo, pero no creo que, entre todos esos náufragos que acabaron en los lugares más salvajes de la tierra, hubiera ninguno con un destino más trágico que el de aquel hombre del que te hablo, el más inocente, a quien el mar arrojó en esta bahía en un punto que casi puede verse desde esta ventana. Ni siquiera sabía el nombre de su barco. Poco a poco llegamos a descubrir que tampoco sabía que los barcos tuvieran nombre «como los cristianos». Cuando contempló el mar desde lo alto de Talfourd Hill su mirada se perdió en la distancia, como si no lo hubiese visto jamás en la vida. Y es probable que fuera así. Por lo que llegué a entender, lo habían encerrado a empujones en la bodega de un barco junto a otros inmigrantes en la desembocadura del Elba, y en ese momento estaba demasiado aturdido como para fijarse con atención en lo que lo rodeaba, demasiado triste como para poder ver y demasiado angustiado como para mostrar interés. Antes de zarpar los bajaron a todos al entrepuente y los dejaron encerrados allí. Explicó que era un camarote de poca altura y baos de madera, como los de su país, aunque se entraba bajando una escalera. El lugar era amplio, húmedo y sombrío, y había allí unas extrañas cajas de madera para que los emigrantes durmieran en ellas, uno encima del otro, que no paraban de moverse en todas las direcciones. Se tumbó en una de ellas, vestido con la misma ropa con la que había dejado su casa muchos días antes; dejó el fardo a su lado. La gente maldecía, los niños lloraban, del techo supuraba humedad y todo crujía y se movía de un lado a otro de tal forma que nadie se atrevía ni siquiera a levantar la cabeza. En algún momento había perdido de vista a su único compañero (un muchacho que había nacido en el mismo valle que él) y en el exterior lo único que se escuchaba era el fuerte rugido del viento y golpes de aire: ¡Bum! ¡Bum! Le dio un mareo tan espantoso que hasta se olvidó de rezar. Por otra parte, no había manera de saber ni siquiera si era de día o de noche. En aquel lugar parecía que no iba a amanecer jamás.

»Antes de embarcar había estado viajando en tren durante mucho tiempo.

Miraba por aquella ventanilla milagrosamente transparente y le daba la sensación de que los árboles, los campos y los interminables caminos volaban a su alrededor hasta que se sentía mareado. Me intentó explicar que durante aquel viaje había visto multitud de personas —naciones enteras— ricamente ataviadas. En una ocasión los hicieron salir del vagón y pasó la noche sobre un banco en una casa de ladrillo, con su petate bajo la cabeza, y en otra tuvo que estar sentado durante horas sobre el empedrado, dormitando con las rodillas en alto y el petate entre los pies. El techo parecía de cristal y era tan alto que el pino de montaña más gigantesco que había visto jamás habría tenido espacio para crecer bajo él. Había allí incluso más gente que la que se congregaba, un día de fiesta, alrededor de la imagen milagrosa del convento de las carmelitas, en la llanura, al que su madre le había pedido que la llevara para rezar por él antes de su partida, y pedirle a Dios que lo protegiera. Me dijo que no podía explicarme lo inmenso que era aquel lugar de caos, humo y oscuridad, rodeado de ruidos de hierros atronadores, pero que alguien le había comentado que ese sitio se llamaba Berlín. A continuación sonó otra campana, apareció otra máquina de vapor y lo llevó de nuevo, pero a través de un aburrido paisaje que era siempre llano y sobre el que no se elevaba ni la más mínima colina. Pasó una noche más en un edificio que parecía un buen establo con todo el suelo cubierto de paja, vigilando su petate entre un grupo de hombres que no entendía su idioma. A la mañana siguiente los llevaron hasta las pedregosas orillas de un río de lodo increíblemente ancho que ya no pasaba entre colinas, sino entre casas que parecían enormes. Había un vapor que avanzaba por el agua y todos se subieron, muy apretados, sólo que ahora los acompañaban mujeres y niños que armaban mucho alboroto. Caía una lluvia helada, el viento lo golpeaba en el rostro, estaba totalmente empapado y le castañeteaban los dientes. Él y el muchacho, que también había nacido en su valle, se cogieron de la mano.

»Pensaban que los iban a llevar directamente a América, sin embargo la máquina de vapor chocó de costado contra algo con el aspecto de una casa flotante. Sus paredes eran negras y lisas, y tenía en el tejado algo parecido a árboles desnudos en forma de cruz. Al menos eso le pareció, porque jamás en su vida había visto nada parecido. Aquélla era en realidad la nave que lo iba a trasladar a América. La gente daba muchos gritos y todo se movía de un lado a otro; una escala subía y bajaba. Subió sujetándose con cuidado y con mucho miedo de caer al agua. Perdió de vista a su compañero y, cuando descendió al interior abisal de aquel barco, se le encogió el corazón.

»Aquél fue también el momento en que perdió contacto para siempre con uno de los tres hombres con los que el verano anterior había estado recorriendo las pequeñas aldeas de las estribaciones de su país. Llegaban en una carreta los días de

mercado y se instalaban en la pequeña caseta de alguna posada o en casa de otro judío. De los tres, uno tenía una barba muy espesa y aspecto muy respetable; llevaban cuellos rojos y galones dorados en las mangas como los funcionarios estatales. Se sentaban siempre con gran dignidad tras una mesa muy grande; en una habitación contigua, para que la gente corriente no pudiera escuchar, guardaban una curiosa máquina de telegrafiar con la que se mantenían en contacto con el emperador de América. Los más adultos no pasaban de merodear en las proximidades de la puerta, pero los jóvenes se acercaban y se agolpaban alrededor de la mesa haciendo todo tipo de preguntas, porque en América había trabajo todo el año por tres dólares al día y no era obligatorio hacer el servicio militar.

»Pero el káiser americano no admitía la entrada de cualquiera. ¡Vaya! Él mismo encontró muchas dificultades para que lo aceptaran, y el hombre de uniforme tuvo que salir varias veces para telegrafiar en su nombre, pero al final el káiser americano lo contrató por tres dólares diarios, porque era joven y fuerte. A pesar de todo, muchos jóvenes que habrían podido ir se echaron para atrás porque les atemorizaba la lejanía, aunque, por otra parte, sólo podían ir los que tenían dinero. Había gente que había llegado a vender sus terrenos y sus casas porque era muy caro trasladarse a América; pero eso no importaba demasiado porque al llegar podías cobrar tres dólares diarios y, si eras listo, podías encontrar lugares en los que se podía recoger el oro del suelo. En casa de su padre vivía demasiada gente. Dos de sus hermanos se habían casado y tenían hijos y él les había prometido enviarles dinero desde América dos veces al año. Su padre vendió a un posadero judío una vieja vaca, dos ponis que él había criado y un buen terreno para que pastaran, para poder pagar a los hombres del barco que llevaban gente a América con el fin de hacerse ricos rápidamente.

»Tenía algo de aventurero porque ¡cuántos gloriosos episodios de la humanidad han empezado así: con el trueque de una vieja vaca por el espejismo de un oro muy lejano! Te he ido contando con mis palabras todas las cosas que fui descubriendo de él a lo largo de dos o tres años en numerosas conversaciones amables, porque nunca desaproveché, cuando la tuve, la oportunidad de charlar con él. Todas aquellas aventuras me las fue contando entre numerosos destellos de sus dientes blancos y el alegre brillo de sus ojos negros, al principio con algo parecido a un balbuceo infantil y más tarde, cuando ya aprendió nuestro idioma, con una impresionante fluidez, y siempre con aquella entonación melodiosa y suave, además de vibrante, que le daba al sonido de las palabras inglesas un poder peculiarmente intenso, como si en realidad se tratara de vocablos de una lengua misteriosa. Nunca dejaba de negar con la cabeza cada vez que recordaba el miedo que sintió al pisar la cubierta del barco. Parecía entrar en una especie de

ensimismamiento ausente, al menos en lo referente a los hechos. Lo más probable es que se sintiera muy desgraciado e indispuesto... es fácil imaginar a ese conmovedor y apasionado aventurero, tan lejos de todo su mundo conocido, condenado a la soledad en su litera de emigrante. Era un hombre tremendamente sensible. Lo siguiente que sabemos con certeza es que apareció escondido en la pocilga de Hammond que está junto al camino de Norton, a unos ocho kilómetros del mar a vuelo de pájaro. De sus experiencias inmediatamente posteriores a su llegada no quería decir nada; era como si hubiesen dejado en su alma una huella oscura de asombro e indignación. Gracias a los rumores que fueron circulando en los días siguientes a su arribo sabemos que hubo unos pescadores al oeste de Colebrook que se asustaron por unos fuertes golpes que sonaron en las puertas de sus cabañas, y por una voz muy aguda que gritaba palabras incomprensibles en medio de la noche. Hubo algunos que hasta llegaron a salir de sus casas, pero lo más probable es que fuera él quien huyera asustado por la violencia con la que se gritaban unos a otros a aquellas horas. Una especie de locura temporal debió de empujarlo a subir por la colina de Norton. Parece que no hay duda de que fue él a quien vio el carretero Brenzett muy temprano al día siguiente, tendido sobre la hierba (desmayado al parecer) junto al camino y, aunque se detuvo para mirarlo de cerca, lo asustó su extrema inmovilidad y el aspecto tan poco común que tenía aquel vagabundo que dormía tan tranquilamente bajo la tormenta. Pocas horas más tarde, unos niños entraron corriendo en la escuela de Norton tan asustados que la maestra tuvo que salir para espantar a aquel "hombre horrible" que estaba en el sendero. Él se alejó unos pasos con la cabeza gacha y, a continuación, se puso a correr a una velocidad impresionante. El conductor del carro de la leche del señor Bradley relató con cierto orgullo a todos que había azotado a una especie de gitano peludo que se había intentado agarrar a las riendas del poni en un recodo del camino cercano a los Vents. Según dijo, le dio en plena cara en menos tiempo del que él había tardado en saltar y lo dejó tirado sobre el barro, aunque luego tardó casi medio kilómetro en conseguir que el poni se detuviera. Puede que, en un esfuerzo desesperado por conseguir ayuda y tratando de comunicarse con alguien, el pobre diablo hubiera intentado detener el carro. Tres jóvenes confesaron también haber estado tirando piedras a un vagabundo muy raro y cubierto de barro que iba dando tumbos, como si estuviese borracho, en el sendero que zigzagueaba entre los hornos de cal. Aquello fue la comidilla del pueblo durante días enteros, pero el testimonio más incontestable de todos fue el de la señora Finn (mujer del carretero de la señora Smith), que afirmaba haberlo visto saltar el muro de la pocilga de Hammond y dirigirse hacia ella dando tumbos y balbuciendo unas palabras que habrían puesto los pelos de punta a cualquiera. Como llevaba a su bebé en un cochecito, la señora Finn se puso a gritarle que se alejara, y, cuando él insistió en seguir acercándose, le dio un valiente golpe de paraguas en la cabeza y

corrió con el cochecito sin mirar atrás, hasta la primera casa del pueblo. Allí se detuvo para recuperar el aliento y le contó lo que le había pasado al viejo Lewis, que en ese momento estaba picando un montón de piedras; y el viejo se quitó las enormes gafas negras con las que se protegía los ojos, enderezó sus temblorosas piernas y echó un vistazo en la dirección que ella señalaba. Los dos siguieron con la mirada la figura de aquel hombre que corría por el campo; vieron cómo se tropezaba, se levantaba y se ponía a correr de nuevo, dando tumbos y agitando los brazos sobre la cabeza, en dirección a la granja de New Barns. Ése fue el momento en que cayó en las redes de su oscuro y trágico destino. De lo que sucedió a continuación no existe ni la menor duda y lo sabemos con toda certeza: el terror de la señora Smith, la absoluta seguridad de Amy Foster de que, a pesar de la reacción de su señora, “aquel hombre no tenía intención de hacer daño a nadie”, el enfado de Smith cuando regresó del mercado de Darnford y se encontró con su perro ladrando como un desesperado, la puerta trasera cerrada con llave y a su mujer en pleno ataque de histeria, y todo por un vagabundo que al parecer seguía encerrado en el granero. ¿De verdad era cierto? Ya se encargaría él de que no volviera a asustar a las mujeres.

»Smith era conocido por su irascibilidad, pero la imagen de aquella extraña figura cubierta de barro y sentada sobre un montón de paja, con las piernas cruzadas, moviéndose hacia delante y hacia atrás como un oso enjaulado, hizo que se detuviera de inmediato. En ese instante, el vagabundo se levantó silenciosamente frente a él: toda una masa de barro y suciedad. En el tormentoso crepúsculo en el que resonaban los furiosos ladridos del perro, Smith se estremeció de miedo ante algo tan desconocido e inexplicable. Cuando aquella criatura se apartó con las manos las sucias greñas que tapaban su rostro como si separara las dos mitades de un telón, y lo miró con aquellos ojos brillantes, idos, blanquinegros, el misterio que emanaba aquel mudo encuentro lo dejó totalmente paralizado. Más tarde acabó reconociendo (porque la historia se comentó mucho) que incluso llegó a dar varios pasos atrás. El torrente de atropelladas palabras que salió a continuación de sus labios lo convenció de que se encontraba frente a un loco que debía de haberse escapado de algún manicomio. En realidad, esa sensación jamás se le fue del todo. En su interior Smith seguía convencido de que aquel hombre estaba loco.

»La criatura comenzó a acercarse a él farfullando de forma casi ininteligible (llamándolo en realidad “noble caballero” y suplicándole alimento y cobijo por el amor de Dios). Smith le contestó firme y pausadamente desde el otro lado del patio. Al final se lanzó sobre él sin previo aviso, lo metió a empujones en la leñera y echó el cerrojo. A continuación se secó el sudor de la frente, a pesar de que era un

día frío. Al menos había cumplido con su deber hacia la comunidad de encerrar a aquel maníaco vagabundo que seguramente era muy peligroso. Smith no era un hombre malvado en absoluto, pero su concepto de locura era muy limitado. No tenía suficiente imaginación como para preguntarse si tal vez ese hombre estaba muriéndose de frío e inanición. Por si fuera poco, el maníaco comenzó a hacer muchísimo ruido en la leñera. La señora Smith estaba en la planta de arriba, gritando encerrada en su dormitorio, y Amy Foster no paraba de sollozar retorciéndose las manos en la puerta de la cocina y murmurando: “¡No, por favor! ¡No, por favor!”. Supongo que Smith no pasó precisamente un buen trago entre los gritos de su mujer, el llanto de su criada y aquella otra voz extraña y perturbadora al otro lado de la puerta, que no hacía más que crisparlo. No había forma de que relacionara a aquel demente con el naufragio de un barco en el Eastbay del que había oído hablar en el mercado de Darnford. Lo más probable es que el hombre que estaba encerrado en la leñera hubiese estado muy cerca de enloquecer aquella noche. Antes de tranquilizarse y perder el conocimiento, se estuvo lanzando salvajemente contra todo en medio de la oscuridad, golpeándose contra aquellos mugrientos sacos y mordiéndose los puños de rabia, frío, hambre y desesperación.

»Era un nativo de la cordillera oriental de los Cárpatos. El buque que se había hundido la noche anterior en el Eastbay había zarpado desde Hamburgo lleno de inmigrante y su nombre de infausta memoria era el Herzogin Sophia-Dorothea.

»Meses más tarde tuvimos también noticia de todas aquellas fraudulentas “agencias de emigración” que actuaban en las zonas más lejanas de Austria con los campesinos eslavos. Aquellos granujas estaban compinchados con los usureros locales y su objetivo no era otro que apoderarse de las granjas y casonas de aquellas pobres e incultas gentes. Por lo general, embarcaban a sus víctimas en Hamburgo. Yo mismo recuerdo haber visto entrar aquel barco en la bahía desde esta misma ventana, navegando de bolina con vela corta. Llegó hasta el fondeadero marcado en las cartas marinas que se encuentra frente a la estación de los guardacostas de Brenzett. Recuerdo también que, antes de que cayera la noche, pude ver la forma de su arboladura y su jarcia recortadas sobre un panel de nubes de color pizarra y, un poco más a la izquierda, la aguja más fina del campanario de Brenzett. El viento se levantó al anochecer y, cuando llegó la medianoche, recuerdo haber oído desde la cama unas ráfagas tremendas acompañadas de una lluvia torrencial.

»Ésa fue aproximadamente la hora en la que los guardacostas creyeron ver las luces de un vapor en el fondeadero. Desaparecieron de pronto, pero lo que es

incuestionable es que algún otro buque había intentado refugiarse en la bahía aquella infernal noche de poquísima visibilidad, había chocado de través con el barco alemán (abriéndole una grieta, tal y como me contó luego uno de los buzos, por la que “habría podido pasar una gabarra del Támesis”), y se había marchado intacto o dañado él también, eso nadie lo sabía, pero sí ignoto, silencioso y fatídico para desaparecer misteriosamente en el mar. Despertó una tremenda indignación en todo el mundo, pero aun así no se volvió a saber nada de él, seguramente porque ya no seguía navegando los mares.

»Ninguna pista y un silencio sepulcral, como si se tratara de un crimen perfectamente perpetrado, ésas fueron las características de aquel drama que, seguro que lo recuerdas, se hizo tristemente famoso. El viento debió de impedir que todos aquellos desgarradores gritos se oyeran en la costa, y parece evidente que nadie tuvo tiempo suficiente como para avisar del peligro. La muerte irrumpió sin hacer ruido. El barco de Hamburgo se inundó de repente y volcó a la vez que se hundía. Al amanecer no se veía en la superficie ni la perilla del más alto de sus mástiles. Los guardacostas se extrañaron de que no estuviera, y en principio pensaron que se le había roto la cadena durante la noche y que el viento lo había acabado llevando mar adentro. Más tarde, cuando cambió la marea, el casco hundido debió de moverse en el fondo del mar porque empezó a expeler algunos de los cadáveres. El cuerpo de una niña (una pequeña rubia con un vestido rojo) llegó a la orilla frente a la torre de defensa. Aquella misma tarde, y en una extensión de cinco kilómetros de costa, fueron apareciendo entre la espuma unas figuras negras de piernas desnudas, hombres de aspecto rudo, mujeres de rasgos endurecidos y niños casi siempre rubios. Rígidos y empapados, todos fueron trasladados en lo alto de parihuelas, escaleras y cestas en una larga procesión hasta la posada Ship Inn, donde los pusieron en fila bajo la fachada norte de la iglesia de Brenzett.

»Según la versión oficial, lo primero que llegó a tierra procedente de aquel barco fue el cadáver de la niña del vestido rojo, pero algunos marineros que son pacientes míos y que viven al oeste de Colebrook me comentaron que, a primera hora de la mañana, dos hermanos que bajaron a ver en qué estado había quedado su barca de pesca, que había varado en la arena a cierta distancia de Brenzett, encontraron el típico gallinero de barco con once patos ahogados en su interior. Sus familias se comieron los patos y trocearon la madera de la caja para hacer leña. Es probable que un hombre (suponiendo que hubiese estado en cubierta en el mismo instante del accidente), hubiese podido agarrarse a aquella enorme jaula de madera. Podría ser. Es cierto que a mí mismo también me parece poco probable, pero el hombre estaba allí... y durante días, casi podría decir semanas, ni se nos

pasó por la cabeza que pudiésemos tener frente a nosotros al único superviviente de la tragedia. Ni siquiera él pudo explicarnos lo que había sucedido cuando por fin pudo hablar. Lo único que recordaba era haberse sentido momentáneamente mejor (seguramente cuando fondeó el barco) y que la oscuridad, el viento y la lluvia lo habían dejado sin aliento. Todo parecía indicar que aquella noche pasó algún tiempo bajo cubierta, aunque tampoco podemos olvidar que hacía mucho que estaba muy lejos de todo lo que le resultaba conocido, que llevaba cuatro días mareado, con las escotillas cerradas en el interior del entrepuente y que no tenía noción alguna de lo que era un barco o de qué aspecto tenía el mar, y por esa razón era bastante difícil que pudiera saber con relativa claridad qué era lo que sucedía. Desde luego sí sabía lo que eran la lluvia, el viento, la oscuridad; también reconocía el balido de las ovejas, y la ausencia total de esperanza y el sufrimiento que había experimentado, su desconsuelo ante el hecho de que nadie lo entendiera ni lo ayudara, su asombro ante aquellos hombres enfadados y aquellas mujeres furiosas. Sabía que se había acercado a ellos con el aspecto de un pordiosero, pero en su tierra, decía, incluso aunque no se les diera limosna, se trataba a los mendigos con amabilidad. Los niños de su país no apedreaban a los que pedían compasión. La estrategia de Smith para atraparlo lo dejó sin recursos. La leñera tenía todo el aspecto de un calabozo, ¿qué le iban a hacer ahora? A nadie le podría asombrar que AmyFoster apareciera ante aquella mirada con el halo de un ángel benéfico. La muchacha no había podido dormir en toda la noche pensando en aquel desgraciado, y a la mañana siguiente se levantó antes que los Smith y salió con sigilo por el patio trasero. Entreabrió la puerta de la leñera, miró en el interior y le ofreció al hombre media hogaza de pan blanco... “El tipo de pan que comen los ricos en mi país”, solía decir.

»Él se puso en pie lentamente entre todos aquellos escombros, entumecido, hambriento, temblando, indeciso.

»— ¿Quiere comer esto? —preguntó ella con voz tímida y dulce.

»Él seguramente pensó que se trataba de una noble dama. Devoró el pan mientras sus lágrimas mojaban la corteza. Dejó de comer de pronto, agarró la muñeca de la joven y le besó la mano agradecido. AmyFoster no se asustó. A pesar del lamentable estado en el que se encontraba el muchacho, se había dado cuenta de lo apuesto que era. La joven cerró la puerta y regresó tranquilamente a la cocina. Poco más tarde se lo confesó a la señora Smith, a quien la sencilla idea de que aquella criatura pudiera tocarla la hacía temblar de miedo.

»Aquel impulsivo acto de piedad lo devolvió de nuevo a la sociedad de los

hombres en aquel lugar. Y nunca lo olvidó... nunca...

»Aquella misma mañana el viejo señor Swaffer (vecino de Smith) se acercó para dar su opinión sobre el tema y acabó llevándose al joven a su casa. Él espero obediente, con las piernas temblando y cubierto de barro endurecido mientras aquellos dos hombres seguían hablando a su lado en aquella lengua incomprensible. La señora Smith se había negado a bajar de la planta superior hasta que aquel loco abandonara la granja. Amy Foster los observaba a través de la rendija de la puerta trasera mientras él intentaba obedecer a las señas que le iban haciendo. Aun así Smith seguía desconfiando.

»—¡No se confíe, señor! Puede que nos esté engañando... —le repitió varias veces a su vecino.

»Cuando el señor Swaffer dio rienda a su yegua para que echara a andar, era tal la fragilidad de aquella criatura tan lastimosamente débil que se sentaba a su lado que a punto estuvo de caer hacia atrás desde lo alto del carro de dos ruedas. Swaffer se lo llevó directamente a su casa. Y ahí fue cuando yo entré en escena.

»Me requirieron de la manera más sencilla: pasaba por allí y el viejo me hizo una señal desde la verja con el dedo índice, para que me acercara. Como es lógico, yo me bajé para ver de qué se trataba.

»—Tengo algo aquí que me gustaría enseñarle —murmuró llevándome hasta un edificio cercano al resto de las dependencias de la granja.

»Allí fue donde lo vi por primera vez, en una enorme habitación de techo bajo dentro de una especie de cochera. Estaba prácticamente vacía y tenía las paredes encaladas; al fondo había una pequeña abertura cuadrada con un cristal rajado. El hombre estaba tendido sobre un camastro de paja, le habían facilitado un par de mantas de caballo y parecía haber invertido las pocas fuerzas que le quedaban en asearse. Casi no podía hablar; tenía la respiración nerviosa y los ojos inquietos y febriles como los de un pájaro al que acabaran de atrapar en una red. Mientras lo examinaba, el viejo Swaffer dio un par de pasos atrás acariciándose el labio superior con los dedos. Le di unas cuantas instrucciones, le dije que le iba a enviar un frasco de medicina y también, como es natural, le hice unas cuantas preguntas.

»—Smith lo agarró en el granero de New Barns —respondió tranquilamente

el viejo, como si el pobre muchacho no fuera más que un animal salvaje —, y así fue como llegó hasta mí. Qué extraño, ¿verdad? Usted que ha visto mucho mundo... ¿le parece que podría ser un poco hindú?

»Yo estaba maravillado. Aquel pelo largo y negro esparcido sobre la paja ofrecía un enorme contraste con la palidez olivácea de su rostro. Por un instante pensé que tal vez podría ser vasco. Aquello no significaba necesariamente que supiera español, pero probé con las pocas palabras que conocía en aquella lengua y luego repetí el experimento en francés. Los susurros que escuché procedentes de sus labios me dejaron realmente perplejo. Aquella misma tarde, cuando llegaron las hijas del rector, que iban a visitar a la señorita Swaffer (una de ellas era capaz de leer a Goethe con diccionario y la otra llevaba años luchando con Dante), lo intentaron desde la puerta en su alemán y su italiano, pero salieron corriendo ante el torrente apasionado de palabras con que les respondió él volviéndose desde su camastro. Ambas admitieron que el sonido era agradable, suave y melodioso, pero que resultaba inquietante, tal vez por estar unido a un físico como el suyo, tan vehemente y distinto de cuantos habían visto antes. Los niños del pueblo acabaron subiendo la colina para asomarse a la pequeña abertura que había en la ventana. Todo el mundo se preguntaba qué se proponía hacer con él el señor Swaffer.

»Por lo pronto lo dejó vivir allí.

»Si no hubiese sido un hombre tan respetado por todos, al señor Swaffer seguramente lo habrían tachado de excéntrico. Pregúntale a cualquiera del pueblo y todos te dirán que el señor Swaffer se queda siempre leyendo hasta las diez de la noche y que es capaz de firmar un cheque de doscientas libras sin pensarlo dos veces. Te dirán también que, desde hace trescientos años, los Swaffer han sido dueños de los terrenos que unen este pueblo con Darnford. Hoy tendrá unos ochenta años, pero desde que llegué aquí no parece haber envejecido ni un solo día. Es un gran criador de ovejas y un gran comerciante ganadero. No se pierde ni un día de feria, por muy mal tiempo que haga, y conduce su carro inclinándose sobre las riendas, con su pelo gris sobre el cuello de su grueso abrigo y una manta escocesa de cuadros verdes sobre las piernas. La serenidad propia de los años le otorga incluso un extra de solemnidad a su presencia. No lleva bigote ni barba, tiene labios finos y delicados, y algo rígido y monacal le da una gran dignidad a su semblante. Se sabe con certeza que ha llegado a recorrer kilómetros bajo la lluvia para contemplar una nueva variedad de rosa en un jardín, o una col gigante que había salido en el huerto de algún granjero. Le fascina hablar o escuchar lo que sea sobre cualquier cosa que sea “extranjera”; puede que aquélla fuera la razón por la que el viejo Swaffer acabó llevándose al desconocido a su casa. Puede que, en el

fondo, no se tratara más que de un capricho. Lo único que sé es que a las pocas semanas pude ver al loco de Smith cavando en el huerto de Swaffer. Por lo visto sabía usar una pala. Trabajaba descalzo.

»El pelo negro le llegaba hasta los hombros. Debía de haber sido el propio Swaffer el que le había dado aquella vieja camisa a rayas de algodón, pero seguía llevando los pantalones de paño marrón típicos de su país (los mismos con los que había conseguido llegar hasta la orilla) casi tan ceñidos como si fueran unas medias y un ancho cinturón de cuero tachonado con pequeños discos de latón. Todavía no se había atrevido a entrar en el pueblo. La tierra que veía le parecía que estaba tan bien cuidada como los campos de un terrateniente, el tamaño de los caballos de tiro le resultaba asombroso, los caminos le parecían senderos de jardines y el aspecto de la gente muy opulento, sobre todo los domingos. Se preguntaba de dónde venía la crueldad de los adultos y la desvergüenza de los niños. Recogía su vitualla en la puerta de atrás, la llevaba con cuidado con las dos manos hasta su habitación y se santiguaba siempre antes de empezar a comer. Junto a aquel mismo camastro se arrodillaba al anochecer en los días de invierno y rezaba sus oraciones antes de acostarse. Cada vez que se cruzaba con el viejo Swaffer se inclinaba con veneración y luego se quedaba muy erguido mientras el viejo lo contemplaba en silencio llevándose los dedos a los labios. Nunca se olvidaba tampoco de saludar con reverencia a la señorita Swaffer, una mujer delgada y ancha de espaldas de cuarenta y cinco años que llevaba diligentemente la casa de su padre e iba siempre con los bolsillos llenos de llaves y unos ojos grises y severos. Era anglicana (aunque su padre pertenecía a la Iglesia Baptista) y llevaba una pequeña cruz de acero en la cintura. Iba vestida siempre de luto riguroso en recuerdo de uno de los muchos Bradley de la comarca, con el que había estado prometida hacía veinticinco años y que había muerto en un accidente de caza en la víspera de su boda. Tenía el impassible rostro de los sordos, no hablaba casi nada y sus labios, tan finos como los de su padre, sorprendían en ocasiones con una sonrisa inesperada e indudablemente irónica.

»Aquéllas eran las personas a las que estaba ligado por lealtad, y de aquel cielo plomizo de invierno sin sol parecía caer sobre su cabeza una inmensa soledad. Todos los rostros reflejaban tristeza. No podía hablar con nadie y hacía tiempo que ya había perdido la esperanza de entenderlos. Era como si todos aquellos semblantes fueran de otro mundo, un mundo de muertos, como dijo muchos años más tarde. Me parece un milagro que no enloqueciera. No sabía dónde se encontraba. En algún lugar muy lejos de sus montañas... algún lugar al otro lado de las aguas. ¿Acaso había llegado de verdad a América?, se preguntaba.

»Comentó que si no hubiera sido por la cruz de acero en el cinturón de la señorita Swaffer, ni siquiera habría sabido si se encontraba en un país cristiano, así que de cuando en cuando le echaba alguna mirada furtiva y eso lo consolaba. Allí no había nada parecido a su país. Tanto la tierra como el agua eran distintos y no había imágenes del Redentor en los cruces de los caminos. Hasta los árboles y la hierba eran distintos. Lo único que le recordaba a su país eran tres viejos pinos noruegos que había frente a la casa del señor Swaffer. Una noche se lo encontraron con la frente apoyada en uno de aquellos árboles, gimiendo y hablando solo. Decía que durante aquella época esos árboles llegaron a convertirse en una especie de hermanos para él; el resto era desconocido. Trata de imaginar el horror de una vida ensombrecida y dominada por las realidades cotidianas como si fueran las imágenes de una pesadilla. Cuando por las noches le costaba conciliar el sueño, se dedicaba a recordar la imagen de la joven que le había ofrecido el primer pedazo de pan en aquella tierra extraña. En ella no había enojo o furia, ni tampoco temor. En medio de aquel mundo de rostros, impenetrables y misteriosos como los de los muertos, que poseen un conocimiento inalcanzable para los vivos, sólo el de aquella joven se le aparecía con un aire cercano y amable. A veces hasta me pregunto si el recuerdo de su compasión no sería lo que impidió que acabara cortándose el cuello, pero luego me río y me digo que soy un viejo sentimental que olvida que el apego a la vida es un instinto que sólo una desesperación extraordinaria alcanza a derrotar.

»El chico ejecutaba todos los trabajos que le encargaban con una inteligencia que muchas veces acababa sorprendiendo al viejo Swaffer. Tardó poco tiempo en descubrir que sabía utilizar un arado, ordeñar las vacas, dar de comer a los bueyes y echar una mano con las ovejas. Comenzó a aprender algunas palabras con rapidez y una hermosa mañana de primavera llegó a salvar a una nieta del viejo Swaffer de una muerte prematura.

»La hija menor de Swaffer se había casado con Willcox, abogado y secretario del ayuntamiento de Colebrook. Tenían por costumbre ir un par de días al año a hacer una visita al anciano. Su única hija, una pequeña que por aquel entonces apenas tenía tres años, salió sola de la casa con su delantal blanco, avanzó torpemente ente el pasto y se cayó de cabeza desde un pequeño muro en el abrevadero de los caballos que había en el patio inferior.

»El joven estaba con el carretero y el arado en el campo que quedaba junto a la casa y, al hacer la curva para empezar un nuevo surco, vio por el rabillo del ojo a través del hueco de la verja algo que se habría podido confundir con el aleteo de un pájaro blanco: pero él tenía una vista de águila que sólo parecía perder firmeza

ante la inmensidad del océano. Estaba descalzo y su aspecto era de lo más extraño; en ese instante dejó sueltos los caballos, para enfado del carretero, cruzó a saltos la tierra recién labrada, apareció de pronto ante la madre, le puso la niña en los brazos y se alejó tan rápido como había aparecido.

»Aunque el abrevadero no era demasiado profundo, de no haber sido por su aguda vista lo más probable es que la niña hubiese muerto tristemente ahogada en el barro que había en el fondo. El viejo Swaffer se dirigió lentamente hacia el campo, esperó a que el hombre con el arado estuviera a su altura, se lo quedó mirando un buen rato y regresó a su casa sin decir ni una sola palabra, pero desde aquel día la comida se le empezó a servir en la cocina y la señorita Swaffer, vestida totalmente de negro, acudía a la puerta de la sala para ver cómo se santiguaba antes de comer. Creo recordar que también desde aquel día el viejo Swaffer comenzó a pagarle un salario.

»No he conseguido reconstruir su evolución minuto a minuto, pero se cortó el pelo y se lo veía con frecuencia en el pueblo y por los caminos, como a cualquier otro hombre. Los niños ya no gritaban tras él. Entendió las diferencias sociales, pero nunca dejó de sorprenderlo que las iglesias fueran tan pobres en medio de tanta opulencia. Tampoco logró comprender nunca por qué estaban cerradas en los días laborables, ya que nada se podía robar en ellas. ¿Lo hacían tal vez para evitar que la gente rezara demasiado? En aquella época el párroco comenzó a interesarse en él, y me imagino que sus hijas empezaron a preparar el terreno para su conversión. No consiguieron que abandonara la costumbre de santiguarse, pero sí que se quitara el collar con dos pequeñas medallas de cobre y una especie de escapulario cuadrado. Los colgó junto a la cama, en la pared, y todas las noches se lo oía rezar lentamente sus oraciones, con las mismas palabras ininteligibles y la misma fe que mostró su anciano padre cada noche frente a toda la familia. A pesar de que para trabajar se ponía siempre unos sencillos pantalones de pana y los domingos un barato traje blanco y negro, todos los hombres se volvían para mirarlo cuando se cruzaban con él. Su origen extranjero había marcado en su actitud una huella indeleble y característica. Fue pasando el tiempo y la gente se acostumbró a verlo, pero no por eso se acostumbró a él. Aquel andar rápido y apenas rozando el suelo, su piel morena, el sombrero ladeado a la izquierda, aquella costumbre de llevar la chaqueta sobre el hombro en las noches de calor como si fuera el dolmán de un húsar, su forma de saltar las vallas aparentando andar con tranquilidad e intentando que no se pusiera de manifiesto su agilidad... Todas aquellas peculiaridades, por decirlo de algún modo, provocaban el desprecio y el resentimiento de los lugareños. A ninguno de ellos se les pasaba por la cabeza tumbarse en la hierba después de cenar para contemplar las estrellas, ni

cruzaban el campo cantando a gritos tristes melodías. En más de una ocasión recuerdo haber oído aquella voz suya desde la ladera opuesta por la que él conducía a las ovejas, una voz tan alegre y aguda como la de una alondra, pero a la vez demasiado humana y melancólica para estos campos, en los que lo único que se escucha es el canto de los pájaros. Yo mismo me sorprendía. Era un hombre distinto, alguien de corazón ingenuo y lleno de una bondad que nadie parecía desear; aquel náufrago era como un ser al que hubieran trasplantado desde otro planeta, que había sido separado de su pasado por una distancia inmensa y de su futuro por una enorme ignorancia. Todos quedaban escandalizados por aquella manera suya de expresarse rápida y apasionada. “Para ser tan pobre diablo es muy nervioso”, solían decir. Cierta atardecer en la taberna Carro y caballos (después de un par de tragos de *whisky*), acabó enfadando a todo el mundo al entonar una vieja canción de amor de su tierra. Terminaron abucheándolo y él se calló, apenado por que Preble, el carretero cojo, Vincent, el gordo herrero, y el resto de los ilustres de la reunión prefirieran tomarse su cerveza en silencio. Hubo otra ocasión en la que incluso intentó enseñarles a bailar. Del suelo de arena se empezaron a levantar nubes de polvo; se puso en cuclillas frente al viejo Preble y se apoyó en un talón al mismo tiempo que extendía la otra pierna y lanzaba unos tremendos gritos de júbilo: a continuación se puso en pie de un salto y empezó a girar sobre un pie haciendo chasquear los dedos sobre la cabeza, hasta que un carretero desconocido que había entrado allí a tomar un trago empezó a maldecir y se fue a la barra con su pinta de cerveza. El posadero se vio obligado a intervenir cuando lo vio subirse a las mesas y bailar entre los vasos de todos. En su taberna no quería “acrobacias”. Lo agarraron entre varios; como había bebido un par de copas, intentó protestar, aunque con poco resultado: al final lo echaron de allí y acabó con un ojo morado.

»Estoy seguro de que percibía toda aquella hostilidad a su alrededor, pero era un hombre fuerte, y no sólo desde el punto de vista espiritual, también físicamente. Lo único que lo asustaba, con ese terror vago que nos dejan las pesadillas, era el recuerdo del mar. Su hogar estaba muy lejos y ya no deseaba ir a América. Ya me había encargado yo de explicarle que no existía ningún lugar en la tierra en el que el oro estuviera a disposición del primero al que le apeteciera agacharse a recogerlo. Y si así era, ¿cómo podía atreverse a regresar a casa cuando habían vendido una vaca, dos ponis y un pedazo de tierra para pagarle el viaje? En esos instantes sus ojos se llenaban de lágrimas, los apartaba del resplandor del mar y se tiraba boca abajo sobre la hierba. Aunque también había ocasiones en las que lo veía ladearse el sombrero con aire seductor y despreciar mi supuesta sabiduría. En realidad él sí había encontrado el oro que buscaba en el corazón de Amy Foster, “Un corazón de oro a quien conmovía el sufrimiento de los otros”, decía con total convicción.

»Su nombre era Yanko. Nos había dicho que en realidad era un diminutivo de John, pero como repetía tanto que era montañés (una palabra que en su dialecto tenía un sonido muy similar a Goorall), se quedó con ese apellido. Y ése es el único rastro que quedará de él para la posteridad en el registro matrimonial de la parroquia. Allí se puede leer “YANKO GOORALL” del puño y letra del párroco. Una cruz torcida, la que empleó el náufrago para firmar y cuyo trazado sin duda le tuvo que parecer el momento más solemne de la ceremonia, es cuanto hoy se conserva para perpetuar el recuerdo de su nombre.

»Su cortejo de AmyFoster había empezado ya hacía tiempo, desde el mismo instante en que comenzó a ser mínimamente aceptado en la comunidad. Lo primero que hizo fue comprarle una cinta verde en Darnford. Ésa era la costumbre de su país: compraban una cinta en algún puesto de judíos en el día de feria. Lo más seguro es que la muchacha ni supiera qué hacer con ella, pero él parecía muy seguro de que nadie iba a malinterpretar la pureza de sus intenciones.

»Sólo cuando fue evidente para todos su deseo de contraer matrimonio se puso también de manifiesto lo... ¿se podría decir “odioso”...? que él era en toda la región, por un millón de pequeñas e insignificantes razones. En cierta ocasión, Smith se lo encontró junto a la valla de su granja y le aseguró que si volvía a verlo por allí le rompería la cabeza, pero él respondió retorciendo su pequeño bigote con un aire tan decidido y lo miró con unos ojos tan negros y feroces que Smith nunca se atrevió a cumplir su promesa. Eso sí, le dijo a la joven que muy loca tenía que estar para querer ser la novia de un hombre que claramente no estaba en sus cabales. A pesar de todo, cuando llegaba el atardecer y se escuchaba un par de extraños y melancólicos compases silbados desde el otro lado del huerto, dejaba lo que tuviera en las manos, y hasta a la propia señora Smith con la palabra en la boca si era necesario, y salía corriendo para estar a su lado. La señora Smith decía entonces que no era más que una fresca y una sinvergüenza. Los únicos de toda la comunidad que parecíamos apreciar la belleza de aquel joven éramos Amy y yo. Era de lo más apuesto y en su porte había algo elegante y solemne, a lo que se añadía un punto salvaje que lo hacía parecer por momentos una criatura de los bosques. La madre de la joven lloriqueaba y se quejaba cuando iba a verla en su día libre. El padre se mostraba ofendido, pero fingía no saber nada, y en cierta ocasión la señora Finn no dudó en decirle directamente a Amy: “Querida, ese hombre va a acabar haciéndote daño”. Y así continuaron las cosas. Se los veía pasear por los caminos, ella siempre con sus mejores galas, capaces de atraer las miradas a kilómetros a la redonda: el vestido gris, la pluma negra, las botas toscas, los guantes de algodón blanco; y él con la chaqueta ufanamente echada sobre el hombro, caminando a su lado con orgullo y dedicando a cada rato una amorosa

mirada a la joven del corazón de oro. Me gustaría saber si en realidad se daba cuenta de lo poco atractiva que era. Es posible que, como se encontraba frente a una fisonomía tan distinta a la que estaba acostumbrado en su país, no tuviera una capacidad de juicio demasiado clara; pero puede ser también que lo hubiera seducido sin más la divina cualidad de su piedad.

»Yanko estaba muy preocupado. En su país eran los ancianos los que hacían de embajadores en los casos matrimoniales, pero en aquel lugar no sabía cómo proceder. Uno de aquellos días, mientras estaban encargándose de las ovejas en el prado (en esa época echaba una mano a Foster con los rebaños de Swaffer), se quitó el sombrero frente al padre de la joven e hizo una humilde declaración de amor. “Me imagino que está lo bastante loca como para casarse contigo”, se limitó a decir Foster. “Y en ese momento —me contó Foster más adelante— el chico se puso de nuevo el sombrero, me miró con tanto odio como si quisiera matarme allí mismo, llamó al perro de un silbido y se marchó de allí dejándome todo el trabajo”. Como es lógico, los Foster no querían verse privados del dinero que ganaba la joven, y es que Amy le daba siempre todo su sueldo a su madre. Foster, por su parte, sentía un gran rechazo por aquella unión. Le parecía que el joven era un buen cuidador de ovejas, pero que todavía no estaba lo bastante preparado para el matrimonio. Para empezar, lo veía siempre hablando solo junto a los setos, como si estuviera loco, y además no se podía saber cómo iba a comportarse un extranjero con las mujeres. A lo mejor tenía intención de llevarse a Amy lejos de allí... o hasta fugarse él mismo. No le daba ninguna confianza. Le dijo a su hija que aquel joven podía ser muy capaz de maltratarla. Ella no respondió nada. Los lugareños comentaban que era como si aquel hombre hubiese hecho algo. El tema se convirtió en el chisme del pueblo y se armó un cierto alboroto, pero los jóvenes no dejaron de salir juntos por aquella razón. Y entonces fue cuando sucedió algo inesperado.

»No sé hasta qué punto se daba cuenta el viejo Swaffer de que su criado extranjero lo consideraba como una especie de padre, pero aun así, lo cierto es que la relación tenía algo de feudal. Cuando Yanko le solicitó una entrevista en la que incluía “también a la señorita” (a la sorda y severa señorita Swaffer solía llamarla sencillamente “la señorita”), fue para que le diera su bendición para la boda. Swaffer escuchó impasible el anuncio, le pidió que se retirara y luego gritó lo que acababa de escuchar en el oído menos sordo de la señorita Swaffer, que no pareció en absoluto alarmada por la novedad y se limitó a responder: “No creo que ninguna otra joven se quiera casar con él”.

»Todo el mundo acabó atribuyendo la generosidad a la señorita Swaffer

pero a los pocos días se supo que el viejo Swaffer le había regalado a Yanko una pequeña casa (la que has visto esta mañana) y un acre de tierra... y que le había traspasado la propiedad. Willcox se encargó de las escrituras y me comentó que sintió un gran placer cuando lo hizo. Se podía leer allí: "En agradecimiento por haber salvado la vida de mi querida nieta Berta Willcox".

»Como es lógico, después de aquel gesto ya no había nada que pudiera impedir su matrimonio.

»El enamoramiento de ella duró mucho tiempo. La gente la veía en la puerta de casa todas las tardes esperando a su marido. Se quedaba mirando con el aire inmóvil de las hipnotizadas a lo alto del sendero por el que solía aparecer él caminando con su alegre paso, entonando alguna canción de amor de su país. Cuando nació su hijo, Yanko volvió a beber más de la cuenta en la taberna Carro y caballos, intentó bailar otra vez y otra vez lo volvieron a echar. La gente compadecía a la mujer que se había casado con aquel payaso, pero a él no le importaba lo más mínimo porque ahora existía un hombre (eso me decía orgulloso) al que podría cantar y hablar en su lengua materna y al que iba a enseñar a hablar dentro de muy poco.

»Aunque no sé, a mí también me daba la sensación de que su caminar se había vuelto un poco más pausado, su cuerpo menos ligero y su mirada menos intensa. Puede que fueran imaginaciones mías, pero hoy sigo creyendo que ya había empezado a caer en las redes del destino.

»Uno de aquellos días lo vi en el camino de Talfourd Hill. Lo único que me dijo es que las mujeres eran "muy raras". Algo había oído yo de que tenían ciertos problemas conyugales, y la gente comentaba que Amy Foster estaba empezando a descubrir con quién se había casado. Al parecer un día le había quitado al niño de los brazos cuando le cantaba una de aquellas nanas que las madres suelen cantar a sus hijos, como si pensara que esa música podía hacerle algún daño. Las mujeres eran realmente muy raras. ¿Por qué no le dejaba rezar por las noches? Lo único que quería era que el niño pudiera aprender las oraciones del mismo modo en que él las había aprendido de su padre cuando era pequeño, en su país. Lo que yo entendí es que tenía prisa por que su hijo creciera para así poder hablar con alguien en aquel idioma que a nosotros nos parecía tan inquietante, extraño y apasionado, y no alcanzaba a entender por qué a su mujer le desagradaba esa idea; pero ya entraría en razón, me dijo, y ladeó la cabeza con una mirada cómplice antes de golpearse el pecho para darme a entender que ella tenía buen corazón: ¡un corazón que no era duro y que estaba abierto a la compasión, siempre caritativo

con los pobres!

»Yo me alejé meditabundo y pensando que, tal vez, lo que en primera instancia había despertado una atracción irresistible en la torpe naturaleza de aquella mujer, provocaba ahora una especie de repulsión. Eso creía...

El médico se acercó a la ventana y contempló el gélido resplandor marino, inmenso en medio de la vaga neblina, como si rodeara la tierra con todos los corazones perdidos en las pasiones que el amor y el miedo despiertan.

—Desde el punto de vista fisiológico —continuó dándose la vuelta de pronto— era posible. Era posible.

Se quedó callado unos instantes y luego prosiguió:

—Sea como sea, la siguiente vez que lo vi estaba muy enfermo, tenía un cuadro pulmonar. Era un hombre fuerte, pero supongo que no se había aclimatado tan bien como yo pensaba. El invierno estaba siendo muy duro y los hombres de montaña tienen tendencia a sufrir ataques de melancolía. Imagino que fue precisamente el abatimiento lo que lo hizo más vulnerable. Estaba medio vestido y tirado en el catre de la planta de abajo. En el centro de aquel pequeño cuarto había una mesa con mantel; en el suelo, una pequeña cuna de mimbre y, en el hornillo, una tetera humeante. Algunas prendas de ropa infantil se secaban junto a la chimenea. La habitación estaba caliente pero la puerta se abría directamente hacia el jardín, como seguramente te diste cuenta. Tenía mucha fiebre y hablaba solo. Ella estaba sentada en una silla y lo miraba desde el otro lado de la mesa con sus nublados ojos marrones.

»— ¿Por qué no está en el piso de arriba? —pregunté.

»Le di algunas indicaciones y cuando me fui le insistí para que guardara cama en la planta superior. La muchacha retorció las manos.

»—No puedo, no puedo. No para de decirme cosas y no sé qué quiere.

»Yo miré con detenimiento a aquel hombre, sin poder evitar recordar todas las habladurías que se habían dicho sobre él. Observé aquellos ojos miopes e inexpresivos que habían sido los de una criatura fascinante, pero que ahora parecían no estar viendo nada al mirarme. Comprendí que ella estaba muy nerviosa.

»—¿Qué le pasa a Yanko? —me preguntó con temor—. Tampoco parece muy enfermo, nunca había visto a nadie así...

»—¿Te parece que está fingiendo? —repliqué indignado.

»—No lo puedo evitar, señor —me contestó sin inmutarse, juntó las manos y retiró la mirada—. Y además el niño... Tengo miedo... Me pide que se lo dé y no entiendo lo que le dice.

»—¿No le puedes pedir a algún vecino que te acompañe esta noche? —pregunté.

»—Nadie quiere venir, señor —dijo susurrando y con resignación. Le insistí en que lo cuidara bien y luego me tuvo que marchar. En invierno siempre hay mucha gente enferma.

»—Por lo menos espero que no hable... —le escuché decir mientras salía.

»La verdad, no sé cómo no me di cuenta, pero fue así, y cuando giré la cabeza desde el carro la vi; seguía inmóvil en la puerta, como si quisiera echar a correr por el camino embarrado. Al llegar la noche la fiebre le había subido. Daba vueltas en la cama, gemía y de cuando en cuando se quejaba. Amy Foster estaba sentada al otro lado de la mesa observando cada uno de sus movimientos y sonidos, y sintiendo cómo el terror, un terror irracional hacia aquel hombre, iba inundándola cada vez más. Había acercado la cuna de mimbre hasta sus pies. Estaba dividida entre el instinto maternal y el miedo. En un momento dado, Yanko se dio la vuelta hacia ella y le pidió un poco de agua porque estaba muerto de sed. Ella no había entendido lo que le decía, aunque lo más probable era que él pensara que se lo había dicho en inglés. Se quedó mirándola fijamente y delirando de fiebre, sin poder creer su silencio y su inmovilidad, y al final gritó impaciente:

»—¡Agua! ¡Dame agua!

»Ella saltó de pronto, abrazó al niño y se quedó quieta. Yanko siguió hablando, pero sólo consiguió aumentar su miedo con la vehemencia de sus reproches. Supongo que aquel hombre cada vez más extraño continuó durante un buen rato pidiéndole cosas, suplicando y ordenando. La muchacha jura que soportó aquella situación hasta que no pudo más. Él tuvo un estallido de ira.

»Se sentó y, con voz ronca, dijo una palabra... alguna palabra, y acto seguido se puso de pie como si no estuviera enfermo, eso dijo ella. En medio de su

delirio e indignación caminó en su dirección, y ella, sin más, abrió la puerta y salió corriendo con el niño en brazos. Desde el camino siguió escuchando cómo gritaba su nombre con una voz terrible, pero ella continuó corriendo... ¡Si hubieses podido ver, en la oscuridad de aquellos ojos, el brillo del miedo que acabó llevándola a cinco kilómetros, hasta acabar en casa de los Foster! Yo lo encontré al día siguiente, fui yo quien lo encontró tendido boca abajo sobre un charco. Esa noche me habían llamado para una emergencia en el pueblo y, al regresar al amanecer, pasé junto a su casa; la puerta estaba abierta y mi ayudante me ayudó a trasladarlo hasta el interior. Lo pusimos sobre el catre. El fuego se había apagado y la lámpara humeaba, las paredes empapeladas de un triste color amarillo estaban cubiertas de la humedad de la noche, y frías.

»—¡Amy! —grité. Y a pesar de que la casa era diminuta, mi voz se perdió en el vacío como si hubiese estado en el desierto. Yanko abrió los ojos.

»—Se ha marchado —dijo claramente—. Lo único que le había pedido era un poco de agua.

»Estaba cubierto de barro. Lo tapé y me quedé a su lado en silencio. De cuando en cuando conseguía articular dolorosamente alguna palabra. Ya no hablaba en su idioma. La fiebre había desaparecido, y con ella se había ido también el calor de la vida. Por segunda vez su mirada me recordó a la de un animal salvaje, a la de un pájaro atrapado en una red. Ella lo había abandonado enfermo, desvalido, sediento... La lanza había atravesado su pecho.

»—¿Por qué? —preguntó con voz indignada, como si le reprochara algo al Creador. La única respuesta fue una ráfaga de viento y, a continuación, una poderosa tormenta. Cuando me levanté para cerrar la puerta pronunció la palabra “misericordioso” y expiró.

»Escribí en el acta de defunción que había fallecido a causa de un paro cardíaco. Lo más seguro es que le fallara el corazón, porque de otro modo habría podido sobrevivir también a aquella noche de frío y tormenta. Le cerré los ojos y me fui de allí. A cierta distancia me crucé con Foster, que caminaba decidido con su perro pegado a los talones.

»—¿Sabe dónde se encuentra su hija? —pregunté.

»—¡Cómo no lo voy a saber! —gritó—. Voy a decirle a ese tipo un par de cosas... ¡Asustar a mi hija de esa forma!

»—No lo volverá a hacer —dije—, está muerto.

»Dio un golpe al barro con el bastón.

»—Y está el niño...

»Luego, tras unos instantes meditabundo, concluyó:

»—No sé si es mejor así.

»Eso fue lo único que dijo. Y AmyFoster jamás dice nada, ni siquiera menciona el nombre de su marido, nunca lo hace. Quizá la imagen de ese hombre se haya borrado de su memoria del mismo modo en que su figura saltarina se ha desvanecido en estos campos. Ya no está frente a ella para hacer crecer la llama del miedo y la pasión, es como si su recuerdo se hubiese disipado en ese torpe cerebro, como una sombra en una pantalla blanca. Sigue viviendo en la casa y ahora trabaja para la señorita Swaffer. Para la gente es AmyFoster, y el niño “el hijo de AmyFoster”. Para ella es Johnny, el diminutivo de John. Ni siquiera podría decirte con seguridad si ese nombre le trae algún recuerdo. ¿Piensa en el pasado alguna vez? En muchas ocasiones la he visto inclinarse maternalmente sobre la cuna. El niño estaba tumbado boca arriba, un poco asustado de mi, pero muy quieto y en silencio, mirándome con sus grandes ojos negros y el mismo brillo asustado de los ojos de los pájaros cuando están en la red. Al mirarlo me da la sensación de verlo otra vez a él, a su padre, arrastrado por las olas hasta una orilla en la que acabaría muriendo en el peor desastre de soledad y desesperación.

TIFÓN

I

El capitán MacWhirr, del vapor Nan-shan, tenía una fisonomía que, al menos desde el punto de vista de la apariencia externa, era una réplica exacta de su carácter. No existía en él ninguna marca que hiciera evidente su firmeza ni su estupidez; lo cierto es que no había en él ni un solo rasgo pronunciado; su aspecto era corriente, impasible e inexpresivo.

Lo único que parecía sugerir era una enorme timidez. Había ocasiones en las que estaba en tierra y se quedaba sentado en las oficinas con la piel ennegrecida por el sol, una vaga sonrisa en los labios y la mirada fija en el suelo. Si alzaba la mirada se podían apreciar en él unos ojos francos y azules. Su pelo era rubio y muy fino, y lo llevaba siempre peinado de un lado a otro cruzando la despoblada cúpula del cráneo, como si se tratara de una diadema sedosa. El pelo de la cara, por otro lado, era pelirrojo y brillante, y tenía el aspecto de una plantación de cobre que se interrumpía, siguiendo el dibujo del labio. Por mucho que intentara apurar el afeitado en la superficie de sus mejillas siempre se podía apreciar algún que otro destello metálico cada vez que movía la cabeza. Su altura era relativamente inferior a la media, tenía los hombros caídos y sus miembros eran tan robustos que la ropa siempre parecía demasiado pequeña para aquellas piernas y aquellos brazos. Había algo en él que parecía convertirlo en un inepto total para saber qué ropa era más conveniente llevar en las distintas latitudes: llevaba un bombín de color marrón, un traje completo de un color cercano al marrón y unas toscas botas negras. Aquella moda portuaria le daba a su robusto cuerpo un aire de elegancia rústica y algo rígida. Del chaleco le colgaba una delgada cadena de plata sujeta a su reloj, y jamás abandonaba la embarcación para bajar a tierra sin coger antes, con su peluda y elegante mano, un paraguas de gran calidad, casi siempre sin enrollar. El joven Jukes, su segundo, se atrevía entonces a advertirle con la máxima educación mientras acompañaba a su señor hacia la pasarela:

—Permítame, señor.

Le quitaba el paraguas de la mano con mucha delicadeza, lo alzaba, sacudía bien las dobleces, las recogía con rapidez y pulcritud y se lo devolvía. Tenía en su rostro, mientras hacía todo aquel proceso, un gesto de solemnidad tan grande que el señor Solomon Rout, jefe de máquinas, tenía que apartar la mirada desde la

claraboya en la que estaba sentado para que nadie pudiera ver su sonrisa.

—Ah, sí... el bendito paraguas... Muchas gracias, Jukes —decía con voz queda el capitán MacWhirr sin mirarlo.

Como no tenía más imaginación que la necesaria para ir pasando de día en día y era un hombre seguro de sí mismo, no era presuntuoso en absoluto. Son los superiores con imaginación los que al final acaban resultando más puntillosos, mandones y difíciles de complacer, pero todos los barcos a cuyo mando había estado el capitán MacWhirr habían sido un oasis de paz y tranquilidad. Lo cierto era que le habría resultado tan complicado cometer maldad alguna como a un relojero fabricar un cronómetro con una maza y un serrucho. Aun así, no es menos cierto que las sencillas vidas de los hombres entregados a la existencia en su expresión más simple tienen también su lado oscuro y misterioso. En el caso concreto del capitán MacWhirr, habría sido imposible saber qué era lo que había llevado a aquel hijo de un comerciante de Belfast a echarse al mar, y sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo cuando cumplió quince años. Si uno lo pensaba bien, sólo ese hecho habría bastado para creer en la presencia de una mano invisible potente y poderosa que se hundiera de cuando en cuando en el hormiguero de la tierra, agarrando hombros y golpeando unas cabezas con otras y forzando a ciertas caras a dirigir sus miradas inconscientes a extraños objetivos y direcciones jamás pensadas.

Su padre no le había perdonado jamás su absurda desobediencia.

—Podríamos haber estado perfectamente sin él —solía decir—, pero el negocio es el negocio. ¡Y encima es nuestro único hijo!

Su madre lloró desconsoladamente tras su desaparición. Como ni siquiera se le ocurrió dejar una carta de despedida, estuvieron llorándolo como si hubiese fallecido, hasta que llegó a los ocho meses su primera carta con un remite de Talcahuano. Era muy breve y en ella se podía leer una declaración: «Ha sido una travesía fantástica». En la cabeza del autor de la misiva lo único importante parecía ser que el mismo día en que firmaba aquella carta había sido inscrito oficialmente en el registro del barco como «marinero». «Y es que sé hacer mi trabajo», añadía. Su madre se entregó de nuevo a las lágrimas, mientras que su padre prefirió resolverlo con un simple comentario: «Nuestro Tom es imbécil». Su padre era un hombre robusto a quien agradaban las bromas maliciosas, una afición a la que se aplicó con gran energía en todo lo referente a su hijo, como si se tratara de alguien no muy listo.

Como es evidente, MacWhirr visitaba a sus padres muy rara vez, pero siguió enviándoles cartas a lo largo de todos aquellos años, en las que los informaba de sus ascensos y de sus viajes a lo largo del globo. En aquellas cartas normalmente se leían descripciones del estilo: «Hace mucho calor aquí». O: «El día de Navidad, a las cuatro de la tarde, vimos unos icebergs». Aquella pareja de ancianos poco a poco se fue habituando a los nombres de los barcos y a los de sus capitanes, los de los fletadores ingleses y escoceses, la situación y nombres de mares, océanos, canales, estrechos y puertos madereros, de arroz, de algodón, nombres de islas y también el de la joven novia de su hijo. El nombre de ésta era Luvy. A MacWhirr ni se le había ocurrido comentar si el nombre le gustaba o no. Y así murieron.

El día de la boda de MacWhirr llegó a su hora, poco después de aquel otro día no menos solemne en que consiguió su primera capitanía.

Todos aquellos sucesos ocurrieron muchos años antes de una mañana, en la caseta de vapor del Nan-shan, en la que MacWhirr se enfrentó a un descenso del barómetro que no le infundió desconfianza. Aquel descenso —especialmente si se tenía en cuenta la enorme calidad de ese instrumento, la época del año y la posición geográfica en la que se encontraba el barco— tenía un carácter ominoso, pero la rotunda cara de aquel hombre no mostró el menor signo de alarma. Los malos augurios no le asustaban, y además era incapaz de descifrar el sentido de una profecía hasta que su cumplimiento no lo golpeaba en plena cara al abrir la puerta. «No hay duda de que se trata de un descenso —pensó—, lo más probable es que haya habido algún temporal muy fuerte en los alrededores».

El Nan-shan venía del sur y se dirigía al puerto de Fuchau con una carga leve en las bodegas y doscientos *coolies* chinos en su camino de regreso a casa tras varios años de trabajo en las colonias tropicales. Hacía una mañana magnífica y el mar parecía palpitar descansado y sin destellos, en el cielo se desplegaba una enorme extensión lechosa que parecía formar un halo en torno al sol. La cubierta estaba totalmente repleta de chinos en la parte de proa, vestidos oscuros, caras cetrinas y trenzas, una multitud de hombros desnudos que se había reunido allí porque no soplaba el viento y hacía cada vez más calor. Los *coolies* se dedicaban a pasear, conversar, fumar y asomarse por la borda. Algunos subían cubos de agua marina y se bañaban en cubierta, otros se quedaban escondidos en las escotillas, mientras otros se reunían en pequeños grupos de seis para comer arroz o para beber té. Todos aquellos súbditos del Imperio Celeste llevaban consigo cuanto tenían en el mundo: un pequeño baúl de madera con una cerradura tintineante y esquinas de lata en cuyo interior guardaban los ahorros que habían ganado con su

esfuerzo. Otros llevaban ropas ceremoniales, barritas de incienso y hasta un poco de opio, un puñado de dólares de plata ganados con un desgaste sobrehumano en las minas de carbón, en las salas de juego o en los pequeños colmados; le habían arrancado a la tierra aquel dinero, se lo habían extraído a su sudor en las minas o en las vías del tren, en la mortal jungla o bajo las pesadas cargas, lo habían reunido con paciencia y ahora lo protegían con uñas y dientes en aquellas cajitas.

Eran más o menos las diez cuando se empezó a manifestar una pequeña marejada que provenía del canal de Formosa. Ninguno de los pasajeros pareció inquietarse mucho, porque el Nan-shan, con su fondo plano, sus quillas altas y su manga amplia tenía fama de ser extraordinariamente estable en alta mar. Cuando estaba en tierra, el joven Jukes, en algunos de sus momentos más extrovertidos, solía decir que la «vieja era tan segura como bonita». Al capitán MacWhirr nunca se le habría ocurrido manifestar su positiva opinión de una manera tan elogiosa y en esos términos.

Nadie ponía en duda que se trataba de un gran barco y nadie consideraba que fuera viejo. Lo construyeron en un astillero de Dumbarton hacía menos de tres años por encargo de una empresa mercantil de Siam, Siggs e Hijos. Cuando por fin estuvo acabado hasta el último detalle e hicieron la botadura del barco, sus constructores lo miraron con admiración.

—Sigg nos ha encargado que le encontremos un capitán de confianza para gobernarlo —dijo uno de los socios, y el otro, después de pensar unos instantes, comentó—:

—Creo que MacWhirr está en tierra en esta temporada.

—¿Hablas en serio? En ese caso envíale un telegrama lo antes posible, es nuestro hombre —dijo el mayor de los dos.

El día después MacWhirr se encontraba frente a ellos tras haber viajado desde Londres en el tren de medianoche y haberse despedido de su mujer de una forma un poco brusca y no demasiado cariñosa. Era hija de un matrimonio de la clase alta venido a menos.

—Creo que lo mejor es que le llevemos a ver el barco cuanto antes, capitán —dijo el mayor de los dos, y los tres hombres se dirigieron al Nan-shan para echar un cuidadoso vistazo a todas sus virtudes de popa a proa, y desde la quilla hasta sus palos mayores.

Lo primero que hizo el capitán MacWhirr fue quitarse la chaqueta y colgarla sobre un cabrestante que parecía aglutinar todas las últimas innovaciones náuticas.

—Mi tío envió por correo una carta ayer mismo recomendándole vivamente a los señores Sigg, y no nos cabe duda de que en cuanto esté allí seguirán encomendándole la capitanía del barco —dijo otro socio—. Estoy seguro de que se sentirá orgulloso de tener a sus órdenes el barco más fácil de manejar de su categoría en todas las costas de China, capitán.

—Ah, muy amable por su parte, muchas gracias —murmuró MacWhirr, para quien un episodio tan lejano como el que se le estaba planteando no tenía mayor gracia que un enorme paisaje para un turista miope, y, como en ese preciso instante su mirada se había detenido sobre la cerradura de la puerta de la cabina, se encaminó hacia ella con decisión y giró el pomo, mientras decía en voz baja y decidida—: Uno no se puede fiar de los obreros de hoy en día. Ni siquiera se ha estrenado y ya no funciona la cerradura, está atascada, ¿han visto? ¿Han visto?

Cuando por fin se encontraron a solas en el despacho, el sobrino le dijo a su tío en tono de reproche:

—¿Por qué ha recomendado a este personaje a Sigg? ¿Qué es lo que ve en él?

—Supongo que no se parece demasiado a tu imagen del capitán modélico, si eso es a lo que te refieres —contestó brevemente el mayor de los dos—. ¿Está por ahí el capataz de los carpinteros del Nan-shan? Pase Bates, pase por favor... ¿Cómo ha podido permitir que esa gente de Tait ponga una cerradura defectuosa en la puerta de la cabina? El capitán se ha dado cuenta de inmediato, que la cambien en el acto. Atento a los pequeños detalles, Bates, los pequeños detalles...

Se cambió la cerradura y a los pocos días el Nan-shan ya zarpaba rumbo a Oriente sin que MacWhirr hubiese hecho ni el más mínimo comentario sobre sus virtudes, ni se le hubiera escuchado la menor alabanza que pudiera dar a entender que se sentía orgulloso de su embarcación, agradecido de haber sido contratado o entusiasmado por las perspectivas que se desplegaban frente a él.

Lo cierto era que aquel carácter, que no era ni locuaz ni taciturno, se inclinaba poco o nada a la conversación y el comentario. Como es lógico, aparte quedaban todos los temas relacionados con el servicio, las órdenes, las directrices, etcétera, pero aunque es cierto que en su mente el pasado estaba bien muerto y

enterrado, no era menos cierto que el futuro quedaba muy lejos. Los sucesos generales no precisaban de momento de grandes comentarios, ya que no hacía falta; los hechos acababan siempre hablando por sí solos con una extraordinaria elocuencia.

El viejo señor Sigg tenía inclinación por los hombres de pocas palabras y por los que no tenían «intención alguna de mejorar las órdenes recibidas». MacWhirr cumplía aquellos requisitos a la perfección, y por eso se quedó al mando del Nan-shan y se dedicó de lleno a la tarea de navegar sin descanso por los mares de la China. Aunque el barco había partido con bandera inglesa, los propietarios pensaron que era más indicado cambiarla por la de Siam.

Cuando Jukes se enteró de que iba a efectuarse tal cambio, mostró una gran inquietud, como si lo hubiesen insultado de modo personal. Se lo veía meditando y hablando a solas, y de cuando en cuando prorrumpiendo en una gran risa sarcástica.

—Lo que hay que ver, tener que llevar un espantoso elefante del Arca de Noé en la bandera del barco —comentó en cierta ocasión en la sala de máquinas—. No pienso pasar por ahí, antes dejo este trabajo. ¿A usted no le revienta, señor Rout?

El jefe de máquinas se limitó a carraspear, como quien es consciente de lo difícil que es encontrar un buen trabajo.

El primer día que ondeó la bandera extranjera en el Nan-shan, Jukes se plantó en cubierta con aire amargado para contemplarla. Durante un buen rato estuvo luchando con sus sentimientos, y al final declaró:

—Qué bandera tan extraña, ¡y tener que navegar bajo ella, mi señor!

—¿Qué tiene de malo esa bandera? —preguntó el capitán MacWhirr—. A mí me parece tan buena como cualquier otra.

Cruzó el puente para poder mirarla más de cerca.

—Pues a mí me parece muy extraña —exclamó Jukes antes de abandonar la cubierta.

El capitán MacWhirr se quedó muy desconcertado por aquel suceso. Pocos minutos después entró en la cabina, abrió su libro de códigos de señales

internacionales por las páginas en las que se podían ver las banderas de todas las naciones dibujadas a todo color. Fue señalándolas con el dedo hasta llegar a la de Siam, y a continuación estuvo un buen rato contemplando atentamente aquel elefante blanco sobre un fondo rojo. No le parecía que pudiera haber nada más sencillo, pero como quería estar del todo seguro llevó el libro a cubierta para comparar el dibujo de la bandera de popa con el de la ilustración. La primera ocasión en la que tuvo oportunidad de ver de nuevo a Jukes con aquel gesto de reprimida ferocidad, su superior le comentó:

—No hay absolutamente nada extraño en esa bandera.

—¿Le parece? —murmuró Jukes inclinándose sobre uno de los compartimentos de cubierta y arrancando una sonda con furia.

—Eso me parece. Lo he estado mirando en el libro. Es el doble de larga que de ancha y tiene el elefante exactamente en el centro. Es de lógica que la gente de tierra tenga una noción clara de qué aspecto tiene la bandera local. Me parece que es de un sentido común aplastante. Estaba usted equivocado, Jukes.

—Escuche, señor —replicó Jukes levantándose con gran excitación—, lo único que puedo decir...

Intentó agarrar el cabo de cuerda con las manos temblorosas.

—Tranquilícese —dijo el capitán MacWhirr, dejándose caer en una pequeña silla de lona que le encantaba—, de lo único que tiene que asegurarse es de que no la icen con el elefante al revés hasta que no se hayan acostumbrado del todo.

Jukes arrojó el cabo a cubierta y gritó:

—Ahí tenéis, muchachos. Aseguraos de humedecerla bien. —Luego se volvió hacia su capitán con una gran resolución, pero el capitán había aprovechado para apoyarse cómodamente en la borda con los codos muy separados.

—Supongo que eso podría interpretarse como signo de mala suerte —prosiguió el capitán—, ¿no lo cree así? El elefante debe de tener un significado más o menos parecido al de la Union Jack en la bandera...

—¿Sí? —gritó Jukes con tanta furia que todos los que se encontraban sobre la cubierta del Nan-shan se dieron media vuelta hacia el puente de mando. Dio un suspiro y a continuación dijo, misteriosamente apaciguado—: Es cierto que podría

ser una visión inquietante.

Poco más tarde aquel mismo día, fue a buscar al jefe de máquinas para confiarse con él.

—Le voy a contar la última del viejo.

Solomon Rout (a quien llamaban también Sol el Largo, viejo Sol o padre Sol) tenía el hábito de inclinarse con cierta condescendencia, ya que por lo general era siempre el más alto en todos los barcos en los que había trabajado. Tenía un pelo escaso y claro, las mejillas hundidas con una palidez semejante a la de sus huesudas muñecas y unas manos finas de intelectual, como si hubiese vivido toda su vida a la sombra.

Sonrió a Jukes desde la altura y no dejó de fumar ni de observar tranquilamente, en una actitud que recordaba la de un adulto escuchando las ocurrencias de un niño excitado. A continuación le preguntó divertido e impasible:

—¿Entonces ha decidido usted marcharse?

—¡No! —respondió Jukes con tono desanimado, pero a voz en grito, para que su timbre sonara sobre el de los tornos de fricción del Nan-shan, que en ese momento se encontraban trabajando al límite de su capacidad, izando la carga hasta lo más alto de las grúas sólo para dejarla caer a continuación sin ninguna atención. Las cadenas chirriaban en las poleas y pasaban rozando a los lados del barco, la embarcación entera se estremecía con sus largos flancos entre bocanadas de vapor.

—¡No! —repitió Jukes—. No lo he hecho, ¿de qué me iba a servir? No creo ni que se diera cuenta de que le tiro mi dimisión a la cabeza. A ese viejo mulo no hay quien le haga comprender nada. Me deja sin palabras, la verdad.

El capitán MacWhirr, que había bajado a tierra, regresó al barco en ese momento y cruzó la cubierta con el paraguas en la mano, en compañía de un chino melancólico y tranquilo que caminaba a su lado con sus zapatos de seda con suela de cartón y también un paraguas en la mano.

El capitán del Nan-shan, con aquella voz casi inaudible y sin retirar la mirada de sus zapatos, afirmó que en aquel viaje harían escala en Fuchau, y le pidió al señor Rout que tuviera la máquina lista para partir a la una en punto de la tarde del día siguiente. Se inclinó el sombrero hacia atrás para secarse la frente, y

comentó lo mucho que odiaba bajar a tierra. El señor Rout siguió fumando pacíficamente sin pronunciar ni una sola palabra, acariciándose el codo derecho con la palma de la mano izquierda. A continuación, Jukes recibió la orden, en la misma voz contenida, de mantener vacío de carga el entrepunte de proa donde iban a viajar doscientos *coolies*. La compañía Bun Hin los enviaba de regreso a casa. Iban a llegar también veinticinco sacos de arroz en un sampán para el almacén. Todos ellos eran «hombres de siete años», comentó el capitán MacWhirr, y cada uno llevaba su pequeño baúl de madera de alcanfor. El carpintero tenía que encargarse de clavar listones en la cubierta inferior, a babor y a estribor, para impedir que las cajas resbalaran hacia el mar. Lo mejor era que el propio Jukes se encargara de todo aquello enseguida.

— ¿Ha oído, Jukes?

El chino que lo acompañaba iba a viajar en el barco hasta Fuchau; era una especie de intérprete, un empleado de Bun Hin que quería cerciorarse del espacio del que podían disponer. Jukes tenía que acompañarlo.

— ¿Ha oído, Jukes?

Jukes tuvo buen cuidado de ir dando a todas aquellas preguntas el contrapunto de un «Sí, señor», que salía de sus labios sin emoción alguna. Cuando añadió «Vamos a echar un vistazo, John», el chino también se puso en movimiento.

— Que el vistazo, todo ojeada podel — dijo Jukes, que al parecer no tenía el menor talento natural para los idiomas y que maltrataba hasta el «pidgin-english». Señaló la escotilla y añadió—: Este buen lugal pala dolmil, ¿no?

Se mantenía severo, tal y como correspondía a su superioridad racial. El chino parecía taciturno y melancólico, y se asomaba a la escotilla como si lo hiciera a una gruta abierta.

— Aquí no mojal lluvia, ¿ves? — indicó Jukes —, pero si hace buen tiempo, el *coolie* subil aliba — continuó con la explicación, cada vez más animado —, el *coolie* subil y hacel: ¡fuuuuu! — Ensanchó el pecho—. ¿Ves, John? Y así puede respirar aire fresco. Y lavar ropa, y ñam-ñam ahí arriba, ¿has visto, John?

Mientras hablaba realizaba al mismo tiempo grandes y exagerados gestos con las manos, imitando a un *coolie* que comía arroz o que lavaba los pantalones, mientras que el chino hacía todo lo posible por no manifestar muy claramente la desconfianza que le producía Jukes con toda su pantomima, y dirigía la mirada

desde el rostro de Jukes hasta la apertura de la escotilla.

—Todo bien —respondió finalmente, con algo de desaliento antes de subir de nuevo a la cubierta y deslizarse por ella esquivando los obstáculos que había allí. Finalmente desapareció, agachándose para poder pasar bajo una carga de diez sucios sacos de yute que estaban colgados, que con toda seguridad contenían en su interior una valiosa mercancía y desprendían un olor nauseabundo.

Durante todo aquel proceso, el capitán MacWhirr había regresado al puente y entrado en la cabina, donde lo esperaba una carta que había empezado hacía unos días y que todavía no había terminado. Aquellas largas misivas siempre empezaban con la misma frase: «Mi querida esposa», y el sirviente aprovechaba la mínima oportunidad para leerlas mientras limpiaba el suelo y le quitaba el polvo a los cronómetros. Es casi seguro que le interesaran mucho más que a su destinataria, porque en muchas de ellas explicaba hasta sus últimos detalles sus viajes en el Nan-shan.

Su capitán parecía un hombre extremadamente fiel a los hechos —era en realidad lo único que parecía articular su conciencia—, y los escribía allí, ocupando casi siempre una buena cantidad de páginas. La casa en el suburbio norteño a la que iban dirigidas aquellas cartas tenía un pequeño jardín frente al mirador del ventanal, un porche de aspecto agradable y una puerta de entrada con cristales de colores imitando un vitral. Por aquella casa pagaba cuarenta y cinco libras al año, un alquiler que no parecía demasiado caro, si se tenía en cuenta que la señora MacWhirr (una mujer altiva de cuello frágil y mirada desdeñosa) era una gran señora y todo el mundo en el barrio pensaba que era una «mujer de lo más distinguida». Lo único que la atemorizaba y que guardaba en secreto era que llegara el día en el que su abyecto esposo regresara para quedarse definitivamente. Bajo aquel mismo techo vivían también una hija llamada Lydia y un hijo llamado Tom. Los dos conocían muy poco a su padre y pensaban en él como un visitante poco frecuente, aunque con sus privilegios, que fumaba en pipa en el porche al anochecer y dormía bajo el mismo techo que ellos. La chica era alta y desgarbada, y se sentía nerviosa y tímida en su presencia, mientras que el chico mostraba una total y franca indiferencia hacia su progenitor, con la fantástica naturalidad de los jóvenes viriles.

El capitán MacWhirr escribía a casa desde las costas chinas una docena de veces al año, pedía que le «recordaran los muchachos» y se despedía como «tu amante esposo» con una naturalidad habilitada por aquellas palabras, que precisamente por haber sido utilizadas durante tanto tiempo y por tantos hombres

habían quedado totalmente gastadas y desprovistas de su sentido primigenio.

Los mares septentrionales y meridionales de la China son unos mares estrechos y están repletos de sucesos cotidianos y elocuentes como islas, bancos de arena, arrecifes, rápidos y corrientes engañosas, hechos que a pesar de ser confusos y vagos son capaces de hablarle al hombre de mar de una forma clara y definida. Aquella forma de hablar ejercía una influencia tan impresionante sobre el capitán MacWhirr que había acabado abandonando su camarote y se pasaba casi todo el día en el puente del barco. Muchas veces pedía que le subieran allí la comida, y por la noche se quedaba a dormir en la sala de mapas. Aquél era también el lugar en el que escribía sus cartas. Todas y cada una de ellas contenían sin excepción la misma frase: «Hemos tenido muy buen tiempo durante la travesía», o cualquier otra variante con el mismo sentido. Esa información tan increíblemente persistente era, por otra parte, tan cierta como el resto de las frases que componían las cartas.

También el señor Rout las escribía, pero no había nadie a bordo que tuviera la más mínima noción de lo elocuente que podía llegar a ser con la pluma, y es que el jefe de máquinas al menos tenía la astucia de cerrar con llave su escritorio. Tenía un estilo epistolar capaz de encandilar a su mujer. Eran un matrimonio sin hijos y la señora Rout era una mujer de unos cuarenta años, alegre, de gran altura y pecho abundante que compartía la misma casa que la madre del señor Rout en Teddington, en medio del campo. Cuando llegaba la hora del desayuno, repasaba el correo con buen ánimo y leía en voz alta y con alegría algunos párrafos a la anciana, que estaba algo sorda, y a quien tenía que gritar para llamar su atención: «¡Dice Solomon!». Tenía también la costumbre de comentar con los extraños las cosas que le contaba Solomon, y asombrarlos con el sentido inesperadamente cómico de muchas citas. El día en que el nuevo párroco hizo su primera visita a la casa la señora Rout encontró el momento para comentar: «Como dice Solomon: “Los maquinistas que se hacen a la mar en barco contemplan la maravilla del carácter de los marineros”». La visita tuvo entonces cierto cambio de actitud que la inclinó a mirarlo con atención:

—¿Solomon? Señora Rout —murmuró el joven párroco ruborizándose—, me temo que no...

—Es mi marido —añadió ella echándose hacia atrás en su sillón, y en cuanto se dio cuenta de lo cómica que era aquella situación se puso a reír a carcajadas, secándose las lágrimas con un pañuelo mientras el párroco, que claramente tenía una gran falta de experiencia con mujeres alegres, se quedó allí petrificado con su forzada sonrisa, pensando para sus adentros que lo más probable era que la señora

Rout estuviera lamentablemente loca. No tardaron mucho en convertirse en buenos amigos y el párroco acabó convencido de que se trataba de una mujer de un gran valor. Con el tiempo aprendió también a escuchar de cuando en cuando aquellas citas de la sabiduría de Solomon.

—Si me pides mi opinión —le dijo en una ocasión Solomon a su mujer—, te diré que me quedo mil veces antes con el capitán más idiota del mundo que con un canalla. A los tontos siempre se encuentra la manera de tratarlos, pero los canallas son listos y escurridizos.

Se trataba en realidad de una generalización sobre el caso particular de la honradez del capitán MacWhirr, una honradez que resultaba tan evidente en sí misma como un pedazo de barro. El señor Jukes, por su parte, era incapaz de generalizar, y como su condición era la de soltero y sin compromiso, tenía la costumbre de confiarse, aunque de una manera un poco distinta, con un viejo amigo y antiguo compañero de navegación que ahora trabajaba como segundo en un transatlántico.

En primera instancia hablaba siempre de las grandes ventajas del comercio oriental y su superioridad sobre el occidental; luego alababa el cielo, el mar, los barcos y la comodidad de la vida en Oriente, para añadir al final que el Nan-shan no se podía comparar con ningún otro barco.

«No llevamos bonitos uniformes, pero somos como hermanos —escribía—. Estamos todo el día juntos y revueltos, como si fuésemos gallos de pelea... Los trabajadores de la sala de máquinas son tan honrados como se pueda imaginar, y el viejo Sol, el jefe, es más tieso que un palo. Todos somos amigos. En cuanto al capitán, te aseguro que no se podría encontrar un patrón más tranquilo que él. Hay veces en las que uno casi acaba creyendo que es incapaz de encontrar nada que le parezca mal, y sin embargo no es sólo eso, por supuesto que no. Lleva ya muchos años al mando del barco. No hace locuras y lo gobierna sin molestar a nadie. Me da la sensación de que no es lo bastante inteligente como para disfrutar montando un escándalo de vez en cuando. Yo no me aprovecho de eso, sería despreciable si lo hiciera. Cuando queda fuera de la rutina de trabajo, da la sensación de que entiende las cosas sólo a medias. Es verdad que hay ocasiones en las que nos burlamos un poco de él, pero a la larga se hace aburrido estar con alguien así. El viejo Sol dice que su problema es que no tiene demasiada conversación. ¡Conversación, por Dios! ¡Pero si ni siquiera habla! El otro día estaba conversando con uno de los encargados de la sala de máquinas debajo del puente, cuando se acercó. Debía de habernos oído charlar. Me dirigía a mi guardia cuando vi al

capitán saliendo de la sala de mapas y observando con atención la luna y las estrellas como hace siempre. Se dio la vuelta hacia mí y me preguntó: “¿Era usted quien estaba hablando ahí abajo hace un instante?”. “Sí, señor”. Se encaminó hacia estribor, se sentó en una pequeña silla plegable protegido por un pequeño techado y, durante la siguiente media hora, no emitió más sonido que el de un pequeño estornudo. Finalmente se levantó y se dirigió a mí de nuevo: “Nunca entiendo cómo es posible hablar durante dos horas seguidas. No se lo digo como un reproche, cuando estamos en tierra también veo que hay gente que se pasa el día entero hablando y que sigue haciéndolo cuando llega la noche. Supongo que esas personas repetirán las mismas cosas una y otra vez, pero aun así no lo entiendo”. ¿Habías oído algo parecido en tu vida? Y lo que más pena me dio fue el tono melancólico con el que dijo aquello. Eso no significa que no haya ocasiones en las que el hombre no sea exasperante. Nadie sería capaz de hacer nada para ofenderlo, ni siquiera aunque sirviera de algo, que no sirve. Es tan ingenuo que si uno se burlara de él apoyando el pulgar en la nariz y moviendo el resto de los dedos, no se le ocurriría otra cosa más que preguntarle qué le sucedía. En una ocasión me confesó que le costaba mucho esfuerzo entender las razones por las que la gente se comportaba de una manera tan extraña. En realidad el hombre es demasiado espeso como para preocuparse».

Eso fue lo que escribió Jukes a su amigo del océano occidental, hablándole con toda sinceridad y con todas las artes de su elocuencia.

No era otra cosa más que su sincera opinión, porque no tenía ningún sentido intentar epatar a un hombre como aquél. Si el mundo hubiese estado lleno de hombres así, a Jukes la vida seguramente le habría parecido un asunto más bien aburrido y de poca utilidad, y no era el único que opinaba de ese modo. Ni siquiera el mar, como si compartiera con el señor Jukes la misma tolerancia e indiferencia, se había tomado nunca la molestia de asustar a aquel hombre silencioso que raras veces miraba hacia lo alto y que vagaba por el mar con el único propósito de alimentar, vestir y dar cobijo a tres personas que vivían en tierra. Es evidente que sabía lo que era el mal tiempo. En muchas ocasiones se había empapado, agitado o había estado incómodo bajo las inclemencias, pero lo había olvidado todo en el mismo instante en el que había terminado, como era natural en su carácter, de tal modo que, cuando escribía a casa diciendo siempre que el tiempo era favorable, decía sólo la verdad. Nunca había tenido ocasión de cruzarse con la fuerza inconmensurable, la furia desatada, la locura informe e inatacable de un mar totalmente embravecido. Sabía que existía, del mismo modo en que un hombre corriente sabe que existen el asesinato y la abominación; había escuchado hablar de esas cosas como un ciudadano tranquilo oye hablar de la guerra, las

hambrunas, las inundaciones: desconociendo por completo el significado de aquellas cosas, por mucho que haya habido en alguna ocasión una trifulca en su camino de regreso al hogar, se haya acostado sin cenar o se haya visto empapado alguna vez por una buena tormenta. El capitán MacWhirr había navegado por la superficie del océano, del mismo modo en que ciertas personas surcan los años de su existencia hasta que se hunden plácidamente en su tumba, sin saber nada de la vida hasta el último instante y sin haberse visto enfrentados jamás a todo cuanto tiene que ver con la violencia, el mal y el terror. Tanto en el mar como en la tierra existe ese tipo de hombre tan bendecido, o desdeñado, por el destino o por el mar.

II

Sin dejar de observar el descenso constante del barómetro, el capitán MacWhirr pensó: «Lo más probable es que se haya desatado algún temporal en los alrededores». Eso y no otra cosa era lo que pensaba. Había tenido algunas experiencias de temporales moderados, un concepto que para un hombre de mar no constituye más que una pequeña incomodidad. Si alguna autoridad incuestionable hubiese informado a MacWhirr de que el fin del mundo llegaría a causa de alguna perturbación catastrófica de la atmósfera, el capitán habría asimilado aquella información asociándola a la imagen de un temporal y poco más, ya que no había experimentado más cataclismos que aquél, y la fe no implica necesariamente una comprensión muy precisa. La sensatez de la que hacía gala su propio país había establecido mediante una ley que había aprobado el Parlamento que, antes de que se considerara a nadie apto para gobernar un barco, debía ser capaz de contestar en primer lugar algunas sencillas preguntas sobre huracanes, ciclones y tifones, y al parecer él había sido capaz de contestarlas, porque de otro modo no habría estado al mando del Nan-shan en los mares de China durante la época de los tifones. Puede que hubiese contestado aquellas preguntas, pero lo que estaba claro es que ya no se acordaba de las respuestas. Eso tampoco lo hacía menos consciente del pegajoso calor que sentía desde hacía ya un rato. Salió a cubierta, pero ni siquiera así consiguió aliviar aquella sensación. El aire parecía espeso. Boqueó como un pez y le empezó a parecer que no se encontraba nada bien.

El Nan-shan iba labrando un surco en el mar y éste se desvanecía en un círculo que ondulaba y relucía como un trozo de seda gris. El sol era pálido y sin rayos, y hacía caer desde lo alto una luz extraña, como plomo fundido. Los chinos viajaban todos tendidos sobre la cubierta. Tenían los rostros amarillos y exangües, parecían inválidos biliosos. El capitán MacWhirr contempló durante un rato a dos de ellos con atención: Estaban bajo el puente tumbados de espaldas, tenían los ojos cerrados y casi daban la sensación de estar muertos. Otros tres discutían violentamente en la proa, y otro muy robusto y medio desnudo, de hombros hercúleos, estaba con los brazos caídos, recostado sobre uno de los cabrestantes. Había uno sentado sobre cubierta con las rodillas levantadas y la cabeza inclinada en un gesto casi femenino. Trenzaba su pelo con una melancolía infinita, y aquella tristeza parecía impresa en toda su persona, incluso en el movimiento de sus

dedos. El humo trataba sin éxito de salir por la chimenea y cuando por fin lo conseguía, en vez de alejarse culebreando por el cielo, se abría como una nube infernal con emanaciones de azufre, y dejando caer una llovizna de hollín sobre los puentes.

—¿Se puede saber qué diablos está usted haciendo ahí, señor Jukes? — preguntó el capitán MacWhirr.

Ante aquella fórmula tan poco común para dirigirse a él, y por mucho que hubiese sido más murmurada que pronunciada, el señor Jukes comprobó cómo su cuerpo se sacudía de sorpresa, como si alguien le hubiese pinchado por debajo de la quinta costilla. Había ordenado que le sacaran un banco a cubierta y estaba sentado en él con un trozo de cuerda bajo los pies y, sobre las rodillas, un trozo de lona extendido que estaba cosiendo. Levantó rápidamente la vista y la sorpresa provocó que sus pupilas se tiñeran de candor e inocencia.

—Estoy cosiendo unos sacos de la última partida para poder cargar el carbón —contestó con un ligero tono de reproche—, los necesitaremos para la próxima carga, señor.

—¿Y los demás?

—Están totalmente gastados, señor.

El capitán MacWhirr miró a su segundo con una indecisión que revelaba su pesimista y cínica convicción de que más de la mitad de los sacos habían sido arrojados por la borda. «Si se llegara a saber la verdad...», pensó, mientras se retiraba hacia el otro lado de la cubierta. A Jukes la irritación de aquel insospechado ataque le hizo romper la aguja a la segunda puntada, y se levantó maldiciendo aquel calor con reprimida violencia.

La hélice seguía golpeando y los tres chinos de cubierta dejaron de discutir súbitamente. El que había estado peinándose la trenza había juntado las piernas y miraba pensativamente por encima de sus rodillas. Aquel sol pálido proyectaba unas sombras débiles y enfermizas. Las olas eran cada vez más altas y más seguidas, y el barco iba hundiéndose con pesadez en cada una de las hondonadas que producía el mar.

—¿De dónde vendrá esa maldita marejada? —dijo Jukes en voz alta, intentado recuperar el equilibrio perdido.

—Del noroeste —replicó MacWhirr desde el otro lado del puente—. Hay un temporal en la zona, mire el barómetro.

Cuando Jukes salió del cuarto de mapas le había cambiado totalmente el gesto del rostro por uno de seriedad y preocupación. Se agarró a la baranda y observó atentamente mar adentro.

En la sala de máquinas el termómetro marcaba cuarenta y siete grados. Por la claraboya se escuchaban voces irritadas que llegaban desde la sala de calderas como un tumulto de chasquidos y golpes de metal, como si hubiese una pelea de hombres de acero allí abajo. El segundo maquinista estaba abroncando duramente a los fogoneros por haber dejado decaer el vapor. Se trataba de un hombre con brazos de herrero a quien todos temían, pero aquella tarde todos le replicaban sin miedo ni contemplaciones y cerraban de golpe las puertas de las calderas con la furia de la desesperación. En ese momento se apagó el ruido de un golpe y el segundo maquinista apareció en cubierta con la cara totalmente manchada de carbón y empapado en sudor como si fuese un deshollinador que acabara de salir del pozo. Nada más asomar la cabeza por la escotilla se puso a reprocharle a Jukes no haber ajustado correctamente los ventiladores sobre la sala de calderas, mientras que Jukes trataba de aplacar su furia moviendo las manos en son de paz y desaprobación, como si tratara de decir: «No hay ningún viento, lo puede ver usted mismo, no se puede hacer nada». El segundo no atendía a razones de ninguna manera. Aquella boca en medio de una sucia cara no paraba de proferir alaridos. Dijo que él no tenía ningún problema en romperles el cráneo a todos los de la sala de máquinas, pero ¿es que acaso creían los malditos marineros que se podía mantener el vapor de las calderas a base de romper cráneos? ¡No, por todos los santos! ¡También hacía falta un poco de aire! Que se lo llevaran todos los demonios al infierno para siempre si no estaba diciendo la verdad. Por si fuera poco, el jefe de máquinas llevaba desde mediodía caminando arriba y abajo obsesionado por el indicador de presión. ¿Para qué creía Jukes que estaba ahí arriba, sino para hacer que los malditos marineros giraran los ventiladores de cara al viento?

Por lo general, las relaciones entre la sala de máquinas del Nan-shan y la cubierta eran fraternales, por eso Jukes se inclinó sobre aquel individuo y trató de decirle con tono tranquilo que no se pusiera tan desagradable. El capitán estaba cerca. Al otro lado del puente. El segundo gritó al instante que no le importaba quién estuviera cerca y Jukes abandonó el tono fraternal y le gritó con toda la exaltación, y en términos no precisamente amistosos, que subiera él mismo y pusiera los malditos ventiladores como le diera la gana para coger todo el viento

que un burro de su categoría pudiera conseguir. El segundo maquinista saltó de la escotilla y se lanzó contra el ventilador de babor como si tuviera intención de arrancarlo de raíz y tirarlo por la borda. De lo único de lo que fue capaz fue de girarlo unos centímetros y, después de aquello, quedó exhausto por el esfuerzo. A continuación se apoyó contra la parte posterior de la caseta y Jukes se acercó hasta él.

—¡Dios santo! —gimió débilmente el maquinista. Elevó la mirada hacia el cielo y a continuación dejó caer su vidriosa mirada hacia el horizonte, inclinado en un ángulo de cuarenta grados en el que permaneció hasta volver a sentarse con lentitud—. ¡Dios santo! ¿Qué sucede?

Jukes separó las piernas como un compás y adoptó un aire solemne.

—Esta vez no hay quien nos libre —dijo—, el barómetro está cayendo en picado, Harry, y encima tú andas buscando camorra...

La palabra «barómetro» pareció reiniciar la furia del segundo maquinista. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban e instó a Jukes en tono sordo y brutal a que se tragara aquel inmundo instrumento. ¿A quién le importaba su maldito barómetro? Lo que estaba bajando era el vapor, el vapor, y entre aquellos fogoneros y aquel jefe inexpresivo su vida era peor que la de un perro, le importaba tres cominos si se iba todo al infierno, cosa que iba a suceder muy pronto. Por un instante dio la sensación de que estaba a punto de llorar, pero cuando recuperó el aliento, murmuró: «Me van a oír», y se dejó caer gimiendo en el oscuro agujero.

Cuando Jukes se volvió su mirada se posó sobre la redondeada espalda y las enormes orejas rojas del capitán MacWhirr, que se había acercado hasta donde estaba. No miró al segundo oficial, pero dijo al instante:

—Qué hombre tan violento, ese segundo de máquinas.

—Es un buen segundo, igualmente —replicó Jukes—, no pueden mantener la presión —añadió a toda prisa, agarrándose a la baranda antes de que llegara el golpe de una ola.

Al capitán MacWhirr lo pilló de improviso, y se vio arrojado al otro lado de la cubierta, donde tuvo que agarrarse para no caer.

—Un pagano —añadió con obstinación—; si las cosas siguen así, tendré que

deshacerme de él a la mínima ocasión.

—Es el calor —dijo Jukes—, hace un tiempo terrible. Hasta un santo blasfemaría. Incluso aquí arriba me siento como si me hubiesen atado una manta de lana a la cabeza.

El capitán MacWhirr levantó la vista.

—¿Me está queriendo decir, señor Jukes, que ha habido alguna ocasión en la que ha llevado usted una manta atada a la cabeza? ¿Y por qué motivo?

—No es más que una manera de hablar, señor —contestó Jukes con indiferencia.

—¿Cómo les gusta hablar! ¿A qué se refiere exactamente con eso de que los santos blasfemen? La verdad, preferiría que no hablara usted de una manera tan irresponsable. ¿Cómo iba a ser un santo si blasfemara? Supongo que no podría ser más que una persona tan poco santa como usted. ¿Y lo de la manta en la cabeza, qué tiene que ver con todo esto o con el tiempo que hace? En cuanto a mí, el calor nunca me ha dado ganas de blasfemar. Lo que usted tiene no es otra cosa más que mal carácter. No es más que eso. ¿Por qué tiene usted que hablar de ese modo?

La reconvención del capitán MacWhirr de utilizar demasiadas imágenes en su vocabulario le dejó a Jukes una sonrisa despectiva congelada en la cara, y, por si fuera poco, añadió como colofón unas palabras exaltadas y llenas de intención:

—¡Si no tiene cuidado también a usted le acabaré echando de este barco!

Jukes pensó para sí: «¡Vaya! Alguien nos lo ha cambiado de la noche a la mañana... Eso sí que es furia. Seguro que es por culpa del tiempo, ¿por qué, si no? Hasta un ángel tendría ganas de pelea con este calor... Eso por no hablar de un santo».

Todos los chinos que estaban sobre cubierta daban la sensación de estar a punto de fenecer en el acto.

Al ponerse, el sol tenía un diámetro menor de lo normal y un fulgor pardo y sin brillo, como si los millones de siglos que habían transcurrido desde la mañana lo hubiesen dejado al borde de la extinción. Hacia el norte se podía divisar un denso banco de nubes, tenía un siniestro tono verde aceituna y se desplegaba como un mar, se alzaba como si se tratara de un descomunal obstáculo en medio de la

ruta del Nan-shan. El barco continuó tambaleándose en aquella dirección, como una criatura herida se encamina hacia la muerte. El crepúsculo ocre y luminoso fue disolviéndose poco a poco, y la oscuridad dejó apreciar un enjambre de inestables estrellas que parpadeaban como si alguien estuviese soplando sobre ellas y que parecían estar meciéndose extraordinariamente cerca de la superficie de la Tierra. Jukes entró en la sala de máquinas a las ocho para hacer las anotaciones correspondientes en el diario de a bordo.

Del libro de notas copió con gran cuidado el número de millas, el rumbo del barco y, en la columna que decía «viento», anotó la palabra «calma» en cada uno de los apartados que correspondían a las ocho horas que habían transcurrido desde el mediodía. Le irritaba profundamente el constante balanceo del barco. El peso del tintero resbalaba de tal forma que parecía tener una astuta inteligencia capaz de esquivar la pluma. A continuación escribió en «observaciones»: «calor opresivo», mordió la pluma como si estuviera aguantando una pipa entre los dientes y, acto seguido, se secó el sudor de la cara.

«El barco se agita con fuerza en una poderosa marejada», empezó a escribir, pero de inmediato se dijo a sí mismo: «Con fuerza no es la expresión adecuada». Escribió al final: «Puesta de sol amenazante con banco de nubes bajas a N y al E. Sobre nosotros, cielo despejado».

Con la pluma alzada echó un vistazo al exterior y pudo observar en aquel marco cómo las estrellas se alzaban al vuelo hacia el cielo negro que se podía vislumbrar entre las jambas de madera. Volaban como si se tratara de un enjambre y desaparecieron al instante dejando tras de sí una oscuridad sembrada de destellos negros; el mar estaba tan oscuro como el cielo, y a lo lejos relucía la espuma. Las estrellas que habían desaparecido con la ola regresaron de nuevo cuando el barco se enderezó y fueron cayendo a continuación como si se tratara de una relumbrante multitud, no de puntos brillantes, sino de minúsculos discos relucientes con un brillo mínimo y transparente.

Jukes se quedó un instante observando todas aquellas estrellas voladoras y escribió: «8 p. m.: Marejada en aumento. Avanzamos con dificultad y el barco toma agua por cubierta. Los *coolies* se han encerrado para pasar la noche. El barómetro sigue en descenso». Hizo una pequeña pausa y pensó para sí: «Puede que no pase nada», pero la última frase que escribió en «observaciones» fue: «Todo parece indicar la proximidad de un tifón».

Cuando salió tuvo que ponerse a un lado porque el capitán MacWhirr había

entrado sin decir una sola palabra ni hacer ninguna seña.

—Por favor, cierre la puerta, señor Jukes —dijo desde el interior.

Jukes dio un paso hacia atrás y, mientras cerraba, pensó con cinismo: «Supongo que no querrá resfriarse». Tenía turno de guardia abajo, pero sentía un gran deseo de charlar con sus compañeros, por lo que se dirigió al segundo oficial.

—Tampoco tiene tan mala pinta, ¿no?

El segundo estaba paseando arriba y abajo por el puente y descendiendo a ratos con pasos cuidadosos para subir de nuevo al instante desde la inestable pendiente de cubierta. Cuando Jukes dijo aquello, se quedó inmóvil un instante mirando hacia delante y sin decir nada.

—¡Cuidado, que viene una buena! —gritó Jukes, inclinándose con el balanceo hasta que sus manos tocaron el suelo. Aquella vez el oficial respondió con un amistoso sonido gutural.

Se trataba de un hombre de baja estatura y cierta edad, imberbe y con una dentadura algo baqueteada. Lo enrolaron apresuradamente en Shangái, cuando el segundo oficial, que había llegado en el barco desde Inglaterra, retrasó tres horas la salida del puerto al caer por la borda (de una forma que el capitán MacWhirr nunca había comprendido del todo bien) y aterrizar en una barca carbonera vacía, con tal mala suerte que tuvo que ser llevado a un hospital de tierra con una conmoción cerebral y varios huesos rotos.

A Jukes no lo disuadió aquel gruñido poco amistoso.

—Los chinos deben de estar en plena fiesta ahí abajo —comentó—. Tienen suerte de estar aquí, el Viejo es capaz de aguantar como ningún otro barco que haya visto nunca. ¡Ahí viene otra! Ésa tampoco ha estado mal.

—Tú espera... —contestó el oficial con un gruñido.

Aquel segundo oficial tenía aspecto de estar siempre irritado debido a su afilada nariz con la punta roja y sus labios finos y apretados; era tan parco en palabras que rozaba la mala educación. El tiempo libre que le dejaban sus obligaciones se lo pasaba encerrado en el camarote, y lo hacía de un modo tan silencioso que todos sospechaban que dormía en cuanto cerraba la puerta, aunque cuando alguien entraba en el camarote para avisarle de que había llegado su turno

de guardia se lo encontraba siempre con los ojos abiertos como platos, tumbado de espaldas en la litera y mirando con enfado su propia almohada. Jamás escribía cartas ni parecía esperar recibir las de ninguna parte y, aunque se comentaba que en una ocasión había mencionado el nombre de West Hartlepool, lo había hecho sólo durante una conversación en la que habló sin más de los abusivos precios de cierta pensión. Era de ese tipo de hombres que se enrola por pura necesidad en cualquier puerto del mundo. No se trata de que no sean hombres buenos y competentes en su trabajo sino de lo necesitados que están; no tienen vicios visibles, pero llevan impreso en todo su ser su fracaso evidente. Se enrolan porque se encuentran en una situación de emergencia, pero los barcos les resultan indiferentes, viven encerrados y apenas sin contacto con el resto de sus compañeros, que casi nunca saben nada de ellos, y por lo general desaparecen en los momentos menos previsibles. Se marchan sin despedirse de nadie y desembarcan en cualquier puerto de mala muerte donde ningún hombre razonable querría quedarse tirado con un baúl marineramente atado con cuerdas, como si fuese el cofre del tesoro, y con aires de estar todavía sacudiéndose el polvo del barco.

—Tú espera... —repitió balanceándose por las embestidas de las olas y dándole la espalda a Jukes.

—¿A ti te parece que vamos a tener baile? —preguntó Jukes con interés infantil.

—¿Que si me parece? Yo no he dicho nada. A mí no me cazan —respondió el segundo con una mezcla de orgullo, burla y altanería, como si la pregunta de Jukes hubiese sido una trampa que hubiese conseguido esquivar—. No hay ni uno solo entre vosotros que sea capaz de ponerme en ridículo —añadió en un murmullo.

Jukes pensó para sí que aquel segundo no era más que una ruin bestia y le dolió de corazón que el pobre Jack Allen se hubiese partido la cabeza contra aquella barcaza de carbón. La oscuridad que rodeaba la nave era la de la noche de las inmensidades sin estrellas, más allá de todo universo creado; su increíble mutismo se manifestaba en una especie de grieta en la esfera luminosa de la cual la tierra es el núcleo.

—Sea lo que sea lo que está ahí —dijo Jukes—, nosotros vamos directos a su encuentro.

—Tú lo has dicho —respondió el segundo oficial sin dejar de darle la

espalda—, recuerda que has sido tú, no yo, quien lo ha dicho.

—¡Vete al infierno! —exclamó Jukes irritado, y el segundo contestó con una pequeña risita triunfal.

—Lo has dicho tú.

—Sí, ¿qué importa?

—He conocido a hombres muy capaces que han tenido problemas con sus capitanes por mucho menos que eso —contestó el oficial—, pero a mí no me cazáis.

—Parece que te preocupa mucho no confiarte a nadie —respondió Jukes realmente molesto por su absurdo comentario—, pero a mí no me da miedo decir lo que pienso.

—Pues a mí sí, no es ningún misterio. Soy un don nadie, lo sé muy bien.

El barco tuvo un intervalo de relativa estabilidad y a continuación se puso a dar bandazos. Cada uno resultaba peor que el anterior y durante un rato a Jukes le preocupó más mantenerse en pie que abrir la boca. En cuanto terminaron aquellos violentos bandazos, prosiguió:

—Esto ya es demasiado, tanto si se avecina algo como si no, creo que el barco tendría que avanzar rompiendo las olas con la proa. El viejo se acaba de acostar, que me cuelguen si no voy a hablar con él.

Pero bastó abrir la puerta de la sala de mapas para encontrarse con su capitán leyendo un libro. El capitán MacWhirr no se había acostado, en realidad; estaba de pie con una mano agarrada a la estantería y con un grueso volumen abierto por la mitad y sostenido con la otra mano. La lámpara oscilaba con violencia y los libros se caían hacia ambos lados de la estantería, el barómetro bailaba en círculos espasmódicos y la mesa variaba de inclinación constantemente. En mitad de aquel caos en movimiento el capitán MacWhirr detuvo su lectura, asomó la mirada por encima de las páginas y preguntó:

—¿Ocurre algo?

—La marejada está creciendo, señor.

—No me hace falta salir de aquí para darme cuenta —murmuró el capitán

MacWhirr—. ¿Hay algún problema?

Jukes no pudo sino sonreír desconcertado ante aquella mirada solemne que asomaba por encima del libro.

—Nos estamos agitando como una coctelera, señor —dijo con timidez.

—Sí, la marejada es fuerte, ¿qué desea?

En aquel punto de la conversación Jukes ya empezó a dudar.

—Pensaba en nuestros pasajeros —dijo como quien se agarra a un clavo ardiendo.

—¿Pasajeros? —replicó seriamente el capitán—. ¿A qué pasajeros se refiere?

—A los chinos, señor —contestó Jukes realmente cansado de estar teniendo aquella conversación.

—¡Ah, los chinos! ¿Por qué no dice usted las cosas claramente? Por un momento no sabía ni de lo que me estaba hablando. Nunca le había oído a nadie referirse a un grupo de *coolies* como los «pasajeros». ¡Por Dios, pasajeros! ¿En qué estaba usted pensando? —El capitán MacWhirr cerró el libro, pero mantuvo la página señalada con el dedo índice y bajó el brazo. Tenía un aspecto totalmente desconcertado—. ¿Qué hacía usted pensando en los *coolies*, señor Jukes?

Jukes ya no pudo más, le pareció que alguien lo empujaba desde atrás.

—Señor, estamos dando unos bandazos de locos y la cubierta esta llena de agua. Me ha parecido de pronto que lo más apropiado es orientar la proa del barco hacia las olas... durante un tiempo al menos, hasta que empiece a amainar, y cuanto antes. Quizá sería conveniente enfilar la proa hacia el este, nunca había visto a un barco cabecear así.

Jukes seguía agarrado a la puerta y el capitán debió de pensar que tal vez la estantería ya no era un lugar lo bastante seguro como punto de amarre, porque de pronto se dejó caer pesadamente sobre el diván.

—¿Rumbo al este dice? —preguntó tratando de incorporarse—. Eso nos desviaría casi cuatro puntos.

—Así es, señor, cincuenta grados... pero con eso bastaría para cortar las olas y evitar este bamboleo...

El capitán MacWhirr estaba sentado; ni se le había caído el libro, ni había dejado de marcar la página.

—¿Rumbo al este dice? —repitió asombrado todavía—. ¿Rumbo al...? ¿Pero usted adónde cree que nos dirigimos? ¿Me está pidiendo que varíe el rumbo de un vapor a toda máquina sólo para que unos cuantos chinos estén más cómodos? Puedo jurar que he visto cometer muchas atrocidades en esta vida, pero ésta... Si no le conociera desde hace tanto, juraría que se encuentra usted bajo la influencia del alcohol. Que nos desviemos cuatro puntos... Y luego, ¿qué quiere usted que haga? Supongo que me dirá que nos desviemos de nuevo otros cuatro puntos, pero en la dirección inversa, ¿no es así? Hasta que recuperemos el rumbo correcto. ¿Cómo se ha creído usted que me iba a poner yo a hacer bordadas como si esto fuera un velero?

—Gracias a Dios no lo es —replicó Jukes con irónica rapidez—, porque si así fuera usted habría perdido todos los mástiles esta tarde.

—Así es, y usted habría tenido que quedarse a contemplar cómo desaparecían —afirmó el capitán MacWhirr con algunas señales de que comenzaba a excitarse—. El viento está totalmente en calma, ¿no es verdad?

—Sí, señor, pero estoy seguro de que se está preparando algo impresionante.

—Puede ser. Supongo que usted será de la opinión de que debería salir de este mal trago —dijo el capitán MacWhirr con una desarmante sencillez y con la mirada clavada en el suelo, por lo que no pudo contemplar el gesto, mezcla de respeto y humillación, que tenía Jukes—. Observe, aquí tengo este libro —dijo golpeando con la mano el volumen cerrado—. He estado leyendo el capítulo de las tempestades.

Y así era; había estado leyendo el capítulo de las tempestades. Cuando entró en la sala de mapas su primera intención no fue la de leerlo, pero había algo en el aire —seguramente lo mismo que había llevado al ayudante a subir a la sala de mapas el impermeable y las botas del capitán sin que éste se las hubiese pedido— que orientó su mano hasta la estantería y, sin dejarle tiempo para sentarse, había hecho que se sumergiera en el capítulo dedicado a aquel tema. No tardó en

encontrarse totalmente perdido entre semicírculos frontales, cuadrantes, curvas de pista, probable localización del centro, cambios de dirección del centro y lecturas de barómetro. Trató de establecer una relación lo más amistosa posible entre todos aquellos términos y él mismo, pero lo cierto es que acabó irritado en medio de tantos consejos incomprensibles, abstracciones y suposiciones. Llegados a aquel punto no le quedaba ni una sola certeza sobre nada.

—Me parece absolutamente increíble, Jukes —comentó—. Si hubiera que creerse todo lo que hay escrito en estas páginas, estoy seguro de que se pasaría la vida corriendo de un lado a otro del océano, tratando de esquivar las tormentas. — El capitán se dio a sí mismo un pequeño golpe en el muslo con el libro y Jukes abrió la boca de admiración, pero no llegó a decir nada—. ¡Corriendo para esquivar las tormentas! ¿Entiende lo que le digo, señor Jukes? La cosa más absurda que he oído en mi vida... —continuó el capitán MacWhirr sin dejar de mirar fijamente el suelo—. Casi se podría pensar que este tratado lo ha escrito una anciana. Me supera por todas partes. Si eso fuera de alguna utilidad se supone que tendría que variar el rumbo completamente, desviarlo quién sabe adónde demonios para luego tener que bajar hasta Fuchau desde el norte, a espaldas de la tempestad que se supone que se ha desatado por aquí. Desde el norte, ¿entiende lo que le digo, señor Jukes? Trescientas millas de distancia y una factura de carbón imposible a la llegada. No me animaría a hacer algo así ni aunque todas las palabras de este libro fueran más ciertas que las del Evangelio, señor Jukes. Así que no me pida... —Jukes seguía callado, sin poder creer aquella exhibición de alma y locuacidad unidas—. Cuando lo cierto es que ni siquiera sabemos si este individuo tiene razón. ¿Cómo es posible que sepa nadie de qué está hecha una tormenta hasta que no se mete de cabeza en una? A mí no me parece que el autor se encuentre en este momento a bordo del Nan-shan, ¿verdad? Pues bien, aquí dice que el centro de estas cosas se encuentra siempre a ocho puntos del viento, pero aquí no hay ni una brizna, a no ser que caiga el barómetro. ¿Dónde se supone que está el centro en ese caso?

—No creo que tarde en levantarse viento —dijo Jukes.

—En ese caso, que se levante —dijo el capitán MacWhirr con gran dignidad, como si fuese el adalid de la razón—. Lo único que demuestra eso es que no todo puede encontrarse en los libros. Me parecen absurdas todas esas leyes para esquivar vendavales y tormentas, todas se desvelan insensatas si uno las piensa con un mínimo de sentido común.

Alzó la mirada y al ver que Jukes lo miraba con un gesto que podría

interpretarse como dubitativo, intentó ejemplificar lo que trataba de decir:

—Tan absurdo al menos como su impresionante idea de cambiar el rumbo del barco sólo para que los chinos estén más cómodos, cuando en realidad nuestra única obligación es llevarlos hasta Fuchau y hacerlo antes del mediodía del viernes. Si el tiempo hace que me retrase no me parece mal, para eso tenemos el diario de navegación, para poder dar testimonio del tiempo con el que nos hemos ido encontrando en cada momento, pero ahora supongamos que yo cambie el rumbo y apareciera allí con un retraso de dos días. «¿Dónde ha estado usted todo este tiempo, capitán?», me preguntarían. Y yo... ¿qué podría contestar yo a eso? «Me desvié porque hacía mal tiempo». «Muy malo tuvo que ser», me dirían ellos. «La verdad es que no lo sé —tendría que decir yo—, porque lo esquivé antes de que llegara». ¿Entiende ahora lo que quiero decir, Jukes? Eso es lo que he estado pensando toda la tarde.

Alzó de nuevo aquella mirada totalmente carente de imaginación. Nadie en este mundo que lo había oído hablar durante tanto tiempo seguido. Jukes seguía con los brazos abiertos y agarrado al umbral de la puerta como si hubiese sido el único hombre al que se le hubiese permitido contemplar un milagro. Podía verse en sus ojos un asombro descomunal mientras que su rostro denotaba la más profunda incredulidad.

—Una tormenta es una tormenta, señor Jukes —dijo el capitán—, y cuando uno está a bordo de un barco de vapor tiene que hacerle frente. Hay numerosos fuertes temporales a lo largo y ancho del mundo, y lo normal es que la gente se enfrente a ellos sin echar mano a todos esos «consejos para tormentas» que contaba el capitán Wilson, del Melita. El otro día, cuando estábamos en tierra, tuve que ver cómo se ponía a predicar sobre ese asunto a un grupo de capitanes que tuvieron la mala suerte de sentarse en la mesa de al lado. Todo lo que dijo me pareció una absoluta tontería. Les estuvo explicando cómo había conseguido... esquivar, creo que aquélla fue la palabra que utilizó él mismo, un tremendo temporal del que al parecer nunca estuvo a menos de cincuenta millas de distancia. Un gran estrategia, ése era el título que se daba a sí mismo. Lo que no entiendo es cómo fue capaz de enterarse de que a cincuenta millas había un tremendo temporal. Para mí era exactamente igual que escuchar a un hombre que ha perdido la razón, y eso que el capitán Wilson me parecía lo bastante viejo como para no ir diciendo esas tonterías... —El capitán se detuvo un instante y luego continuó—: ¿A usted no le toca guardia, señor Jukes?

Jukes volvió en sí inmediatamente:

—Sí, señor.

—He dejado dicho que me avisen si se produce la menor variación —dijo el capitán estirando el brazo para dejar el libro, y cruzando las piernas sobre el diván—. Por favor, no se olvide de cerrar la puerta para que no se esté abriendo sola todo el tiempo, gracias. Si hay algo que me enerva son los portazos, todavía me sorprende la cantidad de malos cerrojos que le pusieron a este barco.

El capitán MacWhirr cerró los ojos.

Necesitaba descansar, estaba agotado y sentía una especie de vacío mental parecido al de quien por fin concluye una discusión detallada en la que se ha expuesto una idea que había estado madurando muchos años. Aunque él mismo no se diera mucha cuenta, acababa de hacer toda una profesión de fe, y la primera consecuencia fue que Jukes se quedara un buen rato rascándose la cabeza a la salida de puro asombro.

El capitán MacWhirr abrió los ojos.

Le dio la sensación de que se había quedado dormido. ¿De dónde venía aquel ruido tan fuerte? ¿Era viento? ¿Por qué no lo habían avisado? La lámpara estaba retorcida y el barómetro daba vueltas, la mesa cambiaba de inclinación a cada segundo, un par de botas de lluvia pasaron deslizándose en ese momento junto al diván. Agarró una de ellas a toda prisa.

Vio la cara de Jukes asomándose por la rendija de la puerta, su cara nada más. Estaba muy roja y los ojos se le salían de las órbitas. La llama de la lámpara dio un salto, un trozo de papel se quedó bailando en el aire al mismo tiempo que el capitán MacWhirr se vio envuelto en una ráfaga de aire. Mientras intentaba ponerse la bota, le dirigió una mirada al sobresaltado Jukes.

—Se ha puesto así hace cinco minutos —gritó Jukes—, de improviso...

La cabeza desapareció tras un portazo y pudo oír el ruido del agua golpeando con violencia la puerta cerrada, como si alguien hubiese arrojado contra ella un cubo lleno de plomo fundido. Se oía también, sobre el rugiente sonido de fondo, una especie de silbido. La sala de mapas, que hasta aquel instante había sido un espacio asfixiante, parecía haberse llenado de pronto de corrientes de aire. En uno de aquellos violentos viajes que estaba haciendo sobre el suelo, el capitán MacWhirr aprovechó para cazar la otra bota. Mantenía la calma, pero aun así le costó trabajo encontrar la abertura para meter el pie. Los zapatos que se acababa de

quitar bailaban de un lado a otro de la sala dando golpes y saltando el uno sobre el otro como si se tratara de cachorros de perro. Cuando por fin consiguió ponerse la bota les dio una violenta patada.

Para agarrar el impermeable tuvo que adoptar la posición del espadachín de esgrima justo en el instante previo de lanzarse contra su contrincante, y a continuación fue dando tumbos por toda la sala tratando de ponérselo. Con el gesto hosco, las piernas abiertas y el cuello estirado se fue abrochando los cordones del impermeable bajo la barbilla, con las manos agarrotadas y un poco temblorosas. Realizó los movimientos de una mujer que se acomoda un sombrero frente a un espejo con toda la atención, como si en medio de aquel caos espantoso en el que estaba envuelto el barco una voz fuese a gritar su nombre de un segundo a otro. Aquel sonido cada vez más poderoso le llenaba los oídos mientras se preparaba para salir, dispuesto a enfrentarse a cualquier cosa. Era un tumulto impresionante, provocado por el huracanado viento sobre el mar, y tenía esa gravedad suspendida y profunda que suele quedar en el aire en esa instancia, algo parecido al redoble de un descomunal tambor marcando el paso del temporal.

Se quedó un instante detenido bajo la lámpara, torpe y disfrazado de combate y con la cara enrojecida.

—Eso tiene pinta de ir en serio —murmuró.

En el momento en que intentó abrir la puerta el viento se abalanzó sobre ella. Agarró el pomo y la fuerza lo arrastró hasta el otro lado del umbral para dejarle en medio de una batalla personal contra el viento, tratando de cerrar la puerta. En el último segundo una ráfaga apagó la llama de la lámpara.

Miró en dirección a proa y vio una enorme oscuridad veteada por blancos destellos, hacia estribor temblaban algunas estrellas débiles y espasmódicas sobre una vasta extensión de mar embravecido, como una enorme bocanada de humo.

Sobre el puente podía verse, gracias a la luz que salía de las ventanas de la caseta del timón un pequeño grupo de hombres haciendo grandes esfuerzos. De pronto se hizo la oscuridad en uno de los cristales, y luego el otro. Las voces de aquellos hombres llegaban como las de los marineros en medio de la tempestad, fragmentadas e incompletas en mitad de aquel estruendo, arrebatadas por el viento. No tardó en aparecer Jukes a su lado, gritando con la cabeza gacha:

—Cuidado... cerrojos... por miedo... cristales rotos.

Jukes oyó cómo su capitán le reprochaba algo.

—Todo esto... cualquier cosa... me avisaran.

Trataba de hacerse entender, pero el estruendo no permitía escuchar su voz.

—Ligero... puente... de pronto... noreste se podía girar... pensé... lo oiría seguro...

Por fin llegaron a un pequeño refugio cubierto con una lona donde pudieron hablar, aunque a gritos y como si estuvieran discutiendo acaloradamente.

—He ordenado a los hombres que cubrieran los ventiladores; menos mal que me había quedado en cubierta. Nunca pensé que se hubiese dormido y... ¿qué dice, señor?

—Nada —gritó el capitán MacWhirr—, decía que muy bien.

—¡Por todos los demonios! ¡Ahora sí que estamos en medio! —gritó Jukes.

—No cambió el rumbo, ¿verdad? —preguntó el capitán MacWhirr alzando la voz.

—No, señor, en absoluto. El viento nos ha venido de frente. ¡Cuidado con ésa!

El cabeceo del barco acabó con un golpe impresionante, como si hubiera dado contra algo sólido. Hubo un momento de silencio y a continuación un violento golpe de espuma en plena cara.

—Mantenga el rumbo hasta donde pueda —gritó el capitán MacWhirr.

Antes de que Jukes pudiese quitarse de la cara la espuma salada, habían desaparecido todas las estrellas.

III

Jukes era un joven tan duro como media docena de marineros pescados en alta mar. Puede que al principio le desconcertara un poco la violencia del golpe, pero se recuperó al instante y gritó a sus hombres para que se dieran prisa en cerrar todas las aberturas de cubierta que permanecieran abiertas. Exclamó con voz joven y rotunda:

—¡Rápido, vamos!

Dirigía la operación sin dejar de repetirse una y otra vez a sí mismo: «Justo lo peor que nos podía pasar».

Empezaba a ser consciente de que lo que se les venía encima superaba con creces la peor de sus suposiciones. Desde que resopló en la mejilla la primera tímida brisa, el temporal parecía haber adquirido súbitamente la energía de una avalancha. El Nan-shan parecía completamente rodeado de surtidores de espuma de proa a popa, y se zambullía en un constante cabeceo arriba y abajo, como si se tratara de una criatura dominada por el terror.

Jukes pensó: «Esto no es ninguna broma». Durante la conversación que había mantenido a gritos con el capitán la oscuridad había crecido de una manera evidente y había caído sobre todos como una sustancia tangible. Daba la sensación de que alguien hubiese apagado las luces del mundo. Jukes se alegró de tener a mano al capitán. Lo aliviaba de una manera mágica, como si aquel hombre se hubiese hecho cargo de la tormenta entera sólo por el hecho de haber salido a cubierta. En eso consiste el privilegio y la autoridad del mando.

El capitán MacWhirr, por su parte, no podía esperar un alivio semejante de ninguna persona del mundo, en eso consiste la soledad de quien ostenta el poder. Trataba de mirar con ese tipo de actitud vigilante que tienen siempre los marineros cuando se enfrentan cara a cara con el viento, como si estuvieran midiendo la mirada de un contrincante para adivinar sus intenciones secretas y así poder anticiparse a sus golpes. Aquel vendaval lo golpeaba como una bofetada en plena cara llegada desde la más profunda oscuridad. Bajo sus pies lo único que sentía era la fragilidad del barco, y ni siquiera era capaz de delimitar ni discernir la forma de

la tormenta. Deseó que cambiaran las tornas, y se dispuso a esperar inmóvil y con la impotencia de un ciego.

El mutismo era algo natural en su carácter, tanto de día como de noche. Jukes estaba a su lado y se hizo escuchar a gritos entre los golpes de viento:

—¡Me temo que nos hemos encontrado con lo peor de entrada, señor!

Un relámpago culebreó a su alrededor como si hubiese quebrado el interior de una gruta, una negra y secreta gruta de mar con el suelo cubierto de crestas espumosas.

Durante un tético y suspendido instante reveló una masa de nubes bajas, el movimiento del flanco del barco, las figuras sorprendidas de los hombres que se encontraban sobre el puente con la cabeza agachada, como si se hubiesen convertido en estatuas con la embestida de la ola. La oscuridad tensa los envolvía por completo desde lo alto y en ese momento, por fin, llegó lo auténtico.

Se manifestó como algo extraordinario y repentino, algo parecido a la ruptura de un recipiente en el que había estado contenida la furia. Fue como si una detonación resonara alrededor del barco, y a continuación se produjo una descomunal avalancha de agua, como si se hubiese roto un dique por la fuerza del viento. Los hombres perdieron el contacto de inmediato. Ésa es sin duda una de las cualidades devastadoras de un vendaval: aislar a los hombres de los de su especie. Un terremoto, un corrimiento de tierras y hasta una avalancha tienen la virtud de alcanzar al hombre por casualidad, accidentalmente, pero un temporal enloquecido ataca de una manera distinta: como si se tratara de un enemigo privado, trata siempre de agarrar al hombre por sus miembros y envolver su mente como si tratara de bloquear su alma, o sacársela del cuerpo.

Jukes comprobó que algo lo había alejado de la cercanía de su capitán. Le dio la impresión de que algo lo había arrojado a una gran distancia en medio de un torbellino de viento. Todas las cosas, hasta su propia capacidad de raciocinio, parecieron desaparecer por completo durante unos instantes, pero tuvo la suerte de que su mano permaneció aferrada a una de las barandas. A pesar de que no podía evitar dudar de la realidad de aquella experiencia, su angustia no disminuyó. Era joven, pero ya había vivido más de un temporal, y jamás había puesto en duda que era capaz de imaginar lo peor. Aun así, aquello sobrepasaba hasta tal punto los límites de su fantasía que incluso le parecía incompatible con la simple existencia de un barco. Puede que hasta hubiese llegado a experimentar la

misma sensación de incredulidad con respecto a sí mismo si no hubiese tenido que realizar aquel titánico esfuerzo por mantenerse aferrado a su anclaje. La sensación de ahogo y de estar siendo sacudido con una brutalidad inhumana bastaban para convencerlo de que aún no estaba destrozado por completo.

Tuvo la impresión de haber estado desoladoramente solo demasiado tiempo, aferrado a aquel puntal. La lluvia lo había empapado por completo y chorreaba como si estuviera bajo una cortina de agua. Boqueaba en la oscuridad sin poder evitar tragar un agua que en ocasiones era dulce y en ocasiones salada. Durante casi todo ese tiempo mantuvo los ojos cerrados, como si temiera que una furia enloquecida se los arrancara si los abría. Los momentos en los que se atrevía a parpadear con rapidez encontraba cierto consuelo en la luz que brillaba débilmente a estribor, en mitad de la lluvia y la espuma que se dispersaba. Era aquella luz precisamente lo que estaba mirando cuando iluminó la encrespada ola que terminó por apagarla por completo. Contempló cómo se elevaba y caía la cresta de la ola, añadiendo al enorme tumulto ambiental el estrépito de su golpe, y medio segundo después sintió que el puntal le fue arrancado de las manos. Cayó de espaldas con un golpe tremendo, y de pronto se encontró flotando sostenido por el agua. La primera sensación que tuvo fue la de que todo el mar de China se había vaciado sobre el puente, luego, más juicioso, se dio cuenta de que se había caído por la borda. Rodeado de todas aquellas ingentes cantidades de agua que lo lanzaban, zarandeaban y revolcaban no paraba de pensar en su interior: «¡Dios mío! ¡Oh, Dios! ¡Dios mío!».

En medio de aquella desesperación trágica se decidió a salir de allí como fuera y empezó a agitar los brazos y las piernas, pero, en cuanto empezó a forcejear, se vio revuelto junto a una cara, un impermeable, unas botas y se agarró con ferocidad a todas aquellas cosas, las perdió al instante y luego las volvió a recuperar hasta que finalmente se vio rodeado por unos fuertes brazos. Devolvió el abrazo apretando aquel cuerpo robusto. Había encontrado a su capitán.

Siguieron dando tumbos de aquella manera sin dejar de abrazarse. El agua los dejó caer brutalmente junto a una de las paredes de la caseta del timón, y allí permanecieron tambaleándose por efecto del viento e intentando agarrarse a lo que fuera.

Jukes estaba espantado, como si hubiese conseguido escapar a alguna incomparable ofensa a sus sentimientos. Algo había acabado con su fe en sí mismo. Como no sabía hacia dónde avanzar, comenzó a gritarle a aquel hombre que estaba a su lado en la oscuridad.

—¿Es usted, señor? ¿Es usted?

Sentía que le iba a reventar la cabeza en cualquier momento. La única respuesta que recibió le pareció lejana, como si alguien le gritara una sola palabra desde una gran distancia:

—Sí.

Llegaron nuevas olas que siguieron barriendo el puente y él se enfrentó a ellas indefenso, aferrándose con las manos para no resbalar.

El barco se agitaba con unos movimientos totalmente extravagantes. Las sacudidas eran inevitables: hundía la proa como si se arrojara al vacío, y siempre golpeaba como contra una pared. Al cabecear se escoraba totalmente a un lado y cuando se enderezaba era gracias a un golpe tan rotundo que Jukes lo percibía como si fuese un hombre al que estuviesen linchando a garrotazos y que consiguiese levantarse un poco sólo unos segundos antes de caer de manera definitiva. La tormenta aullaba desmesuradamente en medio de la oscuridad, como si el mundo entero se hubiese convertido en un enorme acantilado negro. Había ocasiones en las que el viento daba de lleno sobre el barco, como si lo estuviera succionando un túnel, e impactaba sobre él con tanta fuerza que daba la sensación de que lo iba a levantar del agua, manteniéndolo en suspensión un instante y atravesándolo como un escalofrío de parte a parte. A continuación la nave reanudaba los tumbos como si flotara sobre una olla hirviendo. Jukes trataba de reunir toda su energía para pensar con la mayor claridad posible y reorganizar sus ideas.

El mar se allanaba cuando llegaban las rachas más fuertes de viento y de improviso se alzaba a los dos flancos del Nan-shan como dos enormes surtidores de espuma que acababan desbordando la cubierta y cayendo de nuevo hacia la noche. A contraluz de aquella cortina deslumbrante, el capitán MacWhirr alcanzaba a ver algunas manchas diminutas y negras como la brea, la parte superior de las escotillas, las escaleras inundadas, los cabrestantes, el pie del mástil. Más allá no alcanzaba a ver más de su barco. La estructura central de la embarcación era como una roca bañada por la marea: podía verse la cubierta cruzada por el puente en donde se encontraban él y su segundo, y la cabina en la que un hombre seguía al mando del timón sólo por el miedo que le daba salir a cubierta y ser arrastrado junto a los demás; el agua rebullía lo mismo que alrededor de una roca, la cubría y la golpeaba, bailaba a su alrededor, la misma roca a la que se aferran los naufragos antes de dejarse llevar, con la única diferencia de que esta roca se elevaba también, se hundía, cabeceaba

constantemente como un peñasco que se hubiese desprendido de la tierra y flotase mar adentro.

El Nan-shan resistía aquella furiosa tormenta sin sentido que ya iba dando las primeras muestras de su pillaje. Dos de los botes habían desaparecido, pero nadie los había visto ni los había oído caer, era como si se hubiesen disuelto por efecto del golpear de las olas. Jukes no se dio cuenta de lo que había pasado a menos de tres metros de su espalda hasta más tarde, y gracias a otro destello blanco: vio las dos serviolas saltando, negras y vacías en la oscuridad.

Inclinó la cabeza buscando el oído del capitán hasta que sus labios tocaron la oreja carnosa y grande. En ese momento, gritó con aprensión:

— ¡Señor, estamos perdiendo los botes!

Volvió a escuchar aquella voz débil y distante, y de nuevo le provocó, como la primera vez, un extraño efecto balsámico en medio de aquella atronadora resonancia; era como si le llegara desde un lejano remanso de paz que se encontraba más allá de la negra inmensidad de la tormenta. Escuchó aquella voz de hombre, el frágil sonido capaz de servir de transporte a multitud de ideas, decisiones y propósitos, y que pronunciará confiadas palabras en su último día, cuando los cielos se hundan y se haga justicia; la escuchó de nuevo, gritaba como si se encontrara lejos, muy lejos.

— Está bien.

Pensó que tal vez no había conseguido que lo oyera.

— ¡Los botes, he dicho, señor! ¡Los botes! ¡Los hemos perdido los dos!

La misma voz en grito a un palmo de distancia, pero sin perder aquel tono remoto, replicó con sensatez:

— Ya no se puede hacer nada.

El capitán MacWhirr ni siquiera se dio la vuelta, pero Jukes consiguió escuchar algunas palabras más:

— Qué se puede esperar... cuando se atraviesa... temporal así... algo atrás... es normal.

Jukes prestó toda la atención que fue capaz, por si decía algo más, pero eso fue todo. El capitán MacWhirr no tenía nada más que decir y Jukes, más que ver, podía imaginar la espalda ancha y fornida que estaba frente a él. Sobre aquellas fantasmagóricas luces que brillaban sobre el mar caía ahora una oscuridad impenetrable. De Jukes se apoderó de pronto una siniestra convicción de que no había esperanza alguna.

Si el timón se mantenía firme, si aquellas inmensas montañas de agua no eran capaces de destrozar la cubierta o reventaban las escotillas, si los motores no se paraban, si el barco era capaz de mantener el rumbo ante aquel viento extraordinario y no se hundía para siempre en medio de aquel tremendo oleaje del que sólo podía tener una visión adecuada de cuando en cuando al alzarse sobre una de sus blancas crestas, entonces todavía les quedaba una posibilidad de salvación. De pronto algo en su interior decidió que el Nan-shan estaba perdido.

«No hay nada que hacer», se dijo a sí mismo con una inquietud extraordinaria, como si en ese pensamiento hubiese desflorado también un sentimiento imprevisible. No había duda de que una de esas cosas iba a suceder inevitablemente. A esas alturas ya no se podía remediar nada. Los hombres a bordo no servían de ayuda, y el barco no iba a poder aguantar mucho más tiempo. La tormenta era demasiado fuerte.

Jukes sintió cómo un brazo le rodeaba los hombros y respondió a aquel gesto con amabilidad, agarrando al capitán a la altura de la cintura.

Entrelazados de aquella manera, permanecieron inmóviles en medio de la noche, ayudándose a luchar contra el viento, mejilla contra mejilla y con los labios siempre cerca de la oreja del otro, como si fueran dos barcos atados por el flanco.

Jukes escuchó la voz de su capitán tan débil como antes, pero un poco más cercana, como si después de haber entrado en la prodigiosa ira del huracán se hubiera aproximado a él un poco más, otorgándole así un extraño tono de serenidad, el sereno resplandor de un halo.

¿Dónde están los marineros? —preguntó con una voz que era al mismo tiempo vigorosa y evanescente, tratando de sonar por encima del ruido del viento y perdiéndose, apenas tocaba el oído de Jukes.

Jukes no tenía ni idea. Cuando el huracán los alcanzó estaban todos en el puente del barco. No se le ocurría en qué lugar podrían haberse refugiado. En

aquel momento daba la sensación de que no estaban en ninguna parte. La pregunta del capitán asustó a Jukes.

—¿Los necesita, señor? —gritó con aprensión.

—Debería saber dónde están —dijo el capitán MacWhirr—, agárrese fuerte.

Los dos se agarraron lo más fuerte que pudieron. Hubo una explosión desatada de furia, una maliciosa ráfaga de viento suspendió el barco dejándolo por un instante a merced de un balanceo rápido y ligero como el de una cuna, mientras daba la sensación de que la atmósfera entera los envolvía como un torrente alejándose de tierra con un rugido infernal.

Sintieron que se asfixiaban y se agarraron con todas sus fuerzas. Por la magnitud de la sacudida debían de haber impactado contra una columna de agua inmensa. Fuera lo que fuera, rompió contra el barco y desplomó sobre el puente, y desde mucha altura, un peso letal.

Un fragmento de toda aquella masa que se derrumbó sobre ellos los cubrió de pies a cabeza como un remolino y les llenó la boca y la nariz de agua salada. Sintieron cómo les golpeaba las piernas, cómo les retorcía los brazos, cómo burbujeara furiosamente bajo sus barbillas y, cuando abrieron los ojos, sólo alcanzaron a ver una enorme masa de espuma que iba de un lado a otro sobre lo que parecían ser fragmentos de barco. La embarcación había acabado cediendo ante aquel enorme peso y los dos hombres también se sintieron desfallecer, hasta que de improviso el barco resurgió de su desesperada inmersión como si tratara de emerger de entre sus propias ruinas.

En medio de la oscuridad las aguas confluían de todas las direcciones para mantener el barco allí donde debía perecer. Era como si se manifestara una especie de odio real en la forma en la que aquellos golpes lo zarandeaban y torturaban. Era un ser viviente arrojado al mar de la ira de una multitud: azotado, pisoteado, abofeteado. El capitán MacWhirr y Jukes continuaban abrazados el uno al otro, ensordecidos por el estruendo, amordazados por el viento, y aquel ruido tumultuoso manifestaba también una desatada pasión, un insoportable malestar del alma. En ese momento pasó sobre sus cabezas, como si se tratara de un ave de presa, uno de aquellos alaridos salvajes que se escuchaban sobre el bramido constante del huracán, y Jukes intentó hacerse escuchar gritando todavía más fuerte:

—¿Conseguirá resistir?

El grito surgió igual que si se lo hubiesen arrancado del pecho, de una manera casi tan inconsciente como el nacimiento de una idea; ni siquiera él mismo lo escuchó. Todo se apagó de pronto —el pensamiento, el esfuerzo, la intención—, y el inaudible sonido de su grito se unió al de las tempestuosas ondas del aire.

No esperaba nada, nada en absoluto. ¿Qué respuesta podía tener una pregunta como la suya? Y sin embargo, al cabo de unos segundos, escuchó con asombro cómo aquella voz frágil y resistente emitía un sonido minúsculo, pero aun así inamovible ante aquel tumulto inmenso.

—¡Tal vez!

Era un grito apagado y más difícil de distinguir que un susurro. Y otra vez se escuchó la voz casi sumergida en medio de las poderosas explosiones, como si el barco estuviese luchando a solas contra todo el furor del océano.

—¡Esperemos que así sea! —dijo la voz, minúscula y solitaria, totalmente al margen de cualquier visión de esperanza o de temor, y continuó de forma inconexa—: Barco... jamás... de cualquier modo... lo mejor.

Jukes desistió de entender más. Pero, de pronto, igual que si hubiese comprendido súbitamente lo único que tal vez podía resistir con éxito el poder de la tempestad, pareció recobrar la fuerza necesaria para gritar entrecortadamente:

—¡Sigue a flote... armadores... buenos trabajadores... una oportunidad... máquinas... Rout... eficaz!

El capitán MacWhirr retiró el brazo de la espalda de Jukes y con aquel gesto dejó de existir para su segundo de abordaje en medio de la oscuridad. Jukes tensó todos los músculos y a continuación los relajó un poco. Tenía una inquietud en el alma que se unía a cierta predisposición a la somnolencia, como quien se siente adormecido tras una tunda de golpes. El viento se había apoderado de su cabeza y le daba la sensación de que estaba intentando arrancársela de los hombros. La ropa, totalmente empapada, le pesaba como si fuese plomo. Estaba helada y goteaba igual que una armadura de hielo fundido. Sintió cómo su cuerpo se encogía en un largo escalofrío y, sin dejar de agarrarse a su asidero con fuerza, se dejó llevar por una profunda sensación de miseria física. Todos sus pensamientos se habían concentrado vagamente en sí mismo, por eso saltó como un muelle cuando algo lo empujó vagamente por detrás de las rodillas.

Al dar el salto se topó de nuevo con la espalda del capitán MacWhirr, que no se movió, y sintió cómo una mano le agarraba el muslo. Al parecer el viento se había dado un pequeño descanso, un descanso de lo más ominoso y cargado de terribles amenazas, como si la tormenta hubiese decidido retener el aliento unos segundos. Sintió que aquella mano le palpaba el cuerpo entero. Se trataba del contraataca. Jukes reconoció aquella mano tan enorme que parecía la de una nueva extensión de la especie humana.

El contraataca había conseguido alcanzar el puente arrastrándose a gatas contra el viento y se había dado de cabeza contra las piernas del segundo. En ese momento se había puesto en cuclillas y había empezado a explorar a la persona con la que se había topado de abajo arriba, con gestos prudentes y tímidos, como es propio de un inferior.

El contraataca era un hombre poco agraciado que rondaba los cincuenta años, robusto y pequeño, de piernas cortas y brazos largos, parecido a un mono viejo. Tenía una fuerza enorme y los objetos parecían juguetes cada vez que los cogía con aquellas manos abultadas e hinchadas como guantes de boxeo. Aparte de la leve pelusa gris de su pecho, del gesto amenazante y la voz ronca, no tenía ninguna de las cualidades propias de su rango. Era tan benévolo que rozaba la estupidez, los marineros hacían con él lo que les daba la gana, y en su personalidad afable y habladora no había el menor gesto de iniciativa personal. Ésa era la principal razón por la que Jukes no le tenía una gran simpatía, aunque el capitán MacWhirr, para enfado de Jukes, lo consideraba un estupendo suboficial.

Se incorporó palpando el abrigo de Jukes, tomándose aquella libertad de la forma más moderada posible y sólo porque estaban bajo un huracán.

—¿Qué sucede? ¿Qué hay? —gritó Jukes con impaciencia. ¿Cómo había llegado el contraataca hasta el puente? El tifón lo había enervado y los bramidos del otro denotaban un estado de jovial satisfacción. No había duda, aquel viejo idiota estaba alegre por alguna razón.

La otra mano del contraataca debía de haber encontrado el otro cuerpo, porque comenzó a preguntar en otro tono:

—¿Es usted, señor? ¿Es usted? —preguntó con todo aquel viento, tratando de imponerse sobre sus gritos.

—¡Sí! —gritó el capitán MacWhirr.

IV

Tras un prolongado intercambio de gritos todo lo que el contraataca consiguó hacer entender al capitán fue esta extraña noticia: «Todos los chinos que están sobre la cubierta de proa se han enzarzado en una pelea, señor».

Jukes estaba a favor del viento, por lo que pudo oír la conversación completa entre aquellos dos hombres que se gritaban a pocos centímetros de la cara, como se puede oír en una noche tranquila la conversación de dos personas que se gritan de un extremo a otro de un campo, a medio kilómetro de distancia. Lo primero fue el irritado grito del capitán MacWhirr:

—¿Qué dice?

Y luego la voz ronca desde el otro lado:

—Unos sobre otros... lo he visto yo mismo... terrible, señor... pensé... necesario decírselo.

Jukes lo escuchaba indiferente, como si la rotundidad de aquel huracán lo hubiese exonerado de todo tipo de responsabilidad y cualquier acción le pareciera algo banal. Por si fuera poco, debido a su juventud encontraba en extremo absorbente el tener el corazón alerta ante lo peor, y cada vez que se presentaba cualquier forma de actividad experimentaba un verdadero rechazo. Sabía que no estaba asustado, porque aun teniendo la certeza de que no vería otro amanecer, aquel pensamiento no lo inquietaba.

Son esos los momentos de heroísmo pasivo a los que pueden llegar a sucumbir hasta los mejores hombres. Hay multitud de oficiales de la marina que pueden recordar situaciones vividas por ellos mismos en las que un trance de ese particular estoicismo se ha apoderado por completo de la tripulación de un barco. Jukes, por su parte, no tenía una gran experiencia con los hombres ni tampoco con los temporales. Se sentía tranquilo, inquietantemente tranquilo, porque en realidad estaba aterrorizado, no de una forma malvada, pero rozando el límite en el que los hombres comienzan a odiarse a sí mismos.

Era más bien algo parecido a una forzada insensibilidad del espíritu. La prolongada tensión de aquel temporal había empezado a provocar ese efecto; la expectativa de un drama que siempre estaba a punto de suceder, unida al cansancio corporal de tener que aferrarse a la existencia en mitad de un tumulto fantástico, provoca que un insidioso cansancio acabe filtrándose en el alma de un hombre hasta deprimir y entristecer su corazón de tal forma que ya no le interesen casi las bondades de la vida —ni siquiera la vida en sí— tanto como alcanzar sencillamente la paz.

Jukes había llegado a insensibilizarse mucho más de lo que él mismo creía. Se limitaba a aguantar con todos los miembros rígidos y empapados mientras era asediado por súbitas visiones (se suele decir que un ahogado rememora su propia vida); le venían a la cabeza todo tipo de recuerdos totalmente ajenos a los de su situación actual. Recordó, por ejemplo, a su padre, un honesto hombre de negocios que tras una gran crisis económica se metió silenciosamente en la cama y murió poco después con gran resignación. Jukes, por supuesto, no recordaba las circunstancias particulares de aquella historia, pero sin que tampoco lo afectara demasiado, le parecía estar viendo con claridad la cara del pobre hombre, al igual que una partida de cartas que jugó cuando aún era un muchacho, en Table Bay a bordo de un barco que luego se hundió con toda su tripulación al completo; recordó las pobladas cejas de quien fue su primer capitán; y sin ninguna emoción particular, cómo una vez hacía años había entrado en su habitación en silencio y la había encontrado enfrascada en un libro, recordó a su madre —también difunta—, aquella mujer que se quedó viuda en unas condiciones de lo más precarias y que lo había educado con tanta firmeza.

Todo aquel proceso duró un segundo, puede que incluso menos. Un pesado brazo le cayó en los hombros, era el del capitán MacWhirr, que se acercó a su oído para gritar:

—¡Jukes! ¡Jukes!

Le dio la sensación de que el tono era de cierta preocupación. El viento había arremetido contra el barco con intención de sumergirlo en aquellas olas que lo cubrían de cuando en cuando, como si se tratara de un tronco a flote. El peso de todas aquellas colisiones acumuladas parecía amenazar a lo lejos. Las crestas surgían en medio de la oscuridad con un brillo luminoso, la luz de la espuma de mar permitía ver el ascenso de la ola sobre la frágil estructura del barco en un destello hirviente y feroz, y también su caída y el modo en que recorría la cubierta completa. El barco no estuvo libre de aquel reflujo continuo de las aguas ni un solo

instante. Jukes, rígido, percibía signos ominosos en aquellos tumbos fortuitos. Ya no había lógica alguna en esos movimientos. Era sin duda el principio del fin, por eso la nota de preocupación en la voz del capitán le produjo una repulsión parecida a la de la exhibición de la locura.

El maleficio de la tormenta había caído sobre el alma de Jukes, lo absorbía por completo y había arraigado en él con la fuerza de una atención insensible. El capitán MacWhirr continuó gritando, pero en ese momento el viento se interpuso entre los dos como si se tratara de una poderosa cuña. Jukes se sentía como si le hubiesen colgado al cuello una rueda de molino. Sus cabezas chocaron de pronto.

—¡Jukes! ¡Escúcheme Jukes!

Tenía que contestar a aquella voz que parecía que no fuera a callar nunca, de modo que respondió el habitual:

—Sí, señor.

Y en ese instante su corazón se manifestó totalmente envenenado por la tempestad. Le pareció que le podían las ansias de libertad y se rebelaba contra la tiranía del servicio y el deber.

El capitán MacWhirr había agarrado con firmeza la cabeza de su segundo en el hueco del codo y la tenía afianzada y con los labios cerca de su oído. De cuando en cuando Jukes lo interrumpía para decirle «¡Cuidado, señor!», o el capitán MacWhirr exclamaba, como una furiosa orden, «Agárrese fuerte ¡ahora!», y el negro universo parecía desplomarse de nuevo sobre la embarcación. Hubo una pausa. El barco seguía a flote y el capitán MacWhirr continuó gritando:

—¡Dice... chinos... pelea... tenemos que ir... es el problema!

En el mismo instante en que el huracán había comenzado a azotar el barco, y sobre todo cuando llegó al máximo de su fuerza, resultó imposible quedarse en cubierta, por eso todos los marineros se refugiaron en el corredor de babor bajo el puente y cerraron la puerta del lado de popa. El interior había quedado muy oscuro, frío y siniestro. Cada vez que el barco recibía una sacudida todos gemían en la oscuridad al oír cómo pasaban sobre sus cabezas toneladas de agua que parecían estar buscándoles desde lo alto. El contramaestre había hecho todo lo posible por mantenerlos aplacados dándoles órdenes pero, como aseguró más tarde, en toda su vida se había cruzado con un grupo de hombres menos razonable que aquél. Allí dentro se estaba bien y a cubierto, y aunque no deseaban hacer

ninguna cosa en particular, no paraban de quejarse y maldecir como niños enfermos. Finalmente, uno de ellos dijo que aquello no estaría tan mal si por lo menos tuvieran un poco de luz para poder verse las caras. Se estaba volviendo completamente loco esperando en la oscuridad a que se hundiera de una vez el maldito barco.

—En ese caso, ¿por qué no sales fuera y acabas tú mismo de una vez? —le replicó el contramaestre.

A aquella respuesta le siguió una auténtica avalancha de insultos. El contramaestre se vio obligado a aguantar todo tipo de reproches. Parecía irritarles soberanamente el hecho de que nadie pudiera crear una lámpara de la nada, y gemían pidiendo luz ¡para poder ver cómo se ahogaban! Aunque resultaba evidente que la petición era irracional —nadie se planteaba la posibilidad de ir a la sala de luces que se encontraba en la popa—, el contramaestre se sintió herido por aquella cantidad de reproches. Le parecía indigno que lo insultaran de esa manera y así se lo hizo saber, pero para recibir una reprobación generalizada aún mayor. Por aquella razón, acabó buscando refugio en un silencio amargado, pero los gruñidos de los marineros seguían atormentándolo, y de pronto se le ocurrió que en el entrepuente había seis linternas encendidas y que tampoco podía causar daño a nadie llevárselas a los *coolies*.

En el Nan-shan había una carbonera extra que en ciertas ocasiones se utilizaba como espacio para la carga y se comunicaba con el entrepuente de proa por una escotilla de hierro. En aquel viaje estaba vacía y el ojo de buey era el que se encontraba más cerca de la proa en el corredor de debajo del puente. Había por tanto una posibilidad para el contramaestre de entrar sin necesidad de salir a cubierta, pero para su sorpresa no consiguió que nadie lo ayudara a retirar la tapa del ojo de buey. Aun así, trató de acercarse, pero uno de los miembros de la tripulación que estaba tumbado en medio del camino se negó a moverse.

—¡Pero si lo único que estoy intentando es conseguir la maldita linterna! —exclamó casi gimoteando.

Alguien le gritó que metiera la cabeza en un saco y dejara de molestar. Sintió no haber podido reconocer la voz de quien dijo aquello, porque de haberlo hecho, eso fue al menos lo que aseguró, y por mucho que hubiesen acabado todos ahogándose al final, se habría abalanzado sobre él y le habría partido la cabeza a aquel cretino. Aun así, parecía haberse prometido a sí mismo conseguirles una linterna, incluso si tenía que pagarla con su propia vida.

El buque cabeceaba con tanta violencia que todos los movimientos resultaban peligrosos. El sencillo hecho de estar recostado sobre el suelo ya resultaba trabajoso. Estuvo a punto de romperse el cuello al saltar sobre la carbonera. Cayó de espaldas y se vio rebotando de un lado a otro, indefenso y en la peligrosa compañía de una barra de hierro —que casi seguro era la pala de carbón— que alguien había olvidado por ahí. Aquella presencia inerte lo puso igual de nervioso que si lo hubiesen encerrado en la oscuridad con una bestia salvaje. No era capaz de verla porque en aquel espacio cubierto de carbonilla todo estaba total e impenetrablemente oscuro, pero la podía escuchar deslizarse y golpeando aquí y allá, siempre cerca de su cabeza. Producía a la vez un ruido extraordinario, como si se tratara de una viga enorme dando golpes. Era extraño ser consciente de algo así en una situación como aquella, cuando se veía reducido a tratar de recuperar el equilibrio agarrándose a las lisas paredes en un cuarto oscuro y siendo arrojado de proa a popa. Lo único que alcanzaba a ver era el tímido hilo de luz en la base de la puerta porque no cerraba herméticamente.

Como era marino desde hacía muchos años y todavía era un hombre ágil, no tardó mucho tiempo en recuperar la estabilidad y ponerse en pie, con tan buena fortuna de que, al hacerlo, la barra de hierro tocó su mano accidentalmente y pudo hacerse con ella. Si no hubiese tenido esa suerte habría estado pensando constantemente que aquella barra le iba a acabar rompiendo las piernas o al menos que lo derribaría de nuevo. Se quedó quieto al principio. Se sentía inseguro en medio de aquella oscuridad que hacía que todos los movimientos del barco le parecieran de pronto algo desconocido, y difícil de contrarrestar. Durante unos segundos estuvo tan conmocionado que apenas se atrevió a moverse. No tenía ningunas ganas de acabar hecho pedazos en aquella carbonera.

En todo aquel vaivén se había acabado dando un par de golpes fuertes en la cabeza y se había quedado un poco aturdido. Y aun así le pareció estar escuchando tan claramente los golpes y el tintineo de la barra de hierro, que apretó el puño para asegurarse de que la tenía bien agarrada. Le inquietaba la limpidez con la que podía escuchar desde allí abajo la furia del temporal. Aquellos resoplidos y aullidos del viento tenían algo de humanos desde la carbonera, un dolor y una rabia humanos, algo limitado y definitivamente conmovedor. A cada cabeceo del barco sonaban también otros sonidos profundos y huecos como los de una masa de cinco toneladas, aunque en el interior del barco no había ninguna carga que tuviera ese peso. ¿Podía tratarse de algo que hubiera en cubierta? No, imposible. ¿Y en los flancos? Tampoco.

Todas aquellas cosas las pensaba con rapidez, claridad y eficacia, como el

buen marinero —aunque desconcertado— que era. El ruido que provenía del exterior llegaba amortiguado junto con el sonido del agua torrencial que sentía resbalar sobre la superficie que había arriba. ¿Se trataba del viento? Podía ser. Desde allí casi parecía el bramido de un grupo de hombres enloquecidos. Y en ese momento descubrió que él también necesitaba una luz, aunque sólo fuera para ver cómo se ahogaba, y que hacía tiempo que le urgía salir de aquella carbonera.

Tiró de la cerradura y la pesada puerta de hierro giró sobre sus bisagras. Al hacerlo dio paso al verdadero ruido de la tormenta. Llegó a su encuentro una avalancha de roncós rugidos: el aire estaba inmóvil y el sonido del agua en la parte de arriba quedó ensordecido por una turbamulta de gritos guturales que resonaban como si fuese un cúmulo de la desesperación. Abrió las piernas tanto como se lo permitió la puerta y estiró el cuello. Lo único que distinguió al principio fue lo que había ido a buscar: seis pequeñas llamas que bailaban con violencia en medio de aquella oscuridad.

El entrepuente casi era más parecido a la galería de una mina. Tenía una hilera de montantes en el centro y vigas transversales en el techo que se perdían en la oscuridad. Hacia babor se distinguía una masa como una sombra informe. Todo lo que había en aquel espacio con todas sus formas y sombras se movía sin parar. El contraamaestre abrió los ojos todo lo que pudo, el barco se inclinó a estribor, y de aquella masa, cuyo contorno era como el de una montaña de arena, surgió un aullido enorme.

Junto a su cabeza pasaron volando unos trozos de madera. «Serán unos postes», se dijo, echando violentamente la cabeza hacia atrás por el sobresalto. A sus pies se deslizó un hombre de espaldas con los ojos abiertos y los brazos inútilmente extendidos, y a continuación apareció otro rebotando como una piedra desprendida, la cabeza entre las piernas y los puños apretados. Intentó agarrarse a la pierna del contraamaestre y de su mano cayó un pequeño disco plateado que rodó hasta sus pies. Comprobó que se trataba de un dólar de plata y dio un grito de sorpresa. Con un retumbar de pasos y bramidos, aquella montaña de cuerpos apilados a babor se deslizó hacia estribor, inerte y debatiéndose en un torpe movimiento hasta producir un sordo golpe brutal. Los gritos se apagaron y, a continuación, el contraamaestre escuchó un concierto de aullidos y silbidos de viento y vio una tremenda confusión de cabezas, hombros, piernas, plantas de pie desnudas vueltas hacia arriba, espaldas y puños alzados.

—¡Dios santo! —exclamó con horror y cerró de un golpe la puerta para acabar de una vez con aquella imagen.

Ésa era la razón por la que había acabado subiendo al puente, para poder explicar lo que había visto, no podía guardárselo para sí, y a bordo de los barcos sólo hay un hombre con el que uno pueda descargar a gusto su conciencia. Cuando regresó, los marineros del corredor lo insultaron de nuevo. ¿Cómo es que no había llevado la linterna? ¿A quién le podían importar todos aquellos *coolies*? Cuando salió al exterior, el contraste con lo que estaba sucediendo afuera del barco hizo que lo que sucedía en el interior perdiera toda su importancia.

Lo primero que imaginó fue que había salido al corredor justo en el instante en el que la nave se hundía. Las escaleras del puente estaban totalmente anegadas y un golpe de mar lo empujó directamente hasta él. Tuvo que quedarse un buen rato tumbado boca abajo, aferrado a una de las argollas, medio ahogado y tragando agua a mares. Siguió avanzando como pudo y con gran dificultad, a gatas, demasiado asustado ya como para intentar regresar. De ese modo consiguió llegar hasta la popa, junto a la caseta del timón. Fue en aquel lugar relativamente protegido donde se topó con el segundo oficial. El contramaestre sintió la agradable sorpresa de quien en aquel punto ya pensaba que todo el mundo había sido arrebatado por las aguas. Preguntó dónde se encontraba el capitán.

El segundo oficial estaba agazapado como un animal maligno que se oculta debajo de un seto.

— ¿El capitán? Se ha caído por la borda después de meternos en este enredo. Lo más probable es que también haya caído el segundo de a bordo. Otro imbécil. Qué más da. Vamos a acabar todos igual.

El contramaestre salió arrastrándose de aquel lugar luchando contra toda la fuerza del viento, no porque tuviera la esperanza de encontrar a alguien, eso dijo, sino por la sencilla razón de apartarse de «aquel hombre». Avanzaba a gatas como un paria enfrentándose a un mundo hostil, por eso se alegró tanto cuando por fin se encontró con Jukes y el capitán. Cuando llegó a aquel punto, lo que pasaba en el puente había dejado de importarle casi por completo. Y por otra parte era muy difícil hacerse entender. A pesar de todas las dificultades, consiguió transmitir el mensaje de que los chinos se estaban zarandeando con sus baúles y que él había ido hasta allí para comunicarle aquella noticia. Los marineros, dijo, estaban bien. Cuando terminó se dejó caer aliviado sobre la cubierta rodeando con los brazos y las piernas el pie de la cabina del telégrafo, un objeto del grosor de un poste. Si la tormenta conseguía arrastrar aquel objeto, lo arrastraría a él también. Por primera vez dejó de pensar en los *coolies*.

El capitán MacWhirr le había dado a entender a Jukes que quería que bajara para cerciorarse de que todo iba bien.

—¿Y qué desea que haga, señor?

La forma en la que temblaba el cuerpo de Jukes hacía que su voz sonara casi como un balido.

—Ver primero... contramaestre... dice... nada que hacer.

—Ese contramaestre es un completo idiota —dijo Jukes tiritando.

A Jukes le indignaba que le ordenaran algo tan absurdo. No estaba demasiado dispuesto a ir, parecía estar convencido de que el barco se iba a ir a pique en el mismo instante en que abandonara el puente.

—Tengo que saber... No me puedo marchar...

—Eso los tranquilizará, señor.

—Se están peleando... El contramaestre dice que se están peleando... ¿Por qué?... No quiero... peleas... a bordo... es mejor que se quede... por caso... yo... por la borda... es mejor que usted se quede... pare la pelea... como pueda. Vaya y dígame qué sucede... a través del tubo de máquinas. No quiero... suba... constantemente... la cubierta... peligrosa.

Jukes escuchaba aquellas horribles indicaciones con la cabeza atrapada bajo el codo del capitán.

—No quiero... usted se pierda... barco no... Rout... barco se puede salvar.

Jukes comprendió entonces que no le quedaba más remedio que obedecer.

—¿Cree que aguantará?

El viento se llevó con él toda la respuesta, pero Jukes fue capaz de rescatar una palabra, la que había sido pronunciada con más energía:

—Siempre.

El capitán MacWhirr soltó a Jukes y gritó inclinándose sobre el

contraamaestre:

—¡Ayude a su compañero!

Lo único que sabía Jukes es que aquel brazo lo había soltado. Le habían dado unas órdenes, pero ¿qué sentido tenían? Estaba tan crispado que por un instante dejó de agarrarse a su asidero y justo en ese instante el vendaval se lo llevó con él. Por un momento pensó que nada podría impedir que el viento lo lanzara por la borda, pero se tiró al suelo a toda prisa y el contraamaestre, que iba a su espalda, se tiró sobre él.

—¡No se levante todavía, señor! —gritó el contraamaestre—. ¡No hay prisa!

Una ola les pasó por encima. Jukes oyó que el contraamaestre le decía que habían desaparecido las escaleras del puente.

—Yo le cogeré de las manos para ayudarle a bajar, señor —gritó.

Oyó que también decía algo la chimenea, que al parecer tenía las mismas posibilidades de desaparecer de igual modo. Jukes pensó que aquello era más que probable y se imaginó el barco con las calderas apagadas, totalmente a la deriva.

—¿Qué ha dicho? —gritó Jukes.

Y el otro repitió:

—¿Qué cree que diría mi mujer si me viera en este instante?

En el pasillo había entrado ya una gran cantidad de agua. Los hombres estaban quietos como muertos hasta que Jukes tropezó con uno de ellos y lo increpó, hecho una furia, por ponerse en su camino. Se alzaron entonces dos o tres débiles voces para preguntar:

—¿Qué posibilidades hay, señor?

—¿Y a vosotros qué os sucede, idiotas? —respondió con brutalidad.

Lo único que deseaba era dejarse caer entre ellos y no moverse ya nunca más, pero los hombres se animaron de inmediato y empezaron a darle obsequiosos consejos.

—Cuidado con la puerta del ojo de buey, señor.

Entre todos lo ayudaron a bajar a la carbonera. El contramaestre se dejó caer a su lado. Se incorporó un poco y comentó:

—Tendría que decirme a mí mismo: «Lo tienes bien merecido, viejo loco, por echarte a la mar».

El contramaestre tenía algo de dinero y no perdía ocasión para recordarlo cada vez que podía. Su mujer —una señora totalmente oronda— y sus dos hijas atendían una verdulería en el este de Londres.

En medio de aquella oscuridad Jukes no se veía capaz de tenerse en pie, y escuchaba un retumbar lejano y sordo, similar al de un trueno. Le llegaba también un griterío sofocado aunque cercano, y el sonido del temporal descendía sobre aquellos otros sonidos más próximos que lo rodeaban. La cabeza no paraba de darle vueltas. También a él el movimiento del barco desde el interior de la carbonera le parecía extraño y le daba la sensación de que tenía el poder de acabar con su determinación y su valor, como si nunca hubiese estado en alta mar.

Lo único que quería era salir de allí, pero se lo impedía el recuerdo de la voz del capitán MacWhirr. Las órdenes que le había dado eran las de que fuera a ver qué pasaba. Todavía se estaba preguntando de qué demonios le iba a servir saber eso. Totalmente enfurecido, se dijo a sí mismo que iría a ver, pero el contramaestre le advirtió tambaleándose con torpeza que tuviera cuidado cuando abriera la puerta, porque allí dentro había una batalla espectacular. Jukes deseó saber de una vez por todas por qué se había producido aquella batalla, como si buscara el origen de un dolor físico.

—¡Dólares, señor! ¡Los dólares! Los baúles podridos han reventado y todo el dinero está rodando por el suelo y se están lanzando unos sobre otros para recuperarlo, a patadas y puñetazos, de mala manera; lo de ahí dentro es un auténtico infierno.

Jukes abrió la puerta de un golpe y el contramaestre, un poco más bajo que él, miró por debajo del codo.

Una de las linternas se había apagado, seguramente al romperse. En sus oídos explotó de inmediato un griterío tremendo en el que predominaba un tono jadeante, el que producían todos aquellos pechos trabajando a pleno pulmón. Un golpe tremendo sonó en el flanco del barco, el agua cayó encima provocando una

colisión y al fondo en la penumbra, donde el aire era rojizo y espeso, Jukes vio cómo una cabeza golpeaba violentamente contra el suelo, dos gruesas piernas se agitaban en el aire y unos brazos ahogaban una cara amarilla con la boca abierta y una expresión salvaje con los ojos hacia arriba. Un baúl vacío crujió al caer y un hombre salió de cabeza como si lo hubieran empujado entre varios para que diera un salto mortal. Más allá, y enzarzados unos con otros, se veía una masa informe parecida a un montón de rocas rodando por una pendiente, golpeando el suelo y agitando los brazos. La escalera de la escotilla estaba repleta por un enjambre de *coolies*, como cientos de abejas que cubrieran una rama. Parecían colgar de los peldaños en un racimo siniestro y golpeaban con las manos la escotilla cerrada mientras el ruido del agua se oía a intervalos entre los gritos. El barco cabeceó violentamente y comenzaron a caer, primero uno, luego dos, y todos a continuación, entre chillidos.

Jukes estaba totalmente desconcertado. El contramaestre le suplicó ansiosamente:

—¡Por favor, señor, no entre ahí!

Toda la estancia parecía estar girando sobre sí misma y saltando a la vez. Cuando el barco se alzó con una de las olas, Jukes pensó por un instante que toda aquella cantidad de hombres se iban a desplomar sobre él. Dio un paso atrás, cerró la puerta de un golpe y echó el pestillo con manos temblorosas.

En cuanto su segundo de a bordo lo dejó a solas en el puente, el capitán MacWhirr comenzó a arrastrarse hasta la caseta del timón. Tuvo que luchar contra el viento para abrir la puerta, y cuando por fin consiguió entrar, sintió cómo ésta se cerraba violentamente a sus espaldas. Ya dentro se quedó inmóvil y aferrado al pomo.

Del engranaje del timón salían bocanadas de vapor, y en la pecera de la cabina la linterna aclaraba una almendra de luz en medio de aquella neblina lechosa. El viento aullaba y silbaba en ráfagas discontinuas sobre las puertas y las ventanas. Había un par de rollos de cuerda colgando junto a una bolsa de lona que se tambaleaba con violencia y golpeaba las mamparas. El enrejado del suelo estaba inundado casi por completo, y con cada golpe de las olas entraba un poco más de agua bajo las rendijas de la puerta. El timonel se había quitado la gorra y la chaqueta y estaba de pie apoyado contra el timón con la camisa a rayas abierta sobre el pecho. Aquella rueda de latón parecía casi un juguete en sus manos. Le sobresalían los tensos músculos del cuello y la cavidad del cuello quedaba en

sombra. Tenía el gesto pétreo y hundido, como si fuese un cadáver.

El capitán MacWhirr se secó los ojos. El mismo mar que casi había conseguido sacarlo a golpes por la borda se había llevado con él el sombrero que lo protegía su calva cabeza. Un pelo fino y claro, empapado y oscuro, le dibujaba una especie de miserable flequillo de algodón alrededor de la calva. Su cara brillante como el agua salada, había adquirido un tono casi escarlata a causa del viento y las salpicaduras del mar. Tenía el mismo aspecto que alguien que sale de una caldera sudando a mares.

—¿Qué hace usted aquí? —murmuró agotado.

El segundo oficial había conseguido refugiarse en la caseta del timón poco antes. Estaba sentado en un rincón con las rodillas levantadas y apretándose las sienes con los puños. Todo en su actitud sugería rabia, pena y resignación, en una suerte de concentrada acusación.

—Es mi turno de guardia, ¿o no? —respondió de malhumor y con altivez.

El aparato de vapor tembló un poco, se detuvo y tembló de nuevo. Al timonel se le salieron los ojos, como si fuera la suya una cara hambrienta que hubiese visto un trozo de carne a la misma distancia a la que él tenía la brújula. Sólo Dios sabía el tiempo que llevaba a cargo del timón, totalmente olvidado por todos sus compañeros. Nadie había tocado la campana y nadie había acudido en su relevo, el vendaval se había llevado consigo la rutina del barco, pero, a pesar de todo, él seguía intentando que se mantuviera en dirección nor-noreste. Si por él fuera, podrían haber arrancado de cuajo el timón, haber apagado las calderas y los motores, y haber dejado el barco flotando como un muerto. Lo único que parecía preocuparle era mantener la cabeza clara y el rumbo fijo, ya que la brújula paraba de bailar de izquierda a derecha y en ocasiones casi daba la sensación de que iba a dar la vuelta completa al cuadrante. Aquel hombre era presa de una enorme angustia mental. Le aterrorizaba también la posibilidad no del todo improbable de que el mar arrancara de cuajo la cabina entera. Montañas de agua seguían azotándola. Cuando el barco se sumergió en una de aquellas zambullidas desesperadas, comprobó cómo se dibujaba el rictus de sonrisa en sus labios.

El capitán MacWhirr levantó la mirada hacia el reloj de la cabina. Las manecillas negras parecían quietas en aquella esfera blanca y atornillada a la pared. Era la una y media de la madrugada.

—Un nuevo día —dijo para sí.

El segundo oficial debió de escucharlo porque se dio la vuelta hacia él y añadió con amargura:

—No creo que vea amanecer —le temblaban visiblemente las rodillas y las muñecas—. ¡Por Dios que no! Se lo aseguro...

Y hundió la cabeza entre los puños otra vez.

El cuerpo del timonel se había desplazado un poco, pero su cabeza no se había movido lo más mínimo; como si se tratara de una pieza que alguien hubiera soldado a una columna, miraba hacia un punto muy concreto. En medio de un cabeceo del barco que estuvo a punto de tirarlo al suelo, e intentando recuperar el equilibrio, el capitán MacWhirr sentenció:

—No preste ninguna atención a lo que dice este hombre. —Y cambiando el tono de voz, añadió con gravedad—: No se encuentra de servicio.

El marinero no respondió.

El huracán estaba en todo su esplendor y sacudía aquel pequeño recinto que parecía hermético. La luz de la bitácora no paraba de parpadear.

—No le han relevado —siguió diciendo el capitán MacWhirr sin alzar la mirada—, pero quiero que se mantenga al timón mientras sea capaz. Ha conseguido encontrar la forma de manejar la situación; el hombre que le releve podría estropearlo todo. No puede ser, no es ninguna broma. Los marineros seguramente estarán ocupados abajo... ¿Cree que podrá continuar?

La barra del timón saltó de pronto de las manos del timonel como una brasa, y aquel hombre silencioso y de mirada fija gritó de repente como si toda la vida hubiese regresado de pronto a sus labios:

—¡Dios santo, señor! Podría seguir toda la vida con tal de que nadie me dirigiera la palabra.

—¡Muy bien, muy bien! Muy bien... —respondió el capitán alzando la mirada—, me parece muy bien, Hackett.

Con aquello pareció olvidarse totalmente del asunto, se dirigió hasta el tubo

acústico de la sala de máquinas, sopló e inclinó la cabeza. El señor Rout contestó desde abajo, y el capitán MacWhirr aplicó los labios a la abertura.

El rugido del temporal hacía que el capitán tuviera que aplicar alternativamente los labios y el oído al tubo. La voz del jefe de máquinas llegaba ronca desde abajo, como la de quien acaba de terminar una discusión. Uno de los fogoneros había quedado totalmente inutilizado y los demás no podían hacer más, pero el maquinista segundo y uno de los fogoneros seguían alimentando las calderas. El tercer maquinista se hacía cargo de la válvula de vapor. Las máquinas se mantenían en marcha manualmente. ¿Cómo iba todo por allí arriba?

—Muy mal, lo cierto es que se podría decir que todo depende de vosotros —respondió el capitán MacWhirr.

¿Había conseguido llegar abajo su segundo de a bordo? ¿No? Bueno, debía de estar a punto de llegar entonces. ¿Tendría el señor Rout la gentileza de dejarle hablar por el tubo acústico de cubierta? Así era, el capitán —él mismo— tenía intención de regresar a cubierta enseguida. Había problemas con los chinos. Al parecer se habían peleado, no podía permitir aquello de ninguna forma...

El señor Rout se separó levemente y el capitán MacWhirr fue capaz de escuchar durante unos instantes el sonido de las máquinas, que parecían las pulsaciones del corazón del barco. Escuchó cómo el señor Rout gritaba algo en la distancia. El barco hundió la proa de nuevo, se escuchó un silbido y se detuvo. El capitán MacWhirr permanecía inmóvil con la mirada fija, sin ningún motivo aparente, en la forma humana encogida del segundo oficial. De nuevo se escuchó la voz del señor Rout desde la parte inferior, y con él también la palpitación de las máquinas, primero con lentitud y luego acelerándose poco a poco.

El señor Rout agarró el tubo acústico de nuevo:

—No importa lo mucho que se esfuercen —dijo con apresuramiento y mal humor—, el barco hunde la proa como si no quisiera levantarla nunca más.

—Hay una mar pésima —replicó el capitán desde arriba.

—No me gustaría que se hundiera —gritó el señor Rout.

—Está muy oscuro y llueve, no se puede ver nada —respondió—, tenemos que mantenerlo en marcha... para ser capaces de gobernarlo, eso si hay suerte —continuó con claridad.

—Hago todo lo que puedo.

—Por aquí estamos todos calados —siguió con suavidad—, pero de momento nos apañamos bien. Claro que si el mar se lleva la caseta del timón...

El señor Rout murmuró malhumorado algo para sí mismo, pero la voz pausada que bajaba desde lo alto se animó a preguntar:

—¿Ha llegado ya el señor Jukes? —Y tras una breve pausa—: Espero que no tarde mucho, me gustaría que acabara cuanto antes y subiera de nuevo al puente, por si acaso, para hacerse cargo del barco. Me encuentro completamente solo y hemos perdido al segundo oficial.

—¿Y eso? —gritó Rout desde la sala de máquinas, y se puso inmediatamente el tubo acústico en el oído. Luego se lo acercó otra vez a la boca para preguntar—: ¿Es que se ha caído por la borda?

—No, se ha venido abajo —respondió el capitán desde lo alto, con tranquilidad—, lo peor que podía pasar.

El señor Rout seguía con la cabeza inclinada, y cuando escuchó aquella noticia, se quedó con los ojos abiertos como platos. Al mismo tiempo escuchó algo parecido al estrépito de una rebelión, y gritos entrecortados. Intentó escuchar de qué se trataba, mientras Beale, el tercer maquinista, sujetaba un volante negro que sobresalía de una gran tubería de cobre; era como si estuviera manteniéndolo en equilibrio sobre la cabeza o fuera la pose que había que adoptar para un juego desconocido.

Para poder mantenerse en pie el hombre tenía un hombro apoyado contra una mampara blanca y una pierna flexionada. De la cintura le colgaba un pañuelo para limpiarse el sudor. Sus mejillas imberbes estaban sucias y acaloradas, y el carbón le cubría los párpados como si se tratara de un maquillaje que realizara el brillo líquido de sus ojos, dándole un toque femenino y exótico a su juvenil rostro. Cada vez que el barco cabeceaba, él hacía girar el volante con fuerza y rápidos movimientos de las manos.

—Ha enloquecido —dijo de pronto la voz del capitán en el tubo—, se me acaba de tirar encima en este momento, me he visto obligado a tumbarlo... ¿Me escucha, señor Rout?

—¡Diablos! —gritó el señor Rout—. ¡Tenga cuidado, Beale!

Aquel grito resonó igual que una alarma entre las paredes de hierro de la sala de máquinas. Estaban pintadas de blanco y se alzaban hasta una gran altura en la penumbra de aquella claraboya, la inclinación era parecida a la de un tejado y la espaciosa sala tenía algo de la solemnidad del interior de un monumento dividido en varias plantas por una rejilla metálica. Había una sombría masa de aire en suspensión en el centro y bajo la hinchazón de los cilindros se acertaba a oír el rugido de la maquinaria. Un ruido ensordecedor compuesto por todos los sonidos del huracán inundaba aquel espacio estancado y caluroso, repleto de la neblina del vapor e impregnado de un olor a aceite y a metal caliente. Atravesaban la sala los golpes del mar de una manera sorda y contundente.

Los reflejos brillaban sobre la pulida superficie de metal a modo de largas llamas de fuego. En ocasiones, los movimientos sincronizados de las máquinas se ralentizaban al unísono, como si se tratara de un ser vivo afectado por un súbito ataque de languidez, y en la cara del señor Rout se avivaban también de pronto las llamas de sus ojos. El señor Rout estaba entregado a aquella desigual batalla vestido con unas zapatillas de fieltro y una chaquetilla brillante que apenas le cubría los riñones, y cuyas estrechas mangas apenas le dejaban espacio para los antebrazos. Daba la sensación de que aquella situación de emergencia lo hubiese hecho crecer de tamaño, alargando sus miembros, aumentando su palidez, y hundiendo un poco más sus ojos en las órbitas.

Se movía incesantemente, subiendo y desapareciendo en el fondo, con método, inquieto pero resuelto, y cuando se inmovilizaba sujetándose a la baranda, continuaba mirando el manómetro, que estaba a su derecha, y el nivel del agua sujeto a la pared blanca e iluminado por la lámpara que se balanceaba.

Muy cerca de él, las bocas de los portavoces bostezaban estúpidamente, y el dial del telégrafo de la sala de máquinas semejaba un enorme reloj de gran diámetro cuya esfera contuviera palabras en lugar de números. Las letras se destacaban, gruesas y negras, rodeando el eje del indicador y sustituyendo así enfáticamente las exclamaciones de «Adelante», «Atrás», «Espacio», «Media marcha», y la gruesa aguja negra marcando hacia abajo la palabra «A toda marcha», así destacada, capturaba las miradas como puede atraer la atención un grito agudo. El cilindro de baja presión, en su caja de madera, formaba sobre su cabeza una masa amenazante y majestuosa, y exhalaba un suspiro débil a cada golpe de pistón; aparte de ese ligero silbido, las máquinas hacían funcionar sus partes de acero a toda velocidad o lentamente, pero siempre con una determinación silenciosa y suave.

Y todo esto, las paredes blancas, el acero movedizo, las chapas del piso bajo los pies de Solomon Rout, el enrejado de fierro sobre su cabeza, la oscuridad y los reflejos, se elevaba y descendía, coordinado, siguiendo el movimiento de las olas que golpeaban contra el casco de la nave. La espaciosa sala que el viento hacía resonar sordamente parecía balancearse en la cumbre de un árbol, o a veces se ladeaba como llevada de uno a otro lado por las formidables ráfagas.

—¡Date prisa! —gritó el señor Rout a Jukes en cuanto le vio aparecer.

Jukes tenía la mirada absorta y extraviada, la cara hinchada y enrojecida como si se acabara de despertar de una siesta muy larga. El camino que había tenido que hacer para llegar hasta allí había sido arduo y lo había recorrido con un gran desgaste físico y con una excitación mental paralela a ese desgaste. Había salido a trompicones de la carbonera y en el pasillo fue tropezando con una multitud de hombres asombrados que no paraban de preguntarle:

—¿Qué pasa, señor?

Había descendido por la escalera de la cámara de las calderas con tanta prisa que varios barrotos de fierro se desprendieron sin que ni siquiera se diera cuenta, para acabar en un lugar tan oscuro como un pozo, tan negro como la boca del lobo, sin parar de bambolearse de un lado a otro como un balancín. En las bodegas el agua no paraba de moverse y los trozos de carbón iban resbalando de un lado al otro y chascando como una ola de piedras descendiendo por una pendiente de fierro.

Alguien se puso a gemir ahí adentro, y creyó ver a un hombre inclinado sobre lo que parecía el cadáver de otro, una voz recia blasfemaba sin descanso y el resplandor que salía bajo las puertas de las calderas parecía un charco de sangre extendiendo sus llamas en medio de aquella negrura de terciopelo.

Jukes sintió un soplo de viento en la nuca y a continuación comprobó que se le habían mojado los tobillos. Zumbaban los ventiladores de la sala de calderas y frente a las seis calderas se podían ver dos figuras salvajes con el torso desnudo trabajando a toda velocidad con las palas.

—¡Vaya! ¡Parece que ahora sí hay corriente! —gritó de pronto el segundo maquinista, mirando a Jukes como si lo hubiesen estado esperando. El fogonero, un hombre pequeño de piel blanca muy fina y bigote pelirrojo, parecía presa de un encantamiento silencioso. Las calderas ardían a todo vapor y se escuchaba a la vez

un sordo estruendo como el de un carro de mudanzas vacío atravesando un puente como fondo del resto de los ruidos de la sala.

—¡Sopla sin parar! —gritó de nuevo el segundo.

Acompañado de un sonido semejante al de cien sartenes golpeadas al mismo tiempo, el respiradero del ventilador le escupió al hombre un repentino chorro de agua salada, y éste se puso a maldecir de inmediato contra todas las cosas del mundo —su propia alma incluida—, aunque sin por eso dejar de trabajar ni un segundo.

—¿Dónde está el condenado barco? ¿Alguien me lo puede decir? ¡Maldigo mi alma! ¿Está bajo el agua o qué? Por aquí están cayendo toneladas de agua. ¿Qué pasa con las chimeneas? ¿Dónde están? No sabes nada, ¿eh...? Menudo marinero estás tú hecho...

Tras un breve momento de sorpresa Jukes aprovechó el impulso de uno de los cabeceos para atravesar de un golpe la sala de calderas, y en cuanto su mirada se encontró con la relativa paz, tranquilidad y espacio abierto de la sala de máquinas, el barco hundió de nuevo pesadamente la popa y lo lanzó de cabeza contra el señor Rout.

El brazo del jefe de máquinas se extendió largo como un tentáculo y protector como un muelle, desvió la carga y le orientó hacia los tubos acústicos. Mientras hacía aquello el señor Rout repitió:

—¡Tienes que darte prisa, aunque no sé muy bien para qué!

Jukes puso los labios sobre el tubo y gritó:

—¿Se encuentra usted ahí, señor?

Escuchó. Nada. De pronto el sonido del viento le llenó los oídos hasta que una voz suave se impuso a la del huracán.

—¿Es usted, Jukes? ¿Cómo va todo?

Jukes estaba dispuesto a hablar, pero daba la sensación de no tener tiempo. No era sencillo explicarlo todo. Todavía podía ver frente a sí a los *coolies* hacinados en aquel espantoso contrapunte, mareados y medio muertos de miedo entre filas enteras de baúles. Uno de aquellos baúles, puede que incluso varios al mismo

tiempo, se había soltado con el movimiento del barco, habían chocado unos con otros y habían acabado reventando. Veía aún a todos aquellos chinos levantándose con torpeza y como un solo hombre intentando salvar sus pertenencias. Cada movimiento del barco había ido lanzando a aquella masa humana de un lado a otro, atropellándose y gritando en un remolino de madera astillada, ropa y dólares. En cuanto empezó ya no hubo manera de detener aquello. No había nada capaz de detenerlos si no era utilizando la fuerza bruta. Un desastre total. Eso era lo que había visto y todo lo que podía contarle. Lo más probable era que ya hubiera algunos muertos y que el resto siguiera enzarzado en la pelea...

Jukes soltó todas aquellas palabras y llenó el estrecho tubo con ellas. Subieron por él atropelladamente, al encuentro de la iluminada comprensión de la única persona que lo escuchaba allá en lo alto, a solas y suspendida en medio del huracán. Lo único que quería Jukes es que por fin le permitieran olvidarse de aquel espantoso asunto que se había sumado a la ya dramática situación general del barco.

V

Esperó un poco. Frente a él, las máquinas seguían trabajando con lentitud. En el preciso instante en que el barco comenzó a zambullirse locamente, el señor Rout gritó:

—¡Cuidado, Beale!

Las máquinas se detuvieron súbitamente con una inmovilidad astuta en medio de una revolución, como si fueran totalmente conscientes del peligro y del paso del tiempo. A los pocos segundos y a la orden de «¡Ahora!» del jefe, y el sonido producido por la respiración exhalada entre los dientes apretados, finalizaron la revolución interrumpida e iniciaron la siguiente.

Cada uno de sus movimientos tenía la astucia, la sabiduría y el control de una enorme fuerza. En eso consistía su trabajo, en la paciente persuasión de un barco amenazado en mitad de una furia de olas y en pleno centro del huracán. En ocasiones el señor Rout hundía el mentón en el pecho, se quedaba mirándolas inmóvil y atentamente, con el entrecejo fruncido y sumido en sus pensamientos.

La voz que conseguía mantener el huracán fuera del alcance de los oídos de Jukes comenzó:

—Llévese con usted a los marineros... —y calló inesperadamente.

—¿Y qué voy a hacer con ellos, señor?

De pronto estalló un ruido metálico y repentino. Los tres pares de ojos miraron hacia lo alto a la esfera para comprobar cómo la aguja saltaba de «A toda máquina» a «Parado», como si se la hubiera llevado el diablo. Los tres hombres que estaban en la sala de máquinas experimentaron en ese instante la misma sensación de que el barco se encogía de una manera particular, como si estuviera aguantándose antes de dar un salto desesperado.

—¡Parad las máquinas! —gritó Rout.

Nadie —ni siquiera el propio capitán MacWhirr, que estaba a solas en cubierta y había visto llegar la línea de espuma a una altura tan impresionante que no daba crédito a lo que veía—, nadie era capaz de saber hasta qué punto se iba alzar aquella ola ni la horrorosa profundidad de valle abierto que iba a quedar tras aquella pared de agua.

Llegó con toda su furia hasta el barco. El Nan-shan hizo una pequeña pausa, como si se ajustara el cinturón, y a continuación se alzó de proa y saltó. Se encogieron las llamas de todas las linternas y la sala de máquinas quedó en penumbra. Una de ellas se apagó. Hubo un estallido espectacular y un crujido feroz producido por las toneladas de agua que cayeron sobre cubierta; era como si el barco se hubiese introducido bajo una catarata.

Los hombres se miraron espantados allí abajo.

—¡Por Dios, nos ha barrido completamente! —exclamó Jukes.

El barco hundió la cabeza en la pendiente como si se dispusiera a la lanzarse desde un precipicio. La sala de máquinas se inclinó ominosamente hacia delante como si se tratara del interior de una torre durante un terremoto. En el interior de las calderas se produjo un infernal estrépito de hierros y el barco se mantuvo en aquella inclinación el tiempo suficiente como para que Beale acabara cayendo a cuatro patas y gateando hacia arriba como si quisiera huir de allí. El señor Rout giró la cabeza lentamente, con la mandíbula inferior caída. Jukes había cerrado los ojos y sus gestos se habían inundado de una expresión elástica y ausente, como si se hubiese quedado ciego.

El barco se fue enderezando poco a poco, con lentitud y tembloroso, como si estuviera levantando una montaña con la proa.

El señor Rout cerró la boca, Jukes abrió los ojos y Beale se puso en pie de un salto.

—Una más como ésta y estamos perdidos —dijo el jefe de máquinas.

Jukes y él se miraron pensando lo mismo: ¡el capitán! ¡La ola había tenido que barrerlo todo en cubierta! No debía de quedar ni el timón. El barco no era más que un tronco a la deriva, el mar debía de haber acabado con todo.

—¡Dese prisa! —gritó el señor Rout con voz ronca, mirando a Jukes con los ojos muy abiertos ante la indecisión de su mirada.

El timbre de la esfera les produjo un alivio momentáneo: la aguja negra había saltado de nuevo de «Parado» a «A toda máquina».

—¡Adelante, Beale! —gritó el señor Rout.

El vapor dio un silbido débil y los pistones se pusieron a danzar de nuevo. Jukes acercó el oído al tubo acústico. La voz lo estaba esperando. Dijo:

—Recoja todo el dinero. Vamos, le necesito aquí arriba.

Eso fue todo.

—¿Señor? —replicó Jukes, pero ya no hubo más respuesta.

Se alejó atolondrado como un hombre vencido que intenta dejar atrás el campo de batalla. No sabía cómo había ocurrido, pero se había hecho una herida en la cara, sobre la ceja izquierda, un corte que había llegado hasta el hueso. Ni siquiera se había dado cuenta; le había caído sobre la cabeza una cantidad de agua del mar de la China capaz de romperle el cuello, y gracias a esa agua se le había limpiado y coagulado la herida. No sangraba pero aún estaba abierta y roja. Con el corte en la ceja, el pelo alborotado y la ropa hecha un desastre tenía todo el aspecto de un superviviente de una pelea a puñetazos.

—Tengo que recoger los dólares —dijo con una vaga sonrisa y apelando a la comprensión de Rout.

—¿Y eso? —preguntó irritado el señor Rout—. ¿Recoger...? No quiero saber nada. —A continuación tensó todos los músculos y exageró el tono paternalista para decir—: Vete con Dios. La gente de cubierta me crispáis demasiado. Aquel segundo oficial que quería acabar con el viejo, ¿has visto? Vuestro problema es que os volvéis locos porque no tenéis nada mejor que hacer...

Cuando escuchó aquel comentario Jukes sintió que en su interior comenzaba a brotar la ira. Por Dios santo, que no tenían nada mejor que hacer. Se dio la vuelta para regresar por el mismo camino por el que había llegado hasta allí, inundado, de un enorme desprecio por el jefe de máquinas. En la sala de calderas el fogonero seguía trabajando en silencio con su pala, como si le hubiesen cortado la lengua, mientras que el segundo maquinista trabajaba como un ruidoso enloquecido que sólo hubiese adquirido una cualidad en el mundo; la de alimentar el fuego bajo las calderas del barco.

—¡Eh, oficial errante! ¿No me puedes mandar un marinero para que se lleve estas cenizas? Me estoy ahogando aquí, por Dios... ¿O es que no recuerdas lo que dice el juramento, eso de que marineros y fogoneros se tienen que ayudar entre sí? ¡Eh! ¿Has oído lo que te acabo de decir?

Jukes trepaba frenéticamente y el fogonero le siguió gritando, alzando el rostro hacia donde se encontraba:

—¿No sabes hablar? ¿Habías venido a curiosear? ¿Qué diablos habías venido a hacer por aquí?

Jukes era presa de una especie de frenesí imparable. Regresó hasta el comedor en el que estaban los marineros, dispuesto a retorcerle el cuello a quien diera la más mínima señal de desobediencia. Sólo de pensarlo ya sentía que no iba a ser capaz de contenerse. Él no iba a desobedecer ni a abandonar a nadie, pero ellos tampoco.

Llegó con tanta energía que acabó contagiándose al resto de los marineros. Estaban excitados ya antes de que llegara, por todas aquellas idas y venidas suyas, y por la energía y rapidez de sus movimientos. Les daba la sensación de que estaba encargado de asuntos de una importancia esencial, de los que dependía la vida del barco y que no admitían ni el menor retraso. En cuanto abrió la boca, los oyó saltar sobre la carbonera con total obediencia, unos detrás de otros y golpeándose entre ellos.

No tenían ni idea de lo que había que hacer, y no paraban de decir en voz baja:

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede?

El contramaestre intentó explicarlo, pero lo interrumpió el ruido de una pelea impresionante que resonaba en el interior del negro recinto. Todos tuvieron de pronto una gran sensación de peligro. El contramaestre abrió la puerta de un golpe. Daba la sensación de que un huracán hubiese atravesado las paredes de hierro del barco y hubiera revuelto todos aquellos cuerpos como si fueran motas de polvo. Llegó hasta ellos un rugido confuso, una especie de tumulto intempestivo compuesto de gritos, aullidos y gemidos.

Durante unos instantes, permanecieron en aquel lugar obstruyendo la puerta y paralizados hasta que Jukes comenzó a abrirse paso a empujones. No dijo una sola palabra, se limitó a entrar. En lo alto de la escalera había un grupo de

coolies golpeando violentamente la escotilla que daba a la inundada cubierta. De pronto se desprendió la escalera y Jukes desapareció bajo todos ellos como un hombre alcanzado por un corrimiento de tierra.

El conrmaestre gritó:

—¡Vamos, hay que salvar al oficial! ¡Va a morir aplastado! ¡Vamos!

Los hombres se lanzaron inmediatamente sobre aquella montaña humana y fueron pisando pechos, manos, caras, tropezando entre la ropa que había quedado revuelta y toda la madera astillada. Antes de que consiguieran alcanzarlo, apareció el rostro de Jukes en medio de aquella multitud de manos crispadas. En el mismo instante en que desapareció de su vista le saltaron todos los botones de la chaqueta y el chaleco quedó reducido a un trapo. El grupo más grande de aquella masa de chinos se desplazó con uno de los cabeceos del barco, oscuro e informe, acompañado de todos los brillos tenues de aquellos ojos a la luz de las linternas.

—¡Dejadme, maldita sea! ¡Estoy bien! —gritó Jukes—. Empujadlos hacia proa aprovechando el próximo cabeceo.

La aparición de los marineros en el entrepuente tuvo el mismo efecto que un chorro de agua fría en una caldera hirviendo. De pronto la pelea se calmó por completo.

Aquel montón de chinos se había agrupado conformando una masa tan compacta que cuando se produjo la siguiente zambullida del barco no le costó ningún trabajo desplazarla; al primer contacto todos se movieron como un solo bloque. A sus espaldas, algunos cuerpos sueltos seguían dando tumbos por el suelo.

El conrmaestre hizo toda una demostración de fuerza física. Con los brazos abiertos y cada una de las manos agarrada a un montante fue capaz de detener una carga de siete chinos entrelazados que avanzaban como una roca en avalancha. Se oyó el crujir de sus articulaciones, exclamó:

—¡Ah!

Y el grupo se disolvió por completo. Aun así el que dio mayores muestras de inteligencia fue el carpintero. Sin decirle ni una sola palabra a nadie, fue de vuelta al pasillo a buscar varios rollos de cuerdas y cadenas que había visto allí. Utilizaron aquellas jarcias para contenerlos.

Lo cierto es que no opusieron ninguna resistencia. Nadie sabía cómo había empezado la pelea, pero había degenerado en un pánico general. Puede que al principio los *coolies* se hubiesen peleado por recuperar sus dólares perdidos, pero en aquel punto ya lo hacían sólo para mantenerse en pie. Se agarraban por el cuello unos a otros, pero no para pelear, sino para no caer al suelo con los zarandeos del barco, y cuando uno de ellos conseguía agarrarse a algo se ponía a dar patadas a los que se intentaban colgar de sus piernas, hasta que un nuevo cabeceo se los acababa llevando a todos hasta el otro lado de la bodega.

La irrupción de aquellos demonios blancos causó una auténtica conmoción. ¿Habían venido para matarles? Los sujetos que habían salido despedidos del racimo humano quedaron inertes en manos de los marineros, otros estaban apartados a un lado y se mostraban pacíficos como cadáveres, con las pupilas inmóviles en aquellos ojos abiertos como platos. Alguno de los *coolies* se ponía de cuando en cuando de rodillas, como si tratara de pedir clemencia, otros, presa de una histeria provocada por el miedo, se quedaban quietos al primer puñetazo, y los que ya estaban heridos se dejaban maltratar, parpadeando como locos pero sin emitir el menor gemido. Tenían los rostros cubiertos de sangre, en sus cabezas rapadas podían apreciarse las heridas abiertas, arañazos, golpes y cortes de todo tipo. Los últimos los habían causado principalmente las enormes cantidades de porcelana rota de los baúles. Cada tanto se podía ver a algún chino con la trenza deshecha e intentando curarse la planta ensangrentada del pie.

Los marineros se pusieron muy juntos y formando hileras. Los sometieron del todo con ayuda de algún que otro bofetón y palabras de ánimo que en sus labios tenían más bien la amenaza de lo ominoso. Se sentaron en el suelo en hileras fantasmagóricas, y en uno de los extremos el carpintero iba moviéndose de un lado a otro con ayuda de alguno de los marineros, afianzando los nudos de los cabos y de las cadenas. El contraemaestre estaba agarrado a un montante con una pierna y tenía una linterna apretada contra el pecho, trataba de desatarla para llevársela, mientras gruñía sin cesar como un torpe gorila. Se veían las sombras de los marineros agachándose una y otra vez, como si se tratara de espigadores que iban haciendo acopio todo lo que había quedado esparcido por el suelo de la carbonera: ropa, madera astillada, trozos de porcelana y muchas monedas de dólar que recogían del interior de las chaquetas de los hombres. A cada rato, un marinero se alejaba hacia la puerta con los brazos llenos de escombros ante la inquisitiva mirada de muchos ojos rasgados.

Cada vez que el barco cabeceaba, las fantasmagóricas filas de ciudadanos del celeste imperio se bamboleaban de atrás hacia delante, y cada vez que el Nan-

shan hundía la proa entrechocaban entre ellos sus cráneos afeitados.

El entrepuente había quedado vacío, vacío de escombros, como decían los hombres. Los marineros seguían en pie, tambaleándose por encima de las cabezas y los hombros caídos. Los *coolies* recuperaban el aliento entre gemidos. Dependiendo de cómo fueran bailando las linternas, Jukes iba viendo alternativamente las costillas de uno, la melancólica cara amarilla de otro, las cabezas agachadas y, de cuando en cuando, unos ojos que le devolvían fijamente la mirada. Le maravillaba que no hubiera ningún muerto, aunque la verdad es que todos parecían a punto de exhalar su último suspiro. En realidad le producían más lástima que si hubiesen estado muertos.

Uno de los *coolies* empezó a hablar de pronto. La luz iluminaba a ratos su gesto tenso y demacrado. Al hablar, el hombre echaba la cabeza hacia atrás como un perro a punto de aullar. Desde la carbonera llegó también el sonido de unos cuantos dólares al deslizarse. El hombre alzó uno de sus brazos y su boca se abrió como una oquedad oscura. Emitió unos sonidos guturales que no parecían pertenecer a una lengua humana y que llegaron hasta Jukes y lo invadió una emoción particular, como si se encontrara frente a una bestia en un arrebatado de elocuencia.

Otros dos chinos empezaron a emitir sonidos que a Jukes le parecieron denuncias feroces, y todos comenzaron a gruñir al unísono. Jukes le dijo a los marineros que abandonaran el puente por el momento. Él se quedó el último y fue retrocediendo de espaldas hacia la puerta mientras los gruñidos aumentaban cada vez más de volumen y los puños se elevaban hacia él como si se tratara de un delincuente. El contramaestre cerró con cerrojo y dijo:

—Al parecer el viento ha amainado un poco, señor.

Los marineros estaban contentos de regresar al pasillo. Todos pensaban para sí mismos y en secreto que podrían abalanzarse hacia cubierta y ese pensamiento les reconfortaba. Hay algo realmente repulsivo en la idea de ahogarse bajo cubierta, y, ahora que habían tranquilizado a los chinos, volvían a tener conciencia de cuál era la situación del barco.

Cuando salió del pasillo, Jukes se vio envuelto en un estruendo de agua. Consiguió llegar hasta el puente y se dio cuenta de que podía distinguir sombras oscuras, como si hubiese adquirido de pronto la capacidad de ver en la oscuridad. Veía un perfil vago que no recordaba en absoluto al del Nan-shan, sino al de un

viejo vapor dismantelado que se pudría en un banco de fango que había visto en cierta ocasión. En realidad, Nan-shan tenía todo el aspecto de un barco en ruinas.

Ya no soplaban nada de viento, tan sólo unas breves corrientes de aire producidas apenas por los bandazos del barco. El humo que salía por la chimenea se extendía por la cubierta y lo inhaló al pasar. Sintió bajo los pies el latido que producían las máquinas en su compás y escuchó unos ruidos que parecían haber sobrevivido a la gran tormenta, los de los aparatos destrozados y los de alguna que otra pieza que todavía rodaba por el puente. Distinguió a lo lejos la figura cuadrada del capitán agarrándose a una baranda retorcida e inmóvil, como si hundiera sus raíces en los tablones de la cubierta. Jukes se sintió agobiado por la inquietante tranquilidad del aire.

— Señor, creo que lo hemos conseguido —suspiró.

— Estaba seguro de que lo harían —respondió el capitán MacWhirr.

— ¿De verdad? —susurró Jukes para sí.

— El viento se ha detenido de pronto —dijo el capitán.

— Si de verdad piensa que ha sido fácil... —dijo Jukes.

Pero el capitán seguía allí agarrado a la baranda y no le prestaba ni la menor atención.

— Los libros dicen que lo peor aún está por llegar.

— Nadie habría conseguido salir con vida del entrepuente si no hubiese sido porque la mayoría de los chinos estaban ya medio muertos y aterrorizados —dijo Jukes.

— Era necesario hacerlo así —murmuró el capitán MacWhirr—, no todo está escrito en los libros.

— Creo que si no hubiese ordenado a los hombres que salieran inmediatamente de allí, lo más probable es que se nos hubieran echado encima... —continuó Jukes cada vez más irritado.

Después de aquellos gritos, que el temporal había convertido en susurros, les daba la sensación de que la calma de sus voces resonaba en sus oídos con una

fuerza inédita. Era como si estuvieran hablando bajo una bóveda oscura y sonora.

Gracias a una grieta de aquella cúpula de nubes la luz de algunas estrellas pudo llegar hasta aquel mar negro que subía y bajaba de una manera inquietante. De cuando en cuando la punta de una ola caía sobre la cubierta y se confundía con el resto de la espuma que la inundaba, y el Nan-shan se hundía con pesadez en el fondo de aquella cisterna circular de nubes. Aquel anillo de vapores densos, que giraba alrededor de la calma que había en su centro, rodeaba al barco como una pared inmóvil y sin grietas, y tenía un aspecto premonitoriamente siniestro. En su interior el mar parecía estar siendo agitado por un temblor interno, y saltaba formando conos y picos que entrechocaban y golpeaban en los flancos del barco. A lo lejos se podía oír algo parecido a un lamento, el lamento infinito de la furia del temporal, que llegaba de los límites que se encontraban más allá de aquella calma siniestra. El capitán MacWhirr permaneció en silencio y Jukes escuchó el rugido de una ola gigante que se aproximaba, todavía invisible, desde aquella oscuridad.

—Como es lógico —comenzó a decir con resentimiento—, están convencidos de que hemos aprovechado la ocasión para robarles todo. Claro, usted piensa que basta con decir: «Recoja el dinero», pero resulta que eso es algo que es más fácil de decir que de hacer. Los chinos no pueden saber cuáles son nuestras intenciones, hemos tenido que abalanzarnos sobre ellos de pronto, teníamos que hacerlo a toda velocidad.

—Y lo importante es que ya está hecho —murmuró el capitán sin ni siquiera tomarse la molestia de mirar a Jukes—, hay que hacer lo correcto.

—Aún tendremos que pagar las consecuencias de ese gesto cuando todo termine —replicó Jukes amargamente—. Usted espere a que se recuperen y ya verá lo que es bueno. Nos van a saltar encima, señor. Recuerde que esto ya no es un barco inglés. Esas bestias saben muy bien lo que están haciendo. Todo por la maldita bandera siamesa.

—Sea como sea, todavía estamos a bordo —dijo el capitán MacWhirr.

—Pero eso no significa que se hayan acabado los problemas —afirmó profético Jukes, y luego añadió—: el barco está en ruinas.

—No se han acabado los problemas... —repitió pensativo el capitán MacWhirr—. Vigile un momento, por favor.

—¿Abandona la cubierta, señor? —preguntó ansiosamente Jukes, como si

estuviera seguro de que si lo dejaban sólo en aquel lugar le caería encima el temporal con toda su furia.

Jukes se quedó allí, contemplando aquel barco medio inundado y solitario, que trataba de avanzar hacia aquel panorama salvaje de montañosas aguas negras iluminadas por resplandores súbitos de mundos lejanos. Se movía lentamente, expulsando su nube blanca de vapor, y la vibración de la nube parecía el canto desafiante de una criatura marina que deseara reanudar la batalla cuanto antes. De pronto se interrumpió. El aire gemía inmóvil. En medio de aquella sima de vapores negros que había sobre su cabeza Jukes contempló el resplandor de algunas estrellas. Bajo aquella mancha de cielo estrellado el borde ennegrecido de las nubes parecía estar contemplando el barco con el ceño fruncido. Era como si también las estrellas lo estuviesen observando con atención y aquella fuera la última vez que el racimo de su esplendor brillaba sobre su frente vencida.

El capitán MacWhirr se había metido en la sala de mapas, y, aunque estuviera a oscuras y no pudiera ver nada, Jukes era capaz de intuir el caos que reinaba en aquel lugar que había estado siempre tan ordenado. La butaca estaba tirada, los libros cubrían todo el suelo, y el capitán MacWhirr pisó un cristal roto con la bota nada más entrar. A tientas buscó fósforos y encontró la caja detrás del reborde de un estante. Encendió uno y acercó la llama al barómetro cuya brillante cubierta de cristal se inclinaba hacia él todo el tiempo.

Seguía bajo, tan increíblemente bajo que el capitán MacWhirr no pudo evitar dejar escapar un gruñido. Se apagó la cerilla y encendió otra enseguida con sus entumecidos dedos.

La pequeña llama volvió a brillar de nuevo frente al oscilante barómetro. El capitán lo miró atentamente, como si esperara de él una señal casi invisible. Con aquel gesto grave parecía un pagano quemando incienso ante su divinidad en el oráculo. No había duda: no había visto una marca tan baja en toda su vida.

El capitán MacWhirr dio un breve silbido. Estaba tan ensimismado que, por un instante, la llama le llegó a los dedos, se quemó y la dejó caer. ¿Tal vez el barómetro se había estropeado?

Sobre el diván había un barómetro aneroide colgando de la pared. Encendió otra cerilla y se acercó hasta él sólo para descubrir su rostro pálido mirándolo fijamente, como si la inflexibilidad del hecho, que no admitía contradicción alguna, se hubiera impuesto a la sabiduría del hombre. No había duda. El capitán

MacWhirr tiró la cerilla y se puso a silbar.

De modo que lo peor estaba por llegar todavía; y si los libros no mentían, lo peor iba a ser realmente trágico. La experiencia de sus últimas tres horas de vida había aumentado tremendamente la perspectiva de lo que significaba encontrarse en medio de un temporal.

—Va a ser espantoso —dijo para sí.

A la luz de las cerillas no pensó en mirar ningún objeto aparte del barómetro, y sin embargo estaba convencido de que la botella y los vasos que estaban sobre el estante se habían acabado cayendo al suelo. Sólo aquel detalle le dio una información más precisa del tipo de daños generales que habría sufrido el barco. «Jamás habría pensado que todo esto podía pasar», pensó. También su mesa había sido barrida: papel, tintero, lápices, todas las cosas que normalmente se encontraban allí, ahora parecían haber sido arrojadas al suelo empapado por una mano maléfica. El huracán había llegado hasta el corazón de su ordenada intimidad. Jamás le había pasado nada parecido, y se sentía terriblemente consternado. ¡Y encima lo peor todavía estaba por llegar! Al menos se alegró de que la pelea del puente se hubiese descubierto a tiempo. Si el barco se iba finalmente a pique, al menos no lo haría con un montón de gente matándose en su interior. Eso hubiera sido espantoso. Ese sentimiento se correspondía con una vaga idea de lo que era apropiado.

Pero incluso pensamientos atropellados de aquella clase tenían en aquel hombre algo acorde con su naturaleza y se volvían pesados y lentos. Alargó la mano para volver a dejar la caja de cerillas en la estantería. En aquel lugar siempre había cerillas por indicación suya. Hacía tiempo que el sirviente fue convenientemente aleccionado:

—Una caja de cerillas justo en este lugar, ¿lo ve? Que no esté demasiado llena y que esté siempre al alcance de mi mano. Puedo necesitar luz en cualquier momento. Recuerde siempre que, a bordo de un barco, uno nunca puede llegar a sospechar cuándo son necesarias las cosas.

Por su parte, él jamás olvidaba dejarlas de vuelta en el lugar que les correspondía. Y eso fue también lo que hizo en aquel momento, pero antes de dejarlas sobre la estantería se le ocurrió que tal vez aquélla fuera la última vez que las necesitaba. Fue un pensamiento tan veloz y tan intenso que por unos instantes se quedó congelado y, durante una fracción infinitesimal de segundo, sus dedos se

aferraron a aquella caja como si fuera el ancla y el símbolo de todas las cosas y costumbres que nos encadenan a esta aburrida ronda de la vida. La dejó finalmente, y, cuando se sentó en el diván, pudo escuchar de nuevo el aullido del viento que regresaba.

Aún no. Era sólo el chapoteo del agua, los salpicones y los golpes del mar en los flancos. Jamás volvería a ver aquellas cubiertas libres de agua.

La tranquilidad del aire era increíblemente tensa y precaria, como un finísimo cabello del que estuviera prendida una espada que bailaba sobre su cabeza. Aquella terrible pausa hizo que el temporal penetrara en el interior de ese hombre y rompiera por fin el sello de sus labios. Habló en medio de la soledad de la sala de mapas como si lo estuviera haciendo con alguien que acabara de brotar de su propio pecho.

—No me gustaría que se perdiera este barco —dijo en un medio susurro.

Se quedó todavía un tiempo allí sentado, inmóvil e invisible, separado del mar y aislado de sí mismo, como si lo hubiesen apartado hasta del mismo fluir de su existencia, y algo tan extravagante y a la vez tan común como hablar a solas no hubiese tenido nunca cabida. Reposó las palmas de las manos sobre las rodillas, inclinó su grueso cuello y se dejó llevar por una sensación totalmente inédita para él y que por eso no podía reconocer como los primeros síntomas del agotamiento mental.

Desde el lugar en el que estaba sentado era capaz de alcanzar con la mano la puertecilla del armario. Ahí debía de haber una toalla. Y ahí estaba... Bien... Se secó la cara y la cabeza en la oscuridad, y luego se quedó inmóvil con la toalla extendida sobre las rodillas. Hubo unos instantes de una calma tan profunda que nadie habría podido adivinar nunca que había un hombre en el interior de aquella cabina. Luego se levantó y murmuró:

—Puede salvarse todavía.

Cuando el capitán MacWhirr salió a cubierta con brusquedad, y como si se hubiese dado cuenta de golpe de que llevaba demasiado tiempo ausente, ya habían transcurrido quince minutos desde el comienzo de la calma, un tiempo que ya se estaba empezando a hacer intolerable incluso para la imaginación. Jukes estaba inmóvil sobre el puente, y en cuanto lo vio llegar se dirigió a él. El tono de su voz tenía una gravedad sorda y esforzada, como si saliera de entre sus dientes y

fluyera en todas las direcciones hacia la oscuridad que volvía a hacerse intensa sobre el mar.

—He ordenado que releven al timonel. Hackett ya daba señales de agotamiento. Ahora mismo está tumbado con cara de muerto en la caseta del timón. Al principio me costó encontrar a alguien a quien arrastrar hasta allí para que pudiera relevar al pobre hombre. Nuestro contramaestre es un desastre, siempre lo he dicho. He tenido que ir yo mismo y agarrar a uno del cuello.

—¡Ah, bien! —dijo el capitán.

Estaba de pie, mirando atentamente junto a Jukes.

—El segundo oficial también está en la caseta del timón con la cabeza entre las manos. ¿Está herido, señor?

—No... loco —respondió con sequedad el capitán MacWhirr.

—Da la sensación de que se hubiera hecho daño.

—Me vi obligado a darle un empujón —explicó el capitán.

Jukes suspiró irritado.

—Va a llegar de un momento a otro —continuó el capitán MacWhirr—, y lo más probable es que lo haga desde ese lugar. Aunque sólo Dios lo puede saber, porque esos libros no sirven más que para liarlo a uno. Será muy duro y luego acabará del todo. Mientras tengamos tiempo para poner la proa contra el viento...

Transcurrió un minuto en el que algunas estrellas parpadearon brevemente antes de desaparecer en la oscuridad.

—¿Están bien seguros? —dijo bruscamente el capitán, como si el silencio se le hubiese hecho demasiado penoso.

—¿Habla de los *coolies*? He ordenado a un par de hombres que aten unas cuerdas de lado a lado del entrepuente.

—Vaya... Me parece una buena idea, señor Jukes.

—Pensaba... pensaba que no le interesaba demasiado saber... —dijo Jukes

interrumpiéndose sin querer, porque, con el bamboleo del barco daba la sensación de que alguien le estuviera zarandeando por la espalda—, pensaba que no lo interesaba saber cómo había conseguido solucionar el infernal asunto. Al final lo conseguimos, aunque no creo que tenga ya demasiada importancia.

—Era necesario hacer lo que es de justicia para todo el mundo, aunque no se trate más que de un puñado de chinos. ¡Por Dios, tienen que tener al menos las mismas oportunidades que nosotros! El barco aún no se ha perdido, y ya bastante duro tiene que ser estar encerrado en una bodega durante un temporal...

—Es exactamente lo que pensé cuando me encargó el asunto, señor —respondió Jukes de mal humor.

—... para encima acabar hecho papilla —siguió el capitán con vehemencia—. No podía permitir que en mi barco ocurriera algo así, por mucho que pensara que no les quedaban más que unos minutos de vida. Jamás habría podido tolerarlo, Jukes.

Hubo una especie de eco vacío que pareció acercarse al barco y luego se retiró otra vez. La última estrella borrosa pareció luchar durante unos instantes contra aquella neblina primigenia, antes de volver a quedar sepultada en la oscuridad colosal que volvía a cernirse sobre la embarcación y finalmente se apagó.

—Escúcheme bien, señor Jukes —dijo el capitán MacWhirr.

—Sí, señor.

Cada vez les resultaba más complicado dirigirse el uno al otro.

—Tenemos que confiar en que este barco es capaz de atravesar un tifón y salir por el otro lado. La cosa está más que clara y ya no podemos aferrarnos a ninguna estrategia del capitán Wilson para esquivar las tormentas.

—No, señor.

—Este barco va a volver a sufrir durante horas —susurró el capitán—, y sobre cubierta ya no queda gran cosa que el mar pueda llevarse, aparte de usted o yo.

—O los dos —añadió Jukes con desaliento.

—Usted siempre afronta los problemas cuando aparecen —dijo extrañamente el capitán—, y aunque es verdad que el segundo oficial es un inútil... ¿Me está escuchando, señor Jukes? Sería usted capaz de quedarse solo sí...

El capitán MacWhirr se detuvo y Jukes permaneció mirando a su alrededor en silencio.

—No se arredre por nada —continuó el capitán MacWhirr hablando en un susurro pero con vehemencia—. Mantenga siempre la proa contra el viento. La proa al viento, la proa al viento es la única oportunidad que tenemos de salir con vida. Digan lo que digan, las olas más grandes siempre vienen de la dirección del viento. Es siempre un buen consejo. Y nunca pierda la cabeza.

—Sí, señor —dijo Jukes con el corazón agitado.

En los siguientes segundos el capitán habló con la sala de máquinas y recibió respuesta.

Por alguna extraña razón, Jukes sintió que lo invadía una extraña confianza, era una sensación que le venía del exterior, como una brisa caliente que lo hacía sentirse capaz de enfrentarse a cualquier cosa. El constante rumor de la oscuridad empezó a penetrarle en los oídos. Registró aquel suceso sin inmutarse y envalentonado todavía por aquella confianza en sí mismo, como si alguien le hubiese puesto una coraza.

El barco seguía abriéndose penosamente camino a través de la oscuridad entre aquellas negras montañas de agua, pagando con aquel cabeceo el alto precio de su vida. Las entrañas borboteaban y expelían un largo penacho de vapor blanco, y el pensamiento de Jukes revoloteó como un pájaro hasta la sala de máquinas donde el señor Rout —aquel buen hombre— se mantenía alerta. Al acabarse aquel ronquido, le dio la sensación de que el resto de los sonidos enmudecían también con él; una pausa muerta en la que resonó de nuevo la voz del capitán MacWhirr.

—¿Qué ha sido eso? ¿Una ráfaga de viento? —Jukes no lo había escuchado hablar tan alto en toda su vida—. A proa, sí, a proa, todavía podemos salir de ésta.

El murmullo del viento iba acercándose a toda velocidad, y era parecido a una especie de lamento soñoliento. Avanzaba como un clamor y se extendía a toda velocidad. Sonaba como un redoble malicioso de tambores al que siguiera toda una multitud enfervorizada.

Jukes ya no era capaz de distinguir a su capitán con claridad. La oscuridad había ido sepultándolo todo. Lo único que alcanzaba a ver era alguna sombra de movimiento, atisbaba una figura que parecía tener los codos separados y la cabeza echada hacia lo alto.

El capitán MacWhirr se intentaba abrochar los botones de su impermeable a toda prisa. El huracán, con todo su poder para enloquecer océanos, hundir barcos, arrancar árboles de raíz, derribar muros y estampar pájaros contra el suelo se había cruzado en su camino con aquel hombre solitario, y había conseguido arrancarle unas cuantas palabras con todo su esfuerzo. Antes de que la ira renovada del huracán llegara de nuevo hasta su barco, el capitán sintió la necesidad de decir unas últimas palabras con un tono casi humillado:

—No me gustaría que se hundiera.

Un deseo que le fue concedido.

VI

El Nan-shan llegó por fin al puerto de Fuchau en un día soleado y abierto, con la brisa arrastrando desde muy lejos el vapor que salía de su chimenea. Se los vio llegar desde tierra, y los marineros que se encontraban en el puerto comentaron:

—¡Fijaos en cómo llega ese vapor de ahí! ¿De dónde es? ¡Pero si es siamés!

Y así era. Daba la sensación de que hubiesen utilizado aquel vapor como blanco móvil para unas prácticas de guardacostas. Si le hubiesen descargado encima una salva de cañonazos su aspecto exterior no habría tenido mucha peor pinta, parecía venido del lugar más remoto de la tierra. Y así era, porque había viajado muy lejos en aquella trayectoria tan corta, había llegado a avistar por un instante la costa del Otro Mundo, del que ningún barco regresa nunca para abandonar a su tripulación al polvo de la tierra. La costra de sal que lo recubría por completo era tan grande que le había dado un color grisáceo incluso a la punta de los palos y a la chimenea, como si (ése fue en realidad el comentario malicioso de un marinero) «su tripulación lo hubiese pescado del fondo del mar y lo hubiera llevado a puerto para intentar venderlo como chatarra». Envalentonado por la ocurrencia concluyó diciendo que él ofrecía cinco libras si se lo entregaban tal como estaba.

Apenas hacía una hora que había echado el ancla cuando un hombre diminuto de nariz roja y gesto enfadado desembarcó de un sampán en el muelle de la Concesión Extranjera y comenzó a amenazar al Nan-shan con el puño.

Un hombre alto con unas piernas extraordinariamente delgadas en contraste con lo rotundo de su estómago, y con unos ojos vidriosos, se acercó y le dijo:

—Lo acabas de dejar, ¿verdad? Qué rapidez.

Llevaba puesto un traje de franela azul cubierto de manchas y unos zapatos sucios y rotos. Tenía un bigote canoso mal cortado y se tocaba un sombrero que dejaba transparentar en más de un sitio la luz del sol.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el segundo oficial del Nan-shan dándole un afectuoso apretón de manos.

—Buscar trabajo, vale la pena intentarlo al menos, llevo una mala racha — explicó el hombre del sombrero roto entre suspiros un tanto apáticos.

El segundo volvió a amenazar al Nan-shan con el puño.

—El capitán de este barco no sería capaz ni de llevar una barcaza —aseguró temblando mientras el otro lo escuchaba distraído.

—¿Y eso?

Acababa de ver en el muelle un pesado baúl marineru marrón envuelto en una vieja funda de lona y atado con una cuerda recién estrenada. Se lo quedó mirando con mucha atención.

—Si no fuera por esa maldita bandera de Siam, no me callaría y le causaría problemas. Porque no sé a quién acudir, que si no, te juro que se las haría pasar negras. ¡Vaya un imbécil! ¡Le dijo al jefe de máquinas (que es otro imbécil, por si te interesa saberlo) que yo me había acobardado! ¡Son la panda de estúpidos más grande que haya cruzado jamás este océano! No, no te puedes ni imaginar...

—¿Pero te han llegado a pagar? —preguntó su piojoso conocido.

—Sí, me pagaron a bordo —respondió con rabia el segundo oficial—, «vaya a desayunar a tierra», me ha dicho.

—¡Qué canalla! —comentó distraídamente el hombre pasándose la lengua por los labios—, ¿te apetece ir a tomar un trago?

—Me llegó a pegar —dijo entre dientes el segundo oficial.

—¡No me digas! Así que te pegó, ¿eh? —El hombre del traje azul comenzó a inquietarse un poco—. Pero no me cuentes más, aquí no podemos hablar y quiero que me lo cuentes bien. Así que te pegó, ¿eh? Busquemos a alguien que cargue tu baúl. Sé de un buen lugar donde venden cerveza...

El señor Jukes había estado observando el muelle con unos prismáticos y no tardó en informar al jefe de máquinas de que «nuestro buen amigo, el segundo oficial, no ha tardado en hacer nuevas amistades. Lo he visto salir del muelle junto

a un tipo con muy mala pinta».

Al capitán MacWhirr no lo importunaba demasiado el martilleo de las reparaciones. En la carta que había escrito en la sala de mapas, ahora de nuevo ordenada, había algunos párrafos tan intensos que aquella vez estuvieron a punto de sorprender al sirviente con las manos en la masa, aunque la señora MacWhirr, desde su cómoda casa de cuarenta libras, reprimió un bostezo más por respeto a sí misma que otra cosa, porque en ese momento se encontraba sola.

Se encontraba recostada en una butaca dorada tapizada de felpa, junto a una chimenea de azulejos, con carbones recién puestos en el hogar y unos abanicos japoneses en la repisa. Se llevó las manos a la cabeza cuando vio la enorme cantidad de páginas de la carta. No era su culpa si resultaban tan tremendamente aburridas y sin interés desde el «Querida esposa» del principio hasta «tu amante marido» de la última línea. Nadie le podía pedir que se aclarara del todo con toda esa terminología marinera. Desde luego que le alegraba recibir noticias, aunque nunca se había llegado a preguntar el porqué de aquello.

«... se llaman tifones... el segundo de a bordo pensó que era sospechoso... en los libros no había... y yo no quería que...». La hoja de papel crujió al darle la vuelta. «... tras una calma de veinte minutos...», la señora siguió leyendo sin ningún interés y las siguientes palabras con las que se cruzó su distraída mirada fueron: «verte a ti y a los niños otra vez». Dio un respingo inmediato de irritación. Siempre pensando en aquella absurda idea de volver a casa. Jamás había tenido un sueldo lo bastante alto como para poder permitírselo, ¿por qué le había dado ahora por ahí?

Ni se le pasó por la cabeza volver a releer algún fragmento de la carta. Si lo hubiera hecho, tal vez se habría dado cuenta de que, entre las cuatro y la seis de la madrugada del 25 de diciembre, el capitán MacWhirr había estado totalmente seguro de que era imposible que su embarcación sobreviviera al temporal, y que ya no iba a volver a ver nunca más a su mujer ni a sus hijos. En realidad nadie lo llegó a saber nunca (sus cartas se perdían demasiado rápido), con excepción del sirviente, que desde luego sí quedó tremendamente impresionado con aquella revelación. Y hasta tal punto que fue corriendo al cocinero para revelarle que «nos salvamos de milagro», diciéndole con solemnidad que «hasta el viejo pensaba que no íbamos a salir con vida».

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó el cocinero, un antiguo militar—. No creo que te lo haya dicho él, ¿no?

—Lo dio a entender —mintió con descaro el sirviente.

—¡Claro que sí! —se burló el cocinero por encima del hombro—. ¡Y a mí también me lo dijo!

La señora MacWhirr siguió leyendo la carta con un poco más de atención. «Hice lo que me pareció justo en ese momento... desgraciados... tres se rompieron una pierna y uno... me pareció que lo más conveniente era no decir nada... espero haber hecho lo mejor...».

Dejó caer los folios. No volvía a decir nada sobre lo de volver a casa. Le pareció que la otra vez no había expresado más que un deseo elegante y el alma de la señora MacWhirr volvió a sentir una gran calma. El reloj de mármol negro que el relojero local había valorado en tres libras, dieciocho chelines y seis peniques continuó con su discreto tic tac.

La puerta se abrió de un golpe y apareció una muchacha de piernas largas con una falda corta. Le cubría los hombros una melena tan larga como sosa y lacia. Cuando vio a su madre se detuvo y le dedicó una breve e inquisitiva mirada a la carta.

—Es de tu padre —dijo la señora MacWhirr—, ¿dónde has dejado tu cinta?

La chica se llevó las manos a la cabeza con un gesto de desagrado.

—Al parecer está bien —continuó la señora MacWhirr—. O esa sensación me da, por lo menos. Nunca dice nada.

Concluyó la observación con una pequeña risita. La expresión de la muchacha era de una indiferencia total, y la señora MacWhirr se quedó observándola con un orgulloso cariño.

—Ve a coger tu sombrero —dijo al final—. Voy a ir de compras. Hay rebajas en Linom's.

—¡Ah, qué bien! —gritó la muchacha en un tono inesperadamente luminoso y alegre, y salió a toda prisa de la habitación.

Hacía una tarde preciosa de cielo gris, las aceras estaban secas y practicables. Frente a la tienda de ropa, la señora MacWhirr le dedicó una sonrisa a una mujer de grandes proporciones y con un rotundo rostro de matrona que estaba

coronado por un sombrero con flores artificiales. Se pusieron a hablar inmediatamente con una cháchara apresurada, como si de pronto les hubiese dado miedo de que la calle se abriera y engullera todo aquel placer sin que ellas tuvieran tiempo de expresarlo.

A sus espaldas las puertas de cristal quedaron bloqueadas. Nadie podía pasar ni salir y unos hombres esperaban pacientemente a un lado mientras Lydia jugaba distraída a meter la punta de su sombrilla entre las losas de piedra. La señora MacWhirr hablaba a gran velocidad.

—Ah, sí, muchas gracias. No, todavía no vuelve a casa. Por supuesto que es una pena constante tenerlo alejado, pero al menos me alegra saber que está bien — la señora MacWhirr se detuvo un instante para respirar—. Aquel clima es muy beneficioso para él —añadió al final, como si el pobre MacWhirr permaneciera en China por razones de salud.

El jefe de máquinas tampoco iba a regresar a casa de momento. El señor Rout era demasiado consciente de lo que significaba un buen trabajo en aquella época.

—Solomon me dice siempre que no se cansa de ver cosas prodigiosas todo el tiempo —gritó con alegría la señora Rout a la anciana que estaba sentada en su butaca junto al fuego.

La madre del señor Rout se revolvió mínimamente, con aquellas manos suyas envueltas en mitones negros.

La mirada de la mujer del jefe de máquinas siguió recorriendo alegremente la página.

—Al parecer el capitán de barco en el que va, aquel hombre tan poco inteligente, ¿se acuerda que le hablé de él, madre? Al parecer ha hecho algo muy inteligente, según Solomon.

—Sí, preciosa —contestó débilmente la anciana sentada y con su canosa cabeza inclinada con ese gesto de particular quietud que tienen los muy viejos, que parecen perdidos en la contemplación de las últimas llamas de su vida—, creo que sí recuerdo que me hablaste de él.

Solomon Rout, el viejo Sol, el Jefe, «el bueno de Rout», el señor Rout, el amigo de los jóvenes, era el hijo menor, de una prole muy numerosa y el único de

ellos que sobrevivía aún. La anciana lo recordaba sobre todo a la edad de diez años, mucho antes de que se marchara para empezar su aprendizaje en un taller mecánico del norte. Desde entonces lo había visto tan pocas veces, y habían transcurrido tantos años, que ahora la anciana se veía obligada a retroceder demasiado en su camino para poder reconocerlo con claridad en medio de la vaga niebla del tiempo. A ratos le daba la sensación de que su nuera le hablaba de un desconocido.

La joven señora Rout se sintió decepcionada.

—A ver... mmmh... —dijo mientras pasaba la página—. ¡Qué malo! No dice de qué se trata. Dice que no sería capaz de entender el asunto en toda su dimensión. ¡Imagínese! ¿Y qué cosa es que requiere de tanto ingenio? ¡Qué hombre, mira que dejarme así de intrigada!

Siguió leyendo sin decir nada más y al final se quedó mirando al fuego de manera distraída. El jefe de máquinas no le había dedicado al tifón más de un par de frases, pero en cambio había consagrado un buen párrafo a expresar su deseo de encontrarse en la compañía de su alegre esposa.

—Si no fuese porque mi madre necesita que la cuide alguien, hoy mismo te mandaba el dinero para el viaje. Te podría establecer en alguna casita de aquí y así te podría ver de vez en cuando. Nos empezamos a hacer mayores y...

—Dice que está bien, madre —suspiró la joven señora Rout poniéndose en pie.

—Siempre fue un chico fuerte y saludable —respondió la anciana con placidez.

El retrato que hizo el señor Jukes era, sin embargo, muy ilustrado y colorido, y su amigo de la marina mercante no tardó en compartir su contenido con el resto de los oficiales del transatlántico.

—Me ha escrito un amigo relatándome un caso extraordinario que se produjo a bordo de un navío durante un tifón, el de hace unos meses, ya sabéis, el que salió en toda la prensa. ¡Es un relato impresionante! Veréis, os leeré su carta.

En la carta de Jukes había frases muy medidas para dar una impresión de gran valor y determinación. Jukes las había escrito sin intención de alardear, sólo porque se había sentido así cuando las redactaba. En el entropente todas las

escenas tenían un toque efectista.

... Y en ese momento comprendí que no había forma de que aquellos malditos chinos supieran si no éramos más que un puñado de canallas con intención de robarles. No parecía muy razonable intentar quitarles el dinero a los chinos, sobre todo si se piensa que nos superaban en número. Claro que muy locos habríamos tenido que estar para pensar en robarles en medio de aquel temporal, pero ¿qué podían saber con certeza acerca de nosotros aquellos pobres diablos? Y así fue como les ordené de inmediato a los marineros que salieran corriendo. Nuestra tarea ya estaba cumplida, la que al viejo se le había metido entre ceja y ceja. Salimos de allí sin perder ni un segundo para preguntarles cómo se sentían. No me cabe la menor duda de que, si no hubiesen estado tan sorprendidos —todos y cada uno de ellos— y tan aterrorizados como para poder rebelarse, nos habrían destrozado allí mismo. Te juro que fue un espectáculo digno de verse, y que por mucho que cruces una y otra vez el océano jamás te verás tratando de afrontar una situación así.

Durante unos párrafos hablaba con un tono muy profesional de los daños que había sufrido la embarcación y proseguía:

Cuando se redujo el temporal ahí sí que nos vimos de pronto en una situación delicada. Por si fueran pocos problemas, llevábamos tiempo navegando bajo la bandera de Siam, aunque el capitán no le daba demasiada importancia «porque nosotros seguíamos estando a bordo», como solía decir. Es un hombre que no registra ciertos sentimientos, no sé explicarlo mejor. Hay momentos en que es casi más fácil hacerle entender algo a una viga de madera, pero no es difícil comprender lo duro que puede llegar a ser a veces navegar por los mares de la China sin el apoyo de un cónsul, una cañonería, ni ninguna instancia a la que recurrir en una situación especial.

Yo tenía intención de mantener a aquellos chinos atados bajo cubierta al menos durante otras quince horas, ya que aquél era el tiempo que había calculado que tardaríamos en llegar a Fuchau. Lo más probable era que allí hubiera algún barco de guerra que nos podría proteger con sus cañones, ya que no tenía duda de que cualquier capitán —no importaba que fuera inglés, francés u holandés— iba a ofrecer su ayuda a un barco de blancos con problemas con su tripulación. A continuación podríamos librarnos de los *coolies* y le daríamos el dinero a su mandarín o *taotai*, o como quiera que se llamen esos apestosos tipos con gafas que recorren las callejuelas en sus sillas de manos.

Pero el viejo no lo quería resolver así, decía que quería echar tierra sobre el asunto. Se le había metido esa idea en la cabeza y no había forma de sacársela ni con una grúa. Quería que hubiera el menor escándalo que fuera posible en beneficio del barco y sus propietarios, «y el de todos nosotros», añadió al final mirándome a mí. Yo sentí una gran indignación. Como es lógico no había manera humana de silenciar un asunto como aquél, pero los baúles habían sido sujetados de nuevo como era la costumbre y deberían haber aguantado cualquier temporal, pero el temporal al que tuvimos que enfrentarnos fue tan infernal que no puedes hacerte a la idea.

Yo por mi parte apenas me podía tener en pie. Llevábamos treinta horas sin un solo descanso, y durante todas aquellas horas, lo único que hizo el viejo fue rascarse primero el mentón, luego la nuca, luego la coronilla, tan absorto que ni siquiera se le pasó por la cabeza quitarse las botas.

—Señor, por lo menos espero que no tenga intención de soltarlos en cubierta hasta que los tengamos más o menos controlados.

No es que me emocionara precisamente la idea de tener que controlar a aquellos hombres si de pronto les daba por atacarnos. Un cargamento de chinos enfurecidos no es algo que uno pueda tomarse a la ligera. Y yo además estaba agotado.

—Le pediría por lo menos que nos dejara lanzarles el dinero para que sean ellos los que se maten ahí abajo y nos dejen tranquilos, aunque sea un momento.

—No digas insensateces, Jukes —contestó con aquella mirada suya, tan lenta que a veces conseguía darme miedo—. Lo mejor será que planeemos algo que resulte justo para todas las partes involucradas.

Yo estaba muy ocupado, como comprenderás, así que me limité a dar órdenes a los marineros y luego me eché un rato a descansar. Apenas llevaba diez minutos durmiendo la siesta en la litera cuando llegó el primer marinero a tirarme de la pierna.

—Por favor, señor Jukes, venga a cubierta inmediatamente.

Aquel hombre hizo que me diera un vuelco el corazón; no sabía de lo que me estaba hablando. ¿Es que acaso había comenzado otro huracán? No había ninguna señal de que hubiera viento.

—¡El capitán los ha dejado! ¡Están saliendo a cubierta! ¡Venga a cubierta, señor! ¡El jefe de máquinas ha bajado a buscar su revólver!

Eso fue lo que me dijeron, aunque el viejo Rout asegura que sólo había dicho que bajaba a buscar un pañuelo limpio. Sea como sea, me puse los pantalones y salí a cubierta a toda velocidad. En el puente de proa había un gran follón. Vi a cuatro marineros y al contraestre y les di algunos de los rifles que todos los barcos que hacen la ruta de los mares de la China llevan en la cabina. Fuimos todos al puente. De camino me crucé con el viejo Sol, que nos miró sorprendido mientras chupaba un puro medio apagado.

—Vente con nosotros —le dije. Los siete entramos corriendo en la sala de mapas. Todo había terminado. El viejo seguía con las botas de la tormenta puestas y en mangas de camisa. Supongo que tanto pensar lo habría acalorado. El elegante empleado de Bun-hin estaba a su lado, sucio como un deshollinador, y con la cara verde. Me di cuenta inmediatamente de que estaba en apuros.

—¿Qué significa este circo, señor Jukes? —me dijo el viejo, más enfadado que nunca, y ahí confieso que me quedé sin palabras—. En nombre de Dios, señor Jukes, quítele esos rifles a los marineros antes de que haya algún herido. ¡Este barco es peor que una casa de locos! Escúcheme, quiero que se quede aquí conmigo para ayudarnos a mí y al empleado de Bun-hin a contar el dinero. ¿Podría ayudarnos usted también, señor Rout, ya que está aquí? Cuantos más seamos, antes terminaremos.

Al parecer había decidido todo aquello mientras yo me echaba la siesta. Si nos hubiésemos encontrado a bordo de un barco con bandera inglesa o hubiésemos tenido que llegar a un puerto inglés como Hong-Kong, las reclamaciones no habrían acabado jamás, pero los chinos conocen a sus autoridades mejor que nosotros.

Se habían abierto las escotillas y todos habían subido a cubierta después de una noche y un día completo en las bodegas. Daba una sensación extraña ver tantas caras salvajes reunidas en un solo lugar. Los pobres diablos no hacían más que mirar el mar, el cielo y el barco como si hubiesen perdido la esperanza de volver a ver todas aquellas cosas. Y no me burlo, porque acababan de vivir una experiencia que habría sido capaz de sacudir el alma de un hombre blanco. Pero dicen que los chinos no tienen alma. Yo digo que algo deben de tener para resistir tanto. Entre los heridos había un sujeto que parecía a punto de perder un ojo. Le salía de la cara medio hinchado y tenía el tamaño de un huevo de gallina. Un

hombre blanco habría tenido que guardar un mes de cama, y sin embargo él avanzaba entre la gente dando codazos y discutiendo como si no le hubiese sucedido nada. Entre todos los *coolies* producían un ronroneo constante, pero cada vez que se veía asomar la calva del viejo desde lo alto se callaban todos y se quedaban mirando desde abajo.

Al parecer había estado pensando cómo resolver aquella situación y le había pedido al empleado de Bun-hin que bajara a la bodega y les explicara cuál era la única forma que tenían de recuperar su dinero. Más tarde nos dijo que, ya que todos los chinos habían estado en el mismo lugar y trabajando el mismo número de horas, parecía razonable distribuir entre todos la misma suma. El dólar de uno era exactamente igual al dólar de otro, y si se ponían a preguntar a los hombres cuánto dinero tenían cuando embarcaron todos mentirían y no alcanzaría para el reparto. Lo cierto es que en ese punto había que darle la razón. En cuanto a la posibilidad de darle el dinero a algún empleado de Fuchau, lo mismo habría sido metérselo él en el bolsillo, porque los *coolies* iban a recibir la misma cantidad.

Antes de que anocheciera ya había acabado el reparto. Fue un espectáculo digno de verse: el mar todavía estaba agitado y el barco estaba hecho un desastre. Los chinos se pusieron en fila sobre el puente para recibir su parte, y el viejo fue pagándoles a todos con las botas todavía puestas y en mangas de camisa en la sala de mapas, sudando como un condenado y echándonos la bronca a Rout o a mí cada vez que hacíamos algo que no era de su agrado. A los *coolies* que no podían caminar fue él mismo a entregarles su parte a la bodega número 2. Finalmente sobraron tres dólares que fueron entregados a los *coolies* que habían salido más perjudicados, uno para cada uno. A continuación, tiramos sobre cubierta y a paletadas una montaña de andrajos y toda clase de restos, y dejamos que fueran ellos mismos quienes se repartieran aquello.

Realmente fue la forma más eficaz de acabar con aquel asunto en beneficio de todos. ¿A ti qué te parece, caballerito de barco correo? Al viejo Sol le parece que aquella fue la mejor solución que se le podría haber dado al problema. El otro día me comentó el capitán: «Hay algunas cosas que no pueden encontrarse en los libros». A mí me parece que, para ser un hombre tan lerdo, supo salir del conflicto muy airosamente.

MAÑANA

Lo que se sabía del capitán Hagberd en el pequeño puerto de Colebrook no era precisamente favorable para él. No pertenecía a aquel pueblo. Había llegado para quedarse en unas circunstancias que no tenían nada de misterioso —sobre aquel particular era especialmente comunicativo—, pero sí realmente morbosas y absurdas. Era evidente que tenía dinero, porque se había comprado una parcela y había hecho construir en ella dos pequeñas casitas feas que había pintado de amarillo. Una de ellas la ocupó él mismo y la otra se la cedió a Josiah Carvil —el ciego Carvil, constructor de barcos retirado—, un hombre que se había granjeado una mala reputación en el lugar a causa de su despotismo.

Las casas tenían una pared en común, los jardines estaban separados por una valla y los cercos traseros por un cerco de madera. A la señorita Bessie Carvil se le permitía tender sobre el cerco los manteles, las servilletas y algún que otro delantal para que se secaran. La joven era alta y el cerco bajo, le daba para apoyar los codos en él. Tenía las manos enrojecidas por la cantidad de ropa que lavaba, pero los antebrazos eran blancos y bien formados, y siempre observaba al jefe de su padre en silencio, un silencio pensativo lleno de entendimiento, expectativa y deseo.

—La ropa mojada acaba pudriendo la madera —solía decir el capitán Hagberd—, es la única costumbre descuidada que le conozco, ¿por qué no cuelga una cuerda en su patio?

Pero la señorita Carvil no respondía nada y se limitaba a negar con la cabeza. El pequeño patio trasero de su casa tenía unas jardineras de arena negra rodeadas de piedras en las que las sencillas flores que le daba por sembrar crecían siempre de una forma desmesurada, como si pertenecieran a un clima exótico, mientras que en el lado contrario, en el patio trasero de la casa del capitán, se podía ver siempre su robusta figura vestida de pies a cabeza de tela de vela de barco, hundida hasta las rodillas en hierba silvestre y maleza. Por efecto del color y la rústica rigidez de aquel material con el que había decidido vestirse —«Al menos por ahora», gruñía entre dientes cuando alguien le comentaba algo sobre el asunto—, tenía el aspecto de una criatura tallada en granito de pie sobre un yermo

que no alcanzaba ni siquiera el tamaño de una mesa de billar en condiciones. Era la inmutable imagen de un hombre de piedra de agradable rostro rubicundo, ojos azules e inquietos, y una enorme barba blanca que le llegaba hasta la cintura y que jamás había sido recortada, o eso se decía en Colebrook.

Hacia siete años respondió un severo «Puede que vaya el mes que viene», ante la humorística insinuación del barbero de Colebrook cuando se encontraron en la taberna de la nueva posada del puerto, donde el capitán había entrado para comprar una onza de tabaco. A continuación pagó su compra con tres monedas de medio penique que sacó de la punta anudada del pañuelo que llevaba en el puño de la manga y se marchó. En cuanto el capitán salió por la puerta el barbero se empezó a reír.

—Dentro de nada, el joven y el viejo entrarán a la vez en mi local para hacerse afeitar. El sastre, el fabricante de velas y yo volveremos a tener mucho trabajo, regresarán los buenos tiempos en Colebrook, estoy seguro. Antes era «la semana que viene», ahora «el mes que viene» y así siempre; dentro de poco será «la primavera que viene», estoy seguro.

Cuando se dio cuenta de que había un forastero escuchándolo con una vaga sonrisa explicó estirando las piernas y con una pose algo cínica que el misterioso Hagberd, capitán de barco retirado, estaba esperando el regreso de su hijo. El chico se había ido de casa, o más probable era que hubiese ido a navegar, y jamás se había vuelto a saber de él. Puede que estuviera descansando en el fondo del mar desde hace mucho, puede que no. El viejo había llegado a Colebrook, tras una breve visita hacía tres años, vestido de luto porque acababa de perder a su mujer. Bajó a toda prisa de un vapor de tercera. Lo único que le había llevado hasta aquel lugar fue una carta que más bien parecía ser una burla. Algún gracioso le había escrito una carta para hablarle de un marinero que supuestamente se llamaba igual que su hijo y que cortejaba a una joven de Colebrook o de los alrededores. «¿No le parece gracioso?». El pobre hombre había publicado anuncios en los periódicos de Londres ofreciendo recompensas a quien le diera una información fiable. El barbero contó después —y con una especie de delectación sardónica— que el sufriente forastero se había puesto a explorar toda la región en carro y a pie, y que había hablado con todo el mundo, visitado todas las posadas y tabernas en kilómetros a la redonda, detenido a personas en medio del camino para interrogarlas, y hasta revisado el agua de las acequias, al principio con una enorme excitación y luego con una especie de obstinada perseverancia, que cada día era más lenta porque ni siquiera era capaz de explicar qué aspecto tenía su hijo. El marinero del que le habían hablado, que había bajado de un barco maderero con

otro compañero, y que al parecer andaba detrás de cierta joven, debía de tener cierta edad, pero el viejo seguía describiéndolo como si se tratara de un muchacho de catorce años, «de aspecto inteligente y vivo». Cuando la gente sonreía al oírle él se frotaba perplejo la frente y a continuación se retiraba con aspecto ofendido. Como es lógico, no encontró a nadie, no había ni el menor rastro de aquellos hombres, nadie había escuchado nada a lo que aferrarse, pero por alguna extraña razón el viejo había sido incapaz de irse de Colebrook.

—Puede que, tras la muerte de su mujer, el golpe de aquella otra decepción terminara de enloquecerlo —sugirió el barbero, dándose aires de una gran intuición psicológica. Tras cierto tiempo el viejo abandonó la búsqueda activa. Parecía evidente que su hijo ya no estaba allí, pero él decidió esperarlo. Su hijo no había regresado a su tierra natal, pero estuvo al menos una vez en Colebrook. Pensó que debía de tener sus razones para hacerlo y que, por eso mismo, iba a acabar regresando a Colebrook antes o después.

»¡Ja, ja! Colebrook, ¿cómo no? Es el único lugar de todo el Reino Unido en el que uno podría encontrar a un hijo perdido. Y así fue como vendió su casa de Colchester y se vino a vivir a aquí. Una locura, vaya, como cualquier otra. Yo jamás enloquecería si uno de mis hijos se marchara de casa. Tengo ocho.

El barbero exhibía su inteligencia en medio de unas carcajadas que hacían temblar la taberna.

Aun así, añadió con la franqueza de una inteligencia superior, lo extraño de la locura del viejo era que parecía ser contagiosa. Él, por poner un caso, tenía un local junto al puerto y cada vez que entraba un marinero desconocido para afeitarse o para cortarse el pelo, no podía evitar preguntarse: «¿Será el hijo del viejo Hagberd?». Luego se reía de su ocurrencia. No era más que una locura. Todavía recordaba la época en la que el pueblo entero enloqueció con el viejo, pero aún tenía sus esperanzas. Tenía planeado curarlo tomándole el pelo recurrentemente, e iba comprobando hasta dónde era efectivo su tratamiento. ¡La semana que viene, el mes que viene, el año que viene! Cuando el viejo lobo de mar hubiese pospuesto la fecha de retorno hasta el año próximo ya no volvería a hablarle del tema. En otras cuestiones mostraba una actitud de lo más racional, de modo que no tenía por qué no comportarse en aquélla de la misma manera; eso pensaba el barbero.

Nadie le llevó nunca la contraria. Desde aquel día el pelo se le había cubierto de canas y la barba del capitán Hagberd se había puesto blanca y se extendía majestuosamente sobre aquel traje de lona de primera calidad que se

había confeccionado él mismo con aquella lona embreada. Apareció vestido de aquella forma una mañana, cuando la noche anterior todo el mundo le había visto de luto. Se produjo de pronto un enorme revuelo en High Street —los comerciantes salían de sus negocios y la gente común se ponía el sombrero a toda prisa para salir a la calle—, al principio se sorprendió y luego pareció asustarse, aunque la única y esquiva respuesta que dio a todos los que le preguntaron fue: «Al menos por ahora».

Aquel revuelo hacía ya mucho que había sido olvidado y el propio capitán Hagberd, si no ignorado, al menos sí había pasado a ser obviado —el castigo que recibe lo habitual— del mismo modo en que acaba es obviado el sol, a no ser que golpee con demasiada fuerza. Los movimientos del capitán Hagberd no eran inseguros en absoluto, siempre caminaba muy erguido en su traje de lona y su presencia era notable y singular; lo único que resultaba un poco más vacilante que al principio era su mirada. Al andar por las calles ya no se le veía aquella actitud atenta y a la espera. Se había convertido en realidad en una persona confundida y un poco tímida, como si algo en él sospechara que su presencia era un poco excéntrica y comprometedora, aunque sin poder determinar claramente en qué consistía exactamente la rareza.

Ya no le gustaba hablar con la gente del pueblo. Poco a poco se había ido labrando una reputación de tacaño. Siempre que entraba en una tienda lo hacía refunfuñando, compraba la peor carne y se enfadaba cada vez que alguien le hacía la menor alusión a su vestimenta. Todo sucedía tal y como había relatado el barbero. Al parecer se había curado de la enfermedad de la esperanza. La única que sabía que no era así era Bessie Carvil, la única que era consciente de que si no hablaba del regreso de su hijo era porque ya no pensaba que fuera a suceder «la semana que viene», «el mes que viene» ni «el año que viene». Para él, el regreso se iba a producir «mañana».

En aquellos encuentros en el patio, el capitán siempre hablaba con la muchacha con cierto aire paternalista, razonable, dogmático, y un toque arbitrario. Los dos se tenían una gran confianza mutua que, de cuando en cuando, quedaba refrendada por un cariñoso guiño. La señorita Carvil se había acostumbrado a esperar aquellos guiños con alegría. Al principio la perturbaban, pensaba que el hombre se había vuelto loco, luego empezó a reírse de ellos; el capitán era un hombre inofensivo, y poco a poco se fue dando cuenta de que en realidad lo que experimentaba era una emoción placentera, inédita y desconocida que se manifestaba con un leve rubor. El capitán no guiñaba el ojo de una manera vulgar en absoluto; su rostro delgado y rubicundo, de nariz aguileña, tenía un aire

distinguido, y cuando hablaba con la muchacha su mirada parecía más segura e inteligente. Era un hombre apuesto, robusto, bien erguido y saludable, de barba blanca. Al verlo, la gente no pensaba en su edad, y aseguraba que su hijo siempre se había parecido mucho a él desde la infancia.

Afirmaba que Harry cumpliría los treinta y uno en el mes de julio, una edad de lo más apropiado para casarse con una joven guapa y razonable que fuera capaz de sacar adelante un hogar. Los hombres de carácter fuerte acababan siendo siempre los más fáciles de tratar, mientras que los humildes y flojos, en cuyas bocas parece que no va a derretirse ni la misma manteca, son los candidatos más apropiados para convertir a las mujeres en infelices. Y no había nada mejor que el hogar —un fuego bien hecho, un techo como Dios manda— y una cama caliente todo el año. «¿No le parece, querida?», le decía.

El capitán Hagberd había sido toda su vida uno de esos marineros que cumplen su oficio, pero siempre con la mirada puesta en tierra. Era uno de los muchos hijos de un campesino arruinado, y se había visto obligado a realizar una formación a toda prisa para la vida marina a bordo de un barco costero. Después de aquello se había pasado la vida marinera como capitán de barco costero. Al principio fue muy duro para él, tanto que en realidad jamás llegó a acostumbrarse del todo; sus afectos permanecían en tierra, en las casas en las que los hogares estaban encendidos. Hay muchos marineros que aseguran sentir un racional desagrado por el mar, pero él experimentaba una auténtica animadversión emocional, como si a lo largo de muchas generaciones se hubiese ido filtrando en su interior un amor por el elemento más estable.

—La gente no sabe a lo que se exponen sus hijos cuando se echan al mar — le decía a Bessie—, se convierten en auténticos condenados a muerte.

Al capitán le parecía que no había nadie en el mundo que fuera capaz de acostumbrarse a eso, y que el cansancio que ese tipo de vida conllevaba iba creciendo de manera inevitable a medida que se cumplían años. ¿Qué tipo de trabajo era aquel en el que durante la mitad de la vida uno ni siquiera podía poner los pies en su casa? Cuando una persona se echa a la mar ya ni siquiera sabe lo que pasa en su hogar. La gente podría haber llegado a pensar, al oírlo, que estaba acostumbrado a los largos viajes, cuando el más largo que había hecho en su vida había durado tan sólo quince días, la mitad de los cuales el barco los pasó anclado a puerto a causa de una marejada. En el mismo instante en que su mujer heredó una casa y una renta suficiente como para vivir (de un tío soltero que había conseguido enriquecerse mínimamente gracias al negocio del carbón), renunció a

su cargo de capitán de barco carbonero en la costa este con el mismo alivio que habría sentido al ser liberado de galeras. De todos aquellos años podía contar con los dedos de la mano los días que había pasado sin tener a la vista la costa de Inglaterra. No sabía lo que era estar mar adentro. «En mi vida me he alejado más de ochenta brazas de tierra», solía comentar orgulloso.

BessieCarvil escuchaba todas aquellas historias. Frente a su casa había un pequeño fresno y en las tardes de verano le gustaba poner una silla bajo su sombra y sentarse allí con la costura. El capitán Hagberd permanecía allí, apoyado en la pala con su traje de lona. Todos los días cavaba el terreno. Removía la tierra, pero no plantaba nada, «al menos por ahora».

A BessieCarvil se animaba a confesarle que no quería hacerlo «hasta mañana, cuando vuelva a casa nuestro pequeño Harry». Había escuchado tantas veces aquella declaración que ya sólo sentía una especie de vaga piedad por la esperanza del viejo.

Y de aquella forma todo quedaba aplazado y preparado para el día siguiente. Tenía también una caja repleta de semillas de flores preparadas para el jardín delantero.

—Lo más probable es que deje que las elija usted, querida —le solía decir en confidencia el capitán Hagberd a la joven, a través de la valla.

La señorita Bessie permanecía inclinada sobre su labor. Había oído aquellas palabras en muchas ocasiones, pero aun así había veces en las que todavía dejaba su labor, se ponía en pie y se acercaba lentamente hasta la valla. Le parecía que aquellos disparates no estaban exentos de cierto encanto. Él estaba decidido a que su hijo no volviera a marcharse porque le faltara un hogar. Tenía la casa llena de pequeños muebles. La muchacha se los imaginaba nuevos y apilados unos encima de otros al fondo del desván. Tenía mesas cubiertas con telas de lona, alfombras enrolladas en columnas verticales, superficies de mármol blanco que apenas se veían en la penumbra del cuarto con las ventanas bajas. El capitán Hagberd solía enumerarle todas las compras que iba haciendo, como si se tratara de la única persona legítimamente interesada en el asunto. Y en el patio de atrás, que ahora estaba cubierto por la maleza, se podría poner un suelo de cemento... pasado mañana.

—Y tal vez hasta podríamos quitar la valla, y usted podría colgar una cuerda para la ropa en el lado opuesto a las flores —decía guiñándole un ojo. Ella

no podía evitar ruborizarse.

Toda aquella locura, que había ido entrando poco a poco en su vida mediante los impulsos bondadosos de su corazón, tenía también detalles prácticos. ¿Qué pasaría si un día regresaba su hijo? Ni siquiera podía estar segura de que tuviera un hijo realmente, y, aunque así fuera, llevaba lejos ya demasiado tiempo. Si el capitán Hagberd se entusiasmaba demasiado en el transcurso de la conversación, ella intentaba tranquilizarlo fingiendo que lo creía y riéndose para que no le remordiera la conciencia.

Sólo en una ocasión había intentado crear alguna duda piadosa en aquella esperanza condenada al fracaso, pero el efecto había sido tan contraproducente que se había llevado un buen susto. El gesto del viejo se inundó súbitamente de espanto e incredulidad, como si hubiese visto abrirse frente a él una grieta en medio del cielo.

—Usted... Usted... No estará intentando decirme que cree que se ha ahogado...

Por un instante dio la sensación de que estaba a punto de perder el juicio, ya que en su estado natural ella lo consideraba más razonable que la mayor parte de la gente a la que conocía. La violencia de aquella reacción se apagó en un gesto paternalista y complaciente.

—No tenga miedo, querida —añadió con cierto aire de astucia—, ni siquiera el mar es capaz de retenerlo. Jamás le perteneció ni uno solo de los Hagberd. Fíjese en mí: ¿acaso me he ahogado yo? Y además, él ni siquiera es marinero. Y si no es un marinero, tendrá que regresar; no hay nada que pueda impedirle regresar...

Su mirada se volvió un poco difusa y añadió:

—Mañana.

Ella decidió no volver a intentarlo nunca más, por temor a que enloqueciera de pronto. El capitán dependía de ella. Bessie era la única persona razonable del pueblo, y, siempre que se veía en su presencia, el capitán se alegraba de haber sido capaz de encontrar una esposa tan ideal para su hijo. El resto de la gente de aquel lugar, llegó a confesar cierto día en medio de un ataque de mal humor, era gente francamente rara. ¡No había más que ver cómo lo miraban! ¡Y cómo le hablaban! No había conseguido hacer buenas migas con ninguno de ellos. No, desde luego la gente del pueblo no le gustaba nada. Y él jamás habría abandonado su tierra si no

hubiese estado convencido de que su hijo se había encariñado de Colebrook.

Ella se limitaba a asentir en silencio y con la mirada baja, concentrada en su labor. El rubor se notaba apenas en ese rostro tan blanco y enmarcado por aquel generoso pelo recogido color caoba. Su padre era totalmente pelirrojo.

Bessie tenía una figura entrada en carnes y un gesto cansado y triste. Cuando el capitán Hagberd se explayaba sobre la importancia y necesidad de formar una familia y las delicias que uno encontraba en el propio hogar, ella sonreía levemente. Para ella las delicias del hogar sólo habían consistido en atender a su padre durante los diez mejores años de su vida.

De pronto interrumpía la conversación un rugido bestial proveniente del primer piso. Ella comenzaba a recoger el tejido o a doblar la costura sin mostrar mucha prisa. Los gritos y rugidos con los que alguien la llamaba por su nombre seguían sonando, llegando a provocar en ocasiones que incluso los pescadores que pasaban por allí se dieran la vuelta hacia la casa. Ella entraba por la puerta delantera y, a los pocos segundos, se hacía un profundo silencio; poco después, aparecía de nuevo, llevando de la mano a un hombre del tamaño de un hipopótamo y con gesto enfurecido.

Se trataba de un constructor de barcos viudo al que le había llegado la ceguera de improviso y en la mitad de su vida activa. Trataba a su hija del mismo modo que si ella fuera la responsable exclusiva de su enfermedad. En aquellos días se lo oyó decir a voz en grito, como si tuviera intención de amenazar al cielo, que no le importaba, y que había ganado ya tanto dinero en su vida que podía asegurarse desayunar huevos con jamón el resto de sus días. Le daba las gracias a Dios en un tono tan endiablado como si lo estuviese maldiciendo.

El capitán Hagberd se había quedado tan desagradablemente sorprendido de la actitud de su vecino que en cierta ocasión le llegó a comentar a la señorita Bessie:

—Me parece un sujeto un tanto excéntrico, querida.

Aquella tarde estaba tejiendo unas medias para su padre, quien deseaba que hubiera siempre una cantidad razonable de esas prendas. Bessie odiaba tejer y, como en ese momento estaba haciendo precisamente la parte del talón, tenía que estar muy concentrada en la labor.

—No ocurriría lo mismo si tuviera que mantener a un hijo —siguió diciendo

el capitán Hagberd con aire distraído—; las niñas no requieren tanta atención... mmmh... Al menos no suelen escaparse de sus casas, querida.

—No —respondió la señorita Bessie con suavidad.

El capitán, que se alzaba entre unos cuantos montones de tierra removida, soltó una breve carcajada. Con aquel traje marinero, aquel rostro curtido por la intemperie y aquella barba de Neptuno, tenía el aspecto de un derrotado dios marino al que le hubiesen cambiado el tridente por una pala.

—Supongo que él pensará que, de alguna manera, usted está destinada a él, eso es lo mejor de las jóvenes. Los maridos, ya se sabe... —añadió guiñándole un ojo, y la señorita Bessie se ruborizó levemente a pesar de seguir absorta tejiendo.

—¡Bessie! ¡Mi sombrero! —gritó de improviso el viejo Carvil. Durante todo aquel tiempo había permanecido bajo el árbol, mudo e inmóvil, como si se tratara del ídolo de alguna secta particularmente monstruosa. Jamás abría la boca si no era para llamarla a gritos, y tampoco medía nunca lo ofensivos que podían llegar a ser sus comentarios. Ella tenía la costumbre de no contestarle nunca, y él continuaba gritando hasta que ella se acercaba para atenderlo sacudiéndole del brazo o poniéndole la pipa en la boca. Era una de las pocas personas ciegas que fumaban, y en cuanto le ponían el sombrero sobre la cabeza, dejaba de gritar. En ese momento se ponía de pie y salían juntos por la puerta de la calle.

El viejo caminaba apoyándose pesadamente sobre el brazo de la joven, y durante aquellos lentos paseos, ella tenía el aspecto de estar cumpliendo con una penosa penitencia al arrastrar aquella masa vacilante. Generalmente cruzaban rápido el camino (las casas estaban situadas en los prados cercanos al puerto, a unos doscientos metros al final de la calle), y durante un buen rato seguían siendo invisibles, mientras iban subiendo lentamente por los escalones de madera que ascendían hasta lo alto del acantilado. El acantilado iba de este a oeste y ocultaba el canal como un desestimado terraplén para vías sobre el que no se tenía memoria de que hubiese pasado un tren jamás. Se veían grupos de pescadores recortados contra el cielo que andaban un breve trecho y a continuación desaparecían sin prisa. Aquellas redes suyas parecían telas de araña gigantes y las dejaban sobre la gruesa hierba de la ladera. Si miraba hacia lo alto desde el final de la calle, la gente podía identificar a los Carvil por su penosa manera de caminar. El capitán Hagberd, que en ese momento daba vueltas sin una razón muy clara alrededor de las dos casitas, alzó la mirada para verlos subir por el camino.

Aún publicaba anuncios en los periódicos del domingo pidiendo información sobre Harry Hagberd. Solía decirle a Bessie que las hojas de los periódicos a veces eran leídas en sitios remotos, hasta en el fin del mundo. Parecía estar convencido de que su hijo estaba en Inglaterra y tan cerca de Colebrook que podía presentarse allí «mañana». Bessie no se declaraba a favor de la opinión, pero sí argumentaba que, si realmente estaba tan cerca, no merecía la pena gastarse ese dinero en anuncios, y que el capitán haría mejor en utilizar para sus gastos aquella media corona semanal. No sabía de qué vivía el capitán. Al capitán aquel razonamiento lo desconcertaba y desanimaba a partes iguales. «Todo el mundo lo hace», añadía para justificarse, porque había una columna entera de gente que buscaba a sus familiares. Se lo iba a enseñar en el periódico. Él y su esposa habían puesto anuncios durante años, pero ella era una mujer impaciente. Las noticias de Colebrook habían llegado justo al día siguiente de su funeral; si no hubiese sido tan impaciente, ahora podría estar aquí y ver cómo su hijo volvía a casa: sólo faltaba un día más.

—Pero usted no es una mujer impaciente —decía.

—A veces no tengo demasiada paciencia con usted —respondía ella.

A pesar de que aún pedía noticias de su hijo, ya no ofrecía ninguna recompensa por la información, y es que, gracias a la confusa lucidez que acompaña siempre a los trastornos mentales, había llegado a la conclusión, transparente como el agua, de que por esa vía ya había conseguido todo lo que se podía conseguir. ¿Qué más podía desear? El lugar era Colebrook, no había que pedir nada más. La señorita Carvil le elogiaba lo razonable y a él le reconfortaba que ella lo acompañara en esa esperanza, que había acabado convirtiéndose en una engañosa ilusión. Aquella idea cegaba su inteligencia a toda verdad y toda probabilidad de la misma forma que el viejo de la casa de al lado se había quedado ciego, debido a otra enfermedad, para la luz y la belleza de este mundo.

Cualquier gesto que pudiera interpretarse como una duda —desde un poco de descuidada frialdad en un asentimiento hasta una simple falta de atención a la exposición de aquellos proyectos fantasiosos sobre un hogar compuesto por su hijo y la esposa de su hijo— lo irritaba al instante y provocaba en él muecas de disgusto y miradas de rencor. Clavaba la pala en la arena y se ponía a caminar de un lado a otro de la casa. La señorita Bessie solía decir que aquello no eran más que rabieta y lo regañaba con el dedo en alto. Cuando ella salía de nuevo, él, a pesar de que se había apartado por el enfado, la espiaba con el rabillo del ojo hasta que sentía que la más mínima señal lo invitaba a acercarse de nuevo, y ahí se apresuraba una vez

más hacia la valla y retomaba su paternalista y protectora relación.

A pesar de que entre ellos había una enorme intimidad, nunca habían hablado sin que se les interpusiera aquella valla. Él solía describirle todos los objetos que estaba acumulando en la casa para cuando regresara su hijo, pero nunca la había invitado para que pasara a verlos. Sobre aquellas cosas no se iba a posar ninguna mirada humana antes que la de Harry. En realidad nadie había entrado jamás en la casa porque él mismo se encargaba de las tareas del hogar y guardaba con tanto celo todos aquellos privilegios reservados a su hijo que hasta los pequeños objetos que a veces compraba en el pueblo los metía en la casa con disimulo por la puerta del jardín y ocultos en un saco de lona. A los pocos minutos salía de nuevo y decía, como si se sintiera en la obligación de disculparse:

—Era sólo una tetera, querida.

Y ella, si acaso no estaba molida de cansancio por el trabajo o demasiado mortificada por su padre, se ruborizaba levemente y contestaba:

—Está bien, capitán Hagberd, no soy impaciente.

—Así me gusta, querida, porque en realidad no tendrá usted que esperar mucho —respondía a toda prisa y un poco confundido, como si algo no anduviera del todo bien.

Todos los lunes ella le pagaba el alquiler. Le entregaba el dinero a través de la valla y él agarraba aquellos chelines con avidez. Le dolía cada penique que tenía que gastar para vivir y su actitud cambiaba en cuanto salía a la calle y se alejaba de ella para hacer algunas compras. Cuando se veía lejos de la cariñosa mirada de la joven, se sentía de pronto indefenso y expuesto. Caminaba pegado a las paredes, le parecía sospechosa la excentricidad de la gente, aunque para esa época hasta los niños habían dejado ya de seguirlo y los tenderos lo atendían sin replicar ni una palabra. Si le hacían la menor alusión a su vestimenta, se sentía de pronto asustado y confuso, como si se tratara de algo injustificado y sin sentido.

Cuando llegaba el otoño, la lluvia golpeaba sobre la embreada tela de aquel traje y resbalaba sobre la superficie. Si hacía muy mal tiempo, se quedaba bajo el pequeño porche de la entrada y, apoyado contra la puerta, se dedicaba a observar la pala que había quedado clavada en medio del jardín. La tierra estaba tan revuelta que en la estación de lluvias el terreno era un campo de barro. Si helaba le entraba la desazón, ¿qué iba a decir Harry? Y como en esa época era más difícil

disfrutar de la compañía de Bessie, le irritaban más de lo normal los gritos del viejo Carvil reclamando la compañía de la joven, que oía a través de las ventanas cerradas.

—¿Por qué no contrata una sirvienta ese irritante individuo? —le preguntó una tarde de buen tiempo, con cierta impaciencia. Ella se había tapado la cabeza para poder salir un rato.

—No lo sé —respondió Bessie con aire cansado y la mirada clavada en una vaga lejanía. Bajo aquellos párpados suyos había siempre una sombra que parecía indicar que era incapaz de imaginar cambio alguno en su vida.

—Espere a casarse, querida —le dijo su amigo acercándose a la valla con energía—. Estoy seguro de que Harry contratará a una criada para usted.

La locura esperanzada de aquel capitán alimentaba la suya propia con una exactitud tan triste que, en medio de aquella irritación nerviosa, casi tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar. Al final dijo, burlándose de sí misma y hablando con él como si estuvieran los dos de acuerdo en todo:

—Pero capitán Hagberd, puede que su hijo ni siquiera me mire.

Él se limitó a echar la cabeza hacia atrás y a soltar una carcajada de enfado.

—¿Pero qué dice? ¿Cómo no va a querer mi hijo mirar a la única joven sensata que hay a kilómetros a la redonda? ¿Por qué cree, querida, que me he quedado aquí? Tenga paciencia, lo único que tiene que hacer es esperar un poco. Ya verá mañana.

—¡Bessie! ¡Bessie! ¡Bessie! —gritaba el viejo desde la casa—. ¡Tráeme mi pipa! —Aquel hombre obeso y ciego estaba totalmente entregado a la lujuria de la pereza, no se molestaba ni siquiera en estirar la mano para coger las cosas que estaban a su alcance. Ni se movía ni se levantaba de la silla, no daba ni un solo paso en aquel cuarto que conocía tan bien y que habría podido recorrer tan fácilmente como si lo viera a la perfección, sin llamarla y cargarla con su terrorífico peso. No quería comer ni un bocado si no se lo servía ella. Se había vuelto deliberadamente mucho más inútil de lo que su enfermedad requería, sólo para poder esclavizarla con más facilidad. Bessie se quedó unos instantes inmóvil y con los dientes apretados en medio de la penumbra, y al final entró lentamente en la casa.

El capitán Hagberd agarró la pala una vez más. Se interrumpieron los gritos en la casa de los Carvil y finalmente se encendió una luz en la planta inferior. Un hombre se aproximaba por la calle con paso firme hacia el capitán Hagberd. En el cielo del oeste quedaba aún el resplandor de una luz blanquecina. El hombre se inclinó sobre la puerta del jardín y miró hacia adentro con curiosidad.

—Usted debe de ser el capitán Hagberd —dijo con calma.

El viejo estaba sacando la pala de la tierra y se dio la vuelta de un golpe porque la voz lo había sorprendido.

—Sí, soy yo —respondió con nerviosismo.

El hombre sonrió y le habló lentamente:

—Y está buscando a su hijo, ¿no es así?

—A Harry, mi hijo —murmuró un poco desconcertado el capitán—. Mañana regresará a casa.

—¡Vaya! —exclamó el extraño con asombro, y luego añadió despacio—: Se ha dejado una barba igual que la de Papá Noel.

El capitán Hagberd se acercó y se apoyó en la pala.

—Váyase de aquí —dijo con rencor y timidez al mismo tiempo, porque siempre tenía miedo de que fueran a burlarse de él. Todos los estados mentales, la locura incluida, tienen su equilibrio basado en la autoestima. Su desequilibrio provoca siempre la infelicidad y el capitán Hagberd vivía en un estado de ideas fijas que no podía ser perturbado por los demás sin provocar sufrimiento. Le dolían las sonrisas de la gente. Sí, las sonrisas burlonas eran lo peor de todo. Indicaban que había algo que no iba bien, pero ¿el qué? No lo sabía, y era evidente que aquel extranjero se estaba burlando de él, se había acercado para reírse. Ya tenía bastante con lo que le sucedía cada vez que salía a la calle, y lo cierto era que nadie se había atrevido a burlarse de esta nueva manera.

El desconocido, sin saber lo cerca que estaba de que el viejo le abriera el cráneo con la pala, dijo con seriedad:

—No voy a pasar de aquí, ¿de acuerdo? Me da la sensación de que le han dado falsas noticias, ¿por qué no me deja pasar?

—¿Pasar? ¿Usted? —murmuró el viejo Hagberd en medio de un terror indecible.

—Podría darle novedades sobre su hijo, las últimas noticias, si es que quiere escucharlas.

—¡No! —gritó Hagberd y empezó a caminar de un lado al otro con la pala sobre el hombro, sin parar de gesticular—. De modo que aquí tenemos a un gracioso, un gracioso que dice que algo va mal. Sepa usted que tengo mucha más información de la que cree, tengo toda la información que necesito. La he tenido todos estos años, ¡todos estos años! Y lo único que tengo que hacer es esperar hasta mañana, ¿Que le deje entrar? ¿Qué iba a decir Harry si le dejara entrar?

La figura se recortó como una silueta en la ventana de la habitación de la planta baja y a los pocos segundos, y tras el sonido de la puerta al abrirse, se la vio salir de la casa vestida de negro y con algo blanco en la cabeza. Aquellas voces que había escuchado desde el interior y que lo habían impulsado a salir de la casa le habían provocado una emoción tan intensa que apenas podía hablar.

El capitán Hagberd parecía estar intentando huir de una jaula. Le tropezaban los pies con los terrones que había estado desenterrando. Se medio tambaleó entre los agujeros del destrozado jardín y se precipitó ciegamente hacia la valla.

—¡Eh! ¡Quieto ahí! —dijo el hombre desde la puerta y estirando la mano lo agarró de la manga—. Alguien se está intentando burlar de usted. ¡Pero vaya una ropa que lleva puesta! ¡Lona de barco, Dios santo! —Soltó una carcajada—. ¡Está hecho todo un personaje!

El capitán Hagberd se soltó de golpe y empezó a dar unos temerosos pasos hacia atrás.

—Al menos por ahora —susurró con tono un poco humillado.

—¿Se puede saber qué le pasa a este hombre? —dijo el extranjero dirigiéndose a Bessie con naturalidad y franqueza, como si tratara de justificarse—. No tenía intención de asustar al viejo —dijo bajando la voz, parecía estar hablando con una vieja conocida—. Entré en una barbería del camino para que me afeitaran por dos peniques y me dijeron que aquí vivía un tipo raro. El viejo ha sido un personaje toda su vida.

El capitán Hagberd había salido asustado por la referencia que se había hecho a su traje y se había metido en la casa llevándose la pala con él. Las dos personas que estaban afuera se sobresaltaron al escuchar el golpe de la puerta, el sonido del cerrojo cuando echó la llave y el eco de una falsa carcajada.

—No tenía intención de asustarlo —dijo el hombre tras un breve silencio—. ¿A qué viene todo eso? No parece que esté loco.

—Está preocupado desde hace mucho tiempo por un hijo suyo que desapareció —dijo BessieCarvil con voz baja y tono de disculpa.

—Pues bien, yo soy su hijo.

—¡Harry! —exclamó ella y guardó silencio a continuación.

—¿Sabe usted mi nombre? Supongo que será amiga del viejo, entonces...

—Es el propietario de nuestra casa —respondió Bessie, perdiendo el equilibrio y agarrándose a la valla de hierro.

—De modo que es el dueño de estas dos conejeras —afirmó el joven Hagberd con desprecio—; supongo que se sentirá orgulloso. ¿Le importaría decirme quién es el que va a venir mañana? Supongo que lo sabrá. A mí me parece que al viejo lo están estafando.

Bessie ni siquiera respondió, se sentía indefensa ante aquella dificultad insuperable de tener que dar una explicación.

—Oh, lo siento mucho.

—¿Por qué? —dijo él con calma—. No tema asustarme. El otro tipo se asustará cuando menos lo piense. La verdad es que a mí no me importa lo más mínimo, pero supongo que habrá un buen baile cuando ese tipo asome la cabeza por aquí mañana. No me interesan mucho las cosas del viejo, pero los derechos siguen siendo los derechos. Le aseguro que a ese caradura lo voy a poner en su sitio, no me importa de quién se trate.

Se había acercado un poco y en ese momento se estaba inclinando hacia donde estaba ella desde el otro lado de la verja. Le miró las manos con atención y, como le pareció que temblaban un poco, pensó que tal vez también ella estaba involucrada en el engaño que se iba a perpetrar al día siguiente. Había llegado en

el momento indicado para arruinarles la jugada. La idea le pareció simpática y pensó con desprecio en cómo desarmar el fraude, aunque durante toda su vida había sido muy tolerante con los trucos de las mujeres. Lo cierto es que la joven estaba temblando hasta tal punto que el pañuelo se le había movido en la cabeza. «Pobre diablo», pensó, y dijo:

—No se preocupe por ese tipo, estoy convencido de que habrá cambiado de idea antes de mañana. Pero ¿qué pasa conmigo? No me puedo quedar en la puerta de la calle hasta mañana.

Y ahí fue donde estalló ella:

—Es usted a quien espera. Es usted quien llega mañana.

—¡Así que soy yo! —dijo el hombre sin gran emoción, y los dos se quedaron en silencio. Parecía estar pensando en lo que acababa de oír y tras un rato, sin enfado pero evidentemente sorprendido, añadió—: No entiendo. Durante todo este tiempo no le he escrito ni le he dicho nada. Un amigo vio el anuncio en el periódico y me lo ha comentado esta misma mañana... ¿Cómo ha dicho?

Ella se inclinó y le susurró algo al oído. Él contestó «sí» y «entiendo», pero al terminar preguntó otra vez:

—¿Y por qué no lo arreglamos hoy?

—¡No ha escuchado lo que le he dicho! —exclamó ella con impaciencia. Entre las nubes se estaban extinguiendo hacia poniente los últimos rayos de sol. El joven se inclinó de nuevo para poder escucharla mejor. La noche ocultó tanto a la mujer que susurraba como al hombre que la oía, y sólo permitió contemplar la confiada proximidad de sus rostros y su afectuosa complicidad.

El extranjero alzó los hombros y se puso con galantería su sombrero de ala ancha.

—¿No le parece muy raro todo esto? —preguntó—. ¿De modo que mañana? Vaya, vaya... En toda mi vida había escuchado algo parecido a todo esto. Al parecer siempre es mañana y nunca hoy, por lo que veo.

Ella no respondió ni una palabra y permaneció inmóvil.

—Y al parecer usted se ha encargado de alimentar esa extraña ocurrencia —

dijo.

—Nunca lo contradije.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —se quejó Bessie a la defensiva—. Lo único que habría conseguido con eso habría sido hacerlo sufrir. Se habría vuelto loco.

—Loco... —murmuró él, y la joven respondió con una pequeña risa nerviosa.

—¿Qué tenía de malo? ¿O es que se supone que me tocaba a mí ponerme a discutir con el pobre viejo? Casi es más fácil que yo misma lo acabara creyendo a medias.

—Así es, sí —dijo el joven con inteligencia—, supongo que el viejo al final la acabó enredando con su cháchara. Se ve que tiene usted buen corazón.

Ella levantó las manos con nerviosismo en medio de la oscuridad.

—Podría haber sido cierto. Era cierto. Y por si fuera poco ahora mismo acaba de suceder, éste es el mañana que estábamos esperando —dijo.

La joven estuvo a punto de suspirar y él replicó alegremente:

—Sí, con la puerta cerrada. La verdad es que no me importaría si... ¿Usted podría conseguir que me reconociera? ¿Qué dice? ¿En una semana? Estoy convencido de que podría... ¿Pero me ve aguantando una semana entera en este cementerio? ¡Yo creo que no! A mí me gusta el trabajo duro y las buenas fiestas, y más espacio del que hay en toda Inglaterra. Ya estuve una vez en este lugar, y fue durante más de una semana. En esa época el viejo me iba buscando por todos los diarios y un compadre tuvo la ocurrencia de sacarle unas cuantas libras contándole un montón de mentiras por carta. Pero al final el engaño no le salió bien y tuvimos que marcharnos. Esta vez no se repetirá, tengo un compadre que me espera en Londres y...

BessieCarvil comenzó a respirar con agitación.

—¿Y si llamo a la puerta?

—Pruebe —respondió ella.

Crujió de pronto la verja de entrada al jardín del capitán Hagberd, avanzó lentamente la sombra de su hijo y se detuvo un instante reteniendo en la garganta una profunda carcajada, muy parecida a la de su padre, aunque más suave y elegante, una risa que de pronto hizo que se estremeciera el corazón de la mujer.

—No es peleón, ¿no? No me gustaría tener que ponerle la mano encima. La gente suele decirme que no sé controlar mi fuerza.

—Es la criatura más inofensiva de la tierra —dijo Bessie.

—No diría eso si lo hubiese visto persiguiéndome hasta lo alto de una escalera con un cinturón de cuero en la mano —respondió él—. Esa escena no he podido olvidarla en dieciséis años.

La joven sintió una nueva ola de calor desde la cabeza a los pies cuando a él se le escapó otra risa ahogada. Cuando golpeó la puerta el corazón le cerró la garganta.

—¡Papá! Déjame entrar. Soy Harry. Créeme, soy yo, he regresado un día antes de lo previsto.

En ese momento se abrió una de las ventanas de la planta baja.

—Esa información es falsa, forastero —replicó la voz del viejo Hagberd en la oscuridad—, usted no tiene nada que ver con mi hijo. Va a acabar arruinándolo todo.

Ella escuchó que HarryHagberd decía:

—¡Hola, papá!

Y a continuación se oyó un estruendo. La ventana se cerró de pronto y, pocos segundos después, el hombre se acercó de nuevo a la joven.

—Como en los viejos tiempos. Cuando me fui, casi me mata a golpes para impedírmelo, y ahora que regreso, casi me abre la cabeza con una pala. Me ha dado en el hombro.

Ella no pudo evitar temblar.

—Y la verdad es que a mí ni siquiera me importaría —empezó diciendo—, si no fuera porque me he gastado mis últimos chelines en el billete de tren y los últimos peniques en el barbero para presentarme delante del viejo con un aspecto decente, por respeto.

—¿De verdad es usted HarryHagberd? —preguntó Bessie con dulzura—. ¿Lo puede demostrar?

—¿Que si lo puedo demostrar? ¿Es que hay alguien aparte de mí que lo pueda demostrar? —respondió bromeando—. ¿Demostrar qué? ¿Qué es lo que podría demostrar? No hay rincón en el mundo, excepto Inglaterra, quizá, donde no haya un hombre o, más probablemente, una mujer que me identifique como HarryHagberd. Soy más HarryHagberd que ningún otro y si me deja entrar ahí un minuto, se lo puedo demostrar.

—Pase —dijo ella.

El joven entró en el jardín de los Carvil. Avanzó con pasos seguros y arrogantes, y ella se puso de espaldas a la ventana, esperando y contemplando aquella alta figura de la que sólo parecía real el ruido de las pisadas. La luz caía de lleno sobre el sombrero y los anchos hombros se destacaban en la oscuridad. Él dio media vuelta y se quedó parado frente a la ventana iluminada, mirando a un lado y al otro y riéndose para sí.

—Trate de imaginar sobre mi cara una barba como la del viejo, ¿la ve? Dígame qué le parece... Desde niño fui siempre la viva imagen de mi padre.

—Eso es verdad —susurró ella.

—Y no hay nada más que hablar. De toda la vida fue un personaje, recuerdo perfectamente que siempre se ponía enfermo cada vez que tenía que salir de viaje a South Shields para traer carbón. Tenía un contrato permanente firmado con la fábrica de gas. Cualquiera habría podido pensar que se iba a cazar ballenas tres años y medio; nada de eso, el hombre no se marchaba más de diez días. El Rey de los mares era un buen barco. Bonito nombre, ¿no le parece? Era del tío de mi madre. —Se calló de pronto y a continuación prosiguió—: ¿Le ha contado alguna vez como murió mi madre?

—Sí —replicó con tristeza la señorita Bessie—, de impaciencia.

El joven tardó todavía unos instantes en contestar:

—Les daba tanto miedo que yo fuera un mal tipo que se puede decir que me echaron literalmente de la casa. Mi madre pensaba que era un vago y mi padre me aseguró que me mataría si me hacía marinero. Y la verdad es que parecía muy capaz de hacerlo, por eso me fui. Hay veces que me da la sensación de que nací de ellos por puro error.

—¿Dónde le hubiera gustado nacer? —interrumpió BessieCarvil, desafiante.

—Bajo el cielo abierto, en medio de una playa, en una noche de viento —respondió a toda velocidad, y a continuación siguió con lentitud y como abstraído—: Le juro que los dos fueron siempre personas muy raras. Y al parecer el viejo no ha cambiado mucho, ¿eh? Me acaba de dar con la pala en el... ¡Diablos! ¿De dónde sale ese alboroto? Por ahí se oye: «¡Bessie, Bessie!». Creo que es en su propia casa.

—Sí, me están llamando —replicó ella con indiferencia.

—¿Es su marido? —preguntó con el aire de quien está acostumbrado a las citas clandestinas.

—No, es mi padre. No estoy casada.

—Parece una buena chica, querida señorita Bessie —replicó de inmediato.

Ella volvió la mirada.

—¿Pero qué le pasa? ¿Lo están matando o algo parecido?

—No, quiere el té —dijo inmóvil con las manos entrelazadas y mirando hacia arriba.

—¿Y no será mejor que vaya? —sugirió él tras contemplar la nuca de la joven, un fragmento de piel de una blancura asombrosa sobre la oscura silueta de los hombros. La pañoleta se le había caído hasta los codos—. Va a acabar viniendo todo el pueblo para ver qué sucede. Yo la espero aquí un rato.

Se le cayó el chal al suelo y, cuando él se agachó para recogerlo, ella aprovechó para salir. Se lo puso sobre un brazo, se acercó hasta la ventana y desde allí contempló la figura de un hombre monstruosamente gordo sentado en un sillón, una lámpara sin pantalla, el bostezo de una boca enorme en medio de aquel rostro chato y enmarcado por unos cabellos mortecinos, y la cabeza y el busto de la

señorita Bessie. Se detuvieron los gritos y el ciego se tranquilizó. En ese momento se detuvo a reflexionar durante unos instantes en lo raro que era todo. Aquel padre loco, no poder entrar en la casa. No tenía dinero para regresar a Londres y el hambriento de su compañero iba a empezar a pensar dentro de nada que lo había engañado.

—¡Maldita sea! —murmuró. No había duda de que podía entrar por la fuerza, pero lo más probable es que lo acabaran llevando preso si hacía algo así. No era muy grave, pero sentía un miedo indefinido de que lo apresaran, aunque fuera por error. Reafirmó los pies sobre la pisoteada hierba.

—¿Quién es usted, marinero? —preguntó una voz nerviosa.

La joven había salido de nuevo, como una sombra atraída por la sombra de aquella otra presencia que estaba apoyada en la pared de su casa.

—Soy cualquier cosa. Lo bastante marinero como para ganarme la comida a bordo, así es como he vuelto a casa.

—¿De dónde viene? —preguntó ella.

—Acabo de hacer un divertido viaje en tren desde Londres —contestó—, ¿qué le parece? Ah, no sabe cómo odio que me encierren en un tren. Estar en casa no me molesta tanto.

—¡Vaya! —dijo ella—. ¡Menos mal!

—Es que en una casa uno puede abrir la puerta cuando le dé la gana y salir.

—¿Y no volver jamás?

—No volver en dieciséis años, por lo menos —dijo el hombre riendo—, regresar a una conejera y que te peguen con una pala en la cabeza...

—Tampoco es que un barco sea muy grande... —se burló la mujer.

—No, pero el mar sí lo es.

Ella inclinó un poco la cabeza y le dio la sensación de que sus oídos se abrían de pronto a los sonidos del mundo, le pareció escuchar más allá del terraplén de la escollera la marejada de la tormenta del día anterior, rompiendo

contras las rocas de la costa con un sonido monótono y solemne, como si la tierra entera fuera una campana que tocara a duelo.

—Y al fin y al cabo, un barco no es más que un barco, uno lo ama y lo abandona, y un viaje no es un matrimonio —añadió él reproduciendo alegremente una canción marinera.

—No es un matrimonio —repitió ella.

—Jamás he adoptado un nombre falso ni le he dicho una mentira a una mujer. ¿Quién dice mentiras? ¡Vaya! La única de siempre. Lo único que digo es: «O me tomas o me dejas», ah, pero si me toman... —Se recostó en la pared y tarareó una canción...

¡Ho, ho, ho, vamos a Río!

Hasta la vista

mi hermosa muchacha

vamos a Río Grande.

—Es una canción marinera —explicó al ver cómo le castañeteaban los dientes a la joven—. Tiene frío —añadió—, tome este trapo que se le había caído antes. —Ella sintió cómo las manos del hombre la envolvían en el chal—. Sujete las puntas hacia delante —ordenó.

—¿A qué ha venido? —preguntó ella, estremecida.

—Cinco libras —respondió de inmediato—. Estaba de juerga con unos amigos y nos quedamos sin una moneda.

—¿Has estado bebiendo?

—Llevo tres días borracho. A propósito. Aunque no se crea que siempre bebo tanto. No hay nada ni nadie que sea capaz de obligarme, a no ser que yo quiera. Soy capaz de ser firme como una roca. Un colega mío vio el periódico esta mañana y me dijo: «Ve, Harry, ahí tienes a un padre cariñoso. Estoy seguro de que te podrá dar cinco libras». Y así fue cómo nos gastamos nuestras últimas monedas en mi billete de tren. ¡No se le pasa una a mi colega!

—Me da la sensación de que su corazón es muy duro —suspiró ella.

—¿Por qué lo dice? ¿Porque me escapé de casa? ¡Por favor! ¡Él quería que me convirtiera en abogado, eso era lo que tenía intención de hacer de mí! Mandaba en su casa y mi pobre madre lo obedecía en todo, supongo que por su bien, así que decidí marcharme. Y escúcheme bien: el día que me marché de casa, tenía el cuerpo cubierto de moratones de su amor. ¡Siempre fue un hombre violento! Mire la pala, si no me cree. ¿Piensa que está mal de la cabeza? Yo le digo que no. Mi querido padre siempre fue así: quiere que esté aquí sólo para tener a alguien a quien darle órdenes. Y aun así es verdad que los dos andábamos siempre cortos de dinero. Pero ¿qué son cinco libras para él una vez cada dieciséis años?

—Lo siento mucho por usted. ¿Alguna vez ha deseado regresar a casa?

—¿Para qué? ¿Para que me conviertan en abogado y pudrirme en un lugar como éste? —gritó él con desprecio—. Si el viejo me metiera en su casa, la tiraría abajo a patada limpia, o me moriría a los dos días, no sé.

—¿Y en qué otro sitio piensa morir?

—En cualquier sitio que esté bajo el cielo abierto, en el mar, o en la cima de cualquier maldita montaña, si me da por ahí. ¿En mi hogar? El mundo es mi hogar. Aunque lo más probable es que acabe muriendo en algún hospital algún día; cualquier lugar me parece bien siempre que haya vivido. Y le aseguro que he realizado todos los oficios que pueda imaginarse, menos sastre y soldado. He sido guardia de frontera, he esquilado ovejas, cargado sacos, y hasta he cazado ballenas. He sido aparejador de barcos, he buscado oro, he desollado ganado y he llegado a despreciar más dinero de lo que el viejo habría podido ganar en toda su vida. ¡Ja!

La muchacha se sentía sobrepasada, pero reunió fuerzas y consiguió murmurar:

—Ya es hora de descansar.

Él se irguió, se apartó de la pared y dijo muy serio:

—Ya es hora de que me vaya.

Pero no se movió. Volvió a apoyarse de nuevo y cantó un par de estrofas de una canción extranjera. Ella sintió que estaba a punto de ponerse a llorar.

—Otra de sus crueles canciones —dijo.

—La aprendí en México, en Sonora —dijo con calma—, es la canción de los gambusinos. ¿La conoce? La canción de los hombres inquietos. Nadie es capaz de retenerlos en ningún lugar concreto, ni siquiera una mujer. De cuando en cuando se podía ver a alguno de ellos en los viejos tiempos y cerca de las tierras del oro, muy hacia el norte, en la zona del río Gila. Conozco bien toda esa zona. Un ingeniero de Mazatlán me contrató para que vigilara unos vagones. Aun así un marinero siempre es un tipo manejable, pero esa parte es toda desértica, hay grietas en la tierra en las que no se puede ver el fondo y montañas, rocas peladas y altas que parecen iglesias, sólo que cien veces más grandes. Los valles están llenos de rocas y cantos rodados, no hay ni la menor brizna de hierba y en ese lugar el sol se pone mucho más rojo que en cualquier otra parte: rojo sangre, de un rojo ardiente. Es muy bonito.

—¿No quiere regresar allí? —murmuró ella.

Él se rio.

—No. No es más que el viejo país del oro; a veces me daba miedo sólo mirarlo, y eso que éramos un buen grupo de hombres, imagínese, y sin embargo esos gambusinos se quedaban solos. Cuando nadie había oído hablar de aquel lugar, ellos ya lo conocían como la palma de su mano. Tenían un don especial para buscar y también estaban enfermos de la fiebre del oro, aunque no parecía que el oro les gustara demasiado; cuando encontraban un buen filón y lo abandonaban, sacaban de él lo bastante como para irse de juerga y, a continuación, a buscar algo más. Jamás se detenían demasiado tiempo en los lugares en los que había casas, no vivían en casas, no tenían ni mujeres ni amigos. No se podía ser amigo de un gambusino, eran demasiado inquietos para tener amigos, un día estaban allí y al día siguiente sólo Dios sabe dónde. Nunca le confesaban a nadie lo que habían encontrado y jamás se había conocido a ninguno que se hubiese hecho rico. No era tanto el oro lo que les gustaba como andar buscándolo en aquel país, eso era lo que no les dejaba descansar; por eso no ha nacido la mujer que sea capaz de retener

más de una semana a un gambusino, eso es lo que dice la canción. Habla de la joven amante que consiguió retener a su gambusino para que le llevara montones de oro. ¡Vana esperanza! Al final él se marchó y no volvió nunca más.

—¿Y qué le pasó a ella? —susurró Bessie.

—De eso no dice nada. Supongo que lloraría un poco. Esos tipos son así: un beso y adiós. Sólo les interesa la búsqueda... buscar algo... hay veces que pienso que yo soy una especie de gambusino.

—Entonces supongo que ninguna mujer podrá retenerle nunca —empezó a decir ella frontalmente, pero la voz se le quebró un poco antes de terminar.

—Una semana como máximo —bromeó él, y aquel tono de voz tan tierno y alegre hizo vibrar el corazón de la joven—. Y sin embargo todas me gustan. Cuando encuentro una buena mujer soy capaz de darle cualquier cosa. ¡En cuantos líos me he metido y de cuantos líos me han sacado! Soy de los que se enamoran a primera vista, y la verdad es que me he enamorado de usted, señorita... su nombre era Bessie, ¿verdad?

Ella dio un paso atrás y susurró temblorosa:

—Ni siquiera me ha visto la cara.

Él se inclinó con galantería.

—Un poco pálida. A algunas no les queda bien, pero usted es una jovencita preciosa, señorita Bessie.

Ella se puso muy nerviosa. Nadie le había dicho nunca nada parecido. El hombre cambió el tono.

—La verdad es que estoy empezando a tener hambre, ¿sabe? Esta mañana no he desayunado nada. ¿No me sacaría usted un poco de pan de esa mesa de té...?

Ella se había marchado. Durante un segundo él había estado a punto de pedirle que le dejara entrar. No importaba, podría comer cualquier cosa por ahí. ¡Vaya un lío! ¿Qué iba a pensar su colega?

—No le he pedido comida como si fuese un mendigo —comentó agarrando

con alegría el trozo de pan con manteca que le había sacado ella sobre un plato—, sino como un amigo. ¿Sabe? Mi padre es rico.

—Su padre pasa hambre para tener qué guardarle a usted.

—Y yo he pasado hambre por su capricho —replicó él cogiendo otro trozo de pan.

—Todo lo que tiene es para usted —replicó ella.

—Sí, siempre que me quede encerrado como un sapo en su agujero. No, gracias. ¿Y qué le parece lo de la pala? Tiene una manera muy particular de demostrar su cariño.

—Yo podría hacer que cambiara en una semana —dijo ella con timidez.

Él estaba demasiado hambriento como para contestar y ella empezó a hablarle con voz sumisa y jadeante mientras le sostenía el plato. Él la escuchaba cada vez más sorprendido y comiendo cada vez más despacio, hasta que sus mandíbulas dejaron de masticar por completo.

—De modo que ése es su asqueroso plan, ¿no es así? —gritó el joven—. Quiere que yo vuelva a buscar su sucio dinero, ¿no es eso? No, no está loco, no crea que está loco. Quiere hacerlo todo a su manera; antes quería convertirme en su sirviente y ahora quiere domesticarme como un conejo y meterme en una jaula. ¡A mí! ¡A mí! —Rio tan furiosamente que ella acabó asustándose—. Le juro que este mundo no es lo bastante grande para mí, ¿cómo se llamaba usted? Ah, sí, Bessie, así que ya me dirá usted si tengo ganas de meterme en una sucia conejera. ¡Casarme! ¡Quiere que me case y siente cabeza! Y lo más probable es que hasta haya buscado a la chica. ¡Por todos los diablos! Y a propósito, ¿quién es la chica?

Ella temblaba y sollozaba en silencio y sin lágrimas, pero él estaba tan furioso que ni siquiera percibió su turbación. Se mordía el pulgar rabiosamente por lo que acababa de oír. En ese momento una ventana se abrió de golpe.

—Esa información es falsa, forastero —se escuchó decir al viejo Hagberd con acento tranquilo. A Bessie le pareció que el simple sonido de aquella voz era suficiente para hacer enloquecer la noche y que derramaba la locura sobre la tierra—. ¡Ya sé lo que le pasa a la gente de este pueblo, querida! ¡No puede ser más evidente! Y encima ese loco paseándose por ahí... ¿no puede usted librarse de él, Bessie? Bessie, la estoy llamando...

Los dos permanecieron inmóviles y en silencio. El viejo se movía nerviosamente y debía de estar murmurando algo para sí mismo asomado a la ventana. De pronto gritó:

—¡Bessie, la estoy viendo! ¡Como siga así, se lo contaré a Harry!

Ella hizo un amago de huir, pero se detuvo en el acto y se agarró las manos con las sienes. El joven Hagberd, alto y sombrío, parecía una estatua de bronce. La noche demente utilizaba la voz de aquel anciano para recriminarles su actitud.

—Échelo a la calle, querida, no es más que un vagabundo. Lo que usted quiere en realidad es un buen hogar que sea suyo. Ese joven no tiene hogar que ofrecerle, no es como Harry. No puede ser Harry. Harry llegará mañana, ¿me oye? Sólo tiene que esperar un día más —susurró—. Harry se casará con usted.

Aquella voz aguda y estridente se alzaba sobre el murmullo lejano que hacían las olas al romper sobre el acantilado.

—Va a tener que hacerlo, porque yo lo obligaré, y si no... —añadió un juramento espantoso— lo dejaré sin un céntimo. Eso será mañana, y así usted heredará todo lo que tengo. Eso haré, se lo dejaré todo a usted, y que él se muera de hambre.

A continuación la ventana se cerró de un golpe.

Harry respiró profundamente y a continuación se acercó lentamente hasta donde estaba Bessie.

—Así que la muchacha es usted —dijo en voz baja. Ella no se había movido ni un centímetro, seguía de espaldas a él con la cara apoyada entre las manos—. Tiene mi palabra —continuó con una media sonrisa que era invisible en la oscuridad—. Mi intención es quedarme...

Los hombros de la joven empezaron a temblar.

—Una semana —añadió.

Ella se tapó la cara con las manos.

El joven se acercó hasta ella y la agarró con delicadeza de las muñecas. Ella sintió su aliento en el oído.

—Me encuentro en un apuro, esto es un lío y usted va a sacarme de él — intentó apartarle las manos del rostro, pero ella se resistió y se apartó retrocediendo un poco—. ¿Tiene dinero? —preguntó—. Ahora debo marcharme.

Ella asintió avergonzada mientras él esperaba, sin mirarla, a que ella buscara en el bolsillo de su vestido con la cabeza inclinada.

—¡Aquí tiene! —susurró—. ¡Y váyase, por lo que más quiera! Si tuviera más también se lo daría... para olvidar... para que usted olvidara.

Él extendió la mano.

—No te preocupes, nunca os he olvidado, a ninguna de vosotras, no importa en qué parte del mundo os haya conocido. Algunas me ofrecieron algo más que dinero. Ahora soy un mendigo y sois siempre vosotras, las mujeres, las que me acabáis sacando del apuro.

El hombre se acercó hasta la ventana y a la poca luz que se filtraba bajo la misma le echó un vistazo a la moneda que le había puesto en la mano. Se trataba de medio soberano. Se lo metió en el bolsillo. Ella seguía a un costado con la cabeza gacha y los brazos caídos, como si estuviese muerta.

—No me puedes comprar —dijo él—, y tampoco te puedes vender.

Se puso rápidamente el sombrero y, un segundo después, la joven sintió que la levantaba en vilo un abrazo poderoso. De pronto sus pies no tocaban el suelo y, cuando echó la cara hacia atrás, el joven la cubrió de besos con una pasión callada e impaciente, como si estuviera intentando llegar hasta el fondo de su alma. Besó aquellas pálidas mejillas, su frente, sus pesados párpados, sus labios exangües y ella sintió como si el mar hubiese roto todas las murallas que protegían las casas del pueblo y el rompeolas estuviera sobre su cabeza. Luego terminó todo, Bessie dio unos pasos atrás tambaleándose y apoyó la espalda contra la pared, agotada, como si una fuerza la hubiese dejado varada en una orilla tras haber naufragado en una tormenta.

Unos segundos más tarde abrió los ojos y escuchó cómo los pasos lentos y seguros de aquel hombre se alejaban con el botín. Dejó la mirada ausente en medio de la oscuridad y de pronto se recogió la falda y se precipitó hacia la calle, en medio de la oscuridad.

—¡Espera! —gritó—. ¡No te vayas!

Inclinó la cabeza para poder escuchar con más atención, pero no supo determinar si lo que se oía a lo lejos eran los pasos de aquel hombre que parecía estar caminando sobre su corazón o el romper de las olas. El sonido se fue haciendo cada vez más tenue y a ella le fue invadiendo la sensación de estar convirtiéndose en piedra. Le dio miedo aquel silencio terrible, un miedo peor que el de la muerte, y reunió sus últimas fuerzas para gritar de nuevo:

—¡Harry!

No escuchó ya ni siquiera el eco de sus pasos. Nada. Parecía haberse silenciado hasta el ruido del oleaje, hasta la insomne voz del mar. No se escuchaba ni un sonido, ni un susurro de vida, le parecía estar sola, perdida en medio de aquel paisaje rocoso que le había descrito y en el que los hombres buscaban oro para luego abandonarlo.

El capitán Hagberd se había mantenido atento en el interior de su casa. Se abrió una ventana y, en el silencio sepulcral de aquel rocoso país, se escuchó sobre su cabeza, y en medio de la oscura brisa, la voz de la locura, la mentira y la desesperación, la voz de una esperanza que no descansaba nunca.

—¿Se ha ido ya ese forastero mentiroso? ¿Lo oye aún, querida?

Bessie prorrumpió en lágrimas.

—¡No, no! ¡Ya no lo oigo! —respondió llorando.

Él comenzó a reír en voz baja y con aire de triunfo.

—Muy bien, ha conseguido que se fuera. Es usted una buena chica. Ahora todo irá bien. No sea impaciente, querida, sólo falta un día más.

En el interior de la otra casa el viejo Carvil seguía tirado en su sillón, con la lámpara encendida sobre la mesa y la empezó a llamar con sus gritos desquiciados:

—¡Bessie! ¡Bessie! ¡Ven aquí!

Ella lo escuchó un rato inmóvil y al final, como si fuese el propio destino el que estuviera doblegando su voluntad, se dirigió en silencio hacia el pequeño y angustioso infierno de su casa. No había ni un umbral imponente ni una inscripción que lo inclinara a abandonar toda esperanza y ella no entendía en qué había pecado.

En lo alto, el capitán Hagberd parecía haber recuperado su estado de ruidosa alegría.

—¡Métase en casa y quédese tranquilo! —contestó ella llorando desde el umbral.

Pero él no obedeció, estaba demasiado alegre de haberse librado de ese «algo» que iba mal. De pronto fue como si toda la locura del mundo se desplomara sobre la joven para llenar de miedo su corazón en la voz de aquel anciano que proclamaba a voz en grito su desquiciada fe en un mañana eterno.

EL FIN DE LAS ATADURAS

I

Mucho después de que el vapor Sofala hubiese virado hacia la costa, aquella chata y húmeda línea de tierra seguía pareciendo poco más que una mancha oscura en el lado opuesto de una franja luminosa. Los rayos del sol caían violentamente sobre aquel mar en calma, como si produjesen sobre la superficie reflectante un polvo de estrellas, un vapor de luz cegadora que llegaba a agobiar con aquel brillo tan persistente.

El capitán Whalley no se encontraba contemplando aquel espectáculo. Cuando el serang^[2] se acercó hasta el sillón de bambú en el que estaba sentado y que llenaba por completo para informarle de que debía cambiar el rumbo, se levantó al instante y se quedó de pie mirando al frente, mientras la proa del buque iba girando en semicírculo. No dijo ni una sola palabra, ni siquiera para avisar al timonel de que variara el rumbo. Fue el mismo *serang*, aquel viejo y despierto malayo, quien se aproximó hasta el timonel para darle la orden. A continuación, el capitán Whalley se sentó de nuevo en su sillón del puente con la mirada fija en la cubierta que estaba bajo sus pies.

No tenía esperanza alguna de ver nada nuevo en aquel mar. Había estado tres años navegando por esas costas. Desde la zona de Low Cape hasta Malantan había una distancia de cincuenta millas marinas que llevaban seis horas de navegación para aquel viejo barco si iba con la marea a favor y siete si la llevaba en contra. Cuando llegara a la altura adecuada enfilaría directamente hacia tierra y no tardarían en recortarse contra el cielo tres palmeras altas y esbeltas cuyas copas irregulares conformaban algo parecido a un ramo. El Sofala se iría acercando entonces a la ensombrecida franja de la costa que iría mostrando a medida que el barco se fuera aproximando unas sucesivas fracturas llenas de luz: el estuario del río. A continuación, y tras surcar un líquido marrón pardo compuesto por tres partes de agua y una de tierra negra (y en la parte de las costas más bajas, de tres partes de tierra negra y una de agua salada), el Sofala se iría abriendo camino río arriba como si fuera un arado, del mismo modo en que lo había hecho una vez al mes durante los últimos siete años, o incluso más, mucho antes desde luego de que él supiera que existía aquel barco y de que se le pasara por la cabeza la posibilidad de tener relación con él y sus viajes. Aquella vieja cáscara de nuez conocía mejor el camino que una tripulación que había ido cambiando constantemente a lo largo de

todos aquellos años, mejor que el serang que se había traído de su último barco para que hiciera por él las guardias del capitán, y mejor que él mismo, que sólo llevaba tres años como capitán de aquel buque. El capitán era de toda confianza. Sabía encontrar el camino y nunca perdía el norte. No había nada de lo que preocuparse, era como si los años le hubiesen dado sabiduría, prudencia y seguridad. Llegaba a las escalas con rumbo preciso y con el horario ajustado al minuto. Sentado en el puente y sin retirar la mirada, o tumbado en el camarote, con sólo saber qué día y hora era podía decir con precisión en qué punto exacto de la ruta se encontraban. El capitán se sabía de memoria aquella ruta de vendedor ambulante, conocía el orden en el que se iban sucediendo los estrechos, los paisajes, la gente. Empezaba desde Malaca, donde llegaba de día y salía de noche y cruzando una estela rígida y fosforescente. Oscuridad y destellos de luz en el agua, límpidas estrellas incrustadas en aquel cielo negro, tal vez las luces de un vapor británico que mantenía su ruta por el centro o la sombra de una embarcación nativa que se deslizaba con sigilo con sus velas desplegadas... hasta que por fin avistaba bajo la luz del día una costa baja. A mediodía alcanzaban las tres palmeras de la siguiente escala a la que llegaban ascendiendo lentamente el curso del río. El único hombre blanco que vivía en aquella zona era un joven marinero retirado del mar, de quien se había acabado haciendo amigo en el transcurso de sus muchos viajes. Sesenta millas más adelante estaba la siguiente escala, una profunda bahía con un par de casas construidas en la playa. Y ahí continuaba arribando a tierra y zarpando de nuevo al mar hasta que completaba aquel recorrido de cien millas en medio de aquel laberinto de islas del archipiélago, hasta llegar al gran poblado que era el fin de la ruta. Cuando llegaba a aquel punto, el barco tenía tres días de descanso antes de zarpar para recorrer otra vez, aunque en orden inverso, los mismos lugares de la costa vistos ahora desde la otra perspectiva, escuchando las mismas voces en los mismos lugares hasta regresar al puerto de partida del *Sofala*, que estaba enclavado en el camino real del Lejano Oriente, donde ocupaba su lugar en el muelle que había frente a las oficinas del puerto, hasta que de nuevo llegara el momento de realizar aquella ruta de 1600 millas en treinta jornadas. No se podía decir que fuera ésta una vida llena de alicientes para el capitán Whalley, a quien también se lo conocía por el sobrenombre de HarryWhalley «el Audaz del Cóndor», un clíper famoso de la época. Para un hombre que, cómo él, había servido en famosas campañas, que había estado al mando de famosos barcos (algunos de ellos habían sido incluso de su propiedad), que había realizado rutas célebres en las que había dirigido a sus barcos por zonas completamente desconocidas de los mares del sur hasta islas que ni siquiera salían en los mapas, no se podía decir que fuera una vida con grandes alicientes. Cincuenta años en el mar, cuarenta de ellos en Oriente («un aprendizaje realmente completo», solía decir con una sonrisa), habían hecho de él un hombre célebre y respetado por toda

una generación de armadores y comerciantes de todos los puertos, desde Bombay hasta el punto en el que el Este se encuentra con el Oeste, en la costa de las dos Américas. Su fama también había quedado consignada, no muy ampliamente, pero con toda claridad, en los mapas del Almirantazgo, ¿o es que no se podían ver en cierto lugar situado entre China y Australia una isla Whalley y un bajío Cóndor? El famoso clíper había estado encallado en aquel arrecife de coral tres días, los que tardaron el capitán y la tripulación en echar su cargamento por la borda con una mano, mientras con la otra mantenían a raya a toda una flota de canoas de guerra locales. Durante aquella época ni el arrecife ni la isla tenían el rango de una existencia oficial. Fue años más tarde, cuando el vapor oficial Fusilier de su Majestad fue enviado a investigar toda aquella zona, cuando se pusieron aquellos nombres, a fin de reconocer la gesta de aquel hombre y la solidez de su barco. Es algo que cualquiera puede comprobar si lo desea en el General Directory, vol. II, p. 40, donde se abre la descripción del «Pasaje Malotu o Whalley» con las siguientes palabras: «Esta acertada ruta fue descubierta por el capitán Whalley, que en ese momento estaba al mando del buque Cóndor», y termina recomendándosela encarecidamente a todos los buques que hayan salido de los puertos chinos con rumbo Sur en los meses que van de diciembre a abril, ambos incluidos.

Aquél había sido el logro más evidente de toda su vida, y no había nadie que le pudiera arrebatarse esa fama. La apertura del canal que cruzaba el istmo de Suez, como rompiendo la muralla de un dique, había lanzado hacia Oriente toda una comitiva de nuevos buques, nuevos hombres y nuevas formas de comercio. Había transformado tanto la faz de los mares del Este como el espíritu que regía sus vidas, por lo que las experiencias que había vivido el capitán no significaban gran cosa para aquella nueva generación de hombres de mar.

En aquellos tiempos pasados fue responsable de muchos miles de libras de empresarios, y suyos propios, cumplió con sus obligaciones y respetó los intereses de los propietarios, fletadores y compañías aseguradoras. Jamás perdió un barco ni consintió transacciones ilegales, consiguió sobrevivir en condiciones muy duras y se hizo un nombre. Enterró a su mujer en el Golfo Petchili, casó a su hija con el hombre que había elegido para su desgracia y perdió una posición muy rentable en la Corporación Bancaria de Travancore y del Decán, cuya ruina produjo en su momento un terremoto en todo Oriente. Y tenía sesenta y siete años de edad.

II

Los años le pesaban poco y no se avergonzaba en absoluto de haberse arruinado. No había sido el único hombre de negocios que había confiado en la estabilidad de aquella corporación bancaria. Trató a más de un hombre tan conocedor de los aspectos financieros como él de la mar que había alabado sinceramente aquellas inversiones y que acabó por perder él mismo ingentes cantidades de dinero en aquella quiebra escandalosa. La única diferencia es que, en su caso, él lo perdió absolutamente todo. O casi. De toda aquella fortuna le quedaba aún un pequeño barco muy bonito, el Fair Maid, que había adquirido en su día para tener algún entretenimiento cuando se retirara. «Para pasar el rato», como solía decir.

El año anterior al matrimonio de su hija se declaró oficialmente harto del mar, pero en cuanto la joven pareja se instaló en Melbourne se dio cuenta de que era incapaz de ser feliz en tierra. Era demasiado capitán como para quedarse satisfecho con unos cuantos viajes de recreo. Necesitaba al menos la ilusión de que estaba haciendo negocios, y la adquisición del Fair Maid garantizaba un tipo de continuidad en su vida. En varios puertos presentó aquel barco a la gente como «el último en el que seré capitán». Cuando llegara el momento en que se viese a sí mismo demasiado viejo para poder capitanear un barco, lo inutilizaría y dejaría todo arreglado para que el día de su muerte lo llevaran a alta mar o lo hundieran con dignidad. Su hija no podría quejarse de que ningún extraño capitaneara su barco tras su muerte. Iba a dejarle una fortuna tan grande que el valor del barco de quinientas toneladas sería algo sin importancia para ella. Decía todas aquellas cosas guiñando un ojo para quitarle importancia, porque aquel anciano tenía aún demasiada vitalidad como para caer en sentimentalismos amargos, pero eso no evitaba que lo dijera con cierta nostalgia, porque le gustaba la vida y realmente disfrutaba tanto de los sentimientos como de las posesiones, le agradaba la dignidad de su reputación, del amor que le tenía a su hija y de las alegrías que le daba el barco, el único juguete que jamás compartiría en sus horas libres.

Había arreglado el camarote considerando exclusivamente su comodidad en el mar. Una de las paredes estaba ocupada por una gran librería (era muy aficionado a la lectura), frente a su cama había colgado el retrato de su difunta esposa, un óleo un tanto vago en el que se veía representada, de perfil, a una mujer

joven de larga melena negra. Tenía tres cronómetros que lo ayudaban a conciliar el sueño con sus tic tacs por la noche y que lo saludaban al despertar por las mañanas con sus timbres. Todos los días se ponía en pie a las cinco. El oficial que hacía la guardia de madrugada siempre lo escuchaba mientras se tomaba el café en popa junto al timón, escuchaba a través de las vías de ventilación de latón los chapoteos y restregadas que se daba el capitán al asearse por la mañana. Sólo cinco minutos más tarde ya asomaban por la escotilla la cabeza y los hombros del capitán Whalley. Siempre hacía los mismos gestos: detenido unos instantes en las escaleras, giraba la cabeza para abarcar todo el horizonte, luego la levantaba para comprobar en qué estado se encontraban las velas y daba una buena bocanada de aire fresco. Después de eso, salía a cubierta y devolvía el saludo, entre solemne y bien humorado, con la mano.

—Buenos días.

Hasta las ocho en punto se dedicaba a recorrer las cubiertas. En alguna ocasión, no más de un par de veces al año, utilizaba un grueso bastón parecido a una porra, debido a cierto agarrotamiento que sufría en la cadera, algo casi cercano al reuma. Dejando eso a un lado desconocía totalmente todas las enfermedades relacionadas con la carne. Cuando sonaba la campana del desayuno, bajaba a dar de comer a los canarios, dar cuerda a los cronómetros y se sentaba a la cabecera de la mesa. Desde allí podía contemplar un par de grandes fotografías en carbón de su hija, su marido y un par de niños de piernas gruesas —sus nietos—, en marcos negros incrustados en la estantería de arce. Cuando acababa de desayunar, él mismo se encargaba de limpiar con un paño los cristales de los retratos y pasaba por el óleo de su mujer un plumero que tenía atado de un pequeño gancho junto al solemne marco dorado de la pintura. Cerraba la puerta del camarote y leía un capítulo de una voluminosa Biblia de bolsillo —su Biblia—, aunque había días también que se limitaba a estar allí sentado con el dedo entre las hojas y la Biblia inmóvil sobre las rodillas. Tal vez se había puesto a pensar sin más en lo mucho que le gustaba navegar.

Su mujer había sido toda una compañera de navegación, y una gran esposa. Para el capitán era algo tan cierto como un artículo de fe que jamás hubo ni habría en el mar, ni sobre la tierra, un hogar más luminoso y entrañable que aquella casa suya bajo el toldo del Cóndor, con aquel gran camarote todo en blanco y oro, decorado con guirnaldas como si estuviera en una fiesta perpetua. Ella había decorado el centro de cada panel con unas flores. Tardó doce meses en completar el comedor entero con aquella labor amorosa. Para él todo aquello era una pintura extraordinaria, la obra más perfecta de gusto y técnica, y su viejo compañero

Swinburne se quedaba petrificado de admiración cada vez que bajaba a comer y comprobaba hasta qué punto había progresado la obra. Le daba la sensación de que casi podía oler aquellas rosas, o eso comentaba mientras olía el aroma a trementina que en aquella época solía inundar la sala y que (aunque aquello no lo confesó hasta mucho después) le quitaba un poco el apetito. Eso sí, nada conseguía disminuir el placer que le provocaba escucharla cantar.

—La señora Whalley es un ruiseñor de primera, señor —afirmaba con aire de juez cuando concluía la pieza a la luz de la lámpara.

En los días de buen tiempo, y durante la guardia de seis a ocho, los hombres escuchaban a veces un piano acompañando todos aquellos trinos y gorgoritos. El piano lo había encargado a Londres el capitán el mismo día de su compromiso, pero no había llegado hasta un año después de la boda, en un largo recorrido por Ciudad del Cabo. Aquella caja enorme formaba parte de una carga general directa desembarcada en el puerto de Hong Kong, un episodio que parecía ahora lejano y oscuro. El capitán Whalley era capaz, en sólo media hora de soledad, de reconstruir casi toda su vida, toda su aventura, su romance y su tristeza. Fue él mismo quien le cerró los ojos. Cayó bajo la bandera como le correspondía a la mujer de un marinero, marinera ella misma de corazón. Él estuvo leyéndole todas las oraciones sin que ni siquiera le temblara la voz con el mismo libro de plegarias que había utilizado ella siempre. Cuando levantó la mirada se encontró con el viejo Swinburne con la gorra aplastada contra el pecho y el rostro marcado por el sol, rojizo e impenetrable, como si le hubiesen tallado en caliza roja bajo una tempestad. Eran muy habituales los gritos en aquel viejo lobo de mar, él siguió leyendo la plegaria hasta el final, pero apenas tenía recuerdos de lo que había sucedido durante los días posteriores. Uno de los marineros al que se le daba bien coser le hizo a la niña un vestido de luto con una falda negra.

Aquello no era fácil de olvidar, pero tampoco se podía contener la vida como quien embalsa una corriente tranquila. La vida se abría camino y acabó fluyendo también sobre aquellas inquietudes, cerrándose sobre la pena como el mar sobre un cadáver, por muy grande que fuera el amor que se había llevado al fondo. Y el mundo no era malo. Todo el mundo fue muy atento con él, sobre todo la señora Gardner, la mujer del principal socio de Gardner, Patteson & Co., la empresa a la que pertenecía el Cóndor. Se ofreció para hacerse cargo de la niña y hasta llegó a llevársela a Inglaterra (algo que en aquella época suponía un enorme viaje, incluso si se planteaba desde la ruta terrestre del correo) con sus propias hijas para que completase así su educación. Tuvieron que transcurrir entonces diez años hasta que la vio de nuevo.

De pequeña jamás le había tenido miedo al mal tiempo y siempre quería que la llevaran arriba, a cubierta, para contemplar cómo el mar barría la cubierta del Cóndor. Todos aquellos torbellinos y grandes olas parecían llenar de placer su pequeña alma hasta dejarla casi sin respiración.

—Qué pena que no hayas sido un muchacho — solía decirle en broma.

La había llamado Ivy^[3] por el sonido de aquella palabra y también por lo que le fascinaba aquella vaga conexión de ideas. Se había agarrado con fuerza a su corazón y él deseaba que se mantuviera de esa manera durante toda la vida junto a su padre, como un mástil de fuerza olvidando un poco que por naturaleza lo más lógico iba a ser que la niña buscara otro tipo de apoyo, pero el hombre amaba tanto la vida que incluso aquel suceso le produjo más satisfacción que sensación de pérdida.

Lo primero que hizo cuando compró el Fair Maid fue aceptar un porte no muy beneficioso para Australia para poder ver así cómo se había asentado la hija en su casa. No le disgustó tanto que su hija se hubiese apoyado en otro mástil como que el que hubiese elegido para hacerlo fuera tan endeble, incluso desde una perspectiva elemental de salud. Le molestaba la estudiada cortesía de su yerno tal vez casi más que la roñosa manera con la que administraba el dinero que le había dado a su hija Ivy cuando se casó, pero se cuidó de comunicarle aquel desagrado. A solas, el día de la despedida cogió a su hija de las manos y, mirándola fijamente a los ojos, le comentó:

—Querida mía, ya sabes que todo lo mío es tuyo y de los niños. Dime siempre lo que te pase con total libertad.

Ella asintió con un movimiento de cabeza apenas perceptible. Tenía el mismo color de ojos que su madre, y también su carácter, por eso era capaz de comprenderla apenas sin palabras.

Por supuesto que escribió. Y algunas de aquellas cartas levantaron de sorpresa las blancas cejas del capitán Whalley. Él se sentía pagado en la vida con sólo tener la sensación de que podía atender a todas las necesidades de su hija cuando ella lo necesitaba. En realidad no había habido nada en este mundo desde el fallecimiento de su mujer que le hubiese dado más satisfacción que eso. Y lo más extraño era que la eficacia con la que su yerno fracasaba en la vida también hacía que aumentase su simpatía por él. Aquel hombre estaba tan constantemente obligado a refugiarse en cualquier costa que hubiese sido injusto echarle la culpa

sólo a su poca práctica para la navegación. ¡No! Él conocía la verdadera razón de todo aquello, no era más que mala suerte. La suya había sido realmente maravillosa, pero a lo largo de su vida había tenido ocasión de ver a muchos hombres de talento —marineros y no marineros— irse a pique por el simple peso de la mala suerte. Era capaz de reconocer que también la fatalidad podía tener su propia dialéctica. Ésa era la razón por la que estuvo considerando cuál era la mejor forma de ahorrar para legarles la mayor cantidad de dinero posible cuando, tras una ola de rumores vagos (que le llegó por primera vez cuando se encontraba en Shangái), llegó la colisión de aquella quiebra descomunal. Pasó por todas las fases de asombro, incredulidad e ira hasta que se vio obligado a admitir que no les iba a poder dejar nada en herencia.

Por si fuera poco, y como si el pobre desgraciado hubiese estado secretamente esperando aquella catástrofe, su yerno se quedó clavado en una silla de ruedas de inválido. «No volverá a andar nunca más», escribió su hija. Por primera vez en su vida, el capitán Whalley sintió que se echaba a temblar.

Ante aquella nueva perspectiva el Fair Maid tuvo que ponerse a trabajar a toda velocidad. Ya no sólo era cuestión de mantener activa la memoria de Harry Whalley el Audaz en los mares orientales, ni de conseguir algo de dinero para pequeños gastos, como un traje y tal vez una caja de cien puros de calidad a lo largo de un año completo. Ahora estaba obligado a hacer que aquel barco trabajara al máximo de sus posibilidades con una asignación justa, para que la vida a bordo no fuese desagradable.

Cuando se vio ahogado por aquella sensación de necesidad le dio también la impresión de que por fin se le abrían los ojos ante ciertos cambios que el mundo había estado sufriendo durante los últimos años. De todo su pasado apenas quedaban algunos nombres reconocibles, pero la mayor parte de las cosas que había conocido durante su juventud y madurez habían desaparecido. El nombre de Gardner, Patteson & Co., todavía estaba en las paredes de las oficinas del muelle, en las placas de metal y en los cristales de los negocios de los puertos de Oriente, pero ya no quedaba ningún Gardner ni ningún Patteson en la compañía. Ya no había un sillón y una calurosa bienvenida preparada para el capitán Whalley en ningún despacho, ni tampoco una predisposición especial para darle encargos más ventajosos en virtud de todos los servicios que ya había prestado. A las mesas de aquellos despachos en los que él siempre había tenido la entrada libre en los tiempos del viejo Gardner, ahora se sentaban los yernos de éste, y los barcos de la compañía llevaban chimeneas amarillas con una banda negra y un calendario de rutas parecido al de un asqueroso servicio de trenes. Lo mismo importaban ya los

vientos de diciembre que los de junio, los jóvenes capitanes (de los que nadie dudaba que fueran jóvenes de gran mérito) conocían sin duda la isla de Whalley porque el gobierno había instalado un faro en ella (para marcar un límite antes del peligroso arrecife del Cóndor), pero la mayoría de ellos se habría quedado boquiabierto si les hubiesen dicho que todavía vivía aquel Whalley en carne y hueso... un anciano que aún iba por el mundo llevando y trayendo portes de un lado a otro.

Y en todos sitios sucedía igual. No podía haber lugar para él en un mundo donde habían desaparecido todos los hombres que habrían acudido prestos ante el simple sonido de su nombre, donde se habían esfumado todas las oportunidades que sólo él habría sabido aprovechar, y con ellas todos los clippers de alas blancas que vivían bajo la incierta protección de los vientos, rescatando grandes fortunas de la espuma de los mares. En aquel mundo que había reducido los gastos hasta un mínimo incalculable, aquel mundo capaz de contar dos veces cada día un tonelaje casi vacío, y en el que los portes se acordaban por cable con tres meses de anticipo, ya había perdido su lugar de privilegio.

Cada año que pasaba resultaba un poco más difícil que el anterior. Lo hacían sufrir mucho las ridículas cantidades de dinero que conseguía enviar a su hija. Había renunciado a los buenos puros y limitado a seis puritos diarios su ración de tabaco. Nunca le relataba por carta sus dificultades, y ella correspondía a su gentileza no contando su lucha por la vida. Tenían tanta confianza el uno en el otro que las explicaciones resultaban innecesarias, y aquella comprensión mutua se mantenía sin necesidad de quejas ni muestras de gratitud. Le habría llamado la atención que ella se deshiciera en agradecimientos, pero le pareció perfectamente normal que le dijese que necesitaba doscientas libras.

Había llegado con el Fair Maid lastrado a buscar un porte al mismo puerto en el que estaba matriculado el Sofala. Fue allí donde le llegó la carta, y el tono en el que estaba escrita daba a entender que no merecía la pena andarse por las ramas. No le quedaba más remedio que abrir una casa de huéspedes, y al parecer las perspectivas no eran malas. Eran al menos lo bastante buenas como para que ella le asegurara que con doscientas libras podría poner en marcha el negocio. El viejo arrugó impulsivamente el sobre y lo tiró sobre la misma cubierta donde se lo había entregado el encargado del correo en el momento en que ancló el barco. Por segunda vez en la vida se sintió tan superado por las circunstancias que se quedó petrificado en la puerta del camarote con el papel de la carta temblándole entre las manos. ¡Una casa de huéspedes! ¡Doscientas libras para empezar! ¡Su única salida! Y él no tenía forma de reunir ni doscientos peniques.

El capitán Whalley se pasó toda la noche recorriendo la cubierta con el barco anclado como si se encontrara en un temporal, y deseando llegar a tierra sin tener una idea clara de en qué lugar se encontraba después de muchos días de travesía, días grises, sin ver el sol, la luna ni las estrellas. La noche parpadeaba con las linternas de los marineros y las inmóviles farolas de la costa; alrededor del Fair Maid se veían los reflejos temblorosos de la luz en el agua del fondeadero. El capitán Whalley no vio luz alguna hasta que se hizo de día y se dio cuenta de que tenía toda la ropa empapada de rocío.

Toda los marineros habían despertado ya. Se detuvo de golpe, se sacudió la barba mojada y bajó por la escalerilla de espaldas. Cuando lo vio, el primer oficial se quedó con la boca abierta en mitad de un bostezo.

—Buenos días —dijo el capitán seriamente al mismo tiempo que entraba en su camarote, pero se detuvo en el umbral y añadió sin darse la vuelta—: por cierto, en el trastero hay una caja de madera vacía, nadie la habrá roto, supongo.

—¿De qué caja vacía habla, señor?

—Una de embalar grande y plana en la que trajeron el cuadro que está en mi camarote. Que la suban a cubierta y que la revise el carpintero. Es probable que la necesite pronto.

El primer oficial no dijo nada hasta que no oyó cómo el capitán regresaba de vuelta a su camarote, y a continuación, con una señal de la mano, llamó a popa al segundo piloto, como diciéndole que había algo raro «en el ambiente».

Cuando sonó la campanilla se oyó la voz del capitán al otro lado de la puerta cerrada:

—Siéntense y no me esperen.

Los asombrados oficiales se sentaron en sus puestos e intercambiaron miradas y susurros. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no desayunaba? Y encima había estado toda la noche dando vueltas arriba y abajo por cubierta. No había duda de que estaba pasando algo. En la luminaria que había sobre sus cabezas se veían las bamboleantes jaulas de los canarios hambrientos y se podían percibir también los inquietos paseos del viejo en su camarote. El capitán estaba dando cuerda a sus cronómetros, le limpiaba el polvo al retrato de su mujer y sacaba una camisa limpia preparándose meticulosamente para bajar a tierra. Aquella mañana habría sido incapaz de comer un solo bocado. Acababa de decidir que iba a vender

el Fair Maid.

III

Justo en esa época los japoneses buscaban buques de construcción europea y no le costó ningún trabajo encontrar a un comprador, un especulador que le regateó hasta el final pero que pagó al contado por el Fair Maid con la intención de revenderlo con un buen margen, y de aquel modo el capitán Whalley acabó bajando las escaleras de una de las oficinas más importante de los puertos orientales con un papel azul en la mano. Se trataba de un recibo de la transferencia de doscientas libras que acababa de hacer a Melbourne. El capitán se guardó el papel en el bolsillo del chaleco, agarró el bastón que hasta ese momento había llevado bajo el brazo y se puso a caminar calle abajo.

Se trataba de una avenida recién inaugurada y mal terminada con aceras un tanto rudimentarias. Había una buena capa de polvo que cubría la calle de lado a lado. Uno de los extremos terminaba en una calle repleta de tiendas chinas que quedaba junto al puerto, y el otro se adentraba en una zona casi despoblada de tres kilómetros en la que aún se veían manchas de vegetación de la tumba y las vallas de la nueva Consolidated Docks Company. Las impersonales fachadas de los edificios oficiales se alternaban con las vallas lisas de solares que aún no habían sido edificadas, y el cielo parecía completar la amplitud de todo aquel panorama. Cuando terminaba el horario comercial, los locales se iban a toda prisa, como si temieran que de los nuevos depósitos de agua de lo alto de la colina bajase un tigre al trote y se llevara a alguno como cena. El capitán Whalley no se sentía intimidado ante la soledad de una calle con un trazado tan amplio, tenía demasiada buena presencia como para que le pasara eso, no era más que una figura solitaria que caminaba pensativamente con una gran barba de peregrino y un bastón tan grueso que podía pasar por un arma. A su lado estaba el Palacio de Justicia y su pórtico bajo y sin adornos, con columnas cuadradas y medio ocultas tras los viejos árboles de la entrada. Los edificios que conformaban el Tesoro de la Colonia estaban a la misma altura de la calle, en el lado opuesto, pero el capitán Whalley, que ya no tenía ni casa ni barco, todavía recordaba que la primera vez que llegó desde Inglaterra a aquel lugar no había allí más que un pequeño poblado de pescadores, unos cuantos comercios de lona levantados con palos, en medio de una entrada del mar cubierta de arena y un camino lleno de barro que se adentraba en la selva sin ningún almacén ni depósitos de agua.

Ya no tenía ni barco ni casa. Ivy vivía lejos, y tampoco tenía casa. Una casa de huéspedes no se podía considerar un hogar, por mucho que pudiera constituir un sustento. La simple idea de la casa de huéspedes ya hería sus sentimientos. Desde la posición que había tenido toda la vida había quedado profundamente arraigada esa idea aristocrática que se caracterizaba por el desprecio a los oficios más vulgares y por unos prejuicios que atañían a la naturaleza degradante de cierto tipo de ocupaciones. En cuanto a él, siempre había preferido los buques mercantes (un trabajo noble) a comprar y vender mercancía, una tarea en la que no se podía evitar caer en los regateos... una indigna prueba de astucia en el mejor de los casos. Su padre había sido el coronel (retirado) Whalley del servicio de H. E. I. Company, no tenía muchos recursos económicos aparte de su pensión, pero siempre se había relacionado con gente muy distinguida. Recordaba de niño a los camareros y comerciantes que se dirigían al viejo guerrero con un pomposo «My Lord» a aquel hombre tan corpulento. El mismo capitán Whalley (de quien hay que decir también que habría terminado ingresando en la Armada si su padre no hubiese fallecido cuando él tenía tan sólo catorce años) tenía un aire de grandeza que no habría desmerecido la memoria del veterano almirante.

Como si fuera una brizna de paja en medio del torbellino de una corriente, se perdió en medio de la compacta humanidad morena y amarilla que inundaba la calle que, por contraste con la que acababa de abandonar, parecía un callejón repleto de vida. Las paredes de las casas eran de color azul, las tiendas de los chinos abrían sus bocas como si se tratara de cavernas, y había cantidades ingentes de mercancías indescriptibles a lo largo de la sombra de la hilera de arcos, mientras la serenidad fogosa de la puesta de sol colmaba el centro de la calle de punta a punta con un resplandor dorado. Caía tanto sobre aquel mundo de vivos colores como sobre las caras oscurecidas, sobre las espaldas amarillas de aquellos *coolies* medio desnudos que tropezaban unos con otros, sobre el uniforme de un soldado de caballería Sij de barba abierta y enorme bigote que se encontraba de guardia en la puerta del edificio de la policía. Por encima de aquel mar de innumerables cabezas, el tranvía parecía una masa enorme que avanzaba con gran cautela y que iba remontando la corriente humana poco a poco sin dejar de tocar la bocina, como si se tratara de un vapor que intenta avanzar a tientas entre la niebla.

El capitán Whalley salió por el lado opuesto como un buzo y se quitó el sombrero bajo una sombra que había junto a la pared de dos tiendas cerradas para secarse un poco el sudor. Pensó que la profesión de la dueña de una casa de huéspedes tenía cierto toque degradante. Se solía hablar de aquellas mujeres como si fuesen avaras, falsas y sin escrúpulos. Aunque él no las condenaba de antemano. —¡Dios lo librara!—, le resultaba inverosímil que alguien del linaje de los Whalley

tuviera que exponerse a sospechas de esa naturaleza. Pero no quería discutir con ella. Esperaba que ella supiera compartir sus sentimientos, sentía lástima por ella y confiaba en su juicio, y le parecía que el haber podido ayudarla una vez más era un don por el que debía sentirse agradecido... aunque en lo más hondo de su aristocrático corazón le habría resultado más amable la idea de que se hiciese marinera. Recordaba haber leído no hacía muchos años una obra conmovedora titulada «Canción de la camisa».^[4] Estaba muy bien eso de hacer canciones sobre pobres mujeres, ¡pero la nieta del coronel Whalley, dueña de una casa de huéspedes! ¡Ah! Se puso otra vez el sombrero, se metió las manos en los bolsillos, sacó una caja de cerillas y encendió con ellas la punta de su barato *cheroot*, y le escupió una generosa nube de humo a esa vida que aún podía reservarle a uno sorpresas como aquélla.

Había algo de lo que no le cabía la menor duda: era una digna hija de su madre. Ahora que se había visto obligado a deshacerse de su barco, ya no le quedaba ninguna duda a ese respecto, se daba cuenta de que el paso era inevitable. Puede que se hubiera dado cuenta hace ya tiempo y que no hubiese querido confesárselo a sí mismo hasta entonces pero ella, a pesar de estar tan lejos, lo debía de haber intuido y había tenido valor suficiente como para echarle valor a la realidad, mirarla frente a frente y hablar... Tenía todas las cualidades que habían convertido a su madre en una consejera excelente.

¡Hasta aquel punto habían tenido que llegar! Era una suerte que ella lo hubiese forzado. En apenas dos o tres años aquella misma venta habría sido una ruina absoluta. Se había ido comprometiendo año tras año para mantener aquel barco en funcionamiento. Ahora se sentía sin defensas ante tantos reveses de la adversidad, pero resistía como un acantilado frente a los embates de las olas, con una arrogancia que prefería no prestar atención a la erosión provocada por aquellas embestidas. Tal y como se habían ido disponiendo las cosas, recién enviado el dinero a su hija y sin deberle a nadie ni un solo penique, todavía le quedaba una suma de quinientas libras para poner a buen recaudo. Además, llevaba encima unos cincuenta dólares... más que de sobra para pagar una factura de hotel con tal de que no se entretuviese demasiado en la modesta habitación que había alquilado por el momento.

Era una habitación sobria con el suelo encerado que daba a una terraza lateral y que estaba en un edificio irregular, ventilado como una jaula de pájaro en la que el viento batía las persianas de caña. Aquel polvo que inundaba las estancias de cuando en cuando se veía removido por súbitas invasiones de turistas procedentes de vapores que atracaban en el puerto, aquel tumulto de voces y

presencias fugaces funcionaban como relevos de sombras migratorias condenadas a dar vueltas al mundo sin dejar un rastro real. Aquella Babel de sus irrupciones se esfumaba tan pronto como había aparecido, se vaciaban los pasillos y las *chaise-longues* y las terrazas, y el capitán Whalley quedaba de nuevo a solas, digno y solemne, abandonado a la noche en aquel enorme hotel como si se tratara de un turista olvidado, un viajero perdido y sin hogar. Fumaba lenta y pensativamente mientras contemplaba los baúles de marino en los que estaba contenido todo cuanto podía llamar suyo en este mundo. En uno de los rincones y apoyado contra la pared había un enorme fajo de cartas náuticas metidas en una funda impermeable, y bajo la cama asomaba la caja plana en la que había embalado el retrato de su mujer y las fotos de carbón. Estaba harto de discutir condiciones, de hacer inventarios y de toda la cháchara comercial. Para las otras partes lo único que se había producido allí era la simple venta de un barco, pero para él era un acontecimiento radical que suponía un estilo de vida radicalmente opuesto. Era consciente de que después de aquel barco ya no habría ninguno más, y todas las esperanzas de juventud y de prosperidad, todo cuanto tenía que ver con el ejercicio de lo único que sabía hacer en el mundo, todos los sentimientos vinculados a su madurez estaban también vinculados a los barcos. Había servido en barcos, había sido el dueño de barcos, y hasta los años posteriores a su jubilación habían sido tolerables mentalmente sólo porque existía la posibilidad de pagarse un barco con su propio dinero. Aquello le dio tal sensación de libertad que parecía el dueño de todos los veleros del mundo. Esa última venta había sido traumática, y cuando rubricó por fin la última firma del último recibo, fue como si desaparecieran de la superficie del mar todos los barcos del mundo, dejándolo en la costa con setecientas libras en el bolsillo.

El capitán Whalley caminaba con dignidad y lentitud por el muelle, pero cuando llegaba a los fondeaderos apartaba la vista. Entre él y todos aquellos barcos allí amarrados se interponían dos generaciones completas de marineros. Él acababa de vender el suyo y se preguntaba: «¿Qué voy a hacer ahora?».

De aquel sentimiento de soledad y vacío —y por supuesto también de pérdida, como si algo le hubiese arrancado el alma de cuajo—, nació el deseo de partir cuanto antes junto a su hija.

—Aquí tienes hasta mi último penique —le diría—, todo es tuyo. Y aquí tienes también a tu anciano padre, acógelo.

Sentía escalofríos de estremecimiento, como si lo asustara lo que estaba contenido en aquel pensamiento. ¡Rendirse, jamás! Cuando uno estaba exhausto se

le podían llegar a ocurrir todo tipo de pensamientos absurdos. Vaya un regalo sería aquello para la pobre joven, setecientas libras y tener que cargar con un viejo con buena salud que podía vivir muchos años. ¿Es que no podía acabar sus días trabajando como cualquiera de aquellos jóvenes que estaban a cargo de cualquiera de aquellos pequeños barcos de allá abajo? Se sentía tan fuerte como en cualquier otro momento de su vida, pero ¿quién se iba a atrever a darle un puesto? Eso era harina de otro costal. Le daba miedo que no lo tomaran en serio si se presentaba con su aspecto y su carrera a solicitar el trabajo de un joven, o incluso que se apiadaran de él, si conseguía impresionarlos, lo que sería lo mismo que bajarse los pantalones para que ellos le dieran directamente una patada. No tenía ningún deseo de venderse por dos céntimos. Y mucho menos quería la compasión de nadie. Por otra parte, el mando de un buque, lo único a lo que podía aspirar, no era algo que a uno le ofrecieran en cualquier esquina, las ofertas de mando no abundaban precisamente. Desde el mismo instante en que desembarcó para hacer la venta, había estado muy atento a cualquier rumor, pero no hubo ni siquiera un indicio de que hubiese algún puesto libre en el puerto. Y si lo hubiera habido, su éxito pasado seguramente habría sido más un obstáculo que una ventaja. Había sido su propio jefe durante demasiados años, y la única carta de presentación que podía ofrecer era el testimonio de toda su vida. ¿Qué mejor carta de recomendación podía pedir nadie? Pero a la vez le daba la impresión de que aquel documento único iba a ser contemplado por aquellos hombres como una vieja curiosidad de los mares orientales redactada con las viejas palabras... de una lengua muerta.

IV

Solía dar vueltas a esas cosas mientras paseaba junto a las verjas del muelle con el pecho hinchado y erguido como si sus hombros no hubiesen sentido jamás el peso de las cargas que es necesario llevar entre la cuna y la tumba. Su rostro no lo torcía ni una arruga traicionera ni una señal de preocupación. Tenía un rostro rotundo y poco bronceado; en la parte inferior, el pelo blanco nacía con energía y desorden, y con calma en la parte superior; tenía unos rasgos claros de inquietante delicadeza y una frente ancha. Su mirada tenía, en un primer golpe de vista, la franqueza y la ingenuidad de un muchacho, pero el irregular alero de paja de sus cejas le otorgaba a su amable atención una cualidad aguda e inquisitiva. La edad había ido ensanchándolo de la misma manera que los años aumentan el diámetro de los árboles sin que por ello parezcan menos robustos, y hasta el vello blanco que le salía del pecho le daba un aire de vigor y vitalidad indistinguibles.

En otra época había sido un hombre de una tremenda fortaleza física, y, muy consciente de su aspecto personal y de aquellos bienes, le había quedado como herencia el porte tranquilo de un hombre que en todo momento se había mantenido a la altura de las exigencias de la vida. Caminaba sin ningún gesto de vacilación bajo la ancha sombra de su sombrero Panamá. Tenía la copa baja, reborde alrededor y una cinta negra y estrecha. Aquella prenda imperecedera, y un poco descolorida, hacía posible avistarlo desde lejos en medio de una multitud. Jamás había querido pasarse a la moda relativamente reciente del salacot. No le gustaba la forma que tenía, y confiaba en poder mantenerse lo bastante frío hasta el fin de sus días y así evitar esos ingenios para la ventilación higiénica. Llevaba el pelo corto y camisas de una blancura impoluta. El chaquetón, un poco desgastado pero cepillado hasta el escrúpulo, flotaba alrededor de sus piernas dándole a su aspecto una holgura incluso mayor por lo holgado del corte. Los años habían acabado apaciguando el buen humor y la audacia de los años jóvenes, y habían mutado en ese aspecto tranquilo y seguro de sí mismo, y el calmo repiqueteo de la punta de su bastón acompañaba sus pasos con un sonido que producía confianza. No había manera de relacionar aquella actitud tan tranquila y aquel porte tan solemne con las angustias de la pobreza, toda la existencia de aquel hombre parecía transcurrir por delante de uno con soltura y confort, con una amplitud de medios a la medida de su traje.

Su miedo irracional a verse obligado a gastarse las quinientas libras en aquel hotel hacía que el equilibrio de su mente se desestabilizara. No tenía tiempo que perder y la factura subía cada día un poco más. Albergaba al menos la esperanza de que, si fallaban todas las salidas, aquellas quinientas libras lo ayudarían a conseguir un trabajo que garantizara por un lado su existencia (no muy costosa), y le permitiese también seguir ayudando a su hija. Según su particular manera de entender la situación, estaba invirtiendo un dinero que le pertenecía a ella en salvar al padre para que el beneficio volviera a ser de ella. En cuanto tuviera un trabajo podría ayudarla con la mayor parte de lo que consiguiese; todavía podía durar muchos años y aquel tema de la casa de huéspedes, incluso en el mejor de los casos, no iba a ser desde el principio una mina de oro. Pero ¿en qué podía trabajar? Estaba dispuesto a aceptar casi cualquier cosa sólo por solucionar cuanto antes el problema, pero era preciso guardar aquellas quinientas libras por si surgía cualquier imprevisto. Eso era lo importante. Si mantenía intactas aquellas quinientas libras se sentiría más seguro, pero si bajaba a las cuatrocientas cincuenta, o incluso a cuatrocientas ochenta, el dinero comenzaría a perder su virtud, como si sólo la cifra redonda tuviera aquel poder mágico. ¿Qué trabajo podía hacer?

El capitán Whalley se detuvo en lo alto de un pequeño puente que cruzaba a gran altura el lecho de un entrante del mar canalizado con costas de granito, como si lo asediara en esa pregunta un fantasma molesto al que no supiera cómo exorcizar. Anclado entre aquellos bloques macizos, y medio oculto por un arco, se veía un prao malayo con las velas bajadas en el que no se oía ningún sonido, y que estaba cubierto completamente con hojas de palma. Había dejado ya a sus espaldas las calles flanqueadas por fachadas de piedra que seguían los vaivenes del muelle, como si se tratara de un acantilado, y frente a él había ahora un paisaje silvestre y ordenado con grandes zonas de hierba como piezas de una alfombra, largas hileras de árboles y bóvedas de ramas.

Algunas de aquellas avenidas morían en el mar. Era una costa repleta de terrazas, y a lo lejos en aquel profundo panorama oscuro y brillante como la mirada de un ojo azul oscuro, una franja púrpura se extendía por la línea que dejaban dos islas gemelas y verdes. Más allá, en los fondeaderos exteriores, se podía ver cómo se alzaban sobre el agua los mástiles y las vergas de unos cuantos barcos, parecían unas líneas rosas trazadas a pincel sobre la sombra del flanco oriental. El capitán Whalley se quedó mirando en aquella dirección durante un buen rato. Allí estaba anclado ahora el barco que había sido suyo. Le torturaba pensar que ya no podía pagar un bote para que lo llevara hasta allí a pasar la noche. A ningún barco. Puede que nunca más. Antes de que se hubiese cerrado el

trato de compraventa todavía había pasado muchas noches durmiendo en el barco, pero la misma mañana en que le dieron todo aquel dinero a cambio del Fair Maid ya no había en este mundo ningún barco al que se pudiese subir cuando le viniera en gana, ningún barco que precisase de su existencia para trabajar... para vivir. Era una situación absurda, demasiado extraña como para que se prolongara demasiado tiempo. El mar estaba lleno de barcos de todo tipo; ahí mismo seguía aquel prao inmóvil cubierto con hojas de palma... Hasta aquel prao necesitaba de un hombre. Un malayo al que nunca había visto y aquella embarcación alta, y de un tamaño tan reducido que parecía estar descansando después de un largo viaje, vivían el uno gracias al otro. Cada uno de aquellos barcos, los que estaban cerca tanto como los que estaban lejos, todos ellos tenían un hombre, porque el mejor barco del mundo sin un hombre es algo muerto, poco más que un tronco que flota a la deriva.

Eché un largo vistazo al fondeadero y siguió su camino porque ya no había razón para mirar atrás. Aquellas avenidas de grandes árboles continuaban rectas en la Explanada, cortándose entre ellas en diversos ángulos. En lo alto, las ramas entrelazadas daban la sensación de estar durmiendo, no se movía en ellas ni una sola hoja, y las farolas se perdían en perspectiva por la avenida, doradas como cetros rematados con globos de porcelana blanca; parecía una decoración de huevos de avestruz desplegados en hilera. Cada una de aquella pequeñas cubiertas de cristal reflejaba un tenue resplandor de aquel cielo en llamas.

Con la barbilla inclinada, las manos en la espalda y la punta del bastón trazando en la grava una ondulada raya tras sus pies, el capitán Whalley pensaba que si un barco sin hombre no sirve para nada, tampoco un marinero sin barco valía mucho más que un tronco a la deriva. Podía tratarse de un buen tronco, lleno de carácter y difícil de destruir... pero ¿qué sentido tenía? Un súbito sentimiento de futilidad hizo que le pesaran los pies con una fatiga irremediable.

Por el paseo marítimo recién inaugurado se acercaba una fila de coches descubiertos. Al otro lado de los parterres se podía ver cómo giraban los discos brillantes de los radios de sus ruedas. Las copas amarillas de las sombrillas se inclinaban levemente como flores en el cuello de un jarrón, y la sábana azul oscuro servía de fondo al girar de las ruedas y al vigoroso trabajo de los caballos, al mismo tiempo que los turbantes de los criados indios se alzaban sobre la línea del horizonte marino para adentrarse en el azul más pálido del cielo. En un claro cerca del pequeño puerto, cada uno de los carruajes describía una curva abierta alejándose de la puesta de sol y, tras un golpe, enfilaba definitivamente la gran avenida en una fila que se movía lentamente con aquel cielo rojo a su espalda. Los

troncos de aquellos árboles se alzaban teñidos de rojo por uno de sus lados, y hasta el aire parecía encendido en medio del follaje, y también el polvo que pisaban los caballos. Las ruedas giraban con solemnidad y las sombrillas se iban cerrando también una tras otra, como flores que replegaran los pétalos al terminar el día. En aquella fila de un kilómetro de seres humanos no había ninguna voz que emitiera un sonido que pudiera apreciarse, sólo se escuchaba el sonido sordo de los cascos y los campanilleos, las cabezas de los hombres y de las mujeres permanecían rígidas, como si estuviesen hechas de madera, hasta que de pronto apareció un coche y un tiro que no se pusieron al final de la fila.

Pasó junto a ellos en un galope tan rápido como sigiloso, y, cuando se situó en la avenida, uno de los oscuros caballos relinchó, arqueó el cuello al revolverse contra el látigo del cochero, un copo de espuma voló desde el freno del caballo hasta un hombro de satén y la cara enfurecida del cochero se echó hacia delante, mientras las manos seguían agarrando con fuerza las riendas. Se trataba de un landó verde oscuro que flotaba en balanceo elegante sobre los dos muelles en C, y en cuya elegancia brillaba algo de severa majestad oficial. Parecía un poco más grande de lo normal, lo mismo que los caballos, que también sobresalían un poco por su talla; los adornos era perfectos y los lacayos del pescante parecían más erguidos de lo razonable. Los cuerpos de tres mujeres —dos jóvenes y hermosas y otra madura de proporciones agradables— llenaban someramente el interior del carruaje. El cuarto rostro era masculino, un hombre distinguido de rostro oscuro, y perilla de color gris acero oscuro que parecían un apéndice sólido. Su Excelencia...

El rápido movimiento de aquel carruaje puso en evidencia el de todos los demás y los hizo adoptar un aspecto claramente inferior, como si hubiesen sido condenados a avanzar a paso de tortuga hasta la eternidad. El landó dejó atrás a toda aquella fila de coches en una especie de golpe sostenido, y todos los rasgos de sus ocupantes dejaron de ser visibles, dando una impresión de miradas fijas y vacío imperturbable, y en cuanto se esfumó de allí como en un suspiro, el amplio paisaje de la avenida quedó como desierto, como sumido en una especie de soledad, a pesar de aquella larga fila de coches cuyos caballos avanzaban al paso.

El capitán Whalley levantó la cabeza para echar un vistazo, y su mente (como suele ocurrirle a las mentes humanas), al verse interrumpida en su meditación, se perdió en detalles sin importancia. Le sorprendió darse cuenta de que ese mismo puerto en el que acababa de vender su último barco era el mismo al que había llegado con el primer buque de su propiedad en su juventud, con intención de abrir una nueva ruta por el archipiélago. El gobernador de aquella época lo había apoyado en todo. Aquel señor Denham no era ninguna Excelencia,

era un gobernador al que, como suele decirse, no le importaba remangarse la camisa, un hombre que estaba día y noche al pie del cañón, trabajando por la prosperidad de aquel enclave que le habían confiado con la misma entrega con la que una nodriza se ocupa de un bebé. Era un soltero que vivía sin más compañía que unos cuantos criados y sus tres perros en lo que en aquella época se llamaba el *bungalow* del gobernador, una construcción de techo bajo que se encontraba en una ladera a medio talar, con una bandera en la entrada y una caseta con un guardia en el exterior. Recordó el día que subió aquella colina bajo un sol tremendo para acudir a una cita con él, el aspecto desnudo de aquella sala tan fría y la mesa descomunal del escritorio cubierta de papeles en un lado y un par de fusiles en el otro, un telescopio de latón, una botella de petróleo y... una inquietante atención, la que le prestaba de forma adulatora aquella autoridad. Fue a presentarle el proyecto de una empresa complicada, pero bastaron veinte minutos de conversación en el *bungalow* del gobernador para que desde el comienzo se desarrollase sobre ruedas. Cuando estaba a punto de retirarse, el señor Denham lo llamó de nuevo desde detrás de su montaña de papeles.

—El mes que viene el Dido zarpa en esa misma dirección, así que le voy a pedir oficialmente a su capitán que no les pierda de vista y que les eche una mano si es necesario.

El Dido era una de las fragatas más rápidas que anclaban en la base de China, y treinta y cinco años no eran pocos años. Hacía treinta y cinco años una empresa como la que acababa de proponer tenía para la colonia una importancia lo bastante grande como para que estuviese apadrinada por un buque de Su Majestad la Reina. Había pasado mucho tiempo desde entonces. En aquella época lo que contaban eran los hombres, hombres como él o como el pobre Evans, con aquella cara suya negro azabache y esa mirada inquieta, que había establecido el primer dique registrado en aquella zona, habilitado para la reparación de pequeños buques al borde mismo de la jungla, en una pequeña bahía que estaba unas tres millas al norte. También fue el señor Denham el promotor de aquella empresa, pero el pobre señor Evans acabó muriendo en Inglaterra olvidado y deprimido. Se rumoreaba que su hijo se ganaba la vida sacando aceite de los cocos de alguna isla del Índico, pero de aquel viejo dique de la jungla habían nacido los astilleros de la Consolidated Docks Company a los que se habían añadido tres descomunales diques secos excavados en la roca, los muelles y espigones, una central eléctrica, instalaciones de vapor que proporcionaban energía para unas grúas inmensas, capaces de levantar las cargas más pesadas que se podían transportar en el mar y cuyas cabezas se alzaban sobre los cabezos arenosos ante quienes se acercaban a New Port viniendo desde el oeste.

Hubo una época en la que lo que contaba era el hombre, los hombres, no había entonces tantos carruajes, aunque el señor Denham tenía un *buggy*. Daba la sensación de que el capitán Whalley hubiese quedado al margen de la avenida, barrido por un torbellino mental. Le vinieron a la memoria una costa cubierta de fango, un puerto en el que no había muelle alguno, un solitario malecón construido con tablones y arqueado que se adentraba en el agua (se trataba de una instalación pública), los primeros almacenes de carbón que construyeron en Monkey Point y que se incendiaron sin que nadie supiera cómo, para pasarse ardiendo varios días de tal forma que los buques llegaban a un fondeadero cubierto por la niebla. Recordaba todas aquellas cosas, aquellos rostros y también una cosa más: una especie de vaga sensación de haber apurado una copa hasta el final, una luz sutil que había en el aire de aquella época y que habría resultado imposible encontrar hoy.

En aquella rememoración, tan veloz y repleta de detalles como si se tratara de un golpe de *flash* de magnesio sobre las tumbas de una cripta en penumbra, el capitán Whalley era capaz de contemplar cosas que habían tenido su importancia en otra época: los esfuerzos de los hombres sencillos, el crecimiento de una gran base que no tenía aún ni la relevancia ni la magnitud de la que vendría más tarde, y todo aquello le provocó una súbita sensación de haber abrazado todo aquel tiempo casi físicamente, de haber comprendido hasta tal punto todos aquellos sentimientos inmutables que se detuvo de golpe, golpeó el suelo con el bastón y se dijo mentalmente: «¿Qué demonios hago yo aquí?». Era como si se encontrara desconcertado por su propia sorpresa, pero de pronto escuchó que alguien lo llamaba una y otra vez por su nombre y se dio la vuelta despacio.

Quedó frente a un hombre vestido con una ropa pasada de moda y aspecto de estar aquejado de gota, con un pelo igual de canoso que el suyo pero con una mejillas recién afeitadas y una corbata que casi podría pasar por un pañuelo con los extremos almidonados, las piernas, los brazos y el tronco redondos: aquella corta figura parecía haber sido hinchada con aire por una bomba hasta el límite que permitían las costuras de su traje. Caminaba hacia él con gesto decidido. Se trataba del delegado general del puerto. Un delegado general era un comisario de puerto de máxima graduación, en Oriente se lo consideraba una gran autoridad en ese terreno y tenía una jurisdicción muy amplia, aunque con frecuencia no muy definida. De aquel delegado general en particular se solía decir que consideraba la autoridad totalmente inadecuada porque no incluía derechos sobre la vida y la muerte de sus súbditos. En realidad se trataba de un chiste un poco exagerado porque el capitán Elliott estaba más que satisfecho con su cargo y no alimentaba sentimientos desconsiderados con respecto a su poder. Su carácter era tan

autoritario y orgulloso que no le permitía que el poder estuviera mucho tiempo en sus manos sin darle uso. La honestidad brutal de sus comentarios sobre el carácter y el comportamiento de otras personas lo convertían en alguien particularmente temido. Aunque había mucha gente que alardeaba de no prestarle mucha atención, la mayoría se limitaba a sonreír irónicamente cuando alguien pronunciaba su nombre. Otros se atrevían a llamarlo «un entrometido y viejo rufián», pero a la hora de la verdad, ante la perspectiva real de un estallido de ira del capitán Elliott, la mayoría asumía la situación con el mismo desagrado que les provocaría la idea de la propia aniquilación.

V

En cuanto se acercó, pronunció algo parecido a un gruñido:

—¿Qué es eso que me han dicho, Whalley? ¿Vas a vender el Fair Maid?

El capitán Whalley apartó un poco la mirada y respondió que el trato ya estaba cerrado y que le habían pagado aquella misma mañana, y el otro le dio su aprobación por haber realizado un gesto tan extraordinariamente delicado. Había salido del cabriolé para dar un pequeño paseo antes de ir a casa a cenar. *Sir Frederick* no tenía mal aspecto para ser un viejo, ¿verdad?

El capitán Whalley no supo qué responder a eso, sólo lo había visto pasar en el coche.

El delegado general llevaba las manos hundidas en los bolsillos de una chaqueta de alpaca demasiado corta y estrecha para un hombre de su edad y constitución, y caminaba cojeando levemente con la cabeza a la altura del hombro del capitán Whalley, que lo hacía con agilidad y sin dejar de mirar al frente. Hacía muchos años, habían llegado a ser buenos compañeros, casi íntimos. Whalley estaba al mando por entonces del famoso Cónдор y Elliott del célebre Ringdove, los dos eran propiedad de los mismos armadores, y cuando se creó el puesto de delegado general Whalley era el único candidato que podía ser un competidor, pero el capitán Whalley en aquella época estaba en plena juventud y había decidido servir sólo a la benévola fortuna. Muy lejos de allí, y atendiendo a sus propios negocios, siempre se alegraba cuando le decían que al otro le había ido muy bien. El gordo Ned Elliott tenía un carácter mundano que iba a resultarle de provecho en aquel oficio, y en el fondo los dos eran tan distintos el uno del otro que cuando llegaron hasta el final de la avenida, frente a la catedral, a Whalley no se le había ocurrido en ningún momento que hubiese podido envidiar a aquel hombre con su puesto vitalicio.

El edificio sagrado se alzaba en un aislamiento solemne en medio de las convergentes avenidas de gigantescos árboles, como para inspirar divinos pensamientos en las horas de ocio con un portal gótico cerrado. El rosetón que se abría por encima de la ojiva brillaba como un carbón en el profundo labrado de

una rueda de piedra. Los dos hombres se detuvieron un instante para contemplarlo.

—Le voy a decir lo que deberían hacer ahora, Whalley —dijo entre dientes el capitán Eliott.

—¿Y bien?

—Deberían mandar a un verdadero lord de sangre real cuando le llegue la hora a *sir* Frederick, ¿no le parece?

Lo que no podía entender demasiado bien el capitán Whalley era por qué un lord de sangre real iba a hacer las cosas mejor que ningún otro hombre, pero claramente su acompañante no pensaba lo mismo.

—No, le aseguro que no. Todo esto marcha solo. Ya no hay quien lo detenga. Para mí es ideal un gran lord —gruñó—: fíjese en todos los cambios que hemos vivido a lo largo de estos años. Lo que necesitamos por aquí es un lord. En Bombay ya tienen a uno.

Cenaba una o dos veces al año en la casa del gobernador —un palacio con grandes arcadas y ventanas que estaba en lo alto de una colina rodeada de jardines—, y últimamente había estado llevando en su lancha a un duque para que contemplara el progreso de las obras del puerto. Antes de eso había acudido con «todo respeto» a encontrar personalmente una buena dotación para el yate del duque. Más tarde lo habían invitado a comer a bordo. Hasta la duquesa comió con ellos. Una oronda dama de cara enrojecida y un poco quemada por el sol, un poco echada a perder, pero de modales muy agradables. Iban de camino a Japón...

Fue soltando todos aquellos detalles para convencer al capitán Whalley, y de cuando en cuando se detenía hinchando los carrillos con un contenido sentimiento de autoridad y proyectando hacia fuera sus gruesos labios, hasta que el extremo carmesí de la nariz parecía hundirse en la leche del bigote. Aquel lugar se gobernaba solo y era perfecto para cualquier lord, los únicos problemas que surgían de cuando en cuando tenían que ver con el departamento de la Marina... El departamento de la Marina, repitió de nuevo con un sentido suspiro, y a continuación se puso a contar que el otro día el cónsul general de Su Majestad de la Cochinchina francesa le había enviado un cable —oficial— en el que le pedía que le enviara un hombre cualificado para que se ocupara de un barco mercante de Glasgow cuyo capitán había fallecido en Saigón.

—Pasé el anuncio a los oficiales de la Casa del Marino —añadió mientras la cojera parecía hacerse más pronunciada con la irritación—, los hay a docenas. El doble de puestos disponibles en el mercado local. Todos quieren un trabajo fácil y tenemos el doble de los que necesitamos... ¿Usted cómo lo ve, Whalley?

Se paró en seco. Daba la sensación de que estaba intentando romper los bolsillos de la chaqueta con los puños cerrados y profundamente hundidos. Al capitán Whalley se le escapó un pequeño suspiro.

—¿Qué le parece? Uno se podría imaginar que iban a estar intentando pisarse el trabajo unos a otros, pues de eso nada. Les daba miedo volver a Inglaterra. Es agradable estar tirado en una terraza esperando que a uno le den trabajo. Y mientras tanto yo en el despacho esperando que llegaran las respuestas. No se presentó nadie. ¿Pero qué se habían creído? ¿Que me iba a quedar como un imbécil con el cable del cónsul encima de la mesa? Pues sólo faltaría. Eché un vistazo a la lista de la que disponía y mandé enviar a Hamilton, el más vago de todos; le dije que fuese sin mediar más palabra y le amenacé con mandar instrucciones a la Casa del Marino para que le pusiese en la calle si no aceptaba. Al parecer no sentía que fuese un trabajo lo bastante bueno para alguien como él... por favor, hombre... «Tengo aquí una pequeña ficha», dije yo, «y en ella dice que usted desembarcó aquí hace ya dieciocho meses y desde entonces no ha trabajado ni siquiera seis. Ya ha acumulado una gran deuda con la Casa, que imagino que no querrá que tenga que pagar en su nombre el Departamento de la Marina, ¿no es así? Y si no quiere obedecer, le aseguro que va a salir usted de camino a Inglaterra en el primer vapor que pase por aquí con dirección a la metrópoli. Usted no es más que un vagabundo, y aquí no nos gustan los vagabundos», le dije. Fíjese la guerra que me dio todo aquel asunto.

—Pues la verdad es que podría habérselo ahorrado —dijo el capitán Whalley casi sin querer—, si me lo hubiese ofrecido a mí.

El capitán Eliott encontró aquella respuesta de lo más gracioso, porque temblaba de la risa mientras seguía caminando, hasta que de pronto dejó de reír porque le había venido a la memoria un viejo recuerdo. ¿No le habían comentado algo sobre la tragedia de Travancore y el Decán en la que el pobre capitán Whalley lo había perdido absolutamente todo? «Vaya, este hombre lo tiene realmente complicado», pensó para sí mirando de reojo a su compañero, pero el capitán Whalley seguía sonriendo abiertamente con la mirada fija en el frente y un gesto tan elegante que habría sido impensable en un hombre que estuviese sin un céntimo. Eso lo tranquilizó. Era imposible. No era posible que lo hubiese perdido

todo. Aquel barco que había vendido no era más que un *hobby* y aquel hombre que acababa de confesar que había recibido esa misma mañana una suma importante de dinero no era plausible que se abalanzara a continuación sobre él para pedirle un préstamo. Aquel pensamiento lo tranquilizó, pero con todo aquel ir y venir se había producido un largo silencio en la conversación, y como no sabía qué hacer para reanudarla no se le ocurrió otra cosa más que gruñir con sencillez:

—Nosotros los viejos deberíamos echarnos ya a un lado a descansar.

—Para algunos de nosotros lo mejor sería morir con los remos en la mano —respondió el capitán Whalley con aparente despreocupación.

—Vamos, hombre, ¿pero es que no está ya cansado de todo esto? —murmuró el otro sombríamente.

—¿Usted lo está?

El capitán Eliott sí lo estaba. Lo único que lo hacía mantenerse en activo era alcanzar la pensión máxima para poder volver a Inglaterra y retirarse. Aunque de todas formas iba a seguir siendo una miseria, era lo único que podía librarlo de acabar en un asilo. Por si fuera poco tenía una familia. Tres mujeres, como muy bien sabía Whalley. Le dio entender al «viejo Harry» que lo que más quebraderos de cabeza le procuraba eran las tres chicas. Eran como para volver loco a cualquiera.

—¿Y eso por qué? ¿Qué hacen? —preguntó el capitán Whalley con una entretenida ausencia mental.

—¿Que qué hacen? ¡Nada! Ése es el problema. No hacen más que leer novelas y jugar al tenis de la noche a la mañana...

¡Si por lo menos le hubiese tocado un chico! Y por si fuera poco problema, no parecía quedar sobre la tierra ni un solo muchacho decente. Cuando se ponía a pensar en los que conocía en el club, le parecían todos unos jovencitos vanidosos e incapaces de hacer feliz a una señorita. Con toda aquella muchedumbre a la que mantener en casa se estaba condenado a la ruina más absoluta. Había acariciado la fantasía de hacerse construir una pequeña casa en el campo —en Surrey— para poder acabar allí sus días, pero de momento no tenía tiempo ni para pensar en aquello... Cuando terminó de hablar dirigió al cielo una mirada anhelante y un tanto patética mientras el capitán Whalley asentía comprensivo con la cabeza, reprimiendo sus sinceros deseos de reír a carcajadas.

—Usted también sabe por experiencia a lo que me refiero. Las chicas son una auténtica tortura, una fuente constante de preocupaciones y quebraderos de cabeza.

—Puede ser, pero la mía anda muy bien —dijo con calma el capitán Whalley mirando hacia el final de la avenida.

El delegado general se alegró mucho de saber eso. Lo cierto era que la recordaba a la perfección y que le había parecido siempre una muchacha encantadora. El capitán Whalley añadió como soñando:

—Era muy guapa.

La procesión de coches se empezó a disolver.

Uno tras otro iban abandonando poco a poco la fila y salían al trote llenando de vida la amplia avenida con aquel movimiento. La calle recuperó el aspecto previo de una majestuosa soledad.

Un edecán blanco iba a pie conduciendo un poni birmano que habían enganchado a un barnizado coche de dos ruedas y todo el conjunto había quedado detenido en la curva, y no parecía mayor que el del juguete de un niño olvidado bajo unos árboles enormes. El capitán Eliott caminó en aquella dirección con un andar animoso, como si fuese a trepar al interior, pero al final se contuvo y apoyó una de las manos en la barandilla y cambió de tema de conversación, abandonando la cuestión de las hijas y la pobreza por el otro único asunto que dominaba su vida: el departamento de Marina, los hombres y los barcos.

Fue poniendo ejemplos de lo que tenía que hacer y aquella voz gruesa se fue poco a poco acallando en medio de aquella atmósfera tranquila como si se tratara del zumbido de un moscardón. El capitán Whalley no acertaba a descubrir qué extraña fuerza le impedía decir buenas noches y alejarse tranquilamente. Era como si se encontrara tan cansado que ni siquiera pudiese hacer ese esfuerzo. Qué extraño resultaba. Más extraño si cabe que ninguno de los ejemplos que ponía Ned. ¿Se debía quizá a que un sentimiento atronador de vacío lo mantenía anclado a aquel lugar y a aquellas palabras? Ned Eliott jamás se había visto en una situación realmente comprometida, y poco a poco le dio la sensación de ser capaz de rescatar de él, como si estuviera envuelto en un murmullo sordo y monótono, la voz juvenil del viejo capitán del Ringdove. Se preguntaba si él también había cambiado, aunque lo cierto era que aquel viejo compañero no le parecía que lo hubiera hecho

tanto... En el fondo era el mismo. No le parecía un mal hombre aquel alegre Ned Elliott, siempre tan amistoso y responsable... siempre tan orgulloso. Recordó lo mucho que hacía reír a su mujer, y la forma en la que ella era capaz de adivinar sus pensamientos. Cuando el Cóndor y el Ringdove coincidían en el puerto, muchas veces era ella la que le pedía a él que invitara a Elliott a cenar. Desde aquella época no se habían visto demasiado. A veces habían llegado a transcurrir hasta cinco años entre un encuentro y otro. Miraba desde debajo de sus blancas cejas a aquel hombre a quien no podía confiarse en ese momento, mientras que el otro seguía con aquel desahogo íntimo, tan lejos de su interlocutor como si le estuviera hablando desde la cima de una montaña, a kilómetros de distancia.

En ese momento estaba un poco sorprendido por el asunto del vapor Sofala. En aquellos últimos meses le había tocado a él resolver todos los problemas que se producían en el puerto. Lo iban a echar de menos cuando se marchara dentro de dieciocho meses y nombraran a algún oficial retirado de la Armada, un hombre que no iba a entender nada y al que seguramente todo le traería sin cuidado. Aquel vapor se encargaba de hacer una ruta costera que aseguraba el trato comercial hasta un punto tan al norte como Tenasserim, pero el problema era que no había ningún capitán que quisiera hacerse cargo de él. Nadie parecía dispuesto y, como era lógico, él no tenía autoridad para obligar a nadie a que aceptara aquel puesto. Podía dar algún pequeño empujón a alguien para complacer al cónsul general, pero...

—¿Y qué le pasa a ese barco? —interrumpió el capitán Whalley con tono tranquilo.

—Al barco no le pasa nada. Es un viejo vapor y está en buen estado, pero su dueño ha pasado esta tarde por mi despacho y está totalmente desesperado.

—¿Es blanco? —preguntó Whalley interesado.

—Él dice que lo es —contestó con tono despreciativo el delegado general—, pero lo único que tiene de blanco es la piel. Y eso se lo dije yo en sus mismas narices.

—¿Quién es?

—Es el maquinista primero del barco, ¿entiende, Harry?

—Entiendo —respondió el capitán pensativo—. El maquinista, ya veo.

La forma en la que aquel hombre se había convertido en el dueño del buque era toda una historia en sí misma. El capitán Eliott recordaba que había llegado hacía unos quince años como tercero de un buque que venía de la metrópoli, y que lo habían despedido junto a su patrón y su jefe por haberse involucrado en una pelea de la peor especie. Lo cierto es que aprovecharon la oportunidad para quitárselo de encima. No había duda de que el hombre era un pendenciero. Se quedó por la zona como un verdadero incordio, embarcando y desembarcando e incapaz de mantener un oficio demasiado tiempo en ninguna parte. No había sala de máquinas en toda la colonia que no lo hubiese visto pasar por ella. Y a continuación, añadió de pronto:

— ¿A usted que le parece que le ocurrió, Harry?

El capitán Whalley se sobresaltó de pronto, parecía inmerso en un tremendo cálculo mental. No se le ocurrió ninguna respuesta. La voz del delegado general seguía sonando en el aire con aquel énfasis sostenido. Aquel hombre había tenido la fortuna de que le tocase el segundo premio de la lotería de Manila. Todos los oficiales compraban alguna participación en aquel juego. Era como si tuviesen una auténtica fijación.

Todo el mundo parecía convencido de que acabaría regresando a Inglaterra con el dinero y que no tendría que darle explicaciones a nadie nunca más. Pero no. Los propietarios del Sofala habían encargado en Europa un vapor nuevo porque aquél ya resultaba demasiado pequeño y poco modernizado para el trabajo que tenía que realizar, y vendían aquel a buen precio. Se precipitó a comprarlo. Aquel personaje jamás había mostrado signos externos de ese tipo de intoxicación mental que puede producir una gran cantidad de dinero, hasta que consiguió su propio buque y en ese momento se volvió loco al instante; se plantó un día en el departamento de Marina con el ala del sombrero echada a un lado y un bastón, y les fue diciendo a todos y cada uno de los oficinistas que ya nadie lo podía echar de allí, que ya no tenía ni iba a tener jamás a nadie por encima de él. Daba paseos entre las mesas hablando a voz en grito, de tal forma que durante todo el tiempo que él estuvo en la oficina no se pudo hacer ningún trabajo, y todos permanecieron con la boca abierta de pasmo contemplando a aquel bufón. Pocas horas más tarde se lo vio hinchado de calor y con la cara completamente roja, paseando por el muelle arriba y abajo para ver su barco desde todas las perspectivas. Daba la sensación de que quería detener hasta al mayor desconocido para informarle de que ya nunca habría nadie por encima de él, que había comprado aquel barco y que ya nadie lo podría echar nunca de su sala de máquinas.

A pesar de que había sido una buena compra, el precio del Sofala casi acabó con la cuantía completa del premio. No le quedó más capital para trabajar. No supuso un gran problema, porque aquellos tiempos eran de una gran prosperidad en el tráfico del comercio por la costa, hasta que las navieras de la metrópoli se establecieron allí para encargarse de las rutas principales. Como es lógico, cuando se establecieron en aquellas rutas se llevaron la mejor parte del pastel, y una panda de espabilados alemanes pasó al otro lado del canal de Suez y se quedó con las migajas que iban dejando. Recorrían toda aquella costa con avaricia, devorando todo a su paso y comprando lo barato como una manada de tiburones dispuestos a no dejar títere con cabeza. Los buenos tiempos se habían acabado ya para siempre y él valoraba mucho que durante todos aquellos años el Sofala hubiese seguido haciendo su trabajo con solvencia. El capitán Eliott consideraba que era su obligación intentar por todos los medios que estuvieran a su alcance que aquel barco no fuera desplazado por alguno inglés, y lo que parecía obvio era que, si por falta de capitán el Sofala empezaba a perder su clientes, no iba a tardar mucho en perder su mercado por completo. La dificultad provenía tan sólo de que aquel hombre era demasiado difícil.

—Desde el primer día ese hombre se ha comportado como un mendigo a caballo —explicó—. Y lo peor de todo es que ha empeorado a medida que ha ido pasando el tiempo. Durante los últimos tres años han pasado por él once capitanes y yo mismo en persona me he encargado de hacer todas las gestiones posibles con todos los oficiales que estuvieran disponibles, con excepción de los de las líneas regulares. Ya le he advertido más de una vez que no va a conseguir nada con esa actitud. Y, como es lógico, hemos llegado a un punto en que no hay nadie que quisiera oír una sola palabra sobre el Sofala. He estado hablando con varios hombres en mi despacho sobre ese puesto, pero todos me han contestado lo mismo: «¿Por qué embarcarse para llevar una vida de perros durante tres meses y al final acabar en tierra después del primer viaje?».

Él por su parte dice que todo es absurdo, que la gente lleva años confabulándose contra él y que todo lo que sucede no es más que el resultado de un inmenso complot. Todos los marineros del puerto se han conjurado contra él para hacerle fracasar porque es un maquinista —el capitán Eliott no pudo evitar que se le escapara de pronto una pequeña risa—, y la verdad es que con que pierda un par de viajes ya ni siquiera le va a merecer la pena empezar de nuevo. No va a encontrar ni una sola mercancía en la vieja ruta. Hoy en día hay demasiada competitividad, como para que la gente acepte tener su carga almacenada esperando a un barco que no llega cuando tiene que llegar. La perspectiva es realmente oscura y él jura y perjura que se va a encerrar a bordo y se va a matar de

hambre en el camarote antes que vender el barco... eso si tuviese un comprador. No lo tiene, y no es precisamente fácil que surja alguno. Ni los japoneses pagarían la cantidad por la que está asegurado. No es lo mismo que vender un velero. Los vapores no sólo envejecen, sino que además se quedan anticuados.

—Pero al menos habrá acumulado una buena cantidad de dinero —observó con calma el capitán Whalley.

El delegado hinchó sus rojos carrillos antes de responder:

—Ni un real. Ni-un-real. —Esperó para ver si el capitán Whalley replicaba alguna cosa, pero como no lo hizo y siguió mesándose la barba, el otro terminó —: La lotería de Manila se lo ha ido comiendo todo poco a poco.

Arrugó la frente mientras asentía con un pequeño vaivén afirmativo. Todos acababan enloquecidos con aquel asunto, una tercera parte de los sueldos que se les pagaba a los oficiales («en mi puerto», añadió) acababan en las arcas de Manila. Era una obsesión. Y Massy había caído presa de aquella influencia desde el principio, como todos los demás, pero como había ganado una vez parecía haberse convencido de que sólo bastaba seguir intentándolo para que algún día le tocara el premio gordo. Desde entonces compraba siempre muchísimas participaciones para cada uno de los sorteos. Ese vicio, unido a la falta de conocimiento básico de su profesión, había provocado que anduviera siempre justo de dinero, desde el día que compró aquel barco con tan poca previsión.

La única opción según el capitán Eliott era que algún hombre de mar sensible que dispusiese de algo de dinero se lanzase a salvar a aquel loco de su locura. En realidad había contratado ya algunos hombres muy competentes que muy bien habrían querido quedarse con él si él les hubiese dejado hacerlo. Pero de ninguna manera. Daba la sensación de que no se sentía el propietario si no despedía a alguien por la mañana y no tenía una bronca con el sustituto al atardecer. Lo que aquel hombre necesitaba es que entrara en el barco un capitán con una aportación de socio de doscientas libras y que eso lo habilitara a imponer unas condiciones que le convinieran. Cuando uno sabía que tenía que devolverle al otro su dinero no se permitía el lujo de ir echando a la gente sólo por el gusto de verlo hacer el petate. Y por otra parte, un hombre que hubiese puesto sus intereses en el barco no dejaría la nave por cualquier tontería. Ya se lo había dicho a Massy más de una vez, le había dicho:

—El señor Massy no va a ninguna parte, tal y como van las cosas. Ya

empieza a tener a todo el departamento de Marina en su contra, y lo que tiene que hacer en este momento es encontrar un buen capitán que acepte entrar como socio. Creo que es la única opción. Ése es el consejo que le di, Harry.

El capitán Whalley seguía apoyado en su bastón, completamente inmóvil. La mano se quedó a medio camino en un gesto decidido y acabó acariciándose la barba. ¿Y qué había dicho ese hombre? Al parecer el hombre había tenido la audacia de enfrentarse al delegado general. Había recibido su consejo con la mayor de las indiferencias.

—No he venido aquí para que se rían de mí —había gritado—; acudo a usted como armador y como inglés porque estoy al borde de la ruina debido a una conspiración ilegal de un grupo de miserables marineros, y todo lo que se le ocurre decirme es que me busque un socio...

El hombre se permitió incluso pegar una patada de indignación sobre el suelo. ¿Dónde iba a encontrar un socio? ¿Es que acaso pensaba que era tonto? En aquella «casa» no había ni un solo miserable que pudiera reunir dos peniques de su bolsillo, eso lo sabían hasta los perros del mercado...

—Y lo cierto, Harry, es que no le faltaba razón en eso —añadió el capitán Elliott en voz baja y articulando cada una de las sílabas, como si fuera desgranando una sentencia—; lo más probable es que esos diablos les deban a los chinos hasta la ropa que llevan puesta. «Está bien —le contesté—, me parece que está usted armando ya demasiado jaleo con este asunto, señor Massy, así que buenos días y hasta la vista». ¡Y encima salió dando un portazo! —El delegado jadeaba de indignación, como si estuviese intentando recuperarse—. Voy a acabar llegando tarde a casa si le sigo soltando este rollo. Y mi mujer odia eso.

Trepó con pesadez hasta lo alto del cabriolé, dio un silbido y sólo en ese momento se le ocurrió preguntarse a sí mismo qué sería de la vida del capitán Whalley. Llevaban muchos años sin verse y el otro día lo había visto de nuevo en sus oficinas.

—¿Cómo es posible...?

El capitán Whalley parecía estar sonriendo detrás de sus barbas blancas.

—Hay muchas cosas posibles —respondió misterioso.

Y como si intentara comprobar aquella afirmación, miró a su alrededor

desde el asiento. La explanada estaba muy tranquila y lo único que se escuchaba a lo lejos, muy lejos, a una gran distancia sobre el mar era el tut-tut del teleférico que hacía su recorrido de cinco kilómetros hasta los nuevos desembarcaderos del puerto.

—Y aún nos parece pequeño —gruñó el delegado general—, porque cada vez que damos un paso nos encontramos con eso alemanes dándonos codazos. Eso no pasaba en nuestros tiempos.

Se quedó sumido en una meditación profunda respirando con pesadez, como si se estuviese echando una siesta con los ojos abiertos. Puede que él también se hubiese percatado de la silenciosa figura de aquel hombre, que seguía de pie junto a las ruedas de su coche, de los rasgos del que en su momento fue el joven capitán del Cóndor. Era un buen tipo aquel Harry Whalley. Un hombre de pocas palabras del que jamás se sabía con seguridad qué era lo que estaba buscando, tan capaz de espontaneidad con la gente importante como de hacerle ver un mal gesto a un compañero. Se tenía en alta estima a sí mismo. Casi le dieron ganas de decirle que subiera y lo acompañara a cenar, pero nunca se sabía, puede que su mujer se enfadara.

—Lo más extraño de todo, Harry —continuó con aquel sonoro tono de voz—, es que da la sensación de que los únicos de por aquí que pueden recordar cómo era todo esto somos usted y yo.

Se encontraba a sólo un paso de dejarse llevar por aquel sentimentalismo, cuando de pronto le dio la sensación de que el capitán Whalley, sin pestañear siquiera, parecía estar esperando alguna cosa... Tal vez estaba esperando... Agarró las riendas, y las batió exclamando con cordialidad:

—¡Ah! Hay que ver la cantidad de gente a la que hemos conocido... En cuántos barcos hemos navegado... Y las cosas que hemos hecho...

El poni se puso en marcha y el capitán saludó con la mano.

—Hasta la vista.

VI

El sol ya se había puesto y cuando se marchó de aquel sitio después de haber abierto un profundo agujero con su bastón, la noche se reunió bajo los árboles como si se tratara de un ejército de sombras. Cubrían los extremos de la avenida como si hubiesen estado esperando una señal para abalanzarse en línea por todos los espacios abiertos del mundo. Ahora se concentraban bajo los profundos flancos de piedra del canal. Aquel prao malayo que seguía medio oculto por el arco del puente no había cambiado ni un milímetro su posición. El capitán Whalley estuvo un buen rato mirando hacia abajo, inclinado sobre la barandilla, hasta que la inmovilidad de aquella costa comenzó a provocarle una alarmante sensación de angustia. La media luz abandonaba el cenit y sus destellos iban también abandonando el mundo que quedaba bajo sus pies. El agua del canal iba adoptando un color parecido al del alquitrán. El capitán Whalley cruzó el puente por fin.

Faltaban apenas unos metros para alcanzar el desvío que salía a la derecha en dirección a su hotel. Se detuvo un instante (todas las casas que daban al mar parecían cerradas y el paseo del muelle estaba casi desierto, sólo un par de hombres lo recorrían a lo lejos) para calcular el importe de la factura. Tantos días en el hotel, tantos dólares por día. Fue contando los días con los dedos y se metió una mano en el bolsillo para ir calculando una a una las monedas de plata. No debería tener problema para pasar tres días más y en ese momento, a no ser que hubiese un milagro, tendría que empezar a gastarse los quinientos —el dinero de Ivy invertido en su padre—. Tuvo la seguridad de que le iba a sentar mal la comida que pagara con aquel dinero. No tenía ninguna duda sobre ese punto. Y razonar no servía de nada. Tenía que dejarse guiar por sus sentimientos, porque eran los únicos que nunca lo habían engañado.

No giró a la derecha, sino que continuó caminando como si en el fondeadero todavía hubiese anclado un buque al que pudiese sacar por la noche. Lejos y más allá de las casas se podía contemplar en la ladera un promontorio de color azul que cerraba la línea de los muelles, la tenue columna de una chimenea de fábrica que humeaba con calma hacia el aire vertical. Un chino que estaba agachado en la popa de media docena de sampanes que flotaban más allá de la punta del espigón vio cómo le hacían una seña con la mano. Se puso en pie de un

salto, se enrolló la coleta alrededor de la cabeza a toda velocidad, se ajustó con un rápido movimiento los anchos pantalones oscuros por encima de las caderas y, con un silencioso movimiento de aquellos remos que parecían aletas, llevó el sampán hasta situarlo con facilidad y precisión junto a los peldaños.

—Sofala —dijo el capitán desde lo alto, y el chino, que probablemente no llevaba allí demasiado tiempo como emigrante se quedó mirándolo fijamente hacia arriba, como si esperara que la palabra surgiera literalmente de nuevo de la boca del blanco.

—Sofala —repitió el capitán y sintió al instante que le fallaba el corazón. Se detuvo. Todo estaba oscuro: las costas, las isletas, los promontorios. El horizonte se había vuelto sombrío y en el lado opuesto, la zona oriental, el obelisco blanco que señalaba el lugar en el que el cable telegráfico se hundía en la tierra, se erguía como si se tratara de un blanco fantasma alzándose sobre la bahía y los tejados desiguales entremezclados con palmeras. El capitán Whalley repitió una vez más:

—Sofala. ¿Entiendes: Sofala, John?

Aquella vez el chino emitió un gruñido de asentimiento desde el fondo de su cuello desnudo. El frío, una brisa aguda, pareció abrirse paso entre el cálido aire de aquella tierra como si se tratara de la aguda cabeza de un alfiler clavado sobre una tela muy suave. El capitán Whalley no pudo evitar estremecerse un poco al poner el primer pie en el sampán que lo iba a llevar hasta el Sofala.

Cuando desembarcó en el muelle de vuelta, Venus enviaba una estela de oro suave sobre el fondeadero como si se tratara de una gema encastrada en la orilla del cielo. Sobre su cabeza, las altas bóvedas de las avenidas estaban oscuras y los globos de porcelana de las farolas tenían el aspecto de huevos gigantescos y luminosos, desplegados en una hilera cuyo extremo más lejano parecía descender casi hasta la altura de las rodillas. Se puso las manos a la espalda. Aún tenía que considerar con calma si se trataba de un paso conveniente antes de dar su palabra. Cada uno de sus pasos iba aplastando la grava. Habría sido más fácil saber o no si era conveniente si hubiese dispuesto de otra alternativa viable. No había duda de que se trataba de un trato decente; le hacía un favor a un hombre. De cuando en cuando su sombra iba saltando sobre los troncos de los árboles para extenderse a continuación en la hierba oblicua y oscura.

Y si era conveniente. ¿Acaso tenía otra salida? Le daba la sensación de haber perdido ya a esas alturas algo de sí mismo, como si le hubiese entregado a un

fantasma algo de su dignidad y su verdad sólo para poder sobrevivir. Pero se daba el caso de que la vida era necesaria, y la cruel pobreza cobraba el tributo de una humillación. No había duda de que Ned Elliott le había hecho sin saberlo un gran favor que jamás le habría podido pedir. Tenía la esperanza de que Ned no pensase que había ninguna intención oscura; lo más probable era que pensara que era un excéntrico o un loco. No sabía por qué le había contado toda la historia de aquel Massy. Tenía quinientas libras para invertir. Pensara lo que pensara, aquel barco necesitaba un capitán... «Y yo —pensaba Whalley— necesito un barco». Qué desagradable impresión le había producido aquel vapor vacío y oscuro, lleno de ecos...

Un vapor detenido era como una materia sin vida. Puede que un velero pareciera siempre dispuesto a saltar con el aliento del cielo incorruptible, pero un vapor con los fogones apagados, y que no recibe sobre cubierta los cálidos soplos de aire procedentes de la parte inferior, yace tan frío, inmóvil y sin pulso como un verdadero cadáver.

En medio de la sombría soledad de la avenida, tan negra en lo alto como iluminada por abajo, el capitán Whalley iba paseando sin dejar de considerar la conveniencia de seguir aquel camino, cuando topó con aquel pensamiento de la muerte. Lo apartó al instante con desagrado y desprecio, y casi se rio de él. Pensó en lo poco que necesitaba para mantener con alma aquel cuerpo que se había conservado fuerte a pesar del paso de los años. Aquel sólido armazón del padre no era una mala inversión para la pobre mujer. En cuanto al resto, no tenía duda de que el acuerdo debía ser lo más claro posible: las quinientas libras le tendrían que ser pagadas a ella íntegramente en el plazo de tres meses. Íntegramente. Hasta el último céntimo. Tenía claro que no iba a perder ni un céntimo del dinero de su hija, tenía que mantener un poco de dignidad y de respeto a sí mismo. Jamás había permitido que nadie tuviera una mala impresión de él. Pues bien, ahora tenía que pasar por aquel trance, pero era para salvaguardar el bien de ella. Al fin y al cabo, él jamás había dicho nada que fuera falso... y el capitán Whalley se sentía corrompido hasta el tuétano. Su propia prudencia mundana lo hizo reír con desprecio. Había algo claro: con un sujeto de aquella naturaleza, y con la peculiar relación que se iba a desarrollar entre los dos, no habría sido muy conveniente explicarle a fondo su situación. Aquel personaje no le caía bien. Le desagradaban sus arrebatos de locuacidad pretenciosa y sus explosiones cargadas de resentimiento. No era más que un pobre diablo, al fin y al cabo. No le habría gustado tener que estar en su piel. Los hombres no eran malos por naturaleza, pero le desagradaba su pelo lustroso, aquella forma que tenía de estar de pie dándole siempre un poco de lado con la nariz alzada y mirando siempre un poco por

encima del hombro. No. No se podía decir que los hombres fuesen malos en conjunto... En realidad sólo eran estúpidos o infelices.

El capitán Whalley ya había concluido su análisis sobre la conveniencia de dar o no aquel paso y todavía le quedaba la noche entera por delante. Cuando le daba la luz de lleno en la barba, brillaba como si se tratara de una coraza de plata que le cubriera hasta el corazón; en los espacios que había entre farola y farola, su cuerpo pasaba más inadvertido, y al entrar en la luz, volvía a adoptar dimensiones colosales y un aire tambaleante y misterioso. No, lo cierto es que los hombres no eran muy peligrosos y aquella sombra suya marchaba a su lado todo el tiempo, recortada a su izquierda y hacia delante. Algo que en Oriente siempre se ha considerado un mal presagio.

—¿No ves ese conjunto de palmeras, serang? —preguntó el capitán Whalley desde su butaca de puente del Sofala cuando empezaron a acercarse al bajío de Batu Beru.

—No, Tuan. Ya las veremos.

El viejo malayo iba vestido con un traje color azul y tenía sus huesudos pies clavados bajo el toldo del puente. Se puso las manos a la espalda y miró hacia lo lejos a través de las innumerables arrugas de las comisuras de sus ojos.

El capitán Whalley estaba inmóvil. Durante tres años, y en treinta y seis ocasiones, había avistado aquellas palmeras desde el sur. Sabía que se dejarían ver cuando llegara el momento. Gracias a Dios aquel barco seguía llegando a las escalas de su ruta tan puntual como un reloj. Al cabo de un rato preguntó de nuevo:

—¿Aún no?

—Deslumbra mucho el sol, Tuan.

—Estate atento, *serang*.

—Sí, Tuan.

Un hombre blanco se había subido desde cubierta por la escala en silencio y, sin dejar de escuchar aquella conversación, avanzó hasta el puente y allí se puso a dar vueltas de un lado al otro sosteniendo una pipa larga de madera de cerezo. El pelo negro le cruzaba aplastado en entecas el cráneo, tenía unas cejas espesas, la

cara amarillenta y una gran nariz amorfa. La barba clara no llegaba a ocultar el perfil de la mandíbula. Tenía un aire muy preocupado y cuando aspiraba por aquella boquilla negra y curva tenía un perfil tan terrible que ni siquiera el serang podía evitar el pensamiento de que había también ciertos blancos cuya presencia era de lo más desagradable.

El capitán Whalley se retrepó en su butaca pero sin dar mayor signo de haber advertido su presencia. El otro echaba pequeñas nubes de humo y dijo de pronto:

—Jamás entenderé esta manía que tiene, socio, de llevar a este malayo pegado a sol y sombra.

El capitán Whalley se levantó de la butaca con toda su imponente altura y se dirigió a la bitácora con tanta autoridad que el otro se tuvo que apartar al instante para dejarle paso, y se quedó con aspecto intimidado y la pipa entre las manos.

—Así me gusta, pase por encima de mí, si quiere —murmuró con una especie de perplejidad y luego añadió lentamente—, no soy ninguna basura... Como parece creer...

El serang dio un salto.

—Ya veo las palmeras, señor.

El capitán Whalley se acercó hasta la barandilla, pero, en vez de dirigir la mirada hacia aquel lugar en concreto, la dejó vagar de una manera irresoluta por el espacio: era la mirada segura y penetrante de los marinos; parecía haber descubierto una nueva ruta en aquel estrecho mar.

Otro blanco más llegó hasta el puente; se trataba del segundo. Un joven alto y delgado con un bigote parecido a los de los lanceros y una mirada más bien maliciosa. Se puso junto al maquinista. El capitán Whalley, dándoles todavía la espalda les preguntó:

—¿Qué velocidad marca?

—Ochenta y cinco nudos —contestó el segundo dándole un codazo al maquinista.

Las musculosas manos del capitán Whalley apretaban con fuerza la

barandilla y su mirada se mantenía fija en la distancia. Varias gotas de sudor se deslizaron bajo la gorra. Murmuró:

—*Serang*, cuando llegues a la posición adecuada, mantén el rumbo.

El malayo se dirigió hacia la parte de atrás en silencio y levantó el brazo para hacerle una señal al timonel. El timón giró hasta que quedó ajustado al movimiento del barco y el segundo le volvió a dar otro codazo al maquinista, pero aquella vez Massy se volvió hacia él.

—Señor Stern —respondió con violencia—, permítame que le diga algo como armador: está usted loco de remate.

VII

Stern bajó sonriendo afectadamente y sin mayor desconcierto, pero el maquinista Massy todavía estuvo paseando un buen rato por el puente con aire intranquilo. Todos los que estaban a bordo eran sus inferiores... todos sin excepción. Era él quien les daba la paga y quien los alimentaba. Ellos eran los que se comían su pan y se gastaban su dinero sin habérselo ganado, los que no se preocupaban nunca de nada mientras que él se enfrentaba en soledad a todas las dificultades de un armador. Cuando se paraba a pensar en la amenazante situación en la que se encontraba, le daba la sensación de que estaba rodeado de parásitos desde hacía años; todo lo relacionado con el Sofala le parecía nauseabundo, todo menos, quizá, los fogoneros chinos que lo mantenían en funcionamiento. Eran los únicos cuya utilidad era indiscutible: eran una extensión visible de la propia maquinaria.

Cuando caminaba por las cubiertas, empujaba con el hombro a cualquiera que se atreviera a cruzarse en su camino, pero los marineros malayos habían aprendido ya a apartarse a tiempo. Estaba obligado a soportar su presencia para que se encargaran de toda la parte manual del barco. Él se encargaba de luchar y organizar las cosas para que el Sofala se mantuviera a flote... ¿y qué recibía a cambio? Ni siquiera algo de respeto. No habrían podido agradecerse lo bastante ni aunque todos sus pensamientos y acciones hubiesen estado dirigidos a ese fin. Llegados a aquella época, quedaba ya muy atrás la simple vanidad de la posesión y la vanagloria del poder; lo único que le quedaba ahora eran problemas materiales, el miedo de perder aquella posesión que tampoco parecía merecer ya mucho la pena y una ansiedad mental que ya no parecía capaz de apaciguar nada relacionado con los hombres.

Se dedicaba a pasear de un lado al otro porque, al fin y al cabo, aquel puente era suyo. Él lo había pagado. De vez en cuando se detenía para escuchar el murmullo profundo y concentrado, como un golpeteo, de las máquinas (sus máquinas), y el chirriar de las cadenas del timón sobre el fondo constante que provocaba el agua al rozar contra los flancos de la embarcación. Si no hubiese sido por esos ruidos, le habría dado la sensación de que el barco estaba totalmente inmóvil, como si estuviese amarrado al muelle, y tan silencioso como si no hubiese sobre él ni una sola criatura viviente. Sólo la costa, aquella costa baja de barro y

mangles con tres palmeras que formaban un pequeño ramo, se distinguía cada vez con mayor precisión en una alargada silueta en la que ninguno de los rasgos llamaba demasiado la atención. Los pasajeros nativos del Sofala estaban tirados en las hamacas bajo los toldos, y el humo de la chimenea parecía la única señal de vida, porque de algún modo se relacionaba con lo único que estaba en movimiento.

A través de aquellas aguas poco profundas del bajío, el capitán Whalley y el malayo que estaba a su lado, como si fuesen un gigante ayudado por un sirviente pigmeo, dirigían el barco hacia su destino.

Resultaba un poco difícil de franquear aquella especie de cresta de barro que la corriente había ido arrancando al lecho del río y que iba amontonando fuera, en la zona del mar. Como la zona fluvial carecía de señales distintivas, se hacía necesario rastrear la posición del punto de travesía tomando como referencia las montañas del interior. Era necesario encontrar una forma aplanada y de cima desigual, parecida a una muela, y otra más suave, como una silla de montar, entre la enorme luminosidad sin nubes que parecía deslizarse como una especie de niebla seca, cuidando las distancias y con los ojos abrasados por el resol. En aquel velo de luz, lo único que se distinguía claramente era la costa de un color cercano al del negro azabache y de una solidez opaca e inmóvil. A unos cincuenta kilómetros de distancia, la sierra se extendía en el horizonte con perfiles y formas azules, lánguidos y vagos como un fondo de gasa sobre la textura móvil y ondulante de una cortina impalpable tendida hasta el llano del suelo fluvial y la entrada del estuario; se mostraban con sus destellos brillantes como pedazos de plata engastados y recortados con formas cuadradas sobre el suelo de aquella tierra cubierta de mangles.

En la parte delantera, el pigmeo y el gigante se dirigían el uno al otro con murmullos tranquilos y continuados. Massy estaba tras ellos con expresión inquieta y angustiada. Tenía los globos oculares perfectamente petrificados y daba la sensación de haber olvidado por completo que tenía una pipa en la mano.

En la cubierta que había frente al puente, y cubierta por la blanca pendiente de los toldos, uno de los marineros locales se acababa de subir a la batayola. Se puso a toda prisa una banda blanca por debajo de los sobacos y se colgó de ahí sobre el agua. Aquella leve manga de la camisa de algodón dejaba al descubierto un brazo moreno y de formas llenas, con una piel tan suave que parecía la de una mujer. Agitaba aquel brazo con el gesto rotativo y amenazante de quien se dispone a tirar una piedra con una honda. Aquel peso de seis kilos silbó en el aire hasta que

salió disparado de pronto hasta la altura de la proa. La sirga zumbó en el aire como una tela de araña al pasar entre los dedos morenos de aquel hombre, y el plomo hirió fugazmente el agua dorada al caer cerca del casco del buque. Tras un pequeño intervalo, el mismo malayo que había alzado el brazo anunció en su lengua la profundidad a la que se encontraba el fondo.

—*Tiga stengah* — gritaba después de cada lanzamiento, y tras una pausa en la que recogía la sirga para lanzarla de nuevo.

«*Tiga stengah*» significaba «tres brazas y media», lo que daba una altura de unos seis metros. Desde alta mar había una distancia de aproximadamente una milla náutica en la que la distancia era relativamente uniforme hasta que se llegaba al bajío.

—Tres y media, tres y media, tres y media. —Aquel grito modulado y repetido, tan común como el reclamo de un pájaro, parecía quedar suspendido entre los rayos del sol y desaparecer en el implacable silencio del mar y de la costa sin vida que se extendía abierta de norte a sur, este y oeste, sin que la perturbaran la sombra de una sola nube ni el susurro de voz alguna.

El propietario maquinista del Sofala estaba allí entre dos marineros de distinta raza, credo y color. El europeo aún conservaba aquel armazón que parecía capaz de resistir todos los embates del tiempo, y el malayo lo mismo, pero como si se tratara de una pequeña hoja arrancada de un árbol y depositada junto al gigante por poco más que un efecto caprichoso del viento. Los dos estaban muy ocupados en mirar hacia la costa y Massy, que estaba a sus espaldas, parecía interpretar aquella atención como una especie de menosprecio deliberado hacia su persona.

Es cierto que era irracional, pero también que llevaba ya muchos años viviendo en aquel mundo mental de resentimientos irracionales. Finalmente, y tras pasarse la mano por las clareadas vetas del pelo que quedaban por encima de su cráneo amarillo, empezó a decir lentamente:

—¡Y todavía le hace falta un sondeador! Supongo que eso es lo que se lleva ahora en los buques correo. ¿Es que no le basta con mirar a tierra para saber por dónde debe ir? Con menos de doce meses en esta ruta yo ya le tenía totalmente cogido el truco... Y eso que no soy más que el maquinista. No me hace falta ni moverme de aquí para decirle dónde se encuentra el bajío, y también le podría decir cómo no meter el barco en el barro, aunque supongo que usted consideraría esas cosas como una interferencia. Y ahí está ese acuerdo que firmamos en el que

dice que no debo interferir.

Se calló. El capitán Whalley ni siquiera se inmutó, sus rasgos permanecieron perfectamente tranquilos hasta que se acercó a su ayudante para preguntar:

—¿Estamos cerca, serang?

—Muy cerca, Tuan —respondió rápidamente el malayo.

—Lo más lento posible —dijo el capitán con voz firme y bien clara.

El serang dio una palmada en el mango del telégrafo y sonó un gong en la parte inferior. Massey lanzó un gruñido despreciativo y se llevó su calva bajo la lumbrera de la sala de máquinas.

—Puede que las máquinas estén haciendo algo raro, Jack —susurró. El espacio que contemplaba era hondo y muy oscuro, y los destellos grises del acero parecían opacos en comparación con los reflejos del sol alrededor del barco. Recibió en el rostro un golpe de aire caliente y denso. Desde el fondo llegó algo parecido a un ruido gutural al que habría sido imposible encontrar una explicación. Era la forma en la que el jefe respondía a su segundo maquinista.

Se trataba de un hombre de mediana edad y carácter disperso, aparentemente tan distraído en su atención por las máquinas que casi parecía haber perdido la facultad del habla. Si alguien se dirigía directamente a él lo único que hacía era responder con un gruñido o una exclamación inarticulada, dependiendo de la distancia a la que se encontrara. En todos los años que llevaba en el Sofala nadie recordaba siquiera que hubiese intercambiado un buenos días con nadie de la tripulación. No parecía siquiera que hubiera advertido que por el mundo caminaba la gente; no veía a nadie. Cuando estaba en tierra fingía no ver a sus compañeros. Durante las comidas (los cuatro blancos compartían la mesa), se pasaba todo el rato mirando su plato con indiferencia y en cuanto terminaba se ponía en pie de un salto y se lanzaba escaleras abajo como si de pronto le hubiese dado la sensación de que alguien había robado las máquinas en su ausencia. Cuando el Sofala hacía escala en alguno de los puertos, él desembarcaba siempre sin que nadie supiese adónde iba ni en dónde pasaba la noche. En la flota costera circulaba todavía la leyenda de que, en cierta ocasión, había tenido pretensiones sentimentales por la mujer de un sargento de regimiento de la infantería irlandesa, pero aquel regimiento ya había cubierto hacía siglos su servicio y se había marchado hasta la otra punta del globo sin que nadie tuviera más noticias suyas.

En el transcurso de un año se le iba la mano con la bebida en una media de dos a tres veces. Cuando eso ocurría, regresaba a bordo a una hora más temprana de lo habitual, recorría toda la extensión de la cubierta con los brazos abiertos como un equilibrista paseando a lo largo de la cuerda floja, cerraba la puerta del camarote y se ponía a charlar y a discutir consigo mismo en todo tipo de tonos diferentes y durante toda la noche. Alternaba burlas y lamentos con inagotable tenacidad. En el camarote contiguo, Massy se incorporaba sobre el codo y se daba cuenta en esos momentos de que su ayudante se acordaba a la perfección de los nombres de todos los blancos que habían pasado por el Sofala a lo largo de aquellos años. Recordaba los nombres de los que habían fallecido, de los que habían regresado a Inglaterra, de los que se habían marchado a América; el alcohol le hacía recordar los nombres de ciertos marineros cuya relación con el barco había sido tan breve que Massy había olvidado por completo las circunstancias en que se habían enrolado y, por descontado, también sus rostros. La voz ebria del otro lado de la pared demostraba en esos momentos un ingenio sobresaliente para la maldad en multitud de comentarios ingeniosos y en invenciones escandalosas. Daba la sensación de que no hubiese habido ni uno solo que no lo hubiese ofendido de alguna manera y que verlos marcharse fuera para él una suerte de venganza. Musitaba por lo bajo, se reía con desprecio e iba aplastándolos a todos, uno tras otro, menos a Massy, su jefe, de quien solía hablar con una admiración desprovista de malicia. «¡Vaya un tipo astuto! No es habitual cruzarse con hombres como él. No hay más que mirarlo, ¡ja! ¡Y vaya una suerte! ¡Un barco de su propiedad! Él no tiene peligro de que le vayan mal las cosas». Massy escuchaba todas aquellas alabanzas con una sonrisa triunfal, hasta que comenzaba a golpear la pared con el puño y gritaba:

—¡A callar, loco inmundo! ¿Es que te has propuesto no dejarme dormir o algo parecido?

Pero aquella sonrisa triunfal no se le borraba de los labios. En el exterior, el pobre y solitario marinero al que le había tocado la guardia del puerto seguía inmóvil, escuchando la cháchara interminable del borracho. El corazón le debía latir más rápido por el respeto que le imponían los blancos, aquellos hombres tan obstinados y poco lógicos que perseguían siempre fines inexplicables... Esas criaturas a las que la naturaleza había dado un tono de voz tan extraño y que se movían por sentimientos imposibles de descifrar y razones igualmente inescrutables.

VIII

Tras la brusca respuesta de su segundo, Massy estuvo durante un rato inclinado sobre la sala de máquinas con aire pensativo. Cualquiera habría podido pensar que el capitán Whalley llegaba por primera vez a aquella costa a la que llevaba navegando ya tres años por obra y gracia de las quinientas libras. Parecía incapaz de retirar los prismáticos de sus ojos, era como si se los hubiesen incrustado. Aquel ceño torvo le daba a su rostro una severidad temible, pero el codo levantado le temblaba casi imperceptiblemente, y el sudor comenzaba a caer a chorros por debajo de la gorra, como si un segundo sol se hubiese alzado para situarse junto al que ya estaba en su cenit, y bajo cuyo calor ya se compactaba la tierra como una mota de polvo.

De cuando en cuando, y sin retirar los prismáticos, alzaba la otra mano para limpiarse el sudor de la frente. Las gotas le resbalaban también por las mejillas y caían, como si se tratara de lluvia, por el canoso pelo de su barba. De pronto, como asediado por un incontrolable impulso, hizo sonar el pulsador del telégrafo de la sala de máquinas.

El gong sonó en la parte de abajo. Se detuvo la vibración monótona de la velocidad mínima y también lo hizo con ella todo el sonido y el temblor del barco. Daba la sensación de que toda la quietud que aplanaba la costa hubiese penetrado también por aquellos flancos de acero para dominar hasta el más recóndito de sus rincones. La ilusión de inmovilidad cayó también desde lo alto de la luminosa cúpula azul, en la que no había ni una sola mancha. Hasta la misma brisa provocada por el movimiento del barco se detuvo, como si el aire se hubiese vuelto demasiado espeso para moverse. También se detuvo el leve silbido del agua en la proa. Aquel casco estrecho y alargado se aproximaba silenciosamente a las aguas poco profundas del bajío. La zambullida de la sonda y el grito sordo del marinero se producían a intervalos cada vez más largos. Los hombres que estaban en el puente contenían la respiración. El malayo que hacía de timonel no retiraba la mirada de la rosa de los vientos, y el serang la mantenían en la costa.

Massy abandonó la lumbrera y regresó con pasos torpes hasta el mismo lugar que había ocupado antes. Una sonrisa lenta y sardónica hizo visible una larga hilera de dientes blancos que brillaban bajo aquella sombra del toldo como

las teclas de un piano en una habitación en penumbra. Finalmente, y como si sólo estuviera hablando consigo mismo, dijo en voz no muy alta:

—Habría que parar ya las máquinas. Quién sabe lo que viene a continuación.

Esperó unos instantes con la cabeza baja y mirando de soslayo. Luego habló un poco más alto:

—Si me atreviera a hacer un comentario absurdo, probablemente diría que no tiene usted agallas para...

Pero en ese instante, el marinero que lanzaba la sonda se excitó tanto como si se hubiese apoderado de su alma un fantasma que hubiese estado vagando insospechadamente en medio de la calma de aquella costa. La monotonía de su grito se transformó de pronto en un grito sonoro y agudo. La sonda volaba sólo tras haber dado una vuelta, la cuerda silbaba todo el tiempo y las zambullidas eran cada vez más numerosas. El agua se estaba haciendo poco profunda y el marinero empezó a cantar los resultados de los sondeos por pies.

—Quince pies. Quince. Catorce pies. Catorce pies...

El capitán Whalley bajó el brazo con el que estaba sosteniendo los prismáticos y, mientras descendía como por su propio peso, no se movió ni una minúscula fracción de su cuerpo. Aquellos gritos alarmados parecían alcanzarlo tanto como si estuviese sordo.

Massy escuchaba con atención y estaba completamente inmóvil con la mirada fija en la nuca plateada y cortada a cepillo. Si no hubiese sido por el gradual descenso de la distancia que había bajo la quilla, habría dado la sensación de que el barco ni siquiera se estaba moviendo.

—¡Trece pies! ¡Trece! ¡Doce pies! —seguía gritando ansiosamente el marinero de la sonda bajo el puente. El serang se apartó de pronto para echar un vistazo por la borda.

Parecía un muchacho de catorce años, con aquellos hombros estrechos, aquel traje azul de algodón, aquel viejo sombrero de fieltro calado hasta las orejas y aquellas escuálidas piernas. Todavía quedaba algo de su pretérita curiosidad infantil en la forma en la que miraba cómo se expandían las volutas amarillas que surgían sobre la superficie del agua como nubes que estuviesen evolucionando

ante el cielo insondable. No le asombró verlo en absoluto. No le cabía duda de que la quilla del Sofala tenía que estar levantando limo en ese momento y por aquella razón se había asomado a mirar por la borda.

Aquellos ojos penetrantes y oblicuos incrustados en aquel rostro chino, como si alguien los hubiese tallado sobre una firme madera de roble, ya le habían avisado de que el barco no había hecho una aproximación adecuada al bajío. En su momento, había sido despedido del Fair Maid junto al resto de la tripulación en cuanto se formalizó la venta y había estado vagabundeando por el puerto con su traje gris y su viejo sombrero de fieltro hasta que un día, al saber que el capitán Whalley iba a contratar una nueva tripulación para el Sofala, salió discretamente a su encuentro con los pies desnudos y mirando hacia lo alto sin decir una palabra. Su viejo capitán había posado sobre él la mirada bien dispuesto —aquél sin duda había sido un día de suerte—, y media hora más tarde ya estaban inscribiendo su nombre en el registro como serang del Sofala. Desde aquel día había escudriñado con atención más de una vez aquel estuario desde aquel mismo puente y desde aquel mismo lado del bajío. Los datos del mundo visible caían sobre su cerebro como la luz sobre una placa fotosensible. Tenía un tipo de conocimiento absoluto y preciso, pero si alguien le hubiese pedido su opinión, y sobre todo si lo hubiesen hecho de la manera alarmante y frontal en que lo solían hacer los blancos, él habría contestado con la vacilación propia de la ignorancia. Estaba convencido de los hechos, pero en muchas ocasiones esa convicción temblaba ante la duda de si agradaría o no como respuesta. Cincuenta años antes, y en el corazón de una pequeña aldea de la jungla, su padre (que había muerto sin haber contemplado en toda su vida ni un rostro blanco) había vaticinado, con ayuda de las estrellas que pueden determinar con precisión el futuro de los hombres, a alguien que sería experto y sabio en astrología. Su destino fue finalmente el de prosperar en la mar gracias a los favores de varios hombres blancos. Había fregado cubiertas de buques, había sido timonel, pañolero y finalmente había acabado siendo serang. Su mente sencilla era todavía incapaz de adivinar los procesos de las mentes de aquellos a los que servía, de la misma forma que ellos eran incapaces de atravesar la corteza de la tierra para adivinar la verdadera naturaleza de su corazón, que no sabían si era de fuego o de piedra. De lo que no tenía ninguna duda era de que el Sofala estaba fuera del camino correcto para cruzar el bajío de Batu Beru.

El error no era grave. Era imposible que el barco estuviera más de dos veces su propia longitud al norte del paso correcto y cualquier otro blanco (tan improbable era que el capitán Whalley se hubiese equivocado por ignorancia, falta de oficio o descuido) se hubiera visto casi obligado a atribuirlo a un fallo de los propios sentidos. Aquél era el sentimiento que hacía que Massy permaneciera

inmóvil, mostrando los dientes en esa especie de angustiada sonrisa. No sucedía lo mismo con el serang. No tenía ninguna desconfianza de lo que percibían sus sentidos. Si el capitán tenía deseo de remover un poco el lodo, por él no había inconveniente. Durante sus años en el mar había tenido ocasión de ver adoptar a los blancos salidas mucho más extrañas que aquélla. Lo único que le interesaba era saber qué iba a suceder a continuación. Tras un rato, y aparentemente satisfecho, se alejó de la barandilla.

A pesar de que no había hecho ninguna señal, el capitán Whalley había estado observando atentamente todos los movimientos de su serang. Mantuvo la cabeza rígida y le preguntó con un casi imperceptible movimiento de labios:

—¿Seguimos avanzando, serang?

—Un poco más, Tuan —respondió el malayo, y a continuación añadió como si nada—: ya hemos pasado.

La sonda le dio la razón; a medida que la iban lanzando una y otra vez, la profundidad fue creciendo más y más. El marinero colgado junto al flanco del Sofala fue perdiendo también poco a poco su excitación. El capitán Whalley hizo retirar la sonda y poner en marcha las máquinas sin prisa. Apartó la mirada de la costa por primera vez y le ordenó al serang que se mantuviera el rumbo por el centro de la entrada a aquella misma velocidad.

Massy se propinó una sonora palmada en las caderas.

—Acaba de rozar el banco. Eche un vistazo a popa y lo verá. Mire el rastro que hemos dejado, se ve perfectamente. ¡Sabía que iba a hacer eso! ¿Por qué? ¿No quiere decirme por qué demonios lo ha hecho? Estoy convencido de que lo único que quería era asustarme.

Hablaba lenta y seriamente sin apartar ni un instante sus ojos negros del capitán. Aquella ira creciente tenía también algo de lamento, pues por encima de todo prevalecía la sensación de haber sufrido un mal sin merecerlo y eso le hacía odiar a aquel hombre que, en virtud de sus quinientas libras, le reclamaba ahora la sexta parte de sus beneficios, según el contrato que habían firmado por tres años. Cada vez que el resentimiento se hacía más grande que el respeto que sentía por el capitán Whalley, se quejaba de la misma manera furiosa y chillona.

—Ya no sabe qué hacer para amargarme la vida. Jamás habría imaginado que un hombre como usted pudiera rebajarse a...

Allí se callaba, casi esperanzado y con timidez, porque el capitán Whalley había hecho un movimiento minúsculo en la butaca del puente. Tal vez esperaba una señal de reconciliación, o que se levantara de una vez para sacarle a patadas del puente.

—Me maravilla —continuó enseñando los dientes y sin sonreír—. Y la verdad es que ya no sé qué pensar. Ha estado a punto de dejar encallado el barco en la arena doce horas, eso por no comentar que las máquinas se habrían llenado de barro. En esta situación ningún barco puede permitirse el lujo de perder doce horas en ruta... y eso es algo que usted debería saber más que de sobra... y a pesar de saberlo perfectamente...

Todo aquel histrionismo, su forma de mover el cuello hacia un lado y las torvas miradas que le hacía de reajo parecían no afectar lo más mínimo al capitán Whalley, que seguía mirando a cubierta con el ceño fruncido. Massy esperó todavía un poco y a continuación prosiguió con sus lastimeras amenazas:

—Usted se ha creído que me tiene atado de pies y manos por el acuerdo aquel que firmamos, se ha pensado que puede hacer conmigo lo que quiera. ¡Ja! Recuerde que todavía le quedan seis semanas por cubrir y ahí hay tiempo de sobra para que le despida antes de que se cumplan los tres años. Todavía hay tiempo suficiente para que haga usted algo que me dé la oportunidad de despedirle y hacerle esperar otro doce meses antes de recuperar su dinero, antes de que se despida y me deje sin un céntimo para renovar las calderas del barco. Sólo con pensarlo ya disfruta usted, ¿verdad? Casi puedo verle frotándose las manos. Se cree que ha vendido su alma por quinientas libras sólo por el placer de verme condenado eternamente...

Se detuvo en ese punto sin nerviosismo aparente y continuó sin gritar:

—... con todas mis calderas deshechas y al borde de la inspección, capitán Whalley... Y lo que yo me pregunto es qué piensa hacer usted con ese dinero. En alguna parte tiene que tener usted guardado un tesoro. Es evidente que un hombre como usted tiene que ser rico. No soy ningún tonto, capitán Whalley... socio...

Se detuvo una vez más, aparentemente de forma definitiva. A continuación se pasó la lengua por los labios y le echó un vistazo al serang que estaba a su espalda y que dirigía el barco con breves susurros y tranquilos movimientos de la mano.

La estela de la hélice iba dibujando unas circunferencias de barro que quedaban coronadas al final por una cresta de espuma. El Sofala había entrado ya en el río y la huella que había ido dejando sobre el bajío quedaba ya a una milla de distancia; el mar vacío y calmo también había quedado atrás, bajo la resplandeciente desolación vertical de los rayos del sol. A los dos lados del barco crecían los retorcidos manglares sobre las orillas y Massy insistía en aquel tono suyo, como si alguien le diese cuerda en momentos insospechados y eso lo forzara a soltar abruptas y bruscas peroratas.

—Si alguien me ha sacado todo lo que le ha dado la gana, ése ha sido usted, capitán, no me da ninguna vergüenza reconocerlo. ¡Ea, ya lo he dicho! ¿Qué más quiere? ¿O es que no es suficiente con eso para alimentar un orgullo como el suyo, capitán Whalley? Usted ha conseguido dominarme desde el principio, y cuando echo la mirada atrás por un instante, veo que todo cuadra a la perfección. Me permitió usted incluir aquella cláusula sobre la intemperancia sin decir nada, sólo en el momento en que yo indiqué que aquello debía de quedar en negro sobre blanco. ¿Qué podía adivinar yo entonces de sus defectos? Por lo general, todo el mundo tiene alguna debilidad. ¡Y bueno! Descubro de pronto, en cuanto llega a bordo, que desde hace años lo único que ha bebido usted es agua.

De nuevo se interrumpieron sus chillidos. Dedicó un segundo a pensar a la manera de los hombres que son malvados pero que no tienen el auxilio de la inteligencia. Le parecía inusitado que el capitán Whalley no se riese de la expresión de disgusto que colmaba a aquella criatura pesada y amarillenta. Pero lo cierto era que el capitán Whalley ni siquiera había alzado la mirada. Seguía sentado en su butaca, perfectamente inmóvil y digno.

—La verdad es que no me ha servido de mucho —continuó Massy con su monótono quejido— haber incluido una cláusula de despido por intemperancia a un hombre que sólo bebe agua. Y aun así usted se fingió muy contrariado cuando leyó el contrato aquella mañana en el despacho del abogado... Capitán Whalley, tenía usted un aspecto tan derrotado que estaba convencido de que le había dado a usted justo donde más le dolía. Jamás tendrá un armador suficientes precauciones cuando contrata a un capitán. Y en este momento usted tendría que estar riéndose a carcajadas en su interior... ¿Es que no piensa decir nada?

Lo único que había hecho el capitán Whalley era mover levemente los pies. La mirada de soslayo de Massy era el colmo de la animosidad.

—Pero no olvide que había otros tres motivos legítimos de despido. La

negligencia habitual, que significaría lo mismo que la incompetencia, y cualquier otra grave negligencia persistente a la hora de realizar sus obligaciones. No se crea que soy tonto. Últimamente ha estado usted muy poco atento... Todo lo deja en manos de ese *serang*. Ya he comprobado en muchas ocasiones cómo permite que sea ese malayo loco el que dé las órdenes a bordo como si se creyera usted demasiado importante como para atender personalmente a su trabajo. ¿Y cómo describiría usted la estúpida forma en la que casi nos acabamos de quedar atrapados en ese bajío? Si de verdad cree que voy a tolerar esa actitud sin tomar decisiones...

El segundo, Sterne, intentaba no perder ni una palabra de aquel monólogo con los codos apoyados en la escalerilla de la parte de popa del puente. No paraba de guiñarle el ojo al segundo maquinista, que había subido un instante y que estaba en la escotilla de la sala de máquinas. Se limpió las manos con un trapo de algodón y se puso a mirar indiferente a derecha e izquierda hacia la orilla del río, que se deslizaba rápidamente junto al flanco del Sofala.

Massy se dio media vuelta hacia la butaca y el sonido de sus gritos volvió a sonar amenazante.

—Tenga mucho cuidado conmigo porque aún puedo despedirle, puedo congelarle el sueldo durante un año y...

De pronto se le ahogó la voz ante aquel hombre inmóvil y solemne cuyo dinero le había salvado justo a tiempo de una ruina segura.

—No lo digo porque desee que se vaya usted —comenzó de nuevo en un tono distinto, casi insinuante—, lo que más me gustaría de este mundo es que pudiésemos ser amigos y volviésemos a firmar un nuevo acuerdo si acepta aportar doscientas libras más para renovar las calderas, capitán Whalley. Ya se lo he dicho otras veces, este barco necesita con urgencia unas nuevas calderas, lo sabe tan bien como yo. ¿Lo ha pensado desde la última vez que se lo comenté?

Esperó un instante. Se podía ver el delgado tallo de la pipa con la cazoleta gruesa colgando de sus gruesos labios. Se le había vuelto a apagar. Se la quitó de la boca y se retorció las manos.

—¿O es que no me cree? —dijo metiéndose la pipa en el bolsillo de aquella chaqueta negra, tan vieja que brillaba—. ¡Esto es lo mismo que tratar con el diablo! ¿Por qué no me contesta? Al principio se dirigía usted hacia mí con tanta altivez

que tenía miedo de caminar en mi propio barco. Ahora ni siquiera consigo arrancarle una palabra. Finge que ni me ve. ¿Qué significa eso? Le aseguro que me está empezando a dar cierto miedo ese truco del sordomudo. ¿Qué pensamientos bullen en esa cabeza suya? ¿Con quién conspira que no le permite decir ni una palabra? Jamás me convencerá de que no sabe de dónde sacar un par de cientos de libras. Ha conseguido usted que maldiga el mismo día en que nací...

—Señor Massy —dijo el capitán Whalley de pronto y sin inmutarse. El maquinista casi dio un salto—, si es así como dice, le ruego que me perdone.

—Estribor —murmuró el serang al timonel y el Sofala comenzó a virar para encarar el segundo tramo del río.

—¡Vaya! —exclamó Massy—, me acaba de dejar sin aliento. ¿Qué le ha hecho venir hasta aquí? ¿Por qué vino aquella noche a tentarme con su dinero y sus altivas palabras? No he dejado nunca de preguntarme por sus motivos. Usted se me ha pegado al cuerpo para tener una situación cómoda y vivir a mis expensas. ¿No es así? Siento que es usted la persona más miserable de este mundo, o si no...

—No, sólo soy pobre —interrumpió el capitán Whalley como si fuese de piedra.

—Quieto ahí —murmuró el serang y Massy se alejó acariciándose la barbilla.

—No me lo creo —dijo con rotundidad y el capitán no respondió con ningún movimiento—. Usted está ahí sentado como un buitro satisfecho... exactamente igual que un buitro...

A continuación contempló la corriente del río y las dos orillas con una mirada ciega, circular e indiferente y abandonó el puente despacio y sin decir una palabra más.

IX

Cuando se dio la vuelta para bajar, Massy perdió de vista la cabeza de Sterne, el segundo, con su sonrisa sardónica, su bigote rojo y sus ojos brillantes.

Sterne había sido suboficial en una de las navieras más importantes antes de unirse al Sofala. Había dejado el puesto por «una cuestión de principios básicos». Se quejaba de que la promoción era demasiado lenta en el trabajo y decía que ya había llegado la hora de conseguir algo en la vida. Le daba la sensación de que nadie iba a morirse nunca ni a dejar la firma, que todos estaban encadenados a sus puestos y tenían previsto pudrirse de aquella forma y tenía miedo de que cuando se produjesen vacantes los que habían prestado los servicios a la empresa no iban a ser recompensados como se merecían. Por si fuera poco, el capitán a cuyas órdenes estaba, el capitán Provost, era un hombre totalmente irracional al que había caído mal sin saber por qué. Seguramente por mostrarse demasiado celoso en sus obligaciones. Cuando hacía algo mal aguantaba todas las reprimendas como un hombre, pero a cambio pedía que cuando se dirigían a él lo hiciesen también como a un hombre y no como a un perro. En cierto momento le pidió con franqueza al capitán Provost que le explicase qué delito había cometido y el capitán había respondido con el mayor de los desprecios que si tanto le disgustaba la forma en la que se dirigía a él allí tenía la pasarela y que podía cruzarla cuando llegaran al siguiente puerto. Todo el mundo sabía cómo era el capitán Provost y no habría servido de nada quejarse en las oficinas de la firma. El capitán tenía demasiada influencia. Aun así tenían de él muy buenas referencias. En ese momento decidió que nada en el mundo podía cerrarle el paso y como había recibido la noticia de que el segundo del Sofala había ingresado en el hospital por una insolación pensó que no perdía nada por intentarlo.

Se presentó frente al capitán Whalley recién afeitado, colorado, enjuto y sacando y el poco pecho que tenía y contó su historia con seguridad y hombría. De cuando en cuando parpadeaba y se atusaba los extremos de un generoso bigote. Tenía unas cejas rectas y espesas de color castaño y la franqueza de su mirada parecía estar al borde del descaro. El capitán Whalley le había hecho un contrato temporal al mismo tiempo que había enviado un médico a casa del otro pero al final se había quedado otro viaje, y luego otro más. Por fin había conseguido que lo hiciesen fijo y cumplía con sus obligaciones con un aire de aplicada concentración.

En cuanto alguien le dirigía la palabra él sonreía atentamente y todo en su actitud mostraba signos de una gran deferencia. Aun así, aquel parpadeo que no lo abandonaba jamás tenía algo de perturbador, era como si poseyera el secreto de algún truco universal desconocido para el resto de los mortales.

Con gravedad, y sin dejar de sonreír, contempló a Massy bajar peldaño a peldaño, y cuando el primer maquinista llegó a la cubierta le salió al encuentro y se vieron cara a cara. Eran de estatura similar, pero rotundamente distintos, y se enfrentaban como si hubiera algo pendiente entre los dos... algo más que la sencilla franja de luz solar que caía por el amplio espacio que había entre los dos toldos como si se tratara de una corriente, algo profundo y vago, inabarcable, una comprensión mutua no expresada, un secreto o cierto tipo de miedo.

Finalmente, Sterne entrecerró los ojos, echó hacia delante la barbilla de su suave perfil, tan colorada como el resto de su cara, y dijo:

— ¿Ha visto cómo lo ha rozado? ¿Lo ha visto?

Massy, sin molestarse en levantar siquiera la cabeza de rostro amarillento y en el mismo tono, replicó:

— Puede ser. Pero si hubiese sido usted quien hubiese estado capitaneando el barco lo más probable es que ahora nos encontrásemos encallados en el lodo.

— Perdone que no le dé la razón, señor Massy. Le ruego que al menos me permita llevarle la contraria. Claro que como usted es armador puede decir todo lo que le dé la gana en su barco, eso es cierto, pero le suplico que...

— ¡Quítese de mi camino!

El otro sintió una especie de arranque como provocado por toda aquella irritación contenida, pero se quedó inmóvil en el lugar. La mirada de Massy seguía vagando de izquierda a derecha como si toda la cubierta alrededor de Sterne estuviese cubierta de huevos y ara no pisarlos estuviese tratando de encontrar lugares en los que poder poner el pie a toda prisa. Finalmente él tampoco se movió, aunque no por falta de sitio.

— Le he oído decir ahí arriba —prosiguió el segundo—, y me parece una observación muy acertada, que todos tenemos nuestro punto débil.

— El suyo es escuchar detrás de las puertas, señor Sterne.

—Si me presta atención un segundo, señor Massy, me gustaría...

—Es usted un falso —interrumpió Massy en el acto y, antes de que pudiese replicar nada, añadió—: un falso de la peor especie.

—¿Pero qué quiere usted de mí, señor? Quiere...

—Quiero... quiero... —remedó Massy entre furioso y sorprendido—. ¿Qué es lo que quiero? ¿Cómo sabe usted lo que quiero yo? ¿Cómo se atreve? ¿Qué es lo que pretende?

—Que me ascienda. —Sterne consiguió callarlo de pronto con aquella rápida presunción. Las mejillas del maquinista temblaron de pronto pero añadió luego con mucha tranquilidad:

—Pues lo único que ha conseguido es calentarme la cabeza.

Sterne replicó con una confiada sonrisa.

—Conozco a un tipo que se dedica a los negocios (que ahora tiene un puesto de jefe) y me dijo que era así como tenían que hacerse estas cosas. «Ponte siempre delante», solía decir, «siempre a la vista de tu jefe. Siempre que tengas oportunidad, ponte en medio y enséñale lo que sabes hasta que esté cansado de verte». Ése fue el consejo que me dio y para mí aquí no hay más jefe que usted, usted es el propietario y a mi juicio nada vale más que eso. ¿Lo entiende usted señor Massy? Lo único que quiero es progresar. Y ya ve que soy de los que no lo esconden. Nosotros somos la gente que acaba resultando más útil, señor mío, ¿o es que me piensa decir usted que ha llegado hasta donde ha llegado sin darse cuenta de eso?

—Hartar al jefe para ascender —repitió Massy sobrecogido por la irreverente originalidad de la idea—. Pues lo cierto es que no me extrañaría nada que los del Blue Anchor le hubiesen echado a usted precisamente por esa razón. ¿De modo que ésa es su idea del triunfo? Pues a mí me da la sensación de que como no se ande con un poco más de cuidado los resultados por aquí no van a ser muy distintos, se lo puedo asegurar...

Sterne agachó la cabeza pensativo cuando oyó aquellas palabras y clavó la mirada en cubierta. Durante la última época todos los intentos de establecer una relación de intimidad con su jefe habían acabado siempre en aquel siniestro lugar de la amenaza de despido y no había nada como una amenaza de despido para

producir un silencio lleno de pensamientos. Ya no estaba seguro de que hubiese llegado el momento de arriesgarse. En ese instante en que pareció haberse tragado su propia lengua, Massy aprovechó para levantarse y pasar a su lado tratando de golpearle el hombro sin conseguirlo. Sterne lo consiguió evitar apartándose a tiempo. En el último instante se volvió como si quisiera gritarle algo al maquinista pero después de abrir desmesuradamente la boca pareció pensarlo mejor.

No le molestaba reconocer que, a lo largo de toda su incansable búsqueda para triunfar, tenía por costumbre (una costumbre que se había convertido casi en un acto reflejo) estudiar el comportamiento de sus superiores inmediatos tratando de encontrar «algo a lo que poder agarrarse». Tenía la seguridad de que si los armadores estuviesen informados no habría capitán que pudiese mantenerse al mando ni un solo día, una teoría romántica e ingenua que en más de una ocasión le había acabado produciendo problemas. No servía de nada, tenía un temperamento de una naturaleza tan desleal que siempre que se subía a un barco no podía evitar estar pensando constantemente en la manera de derrocar al capitán para ocupar su puesto. Era algo que había acabado considerando lo normal. Ocupaba los ratos de ocio con planes minuciosos y descubrimientos comprometedores y colmaba sus sueños con imágenes de accidentes favorables. Había muchos casos de capitanes que enfermaban y morían en alta mar, un episodio que casi siempre suponía una magnífica ocasión para que el segundo demostrase su valía. Tampoco eran infrecuentes los casos de capitanes que caían por la borda. Consideraba que no había capitán que pudiese resistir la prueba de ser observado a conciencia y sin descanso por otro que supiera lo que se traía entre manos.

Cuando por fin consiguió un trabajo fijo en el Sofala dio rienda suelta a sus esperanzas mentales de llegar lo más arriba posible. En primer lugar, el hecho de que el capitán fuese casi un anciano resultaba ser una gran ventaja: era gente que dejaba el trono con relativa facilidad, por una causa o por otra, pero en cuanto lo conoció le produjo pesar descubrir que había pocas opciones de que aquel hombre en concreto abandonara el oficio. No había que perder la esperanza, la gente mayor podía quebrarse sin aviso de la noche a la mañana. Por otra parte, el propietario-maquinista estaba allí, a su lado, por lo que podía impresionarle con su celo y su lealtad. Sterne no tenía ni la menor duda de lo evidentes que eran sus méritos (y era verdad que era un extraordinario oficial), pero era una lástima que los méritos profesionales no bastaran para llegar adonde uno se proponía. Además de poner todas sus virtudes en acción, uno tenía que tener cierto empuje. Decidió mentalmente que, si había una persona en este mundo que tenía que heredar el mando del Sofala, esa persona era él, y no porque lo apreciara como una gran presa sino porque, y sobre todo en Oriente, todo era cuestión de romper el hielo y

un mando lo llevaría a otro.

Lo primero que se prometió a sí mismo fue comportarse siempre con una gran circunspección. A veces lo llegaba a intimidar un poco el carácter demasiado sombrío de Massy, pero también era lo bastante astuto como para darse cuenta de que se trataba de una situación excepcional. Su particular inteligencia lo captó todo a gran velocidad, y la sensación de que en la cubierta superior había gato encerrado lo exasperaba por la impaciencia que ya tenía de ascender. De esa forma había acabado un viaje y luego otro, y había empezado aquel tercero sin vislumbrar ni siquiera una opción que le garantizase el éxito en el futuro. Todo seguía resultando muy raro y oscuro, le daba la sensación de que algo sucedía muy cerca de él, algo que parecía separado por un abismo de la vida normal y las rutinas del barco.

Pero un día realizó un descubrimiento.

Sucedió después de tres semanas de observación ininterrumpida y suposiciones sin número, se le ocurrió de pronto, como si se tratara de la solución a un problema muy antiguo y se hubiese presentado como un relámpago. Aunque no, eso es cierto, con la misma certeza. ¡Dios Santo! ¿Era de verdad posible? Tras quedarse unos segundos inmóvil y herido por el rayo, intentó apartar aquella idea de su mente como si su inteligencia se hubiese deslizado hacia lo increíble, lo inexplicable, lo jamás visto... ¡la locura!

Aquel momento de iluminación se produjo en el viaje anterior durante el transcurso de vuelta. Acababan de zarpar de un lugar del continente llamado Pangu y salían de la bahía a mar abierto. Por el flanco del este se podía ver un enorme macizo cubierto matorrales irregulares y enredaderas retorcidas. Se escuchaba silbar el viento en los aparejos. El mar tenía un color verde a lo largo de toda la costa y daba la sensación de que se hinchaba sobre la línea del horizonte como si se derramara de cuando en cuando sobre las sombras del cabo de sotavento. Al otro lado, la más cercana de un pequeño archipiélago de islas permanecía envuelta en la neblinosa luz amarilla de un amanecer con mucha brisa. A lo lejos se podían ver el resto de formas redondeadas, que pertenecían a las otras islas que se veían por encima de los demás canales intermedios, azotados despiadadamente por la brisa.

Tanto a la ida como a la vuelta, la ruta del Sofala los llevaba a atravesar aquella ruta cargada de escollos. Seguía un ancho camino de agua e iba dejando a su espalda aquellos grumos de tierra que parecían un escuadrón de galeones

encallados sin orden ni concierto en un fondo uniforme de rocas y bancos de arena. Y lo cierto es que muchos de aquellos peñones no parecían mucho más grandes que un barco varado. Algunos de ellos eran muy planos y estaban lamidos por las olas como si se tratara de almadías ancladas, pesadas y negras almadías de piedra; otros tenían la base redonda y se alzaban como pesadas cúpulas achatadas de un espesor verde y oscuro que se estremecían arriba y abajo con las repentinas conmociones de la época de lluvias. En aquella zona del archipiélago eran comunes las tormentas y se ensombrecían en toda su extensión. La oscuridad era mayor y parecía más inmóvil a la luz de los rayos, y todo era más silencioso entre el fragor de los truenos; se desvanecían entonces las formas borrosas y quedaban difuminadas entre la espesa lluvia para reaparecer nítidas y negras a la luz de la tormenta sobre la sábana gris de las nubes, desperdigadas sobre la mesa redonda de pizarra que era el mar. Resistiendo a las tormentas y a su labor durante años, incólumes ante todas las luchas del mundo seguían tan intactas como aparecieron hacía ya cuatro siglos ante los primeros ojos occidentales que las avistaron desde la alta popa de su carabela.

Era uno de esos lugares recónditos con los que uno puede encontrarse en el concurrido mar, igual que en tierra firme uno se topa en ocasiones con las casas apiñadas de una aldea al abrigo de la inquietud de los hombres, de su necesidad, de su pensamiento, como si el mismo tiempo las hubiera olvidado. Las vidas de innumerables generaciones habían pasado por aquel lugar de largo, y con ellas multitudes de albatros abriéndose paso desde todos los posibles puntos del horizonte para dormir en las peñas exteriores del grupo. La nube palpitante de todas aquellas alas reunidas se hundía y plegaba sobre los pináculos de las rocas, unas rocas tan delgadas como las agujas de un campanario, alzadas como torres sobre murallas que parecían hendidas por los rayos. Y en cada una de aquellas brechas, el adormecido y límpido brillo del agua. Toda la atmósfera estaba invadida por aquel cúmulo de gritos continuados y violentos.

Aquél era el estrépito que recibía al Sofala cada vez que se acercaba desde Batu Beru; lo recibía en medio de la tranquilidad de las tardes con el mismo clamor despiadado y salvaje, debilitado por la distancia. Se trataba del clamor de miles de albatros que se disponían a descansar y peleaban por encontrar un rincón al final de la jornada. Nadie les prestaba demasiada atención a bordo, eran la señal de la llegada a aquella zona. El trayecto terminaba cuando iban apareciendo una a una todas aquellas islas, puntas de roca, peñones... Y la nube de pájaros las cubría por completo... Aquella nube inquieta de la que no paraba de surgir aquel ruido estridente y cruel, el ruido de una escena familiar, una parte viviente de aquella tierra desvencijada que tenían abajo, de aquel mar extenso y del cielo ilimitado en

el que no había ni una sola mancha.

Pero cuando el Sofala se acercaba a tierra tras la puesta de sol, todo quedaba silencioso y mudo bajo el manto nocturno. Todo habría permanecido en calma, mudo y casi invisible, si no fuese por el eclipse de las constelaciones más bajas tras las vagas masas terrestres de los islotes, cuyo auténtico perfil quedaba oculto a la vista entre los espacios oscuros del cielo y las tres luces del barco como tres estrellas, la roja, la verde y la blanca en todo lo alto; tres luces como tres estrellas que fuesen vagando erráticas sobre la tierra y manteniendo su curso sin vacilación alguna para pasar por el extremo sur del grupo. De cuando en cuando había algunos ojos humanos que observaban cómo se acercaba, los del pescador desnudo que bordeaba con su canoa los escollos y pensaba con indiferencia: «No es más que el barco de fuego que cada luna viene y se dirige a la bahía de Pangu». Eso era lo único que sabía de él, y en cuanto percibía que la hélice se empezaba a mover y sacudía el agua a media milla de distancia se sabía que ése era el momento en que el Sofala cambiaba de rumbo, las luces apartaban de él su triple haz y desaparecían en la noche.

Tan sólo unas cuantas familias miserables y medio desnudas, parecidas a una tribu de malditos de largas melenas, todos flacos y de mirada salvaje, luchaban por sobrevivir en medio de la soledad de aquellas islas que yacían abandonadas como pequeñas avanzadillas de tierra firme. Bajo aquellas canoas ligeras y talladas en madera, el agua era límpida, más transparente que el cristal, y el batir del remo ondulaba entre las rugosidades de la roca. Era como si los hombres flotaran suspendidos en el aire, encerrados entre la fibra de un tronco oscuro, pescando en aquel aire nítido y verde, sobre aquel fondo poco profundo.

Sus cuerpos morenos y pequeños como secados a conciencia por el sol, y también sus vidas, transcurrían silenciosamente al igual que las casas en las que habían nacido y en las que iban a morir, aquellas endebles chozas de juncos y hierbas y unas cuantas esteras deshilachadas, todo aquello resultaba imposible de ver para quien pasara por allí en el mar abierto.

Como si se tratara de una borrosa nube, la estrecha niebla de su humo iba surgiendo de forma misteriosa desde un punto vacío que quedaba por encima de la clara línea del horizonte entre el cielo y el mar. El pescador taciturno que seguía escondido tras los escollos extendía los brazos hacia el mar y las figuras que se encontraban en la orilla; aquellos hombres, mujeres y niños que escarbaban en la arena buscando huevos de tórtola se alzaban improvisando una visera sobre los ojos para poder ver aquella aparición mensual que se dirigía hacia ellos

deslizándose sobre el mar y cuando estaba a punto de llegar giraba y se alejaba otra vez. Sus oídos llegaban incluso a captar el jadeo del barco, y sus ojos lo seguían hasta que cruzaba entre los dos cabos del continente a toda máquina, como si estuviese intentando abrirse paso hasta el mismísimo fondo de la Tierra.

Durante aquellos días el mar no daba señal alguna de los peligros que acechaban a uno y otro lado del barco. La fuerza abrumadora de la luz hacía que todo pareciera en calma, y el amplio archipiélago, opaco bajo los rayos del sol — todos aquellos peñascos que parecían pináculos, los que semejabán ruinas o agujeros de colmena, los que tenían forma de almiarés y contornos de torres cubiertas de yedra —, se reflejaba invertido en el agua sin arrugas como si se tratara de juguetes tallados en marfil, alineados sobre el cristal plateado de un espejo.

Cuando llegaba una tormenta, todo quedaba envuelto de inmediato en el conjunto de espuma que golpeaba a barlovento como una nube súbita y daba la sensación de que el agua estuviera hirviendo en todos los canales. Aquel mar al que habían provocado dibujaba exactamente sobre la airada espuma la amplia base del grupo, un poso sumergido de escombros bañados de agua que se adentraban en el canal silbando con largos y malignos resoplidos, y esputos mortales de espuma y piedras.

Incluso una sencilla brisa fresca —como la de aquella mañana del anterior viaje en la que el Sofala había abandonado la bahía de Pangu a primera hora y la conciencia del señor Sterne se había abierto como una flor ante su terrible descubrimiento nacido de la pequeña semilla de una sospecha instintiva—, incluso una pequeña brisa de ese tipo tenía la virtud de ser capaz de arrancar de un rostro la máscara de su placidez. Para Sterne, que lo contemplaba con indiferencia, había sido toda una revelación observar por primera vez los peligros marcados por las manchas lívidas que aparecían en el mar tan claramente como en el grabado de un mapa. Pensó en ese instante que días como aquél eran los más propicios para que un forastero intentase el paso: días claros pero con el suficiente viento como para que el mar rompiera en cada escollo señalando como bollas el curso que era necesario seguir, mientras que con el mar en calma uno sólo podía fiarse de su brújula y del cálculo de una mirada atenta. Aun así, los sucesivos capitanes del Sofala más de una vez se habían visto obligados a pasar por aquella zona de noche. En esa época, uno no se podía permitir el lujo de desperdiciar seis o siete horas de ruta en un vapor. Imposible. Aunque todo era cuestión de costumbre y de hacer las cosas con cuidado... El canal, al fin y al cabo, era lo bastante seguro y lo importante era dar con la entrada a oscuras. Porque si uno se quedaba enredado en aquella interminable sucesión de escollos, lo más probable es que no saliera jamás

de aquel lugar con el barco entero... y eso si salía con vida.

Aquél fue el último cabo del pensamiento de Sterne anterior al gran descubrimiento. Acababan de ver cómo amarraban el ancla y se habían entretenido un poco en proa. El puente había quedado a cargo del capitán, que bostezó, dejó de mirar el mar y apoyó los hombros en el pescante del ancla.

Aquéllos fueron los últimos instantes de verdadera tranquilidad que conoció el Sofala. Todos los que vinieron después estuvieron embargados de un empeño pertinaz y resultarían de una perplejidad intolerable. Ya no había opción para más pensamientos ociosos y casuales. El descubrimiento provocaría el derrumbe de todos hasta tal extremo que a veces casi deseaba que nunca se hubiese producido. Parecía una tontería pensar eso porque, si sus posibilidades se fundaban precisamente en encontrar «un fallo», jamás habría tenido la fortuna de dar con un filón mejor que aquél.

X

Se trataba en realidad de un descubrimiento de lo más perturbador. Existía «un punto débil» y realmente resultaba aterrador hacerle frente a la certidumbre moral de lo que sucedía. Por una vez, Sterne había estado dando un paseo por la popa despreocupado y sin pensar mal de nadie. En el puente, el capitán se le ofrecía como una visión totalmente natural. Y realmente qué insignificante y casual había sido el pensamiento que había desembocado en el descubrimiento... exactamente lo mismo que la chispa banal que acaba provocando la detonación de una mina tremenda.

Acompañados por los vaivenes de aquella brisa, los toldos de popa se hinchaban y deshinchaban lentamente, y, por encima de aquel golpeteo pesado, la tela gris de la chaqueta del capitán Whalley ondeaba sin cesar alrededor de sus brazos y su tronco. Se enfrentaba al viento con toda la decisión y, apretada contra el pecho, la gran barba plateada. Las cejas colgaban sobre las sombras de sus ojos, que parecían seguir mirando al frente. A Sterne le pareció que casi era capaz de distinguir el brillo gemelo del blanco del ojo deslizándose bajo los arcos oscurecidos de su ceño. Cuando se encontraban a poca distancia, y a pesar de la amabilidad general de aquel hombre, esos ojos daba la sensación de que podían atravesarlo a uno hasta el tuétano. Sterne nunca podía evitar esa sensación cuando hablaba a solas con su capitán. No le gustaba. Menudo hombre parecía allí en lo alto con aquel minúsculo serang pendiente de todos sus deseos como solía ocurrir en aquel extraordinario vapor. Vaya una costumbre ridícula. El viejo podría encargarse perfectamente del barco sin tener que tener a su lado a todas horas a aquel engorroso nativo. Sterne se limitó a encogerse de hombros del disgusto. ¿A qué se debía aquello? ¿A la indolencia?

El viejo capitán seguramente se había vuelto perezoso con los años. Todo el mundo se volvía perezoso en Oriente (Sterne era muy consciente de lo poco común que era su actividad sin descanso), todo el mundo se cansaba. Pero aquel hombre seguía erguido en el puente, no dejaba de ser imponente, y abajo, a su lado, como si se tratara de un niño cuya estatura apenas le diera para llegar al borde de la mesa, el gastado sombrero blando y el rostro oscuro del serang asomando por encima de la lona blanca de la batayola.

No había duda de que el malayo estaba más cerca del timón, pero la enorme diferencia de estatura entre los dos sujetos divirtió a Sterne como si estuviese observando un extraño fenómeno natural. Eran los peces más exóticos que se podían ver en el mar.

El capitán Whalley se dio la vuelta rápidamente para hablar con el *serang*. El viento le daba de lado a la gran masa de barba canosa. Seguramente le debía estar pidiendo que mirara la brújula o algo parecido. Claro. Ir él mismo le debía de resultar demasiado penoso. El desprecio de Sterne por aquella indolencia que a veces se apoderaba de los blancos en Oriente le resultó particularmente odiosa. Había hombres que se encontrarían totalmente perdidos si no dispusieran de nativos a su lado en todo momento y aquello ni siquiera les provocaba el menor signo de sonrojo. Gracias a Dios él no era de esos. Cuando fuera su turno no dependería de ningún malayo enano y arrugado para hacer su trabajo. ¡Como si pudiese uno fiarse de aquellos malditos nativos! Y sin embargo aquel noble anciano parecía pensar de un modo diferente. Allí estaban siempre los dos, el uno al lado del otro. Una pareja que casi parecía la de una ballena junto a un pez piloto.

Aquella fantástica comparación le provocó una sonrisa. ¡Una ballena junto a un pez piloto! Eso era lo que parecía el viejo. Porque de tiburón no se podía decir que tuviese aspecto, aunque el señor Massy se empeñara en llamarlo de ese modo en alguna ocasión. A veces el señor Massy ni siquiera recordaba lo que llegaba a decir en sus brotes de ira. Sterne siguió sonriendo y poco a poco se fueron materializando cada vez más las imágenes evocadas por la ballena y el pez piloto, las ideas de ayuda, de necesidad y contraprestación. La palabra «piloto» sugería una idea de confianza, de dependencia, la idea de un auxilio bien recibido a un hombre de mar que buscaba la costa un poco a tientas, en la oscuridad o en medio de la niebla, presintiendo la ruta en medio de tormentas que colmaran el aire de una neblina salada que salía del mar estrechando el horizonte por todos lados y permitiendo tan sólo la visión de lo que estaba al alcance de la mano.

Un piloto siempre veía las cosas mejor que un forastero porque su mirada era local y, por consiguiente, su conocimiento, más acertado y más agudo, completaba el perfil de las cosas que simplemente habían sido entrevistas y penetraba aquellos velos de espuma extendiéndolos sobre la tierra en las tormentas marinas; en una palabra: era capaz de definir con precisión las características de una costa que estaba bajo la influencia de la niebla, las formas y los puntos de referencia enterrados bajo una noche sin estrellas. Era capaz de reconocer porque ya conocía. El piloto era capaz de buscar la certeza no como resultado a una visión muy penetrante sino de acuerdo con un conocimiento más amplio; necesitaba estar

seguro de la posición del barco de la que dependía tanto su buena fama como la tranquilidad de su conciencia, la justificación de que hubieran depositado la confianza en sus manos, y también su propia vida, que casi nunca le pertenece a uno solo, y las humildes existencias de otros arraigados en afectos lejanos que pueden llegar a ser tan gravosas como las vidas de los reyes, debido al peso de todos sus desconocidos misterios. Es el conocimiento del piloto el que da seguridad y alivio al capitán del barco, pero aquel serang, fantásticamente comparado con un pez piloto, no podía tener bajo ningún concepto un conocimiento superior. ¿Por qué razón iba a tenerlo? Los dos habían embarcado al mismo tiempo y el mismo día; el blanco y el moreno, y, como es lógico, el blanco era capaz de aprender más en una semana que el moreno en un mes. El capitán lo tenía atado a sí como el pez piloto a la ballena. Pero ¿por qué? Un pez piloto... un pez piloto... Pero si no tenía un conocimiento más profundo, entonces...

Ése fue el instante en el que Sterne hizo su descubrimiento. Le repugnaba a la imaginación y era contrario a su concepto de la honradez y a su idea de la humanidad. Aquella barbaridad trastornaba con su presencia lo que era posible y lo que no en este mundo, le dio la sensación de que el sol se había vuelto azul y estuviese proyectando una luz nueva, y de una naturaleza distinta, sobre la vida entera y sobre los hombres. En los primeros instantes sintió mareo, como si le hubiesen dado un golpe bajo. Hasta el mismo color del mar cambió durante unos instantes y se volvió prodigioso ante su perdida mirada; le recorrió todo el cuerpo una extraña sensación de inseguridad, como si la Tierra hubiese comenzado a girar de pronto en el sentido opuesto.

La incredulidad que llegó tras aquel sentimiento de trastorno fue un alivio. Seguramente no había sido más que un sueño, no debía darle más importancia, pero lo cierto es que durante todo aquel día le siguieron asaltando los temblores de la duda. Se veía obligado a pararse en seco y sacudir la cabeza. La rebelión de la incredulidad se había desvanecido a una velocidad todavía mayor que la del descubrimiento inicial, y en las siguientes veinticuatro horas ni siquiera fue capaz de conciliar el sueño. Le resultó imposible. A las horas de las comidas (en la misma mesa dispuesta para los cuatro blancos en la que él ocupaba la cabecera) no podía evitar que la mirada se le perdiese en una contemplación perdida del capitán Whalley, que se sentaba frente a él. Se quedaba mirando los deliberados movimientos con los que levantaba un brazo. El viejo se llevaba la comida a la boca como si hubiese perdido toda esperanza de encontrar placer en la comida diaria, como si ni siquiera se enterase. Se alimentaba igual que un sonámbulo. «Realmente es un terrible espectáculo», pensaba Sterne, y se quedaba mirando aquel largo período de sombría inmovilidad, las manos enormes agarrando aquel plato

despreocupadamente, hasta que de pronto se daba cuenta de que los dos maquinistas no paraban de observarlo a él de hito en hito. En ese momento cerraba de nuevo la boca, parpadeaba y miraba otra vez su propio plato. Le parecía terrible estar frente al viejo y saber que con tres palabras habría podido asestarle un golpe que lo habría hecho salir volando. Sólo habría hecho falta elevar la voz y pronunciar una sola frase muy breve, pero aquel acto resultaba casi tan descabellado como sacar al sol de su lugar en el cielo. Puede que el viejo pudiera comer de aquella forma mecánica, pero Sterne estaba tan excitado mentalmente que no podía... sencillamente no podía de ningún modo aquella noche.

Luego tuvo tiempo de sobra para habituarse a la tensión de las comidas. Nunca se habría creído capaz de tal cosa pero lo hizo; la costumbre puede con todo, pero la propia potencia de su éxito impedía ninguna manifestación de su orgullo. Se sentía como quien está buscando un arma cargada para abrirse paso y de pronto se encuentra con un torpedo... un torpedo viviente, con una cabeza cargada de un explosivo temible y una presión en la cola de muchas atmósferas. Un tipo de arma que pone nervioso e inquieto al que la posee. No sentía ningún deseo de volar él también, y la idea de que la explosión le iba a acabar afectando también a él no se le iba de la cabeza.

Se trataba de una vaga aprensión que lo había agarrotado desde el principio, pero pasado un tiempo había descubierto que era también capaz de comer y dormir con aquella arma terrible a su lado sin tener constantemente una conciencia activa de su potencia. No había sido el resultado de ningún proceso reflexivo, pero, en cuanto la idea se fue abriendo paso en su cabeza, se fue desarrollando también con ella una convicción aplastante basada en una multitud de pequeñas realidades a la que antes apenas había prestado atención. De pronto todas las cosas comenzaron a tener la naturaleza de una prueba: la entonación segura y serena de su voz profunda, aquel aire taciturno que lo envolvía como una armadura, aquellos movimientos deliberados y precavidos, su inmovilidad prolongada como si temiese molestar hasta al mismo aire, todas las palabras que pronunciaba y los suspiros.

No había día que pasara Sterne en el Sofala que no le pareciera cargado de pruebas incontrovertibles. Por la noche, si no estaba de servicio, salía a escondidas de su camarote en pijama (a la caza de más pruebas) y era capaz de estar una hora entera con los pies desnudos debajo del puente tan rígido como el mástil en el que estaba atado el toldo de la cubierta que estaba a su lado. En los tramos de navegación sencilla no es en absoluto habitual que el capitán se pase todo el tiempo de guardia en cubierta. Lo normal habría sido que se hubiese quedado el

serang en su lugar. En alta mar y con rumbo firme a cualquiera se le podría haber encargado la vigilancia del buque, pero aquel viejo parecía literalmente incapaz de tranquilizarse allí abajo. No había duda de que no podía dormir. Nada extraño aparte de eso, y eso también constituía una prueba. En medio de aquel silencio sobre el mar oscuro y tranquilo, Sterne oía de pronto una voz que se alzaba inquieta:

—¡Serang!

—¡Tuan!

—¿Estás mirando la brújula?

—Sí, la estoy mirando, Tuan.

—¿Está el barco en rumbo?

—Sí, Tuan, está en rumbo.

—Ya sabes que tienes que dar instrucciones al timonel y estar tan atento como si yo estuviese en cubierta.

Después de aquellas palabras del serang la gravedad del tono se extinguía y alrededor de Sterne todo parecía quedar en calma. Temblando de frío, y con la espalda dolorida a causa de la inmovilidad, regresaba de nuevo a su camarote en babor, sobre cubierta. Ya hacía tiempo que había dejado atrás los últimos retazos de su incredulidad, y de aquellas emociones que se desataron con su descubrimiento sólo le quedaba el vago rumor de un temor reverencial. No se trataba de un temor por el hombre —podía acabar con él con sólo decir seis palabras—, sino por la indignación llena de temor ante la perversidad desconsiderada de la avaricia (¿qué otra cosa podía ser si no?) ante aquella enloquecida decisión en la que, por virtud de unos pocos dólares, parecía aniquilar las normas más elementales de la conciencia y luchar contra el mismísimo decreto de la Providencia.

Gracias a Dios habría sido imposible encontrar a otro hombre como él en todo el mundo. La simple naturaleza de aquel engaño tenía una especie de diabólica desfachatez que lo dejaba sin respiración.

Otros pensamientos relacionados con la prudencia lo llevaban a estar callado día tras día. Habría sido mucho más sencillo hablar en el mismo instante

del descubrimiento, y lo cierto es que casi se arrepentía ahora de no haber organizado el escándalo en ese momento, pero la propia monstruosidad del hallazgo... ¡En fin! Casi no se atrevía ni él mismo a afrontarlo, ¿cómo habría sido capaz entonces de mostrárselo a los demás? Y por otra parte, nunca se sabía de qué manera habría podido reaccionar un desesperado como aquél. El objetivo ya no era echarlo (la cosa en realidad estaba prácticamente hecha), sino ponerse él en su lugar a continuación. Por muy extraño que pareciese, el hombre era capaz de pelear. Alguien que se lanzaba a semejante fraude tenía que tener por la misma razón coraje para cualquier cosa; casi se podría decir que era un hombre que se enfrentaba al mismo Dios Todopoderoso. Era un prodigio de lo siniestro, ni más ni menos. Habría sido capaz de asumir aquel asunto con el mayor de los descaros hasta expulsarle del barco a él (a Sterne) y dañar irreparablemente su reputación en todo el Oriente. Pero si uno deseaba construir algo tenía que arriesgarse. En ciertas ocasiones, Sterne consideraba que había sido demasiado tímido a la hora de lanzarse a la acción y, peor aún, que, llegados a aquel punto, ya no sabía demasiado bien por dónde empezar.

La ira taciturna de Massy resultaba demasiado desconcertante y en aquella situación suponía un factor difícil de calcular. Era imposible determinar qué se escondía detrás de aquella ferocidad insultante. ¿Cómo se podía confiar en un temperamento así? En Sterne no causaba ningún terror de tipo personal, pero le hacía temer por el buen desarrollo de sus expectativas.

A pesar de considerarse a sí mismo una persona con unas extraordinarias capacidades de observación, había estado viviendo demasiado tiempo a solas con aquel descubrimiento. Como no prestaba atención a ninguna otra cosa, había empezado a parecerle inverosímil que algo tan obvio le pasase desapercibido a todo el mundo. A bordo del Sofala sólo había cuatro blancos. Jack, el segundo maquinista, era demasiado simple como para entender o preocuparse por nada que sucediera fuera de su sala de máquinas. Estaba también Massy —el propietario, el más interesado—, casi loco de preocupación. Sterne ya había visto y oído suficientes cosas a bordo como para saber perfectamente qué era lo que le hacía perder los nervios, pero su propia exasperación parecía volverlo sordo a sus cautas insinuaciones. Le hubiese gustado que lo supiera, pero ¿cómo habría podido negociar a continuación con un hombre de semejante naturaleza? Habría sido lo mismo que entrar en la jaula del tigre con un pedazo de carne en la mano. Era muy probable que nadie lo recompensase por el trabajo que se había tomado. Lo cierto era que siempre estaba amenazando con hacer algo así, y la urgencia de la situación hacía que Sterne no parara de dar vueltas en su jergón, jurando y perjurando con los ojos abiertos como platos durante horas enteras, como si

estuviese enfermo de fiebre.

Un suceso, como el que acababa de suceder del roce con el bajío, resultaba muy alarmante para sus expectativas. No le gustaría verse de pronto en el dique seco debido a algún accidente casual. Como Massy estaba en el puente, el viejo se habría visto obligado a hacer algún número, pero lo cierto es que las cosas ya estaban empezando a ir mal. En aquella ocasión, hasta Massy se había visto habilitado para reprocharle el fallo. Sterne estaba al otro lado de la escalera y no había dejado de escuchar las amenazas y quejidos del otro. Por suerte para él, era demasiado estúpido y no podía ver la razón que se escondía tras todo aquello. No había que reprochárselo tampoco: era necesaria una gran sagacidad para adivinar la razón. Y aun así ya iba siendo hora de hacer algo. El juego no podía prolongarse muchos más días.

—Todavía puedo perder la vida en esta locura... eso por no hablar de la oportunidad —murmuró para sí Sterne, muy irritado, en cuanto desapareció la espalda del primer maquinista por el rincón de la lumbrera. Y así era, siguió pensando, pero soltar sin más lo que sabía no le iba a servir para ascender. Más bien al contrario, podía arruinar sus esperanzas. Le daba miedo un nuevo fracaso. Aquella tarde tenía cierta sensación de no ser muy querido por sus compañeros; algo inexplicable, porque en realidad no había hecho nada. Suponía que se trataba sencillamente de envidia. La gente solía atacar siempre a todos los hombres inteligentes que intentaban abrirse paso en la vida. La mayor de las locuras sería pensar que cumplir con su deber iba a provocar que se ganara de pronto la simpatía de Massy. Era un hombre malo, malo. ¡Inhumano! ¡Perverso! ¡Un animal! Un asno sin el menor brillo de humanidad en toda su persona, sin ni siquiera una chispa de curiosidad, pues si hubiese sido de otro modo, alguna reacción habría tenido ante las innumerables insinuaciones que le había hecho... Aquel tipo de insensibilidad casi rozaba el misterio. El estado de exasperación de Massy hacía que fuera, a ojos de Sterne, más estúpido de lo que es normal en los armadores.

Reflexionando sobre lo molesta e inconveniente que le resultaba aquella estupidez, Sterne se abandonó por completo y se quedó con la mirada clavada en las planchas de la cubierta, sin pestañear siquiera.

El temblor que agitaba el barco se hacía más sensible en el silencioso río, en ese momento sombrío y en calma, como si se tratara de un sendero en medio de la jungla. El Sofala ya había dejado a sus espaldas toda aquella costa de barro y mangles. Ahora los márgenes eran un poco más elevados y formaban unas gruesas moles un poco inclinadas. La selva llegaba hasta la misma orilla del río. En los

lugares donde la tierra había ido disipándose por efecto de la corriente del río se veía una masa de raíces enmarañadas que parecían estar peleando bajo la superficie. En el aire, las copas también se entrelazaban repletas de enredaderas en su lucha por la vida, y mezclando sus follajes conformaban una sola materia de hojas en la que, de cuando en cuando, destacaba aquí o allá un pilar oscuro, o una brecha, o un desgarró que mostraba la impenetrable oscuridad del interior, la sombra secular e inviolable de la selva virgen. El vibrar de las máquinas tenía un compás parecido al de un metrónomo que estuviese midiendo el silencio insondable. La sombra de la muralla oeste había caído sobre el río, y el humo que salía de la chimenea hacia atrás formaba un torbellino tras el barco.

El cuerpo de Sterne vibraba con el ritmo infernal del barco, como si tuviese raíces en aquel lugar, y, de cuando en cuando, sentía bajo sus pies el rechinar del acero o el estallido ruidoso de un grito. A la derecha, las hojas de las copas capturaban también los rayos de sol y parecían estar brillando con su propia luz, una luz entre verde y dorada, rutilante, que provenía de las ramas más altas, negras sobre aquel cielo azul claro que parecía estar suspendido sobre el lecho del río como el techo de una tienda. Los pasajeros que se dirigían a Batu Beru estaban arrodillados sobre las planchas, entretenidos en enrollar sus esteras, liaban sus petates y aseguraban las cerraduras de sus cofres de madera. Un chatarrero echó la cabeza hacia atrás para apurar hasta la última gota del contenido de una botella de arcilla que luego envolvió entre unas mantas. Había grupos de vendedores ambulantes charlando en voz baja; la corte de un pequeño rajá de la costa; jóvenes sencillos, con pantalones bombachos blancos y *sarongs* de colores muy vivos cruzados sobre sus hombros de bronce, esperaban agachados en cuclillas junto a la escotilla, mascando hojas de betel con sus brillantes bocas rojas como si estuviesen saboreando su propia sangre. Las lanzas, amontonadas en medio del círculo que formaban sus pies desnudos, parecían un montón de cañas de bambú secas; un chino extremadamente delgado y lívido estaba inmóvil, con un gran bulto bajo el brazo, y miraba con atención y alerta hacia el frente; un rey errante se frotaba la dentadura contra un pedazo de madera y luego echaba por la borda un brillante chorro de agua; el gordo rajá estaba adormilado sobre una tumbona echa trizas... y a la vuelta de cada curva, volvían a aparecer nuevamente las dos murallas de vegetación paralelas en las orillas con su impenetrable solidez, que se desvanecía en lo alto, entre la niebla vaporosa de innumerables ramitas libres que salían de las puntas más altas de aquellos viejos troncos como pequeños surtidores de plata. No se veía en ningún lugar ni la más mínima señal de un claro, no había ni rastro de huella humana alguna, con la pequeña excepción en un punto en el que, sobre una frágil base de helechos, había unos restos medio destruidos de una antigua cabaña, con ese aspecto tan particular que acaban teniendo las paredes de bambú cuando

están en ruinas, como si alguien las hubiese aplastado con una porra. Un poco más adelante, medio escondida entre la vegetación, una canoa en la que había un hombre, una mujer y un montón de cocos, tembló frente al paso del Sofala como si se tratara de un ingenio para navegar fabricado por hormigas; dos cristalinos pliegues de agua salían disparados a ambos lados del vapor e iban surcando toda la anchura del río, ascendiendo con suavidad a contracorriente y frotando sus puntas con ruidosos espumarajos marrones contra los pies de limo que había a cada orilla.

«Tengo que conseguir que ese animal de Massy entienda esta situación — pensaba Sterne—; todo esto está empezando a resultar ya demasiado absurdo. El viejo sigue allí hundido en su butaca, que, para la utilidad que le da al mundo, lo mismo podría ser una tumba, y el serang está al mando. Así es, es él quien tiene el mando, ocupa el lugar que al otro le corresponde por derecho. Tengo que conseguir que ese animal entre en razón, y lo voy a hacer de inmediato...».

Cuando el segundo salió corriendo, un muchacho moreno medio desnudo que llevaba escrita la buena ventura en un collar se quedó congelado de miedo. Soltó el plátano que estaba masticando y se sumergió para protegerse entre las piernas de un árabe de solemnes vestiduras que estaba sentado como si fuese una figura bíblica y anacrónica sobre un cofre de zinc amarillo atado con una larga cuerda trenzada. El padre, apenas sin moverse, puso una mano sobre aquella pequeña cabeza rapada y la acarició.

XI

Sterne cruzó la cubierta en busca del primer maquinista. Jack, el segundo, se retiró hacia el interior por la escalera de la sala de máquinas y le regaló una inesperada sonrisa de dientes blancos en medio de un rostro congestionado y duro. No se veía a Massy por ninguna parte. Sterne golpeó suavemente la puerta con los nudillos y a continuación acercó los labios hasta la alcachofa del ventilador para decir:

—Tengo que hablar con usted, señor Massy. Haga el favor de concederme un par de minutos.

—En este momento estoy ocupado, aléjese de mi puerta.

—Se lo suplico, señor Massy...

—Le he dicho que se vaya, ¿o es que no me ha oído? Le ordeno que se vaya inmediatamente a la otra punta del barco... todo lo lejos que pueda... —En el interior del camarote bajó un poco el tono antes de añadir—: Váyase al diablo.

Sterne se quedó inmóvil y luego replicó muy suavemente:

—Es urgente, señor. ¿Cuándo estará libre para poder charlar?

La habitación del señor Massy —un camarote estrecho en el que había una sola cama— tenía un extraño olor a jabón, y ofrecía un aspecto descuidado pero sin polvo y sin mayores adornos; no estaba tan desnuda como vacía, ni era demasiado severa o desprovista de humanidad. Tenía el aspecto del patio de un hospital público, o más bien (por lo reducido de sus dimensiones) el refugio de una persona pobre pero honrada. La cabecera de la cama no estaba adornada con ningún marco ni fotografía, de las perchas de latón no colgaba ninguna prenda de ropa, ni siquiera un sombrero. En el interior todo estaba pintado de un color azul pálido y se podían ver dos grandes arcones de mar cubiertos con una lona y con dos cerrojos de hierro que encajaban en el espacio que estaba bajo la litera. Una mirada era suficiente para abarcar las planchas pulidas que unían los cuatro rincones visibles. Llamaba la atención que no hubiera allí un banco, que solía ser lo habitual.

La encimera de madera del lavabo parecía haber sido cerrada herméticamente, igual que el cajón del escritorio que sobresalía del tabique de los pies de la cama. La cama tenía un delgado colchón parecido a una torta debajo de una cubierta medio raída y con una franja roja y una mosquitera doblada para las noches de puerto. No se veía en ningún lugar ni un pedazo de papel, ni restos de nada, ni una mota de polvo, ni de ceniza siquiera; algo casi inquietante si se consideraba que era un fumador empedernido y que manifestaba una hipocresía extrema. El asiento del viejo sillón de madera (el único que había allí) estaba prácticamente pulido de tanto uso y brillaba como si lo hubiesen encerado. La cortina de vegetación de la orilla se extendía como si se estuviese desplegando sin fin por el único agujero redondo del ojo de buey y proyectaba en el interior una trama temblorosa de sombras y luces.

Sterne había abierto la puerta y había introducido en el camarote la cabeza y los hombros. Ante aquella intrusión, Massy, que en realidad no estaba haciendo nada, se había puesto en pie de un salto.

—Deje de insultarme —murmuró Sterne—, no lo permitiré. Sólo estoy pensando en su beneficio, señor Massy.

Ante aquellas palabras se abrió una pausa asombrada. Los dos parecían haber perdido el habla. Fue el segundo el que continuó locuazmente:

—Le digo que no puede usted imaginarse lo que está pasando a bordo de este barco. Es usted demasiado bueno y demasiado... honesto para sospechar que haya otras personas... Se le pondrían los pelos de punta si lo supiera.

Esperó un poco para comprobar el efecto que había producido. Massy tenía un aspecto desconcertado, no llegaba a entender nada. Se limitó a pasar la mano por los largos emplastos de color negro azabache que le cruzaban la calva. Sterne se apresuró a añadir con tono amistoso:

—Recuerde que sólo quedan seis semanas... —El otro lo seguía mirando petrificado—. Es decir, que dentro de poco va a necesitar usted un nuevo capitán para el barco.

En ese momento, y como si la simple sugerencia le hubiese quemado la carne como un hierro candente, Massy pareció a punto de dar un grito, pero se contuvo con mucho esfuerzo.

—De modo que voy a necesitar un capitán —repitió con seriedad—. ¿Quién

quiere un capitán? Supongo que me está sugiriendo que ponga este barco en manos de alguno de ustedes, miserables marineros, cuando son precisamente usted y los de su calaña quienes llevan años engordando a mi costa. Casi habría preferido tirar todo ese dinero directamente por la borda. Mal-di-tos es-ta-fa-dores. Este barco es tan sabio como el mejor de ustedes. —Cerró los labios y se quedó un instante gruñendo entre dientes—. Hay un capitán sólo porque la asquerosa ley lo obliga.

Sterne había conseguido poco a poco ir recuperando el ánimo.

—También lo requieren todos esos cretinos de los seguros —añadió con rapidez—, pero no se preocupe por esas cosas. Lo que quería preguntarle es: ¿por qué no habría de servirle alguien como yo? Evidentemente usted sería capaz de dar la vuelta al mundo con un vapor como cualquiera de nosotros, marineros. No tengo intención de explicarle precisamente a usted que todo eso no son más que cuentos... —Emitió una breve carcajada y continuó con tono familiar—: No soy yo quien hizo la ley, pero lo cierto es que ahí está, y yo soy un hombre joven y muy activo que comparto la mayoría de sus ideas y estoy familiarizado con su manera de hacer las cosas, señor Massy. Jamás se me ocurriría darme los aires de ese... viejo que anda por ahí arriba.

Recalcó mucho las últimas palabras para mantener a Massy alejado de la pista... aunque ya no tenía ninguna duda de que su plan iba a tener éxito. El primer maquinista parecía desbordado, como un hombre lento al que invitaran a coger un molinete.

—Señor, lo que a usted le hace falta es un hombre que no tenga manías y le baste con ser el jefe de navegación de este barco. Pues bien, esa tarea yo la puedo hacer con la misma eficacia que ese serang. Porque las cosas son así. ¿O es que no se ha dado cuenta, señor, de que su barco está en manos de ese maldito malayo que parece un mono? En este mismo instante está llevando el barco río arriba, mientras el gran hombre se mece en la butaca... Puede que incluso esté echándose la siesta, pero si no se la está echando tampoco hay una gran diferencia, se lo aseguro.

Intentó adentrarse un poco más en la habitación. Massy llevaba la frente baja y tenía la mano asida al respaldo del sillón, seguía inmóvil.

—Está convencido de que le tiene a usted en un puño debido al acuerdo. — Cuando escuchó aquellas palabras, Massy levantó un rostro crispado—. Así es,

señor; uno no deja de escuchar ese tipo de cosas a bordo, y no es ningún secreto. En la costa hablan de eso desde hace años, y hasta hacen apuestas sobre el tema. ¡Y no es así, señor! Es usted el que lo tiene a él en un puño. Supongo que me dirá que no lo puede despedir por indolencia, que eso es algo difícil de demostrar ante un tribunal, y estoy de acuerdo con usted, pero si dice usted la palabra necesaria le aseguro que puedo contarle algo que le dará todo el derecho a despedirlo inmediatamente y confiarme a mí el mando para lo que queda de viaje... Se lo digo en serio, señor, antes de que dejemos Batu Beru... Y él le tendrá que pagar un dólar al día por su manutención hasta que volvamos si usted quiere. ¿Qué le parece? Señor, lo único que hace falta es una palabra suya. A usted le compensa, sin duda, y yo estoy dispuesto a contentarme con su palabra. Un promesa suya para mí tiene el mismo valor que un documento notarial.

Ya empezaban a brillarle los ojos. Insistió... Bastaba con una simple declaración suya... Pensaba para sus adentros que conseguiría el puesto y lo mantendría mientras le interesara. Se convertiría en alguien indispensable; el barco tenía mala fama en su puerto y resultaría fácil evitar la competencia. Massy se vería obligado a quedarse con él.

—Dice que bastaría con una declaración por mi parte —repitió Massy lentamente.

—Así es, señor —respondió Sterne sacando la barbilla alegremente y guiñándole el ojo, un descaro que tenía la virtud de sacar a Massy completamente de sus casillas.

El maquinista dijo con claridad:

—En ese caso, escúcheme bien, Sterne... No le prometería a usted ni dos peniques por su secreto.

Apartó el brazo de Sterne de un golpe decidido, agarró el pomo de la puerta y la empujó. El tremendo portazo dejó el camarote en sombra como sucede tras la explosión de un relámpago. Se hundió unos segundos en la silla.

—¡Ah, no! ¡Usted no! —susurró débilmente.

En ese instante, el barco tenía que deslizarse tan cerca de la orilla que la pared de vegetación pasó tan pegada al ojo de buey como si fuese una cortina. La oscuridad primaria de la selva pareció fluir de pronto hacia el interior de aquel camarote desnudo con el aroma de hojas que se pudrían, de suelo fangoso... Era el

aroma de la tierra que humeaba tras el paso de la tormenta. Los matorrales daban secos chasquidos en el exterior y se oía el crepitar que producía la lluvia de pequeñas ramitas al caer sobre la superficie del puente; una enredadera golpeó el pescante de un bote y una exuberante rama verde acarició por dentro y por fuera el ojo de buey dejando sobre la cama del señor Massy un puñado de hojas retorcidas. Cuando el barco fue regresando a la corriente, la luz comenzó a subir de nuevo, pero no pasó de media luz porque el sol ya había empezado a ponerse y el río, que seguía su curso torciendo su cauce entre aquellos árboles centenarios como si intentase arrojarse a un abismo, estaba ya invadido por una creciente oscuridad, precursora de la noche.

—¡Ah, no! ¡Usted no! —volvió a murmurar el maquinista. Los labios le temblaban sensiblemente y también las manos. Abrió su escritorio para tranquilizarse y desplegó una hoja de papel gris cubierta por una serie de guarismos impresos. Empezó a estudiarla con atención por al menos vigésima vez en aquel viaje.

Los hombros caídos y la frente hundida, parecía sumergido en la oscuridad de un problema matemático. Era en realidad la lista de los números premiados en el último sorteo de la gran lotería que se había convertido en su único estímulo real durante años. Ya no existía para él la posibilidad de vivir sin aquel trozo de papel de periódico. Al igual que otros hombres, habría sido naturalmente incapaz de concebir un mundo en el que no hubiera aire fresco, sin amor o sin nada que hacer. Durante aquellos años había ido creciendo sobre el escritorio una pila de hojas macilentas a medida que el fiel Jack iba gastando sus calderas río arriba y río abajo, y de bahía en bahía. El duro trabajo de aquel barco agotado y exhausto había ido acumulando aquella ennegrecida pila de documentos. Massy los guardaba bajo llave, como si se tratara de un auténtico tesoro. Al igual que su experiencia de la vida, aquello tenía el brillo fascinante de la esperanza, la excitación de un misterio a medio entrever y la nostalgia de un deseo medio satisfecho.

Se pasaba días enteros encerrado en su camarote estudiándolos, mientras el latido de las máquinas persistía en sus oídos y se calentaba la cabeza tratando de encontrar un orden en todos aquellos guarismos sin conexión y absurdos en su secuencia desconcertante, tan parecida a los azares irregulares del destino. No renunciaba a la convicción de que había una lógica que regía todos aquellos números cambiantes. Creía haber encontrado el patrón de esa lógica. Estaba mareado y le dolían las extremidades mientras aspiraba mecánicamente la pipa, una especie de languidez contemplativa alisaba las asperezas de sus rasgos como si se tratara de la quietud corporal provocada por el efecto de una droga mientras la

cabeza seguía alerta y en tensión. Nueve, nueve, cero, cuatro, dos, escribió en un billete. El siguiente número que había salido premiado era el cuarenta y siete mil cinco. Como es lógico, siempre que escribía a Manila pidiendo billetes, pedía también que se evitaran todos aquellos números. Con el lápiz en la mano no paraba de murmurar.

—Cinco, mmmh —se humedecía el dedo y hacía crujir los papeles—. ¡Ajá! ¿Y esto qué es? Hace tres años, en el sorteo de septiembre tocó el nueve, cero, cuatro, dos. Eso es muy interesante.

¡Tenía todo el aspecto de ser una ley! No dejaba de tener miedo de que, en medio de la enorme riqueza de aquel material, le pasase desapercibido algún principio. ¿De qué se trataba? Se quedaba a continuación media hora inmóvil, como un muerto inclinado sobre el escritorio y sin mover ni un solo músculo. A sus espaldas, el camarote ocupado por una densa humareda, como si con el mismo silencio y sin que nadie se diera cuenta, hubiese estallado una bomba.

Al final terminaba siempre cerrando el escritorio con la misma decisión y firmeza inquebrantable, se ponía en pie y salía. Caminaba arriba y abajo por la cubierta de proa, que estaba limpia de objetos y cuerpos de nativos. Los nativos eran siempre un engorro, pero también un buen ingreso que no se podía desdeñar y él necesitaba hasta el último penique de los beneficios que le diera el Sofala. ¡Y no eran muchos, la verdad! La incertidumbre que conlleva a la suerte era algo que le traía sin cuidado porque, a medida que habían ido transcurriendo aquellos años, había llegado también a la convicción de que a todos los números le tenía que tocar la suerte en algún momento. Era una sencilla cuestión de tiempo y de comprar todos los billetes que pudiera en cada sorteo. Por lo general, iba aumentando aquella cantidad y todos los ingresos que provenían del barco acababan allí, como también lo hacía el sueldo que se debía a sí mismo como primer maquinista. Lo único que le hacía lamentarse en secreto eran los sueldos que estaba obligado a pagar al resto de la tripulación. Miraba con recelo a los marineros que barrían la cubierta, a los que limpiaban las barandillas de cobre, y a veces le costaba contenerse para no dar un puñetazo sobre la mesa e insultar en su malayo macarrónico al carpintero... un pobre chino enfermizo que siempre iba hasta las orejas de opio, cuyo único atuendo lo constituían unos pantalones azules y que, invariablemente, tiraba las herramientas y se echaba a correr cada vez que veía aproximarse la furia de aquel demonio. Las situaciones en las que peor controlaba su rabia era cuando lanzaba una mirada allí donde siempre había uno de aquellos estafadores marineros a los que la ley había puesto al mando del buque. Los odiaba a todos; se trataba de un viejo agravio y lo sentía desde que se embarcó por

primera vez y entró en una sala de máquinas como aprendiz sin experiencia. La cantidad de insultos que había tenido que soportar... y la cantidad de persecuciones que había tenido que tolerar a manos de sus propios capitanes y de personas que eran unos auténticos mandados. Ahora que había alcanzado la categoría de armador, seguían siendo una plaga a su alrededor y se veía obligado a pagar una enorme cantidad de dinero a todos aquellos seres inútiles y pretenciosos. Como si un maquinista cualificado que al mismo tiempo fuera el dueño de una embarcación no pudiera encargarse personalmente de su propio barco. No había duda de que, a pesar de todo, se lo había hecho pasar mal a toda esa panda, pero aquel consuelo era más bien pobre. Con el transcurso del tiempo había acabado odiando también el barco y todas las reparaciones que era preciso realizar constantemente, las facturas de carbón y las pobres tarifas que cobraba él. De cuando en cuando, en mitad de algún paseo, cerraba el puño y golpeaba la barandilla, como si el barco lo pudiese sentir. Pero, a pesar de todo, era incapaz de pasar sin el barco, lo necesitaba para respirar y se veía obligado a aferrarse a él con uñas y dientes para mantenerse a flote mientras llegaba aquel manantial de dinero que iba a llevarlo a la dorada costa de su ambición.

Su principal aspiración era no hacer nada, absolutamente nada, y disponer de todo el dinero posible para mantenerse de ese modo. Ya sabía lo que era el poder, lo había probado como armador, ¡y menuda decepción! ¡Todo era vanidad! Le maravillaba lo ingenuo que había sido. Había preferido la sombra de algo a su sustancia... Si ni siquiera conocía lo bastante las delicias del mundo como para poder enardecer su imaginación, ¿cómo iba a conseguirlas, él, que no era más que el hijo de un calderero borracho que había pasado directamente del taller de una sala de máquinas a una mina del norte? Aun así, era muy capaz de imaginar la sensación de ocio absoluto que podía garantizar la riqueza y fantaseaba con ella para olvidar de aquel modo todos sus apuros presentes. Imaginaba que paseaba por las calles de Hull (de niño había estado muy familiarizado con las alcantarillas de aquella población) con los bolsillos llenos de soberanos. Podría comprarse una casa y todos le rendirían pleitesía: sus hermanas casadas y sus maridos, los antiguos compañeros de taller... todo el mundo. Nada le preocuparía y su palabra sería ley. El día que le tocó el premio llevaba mucho tiempo sin trabajo y recordaba que la noche de la noticia Carlo Mariani (vulgarmente conocido como Charley el gordo), el gerente del extremo más siniestro de Delham Street, le había hecho cientos de reverencias.

El buen Charley, a pesar de que había fundado su vida en el sostenimiento de los vicios ajenos, les daba siempre de comer a un puñado de tirados blancos. El súbito pensamiento de que iba a cobrar muchas facturas atrasadas lo llenó de

alegría y se imaginó toda una serie de fiestas en aquellos sótanos cavernosos. Massy recordaba a la perfección el deplorable aspecto de todos los blancos que pasaban por allí. El pecho casi le estallaba de orgullo. Al darse cuenta de las posibilidades que se abrían frente a él, Massy se alejó con aire altivo de Charley. Pasado el tiempo, el recuerdo de todos aquellos gestos le producía tristeza.

Aquél era el único y verdadero poder del dinero: no tener problemas y no tener que preocuparse de nada. Le costaba pensar, pero, a pesar de todo, sus sentimientos seguían siendo muy vivos; en sus cortas entendederas, los problemas que se le presentaban siempre tenían que ver con las maquinaciones de los demás. Era armador, pero todos se habían confabulado para convertirlo en un don nadie. ¿Cómo se había dejado engatusar de aquella manera para comprarse un barco? Había sido presa de un engaño y el fraude en el que se había visto inmerso parecía no acabar nunca. A medida que su precariedad económica iba estrechando el cerco, empezó a odiar literalmente a todas las personas que habían tenido trato con él en alguna ocasión. Un temperamento irritable por naturaleza y una sorprendente sensibilidad a las reivindicaciones de su propia personalidad habían terminado por hacer de su vida una especie de infierno: un lugar donde su alma perdida se había abandonado al tormento de una salvaje meditación melancólica.

Aunque lo cierto era que jamás había odiado a nadie tanto como a aquel viejo que se presentó cierta noche para salvarlo de un desastre asegurado... Aquel desastre provocado por la confabulación de todos aquellos hombres de mar. En cierto modo, casi pareció que hubiese caído del cielo. Realmente había sido sorprendente el súbito sonido de sus pasos resonando sobre la cubierta del vapor, y aquella voz particularmente grave que repetía una y otra vez la misma pregunta:

— ¿Señor Massy? ¿Se encuentra a bordo señor Massy?

Massy, que en ese momento estaba en los intestinos de su maquinaria, alumbrado por una vela con sombras enormes proyectadas en todas las direcciones a su alrededor, se quedó petrificado al encontrarse en presencia de aquel impresionante anciano, con una barba que parecía un peto de plata, erguido en medio de la oscuridad lívida de aquella puesta de sol.

— ¿Dice que quiere usted verme para hablar de negocios? En este momento no trabajo. ¿O no ve que el barco tiene todas las calderas apagadas?

Massy había acabado ensañándose con ironía ante su propio desastre, pero no podía creer lo que le estaba diciendo aquel viejo. ¿Cómo es que había aparecido

allí? Las cosas sencillamente no sucedían de ese modo. Estaba convencido de que, al despertar, aquel hombre se habría desvanecido como un dibujo en la niebla. Massy se había quedado impresionado por el porte, la dignidad y la cortesía de aquel extraño tan robusto; un poco más y se habría asustado. No se trataba de ningún sueño. Un sueño no pesaba cien kilos. Pero empezó a sospechar. ¿Qué significaba todo aquello? No había duda de que se trataba de una oferta que había que aceptar con los ojos vendados, pero ¿qué había tras ella?

Cuando se despidieron tras acordar una cita en el despacho de un procurador a primera hora de la mañana del día siguiente, Massy no podía parar de preguntarse: «¿Qué intereses tendrá?». Durante toda la noche se dedicó a esculpir las cláusulas del acuerdo, un documento único en su especie que le otorgó cierta celebridad en todo el puerto, y que provocó asombro.

El objetivo principal de Massy era asegurarse de la mejor forma posible que se podía deshacer de su socio sin tener que devolverle inmediatamente su parte, mientras que los esfuerzos del capitán Whalley se dirigieron a asegurar su inversión. ¿No se trataba acaso del dinero de Ivy, una parte de su fortuna y que, aparte de eso, no tenía más legado que el viejo cuerpo de su padre, que se obcecaba en resistir los envites del tiempo? Se cargó de paciencia utilizando las reservas de su amor por ella y aceptó con una tranquilidad pasmosa todos los párrafos en los que Massy se blindaba contra su incompetencia, su deslealtad, su embriaguez a cambio de otras estipulaciones que lo atasen. Habían pasado ya tres años y era libre de retirarse de la sociedad, llevándose su dinero con él. Se habían estipulado disposiciones para ir formando un fondo con el que poder pagarle, pero si por cualquier causa (que no fuera la muerte) abandonaba el Sofala antes de que se cumpliera ese plazo, Massy dispondría de todo un año para pagarle.

—¿Y en caso de enfermedad? —sugirió el abogado, un joven recién llegado de Europa que aún no tenía muchos encargos y al que el caso divertía en especial. Massy comenzó a quejarse de inmediato:

—No iba a pensar que él...

—No se preocupe —dijo el capitán Whalley amparado en una soberbia confianza en su cuerpo—, eso son cosas de Dios —añadió. Era consciente de que en mitad de la vida se encontraba la muerte, pero tenía una gran confianza en su hacedor, era Él quien conocía todos los pensamientos y las intenciones humanas. El creador sabía qué uso hacía de la salud y cuánto la necesitaba—. Tengo la esperanza de que mi primera enfermedad sea la última. Nunca he estado enfermo,

al menos que yo recuerde; déjelo.

Pero incluso en aquellos momentos despertó la hostilidad de Massy al negarse a que fueran seiscientas libras en vez de quinientas.

—No puedo hacer eso —fue lo único que dijo, pero lo hizo con tanta decisión que Massy desistió inmediatamente de hacer ninguna réplica al respecto. Aunque no dejó de pensar para sí mismo: «¡Que no puede, dice! ¡Qué viejo canalla! Será más bien que no quiere. Le tiene que salir el dinero por las orejas, pero lo único que quiere es un puesto tranquilo y la sexta parte de mis beneficios... Si puede evitarlo, no pagaría ni un solo céntimo».

Durante aquellos años, el enfado de Massy fue creciendo día a día bajo el fuego de algo parecido al miedo. La sencillez de aquel hombre podía parecer, al final, peligrosa, pero lo cierto es que últimamente había cambiado. Ahora tenía un aspecto menos formidable que antes, como si su energía vital hubiese disminuido o tuviese una herida secreta. A pesar de todo, seguía resultando muy misterioso debido a su valor, su rectitud y su sencillez. Cuando Massy supo que tenía intención de abandonarlo en cuanto acabara el plazo, sin dejar resuelto el tema de las calderas, el disgusto se convirtió en un auténtico volcán de odio.

Hacía tanto tiempo se le habían abierto los ojos, que no había nada que el señor Sterne pudiera contarle que no hubiera pensado ya él de antemano. Tenía mucho interés en aterrorizar todo lo posible a aquella sabandija para que se callase, y quería afrontar aquel problema él solo; y por muy inverosímil que le resultara a Sterne, aún no había abandonado la esperanza de que aquel viejo odioso se quedase. ¡Evidentemente! La única manera de hacer fortuna era evitarlo, y, ahora que acababan de cruzar el bajío de Batu Beru, las cosas parecían haberse inclinado inesperadamente a un desenlace. Estaba tan inquieto que ni siquiera conseguía tranquilizarlo el análisis de los números premiados, y la luz del camarote se estaba haciendo cada vez más tenue.

Apartó la lista y susurró de nuevo:

—¡No! ¡Usted no, no lo consentiré! —Lo último que necesitaba en aquel momento es que aquel entrometido lo convirtiese en cómplice. Volvió a agarrarse la cabeza con las manos; la figura era tan inmóvil y estaba tan confinada en la penumbra de aquel cerrado rincón, que parecía al mismo tiempo algo infinitamente apartado del ajetreo y los ruidos de cubierta.

Los podía oír. Los pasajeros se habían puesto a charlar animosamente al mismo tiempo, y había alguien arrastrando un pesado cofre junto a su puerta. De repente escuchó la voz del capitán Whalley en la parte de arriba:

—Todos a sus puestos, señor Sterne.

La respuesta le llegó desde el otro lado de proa:

—Sí, señor.

—Esta vez lo vamos a amarrar de cara a la corriente, tenemos la marea baja.

—De cara a la corriente, señor.

—Encárguese usted, señor Sterne.

Aquella conversación quedó clausurada por el gong procedente de la sala de máquinas. La hélice seguía girando lentamente: uno, dos, uno, dos, tres... con pequeñas pausas, como si a ratos dudara en seguir avanzando. El gong sonaba una y otra vez, y el agua lanzada en diversas direcciones por las palas causaba una gran conmoción a lo largo del buque. El señor Massy no se movió. En la otra orilla, y aproximadamente a un cuarto de milla de distancia, giraba un faro pequeño como una estrella diminuta recorriendo lentamente el círculo del puerto. Desde el espigón del señor Van Wick, unas voces contestaron a los gritos del buque. Lanzaron las cuerdas. No llegaron. Las volvieron a lanzar; la tenue llama de una antorcha que había sobre uno de los grandes sampanes que iban a recoger majestuosamente al rajá de la costa introdujo de repente un resplandor rojizo en el camarote, que tiñó toda su persona. El señor Massy permaneció inmóvil. Las máquinas se detuvieron tras unas vueltas pesadas y lentas, las máquinas se detuvieron y el tañir del gong indicó que el capitán había ordenado una pausa. Por el lado opuesto al muelle, un gran número de botes se acercó hasta el Sofala. Poco a poco se fue reduciendo el ruido de los chapuzones, gritos, pies que se arrastraban, bultos que caían y voces de los niños de los pasajeros al alejarse. En la costa se oyó una voz autoritaria que sonaba cerca del costado del barco:

—¿Algún correo para mí?

—Sí, señor Van Wick. —Era Sterne quien contestaba desde la batayola con respetuosa cordialidad—. ¿Quiere que se lo lleve arriba?

La voz preguntó una vez más:

— ¿Dónde está el capitán?

— Sigue en el puente, creo. No se ha movido de la butaca. ¿Quiere...?

La voz no lo dejó terminar.

— Yo subiré.

— Señor Van Wick — dijo Sterne con una voz ahogada por el esfuerzo.

— ¿Le importaría hacerme el favor...?

El segundo salió a la pasarela a toda prisa. Hubo un pequeño silencio. El señor Massy permaneció inmóvil en la oscuridad.

Ni siquiera se movió cuando escuchó que frente a su camarote cruzaban unos pasos muy lentos. Lo único que hizo fue gritar a la puerta cerrada:

— ¡Jack!

Los pasos retrocedieron sin prisa, se oyó la cerradura y en el vano de la puerta apareció la cara del segundo maquinista como una sombra oscura sobre la luz que provenía de la lumbrera del pasillo. El rostro era igual de negro que todo cuanto lo rodeaba.

— Esta vez hemos tardado en subir un poco más de lo normal — gruñó el señor Massy sin cambiar el gesto.

— No he podido hacer otra cosa. La mitad de las tuberías de ahí abajo están atascadas o tienen escapes — respondió con locuacidad el segundo.

— No es asunto tuyo comentarlo.

— Pero sí lo podridas que están las calderas — contestó el subordinado sin gran animación—. Baje usted y deles más presión si se atreve. Yo no me atrevo.

— No mereces ni la sal que te doy — dijo Massy, y el otro hizo un ruido parecido al de una risa que se queda en estertor de burla.

— Es más conveniente ir despacio que quedarse con el barco parado — dijo el admirado superior, y al cabo el señor Massy se volvió girando la silla y

enseñando los dientes.

—¡Malditos sean usted y todo este asqueroso barco! Ojalá estuviese en el fondo del mar y así se moriría usted de hambre.

El segundo maquinista cerró la puerta con suavidad.

Massy escuchó. En vez de dirigirse al baño, que era el lugar al que tendría que haber ido para asearse un poco, el segundo entró directamente en su propio camarote, que era el contiguo al suyo. El señor Massy se puso en pie y esperó todavía un rato. Escuchó cómo echaba el pestillo. Salió disparado y le pegó una furiosa patada a la puerta.

—Usted se encierra ahí para emborracharse —gritó.

La apagada respuesta todavía tardó unos instantes en llegar:

—Tiempo libre.

—Como se le ocurra a usted darse al alcohol le despido —gritó Massy.

Una amenaza a la que siguió un silencio sepulcral. Massy se alejó sorprendido de allí. En la orilla aparecieron dos figuras acercándose a la pasarela. Escuchó una voz cargada de desprecio que decía:

—Francamente, no le creo. Pero no le quepa duda de que hablaré de este asunto.

La otra voz era la de Sterne y respondió con un tono cargado de sentido del deber:

—Gracias, no quiero más. Era mi obligación.

El señor Massy se quedó perplejo. Una figura pequeña y distinguida subió a la cubierta y estuvo a punto de chocarse con él, que quedaba fuera del círculo del farol de la pasarela. Pasó hacia el puente después de cambiar un rápido saludo:

—Buenas tardes —dijo Massy con tono amenazador a Sterne, que seguía al otro con paso sumiso—, ¿se puede saber qué hace ahora contándole historias al señor Van Wick?

—No, señor, yo no soy quién para que el señor Van Wick me preste atención, y mucho me temo que él tampoco cree que sea usted quién. Sí se lo parece el capitán Whalley. Ha subido a pedirle que cene en su casa esta noche.

Y a continuación añadió sombríamente para sí mismo:

—Y espero que le apetezca ir.

XII

El señor Van Wick, el blanco de Batu Beru, un viejo oficial de la armada que, por razones que sólo él conocía, había abandonado una carrera prometedora para convertirse en dueño de una plantación de tabaco en aquella apartada región de la costa, había llegado a cogerle mucho cariño al capitán Whalley. La aparición del nuevo capitán le había interesado mucho, porque no se podía imaginar nada más distinto a la sucesión de personajes que habían ido pasando por el puente del Sofala.

En aquellos años, Batu Beru no era todavía la región en la que se convertiría más tarde, el centro de una próspera región tabaquera, unos *bungalows* con aspecto de barrio residencial que formaban una calle con una hilera de árboles entre la exuberancia placentera de jardines floreados con una carretera de cinco kilómetros en la que poder pasear, y una residencia de primera clase para presidir la sociedad de un grupo de jóvenes casados que trabajan para las grandes compañías.

Esa prosperidad no había llegado todavía y el señor Van Wick se enriquecía sólo en el lado izquierdo de un claro arrancado a la vegetación de la selva que llegaba hasta el agua rodeando toda la vivienda. Aquel *bungalow* solitario se alzaba frente a las casas del sultán que quedaban al otro lado del río. Era un viejo inquieto y melancólico a partes iguales que ya lo sabía todo sobre el amor y la guerra y que lo único que esperaba era morir antes de que los blancos se pusieran de acuerdo para arrebatarse aquellas posesiones. Cruzaba el río con relativa frecuencia (y nunca con menos de diez barcas repletas de gente), con la esperanza de sacarle al blanco alguna información sobre el asunto. Siempre se sentaba en la misma butaca de la terraza mientras los dos encargados de la corte se sentaban en cuclillas sobre las alfombras y pieles en los espacios que dejaba el mobiliario. La gente inferior permanecía en la parte de abajo, en la zona de césped que había entre la casa y el embarcadero, en filas de tres o cuatro, y ocupando toda la zona. No era infrecuente que la visita empezara al amanecer. El señor Van Wick no tenía problema con aquel tipo de incursiones. Saludaba desde la ventana de la habitación con el cepillo de dientes o la navaja de afeitarse en la mano y pasaba entre los cortesanos en bata. Aparecía y desaparecía siempre tarareando alguna canción, se limaba las uñas con esmero y se mojaba la cara recién afeitada con agua de colonia, luego se preparaba un té y salía para echarle un vistazo al trabajo de sus *coolies*. Cuando regresaba,

miraba los papeles de su escritorio, leía un capítulo de un libro o se sentaba frente al piano de campo echándose hacia atrás en el taburete, estirando mucho las piernas y recorriendo las teclas con las manos mientras se balanceaba lentamente de derecha a izquierda. Cuando no le quedaba más remedio que hablar, respondía siempre utilizando evasivas por compasión. Y no era improbable que fuera ese mismo sentimiento el que lo impulsara también a ser tan hospitalario y generoso al sacar las bebidas carbónicas, porque había veces que se quedaba sin soda para toda la semana. El viejo le había concedido toda la tierra que se tomase el trabajo de limpiar, toda una fortuna.

Y ya fuese la fortuna o el aislamiento lo que hubiese ido buscando el señor Van Wick, había dado de pleno con el lugar. Hasta las lanchas de la compañía concesionaria que recorrían todas aquellas chozas de palma de la costa pasaban muy lejos de la boca del río Batu Beru. Era un viejo contrato, cosa de pocos años, y podía ocurrir que cuando expirase aquel contrato incluyesen a Batu Beru en su recorrido, pero mientras tanto todo el correo que llegaba para el señor Van Wick iba a Manila y desde allí su agente se lo enviaba a bordo del Sofala. Por tanto, si Massy se quedaba sin dinero (por haber comprado demasiada lotería) o se veía en dificultades para encontrar un capitán, el señor Van Wick se vería privado de su correspondencia y sus periódicos. Por esa razón estaba tan personalmente interesado en el futuro del Sofala. Aunque se definía a sí mismo como un ermitaño (y realmente se podía decir que no era casualidad que llevara ocho años retenido allí), le gustaba saber lo que pasaba en el mundo.

En el pasillo, y en unas estanterías de nogal (que también había llevado el año anterior el Sofala, todo lo llevaba el Sofala), bajo unos pisapapeles de bronce, había un buen montón de ejemplares de *The Times*, edición semanal, las grandes páginas del *Rotterdam Courant*, el *Graphic* con sus tapas verdes, una publicación ilustrada holandesa sin cubierta y ejemplares de una revista alemana en color llamada *Bismarck Malade*. Había también partituras de música nueva, aunque el piano (que había llevado años atrás el Sofala) estaba muy desafinado por culpa de la humedad de la selva. A veces resultaba un poco humillante verse privado de todo contacto durante sesenta días. Cuando veía aparecer el Sofala, el señor Van Wick bajaba las escaleras de la galería y caminaba sobre el césped que había frente a la casa hasta llegar casi a la orilla con el ceño fruncido.

—Me imagino que habrán tenido algún accidente que les habrá obligado a estar fuera de servicio.

Se dirigía hacia el puente pero, sin dar tiempo a que se produjese ninguna

respuesta, Massy ya había saltado a tierra por encima de la batayola y se había encaminado hacia él, juntando las palmas de las manos e inclinando la cabeza engominada con cintas y tiras de pelo negro. Le molestaba tanto tener que dar explicaciones que sus quejidos tenían un tono de lo más lastimero. Durante toda la conversación, a pesar de todo, intentaba mantener una sonrisa en los labios.

—Le aseguro que no señor Van Wick; le va a parecer increíble, pero no he conseguido un mal diablo de esos que me saque el barco a la mar. No había ni uno solo de esos vagos disponible, no había manera humana de convencerlos, y ya sabe que por ley...

Se quejó durante un buen rato, y se oyeron una tras otra las palabras «complot», «conspiración», «envidia», mientras el señor Van Wick no dejaba de mirarse las uñas con una mueca, antes de responder:

—Vaya, qué tragedia. —Y dio media vuelta.

Era un hombre puntilloso, inteligente, un poco escéptico y acostumbrado a la mejor sociedad (durante su último año en la Armada, y antes de abandonar la metrópoli, había tenido un puesto muy envidiado en el Ministerio de la Marina), tenía una calidez de sentimiento latente y una simpatía natural que a veces quedaba algo escondida bajo unas formas que podían interpretarse como una indiferencia altiva que en realidad eran fruto de su educación. En ocasiones, no habría faltado mucho para que algún enemigo hubiese podido llamarlo petimetre por aquel aspecto que parecía el vago eco distorsionado de la elegancia de tiempos mejores. Entre sus *coolies* había conseguido instaurar una disciplina militar, y la camisa blanca de cuello almidonado y alto parecía estar proclamando a los cuatro vientos que tenía intención de mantener la ceremonia de la etiqueta, aunque se ceñía una faja de color carmesí en honor a la selva, como precaución de higiene. Abierta sobre el pecho, y colgándole de los hombros, solía llevar una chaqueta de seda ligera. Llevaba el pelo bien cuidado, claro en la zona superior del cráneo y levemente ondulado en los flancos, un bigote bien recortado, la frente sin adornos y unos brillantes zapatos bajos de charol que asomaban bajo el ancho vuelo de los pantalones, de la misma tela que la chaqueta; la estampa completa le daba un aire de pirata de novela, mezclada con la elegancia de un *dandy* un poco calvo que se había permitido alguna prenda extravagante en su exilio.

Aquél era su traje de etiqueta. La hora a la que llegó el Sofala era una hora antes de que se pusiera el sol, y él tenía un aspecto extravagante paseando por la orilla sobre aquel fondo de césped coronado por el *bungalow* con el techo de palma

y cubierto de enredaderas repletas de flores. Mientras terminaban de amarrar el Sofala, él seguía paseando entre los pocos árboles que había mantenido cerca del embarcadero esperando para poder subir a bordo. Los blancos de aquel barco no pertenecían a su especie. El viejo sultán (por mucho que le pudieran llegar a aburrir sus constantes incursiones) resultaba mucho más aceptable para su gusto. Pero, a pesar de todo, no dejaban de ser blancos, y las periódicas visitas de aquel barco eran un alivio en su reclusión. Eso sin contar lo necesarias que eran desde el punto de vista comercial. Su sentido de la precisión hacía que se irritara profundamente cuando el barco no aparecía cuando estaba previsto.

La razón de aquellas irregularidades siempre le parecía demasiado extraña, y a su juicio Massy no era más que un idiota insoportable. La primera vez que el Sofala apareció de nuevo cuando él ya había perdido toda esperanza de volverlo a ver, se enfadó tanto que ni siquiera bajó directamente al embarcadero. Los sirvientes fueron corriendo a darle la noticia y él acercó una silla hasta la baranda de la galería, puso los codos sobre ella y se quedó un buen rato contemplando aquel barco que estaba amarrando frente a su casa. Era capaz de distinguir a la perfección todos los rostros blancos que había a bordo, pero ¿quién demonios era aquel patriarca al que habían puesto en el puente con una butaca?

Al fin se levantó y bajó paseando por el sendero de gravilla. Lo cierto era que hasta aquella gravilla para los caminos había tenido que importarla con ayuda del Sofala. Disgustado, altivo y orgulloso, sin prestar ninguna atención a nadie, se dirigió a Massy de forma tan decidida que el maquinista sólo pudo tartamudear. Lo único que se podía sacar en claro era un vago:

—Señor Van Wick, le aseguro... Señor Van Wick, de ahora en adelante... Señor Van Wick... —El exceso de sangre subcutánea convirtió el rostro generalmente amarillento de Massy en una naranja artificial con dos ojos negro azabache de gran brillo.

—Ridículo, estoy harto de usted, ni siquiera sé cómo tiene el valor de presentarse en este muelle.

Massy intentó protestar con energía pero el señor Van Wick estaba realmente enfadado. Había decidido acudir a una firma alemana, aquella gente de Malaca... ¿Cómo se llamaban? Los de los barcos de chimeneas verdes... Estaba seguro de que a esa gente no habría que perseguirla si les ofrecía la posibilidad de abrir allí una nueva ruta. Schnitzler, Jacob Schnitzler; seguro que aceptaría de inmediato. Estaba decidido, iba a escribirles en cuanto se diera la menor

oportunidad.

El nervioso Massy tuvo que cazar al vuelo una pipa que se le había resbalado de los labios.

—Por favor, no haga eso, señor.

—No debería usted arruinar su propio negocio de una forma tan negligente.

El señor Van Wick se dio media vuelta. Los tres blancos que estaban sobre el puente ni siquiera habían pestañeado ante toda la escena. Massy se puso a pasear de un lado al otro sin dejar de bufar:

—¡Orgullosos holandeses!

Se puso a recitar mentalmente toda una lista de agravios, la de los esfuerzos que había realizado durante todos aquellos años por tener a aquel hombre satisfecho. ¿De modo que aquélla era la recompensa? Muy bonito... Escribir a Schnitzler; perfecto... Traicionarlo por las chimeneas verdes... Venderse a aquel judío de Hamburgo que iba a terminar siendo su ruina... Se rio entre sollozos... ¡Ja! ¡Y lo más probable es que le fuera a enviar la carta mediante su propio barco!

Se tropezó con la reja y se puso a maldecir. No le iba a temblar el pulso a la hora de tirar por la borda la correspondencia de aquel holandés... Tiraría el paquete entero. Jamás en la vida había cobrado recargo alguno por aquel servicio, pero lo más probable es que su nuevo socio, el capitán Whalley, no se lo permitiera. Por su parte, habría preferido intentar cavar un hoyo en el agua antes de ver cómo las chimeneas verdes le quitaban aquella ruta.

Estaba delirando en voz alta. Junto a la escalera los camareros chinos se echaron hacia atrás con los platos. El grito se escuchó desde lo alto del puente:

—¿Pero es que no vamos a comer esta noche? —dijo dándose la vuelta con violencia hacia el capitán Whalley, que esperaba con paciencia a la cabecera de la mesa mesándose la barba—. No tiene mucha pinta de que le preocupe a usted lo que me pasa. ¿No se da cuenta de que esto perjudica sus intereses tanto como los míos? No es ninguna broma. —Se sentó a la mesa sin dejar de gruñir entre dientes—. Eso a no ser que tenga usted unos miles guardados en alguna parte, porque yo no los tengo.

El señor Van Wick estaba cenando en su *bungalow* completamente

iluminado, cosa que daba un punto de resplandor en medio de aquella noche en el claro ganado sobre la sombría orilla del río. Cuando se sentó al piano comprobó que se oían unos pasos lentos y espaciados sobre la gravilla del sendero. Luego crujieron también unos cuantos tablones bajo aquellas robustas pisadas y él se volvió sobre el taburete con las puntas de los dedos todavía sobre las teclas. Se oyó el ladrido del pequeño terrier, y a continuación lo vio entrar en la galería. Escuchó cómo una voz profunda le pedía perdón por aquella «intrusión». Salió enseguida.

En lo alto de las escaleras se alzaba aquella patriarcal silueta que al parecer era ahora el nuevo capitán del Sofala (había visto pasar a media docena de ellos, pero ninguno tenía aquella planta). El pequeño perro siguió ladrando incansable hasta que el señor Van Wick lo hizo callar moviendo el pañuelo. El capitán Whalley se encontró con una oposición abierta cuando intentó introducir el tema.

Tuvieron aquella charla de pie, en el mismo lugar en el que se habían encontrado. El señor Van Wick no dejaba de mirar atentamente a su visitante y finalmente añadió, como si se sintiera obligado a salir de su mutismo:

—Me llama la atención que interceda usted por ese maldito loco. — Cualquiera habría podido tomar aquellas palabras por el principio de un cumplido—. ¡Qué un hombre como usted se molestó en interceder!

El capitán Whalley dejó pasar aquellas palabras sin responder con un pestañeo, se podría haber pensado que ni siquiera las había oído. Se limitó a continuar hablando y añadió que estaba interesado personalmente en arreglar las diferencias que hubiera entre los dos. Personalmente.

El señor Van Wick, que realmente seguía muy enfadado con Massy, tenía un humor incisivo.

—Si quiere que le sea franco, ese personaje no me resulta muy de fiar, ni particularmente simpático.

El capitán Whalley, que seguía allí de pie, se irguió, y a él le dio casi la sensación de que se ensanchaba, como si las dimensiones de su pecho hubiesen crecido un poco bajo la barba.

—Estimado señor, espero que comprenda que no he venido a aquí a discutir acerca de una persona con la que estoy... mmmh... digamos que estrechamente asociado.

Hubo unos segundos de solemne silencio. No estaba acostumbrado a tener que pedir favores a la gente, pero aquel asunto era importante. El señor Van Wick se quedó favorablemente perplejo ante aquella respuesta y con un súbito deseo de reñir lo interrumpió:

—Si insiste en hacer de esto una cuestión personal, me parece muy bien, pero permítame al menos que le invite a fumarse un cigarro conmigo.

Hubo una pequeña pausa, y tras ella el capitán Whalley avanzó lentamente hacia él. En cuanto a las entregas que se hicieran en el futuro, él se haría personalmente responsable de la regularidad del servicio. Su nombre era Whalley... un nombre que a un marinero (y hablaba con un marinero, ¿no era así?) tal vez le pudiese resultar familiar. En la actualidad había un faro, en una isla. Puede que el mismo señor Van Wick...

—Por supuesto, desde luego... —respondió el señor Van Wick entendiéndolo todo al instante y señalándole la butaca que estaba a su lado. Todo aquello le interesaba mucho. Él mismo había cubierto algún servicio durante la guerra pero nunca había llegado tan al Este. ¿La isla Whalley? Claro que sí, qué interesante. Supongo que su huésped habrá visto muchos cambios últimamente...

—Y en tiempos previos también... durante medio siglo.

El capitán Whalley explicó un poco la historia. El aroma de aquel excelente puro (era una de sus debilidades) le había conmovido el corazón, al igual que los buenos modos de aquel joven. Aquel encuentro accidental le devolvía algo que había echado mucho de menos en todos aquellos años de lucha.

La fachada formaba un agradable rincón que estaba dispuesto como si se tratara de una habitación independiente. Había una lámpara de cristal ahumado que estaba suspendida desde lo alto del techo con una fina cadena de latón y que daba luz sobre una pequeña mesilla en la que había un libro abierto y un abrecartas de marfil. Podían verse otras mesas en las sombras que se proyectaban más a lo lejos, y también varias sillas de tipos distintos con un gran número de pieles que estaban sobre el suelo a modo de alfombras. Las enredaderas en flor perfumaban el aire. En los montantes, el follaje formaba un marco de hojas espesas que se reflejaban a la luz de la lámpara con un verdoso esplendor. A través del vano que tenía a su lado, el capitán podía contemplar el farol de la pasarela del Sofala ardiendo amarillento junto a la orilla, y también la mole de la ciudad al otro lado de la enorme oscuridad del río. Se veía también una negra franja de cielo llena

de resplandecientes estrellas. Tuvo un momento de paz con aquel magnífico puro entre los dedos.

—No tiene mucha importancia, en realidad; alguien tiene siempre que ser el primero. Lo único que demostré yo era que se podía hacer, pero ustedes, lo que ya están habituados al vapor no son capaces de mesurar en justicia lo que un pequeño descubrimiento como aquél supuso para el comercio oriental de aquellos años. El paso que descubrí podía reducir en once días una travesía del sur durante más de la mitad del año. ¡Once días! Ese tipo de cosas ya han pasado a la historia, pero lo curioso, hablando con un marinero, es que yo diría que pasó...

Hablaba con corrección, sin darse ínfulas, con profesionalidad. Su voz grave y poderosa colmaba el espacio de las habitaciones vacías de aquel *bungalow* con una resonancia límpida y profunda, como si el sonido se produjera en cierto modo desde el exterior. El señor Van Wick estaba sorprendido de la serenidad que emanaba de aquella voz, su perfección masculina.

El capitán Whalley también había sido uno de los pioneros en el comercio en el golfo de Petchili, y hasta llegó a mencionar que era allí donde había enterrado a su amada esposa veintiséis años atrás. El señor Van Wick no pudo dejar de preguntarse qué tipo de mujer podría ser una pareja equilibrada para un hombre como aquél. ¿Habían sido una buena pareja? No, lo más probable es que ella fuera pequeña y frágil, seguramente muy femenina, seguramente una mujer de naturaleza doméstica y sin importancia. El capitán Whalley no era en absoluto un orador cansino y, como si quisiera disipar una momentánea melancolía que se había cruzado en su agradable rostro de veterano, aludió de manera cordial a la soledad del señor Van Wick.

El señor Van Wick reconoció que a veces tenía más compañía de la deseada y le confesó algunas de las peculiaridades de la relación que mantenía con el sultán. Lo visitaba en pleno alarde de fuerzas. Siempre que venía aquella gente le acababan estropeando el césped que había frente a la casa (y no era nada fácil conseguir en el trópico algo que tuviera el aspecto de césped), y el otro día le habían llegado a arrancar varias plantas raras que tenía por allí. El capitán Whalley recordó que en el 47, el sultán de aquella época («el abuelo de éste de ahora») había sido célebre por proteger a las naves de piratas que solían atacar un poco más hacia el este. Siempre se refugiaban en el río Batu Beru. Había llegado a financiar en concreto a un jefe balinini llamado Haji Daman. El capitán Whalley arqueó las cejas de forma muy expresiva porque aquel tema lo tenía muy controlado. El mundo había progresado mucho desde entonces.

El señor Van Wick se opuso a aquel comentario con una acritud inesperada:

—¿Progresado en qué sentido? —le preguntó.

Pues en el conocimiento de la verdad, la honestidad, la justicia, el orden... Y también en la honradez, porque si los hombres se hacían daño unos a otros era básicamente por ignorancia. El capitán Whalley llegó a concluir que la vida era más agradable en este mundo presente.

El señor Van Wick se negó a aceptar que el señor Massy, por poner un caso, fuese más agradable que el pirata balinini.

El río al menos no había ganado mucho con los cambios, y a su manera también los piratas habían tenido cierta honradez. No había duda de que Massy era menos terrible que Haji Daman, pero...

—¿Y qué me dice de usted, señor? —se rio el capitán—, al menos reconocerá que su presencia aquí es una mejora.

Aquel tono cordial continuó un buen rato. Un buen puro era algo mucho mejor que un golpe en la cabeza... cosa que era exactamente el recibimiento que había tenido en aquel mismo río hacía cuarenta o cincuenta años. Y en ese momento, inclinándose un poco hacia delante, se puso realmente serio. Daba la sensación de que, aparte de sus propias tribus de gitanos marinos, aquellos corsos odiaran a la humanidad con una furia incomprensible y sangrienta. La nueva generación era más pacífica y vivía en aldeas más prósperas. Eso lo podía decir basándose en su propia experiencia. Hasta los supervivientes de aquella época, que eran ya ancianos y habían cambiado tanto, que ahora habría resultado casi de mal gusto reprocharles que se hubieran pasado la juventud cortando cuellos. Guardaba un recuerdo especialmente vívido de uno de ellos, un venerable jefe de cierta aldea de la costa que estaba a unas setenta millas al sudoeste de Tampasuk. Anima ver hablar a aquel hombre, pero en su juventud había sido un feroz salvaje. Lo que los hombres necesitaban era verse enfrentados en algún momento de sus vidas a una inteligencia superior, a un conocimiento superior, a una fuerza superior. El capitán Whalley estaba convencido de que en el interior de todos los hombres había una predisposición natural hacia el bien, aunque no por eso se pudiese decir que en su conjunto el mundo fuese un lugar particularmente feliz. Otra cosa muy distinta se podría haber dicho de su confianza con respecto a la sabiduría de los hombres.

Reconocía que en ese punto en concreto necesitaba de una ayuda más

enérgica. Puede que los hombres fueran torpes, desgraciados y hasta mal organizados, pero desde luego no eran malos por naturaleza. Al menos en el fondo de sus corazones eran totalmente inofensivos.

—¿De verdad se lo parecen? —preguntó el señor Van Wick con amargura.

Aquella interpelación le arrancó una risa tolerante al capitán Whalley. Había visto ya medio siglo, dijo. El humo se entrelazaba plácidamente entre los pelos canosos de su barba y ocultaba sus agradables labios.

—Sea como sea me alegro de que no les haya dado tiempo de hacerle a usted mucho daño.

El señor Van Wick no se sintió en absoluto ofendido por aquella referencia a su juventud. Se puso de pie y encogió los hombros de una manera un tanto enigmática. Caminaron el uno junto al otro amistosamente bajo la noche estrellada hasta la orilla del río. Sus pasos sonaban de manera desigual. En el lado de tierra de la pasarela había un farol colgando a una altura muy baja que iluminaba las piernas y los grandes pies de Massy, que estaba allí esperando ansiosamente el regreso del capitán. De cintura para arriba, su cuerpo se sumergía en la oscuridad con la sola excepción de una hilera de botones que le llegaba hasta la barbilla.

—Ya puede darle las gracias al capitán Whalley —dijo el señor Van Wick antes de darse la vuelta.

Las lámparas de la galería proyectaban sobre la hierba y entre los pilares tres grandes manchas de luz. Un pequeño murciélago pasó por delante de su rostro, como una mota aterciopelada de la propia oscuridad. A lo largo del seto de jazmín el aire de la noche se había hecho un poco más denso con la llegada de una humedad perfumada, el sendero estaba bordeado de parterres y los recortados arbustos se alzaban como moles oscuras y redondas delante de la casa. El follaje de las enredaderas filtraba el halo de luz de la lámpara de interior como un suave resplandor por toda la fachada, y todo parecía envuelto en una gran inmovilidad suave.

El señor Van Wick (que hace tan sólo unos años llegó a tener la sensación de que nadie había tratado tan mal a una mujer como él) sentía por el optimismo del capitán Whalley la distancia cínica de quien fue crédulo en otra época de su vida. Su desagrado por el mundo (por aquella mujer que en otro tiempo lo había sido todo para él) se materializó en forma de una vida retirada, y es que, aunque

consideraba que poseía una gran capacidad de sentimiento, era un hombre enérgico y naturalmente pragmático. Y sin embargo, aquel marinero tan poco común que había pasado junto a su soledad tenía algo que ponía en tela de juicio su escepticismo. Hasta su misma simplicidad (y lo divertida que le resultaba) tenía una especie de delicado refinamiento. La dignidad que emanaba de todos sus gestos no se correspondía con la humildad de su situación, y daba a entender una nobleza general en todo su carácter. A pesar de toda aquella esperanza que profesaba en la humanidad, no era ningún loco, y aquella serenidad natural de su carácter, como no era consecuencia de su éxito, tenía que proceder necesariamente de su sabiduría. Al señor Van Wick le divertía comprobar que hasta los rasgos físicos del viejo capitán del Sofala, su aspecto tranquilo, su rostro inteligente y agradable, las grandes piernas, su amabilidad mezclada con un toque de severidad, y hasta aquellas cejas espesas, le daban a toda su figura una cualidad seductora. El señor Van Wick se había acostumbrado a despreciar la pequeñez en todas sus formas, pero en aquel hombre no había nada pequeño y, a medida que fueron encontrándose en sus muchos viajes, se fue articulando entre ambos un sentimiento de cálido respeto en el fondo y una forma de cordial solemnidad que le resultaban muy agradables a su exigente paladar.

Los dos mantenían siempre sus respectivas opiniones sobre todas las cuestiones mundanas, sus propias convicciones, y el capitán Whalley jamás ponía en cuestión las suyas. La diferencia de edad suponía otro salto entre los dos. En determinada ocasión, cuando le reprochó lo poco caritativo que era para ser tan joven, el señor Van Wick recorrió con la mirada la enorme figura de su interlocutor y replicó con cordial dureza:

—¡Bueno! Pues ya se convencerá en ese caso de que tengo razón; aún le queda mucho tiempo de vida, no se haga el viejo, que, con el aspecto que tiene, es de esperar que llegará a los cien años. —No pudo evitar aquella viveza, pero de inmediato moderó su comentario con una sonrisa y dijo—: Y cuando llegue ese momento, supongo que no le importará morir de asco.

El capitán Whalley meneó la cabeza y sonrió:

—¡Dios no lo permita!

Puede que supusiera que merecía algo un poco mejor que morir embargado por esa clase de sentimientos. Como es lógico, también aquel momento tendría que llegar algún día, pero él confiaba en que Dios le ofreciera una salida que no lo avergonzara demasiado. Por otra parte, si así debía ser, no le importaba vivir hasta

los cien años; ya había sucedido otras veces y tampoco era ningún milagro. Él no esperaba ningún milagro.

Aquel tono severo y reflexivo provocó que el señor Van Wick levantara la cabeza para mirarlo fijamente. El capitán Whalley mantenía la mirada clavada a lo lejos con expresión ausente, como si estuviese leyendo en la pared el decreto favorable de su Creador. Se quedó totalmente inmóvil durante unos segundos, y luego se puso en pie tan rápidamente que el señor Van Wick se quedó asombrado.

A continuación se golpeó el pecho y extendió horizontalmente un brazo enorme como una rama de un árbol en un día sin viento.

—No siento dolor alguno. ¿Le parece a usted que tiemblo?

Hablaba de una manera casi tímida, cosa que provocaba un fuerte contraste con la forma en la que se había levantado. Se volvió a sentar.

—Ya sabe que no digo esto para envanecerme, yo no soy nadie —continuó diciendo sin ningún esfuerzo con aquella voz grave que parecía fluir con la misma naturalidad con que fluye un río. Recogió el puro que había dejado y siguió diciendo, mientras afirmaba con la cabeza—: Lo que sucede es que mi vida es necesaria. En cierto modo, no es mía... Dios lo sabe.

Ya no volvió a hablar demasiado el resto de la velada, pero al señor Van Wick le pareció distinguir la sombra de una sonrisa bajo aquel enorme bigote. En alguna que otra ocasión el capitán Whalley consentiría en entrar en la casa, y hasta se dejó invitar a algún vaso de vino.

—No crea que me da miedo, amigo mío —explicó—, pero en su momento tuve mis buenas razones para dejarlo.

En otra ocasión, y mientras se echaba cómodamente hacia atrás, comentó:

—Mi querido señor Van Wick, si hay algo que puedo decir es que usted me trató desde el primer día con la mayor... humanidad.

—Admitirá usted que no le faltó cierto mérito —añadió el señor Van Wick con ironía—, siendo usted socio de ese excelente señor Massy... En fin, capitán, no seré yo quien empiece a hablar mal de él.

—No le serviría de nada hablar en su contra —añadió el capitán Whalley

con tono sombrío—, ya le he dicho en más de una ocasión que mi vida y mi trabajo son necesarios no sólo para mí. No me queda más remedio. —Se detuvo y añadió con un gesto que parecía sugerir que era muy pequeña, o que estaba muy lejos—: Tengo una hija única. Espero verla de nuevo antes de morir. Mientras tanto, me alegra saber que estoy fuerte y sano. No se hace a la idea de lo que se siente. Es carne de mi carne, la viva imagen de mi fallecida esposa. Pues bien ella... —Se detuvo una vez más y afrontó estoicamente sus últimas palabras—. Ella tiene que trabajar muy duro.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho con las cejas fruncidas en gesto de profunda meditación, aunque por lo general su mente parecía más bien serena debido a la confianza sin límites que sentía por el más alto poder. En muchas ocasiones el señor Van Wick se preguntaba hasta qué punto aquello se debía a la extraordinaria vitalidad de aquel hombre, a aquel vigor que parecía nacer de la fuerza de su espíritu. Fuera como fuera, había llegado a gustarle muy sinceramente.

XIII

Aquél había sido el motivo por el que tanto lo había turbado el confidencial mensaje que el señor Sterne le había comunicado al borde de la orilla. Le parecía no sólo lo más incomprensible, sino también lo más inesperado que habría podido suceder, y se había quedado tan sorprendido que se había olvidado totalmente de la correspondencia y había subido al puente.

Había un par de jóvenes con coleta que estaban organizando la mesa para la cena a la izquierda del timón. Los dos discutían sobre alguna cuestión de trabajo, como siempre, mientras un chino muy amarillo y muy triste, con un rostro parecido al del señor Massy, esperaba apático con el mantel sobre el brazo y un montón de gruesos platos apretados contra el pecho. Una lámpara normal de camarote sin el globo de cristal colgaba del armazón de madera del toldo y habían bajado las cortinillas de los lados. El capitán Whalley ocupaba toda la profundidad de su butaca de mimbre, tenía el aspecto de un hombre indiferente sentado en medio de una tienda iluminada de forma estridente; se veía una desvencijada rueda de timón, una bitácora de latón gastada en el interior de un armario de caoba, dos viejos salvavidas, una vieja defensa de corcho en un rincón y unos cajones con asas de alambre.

Hizo el esfuerzo por sacudirse el atontamiento para devolver el enérgico saludo del señor Van Wick, pero volvió a quedarse ausente una vez más. Aceptar aquella insistente invitación para cenar «arriba, en la casa» le llevó un esfuerzo considerable. El señor Van Wick, asombrado, cruzó los brazos y lo observó con atención, apoyando la espalda en la barandilla.

—Me han comentado que últimamente no es usted el mismo, viejo amigo.
—Pronunció aquellas palabras con verdadero cariño, jamás había hecho tan explícita la intimidad que compartían.

—¡Quite, quite!

El sillón de mimbre crujió con pesadez.

—Y encima está irritable —comentó el señor Van Wick para sí mismo antes

de continuar en voz alta—: En ese caso le espero dentro de media hora —dijo con despreocupación y dando media vuelta.

—Dentro de media hora —repitió a sus espaldas la rígida cabeza del capitán Whalley como si saliera de pronto de su ensimismamiento.

En la zona intermedia del barco se podían oír dos voces que discutían junto a la sala de máquinas. Una parecía irritada y lenta, y la otra más tensa.

—Le digo que esa bestia se ha encerrado ahí para emborracharse.

—Eso ya no tiene mucho remedio, señor Massy. Al fin y al cabo, todos tenemos derecho a encerrarnos en nuestros camarotes durante nuestro tiempo libre.

—Pero no para emborracharse.

—Pues yo le he oído decir varias veces que los disgustos que le dan la calderas, son para hacer beber a cualquiera... —respondió Sterne con malicia.

Massy susurró algo acerca de echar la puerta abajo y el señor Van Wick, para poder esquivarlos, cruzó a oscuras hasta el otro lado de la cubierta desierta. Las tablas crujieron levemente bajo sus apresurados pies.

—¡Señor Van Wick! ¡Señor Van Wick! ¡Se ha olvidado de la correspondencia!

Sterne corrió hasta él y se la dio.

—¡Ah, gracias!

Pero como el otro seguía caminando a su lado, el señor Van Wick se detuvo de pronto en seco. Las hojas que había sobre la iluminación de la fachada proyectaban una sombra negra que llegaba hasta aquel lugar. Todo parecía en calma. Se podía escuchar el tintineo de las copas y de la vajilla. Los criados del señor Van Wick estaban preparando la mesa para dos personas en la galería.

—Me da la sensación de que no confía en mis buenas intenciones en este caso.

—Lo único que sucede es que no le entiendo.

—El capitán Whalley es un hombre muy aguerrido, pero está a punto de comprender que la partida ha terminado, eso es lo único que tiene que salir de mis labios. Créame que siento por él el mayor de los respetos, pero mi deber es mi deber y no quiero que haya escándalos. Todo lo que le pido que haga, como amigo suyo que es, es que le diga que la partida ha terminado ya. Con eso será suficiente.

El señor Van Wick se sintió sobrecogido ante aquel extraño privilegio de la amistad. No quería rebajarse pidiendo explicaciones, pero tampoco le parecía muy prudente despedir a aquel hombre de cualquier manera... al menos por el momento. Aquella seguridad suya lo hacía dudar. No era capaz de dilucidar lo que había en el fondo de aquella actitud. Su cariño por el capitán tenía la naturaleza de un sentimiento desinteresado, y su instinto práctico le recomendaba que no mostrara muy abiertamente su desprecio.

—Por lo que me dice, deduzco que se trata de algo muy grave.

—Muy grave —repitió Sterne con solemnidad y feliz de haber producido aquel efecto. Ya estaba a punto de añadir algunas protestas a pesar de estar haciendo todo por una «ineludible necesidad», pero el señor Van Wick le cortó de un modo tajante, aunque cortés.

Cuando llegó a la galería, el señor Van Wick se metió las manos en los bolsillos y se agachó para contemplar una piel de pantera negra que había tendida en el suelo junto a una silla.

«Da la sensación de que ese hombre no tiene el valor necesario para jugar una partida tan delicada», pensó. Y no le faltaba razón. Viendo el rechazo que había sufrido por parte de Massy, Sterne no se terminaba de atrever a confesar lo que sabía. No tenía más objetivo que conseguir el mando del vapor y mantenerlo durante algún tiempo. Massy jamás le perdonaría que se autoproclamase, pero si el capitán Whalley abandonaba el mando por su propia iniciativa, el mando le correspondería a él para el resto del viaje, y de aquel modo dio con la idea de asustar al viejo para que se marchara.

El asunto era tan crudo que apenas bastaría con una difusa amenaza, una insinuación. Con una mezcla de extraña compasión, le parecía de pronto que Batu Beru era un lugar perfecto para tirar la toalla. El capitán podría desembarcar tranquilamente y quedarse en casa de su amigo holandés. ¿O es que no eran tan amigos? Se puso a pensar y le dio la sensación de que había una manera de aclarar las cosas a través de aquel gran amigo del viejo. Aquello le pareció otra brillante

idea, tenía una inclinación natural hacia los sistemas retorcidos. En aquel caso en concreto lo que tenía que hacer era permanecer en la sombra el máximo tiempo posible para evitar que Massy se enfadara innecesariamente. No había que forzar ningún escándalo, todo se tenía que desarrollar de la manera más natural posible.

Durante toda la cena, el señor Van Wick tuvo esa sensación de aislamiento que a veces irrumpe en la intimidad humana. Todos los intentos del capitán Whalley por comer algo fracasaron de una manera palpable y penosa. Era como si lo abrumara una especie de extraña ausencia mental. Movía en el aire una mano sin control alguno como si la mente se hubiese olvidado de ella y la hubiese dejado sin guía. El señor Van Wick había escuchado cómo se acercaba desde muy lejos por la gravilla y le había llamado la atención el carácter indefinido de sus pasos. El zapato había tropezado en uno de los peldaños inferiores, como si hubiese llegado totalmente absorto hasta las escaleras de la galería. Si el capitán del Sofala hubiese sido otro tipo de hombre, él habría imaginado que seguramente se trataba de un anciano. Pero sólo hacía falta echarle un vistazo. El tiempo, aunque no había duda de que lo había marcado también con la señal de lo que le pertenece, lo había dejado útil todavía, y su sencilla fe veía en ese gesto una muestra del favor divino.

«¿Cómo le puedo advertir de todo esto?». El señor Van Wick se hacía aquella pregunta como si el capitán Whalley se encontrara a cientos de millas de distancia, en un lugar a salvo de cualquier peligro. Cada vez que pensaba en Sterne sentía náuseas. Le parecía absolutamente indecente hasta el sencillo hecho de pronunciar aquel nombre frente al capitán Whalley con el tono de una amenaza. La insinuación podía resultar más vil e injuriosa que una acusación directa y frontal... Le daba el pestilente aroma del chantaje. «¿De qué podría acusar nadie a este hombre?», se preguntaba. Su carácter era impecable. ¿Y con qué objeto? El poder en el que confiaba había creído que lo mejor era no dejarle en la tierra nada que pudiese envidiar nadie, como no fuera un sencillo trozo de pan.

—¿No quiere probar un poco de esto? —preguntó acercándole una fuente. El señor Van Wick pensó de repente que tal vez Sterne estuviese intentando hacerse con el mando del Sofala. Su escepticismo se vio acorralado cuando comprobó que no había hombre que pudiera estar a salvo de sus semejantes, a no ser que se encontrara en el abismo más oscuro de la indigencia. No le interesaba mucho preocuparse por una intriga de aquella naturaleza, y si de cualquier modo se las tenía que ver con un loco como Massy, lo mejor que podía hacer era advertir cuanto antes al capitán Whalley.

En ese mismo instante, y al otro lado de la mesa, muy erguido y con la

sombra de sus pobladas cejas cayéndole sobre las cuencas de los ojos, con una gran mano morena detenida junto a su plato vacío, el capitán Whalley se puso a hablar de pronto:

—Señor Van Wick, usted siempre me ha tratado con la más humana de las consideraciones.

—Creo, mi querido capitán, que le da usted demasiada importancia al irrelevante hecho de que no me haya convertido todavía en un salvaje —respondió el señor Van Wick empezando a irritarse al comprender los planes de Sterne—; cualquier deferencia que haya podido tener con su persona no ha sido más que lo que merece alguien a quien desde el primer momento he aprendido a considerar con estima.

El breve tintineo del vaso le hizo levantar la vista de la rodaja de piña que había sobre el plato. Al mover la mano, el capitán Whalley había volcado sin querer un vaso vacío. Lo buscó de inmediato y con torpeza, sin mirar en aquella dirección, mientras se apoyaba en el codo y se cubría la vista con la otra mano hasta que por fin desistió. El señor Van Wick lo miraba totalmente sorprendido, como si de repente estuviese sucediendo algo de una enorme importancia. En realidad no sabía por qué motivo se tenía que sentir tan sorprendido, pero lo cierto es que se olvidó completamente de Sterne.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué le ocurre?

El capitán Whalley repitió con una voz apagada y llena de tensión:

—¡Estima!

—Y podría añadir también algo más —dijo lentamente el señor Van Wick clavándole la mirada.

—¡Ya está bien! No lo haga. —El capitán Whalley no había cambiado de actitud ni elevado la voz—. No quiero que me diga nada más. No puedo corresponderle; en este momento soy pobre hasta ese punto. Me sirve de mucho poder gozar de su estima porque usted no es un hombre que se rebaje por nada ni que desee engañar a nadie, usted no es capaz de reventar un barco cada vez que lo lleva a la mar.

El señor Van Wick estaba inclinado hacia delante con el rostro totalmente sonrosado y la servilleta en las rodillas. No parecía dar crédito a lo que oía, a su

poder de comprensión y a la salud mental de su invitado.

—¿Por qué dice eso? ¿De qué se trata, en nombre de Dios? ¿De qué barco habla? No entiendo quién...

—Eso es exactamente lo que yo estoy haciendo en nombre de Dios. Un barco no es capaz de navegar si su capitán no puede ver. A eso me refiero: me estoy quedando ciego.

El señor Van Wick sintió un breve sobresalto y luego se quedó inmóvil durante unos segundos. En ese momento recordó las palabras que le había dicho Sterne sobre que la partida se había acabado y se agachó bajo la mesa para recoger la servilleta que se le había caído de las rodillas. De modo que aquélla era la partida. Lo envolvió de pronto aquella voz, como en sordina, del capitán Whalley.

—He engañado a todos, nadie lo sabe.

Se puso en pie totalmente ruborizado. El capitán Whalley seguía cubriéndose los ojos con la mano bajo el chorro de luz.

—¿Y ha tenido valor para llegar hasta aquí?

—Llámelo como le parezca, porque al menos usted es humano... es un caballero señor Van Wick. Podría haberme preguntado dónde me había dejado mi conciencia.

Parecía estar meditando, profundamente callado e inmóvil y sumergido en su propia tristeza.

—Empecé a golpearla por puro orgullo. Cuando uno se está quedando ciego empieza a ver muchas cosas. No podía sincerarme ni siquiera con un viejo colega. No era sincero con Massy en absoluto. Sabía que él pensaba que yo era un marinero rico y caprichoso y yo le dejaba creer lo que le pareciera bien. Quería mantener mi autoridad porque allá lejos seguía Ivy, mi hija. ¿Por qué iba a querer yo traficar con la desgracia de ese hombre? Fue por ella por quien he hecho todo esto. Y ahora, ¿qué favor puedo esperar de él? Si se entera, será él quien trafique con mi desgracia, echará a patadas al que lo engañó y se quedará con mi dinero durante un año. El dinero de Ivy, porque yo no he guardado para mí ni un solo céntimo. ¿Cómo voy a poder vivir durante un año? ¡Un año! Dentro de muy poco ya no habrá para su padre ni un poco de sol sobre esta tierra.

Aquella voz profunda surgía como si algo la velara desde una reverencia, como si se hubiese quedado atrapada en medio de un movimiento de tierras y emitiese los pensamientos que acosan a los muertos en sus tumbas. Un temblor frío recorrió la espalda del señor Van Wick.

— ¿Cuánto tiempo lleva usted...? —empezó a preguntar.

—Desde mucho antes de que yo mismo empezase a creer en esta... prueba...

El capitán Whalley hablaba con una suerte de sombría paciencia y sin dejar de cubrirse la cara con la mano.

Había pensado que no se merecía lo que le estaba pasando, y así había ido engañándose a sí mismo semana tras semana. Tenía a su disposición al *serang*, aquel viejo servidor suyo. Le fue llegando poco a poco, y cuando ya no pudo engañarse más a sí mismo...

En ese punto casi fue incapaz de seguir hablando.

—Antes de traicionarla a ella, decidí engañarles a todos ustedes.

—Es increíble —susurró el señor Van Wick. El capitán Whalley prosiguió:

—Ni siquiera aquella señal de la ira de Dios podía hacer que me olvidara de ella. ¿Cómo iba a abandonar a mi hija si me seguía sintiendo con fuerza y el corazón me latía aún? Y sigue haciéndolo. Estoy convencido de que sería capaz de derribar un templo entero, como el ciego Sansón. Ella es una luchadora, mi hija... Mi mujer y yo siempre rezábamos por ella. ¿Recuerda que un día le dije que creía que Dios me iba a dejar vivir hasta los cien años para poder encargarme de ella? ¿Qué pecado puede haber en querer a una hija? ¿No lo ve? Incluso había aceptado la idea de vivir eternamente por ella y casi me creía capaz de hacerlo. Desde que me ha pasado esto no hago más que rezar para que me sobrevenga la muerte. ¡Ah, hombre vanidoso! ¿No querías vivir?

Una conmoción tremenda hizo temblar la gigantesca estructura de aquel hombre y la sacudió con una especie de ahogado sollozo. Todos los vasos que había sobre la mesa tintinearón de pronto y le dio la sensación de que la casa temblaba hasta la punta del tejado. El capitán Whalley no había cambiado de actitud, toda su figura parecía emanar vergüenza, pena y desafío.

—Incluso a usted le habría engañado si no hubiese dicho esa palabra: «Estima». No son palabras que se me puedan decir a mí, ¿o es que no le he engañado? ¿Acaso no me iba a confiar usted sus bienes para que me los llevara en ese barco?

—Tengo un seguro de navegación anual —dijo el señor Van Wick de forma casi inconsciente, como si se le hubiese caído en medio de aquella conversación un detalle comercial.

—Ese barco no puede navegar, se lo digo yo. La póliza se invalidaría si se supiese.

—Si eso sucede compartiremos la culpa.

—Pero nada podrá disminuir la mía —dijo el capitán Whalley.

No se había atrevido a ir a ningún médico porque de inmediato le habrían preguntado quién era y a qué se dedicaba y lo más probable es que la noticia habría acabado llegando a oídos de Massy. Había estado viviendo sin ninguna ayuda, ni humana ni divina. Hasta las oraciones se le quedaban de pronto atravesadas en la garganta. ¿Qué sentido tenía rezar? Y la muerte seguía pareciendo tan lejana como siempre. Cada vez que entraba en el camarote no se atrevía a salir, cuando se sentaba tenía miedo de levantarse, no se atrevía a mirar a nadie directamente a la cara, tenía miedo del mar y del cielo. El mundo entero se desvanecía ante el miedo que le daba traicionarse. Aquel viejo barco era su último amigo, no le daba miedo porque conocía hasta el último centímetro de aquella cubierta, pero tampoco se atrevía a mirarlo por miedo a descubrir que ya veía menos que el día anterior. A su alrededor lo único que había era una incertidumbre vaga. El horizonte había desaparecido por completo y el cielo y el mar se habían confundido en una sola masa. ¿Quién era aquella persona que estaba en pie allí a lo lejos? La terrible duda sobre las cosas que estaba viendo realmente hacía que los pequeños restos de visión que le quedaban se convirtieran en una tortura todavía mayor, una trampa siempre dispuesta para que cayese en ella su miserable pretensión. Tenía vértigo de tropezar inexcusablemente con algo... de decir un delatador «sí» o «no» a una pregunta cualquiera. La mano de Dios había caído sobre él, pero no podía arrancarle a su hija. Vivía en una pesadilla humillante en la que todos los hombres habían perdido sus rasgos y cualquiera de ellos podía convertirse en un enemigo.

Dejó caer los brazos a ambos lados de la mesa y la barbilla la inclinó sobre el

pecho, lo que provocó que hubiera un pequeño brillo de sus dientes superiores sobre el labio inferior. No podía parar de pensar en aquellas palabras que le había dicho Sterne sobre que la partida se había acabado.

—El serang no lo sabe entonces.

—No lo sabe nadie —respondió el capitán con seguridad.

—Está bien, no lo sabe nadie. ¿Cree que podrá aguantar de ese modo hasta el fin del viaje? Ahí es donde concluye su acuerdo con Massy.

El capitán Whalley se levantó y permaneció en pie con toda aquella barba canosa como si se tratara de un peto sobre su corazón. Sí, aquella era la única esperanza que le quedaba de volver a verla y dejar en lugar seguro su dinero, era lo último que podía hacer por ella antes de arrastrarse hasta cualquier rincón... El resto era inútil, una carga. Comenzó a temblarle la voz.

—¡Piénselo! No volver a verla... a ella... el único ser humano aparte de mí que recuerda a mi mujer. Es idéntica a su madre. Por suerte, la pobre mujer se encuentra en un lugar en el que ya no se derraman lágrimas por aquellos a los que no ha querido la tierra y por los que hay que seguir rezando para que no sucumban a la tentación... Supongo que mi bendita hija conoce ya el secreto de la gracia de lo que Dios dispone sobre sus hijos. —Se tambaleó un poco y añadió con voz seca—. Porque yo no, yo sólo conozco a la hija que Él me dio.

Comenzó a caminar. El señor Van Wick se puso en pie de un salto y se quedó contemplando aquella cabeza rígida, los pies inseguros y la mano temblorosamente extendida. El corazón le latía a toda prisa. Apartó la silla y se acercó instintivamente hacia él para agarrarlo de un brazo, pero el capitán Whalley pasó a su lado dirigiéndose directamente hacia las escaleras.

«No es capaz de verme si no estoy delante de él», pensó el señor Van Wick con una especie de veneración. Luego se dirigió hacia lo alto de las escaleras y preguntó con un tono casi temeroso:

—¿Cómo es? ¿Como una niebla?

El capitán, que ya llevaba recorrido el primer tramo de escaleras, se dio media vuelta y respondió con firmeza:

—Es como si se estuviese apagando la luz del mundo. ¿Ha visto usted

alguna vez cómo se retira el mar de una playa muy ancha y cada vez va alejándose un poco más? Pues es algo parecido, sólo que con la seguridad de que la marea ya no va a volver a subir nunca más. Nunca. Es como si el sol se hiciese cada vez más pequeño, como si las estrellas fuesen desapareciendo una tras otra. Ya no deben de quedar demasiadas que pueda ver, pero lo cierto es que últimamente ni siquiera he tenido la valentía de comprobarlo...

En ese momento debió de ser capaz al menos de distinguir al señor Van Wick, porque lo detuvo con un gesto enérgico y autoritario.

—Creo que aún soy capaz de caminar por mí mismo.

Daba la sensación de haber emprendido el camino con resolución y de rechazar la ayuda de los hombres como un orgulloso titán. El señor Van Wick siguió allí inmóvil, contando mentalmente el sonido de cada uno de los peldaños. A continuación estuvo paseando entre las mesas, cogió un abrecartas y lo dejó después de mirar vagamente la hoja, se sentó al piano e hizo sonar una cuantas cuerdas como si tratara de afinarlo, lo cerró, se dio media vuelta, esquivó al pequeño terrier que estaba durmiendo con las patas cruzadas, se acercó a las escaleras y sacó la cabeza afuera. Los criados empezaban a recoger la mesa en ese momento y lo escucharon susurrar algo para sí mismo (malas palabras, sin duda), y tras una pausa comprobaron que había salido al trote en dirección al muelle.

El flanco del Sofala estaba pegado a la orilla y formaba una especie de muralla baja y negra junto al ondulado contorno de la costa. En la parte trasera se podía ver cómo se alzaban los dos mástiles y una chimenea inclinada que parecía a punto de caer. En medio había una sólida plataforma cuadrada que soportaba las formas fantasmagóricas de cuatro botes, las curvas de los pescantes, tramos de barandillas y postes, todo entremezclado, mientras que en la parte inferior del barco sólo se veía un ojo de buey iluminado en medio de la noche y perfectamente redondo como una pequeña luna cuyo haz amarillento daba sobre el camino cubierto de barro.

Mientras observaba el barco, el señor Van Wick escuchó una voz jactanciosa que parecía estar mofándose de alguien llamado Prendergast. Soltaba un insulto tras otro, se detenía y a continuación dijo claramente la palabra «Murphy» y se rio. Se escuchó un trémulo sonido de cristal. Todos aquellos ruidos provenían del ojo de buey iluminado. El señor Van Wick se agachó. Resultaba imposible mirar hacia el interior sin sumergirse en el barro.

—Sterne... Como es lógico, míralo cómo parpadea. ¡Fíjate! Sterne, Whalley, Massy. Massy, Whalley, Sterne. Pero no hay duda de que quien lleva todas las de ganar es Massy. No hay nadie que pueda con él. Lo que más le gustaría es que nos muriésemos todos de hambre.

El señor Van Wick se apartó y fue hasta debajo de los toldos, por donde asomaba una cabeza de alguien que estaba de guardia, a quien se dirigió en malayo:

—¿Está durmiendo el segundo?

—No, estoy disponible.

En ese mismo instante, apareció Sterne como si fuese un gato deslizándose por un embarcadero.

—Está muy oscuro, no sabía que había bajado usted esta noche.

—¿Qué es todo ese escándalo? —preguntó el señor Van Wick para justificar el estremecimiento que le había provocado aquella aparición.

—Jack se ha agarrado una borrachera espantosa. Es el segundo maquinista. Es una vieja costumbre suya. Mañana por la tarde ya estará perfectamente y será Massy el que ande preocupado arriba y abajo por la cubierta. Lo mejor es que nos alejemos un poco de aquí.

Murmuró algo para sugerir una entrevista «allí, en la casa». Llevaba mucho tiempo deseando entrar allí, pero el señor Van Wick se opuso al instante porque no le pareció muy prudente, y al final se los acabó tragando una opaca sombra negra que había bajo uno de los árboles que quedaban junto al embarcadero.

—No hay duda de que la situación es grave —dijo el señor Van Wick. Sus trajes blancos parecían fantasmagóricos y no conseguían distinguir los rasgos unos de otros. Los pies no hacían ruido sobre el suelo. Se escuchó algo parecido a un ronroneo. El señor Sterne estaba muy complacido con aquel comienzo.

—Yo pensaba, señor Van Wick, que un caballero como usted entendería de inmediato lo desagradable de mi situación.

—Sí, por supuesto, está muy mal de salud, puede que incluso esté quebrantado ya para siempre. Lo he visto y él es perfectamente consciente de la

situación; doy por descontado que estoy hablando con un hombre prudente, sabe que le fallan las piernas...

—¡Las piernas!

El señor Sterne estaba tan desconcertado que se quedó un poco sombrío.

—Puede usted llamarlo las piernas o como le parezca, lo que a mí me gustaría saber es si va a abandonar tranquilamente.

—¡Esto sí que es gracioso! ¡Las piernas! En fin...

—Pues sí, no hay más que fijarse en la forma en la que camina. —El señor Van Wick lo puso en su sitio utilizando un tono totalmente frío y firme—. Ahora lo importante es procurar que su sentido del deber no lo aparte de sus verdaderos intereses. Al fin y al cabo, yo también podría hacer algo por ayudarle a usted; sabe perfectamente quién soy.

—Todo el mundo sabe quién es usted en los estrechos, señor.

El señor Van Wick pensó que aquella información era un gesto de benevolencia y Sterne se rio suavemente mientras asentía a lo que el otro proponía de entrada; que el acuerdo de la sociedad iba a acabar al final de aquel viaje. Era consciente de ello y no se oía otra cosa a bordo día y noche. En cuanto a Massy, tampoco era ningún secreto que se encontraba atrapado en el tema de las calderas inservibles. Para empezar, tenía que conseguir un préstamo de un par de cientos para pagar al capitán, y a continuación tendría que hipotecar el barco para instalar unas calderas nuevas... eso si encontraba a alguien que se animase a efectuar la operación. En el mejor de los casos, todo aquello era una enorme pérdida de tiempo: suponía interrumpir el negocio y ganar menos aquel año, sin dejar de correr el riesgo de que los alemanes les quitasen la ruta. Se rumoreaba que ya lo había consultado con un par de firmas y que nadie había querido saber nada de él. El barco era demasiado viejo y él tenía ya demasiada fama en el lugar... El rápido parpadeo del señor Sterne quedó sumergido bajo la oscuridad en la que murmuraba.

—En ese caso, y suponiendo que consiga el préstamo —resumió el señor Van Wick en un tono deliberadamente bajo—, según lo que me acaba de explicar, lo más probable es que le impongan como capitán a un hombre que elijan los acreedores hipotecarios. Por mi parte, y en el caso de que tuviera que invertir mi propio dinero, desde luego ésa es una de las cuestiones que impondría, y la verdad

es que estoy pensando seriamente en hacerlo. Me resultaría útil por varias razones. ¿Empieza a comprender las consecuencias que tendría todo esto para el tema que estamos tratando?

—Gracias, señor, estoy seguro de que no sería capaz de encontrar a nadie que sirviera con más fidelidad a sus intereses.

—Muy bien, pues lo que más me interesa en este momento es que el capitán Whalley termine tranquilamente su plazo. Es posible que al regreso coja un billete con ustedes para cruzar los estrechos. La verdad es que me gustaría estar presente cuando se produjeran todos esos cambios para poder asegurarme de que se cumplan sus intereses.

—Le aseguro, señor Van Wick, que eso es mucho más de lo que nunca me habría atrevido a desear. Estoy inmensamente...

—Entonces doy por descontado que todo esto se podrá realizar sin el menor inconveniente.

—En fin, señor, hay riesgos que son difíciles de evitar, pero, y permítame que en este momento me dirija a usted como mi empresario, hay también más seguridad de la que parece. Si alguien me lo hubiera contado, no lo habría creído nunca, pero lo he visto con mis propios ojos. Ese viejo serang está perfectamente capacitado para la tarea y no creo que haya ningún problema con sus... piernas, señor. Es fascinante la forma en la que ha conseguido hacer las cosas a pesar de todo. Y permita que añada que el capitán Whalley no es en absoluto ningún inútil. Eso es un hecho. Déjeme que le explique, señor; se aferra a ese mono malayo, que sabe perfectamente lo que hay que hacer. Seguro que ha hecho las guardias con el capitán en todo tipo de barcos costeros durante más de veinticinco años. Esos nativos, siempre que haya un blanco vigilándolos muy de cerca, saben hacer bien las cosas. Por lógica, el blanco tiene que ser alguien capaz de mantenerlos a raya, pero el capitán es la persona idónea para hacer eso. Lo cierto, señor, es que lo tiene tan bien educado que apenas hace falta que le dirija la palabra. Ya he visto en más de una ocasión cómo ese mono sacaba el barco a la bahía de Pangu esquivando una isla detrás de otra en una mañana de tormenta, y hacerlo junto al viejo, y con tanta maestría, que usted no habría sido capaz de adivinar quién de los dos estaba realizando la tarea desde lo alto del puente. Ésa es la razón por la que le digo que nuestro amigo puede ser útil todavía aunque... aunque apenas sea capaz de mover un pie, señor. Lo importante es que el serang no se dé cuenta del problema.

—No lo sabe.

—Claro que no. Está más allá de su capacidad de comprensión, no son capaces de entender nuestros problemas, señor.

—Parece usted un hombre inteligente —dijo el señor Van Wick con un murmullo entrecortado, como si se encontrase un poco mal.

—Enseguida comprobaré lo útil que puedo llegar a ser, señor.

El señor Sterne esperaba por lo menos un apretón de manos, pero la conversación acabó con un súbito:

—Lo mejor es que no nos vean juntos.

La forma blanca del señor Van Wick tembló un poco y, de un segundo a otro, se sumergió entre las sombras. El segundo se quedó desconcertado. Era cierto. Se oía algo parecido a unos golpes sordos.

Salió con sigilo de entre las sombras. A lo lejos se podía ver el ojo de buey iluminado. Le flotaba la cabeza por la excitación que le provocaba aquel éxito. ¡Qué maravilla poder tratar al fin con un caballero! Cuando subió a bordo, se dio cuenta de que estaba pasando algo extraño en aquella oscura extensión de la cubierta vacía. Resonaban gritos y ruidos procedentes de alguna parte del barco que estaba a oscuras. El señor Massy estaba totalmente enfurecido frente a la puerta del camarote, y la voz ebria que surgía del interior permanecía imperturbable ante aquella lluvia de patadas.

—¡Cállese! ¡Apague esa luz y duérmase de una vez, asqueroso borracho! ¿Es que no me ha oído, animal?

Se interrumpieron las patadas, y una voz anunció desde dentro aprovechando la interrupción:

—Y ahora Massy... Massy es otra cosa, es profundo.

—¿Quién anda ahí? ¿Es usted, Sterne? Es capaz de agarrarse las borracheras más espantosas.

El primer maquinista apareció en la esquina de la lumbrera de la sala de máquinas.

—Mañana estará en perfectas condiciones para trabajar; yo, en su lugar, lo dejaría tranquilo, señor Massy.

Sterne se dirigió a su camarote y tuvo que sentarse de inmediato. La cabeza le seguía flotando debido a la excitación. Se metió en la cama medio soñando, y de pronto lo invadió una sensación de profunda alegría. En la cubierta todo estaba tranquilo e inmóvil.

El señor Massy tenía la oreja pegada a la puerta del camarote de Jack, escuchando la respiración profunda y los ronquidos del interior. Lo único que había allí era un borracho en medio de su sueño más profundo. El ataque había terminado ya y, más tranquilo, también él se metió en su camarote y se quitó la vieja chaqueta de *tweed* con movimientos muy pausados. Era una prenda con muchos bolsillos, que usaba en distintos momentos del día, cuando le daba frío, y cuando volvía a sentir calor se la volvía a quitar y la dejaba colgando en cualquier lugar del barco. Se veía aquella chaqueta balanceándose en las cabinas, tirada sobre un cabrestante o colgando del pomo de alguna puerta. ¿No era el propietario? Pero su lugar favorito era un gancho de madera que había en el toldo del puente, frente a la bitácora. Al principio, aquella costumbre le había costado más de un enfrentamiento con el capitán Whalley, que prefería que el puente estuviera limpio. En aquella época Massy se había molestado mucho, pero últimamente cada vez conseguía que su socio se enfureciera menos. El capitán Whalley parecía no darse cuenta de nada, y los malayos tenían tanto miedo de aquel blanco que ninguno se atrevía a agarrar aquella prenda de ropa, se encontrara donde se encontrara.

El señor Massy dio un salto y dejó caer la chaqueta al suelo. Desde el camarote de al lado había llegado el estruendo de una aparatosa caída. Seguramente el fiel Jack se había quedado dormido sentado y acababa de rodar por el suelo con silla y todo, rompiendo (a juzgar por el ruido) todas las botellas y vasos del camarote. Tras el estruendo, todo volvió a quedar en calma, como si hubiese muerto al instante. El señor Massy contuvo la respiración, y por fin se escuchó al otro lado un quejido y un suspiro soñoliento.

—Espero que esté tan borracho que ni siquiera pueda despertar —murmuró el señor Massy.

El sonido de una risita inteligente lo llevó al límite de su crispación, y se puso a maldecir violentamente en su interior. Estaba convencido de que aquel loco no le iba a dejar pegar ojo en toda la noche. Maldijo su suerte. A veces el sueño era

la única forma de olvidar sus terribles dilemas. Jack, que parecía no hacer el menor intento de levantarse, se estuvo riendo un rato tendido en el suelo y luego siguió hablando como si retomara el hilo de algo que había sucedido anteriormente.

—¡Massy! ¡Me gusta ese canalla! Y eso que quería condenar a su fiel Jack a morir de hambre... y fijaos lo que le ha llegado desde arriba... —Tosió brutalmente y luego continuó—: Un armador de los de verdad. Y necesita sus billetes de lotería... ¡Ja! Te voy a dar yo a ti billetes de lotería... Primero deja que el barco se hunda y que tu viejo amigo se muera de hambre... eso está bien. Él no se equivoca jamás... Massy, no, jamás se equivoca, es un genio... eso es lo que es ese hombre. Es la única forma de recuperar el dinero: que se vayan al diablo el barco y su colega.

«Ese viejo se lo ha tomado muy a pecho», pensó Massy mientras escuchaba cada una de sus palabras con atención para detectar cualquier indicio de ataque, pero le descorazonó el estallido de risa que siguió a continuación.

—¿Te gustaría ver el barco en el mar? ¡Ah, demonio! Lo que quieres es que se hunda, ¿verdad? No tengo duda de que con esta antigualla se hundirían también todos tus problemas. Y te llevarías todo el dinero, seguro... le darías la espalda a tu viejo amigo... y ya está, arreglado.

El rostro de Massy se había quedado totalmente petrificado, sólo se movían sus ojos. Aquel hombre estaba loco como una cabra, pero lo que decía era cierto. Sí, billetes de lotería, todo era cierto. ¿Podía empezar de nuevo? No, esperaba que no...

Pero siempre sucedía lo mismo, el creativo borracho que dormitaba al otro lado del tabique sacudió la quietud que habían invadido el ambiente tras sus últimas palabras.

—No, señor, no se le ocurra a usted decir nada contra el señor Massy; cuando se haya cansado de esperar, tienen intención de deshacerse del barco. ¡Mire usted! Todo al diablo, el barco y su amigo... —La voz del borracho comenzaba a ser cada vez más vaga y difusa, como si se estuviera desvaneciendo en un espacio abierto—. Él sabe cómo... encontrar la forma de que eso funcione. Anda detrás de eso... no tenga miedo...

Debía de estar realmente borracho porque lo invadió al instante un sueño plúmbeo que parecía haber caído sobre él como un hechizo, y alargó aquella

última palabra hasta convertirla en un ronquido ruidoso y profundo. Cuando acabó de roncar todo volvió a quedar en calma.

Daba la sensación de que el señor Massy había empezado a dudar de la eficacia del sueño para combatir los problemas, o quizá había encontrado un alivio mayor en la tranquila contemplación de los pensamientos de una riqueza posible, de una racha de suerte o de un ocio sin fin, y podía poner frente a sí todo lo que le ordenase a su propia imaginación porque se dio media vuelta, puso los brazos sobre la litera y se quedó allí de pie con los pies sobre la vieja chaqueta mirando por el ojo de buey hacia la noche y hacia el río. De cuando en cuando entraba un soplo de viento y le daba en el rostro un aliento fresco cargado del toque húmedo procedente de una gran extensión de agua. Todo cuanto conseguía ver no era más que algún destello ocasional y en algún momento le pareció que se había quedado dormido, ya que, súbitamente, y sin relación alguna con ningún sueño, aparecieron frente a él toda una serie de gigantescos guarismos —tres cero siete uno dos— que formaban un billete de lotería, y un segundo después el ojo de buey ya había dejado de estar negro, era más bien de color gris perla y enmarcaba una costa repleta de casas con densos techos de paja, paredes de estera y bambú y aguilones de madera labrada. Había hileras de casas levantadas sobre un bosque de columnas que bordeaban una orilla llena de salientes y entrantes al mismo tiempo que cambiaba la marea. Era Batu Beru... estaba amaneciendo.

El señor Massy se estiró y volvió a ponerse su chaqueta de *tweed*. Tembló con nerviosismo, como si hubiese sido presa de un *shock*, y apuntó aquel número. Le parecía una inscripción rara y repleta de buenos auspicios. Sí, para encontrar aquella fortuna necesitaba dinero... dinero contante y sonante.

Salió dispuesto a bajar directamente a la sala de máquinas. Había que hacerse cargo de varias cuestiones y Jack seguía tendido como un muerto en el suelo de su camarote con la puerta cerrada desde el interior. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en trabajar. ¡Ah! Si alguien no quería dar palo al agua lo primero que tenía que hacer era hacerse con una buena cantidad de dinero. Un barco no era la respuesta, de eso no había la menor duda. Y ya estaba cansado de estar esperando la ocasión de librarse de aquel barco que se había convertido en una auténtica maldición.

XIV

El hondo e interminable alarido de la sirena del vapor tenía en su tono grave y sonoro una nota casi intolerable que provocó un escalofrío en la espalda del señor Van Wick. Era primera hora de la tarde y el Sofala estaba zarpando desde Batu Beru en dirección hacia Pangu, su siguiente escala. Fue cruzando la corriente escoltado por unas cuantas canoas y, deslizándose por el ancho río, dejó de verse en el *bungalow* de Van Wick.

El hacendado no había ido a despedirse de él en aquella ocasión. Tenía por costumbre bajar hasta el embarcadero y charlar un rato con él en el puente mientras el barco se iba alejando para saludar en el último momento con la mano al capitán Whalley, pero en aquella ocasión no salió ni a la balastrada ni a la galería.

«Tampoco me habría podido ver —se dijo a sí mismo—; me gustaría saber si al menos puede ver la casa».

Por alguna razón, aquel pensamiento lo hizo sentirse mucho más solo que en ninguna otra ocasión desde hacía años. ¿Cuántos llevaba allí: seis o siete? Siete. Ya había pasado mucho tiempo.

Se sentó en la galería con un libro apoyado en las rodillas y se dedicó a contemplar, por decirlo de alguna manera, su soledad, como si la ceguera del capitán Whalley le hubiese abierto los ojos. El corazón podía albergar muchos tipos de penas y dolores diferentes, y no había lugar en el que uno pudiera esconderse. Sintió vergüenza, como si llevara seis años comportándose como un adolescente enfurruñado.

Su pensamiento iba acompañando al Sofala. Se había visto apremiado por la situación y había actuado tratando de resolver lo más urgente; más adelante ya trataría de organizarlo todo. De momento parecía que iba a ser imprescindible salir al mundo. Tenía dinero y algo se podría hacer, no iba a escatimar en tiempo, ni en esfuerzo, ni en pérdida de soledad. Sentía una opresión en el corazón... Veía al capitán Whalley cubriéndose los ojos con la mano allí sentado como si le decepcionara su fe o se encontrara más allá del bien y del mal, al alcance de las

manos de los hombres.

El señor Van Wick iba siguiendo al Sofala con el pensamiento río abajo, hacía sus giros y cruzaba la franja de la costa que estaba junto a la selva, entre los troncos enormes de los árboles, y finalmente entre los mangles al cruzar el bajío. El barco lo cruzó a mediodía, y sin el menor esfuerzo, pilotado en aquellos momentos por el señor Sterne, que tenía la guardia de cuatro a seis y que luego bajó a su camarote embelesado por la idea de estar trabajando para un hombre rico como el señor Van Wick. No se planteaba la posibilidad de cruzarse ningún obstáculo. No parecía capaz de sobreponerse al pensamiento de que «por fin había conseguido instalarse». De seis a ocho, y como correspondía con su deber, el serang se encargó de llevar el barco. Había una ruta sencilla hasta las tres de la mañana, momento en que se acercarían al archipiélago Pangu. A las ocho, el señor Sterne salió de lo más contento para hacerse cargo del mando hasta las doce. A las diez todavía estaba silbando en el puente, más o menos a la hora en la que el señor Van Wick dejó de pensar en el Sofala. El señor Van Wick había terminado por quedarse dormido.

Massy cerró la escotilla de la sala de máquinas, se puso irritado su chaqueta de *tweed* mientras el segundo esperaba con el ceño fruncido.

—¡Ahora aparece! ¡Será canalla! ¿Qué tiene que decir?

Había estado haciéndose cargo de las máquinas hasta ese momento. Le nublabla la mente una especie de rabia oscura contra el barco, contra la vida, contra la falsedad de la gente, contra sí mismo... Lo único que recibió como respuesta fue un gruñido incomprensible.

—¿Qué sucede? ¿Ni siquiera puede abrir la boca? Pues cuando está borracho sabe muy bien gritar todo tipo de tonterías... ¿Qué intenta conseguir molestando a la gente de esa manera? ¡No es más que un borracho inútil!

—No puedo evitarlo, y no recuerdo nada de lo que está hablando. No debería escuchar esas cosas.

—¡Sólo faltaba! ¿Se puede saber qué intenta conseguir cogiéndose unas borracheras de esa magnitud?

—No me pregunte. Estaba de demasiado mal humor por culpa de esas calderas. A usted le pasaría igual, estoy harto de la vida.

—En ese caso lo mejor que podría hacer es morirse. A mí lo que me puso de

mal humor fueron sus gritos. ¿O es que no recuerda el escándalo que organizó ayer por la noche? ¡Miserable tonel!

—No era mi intención... el alcohol es así.

—No sé por qué razón no le echo. ¿Qué pretende?

—Pretendía relevarle, ya lleva usted demasiado tiempo arriba, George.

—Nada de George... ¡carcamal apestoso a vino! Si yo me muero mañana, usted se muere de hambre. Recuérdelo siempre. Diga señor Massy.

—Señor Massy —repitió el otro estúpidamente.

Hecho un desastre, con los ojos inyectados en sangre y la camisa y los pantalones llenos de hollín y de manchas de aceite por todas partes, con los pies desnudos embuchados en unas alpargatas rotas, se lanzó hacia abajo en cuanto Massy le abrió el paso.

El primer maquinista miró a su alrededor. La cubierta estaba totalmente vacía hasta el coronamiento de la popa. En aquella ocasión todos los nativos se habían bajado en Batu Beru y no había subido nadie. El fin de la corredera tintineaba periódicamente en el extremo del barco. El mar estaba en calma y el cielo, encapotado; el barco avanzaba con la quilla recta en medio de aquella atmósfera inmóvil que parecía abrazarse cálida y con un aroma a algas, como si flotase en medio de un espacio vacío. El señor Massy se dio una palmada en la frente y se agarró con el pie a una de las cabillas de la base del mástil.

—Me voy a acabar volviendo loco —murmuró caminando inseguro por la cubierta. Abajo, un hombre con una pala recogía el carbón que había quedado esparcido. Se acercó hasta la pequeña puerta del fogón. Sterne empezó a silbar de nuevo en el puente.

El capitán Whalley estaba sentado en la cama, despierto y totalmente vestido, cuando escuchó cómo alguien abría la puerta de su camarote. No hizo ningún movimiento y se quedó esperando a reconocer aquella voz, haciendo un gran ejercicio de prudencia.

La luz de una lámpara de mamparo cayó sobre la pintura blanca, la pana carmesí y el barniz tostado de las encimeras de caoba. Aquella blanca caja de madera que estaba bajo la cama llevaba ya tres años cerrada. Era como si el capitán

Whalley, desaparecido el Fair Maid, ya no hubiese podido encontrar un lugar en el mundo en el que poder instalar sus posesiones. Mantuvo las manos sobre las rodillas. Su agradable rostro mantuvo un perfil rígido frente a la persona que lo miraba desde el pasillo. Por fin se oyó la esperada voz.

—Se lo pregunto una vez más: ¿cómo le tengo que llamar?

Ah, no era más que Massy. El aburrimiento que le producía su insistencia le destrozaba el corazón... y el dolor de la vergüenza era casi más grande de lo que podía soportar sin ponerse a pegar gritos.

—¿Y bien? ¿Seguimos siendo socios, entonces?

—Usted no se da cuenta de lo que me pide.

—Al menos admitirá que sé lo que quiero... Y lo que quiero es convencerle una vez más.

Hablaba en un tono a medio camino entre la persuasión y la amenaza. Massy entró y cerró la puerta tras él.

—No servirá de nada que me diga que es pobre. Es verdad que no gasta nada en usted, eso es cierto, pero eso tiene otro nombre. Usted piensa que me va a poder quitar lo que quiera durante tres años y luego me va a dejar tirado sin ni siquiera permitirme decirle lo que pienso de usted. Como si me hubiese plegado a sus caprichos si hubiese sabido que sólo disponía de quinientas libras. Me lo tendría que haber dicho antes.

—Es posible —dijo el capitán agachando la cabeza—, pero eso no significa que ese dinero no le salvara. Ya se lo he dicho muchas veces.

Massy se echó a reír con desprecio.

—Pero ya no le creo. ¡Cuando pienso en la forma en la que le he permitido que se adueñara de mi barco! ¿No recuerda usted las broncas que me echaba sólo por dejar la chaqueta en el puente? ¡Sí, así lo llamaba: «su» puente! «No puedo consentir ese tipo de cosas, jamás se me habría ocurrido hacerlas a mí mismo». ¡El muy honrado! Pues bien, ahora empieza por fin a salir la verdad: «Soy pobre, no puedo, sólo cuento con esas quinientas libras».

No podía dejar de contemplar la inmovilidad del capitán Whalley. Era como

si de pronto se hubiese interpuesto en su camino un obstáculo insuperable. Su rostro tenía de pronto un aire sombrío.

—Es usted un hombre implacable.

—Bastante —respondió el capitán volviéndose hacia él—; no podrá usted sacarme nada porque no tengo nada mío que le pueda dar.

—Eso cuénteselo a otro.

El señor Massy volvió la mirada al salir, cerró la puerta tras él y el capitán Whalley se volvió a quedar tan sólo como antes. Ya no tenía nada suyo... había perdido incluso su honorable pasado. Toda aquella vida sin mancha se había hundido en el abismo. Ya se había despedido de todas aquellas cosas, pero lo que le pertenecía a ella, eso tenía que salvarlo como fuera. Se trataba tan sólo de un puñado de dinero, pero se lo iba a llevar personalmente, era el último presente de un hombre que había durado demasiado. El deseo de ver su rostro llameó de pronto en su interior con todo el vigor inmenso e imparable de su paternidad.

Justo al otro lado de la cubierta, Massy se dirigía ya hacia su camarote, encendió la luz y agarró con avidez el papel en el que había anotado el número soñado, todos aquellos guarismos que habían ardidado bajo el fuego de otra pasión. Tenía que hacer todo lo posible para no perder aquel sorteo. Aquel número significaba algo, pero ¿a qué podía recurrir para mantenerse a flote?

—¡Canalla miserable! —murmuró.

Seguía pensando que el señor Sterne habría sido incapaz de contarle algo que no supiera sobre su socio, pero sin duda él podría haberle dicho al señor Sterne que se podía utilizar la desgracia ajena para algo más que echarlo y diferir así el pago durante un año. Guardarse el secreto de aquella desgracia para poder hacer una apuesta más alta. Si realmente no tenía medios, seguramente preferiría quedarse y con eso se zanjaba la cuestión de devolverle su parte. Desconocía hasta qué punto estaba hundido en la miseria el capitán Whalley, pero si el barco encallaba de pronto en cualquier costa, eso no podía ser culpa de su propietario, ¿no? Ese último no tenía por qué saber que había problemas en el camino, aunque lo más probable era que nadie planteara esa cuestión y el barco estaba totalmente asegurado. Se había contenido lo suficiente como para recibir ahora el pago correspondiente. Pero eso no era todo. No creía que el capitán Whalley estuviese tan desamparado como para no disponer de algún dinero guardado. Si él, Massy,

podía acceder a él podría afrontar así el pago de las calderas y todo seguiría como hasta entonces. Y si lo que ocurría era que se perdía el barco, tanto mejor. Lo odiaba y maldecía la enorme carga de obligaciones que le imponía, y lo incapacitaba para entregarse de verdad a la labor de perseguir la fortuna. Deseaba verlo en el fondo del mar y tener en el bolsillo el dinero de la póliza. Cuando abandonó frustrado el camarote del capitán Whalley, su odio abarcaba por igual al barco, con sus calderas, y al hombre de los ojos sombríos.

El comportamiento humano está tan determinado por las sugerencias externas que, si no hubiese sido por la cháchara de borracho de Jack, habría ajustado cuentas allí mismo con aquel miserable que no quería ni ayudar ni quedarse ni tampoco perder el barco. ¡Aquel viejo falso! Se moría de ganas de abandonarlo de una buena vez en el puerto, pero tenía que contenerse. Ya habría tiempo para hacer eso... Podría hacerlo cuando le diera la gana. Ahora le daba vueltas a otra cosa, algo terrible. ¿No estaba decidido ya en realidad? ¡Cómo podía llegar a delirar aquel asno de Jack! «Encontrar un truco seguro para librarse de él». Pues bien, tampoco andaba tan desencaminado, se le había ocurrido un truco muy ingenioso. Pero, ah, ¿y qué hacer con todo el riesgo que comportaba?

Se le hinchó el pecho con una tremenda sensación de orgullo —el orgullo de saberse por encima de los vulgares prejuicios—, y el corazón se le puso a latir a toda prisa, la boca se le secó. Puede que no todo el mundo tuviese valor para hacer algo así, pero él era Massy y estaba decidido.

Frente al camarote, al otro lado del pasillo que había debajo del puente, en la estructura de acero que rodeaba la parte de las calderas y las dependencias de la sala de máquinas, había un pañol de mamparas de hierro, techo de hierro y suelo cubierto con hierro, por el calor que hacía allí abajo. En aquel lugar almacenaban desprecios de todo tipo, había un cúmulo de chatarra en un rincón y remeros de latas de petróleo vacías, sacos de algodón, montones de carbón, una fragua, trozos de jaulas de gallinas destrozadas y un sombrero de fieltro marrón que había arrojado allí un hombre que ya había muerto (de fiebre, en una costa de Brasil), que había sido el segundo del Sofala. Llevaba años allí, aprisionado detrás de un tubo de cobre requemado que alguien había sacado hacía mucho de la sala de máquinas. Una negrura total e implacable dominaba aquel Cafarnaúm de trastos olvidados. El ligero haz de luz de la linterna del señor Massy atravesó la oscuridad.

Llevaba la chaqueta desabrochada: cerró la puerta (sólo había aquélla), se agachó en medio de la chatarra y empezó a llenarse los bolsillos con trozos de

hierro. Los iba recogiendo con cuidado, como si fueran tuercas oxidadas; los cerrojos rotos, los eslabones de cadena parecían piezas de oro que sólo podía salvar recogéndolos en ese instante. Se llenó los bolsillos laterales hasta el tope, el bolsillo del pecho y también los interiores. Daba vueltas a las piezas para examinarlas con atención e iba rechazando algunas de ellas. Sobre sus manos se fue formando una fina capa de óxido en polvo. El señor Massy conocía la base científica de cierto truco. Si uno desea desviar la aguja magnética del barco, el hierro fundido es lo mejor, y muchas piezas pequeñas en el interior del bolsillo de una chaqueta pueden llegar a tener un efecto mayor que unos cuantos trozos grandes, porque lo que importa es que la superficie de hierro sea más grande.

Se escabulló de un salto —un par de pasos fueron suficientes— y, cuando llegó al camarote, se dio cuenta de que tenía todas las manos rojas. Aquello lo desconcertó tanto como si las hubiese tenido cubiertas de sangre, observó el resto de la ropa. ¡Vaya, también tenía los pantalones sucios! Se había frotado las manos en las perneras.

Con prisa se arrancó el botón del pecho, cepilló la chaqueta y se lavó las manos. El aire de culpable se difuminó un poco y se sentó a esperar.

Estaba erguido y totalmente cargado de hierro. Sentía una masa dura y abultada contra la cadera, y también la presión del hierro en las costillas cada vez que respiraba. El peso de las bolsas de hierro le cargaba también en los hombros. Aquella espera lo tenía como embotado, tenía el rostro amarillo y los ojos negros inmóviles, pasivos y tristes.

Cuando escuchó que daban ocho campanadas sobre su cabeza, se levantó y se dispuso a salir. Sus movimientos tenían un aire relativamente desorientado, le colgaba un poco el labio inferior y recorría el camarote con la mirada. La voluntad estaba tan tensa que había extinguido de su mirada todo signo de inteligencia.

Al sonido del último golpe de campana, el serang se presentó en cubierta para relevar al segundo. Sterne se deshizo en amabilidades porque lo estaba deseando.

—Ten los ojos bien abiertos, *serang*, que está muy oscuro. Me quedaré aquí contigo hasta que te habitúes.

El viejo malayo dijo algo entre dientes, echó un vistazo hacia arriba con sus ojos gastados, se fue hacia la bitácora y clavó la mirada en la rosa de los vientos.

—Sobre las tres y media tendrás que estar muy atento para avistar tierra. Supongo que habrás avisado al capitán al pasar, ¿no? ¿Y ya sabe qué hora es? Bien, en ese caso me voy.

Cuando llegó al pie de la escalera se apartó un paso para abrirle camino al capitán. Observó cómo aquél iba subiendo con paso seguro e irregular, y se quedó pensativo durante unos instantes. «Es increíble —pensó—, es imposible saber cuándo ese hombre te ve y cuándo no. Esta vez ha tenido que oírme la respiración».

Ahora que ya estaba todo solucionado había que reconocer que aquel hombre era realmente admirable. Se decía de él que había sido famoso en su época, y al señor Sterne no le costaba mucho trabajo creérselo. Concluyó que el capitán Whalley tenía que ser más o menos capaz de ver a la gente —como acababa de hacer con él hacía un instante— y, a pesar de no estar seguro de nada, tenía que mantener aquel talante serio y silencioso por miedo a ponerse en evidencia. El señor Sterne era un observador muy perspicaz.

Aquella permanente necesidad de no delatarse había acabado llenando el corazón del capitán Whalley de un constante sentimiento de humillación. Había caído en aquel agujero a causa de su amor paternal, por incredulidad, por confianza en los límites de la justicia divina, ajustada a los sentimientos humanos de esta tierra. Le iba a dar a Ivy otro mes de trabajo, puede que la desgracia fuese sólo transitoria. No tenía duda de que Dios no iba a privar de ayuda a su criatura ni lo iba a arrojar desnudo a una noche sin fin. Se aferraba hasta a la menor esperanza, y cuando la evidencia de la catástrofe ya fue mayor que toda esperanza, trató de no dejarse llevar por lo evidente.

No sirvió de nada. A medida que el universo se iba oscureciendo poco a poco, sus pensamientos se iban cargando de una claridad cada vez más siniestra. Los movimientos de su mente le hacían creer en la vida, en las cosas de este mundo y en todas sus cargas de una forma que no lo había hecho hasta entonces.

De cuando en cuando, sentía algo parecido a un vértigo o un terror, y se le aparecía en la imaginación el rostro de su hija. Ni siquiera a ella la había contemplado antes con tanta claridad. ¿Cómo era posible que ya fuese incapaz de hacer nada por ella? Nada. ¿Cómo podría no verla más?

¿Y por qué? El castigo era demasiado enorme sólo por haber sido culpable de un poco de orgullo y presunción. Finalmente, se decidió a aferrarse con empeño

a aquella decisión y a mantener intacto el dinero para poder llevárselo y volver a verla una vez más. Pero también la esquemática idea del suicidio hacía que se rebelara el vigor de su humanidad. Había rezado pidiendo su propia muerte hasta que las oraciones se le habían atragantado. Todos los días de su vida había rezado por conseguir un pan diario y no caer en la tentación con el espíritu humilde de un niño. ¿Acaso significaban algo ahora aquellas palabras? ¿En qué lugar residía el don de la palabra? Los violentos latidos de su corazón le resonaban en la cabeza y parecían estar haciendo añicos el cerebro.

Se sentó con pesadez en la butaca de cubierta para fingir que estaba haciendo su guardia. Era noche cerrada. Ahora todas lo eran.

—Serang —dijo a media voz.

—Aquí estoy, Tuan.

—¿Hay nubes?

—Sí, Tuan.

—Rumbo recto, hacia el norte.

—Hacia el norte nos dirigimos, Tuan.

El serang dio un paso atrás y el capitán Whalley reconoció entonces los pasos de Massy en el puente.

El maquinista se dirigió primero hacia babor y a continuación regresó y pasó en varias ocasiones por detrás de la butaca. El capitán Whalley percibió que en aquellos pasos se podía percibir ahora un cuidado y una prudencia excepcionales. La cercanía de aquel hombre tenía para el capitán Whalley la virtud de recrudescer su sufrimiento. No se trataba sólo de remordimiento porque, en sentido estricto, no le había hecho ningún mal a aquel pobre diablo. En realidad se trataba de una sensación de peligro, de que tenía que ser muy cauteloso.

Massy se detuvo de pronto y dijo:

—De modo que se empeña usted en irse.

—Tengo que irme, no me queda más remedio.

—¿Y no podría al menos dejar usted el dinero para un plazo de unos años?

—Imposible.

—No quiere confiármelo sin que esté usted cerca, ¿no es así?

El capitán Whalley permaneció en silencio y pudo escuchar cómo Massy suspiraba a sus espaldas.

—Con eso bastaría para salvarme —dijo con voz temblorosa.

—Ya le salvé en una ocasión.

El primer maquinista se quitó la chaqueta con movimientos espaciados y tocó el gancho de latón que había atornillado en el poste de madera. Se puso justo delante de la bitácora, tapando por completo la rosa de los vientos al timonel que estaba de guardia.

—Tuan —dijo con respeto el nativo para indicarle al blanco que no podía guiar el timón de aquella manera.

El señor Massy había logrado lo que pretendía: la chaqueta estaba colgando del clavo a unos quince centímetros de la bitácora. En cuanto se apartó, el timonel (un malayo de Sumatra aquejado de viruela, de una piel tan oscura como la de un negro) comprobó con asombro que, en medio de aquel mar en calma y sin viento, el barco se había desplazado completamente del rumbo. Nunca en la vida había visto que se le desviase de aquel modo. Dio un gruñido y viró el timón para poner rumbo al norte. El chirrido de las cadenas y los gruñidos del serang llamaron la atención del capitán Whalley.

—Ten más cuidado —dijo.

Y a los pocos segundos, el puente regresó a su tranquilidad habitual. El señor Massy había desaparecido, pero el hierro que estaba en los bolsillos de su chaqueta seguía cumpliendo su misión y el Sofala, a consecuencia de aquella brújula falseada con un truco tan sencillo, ya no se dirigía hacia la bahía de Pangu.

El murmullo del agua al abrirse en la proa, el sonido de las máquinas y todas las manifestaciones de su vida fiel y laboriosa permanecían intactos en medio de la gran calma de aquel mar, que se fundía por todas partes con la inmóvil capa de nubes que cubría el firmamento. Una calma de las mismas

dimensiones del mundo parecía estar esperando su paso para envolverlo cariñosamente en una caricia suprema. Al señor Massy le pareció que no podía haber planteado una noche mejor que aquella para un naufragio.

Encalar a seco en uno de los arrecifes del este de Pangu... esperar al amanecer... un agujero en el fondo y la necesidad de sacar los botes... Esa misma tarde se encontrarían en Pangu. Lo primero que haría en cuanto chocase sería correr hacia el puente a rescatar la chaqueta (a oscuras nadie se daría cuenta jamás) y vaciaría los bolsillos por la borda, o la tiraría directamente al mar si fuera necesario. No era más que un pequeño detalle, ¿quién lo iba a poder imaginar? La chaqueta había estado colgando de aquel mismo gancho en cientos de ocasiones, pero a pesar de todo, mientras esperaba sentado en el peldaño inferior de las escaleras del puente, sentía cómo le temblaban las rodillas. Lo peor de todo era la espera. A veces empezaba a jadear con rapidez, como si se hubiese echado a correr, y luego respiraba profundamente tratando de recuperar el dominio de sí mismo. Escuchaba también los pasos del serang de cuando en cuando, y voces tranquilas y bajas que intercambiaban unas pocas palabras y luego se volvían a quedar en silencio.

—*Serang*, avísame cuando avistes tierra.

—Sí, Tuan, todavía no.

—Ya veo, todavía no —asentía el capitán Whalley.

El barco se había convertido en el mejor amigo de su decadencia. Todo el dinero que había conseguido gracias al Sofala se lo había mandado a su hija, y su pensamiento se detuvo cuando tropezó con su nombre. Recordaba las innumerables ocasiones en las que su mujer y él habían estado charlando sobre la niña inclinados sobre su cuna en el Cóndor: iba a crecer, a casarse... los querría siempre y viviría cerca, podrían contemplar a diario su felicidad. Ahora que su mujer había muerto, le había dado a su hija todo cuanto tenía y esperaba poder estar a su lado una vez más, poder contemplar su cara de nuevo y vivir arrullado por el sonido de su voz, que podría hacer un poco más soportable la negrura de aquella tumba viviente que le estaba esperando. Llevaba demasiado tiempo sin que nadie le ofreciera su cariño. Imaginaba la ternura de su hija.

El serang había estado observando a proa con atención, y de cuando en cuando volvía la mirada hacia la butaca. Caminaba inquieto de un lado a otro, hasta que de repente estalló al pasar a su lado.

—Tuan, ¿usted ve tierra por alguna parte?

Cuando sintió la alarma de aquel tono de voz, el capitán se puso en pie de un salto. ¿Ver? Aquella pregunta fue como si le hicieran sentir la maldición de su propia ceguera con una fuerza redoblada.

—¿Qué hora es? —gritó.

—Las tres y media, Tuan.

—Estamos cerca, tenemos que ver tierra. Mira bien, te digo.

El señor Massy se despertó de pronto y se preguntó por un instante qué estaba haciendo sentado en aquel peldaño. ¡Ah! Sintió un leve desmayo. Una cosa era planear mentalmente un accidente y otra muy distinta ver que su fruto monstruoso está temblando sobre la propia cabeza y a punto de caer.

—No hay peligro —murmuró para sí mismo.

El pánico de la incertidumbre ya se había apoderado en ese momento del corazón del capitán Whalley. Desconfiaba de pronto de todas las realidades de este mundo, de los hombres, las cosas... de la misma tierra. Había realizado, exactamente con el mismo rumbo, aquel trayecto durante treinta y seis veces. Si de algo estaba seguro en la vida era de la dirección y de que el rumbo que llevaban era correcto. ¿Qué podía haber pasado, entonces? ¿Estaba mintiendo el serang? ¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Acaso se estaba volviendo ciego él también?

—¿Hay niebla? Intenta mirar muy abajo, justo por encima del agua.

—Tuan, no hay nada de niebla, mírelo usted mismo.

El capitán Whalley tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reprimir el temblor de sus piernas. ¿Acaso tenía que detener las máquinas y rendirse de una vez? La indecisión hacía que todas las opciones saltaran en su mente. Se había producido un episodio extraordinario y no estaba en condiciones de afrontarlo. En medio de aquellos instantes de angustia le pareció ver el rostro de su hija, la cara de una niña. No, no podía rendirse ahora que había conseguido llegar tan lejos.

—¿Has mantenido el rumbo? Dime la verdad.

—Sí, Tuan, estamos en la ruta, mire.

El capitán Whalley se dirigió hacia la bitácora, que para él consistía tan sólo en un pequeño punto de luz en mitad de una infinita sombra sin forma. Antes, si se agachaba para mirar muy de cerca era capaz...

Al tener que agacharse tanto alargó el brazo instintivamente para aferrarse adonde sabía que había un poste y al hacerlo la mano golpeó contra algo que no era madera, sino ropa. Al aumentar el peso con un leve empujón el garfio se rompió y la chaqueta del señor Massy cayó a tierra con un ruido sordo acompañado de repiqueteos.

—¿Qué es esto?

El capitán Whalley se arrodilló extendiendo las manos abiertas en un gesto de innegable ceguera. Las manos temblaban buscando la verdad. La vio de pronto: hierro cerca de la bitácora. El rumbo era incorrecto. ¡Querían hundir su barco! ¡Ah, no, eso no!

—¡Ve a detenerlo! —gritó tan fuerte que la voz no pareció la suya. Él mismo salió corriendo con las manos alzadas como un ciego, y, mientras el gong se puso a sonar por todo el barco, la máquina se alzó como si fuera a embestir contra una montaña.

Había marea baja en toda la parte norte del estrecho, algo a lo que el señor Massy no había prestado mucha atención. En vez de embarrancar con medio casco, el Sofala chocó contra el filo agudo de un acantilado que hubiese quedado cubierto por la marea alta. Aquello provocó que el choque fuera realmente terrible. Tiró a todos los que estaban de pie. Las luces se apagaron de golpe y varios tirantes reventaron y saltaron contra la chimenea. Se oían choques y cables que estallaban, ruidos de madera al astillarse y el farol del mástil saltó volando desde las argollas. El barco volvió a rebotar contra el mismo punto, como un ariete, y aquello hizo que se consumara la ruina: se derrumbó la chimenea con un estrépito, e hizo añicos el timón, aplastó el almacén de los toldos y rompió los compartimentos estancos. El capitán Whalley se puso en pie con todos los escombros hasta las rodillas, sangrando y consciente del peligro del que había escapado, sobre todo por el sonido, pero sin soltar de la mano la chaqueta del señor Massy.

En ese punto Sterne (que se había caído de la cama de un golpe) había puesto marcha atrás. La máquinas dieron unos giros y a continuación se oyó una voz que gritaba:

—¡Salga de la maldita sala de máquinas, Jack!

Y se detuvieron. El barco se acababa de soltar del acantilado y estaba quieto. Soltaba densas nubes de humo por los tubos rotos de la cubierta. A pesar de lo bruscamemente que se había producido aquel desastre, nadie gritaba. La violencia del golpe parecía haber atontado también a todas aquellas personas que en aquel instante iban y venían medio atolondradas por la cubierta. La voz del serang se dejó oír claramente sobre la confusión generalizada.

—No está tocando el fondo —dijo. Acababa de recoger la sonda.

A continuación fue Sterne el que gritó con un tono agudo y estridente:

—¿Adónde demonios ha ido a parar el barco? ¿Dónde estamos?

El capitán Whalley replicó con voz grave.

—Entre los escollos del este.

—¿Es eso cierto, señor? Entonces jamás sacaremos el barco de aquí.

—En cinco minutos se habrá ido a pique. A los botes, Sterne. Con esta calma bastaría uno para salvarlos a todos.

Los fogoneros chinos se dirigieron atolondrados hacia los botes de babor. Los malayos se quedaron inmóviles y el señor Sterne mostró una gran calma. El capitán Whalley ni siquiera se había movido. Sus pensamientos eran de lo más oscuro en aquella noche en la que había perdido su primer barco.

—Me ha hecho usted perder el barco.

Otra silueta que estaba frente a él entre los escombros del puente se susurró:

—No diga nada de todo esto.

Massy se acercó a trompicones. El capitán Whalley lo oyó rechinar entre dientes.

—Tengo la chaqueta.

—Tírela y vámonos de aquí —le animó aquella voz temblorosa—. ¡Bo-bo-

bote!

—Esto le va a costar cinco años.

El señor Massy se había quedado completamente mudo. Sus palabras parecían un simple balbuceo.

—¡Tenga compasión!

—¿Acaso la ha tenido usted al hacerme perder el barco? ¡Esto le va a costar cinco años, señor Massy!

—¡Necesitaba dinero, dinero! ¡Mi propio dinero! Le daré a usted una parte. Se puede quedar con la mitad si quiere. A usted también le hace falta el dinero...

—Pero hay una justicia.

Massy hizo un terrible esfuerzo y finalmente exclamó de un modo extraño:

—¡Maldito ciego, ha sido usted el que me ha empujado a hacerlo!

El capitán Whalley siguió apretando la chaqueta contra su pecho sin decir nada. La luz se había esfumado del mundo de forma definitiva... que se hundiese todo si era necesario, pero aquel hombre no iba a salir impune.

La voz de Sterne siguió dando órdenes:

—¡Bajadlo!

Chirriaron las poleas.

—¡Ahora! —gritó—. Seguid bajando... Jack, por aquí... ¡Señor Massy! ¡Señor Massy! ¡Capitán! ¡Rápido, señor, vámonos de aquí!

—Puede que yo vaya a la cárcel por intentar estafar a la compañía, pero usted se quedará en la miseria; usted, el célebre hombre honrado que al final ha estado siempre engañándome. Usted es pobre, ¿no es así? Lo único que tenía era aquellas quinientas libras. Pues bien, ahora ya ni siquiera tiene eso; el barco se ha perdido y el seguro no va a pagarle nada.

El capitán no se movió. Aquello era cierto. El dinero de Ivy también se había

perdido con aquel naufragio. Tuvo de nuevo un relámpago de lucidez; estaban llegando al fin de aquel camino.

Alguien gritó junto al casco. Massy no parecía capaz de apartarse del puente, no paraba de silbar y decir frases incomprensibles.

—Deme eso, démelo...

—No —respondió el capitán Whalley—, no puedo dárselo. Será mejor que se vaya. Si quiere vivir no se quede aquí. No me voy a quedar con esto, pero me mantendré a bordo.

Massy no entendía lo que sucedía, pero el amor a su propio pellejo lo hizo salir del puente. El capitán Whalley dejó la chaqueta sobre el puente y fue avanzando hacia el costado entre los escombros.

—¿Está Massy con usted? —gritó en medio de la oscuridad.

La voz de Sterne se hizo oír desde el bote:

—Sí, señor, está aquí con nosotros. Venga, señor, es insensato que se quede ahí más tiempo.

El capitán Whalley palpó la batayola y con mucho cuidado deslizó la mano para soltar el cabo del bote. Todavía estaban todos esperándolo abajo, y aún seguían esperándolo hasta que se oyó una voz que gritaba:

—¡Estamos a la deriva! ¡Fuera!

—¡Salte, capitán! ¡Salte! Puede usted nadar...

En aquel viejo corazón y aquel cuerpo robusto al parecer había un miedo a la muerte que no podía ser superado por el horror que le provocaba la ceguera. Al fin y al cabo, había llegado caminando en la oscuridad hasta el borde mismo de un crimen sólo por amor a Ivy, Dios no había atendido a sus plegarias y la luz se había extinguido del mundo de forma definitiva. Ya no quedaba ni un pálido destello. Resultaba inverosímil que un Whalley que hubiese llegado tan lejos permaneciese aún con vida, tenía que pagar por lo que había hecho.

—Salte todo lo que pueda, señor, nosotros le recogeremos.

No escucharon su respuesta, pero sus gritos parecieron recordarle algo. Recorrió el camino de vuelta y buscó la chaqueta del señor Massy. No había duda de que podía nadar. Cuando la gente se ve arrastrada por el remolino de un barco muchas veces después de hundirse regresan a la superficie y resultaba imposible que un Whalley que hubiese decidido morir se viese finalmente obligado a la lucha. Se puso todos aquellos trozos de hierro en los bolsillos.

Los que se encontraban en el bote contemplaban el Sofala como una especie de inmensa mole negra en mitad de la noche, inclinándose de una manera sorprendente. No se oía prácticamente ningún sonido. A continuación se escuchó el ruido de un resbalón, como si en las calderas se hubiese producido una detonación sorda, y dio la sensación de que algo delgado se elevara sobre el lugar exacto en el que había estado el barco, como si una roca emergiese desde el mar. A continuación también aquello desapareció.

Cuando el Sofala no se presentó a su cita en Batu Beru, el señor Van Wick comprendió al instante que ya nunca más lo iba a poder contemplar de nuevo, aunque siguió sin saber lo que había pasado hasta que, unas semanas más tarde, el sultán le prestó una embarcación nativa para que llegase al puerto de registro del Sofala, donde ya habían empezado a olvidarse de la existencia del vapor y de la investigación oficial sobre su naufragio.

No había resultado un caso ni extraordinario ni particularmente interesante, salvo por el hecho de que el capitán se había hundido con su propio barco. Era la única vida que se había perdido y el señor Van Wick no habría podido saber más detalles si no hubiese estado allí Sterne, con quien se encontró por casualidad uno de aquellos días en el muelle que estaba junto al río, prácticamente el mismo lugar al que se había dirigido el capitán Whalley para encontrar un sampán que lo llevara hasta el Sofala para poder mantener intactas las quinientas libras de su hija.

Cuando lo vio a lo lejos, el señor Van Wick comprobó que Sterne le guiñaba un ojo al mismo tiempo que se llevaba la mano al sombrero. Se refugiaron a la sombra de un edificio (sobre un banco) y el segundo le contó cómo había sido la llegada de los botes a la bahía de Pangu con la tripulación unas seis horas después del accidente, y cómo habían tenido que arreglárselas sin nada durante un par de semanas hasta que por fin encontraron los medios para salir de aquel lugar de bestias. Después de la investigación todos habían quedado eximidos de culpa. La pérdida del barco se atribuyó a una desviación poco habitual de la corriente, y lo cierto es que no se podría haber debido a otra razón, porque no había manera humana de explicar que el barco se encontrara a siete millas al este de su posición

durante la guardia de medianoche.

—He tenido muy mala suerte, señor —Sterne se humedeció los labios con la lengua y miró de reojo—. He perdido toda mi fortuna antes de que usted me pudiese dar un empleo, señor. Toda la situación es de lo más lamentable, pero ya ve: lo que para uno es veneno para el otro es comida. Al señor Massy no le podría haber salido mejor; parece que el naufragio lo hubiese provocado él mismo. Es la pérdida más oportuna que he conocido en mi vida.

—¿Y qué ha sido de Massy? —preguntó el señor Van Wick.

—¿Massy? ¡Ja! Me estuvo diciendo que tenía intención de comprarse otro barco, pero en cuanto le dieron el dinero se fue a Manila en el primer vapor de la mañana. Lo perseguí hasta el barco y me dijo que tenía intención de poner su dinero a salvo en Manila. Yo podía irme al diablo, claro, aunque me había prometido darme el mando si no hablaba más de la cuenta.

—Usted no dirá nada... —dijo el señor Van Wick.

—No, señor, ¿por qué razón iba a hacerlo? Lo único que yo intento es abrirme camino en esta vida, y para eso los muertos no son un obstáculo —respondió Sterne. Abría y cerraba rápidamente los párpados y durante un instante los mantuvo cerrados—. Y además, señor, no habría sido un buen negocio. Usted me hizo callar la boca más tiempo de lo necesario.

—¿Me podría contar por qué el capitán Whalley se quedó a bordo? ¿Realmente se negó a abandonar el barco? ¡Vamos, hombre! ¿No fue tal vez...?

—¡Nada! —le interrumpió Sterne con decisión—. Le digo que yo mismo le grité que saltara por la borda. Y tuvo que ser él quien soltó el cabo del bote. Todos nosotros estábamos gritando... Quiero decir, Jack y yo. Ni siquiera nos contestó. Y al final el barco estaba tan silencioso como una tumba. Al final las calderas saltaron por los aires y se hundió. ¿Un accidente? ¡De ninguna manera! La partida ya estaba perdida, señor, se lo dije.

Aquello era todo lo que iba a decir Sterne.

Como es lógico, el señor Van Wick fue recibido como huésped en el club durante dos semanas y fue allí donde conoció al abogado que había redactado el acuerdo entre Massy y el capitán Whalley.

—Un viejo extraordinario —dijo—. Se presentó en mi despacho como llovido del cielo, con sus quinientas libras para invertir y aquel maquinista ansioso a su espalda. Ahora acaba de desaparecer de una manera bastante misteriosa, igual que su aparición. Lo cierto es que nunca entendí del todo bien lo que quería. En cuanto a Massy, no había mucho misterio, ¿no? Me pregunto si Whalley se negó a abandonar el barco. Eso habría sido una locura. Evidentemente, la culpa no era suya, y el tribunal no habría tenido ningún problema en establecerlo así.

El señor Van Wick aseguró que él lo había conocido muy bien y que no podía creer que se tratase de un suicidio. Un acto de esa naturaleza no encajaba para nada con lo que sabía de aquel hombre.

—Yo opino lo mismo —respondió el abogado. La teoría más admitida es la de que el capitán se quedó demasiado tiempo a bordo tratando de salvar alguna cosa que consideraba de importancia. Puede que fuera el mapa que demostraba su inocencia, o algo de valor que había olvidado en su camarote. El cabo del bote también se podría haber soltado solo, pero había algo que sí era extraño: algunos meses antes de su último viaje, el capitán había acudido a su despacho para dejarle un sobre sellado dirigido a su hija para que se le remitiera en caso de muerte. Tampoco era una cosa muy fuera de lo común, especialmente cuando se trataba de hombres de su edad. El señor Van Wick negó con la cabeza. El capitán Whalley tenía un físico como para llegar a los cien años.

—Eso es verdad —asintió el abogado—, daba la sensación de que ese viejo había llegado a este mundo totalmente desarrollado y con esa barba. Casi parecía imposible imaginárselo más joven ni más viejo... ¿no le parece? Daba una sensación notable de fuerza física. Puede que aquél fuese el misterio que sobrecogía a todas las personas que en algún momento tenían algún trato con él. Uno tenía la sensación de que ninguno de los medios que se pueden utilizar para acabar con la vida de los hombres podría afectarlo a él. Tenía unos modales de lo más cortés, y llenos de significado, como si estuviera pensando para sí mismo que tenía tiempo para todo. Puede que en su porte y en su habla fuera más reflexivo, pero eso no le daba el aspecto de nadie deprimido, para nada. A veces me pregunto si tuvo algún presentimiento. ¿Quién puede saberlo? Aun así me parece un final demasiado miserable para una persona tan extraordinaria.

—¡Oh, ya lo creo! Un fin demasiado miserable —dijo el señor Van Wick con tanta pasión que el abogado no pudo evitar levantar la mirada para observarlo con curiosidad. Luego, después de haberse despedido de él, le comentó a un conocido:

—Ese plantador de tabaco holandés que vive en Batu Beru es un personaje extraño, ¿sabes algo de él?

—Que está podrido de dinero —respondió el banquero—. Se rumorea que el próximo vapor lo va a llevar a la metrópoli, donde tiene intención de formar una sociedad que se haga cargo de sus tierras. Acaba de abrir otra región tabaquera. Creo que sabe muy bien lo que hace, y que estos tiempos de prosperidad no van a durar eternamente.

En el hemisferio sur, la hija del capitán Whalley no había tenido ningún presentimiento de la tragedia que había sucedido cuando abrió el sobre que le llegaba escrito con la letra del abogado. Lo recibió después de comer y todos los huéspedes habían salido, los niños estaban en el colegio y su marido estaba en la planta de arriba en un gran sillón, leyendo un libro, con el rostro demacrado y una manta hasta la barbilla. La casa estaba en calma y la grisura de aquella tarde parecía pegada a los cristales. En el salón sombrío en el que reinaba durante todo el año un frío olor a platos, sentada en el extremo de una larga mesa rodeada de sillas con el respaldo pegado al mantel, leyó las primeras frases de la carta: «Lamento profundamente... una dolorosa obligación... su padre ha dejado de existir... siguiendo sus instrucciones... fatales... consuelo... no ensucie su memoria...».

Tenía el rostro demacrado, las sienes un poco hundidas bajo aquellos suaves mechones de pelo negro y los labios apretados, mientras los oscuros ojos se ensanchaban hasta que finalmente se levantó tratando de contener un grito y tuvo que agacharse al instante para recoger otro sobre que se le había caído al suelo.

Lo abrió y leyó su contenido con avidez:

«Queridísima niña, te escribo ahora, aprovechando que aún puedo hacerlo de una manera legible. Estoy esforzándome por guardar todo el dinero que me queda, lo conservo únicamente para que te pueda servir de más ayuda. Es tuyo y no debe perderse, nadie lo debe tocar. Son quinientas libras. Hasta ahora no me he quedado con nada de lo que he ido ganando. Por lo que se refiere al futuro, tendré que conservar un poco para mí, aunque sólo sea para llegar hasta donde tú estés. Tengo que ir. Tengo que verte por lo menos una última vez.

»Me resulta duro el pensamiento de que tengas que leer estas líneas algún día. Dios parece haberse olvidado de mí. Deseo verte y aun así la muerte sería una bendición para mí. Si algún día lees estas palabras, te ruego que le des gracias a Dios por haberse mostrado misericordioso, porque eso significará que estoy

muerto y estará bien así, querida. Estoy en las últimas».

El siguiente párrafo comenzaba con las palabras: «Estoy perdiendo la vista...».

Eso fue todo lo que la hija fue capaz de leer aquel día. La mano que sostenía el papel fue cayendo lentamente y su figura vestida de negro fue caminando lentamente hasta la ventana. Tenía los labios secos y de ellos no salió ningún grito de rabia, ninguna plegaria de agradecimiento. La vida había sido dura, a pesar de todo lo que se había esforzado por amor. Hasta entonces, se había encargado de acallar sus sentimientos, pero por primera vez en todos aquellos años sintió de pronto que desaparecía su estigma, el incesante agobio por la pobreza, el agobio de la lucha por conseguir pan. Fue incluso como si se esfumaran también, a aquella media luz del atardecer, la imagen de su marido y de sus hijos, sólo alcanzaba a ver el rostro de su padre, siempre tranquilo y grande, tal y como lo había visto la última vez, pero con un aire más imponente y tierno.

Se guardó la carta doblada entre los pliegues de su vestido negro y, tras apoyar la frente en el cristal, se quedó allí inmóvil hasta que anocheció. ¿Se había marchado! ¿Era cierto? Dios mío, ¿era cierto? El golpe quedaba algo amortiguado por las vastas extensiones de la tierra y los años de ausencia. Hubo días enteros en los que ni siquiera le había dedicado un solo pensamiento porque no había tenido tiempo, pero lo quería. Al fin y al cabo, nunca había dejado de quererlo.

FALK, UN RECUERDO

En un pequeño mesón frente a la costa, a menos de cincuenta kilómetros de Londres y a más de treinta de ese pantano peligroso y poco profundo al que los guardacostas han bautizado con el ampuloso nombre de «océano alemán»,^[5] nos encontrábamos cenando un grupo de hombres relacionados con el mar de una manera u otra. Al otro lado de los grandes ventanales se veía el Támesis en una perspectiva despejada hacia el tramo bajo de Hope Reach y, como la comida era repugnante, el festín sólo se podía disfrutar con los ojos.

La conversación estaba impregnada de cierto sabor a agua salada, que para muchos de nosotros había sido la única agua que habíamos conocido en la vida. Quien haya probado alguna vez el sabor amargo del océano, llevará para siempre su gusto en la boca; pero algunos de ellos, malcriados por la vida en tierra firme, se quejaban del hambre. Era imposible tragar un bocado de aquella porquería, todo exudaba de hecho cierto olor extraño a humedad. El comedor de madera se erigía sobre el barro de la orilla como una choza lacustre: los tablones del suelo parecían podridos, un camarero viejo y decrepito se tambaleaba patéticamente de un lado a otro ante el aparador prehistórico y carcomido, mientras comíamos en unos desportillados platos que muy bien podrían haber sido desenterrados de la cocina de un yacimiento arqueológico. Los filetes parecían recordar épocas aún más remotas. Hacían pensar a la fuerza en la noche de los tiempos, cuando el hombre primitivo, con su limitada conciencia, comenzó a tantear sus primeras nociones culinarias chamuscando trozos de carne al fuego de la leña junto a sus camaradas para después, atiborrado y alegre, sentarse sobre los huesos roídos y ponerse a contar historias sencillas sobre su experiencia, historias de hambre y caza, ¡y tal vez hasta de mujeres!

Por suerte, el vino era tan viejo como el camarero, y así fue como, relativamente hambrientos, pero no por eso menos alegres, nos relajamos y comenzamos a relatar nuestras sencillas historias. Hablamos del mar y de lo que puede llegar a hacer el mar. El mar no cambia y, por mucho que los hombres hablen de él, sus verdades siguen siendo un misterio. Pero había algo en lo que todos estábamos de acuerdo: en que los tiempos habían cambiado. Hablamos de viejos barcos, de accidentes marinos, de averías y de un hombre que logró llevar a

salvo su barco desde el Río de la Plata hasta Liverpool con un timón improvisado. Hablamos de naufragios, de lo que ocurre cuando las provisiones escasean y del heroísmo —o al menos de lo que los periódicos suelen denominar «heroísmo marino» y que implica una serie de virtudes muy distintas de las de los héroes de la antigüedad—. De vez en cuando también nos quedábamos en silencio y nos limitábamos a contemplar el río.

Un barco de la P. & O. pasó navegando río abajo.

—A bordo de esos barcos sirven comidas buenísimas —dijo uno.

Otro que tenía buena vista leyó en voz alta el nombre pintado en la proa: Arcadia.

—¡Qué hermoso barco! —murmuramos algunos.

Lo seguía un pequeño vapor de carga, y justo en ese momento izaron una bandera que los identificaba como noruegos. Despedía una gran cantidad de humo y, antes de que se disolviera del todo, apareció frente al ventanal una pequeña barca de madera con amuras altas que estaba siendo remolcada por un barco de vapor con ruedas de paletas. Los hombres se encontraban en la parte delantera muy ocupados preparando las velas de proa. En la popa había una mujer con una capucha roja prácticamente a solas con el timonel; caminaba por la cubierta de un lado a otro con una labor de lana gris en las manos.

—Yo diría que son alemanes —murmuró uno.

—El capitán lleva a su mujer a bordo —dijo otro, y la luz rojiza del atardecer, que resplandecía detrás de la niebla de Londres, proyectaba un fulgor parecido al de una bengala sobre los palos de la barca y se desvanecía a lo lejos hacia Hope Reach.

Uno de nosotros que no había hablado hasta ese momento, un hombre de más de cincuenta que había capitaneado barcos durante un cuarto de siglo, dijo, sin levantar la vista de la barca que se alejaba deslizándose sobre el brillo oscuro del río:

—Esto me recuerda un episodio absurdo que me sucedió hace ya muchos años, cuando me encomendaron capitanear por primera vez un barco de hierro que transportaba mercancías en un puerto oriental. Aquel puerto era la capital de un reino de Oriente que se extendía sobre un río igual que Londres se extiende

sobre nuestro querido Támesis. No es necesario dar más coordenadas del lugar, ya que lo que sigue podría haber ocurrido en cualquier lugar en donde hubiera barcos, capitanes, remolcadores y sobrinas huérfanas extraordinariamente hermosas. Y por añadidura, la parte ridícula de la historia sólo nos afecta a mí, a mi enemigo Falk y a mi amigo Hermann.

Como las palabras «mi amigo Hermann» habían sonado cargadas de un énfasis particular, alguien preguntó, despreocupada y frívolamente (porque habíamos estado charlando sobre el heroísmo en el mar):

— ¿Y ese Hermann era un héroe?

— En absoluto —respondió el hombre canoso—, no era un héroe en absoluto, no era más que un *Schiff-fuhrer*,^[6] un jefe de barco. Así es como llaman en Alemania al capitán general, aunque a mí me gusta más nuestro término. La cacofonía suena bien, y además hay algo en la expresión «capitán general» que da la sensación de una existencia comunitaria en ese antiguo y honorable arte del mar: contra maestre, maestre, primer oficial. Mi amigo Hermann podría haber sido un gran maestro en este honorable oficio, pero a él lo llamaban *Schiff-fuhrer* y para colmo tenía el simple y pesado aspecto de un agricultor mezclado con la dicharachera astucia de un tendero. Su barbilla bien afeitada, su figura rolliza y sus párpados caídos no le daban la apariencia de un trabajador curtido, y mucho menos la de un aventurero del mar, pero a su manera trabajaba tanto sobre las aguas como un tendero trabaja arduamente detrás de su mostrador. El barco era el medio de vida con el que sostenía a su creciente familia.

Se trataba de un barco pesado, fuerte, de proa más bien achatada, que hacía pensar en una solidez primitiva parecida a la de un arado de madera en la antigüedad. Tenía también otros detalles que sugerían un estilo rústico y hogareño. Aquellos preciosos salientes de madera, que no he vuelto a ver en ninguna otra embarcación, le daban a su popa cuadrada un aire de carreta de molinero, y las cuatro ventanas de la cabina de popa, cada una con seis pequeños cristales verdes y enmarcadas en madera pintada de marrón, parecían las ventanas de una casa de campo. Las cortinitas blancas y el verdor de las plantas detrás del cristal acrecentaban ese parecido. Un par de veces, al pasar con mi barco cerca de la popa, pude ver un brazo bien formado regando las plantas y la elegante cabeza inclinada de una muchacha a la que llamaré mientras viva «la sobrina de Hermann», porque la verdad es que jamás llegué a conocer su nombre, a pesar de haber tenido cierta confianza con la familia.

Pero la confianza llegó más tarde. Digamos que al principio, igual que el resto de marineros en aquel puerto oriental, no tardé mucho en hacerme una idea de las opiniones de Hermann sobre la pulcritud de la ropa. No había duda de que consideraba importante llevar ropa interior de franela, de buena calidad y bien pegada a la piel. Casi todos los días se veían en su barco jerséis y delantales secándose en la soga del palo de popa, o una imperceptible hilera de calcetines ondeando en la cuerda de la bandera. Y cada quince días se veía la vestimenta completa de la familia. Cubría toda la popa. La brisa de la tarde provocaba una oscilación flácida y extraña en aquella masa de prendas de vestir, un movimiento que se parecía vagamente al movimiento de una familia de ahogados, mutilados o aplastados. Eran como unos torsos sin cabeza que se agitaban con sus brazos sin manos, piernas sin pies realizando frenéticas acrobacias retorcidas. Se podían ver también vestidos largos y blancos que, inflándose con el viento a través del escote ribeteado de encaje, se volvían por un instante violentamente abultados como si se hubieran metido en ellos cuerpos invisibles y muy gordos. En aquellos días el barco se podía distinguir a una gran distancia debido al caos grotesco y multicolor que se extendía sobre la popa desde el palo de mesana.

El barco estaba amarrado justo delante del mío, se llamaba Diana. Diana de Bremen, no de Éfeso. Eso al menos era lo que estaba escrito con letras blancas de treinta y cinco centímetros que se extendían espaciadas a lo largo de la popa (como el letrero de una tienda), debajo de esas ventanas parecidas a las de una casa de campo. Aquel nombre ridículamente inapropiado parecía casi un insulto a la diosa más sublime, ya que el barco no sólo no estaba en condiciones de cazar nada, sino que cargaba además con una cuadrilla de cuatro niños. Se asomaban a la borda para mirar los barcos que pasaban y, de vez en cuando, les arrojaban cosas, y ésa fue la razón por la que, antes de conocer y hablar con Hermann, conocí a la espantosa muñeca de trapo de su hija mayor cuando cayó directamente sobre mi cabeza. A pesar de todo, los niños se portaban bien. Tenían el pelo rubio, los ojos y la nariz redonda, pequeña y huesuda; se parecían muchísimo a su padre.

Aquel Diana de Bremen era el barco más viejo e inocente que se haya visto; del mismo modo que en tierra firme hay casas que se mantienen al margen de la descomposición del mundo, aquel barco parecía al margen de las maldades del mar. Sobre todo, daba la sensación de un orden doméstico intachable. Aquel barco era un hogar. Los simpáticos niños habían aprendido a caminar en el espacioso alcázar. Si uno lo pensaba despacio, era algo muy bonito, conmovedor, puede que incluso les hubieran salido los dientes mordiendo las herramientas. Descubrí varias veces al más pequeño de los Hermann (Nicholas) concentrado en mordisquear la punta sobresalida de un soporte. El pie del mástil mayor era el

lugar favorito de Nicholas; en cuanto lo dejaban a su aire gateaba hasta allí, y el primer marinero que pasaba junto a él lo llevaba de vuelta a la puerta de la cabina, alzándolo con delicadeza para no cubrir al niño de brea. Supongo que debía de haber una orden específica para eso porque, mientras lo trasladaban, el bebé, que era la única persona con auténtico malhumor de todo el barco, no paraba en su intento de pegarle en la cara a aquellos robustos marineros alemanes.

La señora Hermann, un ama de casa encantadora y robusta, llevaba a bordo vestidos sueltos, azules con lunares blancos. Cuando me la encontraba frente a un balde pequeño y elegante frotando con fuerza los cuellos, los calcetines del bebé o las corbatas de verano de Hermann —como sucedió en un par de ocasiones—, se sonrojaba con el desconcierto de una muchacha y levantaba las manos húmedas para saludarme desde lejos, sin dejar de asentir con la cabeza afectuosamente. Llevaba las mangas arremangadas hasta los codos y el brillo de su anillo de casada se distinguía entre la espuma del jabón. Tenía una voz agradable, la frente serena, mechones suaves de pelo muy rubio y una expresión bienhumorada en los ojos. Era maternal y una conversadora moderada. Cuando aquella madre humilde sonreía, le aparecían unos hoyuelos en las mejillas frescas y amplias. Al contrario que ella, jamás descubrí el menor atisbo de sonrisa en la sobrina de Hermann, una joven huérfana y muy silenciosa. Y no se debía a que fuese una persona melancólica, sino a las reservas propias de la seriedad juvenil.

La llevaban con ellos desde hacía tres años para que los ayudara con los niños e hiciera compañía a la señora Hermann, según me comentó el propio Hermann. Resultó indispensable cuando los niños eran pequeños. El brazo bien formado y la hermosa cabeza que había visto una mañana a través de las ventanas de la cabina eran de ella, en un momento en que estaba inclinada sobre las macetas de fucsias y resedas, pero la primera vez que pude verla de cuerpo entero me rendí a su figura, me quedó intensamente grabada igual que lo hubiese hecho la gran belleza, inteligencia, el ingenio rápido o la calidez de cualquier otra mujer.

En su caso particular, se trataba de sus formas y su tamaño, era el físico el que imponía una gran atracción. Es posible que además fuera ocurrente, profunda y amable; no lo sé, y tampoco importa; lo único que sé es que estaba construida en unas proporciones colosales. Y sí, «construida» es el término más apropiado. Había sido construida, erigida, por decirlo de alguna manera, con un majestuoso despilfarro. Uno se quedaba pasmado ante aquel derroche insensato de materiales en una muchachita tan joven. Porque era joven, aunque también era muy madura, como si hubiera tenido la suerte de los inmortales. Puede que fuera un poco pesada, pero daba igual, su peso aumentaba si cabe aún más esa idea de duración.

Tenía apenas diecinueve años. ¡Pero qué hombros! ¡Qué brazos tan bien formados! ¡Qué miembros tan poderosos intuía uno cada vez que se lanzaba sobre la cubierta dando tres pasos largos hacia el pequeño Nicholas, que había vuelto a caerse al suelo! Indescriptible. Daba la impresión de ser una joven buena y tranquila, atenta a las necesidades de Lena, a las caídas de Gustav, al estado de la querida naricita de Carl, sensata, trabajadora y todo lo demás... ¡Pero qué pelo tan maravilloso! Abundante, largo, grueso y de color rubio oscuro. Tenía el brillo de los metales preciosos. Lo llevaba perfectamente trenzado en un único mechón que le colgaba por la espalda como a una niña, y la punta le llegaba hasta la cintura. Era una trenza tan maciza que maravillaba, os doy mi palabra; parecía un garrote. Su cara era grande, bonita, tenía una expresión serena, un buen cutis y unos ojos azules tan claros que parecía que iba contemplando el mundo con la franqueza libre y blanca de una estatua. No se puede decir que fuera guapa. Era algo mucho más impactante. La sencillez de su vestimenta, la opulencia de sus formas, su estatura imponente y la extraordinaria sensación de vitalidad, que proyectaba como las flores proyectan su perfume, la volvían bella, pero con una belleza que era a la vez rústica y olímpica. Al observarla cuando estiraba los brazos por encima de la cabeza para alcanzar el tendedero, uno se quedaba inmerso en una contemplación tensa, como de devoción pagana. Los excelentes vestidos de algodón de la señora Hermann tenían una especie de volados rudimentarios en el cuello y en los bajos, pero los vestidos estampados de la joven no tenían ni un pliegue, nada, apenas algunos fruncidos rectos en la falda que caía hasta sus pies y que le daban, cuando se quedaba quieta, un aspecto severo y escultural. Por naturaleza tendía a estar quieta tanto si estaba de pie como sentada, pero no quiero decir con eso que fuera una estatua. Aunque podría haber pasado por una efigie alegórica de la Tierra, era generosamente activa, y no me refiero a esta Tierra gastada de nuestro tiempo, sino a una Tierra joven, un planeta virginal que aún no hubiera sido perturbado por la visión de un futuro cargado de formas de vida y de muerte monstruosas, ensordecido por batallas contra el hambre y el pensamiento.

Tampoco el respetable Hermann era muy entretenido, aunque su inglés resultaba comprensible. A quien no entendía nada era a la señora Hermann, que siempre me largaba un discurso en un tono cordial y acogedor (supongo que en *Platt-Deutsch*)^[7] y en cuanto a su sobrina, por más placentero que fuera observarla (porque de alguna manera inspiraba en uno la visión más esperanzadora de la raza humana), era una persona silenciosa y reservada, casi siempre ocupada en unas labores que sólo muy de cuando en cuando, según pude observar, apartaba para abandonarse a un estado de meditación juvenil. Su tía se sentaba enfrente, también con labores de costura, y apoyaba los pies en un taburete. En la otra punta de la cubierta, Hermann y yo sacábamos dos sillas de la cabina y nos dedicábamos a

fumar interrumpiéndonos cada tanto en un intercambio pacífico de palabras. Iba casi todas las noches. Encontraba a Hermann en mangas de camisa porque, en cuanto regresaba de tierra firme, comenzaba sus maniobras quitándose el abrigo; a continuación, se ponía un gorro bordado con una borla y se cambiaba las botas por unas zapatillas de tela. Después, se ponía a fumar en la puerta de la cabina y miraba a sus hijos con aire civilmente virtuoso hasta que se los iban llevando uno a uno para acostarlos en los camarotes. Al final, siempre bebíamos un poco de cerveza en aquella cabina amueblada con una mesa de madera de patas cruzadas y sillas negras de respaldo recto que tenía más aspecto de cocina de granja que de cabina de barco. Parecía que el mar y los asuntos náuticos no afectaban a la hospitalidad de aquella familia ejemplar.

A mí todas aquellas cosas me agradaban porque estaba pasando momentos muy complicados en mi barco. Había sido designado oficialmente por el cónsul británico para llevar un carguero después de que el anterior capitán hubiese muerto de repente, dejando tras de sí unas sospechosas facturas sin recibo, el cálculo de algunos diques secos que daban a entender el pago de sobornos y una gran cantidad de recibos con los extravagantes gastos de los últimos tres años. Todas aquellas cosas estaban guardadas junto a la vieja y sucia funda de un violín forrada de terciopelo rubí que encontré detrás de un enorme libro de cuentas. Lo abrí esperanzado, pero para mi asombro lo encontré lleno de poemas: páginas y páginas de pésimos versos rimados en un tono entre alegre y grosero, escritos con la letra más pulcra que había visto en la vida. En la funda había también una fotografía de mi predecesor tomada hacía poco en Saigón, en la que se lo veía en primer plano frente a un jardín y acompañado de una mujer vestida de una extraña forma. Era un hombre bajo y robusto de aspecto severo, llevaba un traje desastrado de paño fino negro y el pelo peinado sobre las sienes con una forma que recordaba a los colmillos de un jabalí. No hace falta aclarar que del violín sólo quedaba a bordo la funda, su forma vacía, mientras que del pago de los últimos fletes que el barco había realizado no quedaba ni la menor evidencia. Imposible determinar adónde había ido a parar todo aquel dinero. A bordo no estaba, eso por descontado. Tampoco lo había enviado a Inglaterra porque, en una carta que había dejado sobre el escritorio, los dueños se quejaban de no haber recibido ni una línea del capitán en dieciocho meses. Prácticamente no había suministros a bordo, ni un centímetro de cuerda de repuesto, ni un metro de tela. El barco estaba desnudo y yo presentía que iba a tener innumerables dificultades antes de zarpar.

Como era joven —aún no había cumplido los treinta—, me tomaba muy en serio a mí mismo y a mis problemas. El viejo primer oficial, que había oficiado como deudo más cercano en el funeral del capitán, no estaba muy contento con mi

llegada, pero como no estaba legalmente calificado para asumir el mando, el cónsul tenía la obligación de poner a bordo a un hombre correctamente preparado. En cuanto al segundo oficial, lo único que puedo decir es que se llamaba Tottersen o algo parecido. A pesar del clima tropical, solía llevar en la cabeza un gorro de piel roñoso. No tengo duda de que es el hombre más estúpido que he visto a bordo de un barco en toda mi vida. Y por si fuera poco, se le notaba; su estupidez era tan evidente que me sorprendía que respondiera cuando alguien lo llamaba.

Se podía decir que aquella no era una gran compañía y que me deprimía la perspectiva de tener un viaje largo por mar con aquellos dos tipos. En privado tenía además otras preocupaciones que tampoco me dejaban mucho margen para la alegría. La tripulación era débil y el cargamento se acercaba muy despacio. Preveía que podía tener problemas con los transportistas y no sabía si me adelantarían suficiente dinero como para poder cubrir los gastos del barco. No tenían una actitud muy amistosa hacia mí que digamos. En resumen, que no estaba nada bien. A menudo, a horas intempestivas (a lastres de la madrugada), me asaltaba el pensamiento de que aún no tenía ninguna experiencia, que era completamente ignorante en cuestiones de negocios y que tampoco tenía las cualidades propias de un líder. Cuando el camarero cayó enfermo con síntomas de cólera y tuvimos que trasladarlo al hospital, sentí que me quedaba sin la única persona decente de toda la tripulación. Se suponía que se iba a recuperar pronto, y mientras me vi obligado a reemplazarle con una especie de mozo. Por recomendación de un tal Schomberg, dueño del hotel más pequeño de los dos que había en el puerto, contraté a un chino. Aquel Schomberg, un alsaciano musculoso y cubierto de pelo, un tipo tremendamente cotilla, me aseguró que hacía lo correcto.

—Es un chico de primera. Vino aquí con la comitiva de Su Excelencia el comisionado Tseng, ya sabe. El comisionado se hospedó aquí durante tres semanas.

Pronunciaba «Su Excelencia» con afectación, aunque el ejemplar que había dejado aquella «comitiva» no tenía un aspecto muy prometedor. Por aquel entonces yo todavía no me había dado cuenta de que Schomberg no era más que un mentiroso en el que no debía confiar. Para empezar, el «joven» debía de tener entre cuarenta y ciento cuarenta años —uno de esos chinos con cara de muerto, completamente inescrutable—, y antes de que acabara el tercer día ya se había revelado como un empedernido fumador de opio, jugador y ladrón intrépido, además de un corredor de primera clase. La gota que colmó el vaso fue cuando desapareció llevándose treinta y dos soberanos^[8] de mi propiedad, que me había

costado ahorrar una auténtica barbaridad. Había reservado aquel dinero por si mis dificultades empeoraban, y cuando me los robó me sentí tan desnudo y pobre como un faquir. Me aferré a mi barco a pesar de todas las preocupaciones que me traía, pero seguía sin poder soportar aquellas noches largas y solitarias en una pequeña cabina en la que la atmósfera, que ya olía mal debido a una lámpara que goteaba, estaba ocupada por los ronquidos del primer oficial. El tipo se encerraba en su camarote a las ocho en punto y empezaba a emitir aquellos fuertes y desagradables ronquidos como si fuera un trombón lleno de agua. Me resultaba insufrible no ser capaz ni siquiera de concentrarme a bordo de mi propio barco. Me parecía que todo en este mundo, incluso el mando de un barco pequeño y agradable, podía ser un engaño y convertirse en una trampa.

Pero cuando llegaba a bordo del Diana de Bremen conseguía librarme por fin de aquel tipo de pensamientos. Daba la sensación de que ni siquiera podía rozarlo el rumor de las injusticias del mundo. A pesar de todo, vivía en alta mar y el mar, con sus tragedias y comedias, sus horrores y sus escándalos, el mismo mar poblado de hombres y gobernado por una severa necesidad sin dudas, formaba también parte de su mundo, pero aquel viejo barco patriarcal no reflejaba nada de eso, parecía más bien un refugio sagrado, estaba hecho a prueba del mundo y, por lo visto, su admirable inocencia ponía freno a los rugientes deseos del mar. Pero yo conocía el mar desde hacía tiempo, el suficiente al menos como para saber que no respetaba la honradez. La fuerza de la naturaleza es despiadadamente franca. Aquella inmunidad podía deberse, como es lógico, a las habilidades náuticas de Hermann, pero a mí me parecía que los océanos se habían aliado para reprimir sus fuerzas y no destrozarse aquel bastión tan importante, no desmontar su timón rústico asustando a los niños y no abrir, en suma, los ojos de aquella familia a la más simple desconfianza. Pero eso era lo que había acabado por generar: desconfianza. La cruel revelación iba a acabar finalmente a manos de un hombre. Un hombre lo bastante básico y fuerte como para desenmascarar algunos secretos del mar, un hombre movido por el poder de la pasión más elemental y sencilla.

Aunque eso es algo que iba a suceder mucho más tarde. Mientras tanto, yo había encontrado un santuario en aquel viejo y sereno barco al que iba casi todas las noches. La única persona a bordo que parecía tener problemas era la pequeña Lena, y con el tiempo me acabé dando cuenta de que se debía a que la salud de su muñeca de trapo era delicada. Aquel objeto llevaba una vida *in extremis* dentro de una caja de madera ubicada en el bolardo de amarre a estribor. Allí la atendían y la cuidaban con delicadeza todos los niños y se divertían haciéndole caras largas y moviéndose alrededor con pasos silenciosos. Sólo el bebé, Nicholas, la miraba con un gesto malintencionado y frío, como si perteneciera a otra tribu. Lena se

lamentaba todo el tiempo frente a la caja y los demás la acompañaban con una seriedad mortal. Resultaba maravillosa la manera de los niños de compadecerse de aquella cosa manchada de barro que yo no habría tocado ni con unas tenazas. Supongo que en aquella muñeca ejercitaban el sentimentalismo típico de su raza. Lo que me sorprendía era que la señora Hermann permitiera que Lena acariciara y abrazara tanto aquel manojito de trapos evidentemente sucios. La señora Hermann levantaba sus ojos delicados y femeninos de las labores y observaba todo con una simpatía divertida; por algún motivo parecía no darse cuenta de que aquel objeto de cariño era una deshonra para la pureza del barco. Y es que la palabra apropiada es pureza, no limpieza. La limpieza era tan extraordinaria que parecía otra manifestación de aquel excesivo sentimentalismo, como si la suciedad se quitara allí con amor. Es imposible dar siquiera una idea de cuán minuciosa era la limpieza de aquel sitio. Era como si el barco fuese meticulosamente cepillado cada mañana con... con cepillos de dientes. Hasta el mástil se limpiaba allí tres veces por semana con una pastilla de jabón y un trozo de franela suave. Acicalado —porque es «acicalado» la palabra que me veo obligado a utilizar— con pintura blanca todo lo que era de madera, y con pintura verde oscuro todo lo que era de acero, aquella sencilla distribución de colores evocaba imágenes de una paz igualmente sencilla, una felicidad idílica, por lo que la comedia infantil de enfermedad y dolor a veces golpeaba como una mancha real y antipática en medio de aquel perfecto escenario.

Me agradaba mucho pasar tiempo en aquel lugar e intentaba contribuir con un poco de animación. Mi relación con Hermann comenzó gracias a la persecución de aquel ladrón chino. Estaba anocheciendo. Hermann, a pesar de su costumbre, se había quedado hasta tarde en tierra firme y estaba intentando liberarse de un pequeño *gharry*^[9] en la orilla del río frente a su barco, cuando pasé a su lado corriendo en plena persecución. Hermann comprendió rápidamente la situación, como si tuviera ojos en los hombros, se nos unió de un salto y se puso a la delantera. El chino huía en silencio como una sombra veloz sobre el polvo de un sendero típicamente oriental. Yo corría detrás, y al final de la fila iba mi primer oficial gritando como un salvaje. La luna creciente proyectaba una luz tímida sobre una llanura semejante a un terreno baldío y monstruoso: a lo lejos se recortaba la imponente arquitectura de un templo budista contra el cielo. Como es lógico, perdimos de vista al ladrón pero, a pesar de mi decepción, no me quedó más remedio que admirar la presencia de Hermann. La velocidad que había alcanzado aquel hombre rollizo sólo para ayudar a un desconocido hizo que se ganara en el acto mi más cálido agradecimiento; había algo honestamente cordial en su esfuerzo.

Parecía tan indignado como yo por nuestro fracaso y casi no escuchaba mis

agradecimientos. Dijo que no era «nada» y a continuación me invitó a su barco a tomar una cerveza. Buscamos sin demasiada esperanza un rato más entre los arbustos y echamos un vistazo sin convicción en un par de zanjas. Todo estaba en silencio, los charcos de lodo resplandecían débilmente entre los juncos. Regresamos despacio, inclinados bajo la hoz delgada de la luna y lo oí murmurar para sí mismo:

—*Himmel! Zwei und dreissig Pfund!*^[10]

Estaba impresionado por la suma a la que ascendía mi pérdida. Desde hacía un buen rato habíamos dejado de oír los gritos de mi primer oficial.

Entonces me dijo:

—Todo el mundo tiene problemas. —Y mientras caminábamos, comentó que jamás me habría conocido si el capitán Falk no lo hubiese retenido por casualidad en la orilla. No le gustaba quedarse hasta tan tarde en tierra, agregó con un suspiro. Por supuesto atribuí aquel tono triste a la compasión que mostraba por mi mala suerte.

A bordo del *Diana*, los ojos delicados de la señora Hermann también mostraron mucho interés y consideración. Habíamos encontrado a las dos mujeres cosiendo frente a frente bajo la claraboya abierta y el poderoso resplandor de una lámpara. Hermann entró el primero y comenzó a quitarse el abrigo en la misma puerta, y me invitó a hacer lo mismo con expresiones hospitalarias:

—¡Pase, pase! ¡Por aquí! ¡Venga, capitán!

Inmediatamente después, y con el abrigo aún en la mano, comenzó a contarle todo a su mujer. La señora Hermann unió sus regordetas palmas, yo sonreí e incliné la cabeza con el corazón encogido. La sobrina dejó sus labores para llevarle a Hermann sus zapatillas y su gorro bordado, que se puso con solemnidad y sin dejar de hablar (de mí). Había nubes de telas blancas desperdigadas por el suelo de la cabina. Oí varias veces la frase *Zwei und dreissig Pfund* y al fin llegó la cerveza, que me pareció deliciosa, ya que estaba sediento por la carrera y la emoción de la persecución.

Me quedé hasta pasada la medianoche, un buen rato después de que las mujeres se hubieran retirado. Hermann llevaba más de tres años trabajando en el sudeste asiático, transportando sobre todo cargamentos de arroz y madera. Su barco era conocido en todos los puertos desde Vladivostok hasta Singapur. Aquel

barco era su única propiedad. Las ganancias habían sido moderadas, pero el comercio daba lo suficiente mientras los niños fueran pequeños. Esperaba vender el viejo Diana en uno o dos años a una firma japonesa, a un buen precio. Tenía previsto regresar a casa, a Bremen, en un barco correo con la señora Hermann y los niños, en segunda clase. Me contó todo aquello con un gesto imperturbable mientras daba lentas caladas a su pipa. Me dio pena cuando vació la pipa y comenzó a frotarse los ojos. Me podría haber quedado allí hasta el amanecer. ¿Qué me esperaba en mi barco?, ¿había algún motivo para apurarme? Ninguno, sólo enfrentarme al cajón desvencijado de mi camarote. ¡Uf! Sólo con recordarlo me ponía enfermo.

Como ya dije, me terminé convirtiendo en su invitado diario. Creo que desde la primera vez que me vio, la señora Hermann me consideró un romántico. Como es lógico, no andaba por ahí arrancándome los pelos *coram populo*^[11] por lo que me habían robado, y ella interpretó eso como un gesto de distinguida indiferencia. Aunque sí les conté algunas de mis aventuras tal y como sucedieron, y les maravilló la variedad de mi experiencia. Hermann le traducía las partes que consideraba más sorprendentes. Se ponía de pie, como si estuviera a punto de dar una conferencia sobre un fenómeno extraordinario, y se dirigía a las dos mujeres haciendo gestos mientras ellas abandonaban lentamente las costuras sobre sus regazos. Yo me quedaba detrás de la jarra de cerveza de Hermann en actitud humilde. La señora Hermann me echaba miradas rápidas y emitía breves *Ach's!*^[12] La muchacha jamás hizo el menor sonido. Nada. Aunque a veces alzaba los ojos claros para mirarme con aquel estilo suyo tan suave, casi ciego, y no porque su mirada pareciera estúpida ni mucho menos, sino porque irradiaba una luz mansa y difusa como el reflejo de la luna sobre los prados, tan distinta a la observación inquisidora de las estrellas. Uno se hundía en esa mirada y se imaginaba que estaba siendo contemplado de una manera borrosa. Seguramente aquella misma mirada, cuando se posaba sobre ChristianFalk, era tan eficaz como los reflectores de un acorazado.

Falk era el otro visitante asiduo del barco, aunque, si se lo juzgara sólo por su comportamiento, se podría haber pensado que iba sólo para ver el cabrestante del puesto de control, porque no le quitaba los ojos cuando nos hacía compañía en la puerta de la cabina, con un brazo musculoso apoyado en el respaldo de la silla y las piernas grandes y fornidas embutidas en pantalones blancos ajustados; las extendía y se veían en los extremos los zapatos negros de punta redonda, anchos como vagones. Al llegar, estrechaba la mano de Hermann murmurando algo, luego hacía una inclinación hacia donde estaban las mujeres y se sentaba a nuestro lado con su actitud descuidada y misántropa. Se marchaba abruptamente, de un

salto, cumpliendo el ritual de los saludos e inclinaciones con gruñidos, como si estuviera muerto de miedo. A veces, en un esfuerzo reservado y agónico, se acercaba a las mujeres e intercambiaba con ellas en voz baja algunas palabras, media docena como mucho. En esos momentos, la mirada de Hermann se volvía completamente vidriosa y el semblante amable de la señora Hermann se ruborizaba. A la joven jamás se le movía un pelo.

Falk era danés o noruego, no sabría decirlo. En cualquier caso, era escandinavo, y sin duda altivo para formar parte del monopolio. Tal vez no conocía esa palabra, pero tenía una idea muy clara de la situación. La tarifa que cobraba por remolcar los barcos a la entrada y a la salida del puerto era la más exorbitante que he visto en mi vida. Era el dueño y capitán del único remolcador que había en aquel río, un navío blanco y bien cuidado de ciento cincuenta toneladas o más, tan elegante y pulcro como un yate, con la cabina redondeada como una torre de cristal por encima de la proa puntiaguda y un soberbio mástil barnizado en la popa. Supongo que aún andan por ahí algunos capitanes que se acuerdan de Falk y su remolcador. A los barcos mercantes nos quitaba nuestra libra y media de carne con una indiferencia inflexible que lo volvía detestable e incluso temible. Schomberg solía decir:

—No voy a hablar de ese tipo, no se toma más de seis copas al año aquí, pero mi consejo, caballeros, es que, si pueden evitarlo, no tengan nada que ver con él.

Dejando de lado las relaciones laborales, era fácil seguir aquel consejo porque Falk no se metía con nadie. Puede parecer absurdo comparar al capitán de un remolcador con un centauro, pero, por algún motivo, el tipo me recordaba a un grabado que había en un pequeño libro que tenía de niño en el que aparecían centauros en el río; en especial me acuerdo de uno que aparecía en primer plano, saltando con un arco y una flecha en las manos: tenía rasgos simétricos y severos y una barba inmensa y rizada que le caía sobre el pecho. La cara de Falk me recordaba a ese centauro. Él también era una criatura de dos naturalezas. No mitad hombre, mitad caballo, sino mitad hombre, mitad barco. Vivía a bordo de aquel remolcador suyo que estaba siempre subiendo o bajando el río, desde el amanecer hasta la húmeda noche.

Se podía distinguir su barba a lo lejos, con los últimos rayos del atardecer, recortada sobre la estructura blanca del remolcador cuando atravesaba la espuma para anclar por la noche. Allí estaba el hombre, vestido de blanco, la mancha marrón y abundante del pelo y, por debajo de la cintura, nada más que las líneas

transversales del puente de mando que a su vez desviaban la mirada hacia las líneas blancas afiladas de la proa, mientras abría las sucias aguas del río.

Fuera del barco parecía incompleto. El propio remolcador, sin su cabeza y torso en el puente de mando, también parecía incompleto, pero no lo abandonaba casi nunca. Durante la época que permanecí en aquel puerto, sólo lo vi dos veces en tierra firme. La primera fue en la oficina de mis transportistas, a la que había ido a disgusto para cobrar el remolque de una barca francesa el día anterior; la segunda, casi no podía creer lo que veía, porque lo descubrí escondido en una silla de mimbre del salón de billar del hotel de Schomberg.

Era divertido ver cómo Schomberg lo ignoraba a propósito. Lo artificial de su actitud contrastaba con la indiferencia natural de Falk. El alsaciano fortachón hablaba a voz en grito con el resto de los clientes mientras iba de mesa en mesa y pasaba de largo con la mirada fija hacia delante por el lugar en el que descansaba Falk, que permanecía sentado con una copa intacta junto al codo. Debía conocer de vista o de nombre a todos los hombres blancos de la sala, pero jamás le dirigía una palabra a nadie. A mí me hizo un gesto de reconocimiento bajando apenas los párpados, pero eso fue todo. Tumbado en la silla, de vez en cuando se llevaba las manos a la cara y, al mismo tiempo, reproducía un temblor leve y casi imperceptible con el cuerpo.

Aquel gesto era un automatismo, y, por supuesto, yo lo conocía muy bien, porque era imposible compartir con Falk una hora sin sorprenderse ante el movimiento brusco que interrumpía sus largos períodos de quietud. Era un gesto violento e inexplicable. Y lo hacía en cualquier momento, como, por ejemplo, tras haber escuchado a la pequeña Lena contar cosas sobre su muñeca enferma. Los hijos de Hermann siempre lo asediaban a la altura de sus piernas, pero él, con gentileza, se apartaba un poco de ellos. Aun así, parecía sentir un gran afecto por la familia. Sobre todo por el propio Hermann. Buscaba su compañía. En aquella ocasión, por ejemplo, debió de haber estado esperándolo, porque, en cuanto apareció Hermann se puso de pie al instante y salieron juntos. Schomberg les explicó a los tres o cuatro que estaban cerca de mí su teoría: que Falk andaba tras la sobrina del capitán Hermann, y aseguró que no conseguiría nada. El año anterior el capitán Hermann había atracado ahí y ocurrió lo mismo.

Por supuesto, no me creí ni una palabra de lo que dijo Schomberg, pero la idea se me quedó en la cabeza y empecé a observar con más atención. Lo único que descubrí fue cierta impaciencia por parte de Hermann. En cuanto aparecía Falk subiendo por la pasarela, el buen hombre comenzaba a murmurar términos que

sonaban a palabrotas en alemán, pero como ya he dicho, no conozco el idioma y lo cierto es que la expresión tranquila y de ojos redondos de Hermann permanecía inmóvil. Mirando con firmeza hacia delante le daba la bienvenida con un *Wie geht's?*, o en nuestro idioma, con un «¿Cómo va todo?», pronunciado en un tono un poco gutural. La chica levantaba la mirada un instante y apenas movía los labios. La señora Hermann dejaba las manos apoyadas en el regazo durante un minuto, le hablaba con su tono agradable y luego volvía a sus costuras. Falk se dejaba caer sobre una silla, estiraba sus largas piernas y tal vez se restregaba la cara con fuerza. No era impertinente conmigo, más bien se comportaba como si no valiera la pena molestarse por algo tan trivial como mi presencia, y lo cierto es que, como pertenecía al monopolio, no tenía la necesidad de ser simpático. Estaba completamente seguro de que me iba a acabar cobrando la misma suma exorbitante por remolcar mi barco tanto si me sonreía como si me fruncía el ceño, y, aunque lo cierto era que no hacía ni lo uno ni lo otro, no pasó mucho tiempo antes de que me desconcertara por completo.

Sucedió así: en la desembocadura del río había un banco de arena poco profundo que tendrían que haber removido hacía mucho, pero, como las autoridades estatales estaban tan devotamente ocupadas en dorar la enorme pagoda budista, supongo que no les había quedado mucho dinero para dragar la entrada. No sé cómo estará hoy en día, pero en aquella época aquel banco era un verdadero fastidio para los navegantes. Uno de los más evidentes era que las embarcaciones de cierto calado, como la mía y la de Hermann, no podían completar la carga en el río; tras subir la mercadería hasta cierto límite, tenían que salir del río y completar el resto fuera. El procedimiento completo era sumamente aburrido. Cuando creías que ya uno había cargado todo el peso que su barco podía transportar de forma segura sobre aquel banco de arena, debía bajar y avisar a los agentes y ellos a su vez avisaban a Falk de que la embarcación estaba preparada. Falk (supuestamente cuando había terminado lo que estaba haciendo, aunque en realidad era cuando le daba la gana) se aseguraba en la oficina de que había dinero suficiente para pagarle, y sólo entonces se acercaba con un gesto antipático y lo remolcaba a uno con las jarcias desaliñadas, los ojos amarillos observando desde el puente de mando, y moviéndose con pesadez en la cubierta, con más apatía que si estuviese procediendo a una ejecución. Obligaba además a coger el extremo de su cable de acero por el que, por supuesto, cobraba con cargo extra. Ante las protestas por semejante abuso, aquel imponente torso se limitaba a negar con una mano apoyada en el telégrafo de la sala de máquinas, movía la cara barbuda por encima del chapoteo, el ruido y la nube de humo sobre la cual se desplazaba el remolcador. Su tripulación estaba compuesta por los rufianes más descarados que he visto en toda mi vida, y les permitía que le gritaran a uno con insolencia.

Cuando lo tenían sujeto a uno, lo arrancaban de donde estuviera anclado sin importarles lo que se llevaran por delante. Uno se veía obligado a seguirlo durante treinta kilómetros río abajo, y luego cinco más en paralelo a la costa hasta un grupo de islotes deshabitados y rocosos donde había un fondeadero cerrado y protegido. Allí uno estaba obligado a permanecer con el ancla baja y los mástiles desnudos entre aquellos fragmentos estériles de tierra, dispersos sobre un océano azul intenso. No había nada aparte de aquella costa desierta, el borde fangoso de la planicie marrón, la sinuosidad del río color verde apagado que se acababa de dejar atrás y la enorme pagoda budista que se erigía solitaria y monumental, con sus curvas y remates brillantes. Lo único que se podía hacer era esperar de mal humor el resto de la carga, que iba llegando a través del río de manera inconstante. Y sólo te podías consolar pensando que, después de todo, aquel intervalo incómodo significaba que por fin estabas más cerca de abandonar ese puerto.

Hermann y yo debíamos pasar por aquel proceso y entre nosotros había una especie de competición tácita sobre qué barco estaría listo primero. Estuvimos parejos casi hasta el final, pero gané la carrera al ir a avisar yo mismo a los agentes por la mañana mientras Hermann, que era muy lento para bajar a tierra, no llegó a la oficina hasta más tarde. Le dijeron que mi barco estaba primero en la fila al día siguiente, y creo que él les respondió que no tenía ningún apuro. Le venía mejor salir un día más tarde.

Aquella noche, a bordo del Diana, se sentó con sus gordas rodillas bien separadas, miraba la boquilla de su pipa y le daba caladas de vez en cuando. Al rato le dijo con cierta impaciencia a su sobrina que ya era hora de meter a los niños en la cama. La señora Hermann, que estaba conversando con Falk, se detuvo de pronto y miró a su marido con preocupación, pero la chica se puso de pie al instante y llevó a los niños al camarote. Al rato, la señora Hermann debió dejarnos solos para poner orden en lo que, por los ruidos que llegaban desde dentro, parecía una peligrosa rebelión infantil. Hermann rezongó en voz baja. Durante una media hora larga, Falk, que se había quedado solo con nosotros, se movió inquieto en la silla suspirando por lo bajo hasta que, por fin, tras restregarse la cara, se puso de pie y, como si renunciara a la esperanza de ser comprendido (aunque no había abierto ni una sola vez la boca), dijo en nuestro idioma:

—En fin, que pase buenas noches, capitán Hermann. —Se detuvo un instante frente a mi silla y miró hacia abajo fijamente, podría decir que hasta con desprecio, y luego emitió un ruido profundo con la garganta. En todo aquello hubo algo tan extraño que, por primera vez en nuestro escaso intercambio de asentimientos de cabeza y gruñidos, me generó cierto interés, pero al minuto me

decepcionó porque se alejó con prisa y sin haberse despedido ni siquiera con un gesto.

Es cierto que sus modales solían ser así de extraños y no le di mayor importancia, aunque nunca antes había estado tan cerca de la superficie su indiferencia, como una vieja y cautelosa carpa en un estanque. Como es lógico, había conseguido despertar mi curiosidad. No podría decir qué esperaba exactamente, pero en ningún caso imaginé la absurdidad que se disponía a provocar Falk al amanecer del día siguiente.

Recuerdo que aquella noche su comportamiento fue tan extraño que, en cuanto se marchó, me pregunté en voz alta qué pretendía. Hermann cruzó las piernas en un vaivén y dijo, acomodándose un poco más apartado en su silla:

—Ese hombre no sabe lo que quiere.

Debía haber alguna insinuación en aquel comentario. No respondí y Hermann, aún apartado, añadió:

—Cuando estuve aquí el año pasado ocurrió lo mismo.

A continuación, una erupción de humo le envolvió la cabeza como si su ánimo hubiera explotado como la pólvora.

Estuve a punto de preguntarle abiertamente si por lo menos sabía por qué Falk, un hombre tan claramente poco sociable, había adquirido la costumbre de visitar su barco con tanta frecuencia. Al fin y al cabo, pensé, aquello era lo más curioso de todo. Ahora quisiera saber qué me habría respondido Hermann de haberle preguntado. No me permitió hacerlo, pareció olvidar de pronto todo lo que tenía que ver con Falk y comenzó un monólogo sobre sus planes para el futuro: la venta de su barco, el regreso a casa. Cayó en un tono reflexivo y calculador, y entre regulares bocanadas de humo iba calculando los gastos. La obligación de pagar el billete en barco de toda la tribu debía perturbarlo muchísimo, porque fue la única ocasión en que dio ciertas señales de avaricia. Supongo que era ahorrador por la naturaleza de su raza, y que pagar por viajar debía de ser una novedad para él; pagar por un viaje en barco, además, que era el *modus vivendi* habitual de la familia, y para muchos de ellos desde la misma cuna. Me daba cuenta de que sufría de antemano por cada uno de los chelines que iba a tener que gastar de aquella manera tan absurda. Resultaba casi cómico. Se entristecía por aquel motivo una y otra vez y luego, con un suspiro impaciente, suponía que no tenía más opción que

pagar los tres billetes en segunda clase aparte de los pasajes de los cuatro niños. Un montón de dinero que debía pagar de una vez. Una cantidad enorme de dinero.

Me quedé sentado a su lado y escuché (por enésima vez) aquel examen de conciencia hasta que empecé a quedarme dormido; luego me despedí y regresé a mi barco. Al amanecer me despertó un bullicio de voces estridentes mezcladas con un sonido de chapoteo y con las pitadas cortas e intimidatorias de un silbato de vapor. Falk había venido a buscarme en el remolcador.

Comencé a vestirme. Me llamó la atención la reacción de alboroto en mi propio barco, y cuando se detuvieron los pasos que oía sobre mi cabeza, escuché unos alaridos guturales a lo lejos, que parecían mostrar cierta sorpresa y enfado. Por último se oyó la voz de mi primer oficial quejándose a alguien que debía de encontrarse a cierta distancia. Se unieron otras voces parecidas, y aparentemente indignadas, a las que respondió todo un coro con agresiones verbales. De vez en cuando me llegaba el silbato de vapor.

Aquel alboroto era innecesario y molesto, y, como estaba todavía en mi camarote, decidí tomármelo con calma. Pronto estaría bajando por aquel penoso río, pensé, y en una semana como mucho estaría listo para abandonar aquel odioso lugar y toda la odiosa gente que vivía en él.

Animado por aquella idea, busqué el peine y comencé a arreglarme frente al espejo. De pronto el exterior quedó en silencio y pude oír (pues se habían abierto las puertas de mi camarote) una voz profunda y tranquila que no estaba a bordo de mi barco, pero que sin embargo hablaba muy bien en inglés, aunque con acento extranjero:

—¡Avancen!

«Existe una marea en los asuntos humanos que, si se toma en pleamar...», y lo que sigue.^[13] En cuanto a mí se refiere, sigo buscando ese giro importante en la vida, aunque me temo que la mayoría estamos destinados a revolcarnos para siempre en el agua estancada de un charco de áridas orillas, pero soy consciente de que en la vida de los hombres suelen haber momentos inesperados de iluminación, a veces irracionales, en los que un sonido que en otros momentos hubiera sido insignificante, o tal vez apenas un gesto de lo más común, es suficiente para revelarnos todo el sinsentido, el fatuo sinsentido de nuestra felicidad. «¡Avancen!» no es una expresión particularmente sorprendente, ni siquiera pronunciada en un acento extranjero, pero aquella vez me dejó helado justo cuando sonreía frente al

espejo. Salí a toda prisa de mi camarote y subí a cubierta negándome a creer lo que escuchaba pero hirviendo de indignación.

Era increíble pero cierto. Totalmente cierto. Lo único que podía ver era el Diana. Y es que aquél era el barco que estaban remolcando. Lo habían sacado de su atracadero y lo llevaban transversalmente por el río.

—La forma en la que ese loco ha arrancado el barco de su amarre es un peligro —me dijo al oído el primer oficial con un tono asombrado.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Falk! ¡Hermann! ¿Qué broma es ésta? —grité furioso.

Pero nadie me escuchó. No había duda de que Falk no podía oírme. Su remolcador se alejaba a toda máquina por la orilla. El cable de acero que unía su barco al Diana estaba tan tenso que parecía la cuerda de un arpa; temblaba de manera alarmante.

Aquella embarcación alta y oscura iba inclinada por la terrible tensión. De pronto se oyó un crujido fortísimo, y, a continuación, el rumor de la madera cuando se quiebra en astillas.

—¡Mire allí! —dijo la voz asombrada junto a mi oído—. ¡Si le ha arrancado el pasacabos de remolque! —Y agregó, entusiasmado—: ¡Mire! ¡Mire, señor! Los holandeses se han apartado del camarote de proa. Espero, por Dios, que al menos les rompa algunas costillas antes de que terminen lo que están haciendo.

Protesté a gritos. Los rayos del amanecer que se extendían a lo largo de la planicie me calentaban la espalda, pero yo estaba ya demasiado acalorado por la ira. No podía creer que una sencilla operación de remolque pudiera semejar de forma tan rotunda la idea de un secuestro, una violación. En pocas palabras, Falk estaba huyendo con el Diana.

El remolcador blanco iba a toda máquina por el medio del río. Los flotadores rojos de las ruedas de paletas giraban con una velocidad enloquecida, rompían el cauce y lo transformaban en espuma. El Diana iba por el centro de la corriente, meciéndose con la gracia de un granjero viejo y volando detrás de su raptor. A través de los retazos de niebla que dejaba el humo de aquella huida apresurada alcancé a ver los hombros cuadrados y quietos de Falk, debajo de un sombrero blanco tan grande como las ruedas de un carruaje, su cara enrojecida, sus ojos fijos, su barba larga. En vez de mantener la mirada atenta hacia delante, le daba la espalda al río a propósito para controlar su remolque. Aquel pesado barco

que jamás había sido tan sacudido en toda su vida, parecía haber perdido por completo la orientación, dio un giro salvaje en la dirección contraria al timón y por un instante vino directamente hacia nosotros, amenazador y torpe como una montaña a la deriva. Provocó un amontonamiento de olas que resonaban y borboteaban más altas que la mitad de la roda. La tripulación de mi barco soltó un gran grito y luego contuvimos el aliento. Estuvo muy cerca. ¡Pero Falk lo controlaba! Sabía cómo manejarlo. Imaginé que podía oír el sonido metálico del cable de acero disparado contra la cabina del Diana, mientras los tripulantes a bordo lo esquivaban hacia todos lados. Sí, estuvo muy cerca. Hermann, despeinado, se había apresurado a correr hacia el timón con una camisa de franela sucia de tabaco y unos pantalones color mostaza. Vi el terror en su cara redonda y hasta sus dientes congelados en una especie de mueca espantosa. El Diana logró pasar por la gran masa de agua que salpicaba entre los dos barcos, agitándose tan cerca del mío que podría haberle arrojado a Hermann directo a la cabeza el peine que, al parecer, había sostenido en mi mano durante todo aquel tiempo. Mientras tanto, la señora Hermann iba sentada tranquilamente sobre la claraboya, con los hombros cubiertos por un chal de lana. Como respuesta a mis gestos de indignación, la encantadora mujer se dedicó a sacudir su pañuelo mientras asentía sonriendo con la mayor amabilidad que se puedan imaginar. Los varones, apenas vestidos, saltaban por la cubierta contentísimos, exhibiendo sus tirantes de mal gusto y Lena, vestida apenas con una enagua corta color rojo, con los delgados brazos desnudos y los codos prominentes, abrazaba a su muñeca de trapo con devoción. La familia al completo pasó ante mis ojos como si la arrastraran por un desconocido escenario de violencia. Finalmente vi a la sobrina un poco separada del resto y con el bebé de los Hermann en brazos. Tenía un aspecto majestuoso con su ajustado vestido gris, había algo tan imponente en la perfección de su figura que el sol parecía estar levantándose sólo para ella. La avalancha de luz destacaba en toda su grandeza la exuberancia de sus formas y la fuerza de su juventud. Pasaba inmóvil, como sumida en sus pensamientos; lo único que se agitaba con el movimiento era el doblar de su falda. Los rayos del sol se quebraban en su pelo liso y rubio oscuro mientras el bribonzuelo sin pelo de Nicholas le daba golpecitos en el hombro. El pequeño y regordete brazo se levantaba y caía como si fuera el brazo de un obrero, y de pronto las cuatro ventanas que parecían de casa de campo pasaron frente a mí alejándose río abajo. Estaban abiertas y una de las cortinas blancas de percal ondulaba hacia fuera igual que la cinta agitada de la estela en el agua.

Aquel engaño en el turno de remolque era algo insólito. Fui corriendo a quejarme a la oficina del agente y me pidió disculpas porque no entendían cómo había podido suceder semejante equivocación. No pasó lo mismo con Schomberg,

cuando fui a comer algo más tarde, porque, si bien estaba sorprendido de verme, tenía preparada una explicación cabal. Lo encontré sentado al fondo de la larga y estrecha mesa junto a su mujer, una mujercita flacucha de rizos largos y un diente azul que sonreía estúpidamente hacia los demás pero parecía asustada cuando uno le hablaba. Entre ambos había un *punkah*^[14] que abanicaba sobre veinte sillas de mimbre y dos hileras de platos brillantes. Tres chinos con chaquetas blancas vagaban por aquella desolación con servilletas en las manos. La querida *table d'hôte*^[15] de Schomberg no tenía demasiado éxito aquel día. Estaba comiendo con ferocidad, parecía profundamente amargado.

Empezó por ordenar a gritos que me trajeran las chuletas, luego se dio la vuelta y comentó:

—¿Le han dicho que hubo un error? ¡Pero qué error, hombre! No les crea ni un instante, capitán. Falk sólo comete errores cuando le conviene. —Creía firmemente que Falk había intentado durante mucho tiempo ganarse el aprecio de Hermann sin ofrecer mucho a cambio—. ¡Sin ofrecerle nada, ya se puede imaginar! Claro, porque insultarle a usted de esta manera no le ha costado ni un centavo, y el barco del capitán Hermann va un día por delante del suyo. ¡Y el tiempo es oro! ¿No? Entiendo que usted es muy amigo del capitán Hermann, pero un hombre está obligado a aprovechar cualquier ventaja que le ofrezcan. El capitán Hermann es un buen hombre para los negocios y en los negocios no hay amigos, ¿no es así? —Se inclinó y comenzó a echar sus acostumbradas miradas furtivas—. Pero Falk es, y siempre ha sido, un tipo miserable. Yo en su lugar lo despreciaría.

De mal humor dije en voz baja que no sentía un especial respeto por Falk.

—Pues yo lo despreciaría —insistió con un gesto de ansiedad que me hubiera parecido divertido si no hubiese estado tan enfadado. Para un chico concienzudo y bien intencionado como sólo pueden serlo los jóvenes, el frecuente maltrato de la vida se vive como una crueldad especial. Un joven que sea lo suficientemente ingenuo como para creer en la culpa, la inocencia y en sí mismo, siempre dudará si no ha hecho algo para merecer su mala fortuna. Me enfrenté a la chuleta con pensamientos oscuros y sin apetito mientras la señora Schomberg permanecía sentada con su eterno gesto de estupidez; la conversación de Schomberg caía a toda velocidad, como la basura por un tobogán.

—¿Quiere que le diga una cosa? Todo esto es por la chica. No sé qué espera el capitán Hermann, pero si me preguntara yo podría contarle algunas cosas sobre Falk. Es un tipo miserable. Un esclavo absoluto. Así es como suelo llamarlo: el

esclavo. El año pasado, cuando comencé a trabajar en esta *table d'hôte*, envié algunas tarjetas para promocionarla, ya sabe cómo va esto. ¿Puede creer que no vino ni una vez a comer aquí? ¿Ni siquiera para probar? Nunca. Ahora se ha conseguido un cocinero de Madrás, un mentiroso al que eché de aquí a bastonazos. No sabía cocinar para blancos. Ni siquiera para los perros de los blancos, aunque parece que cualquier infeliz nativo que sepa hervir un cazo de arroz es suficiente para el capitán Falk. Vive de arroz y de un poco de pescado que compra por unos céntimos a los pescadores en las afueras. ¿Se lo puede creer? Un hombre blanco...

Indignado, se limpió la boca con una servilleta y me miró. En medio de mi enfado, se me pasó por la cabeza que si toda la carne de la ciudad sabía igual que aquella chuleta de la *table d'hôte*, Falk no estaba tan equivocado. Estuve a punto de decírselo, pero la mirada de Schomberg me intimidaba.

—Tal vez sea vegetariano —murmuré apenas.

—Un tacaño, eso es lo que es. Un tacaño miserable —sentenció el hostelero con determinación—. Por supuesto, la carne de aquí no es tan buena como la nuestra. Además es cara. Pero míreme, sólo me queda un dólar por el almuerzo y un dólar con cincuenta por cada cena. A ver si encuentra algo más barato. ¿Y por qué lo hago? No se gana demasiado en este rubro. Falk lo despreciaría, pero yo lo hago por el bienestar de un montón de jóvenes blancos que están aquí y que no tendrían un sitio en el que probar una comida decente y encontrar una compañía como Dios manda. En mi mesa siempre se encuentra compañía de primera.

El convencimiento con el que sondeó las sillas vacías me hizo sentir como si hubiera interrumpido una comitiva de fantasmas.

—Un hombre blanco debe comer como un hombre blanco, ¡por Dios! —dijo de golpe y con violencia—, debe comer carne, tiene que comer carne. Yo me las arreglo para conseguirle carne a mis clientes durante todo el año, ¿o no? No estoy cocinando para un puñado de negros asiáticos. Tome, sírvase otra chuleta, capitán. ¿No quiere? Eh, tú, ¡levanta esto!

Se recostó y esperó muy serio a que trajeran el *curry*. Las cortinas a medio cerrar dejaban el salón en penumbra; estaba impregnado por el olor de la cal fresca de un arreglo reciente. Un enjambre de moscas zumbaba y luego se posaba, y la sonrisa de la pobre señora Schomberg condensaba la esencia de toda la imbecilidad que alguna vez había sonado en el interior de aquellas cuatro paredes, de las personas que alguna vez se alimentaron de aquella infame carne de buey o

respiraron su aroma. Schomberg no volvió a abrir la boca hasta que no terminó de masticar un puñado de arroz grasiento. Movi6 las pupilas en una expresi6n rid6cula antes de tragar el bocado caliente y entonces reanud6 su discurso:

—No puede ser m6s humillante. Le suben el plato tapado a la cabina de mando y 6l cierra las dos puertas antes de empezar a comer. ¡En serio! Debería sentirse avergonzado. Pregúntele al maquinista. No sabe arreglárselas sin un maquinista, ¿no se ha dado cuenta? Y como ningú n hombre respetable puede seguir adelante con semejante alimentaci6n, les paga a sus marineros un extra de quince d6lares mensuales para gastos de comida. ¡Le prometo que es cierto! Pregúntele al se6or Ferdinand da Costa, es el maquinista que tiene ahora. Debe haberlo visto por aqu6 alguna vez, un joven moreno y educado con ojos finos y un peque6o bigote. Lleg6 aqu6 hace un a6o, ven6a de Calcuta. Entre nosotros, creo que ven6a escapando de los prestamistas de all6. Cada vez que puede viene corriendo a comer aqu6 porque, dígame, ¿qu6 satisfacci6n puede encontrar un joven bien educado cenando solo en su camarote, como una bestia enjaulada? ¡Las broncas que se arman a bordo cada vez que un poco de olor a comida llega a cubierta! ¡No se lo creer6a! El otro d6a, da Costa consigui6 que el cocinero le preparara una chuleta —apenas un bife de tortuga, no se crea, nada de ternera—, y la grasa se derram6, o algo parecido. El propio da Costa me lo cont6 aqu6, en esta habitaci6n. «Se6or Schomberg», me dijo, «si por negligencia hubiera dejado escapar la tapa de alguno de los cilindros del barco, el capit6n Falk no se habr6a enojado de esa forma conmigo. Amenaz6 de tal forma al cocinero que nunca me volver6 a preparar nada». El pobre da Costa ten6a los ojos h6medos. Intente ponerse en su lugar, capit6n, un joven sensible, un caballero. ¿Acaso espera que se alimente con esa comida cruda que toma 6l? 6se es su amigo Falk. Pregúntele a quien quiera. Supongo que los quince d6lares extra que les paga le irritan donde m6s le duele.

Schomberg se dio un golpecito en su pecho robusto. Yo estaba sentado y aturdido por toda aquella ch6chara sin sentido cuando, de pronto, apoy6 su mano en mi antebrazo con un gesto serio y cauteloso, como si quisiera introducirme en una gruta de confiancias.

—S6lo es por envidia —dijo en un tono m6s bajo, y curiosamente despert6 mi agotada atenci6n—, no creo que haya una sola persona de esta ciudad a la que no envidie. Le aseguro que es peligroso. Ni siquiera yo estoy a salvo. Tengo pruebas de que intent6 envenenarme...

—¡Vamos, hombre! —exclam6 sorprendido.

—Pero tengo pruebas. Me lo contaron de primera mano. Iba por todos lados diciendo que yo era una plaga peor que el cólera para la ciudad. Ha estado hablando mal de mí desde que abrí el hotel. Y también malmetió al capitán Hermann. La última vez que el Diana estuvo por aquí, el capitán Hermann solía venir todas las noches a tomar una copa o a fumar un cigarro. Esta vez no ha venido ni siquiera dos veces en una semana. ¿Cómo se explica eso?

Siguió apretándome el brazo hasta que consiguió que balbuceara algunas palabras.

—Gana diez veces más de lo que yo gano aquí, y encima tengo que competir con otro hotel, pero no hay ningún otro remolcador en el río. Yo no me meto en su negocio, ¿no? Él no podría llevar un hotel. Pero el tipo es así, no soporta pensar que me estoy ganando la vida. Ojalá se pudra. Le gustaría tener una mesa decente a la que sentarse pero no si le implica gastar unos míseros centavos. Ah no, no puede permitírselo, es demasiado para él. A eso lo llamo estar esclavizado por el dinero. Es tan mezquino que arma una bronca cada vez que se siente un poco tentado por la comida. ¿Se da cuenta? Eso lo describe a la perfección: no es más que un tipo miserable y envidioso, no hay otra manera de llamarlo, ¿no le parece? Llevo tres años estudiándolo.

Estaba ansioso de que yo aprobara su teoría y la verdad es que, pensándolo bien, era bastante verosímil, si no hubiese estado tan teñida por la falsedad esencial de Schomberg sobre la irresponsabilidad de Falk. Además no me interesaba nada investigar su psicología. Estaba ocupado masticando sin ganas un trozo de queso holandés rancio, demasiado abatido como para preocuparme por lo que tragaba, y mucho menos para molestarme por los gustos gastronómicos de Falk. Por más que los analizara no encontraría allí las claves para comprender su conducta en los negocios, que me parecía completamente fuera de cualquier juicio moral o del sentido de la decencia más elemental. «Cuán insignificante y despreciable debo de parecerle al tipo para que se atreva a tratarme así», pensé de pronto, retorciéndome de dolor en silencio, y mandé a Falk con todas sus peculiaridades al infierno con tanta intensidad mental que olvidé por completo a Schomberg, hasta que me agarró del brazo con fuerza.

—Bueno, puede pensárselo todo lo que quiera, capitán, puede pensar hasta que se le caiga el último pelo, pero no encontrará una explicación mejor.

Para lograr un poco de paz y tranquilidad me apresuré a admitir que no la encontraría, convencido de que el tipo por fin me dejaría solo, pero lo único que

logré fue que su cara húmeda resplandeciera con el orgullo de la astucia. Me soltó un momento para espantar una nube de moscas de la azucarera y volvió a prenderse de mi brazo.

—Puede estar seguro, se lo digo yo. Igual, todos saben que quiere casarse, pero no puede. Permítame que le de un ejemplo: hace dos años llegó aquí una chica muy elegante, una tal señorita Vanlo, para ocuparse de la casa de su hermano Fred, el dueño de un taller mecánico que estaba junto a la costa. De buenas a primeras, Falk comenzó a subir a su *bungalow* después de cenar y a sentarse durante horas en el porche sin decir una palabra. Como la pobre muchacha no tenía nada de lo que conversar con aquel hombre, se ponía a tocar el piano y a cantar para él noche tras noche casi hasta desmayarse. Tampoco es que fuera una mujer muy fuerte que digamos. Tenía treinta años y el clima le había jugado una mala pasada. Como se podrá imaginar, Fred estaba obligado a sentarse con ellos para mantener las formas y durante semanas enteras no pudo acostarse antes de la medianoche. No era precisamente un buen plan para un hombre cansado, ¿no le parece? Y aparte Fred tampoco estaba pasando por un buen momento porque el taller no daba buenos resultados y estaba perdiendo mucho dinero. El hombre sólo quería marcharse de aquí y probar suerte en otro sitio, pero por el beneficio de su hermana aguantó bastante, hasta que las deudas lo atraparon, créame. Yo mismo podría mostrarle un puñado de sus vales por todas las comidas y bebidas que tomó aquí. Nunca llegué a descubrir cómo consiguió el dinero al final. Puede que tal vez se lo sacara, aunque no creo que todo, a un hermano suyo que se dedicaba al comercio de carbón en Port Said. En fin, no sé cómo lo hizo, pero antes de marcharse le pagó a todo el mundo, aunque le rompió el corazón a su hermana. Una decepción, por supuesto, y a esa edad, ya sabe... Mi mujer era bastante amiga suya, puede contárselo. Su desesperación era muy angustiante, hubo hasta desmayos. Un escándalo, un gran escándalo, tanto que el señor Siegers, no su fletador de ahora sino el padre, un caballero ya mayor que se retiró del negocio con una fortuna y acabó muriendo en alta mar de regreso a casa, debió de hablar en persona con Falk en su despacho. Como buen holandés, era un hombre que sabía hablar, y además los Siegers habían estado ayudando a Falk con mucho dinero desde sus comienzos, es más, puede decirse que habían sido ellos quienes lo habían convertido en lo que es, porque, cuando él llegó, la empresa fletaba muchos barcos por año y le convenía que en este río hubieran buenas instalaciones de remolque, ¿se da cuenta? Bueno, siempre hay una oreja detrás de la cerradura, eso lo sabemos todos. En este caso —y bajó el tono como si fuera a contar una confidencia—, fue la de un buen amigo mío, un hombre que venía con frecuencia por aquí, y aunque aquella vez conversaron en voz muy baja, mi amigo está seguro de que Falk intentó darle todo tipo de excusas y de que el viejo señor Siegers no

paró de carraspear. Falk también quería casarse. ¡Por Dios! Es impresionante, ese hombre lleva años intentando tener un hogar. Sólo que no está dispuesto a hacer gastos. Si tiene que meter la mano en el bolsillo, se pone rígido. Ésa es la única verdad. Lo he dicho desde el principio, y ahora todos me dan la razón. ¿Qué le parece?

Confiado, apeló a mi indignación, aunque para molestarlo un poco me limité a añadir que si aquello era cierto me parecería patético.

Saltó en su silla como si le hubieran pinchado con un alfiler. No sé qué me llegó a contestar, porque justo se oyeron a través de la puerta entreabierta que daba al billar los pasos de dos hombres que entraban desde la galería y el murmullo de sus voces. Cuando sonó el repique de una moneda sobre la mesa, la señora Schomberg se puso medio de pie, indecisa.

—Quédate sentada —le dijo él en voz baja y luego, con un tono hospitalario y jovial que contrastaba terriblemente con la mirada de furia con la que había hecho que su mujer se hundiera en la silla, gritó en voz alta —, ¡todavía se puede almorzar, caballeros!

Nadie le contestó, pero las voces callaron de repente. El jefe de los chinos salió a atenderlos. Escuchamos el tintineo de los hielos contra las copas, el sonido con que las llenó, el movimiento de los pies y el de las sillas arrastradas. Schomberg, después de murmurar quién podía estar allí a esa hora del día, se puso de pie con la servilleta aún en la mano para asomarse por la puerta, sigiloso. Se retiró rápido y de puntillas y, haciendo un hueco con la mano, me susurró al oído que era Falk, el propio Falk estaba allí y, lo que era aún peor, estaba junto al capitán Hermann.

El regreso del remolcador de las enseñas exteriores era improbable, pero posible, porque Falk se había llevado el Diana a las cinco y media y ya eran las dos. Schomberg quería que observaba cómo ninguno de los dos se iba a gastar ni un solo dólar en el almuerzo por mucho que lo desearan, pero cuando me dispuse a salir del comedor Falk ya se había retirado. Alcancé a oír la última pisada de sus botas en los tablones de la galería. Hermann estaba solo, sentado en la gran sala de madera, y se secaba la cara cuidadosamente junto a las dos mesas de billar sin vida y envueltas en fundas a rayas. Llevaba sus mejores ropas de tierra firme: el cuello, el abrigo negro, el chaleco blanco y los pantalones grises. Una sombrilla de algodón blanco con empuñadura de mimbre reposaba entre sus piernas, tenía las patillas cepilladas con pulcritud y se había afeitado la barbilla. Apenas se parecía al

hombre despeinado y asustado que había visto por la mañana aferrado al timón del Diana con una camisa de dormir sucia y unos pantalones viejos.

Al verme entrar, dio un respingo y comenzó a hablarme al instante un poco confundido, pero con genuino entusiasmo. Estaba preocupado por aclararme que él no había tenido nada que ver en lo que denominó «el maldito asunto» de aquella mañana. Que resultó ser de lo más incómodo. Él ya se había preparado para pasar otro día en la ciudad arreglando algunas cuentas y firmando unos papeles. Además debía ir a algunas tiendas y recoger varias piezas de su «carpintería metálica»; así llamaba pintorescamente a las piezas que había dejado en tierra para reparar. Ahora se veía obligado a contratar una barca local para que le alcanzara todo. Le costaría unos cinco o seis dólares. No había recibido ningún aviso de Falk. Nada... Y golpeó la mesa con su puño rollizo. *Der verfluchte Kerl!*^[16] había venido por la mañana como un «maldito vaquero», con gran revuelo y se lo había llevado. Su primer oficial no había preparado nada, el barco fue desamarrado de golpe. Protestó, le parecía una vergüenza sorprender a un hombre de aquel modo. ¡Una vergüenza! Pero era tanto el poder que tenía Falk en aquel río que, cuando le sugerí en un tono desalentador que podría sencillamente haberse negado a que moviera su barco, Hermann se asustó sólo ante aquella idea. No me había dado cuenta antes de hasta qué punto estábamos ya en la época del vapor. La posesión exclusiva de un motor le daba a Falk el poder de tenernos a todos bajo su látigo. Hermann, después de recobrase, me dijo suplicante que yo sabía muy bien lo peligroso que era contradecir a un colega como aquél. Al oír eso esboqué una sonrisa un poco distante.

—*Der Kerl!*^[17] —gritó. Se sentía mal por no haberse negado y se le notaba. ¡Eso por no hablar de los daños que le había ocasionado! ¿Qué iba a hacer ahora con las averías? No había tiempo para ponerse a reparar averías ahora. ¿Tenía yo una idea de cuántas averías le había ocasionado? Sentí cierta satisfacción al decirle que había oído cómo su viejo cascarón crujió desde la proa hasta la popa cuando lo vi pasar.

—Pasó muy cerca de mi barco —agregué intencionadamente.

Levantó las manos al acordarse. En una sostenía la sombrilla agarrada por el medio, y eso curiosamente me recordó a la caricatura de un tendero que aparecía en una publicación cómica alemana.

—¡Uy, eso sí que fue un peligro! —gritó. Me hizo gracia, aunque enseguida agregó con una falsa ingenuidad—: El costado de su barco de hierro se habría

abollado como... como esta caja de cerillas.

—¿Le parece? —contesté con un bufido menos alegre, pero cuando comprendí que no tenía intención de burlarse de mí, Hermann ya se había enfascado en un gran enredo lleno de resentimiento hacia Falk. ¡Lo inoportuno del gesto, los daños, los costos! *Gottferdam!* ¡Que el diablo se lleve a ese tipo! Del otro lado de la barra, Schomberg tenía un puro entre los dientes y hacía como que escribía en una hoja larga de papel con un lápiz. Cuanto más aumentaba la excitación de Hermann, más cómodo y tranquilo me sentía yo. Pero mientras escuchaba esos desplantes se me ocurrió que, a pesar de todo, aquel hombre había regresado en el remolcador. A lo mejor no tuvo más opción porque sí o sí tenía que regresar a la ciudad. Pero evidentemente se había tomado una copa con Falk, ya fuera como invitado o como anfitrión, y pensé «¿Cómo es posible?». Así que lo tanteé diciéndole con altivez que esperaba que hiciera pagar a Falk hasta el último penique del arreglo de las averías.

—¡Exacto! ¡Eso debe hacer, vaya a por él! —gritó Schomberg desde la barra, arrojó el lápiz y se frotó las manos.

No le prestamos atención, pero la excitación de Hermann decayó de golpe, como cuando se aparta un cazo hirviendo del fuego. Le recordé que ya no tenía nada que ver con Falk ni con su maldito remolcador; que él, Hermann, tal vez no volvería a aparecer por aquella ciudad en el futuro, ya que tenía planeado vender el Diana al final de aquel mismo viaje («para volver a casa en un barco de correos», murmuró maquinalmente). Por lo tanto, estaba completamente a salvo de la ferocidad de Falk. Lo único que tenía que hacer era acercarse a la oficina del consignatario y suspender el pago del remolque antes de que Falk pasara por allí y recogiera el dinero.

Nada más lejos del sentido y la intención de mi consejo que sumirlo en ese modo pensativo con el que se dedicó a colocar la sombrilla en el borde de la mesa.

Mientras observaba atónito su tarea, Hermann me dedicó un par de tímidas miradas en las que se le notaba confundido. A continuación se recostó en la silla.

—Es una buena idea —dijo absorto.

Sin duda, el haber sido arrancado del puerto contra su voluntad lo había confundido. Habían agitado con violencia su pasividad, de otro modo no creo que me hubiese preguntado jamás si me parecía que Falk le había echado el ojo a su

sobrino.

—Sí, yo también lo creo —dije con sinceridad. La joven era una de esas mujeres a las que uno mira con intención; no emitía un solo ruido, pero llenaba el espacio con su presencia.

—Pero usted, capitán, no es ese tipo de hombres —comentó Hermann.

Por suerte no podía contradecirlo.

—¿Y qué hay de ella? —no pude evitar preguntar. Al oírme se quedó un instante mirándome fijamente a la cara con seriedad; luego intentó cambiar de tema. Escuché que comenzaba a murmurar algo absurdo, como que sus hijos ya eran mayores y empezaban a necesitar una educación escolar. Iba a tener que dejarlos en tierra firme con su abuela cuando se hiciera cargo del nuevo barco que esperaba que le designaran en Alemania.

Aquella insistencia en sus asuntos domésticos me pareció extraña. Supongo que para él iba a ser un cambio rotundo en su vida cotidiana, el fin de una era. ¡Además iba a vender el Diana! Había trabajado en aquel barco durante muchos años. Lo había heredado de un tío, si no recuerdo mal; el futuro debía estar alzándose como una amenaza para él y ocupaba todos sus pensamientos, como sucede en la víspera de una aventura peligrosa. Se quedó sentado allí con el ceño fruncido, mordiéndose los labios hasta que de pronto empezó a echar pestes y a maldecir.

Para mi sorpresa, por lo visto Hermann creía que yo podía y debía haber convencido a Falk de que se declarara. La idea era absurda, aunque también cómica, pero de pronto empezó a irritarme toda aquella estupidez. Un poco molesto le contesté que no había visto ningún síntoma, pero que si los había — porque él, Hermann, estaba muy seguro de ello —, entonces era aún peor. No sabía qué placer sentía Falk engañando a la gente de esa manera, pero tenía el deber formal de advertirle que recientemente había oído que Falk había hecho lo mismo a otro hombre (hacía no mucho tiempo).

Todo aquello nos lo dijimos en voz baja, y por eso Schomberg, exasperado por nuestro secretismo, salió del salón cerrando la puerta con un golpe que sacudió nuestras sillas. Puede que fuera eso, o cualquiera de las cosas que había dicho antes, pero el caso es que Hermann se enfadó, hizo un gesto despectivo hacia la puerta que aún seguía temblando y me dijo que puede que yo hubiera dado

demasiado crédito a las estupideces que contaba aquel hombre. De verdad parecía que lo habían puesto en contra de Schomberg.

—Sus chismes son... son... —repetía buscando la palabra— ¡basura! —Y luego repitió que eran basura y que además yo aún era demasiado joven.

Aquella espantosa difamación me puso de mal humor (por suerte ya no estoy expuesto a ese tipo de insultos), y sentí que habría podido creer cualquier comentario de Schomberg sobre cualquier tema. De golpe, y sin saber cómo, Hermann y yo nos estábamos mirando con hostilidad. Agarró su sombrero sin agregar nada más, pero antes de que saliera me di el gusto de decirle:

—Siga mi consejo, haga que Falk pague los gastos de las averías. No creo que pueda sacarle mucho más que eso.

Más tarde, cuando subí a mi barco, el viejo primer oficial, que estaba muy al tanto de lo que había sucedido aquella mañana, me comentó:

—Vi al remolcador cuando regresaba de las enseñadas exteriores un poco antes de las 2:00 p. m. —Jamás utilizaba términos como «por la mañana» o «por la tarde», sino siempre «a. m.» o «p. m.», como si fuera una de esas viejas bitácoras—. Sí que hizo un buen trabajo. Ese tipo va siempre muy apurado, es un gorila a la hora de despachar a sus clientes ¿no, señor? Conozco un par de bares al este de Londres a los que les encantaría tener un tipo así en la puerta —y se rio de su propio chiste—, el clásico gorila. Ahora que ha despachado al alemán como un loco supongo que mañana por la mañana nos toca a nosotros.

Al amanecer estábamos todos en la cubierta (hasta los pobres diablos que estaban enfermos se arrastraron afuera), listos para soltar las amarras en un abrir y cerrar de ojos, pero no pasó nada. Falk ni siquiera se presentó; cuando yo empezaba a temer que le hubiera sucedido algo a su motor, vimos pasar de largo al remolcador a toda velocidad por el río, como si no existiéramos. Por un momento tuve la descabellada esperanza de que diera la vuelta en la siguiente curva, pero vi alejarse aquella columna de humo que luego siguió apareciendo y desapareciendo en la llanura según las sinuosidades del río hasta que lo perdí de vista. Sólo entonces, y sin decir una palabra, bajé a desayunar. Sencillamente bajé a tomar mi desayuno.

Nadie pronunció una palabra hasta que el primer oficial, después de beber su segunda taza de té, sorbiendo además lo que quedaba en el platillo, comentó:

—¿Adónde diablos se ha ido ese tipo?

—¡A cortejar a una mujer! —grité con una risa tan diabólica que el viejo primer oficial no se atrevió a agregar nada más.

Me acerqué a la oficina tranquilo, pero con una calma cargada de rabia. Evidentemente, ya estaban enterados de todo, y me recibieron haciendo gestos exagerados de consternación. El encargado, un hombre increíblemente obeso, de movimientos suaves y respiración entrecortada, se puso de pie para recibirme mientras el resto de empleados de la oficina, inclinados sobre los papeles en sus escritorios, echaban miradas rápidas hacia arriba en mi dirección. El gordo no esperó a oír mis quejas; se limitó a resoplar y, como si él mismo no se lo pudiera creer, me transmitió la noticia de que Falk, el capitán Falk, se negaba —se negaba rotundamente— a remolcar mi barco o a tener algo que ver con mi barco aquel día, el siguiente y ¡para siempre!

Me esforcé en mantener una apariencia tranquila, pero de todas formas se debió notar mi desconcierto. Estábamos de pie en el centro de la habitación. De pronto, a mis espaldas, un imbécil se sonó con fuerza la nariz, y al mismo tiempo, otro escribiente saltó y salió al vestíbulo a toda prisa. Sentí que estaba haciendo el ridículo allí. Exigí airadamente ver al director en su oficina privada.

La piel de la cabeza del señor Siegers tenía un aspecto de un blanco mortecino entre los mechones de pelo gris metálico que llevaba aplastados sobre el cráneo de oreja a oreja, como si fueran vendas. Su rostro hundido y angosto tenía un color terracota uniforme y homogéneo, como el de las piezas de cerámica. Era un hombre enfermizo, delgado y bajo con las muñecas de un niño de diez años, pero su débil cuerpo emitía una voz intimidante, increíblemente fuerte, severa y grave como si la produjera un poderoso artefacto mecánico, una sirena de niebla o algo por el estilo. No sé qué haría con aquella voz en su casa, pero en el mundo de los negocios le daba el poder de imponerse en las discusiones sin el menor esfuerzo intelectual, apenas utilizando su volumen. Hubo momentos tensos en la conversación. Tuve que utilizar toda la información que tenía para proteger los intereses de los propietarios del barco —a quienes, *nota bene*, jamás había visto—, mientras Siegers —que sí los había conocido hacía algunos años en un viaje de negocios por Australia— actuaba como si estuviera al tanto de sus ideas más íntimas y se refería a ellos con la expresión «nuestros queridísimos amigos».

Me miraba con resentimiento (claramente no nos caíamos muy bien), y sentenció con rotundidad que era una situación extraña, muy extraña. Su acento

era tan exagerado que ni siquiera puedo intentar reproducirlo. Decía, por ejemplo, «moy estranio» en vez de «muy extraño» y aquel tipo de cosas, combinadas con el volumen de su voz, hacía que el idioma de mi infancia sonara asombrosamente ajeno. Sorprendía incluso si se lo escuchaba como una especie de ruido sin sentido.

—Llevan años trabajando con el capitán Falk —continuó—, y jamás han tenido motivos para...

—Por eso he venido a verle —interrumpí—, tengo derecho a conocer las razones de este disparate absurdo.

A pesar de que la oficina estaba sumida en una penumbra verdosa, debido a los árboles que cubrían la ventana, pude ver que se encogía de hombros. Se me ocurrió, del modo en que surgen en la cabeza a cualquier hora las ideas más inconexas, que, si todo era cierto, aquella oficina era la misma en la que el señor Siegers padre había regañado a Falk. Mientras la apabullante voz del señor Siegers hijo expresaba, con sonidos metálicos como si intentara hablar a través de un trombón, cuánto lo apenaba aquella conducta que evidenciaba una gran falta de discreción. ¡Y ahora me estaban regañando a mí! Era difícil seguir el hilo de las tonterías que decía, pero era a mí —¡a mí!— a quien responsabilizaba de lo sucedido. ¡Maldita sea! No podía permitir aquello.

—¿Adónde pretende llegar? —pregunté furioso. Me puse el sombrero (él jamás ofrecía a nadie que se sentara), y como parecía que mi insolencia lo había dejado atónito un instante, me di la vuelta y me marché. Con expresiones atronadoras me amenazó con cargarle a mi barco los costos de demora de las barcazas y el resto de gastos originados en el retraso que provocaba mi frivolidad.

En cuanto salí al exterior, mi cabeza se perdió bajo la luz del sol; ya no era sólo una cuestión del retraso en mi partida: ahora me daba cuenta de que estaba involucrado en un disparate absurdo y desalentador que me arrastraba a una especie de catástrofe. «Debo mantener la calma», pensé, y corrí a refugiarme en la sombra de una leprosa pared. Desde aquella estrecha calle lateral podía ver la amplia avenida principal, ruinoso y alegre, que se perdía a lo lejos entre fragmentos de mampostería destruida, vallas de bambú, cadenas de soportales de yeso y ladrillo, chozas de tablas y barro, templos nobles con puertas de madera tallada y chabolas de estera podrida... La avenida principal era muy ancha y extensa, y, hasta donde alcanzaba la vista, se podía ver una multitud descalza y de color oscuro que se desplazaba con polvo hasta los tobillos. Por un instante sentí que la angustia y la desesperación me estaban volviendo loco.

Se debe tener cierta indulgencia con los sentimientos de un joven que comienza a tener responsabilidades. Pensé en mi tripulación: la mitad de ellos estaban enfermos y empecé a temer que alguno muriera a bordo si no los sacaba pronto al mar. Por supuesto debía sacar mi barco por aquel río, ya fuera a vela o dragando con el ancla baja, opciones que yo, como cualquier marinero moderno, únicamente conocía en teoría. Estuvo a punto de echarme atrás el pensamiento de que no tenía ni suficientes hombres ni los conocimientos necesarios sobre el fondo del río, indispensables para sacar el barco con éxito. No tenía pilotos, balizas ni boyas de ningún tipo, y, por si fuera poco, me separaban del mar una corriente que habría sido espantosa para cualquiera, bancos interminables y al menos dos ángulos evidentemente complicados en el canal. No sabía lo difíciles que podían llegar a ser aquellos recodos. ¡Si ni siquiera sabía de lo que era capaz mi barco! Todavía no lo había manejado ni una vez. Un malentendido entre un capitán y su barco en un río difícil y sin margen para corregir las maniobras podía obviamente acabar en una buena montaña de problemas para el hombre, y no tenía ningún motivo para creer en mi buena suerte. ¿Y si tenía la desgracia de encallar en algún banco enorme? Hubiera sido el final definitivo de aquel viaje. Era obvio que si Falk se había negado a remolcarme también se negaría a sacarme, lo cual me dejaba... ¿dónde? Al menos me quedaba otro día, aunque lo más probable era que acabara convirtiéndose en una quincena varados en aquel pantano pestilente y realizando trabajo pesado para descargar el barco, y, más probable aún, era el hecho de que íbamos a tener que pedir préstamos a tasas exorbitantes ¡y a la misma banda de los Siegers! Eran los dueños del puerto. Por si fuera poco, el mayor de mi tripulación, Gambрил, casi parecía un cadáver aquella mañana cuando fui a darle la dosis de quinina. No había duda de que iba a morir, y eso por no mencionar a otros dos o tres cuya gravedad era similar... O al resto de la tripulación, que estaba expuesta a contagiarse de cualquiera de las enfermedades tropicales que andaban dando vueltas. Un espanto, la ruina y remordimientos eternos. Y sin ninguna ayuda. Absolutamente nadie. ¡Había caído en las garras de una panda de locos!

Si tenía intención de sacar mi barco por mis propios medios debía conseguir información local a cualquier precio, pero no iba a ser fácil. La única persona a la que se me ocurrió que podía pedir ayuda era a un tal Johnson, excapitán de un barco con bandera nacional que se había casado con una nativa y había ido por mal camino. Sólo había oído vaguedades sobre él: que vivía oculto en un poblado de doscientos mil indígenas y que sólo salía de día para cazar un poco de *brandy*. Tenía la esperanza de que, si me permitía que le diera una mano, conseguiría que se mantuviera sobrio a bordo para usarlo como piloto. Eso al menos era mejor que nada. Quien ha sido marinero alguna vez, es marinero de por vida, y él conocía

aquel río desde hacía años, pero en el consulado —adonde llegué lleno de sudor después de una rápida caminata— no me supieron decir nada de él. Los amables jóvenes que me atendieron, aunque realmente deseaban ayudarme, pertenecían a un sector de la colonia blanca para el cual no existen los tipos como Johnson. Me sugirieron que fuera yo mismo a buscarlo con la ayuda del guardia del consulado —un antiguo sargento mayor de un regimiento de húsares.

Por lo visto, la tarea habitual de aquel hombre era estar sentado detrás de una mesita en la antesala de las oficinas del consulado. Cuando le ordenaron que me ayudara a buscar a Johnson, se mostró muy entusiasmado y expresó un gran conocimiento de la ciudad, aunque tampoco ocultó su inmenso y escéptico menosprecio por el asunto en general. Aquella tarde buscamos juntos en una infinidad de tiendas que vendían grog, casas de juego y fumaderos de opio. Anduvimos por callejones muy estrechos por los que nuestro *gharry* —la pequeña caja sobre ruedas tirada por un terco poni de Birmania— no podría haber pasado jamás. El guardia parecía mantener una cercanía un poco despreciativa con los malteses, los euroasiáticos, los chinos, los hindúes y hasta con los barrenderos de un templo con quienes habló en la puerta. A través de una grieta en la pared de barro al final de un callejón sin salida le preguntamos a un corpulento italiano que, según me dijo frívolamente el exsargento mayor de los húsares, había matado a un hombre el año anterior. Se refirió a él como «Antonio» y como «viejo cabrón», a pesar de que aquella carcasa hinchada, que llenaba más de la mitad de la celda en la que estaba sentado, hacía pensar en un cerdo rechoncho encerrado en una pocilga. Después de un gesto cómplice pero inflexible el guardia le dio unos golpecitos —literalmente, le dio golpecitos— en la barbilla a una vieja terriblemente arrugada y mustia que estaba apoyada en un palo y que le había ofrecido de la nada algún tipo de información. Con la misma expresión rígida mantuvo una animada conversación con los grupos de mujeres que se sentaban a fumar puros cortados por ambas puntas a la entrada de una larga hilera de chozas de barro. Nos bajamos del *gharry* y trepamos a unas viviendas tan frágiles como cajas de embalar y luego descendimos a lugares siniestros como sótanos. Entrábamos, los recorríamos sin detenernos y salíamos de nuevo con el único objetivo, por ejemplo, de mirar detrás de un montón de escombros. El sol se puso, mi acompañante hablaba con un tono seco y mordaz pero aún así no conseguimos dar con Johnson. Por fin nuestro *gharry* se detuvo una vez más con una sacudida y el conductor dio un salto y abrió nuestra puerta.

Un lodazal negro bloqueaba la callejuela, pero aquel montículo de basura coronado con el cadáver de un perro no nos iba a detener. Pateé con la puntera de mi bota una lata de carne de ternera australiana vacía que saltó alegremente y

atravesamos el hueco que había en una cerca espinosa.

Era un recinto típico de la zona, muy limpio, y la corpulenta nativa de piernas desnudas, oscuras y gruesas como los pilares de una cama que vimos persiguiendo a gatas un dólar de plata que había salido rodando de algún lugar era la propia señora Johnson.

—¿Se encuentra su marido? —preguntó el exsargento, y entró con total indiferencia por lo que pudiera pasar. Efectivamente, Johnson estaba allí de pie y con la espalda apoyada en una construcción hecha de pilares y paredes de esteras. Sostenía una banana en la mano izquierda, con la derecha volvió a arrojar otro dólar. La mujer logró atraparlo en el aire y se dejó caer allí mismo al suelo para poder vernos con más comodidad.

El hombre que había estado buscando tenía la cara pálida, era canoso y estaba sin afeitar; tenía manchas de barro en los codos y en la espalda, bajo las costuras abiertas de su chaqueta de sarga, se veía una blanca desnudez. Alrededor de la garganta aún llevaba los restos de un cuello de papel. Nos miró con un gesto de sorpresa seria pero vacilante.

—¿De dónde han salido? —preguntó, y sentí que el alma se me hundía en el pecho. ¿Cómo había podido ser tan estúpido para perder tanto tiempo y energías buscando a aquél tipo?

Pero había llegado tan lejos que me acerqué y le expliqué los motivos de mi visita. Si aceptaba debía acompañarme, dormir a bordo y mañana, con el primer rayo de luz, debía ayudarme a sacar mi barco al mar sin la ayuda del vapor. Mi barco pesaba seiscientas toneladas y tenía tres metros de calado de popa. Le ofrecí dieciocho dólares por sus conocimientos, y, mientras decía todo esto, el tipo continuó analizando la apariencia de la banana, acercándola primero a un ojo y después al otro.

—Se le ha olvidado pedir disculpas —dijo al fin con extremo cuidado—. Como usted no es un caballero, no se ha dado cuenta de que ha interrumpido a alguien que sí lo es. Yo soy un caballero, y sepa que cuando tengo fondos no trabajo, ahora tengo...

Hubiese creído que estaba perfectamente sobrio de no ser porque en ese momento se detuvo para limpiar con gran concentración un agujero que tenía en los pantalones, a la altura rodilla.

—Tengo dinero... y amigos. Todo buen caballero los tiene. Tal vez le interese saber quiénes son mis amigos. Hay uno, por ejemplo, que se llama Falk; puede pedirle un poco de dinero prestado si necesita: F-A-L-K. Falk... —Y de golpe cambió el tono de voz para agregar—: Un corazón noble —y lo dijo con la boca casi cerrada.

—¿Falk le ha dado dinero? —pregunté angustiado por la precisión con la que habían cerrado aquel oscuro complot.

—Me lo ha prestado, señor, no me lo ha regalado —corrigió con severidad—. Anoche nos cruzamos; yo estaba fuera tomando el aire y él, como siempre, estaba dispuesto a ayudarme... ¿Por qué demonios no se marcha de mi casa de una vez?

Y ni bien terminó de decir eso, sin previo aviso me arrojó la banana. Por poco no me dio en la cabeza, aunque sí acertó al guardia justo debajo del ojo izquierdo. Se abalanzó rojo de furia sobre el miserable de Johnson. Cayeron al piso y... y bueno, ¿qué sentido tiene extenderme en aquel desastre, en lo angustiante, degradante, absurdo, fatigoso, ridículo y humillante de la situación... en los nervios de aquel momento? Saqué al antiguo húsar de allí a rastras. Parecía una bestia. Estaba furioso por haber malgastado su tarde libre acompañándome. El jardín de su *bungalow* requería mucho cuidado y el leve roce de la banana había alcanzado para despertar a la bestia que había en él. Johnson quedó tirado boca arriba y con la cara amoratada; durante todo el tiempo, la mujer corpulenta había permanecido sentada en el suelo como paralizada por el miedo.

Estuvimos sacudiéndonos dentro del cajón con ruedas durante una media hora en un profundo silencio, uno al lado del otro. El exsargento estaba ocupado intentando detener la sangre del gran arañazo que tenía en la mejilla.

—Espero que esté satisfecho —dijo de pronto—: en esto es en lo que ha acabado esa absurda idea suya. Si no se hubiese peleado con el patrón del remolcador por esa chica, nada de esto hubiese ocurrido.

—¿Eso es lo que han dicho? —pregunté.

—Claro que me lo han dicho. Y no me extrañaría que hasta el propio Cónsul General esté al tanto también. ¿Cómo voy a presentarme ante él mañana con la mejilla así, me quiere usted decir? ¡Es usted quien debería tener este arañazo en la cara!

Luego, y hasta que el *gharry* por fin se detuvo y se bajó de un salto sin despedirse, el antiguo húsar no dejó de maldecir en voz baja ni un segundo usando insultos muy fuertes —unos insultos que hacían pensar que la peor maldición de un marinero parecía el balbuceo de un niño—. Por mi parte, apenas tuve fuerzas para arrastrarme hasta la cantina de Schomberg, sentarme a una mesa y escribir una nota a mi primer oficial con instrucciones para que tuviera todo listo para bajar por el río al día siguiente. No podía acercarme a mi barco. ¡Vaya un patrón inteligente que le había tocado! Pobre barco, qué poca suerte había tenido. ¡Qué desastre! Me agarraba la cabeza. Por momentos la obviedad de mi inocencia me desesperaba. ¿Qué había hecho mal? Si había cometido algún error, al menos debería saber de qué se trataba, para no cometerlo otra vez, pero la verdad es que me sentía estúpidamente inocente. El salón aún estaba vacío, sólo Schomberg andaba rondando por ahí con sus ojos grandes y una especie de curiosidad respetuosa y extrañada. Sin duda fue él quien hizo correr los rumores sobre mí, pero era un tipo de buen corazón y estoy convencido de que le apenaban mis problemas. Hizo lo que pudo por ayudarme, me alcanzó el cuenco pesado lleno de cerillas, enderezó una silla, alejó un poco con el pie una escupidera —como quien tiene atenciones frente a un amigo con problemas—, suspiró y, al fin, se cansó de mantener la lengua en su sitio.

—¡En fin, se lo advertí, capitán! Esto es lo que sucede cuando uno se enfrenta a alguien como Falk. Ese tipo no le teme a nada.

Me quedé inmóvil en mi silla y, después de observarme con mirada compasiva, me dijo en un áspero susurro:

—No hay duda de que es un bombón, esa chica lo es de verdad —chasqueó los labios con fuerza—, el bomboncito más fino que jamás he visto... —y lo decía regodeándose, pero por algún motivo se calló de golpe. Me imaginé arrojándole algo a la cara—, por esa razón no le culpo, capitán. Que me cuelguen si lo hago —terminó con un aire condescendiente.

—Gracias —contesté resignado; no tenía sentido seguir luchando contra aquel destino, ni yo mismo sabía con certeza dónde había comenzado el conflicto, en realidad, y la convicción de que sólo podía acabar en desastre había ido aumentando debido a los golpes que habían afectado a mi confianza. Empecé a otorgarle una importancia extraordinaria a factores que, en sí mismos, no tenían mayor peso, como si el chismorreo frívolo de Schomberg pudiera volverse cierto de golpe, o la enemistad abstracta de Falk pudiera paralizar mi barco en el puerto.

Ya he explicado las consecuencias fatales que podía tener esto último, y para explicar lo que hice a continuación me sirven como excusas mi juventud, mi escasa experiencia y mi preocupación real por la salud de mi tripulación. Mi reacción fue apenas un impulso. Ocurrió sobre la marcha y sin ningún tipo de diplomacia, sencillamente porque vi la figura de Falk en la puerta.

A esa hora el salón estaba lleno y animado. Todos me habían mirado con curiosidad cuando entré en el salón, pero no puedo describirles el estremecimiento que me produjo la aparición de Falk bloqueando la entrada. La tensión y la expectativa se podían medir por la profundidad del silencio que se impuso hasta en el choque de las bolas de billar. Schomberg parecía muy asustado, detestaba cualquier tipo de pelea en su local (las llamaba «gresca»). Afirmaba que la gresca era mala para el negocio, pero aquella noche la virilidad corpulenta y madura de Falk parecía más bien haber adquirido una disposición más bien tímida. No sé qué esperaba el resto; supongo que una especie de pelea entre machos o algo parecido; tal vez creían que Falk había ido para acabar conmigo de una vez. Lo cierto es que había ido porque Hermann le había pedido que recogiera su preciada sombrilla blanca de algodón que, con tanta preocupación y nervios, se había olvidado el día anterior en la mesa en la que habíamos tenido nuestra pequeña discusión.

Aquel olvido me dio una oportunidad, porque de otra forma no creo que hubiese salido a buscar a Falk. No. No creo. Todo tiene sus límites, pero aquello era una oportunidad y debía aprovecharla. Ya les he dicho por qué, sólo voy a agregar que para mí un capitán debe hacer todo lo que sea necesario, excepto cometer un crimen, para sacar a su tripulación enferma al aire benéfico del mar y asegurar la salida de su barco. Debe meterse el orgullo en un bolsillo, creer en todos los rumores, explicar su inocencia como si fuera un pecado, aprovecharse de los malos entendidos, de los deseos y de las debilidades de los demás, ocultar sus miedos igual que el resto de sus emociones y, si está involucrado el futuro de un ser humano (más aún si ese ser humano es una muchacha maravillosa) debe ser capaz de asumir ese destino, sea cual sea, sin pestañear. Yo hice todas esas cosas: di explicaciones, escuché, fingí, con discreción, y creo que nadie puede echarme nada en cara, ni siquiera la sobrina de Hermann. Tampoco Schomberg, ya que desde el principio y hasta el final, me alegra decirlo, no hubo ni la menor posibilidades de una «gresca».

Cuando logré sobreponerme a una contracción nerviosa en la garganta, grité:

—¡Capitán Falk!

Su sobresalto fue genuino, pero después reaccionó sin sonreír ni fruncir el ceño. Sencillamente esperó, y cuando le dije «Debo hablar con usted» y señalé una silla que tenía enfrente, vino hasta mi mesa, pero no se sentó. Schomberg se acercó prudentemente, sosteniendo un vaso largo en la mano, y entonces descubrí el único signo de debilidad en Falk. Schomberg le generaba la misma repulsión o el mismo temor físico que algunas personas sienten frente a los sapos. Tal vez para un hombre tan introvertido y silencioso (aunque en breve descubriría que sabía hablar muy bien), la locuacidad incontenible del otro —que abarcaba con su lengua a cuantos seres humanos pudiera alcanzar— resultaba algo antinatural, desagradable y monstruoso. Se le notaba la incomodidad, era tan evidente como la de los caballos cuando están a punto de encabritarse, y en un murmullo rápido, como si estuviera sufriendo, me dijo:

—Aquí no, no soporto a ese tipo. —Parecía listo para salir corriendo.

Su debilidad me dio una ventaja desde el principio.

—A la galería —sugerí como haciendo una gran concesión y le llevé fuera agarrándole del brazo.

Tropezamos con un par de sillas, luego sentimos un espacio abierto ante nosotros y nos llegó el aliento fresco del río; fresco, aunque rancio. Del otro lado de la enorme penumbra resplandecían los teatros chinos con apenas algunos parpadeos típicos en las ciudades de oriente por la noche; eran el centro de un alboroto distante. Enseguida me di cuenta de que Falk se volvía un poco más tratable, como un animal, un caballo de buen carácter cuando se aparta el objeto que lo amenaza. Sí, a pesar de la oscuridad, me di cuenta de que se volvía más tratable sin olvidar que era un hombre inflexible —más bien, digamos, tenaz—. Abandonado a mi mano, su brazo parecía duro como el mármol, una extremidad de acero. Del otro lado de las ventanas, los imbéciles de adentro se apiñaban, se apoyaban en las espaldas de quien tenían delante con los tacos de billar aún en las manos. Alguien rompió uno de los paneles y oímos el sonido de los vidrios al caer, que hacen pensar de inmediato en revueltas y devastación. Schomberg salió tambaleándose en un estado de miedo tal que ni siquiera había dejado su *brandy* con soda. Tiritaba como la hoja temblorosa de un álamo. Los cubitos de hielo en su vaso largo sonaban como el castañeteo de los dientes.

—Les ruego, caballeros —protestó un poco pesado—, ¡entren! Debo insistir...

¡Qué orgulloso me siento de la claridad mental que tuve entonces!

—¡Atención! —dije al instante en voz alta y un poco ingenua—. Alguien le ha roto una ventana, Schomberg. Por favor, ¿puede enviarnos un mazo de cartas y un par de velas con alguno de sus chicos? Y dos copas bien cargadas, por favor.

Recibir aquella orden lo calmó al instante. Después de todo era un hombre de negocios.

—Por supuesto —dijo con un tono de gran alivio.

Era una noche lluviosa con ráfagas de viento errante. Mientras esperábamos a que llegaran las velas, Falk dijo, como si intentara justificar su pánico:

—No me meto en los asuntos de nadie. No doy motivos para que hablen de mí por ahí. Soy un hombre respetable, pero ese tipo siempre anda inventando alguna mentira y no descansa hasta encontrar alguien que le crea.

Ésa fue mi primera pista respecto a Falk. Aquel deseo de dignidad, de ser como cualquier otro hombre, era lo único que valoraba de la sociedad. En todo lo demás parecía más bien el miembro de una manada que de una sociedad organizada. Su única preocupación era la supervivencia. No era egoísmo, sino puro instinto de conservación. El egoísmo supone una conciencia, una libertad de elección, la presencia de otros hombres, pero siguiendo a su instinto Falk actuaba como si fuera el último ser humano que tenía la obligación de mantener viva la ley de la supervivencia, como si fuera la última chispa del fuego sagrado. No digo que le hubiera gustado vivir desnudo en una caverna. Naturalmente, era un producto de las condiciones en las que había nacido y su instinto de conservación buscaba conservar también esas condiciones. En esencia, supongo que era algo mucho más simple, natural y poderoso. ¿Cómo explicarlo? Era la conservación de los cinco sentidos de su cuerpo, digamos, tanto de lo más obvio como de lo más esquivo. Creo que en breve estarán de acuerdo en que es una opinión muy justa, pero, mientras estábamos juntos en aquella oscura galería, yo todavía no sabía qué pensar y tampoco quería juzgarlo, ya que juzgar a alguien es casi siempre inútil. Las velas tardaban mucho en llegar.

—Como se imaginará —dije en un tono cómplice—, no es precisamente jugar a las cartas lo que deseo hacer con usted.

Vi cómo se frotaba la cara y el vago estremecimiento que provocaba aquel gesto impulsivo y sin sentido, pero él siguió esperando en silencio. Sólo abrió la

boca cuando trajeron las velas. Entendí que murmuraba algo como que no sabía jugar a ningún juego.

—Si simulamos una partida, Schomberg y los otros tendrán que mantenerse fuera —dije mientras abría la baraja—. ¿Sabe que para el resto del mundo usted y yo nos estamos peleando por una muchacha? Por supuesto que sabe a qué muchacha me refiero. Me avergüenza un poco preguntárselo, pero ¿acaso usted me honra al considerarme un rival peligroso?

Mientras decía esas palabras me daba cuenta de lo absurdas que eran, pero también me sentía halagado porque, de lo contrario, ¿qué otra explicación había? Su respuesta, dicha con el habitual tono de voz desapasionado, dejó claro que se trataba de eso, pero no era precisamente por considerarme un rival peligroso ante la muchacha. Era más bien ante Hermann. En cuanto a la pelea, al instante comprendí que había sido una palabra inapropiada. No había pelea. Uno no puede pelearse contra las fuerzas de la naturaleza, contra el viento que arroja nuestro sombrero al suelo y nos incomoda y nos humilla en una calle llena de gente. Falk no estaba peleando conmigo, como tampoco lo haría una roca que me cayera en la cabeza. Falk me cayó encima siguiendo la ley en la que creía, que en su caso no era la ley de la gravedad, como una piedra suelta, sino la ley de supervivencia, aunque sé que parece una explicación un poco ambigua. En un sentido estricto, él había vivido y podía seguir viviendo sin casarse, pero me dijo que le resultaba cada vez más difícil estar solo. Me lo contó con su voz baja y despreocupada, en apenas media hora habíamos logrado una gran confianza.

Me llevó más o menos el mismo tiempo convencerlo de que ni siquiera se me había pasado por la cabeza la posibilidad de casarme con la sobrina de Hermann. No se me podía ocurrir nada más curioso. La mayor dificultad para convencerlo era que el hombre estaba enamorado hasta tal punto que no concebía que alguien se mantuviera indiferente ante ella; estaba convencido de que cualquier hombre con dos ojos en la cara no podía evitar codiciar aquel magnífico cuerpo, y la profundidad de su convicción era evidente en el modo en el que me escuchaba absorto, sentado de costado a la mesa, mientras jugaba con un par de cartas que yo había repartido al azar. Cuanto más lo observaba, más me parecía comprender su espíritu. El viento hacía vibrar las luces y su rostro aparecía y desaparecía en tonos cobrizos, estaba quemado por el sol y llevaba los bigotes crecidos casi hasta los ojos. Observé la extraordinaria amplitud de sus pómulos, sus rasgos angulares, la frente amplia con una pendiente como de acantilado, desnuda hacia adelante y descubierta en las sienas. Nunca antes lo había visto sin su sombrero, pero aquella noche, como si se hubiese sentido acalorado por mi

animación, se lo había quitado y lo había apoyado cuidadosamente en el suelo. Había algo peculiar en la forma y disposición de sus ojos amarillos, que le daban a su mirada esa intensidad silenciosa y rebelde que lo caracterizaba, pero tras la mata de pelo descubrí una cara delgada, surcada por arrugas y desgastada, como se descubre la forma rugosa del tronco de un árbol detrás de su abundante maleza. Sus mejillas llenas de pelo estaban hundidas. Era la cabeza huesuda de un ermitaño cubierta por la barba de un capuchino y pegada a un cuerpo hercúleo, y con esto no me refiero a un cuerpo atlético; para mí Hércules no era un atleta, era un hombre fuerte pero vulnerable a los encantos de una mujer, y no le temía a la mugre. Igual que Falk, un hombre fuerte, extremadamente fuerte, así como la muchacha (no me queda más remedio que considerarlos juntos) era extremadamente atractiva debido al poder imperioso de la carne y de la sangre que se expresaba en sus formas, su tamaño, su actitud, es decir, por una evocación pura de los sentidos. Y Falk, preocupado por la respetabilidad, le tenía miedo a la lengua de Schomberg, pero se mantenía completamente inmune ante mis quejas. Fui tan lejos que hasta afirmé que prefería casarme con la fiel cocinera de mi madre (una señora vieja y querida) antes que con la sobrina de Hermann.

—Sí —llegué a decir con desesperación—, eso prefiero.

Pero él no vio nada raro en aquella idea, y en su quietud escéptica más bien parecía alimentar la idea de que, en cualquier caso, aquella cocinera estaba lejos, muy lejos. Debo agregar que justo antes yo había cometido el error de mencionar como prueba mi comportamiento cada vez que subía al Diana. Jamás había intentado acercarme a la muchacha ni hablarle, ni siquiera la había mirado de una manera evidente. Para mí estaba clarísimo, pero como su idea del cortejo parecía consistir precisamente en sentarse en silencio durante horas cerca del objeto amado, mis argumentos sólo aumentaron su desconfianza. Mirando hacia sus piernas extendidas soltó un gruñido, como si dijera: «Sí, sí, todo muy bien, pero yo no me lo trago».

Al final estaba tan desesperado que le dije:

—¿Por qué no se calma y aclara el asunto con Hermann? —Y añadí con una mueca de desprecio—: ¿No estará esperando que yo hable por usted, no?

A lo que él, subiendo un poco la voz, respondió:

—¿Lo haría?

Y por primera vez levantó la cabeza y me miró pasmado, incrédulo. Se movió tan rápido que no me quedaron dudas. Había tocado un resorte sensible. Noté que se abría una oportunidad para mí y no me lo podía creer.

—¿El qué? ¿Hablar con...? Bueno, sí, claro —avanzaba muy despacio, observándolo con atención porque, lo prometo, en ese instante aún tenía miedo de que fuera una broma—, aunque no podría hacerlo con la muchacha. Hablo alemán, pero...

Me interrumpió para asegurarme seriamente que Hermann tenía la mejor opinión de mí y entonces pensé que debía utilizar la mayor diplomacia posible. Apenas puse algunos reparos para dejar que él siguiera hablando. Falk se enderezó y, salvo por una evidente dilatación de sus pupilas —tanto que los iris de sus ojos quedaron apenas como dos estrechos círculos amarillos—, debo decir que el resto de la cara era incapaz de expresar ni la más mínima emoción.

—¡Sí, claro! Hermann le tiene la mayor...

—Levante sus cartas. Schomberg nos está espionando desde la ventana.

Y continuamos haciendo los movimientos de lo que podía ser una partida de canasta. El insoportable cotilla se retiró de inmediato, seguramente para contarle a los que estaban en el salón de billar que estábamos jugando a las cartas en la galería como locos.

Y si bien no estábamos apostando, lo cierto es que sí estábamos jugando, una partida en la que yo sentía que tenía las cartas ganadoras. Para que quede claro, en mi caso ganar significaba conseguir que me remolcara. Y él, comprendí, no tenía nada que perder. Nuestra confianza aumentó muy rápido y, antes de que habláramos mucho más, descubrí que el bueno de Hermann me había estado usando. Al parecer aquel sencillo y astuto teutón me había presentado a Falk como un rival. Y yo era tan ingenuo entonces que esa hipocresía me desconcertó.

—¿Se lo ha dicho con esas palabras? —pregunté indignado.

No, Hermann no lo había dicho así. Apenas lo había sugerido y por supuesto no hacía falta mucho para preocupar a Falk, que, en vez de declararse, había dado los pasos necesarios para alejar a la familia de mi influencia. Era muy sincero al respecto, tan sincero como una teja que se te cae en la cabeza; no había ni un rastro de hipocresía en ese hombre, y cuando lo felicité por la perfección de su estrategia, que había llegado hasta el punto de sobornar a Johnson para ponerlo en

mi contra, reaccionó con verdadera irritación. No lo había sobornado. Sabía que aquel hombre no haría ningún trabajo mientras tuviera unos centavos en el bolsillo para emborracharse y, naturalmente (así lo dijo él: «naturalmente»), le dio uno o dos dólares. Él era un marinero, dijo, por lo que podía anticipar los movimientos que otro marinero como yo se veía obligado a hacer; por otro lado, estaba seguro de que lo de Johnson no habría terminado bien. No habría sido una vergüenza para mí, pero me aseguró confiado que Johnson habría encallado mi barco unos tres kilómetros río abajo de la Gran Pagoda... Durante los últimos siete años no había subido ni bajado el río ni una sola vez.

A pesar de aquellas palabras, no tenía malas intenciones, de eso estaba seguro. Tal vez con esa reacción pretendía ganar un poco de tiempo. Rápidamente me comentó que había enviado una carta a una joyería, a una joyería muy buena en Hong Kong. Y que las joyas llegarían en uno o dos días.

—Muy bien —dije animado—, entonces todo aclarado. Lo único que debe hacer es entregárselas, decirle lo que siente y vivirán felices el resto de sus vidas.

Al parecer estaba de acuerdo en lo que se refería a la muchacha, pero bajó la mirada. Aún había inconvenientes. Por un lado, no le caía bien a Hermann, a pesar de que yo sólo tuviera palabras de elogio hacia él. Y con la señora Hermann sucedía lo mismo. No sabía por qué les caía tan mal y eso complicaba mucho las cosas.

Yo lo oí impasible, me sentía cada vez más conciliador, pero su discurso no me resultaba del todo transparente. Falk era uno de esos hombres que viven, sufren y sienten todo a través de una especie de niebla mental. Salvo cuando se refería a su fascinación por la muchacha y a sus ganas de formar con ella una familia, ahí era claro como la luz del día. Había tanto en juego que temía arriesgarlo todo en el acto azaroso de la declaración. Aunque, por otro lado, había algo más. Y teniendo a Hermann tan en contra...

—Entiendo —dije pensativo, mientras el corazón me latía acelerado por la excitación que me generaba mi astucia—. No me importa tantear a Hermann, es más, para demostrarle hasta qué punto estaba usted equivocado conmigo, estoy dispuesto a hacer cuanto pueda para ayudarle.

Emitió un breve suspiro y se restregó la cara, que de nuevo emergió huesuda y sin ningún cambio de expresión, como si sus tejidos se hubiesen anquilosado. Todo su ímpetu se concentraba en aquellas manos oscuras y enormes.

Estaba satisfecho, pero aún quedaba esa otra cuestión. ¡Y si había alguien en la tierra capaz de convencer a Hermann de que tomara una postura razonable era yo! Era un hombre de mundo y con bastante experiencia. El propio Hermann lo había admitido, y además era un marinero. Falk creía que sólo un marinero podía comprender ciertas cosas de otro marinero...

Hablaba como si Hermann hubiera estado viviendo toda la vida en una aldea rural y sólo yo, debido a mi experiencia, fuera capaz de mantener una posición indulgente y abierta respecto a ciertos incidentes. A eso me estaba llevando tanta diplomacia que, de pronto, empezaba a desagradarme.

—Falk —pregunté con brusquedad—, no me dirá usted que tiene por ahí otra esposa, ¿verdad?

El gesto de dolor e indignación con el que negó fue conmovedor. ¿No lo consideraba yo un hombre tan respetable como cualquier otro blanco que se ganaba honestamente la vida allí? Le dolían mis insinuaciones, y el tono bajo con el que dijo aquello sonó bastante afligido. Por un momento me sentí avergonzado, pero, más allá de mi prudencia, comenzaba a tener la sensación de que en verdad estaba en mis manos decidir el éxito de aquella propuesta matrimonial. Si fingimos con fuerza podemos llegar a creer en cualquier cosa —en cualquier cosa que nos convenga, claro—. Y yo estaba fingiendo muchísimo porque necesitaba que remolcaran mi barco a través del río de forma segura. Por estupidez o por objetividad no pude evitar mencionar el asunto de Vanlo.

—Usted no se comportó muy bien en aquel momento, ¿verdad? —fue lo que me animé a decir, porque la lógica de nuestros actos depende de impulsos oscuros e imprevisibles.

Sus pupilas dilatadas se apartaron de mi rostro y miraron hacia la ventana con una especie de furia temerosa. Del otro lado salían los continuos y rápidos sonidos del choque de las bolas de marfil, el murmullo jovial de las voces y la risa profunda y viril de Schomberg.

—Ese hotelero cotilla jamás dejará de contarlo, ¡jamás! —gritó Falk—. Bueno, ¡sí! Sucedió hace dos años: cuando llegó el momento crucial, no confié en Fred Vanlo porque no era marinero y además porque era un poco tonto. No podía confiar en él pero, para cerrar la discusión, le había dado la suma suficiente de dinero para que pagara todas sus deudas. Me sorprendió muchísimo ese detalle. Falk no era tan miserable después de todo. Mejor para la muchacha. Se quedó un

buen rato sentado en silencio, luego levantó una carta y mientras la observaba dijo:

—No debe pensar mal de mí. Fue un accidente. Tuve mala suerte aquella vez.

—Entonces, por Dios, no lo cuente.

Ni bien terminé de decir esas palabras, sentí que había dicho algo inmoral. Él negó con un movimiento de cabeza. Debía contarse. Creía que lo apropiado era que los familiares de la muchacha lo supieran. Pensé que seguramente si la señorita Vanlo no hubiese tenido treinta años ni hubiese estado tan afectada por el clima, a Falk le hubiera resultado mucho más fácil confiar en Vanlo, y entonces recordé la imagen de la sobrina de Hermann, sus formas espléndidas, su preciada juventud, su generosa fuerza. Con aquella vitalidad tan poderosa e intachable, sus formas juveniles debían parecerle llenas de vida, mientras que la pobre señorita Vanlo apenas podía cantar canciones sentimentales mientras acariciaba las teclas del piano.

—Pero ese Hermann me detesta, ¡lo sé! —gritó en su tono bajo con un súbito recrudescimiento de ansiedad—. Debo explicárselo. Es correcto que lo sepan. Usted también se lo diría.

Luego murmuró un comentario completamente misterioso sobre la necesidad de realizar algunos arreglos domésticos muy peculiares. Si bien sentí curiosidad, no quise oír sus confesiones, tenía miedo de que me diera alguna información que volviera odioso el rol de celestino que había asumido —por más irreal que fuera—. Yo sabía que podía tener a la chica con sólo pedir su mano y, reprimiendo las ganas de reírme en su cara, le expresé mi fe en que podría convencer a Hermann para que cambiara su opinión sobre él.

—¡Estoy seguro de que puedo convencerlo! —dije y él pareció muy satisfecho.

Nos pusimos de pie ¡sin que se dijera ni una palabra de mi remolque! ¡Ni una palabra! Habíamos superado las diferencias y el honor estaba salvado. ¡Ay, bendita sombrilla blanca de algodón! Nos dimos la mano, me contuve las ganas de ponerme a bailar de alegría allí mismo, y de pronto vi regresar a Falk con grandes zancadas a lo largo de la galería. Dijo dubitativo:

—Dígame, capitán, ¿tengo su palabra de honor? Usted... no se arrepentirá, ¿no?

¡Cielo santo! Qué susto me dio. En aquel tono dubitativo se escondía también algo desesperado y amenazante, qué bruto caprichoso, pero yo estuve a la altura de las circunstancias.

—Estimado Falk —comencé a mentir con un desparpajo y una desfachatez que me asombraron incluso en aquella época—, un gesto de confianza por otro gesto de confianza (aunque él en realidad no había hecho ninguno). Le cuento que yo también estoy comprometido con una muchacha encantadora en mi país, por lo cual comprenderá...

Cogió mi mano y me la estrujó en un apretón.

—Discúlpeme. Cada vez me cuesta más vivir solo...

—Y comiendo apenas arroz y pescado —le interrumpí sin demora, riéndome con el nerviosismo de quien acaba de superar un gran peligro.

Me soltó la mano como si de pronto se hubiera puesto al rojo vivo. Entre nosotros se abrió un instante de profundo silencio como si hubiera sucedido algo extraordinario.

—Le prometo que lograré el consentimiento de Hermann —dije por fin un poco vacilante, y me pareció que él notaba el fondo de mi engañosa promesa—. Si hay algún otro problema, intentaré ayudarle —agregué, sintiéndome de alguna manera derrotado, acabado—, pero usted también debe dar lo mejor de sí.

—Ya tuve mala suerte una vez —murmuró sin ninguna emoción, y se alejó dándome la espalda, golpeando lentamente el suelo de madera como si llevara botas de hierro.

Sin embargo, a la mañana siguiente se lo veía de lo más animado realizando sus tareas de hombre barco, una combinación de salpicaduras y gritos, del tumulto insolente de abajo con la mirada firme y autoritaria de la cabeza silenciosa arriba. Sin que hubiera ninguna necesidad, nos remolcó a cualquier hora, pero eran cerca de las once cuando me dejó casi a un cable de distancia del barco de Hermann. También lo hizo a toda prisa, de mala manera, casi se pasa de largo la zona buena para fondear porque, evidentemente, vio que la sobrina de Hermann aparecía en la proa. Yo también la vi, tal vez al mismo tiempo que él. Vi la belleza modesta y elegante de su cabellera rubia oscura, y la forma gris y abultada del vestido juvenil estampado que le quedaba tan bien, tan ceñido al cuerpo, la seducción de sus curvas firmes como si fuera la propia Diana la Cazadora. El Diana permanecía allí,

con sus amuras altas y sólidas como una institución sobre las aguas tranquilas; parecía la embarcación más sosa y respetable del ancho mar, la más útil y grotesca, dedicada a sostener virtudes domésticas como cualquier tienda en tierra firme. Falk se alejó a todo vapor porque tenía otros trabajos pendientes. Regresaría por la noche.

Pasó a nuestro lado muy despacio, sin saludar. El sonido de las paletas redondas reverberaba entre los islotes de piedra como si atravesara las paredes en ruinas de un gran circo romano, parecía que iba llenando el fondeadero con los aplausos de una ovación poderosa y rítmica. Cuando estuvo frente al barco de Hermann apagó los motores y entre las rocas, la orilla y el mar se extendió un silencio profundo que duró el tiempo que le llevó a Falk levantar su sombrero bien alto frente a la ninfa del vestido estampado gris. Yo miraba todo con mis prismáticos, y puedo decirles que a ella no se le movió ni un pelo, se quedó de pie junto a la barandilla, erguida con su figura bien formada y agarrando con una mano una cuerda a la altura de la cabeza, mientras el remolcador pasaba lentamente con aquel hombre haciéndole un homenaje insistente y profundo. Me pareció una escena de una importancia innegable; había presenciado una declaración solemne. La suerte estaba echada. Después de aquel gesto ya no podía dar marcha atrás. Comprendí que tampoco yo podría hacer gran cosa. El remolcador se alejó de las ruinas a toda velocidad, soltando de pronto una ráfaga de humo negro por su chimenea y girando enloquecidamente las paletas, lo que provocó una explosión extraña y precipitada de aplausos. Los islotes rocosos se extendían sobre el mar como las ruinas ciclópeas sobre una planicie; ciempiés y escorpiones acechaban debajo de las piedras. No se veía ni una sola hebra de hierba en ningún lugar, ni un solo lagarto tomando el sol en una roca en la orilla. Cuando volví a mirar el barco de Hermann, la chica había desaparecido. En el cielo inmenso no se veía ni la más pequeña mancha de un pájaro, y la llanura de la tierra se unía a la llanura del cielo en la desnuda línea del horizonte.

Aquel escenario enmarca de manera inseparable todo lo que sé de Falk. Mi diplomacia me había llevado hasta allí y ahora todo lo que tenía que hacer era esperar el momento adecuado para asumir mi papel de embajador. Mi diplomacia era todo un éxito: mi barco estaba a salvo y el viejo Gambрил tal vez se salvaría. El sonido de un leve martillar llegaba intermitentemente del Diana. A lo largo de la tarde, de vez en cuando miraba hacia el viejo barco hogareño, el fiel hogar de la familia de Hermann, o bostezaba observando a lo lejos el templo de Buda que se levantaba como una eminencia solitaria en la llanura, donde sus rapados sacerdotes estarían reflexionando sobre la aniquilación del deseo, de todas nuestras anheladas recompensas. ¡Desgraciado! Decía que ya tuvo mala suerte una

vez. Bueno, por cómo estaban las cosas tampoco era para tanto. Pero ¿cuál fue exactamente su desgracia? Recordé haber conocido a un hombre que declaraba que muchos años antes había caído en desgracia y que aquella desgracia, a pesar de sus resultados evidentes (por lo visto el hombre estaba en la ruina total), cuando se analizaba con frialdad, parecía más bien un abuso de confianza. ¿Podía ser algo así? Más allá de lo improbable que era que se decidiera a contárselo a su futuro tío político, yo tenía la extraña sensación de que la constitución física de Falk lo inhabilitaba para ese tipo de actos violentos. Al igual que la sobrina de Hermann irradiaba aquel profundo atractivo físico, la gran contextura de su admirador encarnaba para mí la imagen de masculinidad fuerte y franca que probablemente podía llegar a matar, pero que jamás se prestaría al engaño. Era obvio. Lo contrario sería tan absurdo como sospechar que la chica sufría de desviación de columna. Por lo demás, el sol estaba a punto de ponerse.

El humo del remolcador de Falk apareció a lo lejos en la desembocadura del río. Había llegado el momento de convertirme en embajador y la negociación no debía ser muy difícil si lograba mantener mi expresión impassible. Todo era demasiado absurdo y falto de sentido, y me pareció que lo mejor para mí sería mantener un aspecto serio. Lo practiqué un poco mientras nos acercábamos, pero la timidez que me invadió por dentro en cuanto puse un pie en el Diana me pareció inexplicable. Ni bien terminamos de saludarnos, Hermann me preguntó con impaciencia si sabía si Falk había encontrado su sombrilla blanca.

—Se la traerá él mismo —dije con gran solemnidad—. Mientras, me ha encargado que le dé un mensaje muy importante, y ruega que lo medite con la mayor consideración. Está enamorado de su sobrina...

—*Arch so!*^[18] —dijo entre dientes con un rencor que hizo que mi seriedad se transformara en genuina preocupación. ¿Qué significaba aquel tono? Me apuré a continuar:

—Desea declararse a la muchacha y proponerle matrimonio de inmediato, antes de que se marchen, si usted se lo permite por supuesto. Hablará con el cónsul.

Hermann se sentó y comenzó a fumar con irritación. Pasó cinco minutos en esa meditación furiosa y luego, quitándose la pipa de la boca, estalló en una acalorada diatriba contra Falk: contra su codicia, su estupidez (un tipo al que costaba sacarle un «sí» o un «no» ante la más estúpida pregunta), contra la manera violenta en que lo había sacado del puerto (porque sabía que todos estaban a su

merced) y contra su manera de caminar, que para él, Hermann, mostraba su despreciable orgullo. Por lo visto, aún no olvidaba los daños que le había causado al viejo Diana, y todo lo que Falk había hecho o dicho (incluso el acercamiento en el hotel) le parecía una ofensa. «Tuvo la cara» de arrastrarlo (a él, a Hermann) a aquel salón del hotel, como si pagarle una copa compensase los cuarenta y siete dólares con cincuenta céntimos de costos de roturas sólo en madera, sin contar los dos días de trabajo del carpintero. Por supuesto, no pensaba interferir en la voluntad de la chica. Sólo pensaba regresar a Alemania, donde había muchas otras chicas pobres.

—Falk está realmente enamorado —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Sí —gritó—, ya era hora de que se declarara, después de provocar tantas habladurías sobre él y sobre nosotros en tierra, tras mi viaje anterior y de nuevo ahora: subía al barco todas las noches, inquietaba a la chica y luego no le decía nada. ¿Qué manera de comportarse es ésta?

Los siete mil dólares a los que el tipo hacía siempre referencia no justificaban, en su opinión, aquel comportamiento. Además nadie los había visto. Él (Hermann) llegaba a dudar muy seriamente de que hubieran siquiera siete mil céntimos, y sin duda el remolcador estaba hipotecado hasta la chimenea por la empresa de los Siegers. Pero prefería olvidarse de eso, no iba a interferir en el deseo de la muchacha. Se la veía tan afectada que últimamente tampoco les resultaba muy útil. Ya casi ni siquiera podía acostar a los niños sin su tía. No era bueno para los niños, tampoco; se estaban volviendo revoltosos; ayer sin ir más lejos había tenido que darle un bofetón a Gustav.

Por lo visto, también culpaba a Falk de eso. Y mientras observaba la cara pesada, hinchada y amable de mi querido Hermann, supe que no iba a esforzarse por disimular su enorme irritación y que, por lo tanto, le daría una paliza, pero, al estar tan gordo, le costaría tener que hacerlo. Lo más difícil de comprender era cómo había hecho Falk para afectar tanto a la chica. Tal vez Hermann lo sabía, aunque lo cierto es que también lo había logrado con la señorita Vanlo. No debía de ser gracias a su gran conversación, ni al sutil atractivo de sus modales, ya que no tenía más «modales» que un animal; debía de ser, por lo tanto, por su atractivo físico, que mostraba una virilidad tan exagerada como su barba y proyectaba una especie de crueldad constante que se notaba hasta en el modo de sentarse. No buscaba ofender, pero su manera de relacionarse se caracterizaba por un franco desprecio a las susceptibilidades de los demás, que cualquier hombre de más de dos metros que vivía en un mundo de enanos asumiría de manera natural, sin la

más mínima intención de ser cruel. Pero aun entre hombres de su misma estatura, o parecida, aquel descarado aprovechamiento de sus ventajas —en cuanto a las espantosas tarifas de remolque, por ejemplo— provocaba un impotente rechinar de dientes. Pensándolo bien, Falk podía llegar a ser terrible. Era una bestia muy extraña. Y tal vez eso le gustaba a las mujeres. Visto así, bien valía la pena intentar domarlo, y supongo que toda mujer se considera en el fondo de su corazón una domadora de bestias extrañas. Hermann se puso de pie, apurado por comentarle la novedad a su mujer. Apenas tuve tiempo para agarrarle de los bolsillos traseros de los pantalones antes de que entrara a la cabina. Le rogué que esperara a que Falk hablara con él en persona. Me parecía que aún quedaban algunos detalles que conversar.

Volvió a sentarse de inmediato, lleno de sospechas.

—¿Qué detalles? —preguntó con hosquedad—. Ya he tenido bastante de sus estupideces. No hay nada más que aclarar, como él bien sabe la chica no tiene nada. Cuando mi hermano murió, vino a nuestra casa apenas con un vestido, y yo tengo una familia numerosa.

—No debe tratarse de ese tipo de cuestiones —opiné—; está enamorado con desesperación de su sobrina. No sé por qué no se declaró antes. Le doy mi palabra, sospecho que no lo hizo porque tenía miedo de perder, tal vez, la felicidad de sentarse cerca de ella en su alcázar.

Insinué mi creencia de que su amor era tan grande que en cierta manera lo volvía un cobarde. Los efectos de una pasión así son incomprensibles. Se sabía que podían volver tímido a un hombre, pero Hermann me miraba como si yo estuviera alabando sus estupideces con entusiasmo.

—Usted no cree en la pasión, ¿verdad, Hermann? —pregunté osadamente—. Pero un miedo apasionado puede volver valiente a una rata encerrada. Falk está acorralado. Se llevaría a su sobrina apenas con un vestido, como usted la encontró. Y después de diez años de trabajo, no es un mal negocio —agregué.

Lejos de tomárselo como una ofensa, recuperó su aire de corrección cívica. La noche caía muy rápido sobre él mientras miraba plácidamente la cubierta, se acercaba la boquilla curva montada a un extremo de la pipa y luego la alejaba largando un chorro de humo. La noche terminó de envolverlo y ocultó sus bigotes, sus ojos saltones, su cara pálida e hinchada, sus gordas rodillas y las enormes zapatillas planas que llevaba en sus pies tan paternales. Sólo quedaron al

descubierto los brazos cortos en respetables mangas de camisa blanca, alzadas como las aletas de una foca que descansa sobre la arena.

—Falk no quiso acordar nada respecto a las averías. Me dijo que primero calculara cuánta madera sería necesaria y que ya vería —comentó, luego escupió tranquilamente en la oscuridad y entonces oímos el golpeteo de las paletas del remolcador sobre la superficie del agua. En medio de la noche tranquila nada sugiere una prisa más feroz y acelerada que el sonido producido por las paletas de un barco rastrillando su camino en el mar en calma. Falk parecía acercarse a su destino apremiado por un deseo impaciente y febril. Los motores debían estar al máximo de sus revoluciones. Al fin oímos cómo disminuía la velocidad y el casco blanco del remolcador apareció frente a nosotros como una nebulosa moviéndose entre los islotes negros, mientras nos rodeaba el aplauso lento y rítmico como de miles de manos. Se detuvo de golpe justo antes de que Falk terminara de acercarlo. Sonó una única salpicadura brusca y luego el estruendo prolongado de los eslabones de hierro pasando por el escobén. Entonces un silencio solemne llenó el fondeadero.

—Pronto estará aquí —murmuré y lo esperamos en silencio. Levanté los ojos y contemplé el brillo de un cielo noble sobre el tope del mástil del Diana. La miríada de estrellas estaban agrupadas en hileras, en líneas, en masas, en grupos, brillaban todas a la vez, al unísono y las pocas que estaban apartadas, resplandecientes por sí mismas en medio de manchas oscuras, parecían de una especie superior, de una naturaleza inextinguible. Entonces oímos pasos de largas zancadas acercándose con prisa por la cubierta, las bordas altas del Diana profundizaban la oscuridad. Nos pusimos de pie rápidamente y Falk, todo vestido de blanco, apareció ante nosotros y se quedó quieto.

Al principio nadie dijo nada, como si no supiéramos qué hacer. Había llegado un poco exaltado, pero su voluminoso cuerpo blanco, de formas indefinidas y sin rasgos particulares, lo hacía alzarse sobre nosotros como un muñeco de nieve.

—El capitán me ha estado comentado... —comenzó a decir Hermann con una voz amigable y de estar por casa, y Falk emitió una risa nerviosa y casi imperceptible. Su tono despreocupado y apático no tenía inflexiones, pero una poderosa emoción lo hacía divagar en su discurso. Siempre había deseado formar un hogar. Le costaba vivir solo y no se sentía culpable por esto. Se consideraba un hombre casero. Había sufrido dificultades, pero desde que vio a la sobrina de Hermann comprendió que le resultaría imposible continuar viviendo sin ella.

—Realmente imposible —repitió sin ningún énfasis en la voz, sino apenas con una mínima pausa en el discurso; aquellas palabras resonaron en mí con la fuerza de una idea novedosa.

—Todavía no le he dicho nada a ella —aclaró Hermann con discreción, pero Falk desestimó el hecho diciendo:

—Está bien. Sin duda es lo más apropiado.

En circunstancias así era imprescindible ser absolutamente sincero, más aún tratándose de acuerdos matrimoniales. Hermann parecía atento, pero aprovechó la primera ocasión que tuvo para llevarnos al interior de su camarote.

—Por cierto, Falk —dijo con inocencia, como de pasada—, el arreglo de la madera no será menos de cuarenta y siete dólares con cincuenta céntimos.

Falk se descubrió la cabeza y se quedó en el pasillo.

—Hablémoslo en otro momento —dijo, y Hermann me dio un codazo con rabia, no sé por qué.

La chica estaba sentada sola en el camarote, hacía sus labores de costura un poco alejada de la mesa. Falk se detuvo en la puerta. No dijo ni una palabra, no hizo ni una señal, ni siquiera inclinó la cabeza huesuda. Parecía estar poniendo a disposición de ella todo su cuerpo hercúleo apenas con la intensidad de su mirada silenciosa. Ella apoyó las manos lentamente en su regazo y levantó los ojos claros y lo recorrió con su mirada suave y resplandeciente de la cabeza a los pies, como una caricia lenta y sutil. Falk estaba muy acalorado cuando se sentó. Ella siguió cosiendo con la cabeza inclinada, se le notaba el cuello muy blanco bajo la luz de la lámpara y Falk, cubriéndose la cara con las manos, se estremeció. Bajó las manos hasta la barba y me asombraron sus ojos por la expresión tensa e irracional que tenían, como si acabara de beber un cargado trago de alcohol. La expresión se desvaneció mientras nos pedía que mantuviéramos el secreto. No es que le importara demasiado, pero no le gustaba que la gente anduviera hablando de él. Miré a la impresionante muchacha, su pelo maravilloso y señorial ajustado en aquella trenza extraordinaria y femenina. Cada vez que movía su moldeada cabeza, la trenza se mecía rígida de un lado a otro en la espalda. Las delicadas mangas de algodón se apretaban a la irreprochable redondez de sus brazos como una segunda piel e incluso el vestido, estirado sobre el busto, parecía palpitar como un tejido vivo, con la fuerza y la vitalidad que animaban su cuerpo. ¡Qué tez

tan buena y qué contorno el de sus suaves mejillas y el de las pequeñas conchas de su orejas rosadas! Cuando tiraba de la aguja separaba el meñique del resto de los dedos; al verla coser uno pensaba que era un desperdicio de energía —y siempre estaba cosiendo con aquel movimiento laborioso y preciso del brazo, eternamente sobre cualquier océano, bajo todos los cielos, en muchísimos puertos—. De pronto oí la voz de Falk declarando que no podía casarse con una mujer sin antes contarle un episodio de su vida que había sucedido diez años atrás. Había sido un accidente. Un desafortunado accidente que podía afectar las cuestiones del hogar pero que, una vez dicho, no era necesario volver a mencionar en lo que les quedara de vida.

—Me gustaría que mi esposa me comprendiera —dijo—, porque es algo que me ha hecho muy infeliz. ¿Y cómo podía guardar el secreto durante años y años de compañía?, nos preguntó. ¿Qué tipo de matrimonio sería ése? Lo había pensado mucho, lo había pensado bien, su esposa debía saberlo. ¿Por qué no decírselo desde el principio? Contaba con la bondad de Hermann para presentar el asunto de la mejor manera posible, y la expresión de Hermann, que antes tenía un aspecto de desconcierto, se descompuso. Falk me lanzó una mirada inquisitiva y yo negué sin expresión. Falk continuó diciendo que algunas personas pensaban que ese tipo de experiencias podían cambiar a un hombre de por vida. Él no podía decirlo. Había sido muy difícil, duro y jamás podría olvidarlo, pero no se consideraba peor hombre que antes. A veces hablaba de aquello en sueños y creía que... En ese punto comencé a pensar que había matado a alguien accidentalmente, tal vez a algún compañero, o incluso a su propio padre. Pero entonces dijo que a lo mejor nosotros estábamos al tanto de que él jamás comía carne. Para que yo pudiera entenderlo, habló desde el principio en inglés.

Se inclinó hacia delante con fuerza.

La chica enhebraba una aguja con las manos levantadas a la altura de los ojos. Él la miró y la sombra de su poderoso tronco se extendió sobre la mesa, acercando sus hombros anchos, el cuello grueso y la cabeza incongruente de un ermitaño bronceado en el desierto, demacrada y delgada como si hubiera sufrido vigiliias y ayunos en exceso. Su barba caía imponente por el espacio que dejaban sus manos morenas agarradas al borde de la mesa hasta quedar fuera de vista, y su mirada tenaz parecía ensombrecerse por la amplia dilatación de las pupilas, como si estuviera hipnotizado.

—Imagínense —dijo con su habitual tono de voz— que he comido carne humana.

Yo apenas pude articular un débil «¡Ah!», como si eso fuera una explicación suficiente, pero Hermann, aturdido por el golpe, exclamó:

—*Himmel!* ¿Por qué?

—Tener que hacerlo ha sido mi mayor desgracia —dijo Falk en voz baja y atenta. La chica seguía cosiendo maquinalmente. La señora Hermann estaba en uno de los camarotes sentada junto a Lena, que tenía fiebre, y Hermann levantó de golpe las manos. Se le cayó el gorro bordado y, en un abrir y cerrar de ojos, se desarregló completamente el pelo de la manera más absurda. Trató de decir algo, pero cada vez que lo intentaba los ojos parecían salirse de sus órbitas, su cabeza parecía un trapeador. Se atragantaba, se quedaba sin aliento; tragaba y apenas pudo gritar una única palabra:

—¡Bestia!

Desde ese instante, y hasta que Falk dejó la cabina, la chica no le quitó los ojos de encima, con las manos unidas sobre el regazo donde tenía su labor. Los propios ojos de Falk, cegados como su corazón, recorrieron todo el camarote intentando evitar la visión de Hermann desvariando. La situación era ridícula y empeoraba aún más por la quietud del resto de los presentes. La reacción de Hermann era lamentable, y se agravaba aún más por el horror que le causaba un gesto de sinceridad tan atroz como el que le hacía Falk, que se había acercado hasta él con una confesión como aquella. Caminaba dando grandes zancadas, resoplaba. Quería saber cómo se atrevía a presentarse y contarles eso. ¿Cómo se creía digno de sentarse en la cabina donde vivían su esposa y sus hijos? ¡Y quería contárselo a su sobrina! ¡A la hija de su hermano! ¡Qué descaro! ¿Había yo oído algo semejante alguna vez?, me preguntó.

—Este hombre tendría que retirarse y mantenerse escondido en vez de salir...

—Pero ha sido una desgracia para mí... la peor desgracia... —exclamaba Falk cada tanto.

Hermann volvía a tropezar cada tanto con las esquinas de la mesa. Al final perdió una de sus zapatillas, cruzó los brazos en el pecho y se acercó mucho a Falk con un pie desnudo para preguntarle si creía que había alguna mujer en el mundo que se sintiera tan abandonada como para casarse con semejante monstruo. ¿Eso creía? ¿Lo creía de verdad? ¿Lo creía? Intenté contenerlo, pero se soltó con fuerza,

encontró su zapatilla y, tratando de ponérsela, luchó con un pie apoyado en la otra pierna mientras Falk, con el gesto impávido y la mirada perdida, tomó su poderosa barba con la palma de una de sus amplias manos.

—¿Entonces lo correcto hubiera sido dejarme morir? —preguntó pensativo. Apoyé una mano en su hombro.

—Márchese —le susurré al oído, y no tenía ninguna razón para darle ese consejo más que lograr que Hermann abandonara aquel intolerable alboroto—. Vamos, será mejor que se marche.

Miró inquisitivamente a Hermann antes de empezar a moverse. Yo también salí de la cabina para ver que se marchaba del barco, pero en realidad se quedó dando vueltas por el alcázar.

—Es mi desgracia —dijo con voz firme.

—Ha sido una estupidez por su parte decirlo de esa forma. Uno no escucha ese tipo de confesiones todos los días.

—¿Pero qué pretende ese hombre? —murmuró con un tono bajo y profundo—. Alguien tenía que morir, ¿por qué iba a ser yo?

Se quedó inmóvil un buen rato en la oscuridad, en silencio, casi invisible. De golpe me tomó de los codos y los apretó con fuerza contra mis costados. Me sentí completamente impotente bajo su fuerza. Su voz vibró cuando me susurró al oído:

—Es peor que sentir hambre. ¿Sabe a lo que me refiero, capitán? En aquellas circunstancias, mataba o me mataban. Ojalá la palanca de hierro me hubiera aplastado el cráneo hace diez años. Ahora tengo que seguir viviendo sin ella. ¿Lo entiende? Tal vez me queden muchos años, además. ¿Qué puedo hacer? Si la hubiese mirado una vez ahí dentro, la habría terminado raptando ante ese hombre con mis manos, así...

Sentí que me desclavaba de la cubierta y luego me soltaba de golpe. Di unos pasos hacia atrás tambaleándome, un poco aturdido y magullado. ¡Qué hombre! Luego todo quedó inmóvil, se había marchado. Oí los gritos de Hermann en la cabina y entré.

Al principio no entendí qué estaba sucediendo. La señora Hermann, atraída por el ruido, se había acercado en algún punto con una expresión en el rostro que

iba de la sorpresa a la leve desaprobación, y ahora mostraba todos los signos de una ansiedad profunda, desesperada. El marido le soltó una serie de frases con palabras guturales y al instante ella apoyó una mano en la mampara, como si quisiera atajarse para no caer, y con la otra agarró la pechera suelta de su vestido. Hermann amonestaba de una manera impresionante a las dos mujeres, tenía casi toda la camisa por fuera de la cintura del pantalón, daba golpes con los pies, miraba a una y después a la otra, levantaba los brazos por encima del pelo despeinado y los dejaba en esa posición mientras vociferaba acusaciones y luego los cruzaba sobre el pecho y volvía a protestar indignado, levantando los hombros y adelantando la cabeza. La chica lloraba.

No había cambiado de actitud. De sus ojos, que al marcharse Falk habían quedado fijos mirando con nostalgia la puerta de la cabina, caían ahora lágrimas veloces y gruesas sobre sus manos y sus labores, apoyadas en el regazo, lágrimas cálidas y amables como la lluvia de verano. Lloraba sin hacer muecas ni sonidos — de una manera muy conmovedora y tranquila, con algo más de lástima que de dolor en el rostro, como se llora cuando se llora por compasión y no por sufrimiento— y Hermann, ante ella, gritaba. Varias veces llegué a oír la palabra *mensh* («hombre»). Y también la palabra *fressen*, que más tarde busqué en mi diccionario. Significa «devorar». Al parecer, Hermann esperaba que ella le diera algún tipo de respuesta, se inclinaba con todo el cuerpo. Ella permanecía callada e inmóvil. Hasta que al final la agitación de su tío logró vencerla, juntó las palmas de las manos y abrió los labios carnosos, pero no emitió ningún sonido. Hermann continuó regañándola con su voz estridente, moviendo los brazos como un molino de viento. De repente sacudió su puño grueso frente a ella y la chica estalló en sollozos. Hermann se quedó atónito.

La señora Hermann se acercó apresurada, balbuceando. Las mujeres se abrazaron por el cuello y la tía, agarrándola de la cintura, la sacó de allí. Los ojos de la propia señora Hermann no paraban de llorar, tenía toda la cara empapada. Me miró y negó con la cabeza. No tengo la menor idea de por qué hizo eso. La chica apoyó pesadamente la cabeza en el hombro de su tía y las dos desaparecieron.

Hermann se sentó y miró fijamente el suelo de la cabina.

—No sabemos en qué circunstancias sucedió aquello —dije, arriesgándome a romper el silencio. Me contestó con aspereza que tampoco quería saberlo. Según su modo de ver las cosas, ninguna circunstancia podía justificar un crimen, y mucho menos ese tipo de crimen. Así opinaba él. Un ser humano debía dejarse

morir de hambre en circunstancias como éstas, y por lo tanto Falk era una bestia, un animal. Básico, bajo, vil, despreciable, insolente y mentiroso, le había estado engañando todo aquel año. Sin embargo, creía que Falk debía de haberse vuelto loco hacía poco, porque ninguna persona en su sano juicio, sin que hubiera ninguna necesidad, totalmente en vano (porque no había razón alguna en el mundo), admitiría frente a otra persona que había devorado carne humana, afectando con la confesión su dignidad y su paz interior.

—¿Por qué lo ha contado? —gritó—, ¿quién le ha pedido que lo contara? — Aquello mostraba la crueldad de Falk, porque, de manera egoísta, le había causado (a él, a Hermann) una gran molestia. Hubiese preferido no saber jamás que un sujeto tan inmoral había estado en contacto con sus hijos. Esperaba que yo no contara nada en tierra firme. No quería que se supiera por ahí que él había tenido un trato amistoso con un hombre que comía hombres, un vulgar caníbal. En cuanto a la escena que había montado (para mí, de lo más innecesaria), no pensaba molestarse ni reprimirse frente a un tipo que andaba por ahí cortejando y entristeciendo a muchachas, cuando en el fondo sabía que ninguna chica decente y de familia podía siquiera considerar la idea de casarse con él. Al menos él (Hermann) no entendía que alguna muchacha lo hiciera.

—¡Imagínese a Lena! —No, era imposible. Las cosas que iban a pensar cada vez que se sentaban a la mesa—. ¡Un espanto! ¡Un espanto!

—Está siendo demasiado escrupuloso, Hermann —dije.

Pero para él era correcto ser escrupuloso si eso significaba sentir repugnancia por la conducta de Falk, y levantando los ojos como un sentimental, me llamó la atención sobre el horrible destino de las víctimas —las víctimas de Falk—. Le dije que no sabía quiénes eran. Pareció sorprendido. ¿Acaso nadie podía imaginarlo sin saberlo? A él, por ejemplo, le gustaría vengarlas.

—¿Y si no hay víctimas? —le pregunté—. Podrían haber muerto de causa natural. O de hambre.

Se estremeció. ¡Ser comido después de la muerte! ¡Ser devorado! Volvió a estremecerse y me preguntó de golpe:

—¿De verdad cree que ha hecho eso?

Su personalidad, potenciada por su indignación, podía llegar a cuestionar hasta las cosas más auténticas. Cuando lo miré dudé un poco, pero recordé las

palabras de Falk, las miradas y los gestos que había realizado no sólo con una marcada autenticidad, sino también con la fuerza rotunda de una pasión primitiva.

—Es tan cierto como quiera, y tendrá el sentido que le dé. Por mi parte, cuando le oigo gritar al respecto, Hermann, no creo que sea cierto en absoluto.

Y lo dejé allí, pensativo. Los hombres de mi tripulación, que estaban echados junto a la escalera que nos unía al Diana, me dijeron que la canoa del capitán del remolcador se había marchado hacía ya un buen rato.

Dejé que mis hombres estuvieran a su aire. El rocío espeso y el brillo claro de las estrellas me daban la impresión de frío y humedad. Había en mis pensamientos una sensación como de espanto macabro al acecho, que se mezclaba con las imágenes nítidas y grotescas producto del cotilleo gastronómico de Schomberg, y casi deseaba no volver a ver a Falk nunca más. Pero lo primero que me dijo el vigilante era que el capitán del remolcador estaba en el barco. Había enviado su canoa vacía y me esperaba en el camarote.

Se había estirado en el sofá de la popa con la cara enterrada en los cojines. Esperaba verlo trastornado, conmovido, desesperado, pero no fue así en absoluto. Estaba como lo había visto docenas de veces en el puente del remolcador: inalterable y con la mirada fija, inmóvil y ansioso como si fuera presa de un único instinto.

Quería vivir. Siempre había deseado la vida, igual que todos nosotros. La diferencia era que para el resto ese instinto se sometía a ideas complejas, mientras que para él el instinto tenía una fuerza autónoma. En esa visión sencilla radicaba su colosal fuerza, como el *pathos* del deseo ingenuo y sin control de un niño. Deseaba a aquella chica, y lo máximo que puede decirse es que sólo deseaba a aquella chica en particular. Creo que ahí comprendí el principio oscuro, la semilla que había germinado en el suelo de una necesidad inconsciente, el primer brote del árbol que hacía brotar ahora, en el adulto, la flor y el fruto, la sucesión infinita de tonos y sabores del amor refinado. Falk era un niño. Además tenía la misma honestidad que los niños. Deseaba a la chica, la deseaba muchísimo, igual que antes había deseado comida.

No se perturben si les digo que para mí se trataba de la misma necesidad, el mismo dolor, la misma tortura. En su historia podemos observar el nacimiento de todas las emociones: la alegría de vivir y la tristeza única que es la raíz de innumerables tormentos. Quedó claro en todo lo que dijo: nunca en la vida había

sufrido tanto. Era un sufrimiento corrosivo, como el fuego. ¡Así se sentía! Y después de señalar un punto debajo del esternón, hizo un movimiento nervioso con las manos. Les aseguro que, viéndolo como lo vi yo aquella noche, Falk era de todo menos gracioso y otra vez, mientras me contaba un incidente anterior al viaje horroroso en el que había tenido que arrojar al mar carne en mal estado, me dijo que muy poco después le dolió el corazón (utilizó esa expresión), y que estuvo a punto de arrancarse los pelos al recordar toda la carne podrida que había tirado por la borda.

Oí todo lo que tenía que decirme, fui testigo de su lucha física, lo vi doblarse de dolor y oí las palabras honestas de su sufrimiento, presencié todo con paciencia porque, ni bien entré al camarote, Falk me pidió que lo ayudara —y al parecer, a eso me había comprometido con toda mi diplomacia.

Sus nervios, dentro de la pequeña cabina, eran impresionantes, y asustaban como los movimientos tortuosos de una ballena anclada en una caleta poco profunda en la costa. Se puso de pie, se dejó caer de bruces e intentó rasgar el cojín con los dientes. Luego, refregándose en la cara con fuerza, se echó de espaldas sobre el sofá. Parecía que el barco entero podía sentir los efectos de su desesperación mientras yo contemplaba maravillado su frente alta, el toque noble que había impreso el tiempo en sus sienes desnudas, la expresión masculina e invariable en su cara.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Se había sentido vivo porque la tenía cerca. Se había sentado todas las tardes... Yo lo sabía. Y ahora toda su vida... Ella cosía con la cabeza inclinada así... y los brazos, sus brazos... ¡Ah! ¿Los había visto? Así...

Se dejó caer en un taburete, inclinó el poderoso cuello, se le vio la nuca enrojecida, y dio unas puntadas al aire, en un gesto absurdo, evidentemente inútil, pero del todo comprensible.

¿Y ahora ya no podría tenerla? ¡No! Era demasiado castigo, porque pensándolo mejor, ¿qué había hecho mal él? ¿Qué le aconsejaba? ¿Llevarse a la fuerza? ¿No? ¿No debía? ¿Y quién iba a matarlo si lo intentaba? Por primera vez, vi que cambiaba uno de sus rasgos: frunció un labio, mostrando desprecio.

—No creo que Hermann me detenga. —Y se perdió en sus pensamientos, como si se hubiera ido del mundo.

Debo agregar que por lo visto la idea del suicidio no le cruzó ni una sola vez por la cabeza. Se me ocurrió preguntar:

—¿Dónde sucedió el naufragio que ha comentado?

—Muy al sur —dijo vagamente, pero sorprendido.

—Bueno, no está muy al sur ahora —dije—. La violencia no le servirá de nada aquí. La alejarán de usted de inmediato. ¿Cómo se llamaba el barco?

—Borgmester Dahl —contestó—, y no se trató de un naufragio.

Iba despertando poco a poco del trance y parecía más sereno.

—¿No fue un naufragio? ¿Entonces qué?

—Se vino abajo —contestó. Se iba recobrando, volvía a parecerse a sí mismo. Con ese comentario me bastó para saber que se trataba de un barco a vapor. Hasta ese momento había creído que se habían muerto de hambre en un barco o en balsas, incluso en un páramo de rocas.

—O sea, ¿el barco no se hundió? —pregunté sorprendido. Asintió.

—Alcanzamos a ver los hielos del sur —pronunció como en sueños.

—¿Y usted ha sido el único superviviente?

Se enderezó.

—Sí. Fue una desgracia para mí. Todo salió mal. Todos los hombres murieron. Yo sobreviví.

Recordando las cosas que uno lee de casos parecidos, me costaba mucho entender qué me quería decir con aquellas palabras; supongo que tendría que haberme dado cuenta. Nuestras mentes recuerdan tanto, han aprendido tanto, manejan tanta información que luego les cuesta mucho enterarse de lo que sucede frente a sus ojos, pero con la cabeza llena de ideas preconcebidas sobre cómo manejarse en casos de «canibalismo y sufrimiento en alta mar», le dije:

—Pues sí que le ha ido bien en el sorteo.

—¿Sorteo? —dijo—, ¿qué sorteo? ¿Le parece que yo podría apostar la vida en un sorteo?

No si podía evitarlo, porque evidentemente no le importaba qué le sucedía a los demás.

—Fue una gran desgracia. Terrible. Un espanto —decía—. Muchos perdieron la cabeza, pero los mejores hombres sobreviven.

—Los más fuertes, querrá decir. —Falk pensó un instante en la expresión. Tal vez le resultaba extraña, a pesar de que su inglés era muy bueno.

—Sí —reafirmó por fin—, los mejores. Al final cada uno iba a su aire, pero el barco no podía respondernos a todos.

Y así, entre pregunta y pregunta, fui armando la historia completa. Sospecho que fue la única manera que encontré de pasar la noche a su lado. Hacia el final volvió a ser él mismo; la primera señal fue el regreso de aquel tic incongruente de restregarse las manos por la cara —pero ahora tenían más sentido el leve estremecimiento de su figura y la angustia nerviosa de las manos descubriendo un rostro hambriento e impasible, con las pupilas de los ojos dilatadas y fijas, en un silencio fascinante.

Fue en un barco a vapor de hierro construido en uno de los astilleros más respetables. Lo había mandado construir el burgomaestre de la ciudad natal de Falk. Fue el primer barco a vapor que se mandaba construir desde allí, y lo bautizó la hija del burgomaestre. La gente de campo se había acercado en carretas desde varios kilómetros a la redonda para verlo. Todo eso me lo contó Falk. Él subió como primer oficial; por lo visto le parecía un grandísimo privilegio, porque, en ese rincón del mundo, aquel amante de la vida tenía buenos contactos.

El burgomaestre tenía ideas muy adelantadas sobre la administración de una naviera. En aquella época no todos sabían cómo despachar un barco a vapor de carga por el Pacífico, pero el hombre lo cargó con productos de pino y lo largó dejándolo a su suerte. Supongo que el primer puerto debía de ser Wellington. De todos modos no importa, porque en los 44º de latitud sur, y en algún punto entre el cabo Buena Esperanza y Nueva Zelanda, el eje trasero se rompió y la hélice se cayó.

Iban navegando a todo vapor y con las velas desplegadas para ayudar a los motores en medio de un vendaval frío que los azotaba de costado, pero la fuerza

de las velas no era suficiente para mantener el barco encaminado. En cuanto la hélice se desprendió, el barco se paró en seco y los mástiles se quebraron y salieron volando por la borda.

El problema de perder los mástiles fue que además se quedaron sin nada en lo que izar las banderas para poder ser vistos a distancia. Durante los primeros días, varios barcos pasaron sin verlos y el vendaval los fue sacando de las rutas frecuentes. El viaje no había sido próspero ni armonioso desde el principio. Hubo algunas peleas a bordo. El capitán era un hombre inteligente y melancólico que no tenía demasiado control sobre la tripulación, y aunque el barco fue ampliamente provisionado para el viaje, poco a poco, al ir abriendo varios de los barriles, descubrieron que la carne estaba podrida y tuvieron que tirarla al mar por precaución a los pocos días de salir. Cuando sucedió, los tripulantes del Borgmester Dahl arrojaron por la borda aquella carroña putrefacta con lágrimas de arrepentimiento en los ojos, con codicia y desesperación.

Fueron a la deriva hacia el sur. Al principio se mantuvo cierta organización aparente, pero muy pronto las normas de disciplina se relajaron y quedaron inmersos en una ociosidad sombría. Miraban hacia el horizonte con ojos lúgubres. Los vendavales eran cada vez más fuertes y el barco entró en una depresión en la que las olas lo azotaban con violencia. Durante una noche espantosa en la que todos creían que el casco iba a volcarse con todos ellos adentro en cualquier momento, una ola inmensa rompió a bordo, inundó los almacenes y arruinó las provisiones que les quedaban. Al parecer no habían cerrado bien la escotilla, una negligencia muy típica cuando la tripulación está sumida en el desánimo. Falk intentó transmitirle al capitán un poco de valor pero fue inútil. A partir de ese momento comenzó a encerrarse cada vez más en sí mismo, sólo intentaba dar lo mejor de sí cuando una situación grave lo requería. Las circunstancias empeoraron. A cada vendaval lo seguía otro peor, y sobre el Borgmester Dahl descargaban montañas de agua negra. Algunos marineros ni siquiera se levantaban de las literas; muchos se pusieron violentos; el jefe de máquinas, un hombre mayor, dejó de hablar por completo con todos; otros se escondían en sus literas para llorar. En los días tranquilos el barco se desplazaba inerte sobre el mar plumizo o bajo un cielo turbio, y bajo el sol tenía el aspecto miserable de un objeto cualquiera abandonado en el mar: la sal blanca seca, el moho, las irregularidades de las averías. Comenzaron a llegar más vendavales y la tripulación se mantenía gracias a pequeñísimas raciones. En cierto momento, un barco inglés que avanzaba muy rápido bajo la tormenta intentó acercarse sacudiéndose por el lado opuesto al de las ráfagas con valentía. Las aguas barrieron su cubierta y los hombres, que iban vestidos con trajes de hule, se aferraban a los aparejos y los miraban; ellos hacían

señas desesperadas por encima de los parapetos destrozados. De pronto, el temible tifón hizo volar la gavia principal del barco inglés, con madero y todo, y éste tuvo que navegar a palo seco, hasta desaparecer.

Ya habían hablado con otros navíos anteriormente, pero se habían negado a abandonar el barco porque esperaban la ayuda de algún vapor. En aquella época eran muy pocos los vapores que navegaban por la zona, y cuando por fin se decidieron a dejar aquella carcasa muerta a la deriva no apareció ningún otro barco. Se habían arrastrado tanto hacia el sur que habían salido de las rutas conocidas por los navegantes. No lograron llamar la atención de un ballenero solitario y muy pronto el borde de la capa de hielo polar se levantó del mar y cerró el horizonte hacia el sur como una pared. Una mañana se asustaron al comprobar que estaban flotando entre témpanos de hielo, pero el miedo a hundirse se desvaneció al igual que sus fuerzas y sus esperanzas. Los choques de los trozos de hielo que golpeaban contra el costado del buque no consiguieron sacarlos de su apatía: el Borgmester Dahl volvió a mar abierto ileso, pero apenas notaron la diferencia.

En una de las tormentas la chimenea había salido volando por la borda, dos de las tres canoas habían desaparecido arrastradas por el mal tiempo y los pescantes, que estaban sin asegurar, se balanceaban de un lado a otro con los extremos de los cabos deshechos agitándose con el vaivén. La tripulación no hacía nada y Falk me contó que solía sentarse en la sala de máquinas a escuchar el movimiento del agua; las máquinas, silenciadas ya para la eternidad, fueron convirtiéndose poco a poco en una masa oxidada, de la misma manera en que un corazón se pudre dentro de un cuerpo sin vida. Al principio, en cuanto perdieron la capacidad motriz, aseguraron el timón con ataduras, pero con el tiempo las cuerdas se fueron descomponiendo, desarmando, enmohecendo y separándose entre sí de manera que el timón, liberado, golpeaba con fuerza hacia un lado y hacia el otro, día y noche, dando golpes apagados que retumbaban en todo el barco. Aquello era peligroso, pero a nadie le importaba un comino, nadie movía un dedo. Me dijo que todavía hoy, cuando se levantaba por la noche y se ponía a caminar, le parecía oír aquellos golpes secos. Los ganchos acabaron saltando, y al final también cayeron.

La catástrofe definitiva se produjo cuando despacharon la última canoa que les quedaba. Falk se había encargado de mantenerla intacta, pero entre todos resolvieron que algunos hombres debían marcharse a buscar ayuda por las rutas habituales. Aprovisionaron la canoa con todos los víveres que cabían para los seis hombres que iban a partir. Esperaron un día de buen tiempo. Tardó en llegar, pero

al fin una mañana bajaron la canoa al agua.

Al instante comenzaron los problemas entre la desmoralizada tripulación. Dos hombres que no tenían ninguna función asignada saltaron al bote con el pretexto de soltar las amarras, mientras en la cubierta se armaba una especie de forcejeo entre los espectros débiles y perplejos en que se habían convertido los hombres de aquel vapor. El capitán, que había permanecido días enteros aislado e inaccesible en la sala de mapas, salió a la barandilla y ordenó a los dos hombres que volvieran a bordo del barco amenazándolos con su revólver. Ellos fingieron obedecer, pero con un gesto repentino cortaron las amarras de la canoa, dieron un empujón contra el costado de la nave y se prepararon para izar la vela.

—¡Dispare, señor! ¡Mátelos de un tiro! —gritó Falk—. Yo saltaré por la borda para recuperar la canoa. —Pero el capitán, tras fingir que apuntaba con el brazo indeciso, se dio la vuelta de golpe.

Se levantó un aullido de rabia. Falk se apresuró a buscar su propia pistola en su camarote, pero cuando regresó ya era demasiado tarde. Otros dos hombres habían saltado, pero los de la canoa les dieron una paliza con los remos, izaron las velas y se alejaron navegando. Jamás se supo nada de ellos.

El resto de la tripulación se hundió en la desesperación y el abatimiento, y así volvió a imponerse la apatía de un desaliento absoluto. Un día un fogonero se suicidó, atravesó la cubierta con un corte en la garganta que iba de oreja a oreja para horror del resto de hombres. Lo arrojaron por la borda. El capitán se encerró en la sala de mapas y Falk, que golpeó en vano para que lo dejara entrar, escuchó cómo repetía una y otra vez el nombre de su mujer y sus hijos, no como si estuviera llamándolos o encomendándolos a Dios, sino con un tono mecánico, como si ejercitara la memoria. A la mañana siguiente, las puertas del cuarto de mapas estaban abiertas, meciéndose con el balanceo, y el capitán había desaparecido. Seguramente saltó por la borda durante la noche. Falk cerró las puertas y guardó las llaves.

Lo poco que quedaba de orden en el barco se desvaneció, y lo mismo sucedió con la camaradería entre los hombres. Se volvieron indiferentes. Falk se encargó de repartir los restos de comida que quedaban. Tuvieron que hervir sus propias botas para preparar sopas y estirar al máximo las raciones, lo cual hizo incluso más intolerable la sensación de hambre. A veces se oían murmullos de odio entre los esqueletos lánguidos que andaban constantemente sin rumbo de un lado a otro, de norte a sur, de este a oeste por la carcasa del barco.

Y entonces sucedió el mayor espanto de esta historia tan sombría. El miedo más terrible de los marineros, quedar a la deriva en un pequeño bote o en una embarcación frágil, es más fácil de soportar porque el peligro viene directamente del mar; el espacio cerrado, la cercanía entre los marineros y la amenaza inminente de las olas unen a los hombres a pesar de la locura, el sufrimiento y la desesperación, pero aquel barco —seguro, cómodo, espacioso: un barco con literas, sábanas, cuchillos, tenedores, confortables camarotes, copas y porcelana, la batería completa de cocina— estaba impregnado, gobernado y poseído por el fantasma implacable del hambre. Se habían bebido el aceite de la lámpara, habían cortado la mecha para comérsela, al igual que las velas de cera. El hambre flotaba a oscuras por la noche en cada rincón y todos estaban llenos de miedo. Un día Falk encontró a un hombre mordisqueando un trozo de madera de pino. Arrojó de inmediato el trozo, se acercó tambaleándose a la barandilla y cayó al mar. Falk, que llegó demasiado tarde como para evitarlo, vio cómo el hombre arañaba con desesperación un lado del barco antes de hundirse. Al día siguiente otro hombre hizo lo mismo y luego prorrumpió en maldiciones tremendas, pero se las arregló de alguna manera para agarrarse a las cadenas rotas del timón y quedarse prendido de ellas, en silencio. Falk intentó salvarlo, y durante todo aquel tiempo el hombre, sujeto con ambas manos, lo miraba con los ojos hundidos y llenos de ansiedad. Justo cuando Falk estaba a punto de agarrarlo, el hombre soltó las cadenas y se hundió como una roca. Falk pensó mucho en aquellos signos. Su espíritu se rebelaba ante los espantos de la muerte y se dijo a sí mismo que lucharía por mantener cada precioso minuto de vida.

Una tarde, mientras los supervivientes estaban tirados en la cubierta trasera, el carpintero, un hombre alto de barba negra, comenzó a hablar del último sacrificio. No quedaba nada comestible en el barco. Nadie dijo ni una palabra, pero el grupo se disolvió en el acto; aquellos espectros débiles y apáticos se fueron escabullendo uno a uno y ocultándose, temerosos de los demás. Falk y el carpintero fueron los únicos que quedaron en cubierta. A Falk le caía bien aquel carpintero grandote. Había sido el mejor de la tripulación; siempre útil y bien dispuesto cuando aún habían tareas que hacer, era el que había tenido más esperanzas y había conservado hasta el final cierta fuerza y decisión.

No se hablaron. A partir de aquel punto jamás se volvieron a oír conversaciones tristes a bordo del barco. Pasado un rato el carpintero se alejó tambaleándose hacia la proa, pero más tarde, cuando Falk fue a beber a la bomba de agua dulce, tuvo un presentimiento y giró la cabeza. El carpintero se había acercado por detrás y, con todas las fuerzas que le quedaban, intentó abrirle el cráneo golpeándolo con una palanca de hierro.

Falk lo esquivó justo a tiempo y logró escapar corriendo hasta su cabina. Mientras cargaba su revólver, escuchó los pasos sobre el puente. Como la cerradura de la puerta del cuarto de mapas era frágil, el carpintero logró abrirla y se hizo con el revólver del capitán. Disparó a modo de desafío.

Falk estuvo a punto de salir a la cubierta y resolverlo de una vez cuando descubrió que, desde una de las ventanas de su camarote, podía controlar cualquier acercamiento a la bomba de agua dulce. En lugar de salir, se quedó adentro y aseguró la puerta. «El mejor hombre sobrevivirá», pensó, porque el otro tendría que acercarse a beber en algún momento. Los hombres bebían agua a menudo para engañar a los estertores del hambre. Sin duda el carpintero comprendió enseguida la vista privilegiada que tenía desde aquella ventana. Quedaban los dos mejores hombres de la tripulación: sería un duelo entre ambos. Durante el resto de aquel día Falk no vio a nadie más ni alcanzó a oír ningún sonido, y por la noche aguzó la vista. Estaba oscuro, oyó algún crujido, pero estaba seguro de que nadie se había acercado a la bomba. La ventana se hallaba a la izquierda de su camarote y era imposible que no divisara desde allí a cualquier hombre, ya que la noche era clara y estrellada, pero no vio nada. Por la mañana alcanzó a oír otro ruido extraño que lo puso en alerta, destrabó la puerta en silencio y con extrema cautela. No había pegado ojo ni se había dejado dominar el pánico. Quería vivir.

Durante la noche el carpintero, sin intentar acercarse siquiera a la bomba, se las había arreglado para arrastrarse en silencio por la borda de estribor y, sin ser visto, se había agazapado justo debajo de la ventana de Falk. Con la luz del día se puso de pie de golpe y miró hacia adentro, metió un brazo a través del marco de bronce redondo de la abertura y disparó a Falk a menos de medio metro de distancia. Pero falló el tiro. Falk, en vez de aprovechar la ocasión para aferrar el brazo que sostenía el arma, abrió la puerta inesperadamente y acercó el revolver hasta casi apoyarlo en la sien del otro y lo mató de un disparo.

Había sobrevivido el mejor, había demostrado una resolución implacable, resistencia, astucia y coraje: todas las cualidades de los héroes clásicos. Falk tiró al mar el revólver del capitán. Había nacido para ejercer monopolios. Tras el sonido de aquellos dos disparos —a los que siguió un silencio profundo—, la banda de esqueletos hambrientos y lívidos comenzó a arrastrarse hacia fuera, hacia el amanecer frío y cruel de las cercanías de la Antártida. Fueron saliendo uno a uno desde diversos escondites, muy despacio y con cautela, con ansia y miradas penetrantes. Sucios, se arrastraron sobre la cubierta de aquel barco, que era un cadáver desmantelado flotando sobre un mar gris, gobernado por una necesidad

de hierro y con un corazón de hielo.

—Lo devoraron, por supuesto —dije.

Inclinó lentamente la cabeza, se encogió un poco de hombros y se llevó las manos a la cara. Dijo:

—No tenía nada contra aquel hombre. Pero era su vida o la mía.

No tiene sentido seguir con la historia de aquel barco, con su bomba de agua dulce como un manantial de muerte, aquel hombre con su arma, aquel mar con su necesidad de hierro, aquella banda de espectros sacudida por el temor y la esperanza bajo un cielo mudo y sordo —ante la que la fábula del holandés errante, que navega víctima de un delito común y su castigo divino se desvanece como una columna de humo, una espiral de niebla blanca—. Pueden imaginarse el resto. Creo que a continuación Falk revisó el barco entero, revólver en mano, para apoderarse de las cerillas. Aquellos desgraciados muertos de hambre tenían muchísimas y no quería que prendieran fuego al barco, ya fuera por odio o por desesperación. Él vivía arriba, acampó en el puente, desde donde podía controlar la cubierta de popa y el único acceso a la bomba de agua. ¡Y sobrevivió! Otros también sobrevivieron; ocultos, ansiosos, salían uno a uno de sus escondites cada vez que oían el seductor sonido de un disparo. Y Falk no era egoísta. Compartían el alimento, y sólo tres quedaban con vida cuando un ballenero que regresaba de su zona de pesca casi se lleva por delante el casco medio hundido del Borgmester Dahl, al que, al parecer, se le habían abierto algunas grietas en las dos bodegas de los costados. Como estaban cargadas de madera no había llegado a hundirse.

—Más tarde, también murieron esos tres —dijo Falk—: al final murieron todos. ¡Todos! Pero yo no pensaba morir por culpa de aquella terrible desgracia. ¿Tendría que haber renunciado a la vida? Dígame, capitán, ¿tenía que dejarme morir? Estaba solo allí, totalmente solo, igual que el resto. Todos estábamos solos. ¿Tendría que haber entregado el revólver? ¿A quién? ¿O debería haberlo tirado al mar? ¿De qué habría servido? Sólo sobrevivirá el mejor. Fue una desgracia terrible, enorme, cruel.

¡Pero él era el que había sobrevivido! Lo tenía sano y salvo frente a mí, como al testigo que narra la poderosa verdad de un principio infalible y eterno. El sudor perlaba su frente y, de pronto, se dejó caer hacia adelante extendiendo las manos. Dio un fuerte golpe a la mesa.

—Pero esto es peor —gritó—. ¡Esto que me sucede ahora es aún más doloroso, más terrible!

La profunda honestidad de su dolor me sorprendió. Luego, cuando me dejó solo, me vino a la cabeza la imagen de la muchacha llorando en silencio, desconsolada y paciente, como si no pudiera evitarlo. Pensé en su pelo rubio oscuro. Pensé que cuando lo llevaba suelto llegaba a cubrir toda su espalda hasta las caderas, como le ocurre a las sirenas. Ella lo había hechizado. Imagínense a aquel hombre, que había logrado preservar su vida con firmeza ante un destino despiadado e imperturbable: ahora se lamentaba porque una palanca no le había partido el cráneo. Las sirenas atraen a la muerte con su canto, pero aquella sirena lloraba en silencio como si sintiera lástima de la suerte de Falk; era la sirena muda y tierna de un marinero abominable. Evidentemente, él tenía ganas de vivir todo aquello que prometía su concepción particular de la vida, y no se iba a conformar con menos. Y ella también estaba dispuesta a entregarse a esa vida que, entre tanta muerte, llamaba tan poderosamente la atención de sus sentidos. Era la mujer ideal para ocupar el rol femenino en la vida de Falk y, a su propia manera, con sus encantos sensuales, también parecía ilustrar la poderosa verdad de un principio infalible. Lo que no sé es qué tipo de principio encarnaba Hermann a la mañana siguiente, cuando subió a mi barco bien temprano con la mayor expresión de desconcierto que se pueda imaginar. Me sorprendía que, de alguna manera, él también hacía todo lo posible para sobrevivir; parecía más tranquilo respecto a Falk, pero la cuestión aún lo preocupaba.

—¿Cómo me llamó usted anoche? Ya sabe... —me preguntó después del saludo—, demasiado... demasiado... Ya sabe, dijo usted una palabra un poco rara...

—¿Escrupuloso?

—Exacto. ¿Qué significa?

—Que exagera las cosas en su interior, sin consultar a los otros.

Pareció pensárselo un poco, y luego seguimos conversando. Falk era una catástrofe en su vida. ¡Había perturbado a toda su familia! La señora Hermann se había despertado bastante mal aquella mañana, la sobrina seguía llorando, nadie cuidaba a los niños. Dio un golpe en la cubierta con la sombrilla. Aquello le iba a durar meses. «Imagínese —decía— lo que puede ser cargar con una muchacha inútil que no para de llorar todo el viaje de regreso, en segunda clase». Aquello

tampoco era bueno para Lena, comentó, pero aún no sé por qué motivo lo dijo, no se me ocurre ninguno, tal vez porque sería un mal ejemplo. Ya lloraba y sufría la chiquilla suficiente por la muñeca de trapo. Nicholas era el menos sentimental de aquella familia.

—¿Y por qué llora la muchacha? —pregunté.

—De pena —gritó Hermann.

Era imposible entender a las mujeres. La señora Hermann era la única a la que intentaba comprender. Y estaba muy, muy triste e indecisa.

—¿Indecisa por qué?

Desvió la mirada y no me contestó. Era imposible entenderlas. Su sobrina lloraba por Falk, y ahora él (Hermann) lo único que deseaba era partírle el cuello, pero... por lo visto tenía demasiado buen corazón.

—Dígame con franqueza, capitán —me preguntó al fin—, ¿qué opina de lo que nos contó anoche?

—En este tipo de historias —dije— siempre hay detalles que se exageran.

Y sin dejar que se recuperara de la sorpresa, le aseguré que conocía todos los detalles. Me suplicó que no se los repitiera. Su corazón era demasiado tierno y los detalles lo harían sentirse mal. Se miró los pies y, hablando muy despacio, dijo que tal vez no sería necesario verlos demasiado después de la boda, porque lo cierto era que no soportaba siquiera cruzarse con Falk, y además era ridículo llevarse de vuelta a una muchacha trastornada que no paraba de llorar y que no servía para nada a su tía.

—Y además le alcanzará con un único camarote en el viaje de regreso —dije.

—Sí, también yo lo había pensado —respondió casi con alegría.

—¿Y qué opina la señora Hermann? —insistí.

La señora Hermann no sabía si un hombre de ese tipo podía hacer feliz a una mujer. Sentía que Falk la había decepcionado. Y por eso estaba tan triste anoche.

Eran buenas personas, pero por lo visto no podían mantener una opinión más de doce horas. Basándome en mis conocimientos, le aseguré que Falk tenía las cualidades necesarias para brindarle a su sobrina un futuro próspero. Me dijo que le alegraba oír eso y que se lo diría a su esposa, y entonces salió a la luz el verdadero motivo de su visita. Quería que yo lo ayudara a reanudar su relación con Falk; según dijo, su sobrina le había expresado la esperanza de que yo lo hiciera amablemente. Sin duda Hermann estaba ansioso por que aceptara; al parecer había olvidado el noventa por ciento de lo que había dicho la noche anterior, y toda su indignación, y evidentemente tenía miedo de que Falk se negara.

—Usted me ha dicho que el hombre está muy enamorado —concluyó con astucia, y me miró con una expresión entre lasciva y bucólica.

En cuanto se marchó de mi barco, llamé a Falk haciéndole señas desde la cubierta. El remolcador seguía en el fondeadero. Se tomó la noticia con calma y seriedad, como si desde un principio hubiera sabido que los astros le serían favorables.

Los vi juntos una vez más, sólo una, en el alcázar del Diana. Hermann estaba sentado, y fumaba con las mangas arremangadas hasta el codo y el brazo apoyado en el respaldo de la silla. La señora Hermann estaba cosiendo sola. En cuanto Falk puso un pie en la pasarela, la sobrina de Hermann pasó frente a mi silla y me hizo un rápido gesto amistoso con un leve roce de su falda.

Se encontraron bajo el sol, uno junto al otro frente al palo mayor. Él la tomó de las manos y bajó la mirada, y ella le clavó sus ojos francos y obnubilados. Me dio la sensación de que se habían acercado como si hubiesen sido atraídos, arrastrados o dirigidos por una fuerza misteriosa. Formaban una pareja perfecta. Con su vestido estampado gris, palpitante de vida, y su figura exuberante, olímpica, pero a la vez sencilla, era sin duda la sirena perfecta para fascinar a aquel navegante oscuro, feroz, amante de los cinco sentidos. Desde lejos me pareció ver la fuerza masculina con la que Falk tomaba esas manos que ella había extendido hacia él con una suavidad muy femenina. Lena, un poco pálida, abrazada a su adorado bulto de trapo, corrió hacia su gran amigo y, en medio del silencio somnoliento de la vieja y buena nave, se oyó la voz de la señora Hermann, tan cambiada que me obligó a darme la vuelta en la silla para ver qué sucedía.

—¡Lena, ven aquí! —gritó. A continuación, aquella matrona bondadosa me dirigió una mirada vacilante, oscura y llena de desconfianza. La niña, sorprendida,

volvió corriendo hacia las rodillas de su madre, pero la pareja no escuchó eso, no reparaba en nada ni en nadie, ambos seguían mirándose bajo la luz del sol con las manos unidas. A un metro de distancia, a la sombra, un marinero estaba sentado sobre una madera, muy concentrado en empalmar un estribo; sumergía los dedos en una olla con alquitrán, como si fuera completamente inconsciente de la existencia de la pareja.

Cuando regresé a aquel puerto cinco años más tarde, al mando de otro barco, el señor y la señora Falk se habían marchado. No me sorprendería que la lengua de Schomberg hubiera logrado ahuyentarlo por fin. Como era de esperar, aún se oía por ahí la historia de un tal Falk, dueño de un remolcador, que había conseguido a su mujer en una partida de cartas contra el capitán de un barco inglés.

UN ANARQUISTA

Durante aquel año estuve dos meses de la estación seca en una de las fincas —se trataba en realidad de una de las principales haciendas ganaderas— de una famosa compañía fabricante de extracto de carne.

BOS. Seguro que todo el mundo se ha cruzado en alguna ocasión con estas tres letras mágicas en las páginas de anuncios de las revistas y periódicos, en los escaparates de comestibles y en los calendarios para el próximo año que se suelen recibir por correo en noviembre. También se reparten en folletos redactados con un estilo sospechosamente entusiasta, y en varias lenguas, con tantas estadísticas sobre mataderos y sangre que casi podrían desmayar a un turco. El «arte» con que se ilustra esta «literatura» representa, en colores vivos y brillantes, un toro negro, enorme y bravo sobre una serpiente amarilla que se retuerce en una hierba verde esmeralda, con un cielo azul cobalto de fondo. Resulta espantoso y alegórico a la vez. La serpiente simboliza la enfermedad, la debilidad, puede que simplemente el hambre, que, al fin y al cabo, es la enfermedad crónica más común entre los seres humanos. Todo el mundo conoce BOS, S. A. y sus incomparables productos: Vinobos, Jellybos, y la última e incomparable maravilla, Tribos, un alimento que no sólo se ofrece en una versión altamente concentrada, sino también semidigerida. Hasta ese punto parece llegar el amor que la compañía siente por el prójimo: una deferencia semejante a la que tienen los pingüinos machos y hembras con sus hambrientas crías. Como es lógico, el capital de un país debería estar siempre dispuesto de un modo productivo. No tengo nada que decir en contra de la compañía. Pero como a mí también me mueven sentimientos de afecto por el prójimo, he de decir que me entristece el moderno sistema de publicidad. Por más que informe sobre el espíritu de empresa, el ingenio, la desenvoltura y los recursos de ciertos individuos, para mí no es más que la prueba del predominio absoluto de esa degradación mental llamada credulidad.

En muchos lugares del mundo civilizado e incivilizado me he visto obligado a tragar los productos BOS con más o menos provecho y con más bien escaso placer. Preparado con agua caliente y sazonado con abundante pimienta para resaltar el gusto, el extracto no resulta del todo desagradable, pero nunca he sido capaz de soportar sus anuncios. Puede que no hayan ido lo bastante lejos. Hasta

donde alcanza mi memoria, ni prometen la eterna juventud a los consumidores de productos BOS, ni han atribuido todavía a sus alimentos la facultad de resucitar a los muertos. Y yo me pregunto: ¿a qué viene esa reserva? Aunque he de decir que no creo que me convencieran ni siquiera de ese modo. Si sufro alguna forma de degradación mental (como ser humano que soy), no es desde luego la más popular de todas: no soy crédulo.

Me he esforzado en aclarar este punto acerca de mí mismo, anticipando la historia que sigue a continuación. He comprobado los hechos en la medida de lo posible. He consultado los archivos de periódicos franceses y también he entrevistado al oficial al mando de la guardia militar de la Île Royale cuando visité Cayena en uno de mis viajes. Creo que la historia es cierta en líneas generales. Se trata una de esas historias que ningún hombre, creo yo, sería capaz de inventar jamás sobre sí mismo, ya que no es ni grandiosa ni lisonjera, ni siquiera lo suficientemente divertida como para halagar una vanidad hambrienta.

La historia se refiere al mecánico del vapor que pertenece a la finca ganadera que tiene la BOS, S. A. en Marañón. La finca es al mismo tiempo una isla del tamaño de una pequeña provincia, situada en el estuario de un gran río de Sudamérica. Es agreste, aunque no hermosa, y dicen que la hierba que crece en sus llanuras es de un poder nutritivo extraordinario y proporciona a la carne un gusto exquisito. Flota en el aire el mugido de innumerables vacas, un sonido profundo y lastimero bajo el cielo despejado, que se eleva como la monstruosa protesta de miles de prisioneros condenados a muerte. En tierra firme, a unos treinta kilómetros de aguas descoloridas y turbias, hay una ciudad cuyo nombre, digamos, podría ser Horta.

Aunque la característica más interesante de la isla (que parece un centro penitenciario para ganado condenado a muerte) consiste en que es el único hábitat conocido de una espléndida mariposa, sumamente rara. Se trata de una especie más rara que bella, lo que ya es decir. Ya he hecho antes referencia a mis viajes. En esa época vivía entregado a ellos, aunque he de añadir que esos viajes eran estrictamente por placer y que eran de una moderación desconocida en estos días en que todo el mundo sueña con viajar alrededor del mundo. En realidad viajaba con un propósito determinado. Soy, en honor a la verdad, un «terrible asesino de mariposas». ¡Ja, ja, ja!

Aquél era al menos el apelativo con el que el señor Harry Gee, el gerente de la explotación ganadera, se refería a mis gustos. Le debía de parecer la afición más absurda del mundo. Hay que decir también que la BOS, S. A. representaba para él

la cumbre de la civilización del siglo XIX. Creo que dormía con las polainas y las espuelas puestas. Se pasaba el día sobre su silla de montar, galopando por las llanuras y seguido de un tropel de jinetes medio salvajes que lo llamaban don Enrique y no sabían que en realidad era la BOS, S. A. la que pagaba sus sueldos. Era un magnífico gerente, y no sé por qué, cada vez que nos encontrábamos a la hora de comer, me daba una palmada en la espalda y preguntaba burlonamente:

—¿Cómo se le ha dado hoy el mortal deporte? ¿Se le resisten las mariposas?
¡Ja, ja, ja!

Me cobraba dos dólares diarios por hospedarme en la BOS, (cuyo capital neto es de 1 500 000 libras), un dinero incluido sin ninguna duda en el balance de aquel año.

—No creo que pueda hacer nada menos justo por mi compañía —me dijo con gran gravedad cuando convinimos las condiciones de mi estancia en la isla.

Su cháchara habría resultado simplemente inofensiva si la intimidad de nuestro trato, que carecía de todo sentimiento amistoso, no hubiese sido algo detestable de por sí. Más aún, hay que añadir que ni siquiera sus chistes eran demasiado graciosos. Consistían en una aburrida repetición de epítetos referidos a la gente mientras se carcajeaba. «Terrible asesino de mariposas. ¡Ja, ja, ja!» era poco más que una muestra de ese ingenio que a él le resultaba tan gracioso. Y fue aquella misma vena humorística la que hizo que me fijara en el mecánico del vapor cierto día, mientras paseábamos por el sendero que bordeaba la ensenada.

Por encima de una cubierta sobre la que estaban esparcidas algunas herramientas de trabajo y piezas de maquinaria aparecieron la cabeza y, a continuación, los hombros del mecánico. En ese momento se encontraba reparando las máquinas. Ante el ruido de nuestros pasos, levantó bruscamente aquella cara tiznada de barbilla puntiaguda y con un pequeño bigote rubio. Cuanto podía verse de sus delicados rasgos bajo el tizne negro parecía estar consumido y lívido, en medio de la sombra verdosa del enorme árbol que se desplegaba sobre el barco amarrado cerca de la orilla. Para mi sorpresa, Harry Gee se dirigió a él llamándolo «Cocodrilo», en aquel tono medio burlón tan propio de su satisfecha vanidad:

—¿Cómo anda el trabajo, Cocodrilo?

Me tendrían que haber avisado antes de que el amable Harry había aprendido en alguna parte —en alguna colonia, seguramente— un extraño francés,

que pronunciaba con precisión forzada y desagradable, aun cuando pretendía darle a sus palabras una entonación burlesca. El hombre del barco le contestó de inmediato con voz agradable. Sus ojos tenían una dulzura líquida y sus dientes, de una deslumbrante blancura, centelleaban entre sus finos labios caídos. El gerente se volvió hacia mí, jovial y chillón, para explicarme:

—Lo llamo Cocodrilo porque vive tanto en el interior como en el exterior de la ensenada. Es igual que un anfibio, ¿comprende? En la isla no hay más anfibios que los cocodrilos; así es que ésa debe de ser su especie, ¿no es así? Aunque en realidad se trate de nada menos que de *un citoyen anarchiste de Barcelone*.

—¿Un anarquista de Barcelona? —repetí estúpidamente mirando a aquel hombre. Había regresado a su trabajo en la máquina del barco y nos había dado la espalda. Sin dejar aquella postura, lo oí protestar con claridad:

—Ni siquiera sé español.

—¿Eh? ¿Qué dice? ¿Se atreve a negar que viene de allí? —dijo el gerente encarándolo de una forma un tanto truculenta.

Al oír aquellas palabras, el hombre se enderezó, dejó caer la llave que había estado usando, y nos miró. Le temblaba todo el cuerpo.

—¡Yo no niego nada, nada, absolutamente nada! —gritó exasperado.

Recogió la llave y siguió trabajando sin prestarnos más atención. Lo estuvimos observando durante uno o dos minutos, y a continuación nos marchamos.

—¿Es realmente un anarquista? —le pregunté cuando ya era imposible que nos oyera.

—Me trae sin cuidado lo que sea —contestó el bromista funcionario de la BOS, S. A.—. Lo llamo así porque es un epíteto apropiado. Es conveniente para la compañía.

—¡Para la compañía! —exclamé deteniéndome de golpe.

—¡Así es! —dijo ladeando aquella cara triunfal de perro plantado sobre sus largas y delgadas piernas—. Le sorprende, ¿verdad? Estoy obligado a hacer las cosas de la mejor forma posible para mi compañía. Los gastos son enormes.

Nuestro agente en Horta me comentó una vez que invierte cincuenta mil libras al año en publicidad para todo el mundo. No se puede escatimar dinero en las ferias. Escúcheme bien, cuando me hice cargo de la finca no teníamos el vapor. Pedí que nos enviaran uno en cada carta, hasta que lo conseguí, pero el hombre al que mandaron con él se largó a los dos meses, dejando la lancha atracada en el pontón de Horta. Al parecer, consiguió un contrato más favorable en una serrería, río arriba, ¡maldito sea! Desde entonces empezó a pasar lo mismo una y otra vez. Hasta el último vagabundo escocés o yanqui que se creía un mecánico venía cobrando dieciocho libras al mes y luego se largaba, después de provocar algún destrozo. Le doy mi palabra de que algunos de los tipos que han venido como maquinistas no sabían distinguir la caldera de la chimenea, pero éste conoce su oficio y no creo que quiera largarse. ¿Entiende lo que quiero decir?

A continuación me dio un pequeño golpe en el brazo para enfatizar sus propias palabras. Pasé por alto la falta de educación y le pregunté qué tenía eso que ver con que el hombre fuera un anarquista.

—¡Hombre, por favor! —se burló el gerente—. Si usted se encontrara de pronto con un hombre descalzo, despeinado y escondido entre los matorrales de una orilla y al mismo tiempo viera que a menos de una milla de la playa hay una pequeña goleta llena de negros virando de repente, no se le ocurriría creer que ese hombre había caído del cielo, ¿verdad? Yo intenté mantener la calma. En cuanto entendí el juego, me dije: «Presidiario fugitivo». Estaba tan seguro como de que está usted aquí ahora mismo, así que me puse a cabalgar directamente hacia él. Permaneció de pie durante un instante sobre un montículo de arena, gritando: *Monsieur! Monsieur! Arrêtez!* Luego, en el último momento, cambió de opinión y se dio a la fuga. Yo me dije: «Te domaré antes de tratar contigo». Así que, sin decir una palabra, lo seguí, cortándole el paso en todas direcciones. Lo alcancé en la playa, y finalmente lo acorralé en una punta, con el agua por los tobillos y nada a sus espaldas, excepto el cielo y el mar. Mi caballo piafaba en la arena y sacudía la cabeza a un metro de distancia. Cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla en una especie de gesto de desesperación; pero yo no me dejé impresionar por la actitud de aquel bribón. «Eres un convicto fugitivo», le dije. Cuando me oyó hablar en francés, bajó su barbilla y cambió totalmente la expresión de su rostro. «No niego nada», me dijo jadeando, porque lo había hecho correr delante de mi caballo durante un buen rato. Le pregunté qué hacía allí. Había recuperado ya el aliento y me explicó que pretendía dirigirse hacia una granja que le habían dicho (la gente de la goleta, supongo) que se encontraba por allí cerca. Yo me eché a reír estrepitosamente y él se inquietó. ¿Lo habían engañado? ¿No había una granja cerca de allí? Me reí aún más ruidosamente. Iba a pie, y lo más probable era que la

primera manada de ganado con la que se hubiese cruzado habría acabado haciéndolo pedazos. Cuando un hombre a pie se ve atrapado en los pastizales no tiene ni la más remota posibilidad de escapar. «Te he salvado la vida al encontrarte», le dije. Él comentó que puede que fuera cierto, pero que también había pensado hacía un instante que tenía intención de aplastarle bajo los cascos de mi caballo. Le aseguré que nada me habría resultado más fácil, si hubiese querido. Ahí llegamos a una especie de punto muerto. A fe mía que no había nada que hacer con ese presidiario, a no ser arrojarlo al mar. Se me ocurrió preguntarle qué le había llevado hasta allí. Negó con la cabeza. «¿Qué fue? —le dije—. ¿Robo, asesinato, violación, o qué?». Quería oír de sus propios labios lo que tuviera que decir, aunque, como es lógico, ya contaba con que iba a mentirme. Y sin embargo, lo único que me dijo fue: «Haga lo que quiera. No niego nada. No es bueno negar». Lo miré detenidamente, y ahí me asaltó un pensamiento. «Por allí había anarquistas —le dije—; puede que seas uno de ellos». «No niego nada de nada, *monsieur*», repitió. Aquella respuesta me hizo pensar que era probable que no fuese un anarquista. Esos condenados locos están más bien orgullosos de sí mismos. Si hubiera sido uno de ellos, lo más probable es que lo hubiese confesado abiertamente. «¿Qué eras antes de convertirte en un presidiario?». «*Ouvrier* —dijo—. Y un buen obrero, además». Pero esas palabras me hicieron pensar que tal vez fuera en realidad un anarquista, después de todo. Al menos pertenecía a la clase de la que provienen casi todos, ¿no? Odio a esos salvajes que arrojan bombas de manera tan cobarde. Casi pensé en dar media vuelta a mi caballo y dejar que muriera de hambre, o que se ahogara allí mismo. Si volvía a cruzar la isla para molestarme, el ganado daría buena cuenta de él. No sé qué me indujo a preguntarle: «¿Qué clase de obrero?». No me importaba demasiado que contestara o no, pero cuando dijo «*Mécanicien, monsieur*», estuve a punto de pegar un salto de la silla. La lancha llevaba tres semanas estropeada en la ensenada. Mi obligación con la compañía era evidente. Él también notó mi sobresalto y durante un minuto o dos permanecimos mirándonos de hito en hito como hechizados. «Monta a la grupa de mi caballo —le dije—, vas a poner en condiciones un barco».

Aquéllos fueron los términos en los que el digno gerente de la finca del Marañón me relató la llegada del supuesto anarquista. Tenía intención de que se quedara allí —eso era a lo que le movía su sentimiento del deber hacia la compañía—, y el apelativo que le había dado le dificultaría conseguir ningún empleo en Horta. Cuando los vaqueros de la finca fueran de permiso lo difundirían por toda la ciudad. No sabían qué era un anarquista, ni en qué lugar se encontraba Barcelona. Lo llamaban «el anarquista de Barcelona», como si se tratara de su nombre y apellido. Aun así, la gente de la ciudad leía en los periódicos noticias de los anarquistas europeos y quedaba muy asombrada. En cuanto a la

jocosa coletilla «de Barcelona», el señor Harry Gee se reía con gran satisfacción. «Los de esa raza son especialmente sanguinarios, ¿no? Eso hace que la gente de la serrería se sienta aterrorizada ante la idea de tener algo que ver con él, ¿comprende? —Se regocijaba ingenuamente—. Tengo a ese hombre más atado que si tuviera una pierna encadenada a la cubierta del barco».

—Y observe —añadió, tras una pausa— que no lo niega. En cualquier caso, no estoy cometiendo ninguna injusticia con él. Es un presidiario, de todos modos.

—Pero supongo que le pagará un salario, ¿no? —le pregunté.

—¡Un salario! ¿Para qué quiere dinero aquí? Dispone de comida en mi cocina y ropa en el almacén. Como es lógico, algo le daré cuando acabe el año, pero ¿no creerá de verdad que voy a firmar un contrato con un presidiario y a pagarle lo mismo que le daría a un hombre honrado? Ante todo tengo que velar por los intereses de mi compañía.

Admití que no había duda de que una compañía que gastaba cincuenta mil libras al año en publicidad necesitaba economizar. El gerente de la estancia de Marañón emitió un gruñido de aprobación.

—Y aún le diré algo más —continuó—: si estuviera seguro de que es realmente un anarquista y tuviera la cara dura de pedirme dinero, le daría un buen puntapié. Prefiero concederle, sin embargo, el beneficio de la duda. Estoy totalmente dispuesto a creer que no ha hecho nada peor que clavarle un cuchillo a alguien —en circunstancias de defensa propia— al estilo francés, ya sabe. Pero toda esa estupidez subversiva y sanguinaria de suprimir la ley y el orden en el mundo hace que me hierva la sangre. De ese modo, lo único que consiguen es ponerse a sí mismos en evidencia y darle la razón a las personas decentes, respetables y trabajadoras. Le diré que la gente que tiene conciencia, como usted y como yo, debe estar protegida de alguna forma; si no, hasta el más despreciable de los pícaros que anduviera suelto podría tener tantos derechos como usted o como yo. ¿No es cierto? ¡Y eso sería absurdo!

Me miró. Negué ligeramente con la cabeza y murmuré que su opinión escondía una gran sutileza.

Desde el punto de vista de Paul, el mecánico, la única opinión clara era que un hombre podía buscarse la ruina en esta vida por cosas realmente pequeñas.

—*Il ne faut pas beaucoup pour perdre un homme* —me dijo, pensativo, una

tarde.

Cito esta reflexión en francés porque el hombre era de París, y no de Barcelona. En Marañón vivía lejos de la casa, en un pequeño cobertizo de techo de chapa y paredes de paja al que llamaba *mon atelier*. Tenía allí un banco de trabajo. Le habían dado varias mantas de caballo y una silla, no porque se supusiera que podía cabalgar, sino porque los peones, o lo que es lo mismo, todos los vaqueros, no usaban otro tipo de cama. Sobre aquellos arneses, como un auténtico hijo de las praderas, solía dormir entre los instrumentos propios de su oficio en una litera oxidada, con una fragua portátil sobre su cabeza y bajo un banco de trabajo que sostenía un mugriento mosquitero.

De cuando en cuando le llevaba algún que otro cabo de vela procedente de las escasas provisiones de la casa del gerente. Me estaba muy agradecido por ello. No le gustaba estar despierto en la oscuridad, me confesó. Se quejaba de que le costaba conciliar el sueño. «*Le sommeil me fuit*», declaraba, con su habitual aire de manso estoicismo, que lo hacía simpático y conmovedor. Le di a entender que para mí no tenía importancia que hubiera sido un presidiario.

Una de aquellas tardes se sintió inclinado a hablar de sí mismo. El cabo de vela que estaba sobre la esquina del banco estaba a punto de apagarse, y se apresuró a encender otro.

Al parecer había hecho el servicio militar en una guarnición de provincias y luego había regresado a París para seguir trabajando en su oficio. Estaba bien pagado. Me contó con orgullo que durante una breve temporada estuvo ganando al menos diez francos diarios. Tenía intención de establecerse por su cuenta y casarse después.

Al llegar a este punto suspiró profundamente e hizo una pausa para recobrar su aire estoico:

—Se ve que no me conocía a mí mismo lo suficiente —dijo.

El día que cumplió veintiocho años, dos de sus amigos del taller de reparaciones en el que trabajaba lo invitaron a cenar. Él se sintió muy conmovido por la atención.

—Yo era un hombre serio —añadió—, pero no era por eso menos sociable que cualquier otro.

La fiesta tuvo lugar en un pequeño café del Boulevard de la Chapelle. Con la cena tomaron un vino especial. Era excelente. Todo era excelente y el mundo — por utilizar sus propias palabras— le pareció un buen lugar para vivir. Tenía buenas perspectivas, algún dinero ahorrado y la estima de dos excelentes amigos. Se ofreció a pagar todas las bebidas después de cenar, algo que resultaba justo por su parte.

Bebieron más vino y licores, coñac, cerveza, y luego más licores y más coñac. Dos desconocidos que estaban sentados en la mesa de al lado lo miraron, me dijo, con tanta simpatía, que los invitó a unirse a la fiesta.

Jamás había bebido tanto en toda su vida. Estaba tan contento y era todo tan agradable que cuando le daba la sensación de que la fiesta iba a decaer se apresuraba a pedir más bebidas.

—Me daba la sensación —me dijo con su tono tranquilo, mirando al suelo en aquel sombrío cobertizo— de que estaba a punto de alcanzar una felicidad grande y maravillosa. Otro trago, pensaba, y lo conseguiría. Los otros me acompañaban, vaso a vaso.

Pero entonces sucedió algo extraordinario. Cierta cosa que dijeron los desconocidos hizo que su alegría se disipara. Su mente se llenó de oscuros pensamientos —*des idées noires*—, el mundo le pareció un lugar oscuro y perverso en el que una multitud de desgraciados tenían que trabajar como esclavos para que unos pocos pudieran pasear en coche y vivir en palacios. Le dio vergüenza su propia felicidad. Le inundó el corazón una especie de piedad por la humanidad. Con una voz sofocada por el dolor trató de expresar aquellos sentimientos. Al parecer tan pronto maldecía como se ponía a llorar.

Sus dos nuevos amigos se apresuraron a aplaudir su humana indignación. Sí. La injusticia que había en el mundo era realmente escandalosa y sólo había una forma de acabar con esta sociedad podrida. Demoler toda aquella *sacré boutique*. Hacer saltar por los aires todo aquel absurdo montaje.

Sus cabezas parecían flotar sobre la mesa susurrándole palabras elocuentes. Estaba muy borracho, completamente borracho. Con un aullido de rabia saltó de pronto encima de la mesa. Se puso a pegar patadas a las botellas y a los vasos, gritó: «*Vive l'anarchie!* ¡Muerte a los capitalistas!». Lo gritó una y otra vez. A su alrededor estallaban los vasos, comenzaron a volar las sillas y la gente se empezó a pelear. La policía irrumpió en el café. Él golpeó y luchó a ciegas hasta que algo lo

golpeó en la cabeza...

Cuando volvió en sí se encontraba en una celda de la policía, encarcelado por asalto, gritos sediciosos y propaganda anarquista.

Me miró fijamente con aquellos ojos líquidos y brillantes. De pronto, bajo aquella luz mortecina, tenían un aspecto enorme.

—Todo tenía muy mal aspecto, pero aun así creo que podría haberme librado —dijo lentamente.

Yo tengo mis dudas, y lo cierto es que las pocas opciones que aún tenía se volatilizaron por culpa del joven abogado socialista que se ofreció para hacer la defensa. No sirvió de nada decirle que no era anarquista, que no era más que un tranquilo y respetable mecánico que trabajaba diez horas al día en su oficio. Fue presentado ante el tribunal como una víctima de la sociedad, y sus gritos de borracho fueron descritos como la expresión de su infinito sufrimiento. El joven abogado tenía que hacer carrera y aquel caso era justo lo que necesitaba para empezar. El alegato de la defensa fue magnífico.

El pobre hombre hizo una pausa, tragó saliva y añadió:

—Fui condenado a la pena máxima aplicable a un primer delito.

Yo emití un silbido acorde con las circunstancias. Él agachó la cabeza y se cruzó de brazos.

—Cuando me soltaron —continuó con suavidad— fui corriendo a mi antiguo taller, naturalmente. Mi *patrón* sentía especial simpatía por mí antes de aquel episodio, pero cuando me vio se puso lívido de terror y me señaló la puerta con mano temblorosa.

Al salir a la calle, inquieto y desconcertado, fue abordado por un hombre de mediana edad. Le dijo que él también era mecánico.

—Sé quién eres —dijo—, asistí a tu juicio. Eres un buen camarada y tus ideas son firmes, lo malo es que nadie se atreverá ahora a darte trabajo. Estos burgueses se confabularán para que te mueras de hambre. Eso es lo que hacen siempre. No esperes clemencia del rico.

Aquellas amables palabras lo consolaron mucho. Era de esa clase de gente

que necesita apoyo y simpatía. La idea de no poder conseguir trabajo lo había trastornado por completo. Si su *patrón*, que lo conocía tan bien y sabía que era un obrero tranquilo, obediente y competente, no había querido saber nada de él, era poco probable que consiguiera ayuda de nadie más, eso estaba claro. La policía no le quitaba el ojo de encima, y en cuanto un patrón le diera la menor oportunidad ellos lo pondrían al corriente de su pasado. Se sentía impotente, acobardado e inútil. Siguió a aquel hombre de mediana edad hasta el *estaminet* de la esquina, donde se encontraron con otros buenos compañeros. Le aseguraron que no le dejarían morir de hambre, con trabajo o sin él. Bebieron y brindaron por la derrota de todos los patrones y por la destrucción de la sociedad.

Se sentó a su lado mordiéndose el labio inferior.

—Y así fue como me convertí en un *compagnon, monsieur* —dijo pasándose una mano temblorosa por la frente—. A pesar de todo, hay algo que no anda bien en un mundo donde un hombre puede perderse por unas cuantas copas de más.

Siguió con la mirada baja, pero me di cuenta de que se había quedado muy abatido. Dio una palmada en el banco con la mano abierta.

—No —gritó—. ¡Era una vida imposible! Vigilado por la policía, vigilado por los camaradas, había dejado ya de ser dueño de mí mismo. ¡Ni siquiera podía sacar unos pocos francos de mis ahorros del banco sin que un camarada se asomara a la puerta para comprobar que no me escapaba! Y la mayoría de ellos eran ni más ni menos que unos ladrones. Los inteligentes, quiero decir. Robaban al rico diciendo que no hacían más que recuperar lo que les pertenecía. Cuando había bebido, los creía. Estaban también los tontos y los locos. *Des exaltés, quoi!* Cuando había bebido, los quería. Cuando bebía un poco más, me ponía furioso con el mundo. Eran los mejores momentos, encontraba refugio en la rabia, pero no se puede estar siempre borracho, *n'est-ce pas, monsieur?* Y cuando estaba sobrio, me daba miedo romper con ellos. Me habrían matado como a un cerdo.

Se cruzó nuevamente de brazos y levantó una barbilla afilada con una sonrisa amarga.

—Empezaron a decirme que ya iba siendo hora de que me pusiera a trabajar. El trabajo consistía en robar un banco. A continuación tenía que arrojar una bomba para destruir el lugar. Mi papel como neófito era vigilar la calle de atrás y cuidar de un saco negro que contenía la bomba hasta que fuera preciso. Después de la reunión en que se decidió el asunto, un camarada de confianza

comenzó a seguirme a todas partes. No me atreví a protestar, tenía miedo de que me mataran en el acto. En una ocasión, paseando juntos, me llegué a preguntar si no sería mejor que me lanzara al Sena, pero mientras le daba vueltas a la idea, ya habíamos cruzado el puente y no tuve más oportunidad de hacerlo.

A la luz de la vela y con aquellos rasgos afilados, aquel pequeño bigote y aquel rostro ovalado, parecía unas veces delicada y tiernamente joven, y otras, muy viejo y decrepito, apesadumbrado. Apretaba los brazos contra el pecho.

Se había quedado callado, de modo que me sentí obligado a preguntar:

—¡Bueno! ¿Y cómo acabó?

—Me deportaron a Cayena —contestó.

Al parecer alguien los delató. Mientras vigilaba en la calle de atrás con el saco en la mano fue atacado por la policía. «Esos imbéciles» lo dejaron fuera de combate sin darse cuenta de lo que tenía en la mano. Todavía se preguntaba cómo no había explotado la bomba al caer, pero el caso es que no explotó.

—Intenté relatarle mi historia al tribunal —continuó—. El presidente se divirtió mucho. En la sala había gente que incluso se llegó a reír.

Le pregunté si detuvieron a algún compañero aparte de él, y se estremeció antes de contestar que fueron dos: Simon, apodado Biscuit, el mecánico de mediana edad que le habló en la calle, y un tipo llamado Mafie, uno de los simpáticos desconocidos que aplaudieron sus palabras y lo consolaron cuando se emborrachó en el café.

—Así es —prosiguió con esfuerzo—, pude seguir disfrutando de su compañía en la isla de San José, junto a otros ochenta presidiarios. Todos teníamos categoría de peligrosos.

La isla de San José es la más hermosa de las Îles du Salut. Es rocosa y tiene abundante vegetación, está repleta de pequeños barrancos, matorrales, arbustos, bosques de mangos y muchas palmeras de hojas como plumas. Seis guardianes armados con revólveres y carabinas se encargan de los presidiarios que están encerrados allí.

Una galera de ocho remos mantiene comunicada durante el día a la Île Royale con la otra orilla de un canal de un cuarto de kilómetro de ancho en el que

hay un puesto militar. El primer trayecto es a las seis de la mañana, a las cuatro de la tarde termina el servicio, y en ese momento se atraca en un pequeño muelle de la Île Royale en el que queda bajo la vigilancia de un centinela junto a otros pequeños barcos. Desde ese momento, y hasta la mañana siguiente, la isla de San José permanece incomunicada del resto del mundo. Los guardianes patrullan por turnos el camino que va desde su casa hasta las cabañas de los presidiarios, y una multitud de tiburones patrulla por el agua.

Los presidiarios organizaron un motín, algo que no había sucedido nunca en toda la historia del penal. Su plan no dejaba de tener algunas posibilidades de éxito. Tenían intención de sorprender y asesinar a los guardianes durante la noche. Cuando se hicieran con sus armas podrían atacar con ellas a los tripulantes de la galera cuando repostara a la mañana siguiente. Cuando consiguieran tomar la galera, capturarían otros barcos y todos ellos se alejarían remando de la costa.

Al anoecer, los dos guardianes de servicio pasaron revista a los presidiarios, como era la costumbre, y a continuación procedieron a inspeccionar las cabañas para asegurarse de que todo estaba en orden. En la segunda cabaña en la que entraron fueron abatidos y estrangulados bajo una multitud de asaltantes. Había luna nueva, y los pesados y negros nubarrones que se cernían sobre la costa hacían crecer aún más la oscuridad de la noche. Los presidiarios se reunieron al aire libre para deliberar sobre el paso siguiente.

— ¿Y usted tomó parte? —le pregunté.

—No, aunque como es lógico sabía que lo iban a hacer. Aun así, ¿por qué iba a matar yo a esos guardianes? No tenía nada en su contra y me atemorizaban los demás. Pasara lo que pasara, nunca podría escapar de ellos. Me senté sólo sobre el tronco de un árbol con la cabeza entre las manos, angustiado por aquella nueva libertad que no parecía más que una burla. De pronto me asusté al percibir la figura de un hombre en el camino, cerca de donde yo me encontraba. Estaba de pie, inmóvil, pero su figura volvió a desvanecerse en mitad de la noche. Debía de ser el jefe de los guardianes, que había ido a ver qué les había ocurrido a sus hombres. Nadie reparó en él. Los presidiarios siguieron discutiendo sus planes. Los cabecillas no lograban ponerse de acuerdo. El cuchicheo de aquel grupo de hombres era realmente horrible. Al final optaron por dividirse en dos grupos y alejarse. Cuando se marcharon, me levanté, cansado e impotente. El camino hacia la casa de los guardianes estaba oscuro y silencioso, pero a ambos lados de los matorrales se escuchaban algunos susurros. Al poco rato, vi un débil rayo de luz ante mí. El jefe de los guardianes, seguido de tres de sus hombres, se acercaba

sigilosamente, pero no había cerrado bien su linterna. Los presidiarios vieron también aquel débil destello. Se oyó un grito terrible y salvaje, un tumulto en el camino, disparos, golpes, gemidos y, cubiertos por el sordo rumor de la maleza al aplastarse, las voces de los perseguidores y los gritos de los perseguidos; la caza del hombre, la caza del guardián. Pasó junto a mí y se dirigió hacia el interior de la isla. Estaba solo. Y le puedo asegurar, *monsieur*, que todo me daba lo mismo. Después de quedarme allí durante un rato, me puse a caminar hasta que tropecé con algo duro. Me detuve y recogí el revólver de uno de los guardianes. Comprobé a tientas que tenía cinco balas en la recámara. Entre las ráfagas de viento escuché cómo los presidiarios se llamaban allá lejos; luego el murmullo de los árboles desapareció tras el del trueno; un fuerte resplandor se cruzó en mi camino, a lo largo del suelo. Pude ver una falda femenina y el borde de un delantal.

Supuse que debía de ser la mujer del jefe de los guardianes. Por lo visto se habían olvidado de ella. Sonó un disparo en el interior de la isla, y ella dio un grito y se puso a correr. La seguí y no tardé en verla de nuevo. Tiraba de la cuerda de la gran campana que cuelga junto al embarcadero con una mano, mientras que con la otra agitaba la linterna de un lado a otro. Era la señal convenida para pedir socorro a la Île Royale durante la noche, pero el viento dispersaba el sonido desde nuestra isla y la luz quedaba oculta tras los árboles que crecían junto a la casa de los guardianes.

Me acerqué a ella por la espalda. Continuaba haciendo sonar la campana sin parar y sin mirar atrás, como si hubiese estado sola en la isla. Una mujer valiente, *monsieur*. Me escondí el revólver dentro de mi blusa azul y esperé un poco. Un relámpago y un trueno apagaron la luz, y el sonido de su señal durante un momento, pero ella no se detuvo; siguió tirando de la cuerda y agitando la linterna con la regularidad de una máquina. Era una mujer hermosa y joven, de no más de treinta años. Yo pensé: «No es bueno que todo esto esté ocurriendo en una noche así». Pensé que si alguno de mis compañeros presidiarios bajaba al embarcadero — algo que sin duda no tardaría mucho tiempo en suceder —, primero le dispararía a ella un tiro en la cabeza y luego me mataría a mí. Conocía bien a los «camaradas». Fue curiosamente ese pensamiento el que me devolvió el interés por la vida, *monsieur*; y así fue como, en lugar de permanecer estúpidamente en aquel muelle, me retiré y me agaché detrás de un arbusto. No quería que saltaran sobre mí y me impidieran ayudar al menos a un ser humano antes de morir.

Alguien tuvo que ver la señal, porque la galera volvió de Île Royale al instante. La mujer permaneció de pie hasta que la luz de su linterna iluminó al oficial en jefe y las bayonetas de los soldados que iban en el barco. Se sentó en el

suelo y se puso a llorar.

Ya no me necesitaba, pero igualmente no me moví de allí. Algunos soldados iban en mangas de camisa, a otros les faltaban las botas, tal como los había sorprendido la llamada a las armas. Pasaron corriendo a paso ligero junto al arbusto en el que estaba escondido. La galera había regresado en busca de refuerzos; la mujer seguía sentada al final del muelle, sola, llorando; había dejado la linterna a su lado sobre el suelo. Y en ese momento vi, gracias a su luz, los pantalones rojos de otros dos hombres al final del muelle. Me quedé petrificado. Ellos también salieron corriendo de inmediato. Llevaban la cabeza descubierta y las camisas abiertas, revoloteando a los lados. Uno de ellos le dijo al otro: «¡Sigue, sigue!». Me pregunté de dónde habrían salido, y caminé lentamente hacia el muelle. Vi la figura de la mujer, sacudida por los sollozos, y distinguí cómo decía claramente entre sollozos: «¡Oh, mi hombre! ¡Mi pobre hombre! ¡Mi pobre hombre!». Me alejé sin hacer ruido. Ella no vio ni oyó nada, se había cubierto la cabeza con el delantal y se mecía rítmicamente en su llanto. En ese momento me di cuenta de que había un pequeño barco amarrado al final del muelle.

Los dos hombres —parecían *sous-officiers*— debían de haber venido en él, supongo que no les había dado tiempo a subir a la galera. Resulta increíble que infringieran el reglamento precisamente por su sentido del deber. Y además no tenía el menor sentido. No podía dar crédito a mis ojos cuando salté dentro del barco.

Me deslicé sigilosamente a lo largo de la orilla. Una nube negra se cernía sobre las Îles de Salut. Pude escuchar gritos y disparos. Había comenzado otra caza: la caza del presidiario. Los remos eran demasiado largos para manejarlos con comodidad; los movía con lentitud, aunque el barco en sí era ligero, y, cuando di la vuelta a la isla, se desató un temporal de viento y lluvia. Me vi totalmente incapaz de luchar contra él. Dejé el barco a la deriva y se acabó dirigiendo hacia la orilla, donde lo amarré.

Había estado antes en aquel lugar y sabía que había un viejo cobertizo destartalado cerca del agua. Me escondí allí y escuché a través del ruido del viento y del aguacero que alguien se acercaba aplastando los matorrales; pensé que tal vez eran los guardias. La violenta luz de un relámpago me permitió ver lo que me rodeaba. ¡Eran dos presidiarios! Uno de ellos gritó asombrado:

—¡Es un milagro!

Era la voz de Simon, a quien también llamaban Biscuit. El otro refunfuñó:

—¿Qué es lo que es un milagro?

—¡Hay un barco ahí!

—¡Tienes que estar loco, Simon! Aunque, espera, sí, es verdad... ¡Es un barco!

Se quedaron extasiados y en completo silencio. El otro hombre era Mafie. Habló de nuevo, cautelosamente.

—Está amarrado. Seguro que hay alguien ahí.

Entonces me dirigí a ellos desde el cobertizo:

—Soy yo.

Entraron, y pronto me dieron a entender que el bote era suyo, no mío.

—Somos dos contra uno —dijo Mafie.

Salí por miedo a recibir un golpe a traición en la cabeza, y aunque pude haber disparado contra ellos allí mismo, no dije nada. Traté de contener una risa nerviosa y les pedí humildemente que me permitieran ir con ellos. Murmuraron entre ellos sobre mi suerte, mientras yo sujetaba con la mano el revólver bajo la pechera de mi camisa. Tenía sus vidas en mis manos y los dejé vivir. Quería que remaran. Les dije con fingida humildad que sabía llevar un barco y que, si éramos tres a los remos, podíamos turnarnos para remar. Aquello los convenció. Menos mal, un poco más y no habría podido evitar una carcajada ante aquel cómico espectáculo.

Al llegar a aquel punto de la narración, se excitó enormemente y saltó del banco, gesticulando. Las sombras alargadas de sus brazos salían disparadas como flechas hacia el techo y las paredes, por un instante dio la impresión de que el cobertizo era demasiado pequeño para contener su agitación.

—No niego nada —exclamó—. Estaba entusiasmado, *monsieur*. Experimentaba una enorme felicidad, pero me mantuve tranquilo. Remé durante toda la noche, hasta que llegamos a alta mar, confiando en que pasara un barco. La idea era un tanto disparatada, pero los convencí. Cuando salió el sol, la

inmensidad del agua estaba en calma y las Îles de Salut no eran más que unas pequeñas manchas en lo alto de las olas. En ese momento yo estaba gobernando el barco y Mafile, que remaba encorvado, dejó escapar una palabrota, y añadió: «Deberíamos descansar». Había llegado por fin la hora de reír. Y lo hice a gusto, puedo asegurárselo. Me apreté los costados y me retorcí en mi banco entre carcajadas, ante sus gestos de sorpresa. «¿Qué le pasa a este idiota?», gritó Mafile. Y Simon, que estaba más cerca de mí, le respondió: «Que el diablo me lleve si no se ha vuelto loco». En ese momento les enseñé el revólver. ¡Ajá! Al instante su mirada se llenó de odio, no sabe de qué manera. ¡Ja, ja, ja! Estaban aterrados. Pero remarón, vaya que si remarón, y durante todo el día, a ratos con aire feroz y a ratos con aire desalentado. Yo no les quitaba la vista de encima ni un segundo. Si lo hubiese hecho —¡zas!—, me habrían saltado encima al instante. Mantenía el revólver sujeto con una mano, mientras que con la otra gobernaba el barco. Les empezaron a salir ampollas por toda la cara. El cielo y el mar parecían de fuego a nuestro alrededor, y el mar hervía bajo el sol. El barco se deslizaba como un susurro sobre el agua. A veces Mafile echaba espuma por la boca, y a veces gemía, pero no paraba de remar, no se atrevía. Tenía los ojos inyectados en sangre y no paraba de morderse el labio inferior, como si quisiera destrozarlo. Simon estaba ronco como una corneja. «Camarada...», empezó a decir, y yo: «Aquí no hay camaradas. Soy vuestro *patrón*».

—*Patrón*, entonces —respondió—, sé humano, permítenos descansar un poco.

Se lo permití. En el fondo del barco había quedado un poco de agua de lluvia y les permití que bebieran con la mano, pero en cuanto di la orden de continuar, los sorprendí intercambiando una mirada. Supongo que pensarían que antes o después tendría que dormir, pero yo no tenía ninguna intención de hacer semejante cosa, me sentía más despierto que nunca. En realidad eran ellos los que se estaban quedando dormidos mientras remaban. Primero uno y luego el otro dejaron caer los remos y yo dejé que se acostaran. El cielo estaba cuajado de estrellas, el mundo en calma. Salió el sol. Un nuevo día. *Allez! En route!*

Remaban desganados. Miraban con furia y la lengua les colgaba de la boca. A media mañana, Mafile gruñó: «Vamos a por él, Simon. Prefiero que me pegue un tiro a morir de sed y de hambre remando», pero mientras hablaba seguía remando; y Simon también remaba. Me sonrió. ¡Ah! En aquel maldito mundo aquellos dos tipos amaban la vida, como la amaba yo también antes de que me la amargaran con sus frases. Los hice remar hasta el agotamiento, y sólo entonces señalé las velas de un barco en el horizonte. ¡Ajá! Tendría que haber visto cómo revivieron... Los

hice remar en dirección al barco. Cambiaron de pronto y sentí cómo se desvanecía la piedad que por un instante había sentido por ellos. Volvían a ser ellos mismos y me miraban con unos ojos que recordaba muy bien. Eran felices. Sonreían. «Está bien —comentó Simón—, la energía de este joven nos ha salvado la vida. Si no nos hubiera obligado, no habríamos remado jamás hasta el derrotero de los barcos. Camarada, te perdono. Te admiro». Y Mafile, desde delante: «Tenemos una deuda de gratitud contigo, camarada. Tienes madera de jefe». ¡Camarada, *monsieur*! ¡Ah, qué hermosa palabra! Y sin embargo, aquellos dos hombres habían conseguido que me acabara resultando odiosa. Los miré. Recordé sus mentiras, sus promesas, sus amenazas y todos mis días de miseria. ¿Por qué no me habían dejado tranquilo cuando salí de la prisión? Los miré y pensé que mientras vivieran jamás podría ser libre. Jamás. Ni lo podría ser yo ni la gente que, como yo, era de corazón ardiente y voluntad débil, porque no me engaño, sé que mi voluntad no es muy fuerte, *monsieur*. Me inundó la ira —una ira como una borrachera espantosa—, pero no precisamente contra la injusticia de la sociedad. ¡Oh, no! «¡Tengo que ser libre!», grité, furioso. «*Vive la liberté!* —gritó el canalla de Mafile—. ¡*Mort aux bourgeois* que nos enviaron a Cayena! Pronto sabrán que somos libres».

El cielo, el mar, todo el horizonte se tiñó de rojo de sangre alrededor del barco. Mi corazón latía tan fuerte que me daba la sensación de que todo el mundo lo podía escuchar. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que no lo entendieran? Simon preguntó: «¿Es que no hemos tenido ya suficiente?». «Sí —contesté—, ya hemos tenido suficiente». En realidad sentía lástima por él; a quien odiaba era al otro. Soltó el remo con un suspiro, y mientras levantaba la mano para secarse la frente con el aire de un hombre que ha cumplido con su deber, apreté el gatillo de mi revólver y le disparé al corazón. Se desplomó sobre la borda, con la cabeza colgando. No me molesté en mirarlo de nuevo. El otro emitió un grito desgarrador, un alarido de horror, y a continuación todo quedó en silencio. Dejó caer el remo y levantó las manos suplicando.

—¡Ten piedad! —murmuró—. ¡Ten piedad de mí, camarada!

—¡Ah, camarada! —murmuré en voz baja—. Por supuesto que soy tu camarada... Grita *Vive l'anarchie*.

Él alzó los brazos y la cara hacía el cielo y abrió los labios en un grito desesperado:

—*Vive l'anarchie! Vive...!*

Un instante después caía a plomo, ovillado sobre sí mismo y con una bala en la cabeza. Los arrojé a los dos por la borda, a continuación tiré el revólver, y luego me senté en silencio. ¡Era libre, al fin! Al fin. No me molesté ni en mirar hacia el barco; no me importaba; en realidad creo que debí quedarme dormido, porque de repente escuché unos gritos y a continuación vi el barco casi encima de mí. Me izaron a bordo y amarraron el bote a popa. Eran todos negros con excepción del capitán, que era un mulato. Apenas conocían unas cuantas palabras de francés. No conseguí averiguar adónde iban ni quiénes eran. Me dieron de comer todos los días, pero me desagradaba la forma en que hablaban de mí en su lengua. Puede que discutieran la posibilidad de arrojarme por la borda para quedarse con el bote. ¿Cómo iba yo a saberlo? Cuando pasamos frente a esta isla, pregunté si estaba habitada. Me pareció oír decir al mulato que había una casa en ella. Supuse que se refería a una granja, de modo que le pedí que me dejara desembarcar en la playa y le dije que se podía quedar con el bote por las molestias. Al parecer era justo lo que ellos querían. El resto ya lo sabe.

Tras pronunciar estas palabras, volvió a perder el control y se puso a caminar a toda prisa hasta que echó a correr. Movía los brazos como si fuesen las aspas de un molino de viento y gritaba de una forma cada vez más delirante. Su único estribillo era que no negaba «nada, nada». Lo único que pude hacer era dejarlo a su aire y apartarme de su camino, repitiendo «*Calmez vous, calmez vous*» a cada rato. Su propia excitación se encargó de acabar con sus fuerzas. Debo confesar, también, que permanecí a su lado mucho tiempo después de que se metiera bajo su mosquitero. Me había suplicado que no lo abandonara, y del mismo modo que uno se sienta junto a un niño nervioso, me senté yo junto a él hasta que se quedó dormido.

Mi opinión es que tenía más de anarquista de lo que me confesó o de lo que se atrevía a confesarse a sí mismo, y que su caso no era muy distinto del de muchos otros anarquistas. Un corazón ardiente y una voluntad frágil: ésa es la clave del enigma. Las contradicciones más acusadas y los conflictos más complejos del mundo se pueden producir hasta en el último de los corazones humanos.

Hice más tarde una pequeña investigación privada y puedo garantizar que la historia del motín de los presidiarios fue, en todos sus detalles, tal como él me la relató.

Cuando regresé a Horta desde Cayena y vi de nuevo al «anarquista», no tenía buen aspecto. Parecía aún más cansado, más débil y pálido bajo las manchas propias de su oficio. Como es lógico, la comida de la compañía (en forma no

concentrada) no le sentaba precisamente bien. Nos encontramos en el pontón de Horta. Yo traté de inducirlo a que dejara la lancha anclada donde estaba y me siguiera a Europa. Habría sido delicioso pensar en la sorpresa y el disgusto del buen gerente ante la huida de aquel pobre hombre, pero se negó con invencible obstinación.

—¡Pero no querrá vivir siempre aquí! —le dije.

Él negó con la cabeza.

—Moriré aquí —respondió, y luego añadió pensativo—: Lejos de todos ellos.

De cuando en cuando me da por pensar en él, me lo imagino tumbado con los ojos abiertos sobre el arnés de caballo en ese pequeño cobertizo lleno de herramientas y pedazos de hierro, el anarquista esclavo de la hacienda de Marañón, esperando con resignación infinita ese sueño que «voló» de su lado, como solía decir él, de forma incomprensible.

GASPAR RUIZ, UN RELATO ROMÁNTICO

I

Una guerra revolucionaria suele sacar de la oscuridad a muchos curiosos personajes, un puñado de vidas humildes que vive en los estratos más tranquilos de la sociedad.

Hay ciertos individuos que acaban logrando la fama gracias a sus virtudes o a sus vicios, o sencillamente por acciones que a veces llegan a adquirir una importancia transitoria antes de caer de nuevo en el olvido. Cuando por fin acaba la lucha, apenas sobreviven los nombres de algunos caudillos que se consignan en la Historia, y cuando muere también el recuerdo vivo de los hombres, éstos perviven calladamente en los libros.

El nombre del general Santierra alcanzó en su momento esa fría celebridad del «papel y la tinta». Fue un sudamericano de familia acomodada citado entre la nómina de los que contribuyeron a la liberación del continente del opresivo dominio español.

La larga batalla que se entabló a favor de la independencia por un lado, y del dominio por otro, se desarrolló en el transcurso de los años y los requiebros de la voluble fortuna con la crueldad de una lucha a vida o muerte. Todo sentimiento de lástima y compasión desapareció ante la inquina del odio político, y, como suele pasar en todas las guerras, fue la masa popular, precisamente la que menos iba a ganar con el resultado, la que más daños sufrió en sus oscuras personas y en sus humildes bienes.

El general Santierra comenzó sus servicios con cargo de teniente en el patriótico ejército organizado y comandado por el famoso San Martín, más tarde conquistador de Lima y libertador del Perú. Justo por aquel entonces se acababa de resolver una gran batalla en los límites del Bío-Bío. Entre los prisioneros capturados tras la derrota se hallaba un soldado llamado Gaspar Ruiz. Se distinguía del resto de sus compañeros de cautiverio por su abultada cabeza y su robusta constitución. También su personalidad resultaba inconfundible. Meses antes, y aprovechando las escaramuzas previas a la gran batalla, había abandonado las filas republicanas, pero había sido capturado después con las armas en la mano y entre los monárquicos no podía esperar más suerte que la de

ser fusilado por desertor.

Y sin embargo Gaspar Ruiz no era un desertor. Su inteligencia no alcanzaba para sopesar con mesura las ventajas y los peligros de la traición. ¿Por qué habría intentado cambiar de bando? La realidad le decía que estaba prisionero y que padecía malos tratos y muchas privaciones. En ningún campo se le había enseñado a ser tierno con sus adversarios. En cierta ocasión le ordenaron ponerse junto a otros rebeldes capturados, en la vanguardia de las tropas del rey. Le pusieron un fusil en las manos y él lo cogió y se marchó; no quería morir en unas circunstancias así sólo por negarse a avanzar, pero como tampoco poseía la menor noción de heroísmo, estuvo tentado de tirar el fusil a la menor oportunidad. Mientras tanto, lo iba cargando y descargando por el temor que le producía saltarle los sesos, a la menor señal de repugnancia, a cualquier oficial del rey de España, aunque no tuviera facultades para algo así. Todas aquellas consideraciones trató de exponérselas lo mejor que pudo al sargento de guardia al que habían encargado custodiarlo a él y a los otros veinte desertores, también sentenciados sumariamente a ser ajusticiados por las armas.

Se encontraba en aquel momento en un recinto cuadrado del fuerte situado tras las baterías que dominaban la rada de Valparaíso. El oficial encargado de identificarlo se había marchado sin ni siquiera escuchar sus quejas. Su suerte estaba echada, le habían atado con fuerza las manos a la espalda y le dolía todo el cuerpo debido a la cantidad de palos y golpes de culata que le habían dado para que caminara más rápido por el camino que iba desde el lugar en el que lo habían capturado y la puerta del fuerte. Aquella había sido la única señal sistemática de atención que los prisioneros habían recibido de su escolta durante un viaje de cuatro días a través de aquella desértica región del país. Si cruzaban algún arroyo les permitían calmar la sed bebiendo a toda prisa, y cuando anochecía les tiraban unas sobras de carne dejándolas caer como si se tratara de pequeños cadáveres.

Gaspar Ruiz estaba en el patio del castillo desde el amanecer, después de haberse pasado toda la noche caminando penosamente. Sentía la garganta abrasada y la lengua totalmente hinchada y reseca. Aparte de la sed, experimentaba en todo su cuerpo una vaga sensación de cólera que no era capaz de expresar, como si el vigor de su alma no se correspondiese en absoluto con la energía de su cuerpo.

Los otros prisioneros que se encontraban entre el puñado de los condenados tenían la cabeza gacha y miraban hacia el suelo con obstinación, pero Gaspar Ruiz no paraba de repetir:

— ¿Por qué me pase a los monárquicos? ¿Por qué deserté? ¡Dime, Esteban!

Luego se dirigió directamente al sargento, que resultó ser su paisano, pero el sargento encogió sus delgados hombros y dejó de prestar atención a aquella voz grave que seguía murmurando a sus espaldas. Realmente le extrañaba mucho la desertión de Gaspar Ruiz; los de su pueblo eran demasiado humildes como para que pudieran apreciar las ventajas de otra forma de gobierno. No había por tanto ninguna razón lógica que hiciera entender por qué Gaspar Ruiz quería soportar en su persona las leyes del rey de España, ni tampoco se había manifestado jamás proclive a exteriorizar ninguna forma de subversión. Se había afiliado al partido de la independencia de una manera razonable y natural. Un día, al amanecer, se habían plantado en el rancho de su padre un grupo de patriotas, matando a lanzadas a los perros guardianes y desjarretando a una hermosa vaca, todo en un pestañeo y sin dejar de gritar: «¡Viva la libertad!». El oficial estuvo durante un buen rato hablando de la libertad con gran elocuencia después de una larga y reconfortante siesta, y cuando cayó la tarde y se marcharon, llevándose con ellos algunos de los mejores caballos de Ruiz padre para sustituir a sus exhaustos rocines, Gaspar se fue también con ellos apremiado por las sugestivas invitaciones del oficial.

Poco después, un destacamento de tropas monárquicas al que se le había encargado pacificar aquel distrito había quemado el rancho y había incautado el resto de los caballos y el ganado, dejando a los pobres viejos bajo un arbusto, sin uno solo de sus bienes terrenales, aunque con el inestimable don de la vida.

II

Gaspar Ruiz había sido condenado a muerte y no pensaba en aquel momento ni en su pueblo natal ni en sus padres, para quienes por otra parte siempre fue un buen hijo debido a la mansedumbre de su temperamento y a la fortaleza de sus brazos. La ventaja de aquella última virtud era más apreciada aún por su padre, debido a la enorme docilidad del chico. El alma de Gaspar Ruiz era fácilmente maleable.

Pero en ese momento, lo cierto es que le había invadido una especie de violenta rebeldía ante la posibilidad de morir acusado de traición. ¡Él no era un traidor! Se lo dijo una vez más al sargento:

—Esteban, tú sabes perfectamente que yo no he desertado, y sabes también que me quedé retrasado entre los árboles con los otros tres para contener al enemigo mientras huía el destacamento.

El teniente Santierra, que por aquel entonces era apenas un jovencito y que en absoluto estaba acostumbrado a las crueles necesidades de la guerra, se había quedado rondando por allí, como fascinado por el espectáculo de aquellos hombres que estaban a punto de ser fusilados como «escarmiento», por utilizar la misma palabra que el comandante.

El sargento ni siquiera se dignó a mirar al prisionero, y se dirigió al joven oficial con una sonrisa de superioridad:

—Ni siquiera diez hombres habrían bastado para apresarlos, mi teniente, y por si fuera poco, los otros se incorporaron al destacamento después de que anoheciera. ¿Por qué no hizo él lo mismo si era el más sano y el más fuerte de todos?

—Mi fuerza no sirve de nada contra un hombre que sabe manejar el lazo — se quejó con vehemencia Gaspar Ruiz—. El que me apresó me llevó casi un kilómetro a rastras.

Ante una razón tan poderosa como aquélla, el sargento se limitó a sonreír

con desdén. Santierra fue corriendo en busca del comandante, y a los pocos minutos apareció el ayudante del castillo, un hombre violento y esquelético que llevaba un uniforme andrajoso. De aquel rostro chato y amarillento surgía una voz temblorosa. Gracias a él, el sargento tuvo noticia de que los prisioneros no iban a ser fusilados hasta la puesta de sol, por lo que preguntó qué tenía que hacer con ellos hasta entonces.

El ayudante miró a su alrededor con desprecio, señaló la puerta de un pequeño cuarto de guardia parecido a una mazmorra donde la luz y el aire entraban a través de una única ventana con gruesos barrotes, y gritó:

—Meta ahí adentro a esos canallas.

El sargento agarró el bastón de su cargo con energía y celo, y cumplió aquella orden con placer. Como Gaspar Ruiz tardó en reaccionar, le pegó en la cabeza y en la espalda. Gaspar se quedó quieto durante unos segundos ante aquella lluvia de golpes, mordiéndose los labios pensativo, y como si estuviese atrapado en un proceso de perplejidad mental, para seguir a sus compañeros a continuación, y sin mucha prisa. Cerraron la puerta y el ayudante se fue con la llave.

A la llegada del mediodía el calor en el interior de aquella estancia chata comenzó a ser sofocante. Los prisioneros se habían arracimado bajo la ventana y pedían a gritos a sus guardianes un poco de agua, pero los soldados permanecían desparramados en distintas posturas bajo la poca sombra que había junto a la pared, mientras el centinela fumaba parsimoniosamente un cigarrillo y levantaba las cejas de cuando en cuando. Gaspar Ruiz consiguió abrirse paso hasta la ventana gracias a su fuerza. Su voluminoso pecho necesitaba más aire que los demás. Apoyó su enorme cara en el alféizar y la apretó contra los barrotes. Parecía el soporte del resto, apiñados a su alrededor para poder respirar. Habían pasado de los quejumbrosos ruegos a los gritos desesperados, y las voces de aquellos hombres sedientos llevaron al joven oficial que en ese momento estaba cruzando el patio a lanzar un grito para hacerse así oír y respetar:

—¿Por qué no le dan agua a esos presos?

El sargento se disculpó con aire de inocencia sorprendida y se excusó respondiendo que aquellos hombres iban a morir dentro de poco.

El teniente Santierra golpeó el suelo con un pie.

—¡Que hayan sido condenados a muerte no significa que tengan que ser torturados! —gritó—. ¡Denles agua inmediatamente!

Ante aquel gesto de enfado, los soldados se quedaron tan desconcertados que se pusieron en movimiento. El centinela agarró su fusil y ordenó la posición reglamentaria, pero, cuando llenaron un par de cubos en el pozo, se dieron cuenta de que eran demasiado grandes como para que cupieran entre los barrotes. Ante la esperanza de poder saciar la sed, los gritos de los hombres que se encontraban tras la ventana se hicieron realmente desgarradores, pero cuando los soldados que alzaban los cubos los volvieron a dejar sobre el suelo con desaliento, el clamor de la desilusión fue todavía más desolador. Los soldados del ejército de la independencia no tenían cantimploras. Alguien encontró al final un bote de hojalata, pero en cuanto lo acercaron a la apertura se produjo tal furia, tales aullidos de rabia y de dolor en aquella masa humana que el teniente Santierra gritó:

—No, mejor abra usted la puerta, sargento.

El sargento se encogió de hombros y dijo que no tenía autoridad para abrir aquella puerta, ni siquiera en el hipotético caso de haber tenido la llave, pero como ni siquiera la tenía... Se la había llevado el ayudante de la guarnición. Aquellos hombres estaban dando mucho trabajo de manera innecesaria, no entendía por qué no se los había ajusticiado al amanecer, como se había previsto al principio.

El teniente Santierra seguía de espaldas a la ventana deliberadamente. Gracias a sus súplicas reiteradas había conseguido que el comandante retrasara la ejecución. Se le había concedido aquel favor por respeto a la distinción de su familia y a la posición que tenía su padre entre los mandamases del partido republicano. El teniente creía que el general en jefe iba a visitar el fuerte aquella misma tarde, y esperaba ingenuamente que su intercesión lograría el indulto para alguno de los criminales. Poco más tarde, el flujo de sus sensaciones lo llevó a pensar que su pretensión era frívola y punible, y le pareció evidente que el general jamás iba a consentir algo semejante. No sólo no iba a salvar a los infelices, sino que además iba a tener que responsabilizarse de la crueldad de todos aquellos sufrimientos añadidos.

—Vaya inmediatamente a pedir la llave al ayudante —dijo Santierra.

El sargento no pudo evitar una mueca de sonrisa mientras sus ojos miraban de soslayo el rostro de Gaspar Ruiz, inmóvil entre los barrotes, destacándose entre

aquel fondo compuesto de caras amarillentas y desencajadas.

—El señor ayudante de plaza —murmuró el sargento— está durmiendo la siesta.

Y aun suponiendo que a un sargento como él se le fuera a permitir llegar hasta su superior, lo único que provocaría era que quisiera arrancarle el alma del cuerpo por interrumpir su descanso.

Movió las manos en un gesto de súplica, con la mirada clavada en sus negros pies. El teniente Santierra se quedó allí, contemplándolo indignado, pero tuvo un momento de vacilación. De pronto se sonrojó su hermoso rostro ovalado, pulido como el de una jovencita. Su carácter le había vuelto a jugar una mala pasada. Le tembló el labio superior, y por un segundo se sintió a punto de estallar de rabia o de prorrumpir en llanto.

Cincuenta años más tarde, el general Santierra, aquella venerable reliquia de la época de la revolución, todavía era capaz de recordar los juveniles sentimientos de aquel imberbe teniente. Desde el momento en que fue incapaz de acompañarlos a caballo, el mayor placer de aquel veterano consistía en recibir en su casa a los oficiales de las escuadras extranjeras que pasaban por el puerto. Sentía predilección por los ingleses y por los viejos compañeros de armas. Todos los oficiales ingleses aceptaban su hospitalidad con interés, porque en su momento había conocido a lord Cochrane y participado en todas las operaciones navales de la Guerra de la Independencia. Era un políglota extraordinario, pero cuando se daba el caso de que se le resistía alguna palabra en inglés o en francés, se alisaba oportunamente la barba blanca, lo que acababa por otorgar un aire de pausada dignidad al tono de sus recuerdos.

III

—Así es, amigos míos —solía decirle a sus invitados—, ¿qué podía hacer un jovencito de diecisiete años como yo, sin la menor experiencia y debiendo encima mi grado al patriotismo de mi padre, que en paz descanse? La tremenda humillación que sufrí no fue precisamente a causa de aquel subordinado, que al fin y al cabo era en ese momento el responsable de los prisioneros, sino porque en mi infantilismo yo también tenía miedo de ir a pedirle la llave al ayudante. Ya conocía bien el lenguaje rudo de aquel individuo, que, como el hombre vulgar que era, y sin más mérito que el de su valor, me había demostrado su desagrado y desprecio en el mismo instante en que me había incorporado al batallón del fuerte. ¡Desde aquel episodio sólo habían pasado quince días! Y aunque no me habría costado desafiarlo con la espada en la mano, me inquietaba su sarcasmo burlón.

»No recuerdo haberme sentido en toda mi vida tan timorato, ni antes ni después. La tortura de mi sensibilidad era tan grande que casi habría deseado que el sargento se hubiese desplomado a mis pies y se hubiesen convertido en cadáveres todos aquellos estúpidos soldados que me estaban mirando en aquel instante; casi me habría complacido la muerte súbita de aquellos infelices a los que había intentado aliviar en vano, porque ni siquiera podía mirarlos sin sentir vergüenza. Del oscuro lugar en el que se encontraban los presos salía una nube de calor mefistofélico. Los de la ventana habían escuchado todo lo que había ocurrido y estaban empezando a burlarse de mí con exasperación, mientras que uno de ellos, que sin duda ya había empezado a enloquecer, me gritó que ordenase a los soldados abrir fuego contra los presos de una buena vez. Aquella verbosidad enloquecida hizo que se me encogiera el corazón. Los pies me pesaban como el plomo. No había ningún oficial superior al que poder dirigirme, y ni siquiera tenía el valor suficiente como para alejarme de allí.

»Sobrecogido por el remordimiento, me puse de espaldas a la ventana, aunque se pueden imaginar perfectamente que aquello no duró mucho. ¿Cuánto fue? ¿Un minuto, quizá? Si la vara de medir hubiese sido la angustia, diría que transcurrió un siglo, mucho más tiempo del que hasta entonces llevaba con vida. Pero no fue así: la realidad es que transcurrieron tan sólo unos cuantos segundos. Se escuchó un gemido procedente de toda aquella escoria humana, y poco después una voz profunda, grave, tranquila, una voz que hizo que me diera la vuelta al

instante.

»Aquella voz, señores, salía de la enorme cabeza de Gaspar Ruiz. Yo no podía ver su cuerpo. Algunos de sus compañeros de encierro se le habían subido a la espalda y él hacía esfuerzos por sostenerse. Parpadeaba sin mirarme. Eso y mover los labios era lo único que podía hacer en aquella situación. Cuando me di la vuelta hacia donde se encontraba aquella cabeza, que para mí tenía un tamaño descomunal y descansaba sobre una barba bajo una pequeña multitud de cabezas, me preguntó si realmente tenía intención de aplacar la sed de los presos.

»—Sí, sí —repliqué al instante. Y luego me acerqué a la ventana. Me comportaba como un niño pequeño y desconocía lo que podía ocurrir, pero tenía ganas de que alguien me consolara en mi desamparo.

»—¿Tiene usted autoridad, señor teniente, para desatarme las manos? —preguntó la cabeza de Gaspar Ruiz.

»En sus facciones no había síntoma de ansiedad ni esperanza, sus pesados párpados se movieron lentamente sobre los ojos, que miraban el patio a mis espaldas fijamente. Como si estuviese tartamudeando en medio de una pesadilla, pregunté:

»—¿Qué quiere usted decir? ¿Cómo voy a llegar desde aquí hasta las ataduras?

»—Intentaré hacer lo que pueda —contestó él.

»En ese momento, aquella enorme cabeza se agitó por fin y todos los salvajes rostros que estaban amontonados sobre ella en la ventana desaparecieron como por milagro. Gaspar se había sacudido aquella carga de un solo movimiento, era así de fuerte. Y no sólo eso, sino que también se libró del aplastamiento desvaneciéndose ante mi mirada. Durante unos segundos nadie se asomó por la ventana. Gaspar se balanceaba a ambos lados, y fue abriéndose hueco de la única manera que podía con las manos atadas a la espalda: a empellones. Finalmente retrocedió hasta la abertura y me tendió las manos entre los barrotes. Tenía las muñecas atadas y repletas de nudosas venas. Eran unas manos enormes, pesadas. Vi cómo doblaba la espalda. Tenía una voz parecida al mugido de un toro.

»—¡Corte, teniente, corte!

»Yo saqué mi espada, una espada flamante que no había tenido ocasión de

usar todavía, y corté las vueltas de aquella cuerda que se hundía en la carne. No sabía por qué estaba haciendo aquello, pero me impulsaba algo parecido a la confianza. El sargento quiso gritar, pero estaba tan asombrado que era incapaz de decir nada; se quedó mirándome con la boca abierta, como si se hubiera vuelto imbécil.

»Envainé la espada y me enfrenté a los soldados. Había un aire de expectación en el ambiente que substituyó a la apatía anterior. Escuché cómo sonaba en el interior el vozarrón de Gaspar Ruiz, pero no conseguí entender lo que decía. Supongo que cuando sus compañeros lo vieron con las manos libres, el prestigio de su fuerza fue en aumento, y deduje la influencia moral que la clase baja le suele otorgar a la fuerza física. En realidad, no era demasiado temible aún, porque sus manos seguían entumecidas. El sargento recuperó el habla:

»—¡Por todos los santos! —gritó—. Vamos a tener que recurrir de nuevo a un jinete con lazo para atraparlo y poder llevarlo al lugar de la ejecución. Hizo falta un “enlazador” para atraparlo la otra vez. Señor, no sabe usted lo que acaba de hacer.

»Yo no sabía qué contestar a eso. También yo estaba sorprendido y tenía una curiosidad infantil por ver lo que iba a suceder. El sargento seguía pensando en la dificultad de controlar a Gaspar Ruiz cuando llegara la hora de ajusticiarlo.

»—Puede que haya que matarlo a tiros en cuanto abramos la puerta —añadió desafiante.

»Y ya se disponía a seguir relatando sus preocupaciones sobre cómo se iba a cumplir la sentencia, cuando se interrumpió con una brusca exclamación, le quitó el fusil a uno de los soldados y se quedó vigilando con la mirada fija en la ventana del calabozo.

IV

—Gaspar Ruiz había gateado hasta sentarse con los pies contra el espesor del muro y las rodillas ligeramente dobladas. La ventana no era lo bastante ancha para albergar la holgura de sus piernas. Mi cobarde impresión fue la de que quería disfrutar aquel hueco para él solo, y hasta me pareció que trataba de encontrar una postura más cómoda. En el interior nadie se atrevía a acercarse a él porque ahora tenía las manos libres y podía golpear.

»—¡Por Dios! —escuché cómo gritaba el sargento a mi lado—. Voy a meterle un tiro en la cabeza para que deje de molestarnos de una vez. No es más que un condenado a muerte.

»Yo lo miré iracundo.

»—El general todavía no ha confirmado la sentencia —dije, mientras en mi interior dudaba de la eficacia de mis palabras porque la sentencia no precisaba de ninguna confirmación—. A no ser que intente fugarse, usted no tiene ningún derecho a matarlo.

»—¡Por la sangre de Dios!^[19] —exclamó el sargento echándose el fusil encima—, ¡pero si ya lo está intentando, mire!

»Y en ese momento, como si Gaspar Ruiz me hubiese embrujado, desvié el fusil hacia lo alto y la bala salió disparada por encima de los tejados sin herir a nadie. El sargento tiró el arma al suelo y se quedó inmóvil. En ese momento podría haber ordenado a los soldados que abrieran fuego, pero no hizo tal cosa. Me imagino que si lo hubiese hecho nadie lo habría obedecido.

»Con los pies en el grueso muro, y agarrado con sus peludas manos a los barrotes de hierro, Gaspar Ruiz continuaba sentado. Inmóvil en aquella actitud parecía no estar haciendo nada, pero de pronto nos dimos cuenta de que estaba arqueando la espalda y contraía los brazos. Entre sus labios surgía algo parecido a un gruñido. Lo primero que vimos era que la barra de hierro se había doblado un poco ante el tirón del gigante. El sol le daba de lleno, y de su frente comenzaron a brotar gruesas gotas de sudor. El barrote siguió encorvándose cada vez más, y en

las uñas comenzaron a verse unas manchitas de sangre. Luego lo soltó. Durante unos instantes se quedó como distraído con la cabeza gacha y mirando pensativo las enormes palmas de sus manos. En realidad estaba como amodorrado. De pronto se puso de espaldas en el alféizar, y apoyando las plantas de los pies contra otro barrote, lo dobló también, pero en una dirección opuesta a la primera.

»Su fuerza era tan enorme que en aquel caso alivió mis penosas impresiones. Se podría decir que el hombre no había hecho nada. Si no fuera por el cambio de postura para utilizar los pies como empuje, habría recordado toda aquella escena como una situación inmóvil. Los dos barrotes se encontraban completamente separados. Gaspar ya podía salir de su encierro, pero en vez de eso siguió con las piernas colgando hacia el interior y, mirando a los soldados por encima del hombro, les avisó para decirles:

»—Dadme agua, voy a darles a éstos de beber.

»Lo obedecieron. Por un instante, me dio miedo que desaparecieran de mi vista el hombre y el cubo arrastrados por la furia de la impaciencia; pensé que habrían sido capaces de tirar de él con los dientes. Hubo una acometida, pero Gaspar tenía el cubo asido y le bastó plantar los pies por delante para impedir el asalto de los otros. Los muertos de sed retrocedían a cada patada gimiendo de dolor, y los soldados se divertían con el imprevisible espectáculo que se les ofrecía desde la ventana.

»Todos se reían menos el sargento, que siempre estaba huraño y de mal humor. Tenía miedo de que los prisioneros se animaran tanto que acabaran por rebelarse, lo que habría supuesto un grave contratiempo. En realidad no había por qué tener miedo, pero yo seguía de pie frente a la ventana con la espada desenvainada. Cuando se fueron tranquilizando otra vez gracias a la contención y la fuerza de Gaspar Ruiz, se fueron unos hacia otros alargando los cuellos para posar los labios sobre aquel cubo que el hombretón inclinaba hacia ellos desde sus rodillas, con gesto de compasión y ternura. Su mirada benévola tenía mucho que ver con el cuidado necesario para no derramar el agua desde aquella posición, sentado en el alféizar, porque si alguno de sus compañeros pegaba la boca demasiado tiempo al cerco del balde después de que Gaspar le hubiese dicho “basta”, no había ternura ni compasión en la patada que enviaba al preso al fondo del calabozo, atropellando a dos o tres antes de caerse de espaldas. Volvieron a beber todos una y otra vez, como si tuvieran intención de secar el pozo antes de morir, ya que los soldados, divertidos con el procedimiento de Gaspar Ruiz, le iban llenando el cubo cuando lo pedía.

»Como podrán comprender, el asunto se complicó mucho en el momento en que el ayudante se despertó de su siesta y se presentó en el patio. Lo peor fue que el general, a quien yo esperaba con tanta ansiedad, no llegó al castillo aquel día.

La comitiva del general Santierra expresó unánimemente su lástima por que un hombre tan fuerte y generoso como Gaspar Ruiz no se hubiese salvado.

—Sí, se salvó al final, pero no por mediación mía —aclaró el general—; los prisioneros fueron llevados al lugar de la ejecución antes de que se pusiera el sol y Gaspar Ruiz no provocó el menor trastorno a pesar de todas las previsiones. No hizo falta que se presentara ningún jinete para reducirlo como a un toro en el campo. Fue el único que marchó con las manos libres, el resto las llevaban atadas. Yo no lo vi porque no me encontraba allí, había sido arrestado por inmiscuirme en asunto ajenos. Estaba en mi habitación reposando melancólicamente cuando escuché tres descargas. Pensé que ya no volvería a ver nunca más a Gaspar Ruiz. Había caído con sus compañeros de infortunio. Más tarde supimos de él, aunque el sargento aseguraba con terquedad que cuando estaba boca abajo, agonizando o muerto sobre el montón ensangrentado de gente, le había traspasado el cuello con la espada para estar seguro —eso dijo— de que libraba al mundo de un traidor.

»Les aseguro, señores, que recordaba a aquel hombre con gratitud y admiración. Utilizó su fuerza con honradez, y nunca hubo en su alma el orgullo que habría correspondido al vigor de su cuerpo.

V

Gaspar Ruiz, un hombre capaz de doblar los barrotes de una celda con facilidad, fue llevado junto al resto al lugar de la ejecución. «Cada bala tiene su blanco», dice el refrán. El mérito de los refranes es precisamente que unen la precisión a una expresión pintoresca. Es en la sorpresa de nuestra imaginación donde se encuentra su poder de persuasión o, por decirlo de otra manera: nos hieren y sorprenden precisamente por lo imprevisibles que son.

Y lo que nos sorprende no es tanto la forma como el fondo. Los refranes son un verdadero arte, aunque se trate de un arte barato. Por lo general, ni siquiera son ciertos, o apenas llegan a la categoría de algo vulgar. Como por ejemplo: «En casa del herrero, cuchara de palo», o: «Más vale pájaro en mano que ciento volando». Algunos refranes son sencillamente una estupidez y no pocos son inmorales. Hay uno que proviene del ingenuo corazón del pueblo ruso que dice: «El hombre es quien aprieta el gatillo, pero es Dios quien mueve la bala». Se trata de una atrocidad religiosa que además contradice por completo la confianza en la misericordia de Dios. ¡Vaya una misión para el protector de todos los pobres y los desvalidos del mundo la de llevar la bala hasta, pongamos por caso, el pecho de un padre!

Gaspar Ruiz no tenía mujer ni hijos, nunca había estado enamorado. Desconocía casi por completo en qué consistía hablar con una mujer que no fuera su madre y la vieja negra que siempre les había servido como criada, cuya piel era del color del carbón y cuya espalda se había ido arqueando con el paso de los años. Si alguna de las balas que se dispararon frente a Gaspar Ruiz iba dirigida a su corazón, hay que decir que erraron el blanco; una, eso sí, le arrancó un trozo de oreja, y otra un poco de carne del hombro izquierdo.

Un sol ardiente y claro que comenzaba a ocultarse tras el océano contemplaba con altivez la ingente muralla de las cordilleras que habían sido testigos de aquel ocaso. Es poco probable que reparase en cómo unos hombres, esas minúsculas hormigas, se dedicaban a matarse y destruirse por razones que no sólo eran infantiles, sino que ni siquiera comprendían del todo bien. Iluminó, no obstante, los dorsos de los soldados del pelotón y los rostros de los condenados. Algunos cayeron de rodillas, otros seguían de pie y algunos retiraban la mirada de

los fusiles que los estaban apuntando. Gaspar Ruiz, el más corpulento de todos, movía la cabeza. Sintió que le rozaba algo entre los muertos.

Cayó en la primera descarga y pensó que lo habían matado. Se desplomó sobre el suelo con todo su peso y le sorprendió la violencia del choque. «Creo que no he muerto», se dijo a sí mismo cuando escuchó la orden de mando de volver a cargar, y en ese momento fue cuando volvió a nacer dentro de él la esperanza de salir con vida. Permaneció tendido y rígido sintiendo el peso de aquellos dos cuerpos que habían caído sobre su espalda en forma de cruz.

Los soldados dispararon una tercera descarga contra el hacinamiento de ejecutados; el sol desapareció tras el horizonte y, al oscurecerse, quedaron sumidos en las sombras de la joven república. Sobre la penumbra de aquellas tierras bajas, los picos nevados de la cordillera continuaron iluminados todavía un tiempo bajo una luz rosada. Los soldados se sentaron a fumar cuando regresaron al fuerte. El sargento se dirigió hasta el montón de muertos con la espada desenvainada. Era un ser humano y le movía la intención de clavar su espada en todos los cuerpos que mostraran aún la más mínima señal de vida, pero ninguno le ofreció la posibilidad de ejecutar su misericordiosa intención. No se movía ni un solo músculo en aquella masa, tampoco los poderosos músculos de Gaspar Ruiz que estaba allí, haciéndose el muerto empapado bajo la sangre de sus compañeros.

Estaba tumbado bocabajo. El sargento lo reconoció de inmediato por su estatura, y como él era un hombre pequeño, contempló con cierta envidia su vigor y su corpulencia. Nunca le había resultado muy simpático aquel soldado tan fuerte, por lo que el rencor le hizo darle una recia puñalada a Gaspar en el cuello, con la turbia idea de que así iba a rematar la destrucción de aquel gigante, si se diera el caso de que su constitución hubiera sido capaz de sobrevivir incluso a las balas. A continuación se apartó del lugar y se marchó junto al resto, dejando los cadáveres a cargo de los buitres y los cuervos.

Gaspar Ruiz, aunque pensó que le estaban cortando la cabeza de un tajo, fue capaz de contener un grito. Cuando anocheció del todo se sacudió de encima aquellos dos cuerpos cuyo peso lo oprimía y se arrastró por el suelo utilizando las manos y las rodillas.

Bebió con ansia en un arroyo, como un animal herido, se puso en pie y dudó unos instantes, mareado y sin norte, como si se encontrara perdido en medio de las estrellas de aquella noche clara. Frente a él se alzaba una pequeña casa. Se dirigió hacia ella y golpeó la puerta con el puño. No había en ella ninguna luz. Gaspar

Ruiz habría podido pensar que, al igual que tantos otros, los habitantes de aquella casa habían huido, pero de pronto llegaron del interior unos gritos injuriosos. En el estado de fiebre y debilidad en que se encontraba, aquellos gritos le parecieron parte de una alucinación provocada por la pesadilla de su condena a muerte, la sed que había sufrido, las descargas de los fusiles a diez metros y la sangrante herida del cuello.

—¡Abran la puerta! —suplicó—. ¡Por Dios, abran la puerta!

Desde el interior llegó una voz enfurecida:

—¡Entre! ¡Entre! La casa es suya y también toda la tierra que la rodea. Entre cuando quiera.

—Por el amor de Dios —murmuró Gaspar Ruiz.

—¿Es que no es el país entero de los patriotas? —gritó la voz que estaba al otro lado de la puerta—. Porque supongo que usted será patriota, ¿no?

Gaspar Ruiz no lo sabía.

—Soy un hombre herido —dijo con indiferencia.

Se hizo un silencio en el interior de la casa. Gaspar perdió la esperanza de que le dieran cobijo y se tumbó en la entrada, pegado a la puerta. Ya había dejado de preocuparse por su suerte y toda su sensibilidad estaba concentrada en el cuello, donde sentía un dolor muy agudo. Era realmente sincera su indiferencia en cuanto al futuro.

Cuando despertó del sopor estaba empezando a amanecer. La puerta a la que había llamado ahora se encontraba abierta de par en par, y había una mujer joven con los brazos tendidos hacia el umbral. Gaspar la miró con atención, tumbado de espaldas. Tenía el rostro pálido y los ojos muy negros, el pelo oscuro le caía por las blancas mejillas y tenía unos labios carnosos y rojos. Detrás de ella apareció otro rostro de largas greñas grises, cara delgada y un par de manos ansiosamente retorcidas bajo la barbilla.

VI

—Conocía a aquellas personas de vista —continuó relatando el general Santierra a sus invitados, ya en la mesa—. Me refiero a las personas bajo cuyo cobijo se encontró de pronto Gaspar Ruiz. El padre era un viejo español, un hombre rico que había acabado arruinándose debido a la revolución. Su finca, su casa de la ciudad y todo su dinero habían sido confiscados por decreto, por haberse demostrado un enemigo abierto de la independencia. Había pasado de tener un puesto influyente en el consejo del virrey a estar peor que sus propios esclavos negros, que habían sido emancipados por nuestra gloriosa revolución. Ni siquiera tenía medios para salir del país, como sí pudieron hacer otros españoles. Tal vez por aquella razón había acabado vagando sin fortuna ni hogar hasta acabar con sus huesos en el único lugar que le había permitido, por clemencia, el Gobierno provisional, y había acabado lamiéndose las heridas bajo aquel puñado de desmoronadas tejas. Estaba en un paraje solitario y no daba la sensación de que hubiera ni siquiera un perro guardián para cuidar de la casa. El techo estaba agujereado como si le hubiese caído una bomba encima, pero los postigos de madera eran muy gruesos y estaban bien encajados.

»Uno de los paseos que solía dar era el del sendero que llevaba hasta aquel miserable rancho. Iba a caballo del fuerte hasta la ciudad prácticamente todas las tardes para suspirar frente a la reja de una dama de la que estaba enamorado.

»Era una buena “patriota”. Lo crean o no, las pasiones políticas eran tan intensas en aquella época que habría sido totalmente incapaz de fascinarme por los encantos de las mujeres monárquicas.

Hubo unos cuantos murmullos de incredulidad en la mesa que hicieron que el general se callara de pronto, y cuando se acabaron el capitán se dio un ligero tirón de protesta en la blanca barba.

—Señores —protestó—, en aquellos días un monárquico se presentaba ante nuestra enardecida imaginación como un verdadero monstruo. Les digo esto para que no sospechen que pudiera sentir la más ligera ternura hacia la hija del viejo monárquico. Como bien saben ustedes, era a un lugar muy distinto al que me llevaba el cariño, lo que no impidió que en alguna ocasión me fijara en ella, sobre

todo cuando estaba de pie en el umbral de su puerta abierta.

»Han de saber también que el anciano español estaba loco más allá de todo límite. Las desgracias políticas y su decadencia le habían aniquilado el juicio y para fingir desprecio hacia los patriotas se reía de su encarcelamiento, de la confiscación de sus bienes, el incendio de sus casas y la miseria a la que se había visto reducida su prole femenina. Se había arraigado hasta tal punto en él la costumbre de reír despreciativamente que ya lo hacía siempre cada vez que veía a un extraño. Ésa era la forma en la que se manifestaba su locura.

»A mí, como es evidente, me desagradaban mucho las mofas de aquel loco por el sentido de superioridad que nos daba a todos los americanos el triunfo. Supongo que le despreciaba en el fondo de mi corazón porque era castellano viejo, nacido en España y monárquico. Unas razones que me siguen pareciendo de lo más convincentes para desdeñar a un semejante. Se habían cambiado las tornas.

»Siempre lanzaba al aire un quejido antes de gritar:

»— Ahí veo a un patriota... ¡Otro más!

»Cuando sabía que estaba a punto de pasar junto a su puerta. El tono en el que lanzaba aquellas injurias mezcladas con accesos de ira era a veces escalofriante, y otras veces muy grave. Nadie ponía en duda su locura; por eso me habría parecido un atentado contra mi propia dignidad detener el caballo y mirar hacia la casa como si el inofensivo griterío de aquel viejo fuese más digno de atención que el ladrido de un perro. Ésa era la razón por la que siempre pasaba a caballo frente a él con la misma expresión de altivez en el rostro.

»Mi actitud sería digna, pero la verdad es que más me habría valido tener los ojos un poco más abiertos. Un militar en tiempo de guerra nunca debe dejar de ser astuto, especialmente si se trata de una guerra revolucionaria, porque eso significa que el enemigo está afuera, pero también dentro de la propia casa. Ciertas ocasiones, y sobre todo al calor de algunas opiniones apasionadas, hacen que las ideas se conviertan en odio y desaparecen la humanidad y el honor en muchos hombres y la delicadeza y el temor en algunas mujeres.

»En cuanto las últimas dejan de lado la timidez y el recato propios de su sexo, acaban siendo, tanto por la perspicacia de su inteligencia como por la violencia de su resentimiento, más peligrosas que un hombre armado.

El general alzó la voz y con una de sus masculinas manos se tiró un par de

veces de la barba para producir un efecto de calma venerable.

—Así es, amigos. Las mujeres son capaces de alzarse hasta la cima de la abnegación más inasequible y también de hundirse en el abismo del envilecimiento para sorpresa de nuestros prejuicios masculinos. Me refiero, como es lógico, a las mujeres fuera de lo común.

Uno de los comensales afirmó entonces que no había conocido jamás a una mujer que contuviese en su interior la posibilidad de revelarse como excepcional en unas circunstancias en las que hirieran profundamente sus sentimientos.

—Esa superioridad que tienen sobre nosotros para el rencor —añadió—, las convierte en los sujetos más interesantes de la Humanidad.

El general había aceptado la interrupción con cortesía inasible. Asintió una vez más y continuó inclinando ligeramente la cabeza:

—Sí, así es, en muchos casos... Precisamente... Son capaces de generar males sin cuento y de las formas más inesperadas. ¡Quién se habría podido imaginar que una joven, hija de un monárquico arruinado, cuya vida dependía en realidad del desdén de sus enemigos tenía poder para hacer caer la devastación y la muerte sobre dos provincias bollantes y ocasionar serios dolores de cabeza a los cabecillas de la revolución en el mismo instante de su triunfo!

Se detuvo unos instantes para dar tiempo a que el asombro invadiera por completo nuestra imaginación.

—¡La muerte y la devastación! —exclamó alguien asombrado—. ¡Qué horror!

El viejo general le dirigió una mirada a la persona que lo había interrumpido y continuó:

—Sí, la guerra y sus dramas, pero la forma en la que provocó esos estragos creo que sorprenderá todavía más a quienes tuvieron oportunidad de verla y tratarla. Ésa es una particularidad que ha dejado en mi ánimo un estupor considerable en la experiencia posterior de mi vida y que no he sido capaz de solucionar del todo durante el transcurso de estos cincuenta años.

Miró su alrededor para asegurarse de que tenía completamente rendida nuestra atención y prosiguió:

—Todos los que están aquí saben que soy republicano e hijo de un libertador. Mi madre, que en paz descansa, era francesa e hija de un republicano convencido. En mi juventud luché por la libertad y siempre he creído en la igualdad de todos los hombres y en su fraternidad, que a mi parecer, es todavía más cierta. ¡Fíjense en el ánimo que despliegan en sus disputas! ¿Es que hay algo más feo en este mundo, y más caldeado, que las peleas políticas?

En ciertas ocasiones la ausencia de cinismo acaba conteniendo la propensión humana a la sonrisa ante la idea de la fraternidad. En el tono de las palabras de aquel veterano se podía apreciar la melancolía natural de un hombre honrado que por causas relacionadas con el deber, la convicción y la necesidad había desempeñado sus funciones en escenas de un dramatismo acentuado. Si había algo de lo que sabía el general era de luchas fratricidas:

—Pues ni siquiera eso me ha hecho dudar de la fraternidad —insistió—: todos los hombres son hermanos y así es como se reconocen entre ellos. Eso sí —y aquí el venerable anciano de pelo blanco como la plata guiñó con humor sus ojos negros—, si con respecto a los hombres se puede decir que somos todos hermanos, con las mujeres nos une un parentesco diferente.

Uno de los invitados más jóvenes hizo notar su aprobación con un murmullo, y el general continuó con premeditada seriedad:

—¡Son realmente diferentes! Aquel célebre cuento del rey que compartió el trono con una joven pordiosera sería demasiado hermoso en nuestra perspectiva de entender el amor, pero que una dama que había sido célebre por la altanería de su belleza, y que hasta hacía muy poco había sido admirada en los bailes del palacio del virrey, cogiera de la mano a un «guaso», a un pobre labriego, eso era algo increíble según la opinión que nos hemos hecho de las mujeres y su forma de amar. Algo parecido fue lo que sucedió, aunque en este caso en particular la locura tuvo más que ver con el odio que con el amor.

El general aguardó unos instantes después de presentar aquella disculpa de justicia caballeresca.

—Yo pasaba casi todos los días a caballo frente a aquella casa —continuó diciendo Santierra—, aunque desconocía totalmente lo que sucedía en el interior, ninguna mente humana habría sido capaz de saberlo. La desesperación de una mujer puede llegar hasta puntos muy extremos, y, en el fondo de su corazón, Gaspar Ruiz era un hombre dócil. Lo había demostrado con su obediencia cuando

era soldado y su fuerza podía compararse con una gran piedra dispuesta para ser lanzada en una dirección o en la otra, dependiendo la mano que la arroje. Como es lógico, contó de inmediato su historia a la gente que lo había amparado, aunque lo que precisaba con verdadera urgencia era que alguien lo asistiera. La herida no era grave, pero le habían destrozado la vida. El viejo monárquico, en medio de su locura jocosas, permitió a las dos mujeres que le arreglaran a aquel desconocido una choza que había entre los frutales, en la parte trasera del rancho. Lo único que le pudieron ofrecer era agua limpia y abundante mientras tuviera fiebre, y unas cuantas palabras de aliento. Supongo que también acabarían compartiendo con él sus alimentos, unas escasas comidas a base de maíz tostado, tal vez un plato de habas o un trozo de pan con cuatro higos. Hasta aquel punto estaban sumergidas en la miseria aquellas personas que antes habían sido orgullosas y adineradas.

VII

El general Santierra no se equivocó en sus suposiciones. Aquélla fue realmente la naturaleza del asilo que recibió Gaspar Ruiz, labriego e hijo de labriegos, de aquella familia monárquica cuya hija abrió la puerta de su miserable hogar a un afligido tan extremo. Su sombría resolución se impuso en aquel caso a la locura del padre y al vago temor de su madre. Le había preguntado a aquel extraño personaje que estaba en su puerta:

— ¿Quién te hizo esas heridas?

— Los soldados, señora — contestó Gaspar Ruiz con un hilo de voz.

— ¿Los patriotas?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Por desertor — se quejó él, mientras se apoyaba en el muro ante la atenta mirada de aquellos ojos negros—. Me dieron por muerto allí arriba.

La joven lo llevó hasta una pequeña choza construida con caña y adobe que se encontraba oculta entre los frutales del espeso huerto. Gaspar se tendió exhausto sobre unas hojas de maíz que había arrinconadas y suspiró.

— Nadie va a buscarte aquí — dijo la joven observando al herido—. Aquí tampoco viene nadie; a nosotros también nos dan por muertos.

Él se movió intranquilo sobre la montaña de hojas, y el dolor del cuello le arrancó un gemido desesperado.

— Pues ya me encargaré yo de recordarle a Esteban que todavía estoy vivo — murmuró.

Aceptó los cuidados en silencio y transcurrieron muchos días de sordo sufrimiento. Cada vez que la joven se presentaba en la choza, él se sentía aliviado;

con frecuencia, en medio de aquellos sueños febriles, la relacionaba con visitas de ángeles, y es que Gaspar Ruiz había sido instruido en los misterios de la religión y era capaz de leer y escribir mínimamente gracias a las clases del cura de su pueblo. Por ese motivo siempre la esperaba con impaciencia y la veía salir de la sombría cabaña con dolor. Descubrió también que era capaz, aunque la debilidad lo mantenía tendido, de evocar su rostro simplemente cerrando los ojos con una precisión sorprendente, y que, gracias a aquella facilidad, las largas y solitarias horas de convalecencia se podían acortar considerablemente. Poco a poco, cuando fue recobrando las fuerzas, se pudo arrastrar de noche hasta la puerta de la casa para sentarse en el escalón de la puerta del jardín.

El padre se paseaba sin descanso, enloquecido, en una de las habitaciones de la casa, interrumpiéndose a sí mismo con violentas carcajadas. La madre suspiraba y gruñía sentada en una banqueta en el corredor y la hija, vestida con aquella ropa basta y el pálido y asustado rostro medio envuelto en una manta áspera, estaba sentada apoyada en la jamba de la puerta. Gaspar Ruiz solía charlar con las dos mujeres con los codos clavados en las rodillas, la cabeza apoyada en las manos y en voz muy baja.

La miseria común a todos hacía inconveniente ahondar en la sarcástica burla de su enorme diferencia de clase social. A pesar de ser tan simple, Gaspar Ruiz lo entendió enseguida. Gracias al cautiverio que había vivido entre los monárquicos era capaz de dar información o describir a personas que sus protectoras conocían, y cuando hizo el relato de la batalla en la que resultó prisionero por segunda vez, las dos mujeres lamentaron el golpe que había supuesto para su causa y la desazón que les provocaba la ruina de sus esperanzas secretas.

A él todo le traía sin cuidado, pero lo cierto era que había comenzado a sentir una gran devoción por la joven y, con intención de mostrarse un poco más digno de su estima, se vanaglorió un poco de su fuerza física. En realidad no tenía otra cosa de la que poder envanecerse. Gracias a aquella virtud —comentó—, sus compañeros lo habían tratado siempre con gran respeto, como si hubiese sido un sargento, tanto en el campamento como en el campo de batalla.

—Siempre reunía bajo mi mando a los que me querían seguir, señorita. Y aun así nunca me nombraron oficial, aunque sé leer y escribir.

La vieja señora suspiraba de cuando en cuando a sus espaldas con tristeza, el padre se reconvenía a sí mismo paseando por la habitación, y Gaspar Ruiz

alzaba la mirada para clavarla en la de la hija de aquellos dos extraños personajes.

La miraba con curiosidad porque estaba viva y con un sentimiento de familiaridad y reverencia, tal y como había contemplado toda la vida en las iglesias las imágenes inanimadas de los santos bajo cuya protección se había puesto en los momentos de dificultad. Y ahora se encontraba en una situación terrible.

No podía seguir oculto en aquella huerta eternamente. Se daba cuenta de que en cuanto recorriera media jornada en cualquier dirección, iba a ser atrapado por alguna de las patrullas de caballería que vigilaban la región, y llevado a cualquiera de los campamentos donde se reunía el ejército patriota que estaba destinado a la liberación de Perú. Con toda seguridad lo reconocerían como Gaspar Ruiz, el soldado que había desertado de los monárquicos y le fusilarían sin remedio. Al parecer, el desgraciado Gaspar no podía encontrar un lugar seguro en ninguna parte y su alma sencilla se hundió en el pesimismo y el rencor.

Lo habían forzado a alistarse como soldado, él nunca había pensado en el ejército. Y había sido un buen soldado por las mismas razones por las que había sido un buen hijo: por su fuerza física y su docilidad; pero en las circunstancias en las que se encontraba ahora no le servían ni una ni la otra. Lo habían separado de sus padres, pero ya no le permitían ser un fiel soldado. Nadie se iba a preocupar por escuchar sus explicaciones. ¡Qué injusticia! ¡Qué gran injusticia!

Entre quejas relató una vez más la historia de su captura y de su vuelta a capturar y a continuación añadió fijando su mirada en los ojos de aquella misteriosa joven:

—¡Sí, señorita! —exclamó tras un profundo suspiro—. ¡La injusticia ha convertido mi cuerpo en un trasto inútil para todos y para mí! Por mí ya puede quitármelo quien quiera.

Una tarde, después de los lamentos habituales, ella se animó a decirle que, si fuera hombre, no desestimaría ninguna vida si le diera la posibilidad de vengarse. Parecía estar hablando para sí misma y se expresaba con mucha lentitud. Él bebió aquellas palabras como si estuviera soñando, y con una delicia particular, como si fuera algo suave y cálido que le templara el vino, como un trago generoso de vino.

—Tiene razón, señorita —añadió alzando la mirada hacia ella—; voy a demostrarle a ese Esteban que todavía estoy vivo.

Los gruñidos del loco habían dejado de sonar, y la quejumbrosa madre se había apartado a una de las habitaciones; en el exterior todo estaba en calma. La luna brillaba con tanta claridad como la luz del día en medio de aquel huerto agreste cubierto de rincones cárdenos. Gaspar Ruiz sintió cómo los ojos negros de doña Herminia se clavaban en los suyos.

—¡Ah! El sargento... —murmuró con desprecio.

—¡Y bueno! ¿Es que acaso no me hirió con su espada? —protestó él asombrado del desprecio que se había dibujado con fulgor en los descoloridos rasgos de la muchacha.

Ella le redujo con un solo golpe de la mirada. Tenía un ansia tan grande de entender lo que estaba pensando que se le acabó encendiendo la inteligencia para comprender ciertas cosas que no se habían llegado a nombrar.

—¿Qué esperaba usted de mí? —preguntó, como si de pronto se viera sobrecogido por una especie de desesperación—. ¿Puedo hacer algo más? ¿Acaso le parezco un general con un ejército a mis órdenes, yo, que no soy más que un miserable pecador a quien usted misma desprecia...?

VIII

—Señores —siguió relatando el general a sus visitantes—, aunque es cierto que en esa época estaba un poco obnubilado en mis propios pensamientos amorosos, y placenteros por tanto, el aspecto externo de aquella casa no dejaba de producirme nunca una impresión desagradable. Especialmente cuando la veía a la luz de la luna, porque con aquellos postigos cerrados y su abandono solitario me parecía que tenía un aspecto siniestro. Aun así siempre tomaba el sendero del barranco, porque era una buena manera de atajar. El loco aullaba y se reía de mí todas las mañanas, pero cuando fueron pasando las semanas, y seguramente debido a mi indiferencia, dejó de aparecer en el pórtico. No sé cómo consiguieron convencerle para que no lo hiciera más. Claro que, con Gaspar Ruiz en la casa, supongo que no sería muy complicado retenerlo a la fuerza. En realidad, su táctica era evitar todo lo que contribuyera a excitarme. Eso creo al menos.

»Aunque andaba enamorado de los ojos más bonitos de Chile, cuando hubo pasado una semana me percaté de la ausencia del viejo. Pasaron unos días más y de pronto empecé a sospechar que tal vez se habían marchado los monárquicos, pero un poco más tarde, cuando me dirigía de nuevo hacia la ciudad, me dio la sensación de ver una figura en el porche. Aquella vez no se trataba del loco, sino de la joven. Estaba en pie, erguida y apoyada en uno de los postes. A pesar de su actitud, las privaciones y la tristeza eran evidentes en las hundidas cuencas de sus ojos negros, y en su aire triste. La miré fijamente y ella me aguantó la mirada con otra particular e inquisidora a la vez. Y luego, como yo, volvió el rostro después de pasar frente a la casa; debió de animarse, porque me pidió que retrocediera con una seña.

»Y yo obedecí, señores, porque realmente me asombró mucho el gesto. El asombro llegó al límite cuando la oí decir que deseaba hablar conmigo. La joven empezó dándome las gracias por no haber tomado en serio la locura de su padre, cosa que me produjo una tremenda vergüenza de mí mismo. Lo que yo había querido parecer era desdeñoso, no, desde luego, tolerante. Cada una de aquellas palabras debía de estar quemándole los labios, pero en ningún momento dejó de dirigirse a mí con una dignidad de lo más cortés y melancólica que me inspiraba respeto aun a pesar de mi voluntad. Señores, a veces tenemos que reconocer que no podemos con las mujeres. Me costaba trabajo creer lo que estaba oyendo

cuando la mujer comenzó a relatar su historia. Según su opinión, había sido la Providencia la que le había salvado la vida a aquel soldado a quien ahora no dudaba en poner bajo la tutela de mi honor de caballero y de la compasión de mi alma generosa.

»—Ese hombre no es más que un miserable —objeté con frialdad—, y me parece además que haber escondido en su casa a un enemigo de nuestra causa le convierte a usted en cómplice.

»—No era más que un pobre cristiano que pidió amparo en nuestra puerta en el nombre de Dios, señor —contestó con sencillez.

»En ese momento empecé admirarla.

»—¿Dónde se encuentra ahora? —pregunté sin abandonar la rigidez.

»No respondió nada. Con extraordinaria astucia, con una diabólica suavidad, se las arregló para recordarme mi intento fallido de salvar a los prisioneros sin conseguir herirme el orgullo. Como es lógico, sabía todo lo que había sucedido. Gaspar Ruiz —me comentó— confiaba en mi intervención para que le consiguiera un salvoconducto del mismísimo general San Martín. Alegaba que tenía información que transmitir al jefe del ejército.

»Por Dios, señores, reconozco que me lo tragué todo, que pensaba que lo único que estaba haciendo era intervenir a favor de un desdichado. Este último, asustado por la justicia, esperaba encontrar en mí —así me lo confesó ella— tanta generosidad como en la familia monárquica en cuyo seno se había refugiado. ¡Suficiente! A un joven como yo no hacía falta decirle nada más, ni usar más argumentos. Pensé que aquella mujer era grande cuando en realidad era sólo implacable. Finalmente me alejé con el corazón henchido de entusiasmo sin poder haber visto a Gaspar Ruiz ni una sola vez, aunque estaba convencido de su presencia en aquella casa. Más tarde me senté tranquilamente a reflexionar sobre las dificultades de aquel caso y a desconfiar de mí mismo como la persona más apropiada para llevarlo a buen puerto. No era sencillo llegar al general en jefe con una historia de ese calibre, y de pronto temí que me reprendiera. Finalmente, decidí contarle la historia al general de división Robles, un hombre tan amigo de mi familia que me nombró su ayudante de campo. El general me cogió las manos nada más verme y sin más ceremonia.

»—¡En la casa! ¡Por supuesto que está en la casa! —respondió con ímpetu—.

Lo que tendrías que haber hecho es entrar con la espada en la mano y conminarle a que se rindiera, en vez de quedarte en la puerta charlando con la muchacha monárquica. Tendría que haber expulsado a esa gente de allí hace ya mucho tiempo. ¿Quién sabe a cuantos espías habrá ocultado o lo que habrá hecho en nuestro campamento? ¡Un salvoconducto del general en jefe! ¡Ja, ja! ¡Eso es audacia! Esta misma noche iremos a por él y tendrá que contarnos sin salvoconducto todo eso tan importante. ¡Ja, ja!

»El general Robles (que en paz descanse) era un hombre de corta estatura, gordo y de ojos profundos y saltones, brusco y jovial al mismo tiempo. Cuando entendió mi angustia añadió:

»—Ven, ven aquí, chico. Prometo respetar su vida si no se resiste. Y eso no es muy probable. No tengo intención de desperdiciar un buen soldado si se le puede ayudar, te lo prometo. Y además ya tengo curiosidad por ver a ese hombretón. Si lo que quería era hablar con un general, pues venga, que acabe hablando con un general. ¡Ja, ja! Iré a por él en persona y tú me acompañarás como se debe.

»Y eso fue lo que hicimos esa misma noche. Apenas había comenzado la noche cuando ya estaba cercada la casa y el huerto. El general y yo abandonamos el baile al que nos habían invitado esa misma noche en la ciudad y cabalgamos a todo galope. Nos detuvimos a unos metros de la choza. Un ordenanza se encargó de sujetar las riendas de nuestros caballos. Con un tenue silbido dimos la señal a nuestros hombres que estaban escondidos en los flancos del barranco y nos dirigimos con cautela hacia el solitario edificio. Bajo la luz de la luna la hermética casa parecía abandonada. El general llamó a la puerta. Hubo una corta espera y luego se oyó tras el portón la voz de la mujer:

»—¿Quién es?

»Mi jefe me dio un fuerte golpe que me hizo estremecer.

»—Soy yo, el teniente Santierra —balbucí atolondrado—. Abra la puerta.

La puerta se abrió despacio. La joven llevaba en la mano una vela, y cuando vio a otro hombre a mi lado retrocedió con tranquilidad, cubriendo la luz con la mano. Aquel rostro suyo, pálido e impassible, adquirió de pronto un resplandor fantasmagórico. Yo seguía de cerca al general Robles. La joven no dejaba de mirarme fijamente, y para tranquilizarla le hice a escondidas de mi jefe un gesto de

impotencia, intentando que la expresión siguiera siendo lo más serena posible. Ninguno de los tres dijimos una sola palabra.

»Nos encontrábamos en un cuarto, de suelo desnudo y paredes encaladas, en el que todo el mobiliario se reducía a una mesa rústica y un par de taburetes. Una mujer vieja y de pelo canoso se retorció las manos en cuanto nos vio aparecer y en la casa vacía sonó de pronto una carcajada estruendosa y siniestra. La vieja intentó alejarse de nuestro lado.

»—¡Que nadie salga de aquí! —gritó el general Robles.

»Yo corrí hacia la puerta, sentí el sonido del cerrojo y el sonido de la risa comenzó a llegar de forma amortiguada. Antes de que en la estancia se pronunciara ninguna otra palabra me sorprendió escuchar a lo lejos el retumbar de un trueno. Tenía aún la viva impresión de una noche de luna clara y hermosa en la que no había en el cielo ni la menor nubecilla, y por eso no le presté atención a mis oídos. Por otra parte, y como me habían educado fuera de mi país, no estaba familiarizado con el más terrible de los fenómenos naturales de mi tierra.

»En la mirada de Robles, para mi asombro, vi de pronto un espanto inconfundible. De repente me quedé como aturdido. El general se inclinó pesadamente hacia donde yo me encontraba y me dio la sensación de que la joven hacía eses en medio de la habitación. Se le cayó la vela de las manos y se apagó, y en ese momento la vieja se puso a gritar clemencia con un tono desgarrador. En la abisal oscuridad, me pareció que se escuchaba el yeso cayendo de las paredes. Gracias a Dios no había cielo raso. Me agarré al aldabón de la puerta sin dejar de escuchar los crujidos de las tejas que seguían rompiéndose por encima de mi cabeza. Se estaba acercando el peligro.

»—¡Sal de la casa! ¡A la puerta! ¡Huye Santierra! —exclamó el intrépido general.

»Ya saben ustedes, señores, que en un país como el nuestro ni siquiera los más valientes se avergüenzan de tenerle miedo a los estragos de un terremoto. Jamás nos terminaremos de acostumbrar a ellos, y la acumulación de la experiencia sólo sirve para que aumente todavía más la dimensión de ese terror. Para mí aquel fue mi primer terremoto, y ésa fue la razón por la que me mantuve más sereno que todos los demás. Comprendí que el estrépito provenía en realidad de que el porche se había derrumbado sobre los postes de madera y el saledizo. Muy bien podía suceder que la siguiente sacudida tumbara definitivamente la casa. El fragor de un

nuevo trueno se aproximaba otra vez. El general daba vueltas alrededor del cuarto intentando encontrar una puerta y haciendo un ruido, como si estuviese intentando trepar por la pared sin dejar ni un segundo de invocar a todos los santos más populares del calendario.

»—¡Fuera, salga afuera Santierra! —gritó.

»Lo único que no oí fue la voz de la joven.

»—¡General! —grité—. No puedo abrir la puerta, puede que nos hayan encerrado.

»No reconocí la voz de Robles en aquel rugido de desesperación y de rabia. El peligro no estaba tanto en la falta de tiempo como en que el movimiento de las paredes puede impedir el abrir las puertas. Eso fue precisamente lo que nos sucedió a nosotros. Estábamos encerrados en aquella trampa y era imposible que nadie nos pudiera socorrer, porque no hay nadie en mi país que se atreva a entrar en una casa cuando se está en medio de un temblor. Sólo un hombre se atrevió a hacerlo: Gaspar Ruiz. Entró en el edificio después de salir del escondite en el que se encontraba y trepó por encima de los maderos del porche que se acababa de venir abajo. Ahogando el ruido de la catástrofe que ya parecía inminente, escuché una potente voz que gritaba “¡Herminia!” con pulmones de gigante. Un terremoto es un gran nivelador de categorías. Yo intenté por todas mis fuerzas sobreponerme a aquella temible situación.

»—Está aquí —grité con tono ahogado.

»Me contestó con el grito de un toro salvaje y luego me falló el corazón, se me nubló la vista y me puse a sudar con angustia.

»Gaspar tuvo en ese momento la sangre fría y la fuerza como para agarrar uno de los pesados postes del soportal, cargarlo bajo el brazo y embestir con él, como si fuera un ariete, contra la puerta de la casa con toda la furia de un macho cabrío. Al abrirse cayó con la inercia frente a nosotros. El general y yo nos levantamos a toda velocidad y escapamos juntos sin mirar a nuestro alrededor hasta que nos vimos a salvo en el camino. A continuación, y abrazándonos con fuerza, vimos cómo la casa se convertía súbitamente en un montón de escombros detrás de un hombre que avanzaba hacia nosotros tambaleándose con una mujer en los brazos. El largo pelo negro de ella casi rozaba los pies de su rescatador. El joven puso con un cuidado extremo su carga en el suelo y los rayos de luna

iluminaron los ojos cerrados de la joven.

»Señores, nos subimos a los caballos con dificultad. Los animales se encabritaban y estaban sujetos por los soldados que habían venido a ayudarnos desde distintos sitios. En ese momento a nadie se le pasó por la cabeza atrapar a Gaspar Ruiz. En las miradas de los hombres y de los animales se veía reflejado un pánico común. El general se acercó hasta Gaspar Ruiz, que seguía inmóvil junto a la joven y le dio una amistosa palmada en el hombro, que el otro recibió sin apartar su mirada de la mujer.

»—¡Qué guapa es! —susurró el general en su oído—. Es usted el hombre más valiente que he conocido y me ha salvado la vida. Soy el general Robles. Vaya mañana a mi cuartel, si Dios nos permite contemplar un día más.

»Gaspar Ruiz ni siquiera se estremeció: parecía sordo e insensible a todo.

»Corrimos hacia la ciudad para ver la suerte que habían tenido todos nuestros conocidos y familiares, cuyos destinos nos causaban gran preocupación.

»Los soldados marchaban veloces junto a los estribos de nuestros caballos. Todo se olvida de inmediato cuando uno se enfrenta a un cataclismo que ha arrasado la comarca entera.

»Gaspar contempló cómo abría los ojos la muchacha, y ante el movimiento de aquellos párpados el héroe por fin salió de su mutismo. Los dos estaban solos. Los gritos de angustia y espanto de la gente sin hogar se alzaban desde los llanos hasta la costa y retumbaban como un enorme suspiro de dolor. Herminia se puso en pie muy despacio, mirando atemorizada a su alrededor.

»—¿Qué ha pasado? —exclamó en voz alta enfrentándose a Gaspar—. ¿Dónde estoy?

»El gigante movió la cabeza tristemente y no respondió nada.

»—¿Quién eres?

»Él se arrodilló entonces y rozó el borde de su falda, de una tela basta y negra.

»—Tu esclavo —contestó Gaspar Ruiz.

»Un poco más tranquila, Herminia contempló los escombros de lo que había sido su casa.

»—¡Ah! —exclamó llevándose la mano a la frente.

»—Yo te saqué de ahí —añadió Gaspar.

»—¿Y ellos? —preguntó la joven entre sollozos.

»Él se puso en pie, la agarró en brazos y la llevó suavemente junto a las ruinas informes, medio cubiertas ya por un desprendimiento.

»—Ven y escucha.

»La luna en calma lo contempló subirse a un montón de piedras, tablas y tejas parecido a una tumba. Pusieron el oído sobre el suelo como si trataran de escuchar algún débil gemido. Finalmente Gaspar dijo:

»—Han muerto. Estás sola.

»La joven se sentó en una viga y se tapó la cara con el brazo. Gaspar esperó un rato y luego acercó los labios al oído de la afligida Herminia para decir:

»—Vámonos.

»—No, no me moveré jamás de este lugar —gritó ella, levantando los brazos por encima de su cabeza.

»El gigante se inclinó sobre la joven y la obligó a cambiar de actitud. La agarró en volandas, dudó un instante y se puso a andar mirando fijamente hacia delante.

»—¿Qué haces? —preguntó ella con un hilo de voz.

»—Escapar de mis enemigos —respondió Gaspar Ruiz sin mirar a su preciosa carga.

»—¿Conmigo? —murmuró entristecida la joven.

»—Siempre contigo —respondió él—, tú eres mi fuerza. —Y para subrayar la frase, la estrechó fuertemente contra su pecho. Tenía el ceño fruncido y

caminaba rápido. Los incendios que habían ido surgiendo en las ruinas de las aldeas derrumbadas salpicaban toda la llanura de hogueras, y el clamor de los quejidos unidos a las exclamaciones de “¡Misericordia!” formaban un aire de desolación que llegaba hasta sus oídos. Gaspar siguió caminando con solemnidad y ensimismado, como si llevase entre sus brazos algo santo y frágil. Por momentos la tierra seguía temblando bajo sus pies.

IX

Con movimientos mecánicamente cuidadosos y cierto aire abstraído el anciano general Santierra encendió un largo y delgado puro.

—Pasaron muchas horas sin que pudiésemos enviar refuerzos al barranco —dijo a sus invitados—. Nos encontramos con que una tercera parte de la ciudad había quedado destruida y el resto, muy deteriorado. Sus habitantes, tanto los ricos como los pobres, se encontraban en un estado lamentable. La fingida calma de unos contrastaba mucho con la auténtica desesperación de casi todo el mundo. En medio de la confusión general los ladrones, desconocedores del temor a Dios y a los hombres, no paraban de trabajar y constituían una nueva maldición para los que habían conseguido escapar con vida. Aquellos desalmados no paraban de gritar «¡Misericordia!» más fuerte que nadie, y se daban con una mano golpes en el pecho mientras con la otra robaban a sus víctimas, llegando en ocasiones hasta el asesinato.

»La división de Robles se encargó de custodiar los barrios que se habían venido abajo del pillaje de aquellos monstruos sin conciencia. Yo estaba tan ocupado en mis obligaciones de ayudante, que hasta la mañana del día siguiente ni siquiera me pude encargar de mi propia familia. Mi madre y mis hermanas habían tenido la suerte de escapar con vida de la reunión en la que las había dejado. Me acuerdo de aquellas dos hermosas criaturas (que en paz descansen) como si las estuviese viendo en este mismo instante. Estaban en el jardín de nuestra derruida casa, pálidas, pero ayudando a los vecinos, con los trajes de baile sucios de polvo. Mi madre poseía un alma estoica en el interior de un cuerpo frágil, e iba envuelta en un lujoso chal. Descansaba sobre un banco rústico junto al pilón de una fuente de la que aquella noche había dejado de brotar el agua.

»Apenas me había dado tiempo a abrazarlas y a expresar las más elementales palabras de alegría cuando mi jefe se acercó hasta donde estaba y me mandó al barranco a buscar al hombretón, como lo llamaba, y a la pálida mujer. Pero cuando llegué, no estaban ninguno de los dos. Un último movimiento de tierra había cubierto las ruinas de la casa, y apenas se veía un pequeño montón de escombros del que sobresalían unos tablones y poco más...

»Y así fue como terminaron los problemas de aquellos dos viejos monárquicos. Su hija había desaparecido.

»Entendí al instante que Gaspar Ruiz se la había llevado, pero como el caso no había sido previsto, no tenía las instrucciones que habrían sido necesarias para perseguirlos. Tampoco sentía mucho deseo de hacerlo, me molestaba la intervención en aquel asunto, una intervención que no resultaba demasiado afortunada y que podía llegar a inspirar desconfianza. ¿Se había marchado? Muy bien, que se fuera. ¿Que la joven monárquica había desaparecido con él? Mejor que mejor. ¡*Vaya con Dios!*^[20] No nos sobraba tiempo para malgastarlo en un desertor que, justa o injustamente, ya debía de estar muerto, y de una mujer que habría sido mejor que no naciera nunca.

»Me llevé a mis soldados de regreso a la capital. Unos días más tarde, cuando ya se había comenzado a restablecer el orden, las familias más importantes, entre las que se encontraba la mía, se trasladaron a Santiago. En aquella ciudad mi familia tenía también una buena casa. En ese momento destinaron el batallón de Robles a un cuartel cercano a la capital, un cambio que me resultaba de lo más conveniente, tanto para mis sentimientos amorosos como para mis condiciones domésticas.

»Una de aquellas noches, a altas horas, me llamó mi superior. Me encontré al general Robles en su despacho y relajado, en mangas de camisa y bebiendo anís puro en un vaso de agua para paliar, solía decirlo mucho, el insomnio provocado por las picaduras de mosquito. Era un buen soldado, y gracias a él había aprendido las artes y los secretos de la guerra. No tengo ni la menor duda de que Dios lo ha perdonado porque, a pesar de su carácter naturalmente iracundo, fue un gran patriota. El uso de los mosquiteros le parecía vergonzoso, afeminado y poco militar.

»Me bastó un golpe de vista para darme cuenta de que su rostro, ya de por sí arrebatado, estaba bajo la influencia del mal humor.

»—¡Por fin, señor teniente! —gritó al ver cómo me cuadraba en la puerta—. ¡Adelante! El hombretón, nuestro gigante, ha reaparecido.

»A continuación me tendió una carta doblada y dirigida al “Excelentísimo Señor General en Jefe de los ejércitos republicanos”.

»—Este sobre —continuó diciendo el general Robles— ha sido entregado en

mano por un muchacho a un centinela que debía estar atontado, puede que pensando en alguna mujer, porque no se le ha ocurrido agarrar a ese pillo de la oreja y lo ha dejado escapar entre la multitud del mercado. Ahora jura y perjura que no sería capaz de reconocerlo más ni aunque le fuera la vida en ello.

»Mi superior añadió que el soldado le había dado la carta al sargento y que este último la había llevado hasta el general de todos los ejércitos. Su Excelencia la había llegado a leer personalmente y le había parecido conveniente comunicar su contenido al general Robles.

»No recuerdo textualmente la carta, señores, pero lo que sí recuerdo es que llevaba la firma de Gaspar Ruiz. Aquel hombre audaz había conseguido formarse una nueva alma en medio de la catástrofe, y aquella nueva personalidad le había dictado los términos de su escrito. El tono que empleaba era sorprendente por su nobleza y su calidad. Yo no tenía ninguna duda de que el mensaje era suyo, aunque ahora me estremezco ante la dimensión de su falsedad. Gaspar Ruiz se lamentaba de la injusticia de la que había sido víctima, e invocaba la fidelidad de su posterior conducta. Añadía que ya que se había salvado de la muerte por intervención de la Providencia, lo único que deseaba era recuperar su antigua posición y ser más útil con sus servicios, pero ya no como un soldado raso y siempre mal considerado por sus superiores y compañeros, sino en puestos en los que pudiese demostrar su lealtad. Aseguraba disponer de medios para demostrarla en plenitud y para exponerlos convenientemente le proponía al general en jefe una entrevista a media noche en el centro de la plaza que había delante de la Moneta. La señal sería encender lumbre con yesca y pedernal tres veces, algo que no llamaría la atención y tampoco daría ocasión a más confusiones.

»San Martín, el gran libertador, sentía simpatía por los hombres arrojados y atrevidos, aunque por su parte era compasivo y justiciero. Yo le conté lo que sabía de aquel personaje y me ordenó que lo acompañara a la cita. Era media noche y la ciudad entera estaba sumida en las tinieblas. Las dos figuras embozadas se reunieron en el centro de la plaza y yo estuve escuchando el rumor de su charla durante una hora completa. A continuación el general me pidió que me acercara, yo obedecí y me enteré de que San Martín, siempre cariñoso y de trato fácil, ofrecía a Gaspar Ruiz alojamiento en el Gobierno Militar. El soldado se negó diciendo que no merecía una distinción tan alta hasta que no hubiese probado su lealtad.

»—No debería usted albergar a un desertor, Excelencia —añadió riéndose por lo bajo y, después de aquellas palabras, se volvió a sumergir en la oscuridad.

»El general me confesó cuando regresábamos de la cita:

»—Con nuestro amigo Ruiz había también otra persona, porque en determinado momento pude ver un bulto a su lado, y la verdad es que me pareció un testigo inoportuno.

»También yo me había fijado en aquella figura, una sombra junto a Gaspar Ruiz. Parecía una persona de baja estatura y estaba tapado con un poncho y un gran sombrero. Estuve pensando quién podría ser esa persona tan relacionada con el soldado y resolví que no podía ser sino la fatal joven.

»Desconozco en qué lugar la ocultó, pero luego me enteré de que tenía un tío que regentaba una pequeña tienda en Santiago. Puede que fuera allí donde encontró techo y comida. Fuera como fuera, su pobreza era tan grande que sólo eso lo podría haber llevado a hacer lo que hizo, y si la joven no estaba con él en ese instante, muy bien había podido incitarlo.

»La hazaña consistía, nada más ni nada menos, que en la destrucción de un polvorín que las autoridades españolas habían construido secretamente en una ciudad al sur llamada Linares. A Gaspar Ruiz sólo le concedieron una pequeña partida de soldados, pero demostraron más que de sobra ser dignos de la confianza del ilustre general San Martín. No estaban en una estación del año propicia y tuvieron que vadear algún río que se había desbordado y galopar día y noche, adelantándose a las noticias de su paso y lanzándose directamente sobre la población a través de ciento cincuenta kilómetros de territorio enemigo, de modo que al rayar el alba cayeron sobre ella con la espada en la mano, sorprendiendo a la guarnición que se dio a la fuga sin la menor resistencia, dejando a todos sus oficiales al poder de Gaspar.

»La explosión del polvorín se hizo sin pérdida de tiempo, y en menos de seis horas ya estaban de vuelta en el punto de partida, a la misma velocidad a la que habían salido y sin una sola baja. Aunque los soldados eran de primera, aquella hazaña no se podría haber realizado si su superior no hubiese sido todavía mejor.

»Estábamos comiendo en el cuartel general cuando se presentó Gaspar Ruiz con la noticia de su triunfo, todo un golpe para las tropas monárquicas. Traía como prueba la bandera de la guarnición, la sacó de su poncho y la puso sobre la mesa. El hombre estaba como transfigurado, había en su rostro algo de esplendoroso y de amenazador a la vez. Se quedó en pie tras la silla del general San Martín

observándonos a todos con altivez. En la cabeza llevaba una gorra redonda y azul con un hilo de plata. En la nuca se podía apreciar una larga cicatriz blanca tostada por el sol.

»En ese momento alguien le preguntó qué había hecho con los españoles que había capturado y él se encogió de hombros con indiferencia:

»—¡Qué pregunta! —exclamó—. En una guerra no se toman prisioneros. Dejé que se marcharan. Aquí traigo los fiadores de sus espadas.

»Y así fue: puso sobre la mesa, encima de una bandeja, un puñado de ellos. El general Robles habló con voz áspera:

»—¿Cómo? En ese caso, usted no debería luchar en una guerra de independencia, mi valiente amigo, créame, lo que debería haber hecho...

»Y se pasó la mano por el pescuezo.

»¡Ah, señores! Es muy cierto que cuando se encuentran dos contendientes heroicos con frecuencia se prodiga la ferocidad. Los murmullos de la interrupción del sanguinario Robles no fueron unánimes, y sin embargo el general San Martín alabó la conducta más humana de Gaspar y le pidió que se sentara a su derecha.

»Levantó una copa y propuso un brindis.

»—Caballeros y compañeros de armas, bebamos a la salud del capitán Gaspar Ruiz.

»Y en cuanto se vaciaron las copas añadió:

»—Tengo intención de confiarle la vigilancia de la frontera meridional mientras nosotros seguimos avanzando para libertar a nuestros hermanos de Perú. Alguien que ha sabido ejecutar un golpe tan certero en el corazón del enemigo sabrá también proteger las poblaciones pacíficas que quedan a nuestra espalda mientras nosotros cumplimos con nuestra sagrada misión.

»Después de aquello, le dio un emocionado abrazo a Gaspar, que seguía a su lado y más tarde, cuando nos levantamos, me acerqué al último oficial de nuestro ejército para felicitarlo.

»—Capitán Ruiz —le dije—, ¿le gustaría relatar a alguien que siempre

confió en la rectitud de su carácter lo que le sucedió a doña Herminia la noche de la catástrofe?

»Ante aquella cordial pregunta, el capitán cambió de actitud y me miró entornando los ojos de forma un tanto torpona.

»—Señor teniente —me contestó con cautela, como si tratara de guardar un secreto—, por favor, no me hable de esa señorita, prefiero no ocuparme de ella estando entre ustedes.

»Frunció el ceño y le echó un vistazo a aquella estancia llena de humo y agitación. Como es lógico, no insistí más, y aquéllas fueron, señores, las últimas palabras que le escuché pronunciar en mucho tiempo. Al día siguiente nos embarcamos para la expedición al Perú y sólo a medias nos fuimos enterando de las fechorías de Gaspar Ruiz en el fragor de las batallas en las que estábamos atrapados. Lo habían nombrado guardián militar de la que era nuestra provincia más meridional y estaba al mando de una numerosa partida, pero su generosidad con los sometidos había acabado disgustando al gobernador civil, un hombre serio, inquieto y de lo más suspicaz. Al parecer, el gobernador había informado de que Gaspar Ruiz se había casado públicamente y con gran pompa con una mujer monárquica. No tardaron en desatarse conflictos entre aquellos dos hombres de naturalezas tan distintas, y el gobernador civil se acabó quejando de su inactividad y empezó a llamarlo traidor, algo nada extraño —escribió— en un sujeto con aquellos antecedentes. Gaspar Ruiz adivinó la trama y tuvo un ataque de furia, estimulado seguramente por los pérfidos consejos de su mujer, maestra en ese arte, que siempre estaba a su lado. No tengo noticia de si el gobernador llegó a dar orden de aprehenderlo, eso desde luego fue lo que alegó más tarde Gaspar Ruiz, pero lo que sí se comprobó es que el gobernador contactó con sus superiores y que Gaspar Ruiz descubrió su maniobra.

»Cierta tarde en la que el gobernador estaba en su tertulia, Gaspar Ruiz, seguido de seis soldados fieles a su causa, se presentó frente al Gobierno y entró en el salón armado y con el sombrero puesto. Cuando el gobernador se adelantó hacia él, incomodado, el capitán lo agarró por la cintura y lo sacó en vilo entre sus asombrados compañeros de tertulia, como si se tratara de un niño para tirarlo en plena calle contra las gradas de un edificio. Un arrebato de furia de Gaspar habría bastado para acabar con la vida de cualquiera, pero por si fuera poco los secuaces de Gaspar vaciaron sus armas sobre el cuerpo del gobernador, que acabó perdiendo la vida al pie de aquella escalera.

X

—Después de aquella, por utilizar sus propias palabras, «acción justificada», Ruiz cruzó el río Blanco seguido de casi toda la partida completa, y se atrincheró en el cerro. Se cometió la imprudencia de enviar en su busca una compañía de regulares, y él la aniquiló hasta el último hombre. Otras expediciones mejor organizadas que aquélla tuvieron un final muy parecido.

»En aquellas sangrientas batallas fue donde se vio por primera vez a la mujer del cabecilla cabalgando a su lado, a la derecha. Con el envalentonamiento propio de los triunfos, Ruiz ya ni siquiera se preocupaba de embestir a la cabeza de su partida sino que se quedaba como los generales, en la retaguardia, dando órdenes y montado a caballo. Ella solía estar junto a su marido y se la tuvo por un hombre más durante mucho tiempo. En esos días se hablaba sin descanso del misterioso jefe de la cara pálida al que se atribuían las derrotas de nuestras armas. Montaba a horcajadas como las indias y utilizaba el poncho pardo y un sombrero de hombre de ala negra. En las épocas de prosperidad llevaba un poncho bordado de oro y usaba la espada del pobre don Antonio Leyva, un veterano oficial chileno que había encontrado la muerte a manos de los indios araucanos, aliados de Gaspar Ruiz, en una pequeña fortaleza y casi sin municiones. Aquél fue el fatal episodio que durante mucho tiempo se recordó como la “Matanza de la isla”. La espada de aquel infortunado oficial pasó a manos de doña Herminia, entregada de manos de Peneleo, el caudillo araucano, y es que los indios estaban tan sorprendidos por su aspecto y por la mortal palidez de su rostro, así como por su impresionante indiferencia en el combate, que la consideraban un ser sobrenatural, o por lo menos una bruja. Aquella superstición hizo que aumentara todavía más, debido a la ignorancia de los indígenas, el prestigio de Gaspar. Sin duda ella debió de sentir el placer de su venganza el día en que se ciñó la espada de don Antonio de Leyva, de la que jamás se desprendía, menos cuando vestía la ropa propia de su sexo, no porque utilizara constantemente el arma, sino porque le gustaba sentir cómo le golpeaba en el muslo, como un recuerdo constante de la deshonra del ejército republicano. No sólo era insaciable aquella mujer, sino que ya no tenía mucho sentido frenar en ese camino en el que había iniciado a Gaspar Ruiz. Los pocos prisioneros que habían podido escapar solían contar hasta qué punto bastaban unas pocas palabras dichas al oído de su marido para reavivar la cólera y torcer su gesto. Aseguraban también que después de cada matanza y de cada

fechoría él acudía corriendo hasta donde estaba ella y la miraba a los ojos. Jamás la abandonaba en su reposada altivez. Tengo para mí, señores, que sus abrazos debían de ser tan fríos como los de una estatua. Es cierto que Gaspar intentó derretir aquel corazón con todo un río de sangre caliente. Algunos oficiales de la Marina inglesa que fueron sus huéspedes en aquella época comentaron que en su carácter había una especie de extraño arrobamiento.

Hubo un movimiento de sorpresa y curiosidad entre los invitados que obligó al general Santierra a hacer una pausa.

—Así es —añadió—, oficiales de la Marina inglesa. Ruiz los había citado para concertar la libertad de algunos prisioneros que eran de su nacionalidad. En el territorio en el que estaba acampado, desde la costa hasta la cordillera, se abre una bahía en la que los buques fondeaban antiguamente después de cruzar el cabo de Hornos para aprovisionarse de agua y madera. Fue en ese punto donde consiguió atraer a la tripulación a tierra firme y se apoderó primero del barco ballenero Hersalia, y más tarde de dos buques, uno inglés y otro americano. Sí dijo entonces que tenía intención de hacerse con una escuadra propia, pero eso era imposible. Sí dejó en el bergantín a parte de su tripulación y embarcó en él a personas de su confianza para enviarlos al gobernador español de la isla de Chiloé con un informe de sus hazañas y una petición de auxilio para continuar con la lucha. El gobernador no podía hacer nada, pero aun así les envió dos piezas de artillería ligera, una carta llena de alabanzas, un nombramiento de coronel de las fuerzas monárquicas y una gran bandera de España. Aquella insignia se izó con gran solemnidad en la casa de Gaspar, en medio de la región araucana.

»El comandante en jefe de la escuadrilla británica pidió ayuda al Gobierno de Chile, pero Gaspar Ruiz se negó a mediar con nosotros. Fue aquélla la razón por la que fue a la bahía una fragata inglesa y su capitán, el médico y dos tenientes se internaron en el país con un salvoconducto. Los recibieron amablemente y fueron durante tres días huéspedes del sangriento cabecilla. Su residencia estaba fundada en una especie de bárbaro estado militar y estaba pertrechada de un botín que había conseguido en una ciudad fronteriza. Cuando los hicieron pasar al salón principal, pudieron ver a la mujer de Ruiz tendida en un lecho (al parecer estaba enferma), y a Gaspar sentado a sus pies. El sombrero estaba en el suelo y las manos en el puño de la espada.

»Durante toda la primera entrevista no separó ni un instante las manos enormes de la empuñadura, menos en una ocasión, para arreglar las sábanas a la enferma con un gesto suave y delicado. Los marinos se dieron cuenta de que cada

vez que se dirigía a él, Gaspar clavaba la mirada en los ojos de su mujer con una especie de intensidad anhelante, como si se olvidara del resto del mundo y hasta de su propia persona. En el banquete de despedida, al que la española acudió sentada en un sillón, Ruiz protestó constantemente por el trato que había recibido. Dijo que desde la partida del general San Martín lo habían estado acosando los peores espías, y que había sido calumniado por funcionarios civiles, se habían ignorado sus servicios y el Gobierno de Chile había estado atropellando constantemente su libertad. Se levantó de la mesa, comenzó a proferir maldiciones, paseando por la habitación como un animal enjaulado, y luego se sentó a los pies de su mujer, jadeando y con la mirada clavada en el suelo. Ella tenía la cabeza lánguidamente reclinada en los almohadones y seguía con los párpados semiabiertos.

»—Ahora soy un honrado oficial español —añadió Gaspar con tranquilidad.

»El capitán inglés aprovechó aquella ocasión para informarles de la caída de Lima y de las últimas novedades de que los españoles iban a retirarse de todo el continente. Gaspar Ruiz alzó la mirada y con excitación contenida aseguró que, aunque no quedara ni un solo español en toda América, él tenía intención de seguir desafiando a Chile hasta derramar la última gota de sangre. Cuando concluyó su exaltado discurso, Herminia alzó una mano blanca y fina y acarició levemente con la punta de los dedos la rodilla de su guerrero.

»El resto del tiempo que duró la entrevista de los oficiales, un lapso de tiempo que no fue más allá de la media hora, el cabecilla los colmó de amabilidades y finezas. Al principio había sido sencillamente hospitalario, pero ahora daba la sensación de que quería extremar sus halagos antes de que regresaran a bordo. A mí me daba la impresión de que nada contrastaba más con su primera violencia y con su naturaleza habitualmente taciturna. Como todos los hombres a los que una alegría inesperada les ha vuelto de pronto demasiado engreídos, les dio atenciones y ejemplos de su buena voluntad sin ninguna medida. Se dedicó a abrazar a los marinos casi con lágrimas en los ojos y a todos los prisioneros a los que acababa de liberar les regaló monedas de oro.

»En el último instante, y ya casi sin venir a cuento, anunció que había decidido devolver a los dueños del buque todos sus efectos personales, una generosidad repentina que retrasó de nuevo la marcha de los extranjeros.

»Ya de noche, Gaspar Ruiz se presentó con una escolta en el paraje en el que estaban acampados, llevando con él una mula cargada de barricas de vino.

»—He traído vino hasta aquí —exclamó— para beber una copa de despedida con mis amigos ingleses, a quienes nunca volveré a ver.

»Estaba tan contento y parlanchín que se puso a relatar la historia de sus propias hazañas riéndose como un niño pequeño. Pidió prestada una guitarra al mayoral de los muleteros, se sentó sobre su poncho de lujo y, al calor de las brasas, cantó una historia de amor “guaso” con la entonación más tierna del mundo. Incluyó a continuación la cabeza, apoyó las manos en el suelo, dejó caer la guitarra y el campamento se vio de pronto envuelto en un profundo silencio tras la canción de amor del implacable guerrillero, autor de la destrucción de tantos hogares y de tantos amores.

»Antes de que nadie dijera una sola palabra, él mismo se puso en pie a toda prisa y pidió su caballo.

»—¡Adiós, amigos! ¡Vayan con Dios! Sepan que se les quiere mucho aquí, digan en Santiago que entre Gaspar Ruiz, coronel del rey de España, y esa chusma del Chile republicano habrá siempre una guerra sin cuartel. ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

»Al grito de “¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!” de su escolta, se alejaron.

»A los jóvenes oficiales ingleses ya no les quedó ni la menor duda de que Gaspar Ruiz estaba loco. ¿Cómo lo suelen decir ustedes? Que le faltaba un tornillo, ¿no es así? Pero el doctor, un escocés muy perspicaz y con afición por la filosofía, me aseguró que podíamos encontrarnos ante un particular caso de posesión. Lo volví a ver otra vez, muchos años después de aquello, y aún se acordaba. Según su opinión, aquella mujer no inducía a Gaspar Ruiz a cometer aquellos crímenes por vía de una persuasión frontal, sino más bien mediante un método más sutil, que consistía en mantener vivo en su alma el sentido de un error irreparable. ¡Puede ser!, aunque a mí me parece que era ella la que infundía al menos la mitad del espíritu vengativo en el duro barro del que estaba compuesto aquel hombre, como si vertiese en él un veneno, un narcótico o un líquido emponzoñado en una copa.

»Si lo que buscaba era una guerra la tuvo, y con creces, cuando comenzaron a regresar desde Perú nuestras tropas victoriosas. No tardaron en orquestar operaciones coordinadas contra el responsable de tal afrenta al honor y la prosperidad de nuestra recién estrenada independencia. Fue el propio general Robles el que se encargó de organizarla, y lo hizo además con su habitual severidad. En realidad la ferocidad y el encarnizamiento vinieron en aquella

ocasión por ambas partes. Yo era en ese momento capitán del estado mayor, un grado que alcancé en la campaña de Perú.

»En cierto momento, Gaspar Ruiz se encontró violentamente acorralado. Tuvimos noticia de que Herminia le había dado una hija, gracias a un sacerdote fugitivo que había escapado de su parroquia rural y había sido obligado a cabalgar al galope durante cien kilómetros de piedra para celebrar la ceremonia del bautizo. Para celebrar el acontecimiento, Ruiz dio dos audaces golpes de mano a retaguardia de nuestra columna, y consiguió derrotar a los destacamentos encargados de acabar con la posibilidad de su retirada. El general Robles estuvo a punto de tener un ataque de apoplejía de la rabia que le dio. Esa vez encontró un motivo diferente de las picaduras de los mosquitos para justificar el insomnio, aunque en aquella ocasión los vasos de aguardiente puro tuvieron el mismo efecto que los vasos de agua. Lo que sí hizo fue tomarla conmigo y reñirme a causa de aquel hombre. Los oficiales jóvenes teníamos tantas ganas de acabar aquella campaña sin gloria que nos comportamos de una forma excesivamente atrevida y corrimos riesgos innecesarios.

»A pesar de la lentitud, fuimos cercando palmo a palmo a Gaspar Ruiz, y nuestras columnas se fueron acercando, a pesar de que él había conseguido sublevar a los indios araucanos. Poco después de un año, el Gobierno tuvo noticia de que Ruiz había hecho un pacto con Carreras, a quien llamaban el dictador de la República de Mendoza, al otro lado de los montes. Desconozco si Gaspar Ruiz hizo aquel pacto con intenciones políticas o para proporcionar un refugio seguro a su mujer y a su hija mientras él continuaba con sus carnicerías. La alianza, eso es un hecho, se firmó. Gaspar se retiró a una velocidad inusitada y, preparándose para otro combate tan audaz como temerario, envió a su familia a Sierra Pequeña, en la frontera con Mendoza.

XI

—Bajo un disfraz liberal, Carreras era un canalla de la peor especie, y el desgraciado estado de Mendoza, el mero botín de una panda de ladrones, traidores, salteadores y asesinos a favor del dictador. Este último, con aquella apariencia digna, no tenía ni la menor sombra de honor, compasión ni conciencia, y a lo único a lo que aspiraba era a convertirse en un tirano, por lo que a nadie le sorprenderá que, aunque se aprovechó de Gaspar Ruiz para sus ruines propósitos, no tardó en darse cuenta de que le convenía mucho más estar en buenas relaciones con el Gobierno chileno. Señores, yo mismo me avergüenzo ahora de confesarles que en su momento les propuso a nuestros gobernantes entregarles a aquel hombre al que había ofrecido su palabra, y que aquella oferta fue aceptada. La villanía se cumplió: la mujer de Ruiz, que en ese momento iba de viaje desde Mendoza hasta Sierra Pequeña, fue entregada por los hombres de Carreras al comandante chileno de un fuerte de El Llano, al pie de la cordillera principal. Una transacción que pudo costarme realmente cara, porque yo era prisionero de Ruiz cuando se enteró de la noticia. Los indios me habían capturado durante uno de los reconocimientos y habían matado a lanzadas a los pocos soldados que me acompañaban. Me libré de una muerte parecida porque Gaspar me reconoció justo a tiempo, pero ni siquiera por ésas las tenía todas conmigo. El gigante se portó como un caballero porque, por utilizar sus palabras, yo siempre había creído en su inocencia y lo había ayudado cuando era víctima de la injusticia.

»—Por eso ahora —fue lo único que me dijo—, para que vea cómo cumplo mi palabra, le digo que queda libre.

»A pesar de aquellas palabras, no puede decirse que estuviese tranquilo, ni mucho menos, una de las noches que me llamó. Cuando lo encontré, daba vueltas como un bestia enjaulada y gritaba sin parar: “¡Traición! ¡Traición!”.

»Cuando me vio, se acercó con los puños cerrados.

»—Puedo cortarle el cuello en un segundo.

»—¿Y eso le devolverá a su mujer? —contesté yo con toda la calma que fui capaz de reunir.

»—¿Y la niña? —gritó como un enloquecido.

»Se dejó caer en un sillón, riendo siniestramente.

»—Bah, no, váyase cuando le dé la gana.

»Yo le aseguré que su mujer no corría ningún peligro, pero no me atreví a decirle que jamás la iba a volver a ver. Tenía intención de luchar hasta la muerte, y la guerra sólo iba a terminar con la muerte de un enemigo tan acérrimo.

»Me dirigió una mirada muy particular y añadió con un pequeño tartamudeo:

»—¡En sus manos, están en sus manos!

»Yo seguí en mi papel del ratón frente al gato, hasta que algo lo hizo levantarse impetuosamente:

»—¿Pero qué estoy haciendo aquí? —exclamó. Abrió la puerta y dio orden de que le ensillaran el caballo—. ¡Vamos! Fuerte Pequeña es de madera, no es nada. Tengo intención de arrancárselas de las garras, aunque se escondan en el corazón de la montaña.

»Luego añadió, tras un penoso esfuerzo:

»—Yo la llevé en mis brazos cuando hasta la tierra temblaba. ¡Y la niña es mía! ¡Al menos ella es mía!

»Es cierto que se trataba de unas misteriosas palabras, pero no era una ocasión muy apropiada para asombrarse.

»—Usted vendrá conmigo —dijo con violencia—. Quiero poder charlar con alguien y a cualquier otro mensajero de Ruiz el forajido le cortarán el cuello sin remisión.

»Y no le faltaba razón: entre su persona y el resto de la humanidad ya no había ninguna posible conexión según las costumbres de una contienda honrada y generosa. En menos de media hora ya estábamos sobre los lomos de un caballo, y nos pasamos la noche galopando. Sólo disponía de veinte hombres, pero no quería esperar ni un minuto más y se limitó a mandar emisarios a Peneleo, el jefe de los indios, que en ese momento estaba en las colinas, para que fueran a las mesetas a

reunirse con él en el lago Ojo de Agua, a cuyas orillas se encontraba el fuerte de Sierra Pequeña.

»Atravesamos todas las tierras bajas a la misma velocidad a la que se habían hecho famosas las correrías de Ruiz, y pasamos de los valles inferiores a las cimas. No faltaron peligros en el viaje. Estuvimos recorriendo un sendero que hacía cornisa y que había sido horadado en un muro de basalto perpendicular, hasta que por fin emergimos desde la oscuridad de una honda sima hasta la planicie de la Pequeña, una llanura de hierba verde muy fina y flores diminutas. Sobre nuestras cabezas se podían ver muchas manchas de nieve en las grietas de las paredes de roca. El lago era en realidad tan redondo como un ojo muy abierto, y cuando llegamos a él la guarnición del fuerte se encontraba apacentando un rebaño. Las enormes puertas de la entrada vibraban y el recinto estaba construido con unas estacas ennegrecidas y que disimulaba mal los techos de las chozas del interior. Daba la sensación de que no había ni una sola criatura viviente en su interior, pero cuando el heraldo, un hombre al que Gaspar Ruiz había dicho que avanzara sin temor, les exhortó para que se rindieran, se escuchó una descarga que le hizo caer sobre el caballo. Escuché cómo Gaspar rechinaba los dientes a mi lado.

»—No importa —dijo—. Ahora te toca a ti.

»A pesar de que mi uniforme estaba totalmente andrajoso, me reconocieron por él y me permitieron acercarme hasta una distancia razonable, tras lo cual me tuve que detener porque de una de las troneras salía una voz llena de alegría que me impedía pronunciar una sola palabra. Se trataba del mayor Pajol, un viejo amigo mío, que me tenía por muerto como al resto de mis compañeros.

»—Métele espuela a tu caballo, hombre, que te abriremos la puerta...

»Yo solté las bridas y negué con la cabeza.

»—Le he dado mi palabra.

»—¿A él? —exclamó con un asco infinito.

»—Me acaba de perdonar la vida.

»—Eso es asunto suyo, ¿o es que nos vas a aconsejar que nos rindamos a ese *rastrero*?

»—No, pero reclama la libertad de su mujer y su hija, y puede cortaros el

suministro de agua.

»—Si lo hace, lo único que va a conseguir es que los suyos sufran más que nadie. Díselo así, y ya está bien de tonterías. Haremos una salida e iremos a por ti y te agarraremos.

»—Pero son vida —respondí con firmeza.

»—¡No seas imbécil!

»—Por Dios te lo pido —añadí con furia—, no abráis la puerta.

»Y señalé con la mano a los indios de Peneleo que ya cubrían toda la zona del lago.

»Jamás en mi vida había visto juntos a tantos salvajes. Llevaban tal número de lanzas que parecían juncos, y su ronco clamor parecía el sordo arrullo del mar.

»Mi amigo Pajol comenzó a jurar y maldecir.

»—Que el diablo cargue contigo, entonces —respondió con enfado.

»Pero en cuanto di media vuelta se debió de arrepentir, y lo escuché gritar con energía:

»—Disparadle al caballo, para que no se vaya ese loco.

»Tenía a su cargo tiradores muy bien entrenados. Se oyeron dos disparos y cuando me disponía a echar a trotar, mi montura se tambaleó y cayó como si la hubiese fulminado un rayo. Me saqué los estribos y rodé por tierra junto a la bestia desplomada pero ni yo intenté levantarme ni los soldados corrieron a socorrerme.

»Las masas de indios comenzaron a marchar contra el fuerte formando escuadrones y arrastrando los largos *chusos*. Finalmente se bajaron de los caballos fuera del alcance de los fusiles, dejaron sus capas de pieles y se lanzaron al ataque desnudos, pisando con fuerza y gritando cadenciosamente. Ni siquiera tres salvas de fuego fueron capaces de acabar con el empuje de los asaltantes. Los araucanos embestían rígidos como varas y con sus grandes cuchillos en la mano, pero la empalizada no estaba atada con cintas de cuero, como suele ser habitual, sino con garfios de hierro que no fueron capaces de cortar. Desanimados por no poner en práctica su técnica habitual para irrumpir en los fuertes, aquellos paganos, que

hasta ese momento se habían mantenido firmes ante el fuego de los fusiles, cedieron y se dieron a la fuga bajo las descargas de los sitiados.

»Y cuando huyeron, me dejaron atrás. En ese momento, me levanté y me reuní con Gaspar Ruiz en un cerro. Los fusiles habían cesado y los dos nos quedamos contemplando en silencio la evidente derrota de los salvajes.

»—Vamos a tener que sitiarlos —murmuró, y cuando lo miré, lo sorprendí retorciéndose las manos en un gesto de desesperación. Pero la posibilidad del sitio no era más que una ilusión. No hubo necesidad de que le transmitiera el mensaje de mi amigo, porque no se atrevió a privar de agua a los asediados, que también contaban con víveres en abundancia. Y aunque les hubieran faltado, tampoco habría dudado en ofrecérselos por encima de la estacada. En realidad ocurría todo lo contrario: éramos nosotros, los que nos encontrábamos en el llano, los que estábamos empezando a sentir las primeras punzadas del hambre.

»El jefe indio, Peneleo, estaba sentado al fuego envuelto en su piel de guanaco y afirmaba en su mal español, tan brusco como el gruñido de un animal de monte, que si conseguían abrir una brecha en la estacada, por pequeña que fuera, su gente entraría y rescataría a la señora, pero que de otra manera era imposible. Era un salvaje atlético y de una cabeza enorme, cuadrada y cubierta de pelo como una colmena de paja.

»Gaspar Ruiz estaba sentado y tremendamente inmóvil, no apartaba la mirada del fuerte ni un segundo, como si en vez de noche fuese pleno día. Sólo más tarde nos enteramos de lo que había sucedido con uno de sus lugartenientes en el valle de Maipu. Otros informantes nos trajeron la noticia de que una columna de infantería se estaba acercando por distintos desfiladeros en auxilio del fuerte. Marchaban con lentitud y conocíamos sus progresos en la zona de los valles inferiores. Me sorprende que Gaspar Ruiz no acudiera a toda prisa a hacer un veloz ataque en alguna hondonada, uno de esos golpes de mano en los que son tan expertos los guerrilleros. Su habitual genio había dado ya paso a una negra desesperación.

»Para mí no había duda de que no podía retirar la mirada del fuerte y les aseguro, señores, que casi me producía compasión el espectáculo que estaba dando aquel pobre hombre tan fuerte, sentado sobre un cerro, insensible al sol, la lluvia y el frío, abrazándose las rodillas con los brazos, la barba apoyada en las piernas y sin parar de mirar, mirar y mirar...

»A pesar de que a su alrededor reinaba una aparente calma sin límites, la fortaleza lo tenía completamente obsesionado. La guarnición parecía muerta, y ni siquiera contestaba al fuego intermitente que se hacía contra sus troneras. Una de aquellas noches me dirigió la palabra de improviso cuando pasaba a su lado.

»—He ordenado poner un cañón —dijo—, así tendré tiempo suficiente como para salvarla y retirarme antes de que Robles suba hasta ahí.

»Y era cierto: acababa de pedir un cañón a los rebeldes de la llanura, un cañón que tardó en llegar, pero que llegó finalmente. Se trataba de un viejo y pesado cañón de campaña que había sido desmontado en piezas y transportado en largos palos a lomos de mulas por senderos angostos. Todavía suena en mis oídos el jubiloso grito de Gaspar cuando vio aparecer la escolta en medio del valle al rayar el alba, pero tampoco tengo palabras para describir su sorpresa, su furia y su desesperación cuando le dijeron que el animal que cargaba la cureña se había despeñado la última noche. Sólo Dios sabe en qué barranco había ocurrido aquello. Comenzó a amenazar de muerte al escolta. Aquel día me alejé de su camino y me escondí en un matorral pensando en qué estaría tramando en ese instante. Retirarse habría sido una solución, pero él era incapaz de retirarse. Vi debajo de mí a Jorge, su artillero, un viejo soldado español, construir una especie de armazón con sillas de montar apiladas. Cargaron el cañón y lo pusieron encima, pero cuando disparó, el montaje se desmoronó y el tiro pasó muy por encima de la estacada.

»No intentaron nada más. También se había perdido otra de las mulas que cargaba las municiones y sólo tenían para seis disparos, suficientes como para echar abajo la puerta si hubiesen podido enfilarse el cañón. Aun así, no tenían ni tiempo ni medios para fabricar una cureña. Cada momento que pasaba me daba la sensación de que íbamos a oír las trompetas de Robles resonando por los barrancos.

»Peneleo andaba de acá para allá con sus pieles, y en una de éstas se acercó hasta mí y me comentó:

»—¡Que hagan un agujero! Si lo consiguen, de acuerdo, y si no, nos vamos, porque sobramos por aquí.

»Cuando comenzó a anochecer, observé con asombro cómo los indios se preparaban para un nuevo asalto y se disponían en filas al amparo de los montes. En la llanura, y frente a la puerta del fuerte, se veía un grupo de gente moviéndose

en la misma franja de terreno. Bajé hasta la loma. A la luz de la luna, y en el aire limpio de las alturas, se veía casi como a la luz del día, pero el cansancio me ofuscaba la mirada y no pude ver del todo bien en qué consistían los movimientos del grupo. Escuché de pronto la voz de Jorge, el artillero, diciendo dubitativo:

»—Ya está cargado, señor.

»Y de nuevo, con firmeza hacia el pelotón:

»—Traed la riata.

»El último que había hablado era Gaspar Ruiz.

»Hubo un silencio apenas interrumpido por unos cuantos disparos de una guarnición cercana, que también había visto el grupo, pero la distancia que los separaba era demasiado grande, y entre las chispas de las balas muertas que cortaban el suelo pude ver la reunión de unos cuantos bultos misteriosos que se apretaban de maneras distintas y en el centro a un par de figuras esbeltas y atareadas. Me acerqué a ellas con precaución sin saber si se trataba de una visión mágica o de un sueño insensato.

»Una voz peculiarmente ahogada ordenó:

»— ¿Están bien firmes las amarras?

»—Sí, señor —se escuchó responder a varias voces con entusiasmo enardecido.

»Y la voz sofocada continuó:

»—Mucho mejor, necesito poder respirar.

»A aquello siguió el murmullo propio de los grupos cuando se inquietan.

»—Échenle una mano, hombres. Vamos, ¡bajo el otro brazo!

»Y la voz añadió:

»— ¡Bueno! Apártense de mí.

»Yo me acerqué entre el concentrado círculo y escuché de nuevo la voz

angustiada:

»—Jorge, olvídense de que soy un hombre. Olvídense por completo y cumpla con su deber.

»—No tema, señor. Para mí sólo es usted la cureña del cañón, y le aseguro que no pienso malgastar el disparo.

»A continuación escuché el chasquido del botafuego y sentí el olor de la mecha. Frente a mí apareció de pronto un bulto indescriptible; una persona a cuatro patas, como si se tratara de una bestia con cabeza humana, agachada bajo un objeto con forma de tubo apoyado en su nuca y el fulgor de una masa redonda de bronce izada sobre la espalda de un Hércules.

»Frente a aquel solemne semicírculo, Gaspar se mantenía en aquella postura, mientras Jorge estaba detrás de él y un corneta a su lado dispuesto a tocar.

»Jorge estaba inclinado y murmuraba algo con el botafuego en la mano.

»—Una pulgada a la izquierda, señor. No tanto. Un poco más. Muy bien, y ahora si puede inclinarse un poco doblando los codos...

»Se echó a un lado, bajó el botafuego y una nube de fuego brotó de la boca del cañón atado a la espalda del cabecilla. Se recompuso lentamente.

»—¿Le ha dado? —preguntó.

»—De lleno, señor.

»—Cárgalo de nuevo.

»Estaba frente a mí con el pecho totalmente atado a aquella mole de bronce. Jamás se había registrado en los anales una hazaña como la de aquel hombre fuerte y enamorado. Con aquellos brazos extendidos parecía un penitente bajo el resplandor de la luna.

»Lo vi sostenerse otra vez sobre las manos y las rodillas, y la gente se apartaba como antes. El veterano Jorge estaba agachado mirando a lo largo del cañón.

»—¡Un poco a la derecha! ¡Un poco nada más! Por Dios, señor, no tiemble

tanto, ¿dónde ha quedado su fuerza?

»Al viejo soldado le flaqueaba el espíritu de tanta emoción. Se puso a un lado y, a la velocidad del rayo, le aplicó la chispa a la luz del arma.

»—¡Perfecto! —exclamó, pero Gaspar Ruiz permaneció un buen rato en silencio y como pegado al suelo.

»—Estoy cansado —dijo al fin—. ¿Faltan más disparos?

»—Sin duda, señor —respondió Jorge inclinándose sobre su jefe.

»—Entonces carga. ¿Corneta?

»—Aquí estoy, señor, a sus órdenes.

»—Toca cuando te lo ordene, y con tanta fuerza que te pueda oír todo Chile de punta a punta —dijo Gaspar con energía—. Y vosotros sed rápidos para quitarme esta riata y poder ir al asalto. Ahora levantadme. Y tú, Jorge, rápido y apunta bien.

»El estrépito de los fusiles del enemigo casi no dejó oír las últimas palabras del gigante. La empalizada estaba envuelta en llamas y humo.

»—Intente aguantar el retroceso, señor —exclamó el viejo artillero temblando—, clave los dedos en el suelo. ¡Ahora!

»Tras el disparo salió de su garganta un enorme grito exaltado. El corneta se llevó a los labios el instrumento y esperó, pero el gigante postrado no dio la orden. Yo me incliné a su lado y le oí decir:

»—Se me ha roto algo.

»Alzó la mirada hacia mí y lo vi sumido en un abatimiento enorme.

»—La puerta está colgando sólo de una astilla —gritó Jorge.

»Ruiz intentó decir algo, pero la voz murió en su garganta y yo mismo lo ayudé a bajar el cañón de sus destrozadas costillas. Estaba totalmente insensible.

»Como es lógico cerré sus labios, y la señal de ataque que estaban esperando

los indios nunca fue dada; lo que sí escuché fueron las trompetas de la compañía de socorro, un ruido del que mi alma estaba sedienta y que entre nuestros enemigos tuvo el tinte de la trompeta del Juicio Final.

»Un auténtico huracán humano, señores, toda una nube de hombres despavoridos y jinetes indios pasó sobre mi cuerpo tendido en tierra junto al de Gaspar Ruiz. Peneleo me hirió al huir con su largo *chuso*, supongo que para sellar nuestra antigua amistad. Todavía hoy no sé cómo conseguí salir con vida. Además, me arrodillé demasiado pronto y los soldados del 17.º estuvieron a punto de lincharme con sus bayonetas. Es cierto que se quedaron de piedra cuando unos oficiales acudieron al galope y los dispersaron con el sable en la mano.

»Se trataba en aquel caso del general Robles. Necesitaba fuera como fuera hacer prisioneros y no tardó en manifestar su contrariedad inmediatamente.

»—¡Hola! ¡Pero si eres tú! —exclamó.

»Y desmontó en el acto para darme un abrazo porque quería mucho a mi familia. Yo señalé el cuerpo que estaba tendido a nuestros pies, y me limité a añadir dos palabras:

»—Gaspar Ruiz.

»Él alzo los brazos de la sorpresa.

»—¡Vaya! Tu amigote. Parece que nunca va a acabar tu pleito con ese tipo. ¡No importa! Fue él quien nos libró de la muerte cuando temblaba la tierra y hasta los más valientes estaban muertos de miedo. Yo confieso que me asusté. Él no. ¡Vaya un valiente! ¿Dónde está el héroe que ha conseguido vencerlo? ¡Ja, ja! ¿Quién ha podido con él, chico?

»—Su propia fuerza, mi general.

XII

—Pero lo cierto es que Gaspar Ruiz respiraba todavía. Yo ordené que lo transportaran al cobijo de unos arbustos de la loma desde los que solía ensimismarse al mirar el fuerte cuando la muerte invisible ya estaba rondando alrededor de su cabeza.

»Nuestras tropas comenzaron a acampar alrededor del fuerte. Cuando amaneció, no me sorprendió en absoluto que me hubiesen asignado a mí el traslado de un prisionero que tenía que ser llevado a Santiago lo antes posible. Entendí que se trataba de la mujer de Gaspar Ruiz.

»—Te lo he encargado a ti porque conozco tus simpatías —dijo el general Robles—, porque lo cierto es que tendríamos que fusilarla.

»Yo no reprimí un gesto de protesta inmediata y el general añadió:

»—Ahora que él ya ha dejado prácticamente de existir, no merece demasiado la pena preocuparse por ella. Nadie sabe qué castigo imponerle y el Gobierno la reclama.

»Robles se encogió de hombros.

»—Puede que sea la única persona que conozca en qué lugares está enterrado el botín.

»Al amanecer vi cómo se acercaba al cerro entre dos soldados y con su hija en brazos.

»Me adelanté para presenciar el encuentro.

»—¿Vive todavía? —preguntó confundiéndome con aquel rostro pálido e impasible al que tantas veces había contemplado él con adoración.

»Yo bajé la mirada y la acompañé en silencio. Gaspar tenía los ojos abiertos y respiraba con mucha dificultad. Dijo su nombre con mucho esfuerzo:

»—¡Herminia!

»La española se inclinó junto a su cabeza, y la niña, que no registraba en absoluto la trascendencia de aquella situación, lo contemplaba todo con ojos vivos y empezando a hablar con voz alegre y fina. Señaló con su pequeño dedo la uña rosada del amanecer que ya iba realzándose entre las cumbres. Durante todo el tiempo que duró la incomprensible y dulce charla infantil, el moribundo y la mujer que estaba inclinada junto a él permanecieron mudos intercambiando miradas de tristeza. El canto terminó finalmente. La niña apoyó la cabeza en el pecho de la madre y se quedó dormida.

»—Lo hice por ti —dijo el gigante—. Perdóname. —Allí le faltó la voz, pero pude escuchar en un último balbuceo—: Me faltaron las fuerzas.

»Ella lo contempló con una intensidad extraordinaria; Gaspar trató de sonreír y repitió:

»—Perdóname, te dejo...

»Su mujer se inclinó todavía un poco más sobre él. No derramó ni una lágrima, y dijo con voz muy firme:

»—Eres la única persona a la que he querido en el mundo, Gaspar.

»El moribundo sacudió la cabeza y pareció tranquilizarse.

»—¡Por fin! —suspiró.

»Y luego, con ansia redoblada, preguntó:

»—¿Es verdad lo que has dicho?

»—Tan verdad como que no existe ni la justicia ni la compasión en este mundo —respondió apasionada.

»Ella se inclinó sobre el rostro de Gaspar, que a su vez intentó incorporarse un poco pero cayó de espaldas, y cuando su amada le besó por fin los labios, ya estaba muerto. Tenía las pupilas acristaladas y fijas en el cielo, por donde en aquel instante cruzaban unas pequeñas nubes rosadas. Yo me fijé entonces en los párpados de la niña, que ya dormía apretada contra el pecho de su madre.

»La viuda de Gaspar Ruiz, el hombre de acero, me permitió retirarla de allí sin derramar ni una sola lágrima.

»Para facilitar el viaje, preparamos una parihuela parecida a una silla con una tabla colgante para que pudiera apoyar los pies. El primer día estuvo caminando en silencio sin apartar la mirada de la niña a la que llevaba en el regazo. Cuando acampamos, me di cuenta de que durante la noche paseaba alrededor de la tienda meciendo a la criatura en su brazos y mirándola a la luz de la luna. Luego, cuando comenzamos la segunda etapa, me preguntó si faltaba mucho para llegar a algún pueblo y yo le contesté que sobre el mediodía.

»— ¿Habrá mujeres en él? —preguntó.

»Respondí que era una villa importante.

»—Supongo que en ella habrá hombres y mujeres, señora —dije—, cuyos corazones se alegren de que la guerra ha terminado.

»—Sí, todo ha terminado ya —repitió.

»Y poco después me preguntó:

»— Señor oficial, ¿qué va a hacer conmigo el Gobierno de Chile?

»—No lo sé, señora —repliqué—, pero no tengo duda de que la tratarán bien, no tenemos costumbre de vengarnos en las mujeres.

»Me miró fijamente. Una de aquellas tardes en que nos vimos obligados a retroceder un poco para que las bestias pudieran pasar por el estrecho sendero, al borde de un precipicio me clavó la mirada con tal gesto de angustia que me produjo una compasión infinita.

»— ¡Señor oficial! —dijo—. Estoy muy débil, no puedo evitar temblar. Es un miedo insensato.

»Realmente le temblaban los labios, pero, a pesar de todo, hizo el esfuerzo de sonreír cuando puso su pie en el sendero, que tampoco era el más peligroso de aquella montaña.

»—Tengo miedo de dejar caer a la niña. Gaspar os salvó la vida, ¿verdad? ¡Cójala en brazos, por Dios!

»Yo cogí a la pequeña, porque la madre me la ofrecía con los brazos extendidos.

»—Señora, cierre los ojos y confíe en la mula —le dije.

»Me hizo caso. Parecía un cadáver, pálida y demacrada como estaba. En una de las revueltas del sendero, en cierto lugar en el que había un gran precipicio de pórvido rojizo, abrió los ojos. Yo estaba detrás de ella sujetando a la niña con el brazo derecho.

»—La pequeña está bien —dije para darle ánimos.

»—¿En serio? —contestó débilmente y con un espanto inmenso contemplé cómo se ponía en pie sobre la tabla de la parihuela, clavaba la vista en el cielo y se arrojaba con ímpetu hacia el abismo.

»No soy capaz de describir mi horror. Sentí yo también la atracción del vacío, un miedo espantoso que emanaba de la sima y que parecía estar llamándome a mí también. Sentí que se me iba la cabeza, pero abracé a la niña y me sostuve a caballo con la inmovilidad de una estatua. Me sentía helado y mudo. Mi caballo estiró las orejas y relinchó. No perdí la serenidad, aunque me estaba enloqueciendo el ruido de las piedras en lo más hondo del precipicio.

»Acabamos salvando finalmente aquel difícil paso y nos encontramos frente a una ancha y hermosa pradera.

»Entonces me puse a gritar. Mis soldados corrieron a mi lado, alarmados. Creo que al principio me limité a exclamar:

»—¡Me ha dado a su hija! ¡Me ha dado a su hija!

»Los soldados por un momento creyeron que me había vuelto loco.

El general Santierra terminó su relato y se levantó pesadamente de la mesa.

—Y eso fue lo que pasó, señores —concluyó al mismo tiempo que sonreía a sus invitados indicándoles que podían levantarse ellos también.

—¿Y qué fue de la niña, general? —preguntamos.

—¡Ah, la niña, la niña!

Se limitó entonces a acercarse a una de las ventanas abiertas que daban al frondoso jardín, aquel refugio de su vejez y uno de los más famosos del país. Nos detuvo con la mano y llamó hacia fuera:

—¡Herminia! ¡Herminia!

Y esperó. Permitió entonces que nos asomáramos a las ventanas. Tras un pequeño macizo de árboles apareció una mujer. Pudimos escuchar el roce de sus almidonadas enaguas y el amplio vuelo de una falda negra de seda de corte antiguo. Nos miró y, al comprobar que todas las miradas estaban fijas en ella, hizo un pequeño gesto de desagrado, sonrió al general que se reía con socarronería señalándola con el dedo, se puso la mantilla para recuperar parte de su altivo perfil y se alejó con porte majestuoso.

—Ahí lo tienen, señores, el ángel guardián de mi vejez, la mujer a la que deben que mi casa sea un lugar hospitalario, y también la razón por la que he permanecido soltero a pesar de que la llama del amor haya herido mi pecho en varias ocasiones. Puede que por esa razón no se hayan apagado del todo las chispas de ese fuego sagrado.

Puso cierto énfasis en aquella frase golpeándose el pecho robusto.

—Aún vive, aún vive —exclamó con energía, medio en serio y medio en broma—. Y no me casaré ya. ¿Para qué si esa mujer es la hija adoptiva y heredera del general Santierra?

Uno de los invitados la describió más tarde como una «gordita robusta entrada en la cuarentena». Y a la mayoría de nosotros nos pareció que tenía el pelo canoso y unos bonitos ojos negros.

—Y ella —dijo también el general— tampoco ha querido casarse con nadie. ¡Una verdadera pena! Es buena y paciente y está consagrada a este viejo por entero. ¡Una criatura angelical! Y tampoco les recomendaría que pidiesen su mano porque si se las diera correrían el riesgo de perder todos los huesos de su mano. Con eso no admite broma alguna, es toda una hija de su padre, ese gigante que murió víctima de su propia fuerza, de la fuerza de su robusto cuerpo, de su sencillez... y de su amor.

EL DELATOR

El señor X vino a ver mi colección de esculturas de bronce y porcelanas chinas precedido por una carta que me envió un buen amigo de París.

Este amigo también es un coleccionista. No colecciona porcelanas, ni esculturas de bronce, ni cuadros, ni medallas, ni sellos, ni nada que pueda ser vendido provechosamente bajo el martillo de un subastador, e incluso se opondría con genuina sorpresa a que lo llamaran coleccionista, aunque eso es lo que es, por naturaleza. Mi amigo colecciona conocidos. Es un trabajo muy delicado y él lo realiza con la paciencia, las ganas y la resolución de un auténtico coleccionista de curiosidades. Su lista no incluye a ningún personaje de la realeza, creo que no los considera lo bastante raros o interesantes. Con esa única excepción, ha conocido y tratado a todas las personas que vale la pena conocer en cualquier ámbito imaginable. Las observa, las escucha, las entiende, las mide y luego las guarda en el recuerdo, en alguna de las galerías de su mente. Ha conspirado, urdido y viajado por toda Europa sólo para aumentar su colección personal de conocidos importantes.

Como es un hombre rico, de buenos contactos y sin prejuicios, su colección es de lo más completa. Llega incluso a incluir objetos (¿o debería decir sujetos?) cuyo valor no puede apreciar la multitud y que por lo general pasan desapercibidos ante la fama popular. Como es lógico, éstos son los ejemplares de los que mi amigo está más orgulloso.

Del señor X me escribió lo siguiente: «Actualmente es el rebelde más importante (*révolte*).^[21] A nivel mundial se lo conoce como un escritor revolucionario cuya brutal ironía ha dejado al descubierto la corrupción de las instituciones más respetables. Ha destrozado las ideas de los hombres más admirados y, con el fervor de su ingenio, ha aplastado todas las ideas de sentido común y los principios más consensuados sobre conducta y moral. Nadie ha olvidado sus ardientes y rojos panfletos revolucionarios. Su rápida propagación, como si se tratara de una plaga de tábanos rojos, ha servido para incomodar a la policía de todo los países del continente, pero hay que añadir también que este radical escritor ha fomentado de manera activa la creación de sociedades secretas.

Es el misterioso y desconocido Número Uno en numerosos complots. En algunos se ha sospechado de él, pero otros pasaron completamente inadvertidos; a algunos se los podría calificar de juiciosos, pero otros son de lo más insensato. ¡Y el mundo jamás ha tenido ni la menor idea! Eso explica que se siga moviendo entre nosotros a pesar de ser el líder de varias tramas ocultas y que se mantenga al margen gracias a su reputación de ser el mejor publicista que ha existido».

Eso fue lo que me escribió mi amigo, y luego añadió que el señor X era un ilustrado conocedor de esculturas de bronce y porcelana, y me pidió que le mostrara mi colección.

X se presentó el día acordado. Mis tesoros están expuestos en tres habitaciones grandes sin alfombras ni cortinas. Los únicos muebles son las *étagères*^[22] y las vitrinas, cuyos objetos serán la fortuna de mis herederos. No permito que enciendan fuego allí por miedo a que ocurra un accidente y esas habitaciones están separadas del resto de la casa por una puerta a prueba de incendios.

Aquel día hacía un frío penetrante, no nos quitamos los abrigos ni los sombreros. De contextura media y enjuto, con un par de ojos siempre alerta en medio de una cara alargada y de nariz romana, X caminaba dando pequeños pasos con sus diminutos piecillos y miraba mi colección con aire inteligente. Espero haberle mirado a él de la misma manera. El bigote y la perilla blancos como la nieve le daban a su tez morena un aspecto más oscuro del que en realidad tenía. Con su abrigo de piel y su sombrero de copa brillante, aquel hombre temible parecía un señor muy moderno. Creo que pertenecía a una familia noble; si hubiera querido, podría haber llevado el título de vizconde X de la Z. De lo único que hablamos aquella tarde fue de esculturas de bronce y porcelanas chinas. Él se mostró realmente agradecido y nos despedimos de manera cordial.

No sé dónde se alojaba. Supongo que debía de ser un hombre solitario y que los anarquistas no tienen familia —o al menos no del modo en que nosotros entendemos esa unión social—. Puede que la organización en familias responda a una necesidad humana, pero en última instancia tiene un componente legal que debe resultar odioso y difícil de entender para un anarquista, aunque la verdad es que no entiendo demasiado a los anarquistas. ¿Puede un hombre con esas convicciones —precisamente ésas— seguir considerándose un anarquista cuando está solo, completamente solo y se mete en la cama? ¿Puede apoyar su cabeza en la almohada, arrojarse en las sábanas y quedarse dormido teniendo siempre en la cabeza la necesidad de un *chambardement général*,^[23] como dicen los franceses, de un

estallido general? Y si es así, ¿cómo puede hacerlo? Estoy seguro de que si en algún momento esa fe (o fanatismo) dominara mis pensamientos, no sería capaz de serenarme lo suficiente como para poder dormir, comer o cumplir cualquier acto rutinario de la vida diaria. No desearía una esposa, ni hijos. Me parece que incluso podría prescindir de los amigos. Y la cuestión de coleccionar esculturas de bronce y porcelanas chinas quedaría descartada con toda seguridad. Pero no lo sé. Todo lo que sé es que el señor X comía en un restaurante muy bueno que yo también solía frecuentar.

Sin el sombrero, un flequillo plateado de pelo bien peinado completaba su fisonomía de huesos salientes y surcos profundos, siempre revestida con una expresión impasible. De los puños anchos y blancos emergían unas manos delgadas y morenas que iban y venían con la precisión de una máquina para partir el pan, servir el vino o algún gesto parecido, pero la cabeza y el cuerpo que se veían sobre el mantel mantenían una quietud rígida. Aquel hombre violento, aquel gran agitador parecía interesado en generar el menor gasto posible de energía y acción. Su voz de tono bajo era áspera, fría y monótona. No se podía decir que fuera extrovertido, pero con su aspecto indiferente y tranquilo parecía dispuesto tanto a continuar una conversación como a abandonarla en cualquier momento.

Su discurso jamás rozaba los lugares comunes. Debo confesar que para mí resultaba excitante tener enfrente a alguien como él, poder conversar de manera apacible con un hombre cuya venenosa pluma había debilitado a más de una monarquía. Eso lo sabía todo el mundo. Pero yo sabía un poco más. A través de mi amigo, tenía la certeza de algo que los custodios del orden social en Europa apenas sospechaban, o ni siquiera suponían.

Aquel hombre había tenido lo que podríamos llamar una vida secreta, y, a medida que fui compartiendo con él la mesa, noche tras noche fue creciendo en mi interior una gran curiosidad. Reconozco que soy un producto sosegado y pacífico de nuestra sociedad y que no conozco otra pasión que la de coleccionar objetos extraños que deben ser considerados exquisitos, aunque a veces se acerquen a lo monstruoso. Algunas estatuas de bronce chinas son monstruosamente bellas. Así (salido de la colección de mi amigo), tenía frente a mí a un tipo de monstruo de lo más particular. Es cierto que se trataba de un monstruo refinado y de alguna forma distinguido, al menos eso reflejaban sus modales correctos y cuidados, pero no era de bronce, ni siquiera era chino —lo que me habría permitido contemplarlo con calma desde la distancia que otorga la diferencia racial—. Estaba vivo y era europeo. Tenía los modales de la alta sociedad, llevaba un abrigo y un sombrero como los míos y le gustaban casi las mismas comidas que a mí. Era tremendo

detenerse a pensar en eso.

Una noche dejó caer, en medio de una conversación:

—La única manera de conseguir que los hombres cambien es utilizando el terror y la violencia.

Pueden imaginar el efecto que una frase como ésta, dicha por un hombre como aquél, causó en una persona como yo, cuyo esquema vital se basa en la delicada y atenta comprensión de los valores sociales y artísticos. ¡Imagínense! ¡Justo a mí, que cualquier tipo o forma de violencia me resulta tan inverosímil como los gigantes, los ogros o las hidras de siete cabezas que tanto influyen en las leyendas y los cuentos de hadas!

De pronto me pareció oír, por encima del bullicio festivo y del rumor en aquel elegante restaurante, el murmullo de una multitud hambrienta y sediciosa.

Supongo que soy demasiado impresionable e imaginativo. A pesar de los centenares de bombillas en la sala, tuve la inquietante visión de algo oscuro, algo lleno de mandíbulas hambrientas y ojos salvajes, pero por algún motivo la visión además me disgustó. La imagen de aquel hombre que partía pedacitos de pan blanco con toda tranquilidad terminó de exasperarme, y tuve la audacia de preguntarle cómo aquel proletariado hambriento de Europa al que él tanto había predicado el levantamiento y la violencia no se había indignado por una vida tan abiertamente lujosa como la suya.

—Por todo esto —dije recorriendo con la mirada el salón y señalando con los ojos la botella de champaña que solíamos compartir en la cena.

Mantuvo un gesto impasible.

—¿Me alimento de sus esfuerzos y de la sangre de sus corazones? ¿Soy un usurero o un capitalista? ¿Conseguí mi fortuna robándole al pueblo hambriento? ¡No! Y ellos lo saben muy bien. No me envidian. La masa más miserable de la población es generosa con sus líderes. Todo lo que tengo, lo he ganado con mis escritos, no con los millones de panfletos distribuidos gratis entre los hambrientos y los oprimidos, sino con los cientos de miles de ejemplares vendidos a burgueses bien alimentados. Usted sabe que mis escritos hicieron furor en una época, estuvieron de moda, eran lo que había que leer entre la admiración y el espanto para poder luego mirarme con altivez... o bien para reírse de mi ingenio.

—Sí —admití—, claro que lo recuerdo, y confieso con honestidad que nunca comprendí ese encaprichamiento.

—¿Pero aún no se ha dado cuenta —dijo— de que a la clase ociosa y egoísta le encanta ver cómo se hace daño, aunque sea a su costa? Al llevar una vida de puras poses y modales, es incapaz de comprender el poder y el peligro de un movimiento real, o de las palabras que no contienen una farsa. Para esa clase sólo es una cuestión de diversión y emociones. Basta con mencionar la actitud de la antigua aristocracia francesa ante los filósofos que dieron forma a la Revolución; incluso en Inglaterra, donde existe cierto sentido común, a un demagogo le alcanza con hablar un buen rato y en un tono bien alto para encontrar apoyo en la misma clase a la que está criticando. A ustedes también les gusta ver cómo se hace daño. Los demagogos atraen a los aficionados, y ser aficionado a esto, a eso o a aquello es una manera muy agradable de matar el tiempo y de alimentar la vanidad —la frívola vanidad de sentirse un adelantado en las ideas—. Algo parecido le sucedería a la gente buena y por otra parte inofensiva: se maravillarían ante su colección sin tener la menor idea de por qué es tan importante.

Incliné la cabeza ante aquel aplastante ejemplo de la triste realidad. El mundo está lleno de gente así. El ejemplo de la actitud de la aristocracia francesa ante la Revolución también era sumamente significativo. No pude contradecir sus argumentos, aunque su cinismo —rasgo tan desagradable— le quitaba una buena parte de razón para mi gusto. De todas formas, debo admitir que estaba impresionado. Sentí la necesidad de decir algo que no demostrara aprobación pero tampoco incitara a una discusión.

—¿Intenta decir —comenté a la ligera— que los revolucionarios más extremistas han tenido siempre el apoyo activo de los caprichos de esa gente?

—No, no es exactamente eso lo que quise decir. Estaba generalizando, pero, ya que me lo pregunta, puedo decirle que las actividades revolucionarias en varios países han recibido ese tipo de ayuda de forma más o menos consciente. También aquí.

—¡Eso es absurdo! —negué con firmeza—. Aquí no jugamos con fuego hasta ese punto.

—Y quizá se lo podrían permitir más que otros, pero déjeme que le comente que la mayoría de las mujeres, si no están siempre dispuestas a jugar con fuego, al menos suelen estar ansiosas por hacerlo con alguna chispa.

—¿Se burla usted de mí? —pregunté con una sonrisa.

—Si lo he hecho, ni yo mismo me he enterado —dijo vagamente—; estaba pensando en un caso en particular que ha sido bastante moderado, en cierto modo...

Ese comentario aumentó mi curiosidad. Había intentado que saliera a la luz su vida secreta en varias ocasiones, por decirlo así. La propia palabra había sido pronunciada, pero él siempre se había resistido con una calma hermética.

—Aunque también le dará una idea —continuó el señor X— de las dificultades que surgen en lo que a usted le gusta llamar el trabajo secreto; a veces resultan muy complicadas. Como comprenderá, no hay jerarquías entre los socios, ni métodos rígidos.

Me sorprendí mucho pero duró poco. Como es lógico, entre los anarquistas extremos no podía haber jerarquías, ni nada parecido a una ley de orden. La misma idea de anarquía entre los propios anarquistas era también reconfortante, aunque debía de entorpecer su eficacia.

El señor X me sorprendió al preguntarme, de golpe:

—¿Conoce la calle Hermione?

Asentí con una afirmación un poco dubitativa. En los tres últimos años la calle Hermione había sido reformada hasta volverla irreconocible. Mantenía el nombre, pero de la anterior calle Hermione no quedaba un ladrillo ni una piedra. Él se refería a la antigua porque dijo:

—A la izquierda había una hilera de casas de dos pisos de ladrillo que en la parte de atrás tropezaban con la medianera de un gran edificio público, ¿se acuerda? ¿Le sorprendería saber que una de estas casas fue durante un tiempo el centro de propaganda anarquista y de lo que usted llamaría el movimiento secreto?

—No, para nada —exclamé. Como yo la recordaba, la calle Hermione jamás había sido particularmente respetable.

—La casa pertenecía a un distinguido funcionario del gobierno —agregó mientras bebía un trago de champaña.

—¿En serio? —dije sin creerle una sola palabra.

—Obviamente, el hombre no vivía allí —siguió diciendo el señor X—, de diez a cuatro el buen hombre se sentaba muy cerca, en el cómodo despacho privado del edificio público que le acabo de mencionar. Para ser más preciso, debo aclarar que la casa de la calle Hermione no le pertenecía exactamente a él, sino a sus hijos ya mayores, una mujer y un varón. La chica, con su bonita figura, era de una belleza muy refinada. Además del encanto particular de la juventud, tenía la atracción seductora del entusiasmo, la independencia y la inteligencia. Supongo que llevaba esas apariencias igual que se ponía sus pintorescos vestidos, y por la misma razón: para reivindicar su individualidad a toda costa. Como bien sabe, las mujeres están dispuestas a llegar hasta donde haga falta para conseguir ese objetivo, y ella fue muy lejos. Había adoptado todos los gestos de una persona con convicciones revolucionarias: los gestos de piedad, de furia y de indignación contra los crueles vicios de la clase social a la que ella misma pertenecía. Todo esto cubría su sorprendente personalidad, al igual que los poco innovadores vestidos que llevaba. Muy poco innovadores, habría que decir, lo justo como para señalar su protesta contra la crueldad de los patrones. Justo lo mínimo, nada más. Tampoco era necesario ir demasiado lejos en ese sentido, ya me entiende, pero ella era mayor de edad y nada le impedía ofrecer su casa a los trabajadores revolucionarios.

—¡No me lo creo! —grité.

—Le aseguro —afirmó el señor X— que la muchacha tuvo ese gesto tan práctico. ¿De qué otra manera hubieran podido instalarse allí si no? La causa no tiene dinero y con cualquier casero normal habrían surgido dificultades, ya que habría pedido referencias y cosas por el estilo. El grupo con el que entró en contacto mientras recorría los barrios pobres de la ciudad (¿recuerda aquella moda de la caridad y el sacrificio que se puso tan de moda hace algunos años?) aceptó agradecido. La principal ventaja era que la calle Hermione se encontraba, como usted bien sabe, muy alejada de la zona bajo sospecha en la ciudad, vigilada cuidadosamente por la policía.

»En la planta baja había un pequeño restaurante italiano, de esos que están llenos de moscas. No fue difícil comprárselo al propietario. Una mujer y un hombre de la organización se hicieron cargo; el hombre había sido cocinero. Los camaradas podían comer allí y pasar inadvertidos para el resto de los clientes. Ésa era otra ventaja. El primer piso estaba ocupado por una espantosa Agencia de Artistas de Variedades —una agencia de contratación de actores para salas de

tercera categoría, ya sabe. Recuerdo que la dirigía un tipo llamado Bomm. A él no le molestaron, de hecho resultaba útil tener a un montón de gente que parecían extranjeros, malabaristas, acróbatas, cantantes de ambos sexos, y personas por el estilo entrando y saliendo todo el día, de aquel modo a la policía no le llamaban la atención las caras nuevas, ¿entiende? El último piso justo estaba vacío, lo que resultaba muy conveniente.

X se detuvo para atacar impasible, con movimientos muy delicados, una *bombe glacée*^[24] que el camarero acababa de dejar sobre la mesa. Tomó con distinción unas cuantas cucharadas del dulce helado y me preguntó:

— ¿Ha oído hablar de la sopa en polvo Stone?

— ¿De qué?

— Un producto comestible — continuó X inalterable — que en su tiempo tuvo bastante publicidad en los periódicos, pero que por algún motivo jamás llegó a conquistar al público. La empresa se fue a pique, como dicen ustedes. En subastas se podían conseguir lotes completos del producto a menos de un céntimo el medio kilo. El grupo compró algunos lotes e instaló una agencia de venta de sopa en polvo Stone en el piso de arriba. Un negocio completamente respetable. El producto, un polvo amarillo de aspecto más bien poco apetecible, fue guardado en latas grandes y cuadradas, que a su vez cabían en cajas de a seis. Si alguna vez alguien pasaba a hacer un pedido, por supuesto se surtía, y la ventaja del polvo era que se podían ocultar cosas en él muy fácilmente. De vez en cuando se colocaba una caja especial en un camión y se la enviaba para exportación ante las propias narices del policía de la esquina. ¿Comprende?

— Sí — dije con un gesto expresivo hacia los restos de *bombe* que se derretían lentamente en el plato.

— Exactamente, pero las cajas eran útiles además en otro sentido. En el sótano, mejor dicho, en la bodega del fondo, se instalaron dos imprentas. Una gran cantidad de textos revolucionarios, de los más incendiarios, salieron de aquella casa dentro de cajas de sopa en polvo Stone. El hermano de nuestra joven anarquista encontró allí una ocupación. Escribía artículos, ayudaba a pasarlos a máquina, a distribuir las hojas y, por lo general, también ayudaba al encargado, un joven muy talentoso llamado Sevrin.

»El líder del grupo era un fanático de la revolución social. Ahora está

muerto. Era un grabador y aguafuertista genial, lo más probable es que haya visto alguna obra suya, porque en la actualidad es muy buscada por ciertos aficionados. Había comenzado como un rebelde artístico y acabó convirtiéndose en un revolucionario cuando su mujer y su hijo murieron debido a la escasez y la miseria. Solía decir que los había matado la burguesía, la clase sobrealimentada, y realmente lo creía. Continuó trabajando en sus grabados y llevando una doble vida. Era alto, escuálido y muy moreno, llevaba la barba crecida y negra y tenía los ojos hundidos. Seguro que lo ha visto. Se llamaba Horne.

Al oír aquel nombre, me sorprendí mucho, porque hacía algunos años solía cruzarme con él. Tenía un aspecto de gitano poderoso y rudo, llevaba una vieja galera, una bufanda roja alrededor del cuello y un abrigo largo y desgastado abrochado hasta arriba. Hablaba de su trabajo con pasión y daba la impresión de que era un manojo de nervios al borde de la locura. Un pequeño grupo de entendidos admiraba su obra. Quién hubiera dicho que aquel hombre... ¡Qué sorpresa! Aunque en realidad no era tan difícil de creer.

—Como puede ver —continuó—, aquel grupo tenía unas condiciones muy favorables para cumplir su misión propagandística y otras actividades. Eran hombres resueltos y experimentados, de buena condición, y por eso nos sorprendía tanto que al final los planes elaborados en la calle Hermione fracasaran casi siempre.

—¿A quiénes se refiere con ese *nos*? —pregunté con toda la intención.

—A los que estábamos en Bruselas, en la central —dijo rápidamente—. Cualquier acción importante planeada en la calle Hermione parecía condenada al fracaso. Siempre sucedía algo que arruinaba las acciones mejor planificadas de cualquier sede de Europa. Era una época de mucha actividad general. No crea usted que todos nuestros fracasos eran públicos, con arrestos y juicios. Las cosas no son así; a menudo la policía trabaja de forma silenciosa, casi en secreto, deshace nuestros complots diseñando contraataques hábiles, sin detenciones, sin ruido, sin inquietar a la opinión pública ni aumentar el fanatismo; un procedimiento muy inteligente. En aquella época la policía era muy eficiente y trabajaba de forma similar desde el Mediterráneo hasta el Báltico. Las acciones eran incómodas, y empezaban a ser peligrosas. Al final, llegamos a la conclusión de que debía de haber alguna pieza poco fiable en los grupos de Londres. Yo vine a ver qué se podía hacer sin llamar mucho la atención.

»Mi primer paso fue ir a visitar a nuestra joven aficionada al anarquismo en

su domicilio particular. Me recibió de un modo halagador. Me pareció que no sabía nada de los químicos, ni de las otras operaciones que se estaban llevando a cabo en el piso de arriba de la casa en la calle Hermione; al parecer sólo estaba enterada de que allí se imprimía propaganda anarquista. Se mostró tan entusiasmada y comprometida como siempre, y escribió varios artículos sentimentales en los que llegaba a severas conclusiones. Me di cuenta de que disfrutaba muchísimo reproduciendo los gestos y las muecas de la formalidad. Le sentaba bien a sus ojos grandes, a su frente despejada y al estilo de su cabeza armónica, coronada por una magnífica cabellera de color castaño que llevaba peinada de un modo atractivo y poco habitual. Su hermano también estaba en la sala, era un joven serio, con cejas espesas y una corbata roja. Me sorprendió su absoluta ignorancia del mundo, incluso de sí mismo. Un poco más tarde, entró un joven alto. Iba perfectamente afeitado, tenía una mandíbula fuerte y azulada, y un aire como de actor taciturno o sacerdote fanático, ya sabe, uno de esos tipos con cejas negras y tupidas. La joven se acercó y me dijo con dulzura:

»—El camarada Sevrin.

»Era la primera vez que lo veía. No tenía mucho que decir, pero se sentó junto a la muchacha y enseguida comenzaron una conversación muy seria. Ella se inclinaba hacia adelante en su sillón y se agarraba su preciosa barbilla ovalada con una de sus bellas y blancas manos. Él la miraba a los ojos con atención, con la actitud intensa y seria de un amante al borde de la tumba. Supongo que a la joven le parecía necesario completar y cerrar su fe en las ideas sobre la anarquía revolucionaria simulando que estaba enamorada de un anarquista. Y él, repito, tenía un aspecto completamente pulcro, a pesar de su estilo entusiasta y ceñudo. Después de mirarlos disimuladamente un par de veces, no tuve duda de que él estaba sinceramente enamorado. En cuanto a la joven, sus gestos eran insondables y sugerían, más que amor, una aparente mezcla de decoro, dulzura, condescendencia, fascinación, sumisión y prudencia. Ella cumplía con habilidad su propio concepto de lo que debía ser aquel tipo de romance, y en este sentido, sin duda ella también estaba sinceramente enamorada. No eran más que gestos, es verdad, ¡pero qué perfectos!

»Cuando me dejaron a solas con nuestra joven aficionada, la informé con cautela del motivo de mi visita. Le insinué nuestras sospechas. Quería oír lo que pudiera decirme; creo que esperaba algo así como una información inconsciente. Todo lo que dijo fue:

»—Es muy serio — con un tono deliciosamente preocupado y grave.

»Pero hubo una chispa en sus ojos que sin duda significaba: “¡Qué intrigante!”. Después de todo ella sabía muy poco y sólo conocía las palabras, pero aun así se ofreció a ponerme en contacto con Horne, a quien era difícil encontrar fuera de la casa en la calle Hermione, donde yo no quería aparecer de momento.

»Me reuní con Horne, era una clase de fanático completamente diferente. Le expliqué la conclusión a la que habíamos llegado en Bruselas y le enumeré la gran cantidad de errores que se habían cometido. Respondió con una excitación que no venía al caso.

»—Tengo algo entre manos que provocará pánico en el corazón de esas bestias insaciables.

»Y entonces me enteré de que él y otros compañeros habían estado excavando desde una de las bodegas de la casa y habían llegado hasta el sótano del gran edificio público que le comenté antes. En cuanto estuvieran listos los materiales, volarían un ala completa del edificio.

»La estupidez de aquel proyecto no me horrorizó tanto como lo habría hecho si el aprovechamiento de nuestro centro de la calle Hermione no se hubiera vuelto tan problemático. De hecho, creo que se trataba más que nada de una trampa de la policía. Pero lo indispensable ahora era descubrir qué, o mejor dicho quién nos estaba fallando, y al final logré convencer a Horne. Me miró perplejo, moviendo las ventanas de la nariz como si olfateara la traición en el aire, y aquí entra en escena una decisión que seguro le parecerá una especie de recurso teatral. ¿Pero qué otra cosa podríamos haber hecho? El desafío era encontrar al miembro débil del grupo, pero no se podía sospechar de uno más que de otro, y tampoco se podía vigilar a todos, un sistema que además suele fallar. En cualquier caso, habría hecho falta mucho tiempo y el peligro apremiaba, estaba seguro de que tarde o temprano habría una redada en el local de la calle Hermione. La policía confiaba tanto en el delator que la casa, por el momento, ni siquiera estaba siendo vigilada. Horne lo afirmó convencido. Dadas las circunstancias, no se trataba de un buen síntoma, debíamos hacer algo rápidamente.

»Decidí organizar yo mismo un asalto al grupo. ¿Sabe a lo que me refiero? Una redada en la que otros camaradas de confianza se hicieran pasar por policías, un complot dentro del complot. Como es lógico, supongo que comprende el motivo. Cuando estuviera supuestamente a punto de ser arrestado, yo esperaba que el delator se revelase de un modo u otro, por alguna señal imprudente o, por ejemplo, por mantener una postura despreocupada. Existía la posibilidad de que

fracasáramos de lleno, y el riesgo aún más grave de que se produjera algún incidente fatal durante la resistencia o en el intento de escapar. Pero para mí, como comprenderá, era indispensable pillar completamente por sorpresa al grupo de la calle Hermione, como sin duda lo iba a acabar pillando la policía dentro de poco. El delator se movía entre ellos, y únicamente Horne podía estar al tanto de mi plan secreto.

»No entraré en los detalles de los preparativos. No fue fácil hacer los arreglos pero al final salió bien, los resultados fueron realmente convincentes. Los falsos policías entraron al restaurante y bajaron las persianas de inmediato. El efecto sorpresa funcionó a la perfección. La mayoría de los camaradas de la calle Hermione se encontraba en la segunda bodega, ensanchando el túnel que comunicaba con los sótanos del edificio público. Con la primera alarma varios camaradas se dieron instintivamente a la fuga a través del propio túnel donde, por supuesto, si hubiera sido una verdadera redada habrían sido atrapados definitivamente por la policía. No nos preocupamos por ellos en ese momento, eran bastante inofensivos. Lo que realmente nos preocupaba a Horne y a mí era el piso de arriba. Allí, rodeado de latas de sopa en polvo Stone, un camarada al que llamaban “Profesor” (un antiguo estudiante de ciencias) se ocupaba de retocar unos detonadores nuevos. Era un hombre enjuto y cetrino, absorto, pero seguro de sí mismo, armado con gafas grandes y redondas. Temíamos que con el sobresalto hiciera reventar por equivocación un detonador e hiciera volar la casa. Subí corriendo las escaleras y lo encontré en la puerta, muy alerta, escuchando, según dijo, “los ruidos sospechosos que llegaban de abajo”. Antes de que terminara de explicarle lo que estaba sucediendo, se encogió de hombros despectivamente y volvió a sus mediciones y a sus tubos de ensayo. Tenía el auténtico vigor de un revolucionario. Los explosivos eran su credo, su esperanza, su arma y su escudo. Murió un par de años más tarde en un laboratorio secreto con el estallido accidental de uno de sus mejores detonadores.

»Me apresuré a bajar de nuevo, y en las penumbras de la gran bodega me encontré con una escena asombrosa. El hombre que actuaba de inspector (el rol no le era del todo ajeno) hablaba en un tono brusco y le daba órdenes falsas a sus falsos subordinados para que trasladaran a los detenidos. Evidentemente, aún no había sucedido nada demasiado esclarecedor. Horne, taciturno y moreno, esperaba de brazos cruzados, y su observación paciente y malhumorada le daba un aire de estoicismo acorde a la situación. En las sombras descubrí a uno del grupo masticando y tragando a escondidas trocitos de papel. Supongo que se trataba de información comprometedor, alguna nota con un par de nombres y direcciones, algo así. Era un auténtico “compañero”, digno de confianza, pero cierto fondo de

malicia que acecha oculto en lo más profundo de nuestras simpatías me hizo sonreír en secreto ante aquella representación tan perfecta e inesperada.

»Por lo demás, parecía que el arriesgado intento, el golpe dramático maestro, si quiere llamarlo así, había fallado. No podíamos ocultar el engaño mucho más, pero la explicación dejaría a la luz una situación muy incómoda, incluso grave. El hombre que se había tragado el papel se pondría furioso, y los compañeros que habían huido también se enfadarían.

»Para mayor irritación, la puerta que comunicaba con la otra bodega donde estaban las imprentas se abrió de golpe y apareció nuestra joven revolucionaria, una silueta negra con un vestido ajustado y un sombrero alto, con el resplandor de la lámpara de gas ardiendo a su espalda. Por encima de su hombro descubrí las cejas arqueadas y la corbata roja de su hermano.

»¡Eran las últimas personas del mundo a las que deseaba ver en ese momento! Aquella tarde habían ido a un concierto de aficionados para gente pobre, ya sabe, pero ella había insistido en retirarse pronto para pasar por la calle Hermione de camino a casa con el pretexto de que tenía algo que hacer. Solía corregir las galeras de las ediciones italiana y francesa de *Señal de alarma* y *El agitador*...

—¡Cielo santo! —murmuré. En cierta ocasión me habían mostrado algunos ejemplares de esas publicaciones. No se me podía ocurrir nada peor para los ojos de una dama. Eran las más avanzadas en su estilo, y por avanzadas quiero decir que traspasaban todos los límites de la razón y la decencia. Una de ellas predicaba la disolución de todos los vínculos sociales y domésticos, la otra defendía el homicidio sistemático. Imaginar a una muchacha buscando tranquilamente los errores de imprenta en las repugnantes frases que recordaba resultaba inaceptable según mi concepto de lo femenino. El señor X, después de lanzarme una mirada, continuó con firmeza:

—Pero a mí me parece que ella había ido sobre todo para consolidar su dominio sobre Sevrin y para que éste le rindiera homenaje como una reina condescendiente. Ella era consciente de ambas cosas —del poder que ejercía sobre él y de sus homenajes— y lo disfrutaba, me atrevo a decir, con total inocencia. No tenemos experiencia en cuestiones de conveniencia y valores morales como para competir con esa muchacha. El encanto en una mujer y la inteligencia excepcional en un hombre son cuestiones que se rigen por leyes propias. ¿No le parece?

Me contuve de opinar cuán aborrecible me resultaba esa concepción libertina porque sentía demasiada curiosidad.

—¿Y qué ocurrió luego? —pregunté.

X siguió desmenuzando muy despacio un pequeño trozo de pan con la mano izquierda.

—Al final lo que sucedió es que ella salvó la situación.

—Le dio una oportunidad para cerrar aquella farsa siniestra —sugerí.

—Sí —dijo manteniendo su actitud impasible—. La farsa debía acabar pronto y terminó en unos pocos minutos. Terminó bien. Si ella no hubiera entrado, habría terminado mal. Su hermano claramente no contaba para nada. Se habían metido en la casa un rato antes; la bodega donde se hallaba la imprenta tenía una entrada independiente. Como no había nadie allí, la muchacha se sentó con sus pruebas esperando que Sevrin regresara a su trabajo en cualquier momento, pero no lo hizo. Ella se impacientó, a través de la puerta escuchó ruidos extraños en la otra bodega y naturalmente entró para ver qué estaba ocurriendo.

»Sevrin había estado con nosotros. Al principio creí que era el más sorprendido de todos, parecía inmóvil por el asombro. Se quedó clavado en su sitio sin mover ni un músculo. El único mechero de gas encendido estaba cerca de su cabeza; todas las demás luces habían sido apagadas a la primera alarma. Desde mi ángulo oscuro, descubrí en su cara afeitada de actor una expresión de desconcierto y vigilancia molesta. Tenía las espesas cejas fruncidas y las comisuras de los labios hacia abajo, en un gesto displicente, estaba furioso, lo más probable era que hubiera descubierto la jugada y entonces me arrepentí de no haber confiado en él desde el principio.

»Pero en cuanto apareció la muchacha, se puso en evidente alerta. Era comprensible. Me di cuenta del cambio. Su expresión se modificó rápido y de manera sorprendente, pero no entendía por qué. No se me ocurría ningún motivo. Apenas me quedé atónito ante el cambio extremo en el gesto de aquel hombre. Claramente no se había enterado de que la joven estaba en la otra bodega, pero eso no alcanzaba para explicar la conmoción que le produjo su llegada; durante unos instantes fue como si le hubiesen reducido a un estado de imbecilidad. Abrió la boca como si fuera a lanzar un grito o por lo menos a ponerse jadear, pero quien gritó fue otra persona: el heroico camarada al que había visto masticando trocitos

de papel. Con admirable tranquilidad, lanzó un grito de advertencia.

»—¡Es la policía! ¡Atrás, atrás! ¡Corred hacia el fondo y cerrad la puerta al pasar!

»Era una alerta muy clara, pero en lugar de retirarse, la muchacha continuó avanzando con su hermano detrás, con la misma cara larga y los mismos pantalones de golf con los que había estado cantando canciones para divertir a un triste proletariado. La muchacha no avanzaba como si no hubiera oído la advertencia (la palabra “policía” tiene un sonido inconfundible), sino como si no pudiera evitarlo. No se adelantaba con el andar libre y el espíritu expansivo de una anarquista *amateur* y distinguida entre trabajadores pobres y en aprietos, sino con los hombros un poco levantados y los codos apretados al cuerpo, como si intentara encogerse. Tenía los ojos clavados, fijos en Sevrin, o mejor dicho; en Sevrin como hombre, más que como anarquista. Pero se acercaba. Y supongo que era natural. A pesar de todas sus ideas sobre la independencia, las jóvenes de esa clase están acostumbradas a moverse como si estuvieran realmente protegidas. Y, de hecho, lo están. Esa sensación de seguridad justifica el noventa por ciento de sus gestos más audaces. Había perdido todo el color de la cara, estaba pálida. ¡Imagínese lo que es comprender de una manera tan brutal que uno es el tipo de persona que debe huir de la policía! Creo que estaba pálida, sobre todo por la indignación, aunque claro, además tenía cierta preocupación por salir indemne, un vago temor a algún tipo de grosería, ésa era la razón por la que se acercaba al hombre, a un hombre por el que sentía una declarada fascinación y pleitesía, el hombre que de ninguna manera podía fallarle en un momento tan difícil.

—Pero si el arresto hubiese sido cierto, quiero decir, real como ella creía — dije a voces, impresionado por aquel análisis —, ¿qué esperaba de él?

El señor X ni siquiera movió un músculo de la cara.

—Sólo Dios sabe. Supongo que aquella criatura tan encantadora, generosa e independiente jamás había tenido ni un solo pensamiento genuino. Quiero decir, ningún pensamiento más allá de las pequeñas vanidades humanas o que no partiera de algún concepto convencional. Todo lo que sé es que se adelantó unos pasos y extendió su mano hacia Sevrin, que permanecía inmóvil; por lo menos ese gesto no fue hipócrita. En cuanto a qué esperaba de él, quién sabe. Imposible adivinarlo. Fuera lo que fuera, estoy seguro de que no fue lo que él había decidido hacer, incluso antes de que aquella mano suplicante se entregara tan directamente. Y ni siquiera habría sido necesario porque, desde el instante en que él la vio entrar

al sótano, decidió que sacrificaría su trabajo para deshacerse de la máscara impenetrable, sólidamente asegurada que había llevado con orgullo...

—¿Qué quiere decir? —lo interrumpí, perplejo—. ¿Sevrin era el...?

—Sí. Él era el delator más tenaz, peligroso, astuto y sistemático que existía. Un genio entre los traidores. Por suerte para nosotros, era único. El tipo era un fanático, ya se lo he dicho. Por suerte para nosotros, repito, se había enamorado de los gestos inocentes pero bien logrados de aquella muchacha. Él mismo era un actor muy serio y tal vez por eso creyó en el valor incuestionable de los gestos más convencionales. En cuanto a la grosera trampa en la que había caído, la explicación puede encontrarse en que quizá no pueden convivir en un mismo corazón dos sentimientos de una magnitud tan absorbente. El peligro de aquella actriz inconsciente oscureció su visión, su perspicacia, su juicio. De hecho, al principio incluso le privó de su autocontrol, pero lo recuperó ante la necesidad (por lo visto, imperiosa para él) de hacer algo de inmediato. ¿Pero hacer qué? Bueno, sacarla de aquella casa cuanto antes, estaba desesperado, ansioso. Le digo que estaba realmente aterrorizado, pero no por sí mismo. Lo habían sorprendido y disgustado con un ataque imprevisto y anticipado, estaba furioso. Solía arreglar la última escena de sus traiciones con una destreza formidable y sutil, que le permitía mantener intacta su reputación como revolucionario. Para mí era evidente que había planeado salir bien parado y, al mismo tiempo, conservar firme su máscara, pero con la presencia de ella en la casa todo (la calma impuesta, la restricción de su fanatismo, la máscara), todo se le vino encima en una especie de pánico. Pero pánico por qué, podría preguntarse usted. La respuesta es muy sencilla. Recordó (o me atrevo a decir que jamás había olvidado) que el profesor estaba solo en el piso de arriba, avanzando en sus investigaciones, rodeado de cientos de latas de sopa en polvo Stone. Con un par de esas latas habría bastado para enterrarnos a todos bajo un montón de ladrillos en el lugar en el que estábamos. Sevrin, claro, sabía eso. Y además debemos tener en cuenta que conocía muy bien el carácter del profesor. ¡Había medido a tantos tipos como ése! O tal vez sólo creyó que el profesor era capaz de hacer lo que él mismo habría hecho. No sé, fuera como fuera consiguió el efecto deseado y de pronto dijo levantando la voz con autoridad.

»—Dejen que la dama se retire de inmediato.

»Su voz salió ronca como la de un cuervo debido sin duda a la intensa conmoción. Se le pasó al instante, pero aquellas proféticas palabras salieron de su garganta tensa como un graznido ridículo y hostil. No hizo falta ninguna respuesta. Estaba todo cocinado. Aun así, el hombre que se hacía pasar por

inspector creyó necesario decir con rudeza:

»—Saldrá pronto, con todos los demás.

»Aquéllas fueron las últimas palabras de la parte teatral de este asunto.

»Inconsciente de todo y de todos, Sevrin dio unos pasos largos hacia el hombre y lo agarró de las solapas del abrigo. Debajo de la piel azulada y fina de sus mejillas, vi la mandíbula apretada con furia.

»—Tiene hombres vigilando en la puerta. Haga que la lleven a su casa ahora mismo. Ahora, ¿entiende? Antes de que intenten detener al hombre que está arriba.

»—¡Oh! ¿Arriba hay un hombre? —dijo el otro con un evidente tono de burla—. Bueno, le haremos bajar para que vea cómo termina todo esto.

»Pero Sevrin, fuera de sí, no prestó atención al tono.

»—¿Quién es el idiota que le ha enviado a meter las narices aquí? ¿No ha entendido lo que le he dicho? ¿No se entera usted de nada? Esto es increíble. Mire...

»Soltó las solapas del abrigo, se metió la mano en su pecho y la movió febrilmente buscando algo que llevaba bajo la camisa. Al fin sacó una bolsita de cuero cuadrada que debía llevar colgando del cuello como un escapulario, con una cinta cuyos extremos deshechos colgaban del puño.

»—Mire en el interior —susurró al arrojarla a la cara del otro. Inmediatamente se dio la vuelta hacia la chica, que estaba de pie a sus espaldas, perfectamente quieta y en silencio. Su cara fija y blanca le daba un aire como de placidez. Sólo sus ojos fijos parecían más abiertos y oscuros.

»Habló rápido, con una seguridad nerviosa. Le oí perfectamente prometerle que dejaría todo *claro como el agua*, pero no oí nada más. Se quedó cerca de ella, sin intentar tocarla en ningún momento, ni siquiera con la punta del dedo meñique —mientras ella lo contemplaba con un aire estúpido. Llegado un momento sus párpados se cerraron muy despacio, patéticamente. Con las pestañas negras apoyadas en las mejillas blancas, parecía lista para desplomarse de un desmayo, pero ni siquiera perdió el equilibrio. A gritos, él la instó a que lo siguiera de inmediato, y se dirigió hacia la puerta que estaba al fondo de las escaleras del

sótano sin mirar hacia atrás. Y, en efecto, ella dio uno o dos pasos detrás de él, pero evidentemente no le permitieron llegar a la puerta. Se oyeron algunas palabrotas de irritación y un forcejeo corto, pero irascible. Empujado con fuerza hacia atrás, Sevrin retrocedió de espaldas contra ella y se cayó. Ella aflojó los brazos en un gesto de desazón y dio un paso a un costado, justo para evitar golpearse con la cabeza de él, que golpeó contra el suelo muy cerca de uno de sus zapatos.

»Con el golpe, Sevrin largó un bufido. Cuando terminó de ponerse de pie, despacio y aturdido, ya era consciente de la verdad de los hechos. El hombre al que le había arrojado la bolsita de cuero sacó de ella una tira angosta de papel azul. La levantó por encima de su cabeza, pero, como al terminar el forcejeo volvió a reinar una calma incómoda y expectante, la arrojó con desdén y dijo:

»—Me parece, camaradas, que esta prueba era casi innecesaria.

»Rápida como un pensamiento, la muchacha se inclinó a recoger la tira enredada. La extendió entre las manos, la miró y luego, sin levantar los ojos, abrió lentamente los dedos y la dejó caer.

»Más tarde examiné el curioso documento. Tenía la firma de un personaje muy importante y estaba sellado y refrendado por altos funcionarios de varios países de Europa. En su especialidad (¿o debo decir en su misión?), esa especie de contraseña debía ser necesaria, seguramente. Hasta en la propia policía (todos excepto los jefes) lo conocían como Sevrin, el famoso anarquista.

»Dejó caer la cabeza y se mordió el labio inferior. Se había producido un cambio en él, ahora lo invadía una especie de calma pensativa y absorta. Resoplaba igualmente. Sus costillas se inflaban y los orificios de la nariz se abrían y cerraban, generando un extraño contraste con su aspecto sombrío de monje absorto en una actitud meditativa. Había también algo en su cara que recordaba a la perseverancia de un actor frente a las terribles exigencias de su papel. Ante él Horne comenzó a gritar, demacrado y con la barba crecida, como un iluminado y acusador profeta del desierto. Eran dos fanáticos. Estaban hechos para entenderse. ¿Le sorprende esto? Supongo que para usted la gente de ese tipo anda echando espuma por la boca y gruñéndose entre sí.

Contesté rápidamente que al final no me sorprendía y que no tenía esas ideas, que en general para mí los anarquistas eran algo imposible de imaginar tanto mental como moral, sentimental e incluso físicamente. El señor X recibió mi comentario con su habitual indiferencia y continuó:

—Horne se había encendido con su elocuencia. Mientras se desbordaba en insultos, algunas lágrimas se escaparon de sus ojos y rodaron por entre su barba negra sin que se diera cuenta. La respiración entrecortada de Sevrin era cada vez más rápida. Y cuando al fin abrió la boca para hablar, todos quedaron atentos a sus palabras.

»—No seas tonto, Horne —comenzó—, tú sabes que no he hecho esto por ninguna de las razones que me reprochas —y al instante quedó aparentemente tan rígido como una piedra bajo la mirada descarnada del otro—: os he boicoteado, os he decepcionado y os he traicionado por convicción.

»Le dio la espalda a Horne y, dirigiéndose a la muchacha, repitió las palabras:

»—Por convicción.

»Ella emanaba una indiferencia pasmosa. Supongo que no se le ocurría ningún gesto apropiado, había pocos antecedentes de situaciones parecidas.

»—*Está claro como el agua* —agregó él—, ¿lo entiendes? Por convicción.

»Y aun así ella no se movió. No sabía qué hacer, pero aquel infeliz iba a darle la oportunidad para que ella consiguiera el gesto hermoso y correcto.

»—Siento que tengo la fuerza para hacer que compartas esta convicción conmigo —pidió con ardor. Se había olvidado de sí mismo, dio un paso hacia ella y tal vez se tropezó, a mí me pareció que se inclinaba hacia abajo como si fuera a tocarle el borde del vestido, y entonces ella encontró el gesto apropiado: retiró la falda del roce sucio de él y desvió la mirada levantando la barbilla. Lo hizo con un ademán magnífico, con el tradicional gesto de honor sin mancha, de *amateur* noble y altruista.

»Nada hubiera sido más efectivo, y él debió de pensar lo mismo porque volvió a apartarse, aunque esta vez no miró a nadie. Jadeó de nuevo desesperadamente mientras buscaba con torpeza a toda prisa algo en el bolsillo de su chaleco, y después se llevó la mano a la boca. Había algo furtivo en sus movimientos pero, de inmediato, su aspecto cambió; por su respiración trabajosa parecía un hombre que acababa de correr una carrera, impaciente, pero un extraño aire distante, de repentina y profunda indiferencia, reemplazó la tensión en su cara. La carrera había terminado. No quise ver lo que sucedería a continuación, lo sabía demasiado bien. Puse el brazo de la joven debajo del mío sin decir una

palabra y caminé hacia la escalera a su lado.

»Su hermano nos seguía. A mitad del corto camino parecía que ella no podía levantar el pie lo suficiente para subir los escalones, y debimos tirar de ella y empujarla para lograr que llegara hasta arriba. Se arrastró a lo largo del pasillo colgada de mi brazo, irremediamente inclinada como una anciana. Por una puerta entreabierta salimos a la calle vacía tambaleándonos como jueguistas borrachos. En la esquina detuvimos un coche y el viejo conductor miró desde su caja y con malhumorado desprecio nuestros esfuerzos para hacerla entrar. Durante el trayecto, sentí dos veces que se derrumbaba sobre mi hombro medio desvanecida. Frente a nosotros, el joven con pantalones de golf permaneció mudo como un pez, y hasta el final, cuando saltó del coche con las llaves en la mano, estuvo sentado tan inmóvil que no me lo creía.

»Cuando llegamos a la puerta de su salón, la joven soltó mi brazo y caminó apoyándose al principio en sillas y mesas. Se desprendió del sombrero y después, exhausta por el esfuerzo y con la capa aún colgando de sus hombros, se dejó caer de lado en un sillón profundo y ocultó la cara en los cojines. El hermano bondadoso apareció en silencio a su lado con un vaso con agua. Ella lo rechazó con un movimiento de cabeza y entonces se lo bebió él mismo, y se alejó a un rincón distante, a algún sitio detrás del gran piano. En la sala todo estaba igual que cuando había visto por primera vez a Sevrin, el antianarquista, cautivado y fascinado por los gestos perfectos y atávicos que en ciertos ámbitos de la vida ocupan el lugar de los sentimientos con gran efectividad. Supongo que los pensamientos de ella giraban sobre el mismo recuerdo. Agitó con fuerza los hombros. Un verdadero ataque de nervios. Cuando se calmó, aparentó firmeza al decir:

»— ¿Qué hacen con un hombre así? ¿Qué le harán?

»—Nada. No pueden hacerle nada —le aseguré con honestidad. Estaba seguro de que debía haber muerto en menos de veinte minutos después de haberse llevado la mano a la boca. Si su fanatismo antianarquista lo había llevado tan lejos como para andar cargando veneno en un bolsillo, sólo para quitarle a sus enemigos la posibilidad de una legítima venganza, sabía que se cuidaría de llevar algo que no le fallase llegado el momento.

»Ella resopló con enfado. Tenía las mejillas enrojecidas, y en los ojos un brillo febril.

»—¿Sucedió antes una experiencia tan terrible? ¡Y pensar que me agarró la mano! ¡Ese hombre! —Su cara se crispó, reprimió un patético gemido—. Si de algo me sentía segura era de las grandes motivaciones de Sevrin.

»Entonces comenzó a llorar en silencio, lo cual era bueno para ella; y desde aquel mar de lágrimas, y un poco disgustada, preguntó:

»—¿Qué fue lo que me dijo? ¡Por convicción! Sonaba como una burla grosera. ¿Qué habrá querido decir?

»—Eso, mi querida joven —dije con suavidad—, nadie, ni siquiera yo, podría explicárselo jamás.

El señor X sacudió una miga de la solapa de su abrigo.

—Y en lo que se refiere a ella, era cierto. Aunque Horne, por ejemplo, lo comprendió muy bien. También yo, sobre todo después de ir a la pensión en la que vivía Sevrin, en la lúgubre calle trasera de un barrio muy respetable. A Horne lo conocían como amigo suyo y no tuvimos inconvenientes para que nos permitieran entrar. La desaliñada criada sólo nos dijo, al hacernos pasar:

»—El señor Sevrin no vino anoche.

»Mientras realizábamos nuestra búsqueda abrimos a la fuerza un par de cajones y encontramos muy poca información útil. Lo más interesante fue su diario. Aquel hombre, comprometido con un trabajo tan extremo, tenía la debilidad de mantener un registro que lo inculpaba por completo. Allí se exponían, desnudos ante nuestros ojos, sus actos y sus pensamientos, pero a los muertos no les interesa eso. Ya no les interesa nada.

»“Por convicción”, sí. Un vago pero ardiente humanismo lo había empujado en su primera juventud al extremismo más amargo de la negativa y el levantamiento, pero luego su optimismo disminuyó. Comenzó a dudar, se confundió. Lo más probable es que oyera hablar a algún ateo converso. Suelen convertirse en fanáticos peligrosos, pero su alma sigue siendo la misma. Después de trabar amistad con la muchacha, dejó constancia en el diario de todas sus rapsodias políticoamorosas. Se tomaba los gestos soberanos de ella con una seriedad mortal, anhelaba convertirla, pero nada de todo eso creo que le interese a usted demasiado. Por lo demás, no sé si recuerda (ya han pasado varios años de esto) la conmoción periodística que hubo en torno al “misterio de la calle Hermione” con el hallazgo del cadáver de un hombre en el sótano de la casa vacía,

todas las investigaciones, los arrestos y una gran cantidad de hipótesis hasta que llegó de nuevo el silencio, ese destino habitual para tantos mártires y oscuros confesores. La verdad es que Sevrin no era un optimista que digamos. Se debe ser un optimista brutal, tiránico, despiadado e incondicional, como Horne, por ejemplo, para ser un buen rebelde social en los extremos.

Se levantó de la mesa. Un camarero se apresuró a ayudarlo con el abrigo mientras otro tenía listo el sombrero.

—¿Y qué pasó con la muchacha? —pregunté.

—¿De verdad lo quiere saber? —dijo mientras se abrochaba con cuidado el abrigo de piel—. Confieso que cometí la pequeña maldad de enviarle el diario de Sevrin. Primero se retiró, luego se marchó a Florencia, y, al final, se recluyó en un convento. No puedo imaginar qué hará después. Pero ¿a quién le importa? ¡Gestos! ¡Gestos! No son más que los gestos típicos de su clase.

Se calzó su brillante sombrero de copa con gran precisión, y después de echar una rápida mirada al salón, lleno de gente bien vestida que cenaba inocentemente, murmuró entre dientes:

—Nada más que gestos... Por eso esta clase está destinada a desaparecer.

Jamás volví a cruzarme con el señor X después de aquella noche. Volví a cenar a mi club habitual. En mi siguiente visita a París encontré a mi amigo muerto de ganas de saber cómo me había caído aquel raro ejemplar de su colección. Le conté toda la historia y él sonrió satisfecho por el orgullo que le causaba su ilustre espécimen.

—No me diga que no vale la pena conocer al señor X —dijo ostentando su deleite—, es único, increíble, absolutamente genial.

Su entusiasmo hizo chirriar mis sentimientos más delicados. Le dije bruscamente que el cinismo del señor X era sencillamente repugnante.

—¡Oh, repugnante! ¡Repugnante! —confirmó mi amigo efusivo—. Y encima a veces le gusta gastar pequeñas bromas —agregó en tono confidencial.

No supe qué me quiso decir con aquella última observación, y hasta hoy he sido completamente incapaz de averiguar en qué punto habría podido tratarse de una broma.

LA BESTIA

Entré en el bar de Las Tres Cornejas huyendo de la tormenta que estaba descargando en la calle e intercambié una mirada y una sonrisa con la señorita Blank, un intercambio que se produjo con el máximo decoro. Asusta pensar que la señorita Blank, si es que vive todavía, habrá traspasado ya los sesenta. ¡Cómo vuela el tiempo!

Al verme mirar pensativo hacia el tabique de madera barnizada y hacia los cristales, la señorita Blank me animó cariñosamente:

—En el salón sólo están el señor Jermyn, el señor Stonor y otro señor al que nunca he visto.

Me encaminé hacia la puerta y pude escuchar a alguien que hablaba al otro lado. —El tabique era de madera y la voz se elevó tanto, que las última palabras pudieron escuchar con toda claridad y en todo su horror:

—Ese tipo, Wilmot, le reventó materialmente los sesos, ¡y bien merecido que lo tenía!

Aquella inhumana declaración ni siquiera logró —puesto que no había en ella nada que fuera blasfemo ni indecoroso— apaciguar el ligero bostezo que la señorita Blank intentaba tapar con la mano y se quedó abstraída, mirando cómo se deslizaba la lluvia por los cristales.

Cuando abrí la puerta del salón la voz prosiguió con la misma entonación cruel:

—Me alegré cuando me dijeron que al fin alguien había acabado con ella, aunque sí lo sentí mucho por el pobre Wilmot. Fuimos buenas camaradas en su época, aunque como es lógico aquello fue su fin. Era un caso claro como hay pocos. No tenía solución posible. Absolutamente ninguna.

La voz pertenecía precisamente a aquel señor al que la señorita Blank aseguraba no haber visto nunca. Estaba con las piernas estiradas sobre el rodete de

la chimenea. Jermyn, echado hacia adelante, sostenía un pañuelo extendido ante el fuego. Volvió la mirada melancólicamente y cuando me senté en una de las mesitas de madera que estaba detrás lo saludé con la cabeza. Al otro lado de la chimenea se encontraba el señor Stonor, embutido con gran dificultad en una amplia poltrona Windsor y con un aire imponente, enorme y tranquilo. Lo único que había fuese pequeño en toda su persona eran unas patillas cortas y blancas. Los buenos metros de tela azulada —con los que se había dado la forma de un gabán— reposaban en una silla que estaba a su lado. No había duda de que acababa de llevar hasta el puerto algún buque de línea porque sobre la otra silla estaba desplomada la pesadumbre de un impermeable negro de triple tela encerada y con respuntes dobles en toda su extensión. Junto a sus pies se podía ver un maleta de mano, de tamaño corriente, que casi tenía el aspecto del juguete de niño.

A él no lo saludé. Era demasiado grande para saludarlo en aquel salón. Trabajaba como práctico mayor en el puerto de Trinity y sólo en los meses de verano se animaba a tomar su turno en la escampavía para desempeñar su oficio. Había dirigido en más de una ocasión los yates reales para entrar o salir de Port Victoria. No tiene mucho sentido intentar hacerle reverencias a un monumento, y la verdad es que ése era el aspecto que tenía él. No hablaba, no se movía, no gesticulaba; allí estaba sentado, con su vieja y solemne cabeza inmóvil; era de una belleza impresionante. La presencia del señor Stonor reducía al pobre viejo de Jermyn a un mero trapo, y a aquel locuaz desconocido con el traje de lana le daba el aspecto de un adolescente. Aquel último tendría poco más de treinta años y no se podía decir que perteneciera a esa clase de personas a las que avergüenza el timbre de su propia voz, porque me metió en el corro, por decirlo de algún modo, con una mirada amistosa, y continuó impertérrito con lo que estaba contando.

—Me alegré cuando me lo dijeron —repitió con énfasis—. Supongo que les llamará la atención, pero ustedes no vivieron lo que yo viví con ella. Créanme, fue uno de esos episodios que uno no olvida jamás. Es evidente que yo salvé el pellejo, ya lo están viendo, pero hizo todo lo que estuvo en su mano para acabar conmigo. Estuvo a punto de llevar al manicomio al hombre más cabal que ha caminado sobre la tierra. ¿Qué me dicen de eso?, ¿eh?

En el enorme rostro del señor Stonor no tembló ni un solo párpado. ¡Fue impresionante! El hombre que hablaba clavó sus ojos en los míos.

—Sólo con pensar que andaba suelta por el mundo asesinando a gente, se me ponía la piel de gallina.

Jermyn acercó un poco más el pañuelo al fuego y gimió. Era una vieja costumbre suya.

—La vi en una ocasión —dijo impertérrito—. Tenía una casa...

El desconocido del traje de lana se volvió, sorprendido.

—Tenía tres casas —rectificó con autoridad.

Pero Jermyn no tenía ganas de que lo contradijeran.

—Tenía una casa, te estoy diciendo —insistió—. Una casa grande, fea, blanca. Se podía ver a millas de distancia.

—Es verdad —cedió el otro sin dificultad—. Un capricho del viejo Colchester, aunque siempre estaba amenazando con abandonarla, ya no podía aguantarla más; decía que era una carga, que ya estaba harto, que en cuanto pudiera comprar otra se iba a deshacer de ella... y así todo el tiempo. Yo creo que la habría dejado el problema, aunque, quizá les sorprenda enterarse, era su mujer la que no quería saber ni una palabra del asunto. Tiene gracia, con las mujeres nunca se sabe, y la señora Colchester, que era bigotuda y cejijunta, se enorgullecía de tener el temple y el tesón que se les atribuye a las que son así. Llevaba un vestido de seda oscuro y una gran cadena de oro al cuello que le golpeaba el pecho. Había que oírla cuando soltaba como un ladrido aquello de «¡Chismes!» o «¡Simplezas y habladurías!». A mi juicio había echado buena cuenta de lo que le convenía. No tenían hijos y no habían llegado a poner casa en ninguna parte. Cuando estaban en Inglaterra, se las apañaban con cualquier cosa, siempre se quedaban en alguna fonda o en cualquier hospedería barata. Era evidente que estaba acostumbrada a ciertas comodidades, pero también se daba cuenta perfectamente de que no iba a salir ganando con el cambio. Y Colchester, por muchos talentos que tuviera, ya no estaba, como si dijéramos, en su esplendor, y tal vez su mujer tenía miedo de que no pudiera «echar mano a otra», como decía él, tan fácilmente. En fin, que lo único que había para la buena señora era aquello de «¡Chismes!» y «¡Simplezas y habladurías!». En cierta ocasión, escuché cómo el joven señor Apse le decía en confianza:

»—Le aseguro, señora Colchester, que me estoy empezando a preocupar por la mala fama que se están echando encima.

»—¡Bah! —replicó ella con una risa ronca—. ¡Si una diera crédito a los chismorreos! —Y enseñó al joven Apse la fealdad de toda su dentadura postiza—.

Hace falta mucho más que eso para hacerme perder mi confianza en ella; puede usted creerme —añadió.

En este punto, y sin el más leve cambio en su gesto, el señor Stonor lanzó una breve risa sardónica. Puede que la cuestión fuese impresionante, pero para mí no tenía mucha gracia. Los observé uno a uno. El desconocido estaba junto a la chimenea y sonreía de una forma particularmente siniestra.

—Y el señor Apse —prosiguió— la estrechó las dos manos: hasta ese punto se alegró de que se por fin se alzase una voz en defensa de su favorita. Todos los Apse, grandes y pequeños, estaban perdidamente enamorados de aquella abominable, pérfida...

—Perdóneme usted —interrumpí con desesperación, porque parecía estar dirigiéndose sólo a mí—. ¿De quién demonios está usted hablando?

—Hablo de La Familia Apse —contestó amablemente.

Estuve a punto de proferir una maldición, pero en aquel instante la señorita Blank asomó la cabeza, y dijo que el coche estaba en la puerta, si el señor Stonor quería tomar el tren que llegaba de las once y tres. El práctico se levantó al instante en toda su imponente grandeza y empezó a luchar para ponerse el abrigo, con inquietantes sacudidas sísmicas. El desconocido y yo nos apresuramos con decisión para ayudarlo, y en cuanto le pusimos las manos encima, se volvió dócil y pasivo. Tuvimos que estirar los brazos hacia lo alto y hacer esfuerzos sobrehumanos. Era lo más parecido a ponerle un caparazón a un elefante manso. Con un «Gracias, señores», agachando la cabeza y empequeñeciéndose, cruzó la puerta a toda prisa.

Todos sonreímos.

—No me explico cómo puede apañárselas para subir a un barco —dijo el del traje de lana.

Y el pobre Jermyn, que no era más que un simple práctico del mar del Norte, sin reconocimiento oficial, y al que sólo se le daba ese título por condescendencia, gimió:

—Gana ochocientas libras esterlinas al año.

—¿Es usted marino? —le pregunté al desconocido, que había vuelto a

acomodarse junto al rodete de la chimenea.

—Lo fui hasta hace dos años, cuando me casé —respondió—. Es más, la primera vez que me eché a la mar fue en ese mismo buque del que estábamos hablando cuando llegó usted.

—¿Qué buque? —pregunté aún más confuso—. No he escuchado que mencionara ningún buque.

—Acabo de decirle a usted su nombre, señor mío: La Familia Apse. Seguramente habrá usted oído hablar del gran armador Apse e Hijos. Tenían una gran flota. Estaba el Lucy Apse, y el Harold, y Anne, John, Malcolm, Clara, Juliet, y... ¡qué sé yo! Apses por todas partes. Cada hermano, hermana, tía, primo, esposa... y hasta abuela de la casa tenía un barco con su nombre, buenos buques todos ellos, sólidos, de tipo antiguo, construidos para trabajar de firme y durante mucho tiempo. No había en ellos ninguno de esos aparatos modernos para ahorrar trabajo que tanto se llevan ahora, sino muchos marineros y carne salada y mucha galleta a bordo, y... ¡a luchar con el mar, a abrirse paso hasta que hubiera que regresar a puerto!

El pobre Jermyn dejó escapar un gruñido de aprobación que parecía un quejido de pena. Así era como le gustaban a él los barcos. Añadió con lástima que no se podía gritar a aquellos artefactos: «¡Ánimo, muchachos, duro con ello!». Ninguna de esas invenciones era capaz de subir por la jarcia en una noche de temporal, con la costa a sotavento.

—No —asintió el desconocido, haciéndome un guiño—. Al parecer, tampoco los Apse lo creían, pero trataban bien a su gente... como ya no se la trata hoy día, y sentían un inmenso orgullo por sus barcos. Nunca les había ocurrido nada. Ese último, La Familia Apse, iba a ser como los otros, pero todavía más recio, más seguro, aún más espacioso y cómodo. Encargaron que se construyera en hierro, teca y laurel negro, y las escuadras de las piezas que se emplearon fueron algo fabuloso. Si algún barco fue construido con espíritu orgulloso, ése fue aquél. Todo era de lo mejor. El capitán jefe de la casa era el que iba a mandarlo y los aposentos que planearon para su acomodo eran como los de una casa en tierra, bajo una enorme y alta popa, que llegaba casi hasta el palo mayor. No es extraño que la señora Colchester no dejase al viejo renunciar a aquel empleo; en toda su vida de casada no había tenido una casa como aquélla. Era una mujer de nervio.

»¡Y anda que no dieron trabajo los Apse mientras se construía aquel barco!

Que si mejor que esta parte sea un poco más fuerte, que esto otro sea más recio; “¿No sería mejor quitar esto y poner otro más grueso...?”. Los constructores se contagiaron de aquella manía y así fue creciendo el barco y convirtiéndose poco a poco en el buque más compacto y pesado para su tamaño que jamás se ha visto. Todo esto sucedía a vista de todos y al parecer sin que nadie se diera cuenta de ello. Debía tener 2000 toneladas de registro, puede que incluso un poco más, pero en absoluto menos. Y fíjense en lo que pasó: cuando por fin se dispusieron a tomar medidas, resultó que tenía 1999 toneladas y pico. ¡Consternación general! Todo el mundo asegura que el viejo señor Apse cogió tal enfado cuando se lo dijeron, que se metió en la cama y se murió. Hacía veinticinco años que el buen señor se había retirado del negocio y ya había cumplido los noventa y seis; así que su muerte tampoco fue, al fin y al cabo, una cosa muy sorprendente. Sin embargo, el señor Lucian Apse estaba convencido de que, de otro modo, su padre habría vivido hasta el fin de siglo. La lista podría empezar con él. Detrás de él vino el pobre carpintero de ribera al que la bestia agarró y redujo a papilla al abandonar la grada. Decían que era la botadura del barco, pero por los alaridos y gritos de terror, y toda aquella gente corriendo de un lado a otro para ponerse a salvo, parecía que habían soltado un demonio sobre el río. Rompió todos los calabrotes de contención como si fueran bramantes y se lanzó como un basilisco sobre los remolcadores que estaban a la espera. Antes de que nadie pudiera darse cuenta ya había enviado al fondo a uno de ellos y había puesto a otro en tal estado que necesitó tres meses de reparaciones. Una de sus amarras se partió y después de aquello, sin saber por qué, se dejó recobrar con la otra, con la docilidad de un cordero. Y así es como se comportaba siempre, uno nunca podía estar seguro de lo que estaba tramando. Hay barcos difíciles de manejar, pero casi siempre se puede tener la seguridad de que se van a comportar de una manera más o menos previsible; pero con aquel barco, se hiciese lo que se hiciese, uno nunca sabía en qué iba a acabar. Era una mala bestia. O quizá lo único que tenía era que estaba loco.

Lo dijo con una convicción tan enorme que no pude evitar sonreír, y él dejó de morderse el labio inferior para reconvenirme:

—¿Y por qué no habría de ser así? ¿Por qué no podría haber algo en su construcción, en su corte, equivalente a...? ¿A la locura? Puede que no fuese en realidad más que algo milimétrico, algo que fallaba en la estructura de los sesos... Por qué razón no podría haber un barco loco... Me refiero a loco de una forma náutica, un barco del que no se pudiera estar seguro de sus reacciones, a diferencia de lo que sucede con cualquier barco corriente cuando uno lo maneja. Los hay que navegan irregularmente; con otros hay que tener cuidado cuando llega un temporal; y también los hay que convierten en borrasca la brisa más ligera; pero

incluso en esos casos uno sabe que se van a comportar siempre así. Uno se lo toma como parte del carácter del barco, del mismo modo que uno piensa en las rarezas particulares de una persona cuando tiene que tratar con ella; pero con aquel barco resultaba imposible. No había manera de entenderlo. Era la alimaña más perversa, traidora y feroz que ha surcado la mar. En cierta ocasión contemplé cómo cruzaba fantásticamente un temporal durante dos días, y al tercero se atravesó en la mar dos veces en la misma tarde. La primera lanzó despedido al timonel por encima de la rueda, pero como no consiguió matarlo, lo volvió a intentar tres horas más tarde. Metió la proa y la popa en el agua, destrozó el velamen que le habíamos puesto, atemorizó a toda la tripulación y hasta a la señora Colchester, que se encontraba allá abajo, en aquellos hermosos camarotes de los que tan orgullosa estaba. Cuando reunimos a la tripulación, faltaba uno; había desaparecido de la cubierta, por supuesto, sin que nadie lo viera ni oyera, ¡pobre!, y lo raro era que no faltásemos más. Y siempre, siempre igual. Una vez le oí a un antiguo oficial decir al capitán Colchester que su miedo había llegado a tal punto, que apenas se atrevía a despegar los labios para dar una orden. Y en el puerto era tan temible como en la mar, uno nunca sabía del todo cómo iba a poder amarrarla. La más ligera provocación bastaba para que empezase a romper cabos, cadenas y cables de acero como si se tratara de fideos. Era torpe, pesada, enorme..., aunque la suma de esas cosas no explica tampoco el poder que tenía para el mal. Siempre que pienso en ella me acuerdo de esos lunáticos incurables que a veces consiguen escapar del manicomio.

Me miró con aire inquisitivo, pero estaba claro que yo no podía aceptar aquella idea de un barco lunático.

—En los puertos en los que ya había estado —prosiguió— se echaban a temblar sólo de verlo. Para él no había ningún problema en arrancar diez metros de sillería de piedra o cualquier cosa por el estilo de un malecón, ni llevarse por delante la mitad de un muelle de madera. Debió de perder miles de cadenas y cientos de toneladas de anclas a lo largo de su vida. Cuando se lanzaba sobre algún pobre barco inofensivo, hacía falta un esfuerzo tremendo para conseguir que abandonara a su presa. Y lo cierto es que él nunca salía herido, como mucho se llevaba algún rasguño. El objetivo fue hacerlo lo más fuerte posible, y vaya si lo consiguieron: podría haber embestido sin problema un témpano polar. Tal y como empezó, así continuó toda su vida: desde el día en que lo botaron al agua, no pasó un solo año sin que asesinara a alguien. Los armadores tuvieron muchos problemas precisamente por aquella razón, pero la de los Apse era una raza orgullosa: no podían admitir que hubiera nada que no fuese perfecto en La Familia Apse. Ni siquiera se avinieron a cambiarlo de nombre. «¡Chismes y cuentos!»,

como decía la señora Colchester. Tendrían que haberlo encerrado de por vida en algún dique seco, río arriba, y no dejarla que oliese el agua salada. Le aseguro a usted, señor mío, que no hizo un solo viaje en el que no matara a algún hombre. Todo el mundo lo sabía y su fama lo precedía en todas partes.

Expuse mi asombro de que un buque con semejante fama de homicida, pudiera encontrar tripulantes.

—Eso será porque no sabe usted cómo son los marineros. Permítame que le cuente una historia. Un día que estaba aquí en el puerto, mientras me paseaba por el castillo de proa, vi pasar a marinos de muy buen aspecto: uno de ellos era de mediana edad y no cabía duda de que era muy competente, y el otro era un joven alegre y observador. Leyeron el nombre en la popa, y se pararon a mirarla. Dijo el más viejo: «La Familia Apse. Jack, éste es el perro sanguinario», creo que utilizó otro término, «que mata a un hombre en cada travesía. No me alistaría en este barco ni por todo el oro del mundo, de eso nada». Y el otro contestó: «Si fuera mío, lo haría remolcar hasta embarrancarlo en el fango y le prendería fuego, se lo juro». Y el primero añadió: «¡Eso le importa más bien poco a los amos! Los hombres son lo más barato del mundo, bien lo sabe Dios». El más joven escupió en el agua, junto al costado. «Pues a mí no me pescarían... ni aunque me dieran doble jornal». Después de detenerse un rato, siguieron su marcha por el muelle. Media hora después, vi a los dos sobre cubierta, buscando al primer oficial y, al parecer, con grandes ganas de que los contratase. Y se los contrató.

—¿Cómo se explica usted eso? —pregunté.

—¿Y qué le podría contestar yo? Supongo que por inconsciencia... Por la vanidad de alardear esa noche con sus compañeros: «Nos acabamos de alistar en La Familia Apse. A nosotros no nos asusta». Pura fanfarronería de marineros, o por curiosidad tal vez... O por un poco de todo. Durante el viaje se lo pregunté a los dos. La contestación del más viejo fue: «Sólo se muere una vez». El más joven me aseguró, en tono de burla, que lo que él quería era ver «cómo lo hacía de nuevo». Yo le diré por qué: aquella bestia producía una especie de fascinación.

Jermyn, que parecía haber visto todos los barcos del mundo, replicó de mala manera:

—Recuerdo que, desde esta misma ventana, lo vi una vez subir a remolque por el río: una cosa enorme, negra y fea, que se deslizaba como un coche fúnebre.

—Tenía un aspecto ominoso, ¿verdad? —dijo el del traje de lana, con una mirada cordial—. Siempre me produjo una sensación de horror. No debía de tener yo más de catorce años cuando me dio un susto terrible. Fue el mismo día, o, mejor dicho, la misma hora en que me embarqué en él por vez primera. Mi padre había ido a despedirme y tenía intención de bajar con nosotros hasta Gravesend. Yo era el segundo de sus hijos que se iba a la mar. Por aquel entonces, mi hermano mayor era ya oficial. Cuando subimos a bordo eran las once de la mañana y el barco ya estaba preparado para salir de la dársena, remolcado de popa. Ni siquiera había avanzado tres veces su propio largo cuando respondió con una de sus súbitas espantadas a un ligero tirón que le dio el remolcador que lo llevaba hacia las compuertas. Hizo tal presión sobre la guindaleza que lo retenía desde el muelle (un calabrote nuevo de seis pulgadas), que los de popa ni siquiera tuvieron tiempo de aflojarlo, se rompió. Vi cómo saltaba por los aires el extremo roto, y, un segundo después, la bestia dio un bandazo contra la *cabeza* del muelle, y pegó tal sacudida que nos hizo tropezar a todos los que estábamos en cubierta. Por supuesto, en el barco no se produjo ni el menor desperfecto, ¡claro que no! Pero uno de los grumetes a quien el primer oficial había mandado subir a lo alto del palo de mesana para hacer no sé qué, cayó sobre la toldilla..., ¡paf...!, justo delante de mí. Era más o menos de mi edad y pocos minutos antes habíamos estado bromeando. La sacudida debió de cogerlo desprevenido y yo sentí su grito de horror, un alarido agudísimo y entrecortado, cuando sintió que se caía y alcé los ojos a tiempo para verlo caer dando vueltas... Mi pobre padre estaba más pálido que un muerto cuando nos despedimos en Gravesend. «¿Te encuentras a gusto?», me preguntó, mirándome fijamente. «Sí, padre». «¿Estás seguro?». «Sí, padre». «Bueno, pues entonces, adiós, hijo mío». Muchos años más tarde, me confesó que habría bastado media palabra para hacerme volver con él a casa en aquel mismo instante. Soy el pequeño de la familia, ¿sabe usted? —añadió, atusándose el bigote, con una inocente sonrisa.

Le agradecí sus palabras con un gesto de simpatía. Él hizo un ademán de excusa.

—Sólo con eso habría bastado para volver loco de miedo a cualquier muchacho que tuviera que subir a lo alto de los palos. Cayó a medio metro de donde yo estaba y se abrió la cabeza contra un abitón de amarre. Ni siquiera se movió: murió en el acto. Era un chico simpático y, hacía sólo unos minutos, yo había pensado que íbamos a convertirnos en grandes amigos. Y ni siquiera aquello era lo peor que era capaz de hacer aquella fiera de nave. Serví en ella durante tres años y después de aquello me trasladaron durante un año a la Lucy Apse. Allí me encontré al maestro de velas que habíamos tenido en La Familia Apse, y recuerdo

que una noche, cuando ya llevábamos una semana de viaje, me comentó: «¿No le parece una monada de barquito?». No resulta nada extraño que considerásemos al Lucy Apse un barquito manso y apacible, después de habernos librado de aquella descomunal, encabritada y frenética bestia. Para mí aquello era el paraíso: los oficiales me parecían la gente más tranquila y feliz de la tierra. Y es que para mí, que no había conocido más naves que La Familia Apse, la Lucy era una embarcación mágica capaz de hacer por su propio impulso, todo cuanto uno deseaba. Una noche nos sorprendió de improviso un fuerte golpe de viento con todo el aparejo en facha: en menos de diez minutos el barco estaba trabajando con todo el velamen, las escotas a popa, las amarras templadas, la cubierta en orden y el oficial de guardia reclinado plácidamente en el pasamanos a barlovento. Aquello me parecía cosa de encantamiento, con el otro habríamos estado media hora inmóviles, como si lo hubiesen sujetado con grilletes, dando bandazos que habrían inundado la cubierta y haciendo rodar a todo el mundo de un lado para otro... con crujidos de perchas, rotura de brazas y un miedo terrible por culpa del maldito timón, pues tenía la costumbre de azotarse con él, a un lado y a otro, hasta ponerle a uno los pelos de punta. Tardé unos días en salir de mi asombro. En fin, que así fue como acabó mi último año de aprendizaje en aquella monada de barquito..., desde luego que no era pequeño, pero, después de haber estado en aquel monstruo endiablado, daba la sensación de que uno lo podía manejar con la facilidad de un juguete. Acabó mi contrato y conseguí el título de piloto; fue precisamente cuando estaba pensando en la delicia de pasar tres semanas de vacaciones en tierra cuando recibí una carta: me preguntaban qué día podría embarcar, tenían intención de hacerlo lo antes posible, como tercer oficial de La Familia Apse. Di tal empujón al plato que lo arrojé al centro de la mesa; mi padre alzó la vista del periódico; mi madre levantó las manos asombrada, y yo salí, incapaz de pensar con claridad, a nuestro pequeño jardín y estuve dándole vueltas durante una hora. Cuando volví a entrar mi madre se había marchado del comedor y mi padre se había trasladado a su gran butaca. La carta seguía abierta sobre la chimenea.

»—Te honra mucho ese ofrecimiento y han sido muy amables al hacértelo —me dijo—, y además veo que Charles ha sido nombrado primer oficial para el mismo viaje.

»Había, en efecto, una postdata de mano del señor Apse con la noticia, yo ni siquiera la había advertido. Charles era mi hermano mayor.

»—No me gusta en absoluto la idea de que dos hijos míos viajen en un mismo barco —prosiguió con su acostumbrada solemnidad—. Y te advierto que no me importaría nada escribir una carta al señor Apse diciéndoselo abiertamente.

»¡Pobre viejo! ¡Era un padre maravilloso! ¿Qué hubiera hecho usted? La simple idea de volver (y, lo que es aún peor, de oficial) a ser atormentado por aquella fiera, a vivir en continua alarma noche y día, me ponía enfermo. Pero no era un barco al que uno pudiera permitirse hacer ascos, y no podía ni siquiera alegar la única disculpa que habría sido realmente sincera, sin ofender terriblemente a Apse e Hijos. Tanto los armadores como la familia al completo, hasta las tías solteronas que vivían en Lancashire, se habían vuelto extremadamente puntillosos en todo lo que se refería a la fama de aquella nave. Era uno de esos casos en los que uno se ve obligado a contestar: “Estoy preparado”, aunque se encuentre en el lecho de muerte. Y eso fue precisamente lo que contesté... por telégrafo, para acabar cuanto antes y de una vez por todas.

»La idea de ser compañero de barco de mi hermano mayor me causaba gran alegría, aunque también me preocupaba un poco. Hasta donde alcanzaba mi memoria infantil había sido muy bueno conmigo, no tenía parangón con nadie en el mundo. No se ha paseado un oficial más cumplido por la toldilla de ningún buque mercante, era un mozo apuesto, fuerte, siempre bien plantado y de piel curtida, con el pelo oscuro un poco rizado y los ojos de un halcón. Llevábamos muchos años sin vernos y en aquella ocasión, aunque ya llevaba tres semanas en Inglaterra, aún no había aparecido por casa, y estaba pasando sus días libres en no sé qué lugar de Surrey, cortejando a Maggie Colchester, la sobrina del viejo capitán. El padre de la muchacha se dedicaba al negocio del azúcar y Charles había convertido su residencia en una especie de segunda casa paterna. A mí me preocupaba mucho lo que mi hermano mayor pensara de mí. Había en su rostro un aire de severidad que no lo abandonaba nunca, ni siquiera cuando bromeaba a su estrambótica manera.

»Me recibió con una gran carcajada. Seguramente tenerme como oficial le parecía la cosa más graciosa del mundo. Entre nosotros había diez años de diferencia y al parecer no me recordaba bien, sino con delantal; yo era un niño de cuatro años cuando él se fue a la mar. Nunca pensé que pudiera mostrarse tan expresivo y ruidoso.

»—Ahora veremos de qué madera estás hecho —exclamó. Y me miró, agarrándome por los hombros; me dio una buena palmada en la espalda y me llevó hasta su camarote—. Siéntate, Ned. Es una suerte tenerte conmigo. Voy a darte los toques finales, mi joven oficial para completarte bien. Antes de nada métete bien en la cabeza la idea de que no vamos a dejar que la bestia mate a nadie en este viaje. Vamos a atarla en corto.

»Me di cuenta de que estaba hablando de corazón. Habló en tono grave del barco y de cómo teníamos que estar siempre alerta y evitar que esa horrible alimaña nos cogiera desprevenidos en alguna de sus maquinaciones. Me dio una conferencia sobre navegación especial para uso de La Familia Apse; y a continuación, cambiando de tono, se puso a charlar sin ton ni son y a relatarme las tonterías más extrañas y graciosas. Me dejó el cuerpo dolorido de tanto reír. Se veía claramente que le había sucedido algo extraordinario para expresar tan desmesurada alegría. El motivo no podía ser mi llegada: no era para tanto, pero no me atreví a preguntarle qué le pasaba: sentía por mi hermano mayor todo el respeto debido. La cosa se aclaró uno o dos días más tarde, cuando oí que la señorita Maggie Colchester iba a acompañarnos en el viaje. Su tío la había invitado a una excursión por mar para atender a su salud.

»No sé exactamente lo que tenía mal de salud, porque tenía el color de una rosa y una estupenda cabellera rubia. No parecía importarle tampoco el viento, ni la lluvia, ni las salpicaduras de las olas, ni el sol, ni los golpes de mar, ni ninguna otra cosa. Era una muchacha de ojos azules, alegre y en buena forma; pero me asustaba a veces la audacia con la que trataba a mi hermano mayor, y siempre creí que aquello acabaría en una terrible pelea. Aun así no puede decirse que ocurriera nada importante hasta que llevábamos ya una semana en Sídney. Un día, a la hora de la comida de los marineros, Charles asomó la cabeza en mi camarote. Yo estaba tumbado en el sofá, fumando tranquilamente.

»—Baja a tierra conmigo, Ned —dijo lacónico, como siempre.

»Me levanté de un salto, bajé con él la pasarela y subimos juntos por George Street. Marchaba con unas zancadas de gigante mientras que yo iba a su lado casi jadeando. El calor era insoportable.

»—¿Adónde me llevas con tanta prisa? —me atreví a preguntarle.

»—Aquí —me dijo.

»“Aquí” era una joyería. Yo era incapaz de imaginarme lo que podía estar buscando en tal sitio, todo me parecía una locura. Me puso delante de las narices tres anillos que parecían diminutos en la palma de su mano, grande y morena, y gruñó:

»—¡Para Maggie! ¿Cuál de éstas?

»Me dio tal susto que me quedé sin voz; pero señalé una de ellas, de la que

emanaban fulgores blancos y azules. Se la metió en el bolsillo del chaleco, pagó con un buen puñado de soberanos y salió como alma que lleva el diablo. Cuando llegamos a bordo, me faltaba el aliento.

»—Venga esa mano, compadre —le dije, felicitándolo.

»Él me dio una palmada en la espalda.

»—Cuando la gente acabe de comer da las órdenes que quieras al contraamaestre, esta tarde estoy fuera de servicio —dijo y desapareció de cubierta, pero al poco rato volvió a salir del camarote con Maggie, y los dos se fueron por la pasarela, ante la mirada de toda la tripulación, para dar juntos un paseo, en aquel espantoso día de calor abrasador. Volvieron después de unas horas, con aire muy grave y comedido, como si no tuvieran ni la más remota idea de en dónde habían estado; eso fue al menos lo que dijeron los dos cuando se lo preguntó la señora Colchester a la hora del té. Ella arremetió contra Charles, con su vozarrón de cochero:

»—¡Tonterías! ¿Que no saben por dónde han andado? ¡Cuentos y simplezas! Me ha dejado usted a la muchacha exhausta. No lo vuelva a hacer.

»Era pasmosa la paciencia que tenía Charles con aquella vieja, sólo una vez me confesó al oído:

»—¡No sabes lo que me alegro de que no sea tía carnal de Maggie, sino política! Apenas son familia.

»Aun así era demasiado condescendiente con Maggie. Andaba de lado a lado del barco con su falda y una gran boina escocesa de lana roja, como un pájaro extraordinario y vistoso que se hubiese posado sobre el oscuro tronco de un árbol. Los marineros veteranos se miraban sonriendo cuando la veían llegar y se ofrecían a enseñarle a hacer nudos y lazos, al parecer le gustaba ese tipo de cosas, puede que porque aquello agradara a Charles.

»Como pueden imaginarse, jamás se hablaba a bordo de las diabólicas inclinaciones de aquel condenado buque o, al menos, en la cabina. Sólo una vez, y fue en el viaje de regreso, escuché cómo Charles comentaba descuidadamente que al menos en aquella ocasión la dotación regresaba al completo. El capitán Colchester se agitó al instante como si sintiera un hormigueo, y aquella necia vieja se disgustó con Charles como si hubiera dicho una indecencia. Yo no sabía adónde mirar, y en cuanto a Maggie, permaneció inmóvil, con sus grandes ojos azules muy

abiertos. No hace falta decir que, antes de que pasase el día, ya me había sonsacado toda la historia; no era una persona a quien se pudiera mentir.

»—¡Qué espanto! —dijo con solemnidad—. ¡Todos esos pobres infelices! Me alegro de que ya se esté acabando el viaje. Ya no podré tener un momento de tranquilidad con Charles.

»Le aseguré que no le pasaría nada; aquel barco no eran tan temible como para vérselas con un marino como Charles. Ella se mostró de acuerdo.

»Al día siguiente nos enganchó un remolcador a la altura de Dungeness. En cuanto nos amarraron al cable de remolque, Charles se frotó las manos y me dijo en voz baja:

»—Esta vez hemos podido con él, Ned.

»—Eso parece —le contesté sonriendo.

»Hacía un tiempo fantástico y el mar estaba liso como un plato. Remontamos el río sin el menor tropiezo, pero cuando llegamos frente a Hole Haven la bestia hizo un viraje repentino y estuvo a punto de embestir una barcaza que estaba anclada a gran distancia. Yo me encontraba en popa, vigilando al timonel y no logró cogermé desprevenido. Charles se acercó con aire muy preocupado.

»—Ha faltado muy poco —dijo.

»—No te preocupes, Charles —le contesté alegremente—. La has domado.

»Se disponían a remolcarnos directamente al dique. El práctico del río nos abordó en Gravesend, y lo primero que le oí decir fue:

»—Deberían lanzar cuanto antes el ancla a babor, señor Mate.

»Cuando llegué a popa, ya habían ejecutado esa orden. Vi a Maggie en el castillo de proa, entretenida en contemplar las maniobras, y le pedí que se fuese de allí; pero como era de prever no me hizo el menor caso. Entonces la vio Charles, que estaba ocupadísimo con los preparativos para fondear, y le gritó con todas sus fuerzas:

»—¡Vete del castillo, Maggie! Estás estorbando.

»Ella le sacó la lengua por respuesta y vi al pobre Charles volver la cabeza hacia un lado para ocultar una sonrisa. Estaba excitada por la emoción del regreso, y parecía que saltaban chispas de sus ojos azules cuando miraba al río.

»Un bergantín carbonero viró enfrente de nosotros y nuestro remolcador tuvo que parar las máquinas apresuradamente para evitar un choque. En un momento, como ocurre casi siempre en casos semejantes, se armó entre todas las embarcaciones que estaban por aquellas cercanías una indescriptible confusión y un gran desorden. Una goleta y un queche tuvieron una pequeña colisión en mitad del río. El espectáculo era emocionante y durante todo aquel proceso nuestro remolcador permaneció parado. A cualquier otra nave que no fuera nuestra bestia hubiera sido posible convencerla de que se mantuviera inmóvil durante un par de minutos; pero ¡a ella, no! Echó la proa a un lado inmediatamente, y se fue a la deriva río abajo, arrastrando tras ella al remolcador. Vi un grupo de barcos de la costa que se encontraban a un cuarto de milla de nosotros y me pareció lo más prudente decírselo al práctico.

»—Si permite usted que se meta entre aquel rebaño —le dije tranquilamente—, convertirá en astillas a alguno de ellos, antes de que podamos sacarlo de allí.

»—¡Como si no lo supiera! —gritó furioso, dando una patada en el suelo.

»Sacó el silbato para obligar a enderezar la proa a aquel maldito remolcador lo antes posible. Pitaba como un loco, agitando el brazo hacia babor, y no tardamos mucho en comprobar que las máquinas del remolcador estaban marchando hacia adelante. Las ruedas batían el agua, pero daba la sensación de que se había puesto a remolcar una roca: no conseguía mover la nave ni un centímetro. El práctico se puso a tocar el silbato de nuevo y a agitar el brazo hacia babor, y vimos cómo las palas giraban cada vez más rápido frente a nosotros.

»Durante un instante, remolcador y barca permanecieron inmóviles entre aquella multitud de embarcaciones en marcha, hasta que la tremenda fuerza que aquel monstruo cruel y demoníaco ponía siempre en todo arrancó de raíz el pasacabos de hierro por el que se deslizaba el cable de remolque y vimos cómo se deslizaba hacia babor, rompiendo uno a uno los puntales de hierro del pasamanos de proa como si fueran de cera. Fue ahí cuando me percaté de que, para ver mejor por encima de nosotros, Maggie se había puesto de pie sobre el ancla de babor, que estaba tendida sobre la cubierta del castillo.

»El ancla estaba en su “cama”, pero no habíamos tenido tiempo de trincarla y, de todas formas, así estaba lo suficientemente segura como para entrar en la dársena, pero en ese instante me di cuenta de que el cable iba a meterse por debajo de una de las uñas en cualquier momento. El corazón se me subió a la garganta, pero no antes de que pudiera gritar:

»—¡Salta fuera del ancla!

»No me dio tiempo a gritar su nombre, y no creo que me llegase a oír. El primer toque del cable contra la uña hizo que la muchacha cayera al suelo. Se incorporó a toda velocidad, pero por el lado peligroso. Escuché un tremendo ruido de roce y el ancla dio media vuelta; se alzó como si fuese una criatura viva, con su enorme y tosco brazo de hierro y agarró a Maggie por el talle, fue como si la estrechara en un espantoso abrazo, y cayó con ella por el costado con un gran estruendo de metal al que siguieron vibrantes golpes que hacían estremecerse la barca de punta a punta, porque la boza de serviola no había cedido.

»—¡Qué espanto! —exclamé.

»Durante años enteros he soñado a menudo con anclas que se llevaban a muchachas —continuó el narrador, desvariando un poco—. Un segundo más tarde, y con un grito desgarrador, Charles se fue de cabeza tras ella. Pero ¡Dios!, no llegó ni siquiera a alcanzar la punta de su boina roja en el agua. ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Se habían reunido media docena de botes a nuestro alrededor, y lo sacaron y lo metieron en uno de ellos. El contramaestre, el carpintero y yo fondeamos apresuradamente la otra ancla y conseguimos detener el barco. El práctico estaba atontado. Recorría arriba y abajo la cubierta retorciéndose las manos y murmurando entre dientes:

»—¡Y ahora mata a mujeres! ¡A mujeres!

»De su boca no salían más palabras que aquéllas. Atardeció y cayó la noche, negra como la brea. Cuando me asomé al río, oí que me llamaban en voz baja y temerosa.

»—¡Ah de la barca!

»Dos boteros de Gravesend se acercaron al costado. Llevaban una linterna en el esquiñe y miraban hacia arriba agarrados a una escala, sin decir palabra. En la mancha de luz que salía de la linterna, vi un poco más abajo una masa de pelo rubio desmadejado. Al subir de nuevo la marea, el cuerpo de la pobre Maggie

había salido a flote, desprendiéndose de una de aquellas grandes boyas de amarre. Llegué hasta la popa medio ahogado y encendí un cohete para avisar a los hombres que todavía seguían buscando en el río. A continuación, me deslicé a proa y pasé el resto de la noche sentado en el arranque del bauprés, para estar todo lo lejos posible de Charles.

»—¡Pobre muchacho! —murmuré.

»—Sí. ¡Pobre muchacho! —repitió, abstraído—. Aquella bestia no permitió..., ¡ni siquiera a él!..., que le arrebatara a su presa, pero aun así se encargó personalmente de dejarla amarrada en la dársena a la mañana siguiente. Tuvo el valor de hacerlo. No intercambiamos ni una palabra, ni siquiera una mirada; yo no me atrevía a mirarlo. Cuando el último cabo se amarró en su sitio, se llevó las manos a la cabeza y se quedó mirando al suelo, como si tratase de recordar algo. Los marineros aguardaban sobre cubierta las palabras de despedida, al fin del viaje. Quizá fuera aquello lo que trataba de recordar. Yo me encargué de hablar en su nombre:

»—¡Gracias, muchachos!

»Nunca vi a una tripulación dejar un barco más en silencio. Uno tras otro, sé fueron con cuidado y tratando de no hacer demasiado ruido con sus cofres. Miraban hacia donde estábamos, pero nadie tuvo valor para adelantarse a estrechar la mano del primer oficial, como es la costumbre. Yo lo seguí de un lado al otro por aquella nave desierta en la que no había más almas vivientes que las nuestras, pues el viejo guardián se había encerrado en la caseta de la cocina. De pronto, el pobre Charles murmuró con voz de loco:

»—Ya no tengo nada que hacer aquí.

»Cruzó la pasarela conmigo a su espalda y siguió por el muelle hacia Tower Hill. Tenía costumbre de alojarse en casa de una hospedera respetable, en America Square, para estar más cerca de su trabajo. Se detuvo de pronto, dio la vuelta y retrocedió hacia donde me encontraba.

»—Vámonos a casa, Ned.

»En ese momento, tuve la suerte de ver un coche que pasaba y meterlo a tiempo dentro de él; las piernas ya no lo sostenían. Al entrar en casa, se desplomó sobre una silla y jamás olvidaré las caras de nuestros padres, pasmadas y suspensas, inclinadas sobre él. No entendían lo que había sucedido, hasta que yo

conseguí balbucir:

»—Maggie se ahogó ayer en el río.

»Mi madre lanzó un grito. Mi padre se puso a mirarnos primero a uno y luego al otro como si tratara de comparar nuestras caras, pues lo cierto era que la de Charles estaba tan cambiada que no parecía la misma. Nadie se movía ya, y el pobre muchacho levantó lentamente sus manazas hasta la garganta y, de un solo tirón, se lo arrancó todo: cuello, camisa, chaleco. Se quedó hecho una auténtica ruina. Entre mi padre y yo conseguimos subirlo con gran trabajo por las escaleras, y nuestra pobre madre estuvo a punto de perder la vida cuidándolo sin descanso durante una larga fiebre cerebral.

El hombre del traje de lana movió la cabeza sentenciosamente.

—Era imposible luchar contra la bestia, estaba poseída por un espíritu infernal.

—¿Y ahora dónde se encuentra su hermano? —pregunté, creyendo que me diría que había muerto, pero me contestó que en un vapor en la costa de China, y que apenas venía nunca a Inglaterra.

Jermyn lanzó un hondo suspiro, y como el pañuelo ya se había secado, lo acercó suavemente a su roja y lamentable nariz.

—Era una fiera insaciable —comenzó de nuevo el narrador—. El viejo Colchester se plantó al fin, y dimitió. Y ¿me creerán si se lo cuento? Apse e Hijos le escribieron para que lo pensase mejor y, para evitar que se mancillara el buen nombre de la familia Apse, Colchester fue a la oficina y les dijo que volvería a llevarla otra vez; pero sólo para ir con ella al mar del Norte, y echarla a pique. Había perdido los estribos. Tenía el pelo color gris oscuro, pero en dos semanas se le había puesto blanco como la nieve. El señor Lucian Apse, aunque se conocían desde muchachos, fingía que no se había dado cuenta. ¡Hay que ver hasta dónde puede llegar una debilidad! ¡Eso se llama orgullo!

»Se agarraron como un clavo ardiendo al primero que convencieron para llevarla, por temor al escándalo de que no se pudiese encontrar un capitán para La Familia Apse. Era un hombre divertido, o eso me pareció, y se pegó al puesto como una lapa. Wilmot, su segundo oficial, era un tipo con la cabeza llena de pájaros, que presumía de una gran misoginia, que no era en el fondo más que pura timidez. Bastaba con que una hiciera una seña con el dedo meñique y el pobre diablo perdía

el control. Durante su aprendizaje desertó una vez en un puerto extranjero por una cuestión de faldas, y habría sido su perdición si el capitán no se hubiese tomado la molestia de ir en su busca y sacarlo, por las orejas, de cierto antro.

»Se decía que a uno de los armadores le habían oído decir que aquella maldita nave se perdería pronto. No puedo creer tal cosa, a menos que no fuera el señor Alfred Apse, a quien la familia tenía en muy poca estima. Lo tenían empleado en la oficina, pero para ellos no era más que un perdido incorregible que se pasaba la vida en las carreras de caballos y volvía borracho a casa. Todos pensaban que un barco tan lleno de perversos designios se estrellaría algún día contra la costa, por pura maldad, pero no había nada que hacer, parecía que iba a durar para siempre. Tenía un olfato especial para guardarse de los peligros.

Jermyn emitió un gruñido de asentimiento.

—Una nave que parecía hecha a la medida de un piloto, ¿no es eso? — prosiguió, irónico, el que hablaba—. Pues bien, Wilmot consiguió acabar con ella. Era el hombre indicado, pero puede que ni siquiera él hubiera llegado a dar el golpe sin aquella institutriz de ojos verdes, aya, o lo que fuera, de los niños del matrimonio Pamphilius.

»Los Pamphilius se embarcaron como pasajeros desde Port Adelaida hasta El Cabo. La nave se puso en franquía y ancló fuera del puerto, para pasar allí resto de la jornada. El capitán, como es la tradición, había invitado a mucha gente de la ciudad para una comida de despedida y ya eran las cinco de la tarde cuando el último bote, lleno de comensales, se separó de nuestro flanco. En el golfo parecía haber un tiempo un tanto sombrío y amenazador. No había ninguna razón para que el capitán se hiciera a la mar, pero como ya le había dicho a todo el mundo que se marchaba aquel día, se creyó en la obligación de irse fuera como fuese. Aun así, no se veía con fuerzas para sortear los estrechos de noche y con viento débil después de la fiesta y dio órdenes de mantener el buque con sólo la gavia y el trinquete, ciñéndose todo lo posible al viento, y seguir despacio a lo largo de la costa, hasta el amanecer. Tras las instrucciones se retiró a su casto lecho. El primer oficial se quedó en cubierta viendo cómo aquellas nubes le lavaban la cara a conciencia. Wilmot lo relevó a medianoche. La Familia Apse, como usted ha dicho, tenía una caseta a popa...

—Una cosa enorme, fea, blanca, que sobresalía... —murmuró Jermyn, mirando al fuego con tristeza.

—Así es; servía de vestíbulo para la bajada a la cámara y de cuarto de derrota. La lluvia azotaba a ráfagas al adormilado Wilmot mientras la nave seguía avanzando con calma hacia el sur, ceñida al viento, la costa a unas tres millas a barlovento. No había nada que requiriese especial vigilancia en aquella parte del golfo y Wilmot fue a guarecerse de los chubascos a la caseta, cuya puerta estaba abierta por aquel lado. La noche era negra como un barril de alquitrán y fue entonces cuando oyó una voz queda de mujer que le hablaba.

»Aquella endiablada muchacha de ojos verdes de los Pamphilius había acostado a los pequeños hacía ya largo rato, pero por lo visto no podía conciliar el sueño. Oyó repicar las ocho campanadas y escuchó cómo el primer oficial bajar a acostarse. Esperó un rato, se puso la bata, cruzó de puntillas el desierto salón y subió las escaleras del cuarto de derrota. Allí se sentó en un sofá, junto a la puerta abierta, supongo que para tomar el fresco.

»Supongo que cuando ella le habló en voz baja debió ser como si alguien le prendiese fuego al interior del cerebro de aquel joven. No sé cómo habían llegado a amartelarse hasta aquel punto. Creo que ya se habían hablado antes en tierra. No pude saberlo con seguridad, porque, cuando Wilmot me contó la historia, intercalaba entre cada dos palabras una ristra de blasfemias. Me encontré con él en el muelle de Sídney y llevaba un delantal que le llegaba hasta la barbilla, y una gran tralla en la mano. Estaba de carretero y encantado de tener algo que hacer y no morir de hambre. Tan bajo había caído.

»Allí estaba él, como decía, con la cabeza dentro de la caseta y seguramente reclinado sobre el hombro de la muchacha, ¡el oficial de guardia! Cuando el timonel prestó su declaración más adelante dijo que había gritado varias veces que la luz de la bitácora se había apagado pero que no le había dado mayor importancia las órdenes que había recibido eran de “ceñirse todo lo posible”.

»—Me chocó —dijo— que la nave se desviase a sotavento hacia los chubascos, pero yo orzaba cada vez que eso ocurría, e intentaba mantenerla ceñida. Era tanta la oscuridad que ni siquiera veía mis propias manos y el agua caía a cántaros.

»La verdad era que cada ráfaga de viento desviaba un poco la proa hacia tierra, hasta que gradualmente llegó a enderezar la proa a la costa, sin que nadie a bordo se hubiese dado cuenta. El propio Wilmot confesó que había dejado pasar más de una hora sin acercarse a la brújula. ¡Cómo no iba a confesarlo!

»Desasíó su cuello de los brazos que lo sujetaban y respondió con otro grito:

»— ¿Qué dices?

»—Creo que se oyen rompientes por avante —gritó el marino.

»Y fue corriendo a popa el resto de marineros en guardia, “en medio del más espantoso diluvio que jamás haya caído del cielo”, como decía Wilmot. Estaba tan sobrecogido y desconcertado que durante un instante ni siquiera consiguió ver en qué parte del golfo estaba la nave. No era un buen oficial, pero con todo era un buen marino. Un segundo más tarde, ya había recuperado el control de sí mismo, y las órdenes que había que dar llegaron a sus labios inopinadamente: orzar y enfilarse la gavia y la sobremesana con el viento para que, cogiéndolas al través, no hicieran fuerza sobre ellas. Eso fue lo que se hizo y las velas por fin dejaron de trabajar. No podía verlas; pero las sentía flamear y dar aletazos sobre la cabeza. “¡Todo inútil! Demasiado lenta para obedecer”, solía decir Wilmot, con la cara sucia, contraída. Parecía que estaba clavada pero en ese momento cesó el aleteo de la lona en lo alto y en aquel instante crítico, una ráfaga de viento desvió aún más la nave, llenó las velas y la lanzó con ímpetu sobre las rocas a sotavento. La bestia había ido demasiado lejos, había llegado su hora: el momento, el hombre, la negrura de la noche, la ráfaga a traición..., la mujer que había sido predestinada para acabar con ella. No merecía otra cosa. Los designios de la Providencia son inescrutables y en todo hay al final una especie de justicia poética.

»El primer arrecife sobre el que pasó, le desgajó toda la falsa quilla... ¡rrras...! En cuanto salió de su camarote, el capitán se encontró con una mujer enloquecida vestida con una bata de franela encarnada dando vueltas en el salón y chillando como una cacatúa. El golpe siguiente la arrojó bajo la mesa, arrancó el codaste y se llevó el timón, y la bestia se fue contra la costa rocosa, destrozándose el fondo, hasta que se paró en seco, y el trinquete se desplomó sobre la proa como una pasarela.

— ¿Hubo víctimas? —pregunté.

—Ninguna, sólo ese diablo de Wilmot —contestó el señor, a quien la señorita Blank no había visto nunca, buscando su gorra con la mirada—. Y su desgracia fue mayor que si se hubiese ahogado. Todo el mundo consiguió llegar a tierra sano y salvo. El temporal no cedió hasta el día siguiente, continuó soplando del oeste y deshizo a aquella bestia con una rapidez asombrosa. Fue como si tuviese podridas las entrañas... —Cambié de tono—. Ya no llueve. Tengo que

recoger la bicicleta e irme a casa para cenar. Vivo en Herne Bay; había salido esta mañana a dar un paseo.

Me saludó con un ademán amistoso y se marchó con brío.

—¿Lo conoce usted, Jermyn? —pregunté.

El práctico del mar del Norte sacudió la cabeza negativamente.

—¡Perder un barco de una manera tan tonta! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró con tono sombrío, extendiendo de nuevo su pañuelo húmedo como una cortina frente a las brasas.

Al marcharme intercambié una mirada y una sonrisa —de una estricta corrección— con la respetable señorita Blank, camarera de Las Tres Cornejas.

EL OFICIAL NEGRO

Hace un buen puñado de años había varios barcos cargando en el puerto de Londres. Me refiero a los años ochenta del siglo pasado, una época en la que aún había un buen número de magníficos barcos en los muelles, aunque no edificios tan espléndidos en sus calles.

Los barcos del muelle eran realmente magníficos. Estaban atados unos junto a otros y el Sapphire, el tercero desde el fondo, era tan bueno como el resto. Como es lógico, cada uno de los barcos que había en el muelle tenía su primer oficial. Igual que el resto de los barcos del puerto.

Los policías que estaban en las puertas los conocían a todos de vista, aunque no pudieran decir directamente a qué barco pertenecía cada hombre en concreto. En realidad los oficiales de los barcos que permanecían durante aquellos años en el puerto de Londres eran como la mayoría de los oficiales de la marina mercante: hombres tranquilos, laboriosos, incondicionales y nada románticos que pertenecían a distintas clases sociales, pero con una profesión que acababa borrando todas las características personales, que, en cualquier caso, tampoco eran muy marcadas.

Aquello era algo que se cumplía en todos los casos, menos en el del oficial del Sapphire. A la policía no le cabía ni la menor duda: aquél en concreto tenía su presencia.

Cuando caminaba por la calle, llamaba la atención a mucha distancia, y cuando cruzaba el muelle dirigiéndose a su barco, tanto los estibadores como los trabajadores del puerto que estaban cargando mercancía y llevando carretillas con bultos se decían unos a otros:

—Por ahí viene el oficial negro.

Le daban aquel nombre porque eran hombres rudos y poco capaces de apreciar la distinción de aquel hombre. Llamarlo negro no eran más que la expresión superficial de su ignorancia.

El oficial del Sapphire, el señor Bunter, no era negro, evidentemente. No era

ni más ni menos negro que cualquiera de nosotros, y desde luego tan blanco como cualquier otro primer oficial de un barco amarrado en el puerto de Londres. Tenía un tipo de piel de las que no se ponen morenas con facilidad, y yo sabía que el pobre muchacho había estado enfermo durante un mes antes de que le contratara el Sapphire.

De todo esto se podría inferir ya que a quien conocía yo era a Bunter. Y vaya si lo conocía. Es más, en aquella época compartía con él su secreto, ese de... No importa ahora. Regresando a la apariencia personal de Bunter, no fue más que un ignorante prejuicio aquel comentario del capataz de los estibadores cuando dijo en mi presencia: «Apuesto a que no es de por aquí». Un hombre puede tener el pelo negro sin que por eso lo confundan con un hispano. Yo he conocido a un marinero del oeste, contra maestre de un buen barco, que tenía más aspecto de español que ningún español que haya conocido en el mar. Un español de libro.

Las autoridades nos aseguran que toda esta tierra será heredada al final por hombres con el pelo oscuro y los ojos marrones. Al parecer, la inmensa mayoría de la humanidad tiene el pelo oscuro en distinta graduación, pero basta encontrarse con uno para darse cuenta también de lo extraordinario que es un hombre con el pelo totalmente negro, negro como el ébano. El pelo de Bunter era totalmente negro, negro ala de cuervo. Y lo mismo le sucedía a su barba (recortada, pero aun así lo bastante larga); sus cejas eran espesas e hirsutas. Si a eso se le añadía unos ojos de un color azul acerado (el tipo de ojos que no habrían resultado raros en un hombre de pelo rubio, pero que en aquel marco sombrío producían un contraste muy asombroso), resultaba comprensible que Bunter fuese tan llamativo. Si no hubiese sido por lo parsimoniosos y lentos que eran sus movimientos uno habría podido llegar a creer que tenía un carácter ferozmente apasionado.

No hay duda de que ya no estaba en su primera juventud, pero si tiene algún sentido la expresión «encontrarse en la flor de la vida», él la encarnaba a la perfección. Era también un hombre alto, quizá demasiado. Cierta ocasión, y mientras lo veía trabajar en popa, el capitán Ashton del velero Elsinore, que estaba amarrado junto al Sapphire, le comentó a su amigo:

—Johns tiene ahí a alguien para que lleve el barco por él.

El capitán Johns, patrón del Sapphire, llevaba años capitaneando barcos y era muy conocido, aunque no demasiado respetado. Cuando estaba con sus compañeros, solían ignorarlo o burlarse de él. La burla nacía, por lo general, por iniciativa del capitán Ashton, uno de los hombres más cínicos y bromistas que se

conocía. Fue el capitán Ashton quien en cierta ocasión se permitió un chiste muy desagradable:

—Johns opina que habría que envenenar a todos los marineros que pasaran de cuarenta años... con excepción de los capitanes en activo.

Aquello sucedió en un restaurante de la City en el que solían reunirse algunos capitanes para comer. Estaban allí presentes el capitán Ashton, muy animado, con un gran chaleco blanco y una rosa amarilla en el ojal; el capitán Sellers, de chaqueta, con su rostro delgado y pálido, su pelo canoso peinado tras las orejas y su aire ascético y afable de hombre de letras, a pesar de la falta de gafas; el capitán Hell, un fanfarrón lobo de mar de dedos peludos vestido de sarga azul y con un negro sombrero de fieltro echado hacia atrás muy apartado de su frente rosada. También se encontraba allí otro capitán muy joven, con un pequeño bigote rubio y una mirada muy seria, que no abría la boca para nada, y que se limitaba a sonreír de cuando en cuando.

El capitán Johns alzó la mirada sorprendido, algo que, si se unía a las arrugas horizontales de su frente, no contribuía precisamente a darle un aspecto muy intelectual. Tampoco sumaba ningún punto a su favor la forma ligeramente puntiaguda de su cabeza calva.

Todo el mundo se puso a reír a carcajadas, y el capitán Johns se vio obligado finalmente a esbozar una sonrisa cínica y a intentar defenderse. Le parecían bien las bromas, pero en aquellos tiempos en los que los barcos, para dar beneficios, tenían que ser gobernados con mano firme tanto en el mar como en el puerto, el mar no era un lugar para viejos. Sólo los jóvenes y los hombres que se encontraban en la flor de la vida cumplían con las condiciones de vigor y reflejos que eran necesarias. Bastaba con echar un vistazo a las grandes compañías: casi todas se quitaban de encima lo antes posible a quien manifestaba el menor signo de edad. Él, por su parte, no quería viejos en su barco.

Y lo cierto era que el capitán Johns no era el único que pensaba de aquella manera. En aquella época había muchos marineros, que no tenían más cosas en su contra que sus propias canas, que gastaban las suelas de su último par de botas por las aceras de la City a la desesperada búsqueda de un destino.

El capitán Johns añadió, con una especie de malhumorada inocencia, que había un gran paso entre tener esa opinión y ponerse de verdad a envenenar a nadie.

Aquello podría haber zanjado la cuestión, pero el capitán Ashton no estaba dispuesto a quedarse sin chiste tan pronto.

—Oh, claro que sí. Lo único que ha dicho en realidad es que no son útiles. ¿Y qué se puede hacer con los hombres que ya no son útiles? Me parece que tiene usted buen corazón, Johns. Estoy convencido de que, si lo piensa un poco más despacio, acabará encontrando la forma de hacerlo, al menos de una manera indolora.

El capitán Sellers arrugó la mueca.

—Haga que se conviertan en sus fantasmas —añadió irónicamente.

Ante la mención de los fantasmas el capitán Johns dio un salto desconcertado a su manera desmañada y furtiva.

El capitán Ashton guiñó un ojo.

—Sí, si lo hace tal vez tenga la oportunidad de comunicarse con el mundo de los espíritus. Estoy convencido de que a los espíritus de los marineros les da por aparecer en los barcos. Seguro que alguno se pasa para saludar a su viejo capitán.

El capitán Sellers añadió mordaz:

—No le dé esas esperanzas, eso sería cruel. No verá nada. Johns, ya sabe usted que nadie ha visto nunca un fantasma.

Ante aquella provocación ya intolerable, el capitán Johns dejó a un lado su reserva. Sin dudar ni un solo instante, y con toda la pasión de un creyente en plena iluminación, citó una montaña de casos que se podía atestiguar. No faltaban libros y libros llenos de ejemplos. Sólo se podían rechazar las apariciones sobrenaturales desde la más completa ignorancia. Incluso había un periódico especializado que todos los meses hablaba de nuevos episodios. El profesor Cranks veía fantasmas a diario. Y el profesor Cranks no era cualquier persona: se trataba de uno de los científicos vivos más importantes. Y estaba también aquel hombre del periódico — ¿cómo se llamaba?—, que recibía visitas de una chica fantasma. Había publicado en el periódico los mensajes que ella le había dado. ¡Que alguien se atreviera a decir después de aquellas cosas que los fantasmas no existían!

—Pero ¡por favor! Si hasta los han fotografiado... ¿Qué mayor prueba que ésa hace falta?

El capitán Johns estaba completamente indignado. Los labios del capitán Bell se curvaron en una mueca irónica y el capitán Ashton cambió de actitud.

—Les pido por favor que no continuemos por ahí. Y ya que nos hemos puesto, Johns, ¿quién es ese pirata con melenas al que ha tomado por oficial? Nadie en el puerto lo había visto hasta ahora.

El capitán Johns se tranquilizó con aquel cambio de tema y respondió sencillamente que Willy, el estanquero de la calle Frenchurch, se lo había enviado.

Según he oído, tanto Willy, como su comercio, como el edificio completo de la calle Frenchurch ya no existen, pero en su momento, y siempre con un gesto de preocupación en su desteñido rostro, Willy se encargaba de proveer de tabaco a muchos barcos que zarpaban desde el puerto de Londres con dirección hacia el sur. Había ciertas horas del día en las que el local estaba repleto de capitanes. Se sentaban en los barriles de tabaco y charlaban apoyados en el mostrador.

Cuántos jóvenes habían recibido su primer empujón en aquel lugar. Muchos hombres habían conseguido el destino que necesitaban sólo con dejarse caer por allí a comprar cuatros peniques de Bird's Eye^[25] en el momento justo. Hasta el mismo ayudante de Willy, un muchacho pelirrojo e indiferente de aspecto frágil, era capaz de proporcionar por encima del mostrador, junto al paquete de cigarrillos, alguna importante información, en susurros y sin apenas mover los labios.

—El Bellona, en el muelle sur. Necesitan un segundo oficial, si se da prisa puede que llegue a tiempo.

¡Y salían corriendo!

—De modo que fue Willy quien se lo envió —dijo el capitán Ashton—. Es un hombre muy particular. Si le pusieran una faja roja en la cintura y un pañuelo en la cabeza, tendría exactamente el mismo aspecto que uno de esos bucaneros que ponían a los hombres a caminar sobre un tablón y secuestraban a las mujeres. Ten cuidado Johns, no vaya a ser que te corte el cuello y se largue con el Sapphire. ¿En qué barco estaba sirviendo antes?

El capitán Johns alzó su mirada crédula, frunció el ceño y dijo con tranquilidad que el hombre había conocido días mejores. Su nombre era Bunter.

—Estuvo al mando de un barco de Liverpool, el Samaria, hace algunos años.

Lo perdió en el Índico y por eso le suspendieron la licencia durante un año. Desde entonces no había sido capaz de encontrar otro despacho y se había dedicado al comercio del Atlántico.

—Por esa razón nadie lo conoce en el puerto —concluyó el capitán Ashton, mientras se levantaban todos de la mesa.

Después de la comida, el capitán Johns fue dando un paseo hasta el muelle. Era pequeño de estatura y ligeramente cojo. Tenía un aspecto que no provocaba el amor de la humanidad, pero con su armador había sido un poco distinto. Su fama era la de ser un comandante molesto, meticuloso en las cosas pequeñas, siempre generando agravios de algún tipo y siempre gruñendo. No era sencillo discutir con él y que la cosa acabara en nada; se quedaba siempre maldiciendo y murmurando cosas espantosas, era un hombre capaz de amargarle la vida a cualquier oficial si le cogía manía.

Aquella misma noche subí a bordo para echarle un vistazo a ese Bunter y lo compadecí ante las expectativas de viaje que se abrían para él. Estaba desanimado. Supongo que cuando un hombre tiene un secreto en su corazón, lo normal es que vaya perdiendo poco a poco su optimismo. Había también otras razones por las que no era sencillo esperar de Bunter el espíritu más festivo del mundo. Había estado muy enfermo últimamente, y además... Pero eso lo contaré más adelante.

El capitán Johns había estado a bordo aquella tarde estudiándolo todo y evitando a su primer oficial hasta tal punto que Bunter se había acabado irritando profundamente.

—¿Qué pretende demostrar? —se preguntó con desesperación—. Era como si sospechara de robo o tratara de descubrir en qué bolsillo lo había escondido, como si alguien le hubiese dicho que yo tenía rabo y hubiese estado intentando averiguar cómo había conseguido esconderlo. No me gusta nada que se me acerquen por detrás tantas veces seguidas en una sola tarde y que, cuando me doy la vuelta, aparten la mirada en el acto por encima de mi hombro. ¿Qué es eso? ¿Un nuevo juego al escondite? Pues la verdad es que no me hace ni la más mínima gracia, ya no soy ningún muchacho.

Yo le dije que si alguien le hubiese dicho al capitán Johns que él (Bunter) tenía rabo, el capitán se las habría arreglado de alguna manera para acabar creyéndose la historia. Era receloso y crédulo hasta un punto realmente absurdo. Era capaz de creerse cualquier cuento estúpido y de sospechar de cualquier

hombre hasta por las razones más inverosímiles, y de seguir dándole vueltas y vueltas en su cabeza durante meses en medio de la perplejidad más total para acabar casi siempre llegando a la conclusión más mezquina posible y tomando al respecto las peores medidas de todas. Tenía un talento natural para comportarse de ese modo.

Bunter me contó que aquel hombre mezquino había arrastrado por todo el barco sus pequeñas piernas patizambas llevándolo con él para quejarse de un montón de tonterías. Se arrastraba por los muelles como un endiablado insecto, como una cucaracha, aunque con menos energía.

Eso fue al menos lo que me contó el disgustado Bunter. A continuación, y con su maravillosa justicia habitual algo oscurecida por el brillo de sus negrísimas cejas, añadió:

—Y por si fuera poco, ese hombre está loco. Hubo un rato en el que intentó ser sociable conmigo y no se le ocurrió otra cosa más que abrir unos ojos como platos y preguntarme si yo creía en la «comunicación más allá de la muerte». La comunicación... Al principio sencillamente no sabía ni qué responder. «Un asunto de primera importancia, señor Bunter», me dijo, «yo le he dedicado muchas horas de mi vida a su estudio».

Si Johns hubiese vivido en tierra, lo más probable es que hubiese acabado siendo víctima de todos aquellos médiums fraudulentos. Lo habría sido incluso sin vivir en tierra, sólo con pasar temporadas en ella entre travesía y travesía. Por suerte para él, cuando estaba en Inglaterra vivía muy apartado, en Leytonstone, con una hermana soltera diez años mayor que él, una marimacho tremenda que le doblaba en tamaño y a la que temía tanto que no podía parar de temblar cada vez que la veía. Se comentaba que lo intimidaba en todo en general, pero sobre todo en lo que tenía que ver con aquellas cuestiones espiritistas, un tema sobre el que también ella tenía su particular punto de vista.

Para ella aquellas cuestiones eran sencillamente algo diabólico. Se comentaba que en cierta ocasión ella había llegado a afirmar que, con la ayuda de Dios, se encargaría de impedir que «ese imbécil» acabara entregándole su alma al Maligno. De lo que no había duda era de que la aspiración secreta de Johns era establecer contacto personal con los espíritus de los muertos... si su hermana se lo permitía. Pero lo cierto es que hasta la fecha se había mantenido firme. Me comentaron en cierta ocasión que cuando se encontraba en Londres estaba obligado a rendir cuentas de hasta el último penique con el que salía de casa por la

mañana, y de lo que hacía cada hora del día. La cartilla del banco, además, era ella quien la tenía.

A Bunter (que había sido un joven disperso, pero tenía buenos contactos, antepasados y hasta un panteón familiar en algunos condados de los alrededores de Londres) todo aquello le indignaba, seguramente porque pensaba en sus propios difuntos. Sus brillantes ojos refulgían con furia en aquel rostro de barba negra. Me impresionaba mucho porque en aquel sosegado desprecio se intuía una gran pasión oscura.

—¡Qué desfachatez la de ese hombre! Querer entablar relaciones con... ¡Qué mezquindad! Es una intromisión totalmente intolerable... Entablar... Pero ¿de qué se trata? ¿De un nuevo tipo de esnobismo o qué?

Me reí abiertamente ante aquella original manera de entender el espiritismo... o como quiera que se llame la moda fantasmal. El propio Bunter se vio obligado a sonreír, pero la austeridad de su sonrisa no tardó en desvanecerse. Cuando un hombre se encontraba en una trágica situación como la suya no se podía esperar de él... en fin, que estaba realmente preocupado. A pesar de todo, se encontraba dispuesto y preparado para enfrentarse a cualquier sucia maniobra en el transcurso de la travesía. Ante tipos como Johns, un hombre nunca podía tener demasiadas consideraciones, y el infortunio, al fin y al cabo, no es más que el infortunio; también acaba siempre en algún punto. Aun así, soportar los mezquinos, absurdos y siniestros relatos de fantasmas de Johns durante todo un viaje a Calcuta, y todo el viaje de vuelta, no era precisamente una perspectiva agradable. El espiritismo era de hecho un asunto muy grave para considerarlo desde aquella óptica. ¡Algo casi terrible, se podría decir!

¡Pobre chico! En realidad ni siquiera tuvimos mucho tiempo de pensar en el asunto antes de que... Y no tuve tiempo para consolarlo; yo mismo estaba consternado.

A Bunter todavía le faltaba otro disgusto más aquel día. Un confuso inspector del puerto subió a bordo con cualquier pretexto, pero movido, en realidad, se dio cuenta Bunter, por una inoportuna curiosidad; inoportuna para el propio Bunter, como es lógico. Se estuvo andando por las ramas durante un buen rato, y finalmente dijo:

—No puedo para de pensar en el asunto. Yo le he visto antes a usted, señor oficial. Tal vez si me dijera su nombre...

Bunter (como suele ocurrirle a todos aquellos cuyas vidas tienen un misterio) se alarmó al instante. Era más que probable que aquel hombre lo hubiese conocido en alguna situación anterior. Le pareció una mala suerte no tener mejor memoria. El mismo Bunter no podía esperar acordarse de todos los sinvergüenzas con los que se había cruzado. Bunter se irguió con insolencia poniendo un gesto impresionantemente severo y tenebroso como la noche.

—Mi nombre es Bunter, señor. ¿Ayuda eso a iluminar su inquisitiva mente? Por mi parte no le pregunto el suyo porque no siento ningún deseo de saberlo. No lo necesito, señor. Un hombre que tiene la valentía de decirme a la cara que *no está seguro* de haberme visto antes, o es un imprudente o es un gusano. Sí, eso he dicho: un gusano que se arrastra por el suelo.

Muy valiente por parte de Bunter. Aquélla era precisamente la actitud que era necesario adoptar. Fue empujando con tranquilidad al intruso fuera del barco como si cada una de sus palabras fuera un pequeño empujón, pero resultaba también sorprendente la insolencia de aquel Paul Pry. Ante la furia de Bunter, como es lógico, no le quedó más remedio que abandonar el barco, y lo hizo escondiéndose tras una empalagosa sonrisa que disimulaba su retirada, pero en cuanto llegó al muelle se dio media vuelta y se quedó mirando fijamente el barco. Se quedó allí plantado como un poste de amarre sin moverse un milímetro, con aquellos estúpidos ojos que pestañeaban menos que las ventanas de un camarote.

¿Qué podía hacer Bunter? Como es lógico, yo me sentía violento por él, pero no podía ir y meter la cabeza en el cajón del pan. Lo que hizo fue situarse él en la jarcia de mesana y devolverle la mirada sin pestañear, tal y como hacía el otro. Permanecieron así durante un buen rato, y aunque no sé cuál de los dos se mareó primero, lo que sí sé es que el del muelle, como no disponía de la ventaja de algo en lo que poder sujetarse, se cansó primero, agitó el brazo y se marchó dejando el combate en ese punto.

Bunter me aseguró que se alegraba de que el Sapphire —«esa joyita de barco» como lo llamaba con cinismo— fuera a zarpar al día siguiente. Con lo del puerto ya había tenido bastante. Yo entendí perfectamente su impaciencia. Se había acorazado a sí mismo contra cualquier preocupación que le deparase la travesía, aunque ahora empezaba a ser evidente que no estaba preparado para la extraordinaria experiencia que le esperaba, y precisamente en el océano Índico: la misma parte del mundo en la que el pobre muchacho había perdido su barco y agotado su suerte —de forma definitiva, al parecer— al mismo tiempo.

En cuanto a lo que se refería a sus remordimientos respecto a cierto episodio vergonzoso de su vida... En fin, estoy convencido de que cualquier hombre con una naturaleza tan extraordinaria como la de Bunter tenía que sufrir mucho. Aun así, entre nosotros, y sin ningún deseo de ser cínico, no se puede negar que, junto a la parte más noble de nosotros mismos, el miedo a ser descubiertos tiene un peso innegable en el conjunto general del remordimiento. No le llegué a decir eso a Bunter, pero como el chico no paraba de insistir, le acabé diciendo que hasta en los armarios más ilustres se encontraban de cuando en cuando esqueletos, y que en lo que se refería a su culpa en particular, no la llevaba escrita en la cara hasta el punto de que el mundo pudiese verla, por lo que no había necesidad de que se angustiara tanto por aquel asunto. Y aparte, en doce días estarían en alta mar.

Me contestó que esa idea lo consolaba, y se fue a pasar en compañía de su esposa su última noche en muchos meses. A pesar de sus muchas locuras, no se podía decir que Bunter se hubiese equivocado en su matrimonio. Se había casado con toda una dama, una verdadera dama. Era además una mujer adorable. En lo que se refería a su valor yo, que conocía bien todo por lo que habían tenido que pasar, no podía dejar de admirarla sinceramente. Tenía un coraje real y duradero, había aguantado día tras día, y todos los días, como sólo una mujer es capaz de hacerlo cuando está hecha de la mejor pasta, la pasta de las inquebrantables, se podría decir.

El oficial negro se lamentaba de aquella separación mucho más que de todas las previas separaciones en sus años de mala suerte, pero ella era de la pasta de las inquebrantables, y en su rostro se podía ver menos inquietud que en la del oficial de pelo negro y aspecto de bucanero —aunque majestuoso— del Sapphire. Puede que fuera porque su conciencia estaba también más tranquila que la de su marido. Como es lógico, la vida de este último no tenía secretos para ella, pero la conciencia de una mujer tiene más recursos para encontrar excusas válidas y razonables. Depende también, en gran medida, de la persona que las necesita.

Habían acordado entre ambos que ella no iría al muelle para despedirlo. «Me maravilla que todavía te agrade mirarme», dijo el delicado esposo y ella no se rio.

Bunter era un hombre muy sensible, y al final la dejó bruscamente. Subió a bordo con tiempo de sobra, y produjo la misma impresión de siempre con su deteriorado sombrero de paja mientras sacaba al Sapphire del muelle. El hombre del río fue muy educado con aquel majestuoso primer oficial.

—La sogá de Manila para el cabo de remolque, señor... Bunter. Gracias... Señor Bunter, por favor...

El práctico que dejó aquella «joyita de barco» enderezándose suavemente hacia el canal comentó a algunos de sus amigos que en aquel viaje el Sapphire tenía como primer oficial a un hombre que era claramente demasiado bueno para el viejo Johns.

—Se llama Bunter y me pregunto de dónde habrá salido, porque jamás lo había visto en ninguno de los barcos que yo he pilotado en todos estos años. Es de ese tipo de hombres que uno no puede olvidar, no se podría. Y además es buen marino, y muy concienzudo. ¡Esta vez el viejo Johns no se podrá enfadar tan fácilmente! A no ser que ese viejo estúpido le coja miedo... porque no parece el tipo de hombre que deja que te aproveches de él sin hacerte saber antes lo que él piensa de ti. Y básicamente eso es lo que el viejo Johns lleva a bordo.

Como en realidad éste va a ser el relato de una experiencia espiritista que, aunque no recayó precisamente sobre el capitán Johns, sí lo hizo en su barco, no tiene mucho interés que nos demoremos más en el asunto de la partida. Se trataba de una travesía ordinaria, y también la tripulación era una tripulación corriente. La tranquila y resuelta manera de trabajar del oficial negro había dado un tono formal a la vida del barco. Hasta cuando el viento era huracanado se podía decir que todo marchaba con relativa normalidad.

Hubo tan sólo un fuerte vendaval que durante unas horas mantuvo la actividad un poco más agitada. Se produjo frente a la costa africana y tras doblar el cabo de Buena Esperanza. Justo a aquella altura el barco se vio azotado por un fuerte oleaje que no tuvo mayor consecuencia, pero que produjo un estrépito considerable y rompió muchas cosas en la despensa y en los camarotes. Llegados a aquel punto el señor Bunter ya era muy respetado a bordo, pero el océano Antártico lo trató como a un verdadero trapo. Abrió la puerta de su cabina como un vulgar ladrón y se llevó con él varias cosas muy útiles dejándole el resto totalmente empapado.

Un poco más tarde aquel mismo día, el océano Antártico zarandeo al Sapphire de una manera tan violenta que los cajones que estaban sobre la litera del señor Bunter salieron disparados y con ellos todo su contenido. Como es lógico, tendrían que haber estado cerrados, así que el señor Bunter no pudo reprocharle a nadie más que a sí mismo lo que había ocurrido. Tendría que haberlos cerrado con llave antes de subir a cubierta.

Su enfado, aun así, fue grande. El camarero que pasaba la fregona de un lado a otro intentando secar la cabina inundada lo oyó gritar «¡Maldita sea!» con tono quejumbroso. En medio de su trabajo, el camarero sintió cierta simpatía ante las desgracias del oficial.

El capitán Johns, por su parte, se alegró en secreto cuando le informaron de los daños. Tal y como el práctico había intuido, tenía miedo de su primer oficial y exactamente por la misma razón por la que el práctico había imaginado.

Al capitán Johns le habría encantado tener a aquel oficial negro a su merced de una forma o de otra, pero el hombre tenía un comportamiento tan literalmente irreprochable y cercano a la perfección como se le podía pedir. De aquel modo el capitán Johns rumiaba su mal humor al mismo tiempo que se felicitaba por la eficiencia de su primer oficial.

Cuando estaba a su lado, siempre hacía grandes alardes de sociabilidad amparado en la creencia de que cuanto más amigo se es de alguien, más fácil es sorprenderlo en algún tropiezo, y también porque necesitaba que alguien escuchara sus historias sobre manifestaciones, fantasmas y toda la parafernalia. Estaba acostumbrado a hacerlo y recitaba sus historias de fantasmas con voz monótona, casi aburrida, dándoles de ese modo un particular estilo personal.

—Me agrada poder charlar con mis oficiales —solía decir—. Hay capitanes que apenas se atreven a abrir la boca en toda la travesía por miedo a perder su dignidad. ¡Que es lo único, al fin, que un hombre posee, esa pequeña posición!

Su simpatía casi era más de temer durante la segunda guardia, porque su naturaleza era la de esos hombres que se van animando a medida que se aproxima el atardecer y el oficial de servicio ya no tenía excusas para abandonar el puente. El capitán Johns aparecía de pronto, se acercaba con sigilo hasta el pobre Bunter y se paseaba arriba y abajo dejando caer algún comentario espiritista del tipo:

—Los fantasmas, tanto los masculinos como los femeninos, son extraordinariamente refinados, ¿no lo cree?

A lo cual Bunter, manteniendo la cabeza erguida, respondía entre dientes:

—No lo sé.

—¡Ah! No lo sabrá porque no quiere. Me parece usted el hombre más cerril y cargado de prejuicios que he conocido en toda mi vida, señor Bunter. Ya le dije

que podía disponer de todos los libros de mi biblioteca cuando quisiera, lo único que tiene que hacer es pasarse por mi camarote y elegir el libro que le apetezca.

Si Bunter respondía que salía de las guardias demasiado cansado como para ponerse a leer, el capitán Johns sonreía sarcásticamente y respondía que resultaba evidente que algunas personas necesitaban dormir más que otras para hacer bien su trabajo. Si el señor Bunter no podía mantenerse bien despierto durante las guardias nocturnas, eso era otra cosa.

—Aunque tengo entendido que el otro día le pidió prestada una novela al segundo oficial... una porquería llena de mentiras —suspiró el capitán Johns—, me temo que el problema es que no es usted un hombre muy espiritual que digamos, señor Bunter.

A veces se presentaba en cubierta en mitad de la noche con su camisón de dormir, su andar patizambo y un aspecto de lo más excéntrico. Ante aquella visión, el acosado Bunter se retorció las manos y sentía cómo se le perlaban la frente de sudor. Permanecía unos minutos soñoliento junto a la bitácora rascándose de una manera de lo más desagradable, y a continuación retomaba el único tema de conversación que conocía.

Discutía por ejemplo sobre el enorme progreso moral que cabía esperar de la humanidad si se establecían unas relaciones generalizadas y fluidas con los espíritus de los difuntos. Los espíritus, opinaba el capitán Johns, accederían tranquilamente a asociarse con los vivos si no hubiera por parte de estos últimos una incredulidad tan insultante. Él mismo no quería tener nada que ver con gente que no creyera en su —la del capitán Johns— existencia.

Siguió respirando con fuerza junto a la bitácora y rascándose los omoplatos, para añadir después con voz pastosa y adormecida:

—¡La incredulidad, señor mío, es la peor lacra de nuestro tiempo!

Era la incredulidad la que rechazaba las pruebas del profesor Cranks y del periodista. Era capaz de resistirse hasta ante las mismas fotografías.

Y es que el capitán Johns estaba absolutamente convencido de que había espíritus que habían sido fotografiados. Había leído algo sobre ese asunto en la prensa. La idea de que se hubiese podido conseguir algo así había producido un tremendo impacto en su persona porque no tenía una mente crítica. Más tarde Bunter diría que no podía haber en este mundo nada más extraño que aquel

hombrecito vestido con aquel camisón de dormir tres tallas más grande, arrastrando los pies excitado bajo la luz de la luna, junto al timón y levantando el puño frente a un mar en calma.

—¡Fotografías! ¡Fotografías! —repetía una y otra vez con un tono tan agudo como una bisagra oxidada.

Hasta el mismo timonel que estaba a sus espaldas se sentía incómodo ante una actuación como aquélla, incapaz de comprender a qué venía «el escándalo que estaba organizando el viejo con el oficial al lado».

Johns se tranquilizaba unos instantes para volver a la carga inmediatamente:

—Hay algo que no puede mentir, y eso es la emulsión de una placa, no señor.

No había nada que pudiera ser más cómico que la absoluta convicción de aquel ridículo hombrecillo, su tono dogmático. Bunter se paseaba por la popa de un lado a otro, balanceándose como un péndulo lento y majestuoso. No dijo ni una palabra, pero el hombre, como ya he dicho, no se andaba con juegos en lo tocante a asuntos de conciencia, y tener que escuchar aquellas estúpidas historias sobre fantasmas, añadido a sus propias preocupaciones, lo estaba volviendo literalmente loco. Él mismo se daba cuenta de que había situaciones en las que se encontraba literalmente al borde de la locura, pues no podía evitar deleitarse con delirantes imágenes mentales en las que agarraba al capitán Johns del pescuezo y lo tiraba por la borda; ese tipo de cosas que cualquier marinero en su sano juicio sólo piensa en hacerle a un gato o a un animal. Se lo imaginaba flotando sobre el mar como una diminuta mancha oscura alejándose por la popa en medio de aquel océano iluminado por la luna.

No creo que ni siquiera en los peores momentos Bunter llegara a pensar seriamente en ahogar al capitán Johns. Supongo que todo lo que su desordenada imaginación ansiaba era que acabara cuanto antes toda aquella fantasmagórica charla de su patrón.

Fuera como fuera, se trataba de una peligrosa indulgencia consigo mismo. No hace falta más que imaginarse aquel barco en el océano Índico, en medio de una clara noche tropical con las velas hinchadas, el vigía de cubierta en otro lugar, y en la popa, iluminado por la luz de la luna, el oficial solemne caminando arriba y

abajo con pasos medidos y acompasados, guardando un terrible silencio, y a su lado aquella otra figura grotesca vestida de franela rayada con su irritante cháchara sobre «comunicaciones personales más allá de la tumba».

Sólo con pensar en el asunto se me ponen los pelos de punta. Y es que a veces hasta las locuras del capitán Johns podían parecer disfrazadas de un extraño utilitarismo. ¡Qué útil sería que los espíritus de los difuntos pudieran ser deliberadamente inclinados a tomarse un interés más activo en la vida de los vivos! ¡Qué gran ayuda resultaría, por ejemplo, para la policía, por poner un caso concreto, en la investigación de los crímenes! Fuera como fuera, es seguro que se reduciría el número de asesinatos, afirmaba con gesto astuto. A continuación se dejaba llevar por un desaliento grotesco.

¿Es que acaso tenía sentido alguno intentar comunicarse con gente que carecía por completo de fe y que lo más probable es que despreciara la información que se le ofrecía? Hasta los espíritus tenían sus sentimientos. En realidad se podría decir que en cierto modo eran *todo* sentimiento, pero le maravillaba la tolerancia que las víctimas mostraban hacia sus asesinos. Se trataba del tipo de aparición de la que ningún culpable se atrevería a burlarse nunca. Y hasta puede que los asesinos a los que no habían descubierto —creyeran o no— se sintieran perseguidos de pronto. Desde luego no se vanagloriarían de lo que habían hecho, ¿no?

—En cuanto a mí —añadía como si se tratara de una reivindicación malvada—, si alguien me asesinara, no permitiría que se olvidara. Haría que se consumiese... Lo aterrorizaría hasta la muerte.

Para el oficial negro la imagen de su patrón aterrorizando a alguien hasta la muerte era tan ridícula que, a pesar de estar tan poco dispuesto a la alegría, no pudo evitar que de pronto se le escapara una carcajada. Y fue aquella risa, la única señal de su interlocutor durante su largo y apasionado discurso, la que ofendió al capitán Johns.

—¿Me puede explicar la razón de esa risa tan presuntuosa, señor Bunter? —gruñó—. Le aseguro que muchas presencias sobrenaturales han acabado con el ánimo bien plantado de hombres mucho mejores que usted. ¿Es que no me concede que tenga bastante alma para hacer de fantasma?

Puede que fuera ese tono seco y desagradable el que provocara que finalmente Bunter se detuviera en seco y diera media vuelta.

—No me sorprendería —continuó el fanático del espiritismo— que fuese usted una de esas personas que no se preocupan por los hombres más de lo que se preocuparían por las bestias. Le veo a usted capaz hasta de negarle la condición de alma inmortal a su propio padre.

Bunter, aburrido ya en ese punto más allá de toda razón, e irritado por sus propios dilemas personales, perdió el control de sí mismo.

Avanzó hacia el capitán Johns, se inclinó un poco para mirarlo fijamente a la cara, y dijo en tono bajo, pero muy claro:

—No tiene usted ni idea de lo que es capaz de hacer un hombre como yo.

El capitán Johns echó la mirada hacia atrás, demasiado asombrado como para moverse. Bunter continuó con sus paseos y, durante un buen rato, los únicos sonidos que interrumpieron el silencio fueron el compás de sus pasos y el suave golpear del agua contra el casco del barco. A continuación el capitán Johns se aclaró la garganta, huyó hacia la escalerilla para mayor seguridad y se armó de valor para cobijarse bajo un acto de autoridad.

—Ice el puño de escota de estribor de la vela mayor y deje las vergas igualadas, señor Bunter, ¿no ve que tenemos el viento amurado a babor?

Bunter contestó de inmediato:

—Sí, señor.

En realidad no había ninguna necesidad de tocar las vergas y el viento era favorable. Mientras ejecutaba la orden, el capitán Johns estaba en la escalerilla murmurando para sí, aunque lo bastante alto como para que lo pudiera escuchar el timonel:

—Ahí va recorriendo la popa, como si se creyera un almirante, y ni siquiera se da cuenta de que había que orientar las vergas...

A continuación, descendió lentamente por la escalerilla y desapareció. Cuando llegó al último escalón se detuvo y pensó: «No es más que un desagradable canalla con todo ese aire de caballero. No quiero más oficiales que se crean caballeros».

Dos noches después de aquel episodio, estaba dormido tranquilamente en

su litera cuando, de pronto, escuchó un fuerte golpe justo sobre la cabeza (la señal convenida de que se le requería en cubierta) y saltó de la cama despejándose en el acto.

—¿Qué sucede? —murmuró mientras acudía descalzo al exterior. Cuando pasó junto a la cabina, le echó un vistazo al reloj. Era la mitad de la guardia. «¿Qué demonios querrá ahora de mí ese oficial?», pensó.

Cuando llegó a lo alto de la escalerilla, comprobó que la noche era tranquila, que brillaba la luna y que había una brisa fuerte y regular. Se dio la vuelta con aprensión. Exceptuando al timonel, no había nadie en cubierta, de modo que se dirigió directamente a él.

—Le he avisado yo, señor. He tenido que dejar un segundo el timón para avisarle. Creo que le ocurre algo malo al primer oficial.

—¿Adónde ha ido? —preguntó bruscamente el capitán.

El hombre estaba claramente nervioso y contestó:

—La última vez que lo vi fue cuando se cayó por la portilla de la escalerilla de popa.

—¿Que se ha caído por la escalerilla? ¿Cómo ha podido ocurrir eso? ¿Cómo se ha podido caer?

—No lo sé, señor. Estaba caminando por babor, y justo cuando se dio la vuelta hacia mí para regresar hacia popa...

—¿Usted lo vio? —preguntó el capitán.

—Sí, justo en ese momento lo estaba mirando. Y también escuché el golpe... Fue tremendo, como si se hubiese caído un palo mayor, como si algo lo golpeará.

El capitán Johns se empezó a sentir cada vez más alarmado e inquieto.

—¿Cómo puede ser? ¿Dices que alguien lo golpeó? ¿Qué es lo que has visto?

—Nada, señor, ¡que Dios me ayude! No había nada que ver. Dio un pequeño grito, extendió las manos hacia delante y se cayó... No pude escuchar nada más, lo único que hice fue soltar el timón para ir a avisarle.

—¡Tiene usted miedo! —dijo el capitán Johns.

—¡Lo tengo, señor, sin duda!

El capitán Johns permaneció observándolo un rato. El silencio del barco a medida que surcaba las aguas parecía contener en su interior una especie de misterio. Él mismo dudó si convenía ir en busca de su oficial en medio de las sombras de la cubierta principal, tan tranquila y silenciosa.

Lo que hizo al final fue asomarse al extremo de la cubierta de la popa y avisar a los hombres que estaban de guardia. Cuando aparecieron frente a él los adormilados marineros les gritó con furia:

—¿A la escalerilla de popa? ¿Está ahí el primer oficial?

Con exclamaciones de sorpresa le informaron al instante de que lo habían visto. Uno de ellos llegó a gritar presa del pánico:

—¡Está muerto!

Tumbaron al señor Bunter en su litera y cuando encendieron la lámpara del camarote daba efectivamente la impresión de que estaba muerto, pero era evidente que respiraba aún. Despertaron al camarero y llamaron al segundo oficial al que enviaron a cubierta para que se hiciera cargo del barco. El capitán Johns se dedicó durante más de una hora a tratar de que el herido recuperara la consciencia. Al final el señor Bunter volvió a abrir los ojos, pero no pudo hablar. Parecía estar aturdido e inerte. El camarero le vendó la herida que se había hecho en la cabeza mientras el capitán Johns sostenía una luz en alto. Le tuvieron que cortar una buena cantidad de pelo negro al señor Bunter para poder vendarle bien. Cuando hubieron terminado, y después de observar al paciente durante un rato, los dos hombres salieron de la cabina.

—Ha debido de ser el ron, camarero —dijo el capitán Johns cuando salieron al pasillo.

—Sí señor.

—Un hombre sereno no se cae como un saco de patatas por la escalerilla. Este barco es más seguro que una iglesia.

—Sí, señor, le habrá dado algún tipo de ataque, no me puedo imaginar qué

le ha pasado si no.

—Bueno, yo sí. No tiene mucha pinta ni de sufrir ataques ni de marearse fácilmente, vamos, que está en la flor de su juventud. Yo no habría elegido un oficial así si lo hubiese sabido. ¿Le parece que tal vez pueda tener una reserva privada de licor? ¿No lo cree? En ocasiones me ha dado la sensación de que se comportaba de una manera extraña. Y he observado también que tampoco come demasiado.

—Si tenía una botella de ron o dos en su camarote, eso debió de ser hace tiempo, porque lo vi tirar por la borda unos cristales rotos después de la última galerna que tuvimos, aunque eso puede muy bien no significar nada. Sea como sea, no se puede decir que el señor Bunter sea un bebedor.

—No —admitió pensativo el capitán. El camarero cerró la puerta de la despensa y aprovechó para intentar escabullirse por el pasillo pensando si le daría tiempo a dormir una hora más antes de que empezase su turno.

El capitán Johns negó con la cabeza.

—Aquí hay algún tipo de misterio.

—Ha sido providencial que no se partiera la cabeza como un huevo contra las britas de amarre, señor. Los hombres me han dicho que se ha librado por los pelos.

Y después de decir aquello, el camarero se esfumó con habilidad.

El capitán Johns se pasó el resto de la noche y todo el día siguiente entre su propia cabina y la del oficial.

Cuando se encontraba en su camarote se sentaba con las manos con las palmas abiertas sobre las rodillas, los labios fruncidos y las arrugas de la frente marcadas. De cuando en cuando levantaba lentamente un brazo, como con cautela, y se rascaba la cabeza calva. Durante aquellos días se acostumbró a ir al camarote del oficial y a pasar largos períodos de tiempo con la mano en los labios contemplando a aquel hombre semiinconsciente.

Pasaron tres días sin que el señor Bunter dijera una sola palabra. Miraba a la gente con cordura aparente, pero no parecía escuchar ninguna de las preguntas que se le hacían. Le cortaron el pelo un poco más y le envolvieron la cabeza con

paños húmedos. Comió un poco y se procuró que estuviera lo más cómodo que fuera posible. Durante la comida del tercer día el segundo oficial se dirigió al capitán refiriéndose al accidente:

—Esas chapas de metal medio redondeadas que hay en la escalerilla de popa son realmente peligrosas...

—¿Usted cree? —respondió amargamente el capitán Johns—. Hace falta algo más que una pequeña chapa para que un hombre en buena forma se derrumbe de esa manera, como si fuera un buey.

Al segundo oficial le impresionó el comentario. Y además no le faltaba algo de razón.

—¡Y más aún con buen tiempo y todo seco, y el barco más firme y seguro que una iglesia! —añadió ásperamente el capitán.

Como el capitán Johns respondía a todo con una extremada brusquedad, el segundo oficial no volvió a abrir la boca en toda la comida. El capitán Johns se sentía mortificado por aquel inocente comentario porque las chapas metálicas se habían realizado precisamente por sugerencia suya durante una travesía anterior, para mejorar el aspecto de la escalerilla de popa.

Durante el cuarto día Bunter pareció mejorar sensiblemente. Todavía estaba muy débil pero ya escuchaba y comprendía lo que le decían, y hasta fue capaz de articular unas palabras con tono quejumbroso.

El capitán Johns le observó con atención al entrar y sin demasiada simpatía.

—En fin, ¿podría explicarnos cómo fue su accidente, señor Bunter?

Bunter inclinó ligeramente la cabeza vendada y miró fijamente al capitán Johns como si tomara nota para recordar cada uno de sus rasgos; la frente amplia, la mirada crédula, la estúpida boca torcida. Lo hizo durante tanto tiempo que el capitán Johns acabó inquietándose y miró hacia la puerta por encima del hombro.

—No fue ningún accidente —dijo Bunter con un tono de voz de lo más particular.

—Espero que no esté sugiriendo con eso que es usted epiléptico —dijo el capitán Johns—. ¿Qué le parecería a usted haber firmado el contrato como primer

oficial teniendo esa enfermedad?

Bunter respondió con una mirada siniestra y el capitán arrastró ligeramente los pies.

—En ese caso, ¿cómo piensa usted que se cayó?

Bunter se incorporó un poco, miró fijamente a los ojos al capitán Johns y dijo con un claro susurro:

—¡Tenía... usted... razón!

Se tumbó y cerró los ojos. El capitán Johns no pudo sacarle ni una palabra más y, como el camarero estaba entrando en la habitación, se marchó.

Pero esa misma noche el capitán Johns abrió la puerta con cuidado y volvió a entrar en el camarote del oficial. Ya no podía esperar ni un minuto más. La impaciencia contenida, la enorme excitación que traslucía aquel furtivo y mezquino hombrecillo no le pasaron desapercibidas al primer oficial, que todavía estaba despierto en su litera en una terrible postración, perfectamente inmóvil.

—Supongo que vendrá a regodearse —dijo Bunter sin moverse, aunque claramente a la defensiva.

—¡Dios bendito! —exclamó el capitán Johns sobresaltado y adoptando una actitud formal—. ¡Aquí hay algo que decir!

—De acuerdo, regodéese. Entre usted y sus fantasmas han conseguido acabar con un hombre vivo.

Bunter dijo aquellas palabras sin emoción, en voz muy baja, apenas sin expresión.

—¿Me está diciendo —murmuró el capitán Johns casi temeroso— que esa noche tuvo usted una experiencia sobrenatural? ¿Vio usted una aparición a bordo de este barco?

Si no hubiese estado tapado por tantas vendas y algodones, lo más probable es que hubiesen sido visibles en el rostro del capitán Bunter toda su vergüenza y su malestar. Sus cejas de ébano parecían más siniestras que nunca entre toda aquella ropa blanca, y se juntaron con esfuerzo para decir:

—Sí, la tuve.

Su mirada era tan desdichada que sólo eso habría sido suficiente para despertar la compasión de cualquier otra persona que no fuera el capitán Johns, pero aquel hombre estaba ahogado de satisfacción. También estaba un poco asustado. Observaba a aquel incrédulo postrado en su lecho y ni por asomo se acercaba a adivinar la profunda humillación y la angustia que sentía. Por lo general, era poco dado a calibrar el sufrimiento ajeno. En aquella ocasión, además, le podía el ansia de saber lo que había sucedido. Fijó la mirada en aquella cabeza cubierta de vendas y le preguntó con un ligero temblor en la voz:

—¿Y eso fue... lo que le derribó?

—¡Vamos! ¿Me considera acaso un hombre al que pueda derribar un fantasma? —protestó Bunter con energía—. ¿No se acuerda de lo que usted mismo dijo la otra noche? Hombres mejores que yo... ¡Ja! Tendría que pasarse mucho tiempo buscando para mejorar al hombre que tiene como primer oficial en este barco.

El capitán Johns lo señaló solemnemente con el dedo.

—Estaba usted muerto de miedo —dijo—, lo que sucedió fue eso: que estaba usted muerto de miedo. Vamos, si hasta el timonel estaba asustado, y eso que ni siquiera llegó a ver nada. Usted ha sido castigado por su incredulidad, señor Bunter, estaba muerto de miedo.

—Supongamos que lo estaba —dijo Bunter—, ¿sabe usted lo que he visto? ¿Se puede hacer una idea del tipo de fantasma que se aparece a alguien como yo? ¿Le parece a usted que fue una visita de señoritas, un fantasma del tipo «sírname otra taza de té, por favor», como los que se aparecen ante el profesor Cranks y ese periodista del que siempre está hablando? No. Yo puedo decirle cómo era. Cada hombre tiene sus fantasmas, y no se puede ni imaginar...

Bunter se detuvo un instante sin aliento y el capitán Johns aprovechó para comentar con un brillo de satisfacción en la mirada:

—Siempre he pensado que usted era uno de esos hombres que están preparados para cualquier cosa. Tanto para un juego a cara o cruz como para un asesinato a sangre fría, como se suele decir. De modo que estaba usted muerto de miedo.

—Retrocedí —respondió Bunter secamente—, no recuerdo nada más.

—El timonel me aseguró que usted retrocedía como si algo le hubiese golpeado.

—Fue algo parecido a un golpe interior —explicó Bunter—, algo demasiado profundo para que lo pueda entender usted, capitán Johns. Su vida y la mía no son precisamente iguales. ¿No está satisfecho acaso de haberme convertido?

—¿Y no podría usted contarme algo más? —preguntó ansiosamente el capitán.

—No, no puedo, y no lo haré. No serviría de nada hacerlo. Es una de esas experiencias que conviene dejar pasar. Usted dice que he sido castigado; pues muy bien, en ese caso acepto mi castigo, pero no pienso hablar más de ello.

—Muy bien —dijo el capitán Johns—, en ese caso no hable de ello, pero piense que eso me obliga a sacar mis propias conclusiones.

—Saque las conclusiones que le parezca, pero tenga mucho cuidado con lo que dice, señor. Usted no me produce ningún miedo, no es usted un fantasma.

—Sólo una cosa. ¿Tiene algo que ver con lo que me comentó la otra noche cuando hablamos de espiritismo?

Bunter lo miró entre cansado y desconcertado:

—¿Qué dije?

—Me dijo que no sabía de lo que era capaz un hombre como usted.

—Sí, así es.

—Muy bien, en ese caso me considero vengado —comentó el capitán Johns—. Lo único que puede añadir es que me siento muy contento de no ser usted, aunque habría dado cualquier cosa por tener yo mismo el privilegio de una comunicación personal con los espíritus. Ya lo creo, aunque no de esa forma.

El señor Bunter emitió un gemido penoso.

—Me ha hecho sentir como si hubiese envejecido veinte años.

El capitán Johns se retiró sin decir más. Estaba feliz de ver a aquel canalla prepotente mordiendo el polvo gracias a la intercesión moralizante de los fantasmas. Todo aquel episodio era una especie de baño de orgullo y empezó a sentir una suerte de extraña gratitud hacia su primer oficial. Es cierto que en las siguientes entrevistas que tuvo con Bunter se mostró muy amable y cuidadoso. Parecía aferrarse a su capitán en busca de protección espiritual. Con frecuencia lo mandaba llamar y le decía:

—Estoy nervioso.

Y el capitán Johns permanecía durante horas en aquel pequeño camarote, orgulloso de que lo hubiera llamado.

El caso es que Bunter siguió enfermo y no pudo dejar la cama hasta muchos días después. Se convirtió en un espiritista convencido, aunque no entusiasta (nadie habría podido esperar de él semejante cosa), sí resuelta e inquebrantablemente convencido. No era tampoco un amigo de los descarnados habitantes de este mundo, como el capitán Johns, pero al menos sí era un firme y sombrío creyente.

Una de aquellas tardes, cuando el barco ya estaba orientado hacia el norte del Golfo de Bengala, el camarero llamó a la puerta del capitán y dijo sin abrir:

—El primer oficial me pregunta si podría usted dedicarle un momento, señor, parece muy angustiado.

El capitán Johns se levantó de un salto.

—Sí, dígame que voy enseguida.

Pensó para sí: «¿Será posible que esté teniendo una manifestación sobrenatural a plena luz del día?».

La simple esperanza de que estuviese ocurriendo algo así lo llenó de placer, pero no era exactamente eso de lo que se trataba. Aun así, el pobre Bunter, al que encontró medio desmayado en una silla —llevaba varios días levantándose, pero todavía no había llegado a subir a cubierta—, tenía algo sorprendente que contar. Se cubría la cara con las manos y estiraba las piernas en una postura retorcida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán Johns con cierta amabilidad, porque en el fondo siempre le agradaba ver a Bunter, como decía él, domesticado.

—¡Que qué ha pasado! —exclamó el hombre totalmente abatido a través de sus manos—. Ya pasa bastante, capitán Johns. ¿De qué forma se puede negar el horror, la realidad? En mi lugar otro hombre habría muerto en el acto. Usted quería saber lo que vi, y lo único que le puedo decir es que, desde que vi aquello, mi pelo está encaneciendo.

Bunter se apartó las manos de la cara y se quedaron colgando a cada lado de la silla, como si estuvieran muertas. Parecía destrozado en la penumbra del camarote.

—¿Cómo es eso? —balbució el capitán—. ¿Volviéndose blanco? Aguarde un instante que voy a encender la lámpara.

Cuando encendió la lámpara pudo por fin comprobar aquel sorprendente fenómeno a la perfección. Algo parecido a una bruma plateada parecía haberse apoderado de las mejillas y el pelo del oficial, como si el espanto, el horror y la angustia se hubiesen filtrado a través de cada poro de la piel. Su barba y su pelo corto crecían, si no grises, casi completamente blancos.

Cuando el señor Bunter regresó tambaleante a cubierta para volverse a hacer cargo de sus obligaciones iba totalmente afeitado y tenía el pelo blanco. Le temblaban las manos.

—Es un hombre distinto —se decían todos entre susurros, y todos acordaron que no había duda de que el oficial había «visto algo», todos menos el hombre que llevaba el timón aquella noche y que aseguraba una y otra vez que había sido «golpeado por algo».

La distinción no producía una diferencia muy reseñable. Todos coincidían también en afirmar que cuando recuperó el vigor sus movimientos parecían mucho más elegantes que antes.

Un día en Calcuta, el capitán Johns charlaba con su oficial de pelo blanco cuando señaló a un visitante que estaba junto a la escotilla principal y comentó como un oráculo:

—Ese hombre está en la flor de la juventud.

Como es lógico, mientras Bunter estaba de viaje, yo visitaba todos los sábados a la señora Bunter por si necesitaba cualquier cosa. Se daba por descontado que lo iba a hacer. Ella sólo contaba con la mitad de la paga para poder

sobrevivir, lo que apenas alcanzaba a una libra semanal. Había alquilado una tranquila habitación en la pequeña plaza del East End.

Aquella situación casi se podía describir como próspera si se consideraba el estado en el que había vivido la pareja —tenía constancia de ello— durante un tiempo cuando abandonó Bunter el comercio del Atlántico (tras perder a la vez el barco y la suerte iba de oficial a cualquier destino que se presentara). Se podía considerar próspera comparada con la época en la que Bunter desayunaba a las siete de la mañana un vaso de agua caliente y un trozo de pan duro. No es agradable recordar aquellos tiempos, sobre todo para quienes conocen a la señora Bunter. Yo también tuve oportunidad de tratarlos un poco en aquella época y siempre me estremece lo que aquella mujer tuvo que soportar durante aquellos años. ¡Más que suficiente!

La señora Bunter se empezó a preocupar mucho después de que el Sapphire pusiese rumbo a Calcuta. Me solía decir:

—Para Winston tiene que ser horrible.

Winston es el nombre de Bunter. Por mi parte intentaba reconfortarla de la mejor manera posible. A continuación empezó a dar clases particulares a unos niños. Pasaba la mitad del día con ellos y parecía sentarle bien estar ocupada.

En la primera carta que le llegó desde Calcuta Bunter le relató que se había caído por la escalerilla de popa y se había hecho un corte en la cabeza, pero que gracias a Dios no se había roto ningún hueso. Eso fue todo. Ella siguió recibiendo cartas de su marido pero a mí ese canalla de Bunter no me escribió ni una sola línea durante los nueve meses que duró su ausencia. Supuse, por tanto, que todo estaba en orden. ¿Cómo habría podido yo imaginar lo que estaba pasando?

Uno de aquellos días la señora Bunter recibió una carta de una firma de abogados de la City en la que se le informaba del fallecimiento de su tío, un gruñón corredor de bolsa ya retirado, una reliquia sin corazón que había durado milenios. Creo que tenía casi noventa años y si yo tuviera que darle la bienvenida a su respetable fantasma lo primero que haría sería agarrarle del pescuezo y estrangularle.

El viejo animal nunca le había perdonado a su sobrina que se casara con Bunter y muchos años después, cuando alguien le comentó que vivía en Londres y que casi estaba muriéndose de hambre a los cuarenta años de edad, él se limitó a

responder:

—Se lo merece, esa tontita...

Creo que en el fondo sentía el deseo de que muriese de hambre. Y quién lo iba a decir, ahora aquel viejo canalla había muerto sin hacer testamento y no tenía más parientes que la tontita. Los Bunter eran ricos de pronto.

Por supuesto la señora Bunter lloró como si se le fuera a partir el corazón. En cualquier otra mujer unas lágrimas como aquéllas habrían sido una hipocresía. Como es lógico quiso enviar un cable a Bunter con la noticia pensando que estaba en Calcuta, pero yo le enseñé con el *Gazette* en la mano que ya llevaba más de una semana en la lista de los que estaban rumbo a casa. Y así fue cómo nos sentamos a esperar día a día, hablando del querido Winston. Pasaron cien días hasta que el barco correo trajo la noticia de que el *Sapphire* estaba llegando sin novedad a la desembocadura del Canal.

—Voy a ir a recibirlo a Dunquerque —dijo ella, porque el *Sapphire* tenía que entregar una carta al duque de Dunquerque. Yo me ofrecí a escoltar a la señora en calidad de «ingenioso amigo». Todavía hoy me sigue llamando así, «nuestro ingenioso amigo», y he podido comprobar que muchas personas me observan atentamente tratando de encontrar, supongo, dónde se encuentra ese ingenio.

Después de dejar a la señora Bunter instalada en un buen hotel de Dunquerque fui al puerto —ya era última hora de la tarde— y me llevé una sorpresa enorme al comprobar que el barco ya estaba atracado en el muelle. Johns, o Bunter, o los dos, tenían que haber cruzado el Canal a la velocidad del rayo. Fuera como fuera el barco estaba allí desde el día anterior, y ya habían pagado a toda la tripulación. Me encontré a un par de grumetes de permiso que iban camino a casa con su equipaje en la carretilla de un francés, felices como dos pájaros, y les pregunté si el primer oficial estaba todavía a bordo.

—Está en el muelle vigilando los amarres —dijo uno de los jóvenes pasando a mi lado.

No es difícil imaginar la sorpresa que me llevé al ver su pelo canoso. Apenas acerté a decirle que su mujer le estaba esperando en el hotel de la ciudad. Me dejó al instante y subió a bordo a buscar su sombrero. Yo me quedé maravillado por la elegancia de sus movimientos cuando le vi subir por la pasarela.

El pretérito oficial negro había impresionado por su tranquilidad y la

extraña majestuosidad de su andar estando en la flor de la juventud, aquel hombre parecía el más maravilloso aviso de la vejez. No estoy diciendo que Bunter tuviese en ese momento más belleza que antes, lo único que marcaba abiertamente la diferencia era, en mi opinión, el color del pelo.

Algo parecido ocurría con los ojos. Aquellos ojos, que antes habían mirado siempre con tanta intensidad y dureza desde la poblada cara de bucanero rodeada de ese pelo negro, ahora tenían una especie de expresión casi infantil, un brillo inocente entre aquellas espesas cejas blancas.

Lo llevé directamente hasta la habitación de la señora Bunter. En cuanto hubo derramado unas cuantas lágrimas más por aquel viejo caníbal, y después de abrazar a Winston y pedirle que se dejara crecer de nuevo el bigote, la señora se sentó a sus pies en el sofá y yo empecé a preguntarle.

Se puso de pronto a recorrer la habitación agitando los brazos sumido en un descontrolado frenesí en el que despellejó a Johns.

—¿Qué si me caí? Claro que me caí, y justo cuando pisé una de sus estúpidas planchas metálicas. Os doy mi palabra que había recorrido esa popa cuando estaba a cargo del barco y ya no sabía si estaba en el océano Índico o en la luna. Enloquecí, mi cabeza no paraba de dar vueltas. Ya me había puesto la última aplicación de ese producto de tu maravilloso farmacéutico —dijo aquello dirigiéndose a mí—. Durante una galerna toda mi provisión de frascos se rompió. Estaba sacando ropa limpia para cambiarme cuando escuché el grito de «¡Todo el mundo a cubierta!» y salí dando un grito sin cerrar las cosas como debía. ¡Qué idiota! Cuando regresé y vi todo el destrozo casi me desmayo. No, mira... El engaño es algo malo, pero no es tan malo mantenerlo después de que nos hayamos visto obligados a engañar. Ya sabes que desde que me vi excluido de los paquebotes del Atlántico por hombres más jóvenes sólo a causa de mis canas... Tú sabes que no tenía oportunidad de conseguir un destino. No había nadie que me pudiera ayudar. Ella y yo hemos sido una pareja muy solitaria, ella lo ha dejado todo por mí, y tener que ver cómo se tenía que contentar con un trozo de pan duro...

Pegó un puñetazo tan fuerte sobre la mesa del hotel francés que casi la partió en dos.

—Por ella me he convertido en un pirata sanguinario, de modo que teñirme el pelo para que me dieran una litera no parecía un gran crimen. Así que cuando

llegaste con tu maravilloso producto cosmético...

Recuperó el control de sí mismo poco a poco.

—De verdad te lo digo; ese hombre hará una fortuna en cuanto se lo proponga. El producto es fantástico. Dile que ni siquiera le afecta la sal marina, dura tanto como el propio pelo.

—Está bien —dije—, continúa.

Volvió a arremeter contra Johns con tal furia que su mujer se asustó y yo me puse a reír hasta las lágrimas.

—Tú imagina lo que habría sido quedar a merced de la criatura más mezquina que haya capitaneado un barco... ¡Imagínate la vida que me habría dado ese maldito de Johns! Y yo estaba convencido de que en una semana o poco más el pelo blanco iba a empezar a aparecer. ¿Y la tripulación? ¿Te imaginas? Tener que pasar por un fraude delante de toda la marinería. ¡Menuda vida me esperaba hasta que llegáramos a Calcuta! Y cuando estuviésemos allí, me echarían, por supuesto. Con media paga. Annie se quedaría aquí, sola, sin un solo penique... muerta de hambre. Y yo sin un céntimo en el otro extremo de la Tierra. ¿Te das cuenta? Por un instante pensé en la posibilidad de afeitarme un par de veces al día, pero ¿es que me iba a afeitar también la cabeza? No tenía escapatoria, no la tenía de ninguna manera. Lo único que podía hacer era tirar a Johns por la borda y aun así... ¿Entiendes que aquella noche estuviera tan preocupado que no me diera cuenta ni de por dónde pisaba? Lo único que sentí fue la caída, luego el golpe y a continuación que todo se oscurecía. Cuando recuperé el conocimiento me di cuenta de que también se me había despertado el ingenio. Estaba tan harto de todo que durante un par de días ni siquiera me molesté en hablar con nadie. Todos pensaron que tenía una conmoción cerebral, luego la idea se fue apoderando de mí mientras contemplaba a aquel fanático de los fantasmas, a ese canalla estúpido. «De modo que te gustan los fantasmas —pensé—, pues muy bien, voy a darte algo del más allá». Ni siquiera me molesté en inventarme una historia, era incapaz de imaginarme un fantasma. Si lo hubiese intentado, seguro que no habría resultado convincente. Lo único que hice fue echarle el anzuelo. Ya sabes que él estaba convencido de que en algún momento de mi vida yo había asesinado a alguien y que...

—Ah, qué hombre más espantoso... —exclamó la señora Bunter desde el sofá. Hubo un pequeño silencio.

—¡Y por poco es él el que me mata a mí de aburrimiento en el viaje de vuelta! —prosiguió Bunter—. Me adoraba, estaba fascinado conmigo. Me había convertido para su causa, había tenido un episodio sobrenatural. ¿Sabes lo que ocurrió luego? Quería que celebrásemos juntos «una sesión», lo llamaba así, que intentáramos convocar al fantasma (el que me había dejado el pelo blanco, el fantasma de mi supuesta víctima) para charlar con él de forma amistosa. «Si no lo hace, Bunter —me dijo—, podrá aparecerse de nuevo en cualquier momento, cuando menos se lo espere. Podría tirarle por la borda o algo parecido. No estará usted a salvo hasta que no consigamos apaciguarlo de alguna manera en su mundo de espíritus». ¿Os podéis imaginar a un loco de esa categoría?

Yo no respondí nada, pero la señora Bunter sí lo hizo, y en un tono de lo más decidido.

—Winston, no quiero que vuelvas a subir nunca más a bordo de ese barco.

—Querida —respondió él—, aún tengo a bordo todas mis cosas.

—Ya no las necesitas, no debes ni acercarte a ese barco.

Él permaneció en silencio y luego entornó los ojos y añadió sonriendo levemente:

—El barco encantado.

—Tu último barco —añadí.

Nos lo llevamos de allí tal y como estaba en el tren nocturno. Estaba muy tranquilo, y cuando cruzamos el Canal, mientras estábamos los dos fumando en cubierta, se volvió hacia mí y susurró entre dientes:

—Nunca sabrá lo cerca que estuvo de salir volando por la borda...

Hablaba del capitán Johns. Yo no dije nada.

El capitán Johns, eso me dijeron, armó un buen escándalo ante la desaparición de su primer oficial, e hizo que la policía francesa buscara su cuerpo por todo el país. Supongo que al final su armador lo convenció de que se olvidara de toda aquella historia. Estoy convencido de que jamás entendió nada de aquel misterioso suceso.

Incluso a día de hoy todavía intenta (está jubilado y su conversación es un tanto deslavazada) relatar la historia del oficial negro que sirvió a sus órdenes, «un asesino con aires de caballero» y el pelo negro como ala de cuervo que encaneció súbitamente tras una aparición sobrenatural. Un fantasma vengador. Resulta un tanto complicado entender exactamente de qué está hablando cuando nombra todas aquellas escalerillas de popa, pelos blancos y negros. Y si su hermana se encuentra presente (sigue siendo una mujer muy enérgica), suele cortar el tema de raíz diciendo:

—No presten ninguna atención a lo que dice, tiene el cerebro lleno de demonios.

EL DUELO

I

A Napoleón I, cuya carrera fue un duelo contra toda Europa, no le gustaba que se batieran los oficiales de su ejército. El gran emperador militar no era un buen espadachín, ni sentía demasiado respeto por la tradición.

Sin embargo hubo un duelo que se convirtió en leyenda dentro de sus tropas y se mezcló con la épica de las guerras imperiales. Ante el asombro y la admiración de sus compañeros, dos oficiales, como dos artistas locos que intentan dorar el oro o embellecer lo perfecto, mantuvieron una disputa privada durante aquellos años de matanza universal. Eran oficiales de caballería y su relación con el espíritu alegre y caprichoso que lleva a los hombres a la guerra parecía particularmente apropiada para el caso. Sería difícil imaginar como héroes de esta historia, por ejemplo, a dos oficiales comunes de infantería, cuya fantasía suele aplacarse en las innumerables marchas y cuya valentía es necesariamente de una naturaleza más lenta. Imposible considerar también a dos artilleros o a dos ingenieros, cuyas cabezas habrían permanecido frías debido a su dieta matemática.

Los nombres de los oficiales eran Feraud y D'Hubert, y ambos eran tenientes en un regimiento de húsares, aunque no en el mismo regimiento.

Feraud realizaba tareas de cuartel, pero el teniente D'Hubert tenía la suerte de trabajar como *officier d'ordonnance*^[26] para el general que dirigía la *división*. Se encontraban en Estrasburgo, donde una importante y efectiva guarnición disfrutaba a pleno de un pequeño intervalo de paz. Ambos tenientes lo disfrutaban, a pesar de ser muy combativos; se trataba de ese momento de necesaria tranquilidad para afilar las espadas y limpiar los fusiles, una paz deseada por el corazón del soldado ya que no amenazaba el prestigio militar. Hay que añadir también que nadie creía que fuera real ni duradera.

En aquel contexto histórico, ideal para apreciar el ocio militar, y durante una hermosa tarde, el teniente D'Hubert se dirigió por la tranquila calle de un suburbio alegre hacia la morada del teniente Feraud, asentado en una casa particular que tenía un jardín al fondo y que pertenecía a una anciana soltera.

Una criada joven que llevaba puesto un traje alsaciano contestó rápidamente

la llamada a la puerta. El aspecto lozano de la muchacha y sus largas pestañas, que inclinó con recato al ver al alto oficial, hicieron que el teniente D'Hubert — vulnerable como era a las impresiones estéticas— relajara el gesto frío y severo que traía en el rostro. Al instante notó que la muchacha llevaba colgando del brazo un par de pantalones de húsar azules con banda roja.

—¿Se encuentra en casa el teniente Feraud? —preguntó con calma.

—¡Oh, no señor! Salió esta mañana, a las seis.

La bella criada intentó cerrar la puerta, pero el teniente D'Hubert detuvo el movimiento con una firmeza suave y se deslizó en el recibidor, haciendo sonar sus espuelas.

—¡Vamos, querida! ¿No querrá decirme que no ha estado en casa desde las seis de la mañana, verdad?

Al decirlo, el teniente D'Hubert abrió sin reparos la puerta que daba a una habitación tan cómoda y ordenada que sólo por su orden interno —por la forma de las botas, uniformes y utensilios militares— se convenció de que se trataba del cuarto del teniente Feraud. Comprobó también que el teniente efectivamente no estaba allí. La criada le había seguido con un gesto triunfante y levantó sus ojos cálidos para mirarle de frente.

—¡Mmmh! —dijo el teniente D'Hubert claramente decepcionado ya que había recorrido todas las casas en las que un teniente de húsares podía encontrarse una bonita tarde como aquella—. ¿De modo que ha salido? ¿Y sabe por casualidad, querida, a qué ha podido salir a las seis esta mañana?

—No —contestó ella rápidamente—, anoche regresó tarde y se puso a roncar. Lo oí cuando me levanté a las cinco. Luego se puso el uniforme más viejo que tenía y salió. De servicio, supongo.

—¿De servicio? ¡Nada de eso! —gritó D'Hubert—. Entérese, ángel mío, que salió a esa hora para batirse en duelo con un ciudadano.

La muchacha recibió la noticia sin el menor temblor en sus oscuras pestañas. Parecía obvio que las acciones del teniente Feraud quedaban, por lo general, fuera de cualquier discusión. Apenas levantó la mirada un instante con una sorpresa muda y por aquella falta de emoción el teniente D'Hubert concluyó que ella debía haber visto a Feraud en algún otro momento de la mañana. Echó una mirada

alrededor del cuarto.

—¡Vamos! —insistió con un tono de complicidad familiar—, ¿seguro que no se encuentra en algún otro cuarto de la casa?

Ella negó con la cabeza.

—¡Peor para él! —respondió el teniente D'Hubert, con un tono ansioso—, pero ha estado en la casa por la mañana.

La bella criada asintió suavemente.

—¡Estuvo! —exclamó D'Hubert—. Y volvió a salir, ¿verdad? ¿Para qué? ¿No podía quedarse tranquilo en casa? ¡Menudo loco! Querida...

La amabilidad innata del teniente D'Hubert y su gran sentido de la camaradería facilitaban su capacidad de observación. Cambió el tono por uno un poco más dulce e insinuante, y sin levantar la vista del pantalón de húsar que colgaba del brazo de la criada, intentó apelar a las molestias que resultaba evidentemente que ella se tomaba para hacer sentirse cómodo al teniente Feraud. Fue insistente y persuasivo. Utilizó su mirada más amable y delicada para provocar los efectos deseados. La ansiedad que mostraba por encontrar al teniente Feraud por su propio bien parecía tan honesta que al fin logró acabar con la resistencia a hablar de la muchacha aunque lastimosamente no tenía gran cosa que decir. Feraud había regresado a la casa un poco antes de las diez, se había dirigido a su habitación y se había arrojado sobre la cama para continuar durmiendo. Ella lo había oído roncar aún con más fuerzas que por la mañana hasta bien entrada la tarde. Entonces se levantó, se vistió con su mejor uniforme y salió. Eso era todo cuanto le podía decir.

Levantó los ojos y el teniente D'Hubert los observó incrédulo.

—Imposible. ¿Se fue a pasear por el pueblo con su mejor uniforme? Querida mía, ¿sabes que esta mañana atravesó a un civil con su espada? Lo atravesó limpiamente, como si fuera una liebre.

La bella muchacha escuchó la espantosa noticia sin ningún signo de angustia, pero apretó los labios pensativa.

—No está paseando por el pueblo —aclaró bajando el volumen—, ni nada parecido.

—La familia del civil está armando un gran escándalo —continuó el teniente D’Hubert—, y el general está furioso. Es una de las mejores familias del pueblo. Feraud al menos debería haberse quedado en casa...

—¿Qué hará el general con él? —preguntó ansiosa la muchacha.

—No creo que le corte la cabeza —se quejó el teniente D’Hubert—, pero su comportamiento ha sido realmente vergonzoso. Esta bravuconada le va a traer un montón de problemas.

—Pero no está paseando por el pueblo —insistió la criada murmurando tímidamente.

—¡Ya lo creo! Porque, ahora que lo pienso bien, no lo he visto en ningún lado. ¿Dónde demonios puede encontrarse?

—Se ha ido a hacer una visita —comentó por fin la criada tras un instante de silencio.

El teniente D’Hubert se alteró.

—¿¡Una visita!? ¿¡Una visita a una muchacha!? ¡Pero qué desfachatez! ¿Y usted cómo lo sabe, querida?

Sin disimular su desprecio como mujer ante la estupidez masculina, la bella criada le recordó que el teniente Feraud se había vestido con su mejor uniforme antes de salir.

—Se puso el dolmán más nuevo —agregó en un tono de voz que daba a entender que aquella conversación le estaba poniendo muy nerviosa y se dio la vuelta bruscamente.

El teniente D’Hubert, sin cuestionar la lógica de aquel razonamiento, notó que no le servía de mucho para avanzar en su misión oficial, y es que la búsqueda del teniente Feraud era de carácter oficial. No conocía a ninguna de las mujeres que aquel colega, que había herido a un hombre por la mañana, podría estar visitando por la tarde. Los dos jóvenes apenas se conocían. Indeciso, mordió uno de sus dedos enguantados.

—En una visita —exclamó—, ¡una visita al diablo!

De espaldas, y mientras doblaba los pantalones de húsar sobre una silla, la criada protestó con una risita como de enfado.

—¡Oh, no, por supuesto que no! Una visita a la señora de Lionne.

El teniente D'Hubert dejó escapar un silbido suave. La señora de Lionne era la esposa de un importante funcionario, tenía un salón muy conocido y pretensiones de elegancia y sensibilidad. El marido era un viejo civil, pero la clientela del salón era más bien joven y militar. El teniente D'Hubert había silbado no porque la idea de perseguir al teniente Feraud justo hasta aquel salón le resultara desagradable, sino porque había llegado a Estrasburgo un poco más tarde que el resto y aún no había tenido tiempo de ser presentado a la señora de Lionne. Se preguntó qué podía estar haciendo ese espadachín de Feraud allí. No tenía pinta de ser esa clase de hombre que...

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó el teniente D'Hubert.

La muchacha no tenía duda. Sin darse la vuelta, explicó que el cochero de los vecinos de la casa de al lado conocía al *maître d'hôtel* de la señora de Lionne. Así ella se mantenía informada. Estaba completamente segura. Y al dar esta confirmación, suspiró. Feraud solía ir allí casi todas las tardes.

—¡Ah, bueno! —exclamó D'Hubert con ironía. Su opinión sobre la señora de Lionne bajó varios puntos. El teniente Feraud no le parecía particularmente digno de la atención de una mujer con fama de elegante y sensible, pero no dijo nada. Al final todas eran iguales, más prácticas que románticas. De todas formas, el teniente D'Hubert prefirió no dejarse llevar por ese tipo de consideraciones.

—¡Por Dios! —pensó en voz alta—. El general va allí a veces. Si por casualidad se cruza con el teniente haciéndole guiños a la dama, ¡vaya un lío que se va a armar! Nuestro general no es una persona muy cortés, se lo aseguro.

—¡Entonces vaya, pronto! ¡No se quede de pie aquí ahora que le he dicho dónde encontrarlo! —gritó la muchacha con los ojos rojos.

—¡Muchas gracias, querida! No sé que habría hecho sin usted.

El teniente D'Hubert se marchó después de expresar su gratitud con un gesto ofensivo que primero fue rechazado con fuerza, y luego soportado con una indiferencia repentina, aunque más rigurosa aún.

Avanzó por las calles con una fanfarronería marcial, haciendo sonar y tintinear sus botas. No le preocupaba lo más mínimo tener que perseguir a un camarada hasta un salón en el que nadie lo conocía. El uniforme era su pasaporte. Su puesto como *officier d'ordonnance* a las órdenes del general lo hacía sentirse más seguro. Ahora que sabía dónde se encontraba al teniente Feraud, no tenía otra opción. Era una cuestión oficial.

La casa de la señora de Lionne tenía una apariencia imponente. Al abrir las puertas de una sala ancha con piso encerado, el criado gritó su nombre y se hizo a un lado para dejarle pasar. Aquel día había una recepción. Las damas llevaban sombreros grandes cargados con diferentes tipos de plumas. Sus cuerpos iban enfundados en vestidos blancos y ajustados que trepaban desde la punta de los zapatos de satén hasta las axilas, parecían cisnes fríos en un despliegue fabuloso de brazos y cuellos desnudos. Los hombres con los que conversaban, en cambio, iban excesivamente ataviados con trajes coloridos de cuellos altos hasta las orejas y fajas anchas en las cinturas. El teniente D'Hubert atravesó la sala imperturbable, se inclinó ante una de las formas de cisne que estaba reclinada en el sillón y pidió disculpas por semejante intromisión, sólo justificable por la urgencia extrema de la orden que debía comunicar a un compañero, el teniente Feraud. Propuso regresar en otro momento y presentarse de la manera acostumbrada, y pidió disculpas por interrumpir una conversación tan interesante...

Antes de que terminara de hablar, un brazo desnudo se extendió frente a él con una indiferencia cortés. Respetuoso, se llevó aquella mano a los labios y tomó nota mentalmente de que era una mano huesuda. La señora de Lionne era rubia, tenía la piel extremadamente fina y el rostro alargado.

—*C'est ça!* —dijo la mujer esbozando una sonrisa etérea que dejaba al descubierto una hilera de dientes grandes—. Vuelva esta noche a pedir perdón.

—No faltaré, señora.

Mientras tanto el teniente Feraud, que tenía un aspecto espléndido con su dolmán nuevo y sus botas perfectamente lustradas para la ocasión, estaba sentado en una silla pegada al sillón, con una mano apoyada en el muslo y retorciéndose con la otra el bigote. Ante la mirada evidente del teniente D'Hubert, se puso de pie sin apuro y lo siguió hasta el hueco de una de las ventanas.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó con una indiferencia extraordinaria. Al teniente D'Hubert le costó creer que el teniente Feraud, con aquella inocencia

espiritual y aquella sencillez intelectual, recordara la disputa de la mañana sin mostrar remordimientos ni el discernimiento racional de sus consecuencias. A pesar de que no recordaba bien cómo había nacido la pelea (había tenido su origen en un sitio donde se bebe cerveza y vino hasta la madrugada), no tenía ni la menor duda de que él era la parte ofendida. Dos amigos expertos en la materia habían sido sus testigos. Todo se había desarrollado según las reglas que regían aquel tipo de situaciones y era evidente que un duelo se disputaba con el propósito de que alguna de las partes resultara al menos herida, cuando no muerta al instante. Aquel civil había resultado herido. Era normal. El teniente Feraud estaba completamente tranquilo, pero el teniente D'Hubert interpretó esa tranquilidad como presunción y le contestó con energía:

—El general me ha enviado especialmente para darle la orden de que se dirija cuanto antes a su casa y se quede allí bajo arresto.

Entonces el sorprendido fue el teniente Feraud.

—¿Qué demonios me está diciendo? —murmuró débilmente, y quedó sumido en un asombro tan profundo que sólo atinó a seguir los movimientos del teniente D'Hubert.

Los dos oficiales —uno alto, con facciones elegantes y el bigote del color del trigo maduro, y el otro más bajo y robusto, con una nariz aguileña y una cabellera negra, gruesa y rizada— se acercaron a la señora de la casa para despedirse. La señora de Lionne, una mujer de gusto bastante ecléctico, esbozó una sonrisa a los oficiales con una impresión neutral, pero un interés equivalente por ambos. La señora de Lionne sabía disfrutar de la infinita variedad de la especie humana. Todos los ojos del salón acompañaron la retirada de los oficiales y cuando al fin hubieron salido, uno o dos hombres, que habían oído antes algo sobre el duelo, repartieron la información entre las damas que parecían cisnes, quienes la recibieron con pequeñas expresiones de preocupación por la humanidad.

Mientras los dos húsares se alejaban caminando uno junto al otro. El teniente Feraud buscaba la razón oculta de los hechos, que en esta instancia aún no llegaba a comprender, y el teniente D'Hubert se sentía incómodo con el papel que se veía obligado a desempeñar, porque la instrucción del general había sido que corroborara personalmente que el teniente Feraud cumpliera sus órdenes al pie de la letra y de inmediato.

«Parece que el jefe conoce bien a este animal», pensó mirando a su

compañero cuyo rostro ovalado, ojos almendrados y hasta el pequeño bigote negro, retorcido y levantado parecían animados por una exasperación mental hacia todo lo que no se pudiera comprender. En voz alta dijo, casi como un reproche:

—El general está enfurecido con usted.

El teniente Feraud se detuvo de golpe al borde de la calle y gritó con un tono de inconfundible honestidad:

—Pero ¿por qué demonios?

La inocencia de su apasionado espíritu gascón se hizo evidente en el modo en el que se tomó la cabeza con las manos como si quisiera evitar que explotara por la confusión.

—Por el duelo —dijo el teniente D’Hubert secamente. Le molestan muchísimo este tipo de bromas.

—¡El duelo! El...

El teniente Feraud pasaba de una exaltación a otra. Dejó caer las manos y continuó caminando muy despacio, intentando acomodar aquella información con sus propios sentimientos. Era imposible. Saltó indignado:

—¿Acaso se supone que debía dejar que ese comedor de chucrut se limpiara las botas con mi traje del Séptimo Regimiento de los Húsares?

El teniente D’Hubert no pudo mantenerse incólume ante aquel sentimiento. Pensó que ese joven colega era un lunático, pero que aun así tenía un punto.

—Por supuesto, ignoro hasta qué punto estaban justificadas sus acciones —comenzó, conciliador—, y es posible que ni siquiera el general haya sido correctamente informado al respecto. La familia del civil ha conseguido enloquecerle con sus lamentos.

—¡Ah! ¡El general no ha sido correctamente informado! —rezongó el teniente Feraud y comenzó a caminar cada vez más rápido, empujado por la cólera que le despertaba aquella injusticia del destino—. No ha sido correctamente... ¡y ordena mi arresto! Sólo Dios sabe qué vendrá después.

—No se excite tanto —le reprochó el otro—, es una familia muy influyente,

usted lo sabe, y la cosa ya tiene mal aspecto. El general debió atender sus quejas de inmediato. No creo que tenga intenciones de ser más severo de lo habitual con usted, pero lo mejor que puede hacer es mantenerse un tiempo alejado.

—En ese caso parece que no tengo más opción que estar agradecido al general, —murmuró entre dientes Feraud— y supongo que también considera que debo agradecerle a usted el que se haya tomado tantas molestias para buscarme hasta en el salón de una dama que...

—Francamente —le interrumpió D'Hubert con una inocente sonrisa—, creo que debería hacerlo. Me ha llevado un rato descubrir dónde estaba y no me parece el sitio más indicado para entretenerse dadas las circunstancias. Si el general le hubiera encontrado allí haciéndole guiños a la diosa del templo... ¡se lo prometo! Odia que lo molesten con quejas sobre sus oficiales, ya lo sabe usted, y este caso tenía todo el aspecto de ser una bravuconada.

Los dos oficiales habían llegado hasta la puerta de la casa en la que se quedaba el teniente Feraud, quien se dio la vuelta hacia su compañero:

—Teniente D'Hubert —señaló—, debo confesarle algo que no puede ser dicho en la calle. No puede negarse a entrar.

La bella criada había abierto la puerta. El teniente Feraud pasó a su lado bruscamente y ella levantó una mirada asustada e inquisitiva hacia el teniente D'Hubert, que apenas se limitó a encoger los hombros mientras avanzaba con marcada reticencia.

Una vez en el cuarto, el teniente Feraud desenganchó el broche y arrojó el dolmán nuevo sobre la cama, cruzó los brazos a la altura del pecho y se dio la vuelta hacia el otro húsar.

—¿A usted le parece que soy ese tipo de hombres que aceptan la injusticia con sumisión? —preguntó con un tono embravecido.

—¡Oh, por favor, sea razonable! —le regañó el teniente D'Hubert.

—¡Soy razonable! ¡Eso es justamente lo que soy! —replicó con una moderación ominosa—. No puedo pedirle al general que me de explicaciones por su comportamiento, pero sí puedo pedírselas a usted.

—No pienso escuchar estas estupideces —murmuró el teniente D'Hubert

haciendo un pequeño gesto de desprecio.

—¿Esto le parece una estupidez? A mí me parece un planteamiento de lo más razonable, a menos que no entienda usted francés.

—¿Qué diablos está insinuando?

—Lo que quiero decir —gritó de pronto el teniente Feraud— es que la próxima vez que usted me interrumpa cuando estoy con una dama sólo por órdenes del general, le cortaré las orejas.

Después de aquellas enloquecidas palabras quedó flotando un silencio profundo y el teniente D'Hubert alcanzó a oír, del otro lado de la ventana abierta, el canto sereno de los pajaritos en el jardín. Tratando de mantener la calma dijo:

—Si me habla en ese tono, voy a tener que ponerme a su disposición para resolver este asunto cuando quede en libertad, aunque tengo mis dudas de que llegue usted a cortarme las orejas.

—¡Lo voy a resolver de inmediato! —declaró el teniente Feraud agresivo—. Y si está considerando la posibilidad de desplegar sus aires y sus gracias esta noche en el salón de la señora de Lionne, está terriblemente equivocado.

—Usted... —dijo el teniente D'Hubert comenzando a irritarse— es un colega de lo más intratable. El general me ordenó que lo pusiera bajo arresto, no que le cortara en pedazos. ¡Que tenga un buen día! —Y se dirigió a la puerta dándole la espalda al joven gascón quien, siempre moderado para beber, había nacido más bien intoxicado por la luz de su país de vinos maduros al norte, y aunque sabía aguantar la bebida, era de una naturaleza sobria debido al cielo lluvioso de la Picardía.^[27] Al oír a sus espaldas el sonido inconfundible de una espada siendo desenvainada, no le quedó más opción que detenerse.

«Que Dios se lleve a este loco bien al sur», pensó mientras se daba la vuelta rápidamente y controlaba la postura de ataque del teniente Feraud, que sostenía su espada desnuda en la mano.

—¡Hagámoslo ahora mismo, ahora mismo! —gritó Feraud a su lado.

—Ya le he dicho lo que pienso —contestó el otro sin perder la calma.

Al principio se había sentido irritado, y de alguna manera también un poco

divertido, pero ahora su rostro se ensombreció. Se preguntaba seriamente cómo podía escapar de aquella situación. Era imposible evitar a un hombre con una espada, y la posibilidad de combatir contra él parecía fuera de discusión. Esperó un momento y entonces dijo exactamente lo que sentía:

—¡Suelte la espalda! No me batiré con usted. No caeré en el ridículo.

—Ah, ¿no lo hará? —murmuró el gascón—. Entonces prefiere la deshonra. ¡La deshonra! ¡La deshonra! —dijo con un alarido mientras levantaba y volvía a bajar talones con la cara enrojecida.

El teniente D'Hubert, en cambio, quedó pálido un momento ante el sonido de aquella palabra tan desagradable, luego se ruborizó también él hasta la raíz de su pelo rubio.

—¡Usted no puede salir a batirse en duelo porque está bajo arresto, desquiciado! —estalló con un desprecio furioso.

—Tenemos el jardín, es lo bastante grande como para que quepa su largo esqueleto tumbado en el suelo —farfulló el otro con tanto carácter que alimentó la furia del hombre que había permanecido más frío.

—¡Esto es completamente absurdo! —dijo aliviado porque había encontrado la manera de evitar el asunto por el momento—. Jamás conseguiremos que un camarada salga como testigo. Es ridículo.

—¡Testigos! ¡Me importan un comino los testigos! No necesitamos testigos. No se preocupe por los testigos, avisaré a sus amigos cuando haya terminado con usted para que vengan a recoger el cuerpo, y si tanto le preocupan los testigos, le diré a la vieja de la casa que saque la cabeza por la ventana trasera. ¡Espere! También está el jardinero, con él será suficiente. Está más sordo que una tapia, pero tiene los ojos bien puestos. ¡Vamos! Le enseñaré a usted, oficial de recados, que llevar las órdenes de un general no es juego de niños.

Mientras largaba todo aquel discurso se desabrochaba la vaina vacía, luego la arrojó debajo de la cama y, bajando un poco la punta de la espada, empujó al atónito teniente D'Hubert diciendo:

—¡Sígame!

Ni bien abrió de golpe la puerta se escuchó el grito débil de la criada, que

había estado oyendo todo del otro lado. Se cubrió los ojos con las palmas de las manos y se alejó un poco tambaleando. Al parecer Feraud ni siquiera la vio, pero ella lo siguió corriendo y le agarró del brazo izquierdo. Él sacudió el brazo para apartarla y entonces ella se arrojó sobre el teniente D'Hubert y le arañó la manga del uniforme.

—¡Miserable! —dijo entre sollozos—. ¿Para esto quería encontrarlo?

—¡Suélteme! —le pidió el teniente D'Hubert mientras intentaba sacársela de encima con gentileza—. Esto se parece a un manicomio —protestó impaciente—, ¡suélteme por favor! No le voy a hacer ningún daño.

Feraud soltó una risita diabólica como respuesta.

—¡Venga ya! —gritó dando un pisotón en el suelo.

Y el teniente D'Hubert lo siguió. No tenía otra opción. Pero para defender su cordura es necesario aclarar que, mientras atravesaba el vestíbulo, la idea de abrir la puerta que daba a la calle y salir sin más cruzó por la cabeza de este valiente joven, sólo para ser rechazada de inmediato porque estaba seguro de que el otro lo habría perseguido sin vergüenza ni reparos, y la imagen de un oficial de húsares perseguido en la calle por otro oficial de húsares empuñando una espada desenvainada era completamente inaceptable. Así pues, lo siguió hasta el jardín. La muchacha venía tambaleándose unos pasos por detrás. Con los labios grises y los ojos enloquecidos por el miedo, se entregó a la curiosidad con espanto. Tenía la vaga idea de interponerse entre el teniente Feraud y la muerte si era necesario.

El jardinero sordo, sin percibir los pasos que se acercaban, continuó regando sus plantas hasta que el teniente Feraud le dio una fuerte palmada en la espalda. El pobre viejo, al descubrir de golpe a un hombre enfurecido empuñando un gran sable, dejó caer la regadera temblando. El teniente Feraud la alejó de una patada con aversión, agarró del cuello al jardinero y lo empujó de espaldas contra un árbol. Lo retuvo allí gritándole al oído:

—¡Quédese aquí y mire! ¿Entiende? Debe mirar. ¡No se atreva a moverse de aquí!

El teniente D'Hubert se acercó caminando lentamente por el sendero mientras se desabrochaba el dolmán sin disimular el disgusto y aun entonces, con la mano en la empuñadura de su espada, dudó un poco más hasta que gritó:

—*En garde, fichtre!* ¿Para qué ha venido? —Y el apuro de su adversario lo obligó a tomar rápidamente una posición defensiva.

El sonido del choque de las espadas inundó el coqueto jardín, que hasta entonces no había conocido ruido más bélico que el tintineo de las tijeras, y por la ventana de arriba se vio aparecer la parte superior del cuerpo de una vieja. Levantó los brazos sobre su gorra blanca y se puso a regañar con la voz quebrada. El jardinero seguía pegado al tronco del árbol con la boca sin dientes abierta en una mueca de estúpido asombro y la hermosa muchacha, un poco más alejada sobre el sendero, daba unos pasos hacia aquí y otros hacia allí retorciéndose las manos y murmurando trastornada como si estuviera hechizada frente a un pequeño arbusto de hierba. No se interpuso entre los duelistas: las embestidas del teniente Feraud eran tan violentas que su corazón comenzó a titubear. El teniente D'Hubert tenía toda su concentración puesta en la defensa y recurría a todas sus habilidades y conocimientos sobre el manejo de la espada para detener los ataques de su adversario. Dos veces se vio obligado a abrirse camino. Le molestaba sentirse inseguro en su punto de apoyo debido a la gravilla del sendero que se deslizaba bajo las duras suelas de sus botas. Es la superficie más inadecuada, pensó sin apartar la mirada atenta y fija bajo sus pestañas del gesto exaltado de su rollizo adversario. La absurdidad de aquel asunto iba a arruinar su reputación de oficial razonable, con buena conducta y una carrera prometidora. Cualquiera que fuera el resultado se iba a resentir su futuro inmediato y le iba a hacer perder la predilección del general. Sin duda aquellas preocupaciones frívolas estaban fuera de lugar dada la solemnidad de la situación. Un duelo, ya sea que se lo considere un rito dentro del culto al honor o que se lo reduzca a su esencia moral como un deporte masculino, exige una firmeza extrema en el propósito y cierta austeridad homicida en el estado de ánimo. Por otra parte, aquella viva preocupación por su futuro no tuvo malos efectos ya que aumentó el enfado del teniente D'Hubert. Habían pasado setenta segundos desde que habían chocado las espadas por primera vez y el teniente D'Hubert tuvo que volver a ceder terreno para evitar empalar a su imprudente adversario como si fuera un escarabajo en una vitrina de insectos. El teniente Feraud malinterpretó ese gesto y, con una especie de gruñido triunfal, aumentó su ataque.

«Esta bestia furiosa me va a arrinconar contra el muro», pensó el teniente D'Hubert. Se imaginaba más cerca de la casa de lo que estaba en realidad, y no se animaba a girar la cabeza; le parecía que mantenía alejado a su adversario más con la mirada que con la punta de la espada. El teniente Feraud se agachaba y daba saltos con la agilidad de un tigre feroz, hábil para asustar hasta al corazón más fuerte, pero aún más espantosa que la furia de un animal salvaje, que cumple con

inocencia su función natural, es la fijación de una resolución violenta que sólo los hombres son capaces de sostener. El teniente D'Hubert lo comprendió por fin, en medio de aquella nebulosa de preocupaciones frívolas. Se veía inmiscuido en un asunto absurdo y dañino, y cualquiera que fuera la estúpida intención que el colega tenía al principio, quedaba claro que ahora estaba determinado nada menos que a matar, y lo deseaba con un nivel de intensidad superior a las facultades de un tigre.

Como suele sucederle a los valientes por naturaleza, al teniente D'Hubert lo atrajo la visión última del peligro y, en cuanto se sintió realmente interesado, la extensión de su brazo y la frialdad de sus pensamientos se volvieron a su favor. Fue el turno del teniente Feraud de retroceder con un gruñido espeluznante de ira. Hizo un rápido movimiento para esquivarlo y luego se arrojó con fuerza hacia delante.

«¡Ah! ¡Conque estás dispuesto, ¿no es así?! ¡Estás dispuesto!», pensó el teniente D'Hubert. Más allá de las razones de la disputa, el duelo había durado casi dos minutos, tiempo suficiente para que cualquiera de los hombres resultara herido, pero de pronto todo acabó. Al intentar un acercamiento pecho a pecho por debajo de la guardia de su adversario, el teniente Feraud recibió un tajo en el brazo más corto. Al principio no lo notó, pero disminuyó su empuje, los pies resbalaron en la gravilla y se cayó de espaldas con vehemencia. El golpe sacudió sus pensamientos revueltos hasta imponer la quietud perfecta de la indiferencia. En el mismo instante de su caída, la bella criada emitió un chillido, pero la vieja asomada por la ventana dejó de regañar y comenzó a santiguarse piadosamente.

Al ver a su adversario con la cara hacia arriba, tumbado en el suelo y sin moverse, el teniente D'Hubert creyó que lo había matado. Durante un rato tuvo la sensación de haberlo lastimado con la fuerza suficiente como para cortar a un hombre por la mitad, un recuerdo exagerado de la buena voluntad que había puesto en el golpe. Rápidamente se puso de rodillas junto al cuerpo abatido, pero al descubrir que el brazo ni siquiera estaba roto un pequeño sentimiento de desilusión se mezcló a la sensación de alivio. Aquel colega se merecía lo peor, pero él en realidad no quería la muerte de un pobre pecador. El asunto ya tenía suficiente mal aspecto así como estaba, por lo que el teniente D'Hubert se puso de inmediato a la tarea de detener la hemorragia, pero el destino quiso que fuera ridículamente interrumpido por la bella criada. Lo atacó por la espalda rasgando el aire con gritos de espanto, enredó los dedos en el pelo de él y le tiró la cabeza hacia atrás. D'Hubert no entendía por qué ella elegía interrumpirlo justo en ese momento pero tampoco lo pensó demasiado. Parecía un sueño retorcido y

tortuoso. Dos veces debió levantarse y echarla a un lado para evitar que lo detuviera. Lo hizo con estoicismo; sin pronunciar una sola palabra, volvió a clavar la rodilla en el suelo para continuar su tarea, pero la tercera vez, cuando al fin terminó su trabajo, la cogió y la sostuvo con los brazos pegados al cuerpo. Tenía la gorra medio caída, la cara enrojecida y los ojos ardiendo por una especie de audacia enajenada. Miró con dulzura dentro de aquellos ojos, mientras la muchacha lo llamaba infeliz, traidor y asesino repetidas veces, y aquello no le molestó tanto como la certeza de que había logrado arañarle la cara varias veces. Al escándalo que era todo aquel asunto, ahora había que sumarle el ridículo. Se imaginó cómo correría esta historia por la guarnición en la ciudad y por todo el ejército de la frontera, una versión deformada por todo tipo de falsedades sobre los motivos, las intenciones o las circunstancias, que ensuciaría la pureza de su conducta y la excelencia de su gusto, hasta llegar a los oídos de su honorable familia. Para ese Feraud, en cambio, estaba todo bien, ya que no tenía contactos importantes, ni familia a la que proteger, ni ninguna otra cualidad aparte del coraje, algo que de todos modos se conseguía sólo con el tiempo, todos los soldados de la caballería francesa lo habían poseído alguna vez. Sujetando los brazos de la muchacha con un apretón fuerte, el teniente D'Hubert miró por encima de su hombro. El teniente Feraud había abierto los ojos. No se movía. Miraba el cielo de la tarde sin ninguna expresión en la cara, como un hombre que se despierta de un sueño profundo.

El grito urgente del teniente D'Hubert al jardinero no provocó ningún efecto, ni siquiera logró hacerle cerrar la boca sin dientes. Entonces recordó que el tipo estaba más sordo que una tapia. Mientras tanto, la muchacha continuaba retorciéndose, no con la timidez de una doncella, sino con una furia muda y agraciada, y pateándole las canillas de vez en cuando. Continuó sujetándola como a un tornillo, aunque su instinto le decía que, si la soltaba, ella se rendiría a sus ojos. De todas formas D'Hubert se sentía inmensamente humillado por el lugar que ocupaba en todo este asunto. Al fin la muchacha se dio por vencida. Temió que se sintiera más agotada que tranquila. Por lo que intentó salir de aquel sueño retorcido a través de la negociación.

—Escúchame —dijo lo más calmado posible—, ¿me prometes que irás a buscar al cirujano si te suelto?

Con verdadera tristeza la oyó decir que no lo haría. Por el contrario, sollozando dijo que pensaba quedarse en el jardín y luchar con uñas y dientes para proteger al hombre vencido. Aquello era un escándalo.

—¡Pero querida! —gritó desesperado—, ¿de veras crees que soy capaz de matar a un adversario cuando está herido? Quédate quieta, pequeña salvaje, ¡quieta un momento!

Lucharon un momento más. Hasta que una voz gruesa y somnolienta sonó detrás suyo.

—¿Qué quiere con la muchacha?

El teniente Feraud se había puesto de pie apoyándose en su brazo sano. Miraba con pesadez su otro brazo, la mancha de sangre en su uniforme, el pequeño charco en el suelo y su sable, a medio metro de distancia. Luego se volvió a recostar muy despacio para reflexionar sobre lo ocurrido, si aquel tremendo dolor de cabeza le permitía realizar algún tipo actividad mental. El teniente D'Hubert soltó a la muchacha, que se agachó de inmediato junto al otro teniente. Comenzaban a caer las sombras de la noche sobre el cuidado jardín y sobre el conmovedor grupo, del cual salían breves murmullos de tristeza y compasión mezclados a otros sonidos de distintas naturalezas, como si un enfermo medio despierto intentara realizar un juramento. El teniente D'Hubert se marchó.

Atravesó la casa en silencio y agradeció la penumbra que ocultaba sus manos ensangrentadas y su cara arañada a los transeúntes. Pero aquella historia no podría taparse de ninguna manera. Lo que más temía era el descrédito y el ridículo, y fue dolorosamente consciente de que se estaba escabullendo por los callejuelas como si fuera un asesino. De pronto el sonido de una flauta, que salía de una ventana abierta e iluminada en el primer piso de una casa modesta, interrumpió aquellos pensamientos lúgubres. Había un virtuosismo perseverante en la ejecución, y a través de las *fioritures* del tono se podían oír los golpes regulares de un pie contra el suelo.

El teniente D'Hubert gritó el nombre del cirujano del ejército, al que conocía bastante bien. El sonido de la flauta se interrumpió y el músico apareció en la ventana dando la cara a la calle con el instrumento aún en la mano.

—¿Quién es? ¿D'Hubert? ¿Qué le trae por aquí?

No le gustaba que lo molestaran cuando estaba tocando la flauta. Era un hombre que había encanecido mientras realizaba la ingrata tarea de atar vendas en el mismo sitio donde otros alcanzaban la gloria y las promociones, en el campo de batalla.

—Necesito que vaya de inmediato a ver a Feraud. ¿Conoce al teniente Feraud? Vive al final de la segunda calle. Apenas a un minuto de aquí.

—¿Qué le ha sucedido?

—Está herido.

—¿En serio?

—¡En serio! —gritó D'Hubert—. Vengo de allí.

—Qué entretenido —dijo el viejo cirujano. «Entretenido» era su palabra favorita, aunque la expresión en su rostro cada vez que la decía no se correspondía con su significado. Era un hombre imperturbable—. ¡Entre! —agregó—. Estaré listo en un momento.

—Gracias. Quisiera lavarme las manos.

El teniente D'Hubert encontró al cirujano desarmando las partes de su flauta y guardándolas metódicamente en una caja. Volteó la cabeza.

—El agua está allí, en la esquina. Usted sí que tiene las manos sucias.

—Detuve la hemorragia —dijo el teniente D'Hubert—, pero debería darse prisa. Sucedió hace más de diez minutos.

El cirujano no aceleró sus movimientos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se le han caído las vendas? Muy entretenido. Estuve todo el día en el hospital, pero alguien me dijo esta mañana que salió ileso del embate.

—Probablemente no se deba al mismo duelo —gruñó el teniente D'Hubert mientras se secaba las manos con una toalla áspera.

—No el mismo... ¿Qué? ¿Otro? Tendría que ser contra el diablo en persona para que yo me batiera en duelo dos veces en un mismo día. —El cirujano miró detenidamente al teniente D'Hubert—. ¿Y usted por qué tiene la cara llena de arañazos? En los dos lados y de forma simétrica, además. Muy entretenido.

—¡Muy entretenido, sí! —rugió el teniente D'Hubert—. Encontrará que el

corte en su brazo es muy entretenido también. Los mantendrá a los dos muy entretenidos por un buen tiempo.

El cirujano quedó desconcertado y perplejo por el brusco rencor en el tono del teniente D'Hubert. Salieron juntos de la casa y en la calle el desconcierto por su conducta fue aún mayor.

—¿No viene conmigo? —preguntó.

—No —dijo D'Hubert—, usted puede llegar sólo hasta la casa. Probablemente la puerta siga abierta.

—Bueno. Pero ¿cuál es su cuarto?

—El de la planta baja. Aunque será mejor que vaya directamente hasta el jardín.

Aquel detalle tan particular empujó al cirujano, quien se fue de inmediato sin oír nada más. El teniente D'Hubert regresó a su casa con una indignación acalorada y perturbadora. Temía las bromas de sus camaradas casi tanto como la ira de sus superiores. La verdad era demasiado confusa y grotesca, incluso si se dejaba de lado la irregularidad del duelo —que lo acercaba peligrosamente a un delito criminal—. Como todos los hombres de poca imaginación, habilidad que alimenta al pensamiento reflexivo, el teniente D'Hubert se sentía terriblemente acosado por los aspectos obvios del dilema. Sin dudas estaba orgulloso de no haber matado al teniente Feraud sin respetar las reglas y sin los testigos adecuados para tales situaciones. Extraordinariamente orgulloso. Pero al mismo tiempo sentía que le habría encantado retorcerle el cuello sin miramientos.

Oscilaba entre aquellos sentimientos contradictorios cuando el cirujano y flautista *amateur* lo fue a visitar. Habían pasado más de tres días. El teniente D'Hubert había dejado de ser *officier d'ordonnance* del general. Lo habían enviado de regreso a su regimiento. Y estaba reanudando su relación con la gran familia militar de los soldados a través de un confinamiento estricto, no en su propia casa en la ciudad sino en una habitación del cuartel. Debido a la gravedad del incidente, no podía ver a nadie. No sabía qué había ocurrido, cuáles eran los rumores ni lo que pensaban los demás. La visita del cirujano fue una gran sorpresa para el preocupado cautivo. El flautista *amateur* comenzó por explicarle que estaba allí sólo por un favor especial al general.

—Le comenté que lo más justo sería darle información precisa sobre el

estado de su adversario —continuó—; le alegrará saber que está mejorando rápidamente.

La cara del teniente D'Hubert no mostró ninguno de los gestos convencionales de alegría. Continuó caminando por la habitación.

—Siéntese, doctor —dijo entre dientes.

El cirujano se sentó.

—El asunto está siendo interpretado de diferentes maneras, tanto en la ciudad como dentro del ejército. De hecho, es muy entretenido oír la variedad de las opiniones.

—¿De veras? —murmuró el teniente D'Hubert caminando de una pared a la otra. Le sorprendía que hubiera más de una opinión al respecto. El cirujano continuó.

—Por supuesto, como no se conocen los hechos reales...

—Pensé —interrumpió D'Hubert— que mi colega le había comentado a usted cuáles habían sido los hechos.

—Algo llegó a comentar —admitió el otro— la primera vez que lo vi. Dicho sea de paso, lo encontré en el jardín, pero el golpe en la nuca lo había dejado en un estado un poco incoherente; aun así, no parecía tener muchas ganas de hablar.

—No creí que fuera a tener la elegancia de sentirse avergonzado —contestó D'Hubert reanudando su marcha por el cuarto mientras el médico murmuraba:

—¡Qué entretenido! ¿«Vergüenza»? No era exactamente vergüenza lo que sentía. Sin embargo, el asunto podría pensarse desde otra perspectiva.

—¿A qué se refiere? ¿Qué asunto? —preguntó D'Hubert mirando de costado a aquel hombre de rostro pesado y cabellera gris.

—Como sea —dijo el cirujano un poco impaciente—, no quiero expresar ninguna opinión sobre su conducta...

—¡Por Dios, mejor que no lo haga! —gritó D'Hubert.

—¡Vamos hombre! No desenvaine su espada tan rápido. A la larga no vale la pena. Entérese de una vez que no me interesa meterme con ninguno de ustedes dos, jovencitos, si no es usando las herramientas de mi oficio. Le estoy dando un buen consejo. Si continúa así, lo único que va a conseguir es acabar con su reputación.

—¿Si continuó cómo? —inquirió el teniente D'Hubert deteniéndose de pronto, completamente sorprendido—. ¡Yo...! ¡Que yo voy a dañar mi reputación! Pero ¿usted qué se ha creído?

—Ya le he dicho que no me interesa juzgar qué se ha hecho bien y qué se ha hecho mal en este asunto, no es asunto mío. De todas formas...

—¿Qué demonios le han contado...? —lo interrumpió D'Hubert con una especie de pánico atónico.

—Le he dicho que, para empezar, el hombre estaba en un estado de incoherencia cuando lo encontré en el jardín y luego, como es lógico, mostró cierta reticencia a hablar, pero deduzco que eso no lo pudo evitar.

—¿Qué él no lo pudo evitar? —gritó el teniente D'Hubert. Luego, bajando considerablemente el volumen—: ¿Y qué hay de mí? ¿Acaso podía yo evitarlo?

El cirujano se puso de pie. Sus pensamientos parecían huir hacia la flauta, fiel compañera de voz siempre reparadora. Entre las ambulancias, después de veinticuatro horas de arduo trabajo, el cirujano se había hecho famoso por quebrar con aquel sonido la horrible quietud de los campos de batalla, entregados al silencio y a los muertos. Su hora de consuelo diario se estaba acercando y, en épocas de paz, cuidaba cada minuto con la flauta como un avaro cuida sus posesiones.

—¡Por supuesto! Por supuesto que sí —dijo frívolamente—, es comprensible que piense así, es entretenido, sea como sea, y dado que mantengo una postura neutral y amigable con ambos, he aceptado traerle un mensaje de parte suya. Si prefiere, digamos que le sigo la corriente a un loco. Feraud quiere que sepa que para él este asunto no está cerrado de ninguna manera. Tiene pensado enviarle sus testigos en cuanto recupere un poco las fuerzas, siempre que el ejército no entre en combate, naturalmente.

—Ésa es su intención, ¿verdad? Claro, por supuesto... —farfulló el teniente D'Hubert en un arrebato de indignación.

El motivo de su indignación no era evidente para el visitante, pero aquel enardecimiento fue una prueba para el cirujano, que había venido a confirmar la opinión que iba ganando terreno en el exterior: alguna diferencia muy seria se había establecido entre ambos jóvenes, algo lo suficientemente grave como para imponer aquel misterio, un hecho de suma importancia, y para resolver aquella diferencia urgente, ambos habían aceptado incluso el riesgo de salir heridos y de caer en desgracia al comienzo de sus carreras. El cirujano temía que la investigación que iba a comenzar no alcanzara para satisfacer la curiosidad pública. Ninguno de los dos parecía dispuesto a abrirse y confiar en público lo que había sucedido entre ellos, aquello que tenía una naturaleza tan indignante que los había llevado a enfrentarse nada menos que a una acusación de asesinato. Pero ¿qué podía ser?

El cirujano no era especialmente curioso, pero la duda que flotaba en su interior hizo que se quitara dos veces la flauta de la boca aquel atardecer, justo a mitad de una melodía, y se quedara sentado en silencio durante un minuto completo, tratando de dilucidar una explicación posible.

II

El cirujano no logró mejores resultados que el resto de la guarnición o de la sociedad. Los dos jóvenes oficiales, que hasta entonces no habían poseído ningún rasgo demasiado destacable, se volvieron conocidos por la curiosidad general que despertó el origen de su pelea. El salón de la señora de Lionne era el epicentro de ingeniosas hipótesis; la propia dama fue durante un tiempo asediada a preguntas, pues había sido la última persona en hablar con aquellos hombres imprudentes y desdichados antes de que salieran de su casa hacia un encuentro feroz con sus espadas, en un jardín privado y al atardecer. Ella decía que no había notado nada extraño en su comportamiento. El teniente Feraud se había mostrado evidentemente molesto de que lo llamaran, algo de lo más comprensible, a ningún hombre le agrada que lo interrumpan cuando está conversando con una dama conocida por su elegancia y delicadeza, pero en el fondo, a la señora de Lionne le aburría el asunto y no quería verse mezclada para no promover rumores imprudentes; le molestaba por otra parte oír que tal vez había una mujer de por medio. Esta molestia no brotaba de su elegancia o sensibilidad, sino de un lado más instintivo de su carácter, y al final, la molestia llegó a ser tan grande, que prohibió que se mencionara el tema en su casa. La prohibición se cumplía cerca de su sillón, pero en el fondo del salón el mandato de silencio se incumplía de vez en cuando. Un personaje de rostro largo y pálido, parecido a una oveja, negaba con la cabeza mientras opinaba que la disputa venía del pasado y que estaba envenenada por el tiempo y otro le contestaba que los hombres eran demasiado jóvenes como para tener una disputa de ese calibre y que, además, venían de regiones francesas diferentes y distantes entre sí. Había también otras imposibilidades físicas, un subcomisario municipal, un soltero agradable y bien educado que llevaba pantalones de casimir, botas tipo Hessian y un abrigo azul bordado con cordones de plata, y que, por si fuera poco, creía en la transmigración de las almas, sugirió que tal vez ambos se habían conocido en una vida anterior, que la enemistad se remontaba a un pasado lejano. Podía tratarse de algo incomprensible en la forma actual de sus seres, pero sus espíritus recordaban esa animosidad y expresaban la oposición de forma instintiva. Desarrolló su teoría efusivamente gracias a que el asunto parecía tan absurdo desde el punto de vista de la elegancia, la conciencia militar, el honor y la prudencia, que aquella extraña explicación parecía casi más razonable que cualquier otra.

Ninguno de los dos había confesado nada a nadie. Tanto la humillación de haberse visto derrotado con la espada en la mano como la incómoda sensación de haber sido presa en un enredo por injusticia del destino mantenían sumido al teniente Feraud en un impenetrable silencio. Ya no confiaba en la piedad de aquella raza humana que parecía representada, por supuesto, en aquel oficial funcional y un poco dandi. Recostado en la cama, deliraba en voz alta frente a una criada que satisfacía sus necesidades con devoción y escuchaba con temor sus horribles maldiciones. Le parecía justo y natural que ese teniente D'Hubert «pagara por todo esto», y su principal preocupación era la de evitar que el teniente Feraud se pusiera nervioso; para su corazón humilde, aquel hombre era tan admirable y fascinante que lo único que deseaba era que se recuperara rápido, aunque eso lo llevara a reanudar sus visitas al salón de la señora de Lionne.

El teniente D'Hubert guardaba silencio por la obvia razón de que no tenía con quién hablar, a excepción de un sirviente joven y no muy listo. Era consciente de que aquel episodio, que podía tener repercusiones tan graves para su carrera, tenía también un lado cómico. Cuando pensaba en eso volvía a tener ganas de arrancarle el cuello al teniente Feraud, pero era una sensación abstracta y expresaba más su estado de ánimo que un impulso físico real porque en aquel hombre persistía un sentimiento de camaradería y bondad que no le disponía a empeorar aún más la situación del teniente Feraud. Prefería no andar por ahí hablando. Aunque, como es lógico, durante la investigación iba a tener que contar la verdad en defensa propia. Y esa posibilidad le disgustaba.

Finalmente no hubo ninguna investigación porque el ejército tuvo que salir al campo de batalla. El teniente D'Hubert fue puesto en libertad sin ninguna observación y reanudó sus tareas dentro del regimiento. El teniente Feraud, con el brazo apenas liberado del cabestrillo, montó junto a su escuadrón sin más preguntas para completar su recuperación bajo el humo de las cruzadas y el aire fresco de los campamentos por la noche. Aquel tratamiento tonificante le sentó tan bien que, en cuanto se oyeron los primeros rumores de la firma de un armisticio, pudo regresar sin más retraso a su guerra privada.

Aquella vez sería un enfrentamiento tradicional. Pidió a dos amigos que fueran a buscar al teniente D'Hubert, cuyo regimiento estaba asentado apenas a unos kilómetros de distancia.

—Ese dandi me debe una —les dijo con un tono grave, y ellos partieron bastante contentos a cumplir su misión.

Al teniente D'Hubert no le costó encontrar dos amigos igualmente discretos y fieles.

—Hay un colega un poco loco al que debo dar una lección —dijo, y ellos no pidieron más explicaciones.

Así se acordó un duelo de espadas una mañana a primera hora en un sitio acorde. En el tercer asalto, el teniente D'Hubert se cayó de espaldas sobre el césped cubierto de rocío y descubrió que tenía una herida en el costado. A su izquierda, el sol sereno comenzaba a extenderse sobre el paisaje de prados y bosques. Un médico —no el aficionado flautista, sino otro— se inclinó a su lado para estudiar la herida.

—Ha escapado por un pelo. Pero la herida no es grave —sentenció.

El teniente D'Hubert oyó estas palabras con placer. Uno de sus testigos, que estaba sentado en el césped húmedo y le sostenía la cabeza sobre el regazo, dijo:

—Ah, los vaivenes de esta guerra, *mon pauvre vieux*. ¿Qué se puede hacer? Reconcíense como dos antiguos colegas. ¡Vamos!

—No tienes idea de lo que estás sugiriendo —murmuró el teniente D'Hubert con una voz débil—, pero de todas formas, si él...

Del otro lado del prado, los testigos del teniente Feraud también insistían para que se acercara a su adversario y le estrechara la mano.

—Ya le has dado su merecido, *que diable*. Es lo correcto. Ese D'Hubert es un tipo decente.

—Yo conozco la decencia de estas mascotas del general —murmuró el teniente Feraud entre dientes, y la expresión sombría en su rostro desanimó al resto de hacer más esfuerzos de reconciliación. Los testigos, haciéndose señas a lo lejos, sacaron a sus hombres del prado.

Por la tarde, el teniente D'Hubert, que era conocido por ser un buen camarada que mostraba valentía pero a la vez un temperamento franco y ecuánime, recibió muchas visitas. Todos destacaban que el teniente Feraud no se había dejado ver por ahí para recibir, como era costumbre, las felicitaciones de sus amigos. Y no le habrían faltado, ya que él también era muy querido por la exuberancia de su espíritu sureño y la simplicidad de su carácter. En todos los

sitios en los que solían reunirse los oficiales al atardecer se hablaba del duelo de aquella mañana, desde las dos posiciones. Si bien esta vez el teniente D'Hubert había terminado peor, se comentaba su habilidad para manejar la espada. Nadie podía negar que era muy certero, casi científico. Incluso se rumoreaba que había sido herido sólo porque deseaba liberar a su adversario de una vez, pero para muchos otros el vigor y la tenacidad del teniente Feraud eran sencillamente irresistibles.

Se discutió con franqueza acerca de los méritos de ambos oficiales como combatientes; pero la actitud entre ellos tras el duelo fue criticada con precaución. Su enemistad era irreconciliable y eso era algo digno de lástima, aunque después de todo nadie como ellos podía saber mejor lo que debían hacer para cuidar su honor, no era un asunto en el que sus camaradas debieran meterse. En cuanto al origen de la disputa, la opinión general era que se remontaba a la época en la que se habían instalado en Estrasburgo. El cirujano músico sacudió la cabeza al oír eso. «Viene de mucho más atrás», pensó.

—¡Claro, por supuesto! Usted conoce bien toda la historia —gritaron varias voces con ávida curiosidad—. ¿Qué ha sido?

Deliberadamente alzó la mirada de la copa.

—Ni aunque conociera toda la historia, podrían esperar de mí que la relatara cuando ambos protagonistas han decidido no decir una palabra.

Se puso de pie y se marchó, dejando en el aire una sensación de misterio. No podía quedarse más porque se acercaba la hora mágica de tocar la flauta.

Después de que se marchara un oficial muy joven, dijo con voz solemne:

—Obviamente, sus labios están sellados.

Nadie cuestionó la veracidad de aquel comentario, y de alguna manera volvía aquel asunto aún más impresionante. Un grupo de oficiales mayores de ambos regimientos, motivados únicamente por la bondad y los deseos de armonía, propusieron que se creara un Tribunal de Honor al que los dos oficiales deberían confiar la tarea de su reconciliación. Por desgracia se acercaron primero al teniente Feraud con la convicción de que, habiendo sido el último en ganar, lo encontrarían de buen humor y dispuesto a aceptar una moderación.

El razonamiento sonaba lógico, pero los resultados fueron desafortunados.

Con las fibras morales más relajadas y gracias a una vanidad satisfecha el teniente Feraud había aceptado reconsiderar el caso en el fuero íntimo y en secreto incluso había llegado a dudar no de la justicia de sus motivos sino de la cautela de su conducta pero justamente por ese motivo, no se sentía dispuesto a hablarlo con otras personas. La sugerencia de los sabios de ambos regimientos lo puso en un lugar incómodo. Se sentía fastidiado y aquel fastidio, siguiendo una lógica paradójica, volvió a despertar su desprecio hacia el teniente D'Hubert. ¿Iban a seguir molestándolo siempre con ese colega que tenía la habilidad diabólica de engañar a la gente? Aun así era muy difícil oponerse a la mediación sancionada en el código de honor.

Encaró aquel dilema con una actitud de reserva distante. Se retorció el bigote y dijo palabras más bien vagas. Su posición quedaba perfectamente clara. No le preocupaba tener que exponerla ante un Tribunal de Honor ni tampoco volver a defenderla en una disputa. No veía ningún motivo para apresurarse a aceptar esa sugerencia antes de saber con precisión cómo se la iba a tomar su adversario.

Más tarde aquel mismo día, y con un poco más de ansiedad, se oyó que decía en público irónicamente «es lo mejor que le puede pasar al teniente D'Hubert, porque la próxima vez que nos crucemos no tendrá la esperanza de salir con la propina de tres semanas en la cama».

Aquella frase tan presumida podía haber nacido del razonamiento maquiavélico más profundo. Los espíritus del sur a menudo esconden, bajo la costumbre de actuar y hablar hacia afuera, cierta dosis de astucia.

El teniente Feraud, desconfiando de la justicia de los hombres, no deseaba en absoluto tener que asistir a un Tribunal de Honor y las palabras que acababa de decir, tan acordes a su temperamento, tenían también el mérito de ser útiles a su propósito. Con esa intención o con otra distinta y en menos de veinticuatro horas llegaron a los oídos del teniente D'Hubert. Como consecuencia, sentado y rodeado de almohadas, el teniente D'Hubert recibió aquellas insinuaciones declarando que el asunto había alcanzado una magnitud que ya no admitía discusiones.

La cara pálida del oficial herido, su voz débil, que aún debía utilizar con extremo cuidado, y la solemnidad cortés de su tono causaron un gran efecto en los oyentes. Cuando aquello se supo hizo aún más profunda la duda respecto a los humos del teniente Feraud, quien se sintió curiosamente aliviado por los resultados. Comenzó a disfrutar el estado general de fascinación y se complació en

agregarle a la cuestión una actitud de discreción feroz.

El coronel del regimiento de D'Hubert era un hombre de pelo gris, curtido por la lucha, que tenía una postura simple respecto a sus responsabilidades: «No puedo permitir —se decía— que mi mejor subalterno resulte herido por una tontería. Debo llegar al fondo de la cuestión personalmente, debe hablar conmigo aunque lo lleve el demonio, un coronel debe ser más que un padre para estos jóvenes». De hecho, él quería a sus hombres de la misma manera que un padre de familia numerosa quiere a cada individuo. Si por un descuido de la Providencia los seres humanos llegaban al mundo como simples civiles, volvían a nacer dentro del regimiento como los niños llegan a las familias, y era únicamente el nacimiento militar el que contaba.

Cuando vio al teniente D'Hubert frente a él, pálido y ojeroso, el corazón del viejo soldado sintió una punzada de aguda compasión. Todo su afecto al regimiento —un cuerpo compuesto por hombres que estaban en sus manos y que le llenaba su orgullo y ocupaba todos sus pensamientos— parecía concentrarse en ese instante en la persona del más prometedor de sus subalternos. Se aclaró la garganta de manera intimidante y frunció el ceño con gravedad.

—Debe comprender —comenzó— que no me importa un comino la vida de un hombre del regimiento. ¡Podría enviarles a todos ustedes, a los ochocientos cuarenta y tres hombres y caballos, a galopar hacia la perdición con el mismo remordimiento con el que mataría a una mosca!

—Sí, coronel, y usted se encontraría al frente —dijo el teniente D'Hubert con una vaga sonrisa.

El coronel, que deseaba ser muy diplomático, rugió al escuchar aquello.

—Quiero que entienda, teniente D'Hubert, que si fuera preciso podría mantenerme al margen y observar cómo cabalgan directamente hacia el infierno. Soy un hombre capaz de hacer eso si el cumplimiento de mis deberes y mi servicio a la patria me lo exigieran, pero eso es impensable, así que no nos detengamos ahí —su mirada era terrible pero el tono de su voz se suavizó—, en su bigote aún hay un poco de leche, muchacho. Usted no imagina lo que un hombre como yo es capaz de hacer. Me escondería en un pajar si... ¡No se ría frente a mí, oficial! ¿Cómo se atreve? Si no fuera ésta una conversación privada... ¡Preste atención! Soy responsable de las vidas que están bajo mi órdenes para la gloria de nuestro país y el honor de nuestro regimiento. ¿Comprende eso? Bueno, entonces, ¿qué demonios

pretende al dejar que ese colega del Séptimo Regimiento de Húsares le escupa de esta forma? ¡Es una vergüenza!

El teniente D'Hubert se sintió inmensamente humillado. Apenas movió los hombros. No dio ninguna respuesta. No podía ignorar sus responsabilidades.

El coronel suavizó un poco la mirada y bajó aún más el volumen de su voz.

—¡Es inaceptable! —murmuró. Y de nuevo volvió a cambiar el tono—. ¡Vamos! —continuó persuasivo, pero con esa leve nota de autoridad que jamás desaparece de la garganta de un buen líder—. Este asunto debe terminar, deseo que me informe sinceramente de qué se trata. Como su mejor amigo, le exijo que me diga la verdad.

El poder de convencimiento que tiene la amabilidad, su autoridad e influencia persuasiva conmovieron poderosamente a aquel hombre que acababa de levantarse de la cama, después de haber estado enfermo. La mano del teniente D'Hubert, aferrada a la empuñadura de un bastón, tembló un poco, pero su temperamento norteño, sentimental aunque prudente y astuto de una manera idealista, debió refrenarse para no confesar toda la absurdidad del asunto. Siguiendo un mandato de sabiduría trascendental, hizo girar siete veces su lengua dentro de la boca antes de hablar. Entonces le dio apenas un discurso de agradecimiento.

El coronel lo escuchó al principio interesado y luego le miró con desconcierto. Al final, frunció el ceño.

—¿Tiene dudas? *Mille tonnerres!*^[28] ¿No le he dicho que estoy dispuesto a conversar con usted como un amigo?

—Sí, coronel —respondió el teniente D'Hubert con amabilidad—, pero temo que después de oírme como un amigo usted tome decisiones como un superior.

El coronel, atento, hizo chascar sus mandíbulas.

—Bueno ¿y qué sucedió? —dijo con honestidad—, ¿es que se trata de algo terriblemente vergonzoso?

—No lo es —negó el teniente D'Hubert con una voz débil pero firme.

—Por supuesto, debo decidir por el bien de nuestro servicio. Nada puede

evitar que me guíe por ese parámetro. ¿Por qué cree que deseo saber de qué se trata?

—Sé que no lo hace por una curiosidad frívola —dijo el teniente D'Hubert— y sé también que actuará con sabiduría. Pero ¿qué hay de la buena fama del regimiento?

—No puede verse comprometida por ninguna tontería juvenil de un teniente —dijo con severidad el coronel.

—No, no puede, pero las malas lenguas tienen ese poder. Dirán que un teniente del Cuarto Regimiento de Húsares, temeroso de enfrentarse a su adversario, se esconde detrás de su coronel, y eso sería peor que esconderse en un pajar; por el bien del servicio, no puedo permitirme hacer eso, coronel.

—Nadie se atrevería a decir eso. —El coronel comenzó la frase con enfado, pero la terminó con una voz insegura. Era célebre la valentía del teniente D'Hubert, pero el coronel sabía muy bien que el coraje en un duelo, el coraje en un combate personal, es un tipo de coraje especial, con o sin motivos y era sumamente necesario que un oficial de su regimiento poseyera todos los tipos de coraje posibles y que los demostrara. El coronel estiró hacia fuera su labio superior y miró a lo lejos con una mirada vidriosa muy peculiar. Era su gesto de incertidumbre, un gesto completamente desconocido para su regimiento, debido a que a la incertidumbre es un sentimiento incompatible con el rango de coronel de caballería. El coronel mismo se sentía abatido por la desagradable novedad de aquella sensación; como no estaba acostumbrado a pensar en otra cosa que no fueran cuestiones profesionales relacionadas con el bienestar de los hombres y los caballos, y el uso adecuado de ellos en el campo de batalla para conseguir la gloria, sus esfuerzos intelectuales degeneraron en meras repeticiones de lenguaje profano. Pensó: «*Mille tonnerres...! Sacré nom de nom...*».

El teniente D'Hubert tosió dolorosamente y agregó con tono de preocupación:

—Ahí fuera está lleno de malas lenguas dispuestas a decir que me he acobardado y estoy seguro de que usted no desea que pase eso por alto. Me podría terminar encontrando con una docena de duelos entre manos en vez de uno solo.

La simplicidad del argumento caló hondo en la cabeza del coronel. Miró fijamente a su subalterno y dijo con brusquedad:

—Siéntese, teniente. Esto es un condenado... ¡Siéntese!

—*Mon colonel* —empezó de nuevo D'Hubert—, no le temo a las malas lenguas. Sé que hay manera de callarlas, pero además debe considerar mi tranquilidad de conciencia. No podría quitarme de encima la idea de que he arruinado la carrera de un oficial hermano porque cualquier decisión que usted tome, lo obligará luego a ir más lejos. Si han abandonado la investigación, dejémoslo así por el momento. Hubiera sido extremadamente fatal para Feraud.

—¿Por qué? ¿Tal mala fue su actuación?

—Sí. Bastante mala —murmuró el teniente D'Hubert. Y en el estado débil en el que se encontraba, sintió ganas de llorar.

Al coronel no le costó creer aquellas palabras, porque el adversario no pertenecía a su regimiento. Comenzó a pasear de un extremo al otro de la habitación. Era un buen jefe, un hombre capaz de sentir la compasión más discreta, pero en otras cuestiones era sencillamente un hombre, y eso se hizo evidente porque era incapaz de mentir.

—Lo condenado del asunto, teniente —dijo por fin, con toda la inocencia de su corazón—, es que he declarado públicamente que llegaría al fondo de este caso y cuando un coronel dice algo... ya sabe...

El teniente D'Hubert lo interrumpió con seriedad.

—Le suplico, coronel, que acepte mi palabra de honor de que fui arrastrado a una situación detestable en la que no tuve alternativa. No tenía ninguna otra opción que estuviera a la altura de mi dignidad como hombre y como oficial... Después de todo, coronel, éste es el verdadero fondo de la cuestión. Aquí lo tiene. El resto son detalles.

El coronel se detuvo en seco. La reputación de hombre sensato y de buen humor del teniente también pesaba en la balanza. Tenía la cabeza fría y el corazón cálido, abierto como un día soleado. Siempre correcto. Uno debía confiar en él. El coronel reprimió virilmente su inmensa curiosidad.

—Mmmh. ¿Me asegura usted que como hombre y oficial...? ¿Ninguna otra opción?

—Como oficial... como oficial del Cuarto Regimiento de Húsares, además

—insistió el teniente D’Hubert— no tuve otra opción. Éste es el fondo de la cuestión, coronel.

—Ya veo, pero aún no comprendo por qué, ni a su propio coronel... Un coronel es un padre, *que diable!*

Al teniente D’Hubert no deberían haberle dado el alta aún, se daba cuenta de su lamentable estado físico con humillación y rabia, pero también estaba poseído por la obstinación morbosa de los enfermos y notó, consternado, que se le humedecían los ojos. Era una cuestión demasiado grande y no la podía manejar. Una lágrima comenzó a bajar por la mejilla delgada y pálida del teniente D’Hubert.

El coronel le dio la espalda rápidamente. Se podía oír hasta la caída de un alfiler.

—¿Es una tontería de faldas, no?

Al decir estas palabras el coronel giró para intentar atrapar la verdad, que jamás tiene la forma de algo bello que descansa en el fondo de un pozo, sino más bien la forma de un tímido pájaro que debe ser cazado siguiendo estrategias. Era el último intento diplomático del coronel y alcanzó a ver la verdad brillando indudablemente en el gesto del teniente D’Hubert al levantar sus brazos débiles y sus ojos al cielo como protesta divina.

—No es un asunto de faldas, ¿eh? —gruñó el coronel con una mirada fija—. No le estoy preguntando quién ni dónde. Lo único que quiero saber es si hay una mujer involucrada.

El teniente D’Hubert dejó caer los brazos y su voz frágil se quebró patéticamente.

—No, nada de eso, *mon colonel*.

—¿Palabra de honor? —insistió el viejo guerrero.

—Palabra de honor.

—Muy bien —dijo el coronel con un gesto pensativo y se mordió los labios. El argumento del teniente D’Hubert, sumado a la simpatía que le provocaba aquel hombre, lo habían terminado de convencer. Por otro lado, era sumamente incómodo que su intervención, que había hecho pública ya, no produjera ninguna

consecuencia visible. Así que retuvo al teniente D'Hubert unos minutos más y luego lo despidió amablemente.

—Tómese unos días más de reposo, teniente. ¿A qué demonios se refería el médico cuando me dijo que estaba usted en condiciones de reincorporarse?

Cuando salió de la oficina del coronel, D'Hubert no le comentó nada al compañero que lo esperaba afuera para acompañarlo a su casa. De hecho, no le comentó nada a nadie, no hizo ni una confidencia, pero aquella misma tarde, mientras paseaba bajo los álamos alrededor del cuartel, el coronel sí hizo algunos comentarios al segundo.

—He llegado al fondo de esa cuestión —dijo y el teniente coronel, un hombre cortante y marrón como una pequeña astilla con patillas cortas, aguzó el oído sin dejar que se notara la mínima señal de curiosidad.

—No es ninguna estupidez —agregó el coronel, cual oráculo y el otro esperó un buen rato antes de murmurar:

—¡Para nada, señor!

—Ninguna estupidez —repitió el coronel mirando hacia el frente—. De todas formas le he prohibido a D'Hubert tanto enviar como recibir desafíos de parte de Feraud durante los próximos doce meses.

Se había inventado aquella prohibición para salvar su prestigio como coronel; tenía intención de sellar formalmente el misterio que rodeaba aquella mortal enemistad. Con un silencio imperturbable, el teniente D'Hubert había rechazado todos los intentos por sacarle la verdad, y el teniente Feraud, secretamente molesto al principio, fue ganando seguridad a medida que iba pasando el tiempo. Disfrazó su ignorancia sobre la importancia de la tregua impuesta con risas irónicas, como si le divirtiera algo que guardaba para sí.

—¿Pero qué vas a hacer? —solían preguntarle sus camaradas.

Y le complacía contestar:

—*Qui vivra verra*^[29] —con un tono un poco agresivo. Todos admiraban su reserva.

Antes de que terminara el tiempo impuesto para la tregua, al teniente

D'Hubert le entregaron su propia tropa. Era un ascenso bien merecido pero por alguna razón nadie lo esperaba. Cuando el teniente Feraud se enteró en una reunión con otros oficiales, murmuró entre dientes:

— ¿En serio?

De inmediato agarró su sable del colgante que había junto a la puerta, se lo abrochó con cuidado y se marchó sin decir ni una palabra, fue hasta su habitación midiendo sus pasos y encendió la luz con un mechero de cuarzo y acero. A continuación cogió una desafortunada copa de vidrio de la repisa de la chimenea y la estrelló violentamente contra el suelo.

Ahora que D'Hubert tenía un rango superior al suyo no podían enfrentarse a duelo. Ninguno podía enviar ni recibir desafíos sin estar dispuesto a someterse a un consejo de guerra. Era impensable. El teniente Feraud, que desde hacía tiempo no había sentido deseos reales de enfrentarse al teniente D'Hubert, sintió un fastidio enorme por aquella injusticia del destino.

«¿Acaso cree que va escapar de mí de esta forma?», pensó indignado. Veía algún tipo de intriga en aquel ascenso, un complot, una maniobra cobarde. Ese coronel sabía lo que estaba haciendo, se había apresurado a recomendar a su favorito. Era indignante que un hombre pudiera evitar las consecuencias de sus actos de aquella forma tan oscura y rebuscada.

Con aquel carácter despreocupado, más pendenciero que militar, el teniente Feraud se había contentado hasta aquel punto con dar y recibir golpes por puro amor a la lucha armada, y sin pensar demasiado en la carrera militar, pero ahora un deseo urgente de ascender se encendió en su pecho. El combatiente por naturaleza decidió buscar ocasiones en las que lucirse y hacer la corte a sus superiores para conseguir una opinión favorable, como cualquier tipo común. Sabía que era más valiente que cualquiera, y jamás dudó de su atractivo personal pero ni la valentía ni el atractivo personal tenían un efecto tan inmediato. La ferocidad cautivadora y descuidada del teniente Feraud como *beau sabreur*^[30] empezó a cambiar. Comenzó a hacer irónicos comentarios del estilo: «Esos tipos hacen cualquier cosa con tal de ascender»; decía que el ejército estaba lleno de gente así, bastaba con mirar un poco alrededor, pero constantemente tenía la cabeza puesta en un solo hombre, su adversario D'Hubert. Una vez le llegó a confesar a un agradecido amigo:

— Sabes, no se me da bien adular a las personas adecuadas. No está en mi

carácter.

Por fin consiguió su ascenso una semana después de Austerlitz. La Caballería Rápida del Ejército Principal lo mantuvo con las manos ocupadas en tareas interesantes durante un tiempo, pero en cuanto la presión laboral disminuyó, el capitán Feraud tomó las medidas necesarias para acordar un encuentro lo antes posible.

—Conozco a ese hombre —comentaba con tono grave—; si no me doy prisa, conseguiré que lo asciendan por encima de una docena de hombre mejores que él; tiene un talento natural para esa clase de gestiones.

El duelo se realizó en Silesia. Si no se peleó hasta el final, se peleó, como mínimo, hasta un punto muerto. El arma elegida fue el sable de caballería y la habilidad, la pericia, la fuerza y la determinación que mostraron los adversarios causaron gran admiración en los espectadores. Se convirtió en el principal tema de conversación a ambos lados del Danubio, y llegó hasta las guarniciones de Gratz y Laybach. Chocaron sus sables siete veces. Los dos acabaron con profundas heridas que sangraban muchísimo y los dos se negaron una y otra vez a detener el combate, mostrando su mortal enemistad. Del lado del capitán D'Hubert se percibía la intención de acabar de una vez y para siempre con aquel problema; del lado del capitán Feraud, en el ímpetu de su instinto de guerrero y en la excitación de la vanidad herida. Al fin, desaliñados, con las camisas destrozadas, cubiertos de sangre y apenas capaces de sostenerse en pie, fueron separados a la fuerza por unos testigos tan maravillados como horrorizados. Más tarde, asediados por los compañeros ávidos de detalles, los caballeros declararon que no podían permitir que aquella persecución continuara indefinidamente, y cuando les preguntaron si se había cerrado por fin la disputa, ambos se mostraron convencidos de que se trataba de un asunto que sólo podía terminar con uno en el suelo y sin vida. El furor pasó de un cuerpo del ejército al siguiente, llegando hasta el destacamento más pequeño asentado entre el Rin y el Save. En los cafés de Viena se creía, según detalles de primera mano, que los adversarios podían llegar a coincidir de nuevo a las afueras en tres semanas. Se esperaba algo realmente extraordinario en materia de duelos.

Las expectativas no se cumplieron esta vez debido a que las necesidades del servicio separaron a los oficiales. Jamás hubo un registro oficial de aquel duelo, pero formaba parte del ejército y no debía ser considerado a la ligera. La historia del duelo, o, mejor dicho, la propensión al duelo que tenían ambos capitanes, se interpuso en cierto modo en sus ascensos, ya que aún continuaban siendo

capitanes cuando volvieron a coincidir durante la guerra contra Prusia. Enviados al norte después de ir a Jena, y bajo las ordenes del comandante mariscal Bernadotte —príncipe de Ponte Corvo—, entraron al mismo tiempo en Lubeck.

Ocupada la ciudad, el capitán Feraud tuvo tiempo libre para considerar sus próximos pasos, ya que al capitán D'Hubert lo habían nombrado tercer ayudante de campo del mariscal. Reflexionó al respecto durante toda una noche y la mañana siguiente citó a dos amigos por quienes sentía una especial simpatía.

—He estado pensándolo con calma —dijo mientras los observaba con ojos cansados, aunque inyectados en sangre— y he comprendido que debo quitarme de encima a este insidioso colega. Ha conseguido integrarse en el grupo más cercano al mariscal, algo que es una evidente provocación hacia mí. No puedo soportar una situación en la que estoy expuesto a recibir en cualquier momento órdenes tuyas. ¡Solo Dios sabe qué tipo de órdenes me dará! Ya hemos estado antes en esta situación, lo cual significa que está empezando a suceder demasiado a menudo. No sientan miedo, él sabe a lo que me refiero. No puedo decirles más, ya saben lo que deben hacer.

Aquel encuentro se realizó a las afueras de la ciudad de Lubeck, en un espacio abierto elegido con especial cuidado según el gusto general de la división de caballería del ejército, ya que aquella vez los oficiales debían enfrentarse a caballo. Después de todo, el duelo involucraba a la caballería, y continuar peleando a pie parecería un desprecio al arma de servicio. Los testigos, atemorizados por lo inusual de la propuesta, corrieron a comentárselo a los protagonistas. El capitán Feraud aceptó con entusiasmo; por alguna oscura razón que sin duda tenía que ver con su personalidad, se imaginaba invencible a caballo. A solas entre las cuatro paredes de su cuarto, se frotaba las manos y murmuraba con orgullo triunfal:

—¡Ah!, mi guapo oficial, ya te tengo.

Por su parte el capitán D'Hubert, tras mirar seriamente a sus amigos durante un buen rato, se encogió de hombros con ligereza. El asunto del duelo le había complicado la vida irremediable y estúpidamente. Un disparate más en su evolución poco importaba —para él, todo disparate resultaba desagradable de por sí—, y, tan correcto como siempre, esbozó una sonrisa levemente irónica y dijo en un tono de voz tranquilo:

—Al menos así acabaremos con la monotonía del asunto.

Cuando lo dejaron solo, se sentó frente a la mesa y se tomó la cabeza con las manos. Últimamente no había escatimado esfuerzos porque el mariscal venía exigiendo particularmente más a los ayudantes de campo. Las maniobras de las últimas tres semanas, bajo un tiempo espantoso, habían afectado su salud. Cuando estaba muy cansado sentía una puntada en el costado herido, y aquella sensación incómoda siempre lo deprimía. «Y todo por culpa de ese imbécil», pensaba con amargura.

El día anterior había recibido una carta de su casa en la que le anunciaban que su única hermana iba a casarse. Cayó en la cuenta de que apenas la había visto un par de veces desde que había partido hacia la guarnición en Estrasburgo, cuando ella tenía diecinueve y él veintiséis. Habían sido buenos amigos y confidentes y ahora la iban a entregar a un hombre al que él ni siquiera conocía; un hombre muy adinerado, sin duda, pero no lo suficientemente bueno para ella. Jamás volvería a ver a su antigua Leonie. Tenía una cabecita muy capaz y muchísimo tacto. D'Hubert creía que iba a ser feliz pero sentía que había sido desplazado del primer lugar en sus pensamientos, lugar en el que ella lo había tenido desde que había empezado a hablar. Sobre el capitán D'Hubert, tercer ayudante de campo del príncipe de Ponte Corvo, sobrevino una tristeza melancólica que le hizo pensar en su infancia.

Arrojó la carta de felicitación que había comenzado a escribir sin entusiasmo, apenas por una obligación formal, agarró un papel en blanco y escribió: «Éste es mi testamento y mi última voluntad». Al leer aquellas palabras se entregó a una serie de desagradables reflexiones. El presentimiento de que jamás volvería a ver el lugar de su infancia desequilibró el habitualmente tranquilo espíritu del capitán D'Hubert. Se puso de pie de un golpe, empujando la silla, bostezó ampliamente como si quisiera demostrar que no le interesaban los presentimientos, se arrojó sobre la cama y se quedó dormido. Durante la noche tuvo algunos escalofríos, pero no llegó a despertarse, y por la mañana se fue cabalgando a la afueras de la ciudad junto a sus testigos y hablaron tonterías mientras, con aparente indiferencia, miraban a izquierda y derecha a través de la niebla espesa que cubría los campos llanos y verdes bordeados con setos. D'Hubert saltó una zanja y divisó la figura de varios hombres montados que se movían en la neblina. «Parece que vamos a pelear ante una gran tribuna», murmuró para sí con amargura.

Sus testigos estaban más bien preocupados por el tiempo, pero al instante un sol pálido y enfermizo comenzó a luchar contra la vaporosa mañana, y por fin el capitán D'Hubert distinguió, a lo lejos, tres jinetes que se acercaban cabalgando

un poco apartados del resto. Eran el capitán Feraud y sus dos testigos. Desenvainó el sable y se aseguró de que estuviera bien ajustado a su muñeca. Sus testigos, que se habían mantenido unidos formando un grupo con las cabezas de los caballos casi juntas, se separaron a medio galope, dejando un claro amplio entre él y su adversario. El capitán D'Hubert observó aquel sol pálido, los campos sombríos y sintió que la estupidez de aquella pelea inminente le llenaba de desconsuelo. Desde un punto distante del campo una voz fuerte daba las órdenes con los intervalos apropiados:

—*Au pas... Au trot... Charrrrgez!*^[31]

Los presentimientos de muerte no le llegan a un hombre de la nada, pensó en el mismo instante en que le clavaba las espuelas a su caballo.

Y por eso se sorprendió tanto cuando, al terminar el primer cruce, vio que el capitán Feraud tenía una herida en la frente cuya sangre lo cegaba y lo obligaba a dar por terminado el duelo aun antes de que empezara realmente. Era imposible continuar. El capitán D'Hubert dejó a su adversario gritando juramentos espantosos y tambaleándose sobre su montura entre sus dos horrorizados testigos, volvió a saltar la zanja hacia el camino de regreso y trotó hacia su casa junto a sus testigos, que parecían más bien atónitos por la rapidez con que se había resuelto el encuentro. Esa misma noche, el capitán D'Hubert completó la carta de felicitación por el casamiento de su hermana.

Terminó tarde. Era una carta larga. El capitán D'Hubert dio rienda suelta a su imaginación. Le dijo a su hermana que se iba a sentir bastante solo con este gran cambio en su vida, pero ya le llegaría también a él el gran día, el día de su casamiento. Confesó que últimamente pensaba mucho en el día en que ya no hubiera nadie más contra quien pelear en Europa y acabara por fin la época de las guerras. «Espero encontrarme entonces a menor distancia del bastón del mariscal —escribió—; en ese momento tú serás una mujer casada y con experiencia. Me buscarás una esposa. Y yo probablemente sea calvo y un poco indiferente. Voy a necesitar una muchacha joven y, por supuesto, bonita y con una gran fortuna, que me permita cerrar mi honorable carrera en el ejército con la gloria digna de mi rango». Cerró la carta comentándole que acababa de darle una lección a un colega ansioso y pendenciero que imaginaba tener un reclamo personal contra él. «Pero si alguna vez, en el interior de tu provincia, oyes que alguien dice de tu hermano que tiene un espíritu pendenciero: no les creas, por favor. No puedo saber qué tipo de chismorreos del ejército podrían llegar a tus inocentes oídos. Sea lo que sea, puedes estar segura de que tu hermano, que te adora, no es un duelista». Después de

aquello, el capitán D'Hubert arrugó la hoja de papel en la que había escrito «Éste es mi testamento y mi última voluntad» y la arrojó al fuego riéndose de sí mismo. Le importaba un comino lo que hiciera el loco ése. De pronto tuvo la convicción de que su adversario era totalmente incapaz de perjudicarlo de ninguna manera; aparte, tal vez, de imponerle una incomodidad especial a los cómodos y alegres períodos entre las campañas.

Pero a partir de aquel momento, no hubo ni un segundo de paz en la carrera del capitán D'Hubert. Conoció los campos de Eylau y Friedlan, marchó en una dirección y luego en la contraria a través de la nieve, el lodo y el polvo de las llanuras de Polonia, recogiendo a su paso por el noreste de Europa todas las distinciones y ascensos posibles. Por su parte, el capitán Feraud, destinado con su regimiento al sur, participó en una guerra poco satisfactoria en España y lo enviaron al norte cuando comenzaron los preparativos para la campaña en Rusia. Abandonó sin mucha lástima el país de las mantillas y las naranjas.

Los primeros signos de una calvicie favorecedora beneficiaban el noble aspecto de la frente del coronel D'Hubert. Ya no tenía la frente blanca y suave de su juventud; la mirada franca y amable de sus ojos azules se había endurecido como si se hubiera alimentado del humo de las batallas. Y la cabellera negra del capitán Feraud, abundante y ondulada como una gorra de pelo de caballo, tenía varios toques plateados junto a las sienes. Una detestable guerra de emboscadas y sorpresas sin gloria no había hecho más que empeorar su temperamento. Las detestables emboscadas e innobles sorpresas de la guerra no habían corregido su carácter. La nariz con forma de pico destacaba aún más debido a los surcos profundos que nacían ambos lados de la boca, las órbitas de los ojos irradiaban una serie de arrugas y el capitán Feraud recordaba más que nunca a algún tipo de pájaro de mirada fija e irritable, una mezcla entre loro y lechuza. Aún manifestaba con frecuencia lo mucho que le disgustaban los «colegas que andan en intrigas» y aprovechaba cada oportunidad para declarar que él no había conseguido su rango en la antesala de ningún mariscal. Las desafortunadas personas —civiles o militares— que, con la intención de ser agradables, le preguntaban al coronel Feraud cómo se había hecho aquella visible cicatriz en la frente, se quedaban atónitas al verse despreciadas de diferentes maneras, en ocasiones con grosería frontal y en otras con comentarios irónicos. Los camaradas más experimentados advertían con sutileza a los jóvenes que no miraran fijamente la cicatriz de coronel, pero lo cierto era que realmente un oficial tenía que ser demasiado joven como para no haber oído jamás la legendaria historia de aquel duelo que había nacido de una ofensa secreta e imperdonable.

III

La retirada de Moscú sumergió todas las cuestiones privadas en un mar de desastres y miserias. Coroneles sin regimiento, tanto Feraud como D'Hubert cargaron con sus mosquetes en las filas del llamado «batallón secreto», un batallón formado por los oficiales de todas las áreas que se habían quedado sin tropas a las que dirigir.

En aquel batallón un coronel de rango realizaba tareas de sargento; los generales dirigían las campañas y un mariscal de Francia, príncipe del Imperio, dirigía toda la operación. Se habían provisto con los mosquetes que habían ido recogiendo en el camino y con las balas robadas a los muertos. Suponía la destrucción generalizada de las leyes de disciplina y deber. Aquel batallón de hombres empeñó todo su orgullo a fin de preservar cierta idea de orden y formación. Los únicos rezagados eran los que se vencían al hielo y entregaban sus agotados espíritus, el resto seguía adelante y su marcha no afectaba el silencio mortal de unas planicies que brillaban con la luz pálida de la nieve bajo un cielo del color ceniza. Los remolinos atravesaban los campos, chocaban contra la columna oscura, los envolvían en un torbellino de carámbanos voladores y luego disminuían su fuerza mostrando lo que habían arrastrado en su trágico camino. El batallón avanzaba hacia delante y los hombres no intercambiaban palabras ni miradas; todas las filas marchaban tocándose los codos, día tras día y sin levantar los ojos del suelo como si estuvieran perdidos en su desesperación. En los oscuros y silenciosos bosques de pinos, el único sonido que oían era el crujido de las ramas cargadas y a veces nadie decía ni una palabra en la columna desde el amanecer hasta poniente, parecía una marcha *macabre* de cadáveres luchadores hacia una tumba distante. Lo único que era capaz de devolver a sus ojos un gesto de resolución militar era una alarma cosaca. El batallón daba media vuelta y se desplegaba o formaba una escuadra bajo el interminable aleteo de los copos de nieve. Una nube de hombres a caballo con gorros de piel y apuntando con sus largas lanzas y gritaban «¡Hurra! ¡Hurra!» alrededor de aquella amenazante inmovilidad desde donde, con detonaciones sordas, cientos de llamas color rojo oscuro salían disparadas por el aire espeso bajo la caída de nieve. En pocos instantes, los hombres a caballo desaparecían como poseídos en medio de los gritos, y el batallón sagrado permanecía inmóvil, en medio de la tormenta de nieve, oyendo apenas el movimiento del viento cuyo rugido les llegaba al fondo

del corazón. Entonces uno o dos gritos de *Vive l'Empereur!* volvían a retomar la marcha dejando atrás algunos cuerpos sin vida acurrucados, pequeñas manchas negras en la blanca inmensidad de la nieve.

Los dos oficiales se ignoraban mutuamente a pesar de que varias veces les había tocado marchar lado a lado en la misma fila o pelear en la misma escaramuza en el bosque; no lo hacían para mostrarse mutuamente su hostilidad, sino por una indiferencia real. Todas sus reservas de fuerza moral estaban dirigidas a resistir la terrible hostilidad de la naturaleza y la devastadora idea de lo irreparable que era aquel desastre. Se encontraban entre los más activos del batallón, los menos desmoralizados; la potente vitalidad que ambos desplegaban los convertía en una pareja heroica ante los ojos de sus camaradas y jamás intercambiaron más de una o dos palabras, excepto el día en el que se encontraron bloqueados dentro del bosque por un pequeño grupo de cosacos, en medio de un ataque de caballería y al frente del batallón. Un montón de jinetes melenudos y con gorros de piel pasaban montados de un lado a otro sacudiendo sus lanzas en un silencio ominoso pero los dos oficiales se negaron entregar sus armas y el coronel Feraud se colgó el mosquete al hombro y dijo, con una voz ronca como un gruñido:

—Encárguese de cualquier salvaje que se acerque, coronel D'Hubert. Yo me encargaré de los que están más atrás, soy mejor tirador que usted.

El coronel D'Hubert asintió por encima de su mosquete. Tenían los hombros apoyados contra el tronco de un árbol y en el frente un enorme lomo de nieve les protegía de un ataque directo. Dos tiros cuidadosamente apuntados cruzaron el aire helado y dos cosacos cayeron rodando de sus monturas. El resto, sin comprender del todo el juego, se cerraron en torno a sus camaradas heridos y luego se alejaron galopando hasta escapar del campo de mira. Los dos oficiales consiguieron reunir de nuevo a su batallón e hicieron una parada por la noche. Aquella tarde se habían apoyado el uno en el otro más de una vez y hacia el final, el coronel D'Hubert, que tenía ventaja para caminar en la nieve gracias a sus largas piernas, agarró con gesto decidido el mosquete del coronel Feraud y lo cargó en sus hombros, usando el suyo como bastón.

A las afueras de un pueblo prácticamente enterrado bajo la nieve había un viejo granero de madera que ardía con enormes y abiertas llamaradas. Aquel sagrado batallón compuesto por esqueletos envueltos en harapos se amontonó con avidez contra el viento, estirando cientos de manos huesudas y adormiladas hacia la fogata. Nadie había notado el acercamiento de los oficiales. Antes de entrar en el círculo de luz que se derramaba sobre los rostros hundidos de ojos vidriosos por el

hambre, fue el turno del coronel D'Hubert:

—Aquí tiene su mosquete, coronel Feraud. Yo puedo caminar mejor que usted.

El coronel Feraud asintió y continuó avanzando hacia la calidez de las llamas. El coronel D'Hubert se acercó con más prudencia, pero no por ello menos interés en inclinarse y obtener sitio en la primera fila. Aquellos a los que debieron empujar un poco con los hombros para conseguir sitio intentaron saludar con ovaciones débiles la reaparición de los dos indómitos compañeros. Es más que probable que aquellas cualidades tan viriles recibieran mayor reconocimiento que aquellas débiles ovaciones.

Ésta es la crónica fiel de las conversaciones que intercambiaron los coroneles Feraud y D'Hubert durante la retirada de Moscú. La melancolía del coronel Feraud era el resultado de su furia contenida. Bajo, peludo, con el rostro ennegrecido por las capas de mugre y el nacimiento de una barba espesa, levantando una mano con cabestrillo casi congelada y envuelta en trapos de inmundicia acusaba al azar de aquella perfidia sin precedentes contra el sublime Hombre del Destino. El coronel D'Hubert tenía una opinión más reposada de los hechos, a pesar de los carámbanos que colgaban a ambos lados de sus bigotes sobre sus azules y agrietados labios y los párpados inflamados por el resplandor de la nieve, y de que su principal vestimenta fuera un abrigo de piel de oveja robado al congelado cadáver de un simpatizante que encontró en una carreta abandonada.

Sus acostumbradas bellas facciones estaban ahora reducidas a apenas unos hundidos y huesudos contornos sin carne que miraban desde una capucha negra de terciopelo de mujer sobre la que había sido colocado a la fuerza un sombrero de tres picos que había recogido de debajo de las ruedas de un furgón vacío del ejército. El abrigo de oveja era evidentemente corto para un hombre de su altura, por debajo de los jirones de su ropa inferior se podía ver la piel de sus piernas azulada por el frío. Dadas las circunstancias, aquello no provocaba ni bromas ni piedad. A nadie le importaba cómo se sentía o qué aspecto tenía el hombre que se encontraba a su lado. El propio coronel D'Hubert, endurecido por aquella exposición, sentía su autoestima herida por la lamentable indecencia de su ropa. Una persona desconsiderada podría creer que con la multitud de cuerpos sin vida que cubrían el camino de retirada un hombre no debería tener inconveniente para reparar en las deficiencias de vestuario, pero robar unos pantalones a un cuerpo congelado no es una tarea fácil, como puede parecer en teoría. Lleva tiempo y trabajo. Uno debe quedarse detrás mientras los compañeros continúan marchando

y el coronel D'Hubert dudaba en romper filas. Cada vez que alguien se apartaba no podía tener la certeza de que iba a poder encontrar de nuevo a su batallón y la desagradable intimidad de una lucha con un cadáver congelado, que oponía una rigidez inflexible a la violencia, era demasiado repugnante para la delicadeza de sus sentimientos. Por suerte, una tarde, mientras escarbaban en un montículo de nieve entre las chozas de un pueblo con la ilusión de encontrar alguna patata o algún desperdicio de basura vegetal congelada que llevar a los largos y temblorosos dientes, el coronel D'Hubert descubrió un par de esas alfombras que suelen utilizar los campesinos rusos para cubrir los lados de sus carretas. Una vez sacudida la nieve, cubrió su cuerpo con aquellas alfombras y las ajustó sólidamente alrededor de su cintura formando una prenda acampanada hacia abajo, una especie de enagua rígida que le daba al coronel D'Hubert un aspecto completamente decente, aunque también más llamativo.

Pertrechado de aquel modo continuó la retirada sin dudar en ningún momento de que se salvaría pero lleno de otras incertidumbres. El optimismo que había sentido al principio sobre su futuro se había desvanecido. Se trataba de una tristeza patriótica mezclada con cierta preocupación personal, muy diferente a la indignación irracional que sentía el capitán Feraud contra los hombres y las cosas. Mientras recobraba fuerzas en un pequeño pueblo alemán durante tres semanas, el coronel D'Hubert se sorprendió al descubrir cuánto deseaba el descanso. El vigor que empezaba a recuperar ahora era de una naturaleza extrañamente pacífica. Meditó en silencio sobre aquel cambio sorprendente en su humor. Y no había duda de que algunos de sus compañeros oficiales del campo de batalla estaban pasando por una experiencia moral semejante, pero aún no era el momento de hablarlo. En una de las cartas que envió a casa, el coronel D'Hubert escribió: «Querida Leonie, todos tus planes de casarme con esa adorable muchacha que conociste en tu barrio me parecen ahora más lejanos que nunca. Aún no estamos en paz. Europa necesita otra lección. Será una tarea muy difícil para nosotros pero debemos realizarla porque el emperador es invencible».

El coronel D'Hubert escribió aquello desde Pomerania, Leonie, su hermana, que se había instalado en el sur de Francia. Aquellos sentimientos no habrían sido repudiados por el coronel Feraud, quien no escribía cartas a nadie porque no tenía hermanas ni hermanos, cuyo padre había sido en vida un herrero analfabeto y a quien nadie deseaba ardientemente emparejar de por vida con una muchacha joven y encantadora, pero en la carta del capitán D'Hubert había además algunas generalidades filosóficas referidas a la incertidumbre en todas sus aspiraciones personales, condicionadas por entero al prestigioso destino de un gran hombre, es cierto, pero sin por ello olvidar que era simplemente un hombre a pesar de su

grandeza. Aquel punto de vista le habría parecido al coronel Feraud una herejía. Algunos de aquellos melancólicos presagios militares expresados con tanta cautela habrían sido juzgados por el coronel Feraud nada menos que como alta traición pero Leonie, la hermana del coronel D'Hubert, los leyó con profunda satisfacción y, tras doblar la carta con un gesto pensativo, se dijo a sí misma que «de vez en cuando, Armand demostraba ser un hombre sensible». Desde que se había casado y había pasado a formar parte de una familia del sur, se había convertido en una convencida creyente en el regreso del rey legítimo. Esperanzada y ansiosa, rezaba cada noche y cada mañana por la seguridad y el bienestar de su hermano y encendía velas en las iglesias.

Tuvo varios motivos para creer que sus plegarias eran atendidas. El coronel D'Hubert pasó por Lützen, Bautzen y Leipsic sin perder ningún miembro y aumentando aún más su reputación. Adaptó su conducta a los tiempos de desesperación que corrían y jamás expresó en voz alta sus dudas. Las ocultó bajo una cortesía alegre y tan agradable que las personas se preguntaban asombradas si el coronel D'Hubert era consciente del desastre. Y no sólo se trataba de sus modales, también en su modo de mirar permanecía sereno. La constante amabilidad en sus ojos azules desconcertaba a los más quejumbrosos y hacía que su desesperación se detuviera.

El propio emperador hizo un comentario favorable respecto al comportamiento del coronel D'Hubert; pertenecía ahora al grupo más cercano al general mayor del ejército y por eso estuvo en varias ocasiones bajo la mirada del gran hombre; algo irritaba enormemente el lado más susceptible del coronel Feraud. Una noche, de paso en servicio por Magdeburgo, mientras compartía tristemente una cena con el *commandant de place*, se permitió hacer un comentario sobre el adversario de toda su vida:

—Ese hombre no quiere al emperador. —Y sus palabras fueron recibidas por los demás huéspedes con un profundo silencio. El coronel Feraud, turbado en su conciencia por la salvajada de la calumnia, se sintió en la obligación de sostenerla con un buen argumento—. Uno estudia a su adversario, debo conocerlo mejor que nadie —exclamó y añadió algunas palabrotas—. Me he enfrentado a él media docena de veces, todo el ejército lo sabe. ¿Qué más quieren? Si ésa no es la mejor manera de que un idiota cualquiera mida a su adversario, que me lleve el demonio si no soy yo el que mejor puede decirlos de quién se trata. —Y miró alrededor de la mesa, obstinado y sombrío.

Más tarde, en París, mientras estaba reorganizando su regimiento, el coronel

Feraud se enteró de que el coronel D'Hubert había sido ascendido a general. Miró al informante incrédulo, cruzó los brazos y se dio la vuelta murmurado:

—Nada que venga de ese hombre me sorprende. —Y en voz más alta agregó, hablando por encima del hombro—: Usted me obliga a pedirle que le diga al general D'Hubert, ni bien lo vea, que su ascenso le salva durante un tiempo de un encuentro conmigo. Yo sólo esperaba que apareciera por aquí.

El otro oficial reprobó sus palabras:

—¿Cómo puede pensar en eso, coronel Feraud, bajo las circunstancias actuales en las que cada vida debe consagrarse a la gloria y seguridad de Francia?

Pero la cadena de infelicidad causada por los reveses militares había arruinado el carácter del coronel Feraud. Como a muchos otros hombres, la desgracia lo había vuelto cruel.

—No puedo considerar al general D'Hubert útil ni para la gloria ni para la seguridad de Francia —respondió con malicia—, no estará usted pensando que lo conoce mejor que yo, ¿no? ¿Mejor que alguien que se ha batido en duelo con él media docena de veces?

Su interlocutor, un hombre joven, quedó en silencio. El coronel Feraud comenzó a caminar de un lado a otro en la habitación.

—Supongo que no es un buen momento para decirlo con tanta franqueza —aclaró—, pero no creo que ese hombre haya querido jamás al emperador. Consiguió sus galones de general bajo las botas del mariscal Berthier. Muy bien. Yo conseguiré los míos a la vieja usanza, y luego arreglaremos este asunto, que se viene arrastrando hace ya demasiado tiempo.

Cuando lo informaron de manera indirecta sobre la actitud del coronel Feraud, el general D'Hubert hizo un gesto como si apartara a un lado a una persona inoportuna. Debía pensar en cosas más graves. No había tenido tiempo ni siquiera de ir a visitar a su familia. Su hermana, cuyas esperanzas en la realeza eran mayores cada día, se sentía orgullosa de su hermano, aunque lamentaba de cierta manera su reciente ascenso, porque lo destacaba como un favorito para el usurpador, lo cual más adelante podía traer consecuencias negativas a su carrera. Él le contestó que únicamente un enemigo acérrimo podía decir que había conseguido su ascenso por favoritismos. En cuanto a su carrera, le aseguró que no miraba más allá de la siguiente batalla.

Habiendo comenzado la campaña en Francia con un espíritu tenaz, el general D'Hubert resultó herido el segundo día de batalla en Laon. Mientras los sacaban del campo, alcanzó a oír que el coronel Feraud, recién ascendido a general, había sido enviado para reemplazarlo al mando de su propia brigada. Maldijo su suerte impulsivamente y sin detenerse a pensar en todas las ventajas de aquella herida profunda. Era el heroico modo en que la Providencia daba forma a su futuro. Mientras viajaba lentamente hacia la casa de campo de su hermana al sur bajo el cuidado de un viejo criado de confianza, el general D'Hubert logró evitar los humillantes encuentros y las confusas acciones que debieron realizar los hombres del Imperio napoleónico al momento de su caída. Recostado en su cama, con las ventanas de su habitación abiertas al sol de la Provenza, comprendió los aspectos más positivos de la bendición que le habían otorgado aquellos fragmentos de metralla prusiana que, matando a su caballo y abriéndole una herida en el muslo, lo habían salvado de un profundo dilema con su conciencia. Después de catorce años con la espada en la mano sobre la silla de montar y con la certeza de haber cumplido su deber hasta el final, el general D'Hubert comprendió que la resignación era una virtud muy cómoda. Su hermana estaba encantada con aquella sensatez.

—Me pongo enteramente en tus manos, me querida Leonie —dijo.

Aún estaba en cama cuando, gracias a la intercesión de la familia de su cuñado, recibió de parte del gobierno borbón no sólo la confirmación de su rango, sino la certeza de que lo mantendrían en la lista de oficiales activos. A esto se sumaba un permiso de baja por convalecencia sin límite. La razón de que le mantuvieran en la lista de activos se debió principalmente a la desfavorable opinión que había sobre él en los círculos bonapartistas, apenas sostenida por las frívolas opiniones del general Feraud, aunque el rango del general Feraud también fue confirmado. Era más de lo que se había atrevido a esperar, pero el mariscal Soult, Ministro de Guerra de la recién restaurada monarquía, tenía debilidad por los soldados que habían luchado en España. Permaneció de un humor intransigente, oscuro y sin actividad. Buscaba en viejos y oscuros restaurantes la compañía de otros oficiales de media paga que al igual que él acariciaban en sus bolsillos superiores las escarapelas de tres colores viejas, sucias y gloriosas, y abrochaban sus uniformes desgastados con los botones prohibidos del águila, declarando que eran demasiado pobres para afrontar el gasto de cambiarlos por los que les habían impuesto.

El retorno triunfal de Elba, una proeza histórica tan increíble como el nacimiento de un semidiós mitológico, encontró al general D'Hubert aún bastante

inhabilitado para montar a caballo. Tampoco podía caminar muy bien. Aquellas dificultades, que la señora Leonie consideraba muy afortunadas, ayudaron a que su hermano se mantuviera al margen de cualquier riesgo. Consternada notó que el estado de ánimo de él no era para nada razonable. El general, que aún corría el riesgo de perder un miembro, fue descubierto una noche en las caballerizas del palacete por un mozo que, al ver una luz, levantó la alarma de posibles ladrones. La muleta del general estaba medio enterrada en la paja de la basura y el general saltaba en una pierna en una cuadra abierta intentando ensillar un caballo que bufaba. Aquéllos eran los efectos del encantamiento imperial sobre los espíritus tranquilos y las mentes reflexivas. Acorralado por las luces de las linternas del establo, entre lágrimas, súplicas, indignación, protestas y reproches a su familia, salió de aquella situación desmayándose allí mismo y siendo acarreado por sus familiares más directos hasta la cama. Antes de que volviera a salir de ella pasaron como un sueño aterrador el segundo reinado de Napoleón y los Cien Días de agitación febril y gran esfuerzo. El trágico año de 1815, que había comenzado con importantes conflictos y una agitada conciencia social, terminaba con vengativas prohibiciones.

Cómo el general Feraud escapó de las garras de la Comisión Especial y de las últimas actuaciones del pelotón de fusilamiento, es algo que ni siquiera él mismo llegó a saber nunca. En parte se debió a su rol de subalterno en el período de los Cien Días. El emperador jamás llegó a darle un comando activo, sino que lo había mantenido en el depósito de la caballería en París, armando y despachando rápidamente al campo de batalla soldados entrenados, y como consideró siempre aquella tarea indigna de sus habilidades, la había desarrollado sin mostrar un gran entusiasmo. La realidad fue que lo que le salvó de una reacción excesiva por parte de la monarquía fue una gestión del general D'Hubert.

D'Hubert, que seguía con la baja por convalecencia pero ya estaba en condiciones de viajar, había sido enviado por su hermana a París para presentarse ante el legítimo monarca. Fue recibido con distinción, puesto que nadie en la capital estaba enterado del episodio del establo. De naturaleza militar hasta en lo más profundo de su alma, la perspectiva de continuar avanzando en su carrera lo consolaba de encontrarse en el centro del rencor bonapartista. Todo el rencor de aquel amargado y perseguido grupo lo señalaba como el hombre que nunca había querido realmente al emperador, una especie de monstruo aún peor que cualquier traidor.

El general D'Hubert levantaba los hombros sin resentimiento ante aquel grave prejuicio. Rechazado por sus antiguos camaradas y desconfiando

profundamente de los avances de la sociedad monárquica, el joven y guapo general (tenía apenas cuarenta años) adoptó los modales de una cortesía fría y puntillosa que, ante la más mínima sombra de insinuación, se convertía en una severa altanería. Con aquella disposición, el general D'Hubert asumió sus asuntos en París sintiéndose feliz en su interior, con esa alegría especial que eleva a los hombres que se sienten enamorados. La encantadora muchacha que su hermana le había conseguido había entrado en escena y lo había conquistado de la única manera en que una muchacha joven puede adueñarse por completo un hombre de cuarenta años: con su sola presencia. Se iban a casar en cuanto el general D'Hubert obtuviera su nombramiento oficial en el mando prometido.

Una tarde, sentado en la *terrace* del café Tortoni, el general D'Hubert se enteró a través de la conversación de dos extraños sentados en una mesa cercana, que el general Feraud, incluido en el grupo de oficiales de alto mando que habían sido arrestados después del segundo regreso del rey, corría el riesgo de comparecer ante el Tribunal Especial. Viviendo en aquel estado de alegre ensoñación, como suele ocurrirle a los enamorados ansiosos, bastó oír el nombre de su adversario en voz alta para que el más joven de los generales de Napoleón se apartara de la contemplación mental de su amada. Echó una mirada alrededor. Los desconocidos iban vestidos de civiles. Esbeltos y afectados por el clima, se balanceaban en sus sillas mientras miraban a la gente con el ceño fruncido, de mal humor y abstraídos en una actitud desafiante bajo sus sombreros calados. No le resultó difícil identificar que se trataba de dos oficiales de la vieja guardia obligados a retirarse. Por bravuconería o descuido, hablaban en voz alta y el general D'Hubert, que no encontró ningún motivo para cambiar de asiento, escuchó cada una de sus palabras. Al parecer no eran amigos personales del general Feraud. Su nombre fue mencionado entre muchos otros. Al oírlo repetidas veces, las ingenuas ideas que se había hecho el general D'Hubert de una vida doméstica repleta de encantos femeninos se vieron atravesadas por el brutal recuerdo de su pasado en la guerra, de aquel único y embriagador choque de armas, insuperable por la magnitud de su gloria y su desastre, un trabajo maravilloso que se había vuelto una posesión única de su generación. Sintió entonces una ternura irracional hacia su antiguo adversario y de forma emotiva comprendió el feroz disparate que aquellos encuentros habían aportado a su vida. Se parecía a ese pellizco adicional que ciertas especias otorgan a un plato muy elaborado. Con repentina melancolía, recordó aquel sabor que jamás volvería a probar. Todo había acabado. «Creo que el hecho de dejarlo tirado en el jardín fue lo que más le irritó de mí al principio», pensó con indulgencia.

Los dos extraños de la mesa de al lado se habían quedado en silencio tras

mencionar por tercera vez el nombre del general Feraud. De pronto, el mayor de los dos volvió a hablar con un tono amargado y afirmó que la cuenta regresiva del general Feraud ya había comenzado. ¿Y por qué? Sencillamente porque él no era como esos otros peces gordos que se apreciaban demasiado a sí mismos. Los monárquicos sabían que jamás obtendrían nada de él. Sabían que quería demasiado al *Otro*.

El Otro era el hombre de Santa Elena.^[32] Los dos oficiales asintieron y, antes de beber, brindaron por un retorno imposible. A continuación, el mismo que había hablado antes subrayó con una irónica sonrisa:

—Su adversario era más inteligente.

—¿Qué adversario? —preguntó el más joven, desconcertado.

—¿No lo sabe? Eran dos húsares. Con cada ascenso se batían a duelo. ¿No oyó hablar del duelo que se viene desarrollando desde 1801?

El otro había oído hablar de aquel duelo, por supuesto. Ahora entendía la indirecta. El general barón D'Hubert iba a poder disfrutar en paz de la simpatía de su mofletudo rey.

—Esto le sentará bien —murmuró el más viejo—, eran hombres muy valientes. Nunca vi al tal D'Hubert, me dijeron que es una especie de dandi misterioso, pero no tengo duda de lo que me dijo Feraud: que nunca quiso al emperador.

Luego se pusieron de pie y se alejaron.

El general D'Hubert sintió entonces el horror de un sonámbulo que se despierta de un sueño agradable y descubre que está caminando en un lodazal. Lo invadió una repugnancia profunda por las decisiones que estaba tomando. Incluso la imagen de la muchacha fue arrastrada de su vista por el torrente de una angustia moral. Todo lo que había sido o había deseado ser tendría siempre el sabor amargo de la vergüenza si no lograba salvar al general Feraud del destino que amenazaba a tantos valientes. Con el impulso de aquella necesidad casi mórbida de encargarse de salvar a su adversario, el general D'Hubert trabajó con pies y manos (como dice el refrán francés) y en menos de veinticuatro horas encontró la forma de obtener una audiencia privada extraordinaria con el ministro de la Policía.

El general barón D'Hubert fue presentado rápidamente y sin preliminares. En la penumbra del gabinete del ministro, detrás de la mesa, las sillas y las pilas del escritorio, vio una figura con un precioso abrigo que posaba frente a un espejo entre dos candelabros de velas de cera encendidas. Era el viejo y *conventionnel* Fouche, el senador del Imperio que había traicionado a todos los hombres, todos los principios y todas las motivaciones de la conducta humana. El duque de Otranto y astuto artesano de la Segunda Restauración estaba probando cómo le sentaba un traje con el que su joven prometida le había dicho que le gustaría que lo retratasen en porcelana. Era un capricho, una petición adorable que el primer ministro de la Policía de la Segunda Restauración estaba más que dispuesto a cumplir, y es que aquel hombre al que solían comparar con un zorro por su astucia, pero cuya ética podía haberse representado como un zorrillo, estaba tan poseído por el amor como el general D'Hubert.

Nervioso por haber sido descubierto en aquella postura debido a un malentendido con el criado, se enfrentó a aquel pequeño disgusto con la imprudencia que lo caracterizaba y que tanto le había servido en las interminables maniobras de su egoísta carrera. Sin cambiar la actitud en lo más mínimo, adelantó una pierna enfundada en una media de seda y, con la cabeza girada sobre el hombro izquierdo, dijo con tranquilidad:

—Por aquí, general. Acérquese por favor. ¿Y bien? Soy todo oídos.

El general D'Hubert, incómodo como si una debilidad propia hubiese quedado de manifiesto, presentó su solicitud lo más rápido posible y el duque de Otranto continuó ajustándose el cuello o arreglándose las solapas frente al espejo, o girando con esfuerzo la espalda para contemplar el efecto de los bordados de oro en la parte trasera de la levita. Si se hubiese encontrado solo, aquella expresión inmóvil de la cara y aquellos ojos atentos no hubieran podido expresar mayor interés por aquellos asuntos.

—¿Excluir de las operaciones del Tribunal Especial a un tal Gabriel Florian Feraud, general de la brigada de la promoción de 1814? —repitió en un tono un poco asombrado, y luego se alejó un poco del espejo—. ¿Y por qué excluirlo a él precisamente?

—Me sorprende que su excelencia, tan competente en la evaluación de los hombres de esta época, haya considerado que valía la pena incluir ese nombre en la lista.

—¡Pero si es un bonapartista rabioso!

—Igual que cualquier otro granadero o soldado del ejército, como su excelencia bien sabe. Las particularidades del general Feraud no tienen más peso que las de cualquier otro granadero. Es un hombre sin demasiado intelecto, sin ninguna habilidad especial. No se puede pensar que alguna vez alcance algún tipo de influencia.

—Y aun así tiene una lengua afilada —contestó Fouche.

—Molesta, lo admito, pero no peligrosa.

—No voy a discutir con usted. No sé casi nada de él. De hecho, apenas sabía su nombre.

—Y sin embargo, su excelencia oficia la presidencia de la Comisión creada por el rey para señalar a quienes deben ser juzgados —dijo el general D'Hubert con un énfasis que no escapó al oído del ministro.

—Sí, general —contestó mientras se alejaba hacia el sector más oscuro de aquella amplia habitación. Se arrojó sobre un sillón profundo que le engulló casi por completo, a excepción del suave brillo de los bordados de oro y la nube pálida del rostro—. Así es general, siéntese en esa silla, por favor.

El general D'Hubert se sentó.

—Sí, general —continuó el maestro en el arte de las maniobras y las traiciones, cuya hipocresía, como si a veces le resultara intolerable incluso a sí mismo, encontraba cierto consuelo en pequeñas explosiones de cínica honestidad—, me apresuré a formar la Comisión de proscripción y acepté su presidencia. ¿Y sabe por qué lo hice? Por el simple temor de saber que si no me encargaba rápidamente yo mismo de ese asunto, mi propio nombre iba a estar incluido en esa lista. Así son los tiempos en los que vivimos, y yo soy un ministro del rey y le pregunto con franqueza: ¿por qué debería quitar de la lista el nombre de este oscuro Feraud? ¡Y usted se pregunta por qué ese nombre está ahí! ¿Es posible que conozca tan poco a los hombres? Mi querido general, en la primera sesión de la Comisión los nombres nos caían como la lluvia sobre los techos de las Tullerías. ¡Nombres! Podíamos elegir entre miles. ¿Cómo sabe usted que el nombre de este Feraud, cuya vida o muerte es del todo indiferente para Francia, no ha dejado afuera a algún otro nombre?

La voz que emergía del sillón se detuvo de pronto. Enfrente estaba el general D'Hubert inmóvil, sombrío y silencioso. Lo único que se movía ligeramente era su sable. La voz del sillón comenzó de nuevo:

—Debemos satisfacer también las exigencias de los soberanos aliados. El príncipe de Talleyrand me dijo ayer que Nesselrode le había informado oficialmente del descontento de Su Majestad el emperador Alejandro ante la escasa cantidad de *ejemplos* con los que el gobierno del rey estaba ilustrando a la sociedad, sobre todo en el caso de los militares. Se lo comento de manera confidencial.

—¡Le doy mi palabra! —interrumpió el general D'Hubert hablando entre dientes—. No sé qué uso podría darle a tanta información confidencial, casi tendría que partir en dos mi sable con la rodilla y tirar los trozos...

—¿A qué gobierno cree usted que está sirviendo? —interrumpió con brusquedad el ministro.

Tras una pequeña pausa se escuchó la desanimada voz del general D'Hubert:

—Al gobierno de Francia.

—Eso no es más que una forma de tranquilizar su conciencia con palabras, general. La realidad es que usted está sirviendo a un gobierno de exiliados que han regresado, hombres que no han tenido un país durante veinte años, unos hombres que además acaban de superar un etapa de un maldito y humillante terror... No albergue ningún tipo de esperanza con respecto a ellos.

El duque de Otranto se calló. Se había desahogado y había logrado su objetivo, el de disminuir la autoestima de aquel hombre que lo había descubierto en una incómoda actitud posando frente a un espejo con un traje cargado de bordados de oro. Pero el ejército estaba lleno de oficiales impetuosos. Pensó que sería inconveniente que un general bien dispuesto, recibido por recomendación de uno de los príncipes, hiciera algún escándalo impensado al salir de una audiencia privada con él. Cambiando de tono, puso la pregunta en el centro de la conversación:

—¿Cuál es su relación con ese Feraud?

—Ninguna. No me relaciono con él.

—¿Es un amigo íntimo?

—Íntimo... sí. Se podría decir que entre nosotros hay una conexión íntima de una naturaleza que convierte mis intentos de ayudarlo en una cuestión de honor...

El ministro agitó una campanilla antes de que terminara la frase. Cuando el sirviente se retiró después de dejar dos candelabros de plata sobre el escritorio, el duque de Otranto se puso de pie —el pecho resplandeciente por los dorados reflejos de la luz—, sacó una hoja de papel del cajón y la sostuvo ostentosamente en una mano mientras decía con persuasiva gentileza:

—No debe usted decir cosas como lo de partir en dos el sable con la rodilla, general, es probable que lo único que suceda es que no le den otro. El emperador no regresará esta vez... *Diable d'homme!* Hubo un momento, poco después de Waterloo, aquí en París, en que tuve ese miedo, era como si estuviese listo para empezar todo de nuevo; por suerte, uno no tiene nunca la oportunidad de empezar todo de nuevo. Nunca se le ocurra romper su sable, general.

El general D'Hubert, sin levantar la mirada del suelo, movió apenas la mano en un gesto de renuncia desesperada. El ministro de la Policía apartó la mirada y deliberadamente echó un vistazo a la hoja de papel que había tenido en la mano todo ese tiempo.

—Fueron elegidos veinte generales como casos ejemplarizantes. Veinte. Un número redondo. Y veamos, Feraud... Ah, aquí está. Gabriel Florian. *Parfaitement.* Este es su hombre. Bueno, parece que ahora ya sólo habrá diecinueve ejemplos.

El general D'Hubert se puso en pie como si hubiera atravesado una enfermedad infecciosa.

—Debo pedirle a su excelencia que mantenga mi mediación en completo secreto. Para mí es muy importante que él jamás se entere...

—¿Y quién podría informarle, dígame? —señaló Fouche levantando los ojos con curiosidad hacia el gesto duro y tenso del general D'Hubert—. Coja una de esas plumas y tache el nombre usted mismo. Ésta es la única lista que existe. Si se toma el trabajo de cargar la suficiente cantidad de tinta, nadie será capaz de descifrar el nombre que quedará debajo pero, *par exemple*, no soy responsable de lo que Clarke haga luego con él. Si mantiene esa actitud rabiosa, el ministro de Guerra acabará enviándole a algún pueblo de provincia bajo la supervisión de la

policía.

Unos días más tarde el general D'Hubert le comentó a su hermana:

—¡Querida Leonie! Sentía que no podía abandonar París tan rápido como deseaba.

—Son los efectos del amor —le contestó ella con una sonrisa malévola.

—Y del horror —agregó el general D'Hubert con profunda seriedad—. Casi me muero de... de asco.

Su rostro se contrajo por la repulsión y, como su hermana lo notó al instante, se vio obligado a continuar:

—Tuve que verme con Fouche. Me dieron una audiencia. Estuve en su gabinete. A quienes hemos tenido la desgracia de compartir una habitación con ese hombre y respirar su mismo aire, nos queda impregnada una sensación de indignidad, una desagradable impresión de no haber sido tan honestos como, en el fondo, creíamos que éramos... pero no creo que me puedas comprender.

Leonie asintió varias veces. Al contrario de lo que él creía, podía entenderlo muy bien. Conocía a fondo a su hermano y le gustaba como era. El odio y el desprecio a la raza humana eran patrimonio del jacobino Fouche, un hombre que había utilizado cualquier debilidad, virtud o generosa ilusión de los hombres para su propio beneficio y que había hecho quedar como tontos a todos los hombres de su generación para desaparecer más tarde bajo la sombra de ese nuevo nombre de duque de Otranto.

—Mi querido Armand —dijo compasiva—, ¿qué esperabas de ese hombre?

—Nada menos que la vida —contestó el general D'Hubert—, y la conseguí. Tuve que hacerlo, pero siento que jamás podré perdonarle al hombre al que salvé el haber tenido que ver a Fouche.

El general Feraud, incapaz de entender por qué le sucedían aquellas cosas, recibió la orden del ministro de Guerra de dirigirse de inmediato a un pueblo pequeño en el centro de Francia. Rechinó los dientes con fuerza: le asustaba salir de aquel estado de guerra, el único que había conocido en su vida y también la espantosa visión de un mundo en paz. Se marchó al pequeño pueblo firmemente convencido de que aquello no podía durar. Una vez allí le informaron de que le

daban la baja del ejército y que su pensión (calculada según su rango de general) dependería de la urbanidad de su comportamiento y de los informes que hiciera de él la policía. ¡Fuera del ejército! De pronto se sintió muy extraño en la tierra, como un espíritu sin cuerpo. No podía vivir de aquel modo. Al principio reaccionó con desconfianza; aquello no podía estar sucediendo. Esperó truenos, terremotos, algún cataclismo natural; pero no sucedió nada. El peso de plomo de un ocio irremediable descendió sobre el general Feraud y, como era hombre de pocos recursos, se hundió en un estado de estupidez impresionante. Vagaba por las calles del pueblo mirando con ojos opacos y sin prestar atención a los sombreros que se levantaban a su paso. Las personas, dándose codazos al verlo pasar, murmuraban:

— Ahí va el pobre general Feraud, tiene el corazón destrozado, fíjense cómo quería al emperador.

El resto de los hombres, despojos vivientes de la tempestad napoleónica, se agrupaba entorno al general Feraud con infinito respeto. Él mismo se veía como un alma aplastada por la pena. Sufría ataques repentinos de ganas de llorar, de gritar, de morderse los puños hasta que le sangraran, de pasar días en cama con la cabeza enterrada bajo la almohada, pero todas aquellas cosas no se debían sino al más puro tedio, a la angustia que le generaba aquel inmenso, indescriptible y fabuloso aburrimiento. Su incapacidad mental para comprender lo desesperado de su situación lo salvó del suicidio. No lo pensó ni siquiera una vez. No pensaba en nada, pero perdió el apetito y le resultaba tan difícil expresar aquellos abrumadores sentimientos (ni las insultos más furiosos habrían estado a la altura) que fue imponiéndose poco a poco el hábito del silencio, una especie de muerte para un carácter sureño como el suyo.

Causó una gran impresión en los *anciens militaires*, que se reunían en un pequeño café lleno de moscas la sofocante tarde en la que «el pobre general Feraud» soltó de pronto una descarga de violentas maldiciones.

Había estado sentado en silencio en su privilegiada esquina de siempre, hojeando las gacetas que llegaban de París con la misma atención que un condenado puede mostrar por las noticias en la víspera de su ejecución. Un grupo de rostros valientes se acercaron al general, entre los que se destacaban un hombre al que le faltaba un ojo y otro que se había lastimado la punta de la nariz en Rusia.

— ¿Qué sucede, general?

El general Feraud se sentó con la espalda erguida y sostuvo un periódico

doblado a la distancia de su brazo para poder ver mejor las letras pequeñas. Volvió a leer para sí mismo, una vez más, la parte de la noticia que había provocado, podríamos decir: su resurrección.

Se nos informa que el general D'Hubert, que hasta ahora se había mantenido con un permiso al sur de Francia, ha sido designado para dirigir la Quinta Brigada de Caballería en...

Dejó caer el papel rígido como una piedra. «Designado para dirigir...». Se dio un fuerte golpe en la frente.

—Casi lo había olvidado —murmuró con un tono abatido.

Un veterano gritó desde el fondo del café:

—¿Alguna nueva baja del gobierno, general?

—Las bajas de estos villanos —gritó el general Feraud— no tienen límite. ¡Una más, una menos! —bajó el volumen—, pero yo voy a poner en orden al menos una de ellas. —Y miró todas las caras a su alrededor—. Hay un oficial engominado y rizado, un mimado de ciertos mariscales que vendió a sus padres por conseguir un poco de oro inglés. Esa persona va descubrir muy pronto que aún sigo vivo —declaró con un tono irrefutable—. Es un asunto privado. Un viejo asunto de honor. ¡Bah! Nuestro honor ya importa poco. Aquí estamos, expulsados y con las orejas desgarradas como si fuésemos un puñado de caballos de tropa que apenas sirven para la reventa, pero esto sería como asestar un último golpe por el emperador... *Messieurs*, voy a necesitar la ayuda de dos de ustedes.

Todos los hombres se acercaron. El general Feraud, profundamente conmovido por aquella demostración, llamó emocionado al veterano coracero al que le faltaba un ojo y al oficial de los *chasseurs à cheval*^[33] que había perdido parte de la nariz en Rusia y se excusó con el resto de oficiales.

—Es un asunto de gente de caballería, ¿saben?

Recibió como respuesta un coro de *Parfaitement, mon general... C'est juste... Parbleu, c'est connu...* Todos quedaron satisfechos. Los tres abandonaron juntos el café, con vítores de *Bonne chance*.

Ya fuera, se agarraron del brazo con el general en el medio. Los tres sombreros mohosos de punta que habían usado *en bataille* con una amarga

inclinación hacia delante, cubrían ahora casi toda la calle. El pequeño y caluroso pueblo de piedras grises y tejas rojas estaba sumido en la siesta durante aquella tarde provinciana de cielo azul. Los fuertes bastonazos de un tonelero golpeando el tonel repicaban con cierta regularidad entre las casas. El general arrastraba un poco el pie izquierdo a través de las sombras de los muros.

—Ese maldito invierno de 1813 se me ha metido en los huesos para siempre, pero no importa, usemos pistolas, con eso bastará. Tengo un poco de lumbago, pero sí, usaremos pistolas. Lo tengo en el bote. Mi puntería sigue igual de afilada que siempre, deberían haberme visto en Rusia cargándome a esos huidizos cosacos con un viejo fusil de infantería. Tengo un don natural para las armas de fuego.

Y el general Feraud continuó hablando de aquel modo con la cabeza levantada, los ojos de lechuza y el pico rapaz. Había sido un luchador toda la vida, un hombre de caballería, un *sabreur*,^[34] entendía la guerra como algo extremadamente simple, una especie de enorme montaña de disputas personales, un duelo comunitario. Ahora tenía entre manos una guerra personal. Se reanimó. La sombra de la paz se alejaba al igual que la sombra de la muerte. Era la maravillosa resurrección del hombre llamado Gabriel Florian Feraud, alistado *volontaire* desde 1793, ascendido a general en 1814 y enterrado sin ceremonia debido a la orden de servicio firmada por el ministro de Guerra de la Segunda Restauración.

IV

Ningún hombre triunfa en todo lo que emprende, y, en consecuencia, se podría decir que todos somos fracasados; lo importante es no fallar al elegir y sostener el principal esfuerzo de nuestra vida y, en ese sentido, es la vanidad la que nos lleva por el mal camino. A veces nos empuja a situaciones de las que sólo podemos salir lastimados. El orgullo, en cambio, es nuestro salvoconducto, tanto por la prudencia que impone a nuestras elecciones como por su capacidad para sostenernos en pie.

El general D'Hubert era un hombre orgulloso y reservado. No había sufrido por sus aventuras amorosas, resultaran bien o no. Dentro de aquel cuerpo cubierto de cicatrices de guerra, su corazón había permanecido indemne hasta los cuarenta. Ahora, aunque con prudencia, estaba empezando a poner también de su parte en los planes matrimoniales de su hermana y se daba cuenta de que se estaba enamorando irremediablemente como quien cae desde un tejado, pero era demasiado orgulloso para sentir miedo. La sensación, de hecho, era tan placentera que no se sentía amenazado en absoluto.

La inexperiencia de un hombre de cuarenta años es mucho más preocupante que la inexperiencia de un joven de veinte, ya que no cuenta con la ligereza del ardiente deseo. La muchacha tenía un halo de misterio como lo tienen todas las jóvenes por la simple apariencia de una disimulada ingenuidad, pero para él, el misterio de aquella chica era único y fascinante a pesar de que no había ningún misterio en los arreglos de la unión gestionados por la señora Leonie. Los arreglos mismos tampoco tenían nada de particular. Se trataba de una unión muy conveniente, respetuosa con los deseos de la madre de la joven (el padre había muerto) y aceptada también por su tío —un viejo exiliado que había regresado hacía poco de Alemania y que, bastón en mano, paseaba por jardín de la casa ancestral de la joven como un delgado fantasma del antiguo régimen.

El general D'Hubert no era de ese tipo de hombres que, llegados a cierta edad, se satisfacen únicamente con una mujer y su riqueza. Su orgullo (y el orgullo siempre pretende un éxito rotundo) sólo podía sentirse satisfecho con amor, pero como el verdadero orgullo jamás es vanidad, no podía imaginar ningún motivo para que aquella misteriosa muchacha de mirada profunda y brillante de color

violeta sintiera por él algo más cálido que la indiferencia. La joven (llamada Adele) evitó todos sus intentos por aclarar este punto. Es cierto que sus intentos habían sido torpes y un poco tímidos porque entonces el general D'Hubert era muy consciente de su edad, sus heridas, sus innumerables imperfecciones morales, su secreta falta de mérito y había aprendido por las circunstancias de su vida y por experiencia propia el significado de la palabra «temor». Hasta donde lograba entender, la joven, con una confianza ilimitada en el afecto y la sagacidad de su madre, no parecía sentir aversión por el general D'Hubert, y con eso era suficiente para que una muchacha educada comenzara su vida en matrimonio, pero esto hería y abrumaba el orgullo del general D'Hubert, que se preguntaba a sí mismo, con una especie de desilusión dulce, qué más podía esperar de la muchacha. Ella tenía un rostro tranquilo y luminoso. Sus ojos de color violeta sonreían mientras las líneas de su boca y su barbilla mantenían el gesto de una gravedad admirable y todo aquello estaba enmarcado por una cabellera rubia y abundante, por una tez tan maravillosa y una gracia de expresión tal que el general D'Hubert jamás encontró la ocasión de examinar con atención suficiente las altas exigencias de su propio orgullo. De hecho, se volvió inseguro para realizar aquel tipo de indagaciones, ya que lo habían llevado una o dos veces a una crisis melancolía apasionada en la que había comprendido que la quería tanto que prefería matarla a perderla. De estos dilemas, harto conocidos para los hombres de cuarenta años, salía siempre exhausto, lleno de arrepentimiento y un poco pesimista, pero aun así le proporcionaba cierto confort la plácida costumbre de sentarse de vez en cuando, en mitad de la noche, junto a una ventana abierta y meditar sobre la maravilla de su existencia, como un creyente se pierde en la contemplación mística de su destino.

No se debe deducir que todos estos vaivenes íntimos fueran evidentes desde el exterior. Al general D'Hubert no le costaba aparecer envuelto en sonrisas porque, de hecho, era un hombre feliz. Siguió las reglas establecidas para su condición, enviaba flores cada mañana (del jardín y de los invernaderos de su hermana) y, un poco más tarde, llegaba a almorzar con su prometida, la madre y el tío exiliado, y pasaban la tarde sentados a la sombra o paseando. De su lado, la relación estaba marcada por una delicadeza atenta, al borde de la ternura, con frases juguetonas que escondían el profundo dolor que le causaba la inaccesible cercanía de ella. Al final de la tarde, el general D'Hubert volvía a casa caminando por los viñedos, a veces profundamente abatido, a veces enormemente feliz y a veces con una tristeza pensativa, pero siempre sintiendo su existencia con una intensidad especial, un entusiasmo que comparten los artistas, los poetas y los amantes, hombres poseídos por una gran pasión, por pensamientos nobles o por un nuevo acercamiento a la belleza visible.

En este punto el mundo exterior no tenía ninguna particularidad para el general D'Hubert pero un atardecer, mientras atravesaba la cresta de una montaña desde la cual alcanzaba a ver ambas casas, el general divisó dos figuras al fondo del camino. Había sido un día precioso. La decoración alegre del cielo daba un resplandor suave a los tonos oscuros de la tierra del sur. Las rocas grises, los campos sombríos, las distancias púrpuras y onduladas armonizaban bajo el tono luminoso que anticipaba ya el rostro de la noche. Las figuras al fondo del camino parecían dos siluetas duras de madera negra sobre el sendero de polvo blanco. El general D'Hubert reconoció los abrigos militares largos y rígidos, abotonados hasta el comienzo de las medias negras, los sombreros de tres picos, los rostros oscuros, delgados y marcados —de veteranos— y ¡los bigotes *vieilles*! El más alto llevaba un parche negro en un ojo. La expresión dura y seca del otro exhumaba alguna peculiaridad extraña e inquietante que, cuando lo tuvo más cerca, resultó ser la ausencia de la punta de la nariz. Levantaron las manos en un único movimiento a un paisano un poco cojo que caminaba con un grueso bastón, le preguntaron cómo podían llegar hasta la casa del general barón D'Hubert y cuál era la mejor manera de hablar con él en privado.

—Si esto les parece lo suficientemente privado —dijo el general D'Hubert echando una mirada a los viñedos a su alrededor, enmarcados por líneas púrpuras y por el nido de paredes grises y apagadas de una aldea que se apiñaba sobre la cima de un cerro cónico—, si consideran que este punto es lo suficientemente tranquilo, pueden hablar con él en este preciso momento. Y les pido, camaradas, que hablen con franqueza y en confianza.

Al oírlo dieron un paso hacia atrás y volvieron a levantar sus manos, pero esta vez hasta sus sombreros, en señal de evidente protocolo. El hombre al que le faltaba la punta de la nariz, hablando por los dos, remarcó que el asunto era de extrema confidencialidad y debía ser resuelto con discreción. Se habían instalado en el pueblo de arriba, donde los malditos patanes no habían parado de mirar con malos ojos a los tres modestos militares. De momento lo único que deseaban preguntar era el nombre de los amigos del general D'Hubert.

—¿A qué amigos se refiere? —dijo el general sorprendido y completamente perdido—. Resido en la casa de mi cuñado, está por allí.

—Bueno, él podría ser uno de ellos —dijo el veterano sin nariz.

—Nosotros seremos los amigos del general Feraud —comentó el otro, que había permanecido en silencio hasta ese momento, mientras miraba con una

expresión ceñuda y con su único ojo a aquel hombre que *jamás* había querido al emperador. Aquello era algo digno de verse. Y es que hasta los mariscales y los príncipes, esos Judas que llevaban bordados de oro y que lo habían vendido a los ingleses, al menos lo habían querido en algún momento de sus carreras, pero aquel hombre no había querido nunca al emperador. Lo había dicho el general Feraud muy claramente.

El general D'Hubert sintió un golpe en el pecho. Durante la fracción infinitesimal de un segundo fue como si la rotación de la tierra se hubiera vuelto perceptible por un leve y horrible crujido en la eterna quietud del espacio, pero aquel ímpetu de la sangre golpeando en sus oídos pasó al instante y murmuró sin querer:

—¡Feraud! Me había olvidado de su existencia.

—Pues vive aunque, es cierto, muy incómodo en esa infame posada que está allí arriba, ese nido de salvajes —dijo el *cuirassier*^[35] con sequedad—. Llegamos hace una hora en caballos de montar y está esperando muy impaciente nuestro regreso. Hay prisa, ya sabe. El general ha roto la prohibición del ministro para obtener de su parte la satisfacción que le corresponde por las leyes del honor y, naturalmente, tiene ganas de acabar con todo esto antes de que la *gendarmerie* lo encuentre.

El otro aclaró un poco más el asunto.

—Quiere regresar con tranquilidad, ya sabe. ¡Caput!, sin que nadie se entere. Nosotros también hemos roto la prohibición del ministro. A su amigo el rey le encantaría cortarnos a la primera ocasión la ridícula suma que recibimos. Ha sido un riesgo, pero el honor es lo primero.

El general D'Hubert recuperó el habla.

—Así que han venido por la carretera para invitarme a un duelo con ese... ese... —Una especie de risa furiosa se adueñó de él—. ¡Ja, ja, ja!

Con los puños apoyados en las caderas, vociferaba sin cuidado, mientras los otros dos permanecían de pie y tensos como si les hubieran disparado de golpe desde una trampa en el suelo. Apenas hacía veinticuatro meses eran los dueños de Europa y ya tenían un aire de viejos fantasmas, aquellos abrigo parecían más incorpóreos que sus propias sombras, tan negras sobre el blanco camino: sombras militares, grotescas, hechas de veinte años de guerras y conquistas. Tenían el

semblante estrafalario de dos bonzos fanáticos del culto a la espada. También el general D'Hubert, uno de los antiguos dueños de Europa, se reía de aquellos serios fantasmas que se interponían en su camino.

Uno de los hombres, señalando la risa del general y con un movimiento de la cabeza, dijo:

—Un compañero alegre, éste.

—Algunos de nosotros no hemos vuelto a reír desde que *El Otro* se fue —remarcó su colega.

Un impulso violento de lanzarse sobre aquellos espectros sin materia y golpearlos asustó al general D'Hubert. Se calló de golpe. Quería deshacerse de ellos, apartarlos de su vista antes de perder el control. Le preocupaba la furia que comenzaba a crecer en su pecho, pero no tenía tiempo para detenerse en esa pequeñez ahora.

—Entiendo su prisa por cerrar el trato conmigo lo antes posible. Mejor no perdamos el tiempo con formalidades vacías. ¿Ven aquel bosque en la base de la pendiente? Sí, el bosque de pinos. Encontrémonos allí mañana al amanecer, llevaré mi espada o mi pistola, o ambas cosas si así lo desean.

Los testigos del general Feraud se miraron.

—Pistolas, general —dijo el coracero.

—Muy bien. *Au revoir*. Hasta mañana a primera hora, pero permítanme que les aconseje que hasta entonces se mantengan encerrados si no quieren que la *gendarmérie* comience a investigarlos antes del atardecer. Los extranjeros no abundan en esta región del país.

Saludaron en silencio. El general D'Hubert le dio la espalda a aquellas figuras que se alejaban, y permaneció de pie en el centro del camino durante un buen rato, mordiéndose el labio inferior y mirando el suelo, luego comenzó a caminar hacia delante volviendo sobre sus pasos hasta que se encontró frente a la puerta de la casa de su prometida. Había caído la noche. Sin moverse, miró a través de los barrotes fijamente hacia la fachada de la casa que brillaba con claridad al fondo de los matorrales y árboles. Percibió unos pasos en la gravilla, de golpe emergió una figura alta y encorvada del paseo lateral, junto al muro interno del jardín.

El caballero de Valmassigue, tío de la adorable Adele, exbrigadier en el ejército de los príncipes, encuadernador en Altona y luego zapatero en otra pequeña ciudad alemana (con una gran reputación por la elegancia que confería a la forma de los zapatos para mujer), llevaba medias de seda en las delgadas pantorrillas, zapatos bajos con hebilla de plata y un chaleco de brocado. Una levita con faldones largos, *à la française*, cubría holgadamente su espalda consumida y encorvada. Sobre su cabellera empolvada, atada en una coleta, descansaba un pequeño sombrero de tricornio.

—*Monsieur le chevalier* —dijo el general D'Hubert con suavidad.

—¿Qué? ¿De nuevo por aquí, *mon ami*? ¿Ha olvidado algo?

—¡Exacto! Había olvidado algo. Y vengo aquí a contárselo. No, mejor aquí afuera, detrás del muro; se trata de algo demasiado horrible como para que lo dejemos entrar allí donde ella vive.

El caballero salió de prisa con ese gesto de resignación caritativa que algunos mayores muestran frente a la ansiedad de los jóvenes. Un cuarto de siglo mayor que el general D'Hubert, secretamente lo veía más bien como un joven problemático y enamorado. Había oído a la perfección sus palabras extrañas, pero no le daba demasiada importancia a lo que un hombre de cuarenta años tan curtido como él podía hacer o decir. Era casi incomprendible para él el cambio que se había operado en la mentalidad de aquella generación de franceses durante los años de su exilio. Los pensamientos le parecían excesivamente violentos, sin delicadeza ni mesura, y su lenguaje demasiado exagerado. Se unió al general con tranquilidad, y juntos dieron unos pasos en silencio, mientras el general intentaba dominar su agitación y conseguir el control apropiado de su voz.

—Es perfectamente cierto: había olvidado algo. Había olvidado, hasta hace apenas media hora, que tenía en mis manos un asunto de honor urgente. Suena increíble, ¡pero es así!

Todo permaneció en silencio un rato más y tras el profundo silencio de la noche en el campo, se oyó apenas la voz clara, temblorosa y añeja del caballero:

—*Monsieur!* Eso es humillante.

Fue su primer pensamiento. La muchacha que había nacido en su exilio, la hija póstuma de su pobre hermano asesinado por una banda de jacobinos, había crecido y se había vuelto cercana a su viejo corazón.

—¡Me parece inconcebible! Un hombre debe solucionar esos asuntos antes de atreverse a pedir la mano de una muchacha. ¡Por Dios! Si lo hubiera olvidado otros diez días, ya estaría casado. En mi época los hombres no olvidaban ese tipo de asuntos, tampoco el respeto que se le debe a los sentimientos de una muchacha joven e inocente. Si yo mismo no los respetara, calificaría su conducta de una manera que a usted seguro no le agradaría.

El general D'Hubert se desahogó francamente con un gemido.

—Que ese respeto no lo detenga. No corre usted el riesgo de ofenderla tan gravemente.

Pero el viejo no prestó atención a las tonterías de aquel enamorado, tal vez ni siquiera le había oído.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Cuál es la naturaleza...?

—Puede llamarlo «locura juvenil», *monsieur le chevalier*. El resultado impensable, increíble... —Se detuvo de golpe. «Jamás va a creerse la historia», pensó. «Va a pensar que me estoy burlando de él y se ofenderá». El general D'Hubert volvió a hablar—: Sí, lo que comenzó como una locura juvenil se ha convertido...

El caballero lo interrumpió:

—Bueno, entonces debe ser arreglado.

—¿Arreglado?

—Sí, no importa cuál sea el coste para su *amour propre*.^[36] Antes que nada, usted debería haber recordado que está comprometido, porque también se olvidó de eso, supongo. Si ha olvidado su disputa... Es la muestra más increíble de frivolidad que he oído en mi vida.

—¡Por Dios, *monsieur*! ¿No pensará usted que comencé esta disputa la última vez que estuve en París o algo parecido, no?

—¡Eh! ¿Qué importa la fecha exacta en que usted comenzó con su insensata conducta? —exclamó el caballero de forma exasperante—. Ahora lo importante es cómo arreglarlo.

Al notar que el general D'Hubert se inquietaba e intentaba decir algo, el viejo *émigré* levantó una mano y agregó con solemnidad:

—Yo también he sido soldado. Jamás me atrevería a sugerirle algo ambiguo al hombre que va a darle su apellido a mi sobrina. Lo único que le digo es que entre *galants hommes* un asunto de este tipo siempre tiene solución.

—Pero *saperiotte, monsieur le chevalier*, es un asunto que sucedió hace quince o dieciséis años. Yo era apenas un teniente de húsares entonces.

El viejo *chevalier* pareció sorprendido por el tono vehemente y desesperado con el que el general le dio esa información.

—¿Usted era teniente de húsares hace dieciséis años? —murmuró un poco aturdido.

—¡Claro! No creerá usted que nací general como nacen los príncipes.

La voz del viejo exoficial del ejército sonó serena, puntillosamente civil bajo la luz púrpura del crepúsculo sobre los viñedos resguardados hacia el oeste por una franja baja de color carmesí:

—¿Estoy soñando? ¿Esto es una broma? ¿O espera usted que crea que ha estado tramando durante dieciséis años un duelo de honor?

—Me ha perseguido durante todo este tiempo. Eso es lo que le quiero decir. El duelo en sí mismo no es fácil de explicar, por supuesto, nos hemos enfrentado varias veces durante ese período de tiempo.

—¡Pero qué modales! ¡Qué espantosa manera de mostrar la virilidad! Nada puede explicar mejor esa falta de humanidad que la sanguinaria locura de la Revolución que ha corrompido a toda su generación. —Y luego, en un tono más bajo, el retornado *émigré* reflexionó—: ¿Quién es su adversario?

—¿Mi adversario? Se llama Feraud.

Sombrío con su *tricorne* y sus ropas pasadas de moda, el caballero pronunció entonces un recuerdo espectral como un fantasma delgado y encorvado del *Ancien Régime*:

—Recuerdo la disputa entre *monsieur* de Brissac, capitán de la escolta, y

d'Anjorant (no el que tiene marcas de viruela, sino el otro, Beau d'Anjorant, como suelen llamarlo) por culpa de la pequeña Sophie Derval. Se enfrentaron tres veces en dieciocho meses de la manera más valiente que pueda imaginar, aunque la culpa era de esa pequeña Sophie, que seguía jugando...

—Esto no tiene nada que ver con eso —interrumpió el general D'Hubert. Sonrió con un poco de sarcasmo—, no es tan sencillo —y agregó en un tono casi inaudible, entre dientes, rechinándolos con rabia—, y ni siquiera tan razonable.

A continuación, nada interrumpió el silencio durante un buen rato, hasta que el *chevalier* preguntó, sin animosidad:

—¿Y quién es ese tal Feraud?

—Otro teniente de húsares, ahora general. Un gascón. Hijo de un herrero, creo.

—¡Ahí lo tiene! Es como yo creía. Ese Bonaparte sentía una predilección especial por los *canailles*. No me refiero a usted, D'Hubert. Usted es uno de los nuestros, aunque haya servido a ese usurpador...

—Dejémoslo fuera de esto —le cortó el general D'Hubert.

El caballero encogió sus hombros puntiagudos.

—Es la clase de ese tal Feraud, hijo de un herrero y de algún duende de aldea. Ve lo que sucede cuando uno se mezcla con esa clase de personas.

—Usted mismo hizo zapatos, *chevalier*.

—Sí, pero no soy hijo de un zapatero. Tampoco usted, *monsieur* D'Hubert. Usted y yo tenemos algo que no tienen ni los príncipes de Bonaparte, ni sus duques o mariscales, porque no hay ningún poder sobre la tierra que pueda otorgárselo —replicó el emigrado, con la animación progresiva del hombre que ha conseguido un argumento esperanzador—, esa gente no existe... todos esos Feraud. Pero ¿quién es Feraud? Un *va-nu-pieds*^[37] disfrazado de general gracias a un aventurero de Córcega disfrazado de emperador. No hay ninguna razón para que un D'Hubert *s'encanille* en un duelo con una persona de esa clase. Usted puede presentarle sus excusas sin más, y si al *manant*^[38] se le ocurre declinarlas, puede sencillamente negarse al encuentro.

—¿A usted le parece que debo hacer eso?

—Lo creo, con la mente totalmente clara.

—¡Pero *monsieur le chevalier*! ¿Adónde cree que ha regresado después de su exilio?

Y dijo aquello con un tono tan alarmante que el viejo levantó de golpe la cabeza gacha, que brillaba con un blanco plateado debajo del pequeño tricornio. Durante un instante no hizo ningún ruido.

—¡Sólo Dios sabe! —dijo por fin, y señaló con un gesto lento y grave una cruz que había al costado del camino sobre un montículo de piedra, a continuación estiró aquellos brazos de hierro negro forjado contra la banda roja del oscurecido cielo—. ¡Sólo Dios sabe! Si no fuera por ese emblema, que recuerdo haber visto de niño aquí mismo, todavía me preguntaría adónde hemos regresado quienes permanecemos fieles a Dios y a nuestro rey. Hasta las voces de las personas han cambiado.

—Sí, es una Francia diferente —dijo el general D'Hubert. Parecía haber recobrado la calma, su tono era un poco irónico—, y por eso no puedo seguir su consejo. Además, ¿cómo puede uno negarse a ser mordido por un perro que desea morder? Es imposible. Créame, Feraud no es un hombre que se quede tranquilo con disculpas o negativas, pero hay otras maneras. Por ejemplo, podría enviar un mensajero al brigadier de la *gendarmérie* en Senlac. Feraud y sus dos amigos podrían ser arrestados con apenas una palabra mía. Armaría cierto revuelo en el ejército, entre ambos, entre los ordenados y los retirados, aunque más entre los retirados. ¡Todos *canailles*! En otro tiempo, ellos también fueron compañeros de Armand D'Hubert. ¿Pero por qué debería preocuparse un D'Hubert de lo que piensa esa gente que no existe? O, mejor aún, podría hacer que mi cuñado mande a llamar al alcalde del pueblo y se lo de a entender. No haría falta nada más para que se lancen sobre los tres «bandoleros» con azotes y horcas hasta dejarlos en una fosa agradable, profunda y húmeda, ¡y sin que nadie se entere! Sucedió apenas a cinco kilómetros de aquí con tres pobres diablos de la desarmada guardia de los Lanceros Rojos, cuando volvían a casa. ¿Qué le parece eso a su conciencia, *chevalier*? ¿Puede un D'Hubert hacerle eso a tres hombres que no existen?

Algunas estrellas claras como el cristal brillaban en la oscuridad azul del cielo. La voz seca y delgada del caballero dijo con severidad:

—¿Por qué me cuenta todo esto?

El general tomó la mano débil del anciano con un apretón fuerte.

—Porque le debo toda mi confianza. ¿Quién podría explicárselo a Adele mejor que usted? Usted comprende por qué no me atrevo a confiárselo a mi cuñado, ni siquiera a mi propia hermana. *Chevalier!* He estado tan cerca de estas cosas que todavía tiemblo. Usted no se imagina cuán terrible me resulta este duelo, pero no puedo escapar de él.

Y luego, tras una pausa, agregó en voz baja:

—Es una fatalidad —dejó caer la mano pasiva del caballero y siguió con su tono regular de conversación—, tendré que ir sin testigos y si me toca caer, al menos usted sabe todo lo que se puede saber respecto a este asunto.

El fantasma ensombrecido del *Ancien Régime* parecía haberse encorvado aún más durante aquella conversación.

—¿Cómo voy a hacer para mantener una expresión indiferente frente a esas dos mujeres esta noche? —gruñó—. ¡General! No creo que pueda perdonarle.

El general D'Hubert no le contestó.

—¿Es al menos por una causa justa?

—Soy inocente.

Esta vez agarró el brazo fantasmal por encima del codo y le dio un fuerte apretón.

—¡Debo matarlo! —susurró; luego abrió la mano y se alejó por el camino.

Las delicadas atenciones de su cariñosa hermana le habían asegurado al general una completa libertad de movimiento en la casa en la que se hospedaba. Hasta tenía una entrada independiente a través de una pequeña puerta en la esquina del invernadero de naranjos. Gracias a eso no tuvo que disimular su nerviosismo frente a la tranquila ignorancia del resto de los residentes. Aquello lo alegró. Le parecía que si llegaba a abrir los labios se quebraría y pronunciaría maldiciones horribles y sin sentido, comenzaría a destrozar los muebles, la vajilla y los cristales. Desde el momento en que atravesó su pequeña puerta y mientras

subía los veintiocho escalones de la escalera caracol que terminaba en el corredor al que daba su cuarto, imaginó una escena espantosa, humillante en la que actuaba como un loco enfurecido con los ojos inyectados en sangre y espuma en la boca, un loco que hace estragos inconcebibles con todo objeto inanimado que se puede encontrar en un comedor bien equipado. Cuando abrió la puerta de su habitación la crisis había pasado, y la fatiga física que sentía era tan grande que debió apoyarse en el respaldo de una silla mientras atravesaba el cuarto hasta alcanzar un sofá bajo y amplio en el que se dejó caer con pesadez, pero su abatimiento moral era aún mayor. Aquellos sentimientos de brutalidad que sólo había experimentado cuando se enfrentaba al enemigo con el sable en la mano, sorprendían a aquel hombre de cuarenta años que no reconocía en esa brutalidad la furia de su pasión amenazada, pero hasta en aquel agotamiento físico y mental su pasión se presentó clara, se destiló y se volvió más fina hasta convertirse en un sentimiento de desesperada melancolía ya que tal vez tendría que morir antes de enseñarle a aquella hermosa muchacha cómo amarlo.

Aquella noche el general D'Hubert pasó por toda la escala de emociones posibles tumbado de espaldas y tapándose los ojos con las manos o recostado boca abajo con la cara hundida en la almohada. Por turnos, fue pasando de una irritación nauseabunda por lo absurdo de la situación, a dudar de su propia capacidad para controlar su vida y a sospechar de sus propios sentimientos (¿por qué demonios había ido a ver a Fouché?). «Soy un idiota, ni más ni menos», pensaba, «un idiota sentimental. Sólo con oír a dos hombres hablando en un café... Soy un idiota que va por ahí temiendo la mentira cuando lo único importante en la vida es la verdad».

Se puso de pie varias veces y, caminando para que nadie lo oyera en el piso de abajo, se bebió toda el agua que pudo encontrar en la oscuridad. Además experimentó el tormento de los celos. Ella se acabaría casando con otro. Se le retorció el alma. La tenacidad del tal Feraud, la persistencia de aquel bruto imbécil le alcanzó con la fuerza colosal de un destino impostergable. El general D'Hubert se estremeció al apoyar la jarra de agua vacía. «Me va a matar», pensó. El general D'Hubert estaba probando todas las emociones que podía depararle la vida. En la boca reseca, sintió el sabor enfermizo y débil del miedo, no el miedo comprensible que se siente frente a una muchacha de mirada cándida y entretenida, sino el miedo a la muerte y a la cobardía que siente un hombre de honor.

Pero si la verdadera valentía se mide al enfrentarse un peligro odioso que rechazan tanto nuestro cuerpo como nuestro espíritu y nuestro corazón, el general D'Hubert tuvo la oportunidad de probarla por primera vez en su vida. Exultante,

se había enfrentado baterías y escuadrones de infantería y había cabalgado atravesando una lluvia de balas sin prestarle ninguna atención para entregar un solo mensajes pero ahora debía escabullirse y salir sin hacer ningún ruido, al amanecer, hacia una muerte oscura y desagradable. Aun así el general D'Hubert no dudó. Metió sus dos pistolas en una bolsa de cuero que se colgó al hombro y antes de terminar de cruzar el jardín su boca ya estaba seca de nuevo. Cogió dos naranjas y tras cerrar la puerta sintió un ligero mareo.

Se tambaleó un poco pero fingió no darse cuenta y a unos metros de distancia recobró el dominio de sus piernas. En el amanecer incoloro y diáfano se destacaban con claridad las columnas de troncos del bosque de pinos y su follaje verde contra las rocas de la ladera gris. Mantenía fija la mirada en el bosque y, mientras caminaba, chupaba una de las naranjas. Poco a poco se fue afirmando en él aquella frialdad impetuosa y bienhumorada ante el peligro que lo había convertido en un oficial querido por sus hombres y apreciado por sus superiores. Era como marchar hacia una batalla. Cuando terminó de atravesar el bosque, se sentó sobre una roca con la otra naranja en la mano y se reprochó el haber llegado al lugar tan ridículamente temprano. De todas formas, antes de que pasara demasiado tiempo oyó el crujido de los arbustos, pasos sobre el suelo duro y los sonidos inconexos de una conversación en voz alta. Desde algún punto a sus espaldas alguien dijo jactancioso:

—Lo tengo en el bote.

Pensó: «Ya han llegado. ¿Qué es eso del bote? ¿Se referirá a mí?». Y al percatarse de que aún tenía la otra naranja en la mano, pensó: «La otra naranja estaba buenísima. Y era de la propia huerta de Leonie. Creo que me comeré también esta en vez de tirarla».

Al escapar de aquella jungla de piedras y arbustos, el general Feraud y sus testigos descubrieron al general D'Hubert muy concentrado en pelar la naranja. Se quedaron quietos esperando a que levantara la cabeza. Entonces los testigos se quitaron los sombreros mientras el general Feraud se alejaba unos pasos con las manos en la espalda.

—Me veo obligado a pedirles, *messieurs*, que uno de ustedes sea mi testigo. No he traído a nadie. ¿Podría usted, por ejemplo?

El coracero tuerto dijo juiciosamente:

—No puedo rehusarme.

Y el otro veterano señaló:

—De todos modos, es una situación incómoda.

—Debido a la mentalidad de las personas en esta región, no encontré a nadie en quien confiar prudentemente el motivo de su presencia aquí —explicó el general D'Hubert con cortesía.

Ellos aceptaron, echaron una mirada alrededor y dijeron a la vez:

—Un mal sitio.

—Inadecuado.

—¿Por qué preocuparnos por el terreno, las medidas y demás? Simplifiquemos el asunto. Carguen los dos pares de pistolas, yo usaré las del general Feraud y que él utilice las mías o no, mejor aún, utilicemos un par mixto, una pistola de cada uno. Iremos luego al bosque y dispararemos a primera vista. Ustedes quédense aquí fuera. No hemos llegado a este punto para cumplir formalidades inútiles sino para enfrentarnos, enfrentarnos hasta la muerte. Cualquier terreno servirá. Si soy yo quien cae, déjenme donde me haya desplomado y desaparezcan. No les conviene que les vean dando vueltas por aquí, si eso ocurre.

Tras una pequeña conversación, el general Feraud se mostró dispuesto a aceptar las condiciones. Mientras los testigos cargaban las pistolas, silbaba y se frotaba las manos lleno de alegría. Arrojó su abrigo vigorosamente y el general D'Hubert se quitó el suyo y lo dobló con cuidado sobre una roca.

—Supongo que lo mejor será que lleve a su hombre al otro lado del bosque y que le haga entrar en diez minutos —sugirió el general D'Hubert con calma pero sintiéndose como si estuviera dando las indicaciones de su propia ejecución. Aquel, sin embargo, fue su último instante de debilidad—. Espere. Primero ajustemos nuestros relojes.

Sacó el suyo y el oficial al que le faltaba la punta de la nariz se acercó al general Feraud para que le diera el suyo. Inclinaron las cabezas frente a los relojes un instante.

—Muy bien. Cuando falten exactamente cuatro minutos para las seis en su reloj. Siete minutos en el mío.

Fue el coracero el que se quedó junto al general D'Hubert, manteniendo su único ojo fijo e inmóvil en la superficie blanca del reloj. Abrió la boca, a la espera de que el último segundo llegara a la hora, mucho antes de decir la palabra:

—*Avancez.*

Y el general D'Hubert se movió, pasó de la brillante luz de la mañana de Provenza a la sombra fría y perfumada de los pinos. El suelo estaba despejado entre los troncos castaños y su enorme cantidad, todos estaban inclinados en ángulos distintos, confundía la mirada al principio. Era como marchar hacia una batalla. En su pecho se despertó la confianza en sí mismo, una habilidad necesaria para el mando y todo en él se concentró en el duelo. El problema era cómo matar a su adversario. Sólo la muerte lo liberaría por fin de aquella estúpida pesadilla. «No bastará con herirlo», pensó el general D'Hubert, era un oficial reconocido por sus recursos; sólo unos años antes era conocido entre sus colegas como «El estratega» porque era capaz de pensar frente al enemigo, mientras que Feraud siempre había sido un simple luchador —aunque muy preciso con las pistolas, por desgracia.

«Debo lograr que dispare a la mayor distancia posible», se dijo el general D'Hubert.

Y en ese instante vio una figura blanca moviéndose a lo lejos entre los árboles —la camisa de su enemigo. De inmediato salió y comenzó a mostrarse libremente de entre los troncos. Entonces, rápido como un rayo, saltó hacia atrás. Fue un movimiento arriesgado pero tuvo éxito, casi simultáneamente al estallido del disparo sintió que una astilla que se había desprendido con la bala le hería dolorosamente una oreja.

El general Feraud, que ya había gastado uno de sus dos tiros, se volvió más sigiloso. El general D'Hubert echó un vistazo escondido detrás de un árbol pero no llegó a distinguir nada. No saber dónde se encontraba el enemigo le generaba una gran inseguridad, se sentía terriblemente expuesto a los lados y en la retaguardia. De nuevo vio algo blanco que se movía. ¡Ah! Eso significaba que el enemigo seguía enfrente. Había temido un ataque sorpresa, pero al parecer el general Feraud no pensaba en esas cosas. El general D'Hubert lo vio moverse entre los árboles sin prisa, justo en su mira. Con gran concentración, el general D'Hubert afirmó la mano. Aún lo tenía muy lejos. Sabía que no era un buen tirador. Debía esperar

para dispararle.

Aprovechando el mayor grosor de los troncos, se arrojó al suelo. Estaba completamente protegido, extendido a lo largo con la cabeza vuelta hacia el adversario, ya no le convenía exponerse porque el otro estaba demasiado cerca. La certeza de que Feraud haría algún movimiento imprudente era como un bálsamo para el espíritu del general D'Hubert pero mantener la barbilla levantada era fastidioso y de todas formas no servía de mucho así que miró un poco alrededor exponiendo con temor una fracción de su cabeza aunque sin correr mayor riesgo en realidad. De hecho su enemigo no esperaba verlo al ras del suelo. El general D'Hubert tuvo un vistazo fugaz del general Feraud cambiando de árbol con una precaución poco deliberada. «Desprecia mi puntería», pensó intentando adivinar los pensamientos de su adversario, algo siempre útil para ganar una batalla. Se confirmó en su estrategia de mantenerse inmóvil. «Si tan sólo pudiera controlar mi retaguardia como controlo el frente», repasó con ansiedad, deseando lo imposible.

Apoyar las pistolas le exigió cierta seguridad de carácter pero, con un impulso repentino, el general D'Hubert lo hizo casi con suavidad, una a cada lado. En el ejército lo consideraban un dandi porque solía afeitarse y ponerse una camisa limpia los días de batalla. En realidad siempre había sido muy cuidadoso en cuanto a su aspecto externo. Para un hombre de cuarenta años, enamorado de una muchacha joven y encantadora, aquel amor propio admirable podía también arrastrarle hasta ciertas debilidades como, por ejemplo, ir provisto de una delicada y elegante funda de cuero en cuyo interior había un peine de marfil y en cuyo exterior tenía un pequeño espejo como adorno. Una vez que tuvo las manos libres, el general D'Hubert buscó en los bolsillos de sus pantalones aquél objeto de su inocente vanidad, que debía ser perdonado si quien lo cargaba llevaba un largo y sedoso bigote. Lo sacó y, con la máxima frialdad y prontitud, se dio la vuelta. En aquella nueva postura, con la cabeza un poco levantada y sosteniendo el espejito justo a un costado de su árbol, miraba de soslayo con el ojo izquierdo mientras con el derecho controlaba directamente su retaguardia. Así quedaba demostrado un refrán de Napoleón que decía: «Para un soldado francés no existe la palabra *imposible*». El árbol que estaba a su derecha llenaba casi toda la imagen del espejito.

«Si se mueve —reflexionó con satisfacción— podré ver sus piernas y en cualquier caso no podrá acercarse sin que lo note».

Cuando vio en un parpadeo las botas del general Feraud pasando de un lado al otro, cubriendo por un instante todo lo que se veía en el reflejo del espejo, no tuvo duda y cambió de posición, pero como debía tomar una decisión

basándose en aquella visión indirecta, no se dio cuenta de que ahora sus pies y una porción de sus piernas quedaban completamente al descubierto y a la vista del general Feraud.

El general Feraud se sentía cada vez más sorprendido por la impresionante habilidad de su enemigo para mantenerse oculto. Había encontrado el árbol correcto con sanguinaria precisión. Estaba completamente seguro de que era aquél. Pero aun así no había conseguido descubrir ni la punta de su oreja. No era de sorprenderse, ya que había estado mirando a una altura aproximada de un metro y medio del suelo; el general Feraud estaba sorprendidísimo.

El descubrimiento de aquellas piernas y pies hizo que se le subiera la sangre a la cabeza. Literalmente se quedó duro detrás de su árbol y debió apoyarse en él con una mano. ¡El otro estaba tumbado en el suelo! ¡En el suelo! ¡Y además completamente inmóvil! ¡A la vista! ¿Qué significaba eso...? La idea de que había matado a su adversario con el primer tiro ocupó la mente del general Feraud. Y una vez allí, fue creciendo —irresistible, triunfal, feroz— a cada segundo en que lo contemplaba, eclipsando cualquier otra posibilidad.

«Qué estúpido fui al creer que podía haber errado el tiro», se dijo. «Durante un par de segundos estuvo completamente *en plein*,^[39] ¡el muy estúpido!».

El general Feraud observó los miembros inertes y sus últimos vestigios de sorpresa comenzaron a diluirse frente a la admiración sin límites que le despertaba su propia habilidad para acertar con las pistolas.

«¡Le di! ¡Por amor al dios de la guerra, eso sí que es un buen tiro!», festejó exultante en sus pensamientos. «Le atravesé la cabeza, sin duda, justo donde quería darle, se tambaleó detrás del árbol, rodó de espaldas y murió».

Lo observó con atención y olvidó moverse, casi impresionado, casi arrepentido, aunque no habría cambiado lo sucedido por nada del mundo. ¡Qué buen tiro! ¡Qué puntería! ¡Rodó de espaldas y murió!

Porque era justamente aquella posición, de espaldas, lo que le parecía una prueba irrefutable al general Feraud. Jamás se le pasó por la cabeza que un hombre vivo pudiera elegirla a propósito. Era inconcebible, estaba más allá de cualquier hipótesis lógica, no había motivos para imaginar otra razón y debía añadirse además, que los pies del general D'Hubert con las puntas hacia arriba parecían perfectamente muertos. El general Feraud cargó sus pulmones para pegar un buen

grito a sus testigos pero, aunque le pareció que era un exceso de precauciones, decidió mejor esperar un momento.

«Antes comprobaré si aún respira», murmuró para sí mismo y perdió descuidadamente el amparo del árbol. Aquél movimiento fue percibido de inmediato por el general D'Hubert. Consideró que se trataba de otro cambio pero se inquietó cuando las botas salieron del campo que abarcaba el espejo. El general Feraud se había movido apenas del cuadro pero su adversario no podría haber imaginado que se dirigía hacia él completamente despreocupado. El general D'Hubert, que comenzaba a inquietarse por no saber qué había sido del otro, fue tomado tan completamente por sorpresa que el primer aviso de peligro fue la sombra larga y matutina de su enemigo proyectándose de manera oblicua sobre sus piernas estiradas. ¡Ni siquiera había oído las pisadas sobre la hierba que había entre los árboles!

Aquello fue demasiado, hasta para su frialdad. Se puso de pie de un salto, dejando sus pistolas en el suelo. El inexorable instinto del hombre común (a menos que esté completamente paralizado por el desconcierto) lo hubiese obligado a inclinarse a buscar sus pistolas pero de esa manera hubiera quedado demasiado expuesto a recibir un disparo. El instinto, está claro, es irreflexivo, ésa es justamente su definición. Tal vez valdría la pena investigar si en las personas reflexivas, los impulsos mecánicos del instinto no están en verdad afectados por el modo de pensar más habitual. En sus días de juventud, Armand D'Hubert, el hombre ahora reflexivo de prometedora carrera, había opinado alguna vez que «en la guerra jamás se pierde el tiempo repasando los errores». Aquella idea, desarrollada y defendida en numerosas discusiones, se había fijado en su mente como un concepto natural y se había vuelto parte de su identidad. Ya fuera porque esa idea se había arraigado tanto que había terminado alcanzando los impulsos de su instinto, o porque simplemente, como él declararía más tarde, estaba «demasiado asustado como para recordar las malditas pistolas», el hecho es que el general D'Hubert jamás se agachó a recogerlas. En vez de retractarse de su error, se agarró al tronco áspero con las dos manos y le dio la vuelta tan rápido que, al mismo tiempo que sonaba el disparo de la otra pistola, reaparecía del otro lado del árbol cara a cara frente el general Feraud. Éste, completamente descolocado por aquella muestra de agilidad de parte de un hombre muerto, estaba temblando. Un velo de niebla apenas visible se extendía ante su rostro, que mostraba un gesto extraordinario como si se le hubiera desencajado la mandíbula.

—¡No fallé! —chilló con la voz ronca desde el fondo de la garganta reseca.

Aquel grito siniestro rompió el hechizo que había entumecido los sentidos del general D'Hubert.

—Sí, ha fallado *à bout portant*^[40] —se oyó decir casi antes de recobrar del todo el control de sus facultades. El cambio en los sentimientos estuvo acompañado por una ráfaga de furia homicida que condensaba en su violencia el resentimiento acumulado durante toda una vida. A lo largo de los años, el general D'Hubert había sufrido la exasperación y la humillación de aquel atroz disparate que le había sido impuesto por el capricho brutal de aquel hombre. El general D'Hubert había estado en aquella última ocasión demasiado reticente a enfrentarse a la muerte, por lo que su angustia adquirió de pronto la forma del deseo de matar.

—Y aún me quedan mis dos tiros —dijo despiadadamente.

El general Feraud hizo sonar los dientes y su rostro asumió una expresión impávida, furiosa.

—¡Adelante! —gritó con un tono grave.

Aquéllas hubieran sido sus últimas palabras si el general D'Hubert hubiese tenido sus pistolas en las manos, pero las pistolas seguían en el suelo en la base de un pino. El general D'Hubert tuvo el segundo libre necesario para recordar que había sentido miedo de la muerte no como un hombre, sino como un enamorado; no como una amenaza, sino como algo contrario a sus propósitos; no como el final de la vida, sino como un obstáculo para el matrimonio. ¡Pero allí estaba su enemigo vencido, definitivamente vencido, aplastado, acabado!

Levantó las pistolas con un gesto casi mecánico y, en vez de disparar al pecho del general Feraud, pronunció en voz alta las palabras que dominaban sus pensamientos.

—A partir de ahora se han acabado los duelos para usted.

Su tono pausado de inefable satisfacción fue demasiado para el estoicismo del general Feraud.

—¡No pierda el tiempo, entonces, maldito dandi de sangre fría! —vociferó de pronto con la cara inalterable y erguida sobre el cuerpo rígido.

El general D'Hubert le quitó los seguros a las pistolas con cuidado. Y el procedimiento fue observado por el otro general con sentimientos confusos.

—Ha fallado dos veces —dijo el vencedor fríamente y apoyó las dos pistolas en una mano— y la segunda apenas a medio metro de distancia. Según todas las leyes del combate su vida me pertenece, pero eso no significa que quiera disponer de ella ahora.

—No necesito su paciencia —murmuró el general Feraud con tristeza.

—Permítame que le aclare que eso no es de mi incumbencia —dijo el general D’Hubert, y cada una de sus palabras fue dictada por sentimientos de la máxima delicadeza. Si hubiese estado furioso podría haber matado a aquel hombre, pero a sangre fría evitaba, con una muestra de generosidad, humillar a aquel ser irracional—. Un soldado colega de la *Grande Armée*, un compañero en las glorias y en los fracasos de la gran épica militar no pretenderá decirme lo que debo hacer con lo que es mío.

El general Feraud lo miró sorprendido y el otro continuó.

—Por una disputa de honor usted me ha obligado a estar a su disposición, como he hecho, durante quince años. Muy bien. Ahora que el asunto se ha resuelto a mi favor, haré lo que me plazca con su vida siguiendo el mismo principio. Usted estará a mi disposición hasta que yo lo decida, ni más ni menos. Usted debe cumplir su palabra de honor hasta que yo se lo diga.

—¡Lo estoy! ¡Pero *sacrebleu!* ¡Es una posición absurda para un general del Imperio! —gritó Feraud con un tono de convicción profunda y abatida—. ¡Me obliga a pasar sentado el resto de mi vida con una pistola cargada esperando que su palabra llegue! Es... es estúpido. Seré objeto de burlas.

—¿Absurda? ¿Estúpido? ¿Lo cree? —cuestionó el general D’Hubert con una gravedad irónica—. Tal vez lo sea, pero no veo la manera de evitarlo. De todas formas, lo más probable es que yo no comente esta aventura por ahí. Nadie necesita enterarse jamás. Igual que nadie, creo, se ha enterado hasta hoy el origen de nuestro duelo... No se diga ni una palabra más —decidió de golpe—, en verdad no puedo discutir estos asuntos con un hombre que, por lo que a mí concierne, no existe.

Cuando los dos duelistas salieron al claro, el general Feraud caminando un poco detrás y con el aspecto de estar como en trance, los testigos se acercaron apresurados cada uno desde su sitio en el lindero del bosque. El general D’Hubert se dirigió hacia ellos hablando alto y con claridad:

—*Messieurs*, declaro solemnemente ante ustedes, y en presencia del general Feraud, que nuestra disputa ha sido solucionada al fin y para siempre. Pueden hacérselo saber al resto del mundo.

—¡Una reconciliación! —exclamaron los dos a la vez.

—¿Reconciliación? No exactamente. Es algo que nos vincula mucho más. ¿No es así general?

El general Feraud apenas bajó la cabeza en señal de asentimiento. Los dos veteranos se miraron entre sí. Más tarde aquel día, cuando se quedaron solos y lejos del oído de su malhumorado amigo, el coracero dijo:

—Por lo general, con mi único ojo llego a ver tan lejos como la mayoría de personas, pero esto me supera ampliamente. Y él no creo que nos vaya a decir nada.

—En este asunto de honor, creo que desde el principio ha habido siempre algo que nadie en el ejército ha podido descifrar —declaró el *chasseur* de la nariz cortada—: ha comenzado misteriosamente, ha continuado misteriosamente y, por lo visto, va a concluir misteriosamente.

El general D'Hubert caminó hasta su casa con pasos largo y apresurados, de ninguna manera enaltecidos por el sentimiento de éxito. Había triunfado pero aun así no le parecía que hubiera obtenido mucho con aquel triunfo. La noche anterior había sopesado con rencor los riesgos de su vida y le había parecido valiosa, digna de ser preservada porque existía en ella la oportunidad de ganar el amor de una muchacha. Hubo momentos en los que, debido a un maravilloso espejismo, aquel amor ya parecía pertenecerle y su amenazada vida era una oportunidad mayor de demostrarlo, pero, ahora que su existencia estaba a salvo, había perdido de repente toda su grandeza particular. A cambio había ganado un aspecto de tensión especial, una trampa en la que podía acabar exponiendo su indignidad. Ahora comprendía que la verdadera naturaleza del maravilloso espejismo del amor que le había invadido un instante durante las agitadas horas de la noche, y que podrían haber sido sus últimas en la tierra, no había sido más que el delirante paroxismo de la soberbia. Para aquel hombre —tranquilo ya gracias a su victoria en el duelo— la vida parecía desprovista de encanto sencillamente porque ya no estaba amenazada.

Como entró a la casa por detrás, atravesando el huerto de árboles frutales y

el jardín que había frente a la cocina, no se dio cuenta de la agitación que había en el frente. No se cruzó con nadie. Sólo mientras atravesaba el pasillo se percató de que la casa ya había amanecido y estaba más ruidosa de lo habitual. Oyó que abajo llamaban a los criados y el sonido confuso de idas y venidas. Preocupado, notó que la puerta de su propio cuarto estaba entornada aunque las ventanas aún no habían sido abiertas. Había deseado que su excursión al amanecer pasara desapercibida y creyó que iba a encontrar a algún criado que acabara de entrar, pero el sol que irrumpía por las grietas de siempre le permitió distinguir un bulto sobre el diván más bajo, tenía la forma de dos mujeres abrazadas. De él salían lágrimas y murmullos de desolación. El general D'Hubert abrió violentamente el par de persianas que tenía más cerca. Una de las mujeres se puso de pie de un salto. Era su hermana. Quedó parada un instante con el pelo desordenado y los brazos levantados sobre la cabeza, y por fin se arrojó a sus brazos con un grito reprimido. Él le devolvió el abrazo, pero al mismo tiempo intentó deshacerse de ella. La otra mujer no se había puesto de pie, parecía, al contrario, aferrarse aún más al diván y ocultar su cara en los almohadones. También tenía el pelo desarreglado, maravillosamente rubio. El general D'Hubert la reconoció impactado. *Mademoiselle de Valmassigue!* ¡Adele! ¡Y angustiada!

Se alarmó muchísimo y logró separarse de su hermana. La señora Leonie estiró su brazo desnudo fuera del *peignoir*^[41] y señaló con dramatismo hacia el diván.

—Esta pobre chica asustada se ha apresurado a venir a pie desde su casa, tres kilómetros... corriendo sola todo ese camino.

—¿Qué diablos ha sucedido? —preguntó el general D'Hubert en voz baja y agitada.

Pero la señora Leonie continuó en voz alta.

—Tocó la campana grande de la puerta del frente y despertó a toda la casa, aún estábamos durmiendo, podrás imaginarte qué susto tan terrible... Adele, pequeña, ponte derecha.

La expresión del general D'Hubert no era la de un hombre con un gran poder de «imaginación». Supuso, aun así, que aquel caos de malentendidos tal vez se había producido porque su futura suegra había muerto de pronto, aunque desechó la idea al instante. No podía encontrar ningún otro evento o catástrofe que justificara que la señorita de Valmassigue, que vivía en una casa llena de sirvientes,

tuviera que llevar corriendo ella misma una noticia a través de tres kilómetros del campo.

—¿Pero por qué están en mi habitación? —musitó lleno de temor.

—Por supuesto, subí corriendo a ver y esta niña... no me di cuenta... me siguió. Es por culpa de ese estúpido *chevalier* —continuó la señora Leonie, mirando hacia el diván—, mírala, se le ha deshecho todo el peinado, y como podrás imaginar, no llamó a una criada para que la preparara antes de salir corriendo... Adele, querida, debes enderezarte. Le contó toda la historia a las cinco y media de la mañana. Ella se había levantado temprano y había abierto las persianas para que entrara el aire fresco, y descubrió entonces a su tío derrumbado en un banco del jardín, al final del camino principal. ¡A esa hora, te imaginas! La noche anterior había dicho que se sentía mal. Ella se vistió apresuradamente y salió volando hacia donde se encontraba él. Cualquiera se preocuparía por mucho menos. Él la quiere, pero no es muy inteligente. El pobre viejo había pasado la noche levantado y completamente vestido, estaba exhausto. No tenía fuerzas para inventar una historia creíble... ¡Vaya confidente has elegido! Mi marido estaba furioso. Me dijo: «No podemos intervenir ahora». Así que nos sentamos a esperar. Fue espantoso. Y esta pobre niña que vino corriendo hasta aquí con el pelo desarmado. Algunas personas del campo la vieron. Despertó a toda la casa, todo esto es muy incómodo para ella; gracias a Dios ya tenían fecha para casarse la semana próxima... Adele, levántate. Armand ha regresado a casa por su propio pie... Pensábamos que te íbamos a encontrar en una camilla, qué se yo. Ve a ver si el carruaje está listo, tengo que llevarla a su casa de inmediato; para ella no es conveniente que se quede ni un minuto más aquí.

El general D'Hubert no se movió. Daba la sensación de que no había escuchado ni una palabra. La señora Leonie cambió de idea.

—Iré a ver yo misma —gritó— y necesito mi capa. Adele... —comenzó a decir, pero no llegó a terminar la frase «levántate». Salió de cuarto diciendo en voz alta y clara—: Dejo la puerta abierta.

El general D'Hubert hizo el ademán de acercarse al diván, pero entonces Adele se enderezó y eso lo detuvo por completo. Pensó: «No me he lavado esta mañana, debo parecer un viejo vagabundo. Hay tierra en la parte de atrás de mi abrigo y tengo agujas de pino en el pelo». Le pareció que aquella situación requería de una gran cautela por su parte.

—Estoy muy preocupado, *mademoiselle* —comenzó a decir vagamente, pero abandonó ese tono—. Ella estaba sentada en el diván con la espalda enderezada, las mejillas inusualmente enrojecidas y el pelo, brillante y rubio, caía sobre sus hombros, una imagen totalmente inédita para el general. Se alejó unos pasos y mirando por seguridad hacia el otro lado de la ventana dijo, con un tono de sincera desesperación —temo que usted considere que me he comportado como un loco—, luego se dio la vuelta y descubrió que ella lo había seguido con los ojos. Ninguno de los dos bajó la mirada. Aquella expresión en la cara de ella también era nueva para él; se podía decir que los gestos se habían invertido. Ahora aquellos ojos lo miraban con una atención grave, mientras las suaves líneas de su boca parecían contener una sonrisa. Ese cambio volvía su notable belleza menos misteriosa, pero más accesible para un hombre. Al general lo invadió una paz espiritual extraordinaria y también cierta tranquilidad respecto a su conducta. Comenzó a caminar por la habitación con la misma excitación agradable con la que habría caminado a través de un batallón que exhudara fuego, muerte, humo. Luego se detuvo y miró con ojos sonrientes a la muchacha cuyo casamiento con él (la semana próxima) había sido tan cuidadosamente arreglado por la sabia, sensible y admirable Leonie.

—¡Ah, *mademoiselle*! —dijo con un tono de amable tristeza—, ¡si tan sólo tuviera la certeza de que usted no ha venido esta mañana hasta aquí, corriendo tres kilómetros, únicamente por cariño a su madre!

Esperó la respuesta con entereza, aunque eufórico en su interior, y la respuesta llegó con un murmullo modesto, mientras las pestañas bajaban, generando un efecto fascinante.

—No sea *méchant*,^[42] además de loco.

Entonces el general D'Hubert hizo un movimiento impulsivo hacia el diván que nadie hubiese sido capaz de detener. Aquel mueble no podía verse directamente desde la puerta, pero la señora Leonie, que regresaba envuelta en una capa liviana y cargando en un brazo un chal de encaje para que Adele cubriera con él su incriminatorio peinado, tuvo la fugaz impresión de que su hermano se levantaba de sus rodillas.

—Vamos, querida —gritó desde la puerta.

El general, habiendo recobrado ahora el dominio total de sus sentidos, mostró la preparación y los recursos de una oficial de caballería, la responsabilidad

de un líder.

—No pretenderás que camine hasta el carruaje —dijo, indignado—, no está en condiciones. La llevaré en brazos hasta el coche.

Lo hizo muy despacio, seguido por su asustada y respetuosa hermana, pero regresó a su cuarto rápidamente como un torbellino para borrar todos los signos de aquella noche de angustias y aquella mañana de duelo, y para ponerse los atavíos festivos de un conquistador antes de salir apresurado hacia la otra casa. De no haber sido por eso, el general D'Hubert habría sido capaz de cabalgar hasta encontrar a su antiguo adversario sólo para darle un abrazo por aquel exceso de felicidad. «Y se lo debo todo a ese bruto estúpido —pensó—. En una mañana he aclarado lo que de otra forma me hubiera llevado años descubrir por mi timidez. No tengo confianza en mí mismo, no soy más que un enorme cobarde. ¡Y el *chevalier*! ¡Ese viejo maravilloso!». El general D'Hubert sintió ganas de abrazarlo también a él.

Pero el *chevalier* estaba en cama. Estuvo enfermo varios días. Los hombres del Imperio y las muchachas de la posrevolución eran demasiado para él. Se levantó un día antes de la boda y, dado que era de naturaleza curiosa, se apartó con su sobrina para conversar tranquilos. Le aconsejó que descubriera a través de su marido el verdadero origen de aquel duelo de honor cuya reclamación, tan imperiosa y persistente, la había dejado a ella a un par de centímetros de la tragedia.

—Es justo que la esposa sea informada. Dentro de un mes, más o menos, será un buen momento para que sepas de su boca todo lo que desees saber, querida.

Más tarde, cuando la pareja de recién casados fue a visitar a la madre de la novia, la señora generala D'Hubert le comentó a su querido y viejo tío la verdadera historia que había obtenido sin dificultad de parte de su esposo.

El general la escuchó con atención hasta el final, tomó una pizca de tabaco, sacudió los granos contra la pechera de su camisa y preguntó, con calma:

—¿Y eso era todo?

—Sí, tío —respondió la señora generala abriendo mucho los ojos—, ¿no es gracioso? ¡*C'est insensé*,^[43] de lo que son capaces los hombres!

—Bueno... —comentó el viejo *emigré*—, depende de qué clase de hombres estemos hablando. Esos soldados de Bonaparte eran unos salvajes. Es *insensé*, pero como esposa, querida, debes creer lo que dice tu marido sin cuestionarlo.

Aun así el *chevalier* le confesó su verdadera opinión al marido de Leonie.

—No es más que una patraña que ese hombre se inventó para su mujer durante su luna de miel, y no sólo eso, puedes estar seguro de que nadie sabrá nunca el secreto de aquel duelo.

Mucho tiempo después, el general D'Hubert consideró que había llegado el momento propicio de escribirle una carta al general Feraud. La carta comenzaba sin ningún rencor.

«Durante todo el tiempo que duró nuestro deplorable duelo, jamás deseé su muerte —escribió el general barón D'Hubert—. Permítame —continuaba— que le devuelva por completo su perdida existencia. Sería correcto que ambos, que hemos sido compañeros en tantas glorias militares, nos mostremos amistosos en público».

La carta contenía además algunos datos domésticos. Fue debido a esto último que el general Feraud le contestó desde un pequeño pueblo junto a las orillas del Garona, con las siguientes palabras:

«Si el nombre de alguno de sus hijos hubiese sido Napoleón o Joseph, o incluso Joachim, le hubiera felicitado con mayor sinceridad por el acontecimiento. Como ha considerado más apropiado darles los nombres de Charles, Henri y Armand veo confirmadas mis sospechas de que usted jamás quiso al emperador; pensar en aquel héroe sublime encadenado a una piedra en el medio del océano feroz convierte mi vida en algo de tan poco valor que con alegría aceptaría sus órdenes de volarme la cabeza. Por una cuestión de honor no pienso en suicidarme, pero conservo una pistola siempre cargada en el cajón».

La señora generala D'Hubert levantó las manos desesperada tras leer aquella respuesta.

—¿Lo ves? Jamás se reconciliará conmigo —le dijo su esposo—. Nunca, bajo ninguna circunstancia, debe descubrir de dónde sale el dinero. No serviría de nada, no lo podría soportar.

—Eres un *brave homme*, Armand —dijo gratificada la señora generala.

—Querida, tenía el derecho a volarle los sesos, pero, como no lo hice, no podemos permitir que ahora se muera de hambre. Se ha quedado sin su pensión y es totalmente incapaz de hacer nada por sí mismo: debemos cuidarlo en secreto hasta el final de su vida. ¿Acaso no le debo el momento más exultante de la mía? ¡Ja, ja, ja! ¡Cruzaste corriendo un prado de tres kilómetros! ¡No lo podía creer cuando lo escuché...! Si no hubiese sido por su estúpida furia, me hubiese llevado años descubrirlo. Es extraordinario cómo, de una manera o de otra, este hombre ha conseguido conquistar hasta el más profundo de mis sentimientos.

IL CONDE

«Vedi Napoli e poi mori».

La primera vez que conversamos fue en el Museo Nacional de Nápoles, en una de las salas de la planta baja en la que se expone la famosa colección de esculturas de bronce encontradas en Herculano y Pompeya, ese maravilloso legado del arte antiguo cuya delicada perfección nos ha sido preservada de la catastrófica furia de un volcán.

Fue él quien comenzó la charla a propósito del célebre *Hermes yacente*. Lo habíamos estado contemplando juntos y dijo lo que suele comentarse sobre esa pieza tan admirable. Nada demasiado profundo. Su gusto era en realidad más natural que cultivado. Resultaba evidente que había visto muchas cosas delicadas en su vida y que las apreciaba: pero no usaba la jerga del *dilettante* o del *connoisseur*, una tribu odiosa, por otra parte. Hablaba como un hombre de mundo inteligente, el perfecto caballero al que nada perturba.

Nos conocíamos de vista desde hacía ya varios días. Estábamos alojados en el mismo hotel —un lugar razonable, no exageradamente de moda— y yo me había percatado ya de su presencia en el vestíbulo un par de veces. Supuse que se trataba de un cliente antiguo y respetable. La reverencia del conserje del hotel era lo bastante deferente y él respondía con una cortesía familiar. Para los criados era *Il Conde*. En esos días se produjo cierto episodio sobre el parasol de un hombre —de seda amarilla con forro blanco— que los camareros habían descubierto junto a la puerta del comedor. Nuestro portero, un hombre con un uniforme cubierto de reflejos dorados, lo reconoció y escuché que se dirigía a uno de los ascensoristas para que alcanzara corriendo al Conde y se lo diera. Tal vez fuera el único conde alojado en el hotel, o simplemente que su fidelidad a la casa le hubiese conferido la distinción de ser el Conde *par excellence*.

Después de nuestra charla en el museo por la mañana (donde, por cierto, había expresado su desagrado por los bustos y estatuas de los emperadores romanos de la galería de los mármoles porque sus caras eran demasiado rígidas

para su gusto), no consideré inapropiado proponerle aquella misma noche que compartiera su pequeña mesa conmigo, sobre todo después de ver lo lleno que estaba el comedor. A juzgar por la tranquila urbanidad con que dio su consentimiento, él tampoco lo consideró de esa manera. Tenía una atractiva sonrisa.

Solía cenar con chaleco y *smoking* (así lo llamaba él) con corbata negra. Todas las piezas eran de un corte excelente, aunque no nuevas, como es obligado. En lo que se refería a su forma de vestir, era de lo más correcto a cualquier hora del día o de la noche. No había duda de que su vida entera había sido correcta, ordenada y convencional, y que jamás se había visto perturbada por acontecimientos inesperados. Aquel pelo blanco peinado hacia atrás sobre su solemne frente le daba el aspecto de un hombre idealista e imaginativo. Su bigote blanco, espeso pero cuidadosamente cortado y arreglado, tenía en el centro una agradable mancha dorada. Desde la parte opuesta de la mesa me llegó un ligero olor a un extraordinario perfume y a puro de calidad (un olor, este último, con el que no resulta fácil dar en Italia), pero eran sus ojos los que delataban más claramente su edad. Tenían un aspecto un poco cansado, con los párpados arrugados. Debía de tener sesenta, puede que algunos años más. Era hablador. No me atrevería a calificarlo de cotilla, pero no había duda de que le gustaba hablar.

Al parecer había estado probando varios climas: Abbazia, la Riviera y algún que otro sitio, pero el único que le sentaba bien era el clima del golfo de Nápoles. Los antiguos romanos, aquellos hombres tan sabios —eso me dijo— para el arte de vivir, sabían lo que hacían cuando ordenaron construir sus villas sobre estas orillas, en Baiae, en Vico, en Capri. Se trasladaron al mar en busca de salud y se llevaron con ellos a sus comitivas de mimos y flautistas para que los entretuvieran en sus ratos libres. Parecía verosímil que los ciudadanos romanos de las clases altas tuvieran predisposición a las más dolorosas afecciones reumáticas.

Aquella fue la única opinión personal que oí de sus labios. No estaba fundada en ningún conocimiento erudito, porque de los romanos no sabía más de lo que suele saber cualquier hombre de mundo medianamente informado. Hablaba por propia experiencia. Él mismo había sufrido una peligrosa afección reumática hasta que encontró alivio en este mismo rincón del sur de Europa.

Aquello había sucedido hacía ya tres años, y desde entonces se había trasladado a las orillas del golfo, vivía en uno de los hoteles de Sorrento o en una pequeña villa que alquilaba en Capri. Tenía un piano y unos cuantos libros, y solía hacer amistades pasajeras de un día, una semana o un mes entre aquel flujo de

viajeros que transitaba toda Europa. Uno se lo podía imaginar dando paseos por las calles y vías, trabando amistad con mendigos, tenderos, niños, campesinos, dirigiéndose amablemente a los *contadini* sobre las vallas y regresando a su habitación o a su villa para sentarse frente al piano, con su pelo blanco peinado hacia atrás y su espeso y arreglado bigote, «a tocar un poco de música para mí mismo». Y, como es lógico, junto a él estaba Nápoles con toda su vida, su agitación y su ópera. Para tener buena salud, aseguró, hacía falta un poco de entretenimiento. Mimos y flautistas, por supuesto, aunque en su caso, y a diferencia de los magnates de la antigua Roma, él no tenía que atender ningún asunto en la ciudad que lo alejara de aquellas moderadas delicias. No tenía ninguna obligación, y lo más probable era que no hubiese tenido nunca en su vida asuntos graves que atender. Llevaba una amable existencia, con sus alegrías y penas reguladas por el curso de la Naturaleza —bodas, nacimiento y muertes—, y establecidas según las costumbres prescritas de la buena sociedad.

Era viudo, y, cuando llegaban los meses de julio y agosto, se arriesgaba a cruzar los Alpes durante seis semanas para visitar a su hija casada, de quien me dijo el nombre; se trataba de una familia muy aristócrata. Tenía un castillo —creo que en Bohemia—, aunque es curioso que nunca llegara a mencionar su propio nombre. Seguramente imaginaba que lo había visto en la lista de huéspedes cuando lo cierto es que nunca lo miré. Fuera cual fuera, era un buen europeo —que yo supiera, hablaba cuatro idiomas— y era un hombre de fortuna. No de una gran fortuna, como era evidente. Supongo que ser extremadamente rico le habría parecido impropio, *outré*, demasiado molesto. Por otra parte, ni siquiera hace falta añadir que no había sido él quien había amasado aquella fortuna. No es posible amasar una fortuna sin tener cierta dureza de carácter. Se trata de una cuestión de temperamento elemental y el suyo era demasiado amable para la lucha. Durante el transcurso de la conversación, hizo mención a su finca de manera totalmente casual, en un momento en el que se estaba refiriendo a aquella dolorosa y alarmante afección reumática. Un año en el que cometió la imprudencia de quedarse al otro lado de los Alpes hasta mediados de septiembre, tuvo que guardar cama durante tres meses en aquella solitaria casa de campo sin más compañía que su mayordomo y la pareja de guardas. Había ido sólo un par de días porque tenía una reunión con su agente inmobiliario. Se había prometido a sí mismo no volver a cometer aquel tipo de imprudencias nunca más en la vida. Las primeras semanas de septiembre lo encontrarían a orillas de su querido golfo. Cuando uno está acostumbrado a viajar suele encontrarse alguna que otra vez con ese tipo de personas, cuya única ocupación parece ser la espera de lo inevitable. Las muertes y las bodas suelen puntear su soledad y uno no puede culparlos de que deseen que la espera sea lo más leve posible. Como él mismo dijo: «A mi edad,

no tener ningún tipo de dolor físico es una cuestión prioritaria».

No debe pensarse tampoco que fuera un aburrido hipocondríaco. Era demasiado bien educado para ser una molestia. Tenía buen ojo para las pequeñas debilidades humanas, un ojo afable. Como compañero era relajado, fácil y agradable para pasar con él las horas de la sobremesa. Coincidimos durante tres noches y luego tuve que abandonar Nápoles a toda prisa para cuidar a un amigo que había enfermado de gravedad en Taormina. *Il Conde* no tenía nada que hacer y me acompañó a la estación para despedirse. Yo me encontraba algo trastornado y su ociosidad estaba siempre dispuesta para la gentileza, pero no se podía concluir que fuera por ello un hombre indolente.

Recorrió el tren asomándose a los vagones para encontrarme un buen asiento y a continuación se quedó charlando conmigo alegremente desde abajo. Me confesó que me iba a echar de menos aquella noche y me anunció que, después de cenar, tenía intención de ir a escuchar la orquesta en el jardín público la Villa Nazionale. Pasaría el rato escuchando un poco de buena música y contemplando a la alta sociedad. Suponía que habría mucha gente, como de costumbre.

Todavía me parece tenerlo frente a mí con su rostro alzado, sus ojos cansados y su agradable sonrisa bajo su abundante bigote. Cuando el tren comenzó a moverse, se dirigió a mí en dos idiomas, primero en francés, diciendo *Bon voyage*, luego en su excelente inglés, tal vez demasiado enfático, y tratando de animarme después de haber comprobado lo preocupado que estaba: «¡Todo irá estupendamente bien!».

La enfermedad de mi amigo entró afortunadamente en una fase más favorable y a los diez días regresé a Nápoles. No puedo decir que hubiese pensado mucho en *Il Conde* en mi ausencia, pero al llegar al comedor lo busqué automáticamente en su sitio habitual. Imaginaba que habría vuelto a Sorrento y a su piano, sus libros, su pesca. Era muy amigo de todos los marineros y, cuando se embarcaba, le gustaba pescar con sedal. Distinguí su cabeza blanca entre aquella multitud de cabezas, pero había algo raro en su actitud que podía percibirse hasta en la distancia. En vez de estar sentado con la espalda erguida y observando a su alrededor con urbanidad, estaba inclinado sobre el plato. Estuve un buen rato detenido a su lado hasta que miró hacia arriba, un poco salvajemente, si es que puede relacionarse de alguna manera una palabra tan fuerte con su correcta apariencia.

—¡Ah, mi querido señor! ¿Es usted? —me saludó—. Espero que todo haya

ido bien.

Fue muy amable al acordarse de mi amigo. Lo cierto es que siempre era amable, con esa amabilidad de la gente que es sinceramente humana, pero en aquella ocasión le costó un gran esfuerzo y todos sus intentos de entablar conversación eran medio tediosos. Por un instante se me ocurrió que tal vez se encontraba indispuesto, pero antes de que llegara a formular la pregunta, murmuró:

—Aquí me tiene usted, muy triste.

—Lo siento mucho —respondí—. Espero que no haya tenido malas noticias.

Me respondió que era muy amable al preocuparme por él, pero no, no se trataba de aquello, gracias a Dios, y luego se quedó muy quieto, como si estuviera conteniendo la respiración. A continuación se acercó un poco y, en un extraño tono de respetuosa vergüenza, me confió:

—Lo cierto es que me ha sucedido una aventura de lo más... ¿cómo diría yo?, espantosa.

La energía del epíteto ya era lo bastante extraordinaria en aquel hombre de sentimientos moderados y comedido vocabulario. Habría jurado que con la palabra habría bastado para describir holgadamente la peor de las experiencias que le hubiese podido ocurrir a un hombre de su clase. Y una aventura, además... ¡Increíble! Aunque, como es propio de la naturaleza humana pensar lo peor, confieso que en aquel punto lo miré con cautela, preguntándome qué era lo que podía haber hecho. Las sospechas, aun así, apenas tardaron un segundo en volatilizarse. Aquel hombre era de un refinamiento tan esencial que enseguida abandoné la idea de una situación más o menos deshonrosa.

—Es un asunto muy grave, muy grave —continuó agitado—. Después de la cena se lo contaré, si me lo permite.

Le expresé mi absoluto consentimiento con una pequeña reverencia. Quería darle a entender que no se sintiera obligado a cumplir con aquel ofrecimiento, si más adelante no le parecía adecuado. Hablamos de otras cosas indiferentes, aunque con dificultad, y de una forma muy distinta a nuestras conversaciones previas, fáciles y parlanchinas. Me percaté de que le temblaba la mano con la que se llevaba el pan a la boca, y aquel síntoma, por lo que sabía de aquel hombre, me pareció francamente alarmante.

Cuando llegamos al salón de fumar no vaciló en absoluto. En cuanto nos acomodamos en nuestros asientos habituales se inclinó hacia mí, me miró fijamente a los ojos.

—¿Recuerda usted —comenzó— el día en que se marchó de aquí? Le dije que esa noche tenía intención de ir a Villa Nazionale a oír música.

Yo lo recordaba perfectamente. Aquel viejo y elegante rostro, tan fresco para su edad, y totalmente desprovisto de cualquier marca de experiencias traumáticas, de pronto tenía un aspecto agobiado, como si se encontrara bajo el influjo de una sombra pasajera. Le sostuve aquella intensa mirada, tomé un poco de café. Tenía una forma de narrar su historia de un esmero sistemático, supongo que para impedir que le dominara la excitación.

Me contó que después de marcharse de la estación tomó un helado y leyó el periódico en un café, luego regresó al hotel, se vistió para la cena y cenó con buen apetito. Después de cenar se quedó un rato en el vestíbulo (había mesas y sillones), se fumó un puro charlando con la hija menor del *primo tenore* del Teatro de San Carlo, e intercambió unas palabras con aquella «amable dama», la mujer del *primo tenore*. No había función aquella noche y ellos también iban a ir a la Villa. Salieron del hotel. Hasta ahí todo en orden.

Cuando llegó el momento de ir con ellos —eran ya las nueve y media—, recordó que llevaba en la cartera una cantidad de dinero demasiado grande, por lo que fue hasta el despacho y depositó la mayor parte en manos del contable del hotel. Acto seguido, cogió una *carozella* que lo condujo hasta la orilla del mar. Salió del taxi y entró andando en la Villa por el lado de Largo di Vittoria.

Me miró intensamente. En ese momento me di cuenta de lo impresionante que era en realidad. Cada pequeño hecho y acontecimiento de aquella noche había quedado impreso en su memoria como si hubiese estado dotado de un significado místico, y el hecho de que no mencionara el color del caballo que tiraba la *carozella*, y el aspecto del hombre que la conducía, no era más que efecto de una agitación que intentaba reprimir con todas sus fuerzas.

Ya he comentado que entró en la Villa Nazionale por el lado de Largo di Vittoria. La Villa Nazionale es un jardín público dividido en parcelas de hierbas, matorrales y parterres, entre las casas de la Riviera de Chiaja y las aguas de la bahía. A lo largo de una considerable longitud se despliegan paseos arbolados, más o menos paralelos, y en el lado de la Riviera de Chiaja los tranvías eléctricos

pasan cerca de las barandillas. Entre el jardín y el mar hay un paseo de moda que consiste en una calle ancha bordeada por un muro bajo, detrás del cual salpica el Mediterráneo con murmullos suaves cuando hace buen tiempo.

Como en Nápoles la animación se prolonga hasta muy entrada la noche, el paseo estaba en plena actividad con un brillante enjambre de lámparas de carruaje moviéndose a la par, unas arrastrándose lentamente y otras con rapidez bajo la tenue e inmóvil línea de lámparas eléctricas de la orilla. Sobre la tierra brillaba todo un enjambre de estrellas, y por encima de las chatas y silenciosas sombras del mar se escuchaban las voces procedentes de las casas y del paseo.

Los jardines no estaban demasiado iluminados y nuestro amigo caminaba entre espesas tinieblas con la mirada fija en una distante región luminosa que se extendía a lo largo de casi toda la longitud de la Villa, como si el aire resplandeciera con una luz fría, azulada y brillante. Aquel mágico lugar, que se encontraba tras los negros troncos de los árboles y las masas de vegetación, exhalaba sonidos suaves mezclados con repentinos estallidos de metal y graves ruidos sordos.

A medida que iba acercándose, todos aquellos ruidos se unieron formando una compleja pieza musical cuyas armoniosas frases llegaban persuasivamente a través de un desordenado murmullo de voces y de un arrastrar de pies en la grava de aquel espacio abierto. La enorme muchedumbre, sumergida en la luz eléctrica como en un baño de algún fluido radiante y tenue que se derramara sobre sus cabezas gracias a aquellos globos luminosos, se agrupaba a cientos alrededor de la orquesta. Había algunos centenares más sentados en las sillas y en círculos más o menos concéntricos, recibiendo impávidos las grandes ondas de sonido que se desintegraban al entrar en la oscuridad.

El Conde penetró en la multitud, arrastrándose con tranquilo placer, escuchando y observando todos aquellos rostros. Todos pertenecían a la alta sociedad: madres con sus hijas, padres e hijos, hombres y mujeres jóvenes, todos charlaban entre sí, se sonreían y saludaban con la cabeza. Había muchas caras bonitas, cantidades de *toilettes* y, como es lógico, una gran variedad de tipos: viejos vistosos de bigotes blancos; gordos, flacos, oficiales de uniforme, aunque al parecer los más abundantes eran ese tipo de jóvenes del sur de Italia, de tez incolora y clara, labios rojos, pequeño bigote azabache y ojos negros y líquidos, maravillosamente eficaces a la hora de mirar de reojo o con desprecio.

El Conde se retiró un poco de la multitud y compartió una pequeña mesa en

un café con un joven de ese mismo perfil. Nuestro amigo tomó una limonada. El joven parecía de mal humor y estaba sentado frente a un vaso vacío. Miró en una ocasión hacia arriba y luego bajó la mirada, a continuación se echó el sombrero hacia adelante.

—Hizo así... —El Conde hizo el gesto de un hombre que se inclina el sombrero hacia adelante por encima de la frente y prosiguió—: Pensé que estaba triste, que seguramente le pasaba algo, los jóvenes siempre tienen problemas. Yo no le hice ningún caso, evidentemente, pagué mi limonada y me fui de allí.

Mientras paseaba por las proximidades de la orquesta al Conde le pareció ver en un par de ocasiones a aquel joven vagando entre la multitud. Una de aquellas veces sus miradas se cruzaron. Debió de ser el mismo joven, pero había tantos de aquel tipo que no estaba seguro. Y ni siquiera le había preocupado lo más mínimo la coincidencia, sino que sencillamente se había quedado algo extrañado por el marcado y displicente malestar de aquel rostro.

Acto seguido, y cansado debido al sentimiento de encierro que uno puede experimentar cuando se encuentra en medio de una muchedumbre, el Conde se alejó de la orquesta. Vio un callejón muy oscuro que de pronto le pareció apetecible por el contraste de su promesa de soledad y frescura. Entró en él y se puso a caminar con lentitud hasta que el sonido de la orquesta quedó amortiguado claramente. A continuación regresó una vez más y dio la vuelta. Repitió aquello varias veces antes de darse cuenta de que había alguien ocupando uno de los bancos.

El lugar se encontraba a la mitad entre los dos faroles y la luz era débil. El hombre estaba tumbado en un rincón del asiento con las piernas estiradas, los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho. No hizo movimiento alguno, parecía haberse quedado dormido, pero cuando el Conde pasó por segunda vez se encontraba en una postura diferente. Ahora se encontraba sentado e inclinado hacia adelante. Tenía los codos apoyados en las rodillas y liaba un cigarrillo. No miró hacia arriba ni una sola vez.

El Conde prosiguió su paseo alejándose de la banda. Volvió tranquilamente, dijo. Me lo imagino, gozando plenamente, pero con su tranquilidad habitual, de la suavidad de esta noche sureña y los sonidos de la música, agradablemente atenuados por la distancia.

Se acercó una tercera vez al hombre del banco, que seguía doblado hacia

delante, con los codos apoyados en las rodillas. Tenía el aspecto de estar abatido. En medio de la semioscuridad del callejón, aquel cuello delgado y los puños de su camisa parecían pequeñas manchas de un blanco luminoso. El Conde comentó que de pronto se levantó súbitamente, como si tuviera intención de marcharse, pero que antes de que se diera cuenta, el hombre ya se encontraba de pie frente a él. Le preguntó en voz baja y suave si el *signore* sería tan amable de darle fuego.

El Conde contestó a la pregunta con un cortés «Desde luego» y bajó sus manos con la intención de buscar una caja de cerillas en los bolsillos.

—Bajé las manos —dijo—, pero no llegué a meterlas en los bolsillos. Sentí una presión aquí...

Se llevó la punta del dedo justo debajo del esternón, exactamente hasta el lugar del cuerpo humano en el que un japonés suele comenzar la operación del harakiri, un tipo de suicidio que sigue al deshonor de un ultraje a sus sentimientos.

—Miré hacia abajo —siguió el Conde con voz espantada—, ¿y qué fue lo que vi? ¡Un cuchillo! Un enorme cuchillo...

—¡No me estará usted diciendo —exclamé sorprendido— que le atracaron en la Villa, a las diez y media y a un tiro de piedra de miles de personas!

Asintió con la cabeza varias veces, mirándome fijamente y con todas sus fuerzas.

—El clarinete —declaró con solemnidad— estaba acabando su solo, y le aseguro que podía escuchar cada nota. A continuación la orquesta estalló en un *fortissimo* y aquella criatura giró sus ojos e hizo rechinar sus dientes, susurrándome con la mayor ferocidad: «¡Silencio!, no se le ocurra hacer ningún ruido o...».

Yo no era capaz de salir de mi asombro.

—¿Qué tipo de cuchillo era? —pregunté estúpidamente.

—Uno de hoja larga. Un puñal, puede que fuera incluso un cuchillo de cocina. Tenía una hoja larga y estrecha. Muy brillante. Y al igual que la hoja también brillaban sus ojos. Y sus blancos dientes. Los veía. Tenía una expresión de lo más feroz. Pensé: «Si intento golpearlo lo más seguro es que me mate». ¿De qué modo habría podido luchar contra él? Él tenía el cuchillo y yo no tenía nada. Yo tengo casi sesenta años, ¿sabe?, y él era un hombre joven. El mismo joven con el

que me había cruzado en medio de la multitud, aunque tampoco estaba completamente seguro. Hay demasiados jóvenes como él en este país.

La angustia de aquel instante se podía ver reflejada en su rostro. Supongo que en ese momento tuvo que quedarse de piedra del susto, pero, según dijo, sus pensamientos fluían a gran velocidad abarcando todos los peligros posibles. Se le ocurrió la idea de lanzar un vigoroso grito pidiendo ayuda, pero no lo hizo, y gracias a aquella resolución me forjé una favorable opinión sobre su autocontrol. Comprendió en un instante que nada impediría gritar también al otro.

—A aquel hombre le habría bastado también un instante para deshacerse de la navaja y fingir que el agresor era yo. ¿Por qué no? Podría haber dicho que era yo quien le había atacado. Las dos versiones eran igualmente increíbles. Hubiera podido decir cualquier cosa, haberme acusado de algo deshonesto, ¡qué sé yo! Por su forma de vestir nadie habría podido asegurar nunca que se trataba de un vulgar ladrón. Más bien parecía pertenecer a una clase alta. ¿Qué podía decir? Él era italiano, yo un extranjero. Naturalmente, tengo mi pasaporte, y está nuestro cónsul, pero me aterraba la idea de ser detenido y arrastrado por la noche a una comisaría como un criminal...

En ese momento se puso a temblar. Uno de los rasgos más significativos de su carácter era eludir los escándalos, mucho más que la misma muerte. Y lo cierto era que para mucha gente, una historia de esa naturaleza siempre quedaría —teniendo en cuenta ciertas peculiaridades de los modales napolitanos— como algo realmente extraño. El Conde no era ningún tonto, y ya que su seguridad en la respetable placidez de la vida había recibido un rudo golpe, pensó que en aquel momento cualquier cosa que sucediera a continuación sería verosímil. Se le ocurrió también que aquel joven podía ser sencillamente un enfurecido lunático.

Para mí precisamente en ese punto se podía discernir con claridad su actitud frente a aquella aventura. A causa de su exagerada delicadeza de sentimientos opinaba que nadie podía sentirse herido en su amor propio por lo que un loco se propusiera hacerle, pero parecía evidente también que al Conde le iba a ser negado ese consuelo. Describió de nuevo la forma tan abominablemente salvaje en la que aquel joven movía los ojos y hacía rechinar sus blancos dientes. Ahora la orquesta tocaba un movimiento lento con un solemne vaivén de trombones, y golpes, deliberadamente repetidos, del bombo.

—¿Y qué hizo usted? —pregunté ya muy excitado.

—Nada —contestó el Conde—, dejé caer las manos inmóviles. Le dije con tranquilidad que no tenía ninguna intención de gritar. Gruñó como un perro, luego dijo en un tono de voz normal: *Vostro portofolio*. En ese momento, como es lógico —siguió el Conde (y a partir de ese punto contó el resto de la historia como si se tratara de una pantomima)—, me metí la mano en el bolsillo interior para sacar la cartera y entregársela, pero aquel joven seguía empuñando el cuchillo y se negó a cogerla.

Al parecer le ordenó al Conde que sacara él mismo el dinero y, a continuación, lo agarró con su mano izquierda y le ordenó que se metiera la cartera en el bolsillo; todo aquello en medio de la dulce música de los clarinetes sostenida por el emocionante sonar de los oboes. En ese momento «el joven», como lo llamaba el Conde, dijo:

—Es muy poco.

—Y era cierto, eran sólo 340 o 360 liras —prosiguió el Conde—. Había dejado mi dinero en el hotel, como ya sabe. Le dije que eso era todo lo que llevaba encima. Movié la cabeza impaciente y dijo: *Vostro orologio*.

El Conde hizo como si sacara un reloj y lo desatara. Pero resultaba que había dejado el valioso medio —un cronómetro de oro que llevaba normalmente— en la relojería para revisarlo. Aquella noche llevaba, colgando de una cinta de cuero, un Waterbury de cincuenta francos que solía usar en sus expediciones de pesca. Viendo el tipo de botín que recibía, el elegante ladrón hizo chasquear despreciativamente la lengua: «¡Psa!», y lo rechazó al instante. A continuación, mientras el Conde guardaba de nuevo el objeto desdeñado en su bolsillo, le ordenó con una creciente y amenazadora presión de cuchillo en el epigastrio, como para recordárselo: *Vostri anelli*.

—Uno de los anillos —siguió el Conde— me lo regaló mi mujer hace muchos años; el otro es el sello de mi padre, de modo que le contesté: «No, eso no».

Aquí el Conde reprodujo el gesto dando un golpe seco con una mano encima de la otra, y apretando ambas, así, contra su pecho. Un gesto conmovedor que demostraba una gran resignación. «Esto no», repitió firmemente, y cerró los ojos, esperando —no sé si hago bien en recordar que una palabra tan desagradable se había deslizado de sus labios—, esperando el momento —realmente casi tengo miedo de decirlo— de ser destazado por el empuje de aquella hoja larga y afilada que en ese momento descansaba con una amenaza mortal en su estómago, el

mismo asiento, en todos los humanos, de las sensaciones angustiosas.

La orquesta, a lo lejos, seguía produciendo unas grandes olas de armonía.

El Conde sintió de pronto cómo la espeluznante presión desaparecía de aquel lugar tan sensible. Abrió los ojos. Estaba solo. No había oído nada. Lo más probable era que «el joven» se hubiera marchado apresuradamente hacía un rato, pero la sensación de la horrible presión permanecía incluso cuando el cuchillo ya no estaba allí. Le invadió una impresionante sensación de debilidad. Tuvo el tiempo justo para llegar tambaleándose hasta el asiento del jardín.

Se sentía como si hubiera retenido el aliento durante un tiempo interminable. Se sentó desmadejado con taquicardia ante aquella sorprendente reacción.

La orquesta ejecutaba en ese instante, con inmensa bravura, el complicado *finale*, y terminó con un estallido tremendo, pero él lo escuchó irreal y lejano, como si tuviera los oídos tapados. A continuación se oyeron los fuertes aplausos de un millar de pares de manos, como si fuera la caída de una repentina granizada. El profundo silencio que siguió lo hizo recogerse en sí mismo. Un tranvía que parecía una larga caja de vidrio en la que la gente iba sentada con las cabezas muy iluminadas pasó a unos sesenta metros del lugar en el que le habían robado y luego pasó otro en dirección contraria. El público que rodeaba a la orquesta se acababa de dispersar y había entrado en el callejón conversando en pequeños grupos. El Conde se sentó erguido e intentó pensar con calma en lo que acababa de suceder. La vileza del hecho lo volvió a dejar sin aliento. Lo único que podía concluir era que estaba disgustado consigo mismo. No me refiero aquí a que estuviese disgustado con su comportamiento, es más, si los datos de su representación pantomímica eran realistas, había sido sencillamente perfecto. No. No era eso. No estaba avergonzado. En realidad, más que haber sido elegido como víctima de un robo, lo que le espantaba era haber sido elegido como objeto del desprecio. Su tranquilidad había sido perversamente profanada. La agradable actitud de toda su vida había sido desfigurada.

Y aun así, en aquel momento, y antes de que el hierro penetrase en sus entrañas, fue capaz de razonar hasta una relativa ecuanimidad. Cuando consiguió calmar su agitación, se dio cuenta de que tenía muchísima hambre. Sí, hambre. La intensa emoción le había provocado un hambre voraz. Dejó el asiento, y después de andar un buen rato, se encontró fuera de los jardines y ante un tranvía parado, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Se subió a él, como en un sueño,

instintivamente. Afortunadamente, encontró una moneda en el bolsillo de su pantalón para pagar al conductor. El tranvía se detuvo, y como todo el mundo bajaba, se bajó él también. Reconoció la Piazza San Ferdinando, pero al parecer no se le ocurrió coger un taxi para que lo llevara al hotel. Se quedó allí como un perro abandonado, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera conseguir cuanto antes algo de comer.

Recordó de pronto su moneda de veinte francos. Me confesó que llevaba aquella pieza de oro francés desde hacía tres años. Solía llevarla encima adonde fuera, como una especie de reserva en caso de accidente, ya que todo el mundo está expuesto a que le rateen los bolsillos, algo completamente distinto a un descarado e insultante robo.

El monumental arco de la Galleria Umberto apareció frente a él en lo alto de unas nobles escaleras. Subió por ellas sin perder más tiempo y se dirigió hacia el Café Umberto. Todas las mesas del exterior estaban ocupadas por mucha gente que estaba bebiendo, pero como él quería comer entró dentro del café que está dividido en pasillos por pilares cuadrados y con largos espejos. El Conde se sentó en un banco de terciopelo rojo apostado contra uno de los pilares para esperar su *risotto*, mientras su memoria lo retrotraía de nuevo a su abominable aventura.

Pensó en aquel veleidoso y elegante joven con quien había intercambiado miradas en medio de la multitud que rodeaba la banda de quien estaba seguro había sido el ladrón. ¿Lo reconocería de nuevo? No tenía ni la menor duda, pero prefería no volver a verlo jamás. Lo mejor era olvidar aquel episodio tan humillante.

El Conde esperaba ansiosamente la llegada de su *risotto*, cuando ¡de pronto se dio cuenta de que hacia la izquierda y apoyado contra la pared, estaba el joven! Estaba sentado solo en su mesa, frente a una botella de un vino y una jarra de agua con hielo. Las mismas mejillas suaves y aceitunadas, los labios rojos, el pequeño bigote de azabache rizado hacia arriba, los finos ojos negros un poco duros y sombreados por largas pestañas, aquella expresión tan particular de cruel descontento que sólo era posible ver en los bustos de algunos emperadores romanos; no había ninguna duda de que era él. El Conde desvió la mirada rápidamente. El joven oficial que tenía detrás, y que estaba leyendo un periódico, también era así. El mismo tipo. Dos jóvenes un poco más allá jugando a las damas, también se parecían...

El Conde bajó la cabeza temiendo verse eternamente perseguido por la

visión de aquel joven y comenzó a comer su *risotto*. El joven de su izquierda llamó de pronto al camarero con tono malhumorado, y ante aquella llamada acudió no sólo su propio camarero, sino también otros dos camareros ociosos pertenecientes a un grupo de mesas totalmente diferentes. Acudieron al instante y con una celeridad servil, algo que no es precisamente una cualidad habitual en los camareros del Café Umberto. El joven murmuró algo, y uno de los camareros, se dirigió rápidamente hacia la puerta más cercana y llamó a la Galleria.

—¡Pasquale! ¡Eh, Pasquale!

Todo el mundo conoce a Pasquale, el viejo andrajoso, que, arrastrándose entre las mesas, vende a los clientes del café puros, cigarrillos, postales y cerillas. En más de un sentido, es un atractivo bribón. El Conde vio entrar en el café a aquel rufián de pelo gris y sin afeitar, con la caja de cristal colgando de su cuello de una cinta de cuero. A la llamada del camarero acudió arrastrándose con repentina energía hasta la mesa del joven. Necesitaba un puro y Pasquale se lo ofreció obsequiosamente. Estaba ya saliendo el viejo buhonero, cuando el Conde, en un impulso repentino, le hizo una seña.

Pasquale se acercó y le ofreció una extraña mirada, mezcla de una sonrisa respetuosa de reconocimiento y una expresión de cínica solicitud. Apoyando su caja en la mesa, levantó la tapa sin decir palabra. El Conde cogió un paquete de cigarrillos e, incitado por una temeraria curiosidad, preguntó tan indiferentemente como pudo:

—Dígame, Pasquale, ¿quién es aquel joven *signore* que está sentado allí?

El otro se inclinó por encima de su caja con gesto confidencial.

—Aquél, *signore* Conde —dijo mientras ordenaba su mercancía enérgicamente y sin mirar hacia arriba—, es un joven *cavaliere* de una familia muy buena de Bari. Estudia aquí en la universidad, y es el jefe, *capo*, de una asociación de jóvenes... de unos jóvenes muy amables.

Se detuvo un instante, y luego, con una mezcla de discreción y orgullo por su información, murmuró la palabra «camorra» y cerró la tapa.

—Un camorrista muy poderoso —susurró—. Los mismos profesores le tienen gran respeto..., *una lira e cinquanti centesimi, signore Conde*. Nuestro amigo pagó con la pieza de oro. Mientras Pasquale buscaba el cambio, observó que el joven, de quien tan graves cosas había oído en tan pocas palabras, observaba la

transacción furtivamente. En cuanto el viejo vagabundo se hubo retirado con una reverencia, el Conde le pagó su cuenta al camarero y se quedó tranquilamente sentado. Un entumecimiento, me dijo, lo había paralizado.

El joven pagó también, se levantó y cruzó la sala hacia él, aparentemente con el propósito de mirarse en el espejo del pilar más cercano al asiento del Conde. Iba vestido totalmente de negro, con una pajarita verde oscuro. El Conde lo miró y se sorprendió al encontrar una perversa mirada en los ojos del otro. El joven *cavaliere* de Bari (según Pasquale; aunque Pasquale era, hay que añadir, un mentiroso profesional) se arregló la pajarita, se ajustó el sombrero ante el espejo, y habló lo suficientemente alto para que le oyera el Conde. Dijo entre dientes el más insultante y venenoso de los insultos, mirando de frente al espejo.

—¡Ah! Así que llevabas oro encima, viejo mentiroso, viejo *birba, furfante!* Pero todavía no he acabado contigo...

Su expresión diabólica desapareció como un rayo, y salió del café paseando perezosamente con cara veleidosa e impasible.

El pobre Conde, después de contarme ese último episodio, se echó hacia atrás en su silla, temblando. Le sudaba la frente. En aquel ultraje se podía ver una insolente insensibilidad que me espantaba hasta a mí. No quiero saber los efectos que tuvo en alguien tan delicado como el Conde. Estoy seguro de que si no hubiera sido demasiado refinado para hacer una cosa tan vulgar como morir de una apoplejía en un café, le habría dado un infarto en ese mismo momento. Ironías aparte, mi única preocupación era evitar que él viera el alcance de mi conmiseración. Rehuía todo sentimiento desmedido y mi conmiseración era prácticamente desenfrenada. No me extrañó oírlo decir que había estado en cama una semana. Se había levantado porque se disponía a marcharse del sur de Italia de una vez para siempre.

¡Y el hombre estaba convencido de que no podría vivir otro año entero en un clima diferente!

Ninguno de mis argumentos tuvo el menor efecto en él. No se trataba de timidez, pero llegó a decirme:

—No sabe usted lo que es un camorrista, querido señor. Soy un hombre marcado.

No temía lo que pudieran hacerle. El delicado concepto que tenía de su

dignidad había sido ultrajado por una experiencia degradante y eso era algo que no podía tolerar. Un caballero japonés, ultrajado en su exagerado sentido del honor, se habría preparado para un harakiri con menos resolución que él. Volver a casa significaba realmente el suicidio para el pobre Conde.

Hay un dicho napolitano, supongo que dirigido a los extranjeros, que dice: «Vea Nápoles y muera a continuación». *Vedi Napoli e poi mori*. Un dicho de una excesiva vanidad, y hay que decir que todo lo excesivo le resultaba detestable a la tranquila moderación del pobre Conde. Aun así, mientras me despedía de él en la estación, pensé que se comportaba con singular fidelidad a ese mismo espíritu vanidoso. *Vedi Napoli...* Lo había visto. Lo había visito con una minuciosidad sorprendente y ahora se encaminaba hacia la tumba. Se dirigía hacia ella en el *train de luxe* de la Compañía Internacional vía Trieste y Viena. Cuando comenzaron a alejarse de la estación los cuatro largos y sombríos vagones, levanté el sombrero con el solemne sentimiento de estar ofreciendo el último tributo a un *cortège* fúnebre. El perfil del Conde, ya muy envejecido, se deslizaba suavemente, alejándose de mí con estática inmovilidad tras el cristal iluminado de la ventanilla. *Vedi Napoli e poi mori!*

EL CÓMPLICE SECRETO

I

A mano derecha se veían unas estacas de pesca parecidas a un extraño sistema de vallas de bambú; estaban a medio sumergir y resultaban un tanto incomprensibles en aquella división que marcaban sobre un mar de peces tropicales. Tenían un aspecto medio enloquecido, como si un puñado de pescadores nómadas las hubiese abandonado de aquella forma antes de retirarse hasta la otra punta del océano. No se veía ni la menor señal de asentamientos humanos en toda la extensión que abarcaba la vista. A mano izquierda se alzaban un puñado de peñones áridos semejantes a muros de piedra, torres y restos de fortines que hundían sus cimientos en aquel mar azul tan inmóvil y fijo que casi parecía sólido bajo mis pies, hasta el brillo de la luz del sol de poniente se reflejaba con suavidad sobre el agua sin ni siquiera denotar ese fulgor que manifiesta hasta las ondulaciones más imperceptibles. Cuando me di la vuelta para despedir con la vista al remolcador que nos acababa de dejar anclados, pude ver la línea de la costa fijada a aquel mar inalterable, filo contra filo, en una unión que no parecía tener fisura alguna y que se producía al mismo nivel, una de las mitades azul y la otra marrón, bajo la enorme cúpula celestial. De un tamaño tan minúsculo como el de aquellos peñones se veían también dos pequeños bosques, uno a cada uno de los lados de aquella impresionante unión que definía la desembocadura del río Meinam, del que en ese momento acabábamos de salir en la fase inicial de nuestro viaje de regreso a casa. Hacia el interior se veía una masa más grande y elevada; el bosque que rodeaba la gran pagoda de Paknam, el único lugar en el que podía descansar la vista de la inútil misión de recorrer con la mirada aquel monótono horizonte. Los meandros del río se podían localizar gracias a ciertos destellos aquí y allí, como si se tratara de pequeñas monedas de plata diseminadas, y en el recodo más cercano, del lado interno de la barra, perdí de vista al remolcador que entraba echando humo como si aquella tierra inamovible hubiera engullido el casco, la chimenea y los mástiles sin el menor esfuerzo. Fui recorriendo con la mirada la leve nube de vapor que tan pronto comenzaba a recorrer la llanura, como seguía las tortuosas curvas de la corriente, hasta que se perdió tras la colina en forma de mitra sobre la que descansa la pagoda. En ese momento me quedé completamente a solas en mi barco, anclado en el golfo de Siam.

Flotaba en el que iba a ser el punto de salida de un largo viaje, inmóvil en medio de aquella inmensa inmovilidad, con la sombra de los mástiles apuntando

hacia el este y el sol en poniente. En ese instante, el único que se encontraba en cubierta era yo; en el barco no había el menor ruido y no se movía nada a nuestro alrededor, nada manifestaba signos de vida, no había en el aire ni un solo pájaro, ni una sola canoa en el agua, ni una nube en el cielo. En aquel intervalo de tranquilidad, justo en el comienzo de una larga travesía, daba la impresión de que los dos nos estuviésemos midiendo la capacidad para llevar a buen puerto una misión tan trabajosa y larga, apartados de toda mirada humana, con el mar y el cielo como únicos testigos y jueces posibles.

Es posible que hubiera en el aire cierto resol que dificultara un poco la visión, porque, justo hasta el momento previo al ocaso, mi mirada no distinguió detrás de una de las puntas más elevadas del principal peñón de aquel grupo una cosa que estaba a punto de poner fin a aquella perfecta soledad. La marea de la oscuridad subió a toda prisa y con la brusquedad propia de los trópicos, y sobre aquellas tierras sombrías se puso a brillar todo un enjambre de estrellas, mientras yo seguía apoyado en la regala como si se tratara del hombro de un amigo fiel. Aquella enorme multitud de cuerpos celestes hizo que desapareciera de pronto la tranquilidad de la sensación de mi comunión con la nave. Comenzaron a escucharse ruidos molestos: pasos y voces, el ir y venir del camarero en la cubierta principal como si fuera un fantasma atareado, una campana que sonaba con urgencia bajo el puente de toldilla...

Vi a mis dos oficiales esperándome para la cena en el camarote iluminado. Nos sentamos a la vez y, mientras servía al primer oficial, comenté:

—¿Se han dado cuenta de que hay un barco que está anclado entre las islas? Cuando se ponía el sol, he visto con claridad los topes sobre los peñones.

El primer oficial levantó su esquemático rostro partido en dos por un bigote enorme y exclamó como era su costumbre:

—¡Cielo santo, señor! ¡No me diga usted eso!

Mi segundo oficial era un hombre joven y cauto de mejillas arreboladas y demasiado serio para su edad, pero cuando se encontraron nuestras miradas me di cuenta de que le estaban temblando ligeramente los labios. Bajé la mirada al instante, no era a mí a quien correspondía fomentar las bromas. Habría que añadir también que sabía poco acerca de mis oficiales. A causa de unos episodios que sólo me incumbían a mí, había sido elegido para aquel puesto hacía sólo quince días. Tampoco sabía gran cosa acerca de la tripulación de proa. Ellos llevaban viajando

juntos durante dieciocho meses, de modo que yo era casi el único desconocido a bordo. Doy esta información porque está relacionada de alguna forma con lo que viene a continuación, aunque la impresión más intensa de todas era mi calidad de desconocido para el propio barco y, si he de sincerarme por completo, también para mí mismo. Exceptuando al segundo oficial, yo era el hombre más joven a bordo, y como aún no tenía experiencia en un cargo de responsabilidad, daba por descontada la pericia de los demás. Por su parte, ellos no tenían más obligación que cumplir eficientemente con sus funciones, pero yo me preguntaba durante cuánto tiempo iba a estar yo a la altura de la imagen ideal que todos los hombres tienen en secreto de sí mismos.

El primer oficial, ayudado por aquellos ojos redondos suyos y aquel espectacular bigote, se entregó a la tarea de intentar establecer una teoría sobre el barco que estaba fondeado. Aquel hombre se lo tomaba todo realmente en serio, era realmente tenaz, o, como le gustaba decir a él mismo, «le gustaba poner los puntos sobre las íes» a casi todo lo que se cruzaba en su camino, empezando por el pequeño escorpión que había encontrado en su camarote la semana anterior. No paraba de darle vueltas al asunto del escorpión: cómo había conseguido acabar a bordo, por qué motivo había elegido su camarote como despensa (se trataba de un lugar más sombrío, especialmente del gusto de los escorpiones), y cómo había hecho para acabar ahogado en el tintero de su escritorio. Resultaba, por otra parte, mucho más sencillo encontrar una explicación que justificara la presencia de un barco entre aquellos peñones, y cuando estábamos a punto de levantarnos después de cenar, nos comunicó su conclusión. No tenía ni la menor duda de que se trataba de un barco de nuestro país, y lo más probable era que su calado fuera demasiado grande como para cruzar la barra, a no ser que fuera en los primeros meses de primavera. Ésa era la razón por la que había optado por mantenerse en aquel puerto natural para esperar unos días en vez de cruzar con la rada abierta.

—Estoy seguro de que es eso —aseguró el segundo oficial con voz grave—. Debe de tener al menos unos veinte pies de calado. Debe de ser el Sephora de Liverpool y lleva una carga de carbón. Desde Cardiff habrá tardado unos ciento veintitrés días.

Todos nos volvimos sorprendidos.

—Me lo dijo el capitán del remolcador cuando subió a bordo para recoger su correspondencia, capitán —añadió el joven—. Pasado mañana tiene intención de llevar el barco río arriba.

Después de dejarnos pasmados con aquella enorme cantidad de información, salió del camarote. El primer oficial añadió con cierta tristeza que no conseguía entender del todo «las excentricidades de aquel joven». No entendía por qué no nos lo había dicho directamente.

Justo cuando ya se disponía a salir, lo detuve unos instantes. La tripulación había estado trabajando mucho durante los dos últimos días y la noche anterior había dormido muy poco. De pronto tuve la sensación de que estaba haciendo algo poco corriente cuando le ordené que toda la tripulación se fuera a descansar y que no dejara a nadie sobre cubierta, que yo mismo me quedaría allí más o menos hasta la una, y que a esa hora avisaría al segundo oficial para que me tomara el relevo.

—Luego, a las cuatro, que despierten al cocinero y al camarero —añadí—, y a continuación que le avisen a usted. Eso sí, en cuanto haya el menor viento despertaremos a toda la tripulación y zarparemos.

El oficial fingió que no estaba sorprendido.

—Como quiera, señor.

Cuando salió del camarote fue hasta la puerta del camarote del segundo oficial para hacerlo partícipe de mi extraño capricho de hacer una guardia de cinco horas. Escuché que el otro preguntaba incrédulo:

—¿Quién? ¿El capitán mismo?

Se oyeron luego otros murmullos y de nuevo el sonido de una puerta, y luego otra, al cerrarse. Unos minutos más tarde, salí a cubierta.

La sensación de ser un desconocido entre todas aquellas personas me había producido un insomnio que a su vez me había llevado a adoptar aquella medida tan extraordinaria. Puede que en mi interior lo único que sucediera fuera la vaga esperanza de que en medio de aquellas solitarias horas nocturnas podría ir familiarizándome un poco con aquel barco del que nada sabía y que estaba tripulado por unos hombres de los que sabía incluso menos. Cuando lo vi amarrado al muelle, estaba cubierto, como es normal cuando los barcos están en puerto, de tal cantidad de objetos que nada tenían que ver con él, y de tantos tipos de personas, que apenas pude hacerme una idea apropiada. Ahora que estaba listo para hacerse a la mar, la cubierta principal me parecía realmente hermosa bajo las estrellas; hermosa, grande y bien delineada. Caminé hasta la popa con la

imaginación perdida en el trayecto que nos esperaba por el archipiélago malayo, el océano Índico y el Atlántico hacia el norte. Todos aquellos recorridos eran familiares para mí, todas las situaciones y circunstancias a las que seguramente tendría que enfrentarme en el océano las conocía... conocía todo... menos mi responsabilidad de mando. Es verdad que me daba cierta tranquilidad la seguridad de que aquel barco era al fin y al cabo como cualquier otro, que aquellos hombres debían de ser también como cualquiera, y que lo más seguro es que el mar no me diera ninguna sorpresa inesperada.

Concluí aquel agradable pensamiento, me dije que me apetecía un buen puro y bajé a buscarlo. Todo parecía de lo más tranquilo; en la popa todos dormían plácidamente. Subí de nuevo al alcázar a gusto en mi traje de dormir en medio de aquella noche tranquila y descalzo y con el puro encendido entre los dientes. La proa estaba en silencio. Lo único que escuché cuando pasé junto al castillo de proa fue el suspiro tranquilo y sereno de alguien que debía de estar durmiendo en el interior. De pronto me produjo una inmensa alegría la quietud que ofrecía aquel barco comparada con la inquietud de tierra firme, el pensamiento de que había elegido aquella vida sin grandes tentaciones ni problemas acuciantes, tan adornada por su belleza moral gracias a la simplicidad de sus fines y a la simplicidad de sus virtudes.

La llama de posición que se encontraba colgada en proa iluminaba con una luz clara y serena que casi parecía un símbolo, una luz brillante en medio de las misteriosas sombras de la noche. Me fijé, al pasar de camino a popa por el otro costado del barco, en que se habían olvidado de recoger la escalerilla de cuerda, y que seguía colgando sobre la banda; seguramente la habían echado para que pudiera subir a bordo el capitán del remolcador cuando se había acercado para recoger su correspondencia. Reconozco que me enfadó, porque siempre he creído que la atención a los pequeños detalles es la base de toda buena disciplina, pero al instante me sobrevino el pensamiento de que yo mismo había alejado a mis propios oficiales de su trabajo y que había sido mi decisión la que había impedido que se llevara a cabo la guardia de fondeo y todas las tareas se realizaran correctamente. Dudé de si había sido prudente interferir tan directamente en la rutina normal aunque lo hubiese hecho movido por las mejores intenciones. Una decisión como aquella podía provocar que más adelante me tomaran por un capitán excéntrico. Sólo Dios podía saber de qué manera aquel oficial de exagerados bigotes les había explicado a los tripulantes de barco las excentricidades de su capitán. Me enfadé conmigo mismo.

Hice un gesto mecánico, que poco o nada tenía que ver con mi

arrepentimiento, y recogí la escala. Ese tipo de escaleras de cuerda suelen ser ligeras y se pueden alzar con relativa facilidad, pero cuando di un fuerte tirón para subirla a bordo recibí uno idéntico en sentido contrario. ¡Qué diablos! Me quedé tan perplejo por la inmovilidad de la escalera que por unos instantes estuve inmóvil tratando de explicarme lo que había ocurrido, como el estúpido del primer oficial. Como es evidente, me asomé a la borda.

El flanco de la nave proyectaba una franja de sombra sobre el oscuro brillo de las aguas, pero eso no me impidió ver al instante algo alargado y pálido que flotaba cerca de la escalerilla. Antes incluso de que me hubiese propuesto averiguar de qué se trataba, pareció emerger de aquel cuerpo desnudo de un hombre un débil reflejo de luz fosforescente; fue como el parpadeo de un juego silencioso en las aguas dormidas, como un relámpago de verano en un cielo nocturno. Tuve que sofocar un grito cuando vi frente a mí un par de pies, unas piernas largas, una espalda grande y sumergida en aquel brillo verdoso y espectral. Una de las manos estaba al mismo nivel del agua, y se aferraba al último peldaño de la escalera. Aquel cuerpo estaba completo, pero le faltaba la cabeza. ¡El cadáver de un hombre sin cabeza! El puro se me cayó de la boca y se hundió en el agua con un susurro perfectamente audible en medio de la quietud que rodeaba el barco. Supongo que por esa razón el hombre levantó el rostro, un pálido óvalo en la sombra de la borda del barco, aunque ni siquiera en ese momento fui capaz de distinguir bien la forma de su cabeza morena. Eso fue suficiente para que se esfumara la inquietante sensación que me había agarrotado el pecho durante unos instantes. Transcurridos aquellos segundos ya había quedado atrás el momento de inútiles exclamaciones. Me puse sobre el palo de repuesto para así poder inclinarme sobre la borda tan cerca como fuera posible y acercarme a aquel misterio que flotaba junto al barco.

Agarrado a la escalerilla de aquella forma, como si se tratara de un nadador que estuviera descansando, el brillo del mar iba jugando con sus miembros, dándole un aspecto cada vez más pálido y fantasmagórico. Por otra parte, el hombre permanecía mudo como un pez. Tampoco hizo ningún movimiento para salir del agua. No hizo ningún movimiento que indicara que quería salir del agua, y resultaba absurdo que no hubiese intentado subir a cubierta. En realidad lo que resultaba inquietante era la posibilidad de que tal vez no quisiera. Fue precisamente esa inquietud la que me llevó a pronunciar las primeras palabras:

—¿Qué sucede? —pregunté con tono normal dirigiéndome a aquel rostro que estaba debajo del mío.

—Un tirón —contestó en el mismo tono que el mío, y a continuación añadió como si le invadiera una inquietud—: No es necesario que llame a nadie.

—No iba a hacerlo.

—¿Está usted solo sobre cubierta?

—Sí.

Por un instante me pareció que iba a soltar la escalerilla para alejarse nadando de mí de la misma misteriosa manera en la que se había presentado, pero al parecer aquella criatura surgida del mar (no había duda que de la costa más cercana a la nave) sólo quería saber qué hora era. Se lo dije.

—Y el capitán estará acostado, ¿no es así? —preguntó balbuciendo.

—Todo lo contrario —respondí.

Parecía estar discutiendo internamente consigo mismo porque me pareció escuchar en cierto momento un murmullo grave con el que se decía: «¿Qué sentido tiene?».

—Escuche, amigo. ¿No le importaría avisarle con cautela? —preguntó vacilante.

En ese momento supuse que ya no tenía mucho sentido retrasar el anuncio.

—Yo soy el capitán.

Desde el agua llegó una exclamación, «¡Por Júpiter!». El reflejo iluminó un pequeño remolino de agua alrededor de sus miembros, y sujetó la escalerilla también con la otra mano.

—Me llamo Leggatt.

Tenía un tono de voz tranquilo y decidido, una buena voz. Su serenidad había provocado que también mi ánimo estuviera sereno.

—No me cabe duda de que es usted un buen nadador —dije con calma.

—Así es, estoy en el agua desde las nueve, pero ya no sé si debo soltar esta

escalerilla, y seguir nadando hasta morir exhausto, o subir a bordo.

Me dio la impresión de que no lo decía por decir, sino que era un alma poderosa y que lo que decía era realmente una posibilidad. Tendría que haberlo deducido de su juventud, porque sólo alguien joven es capaz de enfrentarse a unas soluciones tan radicales, pero en ese instante me dejé llevar por una intuición. Se había entablado entre los dos una especie de comunicación misteriosa frente a aquel mar tropical sombrío y tranquilo. Yo también era en esa época lo suficientemente joven como para no hacer ningún comentario. El hombre del agua comenzó a subir a la borda y yo fui corriendo para buscarle algo de ropa.

Antes de entrar en el camarote, me quedé unos segundos inmóvil en el vestíbulo al pie de la escalera. Del otro lado de la puerta cerrada del primer oficial me llegó el leve sonido de un ronquido. La puerta del segundo estaba abierta y sujeta con un pequeño gancho, pero en la oscuridad que se vislumbraba al otro lado no se producía ni el menor ruido. Él también era joven y dormía como un leño. También podía estar despierto el camarero, pero no solía despertarse hasta que lo llamaban. Cogí un camisón de mi camarote y cuando regresé a cubierta, comprobé que el hombre desnudo que había llegado del mar estaba sentado en la escotilla y tenía, en medio de la oscuridad, un brillo casi reluciente; había apoyado los codos en las rodillas, y la cabeza en las manos. Se puso rápidamente el camisón de rayas grises parecido al que llevaba yo y me acompañó hasta la popa como si fuera mi doble, descalzo y silencioso.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté con voz apagada, agarrando de bitácora la lámpara encendida y levantándola un poco para verle mejor el rostro.

—Un feo asunto.

Sus facciones eran regulares: una boca agradable, ojos claros bajo unas cejas pobladas y negras, frente amplia y cuadrada, mejillas afeitadas, un bigote marrón y una barbilla redonda y bien definida. Debido a la luz de la lámpara que había llevado hasta su cara, había adquirido una expresión de concentración parecida a la de un hombre solitario y sumido en sus propios pensamientos. Mi camisón era exactamente de su talla. Se trataba de un joven corpulento de unos veinticinco años, no mucho más. Se mordió el labio inferior con el borde de unos dientes blancos y uniformes.

—De acuerdo —dije mientras colocaba la lámpara de nuevo en su lugar. La noche cálida y tropical volvió a cernirse sobre nuestras cabezas.

—Allí hay un barco —susurró.

—Sí, lo sé, es el Sephora. ¿Sabía que estábamos aquí?

—No, no tenía ni idea. Yo soy el primer oficial —se detuvo un instante y rectificó—: o al menos lo era.

—¡Vaya! ¿Es que ha sucedido algo malo?

—Así es, muy malo; he matado a un hombre.

—¿Qué quiere decir? ¿Ahora mismo?

—No, fue durante la travesía, hace ya unas semanas, a treinta y nueve grados al sur. Pero cuando digo un hombre...

—Supongo que sería en un ataque de ira —sugerí confidencialmente.

Me dio la impresión de que aquella cabeza oscura asentía lentamente sobre el gris fantasmal de mi camión. Me parecía estar frente a mi propio reflejo en plena noche, en el interior de un espejo inmenso y sombrío.

—Para alguien que ha salido del Conway es bastante duro verse obligado a reconocer algo así —murmuró mi doble con claridad.

—¿Ha estado en el Conway?

—Así es —respondió sorprendido, y añadió despacio—: Puede que usted también...

Y era cierto, pero como yo era dos años mayor que él había salido del buque escuela antes de que él entrara. Intercambiamos las fechas y a continuación nos quedamos los dos en silencio. Pensé de pronto en mi ridículo primer oficial con su descomunal bigote y sus exclamaciones del tipo: «¡Por Dios santo, señor! ¡No estará usted hablando en serio!». Mi doble me abrió un resquicio para adivinar sus pensamientos cuando me dijo:

—Mi padre era párroco en Norfolk. ¿Me imagina usted frente a un juez y un jurado acusado de ese cargo? No creo que sea necesario. Hay hombres en esta tierra que son como ángeles del cielo, pero no es mi caso. Era uno de esos hombres que son incapaces de no hacer constantemente todo tipo de maldades y

estupideces, uno de esos tipos que no tienen motivos para vivir, que ni trabajaba ni dejaba trabajar. ¡No hace falta que añada más! Estoy seguro de que sabe perfectamente a qué clase de hombre me refiero.

Apelaba a mí como si nuestras experiencias fueran tan idénticas como nuestra indumentaria. Yo conocía perfectamente el poder destructivo de ese tipo de personas cuando no hay forma de reprimirlas legalmente, e intuía también que mi doble no era ningún canalla homicida. No se me ocurrió descender a los detalles y él me fue contando la historia a grandes rasgos, utilizando frases bruscas y un tanto inconexas. Eso era todo cuanto necesitaba. Podía ver todo lo que había sucedido como si fuera yo mismo el que se encontrara en el interior de aquel camisón.

—Todo ocurrió cuando estábamos recogiendo el trinquete al anochecer. ¡Recoger el trinquete! Ya puede imaginarse, sólo con eso, el tiempo que hacía. Habíamos dejado únicamente aquella vela para que el barco navegara, por lo que puede suponer las inclemencias que habíamos afrontado los días anteriores. Es una de esas tareas que podría poner nervioso a cualquiera, y él comenzó a darme las primeras señales de su insolencia. Ya le he dicho que me sentía un poco sobrepasado por aquel temporal que parecía que no iba a acabar nunca. Era terrible, ya le digo, terrible de verdad, y además el barco estaba medio hundido. Aquel tipo estaba enloqueciendo de miedo y, como no era una situación como para ponerse a discutir con propiedad, me di la vuelta y lo derrumbé como a un buey. Él reaccionó y fue directo a por mí. Nos enfrentamos en el mismo instante en que el mar se abalanzaba sobre nosotros. La tripulación entera se dio cuenta de lo que estaba pasando y se agarró a los aparejos, pero en ese momento yo ya lo había agarrado del cuello y lo golpeaba como a una rata mientras los hombres no paraban de gritar: «¡Cuidado! ¡Cuidado!». A continuación escuché un estallido, como si se me hubiese caído el cielo encima. Dicen que durante diez minutos no se pudo ver nada en el barco, aparte de los tres mástiles y parte del castillo de proa, que la popa estaba totalmente cubierta por la espuma. Fue un auténtico milagro que nos encontrarán, y quedó claro que mis intenciones eran serias porque, cuando nos recogieron, yo seguía agarrándolo del cuello. El hombre tenía la cara negra, y eso ya les pareció demasiado. Nos llevaron a popa a los dos agarrados el uno al otro gritando «¡Asesinato!» como un grupo de locos. Entraron en la cámara. Durante todo ese proceso el barco podría haber naufragado en todo momento, el mar estaba tan enfurecido que hacía encanecer con sólo mirarlo. Por lo que he llegado a saber, el capitán se puso a gritar igual que el resto. Llevaba prácticamente una semana sin dormir, y estuvo a punto de enloquecer cuando se encontró con aquella situación en mitad del temporal. Todavía me pregunto cómo fue que no

me tiraron por la borda en el mismo instante en que separaron mis dedos del cuello de su querido camarada. Por lo que me dijeron, les costó un buen trabajo separarlos. La historia es demasiado violenta como para que un viejo juez y un jurado respetable sientan compasión por mí. Cuando recobré el sentido lo primero que escuché fue el aullido enloquecido del temporal y la voz del viejo. Estaba sobre mi litera y me miraba directamente a la cara.

—Señor Leggatt, acaba de matar usted a un hombre: ya no puedo consentir que continúe siendo el primer oficial de este barco.

Ponía tanto esmero en alzar demasiado la voz que casi provocaba que la anécdota resultara monótona. Estaba apoyado en la claraboya para seguir en equilibrio, y totalmente inmóvil.

—Un relato de lo más agradable para contar frente a una taza de té — concluyó en el mismo volumen.

Yo también tenía la mano apoyada en la claraboya y, al igual que él, estaba inmóvil. Nos separaba una distancia de menos de un pie. Por un instante pensé que si el viejo «¡Por Dios santo, señor! ¡No estará usted hablando en serio!» asomaba en ese momento la cabeza por la escotilla, podría pensar que estaba viendo doble o que tal vez se trataba de un efecto de brujería; el misterioso capitán confabulándose con su propia versión fantasmagórica junto al timón. Me empezó a preocupar la posibilidad de que ocurriera algo así mientras lo escuchaba con su voz tranquila.

—Mi padre es el párroco de Norfolk —dijo. Parece que había olvidado que ya me había dado antes aquel dato tan importante. No había duda de que se trataba de una buena anécdota.

—Lo mejor será que venga a mi camarote —dije avanzando con cautela.

Mi doble siguió mis movimientos y no hicimos ruido alguno porque los dos caminábamos con los pies descalzos. Dejé que pasara, cerré la puerta con mucho cuidado, avisé al segundo oficial y regresé a cubierta para hacer el relevo.

—De momento no hay la menor señal de viento —le indiqué cuando se acercó.

—No, señor, no parece —asintió medio dormido, con voz grave y la educación imprescindible, medio conteniendo un bostezo.

—Eso es lo único que debe vigilar, ya tiene sus órdenes.

—Sí, señor.

Di un pequeño paseo y, antes de bajar de nuevo, vi cómo ocupaba su puesto mirando hacia el mar con los codos apoyados en los aparejos de mesana. El otro oficial seguía roncando. La lámpara de la cámara estaba encendida y, junto a ella, había un pequeño jarrón con flores, un amable detalle del proveedor, porque aquéllas iban a ser las últimas flores que íbamos a poder ver como mínimo en unos meses. A cada uno de los lados de la caja del timón colgaban unos baos con plátanos. En el barco todo estaba exactamente igual que antes con excepción de una cosa: que los dos camiones del capitán estaban siendo utilizados a la vez; uno estaba inmóvil en la cámara y el otro inmóvil en el camarote del capitán.

Aquí es necesario que explique que mi camarote tenía forma de L, la puerta se encontraba en el ángulo inferior y se abría hacia el brazo corto de la estancia. A la izquierda había un sofá, y a la derecha estaba mi cama. El escritorio y la mesa con los instrumentos de navegación se encontraban frente a la entrada, pero si alguien abría la puerta no podía ver el brazo largo de la estancia a no ser que entrara. Tenía unos armarios y encima de ellos un librero, algo de ropa, un par de chaquetas gruesas, gorras, un impermeable y cosas de ese estilo colgadas de los ganchos. Al fondo del brazo había una puerta que daba al baño, al que también se podía acceder directamente desde el salón, pero ése era un camino que no se usaba nunca.

La llegada de aquel hombre misterioso puso de manifiesto las ventajas que tenía aquella estructura. Cuando entré en mi camarote, y a pesar de que estaba perfectamente iluminado por una gran lámpara que colgaba sobre el escritorio, no lo vi en absoluto hasta que salió él mismo en silencio desde detrás de la ropa que estaba colgada en el rincón más oculto.

—Escuché que entraba alguien y me escondí enseguida —susurró.

Yo me dirigí a él también en susurros:

—Aquí no entrará nadie sin antes pedir permiso o llamar a la puerta.

Asintió. Las facciones de su rostro eran delgadas y tenía un moreno un tanto desvaído, como el de quien acaba de salir de una enfermedad. No llamaba la atención. Me relató cómo había estado arrestado en su propio camarote durante casi siete semanas. Ni en sus ojos ni en su expresión había nada enfermizo. Lo

cierto era que no se parecía a mí en lo más mínimo, pero mientras estuvimos inclinados sobre la cama, susurrándonos el uno al otro y de espaldas a la puerta, cualquiera lo bastante audaz como para abrir la puerta y echar un vistazo a escondidas se habría quedado sorprendido ante la imagen de aquel capitán duplicado hablando en voz baja con su otro yo.

—Aún no me ha explicado cómo consiguió llegar hasta nuestra escalerilla — dije con aquellos murmullos prácticamente inaudibles con los que nos hablábamos después de que me comentara algo más sobre ciertas medidas que tomaron a bordo del Sefhora.

—Justo cuando llegamos a la isla de Java por fin me pude poner a pensar en todas esas cosas de nuevo, no había hecho en realidad otra cosa desde hacía ya seis semanas porque sólo me permitían dar un paseo de una hora por la tarde en el alcázar.

Hablaba a base de murmullos mirando hacia la portilla abierta y con los brazos cruzados sobre el lateral de la cama. Yo me imaginaba a la perfección la forma en la que había estado pensando todas aquellas cosas, más tenaz y obstinadamente que de forma acelerada, algo de lo que yo habría sido totalmente incapaz.

—Supuse que anochecería antes de que llegáramos a tierra —dijo en voz tan baja que tuve que aguzar el oído a pesar de que estábamos tan cerca el uno del otro que nuestros hombros casi se tocaban—, de modo que les pedí que me permitieran hablar con el viejo. Cada vez que me acercaba a él me daba la sensación de que se ponía enfermo, como si ni siquiera pudiera soportar mi presencia. El trinquete había acabado salvando aquel barco demasiado cargado como para viajar a mástil vacío. Y el que lo había hecho en su lugar había sido yo. Fuera como fuera el capitán vino y cuando llegó a mi camarote se quedó de pie al lado de la puerta sin parar de mirarme como si ya pudiera ver la soga alrededor de mi cuello. Le pedí directamente que dejara aquella noche abierta la puerta de mi camarote cuando el barco pasara por el estrecho de la Sonda. La costa de Java y el cabo de Angier sólo estaban a unas dos o tres millas, era lo único que le pedía. Durante el año que estuve en Conway gane un premio de nado.

—Le creo —murmuré.

—Sólo Dios sabe por qué razón me encerraban con llave durante la noche. Después de ver algunas de las expresiones de sus caras cualquiera habría podido

pensar que tenían miedo de que saliera por las noches a estrangular a la tripulación. ¿Pero es que acaso soy un asesino sanguinario? ¿Es éste el aspecto que tengo? ¡Por Júpiter que si así fuera no creo que el capitán se hubiese atrevido a entrar en mi camarote! Supongo que estará a punto de decirme que podría haberle dado un empujón allí mismo si era ya de noche, pero no es así, y no lo es por la misma razón por la que tampoco intenté echar la puerta abajo. Todos habrían salido inmediatamente a intentar detenerme y lo último que quería era una nueva pelea. Podría incluso haber muerto otro hombre porque yo no tenía intención de escaparme para que me atraparan de nuevo y no quería que se repitiera todo. El capitán se negó y con el gesto más contrariado que nunca. Tenía miedo de los hombres y también de su viejo segundo oficial que llevaba ya muchos años navegando a su lado y que no era más que un canalla con canas. El camarero también llevaba no sé cuántos años con él, al menos diecisiete años, un vago que me odiaba a muerte sólo porque yo era el primer oficial. No había habido ni un solo primer oficial que hubiese hecho más de una travesía en el Sephora. Los que de verdad llevaban el barco eran ese par de tipos y sólo el diablo sabe de qué no tenía miedo aquel capitán (en medio del temporal en el que estuvimos llegó a perder completamente el control de sí mismo). Puede que temiera a la ley, puede que a su mujer. ¡Ah, sí! Porque su mujer también iba a bordo, aunque la verdad es que dudo mucho de que se metiera en nada porque para ella habría sido una alegría que yo me marchara del barco fuera como fuera. Ya ve que mi historia se parece mucho a la de la «marca de Caín». Ya estaba más que dispuesto a vagar por la tierra, un precio francamente alto para pagar por un Abel así, pero sea como sea no quiso saber nada de mí. «Este tema debe tener su curso habitual, en este barco yo soy la representación de la ley», dijo sin parar de temblar. «¿De modo que no quiere?». «¡No!». «Espero que sea usted capaz de volver a dormir después de lo que está haciendo», repliqué y le di la espalda. «Me pregunto si usted mismo es capaz de hacerlo», respondió él y cerró la puerta.

»Pues bien, la verdad es que no pude después de aquello. Me costaba mucho esfuerzo dormir regularmente desde hacía ya tres semanas. Hasta Java había llegado en una travesía muy lenta alrededor de Carimata durante diez días. Cuando fondeamos allí, supongo que pensaron que todo iría bien. La costa más cercana quedaba a cinco millas de distancia y además era el destino del barco; el cónsul no iba a tardar ni un minuto en ir a buscarme, y no tenía mucho sentido tratar de huir a uno de estos islotes de por aquí en los que seguro no hay ni una gota de agua. No sé cómo sucedió pero, cuando aquella noche el camarero me llevó la cena, olvidó cerrar la puerta con llave. Después de comérmelo todo, salí y di una vuelta por el alcázar. Lo hice sin ninguna intención concreta, creo que lo único que quería era un poco de aire fresco. De pronto sentí la tentación, me quité

los zapatos de un golpe y, antes de que me diera tiempo a pensar nada más, ya estaba en el agua. Alguien en el barco debió de escuchar el chapuzón porque inmediatamente se creó un follón increíble: “¡Se ha marchado! ¡Arriad los botes! ¡Se ha suicidado! ¡No, está nadando!”. Y cómo no, claro que estaba nadando. Cuando alguien es un nadador de mi categoría no es sencillo suicidarse por ahogamiento. Antes de que el bote saliera del barco yo ya había alcanzado el peñón más cercano. Durante un rato los escuché gritar y remar, pero no tardaron demasiado en desistir. De nuevo se hizo el silencio y el mar quedó tan inmóvil como la muerte. Me senté en unas rocas y me puse a pensar. No tenía duda de que en cuanto amaneciera reanudarían la búsqueda y entre aquellas rocas no había demasiado sitio para esconderse. Y aunque lo hubiese habido ¿de qué habría podido servirme? Ya me había escapado del barco y no tenía ninguna intención de regresar, de modo que me quité la ropa, hice un hatillo con una piedra y la tiré al lado más profundo de la costa del peñón. Como suicidio, aquello ya era más que suficiente para mí; que pensarán lo que les diera la gana, pero yo no tenía ninguna intención de ahogarme. Mi intención era nadar hasta que me hundiera, que no es lo mismo. Nadé hasta otro de los islotes, y desde allí alcancé a ver la luz de posición de este barco, y así fue como pude nadar con una referencia. Continué nadando con facilidad y en el camino me encontré con una roca plana que sobresalía unos centímetros del agua; estoy seguro de que desde la popa se puede ver con un catalejo. Subí a la roca y descansé un poco, luego me puse en marcha de nuevo. Este último trecho ha tenido que ser más o menos de una milla.

Su murmullo se iba haciendo cada vez más débil, y no dejaba de mirar la portilla, a pesar de que no se viera ninguna estrella. Yo no lo había interrumpido en ningún momento. Había algo en su relato, puede que fuera en él mismo, que hacía completamente imposible la interrupción; se trataba de algo parecido a una sensación, una cualidad tal vez, indescriptible. Cuando por fin se calló, lo único que pude hacer fue preguntar algo absurdo:

—¿De modo que durante todo este tiempo has estado nadando hacia nuestra luz?

—Así es, lo más directamente que podía, me servía como referencia. No veía estrellas bajas porque la costa estaba en medio y tampoco podía ver la tierra. El agua parecía de cristal, me daba la sensación de estar nadando en una maldita cisterna de miles de metros de profundidad sin salida, pero, aunque pensara en rendirme, me desagradaba la idea de nadar en círculos como un buey enloquecido, y lo que tenía claro es que no quería volver... Eso no. ¿Se imagina que me hubiesen cazado en uno de esos peñones completamente desnudo como a un animal salvaje?

No tengo duda de que me habrían matado, y como no quería que me ocurriera eso, lo único que podía hacer era seguir nadando hacia delante. Entonces me topé con vuestra escalerilla...

—¿Y por qué no llamaste al barco? —pregunté elevando un poco el tono.

Él me rozó levemente el hombro, y sobre nuestras cabezas se escuchó el sonido perezoso de unos pasos que finalmente acabaron deteniéndose. Lo más probable era que el oficial hubiese pasado desde la otra parte de la popa y se hubiese apoyado encima de la borda.

—No nos oyen, ¿verdad? —susurró mi doble al oído con inquietud.

Y lo cierto es que su inquietud bastaba como respuesta, una respuesta lo bastante elocuente a la pregunta que yo le acababa de hacer, una respuesta que contenía en sí misma toda la dificultad de aquella situación. Cerré con cuidado la portilla para estar completamente seguro, porque, si alzábamos demasiado la voz, era posible que escucharan alguna palabra.

—¿Quién es? —susurró entonces.

—Mi segundo oficial, pero no se crea que sé mucho más que usted sobre él.

Y a continuación le hablé un poco sobre mí. Sólo hacía quince días me habían nombrado de manera totalmente inesperada capitán del barco. No sabía nada del barco ni de la tripulación. En los días de puerto no tuve tiempo de conocer la nave ni de evaluar la competencia de ninguno de sus tripulantes. En cuanto a los hombres, lo único que sabían de mí era que había sido elegido para llevar el barco de vuelta a nuestro país. Por lo demás, añadí, yo era tan desconocido a bordo como él. En aquel momento me daba cuenta de aquella realidad con una intensidad particular, y comprendí que hacía falta muy poco para que los marineros me vieran como a alguien sospechoso.

El hombre se dio media vuelta. Los dos desconocidos del barco nos miramos entonces en igualdad de condiciones.

—La escalerilla... —susurró tras un silencio—. ¿Quién habría podido imaginar que me iba a encontrar una escalerilla colgando de un barco que había fondeado aquí mismo? Justo en ese momento estaba a punto de marearme de la manera más desagradable. Después de la vida que me han obligado a llevar durante las últimas semanas, a cualquiera le habría pasado lo mismo. No habría

sido capaz de nadar ni un metro más allá de la cadena del timón y... ¡quién lo habría pensado! Justo allí había una escalerilla a la que me podía agarrar. En cuanto me agarré a ella pensé: «¿Qué sentido tiene?». Cuando vi la cabeza de un hombre que se asomaba y me miraba, mi primer pensamiento fue alejarme a nado y dejar que me gritara en el idioma que fuera. No me importaba que me mirara, casi me producía placer. Y como luego usted me habló con aquella voz tan tranquila... era como si me hubiese estado esperando... y por eso decidí quedarme un poco más. He estado muy solo... y no me refiero solamente al tiempo que he pasado nadando. Me alegra haber podido hablar con alguien que no perteneciera al Sephora. En cuanto a preguntar por el capitán, no fue más que un impulso. Podría no haber servido de nada si todo el mundo hubiese sabido de mi existencia y los demás hubiesen aparecido por la mañana. No sé, lo único que deseaba era que me viera alguien antes de marcharme, aunque no sé qué le habría podido decir... «Hace una noche preciosa, ¿verdad?», o algo por el estilo.

— ¿Cree que vendrán? — pregunté incrédulo.

— Es más que probable — respondió con voz débil.

De pronto me pareció que tenía un aspecto completamente demacrado. Agachó la cabeza.

— Mmm... Ya veremos, entonces. Mientras tanto, métase en la cama — susurré—. ¿Necesita ayuda? Ahí es...

Se trataba de una cama alta con unos cajones en la parte inferior. Aquel prodigioso nadador necesitó que lo ayudara a subir sosteniéndole una pierna. Se tumbó, consiguió darse media vuelta para quedar boca arriba, y se cubrió los ojos con el antebrazo. Con la cara medio tapada no había duda de que se parecía mucho a mí cuando me tumbaba en aquella cama. Me quedé unos instantes mirando a mi otro yo antes de echar con cuidado las dos cortinas verdes que estaban colgadas de una barra de hierro. Pensé un segundo en cerrarlas con una pinza para estar más seguro, pero me senté en el sofá y ya allí me dio demasiado pereza levantarme de nuevo; decidí hacerlo más tarde. Toda la tensión de aquella clandestinidad me había dejado con una especie de cansancio íntimo, era el esfuerzo provocado por hablar constantemente en susurros y el secreto que envolvía toda aquella excitación. Ya eran las tres y me había levantado a las nueve, pero no tenía sueño, habría sido incapaz de dormir. Me quedé allí sentado, exhausto y contemplando las cortinas, tratando de discernir con un poco de claridad aquella sensación de estar en dos sitios al mismo tiempo, y de lo más molesto con aquellos

desesperantes golpes que parecían no terminar de sonar nunca en mi cabeza. Me alivió de pronto darme cuenta de que no eran en mi interior donde sonaban sino en la parte exterior de la puerta. Antes de que me diera tiempo a ordenar mis ideas salió de mis labios la palabra «adelante», y el camarero entró con una bandeja en la que me traía el café de la mañana. Al final estaba tan cansado que había acabado durmiéndome. Me asusté tanto que le grité:

—¡Aquí, muchacho! ¡Por aquí! —como si se encontrara a kilómetros de distancia. Él dejó la bandeja sobre la mesa que estaba junto al sofá y me respondió:

—Ya me doy cuenta de que está aquí, señor.

Me miraba de una forma penetrante, pero no me atreví a devolverle la mirada. Seguramente se estaba preguntando por qué razón había corrido las cortinas de la cama para luego dormirme en el sofá. Salió y dejó la puerta sujeta con un gancho, como solía acostumbrar.

Se oía cómo la tripulación había comenzado a limpiar la cubierta. Yo era consciente de que si hubiese habido un poco de viento me lo habrían dicho de inmediato. De modo que sigue en calma, pensé, y aquello hizo que me sintiera doblemente mortificado. En realidad me sentía más dividido que nunca. El camarero apareció de nuevo en la puerta y yo me levanté del sofá tan rápidamente que lo asusté.

—¿Qué quiere?

—Cerrar la portilla, señor. Han empezado a limpiar la cubierta.

—Ya la he cerrado yo —dije ruborizándome.

—Está bien, señor —dijo sin moverse de la puerta, y me dedicó una mirada poco habitual e inquisitiva. A continuación apartó la vista, adoptó una actitud diferente y se dirigió a mí con una voz inquietantemente amable y solícita.

—¿Puedo pasar a retirar la taza, señor?

—Claro que sí —respondí, y le di la espalda mientras entraba y salía rápidamente para llevársela. A continuación quité el gancho, cerré la puerta y creo que hasta llegué a echar el pestillo. No podía durar mucho tiempo. Y además el camarote estaba hecho un horno. Miré con cautela a mi doble y descubrí que ni siquiera se había movido, aún tenía el antebrazo sobre los ojos y el pecho le subía y

le bajaba. Tenía el rostro empapado en sudor. Me incliné sobre él y abrí la portilla.

«Es necesario que me haga ver en cubierta», pensé.

Es evidente que podía hacer lo que me viniera en gana sin que nadie rechistara en mi círculo más cercano, pero me parecía demasiado cerrar el camarote con llave y llevármela. Me asomé por la escotilla y vi un pequeño grupo en el que estaban mis dos oficiales, el segundo descalzo y el primero con unas botas de caucho, cerca del castillo de popa y junto al camarero, que en ese momento estaba bajando la escalerilla y charlaba con ellos. El camarero me vio y bajó a toda prisa, el segundo oficial se fue por la cubierta gritando órdenes aquí y allá y el primer oficial vino a mi lado llevándose la mano a la gorra.

Había en su mirada una curiosidad que me disgustó, no sabía si el camarero les había comentado que yo era un tanto «extraño» o que estaba borracho, lo único que sé es que el hombre deseaba mirarme con atención. Se acercaba hacia mí con una sonrisa tan extraña que, cuando estuvo a mi lado parecía que se le habían helado los bigotes. No le di tiempo de abrir la boca:

—Que los hombres dejen fijas las vergas con las brazas antes de desayunar.

Aquella era la primera orden específica que daba a bordo del barco y me quedé en cubierta para ver cómo la llevaban a cabo. Tenía que afianzar mi autoridad sin perder ni un minuto más. Le puse las cosas en su sitio a un muchacho un tanto bromista, y también aproveché aquella ocasión para contemplar las caras de todos los marineros cuando pasaban delante de mí hacia las brazas de popa. Cuando llegó la hora de desayunar no probé bocado, y presidí la reunión con una dignidad gélida tan grande que los dos oficiales se vieron aliviados de poder abandonar la mesa en cuanto se lo permitió el decoro. Durante todo aquel rato mi mente me hacía resbalar hacia una dualidad que parecía empujarme a la locura. Ni mi yo secreto dejaba de mirarme a mí ni yo a él; había quedado tan atado a mis acciones como si fuera mi propia personalidad, y me contemplaba durmiendo desde aquella cama, detrás de aquella puerta que tenía frente a mí, mientras estaba sentado a la cabecera de la mesa. Era lo más parecido a estar loco, pero aún peor, porque yo era perfectamente consciente de la situación.

Me vi obligado a sacudirle durante casi un minuto y cuando abrió finalmente los ojos, ya estaba en pleno uso de su razón. Me inquirió con la mirada.

—Ya veo que va todo bien de momento —susurré—. Ahora lo mejor es que

se esconda en el cuarto de baño.

Me obedeció tan en silencio como un fantasma y a continuación llamé al camarero y le pedí que limpiara el camarote mientras yo me bañaba. «Y dese prisa». Utilizando el mismo tono de mi réplica me contestó: «Sí, señor», y salió a toda prisa a buscar la escoba y el recogedor. Me bañé chapoteando y silbando para que me pudiera escuchar el camarero desde el camarote, mientras aquel cómplice secreto de mi vida esperaba en silencio en un reducido espacio. Visto a la luz del día su rostro tenía un aspecto demacrado, con la mirada hundida bajo la severa sombra de las cejas, unidas tan sólo por un ceño levemente fruncido.

Cuando lo abandoné allí para regresar al camarote, observé que el camarero ya estaba terminando de limpiar el polvo. Mandé llamar al primer oficial y mantuve con él una trivial conversación sobre su tremendo bigote, cuando en realidad lo único que deseaba era que tuviera una oportunidad de echarle un buen vistazo al camarote. Así fue como pude cerrar de nuevo la puerta, y esta vez con la conciencia tranquila, para que mi doble volviera a ponerse en el rincón más oculto. Poco más se podía hacer, en realidad. Se vio obligado a estar sentado en una banqueta, y medio ahogado por la cantidad de abrigos que había allí. Escuchamos cómo el camarero entraba en el cuarto de baño desde el salón, llenaba unas botellas de agua, limpiaba la bañera, lo ordenaba todo, salía de nuevo al salón y cerraba con llave. Ése era mi plan para que mi segundo yo permaneciera ignoto; dadas las circunstancias, no se podía idear nada mejor. Y así fue cómo permanecemos sentados; yo frente a la mesa de mi escritorio tratando de dar un aspecto lo bastante ocupado frente a unos papeles, y él escondido detrás de mí y fuera de la vista de quien abriera la puerta. Hablar durante el día habría sido una imprudencia y no me habría podido deshacer de esa extraña sensación de estar hablando conmigo mismo. De cuando en cuando, echaba un vistazo por encima del hombro y lo veía a mi espalda, sentado rígidamente en la banqueta, descalzo y con los pies muy juntos, los brazos cruzados y la cabeza inclinada, totalmente inmóvil. Cualquiera habría podido creer que era yo mismo.

También a mí me tenía fascinado, y no pasaba un minuto sin que volviera la cabeza para observarlo. En una ocasión lo estaba mirando cuando una voz dijo desde fuera:

—Perdone, señor.

—¿Sí?

No retiré la mirada. Y así continué, de hecho, hasta que la voz del exterior me dijo:

—Se está acercando un bote, señor.

Comprobé que aquello había provocado que se sobresaltara, el primer movimiento que había realizado desde hacía horas, pero ni siquiera así levantó la cabeza, que permaneció inclinada.

—De acuerdo, echad la escala.

Todavía dudé unos instantes. ¿Debía susurrarle algo? Y sí así era, ¿qué? Daba la sensación de que nada externo había alterado en modo alguno su inmovilidad. ¿Qué podía decirle que no supiera ya...? Finalmente opté por subir a cubierta.

II

El capitán del Sephora tenía un bigote rojo que le ocupaba casi toda la cara, y el tipo de piel que suele tener la gente con ese pelo, al igual que los ojos, que eran del clásico azul turquesa. No se podía decir que fuera un hombre de una constitución imponente, era de hombros altos, estatura corriente y una pierna un poco menos recta que la otra. Cuando me estrechó la mano lo hizo mirando vagamente a su alrededor. Pensé que su cualidad debía de ser la tenacidad, pero sin ímpetu. Mi cortesía pareció desconcertarlo un poco, puede que fuera por timidez. Me habló farfullando como si estuviera avergonzado de sus propias palabras y me dijo su nombre (algo parecido a Archbold, aunque ha pasado ya tanto tiempo que ni siquiera estoy seguro), y a continuación el de su barco, con la misma desgana con la que confiesa un criminal. Me contó que había tenido una travesía con un tiempo tremendo... realmente tremendo, y que encima su mujer iba también a bordo.

Nos encontrábamos en el camarote y en ese momento el camarero nos trajo una bandeja con unas botellas y vasos.

—¡No, muchas gracias! —exclamó.

Al parecer no bebía ni una gota de alcohol, pero sí aceptó un vaso de agua. Dos vasos, en realidad. Un trabajo como aquél daba mucha sed. Desde el amanecer de aquel día no había parado de inspeccionar todos los peñones que estaban alrededor de su barco.

—¿Y eso por qué? ¿Por placer? —pregunté tratando de fingir interés.

—¡En absoluto! —respondió suspirando—. Se trata de una penosa obligación.

Él seguía farfullando y yo deseaba que mi doble pudiera escuchar claramente todas y cada una de las palabras que decía. No se me ocurrió otra cosa que decirle que era un poco duro de oído.

—¿Cómo? ¿Tan joven? —preguntó asintiendo y clavando en mí una mirada

azul, turbia y no demasiado inteligente. ¿Y eso por qué? ¿Se debía acaso a algún tipo de enfermedad? Hizo aquellas preguntas sin la menor pasión, como si en el fondo pensara que se trataba de algo merecido.

—Así es, una enfermedad —reconoció con una alegría que pareció dejarlo paralizado. Aun así conseguí lo que me proponía, ya que se vio obligado a alzar la voz para relatarme la historia. No tiene mucho sentido dar cuenta de su versión: los sucesos que relataba se remontaban a varios meses antes y había pensado tanto en ellos que parecía haber perdido totalmente la noción de su relevancia, aunque no por eso estaba menos deprimido.

—¿Y a usted que le parecería si sucediera algo semejante a bordo de su barco? Todo el mundo sabe que durante los últimos quince años he sido el capitán del Sephora.

Se lo veía muy deprimido, y lo más posible es que en cualquier otra circunstancia me hubiera compadecido de él, pero no era capaz de olvidar la imagen de aquel que compartía mi camarote sin que nadie lo supiera, como si se tratara de mi segundo yo. Se escondía detrás de la mampara, a dos o tres metros de distancia de nosotros, que estábamos en el salón. Miré con educación al capitán Archbold (si es que ése era su nombre), pero en su lugar vi al otro, con su camión gris y sentado en la banqueta, con los pies descalzos y muy juntos, los brazos cruzados y escuchando con la cabeza gacha cada una de las palabras que decíamos.

—Llevo treinta y siete años en el mar, he pasado en él casi toda mi juventud y mi madurez, y no había escuchado nunca que sucediera algo parecido en un barco inglés, y tenía que ocurrir en el mío, precisamente... Y encima con mi mujer a bordo.

En aquel momento yo apenas le prestaba ya atención.

—¿Y no le parece posible que haya sido esa tremenda tempestad de la que me ha hablado la que mató a aquel hombre? En más de una ocasión he podido comprobar cómo un golpe de mar le rompía el cuello a un hombre al instante.

—¡Por Dios santo! —murmuró de una forma inquietante y clavando en mí su mirada—. ¡El mar! Le aseguro que para que el mar matara a un hombre tendría que tener otro aspecto.

Mi sugerencia parecía haberlo escandalizado. Yo lo miré sin esperar nada

imprevisible por su parte, pero él se acercó a mí y sacó la lengua tan súbitamente que no pude evitar echarme atrás de un salto. Después de haber conseguido acabar con mi tranquilidad de una manera tan gráfica, asintió tranquilo. Si hubiera visto aquello, me dijo, no lo habría podido olvidar jamás. El tiempo era demasiado malo para dar al cadáver el entierro marino correspondiente, por lo que al amanecer llevaron el cadáver hasta la popa y allí le cubrieron la cabeza con una bandera, leyó una breve oración y a continuación, y vestido tal y como estaba, con el impermeable y las botas, lo arrojaron hacia las gigantescas olas que parecían estar intentando engullir el barco entero y todas las vidas que en él se encontraban en ese instante.

—Y se salvaron gracias a que fijaron la vela de trinquete.

—Así es, gracias a Dios y a esa vela nos salvamos —repitió con fervor—. Estoy convencido de que aguantó durante todo el huracán gracias a su misericordia.

—Y entonces fue cuando la fijaron... —comencé a decir.

—Fue la mano de Dios —me interrumpió—. Aquello sólo pudo hacerlo la mano de Dios. No me humilla decirle que fui incapaz de dar la orden. Me daba la sensación de que no podíamos tocar una sola parte del barco sin perderla, y perder esa vela habría equivalido en ese momento a perder nuestra última esperanza.

La tempestad todavía le llenaba el corazón de espanto, de modo que dejé que hablara durante un rato y, a continuación, y como de casualidad, como quien no le da ninguna importancia, le comenté:

—Supongo que estará usted deseando entregar a su primer oficial en tierra.

Lo estaba. A la ley. Sobre aquel punto en concreto su tenacidad era casi incomprensible y bordeaba lo atroz, era algo místico, por llamarlo de alguna manera, que no tenía nada que ver con que le consideraran «sospechoso de tolerar sucesos de esa naturaleza». Llevaba en el mar treinta y siete años sin tacha y los últimos quince en el Sephora parecían haberlo obligado a tener una actitud implacable.

—Escuche —continuó tratando de abrirse paso torpemente entre sus sentimientos—, no fui yo quien contrató a ese joven, pero al parecer su familia estaba relacionada de alguna forma con los propietarios del barco. En cierto modo, no me quedó alternativa. Parecía muy inteligente, educado y todo lo demás, pero

la verdad es que nunca me gustó del todo. Yo soy un hombre sencillo y, no sé cómo decirle, no era precisamente el primer oficial más adecuado para un barco como el Sefhora. De eso no tenía ninguna duda.

»Yo nunca habría elegido a ese tipo de hombre, no sé si entiende lo que quiero decir —insistió ya sin necesidad y sin dejar de mirarme fijamente.

Sonreí cortésmente y por un momento me quedé sin palabras.

—Supongo que tendré que informar del suicidio.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Sui-cidio! Digo que tendré que explicárselo a los propietarios cuando regrese.

—A no ser que consiga dar con él antes de mañana —asentí gravemente—. Vivo, me refiero.

Murmuró algo que no entendí del todo y acerqué el oído hacia él con desconcierto.

—Tierra —dijo alzando la voz—, le digo que, tierra firme queda a unas siete millas de donde tengo anclado el barco.

—Sí, aproximadamente.

Pareció empezar a sentir cierto recelo contra mí por mi falta de animación, curiosidad e interés, aunque lo cierto era que, aparte de cierta sordera, yo no había intentado fingir nada. Me sentía totalmente incapaz de fingir que era inocente, por eso ni siquiera lo intentaba. Habría que añadir también que el capitán había venido hasta nuestro barco con ciertas sospechas y mi cortesía le parecía una situación extraña y poco natural. ¿De qué otra forma lo podría haber recibido? ¿Sin cordialidad? Aquello sí que me habría resultado totalmente imposible, y por razones psicológicas que no explicaré aquí. Lo único que me interesaba era quedar al margen de sus pesquisas. ¿Con una actitud hostil? Puede ser, aunque eso podría haber precipitado de inmediato una pregunta directa. Gracias precisamente a lo poco acostumbrado que estaba a ella y a su naturaleza, la cortesía era sin duda la mejor manera de dirigirse a aquel hombre para contenerlo. Aunque también se daba el peligro de que intentara quebrantar mi defensa de golpe. Creo que nunca habría sido capaz de hacerle frente con una mentira abierta, y eso también más por

razones psicológicas que morales. Si él hubiese sabido el miedo que me daba mostrar mis sentimientos de identidad frente al otro... Aunque, por extraño que suene (eso lo entendí más tarde), me parece también que no le sorprendió mi parecido con el hombre que buscaba, la misteriosa similitud entre él y aquel que había provocado sus recelos desde el principio.

Sea como sea el silencio no llegó a durar gran cosa. El capitán continuó avanzando de forma indirecta:

—Yo creo que mi barco se debe de encontrar a unas dos millas del suyo, no creo que más.

—Y ya es mucho, sobre todo con este calor tan sofocante —dije.

De nuevo, otra pausa desconfiada. Suelen decir que la necesidad es la madre del ingenio, pero yo añado siempre que el miedo también lo agudiza, y de lo que yo tenía miedo era de que me preguntara directamente sobre mi otro yo.

—Es una agradable sala de estar ¿no le parece? —pregunté cuando me di cuenta de cómo su mirada iba recorriendo una puerta tras otra—. Y está además perfectamente acondicionada. Fíjese, por ejemplo —añadí mientras me recostaba sobre uno de los asientos fingiendo desenfado y abriendo la puerta del cuarto de baño—, esto de aquí es mi cuarto de baño.

El capitán realizó un inquieto movimiento, pero apenas miró hacia el interior. Me levanté de nuevo, cerré la puerta del baño y lo invité a que echara un vistazo como si estuviera muy orgulloso de mi barco. Se vio obligado a levantarse mientras se lo enseñaba todo, aunque no parecía sentir mayor interés.

—Y ahora le enseñaré mi habitación —dije lo más alto que pude mientras cruzaba la sala hacia estribor con pasos deliberadamente pesados.

Vino detrás de mí y echó un vistazo a su alrededor. Mi inteligente doble se había esfumado y yo representé mi papel.

—De lo más cómodo, ¿no le parece?

—Muy agradable, muy co... —Ni siquiera terminó aquella frase y salió con brusquedad, como si tratara de huir de alguna clase de truco, pero yo no tenía intención de soltarlo tan fácilmente. Me había hecho pasar tanto miedo que ahora yo también quería mi pequeña venganza, lo tenía en mis manos y tenía intención

de seguir adelante. Lo más probable es que mi educada insistencia tuviera para él algo temible, porque cedió enseguida. No permití que se le escapara un solo detalle: el camarote del primer oficial, la despensa, los paños, las velas que estaban almacenadas bajo la popa... Lo obligué a verlo todo. Cuando finalmente lo acompañamos hasta la salida del alcázar, soltó un enorme suspiro de desánimo y añadió desanimado que tenía que regresar a su barco. Le dije al primer oficial que se encargara personalmente del bote del capitán.

El bigotudo hizo sonar el silbato que casi siempre llevaba colgado al cuello y gritó: «¡Los del Sephora se marchan!». Mi doble tuvo que escucharlo desde el camarote, y no tengo duda de que sintió incluso más alivio que yo. Cuatro hombres salieron corriendo desde alguna parte y se dirigieron hacia la borda, y mis hombres subieron también a cubierta y se alinearon en la amurada. Yo me llevé a nuestro visitante hasta la pasarela con una ceremonia que rozaba el exceso. Se trataba de un hombre tenaz y en la misma escala, y con su particular manera de afrontar las cosas, se dio media vuelta y dijo con expresión culpable:

—Tampoco quiero que piense...

Lo interrumpí alzando la voz:

—Por supuesto que no lo pienso. Ha sido un placer. Hasta la próxima.

Tenía una idea bastante aproximada de lo que me iba a decir y pude ahorrármelo gracias a los privilegios de mi fingida sordera. El capitán estaba demasiado nervioso como para seguir insistiendo, pero mi primer oficial, que fue testigo cercano de la despedida, se quedó desconcertado y con gesto pensativo. Como no quería que diera la sensación de que rechazaba la comunicación con mis oficiales, no le impedí que me dirigiera la palabra.

—Parece un hombre agradable. Si el camarero no miente, la tripulación le ha contado a nuestros marineros una historia realmente extraordinaria. Supongo que el capitán se la habrá relatado a usted, ¿no es así?

—Sí, el capitán me lo ha contado.

—Un historia espantosa, ¿verdad, señor?

—Así es.

—Es casi peor que las historias que hemos oído sobre asesinatos en barcos

yanquis.

—No me parece que las supere, ni siquiera creo que se parezcan en lo más mínimo.

—¡Dios santo, señor! ¡No habla usted en serio! Ya sabe que no tengo ningún trato con barcos norteamericanos, de modo que no le puedo discutir ese punto. A mí me parece espantosa... aunque lo más raro de todo es que esos sujetos estaban convencidos de que su hombre se encontraba escondido en este barco. ¿Se lo puede usted creer?

—Absurdo.

Mientras tanto íbamos paseando por el alcázar de un lado al otro. No se veía a nadie de la tripulación de proa (ese día era domingo) y el primer oficial siguió hablando.

—Al parecer ha habido una pequeña discusión. Nuestros hombres se han ofendido y les han dicho «Como si fuésemos capaces de esconder a una bestia como ésa. ¿Por qué no miráis en la carbonera a ver si está por allí?». Y menuda discusión se ha montado, aunque creo que al final han hecho las paces. Lo más probable es que se haya ahogado, ¿no cree, señor?

—Prefiero no suponer.

—¿Quiere decir que no tiene ninguna duda al respecto, señor?

—Ninguna.

Lo abandoné al instante. Tuve la seguridad de estar causando en él una pésima impresión, pero mi doble estaba abajo y me resultaba muy difícil seguir en cubierta sabiendo que mi doble estaba abajo, casi tan difícil como estar abajo. Se podía decir que era una situación de lo más tensa. No había en el barco ni una sola persona en la que pudiera confiar. La tripulación ya conocía la historia, de modo que habría sido imposible hacerlo pasar por otra persona, y ahora era más posible que nunca que se produjera un encuentro.

El camarero se encontraba poniendo la mesa en aquel momento, por eso cuando bajé sólo pudimos hablarnos con la mirada. Esa misma tarde lo intentamos mediante susurros, pero en nuestra contra jugaba la calma dominical del barco, la quietud del aire y del agua, los elementos y los hombres: todo parecía levantarse

en contra nuestra como si se tratara de una confabulación secreta, hasta el tiempo, pero aquello no podía permanecer de aquel modo para siempre. Supongo que precisamente por esa razón ni siquiera podíamos confiar en la Providencia. ¿Es necesario que añada lo que me entristecía aquella idea? En cuanto al capítulo de los imprevistos que suele tener una baza tan importante en el libro del éxito, lo único que podía esperar era que se mantuviera cerrado, y es que ¿qué imprevisto favorable nos podía suceder?

— ¿Has escuchado todo? — fue lo primero que le pregunté cuando volvimos a estar inclinados los dos solos sobre la cama.

Lo había oído perfectamente, como demostró con el nerviosismo de su respuesta:

— Ese hombre ha dicho que apenas se atrevía a dar la orden.

Entendí que estaba hablando del salvífico trinquete.

— Sí, tenía miedo de que se perdiera al fijarla.

— Le juro que nunca dio esa orden. Puede que piense que la dio, pero eso no es cierto. Se quedó inmóvil a mi lado, en popa. La gaviota saltó por los aires y él se quedó lloriqueando porque era nuestra última esperanza, estoy seguro de que lo único que hizo fue lloriquear. ¡Y encima estaba anocheciendo! Ver a un capitán comportarse de aquella manera con una tormenta como ésa habría bastado para volver loco a cualquiera. A mí me puso en un estado de desesperación total, fui yo quien se hizo cargo de todo, me aparté de su lado y... pero no sé por qué se lo cuento si ya lo sabe todo perfectamente... ¿o es que acaso cree que si no me hubiese comportado violentamente los hombres habrían reaccionado? ¡Por supuesto que no! ¿El contramaestre, quizá?, puede ser, pero no es que hubiese mala mar, es que estaba completamente enloquecida. Supongo que el día que llegue el fin del mundo será algo parecido, pero una cosa es ver qué sucede y otra distinta tener que aguantarlo un día y otro día... No le estoy echando a nadie la culpa, digo tan sólo que al menos yo me comporté un poco mejor que el resto. Al fin y al cabo, el oficial de aquella ruina...

— Le entiendo perfectamente — le respondí sinceramente al oído. Se había quedado sin aliento y lo escuché jadear. Todo era muy sencillo; la misma tensión que lo había llevado a salvar la vida de veinticuatro hombres, lo había llevado a acabar con la vida de uno de un único y certero culatazo, una existencia indigna y

rebelde, pero no me dio tiempo a reflexionar sobre el asunto porque de inmediato se oyeron unos pasos en el salón y alguien llamó con fuerza a la puerta.

—Señor, tenemos viento suficiente para zarpar.

Aquella era una llamada que me obligaba en el acto a abandonar mis pensamientos y hasta mis sentimientos.

—Avisé a toda la tripulación a cubierta —grité a través de la puerta—. Subo inmediatamente.

Estaba a punto de conocer por fin mi propio barco, y antes de salir de mi camarote se cruzaron nuestras miradas por última vez: éramos los dos únicos intrusos a bordo. Le señalé la banqueta del rincón y me llevé el dedo a los labios, y él me respondió con un gesto misterioso y vago al que acompañó con una pequeña sonrisa.

Éste no es el espacio más apropiado para que un hombre se extienda en exponer cuáles son los sentimientos que lo invaden la primera vez que un barco se mueve bajo sus órdenes. En mi caso he de decir que las sensaciones no eran del todo puras. No era sólo yo quien se encontraba al mando, ya que en el camarote estaba aquel desconocido, o por decirlo de otro modo, yo no estaba total y completamente en el barco porque una parte de mí se encontraba junto a aquel desconocido. La impresión de estar en dos lugares simultáneamente me afectaba de una manera tan física que me daba la sensación de que el secreto había tomado posesión de mi alma. Ni siquiera había transcurrido una hora desde que el barco se empezó a mover cuando le ordené a mi primer oficial (estaba a mi lado) que fuera a buscarme la brújula y lo hice en un susurro. Me di cuenta a tiempo, pero el hombre se quedó claramente sorprendido. Casi dio un salto. Desde ese momento, mantuvo conmigo una actitud seria y vigilante, como si tuviera una mosca detrás de la oreja. Poco después, me alejé de la borda para echar un vistazo a la brújula con paso tan cauto que el timonel se me quedó mirando con unos ojos como platos. Eran cosas pequeñas, pero para un capitán no es ninguna ventaja pasar por excéntrico. Yo me sentía muy sensible y preocupado porque hay algunos gestos y actitudes que deberían salir de un marino de manera tan natural e involuntaria como el parpadeo ante un objeto amenazador. Hay cierto tipo de órdenes que deben salir de los labios casi sin pensar, ciertas actitudes tienen que surgir de él, por decirlo de alguna manera, sin reflexión. Pero en aquella situación a mí me había abandonado por completo ese estado natural de alerta inconsciente. Tenía que hacer constantes esfuerzos para salir de mi camarote y hacerme cargo de mis

obligaciones. Cualquiera que me hubiese mirado críticamente habría pensado que era un capitán inseguro.

Y además estaban los sustos. El segundo día de viaje bajé por la tarde a cubierta (llevaba unas babuchas en los pies) y me detuve ante la puerta abierta de la despensa para decirle algo al camarero, que en ese momento se encontraba de espaldas entretenido en alguna cosa. Cuando escuchó mi voz estuvo a punto de caerse del susto, como se suele decir, y dejó caer al suelo una taza.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunté sorprendido.

El hombre parecía presa de una confusión temporal.

—Perdóneme, señor, estaba convencido de que se encontraba usted en su camarote.

—Puedes comprobar que no.

—No, señor, pero habría jurado que le había escuchado moverse hace un segundo. Qué extraño... lo siento, señor.

Seguí a lo mío, tratando de evitar que se notara mi estremecimiento. Estaba tan identificado con mi doble que ni siquiera se lo conté en una de aquellas conversaciones nuestras, repletas de susurros y guiños. Lo más probable era que hiciera algún pequeño ruido. En realidad el milagro habría sido que no lo hiciera antes o después. Y a pesar de aquel rostro suyo casi siempre pálido y ojeroso daba la sensación de tener un enorme autocontrol. Por indicación mía, permanecía casi todo el día en el baño, porque me parecía el lugar más seguro. En cuanto lo había limpiado el camarero nadie podía tener la menor excusa para entrar en aquel lugar. Era un cuarto minúsculo. De vez en cuando se tumbaba sobre el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada sobre el codo. Otras veces me lo encontraba sentado en la banqueta con el camisón gris y el pelo corto; parecía un presidiario paciente e inmóvil. Por las noches se acostaba en mi litera y hablábamos en susurros mientras se escuchaban los pasos regulares del oficial de guardia pasando una y otra vez por encima de nuestras cabezas. Aquellos momentos resultaban extraordinariamente difíciles. Gracias a Dios, en uno de los armarios de mi camarote se guardaban unas magníficas latas de conserva y no me resultaba muy complicado hacerme con un poco de pan duro. Se alimentaba de pollo asado, paté de *foie gras*, espárragos, ostras cocidas, sardinas... todo tipo de manjares en lata. Mi café de primera hora de la mañana él se lo tomaba también

conmigo, y eso era todo lo que hacía por él en ese sentido.

Todos los días teníamos que hacer una extraña maniobra para que el camarero limpiara la habitación y el baño de la forma conveniente. Llegué a odiar el momento en que aparecía por la puerta, la presencia y la voz de aquel hombre inofensivo. Estaba convencido de que él sería el primero en desatar el funesto desenlace de aquel descubrimiento que sentía sobre mi cabeza como una espada.

Creo recordar que fue el cuarto día de travesía (en ese momento cruzábamos el golfo de Siam con viento suave y aguas tranquilas), sí, casi seguro que llevábamos ya cuatro días de malabarismos con lo inevitable cuando aquel hombre, cuyos movimientos temía constantemente, dejó los platos y se fue rápidamente a cubierta. Allí no había ningún riesgo. Poco tiempo después, bajó de nuevo; al parecer se había olvidado de bajar un abrigo mío que había dejado sobre una barandilla para que se secase después de una tormenta que había caído la tarde anterior. Cuando vi aquella prenda en su brazo me quedé de hielo en la cabecera de la mesa. Como es lógico, el camarero se dirigió hacia mi puerta, no podía perder ni un segundo.

—¡Camarero! —bramé. Me había puesto tan nervioso que fui incapaz de controlar el volumen de mi voz. Aquél era el tipo de cosas que provocaba que mi primer oficial, el de los bigotes, se llevara el índice a la sien. En una ocasión había podido observar cómo hacía aquel gesto sobre cubierta cuando hablaba en voz baja con el carpintero. En ese momento estaba demasiado lejos para escuchar sus palabras, pero no tenía ni la menor duda de que aquella pantomima sólo se podía referir al nuevo y extravagante capitán.

—Sí, señor —respondió el pálido camarero volviéndose hacia mí con resignación. Para él era una tortura tener que sufrir aquellos gritos injustificados, que lo detuviera sin razón aparente, que lo echara del camarote sin más explicaciones o lo sacara de la despensa con recados incomprensibles. Su expresión al responderme parecía cada vez un poco más torturada.

—¿Adónde llevas ese abrigo?

—A su camarote, señor.

—¿Va a caer otra tormenta?

—No lo sé, señor, ¿quiere que vaya a mirar?

—No, no te preocupes.

Con aquello ya había conseguido lo que pretendía porque mi otro yo había tenido oportunidad de oírlo todo. Durante unos segundos ninguno de mis oficiales levantó la cabeza del plato, pero no pude evitar comprobar cómo le temblaban los labios al joven segundo oficial.

Esperaba hasta que el camarero colgara el abrigo y saliera al instante. Pero lo hizo muy lentamente, aunque en aquella ocasión conseguí controlar mis nervios y no gritarle. Me di cuenta de pronto (y se oyó con claridad meridiana) de que por alguna razón estaba abriendo la puerta del baño. Aquello sí que era el fin; el cuarto era minúsculo. Sentía cómo se me entumecía la garganta, me quedé paralizado. Supuse que iba a escuchar un grito de sorpresa o de terror e hice ademán de levantarme, pero me faltaron las fuerzas para ponerme en pie. Todo seguía tranquilo. ¿Acaso mi otro yo había estrangulado al camarero? No sé lo que habría hecho si en ese mismo instante el camarero no hubiese salido de mi habitación, hubiese cerrado la puerta y se hubiese quedado en silencio junto al mueble.

De inmediato pensé: «¡Estoy salvado!», pero al instante me invadió la inquietud: «¡No! ¡Perdido! ¡No estaba! ¡Se había marchado!».

Dejé el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, y me eché un poco hacia atrás en la silla. Me sentía desfallecido. Poco después, cuando me hube repuesto lo bastante como para hablar con voz tranquila, le ordené al oficial que hiciera virar el barco y lo pusiera rumbo a las ocho en punto.

—No voy a subir a cubierta —dije—. Creo que voy echarme un rato, y a no ser que cambie el viento, no quiero que nadie me moleste antes de medianoche, no me encuentro bien.

—Hace un instante tenía usted muy mal aspecto —apuntó el primer oficial sin grandes signos de preocupación.

Los dos oficiales se marcharon y me quedé contemplando cómo el camarero recogía la mesa. No se veía nada raro en la mirada de aquel pobre hombre, pero aun así evitaba deliberadamente mi mirada. Pensé de pronto que deseaba escuchar su voz.

—¡Camarero!

—¡Sí, señor! —exclamó como siempre.

—¿Dónde ha colgado el abrigo?

—En el baño, señor —continuó con su tono habitual—. Aún no estaba del todo seco, señor.

Durante unos minutos me quedé sentado en la sala. ¿Acaso se había esfumado mi doble de la misma súbita manera en la que había venido? Pero aun así, si su llegada había tenido una explicación, su desaparición habría sido inexplicable. Me dirigí lentamente hacia mi oscuro camarote, cerré la puerta, encendí la lámpara y todavía pasaron unos instantes antes de que me atreviera a darme la vuelta. Cuando por fin lo hice, lo vi muy estirado en la parte más estrecha del camarote. Sería inexacto decir que me sobresalté, pero la verdad es que me entraron ciertas dudas sobre su existencia corpórea. ¿Era posible que sólo se manifestara ante mis ojos? Me dio la impresión de que me estaba rondando un fantasma. Sin moverse, y con el gesto grave, alzó las manos para hacer un gesto que significaba sin duda algo así como: «¡Por Dios! ¡De buena me he librado!». Desde luego. Me dio la sensación de que me había estado acercando cada vez más a la locura hasta quedar lo más cerca posible sin llegar a cruzar la frontera, y, por decirlo de alguna manera, fue aquel mismo gesto el que me detuvo.

El oficial bigotudo estaba haciendo virar el barco en aquel momento, y, en esa situación de silencio total que sucede al instante en que todos los miembros de la tripulación se encuentran en sus puestos, pude escuchar cómo gritaba desde popa: «¡A sotavento!». Y la orden se repitió como en eco desde la cubierta principal. Las velas aleteaban haciendo poco ruido bajo aquella brisa ligera y fueron cediendo cada vez más a medida que la nave iba girando despacio. Yo aguanté la respiración expectante, era como si no hubiera un alma en todo el barco. Otro grito rompió el silencio: «¡Cobrad la mayor!», y los dos nos sentamos en la cama al mismo tiempo que llegaban desde arriba los gritos y las carreras de los hombres que tiraban de la braza mayor.

Ni siquiera esperó a que le preguntara nada.

—He oído que buscaba algo a tientas y he conseguido acurrucarme en el baño —susurró—. Lo único que ha hecho ha sido abrir la puerta y meter el brazo para colgar el abrigo; aun así...

—No se me había ocurrido algo semejante —contesté con un susurro más nervioso que el anterior por el riesgo que habíamos llegado a correr, y fascinado por aquella naturaleza inquebrantable que le permitía afrontar todas las cosas con

tanta calma. Hablaba en susurros y sin el menor signo de nerviosismo. Si uno de los dos estaba perdiendo la razón, desde luego no era él, estaba perfectamente en sus cabales y siguió dando pruebas de su sensatez cuando habló de nuevo:

—No me serviría de nada volver a la vida.

Aquéllas sí que habrían podido ser las palabras de un fantasma. Pero se refería en realidad a su reciente descubrimiento, en boca de su capitán, de la teoría del suicidio. Me parecía que le iba a resultar útil, si es que había entendido correctamente la intención que parecía regir su comportamiento.

—Tendrá que abandonarme en cuanto pueda meterse entre las islas de Camboya —añadió.

—¿Abandonarle? No estamos en un libro juvenil de aventuras —protesté, y el enfado de su réplica me hizo callar de nuevo.

—¡Por supuesto que no! ¡Ya sé que no estamos en un libro juvenil! Pero ya he tenido bastante, no quiero más. ¿Acaso le parece que tengo miedo de lo que puedan hacerme? No me importa que me condenen a la cárcel, a la horca o a lo que les parezca, pero no espere de mí que regrese a explicarle lo que he hecho a un anciano con peluca y a doce comerciantes respetables. ¡Qué sabrán ellos si soy o no culpable! ¿Culpable de qué? Eso no es más que asunto mío. ¿O es que no lo dice en la Biblia: «Tendré que caminar fugitivo y errante sobre la tierra»? Pues que así sea, ya no me encuentro sobre la superficie de la tierra. De la misma forma en la que llegué en plena noche, así me iré.

—¡Imposible! No puede usted...

—¿Que no puedo...? No podría irme desnudo, como si fuese un alma perdida del Juicio Final, pero me llevaré este camisón. Aún no ha llegado el último día, pero me ha entendido, ¿no es así?

No pude evitar sentirme avergonzado de pronto. En realidad, había entendido todo perfectamente y habría sido una farsa evitar que aquel hombre se alejara a nado, una cobardía por mi parte.

—No podrá marcharse hasta mañana por la noche —susurré—. En este momento estamos mar adentro y podría faltarnos el viento.

—Usted me entiende —susurró—, claro que me entiende. Para mí es una

enorme satisfacción poder contar en este momento con alguien que me entiende, es como si hubiese estado esperándome a propósito —y con la misma forma de susurrar con la que solíamos dirigirnos el uno al otro añadió—: es verdaderamente maravilloso.

Todavía nos quedamos allí durante un rato, hablando en secreto. De cuando en cuando nos callábamos o decíamos tal vez alguna palabra suelta después de largos silencios. Él no dejaba de mirar por la portilla, como solía hacer. Cada cierto tiempo se escuchaba una ráfaga de viento. Daba la sensación de que el barco estaba amarrado a puerto, que avanzaba de manera tan suave y estable sobre aquellas aguas —oscuras y silenciosas como un mar fantasma—, que éstas no emitían ruido alguno.

Cuando llegó la medianoche subí a cubierta y, para gran sorpresa de mi piloto, viré hacia tierra. Sentí cómo sus bigotes se arrugaban en una molesta crítica. No hay duda de que jamás habría hecho algo parecido si no hubiese querido salir cuanto antes de aquel golfo adormilado. Creo que cuando lo relevó el segundo oficial, le comentó que le parecía una falta de juicio absoluta. El otro le respondió con un bostezo. Aquel joven inepto iba arrastrando los pies con tanta indolencia, y se apoyaba contra la borda en una postura tan desmañada, que lo reprendí al instante.

—¿Aún no se ha despertado?

—Sí, señor. Estoy despierto.

—En ese caso, hágame el favor de actuar como una persona despierta. Y esté atento. Si conseguimos dar con alguna corriente podremos acercarnos a las islas antes del amanecer.

La parte oriental del golfo está repleta de islas. Unas son más solitarias y otras se agrupan en un número reducido. En el fondo azul de la costa flotan en franjas plateadas de aguas calmas con formas áridas y grisáceas o verdes y redondas, como si se tratara de enormes arbustos de hoja perenne. Las más grandes pueden llegar a medir una o dos millas de largo y en ellas se ve un contorno montañoso y rocas grises bajo el manto de una vegetación enmarañada. Son lugares ignotos para el comercio, la navegación y casi para la geografía; el tipo de vida que contienen es todavía un misterio sin resolver. No es improbable que haya pueblos y pequeños asentamientos de pescadores en las islas más grandes, y que mantengan algún tipo de comunicación con el mundo, pero durante aquella

mañana, y mientras nos dirigíamos hacia ellas acariciados por la brisa más leve, no vi la menor señal de un hombre o de una canoa a través del telescopio que apuntaba ávidamente hacia ellas.

Ya era mediodía y, como todavía no había dado ninguna orden de virar, los bigotes de mi primer oficial estaban más fruncidos y eran más visibles que nunca.

—Mantendré el rumbo —dije al fin—, y me acercaré a la costa todo lo que sea posible.

Su mirada de incalculable sorpresa dio a sus ojos cierta ferocidad, y por un instante tuvo un aspecto temible.

—No avanzamos bien por el centro del golfo —dije como si careciera de importancia—, de modo que esta noche esperaremos a ver si nos benefician las brisas de tierra.

—¡Por Dios santo, señor! ¿Está usted diciendo que vamos a navegar de noche entre todos esos arrecifes y bajíos?

—Si en la costa hay brisas de tierra tendremos que acercarnos un poco para aprovecharlas, ¿no le parece?

—¡Por Dios santo, señor! —exclamó entre dientes. Durante toda aquella tarde tuvo un aspecto entre ensoñado y contemplativo, su particular manera de mostrar su perplejidad. Después de cenar fui a mi camarote como si tuviera intención de descansar un poco. Allí volvimos a reunir nuestras negras cabezas sobre una carta náutica medio desplegada sobre mi cama.

—Esto de aquí —le dije— tiene que ser Koh-ring. No he dejado de mirarla desde el amanecer. Tiene dos colinas y un pequeño valle, lo más probable es que esté habitada. Y en la costa que está enfrente parece haber una desembocadura de un río bastante grande... casi con toda seguridad habrá algún pueblo un poco más arriba. Es la mejor opción que he encontrado.

—Cualquier cosa está bien, que sea Koh-ring.

Se quedó observando la carta náutica todavía unos instantes, pensativo, como si estuviera examinando las distancias desde una altura elevada y siguiera con su mirada su propia imagen vagando por las tierras desérticas de la Cochinchina para adentrarse luego en regiones ignoradas por la cartografía.

Parecía una reunión de dos capitanes para decidir el rumbo del barco. Yo llevaba un día tan ocupado, corriendo arriba y abajo por todo el barco, que ni siquiera había tenido tiempo de vestirme. Todavía llevaba el camisón, las zapatillas y un sombrero descuidado. La cercanía con el calor del golfo había sido demasiado asfixiante y la tripulación ya estaba más que acostumbrada a verme pasear por el barco de aquella guisa.

—El barco pasará cerca del extremo sur —le susurré—, sólo Dios lo sabe, pero seguro que a aquella hora habrá anochecido. Me quedaré a una media milla, siempre y cuando pueda avanzar con relativa seguridad en medio de la noche.

—Tenga cuidado —susurró con tono de advertencia.

También yo comprendí en ese instante que todo mi futuro, todo aquel futuro para el que me había estado preparando con tanto cuidado, podía irse al traste por el más mínimo error cometido en el primer barco que estaba bajo mis órdenes.

No me podía permitir seguir ni un minuto más en aquel camarote. Le hice una señal para que se escondiera y yo me dirigí hacia la popa. Estaba de guardia aquel chico tan serio. Anduve durante un rato arriba y abajo, pensando en la estrategia, y luego le pedí que se acercara.

—Mande a un par de hombres para que abran las portillas del alcázar —dije con calma.

No me quedó duda de su descaro, o puede que le sorprendiera tanto que exclamó ante aquella orden tan incomprensible:

—¿Abrir las portillas del alcázar? ¿Para qué, señor?

—El único motivo por el que le pido que piense en ello es que se lo he dicho yo. Límitese a dejarlas abiertas y bien sujetas.

Se ruborizó al instante y se alejó, pero creo que de camino le debió de hacer algún comentario burlón al carpintero sobre la razonable costumbre de ventilar el alcázar de un barco. Sé también que fue al camarote del primer oficial para comunicarle la orden, porque el bigotudo no tardó en presentarse en cubierta como por accidente y me miró desde abajo, tratando de encontrar en mí alguna señal que delatara locura o borrachera.

Regresé unos instantes con mi otro yo antes de la cena, más nervioso que nunca. Me maravilló encontrarlo sentado y tranquilo, me pareció que su calma era algo inhumano, contranatura.

Le expliqué el plan en susurros.

—Me acercaré a la costa todo posible y luego viraré. Ya encontraré la forma para sacarle de aquí y meterle en el pañol de velas que comunica con el salón. Tiene un pequeño agujero, un cuadrado para poder tirar de las velas que sale directamente al alcázar y que cuando hace bueno no se cierra para facilitar la ventilación de las velas. Cuando vire el barco y toda la tripulación se encuentre a popa con las brazas de la mayor, ahí tendrá tiempo suficiente para llegar a la borda del alcázar, ya he ordenado que estén abiertas. Utilice uno de los cabos para llegar al agua sin hacer ruido, ya que cualquiera podría oírle saltar y eso complicaría mucho las cosas.

Se mantuvo en silencio durante un rato y luego apenas murmuró:

—De acuerdo.

—No me encontraré ahí para despedirme —añadí con cierto esfuerzo—. En cuanto a lo demás, espero haber comprendido yo también.

—Me ha comprendido a la perfección, desde el principio hasta el final —aquella fue la primera vez que lo vi quebrarse, su murmullo pareció de pronto un poco forzado. Me agarró de la mano, pero en ese instante me sobresaltó la llamada para cenar. Él no perdió la calma y se limitó a soltarme.

Acabó la cena y no bajé hasta que dieron las ocho pasadas. Aquella brisa débil y firme estaba cargada de humedad, y las velas oscuras y húmedas aprovechaban toda su fuerza. La noche era clara y estaba cubierta de estrellas, y aquellas pequeñas islas que parecían estar navegando a la deriva se alzaban como si fueran manchas oscuras frente a las estrellas. Sobre la amura se podía ver la más imponente de todas eclipsando una buena parte del cielo.

Cuando abrí la puerta contemplé la espalda de mi otro yo inclinada sobre la carta náutica. Se había alejado del rincón y se había inclinado sobre la mesa.

—Está todo muy oscuro —susurré.

Dio un paso atrás y se apoyó en la cama con una mirada serena y tranquila.

Yo me senté en el sofá. No teníamos nada que decirnos. Sobre nosotros se oían las pisadas del oficial de guardia caminando de un lado al otro, hasta que, de repente, me pareció que se movía más deprisa. Yo sabía lo que aquello suponía; se dirigía hacia la escalera y no tardé en escuchar su voz en la puerta.

—Vamos muy rápido, señor. La costa ya está muy cerca.

—De acuerdo —respondí—. Enseguida subo.

Esperé a que se alejara de la cámara y en ese momento me levanté. También mi doble se movió. Había llegado el momento en que nos teníamos que despedir entre susurros, ya que ninguno de los dos había podido hablar con su voz normal.

—Venga aquí —abrí un cajón y saqué tres soberanos—. Lléveselos. Hay seis, se los daría todos, pero tengo que reservar un poco de dinero para comprar algo de fruta y verdura a los nativos cuando pasemos por el estrecho de Sonda.

Él los rechazó con la cabeza.

—¡Cójalos! —insistí—. Nadie puede saber cuándo...

Sonrió y dio una pequeña palmada en el bolsillo del camisón. No era precisamente un lugar seguro para guardar nada, pero yo saqué entonces un viejo pañuelo de seda, hice un pequeño hatillo con las tres monedas de oro en su interior y volví a insistir para que lo aceptara. Supongo que lo conmoví de alguna manera porque en aquel momento lo cogió y se lo ató a la cintura.

Nos miramos a los ojos, transcurrieron unos segundos y, sin dejar de mirarnos, extendí la mano y apagué la luz. A continuación salí a la cámara y dejé la puerta del camarote abierta.

—¡Camarero!

Se le oía trabajar en la despensa, limpiando con gran esfuerzo las plateadas vinagreras antes de irse a dormir. Intentando no despertar al primer oficial, cuya habitación estaba justo enfrente, le hablé en voz baja.

Se volvió asustado.

—¡Señor!

—¿Podría traerme un poco de agua caliente de la cocina?

—Señor, me temo que el fuego de la cocina está apagado desde hace ya tiempo.

—Suba a mirar.

El camarero subió corriendo las escaleras.

—¡Ahora! —susurré lo bastante alto desde el salón. Puede que lo hiciera demasiado alto, pero tenía miedo de no ser capaz de articular ni un solo sonido. Un segundo más tarde ya lo sentí a mi lado. El doble del capitán se deslizó por delante de las escaleras a través de un pasillo diminuto y oscuro, hacia la puerta. Enseguida nos encontramos sobre el pañol de velas, gateando sobre ella. Me vi de pronto descalzo, y con la cabeza descubierta y abrasada por el sol. Agarré el sombrero que llevaba e intenté ponérselo sobre la cabeza a mi otro yo, pero él lo rechazó y se alejó en silencio. Luego, supongo que porque entendió mis razones, lo aceptó. En medio de la oscuridad unimos nuestras manos y las estrechamos fuertemente en silencio durante un segundo. Ni él ni yo dijimos una palabra al separarnos.

Cuando regresó, el camarero me encontró totalmente tranquilo a la puerta de la despensa.

—Señor, lo siento mucho, pero está medio tibio. ¿Quiere que prenda el hornillo?

—No, no te preocupes.

Subió lentamente hacia cubierta. Para mí era una obligación acercar el barco a la costa lo máximo posible ya que él tenía que saltar en cuanto virara. ¡Tenía que abandonarlo! Ya no podía echarme atrás. Caminé hacia sotavento y sentí que se me paralizaba el corazón cuando comprobé lo cerca que estábamos de la costa. En otras circunstancias no habría transcurrido ni un minuto. El segundo oficial me había seguido inquieto.

Seguí mirando hasta que volví a sentirme dueño de mi voz.

—Ahora ya puede pasar el barco a barlovento de la isla —dije con calma.

—¿Lo va a intentar de verdad, señor? —balbuceó con incredulidad.

No le presté atención y alcé el tono lo bastante como para que me oyera el timonel:

—A toda vela.

—A toda vela, señor.

Sentía el soplo de la brisa en las mejillas, las velas se hincharon con un viento constante y el mundo permaneció en silencio. Era un esfuerzo demasiado excesivo estar mirando la silueta de la tierra haciéndose cada vez más grande. Cerré los ojos: era necesario que el barco se aproximara un poco más. ¡Era necesario que se acercara! El silencio resultaba insufrible. ¿Acaso nos habíamos detenido?

Cuando volví a abrir los ojos mi corazón estuvo a punto de detenerse del susto. La colina que estaba al sur de Koh-ring parecía estar flotando sobre el barco como un fragmento de la noche eterna. En medio de aquella enorme masa no se veía ni un solo brillo, no había ni un solo sonido. Flotaba hacia nosotros y parecía ya casi al alcance de la mano. Vi la silueta de los marineros de guardia contemplando toda la escena en un mudo silencio.

—¿Pretende seguir adelante, señor? —preguntó una voz temerosa a mi lado.

No le presté atención, tenía que continuar.

—A toda vela, que nadie haga nada de momento —advertí a todo el mundo.

—Apenas puedo ver las velas —respondió el timonel con un tono extraño.

¿Acaso era que el barco se encontraba ya lo bastante cerca? No puede decirse que se encontrara totalmente bajo la sombra de la tierra, pero sí estaba envuelto en su oscuridad. Lo había devorado, era como si el barco ya estuviera dentro de ella, como si la hubiese devorado.

—Avisa al primer oficial —le ordené al joven que estaba junto a mí, mudo como un muerto—, y a toda la tripulación.

Mi voz sonó con una fuerza redoblada por lo cerca que nos encontrábamos del acantilado, y al instante gritaron varias voces:

—Ya estamos en cubierta, señor.

De nuevo todo permaneció inmóvil ante aquella sombra que se cernía sobre nosotros, cada vez a más altura, sin ninguna luz, ningún sonido. En el barco el silencio era tan grande que se podría haber confundido con la nave de los muertos entrando en el Erebo.

—¡Dios santo! ¿Dónde estamos? —se quejó el primer oficial. Estaba tan asustado que ni siquiera parecía tener el apoyo de su propio bigote. Juntó las manos y exclamó—: ¡Estamos perdidos!

—¡Cállese! —grité con autoridad.

Él bajó la voz, pero seguí viendo sus gestos de angustia.

—¿Pero qué hacemos aquí?

—Buscamos el viento de tierra.

Se llevó las manos a la cabeza y se dirigió a mí frontalmente:

—Jamás conseguiré salir de aquí. Y todo ha sido idea suya, señor. Ya sabía yo que íbamos a acabar así. Ahora ya no podremos evitar la costa, estamos demasiado cerca como para virar, el barco se pondrá a la deriva antes de que nos dé tiempo a terminar de hacer la maniobra, ¡Dios santo!

Le agarré el brazo antes de que se pusiese a golpearse a sí mismo su estúpida y leal cabeza y fui yo el que le sacudió con violencia.

—Ya estamos sobre la costa —lloriqueó intentando retirar la mirada.

—¿De verdad lo cree? ¡A toda vela!

—¡A toda vela! —replicó el timonel con tono asustadizo e infantil.

Todavía tenía en la mano el brazo de mi primer oficial y seguía agitándolo.

—Y usted vaya a su puesto, ¿me oye? A proa, y quédese allí, compruebe que las escotas del trinquete siguen bien aclaradas.

Durante ese intervalo preferí no mirar hacia la costa por si sentía que me abandonaba el valor. Finalmente lo solté y salió disparado hacia proa como si le fuera la vida.

Me pregunté qué estaría pensando el doble de todo aquel alboroto, oculto como estaba en el pañol de velas. Puede que lo estuviera escuchando todo y entendiera por qué me sentía en la obligación de acercarme tanto a tierra. La primera orden que di: «¡Timón a sotavento!», resonó ominosa bajo la elevada sombra del Koh-ring como si me encontrara junto a un acantilado. Clavé la mirada en tierra. Era casi imposible calcular la velocidad a la que se aproximaba el barco con aquellas aguas en calma y aquella brisa suave. ¡No! ¡Era realmente imposible! Mi otro yo estaba descolgándose por la borda justo en aquel instante... Puede que incluso se hubiese deslizado ya...

Aquella enorme masa negra que se alzaba por encima de nuestros mástiles empezó a virar y a alejarse de nuestra nave y en ese instante me olvidé por completo del desconocido que estaba a punto de saltar y lo único de lo que pude ser consciente era de que yo mismo era un desconocido en aquel barco. No sabía nada de él. ¿Obedecería mis órdenes? ¿Sería capaz de manejarlo?

Giré la verga mayor y esperé con impotencia. Era posible que el barco se hubiese detenido ya. Nuestro destino estaba en suspenso con toda aquella enorme masa del Koh-ring alzándose sobre la cima del barco como las puertas de una noche eterna. ¿Qué iba a hacer ahora el barco? ¿Avanzaba de nuevo? Me aproximé a la borda y no conseguí ver sobre la superficie más que una acristalada y soñolienta masa de agua. Era imposible determinar si nos movíamos o no, y yo aún no había aprendido a interpretar las señales del barco. ¿Nos movíamos o no? Necesitaba algo que pudiera distinguir claramente sobre la superficie, un trozo de papel, algo que pudiera tirar al agua y ver qué pasaba. No tenía a mano nada que lanzar y no me atrevía a salir corriendo a buscar alguna cosa, no tenía tiempo suficiente. De pronto distinguí un objeto blanco que flotaba a unos cincuenta metros del costado del barco. Una cosa blanca sobre las aguas negras, un destello fosforescente. ¿Qué podía ser eso? De pronto reconocí mi sombrero. Lo más probable es que se le hubiera caído de la cabeza y que no se hubiese tomado ya la molestia de recogerlo, pero me había dejado justo lo que yo necesitaba: una señal salvadora para usarla como punto de referencia. En ese momento no pensé en mi otro, y no me detuve a considerar que ya se había marchado del barco para siempre con todos sus gestos amistosos para convertirse de nuevo en un fugitivo sobre la superficie de la tierra, sin marca alguna sobre su frente que detuviera alguna mano asesina... Demasiado orgulloso como para dar explicaciones a nadie.

Me quedé observando el sombrero como si fuese una manifestación de la repentina piedad que había sentido por la carne mortal de aquel hombre. Lo único que había intentado era proteger su cabeza de los peligros del sol y resultaba que

ahora me iba a permitir salvar el barco para utilizarlo como punto de referencia que compensara mi falta de conocimiento de la nave. ¡Sí! El sombrero quedaba a proa, por lo que ya no había duda de que el barco estaba virando...

—Gira el timón —susurré al marinero, que seguía rígido como una estatua.

Bajo la lámpara de la bitácora la mirada de aquel hombre tenía un brillo enloquecido cuando dio un salto a un lado para poder virar el timón.

Caminé hasta la popa. En medio de la cubierta, y a oscuras, la tripulación esperaba aún junto a las brazas de proa. Las estrellas parecían desplazarse de derecha a izquierda, y todo estaba tan inmóvil que hasta pude escuchar cómo un hombre le decía a otro con un alivio inmenso:

—Por fin ha virado.

Las velas giraron en medio de los gritos de alegría y los bigotes empezaron a dar las órdenes de rigor. El barco ya se dirigía mar adentro y yo estaba solo en su interior. Nada ni nadie podía ya interponerse entre nosotros, ni hacer sombra a nuestro conocimiento y afecto, esa perfecta comunión que ha de entablarse siempre entre un capitán y su primera embarcación.

Mientras subía de nuevo al alcázar, pude ver de nuevo el límite de la oscuridad recortando aquella enorme masa de oscuridad que parecía la misma entrada del Erebo, y también el fugaz destello de mi sombrero blanco, que quedaba también en la distancia para señalar el punto exacto por el que había pasado aquel con quien había compartido en secreto mi propio camarote y también mis pensamientos, como si se tratara de un segundo yo. Se había arrojado al agua para afrontar su castigo: ese hombre libre, ese nadador orgulloso que ahora se dirigía hacia su nuevo destino.

UN GUIÑO DE LA FORTUNA

Cada vez que salía el sol me encontraba mirándolo de frente. El barco se deslizaba con suavidad sobre un mar en calma y, después de sesenta días de travesía, estaba deseando llegar a mi destino: una hermosa y fértil isla tropical. Sus habitantes más entusiastas la llamaban «La perla del océano», de modo que muy bien podemos llamarla también nosotros «la Perla». Un nombre apropiado, una perla que destila toda su dulzura sobre el mundo.

Lo último no es más que una manera velada de decir que allí se cultiva una caña de azúcar de primera calidad. La población de la Perla vive en realidad de la caña. Se podría decir que allí el pan de cada día es el azúcar. Yo iba hacia allí en busca de un cargamento y con la esperanza de que la última cosecha hubiese sido buena para que el cargamento fuera lo más voluminoso posible.

Mi segundo de a bordo, el señor Burns, fue el primero que avistó tierra, y yo me quedé extasiado desde el primer segundo frente a aquella imagen azul y pinacular, de una transparencia fascinante sobre el azul del cielo, una especie de emanación natural de la isla que se alzaba para saludarme en la distancia. A unas sesenta millas de la costa, la visión de la Perla es un fenómeno muy particular. Yo no pude evitar preguntarme, medio en broma, medio en serio, si acaso lo que aguardaba en aquella isla iba a ser tan maravilloso como aquella visión ensoñada que tan pocos marinos han tenido el privilegio de contemplar.

Ciertos pensamientos horribles sobre el trabajo amainaron aquella primera alegría de estar a punto de terminar el viaje. Sentía una enorme ansia de tener éxito, y quería hacerle honor a la confianza que los propietarios habían depositado en mí con una frase promisoria: «Le damos a usted toda la libertad para que saque el máximo provecho a nuestro barco». Me habían ofrecido el mundo entero como escenario, pero en privado sentía que mis cualidades tenían el mismo tamaño que una punta de alfiler.

El viento cedió un poco y el señor Burns comenzó con sus habituales y molestos comentarios acerca de mi mala suerte. Puede que fuera precisamente su devoción por mí lo que lo convirtiera a su vez en el peor de mis críticos. Aun así

me habría negado a soportar aquellos comentarios si no me hubiese correspondido cuidarlo en cierta ocasión debido a una enfermedad gravísima que había tenido en alta mar. No habría tenido ningún sentido despedir a un oficial tan eficaz, y mucho menos después de arrebatárselo a las garras de la muerte. Eso no significaba que no hubiese deseado en más de una ocasión que hubiese sido él mismo quien se despidiera.

Todavía tardamos en acercarnos a la costa y anclamos fuera de puerto hasta el día siguiente. La noche fue complicada e intranquila. Burns y yo estuvimos casi toda la noche en cubierta en aquel fondeadero desconocido para los dos. Las nubes descendían por los peñones de pórfito bajo los que nos hallábamos. El viento se puso a soplar con una fuerza desconcertante entre los mástiles desnudos, produciendo un gemido lastimero. Comenté que al menos habíamos tenido la buena fortuna de encontrar un fondeadero antes de que anoheciera, ya que si no hubiese sido así nos habríamos visto obligados a pasar una noche desagradable con las velas abiertas y fuera de puerto, pero mi primer oficial replicó, inflexible:

—¡Si usted lo llama suerte, señor! Sí, es la suerte de siempre, el tipo de suerte que uno le agradece a Dios que no sea peor.

Y el resto de las horas de oscuridad las pasó muy nervioso, haciéndome recurrir a mis reservas de filosofía. ¡Menuda noche sin fin, agotadora y desesperante pasamos al fin los dos anclados en aquel fondeadero negro como la brea! Las olas enfurecidas batían nuestro barco, y a cada rato venía una fuerte ráfaga desde los acantilados y arrancaba a nuestras jarcias un seco lamento como el de un alma en pena.

Cuando el barco por fin entró en puerto eran las siete de la mañana, fondeamos a unos metros del muelle y mis reservas de filosofía estaban al mínimo. Estaba vistiéndome a toda prisa cuando el camarero entró con el traje de mañana sobre el brazo.

Yo me encontraba agotado y abatido, y mientras intentaba meter la cabeza en aquella camisa blanca que, para mayor irritación, estaba tan almidonada que apenas la podía desplegar, le pedí —al borde del enfado— que me trajera «el desayuno de una vez». Mi intención era bajar a tierra lo antes posible.

—Sí, señor, a las ocho estará listo. Ha venido un caballero de tierra que desea hablar con usted.

Estiró las palabras de aquella frase de una forma de lo más particular. Yo tiré con fuerza de la camisa que me estaba poniendo y miré fijamente al camarero.

—¿A estas horas? —exclamé—. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

Cuando uno acaba de llegar del mar tiene que hacerse responsable de las circunstancias de haber llevado durante todo ese tiempo una vida totalmente aislada. Al principio todos los sucesos tienen un énfasis especial en el asunto de su novedad. A mí me había sorprendido la visita de aquel hombre tan madrugador, pero tampoco había ninguna razón para que el camarero se mostrara tan sorprendido.

—¿Le has preguntado su nombre? —pregunté con sequedad.

—Creo que se llama Jacobus —murmuró con expresión timorata.

—¡El señor Jacobus! —exclamé a voz en grito, más sorprendido aún, aunque con un espíritu completamente distinto—. ¿Y cómo no me lo has dicho nada más entrar?

Pero cuando dije aquello el camarero ya había salido corriendo del camarote. A través de la puerta entreabierta pude ver que, en medio de la cámara, estaba de pie un hombre alto y fornido junto a la mesa sobre la que ya estaba puesto el mantel, un mantel «marino» pero sin mancha alguna y de una blancura deslumbrante. De momento iba todo bien.

Dije en voz alta desde el otro lado de la puerta, y con la mayor cortesía posible, que me estaba terminando de vestir y que saldría enseguida. Me llegó la respuesta del visitante en tono bajo y tranquilo: no había prisa, podía tomarme todo el tiempo del mundo. Se atrevió a sugerir que le ofreciera una taza de café.

—Mucho me temo que el desayuno no será muy copioso —me disculpé—. Supongo que sabrá que llevamos sesenta y un días en alta mar.

Me respondió con una pequeña risa y un «Seguro que está bien, capitán». Tanto las palabras como el tono y la actitud del hombre que estaba en la sala tenían para mi gusto un aire inesperadamente amistoso y promisorio, pero eso no acabó con mi sorpresa. ¿Por qué había venido a visitarme? ¿Tramaba algún oscuro plan para aprovecharse de mi ingenuidad comercial?

¡Ah, siempre es igual con esos intereses comerciales! Acaban estropeando

siempre lo mejor de cada vida. ¿Por qué tiene que utilizarse el mar para el comercio o para la guerra? ¿Por qué nos obligan a matar y traficar en él siempre detrás de unos fines tan egoístas y superfluos? Sería mucho más agradable navegar de acá para allá con algún puerto y un poco de tierra firme en donde poder estirar de cuando en cuando las piernas, comprar unos cuantos libros y variar un poco el menú, pero, ya que me había tocado vivir en un mundo homicida y decididamente hostil, mi deber era aprovechar las oportunidades que me ofrecieran.

La carta de los propietarios del barco, lo he comentado ya, dejaba a mi arbitrio la tarea de sacar a la nave el máximo rendimiento según mi criterio, aunque, eso sí, incluía también una posdata que había sido redactada en los siguientes términos:

Sin ninguna intención de interferir en su plena libertad de acción, escribimos también en el próximo correo a algunas amistades comerciales del lugar que le podrían ser de utilidad. En especial deseamos que le haga una visita al señor Jacobus, un fletador y destacado hombre de negocios. Si entabla una buena relación con él, con toda seguridad le facilitará la tarea de dar a la nave el uso más provechoso posible.

¡Entablar una buena relación! ¡Pero si aquel tipo tan notable se había subido él sólo al barco y me había pedido una taza de café! Ya que la vida no es precisamente un cuento de hadas, cuando a uno le suceden este tipo de situaciones se suele alarmar. ¿Es que acaso había ido a parar al único rincón de la tierra en el que los hombres ricos y comerciantes subían a los barcos debidamente amarrados para desayunar? ¿Se trataba de magia blanca o un amarre de magia negra y comercial? Decidí (mientras terminaba de hacerme el nudo de la corbata) fingir que no había oído bien el nombre. Durante el viaje había pensado en muchas ocasiones en aquel eminente señor Jacobus, y tal vez mi oído me había jugado una mala pasada y confundí con el suyo algún nombre similar... Puede que el camarero hubiese dicho en realidad Antrobus... o Jackson.

Salí de mi camarote y saludé con un:

— ¿El señor Jacobus?

Y él me respondió de inmediato con una amable sonrisa y un tranquilo:

— Sí.

Él mismo parecía no darle demasiada importancia al hecho de ser el señor

Jacobus. Observé con atención aquel rostro grande y pálido, su pelo fino, su bigote también fino y de un vago color indefinido. Daba la impresión de tener pegados aquellos labios gruesos y suaves. Apenas se veía la sonrisa. Parecía un hombre corpulento y tranquilo. En ese momento entraron en la sala mis dos oficiales para desayunar y se los presenté, pero no fui capaz de entender por qué el señor Burns tenía esa apariencia de indignación contenida, que se manifestaba con ese silencio tan sepulcral.

Cuando por fin nos sentamos a la mesa, escuché vagamente algo sobre una trifulca en la escalera de la cámara. Por lo visto un desconocido había intentado bajar a verme y el camarero se lo había impedido.

—No puede verle.

—¿Por qué no puedo?

—Ya le he dicho que el capitán está desayunando en este momento; después tiene intención de ir a tierra: tendrá usted ocasión de hablar con él cuando suba a cubierta.

—Pero eso no es justo, antes ha dejado pasar...

—No he tenido nada que ver con eso.

—Por supuesto que sí. Todos deberíamos tener las mismas oportunidades, ha dejado pasar a ese...

No fui capaz de escuchar el resto. Después de conseguir disuadir a aquella persona, el camarero bajó otra vez. No se puede decir que se hubiera sonrojado (era mulato), pero la verdad es que sí estaba visiblemente azorado. Dejó los servicios sobre la mesa y se puso a esperar junto al mueble con aire indiferente, como siempre hacía cuando tenía la sensación de haberse pasado de la raya y haberse metido en un lío. El rostro del señor Burns tenía una actitud de desprecio tan extraordinaria que no tenía ni la menor idea de qué mosca le había picado.

Y como el capitán estaba en silencio nadie decía una palabra, como es la costumbre en los barcos. Yo no decía nada porque aquella situación tan extraordinaria me había dejado mudo. No esperaba más que el habitual desayuno marinero, y de pronto tenía en aquellos rostros un auténtico botín de provisiones llegadas de tierra: huevos, salchichas, una mantequilla que con toda seguridad no provenía de nuestras latas danesas, chuletas y hasta un plato de patatas. Hacía tres

semanas que no veía una patata de verdad. Las contemplé con auténtico interés, y en ese sentido, el señor Jacobus resultó ser un hombre sensible y capaz de anticiparse a los pensamientos ajenos.

—Por favor, capitán, pruébelas —dijo con voz tranquila y cordial—, son magníficas.

—Sí que lo parecen —admití—. Supongo que las cultivan en las islas.

—Oh, no. Las importamos. Si fueran cultivadas aquí serían mucho más caras.

Sentí mucho haber comenzado la conversación de una manera tan torpe. ¿Se hablaba de ese tipo de cosas con un acaudalado hombre de negocios? Me parecía agradable la naturalidad que mostraba, parecía sentirse en su casa, pero ¿de qué podía uno hablar con un hombre que aparece de pronto, llegado de una pequeña ciudad en una isla que uno no ha visto en la vida, cuando además se llevan sesenta y un días en alta mar? Aparte del azúcar, ¿qué otra cosa podía interesarle, sobre qué le gustaba hablar? Si nos hubiésemos puesto a hablar directamente de negocios, habría resultado indecente o, peor aún, poco diplomático. De momento lo único que podía hacer era continuar por los caminos más comunes.

—¿Son caros los alimentos por aquí? —pregunté con cierta inquietud en mi interior por lo elemental de la conversación.

—Yo no diría eso —contestó con calma y con la sobriedad que caracterizaba su forma de hablar.

No quiso añadir nada más, pero tampoco se podía decir que hubiese eludido el tema. Después de observar la mesa con sobriedad (no dejó que le sirviera nada), se puso a comentar algunos detalles sobre los suministros. Al parecer la carne de ternera se importaba principalmente desde Madagascar, el cordero era escaso y caro, como era previsible, pero el cabrito era muy bueno...

—¿Son chuletas de cabrito? —pregunté a toda prisa señalando uno de los platos.

Sentí cómo se sobresaltaba el camarero, abandonando al instante su actitud melancólica.

—¡Por Dios, no, señor mío! ¡Es cordero de primera!

El señor Burns desayunó tan a prisa que cualquiera habría podido pensar que estaba desesperado por verse obligado a formar parte de un disparate tremendo, y cuando terminó, murmuró una excusa y salió a cubierta. A los pocos minutos salió también el segundo oficial con el rostro un poco acalorado. Tenía un hambre de colegial, y después de aquellos dos meses de travesía, se podía decir que le había hecho los honores a aquel generoso festín. No fue mi caso. A mí todo aquello me pareció un despilfarro absoluto. Aun así había sido una verdadera hazaña haber preparado todo a tal velocidad y felicité al camarero, quien me devolvió una modesta sonrisa e inclinó la mirada de una forma que no supe interpretar, mientras observaba al invitado con sus hermosos ojos negros.

Este último me pidió una taza más de café y le dio un ascético pellizco a un trozo de bizcocho totalmente duro del que no creo que se comiera ni una miga, y durante todo el proceso, y como quien está en otra cosa, me hizo un informe detallado sobre la cosecha de azúcar, las casas que comerciaban en la zona y el estado de la situación en cuanto a los fletes. Su conversación estaba constantemente salpimentada de alusiones a personalidades, y siempre parecía contener advertencias veladas, a pesar de que su rostro tranquilo no perdía ni un instante su aparente ecuanimidad. No hay que añadir que yo le prestaba toda mi atención. Cada una de aquellas palabras tenía para mí un valor incalculable, y mis ideas acerca de la interferencia entre la amistad y los negocios se modificaron hacia una opinión más favorable. Aquel hombre puso a mi disposición en aquella charla los nombres de todos los barcos disponibles, con su tonelaje, y además me facilitó el nombre de todos los capitanes. Después de aquella información comercial, pasó al mundo del chismorreo local. El Hilda había perdido el mascarón de proa en el golfo de Bengala y su capitán había quedado muy tocado por el episodio. El barco y él llevaban ya muchos años juntos, y el anciano caballero estaba convencido de que aquel episodio era una especie de nefasto augurio sobre su próxima desaparición. El Stella había sufrido un tremendo temporal en las costas del Cabo y las olas se habían alzado hasta la cubierta, llevándose con ellas al primer oficial. Y sólo unas pocas horas antes de llegar a puerto había muerto el bebé. El infeliz capitán H y su mujer estaban desolados. Lo más probable es que, si lo hubiesen conseguido llevar vivo hasta el puerto, habría sobrevivido, pero durante la última semana se habían quedado sin viento, y apenas habían tenido una brisa muy leve... Esa misma tarde iba a ser el entierro. Suponía que yo iría también...

—¿A usted le parece que debo ir? —le pregunté un tanto reticente.

Lo creía, sin duda, todo el mundo lo vería muy bien. Iban a acudir todos los capitanes del puerto. La pobre señora de H estaba desolada, todo había sido

espantosamente duro.

—¿Y usted? ¿Está casado, capitán?

—No, no estoy casado —respondí—. Ni casado, ni comprometido.

Di gracias mentalmente a mi buena estrella y, mientras Jacobus me dedicaba una soñadora sonrisa, le agradecí que hubiese venido a verme, así como toda la importantísima información de negocios que me había facilitado. Eso sí, no le dije nada de mi asombro.

—Como es lógico, estaría encantado de ponerme en contacto con usted en el plazo de uno o dos días —dije para concluir.

Él alzó los párpados para observarme con mejor atención y, no sé por qué extraño motivo, su gesto me pareció todavía más difuso.

—Según las instrucciones que me dieron los propietarios —añadí—, supongo que ya habrá recibido usted su carta.

Seguía con las cejas alzadas, pero de pronto ya no parecía mostrar ninguna emoción en particular, es más, me dio de pronto la sensación de ser un individuo imperturbable.

—Ah, supongo que se estará refiriendo usted a mi hermano.

En ese momento, el que soltó una exclamación fui yo mismo, y espero que mi voz no mostrara más que una cortés sorpresa cuando le pregunté a qué se debía en aquel caso el placer... Buscaba con tranquilidad algo en su bolsillo interno.

—Mi hermano es una persona muy diferente, pero yo soy muy conocido en esta parte del mundo. Puede que haya oído hablar de mí...

Sacó su tarjeta y me la ofreció. Una tarjeta muy gruesa, ¡ya lo creo! Alfred Jacobus —el otro era Ernest—: ¡comercio de todo tipo de aprovisionamiento marítimo! Tenía provisiones frescas y saladas, aceite, pintura, cabos, lona, etc. Ofrecía avituallamiento a todos los barcos del puerto con contratos y condiciones muy favorables.

—Nunca había oído hablar de usted —respondí con brusquedad.

Él no abandonó su tono templado y seguro.

—En ese caso le aseguro que quedará usted muy satisfecho —respondió.

Ni siquiera eso me tranquilizó; no sé por qué me daba la sensación de que se habían estado burlando de mí. Por otra parte, si me había engañado el único responsable del engaño era yo. Aquella audacia de invitarse a sí mismo a desayunar habría sido suficiente como para engañar a cualquiera. De pronto pensé que aquel hombre me había suministrado todos aquellos víveres sólo porque tenía intención de negociar.

—Supongo que se habrá levantado muy pronto esta mañana —dije.

Él admitió sin ocultarlo que llevaba desde antes de las seis en el muelle y que había estado esperando que llegara mi barco. En ese momento pensé que me iba a resultar imposible librarme de él.

—Si cree que nos podemos permitir vivir de esta forma —añadí mirando con irritación los restos de la mesa—, está usted muy equivocado.

—Lo que me parece es que lo encontrará todo a su gusto, capitán.

No había nada que fuera capaz de alterar su calma. Yo estaba enfadado, pero no podía proyectar mi enfado de él. Me había contado muchas cosas de gran utilidad y además era el hermano de aquel rico hombre de negocios. Todo me parecía sospechoso.

Me levanté y le dije lo más cortésmente que pude que tenía intención de bajar a tierra, y al instante me ofreció su bote para que lo utilizara mientras me encontrara en el puerto.

—Sólo le cobraré un precio simbólico —añadió con el mismo tono tranquilo—. Tengo contratado a un hombre durante todo el día en el embarcadero, lo único que tiene que hacer es tocar un silbato cuando quiera disponer del bote.

Se apartó de la puerta para que yo pasara primero y al final acabó consiguiendo que me fuera con él. Estábamos cruzando el alcázar cuando se acercaron a nosotros dos hombres mal vestidos y, en un silencio sepulcral, me tendieron sus tarjetas sin decir ni una sola palabra ante la atenta y crítica mirada de Jacobus. Fue una ceremonia inútil y de lo más lúgubre. Se trataba de los emisarios de otros proveedores, y Jacobus, que me seguía a medio metro de distancia, ni

siquiera les prestó la más mínima atención.

Cuando llegamos al muelle nos separamos y, en voz baja, me hizo saber su deseo de que esperaba verme con frecuencia «en su almacén». Allí podía disponer también de una sala para capitanes en la que había periódicos y una caja de puros «bastante decente». Lo dejé allí sin más miramientos.

Mis consignatarios me dieron la bienvenida con la clásica amabilidad comercial, pero me hicieron una descripción del estado de la situación de los fletes que ni mucho menos era tan idílica como me había hecho creer mi conversación con el Jacobus equivocado. Aun así me seguí sintiendo más inclinado a creer en la versión de éste, y, mientras cerraba tras de mí la puerta del despacho, pensaba: «Demasiadas mentiras, demasiada diplomacia comercial. Éste es el tipo de cosas con las que se encuentra un hombre que viene del mar. Con toda seguridad van a intentar fletar el barco por debajo del precio de mercado».

Cuando llegué a la gran sala en la que se encontraban todos los escritorios se puso frente a mí y me detuvo con amabilidad el jefe de los empleados, un hombre alto, delgado, bien afeitado y vestido de blanco impecable, y con un pelo muy corto en el que se veían aquí y allá algunas primeras canas. Me dijo que estarían encantados de ayudarme en lo que pudieran. ¿Iba a regresar esa tarde? ¿Cómo? ¿Que iba a un funeral? Ah, claro, pobre capitán H...

Mantuvo todavía aquella expresión apenada durante unos instantes, y a continuación, después de apartar de su mundana preocupación a aquella criatura que había enfermado durante una tempestad y que había acabado falleciendo debido a la excesiva calma del mar, me preguntó con una sonrisa de tiburón llena de dientes —si los tiburones pudieran tener una dentadura postiza— si había conseguido acabar ya con todos los pequeños trámites de la estancia en el puerto.

—Sí, con Jacobus —respondí sin darle mayor importancia—. Por lo que sé, se trata de Ernest Jacobus, el hermano del propietario de la nave, quien le envió ya una carta de presentación.

No me preocupaba que entendiera que no estaba indefenso y en manos de su empresa, pero él me respondió torciendo el bigote en señal de suspicacia.

—¡Vaya! —dije—. ¿Es que acaso no es su hermano?

—Oh, desde luego... pero no se hablan desde hace diecisiete años —añadió con un aire solemne tras una pausa.

—¿Y por qué razón se pelearon?

—Ah, nada, nada que merezca la pena ser reseñado —respondió con cautela—. Tiene un negocio muy importante y nadie duda de que es el mejor proveedor de barcos de la zona. Le va muy bien el negocio, aunque también hay otras cuestiones, como el carácter de las personas, ¿no le parece? Buenos días, capitán.

Se alejó hacia su escritorio con un aire tan taimado que casi me pareció cómico; de pronto parecía una solterona, una anciana comerciante escandalizada ante una falta de tono. ¿Habría cometido sin saberlo una indecencia comercial? Las indecencias en los negocios son graves, porque atentan contra el bolsillo, ¿o se trataba simplemente de un puritano escandalizado por que Jacobus fuera tan abiertamente a la caza de clientes? No me quedó duda de que no tenía una gran dignidad. Me pregunté qué pensaría el hermano que se dedicaba a los grandes negocios, pero cada país tiene sus costumbres. Cuando se está en una comunidad tan aislada y dedicada estrictamente al comercio, los usos sociales tienen su propia medida.

Con gusto hubiera prescindido de la fúnebre oportunidad de que mis colegas me reconocieran a la vez, pero aun así me encaminé al cementerio. Éramos un grupo numeroso de hombres con las cabezas descubiertas y vestidos de traje oscuro. Me percaté de que, de entre todas aquellas personas allí congregadas, los más conmovidos eran los que podrían cuadrar en el obsoleto perfil de «lobo de mar», puede que porque aún tenían unos modales menos refinados que los de la siguiente generación. Cuando a un lobo de mar se le sacaba de su elemento natural, con frecuencia se convertía en un simple sentimental. Me fijé especialmente en uno que estaba frente a mí, y en el lado opuesto de la tumba, llorando. Las lágrimas recorrían aquel rostro, tan ajado a la intemperie, como gotas de lluvia que se deslizaban sobre un muro viejo y desvencijado. Más tarde me enteré de que todo el mundo lo consideraba el terror de los marineros, un hombre duro que jamás había tenido mujer ni hijos y que llevaba tantos años dedicado a la mar desde su primera juventud que a las mujeres y a los niños apenas si los conocía de vista.

Puede que estuviera llorando en realidad por las oportunidades perdidas, de pura envidia por la paternidad, o por celos de aquel sufrimiento que jamás podría sentir. Los hombres, también los de mar, son animales caprichosos, víctimas y objetos de oportunidades perdidas; aún así, hizo que me avergonzara de mi dureza. Yo no lloré.

Me limité a escuchar con una gélida distancia crítica aquella misma oración que en dos ocasiones yo mismo había tenido que recitar a causa del fallecimiento en la mar de dos hombres casi niños. Todas aquellas palabras de esperanza y duelo, aquellas aladas palabras que podían llegar a ser tan inspiradas en la libre inmensidad del agua y el cielo, en aquella ocasión parecían caer con cansancio en la pequeña fosa. ¿Qué sentido tenía preguntar a la muerte dónde estaba su agujón ante aquel pequeño y sombrío agujero en la tierra? A partir de ese momento, mis pensamientos siguieron su propio camino y se fueron perdiendo entre otros asuntos más urgentes de la vida —aunque tampoco es que fueran especialmente elevados—, como los barcos, los fletes y las transacciones comerciales. Al fin y al cabo, el hombre es casi tan inestable como el mono en lo que se refiere a sus propios sentimientos, y aunque a mí mismo no me agradaba, no podía estar constantemente entregado a pensamientos del tipo: «¿Tardaré en firmar un contrato para un flete...?», «El tiempo es oro...», «¿Me conseguirá ese Jacobus algún buen negocio...?», «Iré a verlo dentro de un par de días».

Que nadie crea que seguía aquellos pensamientos con precisión, más bien al contrario, en realidad era yo el perseguido por ellos; vagos todos, imprecisos, inquietos y avergonzados. Eran insistentes casi hasta la insensibilidad y la repugnancia. Y todos ellos habían sido desencadenados por la constante presencia del proveedor de barcos. Ahí estaba también Jacobus, compungido en medio de aquel grupo de marinos. Me violentaba la presencia de aquel hombre que, gracias a la confusión con su propio hermano, me había llevado a hacer un papel tan deslucido, porque, aunque mis sentimientos mantenían hasta cierto punto la decencia, mis pensamientos...

Y acabó por fin. El pobre padre —un hombre de unos cuarenta años, patillas negras y un penoso corte en la barbilla recién afeitada— nos dio las gracias a todos sorbiéndose las lágrimas. Por alguna razón, puede que porque todavía me despisté un poco a la salida del cementerio, porque era el más joven de los presentes, o porque consideró que mi tristeza (que en realidad se debía sólo al remordimiento) se debía a otro sentimiento más noble, o quizá, porque fuera el único entre toda aquella gente que le resultaba desconocido, se dirigió hacia mí, se puso a mi lado y me dio las gracias otra vez mientras yo lo escuchaba en un compungido silencio y con la conciencia intranquila. De pronto me metió una mano bajo el brazo y elevó la otra para señalar a una recia y alta figura que ya se alejaba calle abajo con su traje gris azotado por el viento.

—Un buen tipo, un tipo bueno de verdad —añadió tratando de contener un nuevo sollozo—, ese Jacobus.

A continuación me relató, casi en un susurro, que fue Jacobus el primer hombre que subió a bordo cuando llegó a puerto y que, cuando se enteró de la tragedia, se encargó de todos los trámites habituales, llevó a tierra los papeles de la nave, se hizo cargo del funeral...

—Un buen hombre. Yo estaba completamente sobrepasado, llevaba ya diez días cuidando a mi mujer y ya no sabía qué hacer. ¡Fíjese! El niño murió exactamente el mismo día que llegamos. ¡Aún no sé cómo conseguí traer el barco! Apenas veía nada, era incapaz de hablar, no podía... Puede que ya le hayan dicho que también perdimos al segundo durante la travesía... Nadie me podía reemplazar. Y mi mujer, la pobre, estuvo a punto de volverse loca todo el día allí encerrada con él... ¡Dios! No es justo.

Seguimos paseando en silencio. No sabía qué decir para despedirme de él, pero, cuando llegamos al muelle me soltó el brazo y golpeó la palma de la mano abierta con el puño.

—¡No es justo, Dios! —exclamó de nuevo—. No se case a no ser que pueda usted antes prescindir del mar... Esto no es justo.

Por mi parte no tenía ninguna intención de «prescindir» del mar, y cuando se alejó de mí para subir a su barco yo ya estaba completamente convencido de que no me casaría jamás. Estaba esperando en los escalones al barquero de Jacobus, que debía de estar en otro lugar en ese momento, cuando el capitán del Hilda se acercó a mí con un paraguas de seda en la mano, el rostro pequeño y bien afeitado recogido entre los cuellos de una anticuada camisa a lo Gladstone. Para su edad tenía un aspecto muy juvenil, tenía una apuesta figura y unos ojos azules muy claros. Su abundante pelo blanco tenía el brillo del cristal y se rizaba un poco hacia arriba bajo el ala de un elegante y antiguo panamá con una cinta negra. Aquel anciano tenía en su elegante aspecto algo angélico, casi infantil.

Me saludó como si me viera a diario desde su primera infancia, haciendo un comentario risible sobre cierta mujer negra muy robusta que estaba sentada sobre un taburete junto al borde del muelle, y acto seguido me dijo con toda naturalidad que tenía un barco muy bonito.

Le devolví el piropo de inmediato.

—No tan bonito como el Hilda.

Como respuesta, las comisuras de su boca se curvaron de inmediato en

señal de desaliento.

—¡Ah! Apenas puedo mirarlo.

Puede que no me hubiera enterado, me dijo con inquietud, de que había perdido el mascarón de proa, una mujer vestida con una túnica azul con ribetes dorados. Puede que el rostro no estuviese muy logrado, pero tenía unos brazos blancos hermosamente fabricados y extendidos como si estuviera nadando. ¡Ah! ¿Que ya lo había oído? ¿Y cómo podría haber imaginado que llegaría a ocurrir algo así? ¡Después de veinte años!

Si hubiesen escuchado sólo el tono de su lamento nadie habría podido suponer que se trataba de una mujer de madera, le temblaba la voz y agitaba los brazos de una forma casi escandalosa... Por lo visto, desapareció en plena noche, una noche clara y tranquila, sin apenas oleaje, en el golfo de Bengala, lo hizo de manera silenciosa y nadie en el barco fue capaz de decir por qué, cómo, ni a qué hora. El pasado octubre habría cumplido veinte años... ¿Había visto alguna vez algo parecido?

Con el gesto más comprensivo que fui capaz de poner, le aseguré que nunca había escuchado nada igual, y él se quedó muy contrito. Estaba convencido de que se trataba de un pésimo augurio, de una advertencia, pero, cuando se me ocurrió sugerirle que tal vez podría encargarse la figura de otra mujer, fui severamente juzgado por mi frivolidad. El anciano se ruborizó bajo aquella piel poco curtida, como si me hubiese despachado con una indecencia. Uno podía, me dijo, sustituir un mástil, un timón o cualquier otra pieza del barco que se perdiera, pero ¿es que acaso tenía algún sentido poner un mascarón nuevo? ¿Qué satisfacción se podía obtener de algo así? ¿A quién le podía importar? No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que yo no había tenido como compañero de a bordo a un mascarón durante veinte años.

—¡Un mascarón nuevo! —Exclamo otra vez como si su indignación no fuera a acabar jamás—. ¡Menuda idea! El mayo próximo cumpliré ya veintiocho años desde que enviudé, y creo que antes se me ocurriría casarme de nuevo que encargarse otro mascarón. Me parece que es usted tan mala persona como ese Jacobus.

Aquel último comentario me pareció de lo más divertido.

—¿Y qué ha hecho Jacobus? ¿Intentó hacer que se casara usted otra vez,

capitán? —pregunté con deferencia, pero él ya no podía parar y me dirigió una sonrisa mordaz.

—¡Como si no fuera capaz! Es de esos tipos capaces de ofrecerte cualquier cosa por dinero. No llevaba ni una hora a bordo cuando ya me estaba proponiendo venderme un mascarón que tenía en el almacén. Y hasta consiguió que Smith, mi segundo, me tratara de convencer del asunto. «Señor Smith —le dije—, usted me conoce desde hace mucho tiempo, ¿le parece que tengo yo el aspecto de alguien que acepta un mascarón sobrante?». ¡Después de tantos años! A veces ustedes los jóvenes tienen una manera de hablar...

Traté de parecer lo más compungido posible, y añadí mientras me subía al bote:

—En ese caso, no se me ocurre más solución que tallar una voluta en la roda y dorarla.

Parecía haberse quedado sin fuerzas después de su estallido.

—Sí, puede ser. Una voluta. También me lo comentó Jacobus. Cuando se trata de sacarle dinero a un marino siempre se le ocurre alguna cosa. Estoy seguro de que me haría pagar una fortuna por esa talla. Una roda dorada, dice usted... Puede que a usted sí que le agrada, ustedes los jóvenes no saben lo que es el decoro.

Terminó la frase con un gesto de rechazo.

—Da lo mismo una cosa que otra, tampoco importa demasiado que este viejo barco vaya por el mundo con el tajamar desnudo —dijo con lástima, y, mientras el bote se empezaba a alejar de los escalones, añadió con cómica hostilidad—: ¡Y le juro que sería capaz de hacerlo, aunque sólo fuera por molestar a ese canalla suministrador de mascarones! No olvide que por aquí conozco ya de sobra a todo el mundo. ¡Venga a bordo algún día a hacerme una visita!

La primera noche en el puerto la pasé silenciosamente en mi camarote. Me alegraba haber podido alejarme aunque sólo fuera unas horas de la vida en tierra. A pesar de haber llegado del mar hacía tan poco tiempo, todo me parecía complicado y discordante a mi alrededor, con todas aquellas caras nuevas. Aun así iba a tener noticias de Jacobus antes de dormirme.

El señor Burns desembarcó después de cenar para —así lo llamó— «echar

una ojeada», y aunque ya estaba más que entrada la noche, no le pregunté qué tenía intención de ver con tan poca luz. Ya era medianoche y yo estaba sentado en el salón con un libro, cuando escuché unos sigilosos pasos y saludé a Burns por su nombre.

Entró con el bastón y el sombrero en la mano, extremadamente vulgarizado con aquel elegante disfraz de paisano, con aire confiado y un feo brillo en la mirada. Le pedí que se sentara un momento y él dejó aparte el sombrero y el bastón, y después de discutir algunos asuntos pendientes del barco, me dijo:

—Cuando he bajado a tierra, me han contado algunas anécdotas interesantes sobre ese proveedor de barcos que con tanta eficacia le ha conseguido encajar todo el suministro, señor.

Lo llamé al orden por aquella forma de hablar, pero él negó con desprecio. Nadie podía dudar de que el truco era extraordinario: presentarse en el barco de un desconocido con el desayuno en dos cestas e invitar al capitán en su propia mesa. En la vida había visto un gesto tan audaz y al mismo tiempo tan sinvergüenza.

Sin ninguna intención de hacerlo, no sé por qué acabé defendiendo las estrategias de Jacobus.

—Es el hermano de uno de los hombres de negocios más ricos del puerto.

Los ojos de mi segundo parecían estar soltando chispas verdes.

—Y hace dieciocho o veinte años que su hermano no le dirige la palabra —añadió triunfalmente—. ¿Qué me dice usted a eso?

—Que también lo sabía —respondí con indiferencia.

—¿De modo que lo sabía? Ya... —Continuó dando vueltas a aquel tema de la ética comercial—. Pues he decirle que no me resulta agradable ver cómo se aprovechan de su bondad. Sobornó a nuestro camarero con un billete de cinco rupias para que lo dejara pasar, puede que fueran diez, no importa, todo eso se lo acabará cobrando con creces en la factura final.

—¿Y ésa es una de las historias que le han contado en tierra? —pregunté.

Me dijo que era una cosa que había percibido por sentido común desde el

primer minuto. Lo que había oído en tierra es que ninguna persona respetable de la ciudad quería hacer tratos con Jacobus. Al parecer, vivía en un viejo caserón con jardín a las afueras de la ciudad. Burns me dio aquella última información y adoptó de inmediato un aire misterioso.

—Y aseguran también que tiene encerrada allí a una joven.

—Y supongo también que todas estas historias se las habrán contado a usted en algún lugar de lo más respetable, ¿verdad? —dije utilizando el más acerado de mis tonos sarcásticos.

El golpe fue eficaz, porque, al igual que todas las personas desagradables, el señor Burns es un hombre muy susceptible. Se quedó tan sorprendido que su boca permaneció abierta unos instantes y no le di ni siquiera tiempo para que reaccionara:

—Y además, ¿por qué demonios habría de importarme a mí? —concluí retirándome a mi habitación.

Aquella habría sido la respuesta más natural, pero lo cierto es que no me dejaba en absoluto indiferente. Es verdad que no tiene ningún sentido ponerse demasiado nervioso por la moralidad del proveedor del barco o por lo bien o mal relacionado que esté, pero hay que añadir también que su personalidad ya había dejado huella en nuestro primer día de puerto.

Tras su primera gran hazaña Jacobus se mostró de lo más discreto. Todas las mañanas tenía la costumbre de salir en el bote y visitar todos los barcos a los que ofrecía el suministro, y de vez en cuando se quedaba también a bordo para desayunar con alguno de los capitanes.

Vi que se trataba de una costumbre bastante generalizada, por eso lo saludé con un gesto familiar una de aquellas mañanas, cuando me lo encontré en la cámara al salir de mi camarote. Miré la mesa y comprobé que ya se habían encargado de poner un cubierto. Esperaba mi aparición de pie con un gran ramo de flores en su robusta mano. Al parecer eran de su propio jardín; tenía un hermoso jardín y las había cortado él mismo aquella mañana, había pensado que me gustarían... Se dio media vuelta.

—Camarero, ¿podría traerme una jarra grande con agua, por favor?

Con cierta sorna, y ocupando ya mi puesto en la mesa, le dije que estaba

haciendo que me sintiera como una hermosa jovencita y que no debería sorprenderse si me ruborizaba, pero él ya estaba arreglando las flores en el aparador.

—Camarero, por favor, póngalo frente al plato del capitán —señaló con su habitual tono grave.

El regalo era tan evidente que no pude evitar aspirar su aroma, y, al tomar asiento sin hacer ruido, Jacobus añadió que no había nada como unas flores para mejorar el ambiente de la sala de un barco. Me preguntó por qué no tenía yo una maceta frente a una claraboya para cultivarlas en alta mar. Tenía un empleado de lo más eficiente, capaz de instalarlas en un solo día, y me podía facilitar también una docena de buenas plantas...

Las yemas de los diez dedos reposaban tranquilamente al borde de la mesa, a ambos lados de la taza de café. El rostro seguía inexpresivo. El señor Burns no paraba de sonreír maliciosamente. Contesté que no me hacía especial ilusión convertir mi claraboya en un invernadero, ni que la mesa del camarote estuviera constantemente llena de mohos y de materia orgánica.

—Tener unas hermosas flores no requiere ni el más mínimo trabajo, en realidad —insistió alzando la mirada.

—Por supuesto que requiere trabajo, un gran trabajo —le llevé la contraria—, y todo para que algún idiota deje la claraboya abierta un día de viento fresco, le salpiquen tres gotas de agua salada y se muera todo en una semana.

El señor Burns gruñó suavemente de placer, y Jacobus abandonó el tema y no insistió más. Después de un rato, abrió los labios de nuevo para preguntarme si ya había visto a su hermano. Mi respuesta fue muy áspera:

—No, aún no.

—Es una persona muy distinta de mí —concluyó con aire cansado mientras se ponía en pie. Tenía unos movimientos especialmente silenciosos—. En fin, muchas gracias, capitán. Si hay algo que necesite, no dude en decírselo a su camarero. Supongo que ahora tendrá intención de ofrecer una cena a los empleados de las oficinas.

—¿Para qué? —exclamé algo irritado—. Lo haría si fuese un comerciante habitual en este puerto, pero no me conoce nadie por aquí y lo más probable es que

tarde años en regresar. No entiendo por qué debería... ¿o es que me está diciendo que es la costumbre?

—Al menos es lo que todo el mundo espera de alguien como usted —respondió con calma—. Ocho de los empleados más importantes más el director, eso son nueve comensales, y con ustedes tres suman doce. No tiene por qué ser excesivamente costoso si le dice al camarero que me avise con la suficiente antelación.

—¿Qué se espera de mí? ¿Cómo va a estar esperando nadie algo parecido? ¿Tengo cara de ser especialmente complaciente o algo por el estilo?

Su rigidez inmóvil me pareció especialmente digna e imperturbable, casi peligrosa.

—Hay tiempo de sobra para decidir esas cosas —terminé débilmente y con un gesto con el que vagamente le estaba dando la despedida, aunque antes de marcharse me dijo con pesar que aún no me había visto por el almacén para probar esos puros. Tenía un paquete de seis mil para la venta, eran muy baratos.

—Creo que le merece la pena ir reservando ya algunos —añadió con una sonrisa algo triste y abandonó el camarote.

El señor Burns dio un nervioso puñetazo sobre la mesa.

—¿Pero se ha visto alguna vez un sinvergüenza semejante? Se le ha metido entre ceja y ceja sacarle algo, lo que sea, señor.

En cuanto dijo aquello me sentí inclinado a defender a Jacobus, y dije con calma que tal vez era así como eran los negocios, pero mi absurdo segundo se puso a murmurar por lo bajo frases del tipo: «No lo soporto más... que se acuerde de lo que le he dicho...», y otras parecidas, mientras salía furioso del camarote. Si no lo hubiese estado cuidando durante aquellas espantosas fiebres, no le habría tolerado aquella actitud ni un solo día más.

Ya que Jacobus me había recordado a su bien asentado hermano, decidí hacer aquella visita lo antes posible. Llegados a aquel punto ya había oído hablar de él un poco más. Al parecer, era miembro del Consejo y no tenía una buena relación con las autoridades. Tenía un poder evidente sobre la opinión pública y mucha gente le debía dinero. Importaba todo tipo de mercancías a gran escala. Por poner un caso, prácticamente la totalidad del negocio del azúcar estaba en sus

manos, aunque es cierto que de aquello me enteré más tarde. La impresión que me causó era la de que se trataba de un gran cacique local. No estaba casado y todas las semanas organizaba reuniones para jugar a las cartas en su casa, que estaba situada a las afueras, reuniones a las que acudían las personas más influyentes de la colonia.

Me llevé una sorpresa al descubrir que su oficina se encontraba en un deteriorado barrio de las afueras, entre pequeñas casas y muy alejado de la zona habitual de negocios. Orientado por una pequeña pizarra, subí por aquella estrecha escalera de madera y entré en aquel despacho con el suelo de madera cubierto de trozos de papel de estraza y paja de embalar. Había una gran cantidad de cajas, que parecían estar llenas de botellas de vino, apoyadas contra una de las paredes. Un mulato jovencito y manchado de tinta, de cuello largo y aspecto triste, vagamente parecido a un pollo enfermo, se levantó de un taburete de tres patas que había junto a un escritorio humilde y me miró como si le acabara de dar un ataque de miedo. Me costó trabajo conseguir que comunicara que acababa de llegar, pero no alcancé a comprender a qué se debía tanta reticencia. Al fin entró para anunciar mi presencia, y sus reticencias fueron inmediatamente comprensibles cuando escuché los amenazadores insultos que recibió, los golpes y patadas que le dieron, para acabar en la calle sin la menor consideración, ya que volvió a salir por la puerta con un grito ahogado y la cabeza por delante.

Me quedaría un poco corto si dijera que sólo me sobresalté. Me quedé totalmente inmóvil, como si fuera un hombre desconcertado en medio de un sueño. El pobre infeliz se llevó la mano a la parte de su cuerpo en la que había recibido la patada y me dijo:

—Por favor, puede pasar cuando quiera.

Su serenidad era llamativa, pero eso no hacía la situación menos insólita. La sensación de haber visto a aquel muchacho en otro lugar, algo decididamente imposible, le daba a la escena un toque final de extrañeza que hacía que casi me pusiera a dudar de mi propia cordura. Eché un inquieto vistazo a mi alrededor como un sonámbulo al que acabaran de despertar.

—Perdone —dije—, supongo que no habrá error alguno, pero ésta es la oficina del señor Jacobus, ¿no es así?

El chico me dedicó una mirada suplicante, ¡y tan familiar a la vez! Y antes de que le diera tiempo a responder, una voz ofensiva se hizo oír desde el interior.

—Pase, pase... ya que ha venido hasta aquí; no tenía ni idea.

Crucé el recibidor como si me dirigiera a la jaula en la que está encerrada alguna fiera desconocida y salvaje, con audacia, pero también a la expectativa. A pesar de la diferencia de que ningún animal salvaje podría indignar a nadie, ya que ése es un don reservado a los odiosos seres humanos. Aunque estaba muy indignado, eso no impidió en absoluto que me impresionara el extraordinario parecido entre los dos hermanos.

Éste no era rubio, como el otro, sino moreno, pero era igual de corpulento. No llevaba ni chaqueta ni chaleco, y no había ninguna duda de que lo había pillado echando una siesta en la mecedora que estaba en el rincón más alejado de la ventana. Por encima de aquel gran bulto blanco en el que consistía su arrugada camisa abotonada con tres cubrebotones de diamantes, se veía un húmedo y redondo rostro con un bigote castaño que colgaba lacio y desarreglado. Empujó con el pie una silla corriente con asiento de enea.

—Siéntese.

Eché un breve vistazo a la silla, y a continuación, y dejando curso libre a la indignación de mi mirada, le informé de que había ido a visitarlo siguiendo las instrucciones específicas de los propietarios de la nave.

—Claro, por supuesto... No me aclaraba con lo que me ha dicho ese estúpido... ¡No importa! Ya le enseñaré yo a no molestarme a esas horas —dijo sonriendo con fiereza.

Miré el reloj. Eran algo más de las tres. En las oficinas del puerto estaban a aquella hora en plena actividad. Gruñó con impaciencia:

—Siéntese, capitán.

Recibí su cortés invitación a sentarme diciendo con calma:

—Creo que podré escuchar todo lo que tenga usted que decirme sin sentarme.

Expulsó un sonoro y ruidoso «Bah», y me destruyó con una sola mirada. Tenía el aspecto de un gato gigante que de pronto se hubiese puesto a bufar.

—¡Por favor! ¿Pero quién se ha creído usted que es? ¿Para qué ha venido a

verme? Si no le apetece sentarse y hablar de negocios, por mí puede irse usted al diablo.

—No conozco al diablo en persona —respondí—, pero reconozco que, después de este recibimiento, no me importaría ir a verlo. No estaría mal encontrarse con un caballero, para variar.

Siguió a mis espaldas sin parar de gruñir:

—¡Menudo sinvergüenza! No se preocupe, que escribiré a los propietarios del barco comentándoles lo que pienso de usted.

Me di la vuelta para mirarle.

—Haga usted lo que le parezca, no me importa en absoluto. Por mi parte le puedo garantizar que ni siquiera me tomaré la molestia de pronunciar su nombre.

Se detuvo en la puerta del despacho mientras yo cruzaba aquella desordenada sala de una punta a la otra. En cierto modo me atrevería a jurar que estaba desconcertado.

—¡Como te vuelvas a atrever a despertarme a las tres y media para recibir al primero que venga, te aseguro que no te voy a dejar ni un solo hueso sano! —gritó de pronto al mulato—. ¿Has oído lo que te he dicho? ¡Sea quien sea! Y mucho menos un maldito capitán de barco —terminó con un grave gruñido.

Aquel frágil jovencito se agitó como una caña y emitió un débil quejido. Yo me detuve en seco y, ante la visión de un martillo (que supongo que habría estado utilizando para abrir las cajas), le di un consuelo al pobre hombre:

—Muchacho, si yo fuera tú me metería eso en la manga y a la mínima ocasión...

¿Qué tenía aquel rostro que hacía que me resultara tan familiar? El chico seguía atrincherado tras el escritorio y apenas levantó la vista. Aquellos párpados caídos de pronto me dieron la clave. En realidad se parecía —sí, aquellos mismos labios gruesos y pegados— a los propios hermanos Jacobus. A aquellos dos hombres: al enriquecido hombre de negocios y al insistente vendedor (que ya eran entre sí lo bastante parecidos). Se parecía tanto como un mulato delgado y cetrino puede parecerse a un hombre blanco y robusto de mediana edad. El color exótico de la piel y su delgadez me habían confundido por un instante, pero ahora me

resultaba evidente en él la sangre de los Jacobus, aunque en una versión debilitada y diluida, como si la hubiesen disuelto en un cubo de agua, de modo que no terminé la frase. Tenía intención de decirle «Le partiría la cabeza a ese animal». No tenía duda de que se trataba de una conclusión sensata, pero no suele ser buena idea aconsejar el parricidio a nadie, por muy grande que haya sido la ofensa.

—Sinvergüenza... Canalla... Bah, capitanes de barco...

No hice ningún caso a los gruñidos que seguían produciéndose a mis espaldas, y para mi bochorno he de decir que mi irritación era tal que di un portazo al salir.

Supongo que no sorprenderá a nadie que esa visita me hiciera si cabe aún más amable a los ojos del otro Jacobus. Con algo parecido a cierta camaradería, a los pocos días me dejé ver por su almacén. A su local, un almacén sombrío y alargado repleto de todo tipo de mercancías, se entraba desde la calle a través de un alto portal abovedado. Pude ver al otro Jacobus trabajando en mangas de camisa entre sus empleados. La sala para los capitanes era un cuarto abovedado con suelo de piedra y barrotes en las ventanas, como si alguien hubiese tratado de darle un aspecto hospitalario a un calabozo. Se podían ver un par de alegres botellas y varios vasos de colores formando un conjunto alrededor de una jarra de barro rojo en una mesa en la que había periódicos de todas las partes del mundo. Un hombre desconocido y elegantemente vestido con un traje gris a cuadros dejó uno de aquellos periódicos y me saludó con una leve inclinación de cabeza.

Me imaginé que se trataría del capitán de algún vapor. Habría sido imposible conocerlos a todos. Iban y venían con mucha frecuencia y fondeaban sus barcos demasiado lejos, en la entrada del puerto. Llevaban una vida casi paralela a la nuestra. El hombre dio un pequeño bostezo.

—Un lugar un poco triste, ¿no lo cree así?

Supuse que estaba hablando de la ciudad.

—¿Le parece? —murmuré.

—¿A usted no? Yo me marchó mañana, gracias a Dios.

Tenía todo el aspecto de ser un caballero honrado y orgulloso. Lo vi acercarse a la caja de puros, sacar una petaca del bolsillo y comenzar a llenarla con calma. Cuando se encontraron nuestras miradas me hizo un guiño de mortal

complicidad y me animó a hacer lo mismo.

—Los puros son realmente buenos.

Negué con la cabeza.

—Pero yo no me voy mañana...

—¿Y qué más da? ¿Le parece un abuso a la hospitalidad de Jacobus? ¡Por Dios! Si ese hombre lo carga todo en la factura... Hasta estas pequeñas cosas aparecen en la cuenta. ¡Ese hombre sabe cuidarse perfectamente! Qué demonios, así son los negocios...

Me dio la sensación de que una especie de sombra cruzó de pronto su expresión satisfecha, como si dudara un poco al cerrar la petaca, aunque al final se la guardó alegremente en el bolsillo. Desde la puerta se oyó una voz tranquila:

—Hace usted muy bien, capitán.

El robusto y sigiloso Jacobus entró en la habitación. Dadas las circunstancias, su silencio se podía interpretar como una respuesta cordial. Se había puesto la chaqueta antes de venir a reunirse con nosotros y se sentó en el asiento que había dejado vacante el capitán del vapor, que se despidió con una inclinación y una breve y sonora carcajada. A continuación se produjo un profundo silencio. Era difícil saber, viendo aquella mirada, si Jacobus no dormía a ratos con los ojos abiertos. Aun así, me daba perfecta cuenta de hasta qué punto me estaba escrutando aquella penetrante mirada. Un experto sonido de martillo empezó a clavar una caja en algún lugar de la caverna. Toc-toc... Toc-toc-toc. Otros dos empleados, uno con voz tranquila y nasal y el otro con voz aguda y enérgica, se pusieron a repasar en voz alta una factura.

—Medio rollo de cáñamo de diez centímetros.

—¡Sí!

—Seis argollas.

—¡Sí!

—Seis latas de sopa, tres de paté, dos de espárragos, catorce libras de tabaco.

—¡Sí!

—Es un cargamento para el capitán que acaba de salir —murmuró el impertérrito Jacobus—. Los capitanes de los vapores suelen hacer pedidos muy pequeños. Van llevándose lo que necesitan a medida que les va haciendo falta. Dentro de quince días ese hombre estará en Semarang, por eso hace ese pedido tan pequeño.

En el almacén no paraba de sonar la música de una lista larguísima con los artículos más variados: brochas de pintura, salsa Yorkshire Relish, etc.

—Tres sacos de patatas de primera —dijo la voz nasal.

Cuando oyó aquello Jacobus parpadeó como si acabara de despertar de un sobresalto y pareció un poco más animado. Después de gritar una orden hacia la tienda apareció un empleado de rizos medio grasientos y con un lápiz detrás de la oreja, que traía una muestra de seis patatas y las puso una detrás de la otra encima de la mesa con una sonrisa.

Me invitaron a observarlas con admiración y yo respondí con un poco de hostilidad. Sin el menor nerviosismo en la voz, Jacobus me propuso que comprara unas diez o quince toneladas... ¡Toneladas! No daba crédito a lo que acababa de oír. Mi tripulación habría tardado años en comerse aquello y las patatas (perdón por dejar aquí una consideración tan elementalmente pragmática) son una mercancía que se estropea con facilidad. Por un momento pensé que lo estaba diciendo en broma, que tal vez estaba intentando averiguar si yo era un completo idiota, pero su intención no era tan sencilla. Lo que pretendía era que las comprara por mi cuenta.

—Le estoy proponiendo a usted un pequeño negocio, capitán. Le haría un precio especial.

Le aseguré que no había ido con intención de comerciar, y creo que hasta añadí con cierta hostilidad que nunca se sabía dónde acababan aquel tipo de negociaciones.

Dio un pequeño suspiro y cruzó las manos por encima del estómago en un ejemplar gesto de resignación. La calma de su osadía era realmente admirable. Al cabo de un rato se despertó de nuevo de su letargo y añadió:

—¿Quiere un puro?

—No, gracias. No fumo puros.

—¡Fúmeselo uno, aunque sea una vez! —exclamó con una especie de alegría impaciente y a continuación se produjo un penoso silencio. Hay ciertas ocasiones en las que alguien de pronto manifiesta una inteligencia y una profundidad insospechadas, o, por decirlo de otra forma, que dice algo inesperado. Y lo que era realmente inesperado ver que salía de los labios de Jacobus fue:

—El hombre que acaba de salir tenía razón. Coja uno. Aquí todo está sujeto a los negocios.

Sentí un poco de vergüenza, y el simple recuerdo de su hermano hacía que por contraste él pareciera un hombre decente. Algo acomplejado, le dije que no tenía nada en contra de su hospitalidad.

No hizo falta que transcurriera ni un minuto para que descubriera a qué lugar me había llevado mi declaración. Como si pretendiera cambiar de tema, Jacobus comentó de pronto que su residencia privada estaba a tan sólo diez minutos caminando desde allí. Tenía un hermoso jardín, digno de verse, rodeado por un muro. Tendría que pasarme cualquier día y echarle un vistazo.

Parecía sentir una gran afición por los jardines. Yo también la tenía, pero me parecía excesivo que mi contrición me acabara llevando a contemplar los parterres de Jacobus, por muy dignos de verse que fueran.

—La única que está allí es mi hija —dijo con sencillez.

Resulta complicado exponer todas las cosas de una manera ordenada, ahora me veo obligado a retrotraerme a un par de semanas antes. El médico del puerto había subido a bordo de mi barco para visitar a uno de los marineros que estaba enfermo y, como es costumbre, cuando terminó la visita se le invitó a pasar a mi camarote. En ese momento se encontraba también allí otro capitán de barco, y en cierto momento de la conversación salió a relucir el nombre de Jacobus. El otro hombre, ésa fue mi impresión, lo pronunció sin especial consideración. No recuerdo qué estaba a punto de decir yo cuando el médico —un hombre agradable y muy culto— me interrumpió con decisión y no me dejó continuar.

—Ahí andan hablando otra vez de mi respetado suegro.

Como es lógico, aquel comentario nos hizo callar a todos, pero recordé el episodio y en cierta ocasión, buscando algo cortés que decir, le pregunté:

—¿Y vive con usted su hija casada, señor Jacobus?

Movió muy despacio su gran mano de derecha a izquierda. ¡No! Ésa era otra de las chicas, respondió lentamente como solía hacer.

—Ella... —comenzó, y durante la pausa pareció estar buscando unos instantes la palabra para describirla, pero mis esperanzas se vieron defraudadas porque al fin acabó dándome una descripción de lo más común:

—Es una persona diferente.

—Estoy seguro de ello... Ah, por cierto, señor Jacobus, el otro día pasé a visitar a su hermano. No será una gran cortesía si le digo lo diferente que lo encontré de usted.

Y me respondió misteriosamente y de forma reflexiva:

—Es un hombre de costumbres regulares.

Seguramente se refería a su costumbre de dormir entre horas, pero yo murmuré algo sobre sus más bien bárbaras costumbres y, acto seguido, salí del almacén.

Finalmente todo el mundo acabó enterándose de mi encuentro con el Jacobus que se dedicaba a los grandes negocios. Alguien de entre mis conocidos debió de hacer referencia al episodio, o tal vez había sido el chico mulato el que lo había contado todo. He de confesar que la gente se mostró bastante escandalizada, pero no precisamente con la brutalidad de Jacobus. Uno de mis conocidos me reprochó mis prisas.

Le relaté punto por punto todo el suceso de la visita, ni siquiera evité el revelador parecido entre el mulato y su torturador. No mostró sorpresa alguna. Sin duda, claro, sin duda ¿Y qué más daba? Con tono más o menos alegre me aseguró que no era el único. El mayor de los Jacobus había sido soltero toda su vida, un respetable soltero, nunca había dado de qué hablar en ese sentido y había llevado una vida de lo más normal. Nadie se podía ofender por algo así.

Repliqué que yo sí me había sentido ofendido y mi interlocutor abrió los ojos con gran sorpresa. ¿Por qué? ¿Porque un joven mulato se llevaba unos cuantos golpes? Pues tenía que saber que aquello no era nada del otro mundo. No me podía hacer a la idea de lo falsos e insolentes que podían llegar a ser algunos de

aquellos mestizos. En realidad lo que le contaba le daba pie a interpretar la situación al contrario: el señor Jacobus era muy amable a la hora de emplear a aquel joven y mostraba hacia él una amable debilidad que muy bien podía disculparse.

El conocido con el que estaba hablando pertenecía a una de las grandes familias francesas descendientes de los viejos colonos, eran familias nobles y venidas a menos, que vivían una vida doméstica llena de apuros en una decadencia penosa y cargada de dignidad. Comúnmente, aquellos hombres eran empleados en las oficinas del gobierno o en las oficinas comerciales. Las hijas solían ser hermosas e ingenuas, amables y educadas, y casi siempre bilingües. Charlaban ingenuamente tanto en francés como en inglés. Llevaban una existencia tan vacía que costaba imaginársela.

Pude ser invitado a alguna de aquellas casas porque unos años antes, durante una estancia en Bombay, le fui de utilidad a un simpático e inútil joven que estaba allí varado sin saber en qué emplear el tiempo, ni cómo volver a su isla de origen. Finalmente el conflicto se resolvió por la módica suma de doscientas rupias, pero cuando aparecí la familia se empeñó en hacerme saber su gratitud invitándome a su casa. Yo sabía francés, por lo que mi presencia era doblemente aceptable. En el transcurso de todo aquel tiempo habían conseguido finalmente casar al joven con una mujer que casi le doblaba la edad, y había quedado en una situación más o menos acomodada, el único oficio para el que parecía realmente capacitado. Aunque no todo era tan sencillo. La primera vez que fui a su casa su mujer le descubrió una pequeña manchita de grasa en los pantalones y se montó toda una escena con gritos y amenazas, tan apasionada que por un instante me sentí dentro de un drama de Racine.

Como es lógico, nunca se mencionó el tema del dinero que le había prestado, pero la señorita Angele y la señorita Mary, sus hermanas, y también las tías de las dos familias que hablaban un extraño francés previo a la Revolución Francesa, al igual que otros parientes lejanos, me adoptaron de una forma tan unívoca e íntima que resultaba casi bochornoso.

Con el hermano mayor de aquella familia fue con quien hablé del tema del Jacobus que se dedicaba a los grandes negocios, porque trabajaba como empleado en una de las oficinas de mi consignatario. Lamentó mi actitud sin dejar de asentir con pausa y sabiduría. Me dijo que era un hombre influyente y que uno nunca sabía cuándo iba a necesitarlo, pero yo le comenté mi infinita preferencia por su hermano el tendero, y cuando dije eso, mi amigo adoptó una expresión de lo más

severa.

—¿A qué viene esa cara tan seria? —pregunté impaciente—. El otro día me invitó a que me acercara a ver su jardín y tengo intención de hacerlo antes o después.

—No lo haga —replicó con tanta avidez que me eché a reír, pero él no contestó ni con media sonrisa.

En realidad el problema era otro. Al parecer en cierta ocasión mi Jacobus había transformado por completo la conciencia pública de la isla. Los dos hermanos eran socios y se llevaban perfectamente, cuando llegó a la isla un circo ambulante y mi Jacobus se enamoró locamente de una de las amazonas. Por si fuera poco, estaba casado. No se cuidó ni siquiera de ocultar aquella pasión tan fuerte que había sido capaz de arrastrar a aquella criatura enorme y plácida. Su conducta fue todo un escándalo.

Siguió tras los pasos de aquella mujer hasta el Cabo y siguió a la zaga del circo por todas las ciudades del mundo en una situación cada vez más degradante para él. La mujer dejó de hacerle caso y comenzó a tratarlo como a un auténtico perro. A la isla llegaban historias realmente salvajes que indicaban hasta qué punto había alcanzado su degradación moral y el hombre ya no tenía ni el menor signo de voluntad para liberarse...

Aquella grotesca imagen de ese robusto proveedor de barcos atenazado por un amor ilícito me pareció tan fascinante que escuché una vez más con la boca abierta una narración que en realidad era tan antigua como el mismo mundo, y que había sido tema de leyendas, fábulas morales y poemas. En este caso resultaba ridícula para su propio protagonista. ¡Qué extraña víctima de los dioses!

Durante todo aquel episodio la esposa abandonada falleció y su hermano se hizo cargo de la hija, a la que casó lo mejor que pudo, a pesar de las circunstancias.

—¡Claro! ¡La mujer del doctor! —exclamé.

—Ah, entonces lo sabía... Un hombre muy eficiente. Estaba ansioso por ascender en este mundo y la muchacha conservaba aún una buena dote de su madre, aparte del dinero que podía llegar más adelante... Evidentemente no se hablan —añadió—. Cuando se cruzan por la calle el médico lo saluda con una inclinación de cabeza, pero cuando se encuentran juntos a bordo del mismo barco, evitan hablar juntos; ya ha sucedido alguna vez.

Yo repliqué que lo más probable es que aquella historia ya estuviera superada por ambas partes.

Mi amigo me dio la razón, aunque era Jacobus quien en realidad tenía la culpa de que nadie perdonara ni olvidara. Finalmente regresó, pero no lo hizo arrepentido, como habría sido necesario para poder congraciarse con sus conciudadanos. Volvió y trajo con él a una criatura, una niña.

—Me ha comentado que su hija vive con él —añadí con interés.

—No hay duda de que se trata de la hija de la mujer del circo —respondió mi amigo—. Supongo que también será hija suya, estaría dispuesto a admitir que lo es, en fin, no tengo ninguna duda al respecto...

Lo que no entendía era por qué había decidido llevarla a una comunidad respetable en la que se podía perpetuar para siempre el recuerdo de aquel escándalo. Y aún faltaba algo mucho más lamentable que se produjo después: la mujer a la que había abandonado apareció otra vez a bordo de un barco correo...

—¿Cómo? ¿Regresó aquí? ¿A reclamar a su hija? —sugerí.

—¡Eso no lo habría hecho jamás una mujer como ella! —replicó mi amigo con desdén—. Imagínese a una arpía en plena desesperación, desequilibrada, pintarrajeada y cadavérica. Al parecer la habían echado de Mozambique pagándole el billete. Un caballo le había pegado una cox y le había provocado una herida interna. Cuando llegó no tenía ni un solo céntimo, y no creo que ni siquiera pidiera ver a la niña. Sea como sea no lo pidió hasta el último día de su vida. Jacobus alquiló para ella una pequeña casa y consiguió que se encargaran de ella un par de hermanas del hospital. No se casó con ella *in extremis*, como sugirieron las buenas monjas, porque ella no quiso ni oír hablar del asunto. Según dijeron las propias monjas: «La mujer murió sin arrepentirse». Al parecer empleó su último aliento para echar a Jacobus de la habitación. Puede que aquella fuera la razón por la que nunca llevó luto, la niña fue la única que lo llevó. Cuando era pequeña se la veía de cuando en cuando paseando por la calle acompañada de una negra, pero cuando se fue haciendo mayor, no volvió a poner un pie fuera del jardín. Debe de tener más de dieciocho años.

Eso fue lo que me contó mi amigo, junto algunos pocos detalles más del tipo que no creía que hubiese más de dos o tres personas de posición en toda la isla que hubiesen visto a la niña, y que una mujer mayor, familiar de los Jacobus, se había

visto obligada por la pobreza a hacer de dama de compañía de la jovencita. El negocio elegido por Jacobus (algo que sin duda enfadaba a su hermano) se revelaba ahora más comprensible que nunca, porque lo mantenía en contacto sólo con gente que estaba de paso en la isla, mientras que cualquier otro oficio habría provocado situaciones complicadas con miembros de su clase. Se ve que el hombre tenía aún cierto tacto, aunque careciera completamente de vergüenza. Si no fuera así, ¿por qué se empeñaba en tener con él a aquella chica? Era una situación dolorosa para todos.

Pensé de pronto (y con espantoso disgusto) en el otro Jacobus y no pude reprimir un comentario malvado:

—Supongo que si la tuviera contratada en su propia casa como una criada de última categoría y de cuando en cuando le diera un tirón de pelos o un bofetón, la cosa sería mucho más aceptable para la respetable clase social a la que pertenece.

Mi amigo no era tan inepto como para no captar la ironía en la que había envuelto mi frase y se limitó a encogerse de hombros.

—Me parece que no está entendiendo la situación. Para empezar, esa chica no es ninguna mulata, y un escándalo es un escándalo. La gente tiene que sentir al menos que se le da la oportunidad de olvidar. Puede que incluso para ella misma habría sido mejor si le hubiese dado un puesto de criada o algo parecido. No hay duda de que él saca el dinero a la gente de la forma más mezquina, pero en ese negocio nunca habrá suficientes ingresos como para que pueda prosperar.

Cuando me alejé de mi amigo, en mi mente quedó la noción de que Jacobus y su hija eran como dos náufragos en una isla desierta; la joven estaba encerrada en la casa como si se tratara de una gruta en un acantilado, mientras Jacobus salía a la playa a buscar algo de comida, exactamente igual que si fueran dos víctimas de un naufragio que estuviesen esperando que alguien llegara al rescate y los devolviera por fin junto al resto de la humanidad.

Y sin embargo la realidad física de Jacobus no encajaba con aquel perfil tan romántico. La siguiente vez que se presentó a bordo para hablar de negocios, se tomó tranquilamente su café y me preguntó si estaba contento, pero en aquella ocasión apenas presté atención a los chismes del puerto que me estuvo relatando con su voz grave. Llegados a aquel punto, también yo tenía cosas en las que pensar. Cuando ya había fletado el barco y estaba pensando en un rápido y satisfactorio viaje de regreso, de repente me di cuenta de que no tenía suficientes

sacos. ¡Un desastre! Y por lo visto se habían agotado totalmente las existencias de aquel tipo de saco especial que yo necesitaba. Se esperaba que llegara un envío en breve, se decía incluso que ya estaba en camino, pero mientras tanto la carga de mi barco se había interrumpido en seco y yo estaba en apuros. Mis consignatarios, los mismos que tan gentilmente me habían recibido a mi llegada, ahora me escuchaban impotentes al haber pasado al bando de mis fletadores. El encargado de la oficina, un hombre esbelto con aire de solterona, y tan pacato que ni siquiera se atrevía a pronunciar en voz alta el nombre de Jacobus, hizo una exposición de mi caso desde el punto de vista comercial:

—Mi querido capitán —dijo estirando sus flacas mejillas en una sonrisa de amabilidad tiburonesca—, nosotros no estamos legalmente obligados a mencionar la falta de sacos antes de la firma de contrato de flete. Si se mira la situación, estrictamente era su responsabilidad considerar la posibilidad de un retraso, aunque no somos nosotros quienes deberíamos salir beneficiados por ello. La culpa, en realidad, no es de nadie. También a nosotros nos ha cogido literalmente por sorpresa —concluyó con aquel tono pacato y mintiendo descaradamente.

He de reconocer que aquella conversación me dejó sediento. Es algo muy común cuando uno está rabioso; mientras paseaba sin rumbo fijo, de pronto me acordé de la gran jarra de cerámica que había en la sala de capitanes del «salón» de Jacobus.

Saludé con la cabeza a algunos hombres que estaban allí reunidos y aplaqué mi indignación con un largo trago al que siguió otro. A continuación me senté desolado y sumido en mis pensamientos. El resto de los hombres leían el periódico, fumaban y discutían de otras cosas sin prestar demasiada atención a mi presencia, pero respetando mi ensimismamiento. Me levanté y me fui sin dirigir la palabra a nadie, pero Jacobus, el marginado, se me acercó de forma inopinada en medio del tumulto de la tienda.

—Me alegro mucho de verle, capitán. ¿Cómo va todo? ¿Cuándo zarpa? Me da la sensación de que no tiene usted buena cara últimamente. Cansado, ¿no?

Iba en mangas de camisa y sus palabras tenían la cortesía intrascendente de los negocios, pero aun así tenía cierta calidez humana. No era más que cortesía comercial, pero en aquel punto la educación había brillado por su ausencia hasta ese momento. Estoy casi seguro (por la forma en la que su mirada se dirigió automáticamente hacia cierta estantería) de que estaba a punto de sugerirme que comprara el nuevo tónico Clarkson contra los nervios que tenía en el almacén

cuando lo interrumpí siguiendo una intuición y le dije:

—Tengo un serio problema con la carga.

Bajo aquella máscara adormilada de labios pegados, en realidad estaba totalmente despierto, porque me entendió al instante y movió la cabeza de tal modo que yo terminé aliviando mi desesperación con él.

—No tengo duda de que tiene que haber mil sacos de cuarto en la colonia. Sólo hay que salir a buscarlos.

Sacudió afirmativamente la cabeza, y, a pesar de estar los dos envueltos en el ruido de la actividad de la tienda, me susurró al oído con tranquilidad:

—Por supuesto, pero la gente que tiene una reserva de sacos de cuarto no querrá venderlos así como así, por si los necesitan de ese tamaño.

—Eso es exactamente lo que me han dicho mis consignatarios, que no hay forma de comprarlos. ¡Bobadas! Será que no quieren. Les va mejor tener el barco parado, pero si los descubriera me los tendrían que vender. Escuche, Jacobus, estoy seguro de que usted es la persona indicada para traérmelos de cualquier parte.

Él protestó con un ademán de la cabeza y yo me quedé frente a él con gesto impotente mientras me miraban aquellos ojos de párpados caídos y mirada vaga, como un hombre cuya alma hubiese quedado traumatizada tras una crisis.

—Aquí no podemos hablar del tema —susurró de pronto—, tengo demasiado trabajo. Si puede esperarme en mi casa, no está ni a diez minutos andando desde aquí. Ah, qué estupidez, no sabe dónde está.

Pidió su chaqueta y me dijo que me acompañaría. Tenía que regresar al almacén para terminar una gestión que le iba a llevar aproximadamente una hora y luego charlaría conmigo sobre el tema de los sacos. Me dijo todo aquello a través de unos labios inmóviles y casi cerrados. Sentí cómo reposaba sobre mí aquella mirada suya grave y tranquila como siempre, la mirada de alguien cansado, aunque aquella vez también tuve la impresión de que me estaba escrutando. No conseguí adivinar qué era exactamente lo que Jacobus buscaba en mí, y me quedé callado preguntándomelo.

—Le ruego que me espere en mi casa hasta que pueda acercarme a hablar del asunto, ¿le parece?

—Por supuesto —exclamé.

—Aun así no le prometo...

—No espero ninguna promesa de usted.

—Lo que quiero decir es que ni siquiera le prometo que pueda intentar lo que estoy pensando. Primero habría que ver...

—Está bien, aprovecharé lo que surja y esperaré lo que haga falta. ¡Realmente no puedo hacer otra cosa en este endemoniado puerto!

No había terminado de pronunciar aquella frase cuando ya nos habíamos puesto en marcha a paso vivo. Doblamos unas cuantas esquinas y acabamos en una calle totalmente vacía y con aspecto de camino rural empedrado y con matas de hierba entre las piedras. La casa estaba alineada con la calle y tenía un piso sobre un sótano de piedra sin pulir, de tal forma que cuando uno pasaba por delante las cabezas quedaban por debajo de la altura de las ventanas. Las persianas estaban echadas como si fueran ojos y la casa parecía estar durmiendo plácidamente bajo aquel sol de la tarde. A un lado quedaba la entrada sobre un callejón con la hierba incluso un poco más descuidada que la de la calle. Se trataba de una puerta pequeña, cerrada con un simple cerrojo.

Jacobus se disculpó por adelantarse para mostrarme el camino y caminó por delante de mí por un sombrío pasillo hasta el suelo de madera de lo que me imaginé que debía de ser el comedor. Todo estaba iluminado por tres puertas de cristal que estaban abiertas a una galería, o más bien una especie de logia con unos arcos de ladrillo dispuestos a lo largo de la casa que daba al jardín. Realmente se trataba de un magnífico jardín; tenía un césped verde y bien cuidado y unos parterres con flores al fondo, situados alrededor de un estanque de agua oscura con un borde de mármol. En la distancia la vegetación de varios árboles medio ocultaba los tejados de otras casas. Daba la sensación de que la ciudad estaba a kilómetros de distancia. Todo estaba envuelto en una soledad colorida y amodorrada en un cálido y voluptuoso silencio. En los mismos lugares en los que ciertas sombras largas e inmóviles caían sobre los parterres, las flores producían un efecto extraordinario, agrupándose en enormes manchas de color. Me quedé pasmado e inmóvil y Jacobus me agarró con gentileza del codo para dar media vuelta a la izquierda.

Ni siquiera me había percatado de la presencia de la joven. Estaba sentada

en una silla de mimbre baja y honda, de perfil, tan inmóvil como si se tratara de una figura en un tapiz. Jacobus me soltó del brazo.

—Ésta es Alice —dijo con tranquilidad, y su amable forma de hablar hizo que su nombre pareciera una confidencia, como si yo debiera asentir y susurrar del mismo modo: «Ya veo». Como es lógico, no hice nada parecido. Ninguno de los dos hizo nada, en realidad, y los dos nos quedamos mirando a la joven. Durante un rato ella tampoco se movió y se quedó mirando hacia delante como si estuviese contemplando un espectáculo que desfilara por el jardín bajo aquella contundente luz que reposaba sobre las flores.

Cuando acabó la pequeña ensoñación, miró a su alrededor y levantó la vista. Del mismo modo que yo no la había reconocido al instante, estoy seguro de que a ella le ocurrió algo similar hasta que no me vio junto a su padre. Aquel rápido movimiento de párpados caídos y aquellos ojos bien abiertos en una mirada fija no dejaban lugar a ninguna duda.

Por debajo del desconcierto de la muchacha pareció insinuarse el miedo y, a continuación, algo parecido al enfado. Jacobus dijo mi nombre en voz alta y luego añadió:

—Se encuentra usted en su casa, capitán. No tardaré en volver. —Y se marchó a toda prisa. Antes de que me hubiera dado tiempo a hacer una inclinación de cabeza para despedirme de él ya me había quedado a solas con la joven, alguien que, recordé al instante, no había visto a ninguna mujer ni a ningún hombre de la ciudad desde que decidió recogerse el cabello. Cualquiera habría dicho que no se lo había tocado desde aquel momento, porque conformaba una masa de mechones negros y brillantes recogidos de cualquier manera en lo alto de su cabeza con largas hebras que le colgaban a ambos lados de la cara, una mata de pelo de tal densidad y abundancia que no hacía falta más que mirarla para sentir tanto su peso como su magnífico descuido. Se inclinó hacia adelante para abrazarse las rodillas, llevaba puesta una vieja bata con volantes de algún color parecido al ámbar y que mostraba su cuerpo joven y flexible acurrucado en el asiento, como si se hubiese encogido para poder dar un salto con más fuerza. Me dio la sensación de que hacía un par de sobresaltos nerviosos parecidos a un brinco particular, y, tras ellos, la inmovilidad total.

Intenté reprimir el absurdo impulso de salir corriendo detrás de Jacobus (porque al final yo había acabado sobresaltándome también), agarré una silla, la puse no demasiado lejos de la joven, me senté con tranquilidad y me puse a hablar

del jardín sin preocuparme demasiado por lo que decía, pero con un tono lo más amable que pude, como si me estuviese dirigiendo a un animal salvaje. En ese momento ni siquiera tenía la seguridad de que me estuviera entendiendo. Ni levantó la mirada ni hizo el menor gesto de estar escuchándome. Yo seguía hablando sin parar sólo para impedir que saliera corriendo, pero tuvo otro de aquellos estremecimientos y contuve la respiración.

Al fin pensé que tal vez lo único que no había impedido que saliera huyendo de un solo salto era la poca ropa que llevaba. Aquella butaca de mimbre era la única cosa sólida que la rodeaba, y lo que había debajo de aquella vieja bata de color ámbar debía de ser de la calidad más ínfima y etérea. No había manera de no darse cuenta, resultaba evidente. Al principio me sentí muy incómodo, pero para una mentalidad que no es prejuiciosa es relativamente sencillo superar ese tipo de molestias. No aparté la mirada de Alice y seguí hablando con calma. El pensamiento de que no había habido otras personas antes que yo que le dirigieran la palabra hacía que me sintiera aún más seguro. Desconozco la forma en la que la situación se fue cargando de cierta tensión emocional, pero lo cierto es que eso fue lo que pasó, y cuando empecé a darme cuenta de la situación, un breve chillido interrumpió el flujo de mi cortés monólogo.

No procedía de la chica sino de alguien que estaba detrás de mí y que me hizo volver la cabeza al instante. Entendí enseguida que la vieja que había aparecido en el umbral no podía ser otra que la vieja pariente de Jacobus, la dama de compañía de la joven. Sin esperar a que cambiara su atónita actitud, me levanté y le hice una reverencia.

Era difícil dudar de que las dos damas de la casa de Jacobus se pasaban el día vestidas con atuendos muy ligeros. Aquella gorda anciana de rostro parecido a un limón gigante arrugado, con aquellos ojos como botines y una mata de pelo medio canoso, iba vestida con una prenda color ceniza de algo parecido a la seda que le caía desde el cuello hasta los pies y que hacía que su cuerpo adquiriera una forma totalmente cilíndrica.

—¿Cómo ha entrado usted aquí?

Pero antes de que pudiera decir una sola palabra en mi descargo ya se había volatilizado. Se oyó a continuación un pequeño tumulto de voces en algún extraño lugar de la casa. Resultaba evidente que nadie sabía cómo me había presentado yo allí. Después de un minuto regresó hasta la puerta caminando como un pato furioso y echando la bronca a dos negras que iban tras ella.

—¿Y qué quiere usted?

Me volví hacia la joven que ahora estaba sentada un poco más enderezada y con las manos en los reposabrazos del sillón. Le pedí ayuda.

—Señorita Alice, espero que no permita que me echen a la calle.

Ella entornó levemente sus fantásticos y almendrados ojos negros y recorrió la estancia de una forma indescriptible, al tiempo que con una voz despectiva daba en francés lo más parecido a una explicación:

—*C'est papa.*

Volví a hacer una reverencia a la anciana.

La mujer me dio la espalda para echar a las dos negras y luego me escrutó de una manera muy singular, con uno de sus pequeños ojos casi cerrados y el rostro encogido como si le hubiese dado un súbito dolor de muelas. Salió de nuevo a la galería, se sentó en una mecedora que estaba a unos metros y agarró una labor que estaba sobre una pequeña mesita. Antes de comenzar se rascó enérgicamente la cabeza con ella por debajo de la mata de pelo canoso.

Aquel vestido sencillo, casi semejante a una bata, se pegaba a su silueta flotante y regordeta. Llevaba unos calcetines blancos de algodón y unas zapatillas de terciopelo marrón. Sobre el reposapiés se podían ver con claridad los tobillos y los pies. Comenzó a mecerse lentamente sin dejar de tejer. Yo ya había regresado a mi asiento, pero ahora estaba callado porque la anciana me generaba cierta desconfianza. ¿Qué hacer si me ordenaba marcharme? Parecía capaz de cualquier cosa. No paraba de resoplar y tejía con demasiada furia. Sin venir a cuento, dirigió en un grito una pregunta a la muchacha, en francés, algo que podría traducirse de la siguiente y coloquial manera:

—¿En qué andaré metido tu padre ahora?

La joven se encogió de hombros de una forma tan brusca que dio la sensación de que todo su cuerpo se estremecía en el interior de aquella bata tan grande y respondió con una voz áspera en la que había, sin embargo, cierta cualidad seductora, al estilo de cierto tipo de vinos ásperos que se beben con gusto:

—Es un capitán... ¡Déjame tranquila!

La mecedora aumentó el ritmo de balanceo y la voz de la anciana surcó el aire, tan aguda como si se tratara de un silbido.

—Vaya un par estáis hechos, tu padre y tú. Es capaz de cualquier cosa, eso lo sabe todo el mundo, pero nunca me habría esperado algo así.

Pensé que tal vez había llegado el momento adecuado de hablar en francés, de modo que dije con voz tranquila y discreta que estaba allí por un asunto de negocios, que tenía que hablar de ciertas cosas con el señor Jacobus.

—¡Pobre ingenuo! —replicó al segundo con su estridente voz, y luego, cambiando un poco el tono, prosiguió—: Para los negocios ya tiene la tienda. ¿Cómo es que no va al almacén a hablar con él?

La velocidad de los dedos y de la mecedora ya estaba llegando a un punto verdaderamente mareador.

—¿Y a eso le llama usted negocios? —gritó con indignación—. ¿A estar ahí sentado mirando a la muchacha?

—No —respondí sin perder la calma—. A esto lo llamo yo un placer, un placer inesperado. Y a no ser que la señorita Alice tenga alguna objeción...

Me volví ligeramente hacia ella.

—¡Qué me importa a mí! —replicó enfadada. Apoyó el codo en la rodilla y se sujetó la barbilla con la mano. No había duda de que era una barbilla Jacobus. También en ese instante me recordaron al Jacobus rico aquellos párpados caídos y aquella mirada negra y furiosa. Tenía el mismo dibujo de las cejas: negro, ominoso. ¡Vaya! Se parecía a los dos, en realidad, y al fin tuve que reconocer, con cierta sorpresa, que ambos Jacobus eran hombres realmente apuestos.

—Ah, en ese caso me limitaré a mirarla hasta que sonría —dije.

—¡Me da igual! —replicó con brutal desdén.

La vieja interrumpió la conversación brutalmente y a gritos:

—¿Pero qué descarado es ése? ¡Y tú lo mismo, Alice! ¿Qué es eso de que te da igual? Por lo menos ve a vestirte un poco. Mira que estar ahí sentada de esa forma delante de un marinero de muelle.

El sol se encontraba a punto de abandonar la Perla del Océano en busca de otros mares y otras tierras. El jardín estaba resplandeciente con el color de aquellas flores que parecían brillar con la luz que habían ido acumulando a lo largo de todo el día. Aquella inquietante anciana se dirigió a la joven y le dijo que se pusiera un corsé y una enagua con una falta de discreción tan total que me ofendió. ¿Es que acaso era yo un muñeco de trapo?

—No lo haré —respondió ella.

No se trataba sencillamente de la brusca respuesta de una niña cabezona; en sus palabras había algo parecido a la desesperación. No cabía la menor duda de que con mi llegada había provocado una especie de desequilibrio en la relación de las dos. La vieja tejía con gran precisión y no levantó ni por un segundo la mirada de la labor.

—Realmente se puede decir que eres digna hija de tu padre. ¡Toda esa tontería de que querías entrar en un convento y ahora dejas que te mire de arriba abajo cualquier desconocido!

—Vete de aquí.

—¡Pequeña sinvergüenza!

—Vieja bruja... —murmuró la chica con claridad y sin despegar la barbilla de la mano, con la mirada hundida de lleno en el jardín.

Eran la una para la otra. La vieja se levantó de la silla de un salto, tiró a un lado la labor y con un exagerado movimiento de sus extremidades, cuya silueta se veía a la perfección bajo aquel leve y ceñido vestido, avanzó a grandes pasos hacia la joven, que ni siquiera se inmutó. Me sentí realmente inquieto cuando la anciana se volvió bruscamente hacia mí al ver la pasmosa indiferencia de la muchacha.

Me di cuenta de que iba armada con una aguja de coser, y, cuando levantó la mano, por un momento pensé que me la iba a lanzar a modo de dardo, pero al fin lo único que hizo fue rascarse la cabeza sin dejar de observarme con un ojo entornado y medio distorsionado en una especie de mueca extraña.

—Querido señor mío —preguntó con impertinencia—, ¿le parece a usted que puede salir algo bueno de todo esto?

—Ya lo creo que sí, señorita Jacobus —intenté no perder el tono de una

inocente visita para el té—. He venido porque me gustaría comprar unos sacos.

—¡Sacos! ¡Mire usted! ¡Como si no le hubiese visto yo misma soltarle toda una serenata a esta infeliz!

—¡Tú lo que deseas es verme en la tumba! —gritó la joven con voz ronca.

—¿En la tumba? ¿Y qué pasaría entonces conmigo? ¡Enterrada viva antes de morir por culpa de una niña con semejante padre! —exclamó, y luego se volvió de nuevo hacia mí—. Usted hace negocios con él, muy bien, en ese caso, ¿por qué no nos deja en paz, buen hombre?

Dijo «en paz» con un tono familiar y superior, casi limítrofe con la burla. No sería la última vez que lo oyera. Demostraría un escaso conocimiento de la naturaleza humana quien pensara que aquella iba a ser mi última visita a aquella casa en la que ninguna persona respetable había puesto el pie durante años. Realmente habría sido muy ingenuo quien pensara que una acogida como aquella podía asustarme hasta ese punto, porque, para empezar, yo no tenía ninguna intención de huir de una manera tan miserable.

No se debe olvidar tampoco que los sacos los necesitaba realmente. Aquella primera tarde, Jacobus se empeñó en que me quedara a cenar, aunque no sin antes decirme con toda franqueza que no sabía si iba a poder ayudarme. Le había estado dando vueltas y mucho se temía que era demasiado difícil... aunque no utilizó tantos rodeos para explicármelo.

A la mesa fuimos sólo tres comensales. La muchacha, usando alternadamente sus «¡No lo haré!», «¡Me da igual!» y «¡Qué me importa a mí!», afirmó repetidamente su intención de no sentarse a la mesa, no cenar y no moverse siquiera de la galería. La anciana no paraba de girar a su alrededor con sus zapatillas, gritando indignada. Jacobus se inclinó finalmente sobre la muchacha y le murmuró algo con voz tranquila, y yo añadí desde lejos alguna pequeña broma, unas palabras que me valieron un codazo clandestino (un puñetazo, tal vez) de la anciana, que de pronto se había sentido protegida por la oscuridad de la noche. Conseguí contener un grito de sorpresa, y durante toda la cena la joven ni siquiera se molestó en levantar la cabeza para mirarnos. Podía tener una apariencia infantil, pero aquel mal humor caprichoso tenía también una cualidad y un tinte particularmente trágico.

Nos sentamos finalmente a cenar, y ella siguió acurrucada y con la mirada

fija en la oscuridad, como si su mal humor precisara alimentarse del perfume que emanaba el jardín.

Antes de irme le dije a Jacobus que me pasaría al día siguiente para saber si el tema de los sacos había prosperado de alguna forma.

—Vendré a su casa a diario hasta que lo consiga. Me encontrará aquí siempre.

Aquellos gruesos labios se abrieron ligeramente en una sonrisa melancólica.

—De acuerdo, capitán.

A continuación me acompañó con mucha calma hasta la puerta y susurró con sinceridad una recomendación: «Siéntase como en su casa», y también una frase promisoria, la de que en su mesa siempre habría un plato para mí. Estaba ya de vuelta, camino al muelle, cuando recordé de pronto que aquella misma noche había sido invitado a cenar con la familia S. Me molestó mi propio descuido (iba a ser un poco vergonzoso tener que dar explicaciones), pero aun así no pude dejar de pensar que la velada había sido realmente entretenida. Y se trataba además de una cuestión de negocios. Los sagrados negocios.

Un negro descalzo me alcanzó corriendo y me abrió paso a la escalera del muelle. Reconocí al instante que se trataba del negro de Jacobus, el barquero; seguramente estaba cenando en la cocina. Me pareció que su habitual «Buenas noches, señor», con el que solía despedirme cuando subía por la escalera de mano, tenía aquella noche un tono más cordial que las anteriores.

Cumplí la promesa que le había hecho a Jacobus. Fui con frecuencia a su casa. Casi siempre me encontraba allí cuando hacía algún descanso por la tarde y se acercaba desde el almacén. Era mi voz, que hasta ese momento había estado charlando con su Alice, la que lo saludaba desde la puerta, y cuando regresaba por la noche, casi podía apostar que iba a seguir sonando desde la galería. Yo lo saludaba con la cabeza y él se sentaba tranquilamente, dejando caer blandamente todo su peso y mirando con una inquietud alegre mis constantes esfuerzos por hacer sonreír a su hija.

Cuando estaba delante de él, solía llamarla «Alice», aunque, cuando me llevaba a una de aquellas malhumoradas conversaciones en las que no conseguía sacarla de su trágico carácter, también me dirigía a ella como «señorita me-dad-igual». En algunos momentos pensé que estaba a punto de estallar y descargar

sobre ella una lluvia de insultos, y sabía que, si lo llegaba a hacer, Jacobus no movería ni una pestaña. Entre nosotros dos se había creado algo parecido a una particular y misteriosa comprensión mutua.

He de añadir también que el comportamiento de la muchacha con su padre no era muy distinto que conmigo.

¿Cómo habría podido ser de otra forma? A mí me trataba igual que a su padre, y en aquella casa nunca había habido ninguna visita. No sabía cómo se comportaban los hombres, y en su mente yo pertenecía a la misma chusma con la que su padre se relacionaba en el puerto. Para ella yo no tenía el menor interés. Su padre tampoco. Las únicas personas que merecían la pena era la gente de la isla que no quería tener relación con él por alguna cosa perversa que había hecho. Ésa era, por lo visto, la explicación que su dama de compañía le había dado de su situación de aislamiento en el mundo. ¡Y es que algo había que contarle! Yo no tenía duda de que el propio Jacobus había dado en algún momento su consentimiento a aquella versión y habría que añadir quizá que la vieja la había adornado con evidente placer. Siempre la tenía en los labios; aquella explicación universal, aquella alusión universal, el insulto universal.

Uno de aquellos días, Jacobus llegó antes de lo acostumbrado, me hizo una seña para que lo acompañara al comedor, se secó el sudor con un gesto agotado y me aseguró que había conseguido una remesa de sacos de cuarto.

—Su barco necesitaba mil cuatrocientos, ¿no es así, capitán?

—Sí, así es —contesté con ansiedad, pero él no cambió su actitud tranquila. Jamás lo había visto tan cansado.

—Muy bien, capitán, puede decirle a sus hombres que vayan a pedir esa partida a mi hermano.

Yo me quedé con la boca abierta y él debió percibir mi asombro porque continuó, tratando de tranquilizarme:

—Lo encontrará todo a su gusto, capitán.

—¿Ha hablado usted con su hermano de este asunto? —pregunté claramente sorprendido—. ¿Lo ha hecho por mí? Lo digo porque estoy seguro de que él sabía que era mi barco el que se encontraba a la espera por falta de sacos. Cómo ha podido...

Se secó el sudor una vez más. En ese momento, me di cuenta también de que iba más elegantemente vestido que de costumbre, y con una ropa que no le había visto jamás. Apartó la mirada para que no se cruzara con la mía.

—Supongo que habrá oído hablar a la gente... es verdad. Él... Yo... hubo unos años... —Su voz fue decreciendo hasta acabar reducida a un susurro indistinguible—. En fin, tengo que contarle algo, algo que...

Interrumpió de pronto el murmullo. Me dio la sensación de que no podía contarme de qué se trataba, y lo cierto es que me daba igual. Me fui corriendo a la galería a buscar mi sombrero para ir a comunicarles la buena noticia a mis fletadores.

Cuando escucharon el ruido la niña volvió su mirada hacia mí en la oscuridad y la anciana dejó su labor. Me detuve un instante y exclamé de buen humor:

—Su padre es un hombre extraordinario, señorita me-da-igual. Eso es todo.

Ella contempló mi alegría con una sonrisa burlona. Jacobus se acercó a mí con inusual familiaridad, me agarró del brazo cuando pasé a su lado en el comedor y me dijo algo sobre un plato a la mesa esa noche. Estaba distraído y repliqué:

—¿Cómo? ¡Ah, claro que sí!, gracias, encantado.

¿Cenar con él? Claro, encantado, aunque sólo fuera por gratitud.

Unas horas más tarde, en la misma sombría calle empedrada, me di cuenta por fin de que no era sólo la gratitud la que me llevaba de vuelta a aquella casa con jardín en la que yo había sido el único invitado en años. Puede que sí el hambre, pero la gratitud nunca había arañado las entrañas de esa forma, y yo sentía un deseo extraordinario de cenar en casa de Jacobus.

En aquella ocasión la muchacha volvió a negarse a sentarse a la mesa con nosotros.

Mi desesperación había ido creciendo poco a poco y la anciana seguía dedicándome sus mejores miradas malignas. De pronto le dije a Jacobus:

—Ponga un poco de pollo y ensalada en este plato.

Me obedeció sin levantar la mirada y yo me levanté y lo llevé junto a un cuchillo, un tenedor y una servilleta hasta la galería. El jardín había quedado borrado hasta ser una enorme masa en la penumbra, como si fuese un cementerio de flores en la oscuridad. Ella seguía sentada en la butaca mirando hacia la oscuridad, como si se sintiera abrumada por el misterio de la desaparición de la luz y el color. Había densas nubes de aroma de cuando en cuando, como si se tratara de espíritus que vagaran en medio de la difunta multitud de las flores. Intenté ser lo más alegre y persuasivo posible, y le hablé siempre en un tono muy bajo. Cualquier espectador habría pensado que se trataba de los susurros de un enamorado. Cada vez que hacía una pausa, esperando una respuesta por su parte, con lo único que me encontraba era con un silencio abrumador. Era lo más parecido a ofrecerle de cenar a una estatua.

—No he podido probar bocado porque me atenazaba el pensamiento de que usted se encontraba en medio de la oscuridad, hambrienta en la galería. Es usted muy cruel al ser tan testaruda, hágase cargo de lo mucho que sufro.

—Me da igual.

Por un instante sentí la tentación de ejercer violencia sobre ella, sacudirla, pegarle incluso.

—Comportándose de esa forma, lo único que va a conseguir es que no quiera volver más.

—¿Y a mí qué?

—A usted le gusta.

—Eso no es cierto —dijo con sorna.

Le puse la mano encima del hombro, y, si se hubiese movido, creo que no habría dudado en sacudirla, pero no sé movió, y con aquella inmovilidad consiguió que mi enfado se desvaneciera.

—Sí le gusta. Si no le gustara no me la encontraría a diario en la galería. ¿Qué hace aquí si no? La casa está llena de habitaciones. Si no quisiera verme, se podría quedar en su habitación, pero quiere, y lo sabe bien.

Tuve la sensación de que se producía un estremecimiento bajo mi mano y solté a la muchacha como si esa señal de animación en su cuerpo me hubiese

producido cierta congoja. Nos llegaba a los dos la brisa cálida del jardín como si se tratara de un suspiro voluptuoso y perfumado.

—Regrese con ellos —susurró casi con lástima.

Cuando entré de nuevo en el comedor Jacobus bajó la mirada. Dejé el plato sobre la mesa de nuevo sin mucho cuidado. Ante aquel gesto de impaciencia, él murmuró algo parecido a una disculpa, y yo me volví bruscamente hacia él como si fuera el único responsable de todas aquellas «espantosas excentricidades», creo que las llamé así.

—Aunque me parece que la señorita Jacobus, aquí presente, es en realidad la verdadera responsable de esa actitud tan ofensiva —dije con altivez.

Ella replicó con su habitual tono agudo y sus modales de cuarta:

—¿A qué viene eso? Y si piensa de ese modo, ¿por qué no nos deja en paz, señor mío?

Me maravilló que se atreviera a responder de aquel modo delante de Jacobus, pero lo cierto es que ¿qué habría podido hacer él para contenerla? Tenía demasiada necesidad de ella. Jacobus levantó una mirada lenta y cansada y de nuevo la volvió a inclinar.

—¿No habían terminado ya sus negocios ustedes dos? En ese caso... —continuó ella con su voz autoritaria.

La anciana tenía toda la arrogancia de los Jacobus. Llevaba el pelo peinado con raya al lado como si fuera un hombre y estuvo a punto de rascarse con el tenedor de la misma forma en que lo hacía con la aguja, pero se contuvo a tiempo. Sus pequeños ojos tenían un brillo envenenado. Yo me volví un poco amenazadoramente hacia mi propio anfitrión, que estaba sentado en la cabecera de la mesa.

—¿Qué le parece a usted todo esto, Jacobus? ¿Debo inferir entonces que nuestro trato ya está cerrado?

Me hizo esperar un poco, y cuando llegó la respuesta, lo hizo de una forma inesperada y abriendo un camino muy distinto al que sugería la pregunta.

—Creo que aún podríamos hacer algún negocio con esas patatas que tengo,

capitán. Le aseguro que...

No lo dejé continuar:

—Ya le dije en su momento que no me dedico al comercio.

Dio un largo suspiro que se hinchó su voluminoso pecho.

—Piénselo, capitán —continuó con su calma y tenacidad habitual, y yo no pude evitar una carcajada fuera de lugar cuando recordé cómo había perseguido aquel hombre a la amazona del circo, la pasión que se había desbordado bajo aquella superficie en calma, tan profunda que ni los latigazos de una fusta (eso me habían contado) pudieron desatar en él algo parecido a una tempestad. Su pasión había debido de ser como la pasión de un pez, si es que se puede imaginar un pez apasionado.

La sensación de incomodidad moral se hizo aquella tarde más palpable que nunca en aquella casa prohibida a toda la gente «decente». Cuando acabó la cena no quise quedarme a fumar, y al darle la mano a aquella gruesa y almohadillada palma de Jacobus, me prometí a mí mismo que nunca más volvería a estar bajo su techo. A pesar de todo, le di la mano. ¿O no me había sacado de un tremendo apuro? Me sentí obligado a decir unas mínimas palabras de agradecimiento y él respondió tensando los labios en aquella sonrisa suya de habitual tristeza.

—Espero que le vaya todo bien, capitán —dijo suspirando.

—¿A qué se refiere? —pregunté asustado—. ¿A que su hermano podría...?

—Oh, no se preocupe por eso —respondió—. Mi hermano es un hombre de palabra, capitán.

Al alejarme de su puerta no me tranquilizó la promesa que me había hecho a mí mismo de que lo hacía por última vez. Me daba perfecta cuenta de que no estaba siendo sincero en mis reflexiones sobre los motivos de Jacobus y, como es lógico, me obligué a regresar al día siguiente.

¡Qué frágiles, irracionales y ridículos podemos llegar a ser! ¡Qué fácilmente nos vemos arrastrados cuando nuestra imaginación nos lleva a la irritante insinuación de un deseo! Yo estaba realmente interesado en la muchacha, me tenía seducido la vaga expresión de su rostro, sus constantes silencios, el gesto de perpetuo desagrado de sus labios, sus parcas palabras, la negra profundidad de su

mirada cuando se volvía implacable hacia mí, tratando de provocarme, sólo para apartarla un segundo después en un gesto irritante.

Como es lógico, toda la ciudad comentaba ya mis asiduas visitas a la casa. Sentí un claro cambio de actitud en algunos conocidos, y algo ligeramente distinto en las inclinaciones de cabeza del resto de los capitanes cuando me cruzaba con ellos en el embarcadero, o en las oficinas, cuando acudía a resolver alguna gestión. El encargado, que parecía una solterona, me trataba con una especie de cortés distancia, como si se recogiera la falda por miedo a ensuciarse. Me daba la sensación de que se volvían para mirarme hasta los negros de los muelles, y el barquero de Jacobus me decía un «Buenas noches, señor», que había dejado de ser cordial y había empezado a ser directamente familiar, o incluso confidencial, como si en algún momento hubiésemos sido cómplices en el mismo delito.

Me crucé por la calle con mi amigo, el mayor de los S., y me saludó desde el otro lado de la calle alzando la mano y con una sonrisa burlona en los labios. El hermano menor, aquel que se había casado con la vieja arpía, se vio en la obligación de advertirme en nombre de nuestra vieja amistad y en pago del favor que me debía.

—Mi querido amigo, se está haciendo a sí mismo un flaco favor con su manera de elegir sus amistades —dijo con gravedad.

Yo sabía que el encuentro entre los dos hermanos Jacobus estaba siendo la comidilla de toda la Perla del Océano, y quise saber también de qué se me acusaba a mí.

—Gracias a mí se ha producido un acercamiento que puede que termine en reconciliación, algo deseable desde todos los puntos de vista de las convenciones sociales, ¿no lo cree así?

—Es cierto que si esa muchacha desapareciera todo sería más fácil... — reflexionó juiciosamente, y un segundo después (realmente era un hombre imprevisible), me dio un pequeño golpecito en la parte baja del chaleco—. Viejo calavera... —dijo con aire burlón—, con lo poco que le importan a usted las convenciones... Pero aun así será mejor que se cuide de sí mismo cuando haga tratos con un personaje como Jacobus, que no tiene ninguna reputación que perder.

Se dirigió a mí con la gravedad de un ciudadano respetable y me dijo con

aire compungido:

—Todas las mujeres de nuestra familia están francamente escandalizadas.

En esos días yo había dejado ya de visitar a los S. y a los D. Las señoras de más edad casi gritaban de espanto cuando yo me presentaba, y en los jóvenes había tal abanico de reacciones —curiosidad, miedo, sorna (exceptuando quizá a la señorita Mary, que me miraba con una piedad dolorosa, como si acabara de salir de una larga enfermedad)— que no tuve que hacer el más mínimo esfuerzo para dejar de verlos a todos ellos. Habría preferido dejar de tratar a toda la ciudad si hubiese sido necesario para poder sentarme junto a aquella muchacha burlona, altiva y más bien poco vestida, con aquella bata leve y gastada, color ámbar, con una gran «uve» en el cuello. Daba la impresión de que acabara de saltar de la cama o de que hubiese salido corriendo de un incendio, con aquellos largos mechones de pelo sobre su tenso rostro.

Se pasaba las horas del día apoyada en los codos y con la mirada perdida. ¿Por qué escuchaba mis absurdos monólogos? Y aún más, ¿por qué se empolvaba la cara antes de que llegara yo? Aquélla debía de ser su idea de arreglarse, y, a pesar de su descuido, aquel gesto manifestaba al menos una señal de esfuerzo en su cuidado personal.

Puede que me equivocara y que los polvos fueran sin más una costumbre diaria, o que su presencia en la galería no fuera sino una simple muestra de que su indiferencia era tan grande que ni siquiera mis visitas la afectaban. Fuera como fuera, el efecto que había tenido en mí había sido el mismo.

Me agradaba contemplar sus lentos cambios de postura, sentirme al acecho de aquella figura inmóvil compuesta por las delicadas líneas de su cuerpo, observar atentamente aquellos increíbles ojos negros y almendrados que contemplaban el vacío con avidez. Parecía una criatura presa de un hechizo con la frente de una diosa y el pelo alborotado y generoso de una gitana. Hasta su indiferencia me seducía. Cada vez más me sentía estrechamente unido a ella debido a aquel deseo irrealizable, y conservaba la cabeza fría... completamente fría. Soportaba también sobre mis espaldas la soñolienta vigilancia de Jacobus, tranquilo y expresivo, a pesar de todo, como si también se hubiese establecido un pacto entre los dos. Soportaba también las insolencias de la vieja: «¿Es que nunca nos va a dejar tranquilas, buen hombre?», sus insultos y bromas siniestras. No había duda de que era una Jacobus, de los pies a la cabeza.

Cada vez que me separaba de la muchacha yo era el primero que comenzaba a insultarme con fiereza. ¿Pero qué disparate era todo aquello?, me preguntaba. A ratos me sentía como si fuera esclavo de una oscura costumbre y regresaba a ella con la cabeza clara y el corazón libre, sin sentir siquiera piedad por aquella náufraga (era tan náufraga que podría haber aparecido tranquilamente en cualquier isla desierta) y sin embargo cautivo de una especie de mágica promesa. No me podía imaginar nada más indigno que aquello. Sólo con recordar mis susurros cuando le puse la mano en el hombro y le ofrecí el plato de pollo era suficiente para acabar con toda esperanza.

En ciertas ocasiones, su actitud ensimismada y altiva bastaba para hacerme rechinar los dientes de rabia. Si abría la boca era sólo para mostrarse espantosamente grosera y dirigirse bruscamente a aquel amigo de su réprobo padre, mientras su anciana tía le hacía saber su aprobación con una risita. Cuando no era así, sus observaciones resultaban inanes, a pesar de estar enunciadas con un infinito desprecio.

¿Pero cómo habría podido comportarse de otra forma si aquella canalla solterona de estrecho vestido gris nunca le había enseñado modales? Puede que los modales no sean necesarios para los que ya nacen proscritos, y supongo que, amparándose en las normas sociales, ningún colegio habría querido admitir a una alumna como Alice. Y Jacobus no había sido capaz de mandarla a ningún otro sitio. ¿Cómo habría podido hacerlo? ¿Con quién? ¿A qué lugar? Ni él mismo tenía la suficiente propensión a la aventura como para trasladarse a otro sitio. Puede que su pasión lo hubiese arrastrado detrás de un circo y le hubiese hecho recorrer de un lado a otro un buen número de costas desconocidas, pero cuando la tormenta se calmó, había regresado sin avergonzarse al mismo puerto en el que, por muy marginado que estuviera, aún seguía siendo un Jacobus, una de las familias más antiguas de la isla, más antigua incluso que los franceses. Lo más probable es que algún Jacobus hubiese participado en la extinción del último dodo... La niña, por su parte, no había aprendido nada, nunca había asistido a la conversación entre varias personas, no sabía nada, nunca le habían contado nada. Como es lógico, sabía leer, pero la única lectura a la que tenía acceso eran los periódicos de la sala de capitanes. Jacobus tenía la costumbre de llevárselos a casa cuando ya estaban demasiado sucios o estropeados.

Como su inteligencia no le alcanzaba para comprender los temas que se trataban en ellos, con excepción de las crónicas policiales y los relatos de crímenes, se había acabado haciendo una idea de que la civilización era un teatro de secuestros, delitos, robos, asaltos con arma blanca y todo tipo de enloquecida

violencia. Inglaterra y Francia, París y Londres (las dos únicas ciudades de las que parecía tener noticia) eran en su imaginación lugares espantosos en los que rezumaba la sangre, lo contrario que en su pequeña isla, donde lo más común eran los pequeños robos, con algún que otro delito más destacable muy de vez en cuando, y sólo entre los trabajadores indios de las plantaciones de azúcar o entre los negros de la ciudad. En Europa, por el contrario, aquellas cosas sucedían constantemente en la población de hombres blancos entre los que, tal y como decía la vieja Jacobus, los vagabundos marineros, socios de su querido papá, eran lo peor de lo peor.

No había forma de que tuviera el más mínimo sentido de la proporción. Supongo que en su cabeza Inglaterra tenía el mismo tamaño que la Perla del Océano, pero con olor a sangre de lado a lado, y repleta de sucesivas filas de casas en ruinas por el asalto constante de los ladrones. No había manera de explicarle que aquellos horrores que ocupaban toda su imaginación se disolvían en una enorme masa de vida ordenada, como unas pocas gotas de sangre en el océano. Me miraba con perplejidad a través de sus ojos entornados y después desviaba su burlón y empolvado rostro sin decir nada. No se molestaba ni siquiera en encogerse de hombros.

Los lotes de periódicos que había llevado el último correo informaban en aquella época de una serie de crímenes que se habían producido en el East End en Londres, de un sonado secuestro en Francia y de varios asaltos a mano armada en Australia. Una de aquellas tardes, mientras cruzaba el comedor, escuché cómo la señorita Jacobus le decía a la muchacha con su venenoso tono habitual:

—No sé qué estará tramando exactamente tu querido padre con ese individuo, pero me parece exactamente el tipo de hombre capaz de llevarte al otro lado del mundo y allí cortarte el cuello para quedarse con todo tu dinero.

Las sillas de las dos estaban separadas en la galería y yo salí en ese momento y me senté entre las dos.

—Así es, eso es lo que hacemos con las jovencitas en Europa —empecé diciendo con mucha gravedad, y me volví hacia la señorita Jacobus con gélida animadversión—. A las ancianas desagradables primero las estrangulamos silenciosamente y luego las cortamos en pedacitos que vamos desperdigando por aquí y por allá. Se esfuman...

No estoy seguro de si la aterricé, pero sí creo que la intranquilité con la

imagen, sobre todo porque hasta aquel día siempre me había dirigido a ella con una inmerecida amabilidad. Aquellas gruesas manos que estaban tejiendo cayeron de pronto sobre las rodillas. No dijo ni una palabra más mientras yo estuve mirándola fijamente. A continuación, cuando aparté la mirada, dejó su labor a un lado sin hacer ruido y se fue de la galería. Se esfumó, ciertamente.

Pero la anciana no me preocupaba en absoluto, en realidad a quien miraba era a la muchacha. Ella era la razón de que fuera hasta allí cada día, temeroso, avergonzado y ansioso: siempre que estaba a su lado me invadía una sensación única en la que me recreaba con miedo, desprecio de mí mismo y al mismo tiempo un profundo placer, como si se tratara de un vicio secreto que prometía convertirse en mi perdición, como la adicción a una droga que acaba llevando a la ruina y degradando a quien la consume.

La contemplé lentamente empezando por su despeinada cabeza y fui bajando por la agradable línea de su hombro, seguí por la curva de su cadera el dibujo de su larga extremidad hasta el tobillo bajo uno de los volantes, sucio y roto hasta la punta de la rota chinela azul de tacón alto que estaba suspendida de la punta del pie y flotaba ligeramente como si la estuvieran sacudiendo a golpes rápidos y nerviosos por la impaciencia que le producía mi mirada. Y en medio del aroma de todas aquellas flores me dio la sensación de estar respirando su único e inexplicable encanto, el aroma particular de aquella cautiva permanentemente enfadada.

Observé su redonda barbilla, la barbilla de los Jacobus, aquellos labios rojos fruncidos siempre en una mueca de su rostro empolvado y oscuro, la delgada línea de la mejilla, los destellos blancos en los pelos de las cejas, sus ojos rasgados y entornados en los que parecía brillar un líquido negro e inmóvil con una mirada tan hueca de pensamiento que parecía estar contemplando su propia imagen reflejada en alguna especie de lejano espejo escondido entre los árboles.

Y de pronto, sin ni siquiera mirarme y como si no hubiese dejado de hablar sola, me preguntó con aquella voz áspera y sin embargo melodiosa:

— ¿Por qué continúa viniendo por aquí?

— ¿Que por qué continúo viniendo? —repetí para ganar tiempo después de la sorpresa. Ni siquiera me habría podido decir a mí mismo con sinceridad por qué lo hacía—. ¿De qué sirve que haga esa pregunta?

—De nada, la verdad, no sirve de nada —respondió con sorna hacia el aire vacío con la barbilla apoyada en la mano, una mano que jamás había tendido a ningún hombre, que nadie había estrechado nunca (yo era el único que le había estrechado el hombro en cierta ocasión). Una mano amplia, bonita, un poco masculina. A esas alturas ya conocía a la perfección (de base ancha y con dedos siempre en movimiento) aquella mano que no tenía nada que asir en este mundo. Yo mismo fingí estar jugando.

—No, continúe... ¿de verdad lo quiere saber?

Encogió con indolencia sus preciosos hombros y resbaló un poco sobre ellos la vieja y delgada bata.

—No hace falta, olvídelo.

Bajo la superficie de aquel aire dejado había algo realmente seductor. Alice pretendía despertarme con la provocación de su descuido, ofreciéndome algo esquivo para que yo deseara atraparlo.

—¿Por qué? ¿No le parece que yo debería decir la verdad? —pregunté abiertamente.

Me miró de lado y moviendo sus labios en un gesto de carnosos desagradó murmuró:

—No creo que se atreva.

—¿Le parece que le tengo miedo? En fin... Puede que el problema sea que ni yo mismo sepa muy bien a lo que vengo. Supongamos, como dice la señorita Jacobus, que no es para nada bueno. Usted parece creer palabra por palabra hasta el último disparate que dice, por mucho que discuta con ella.

—¿Y a quién podría creer? —exclamó furiosa.

—No lo sé —me vi obligado a reconocer al pensar en ella como una víctima de aquella sociedad que la condenaba al ostracismo—. Podría usted creer en mí, si quisiera.

Se movió ligeramente y al final me preguntó como si se tratara de un experimento:

— ¿En qué consisten exactamente los negocios que está haciendo con papá?

— ¿Es que no sabe a lo que se dedica su padre? Vamos, si es quien vende provisiones a los barcos.

Estaba acurrucada, pero me dio la sensación de que se ponía rígida de pronto.

— No hablo de eso, quiero decir que qué le trae a esta casa.

— ¿Supone que se trata de usted? ¿Y a eso lo llama «negocios»? ¿Lo llama así? Da igual, cambiemos de tema. Mi barco ya está preparado y zarpará pasado mañana.

Murmuró un «Qué pronto» y se puso en pie a toda prisa, fue hasta la mesilla y se puso un vaso de agua. Caminaba con pasos rápidos y nerviosos y moviendo con gentileza la parte superior de su cuerpo. Cuando pasó a mi lado, sentí como si se multiplicara el encanto de aquella sensación peculiar y promisoria que tanto me había hecho buscar su cercanía. Me invadió una súbita tristeza al pensar que todo aquello estaba a punto de acabar, que dentro de sólo un día ya no iba a poder estar en aquella galería, sentarme en aquella silla y sentir el perverso sabor del desprecio en aquellas posturas desmañadas, ni beberme la aprobación de sus miradas mordaces, ni escuchar las burlas de aquella voz áspera y melodiosa. Sentí un miedo espantoso a embarcarme, como si un veneno mortal me hubiese hecho efecto en lo más íntimo.

Me vi obligado a controlarme, como en esos episodios en los que uno debe tirar del freno para no dar un salto y ponerse a correr de un lado a otro, gritando, gesticulando y montando una escena. ¿Para qué? ¿De qué habría servido? No tenía ni idea. En aquel momento lo único que me interesaba era acabar cuanto antes mejor con aquella tensión tan violenta. Me recosté en la silla tratando de sonreír, ese tipo de sonrisa indulgente y despreciativa que utilizaba como escudo contra su violencia y los insultos de la anciana.

Ella se bebió el agua de un trago como si la hubiese invadido una sed alarmante y se dejó caer en la silla que tenía más cerca, como si hubiese sido totalmente vencida. Su forma de estar, al igual que algunas tonalidades de su voz, tenían cierto deje masculino: las rodillas separadas bajo la bata, las manos juntas colgando entre las piernas, el cuerpo inclinado hacia el frente, la cabeza caída. Observé su espeso moño trenzado; era de un tamaño considerable y le coronaba la

cabeza de una forma exuberante e indiferente. De pronto comprobé que la muchacha estaba temblando de los pies a la cabeza, como si el vaso de agua la hubiese congelado por dentro.

—¿Qué le sucede? —pregunté inquieto aunque intentando tranquilizarla.

Ella sacudió la cabeza sin levantarla y se puso a gritar con voz ahogada, pero cada vez más alto:

—¡Váyase! ¡Váyase! ¡Váyase!

Me levanté y me acerqué hasta donde se encontraba. Contemplé su cuello redondo y fuerte y luego me agaché para verle la cara. Yo mismo me puse a temblar un poco.

—¿A qué viene esa furia, señorita me-da-igual?

Se echó hacia atrás de un golpe brusco y su cabeza quedó por encima del respaldo de la silla. Ahora podía ver su garganta lisa, densa, palpitante. Tenía los ojos casi cerrados pero bajo los párpados se veía una especie de espantoso brillo blanco, como si estuviera muerta.

—¿Qué le sucede? —pregunté angustiado—. ¿Qué es lo que la atemoriza?

Consiguió recomponerse un poco y abrió los ojos asustados. La tarde tropical iba haciendo que las sombras se alargaran sobre la tierra caliente y exhausta, cubierta de oscuros deseos, de extravagantes esperanzas y miedos indescriptibles.

—¡No importa! ¡Da igual!

A continuación, y tras una especie de grito ahogado, se puso hablar a tal velocidad que apenas podía comprender sus increíbles palabras:

—Porque incluso si usted me quisiera encerrar en un lugar vacío y liso como la palma de una mano siempre me podría ahorcar con mi propio pelo.

Transcurrió un instante en el que seguí sin creer lo que acababa de oír, tratando de asimilar aquellas inconcebibles palabras. Hay ocasiones en que resulta en todo punto imposible adivinar los pensamientos que están pasando por la cabeza de nuestros congéneres. Descubrí qué monstruosas podían llegar a ser las

imágenes de violencia que había bajo la frente de aquella muchacha, a quien habían hecho creer que su padre era literalmente «capaz de cualquier cosa», alguien a quien debía temer y odiar. Era tan inconsciente de su propia vergüenza como del resto de las cosas de este mundo, pero su ignorancia provocaba que el miedo se manifestara de aquella forma casi infantil.

No hace falta explicar que desconocía el valor de las palabras. ¿Cómo podía ella saber algo de la muerte si apenas sabía nada de la vida? Aquellas palabras demostraban que la muchacha estaba fuera de sí y que era víctima de un terror desatado que, más que a la lástima, movía a un fascinado asombro. Era incapaz de imaginar los peligros que veía en su mente. Puede que una especie de secuestro. Aquello era lo más probable, sobre todo después de haber escuchado la conversación con aquella espantosa vieja. Seguramente pensaba que la iban a secuestrar, a atar de pies y manos, a amordazarla incluso. Ante aquella posibilidad me sentí de pronto como si hubiesen abierto frente a mí las puertas de un horno.

—¡Juro por mi honor que se acabará volviendo loca si sigue escuchando a esa horrible mujer!

Observé su gesto demacrado y tembloroso. Daba la sensación de que hasta se le habían hundido un poco las mejillas, pero no tenía ni idea de cómo podía tranquilizarla, yo, el compañero de aquel padre caído en desgracia, «lo peor de lo peor» de la Europa más canalla. Era ridículo.

—¡Por Dios santo! ¿Qué piensa que puedo hacer?

—No lo sé.

Le había empezado a temblar la barbilla. Yo la miraba con toda mi atención. Di un paso hacia la silla.

—No voy a hacerle nada, se lo juro. ¿Está mejor así? ¿Me entiende? No le haré nada de nada, nada malo de ningún tipo, y pasado mañana ya no estaré aquí.

¿Qué otra cosa le podría haber dicho? Ella parecía estar bebiéndose mis palabras con la misma ansiedad con la que se había bebido aquel vaso de agua. A continuación murmuró temblorosa y con el mismo conmovedor tono de voz que otras veces le había oído de sus labios:

—Yo le quisiera creer, pero ¿y papá?

—¡A su papá que lo ahorquen! —La brutalidad de mi exclamación me delató por completo—. Ya estoy harto de su papá. ¿O es que piensa que me asusta? Él no me puede obligar a hacer nada.

Ante su ignorancia todas aquellas cosas me sonaban poco enérgicas, pero hay que admitir que la sinceridad, como se suele decir, tiene también un poder irresistible. Produjo un efecto que superaba con creces mis esperanzas y cualquier imaginación. Lo más parecido a un milagro que me había sucedido fue contemplar la transformación que se produjo en la muchacha; aquella relajación tensa pero cada vez más evidente de su mirada, de sus músculos, de hasta la última parte de su cuerpo. Aquella mirada negra en la que tantas veces me había parecido vislumbrar un sentido trágico, una seducción oscura, ahora parecía estar totalmente vacía y despojada de toda conciencia. No parecía estar ni siquiera advirtiendo mi presencia, y su rostro había quedado sumergido por la ensoñación, con la expresión común de los Jacobus.

El hombre es un animal perverso, en lugar de alegrarme de mi triunfo no pude evitar mirarlo con cierta indignación y sorpresa. Me pareció que había cierto cinismo en aquel cambio tan brusco, algo de la desvergüenza de los Jacobus. Me sentí de pronto como si me hubiesen estafado en un trato complicado en el que me había metido yo solo, sin saber hasta qué punto me equivocaba. Sí, me habían engañado sin ningún respeto, al menos sin el menor respeto en cuanto a lo que tiene que ver con la decencia.

Se levantó de la butaca con un movimiento natural y felino, indolente y ágil, prestando de forma deliberada tan poca atención a mi presencia que me enfurecí hasta el punto de no moverme de donde estaba; me mantuve firme a unos centímetros de donde estaba ella. Ella adoptó con la tranquilidad y lentitud de quien se piensa sólo en una habitación la actitud de quien se despereza: estiró sus hermosos brazos con los puños cerrados, echó un poco la cabeza hacia atrás y se relajó en aquella sensación de alivio de todos aquellos días de posturas incómodas en los que había sentido tanta rabia y tanto miedo.

Y todos aquellos gestos en medio de una actitud de indiferencia total, increíble, humillante y desesperada en la que la ingratitud se sumaba a la traición.

Puede que hubiese tenido que sentirme halagado, pero en realidad ocurrió todo lo contrario: sentía que mi rabia era cada vez mayor, y todos aquellos movimientos suyos y su actitud cuando pasó junto a mi cuerpo con la misma indiferencia que si hubiese sido un poste de madera puso mi cólera en una

situación límite.

No diré aquí que sabía lo que estaba haciendo, pero está claro que no fue precisamente la reflexión lo que hizo que un segundo más tarde hubiese rodeado su cintura con mis brazos. En realidad fue casi un gesto automático, como cuando uno intenta recoger algo que se cae o que está a punto de escaparse, sin ternura. Ella no tuvo tiempo de decir una palabra y le di un beso en los labios cerrados con tanta desesperación que tuvo que parecerle un mordisco.

Ella no me lo impidió y, como es lógico, no me conformé sólo con uno. Ella permitió que continuara, pero no lo hizo como si me tratara como a un objeto — estaba cerca, a mi lado, joven deseable y llena de fuerza y de juventud—. Era en realidad como si no le importara demasiado, como si estuviese segura de estar a salvo pasara lo que pasara. En aquella pequeña tormenta de caricias, nuestros rostros estaban pegados el uno al otro. Aquellos ojos negros y enormes miraban a los míos sin que en ningún caso la muchacha pareciera enfadada o conmovida o halagada. Puede que en aquella mirada inmóvil, que parecía estar contemplando mi locura de una forma tan impersonal, hubiera cierto punto de sorpresa, pero no mucho más. Le cubrí el rostro de besos y nada parecía hacer creer que aquello no pudiese durar para siempre.

Me sobrevino ese pensamiento y ya casi había desistido cuando de pronto fue ella la que empezó a agitarse con una violencia que provocó su liberación al instante, algo que me desesperó todavía más y me hizo sentir el deseo de no permitir que se fuera nunca. La agarré entonces con más fuerza diciendo: «¡No, no, deje de hacer eso!», como si fuera mi mortal enemiga. Ella no dijo ni una palabra. Me puso las manos sobre el pecho y empujó con todas sus fuerzas, pero sin conseguir romper la integridad de aquel círculo mágico de mis brazos. Ahora parecía totalmente despierta, pero sus ojos seguían sin revelar ninguna emoción. Contemplar aquella mirada negra era lo más parecido a contemplar un pozo profundo, y lo cierto es que su cambio de táctica me pilló totalmente por sorpresa. En vez de intentar separarme con las manos se lanzó contra mi pecho y a continuación hizo un movimiento ondulante, parecido al de una serpiente, con el que se agachó y consiguió escapar de mis brazos. Todo sucedió a una gran velocidad: pude ver cómo recogía la cola de la bata y salía corriendo desmañadamente y como si cojeara hacia la puerta que quedaba al fondo de la galería. Desapareció. La puerta se cerró tras ella tan despacio que no pensé que hubiese quedado cerrada del todo. Por un instante tuve la sensación de estar viendo un ojo negro observándome a través de la puerta entornada. No sabía si amenazarla con el puño o mandarle un beso.

Y es que cualquiera de las dos cosas se habría correspondido bien con mis sentimientos. Miré hacia la puerta dudando un poco, pero al final opté por no hacer nada. Una especie de sexto sentido —puede que fuera también cierta sensación de culpa, esa sensación, ah, que suele llegar siempre tarde— me llevó a echar un vistazo a mi alrededor y me di cuenta de que aquel turbulento episodio podía terminar de una manera inquietante. Jacobus estaba en la puerta del comedor y no había manera de saber durante cuánto tiempo había estado allí. Cuando recordé la lucha con la muchacha tuve la sensación de que había sido un testigo mudo desde el principio hasta el final, aunque aquella suposición parecía increíble. Puede que la muchacha lo oyese llegar y se escapara justo a tiempo.

Jacobus entró en la galería como solía hacer con los ojos entornados y los labios pegados. De pronto me volvió a sorprender el inmenso parecido de la muchacha con aquel hombre. Los ojos egipcios y la frente baja de diosa estúpida eran la herencia del serrín de la pista de circo pero todo lo demás: la silueta y el modelado, la barbilla redonda y hasta los labios pertenecían a Jacobus: justo la parte más refinada, mejor acabada y más expresiva.

La enorme mano de Jacobus se apoyó en el respaldo de una silla ligera (por allí había varias) y la agarró con fuerza. Creí percibir la posibilidad —más que probable por otra parte— de que toda aquella historia fuese a acabar con una cabeza rota. Me sentí tremendamente humillado. El escándalo iba a ser tremendo, eso ya nadie lo podía evitar, pero no sabía qué actitud adoptar. Me puse en guardia para hacerle frente hiciera lo que hiciera, era lo único que podía hacer dadas las circunstancias. Me hacía cargo de que nunca podría estar a la altura del descaro de Jacobus.

Me dedicó una de sus melancólicas sonrisas sin abrir siquiera abrió los labios y se sentó. He de admitir que me sentí más tranquilo; la perspectiva de pasar de los besos a los puños no me resultaba particularmente atractiva. Puede que... puede que ni siquiera llegara a ver nada. Se comportaba como hacía normalmente, pero nunca me había encontrado solo en la galería. Si hubiese dicho algo, si me hubiese preguntado dónde se encontraba Alice o algo parecido lo habría podido juzgar por el tono, pero ni siquiera me dio la oportunidad. Lo más intrigante era que no me había mirado. «En ese caso lo sabe», me dije con seguridad, y sentí por él un desprecio que acrecentaba el asco que ya sentía por mí mismo.

—Hoy ha vuelto antes a casa —comenté.

—Está todo muy tranquilo, hoy había poco que hacer en el almacén —dijo

con aire triste.

—En fin... ya sabe que me marchó — dije pensando que aquello podía ser lo que más deseara oír.

—Sí —murmuró—, pasado mañana.

Eso no era lo que había tenido intención de decir, pero él no dejaba de mirar al suelo, y yo seguí con la mirada la dirección a la que apuntaban sus ojos. En medio del silencio de aquella casa, los dos nos quedamos mirando el zapato de tacón alto que la joven había perdido al huir. Los dos nos lo quedamos mirando fijamente. Había caído al revés.

Después de un rato que me pareció eterno Jacobus echó la silla un poco hacia delante, se agachó con el brazo extendido y lo recogió. En comparación con el tamaño de su mano parecía un objeto frágil. En realidad ni siquiera era un zapato, sino una especie de sandalia de cabritilla azul, gastada y raída. Se ataba con unas cintas pero la muchacha se las ponía metiendo el pie en ella de forma descuidada. Jacobus alzó la mirada de la zapatilla y me miró.

—Por favor, capitán, siéntese — dijo con su tono de siempre.

La visión de aquel zapato había activado en mí de nuevo el hechizo, y aquello me hizo desistir al instante de la idea de marcharme a casa. Me habría resultado imposible. Me senté con la mirada fija en aquel objeto fascinante. Jacobus iba dándole vueltas al zapato de su hija de forma distraída con aquellas manos enormes, como si estuviera estudiando los materiales de los que estaba fabricado. Durante un rato estuvo observando la fina suela, y luego el interior, con aire distraído.

—Me alegro de haberle encontrado aquí, capitán.

Asentí con una especie de gruñido mirándolo de soslayo, y añadí a continuación:

—Dentro de poco ya no estaré por aquí.

Seguía con la mirada fija en el interior de aquel zapato en el que también estaba fija mi mirada.

—¿Ha pensado en el tema de las patatas que le comenté el otro día?

—No, la verdad es que no —contesté bruscamente, y cuando intenté levantarme, frenó mi intento con un gesto austero y autoritario de la mano en la que sostenía el zapato. Seguía sentado. Lo miré—: Ya sabe que yo no me dedico al comercio.

—Pues debería hacerlo, capitán, debería.

Durante un instante traté de reflexionar. Si me iba de la casa en aquel momento casi con toda seguridad nunca volvería a ver a la muchacha y sentía que necesitaba volver a verla, aunque sólo fuera una vez. Se trataba de una necesidad con la que no podía dialogar y que no podía pasar por alto. No, no me quería ir de allí. Quería quedarme y volver a sentir una vez más aquella sensación inquietante, aquel deseo sin límites al que me había acostumbrado tanto que ahora temía —¡yo precisamente!— el momento de embarcarme.

—Señor Jacobus —dije lentamente—, considerando toda la situación en su conjunto... y me refiero a su conjunto completo, ¿entiende a lo que me refiero?... ¿aun así le parece a usted que es buena idea que usted y yo hagamos negocios juntos?

Esperé un poco. Continuaba mirando el zapato y ahora lo sujetaba por la mitad: tenía la punta gastada y el tacón asomaba a los lados de aquel puño macizo.

—Todo saldrá bien —dijo mirándome por primera vez a la cara.

—¿Está usted seguro?

—Lo encontrará a su gusto, capitán. —Decía todas aquellas frases con su habitual tono tranquilo, aguantando un poco el aliento y soportando mi dura e inquisitiva mirada con su expresión adormilada de siempre y sin pestañear.

—En ese caso, hagamos negocios —respondí—. Ya veo que es lo único que le interesa.

No tenía intención de que se produjera un escándalo y en ese momento no pude evitar pensar que la buena reputación puede llegar a salir en ocasiones demasiado cara. La sensación de rechazo y desprecio nos abarcaba a todos: a Jacobus, a mí, a toda la isla, todos parecíamos cómplices de una innoble transacción. Hasta aquella imagen que recordaba de la Perla del Océano a millas de distancia de la costa, todo aquel brillo azul y diáfano, aquella maravilla sin sustancia de pronto se convirtió también en algo espantoso. ¿Era ésa la fortuna que

me había acabado deparando al final aquella apariencia de niebla y vaporosos sueños? ¿Ésa era la suerte que me había tocado al fin?

—Yo creo —dijo Jacobus tras lo que me pareció el silencio de un horrendo cálculo— que le vendría bien llevarse unas treinta toneladas. En eso consistiría el lote, capitán.

—¿En eso consistiría el lote? Puede que me venga bien, lo que no creo es que disponga de suficiente dinero como para pagarlo.

Nunca en mi vida lo había visto tan entusiasta.

—¡Vaya! —exclamó con un tono que me pareció que contenía una abierta amenaza—. Eso es una verdadera lástima. —Hizo una nueva pausa y a continuación dijo implacable—: ¿Y de cuánto dinero dispone, capitán?

En ese momento me tocó a mí mirarlo de frente, cosa que hice al tiempo que le decía la cantidad de la que podía disponer. Sentí claramente su decepción. Se quedó unos instantes reflexionando sobre el asunto con su mirada hundida en la mía antes de hacerme otra avariciosa sugerencia:

—Podría obtener más de sus fletadores. No le resultaría muy difícil, capitán.

—No, no puedo —respondí cortante—, ya he cobrado mi sueldo y las cuentas están cerradas —continué cada vez más furioso—. Y le diré también que aunque pudiera hacerlo, no lo haría —me lancé al vacío por fin—. Es usted demasiado Jacobus para mí, señor Jacobus.

Lo dije en un tono más que insultante, pero él permaneció tranquilo, puede que sólo un poco desconcertado, hasta que de nuevo se le ocurrió otra idea, pero la luz de sus ojos se apagó al instante. Era un Jacobus en su tierra, un proscrito además, por eso poco podía importarle lo que dijera un capitán de barco. Como proveedor de navíos podía soportar lo que fuera. Murmuró algo de lo que sólo conseguí entrever la palabra «correcto», aunque nada parecía estar más lejos de aquella situación desde mi punto de vista. Recordé —aunque en realidad no lo había olvidado en ningún momento— que tenía que ver a la muchacha. No quería irme. Quería seguir en aquella casa hasta verla una vez más.

—Escuche —dije al fin—, esto es lo que haré. Cargaré todas las malditas patatas que sea capaz de comprar con mi dinero sólo si usted va al muelle de inmediato para ver cómo las cargan y las envían al barco. Llévase la factura y el

recibo firmado, aquí tiene la llave de mi escritorio para que se la dé a Burns. Él le pagará.

Antes de que hubiese terminado de hablar ya se había levantado de su silla, pero no cogió la llave. Burns se negaría a pagarle. Ni siquiera se lo pensaba pedir.

—De acuerdo, en ese caso —dije despreciándolo con la mirada—, no tenemos nada más que hablar, señor Jacobus, aun así tendrá que esperarme a bordo para que arregle mis cuentas con usted.

—De acuerdo, capitán, ahora mismo voy.

Parecía no saber qué hacer con el zapato que aún tenía en la mano. Me miró desanimado por última vez y luego lo dejó sobre la silla de la que se acababa de levantar.

—¿Y usted? ¿No quiere venir a ver...?

—No se preocupe por mí, sé cuidar de mí mismo.

Pareció sorprendido durante unos segundos y se quedó inmóvil como si intentara entender, pero a continuación murmuró un grave «Por supuesto, capitán, por supuesto», que parecía ser el resultado de algún pensamiento repentino. Vi cómo se hinchaba y deshinchaba su pecho. ¿Un suspiro? No miró hacia atrás cuando salió a toda prisa para hacerse cargo de sus patatas.

Esperé a que se apagara en el comedor el sonido de sus pasos y luego esperé todavía otro poco más. Me volví a continuación hacia la puerta que quedaba más lejos y exclamé hacia la galería:

—¡Alice!

No me contestó nadie y ni siquiera sentí que alguien se moviera al otro lado de la puerta. La casa parecía haber quedado vacía de Jacobus. No llamé más y me invadió un tremendo desaliento. Me sentía moralmente asqueado y abatido. Me di la vuelta hacia el jardín con los codos apoyados en la balaustrada y la cabeza entre las manos.

A mi alrededor empezó a caer la noche. Las sombras se fueron alargando y se volvían cada vez más densas, mezclándose en una charca crepuscular en la que los parterres brillaban como brasas de colores y llegaban nubes de intenso

perfume, como si en aquel hemisferio el anochecer se pudiera comparar con la penumbra de un templo y un jardín, un incensario gigante mecido frente al altar de las estrellas. Los colores de las flores iban oscureciéndose a medida que perdían brillo.

Oí un pequeño ruido, volví la cabeza y la muchacha me pareció más alta y delgada cuando se aproximó cojeando y balanceándose con una especie de movimiento flotante, hasta que se hundió de nuevo en aquella butaca baja y profunda. No sé por qué razón yo tenía la sensación de que todo ocurría ya demasiado tarde, que debería haber acudido a mi llamada. Ella tendría que... La sensación que me invadía era la de haber perdido una oportunidad única.

Me levanté y me senté en la silla que estaba junto a la suya, casi frente a ella. Aquella voz permanentemente quejumbrosa volvió a dirigirse a mí con desprecio.

—Aún está usted aquí.

Bajé la voz.

—Por fin ha venido.

—He venido a recoger mi zapato antes de que traigan las luces —dijo con un tono áspero y sensual, contenido, pero frágil, aunque su grave temblor ya no me conmovía. Lo único que alcanzaba a ver era el óvalo de su rostro, la garganta descubierta y el brillo blanco e inmóvil de sus ojos. No hay duda de que era misteriosa. Tenía las manos apoyadas sobre los brazos de la butaca, pero ¿dónde había quedado la sensación provocadora que era el aroma de su juventud en flor?

—Aquí tiene su zapato —dije con calma, y, como no respondió nada, continué—: Deme su pie y se lo pondré yo mismo.

No se movió. Me agaché y busqué a tientas el pie que se veía bajo los volantes de la bata. Ella no se apartó y pude ponerle el zapato y abrocharle las cintas. Parecía un pie inanimado. Lo dejé en el suelo con mucho cuidado.

—Si se atara la cinta no perdería el zapato, señorita me-da-igual —dije tratando de hacer una broma, aunque sin mucha convicción. En mi interior me sentía como si estuviera lamentándome por la ilusión perdida de un vago deseo, por la repentina seguridad de que ya no volvería a sentir nunca más a su lado aquella extraña sensación entre agradable y maligna que había estado experimentando todos aquellos días, y que le daba a la muchacha aquel aire frágil

y promisorio, herido y desafiante. Todo había acabado ya—. El zapato lo ha recogido su padre —terminé, pensando que muy bien podría no haberse enterado.

—A papá no le tengo miedo... cuando está solo —dijo como si bromeara.

—Ya veo, en ese caso sólo le tiene miedo cuando se encuentra con sus dudosos socios, los desconocidos, la «hez de Europa», como suele llamarnos su encantadora tía o tía abuela a los hombres como yo...

—Usted no me da miedo —continuó.

—Seguramente porque no sabe usted que ahora tengo negocios con su padre. Ya ve, al final estoy haciendo exactamente lo que él quería que hiciera. Y además he faltado a la promesa que le hice a usted; ése es el tipo de hombre en el que me he convertido. Y ahora... ¿seguro que sigue sin tener miedo? Si cree lo que dice esa anciana tan venerable debería usted tener miedo.

Ella respondió con voz tranquila y articulada con extremo cuidado:

—No, no tengo miedo —dudó—, ahora no...

—Me parece muy bien, no hay ninguna necesidad de que lo tenga porque no volveré a verla antes de embarcarme —me puse en pie y me quedé un segundo inmóvil junto a su butaca—, pero seguro, me acordaré de usted en este viejo jardín, paseando bajo esos árboles y entre estos hermosos parterres. Supongo que amará usted este jardín.

—Yo no amo nada.

En su tono se filtró entonces el débil eco de aquella nota rencorosa que tan molesta me había resultado en otras ocasiones, pero en mí apenas despertó más que la cansada seguridad de la vacuidad de todas las cosas de este mundo.

—Adiós, Alice —dije.

No contestó, ni siquiera se movió. En ese momento me parecía imposible —me habría resultado casi incorrecto— limitarme a cogerle la mano, estrechársela y marcharme de allí. Me incliné con calma y apoyé los labios en su suave frente. Sentí en ese instante, con claridad y miedo, mi desapego total de aquella criatura. Mientras le daba vueltas a aquella cruel seguridad, sentí el tacto leve de los brazos de Alice alrededor de mi cuello y un beso torpe y rápido que no consiguió acertar

en mis labios. ¡No! Puede que Alice ya no tuviera miedo, pero a mí ya nada conseguía conmoverme. Los brazos se desprendieron silenciosamente de mi cuello, la butaca de mimbre crujió un poco y sólo mi sentido de la dignidad hizo que no saliera huyendo ante aquella catastrófica revelación.

Crucé el comedor sin prisa. Pensaba: «Ahora está escuchando mis pasos, no lo puede evitar, luego oírás cómo abro y cierro la puerta». La cerré con tanto cuidado a mis espaldas como el ladrón que huye con el tesoro. Durante aquella salida de puntillas, sentí el último momento de emoción en aquella casa cuando pensé en la joven a la que acababa de dejar allí sentada en la oscuridad, con su espesa melena negra y aquellos ojos negros, tan vacíos como la misma noche, contemplando su jardín cercado, silencioso, cálido, repleto del perfume de las flores prisioneras que, al igual que ella misma, también permanecían ocultas a la mirada de todos, enterradas en aquel mundo de oscuridad.

De camino hacia el puerto las callejuelas permanecían silenciosas y mal iluminadas. Sentí la seguridad en el fondo de mi alma de que cuanto más riesgos toma uno en la vida, mejor entiende que en ella todo es vulgar, limitado y vacío; cuando nos adentramos en lo desconocido de nuestras propias sensaciones, descubrimos rápidamente lo mediocres que son nuestros intentos, y lo pronto que son derrotados. El barquero de Jacobus me estaba esperando en la escalera con un extraño aire de buena disposición. Me llevó hasta el barco, pero no se despidió con su acostumbrado «Buenas noches, señor». En lugar de echarse a un lado, se quedó junto a la escalera.

Mi mente estaba aún a millones de kilómetros de cualquier tema comercial cuando de pronto, el señor Burns se lanzó sobre mí en medio del alcázar en penumbra, tartamudeando con nerviosismo. Llevaba ya horas recorriendo la cubierta como un loco, esperando a que regresara. Antes de la puesta de sol, había abordado el barco una barcaza cargada de patatas; sobre los sacos iba sentado nuestro enorme proveedor. Todavía estaba allí, sentado e inmóvil, en mi camarote. ¿Le podía decir a qué venía todo aquello? ¿Qué significaba? Seguro que no era verdad que...

—Sí lo es, Burns, lo he hecho —le corté. Ya empezaba a llevarse las manos a la cabeza en señal de desesperación, cuando le di la llave de mi escritorio y le ordené, de un modo que no admitía réplica, que bajara al instante, pagara la factura a Jacobus y lo hiciera salir del barco—. No quiero verlo —confesé abiertamente, mientras subía por la escalerilla de popa. Me sentía tremendamente cansado. Me dejé caer en la butaca que había junto a la lumbrera y me sumí en la

contemplación de las luces del muelle y de la masa negra que formaba la montaña en la zona sur del puerto. No escuché cómo salía Jacobus del barco con hasta el último de mis soberanos en el bolsillo. No escuché nada, hasta que llegó Burns, incapaz de aguantar un minuto más antes de atacarme con sus lamentos y sus reproches por la debilidad de mi carácter.

—Claro que hay sitio en la escotilla de popa, pero lo más probable es que se pudran allí. ¡Señor! En mi vida había visto tantas juntas... ¡Diecisiete toneladas! Me imagino que lo primero que tendré que hacer a primera hora de la mañana será subirlas.

—Supongo que sí, a no ser que las quiera echar por la borda, aunque lo más probable es que ni siquiera pueda. A mí ni me importaría, pero ya sabe que está prohibido tirar basura en el puerto.

—Señor, eso es lo más sensato que ha dicho desde hace mucho: basura. Porque mucho me temo que no es otra cosa. Prácticamente ochenta soberanos perdidos: le ha limpiado completamente la caja, señor. ¡No lo entiendo!

Me resultaba en todo punto imposible explicarle la naturaleza de aquel intercambio comercial, de modo que le dejé allí a solas con sus lamentos y con la seguridad de que yo era un tonto sin remedio. Al día siguiente ni siquiera bajé a tierra. Para empezar no tenía dinero ni para comprarme un cigarrillo, Jacobus me había dejado completamente sin blanca, aunque aquella no era la única razón. En apenas unas pocas horas la Perla del Océano se había convertido en algo realmente odioso. Yo no quería ver a nadie y mi reputación estaba en entredicho. Era perfectamente consciente de que estaba siendo objeto de comentarios hirientes y sarcásticos.

A la mañana siguiente, al amanecer, cuando terminamos de soltar la amarra y el remolcador nos sacó lentamente entre las boyas, pude ver a Jacobus de pie en su bote. El negro remaba con todas sus fuerzas mientras él llevaba a los pies varias cestas con provisiones para los barcos que estaban anclados en las bancadas. El padre de Alice ya había empezado su ronda matinal. Tenía un gesto tranquilo y amistoso. Alzó la mano y gritó algo con tono cordial. Lo único que alcancé a oír, a adivinar más bien, fueron las palabras «en la próxima ocasión» y «totalmente a su gusto». De las últimas palabras sí que estaba totalmente seguro. Me limité a responder levantando el brazo y le di la espalda. No me gustaba la familiaridad del saludo. ¿Es que no había quedado zanjado el tema con el trato de las patatas?

Ya que se trata aquí de un relato portuario no me extenderé con las travesías, pero me alegró verme de nuevo en el mar, aunque no con tanta alegría como en otras ocasiones. En otras ocasiones no había tenido que cargar conmigo mis recuerdos. Tenía el bendito olvido de los marinos, ese olvido congénito e indestructible tan parecido a la inocencia y que hace casi imposible examinar los propios sentimientos. En ese momento, sin embargo, me acordaba de la joven. Los primeros días los pasé subsumido en una constante interrogación sobre los hechos y sensaciones relacionados con ella y con mi comportamiento.

Hay que añadir también que la insufrible actividad de Burns con las patatas no hacía precisamente que me olvidara fácilmente del papel que había representado. Para Burns todo aquello no era más que una transacción comercial realmente incomprensible, y su devoción —si es que en vez de devoción no habría que llamarlo directamente ganas de dar la lata, como casi acabé creyendo al final— lo llevaba a procurar que las pérdidas fueran las menores posibles. ¡Ya lo creo! Tenía una manera de ocuparse de aquellas patatas que casi rozaba la venganza, como suele decirse.

En la escotilla de popa había siempre una polea y la guardia que estaba en cubierta se entretenía subiéndola, esparciendo y clasificando las patatas para luego volver a meterlas en sacos y bajarlas de nuevo abajo. La carga (y, por tanto, todas las asociaciones mentales y visuales que le eran naturales —el jardín con todo el aroma de sus flores, la joven con su tenaz desprecio y su trágica soledad de naufrago irremediable—), estuvo constantemente ante mi vista a lo largo de muchas millas de viaje. Y como si se tratara de un refinamiento sádico, el olor que emanaba de ellas era pestilente. Me seguían hasta la popa nubes tóxicas de patatas podridas que se mezclaban con mis pensamientos, mi comida y acababan enredando hasta mis sueños. Todo el barco estaba bajo los efectos de una atmósfera de corrupción.

Yo no paraba de regañar a Burns por su excesivo celo; habría preferido cerrar las escotillas y dejar que se pudrieran bajo la cubierta.

Habría sido arriesgado, sin duda, porque las emanaciones habrían acabado impregnando el azúcar. Eran tan intensas que daba la sensación de que habrían sido capaces de corromper hasta la misma maquinaria. Burns, por otra parte, había acabado convirtiendo todo aquel asunto en algo personal. Me juró que sabía cómo organizar un cargamento de patatas en el mar porque de niño se había dedicado al comercio. Estaba convencido de que podía reducir el número de las pérdidas al mínimo. Aquel celo —no podía ser otra cosa—, mezclado con aquella vanidad,

hacía que para mí fuera imposible decirle sin más que tirara por la borda mi aventura comercial. Supongo que habría sido capaz de negarse en redondo a obedecer una orden directa y se habría generado una situación cómica a bordo a la que no habría sabido cómo hacer frente.

Agradecí que llegara el mal tiempo como nunca lo ha hecho marino alguno. Cuando finalmente me puse al paio para que subiera el práctico frente a Puerto Philip Heads, hacía ya más de una semana que no abríamos la escotilla de popa, y yo casi había llegado a olvidar que en alguna ocasión tuviéramos a bordo algo parecido a una patata.

Hacía un día espantoso y con fuertes ráfagas de viento y lluvia. El práctico era un hombre bienhumorado, se ocupaba del barco y me daba conversación empapado de pies a cabeza. Cuanto más mojado estaba, más contento parecía consigo mismo y con lo que había a su alrededor. Se frotaba las manos muy satisfecho, un gesto que a mí, que llevaba soportando aquel tiempo varios días, me parecía incomprensible.

—Cualquiera podría pensar que lo que le gusta a usted es mojarse — comenté.

Tenía un pequeño terreno junto a su casa, en las afueras, y estaba pensando en su jardín. Bastó el sonido de la palabra «jardín» para despertar en mi imaginación tras tantos días sin escucharla todo un mundo de fantásticos colores, perfumes y una belleza juvenil sentada en una butaca. Sí. Aquella emoción tan evidente rompía de nuevo la relativa calma que había conseguido con las inquietudes propias de mi responsabilidad en aquella semana de mal tiempo. En la colonia, me dijo el práctico, había habido una sequía tremenda. Aquélla era la primera lluvia digna de ser llamada así que caía en siete meses. Todas las cosechas se habían agostado hasta la raíz. Sin cambiar el tono en absoluto, pero con evidente interés, me preguntó si no teníamos a bordo algunas patatas de sobra.

¡Patatas! Y yo que había conseguido olvidarme de ellas... Fue como si me sintiera de nuevo sumergido hasta el cuello en su corrupción. Burns me miró con gesto de asombro por detrás del práctico.

Al final se llevó una tonelada y pagó diez libras por ella, justo el doble del trato al que yo había llegado con Jacobus. En ese momento se despertó en mí la codicia. Aquella misma noche, cuando ya nos encontrábamos en el puerto, se acercó a nosotros una barca de la aduana. Mientras los trabajadores iban poniendo

los sellos correspondientes en las bodegas, el oficial al mando me llevó a un lado y me preguntó:

—Capitán, ¿no tendrá por casualidad algunas patatas para vender?

No había duda de que en tierra la gente tenía mucha hambre de patatas. Le vendí una tonelada por doce libras y se fue encantado. Aquella misma noche soñé con una montaña de oro que tenía forma de tumba y dentro de la cual estaba enterrada la muchacha, y cuando desperté, me vi totalmente insensibilizado por la avaricia. Cuando llegué a la oficina de nuestro agente marítimo, se subió las gafas a la frente cuando terminamos con las transacciones cotidianas y me preguntó:

—Capitán, estaba pensando que, ya que viene usted de la Perla del Océano, quizá tiene algunas patatas para vender.

—Desde luego —respondí—, podría reservarle a usted una tonelada por quince libras.

—¡Ya veo! —exclamó al instante, pero se quedó mirando fijamente mi rostro durante unos instantes y finalmente, al igual que los otros, aceptó las condiciones. Al parecer, aquella gente era incapaz de vivir sin patatas. Yo sí, no quería volver a ver una patata en toda mi vida, pero el diablo de la avaricia se había apoderado totalmente de mí. Desconozco la forma en la que se difundió la noticia, pero, cuando llegué a bordo poco más tarde, me encontré en el combés con un grupo de hombres con pinta de vendedores callejeros y a Burns paseando de un lado al otro del alcázar, mirándolos con altivez. Todos habían acudido a comprar patatas.

—Toda esta gente lleva horas esperando bajo el sol —me dijo Burns muy excitado—. Se han bebido toda el agua del barril de cubierta. Aproveche la ocasión, señor, usted siempre es demasiado bondadoso.

Elegí a un hombre de piernas gruesas y a otro un poco bizco para que se encargaran de negociar, por la sola razón de que era más sencillo distinguirlos de los demás.

—¿Traen dinero? —les pregunté antes de que bajaran al camarote.

—Sí, señor —respondieron dando una palmada en el bolsillo. Me complació aquel gesto decidido. Todavía faltaba mucho para que terminara el día y ya había vendido todas las patatas a un precio que casi triplicaba el que había pagado por ellas. Burns estaba excitadísimo y exultante y no paraba de felicitarse por el

enorme cuidado que había tenido para que la empresa tuviera éxito, aunque tampoco ocultó que tendría que haberle sacado más aún.

No conseguí dormir demasiado bien aquella noche. Jacobus me venía constantemente a la cabeza en medio de imágenes de naufragos que morían de hambre en islas cubiertas de flores. Un sueño tremendamente desagradable. A la mañana siguiente, cansado y un poco débil, me levanté y redacté una copiosa carta a los propietarios del barco, proponiéndoles una ruta para los dos años siguientes por Oriente y los mares de China. Le dediqué todo el día a aquella tarea y cuando terminé me sentí mucho más tranquilo.

La respuesta llegó a su hora. Les sorprendió mucho el proyecto que les presentaba y me decían que, a pesar de la pequeña dificultad con los sacos (que confiaban que iba a saber resolver con más previsión en el futuro), el viaje había producido sus beneficios y, que, en su opinión, era mejor continuar, al menos durante un tiempo, con el negocio del azúcar.

Di la vuelta a la página y seguí leyendo:

«Hemos recibido también una carta de nuestro querido amigo, el señor Jacobus. Nos alegra que se haya entendido bien con él. En su carta nos comenta que, aparte de la ayuda que ya le prestó en el lamentable episodio de los sacos, podría, si vuelve usted a principio de la temporada, ofrecerle un flete a buen precio. No tenemos duda de que se inclinará por esta oferta... etcétera, etcétera».

Dejé caer aquella carta y me quedé inmóvil durante un buen rato. A continuación escribí una (breve) respuesta para mandarla por correo, pero me descubrí pasando por delante de un buzón, y luego de otro más, y finalmente subiendo por Collins Street con la carta aún en el bolsillo, sobre mi corazón. Collins Street, y más aún a las cuatro de la tarde, no se puede decir que sea el lugar más solitario del mundo, pero jamás me había sentido tan alejado del resto de la humanidad como aquella tarde, paseando por sus aceras repletas de gente en constante lucha con mis pensamientos, en un punto en que mis sentimientos ya habían sido vencidos.

En cierto punto, aquella olímpica tenacidad de Jacobus, un hombre con una sola pasión y poseído por una sola idea, me pareció realmente heroica. No se había rendido conmigo, había vuelto a acudir a su odioso hermano y se había convertido en odioso hasta para mí. ¿Hacía todo aquello para sí o para la pobre muchacha? Aquel último pensamiento, superpuesto al recuerdo del torpe beso que no llegó a

alcanzar mis labios, me consternaba porque, dejando al margen todo lo que Jacobus hubiera visto, imaginado o supuesto, estaba seguro de que no había tenido noticia de aquel beso, a no ser que ella se lo hubiera contado. ¿Cómo habría podido regresar a soplar sobre aquella chispa con mi frío aliento? No, no, tenía que pagar el precio completo por aquel beso inesperado.

Me detuve frente al primer buzón que encontré, saqué la carta que llevaba en el bolsillo del pecho —el gesto fue parecido al de arrancarse el corazón— y la eché en él. A continuación regresé al barco sin perder tiempo.

Tenía curiosidad por saber con qué iba a soñar aquella noche, pero al final no soñé con nada en particular. Cuando llegó la hora de desayunar le notifiqué a Burns que acababa de renunciar a mi puesto.

Dejó caer el cuchillo y el tenedor y me miró indignado.

—¿Por qué ha hecho eso, señor? Usted quería a este barco.

—Es cierto que lo quiero, Burns —respondí—, pero lo cierto es que tanto el océano Índico como todo lo que hay en él han perdido su encanto para mí. Regreso a casa como pasajero por el canal de Suez.

—Y todo lo que hay en él... —repitió con disgusto—. Nunca había escuchado a nadie decir nada parecido. Creo además que en ningún otro momento desde que nos conocemos usted lo habría dicho. ¿Qué tiene un océano que no tenga otro? ¡Encanto, por supuesto!

Supongo que sentía por mí verdadero afecto, pero cuando le dije que le había recomendado para que se convirtiera en mi sucesor se puso mucho más contento.

—No importa lo que diga la gente —añadió—, a mí me parece que ese Jacobus le ha hecho un gran favor. Hay que reconocer que el negocio de las patatas ha sido más que rentable, claro que sí...

—Así es, Burns —lo interrumpí—, ha sido un guiño de la fortuna.

No le conté que lo que me expulsaba de aquel barco era lo mismo que había comenzado a querer, y, mientras yo seguía allí sentado, anegado en la melancolía de la despedida y anticipando un modesto futuro lleno de complicaciones — porque aquel puesto de mando era como un pie en el estribo para alguien joven—,

Burns abandonó definitivamente su crítica actitud:

—¡Qué afortunado es usted! —dijo.

EL PRÍNCIPE ROMÁN

—Unos sucesos que ocurrieron hace setenta años tal vez puedan parecer demasiado remotos como para mencionarlos en una simple conversación. No hay duda de que para nosotros el año 1831 es una fecha histórica, uno de esos años letales en los que, una vez más, nos vimos obligados a decir *Vae victis*^[44] ante la pasiva indignación y la evidente simpatía del resto del mundo, y, calcular el precio en unidades de dolor. Nunca se nos dieron bien los cálculos, ni en la prosperidad ni en la adversidad, es una lección que aún tenemos pendiente para enfado de nuestros enemigos, que nos han puesto el apodo de «incorregibles»...

El hombre que acababa de hablar era de nacionalidad polaca, una nacionalidad que, más que vivir, sobrevive e insiste en pensar, respirar, hablar, desear y sufrir recluida en una tumba junto a un millón de bayonetas, cercada a tres bandas por los tres grandes imperios.

La conversación giraba en torno a la aristocracia. ¿Cómo había surgido un tema tan desacreditado para la época? Sucedió hace algunos años y la precisión de la escena se ha desvanecido, pero recuerdo que el tema ya casi había dejado de considerarse un ingrediente en las reuniones sociales. Para ser sincero, creo que habíamos llegado a él tras intercambiar algunas ideas sobre el patriotismo, un sentimiento que nuestro delicado perfil humanitario consideraba una reliquia de la barbarie. Aunque tampoco se puede decir que ese gran pintor florentino que al morir cerró los ojos pensando en su ciudad, ni San Francisco, que con su último aliento bendijo a la ciudad de Asís, fueran bárbaros. Hace falta cierta grandeza de espíritu para entender el patriotismo como corresponde, o al menos cierta honestidad de sentimientos, una noción imposible para un pensamiento moderno incapaz de comprender la gloriosa simplicidad de una emoción que nace en la naturaleza pura de las cosas y de los hombres.

La aristocracia de la que hablábamos era una de la más importantes. Se trataba de una de las principales familias de Europa, de las que no se habían empobrecido, convertido ni liberalizado, la clase social más inconfundible y especial de todas las clases sociales, para la que la ambición ni siquiera era un incentivo cotidiano ni un regulador de la conducta.

Como habían perdido su indiscutible derecho al liderazgo, suponíamos que sus enormes riquezas, su cosmopolitismo (fruto de amplias alianzas) y su elevada posición social (en la que había tanto que perder y tan poco que ganar) los había puesto en una difícil posición durante las épocas de conmoción política y agitación nacional. Al no nacer con el derecho a gobernar —la esencia pura de la aristocracia— se hacía difícil para ellos dedicarse a otra cosa que no fuera mantenerse al margen de los grandes movimientos de las decisiones populares.

Habíamos llegado a esa conclusión cuando el hombre hizo aquel comentario sobre los sucesos remotos y mencionó el año 1831. Luego prosiguió:

—No quiero tampoco dar a entender que conocí al príncipe Román en aquella época. Empiezo a sentirme como un viejo, pero no soy tan viejo. De hecho el príncipe Román se casó el mismo año que nació mi padre, en 1828. En esa época el siglo XIX todavía era muy joven y el príncipe lo era incluso más, aunque no sé exactamente por cuánto. No importa, el tema es que fue un boda precoz. La unión era perfecta se la mirara por donde se la mirara. La chica era joven y hermosa, una huérfana heredera con un ilustre apellido y gran fortuna. El príncipe era todavía un oficial de la guardia que se distinguía de sus compañeros por su carácter un poco reservado, reflexivo. Se había enamorado enseguida de su belleza, su encanto y de la sensatez de sus pensamientos y su corazón. Era un hombre más bien callado, pero su mirada, su actitud, y toda su persona manifestaban una completa devoción por la mujer que había elegido, una devoción que ella correspondía a su manera, franca y fascinante.

Parecía que la llama de aquella pasión pura y juvenil iba a arder para siempre y durante una temporada logró iluminar la atmósfera desabrida y cínica del importante mundillo de San Petersburgo. El propio emperador Nicolás, abuelo del zar actual que murió en la Guerra de Crimea —tal vez el último autócrata convencido del carácter Divino de su misión—, mostró interés en aquella pareja de recién casados. Se sabe que Nicolás estaba muy atento a todo lo que hacía la aristocracia polaca. Los jóvenes, que llevaban una vida acorde a su estatus, vivían sólo para sí mismos pero la sociedad, fascinada por la honestidad de aquel sentimiento que se desenvolvía sereno entre los artificios de su nerviosismo, los miraba con una indulgencia bondadosa, casi con una ternura divertida.

La boda fue el evento social más importante de 1828 en la capital y apenas cuarenta años más tarde yo me encontraba en la casa de campo del hermano de mi madre en la región sur de nuestro país.

Era pleno invierno. El gran prado tenía el aspecto de un campo de nieve alpino; una planicie blanca y mullida que brillaba bajo el sol como si la hubieran rociado con polvo de diamantes e inclinada sutilmente hacia un lago. El sol frío y radiante se desplazaba sobre el horizonte sinuoso de los enormes pliegues de nieve tras los que quedaban ocultas las aldeas de los campesinos ucranianos, igual que quedan ocultos los barcos en las hondonadas de un mar embravecido. Todo estaba completamente inmóvil.

No recuerdo cómo logré escapar del aula a las once de la mañana. Yo tenía ocho años y la niña, mi prima, era unos meses menor que yo, aunque por naturaleza era más irascible y menos aventurera. Me escapé solo y muy pronto me encontré en el enorme salón con suelo de piedra y calefactado con la monumental estufa de azulejos blancos, un ambiente mucho más placentero que el aula —que, por alguna razón (tal vez por higiene), siempre mantenían a baja temperatura.

Los niños sabíamos que en la casa había un huésped. Había llegado la noche anterior justo cuando nos estaban llevando a la cama. Volvimos corriendo por la línea de batidores para apretar las narices contra las ventanas pero no llegamos a tiempo para verlo entrar. Apenas pudimos ver el resplandor rojizo del enorme carruaje de trineo tirado por seis caballos, una maza negra que se alejaba sobre la nieve hacia el establo, dirigido por un jinete que lleva una bola ardiente de estopa y resina en una canasta de hierro que colgaba de la punta de una vara larga que salía de su silla inclinada. Por la tarde habían enviado a dos mozos de cuadra por las pistas de nieve para recibir al ansiado huésped al anochecer e iluminar su camino con aquellas antorchas de carretera. En aquella época, recordarán, todavía no había ni una milla de ferrocarril en el sur. Mi pequeña prima y yo apenas sabíamos nada de trenes y máquinas, lo poco que salía en los libros ilustrados y aún nos parecía algo vago, muy remoto y no muy interesante, salvo por lo que contaban los adultos que viajaban al extranjero.

Nuestra idea de un príncipe, tal vez un poco más precisa, era sobre todo literaria y tenía el encanto que le daban los cuentos de hadas, en los que los príncipes tenían siempre un aspecto joven, encantador, valiente y feliz. Aun así, como el resto de los niños, conocíamos la diferencia entre lo real y lo imaginario. Sabíamos que los príncipes eran personajes históricos y había cierto encanto también en eso, pero lo que me llevó a deambular cautelosamente por la casa como un prisionero en fuga fue la esperanza de conversar con un amigo especial para mí, el jefe de los guardabosques, que solía acercarse a hacer sus informes a esa hora. Deseaba que me contara novedades sobre cierto lobo. Es bien sabido, en un país donde hay lobos casi todos los inviernos aparece un animal que sobresale del

resto por la audacia de sus fechorías. Quería que me contara alguna nueva y emocionante historia de aquel lobo, tal vez el dramático relato de su muerte.

Pero no encontré a nadie en el *hall*.

Defraudadas mis ilusiones, me sentí abatido al instante y, como no podía regresar triunfal al aula, decidí pasear por la sala de billar donde sin duda tampoco tenía nada que hacer. Allí tampoco había nadie, me sentí perdido y solitario bajo aquellos techos altos, sólo ante la enorme mesa de billar inglesa que parecía desaprobar, con su pesado y rectilíneo silencio, la intromisión de un niño pequeño.

Justo cuando estaba por retirarme escuché unas pisadas en el salón de al lado y antes de que pudiera darme la vuelta y huir, aparecieron en la puerta mi tío y su invitado. Como ya me habían visto no habría sido apropiado salir corriendo, de modo que me quedé en mi lugar. Mi tío se sorprendió al verme. El invitado era un hombre sobrio, de estatura media, llevaba una levita negra abotonada y se mantenía muy erguido, con una rigidez como de soldado. De los pliegues del pañuelo suave de batista blanca asomaban los extremos de un cuello ajustado contra las mejillas afeitadas. Llevaba unos mechones de pelo fino y gris alisados sobre la parte superior de la cabeza calva. La cara, que debió ser atractiva en su momento, aún conservaba en la vejez la armoniosa sencillez de sus líneas. Lo que me sorprendía era su palidez uniforme, casi tétrica. Me pareció extraordinariamente viejo. Respondió a mi ruborizada confusión con una sonrisa débil, apenas una alteración momentánea en la disposición de sus finos labios, y me interesó ver que buscaba algo en el bolsillo interior de su chaqueta. Sacó un lápiz y un bloque de páginas que le entregó a mi tío con una reverencia casi imperceptible.

Yo estaba muy impresionado, pero mi tío lo hizo como si fuera un gesto rutinario. Escribió algo que el otro leyó, y a continuación asintió levemente con la cabeza. Una delgada y arrugada mano —la mano era aún más vieja que la cara— me dio unas palmaditas en la mejilla y luego se apoyó levemente en mi cabeza. Oí una voz sin timbre, una voz tan descolorida como su cara, que salía de los labios hundidos mientras que los ojos, oscuros y quietos, miraban hacia abajo, hacia donde estaba yo, con amabilidad.

—¿Y cuántos años tiene este niño tan tímido?

Antes de que pudiera contestar, mi tío anotó mi edad en el cuaderno. Yo estaba muy impresionado. ¿A qué se debía aquel comportamiento? ¿Era aquel

personaje demasiado importante como para hablarle directamente? De nuevo leyó en el cuaderno, de nuevo asintió y de nuevo oí aquel tono mecánico e impersonal:

—Se parece a su abuelo.

Yo me parecía a mi abuelo paterno, que había muerto hacía poco. Él también había sido extraordinariamente viejo. Y para mí era perfectamente natural que dos personas tan mayores y respetables se hubieran conocido en los oscuros tiempos de la creación anteriores a mi nacimiento, pero, por lo visto, para mi tío no era tan obvio. Hasta el punto que la mecánica voz tuvo que explicar:

—Sí, sí. Fuimos camaradas en el 31. Era uno de esos hombres que sabían hacer las cosas como corresponde. Los viejos tiempos, querido señor, aquellos viejos tiempos...

Luego hizo un gesto como si quisiera apartar un fantasma inoportuno y los dos me miraron. Me pregunté si esperaban algo de mí. Ante mis ojos redondos e inquisitivos, mi tío aclaró:

—Está completamente sordo.

Y aquella voz impersonal y fría me dijo:

—Dame tu mano.

Se la alcancé con timidez porque sabía perfectamente que tenía los dedos manchados con tinta. Nunca antes había visto a un sordo y estaba bastante asustado. La presionó con firmeza y luego me dio una última palmadita en la cabeza.

Mi tío me dijo con un tono grave:

—Acabas de estrecharle la mano al príncipe Román S. Lo recordarás cuando seas mayor.

Me impresionó aquél tono. Yo tenía la suficiente información histórica como para saber vagamente que el príncipe S. había sido uno de los príncipes soberanos de Rutenia hasta que sus territorios fueron anexados al reino de Polonia a principios del siglo XV, momento en que ellos se convirtieron en los grandes magnates polacos, pero lo que más me interesaba era la completa ausencia del encanto típico de los cuentos de hadas. Era espantoso conocer a un príncipe sordo,

calvo, enjuto y extraordinariamente viejo. Me parecía imposible que aquel hombre imponente y decepcionante hubiera sido joven, rico y hermoso alguna vez. No podía saber que había sido feliz, que la alegría de un matrimonio perfecto había unido a aquellos dos corazones jóvenes, dos importantes apellidos y dos grandes fortunas, feliz con una felicidad que, al igual que en los cuentos de hadas, parecía predestinada a durar para siempre...

Pero no duró para siempre. El destino no quiso que durara ni siquiera la medida de tiempo habitual otorgada al paso de los hombres por esta tierra. Tuvieron una hija y muy poco después la salud de la joven princesa comenzó a deteriorarse. Durante un tiempo aguantó con una sonriente valentía, ya que sentía que su vida era ahora indispensable para que dos personas pudieran ser felices, pero al final el marido, profundamente alarmado por el rápido deterioro en su apariencia, obtuvo una licencia ilimitada y la llevó lejos de la capital, al campo, con sus padres.

Los viejos príncipes se asustaron muchísimo al ver el estado de su adorada nuera. Hicieron los arreglos para viajar al extranjero lo más rápidamente posible, pero, al parecer, ya era demasiado tarde y la propia enferma se opuso con amable obstinación. Pálida y consumida en el sillón, donde la insidiosa y oscura enfermedad de los nervios le daba un aspecto aún más pequeño y débil cada día, aunque sin llegar a ocultar del todo la sonrisa de sus ojos o la gracia encantadora de su rostro demacrado, se aferraba pensando en su tierra natal, anhelando respirar aquel aire. Sabía que no iba mejorar, pero también era consciente de que no había otro sitio en el que morir le resultara más sencillo.

Falleció antes de que su hija cumpliera dos años. El sufrimiento del marido fue terrible. Sus padres se preocuparon mucho porque lo llevaba en perfecto silencio y sin derramar una lágrima. Después del funeral, mientras la inmensa multitud de campesinos de cabeza descubierta que habían estado alrededor de la capilla privada en los jardines comenzó a dispersarse, el príncipe, tras despedir a sus amigos y parientes, se quedó a solas contemplando cómo los albañiles de la finca cerraban el panteón familiar. Cuando acabaron de poner la última piedra lanzó un alarido, la primera expresión de dolor que manifestaba en días, y se alejó con la cabeza gacha a encerrarse de nuevo en sus aposentos.

Los padres temían que perdiera la razón. Su tranquilidad exterior los inquietaba. Sólo confiaban en su juventud, la misma que le hacía llevar aquella desesperación de un modo tan ensimismado e intenso. El viejo príncipe Juan, impaciente y ansioso, repetía una y otra vez:

—Pobre Román, habría que despertarlo como sea. Es tan joven.

Pero no encontraban nada con que espabilarlo. La anciana princesa, mientras se secaba las lágrimas, deseaba desde lo más profundo de su corazón que su hijo fuera tan joven como para acercarse a ella y largarse a llorar en su regazo.

Con el tiempo y haciendo un gran esfuerzo, el príncipe Román comenzó a unirse de vez en cuando al grupo familiar, pero era como si su corazón y sus pensamientos hubieran quedado enterrados en la cripta junto a la esposa que había perdido. Empezó a vagar por el bosque con un arma, vigilado en secreto por uno de los guardabosques que cada noche informaba de que «Su señoría no ha disparado un tiro durante todo el día». A veces, cuando caminaba por los establos durante la mañana, ordenaba en tono suave que le ensillaran un caballo, esperaba que se lo trajeran cambiándose las botas, y luego salía por el portón a paso de hombre sin decir una palabra. Estaba fuera el día entero. La gente lo veía pasar por el camino, jamás levantaba la mirada hacia la izquierda o la derecha, iba con la cara pálida y sentado rígidamente en su silla como un caballero de piedra sobre un corcel vivo.

Los campesinos que trabajaban en los campos, aquellos maravillosos campos sin límites, lo seguían desde la distancia, y a veces una anciana piadosa, desde el umbral de una choza de techo de paja, se conmovía y hacía la señal de la cruz en el aire a sus espaldas como si él fuera uno de ellos, un alma sencilla de pueblo golpeada por un amargo dolor.

Montaba mirando siempre hacia delante, pero sin ver a nadie, como si la tierra estuviera vacía y todos los hombres hubieran sido sepultados en esa tumba que se había abierto demasiado pronto en su vida para llevarse toda su felicidad. ¿Qué podía importarle a él la humanidad —con sus dolores, sus alegrías, sus esfuerzos y sus pasiones— sin ella, que había sido todo para él?

Se habría sentido completamente solo y abandonado, como un hombre atrapado en una cruel pesadilla, si no hubiera sido por aquellos campos en los que nació y en los que pasó su alegre juventud. Los conocía muy bien, cada una de aquellas pendiente coronada de árboles entre los huertos, cada pequeño valle que ocultaba una aldea. Los arroyos embalsados formaban una cadena de lagos sobre las verdes praderas. Lejos, hacia el norte, el gran bosque de Lituania se levantaba ante el sol, no más alto que un seto, y hacia el sur se abría el camino de las llanuras, donde el marrón de los extensos parajes de tierra se unía al cielo azul.

Aquel paisaje familiar asociado para él a una época sin pensamientos ni dolor, aquella tierra cuyo encanto él llegaba a sentir hasta con los ojos cerrados, alivió su sufrimiento igual que alivia la presencia de un viejo amigo que se sienta a nuestro lado en silencio y sin llamar la atención, en un momento complicado de la vida.

Una de aquellas tardes, al obligar a su caballo a que diera la vuelta para regresar al hogar, el príncipe notó que había bajado una densa nube de polvo oscuro que atravesaba una parte del camino. Tiró de las riendas para llevar el caballo hacia una loma y observó. Distinguió unos delgados brillos metálicos dispersos en la nube que además contenía unas formas. Al final resultó ser una larga fila de carros de campesinos cargados de soldados que se desplazaban lentamente en doble fila bajo la mirada de unos cosacos a caballo. Parecía un inmenso reptil arrastrándose por los campos con la cabeza sumergida tras una ligera hondonada y la cola, retorciéndose y acortándose como si el monstruo avanzara devorando su propio camino poco a poco, hacia el centro de la región.

El príncipe se dirigió a una de las aldeas que se encontraba un poco apartada del camino. La posada que había en la carretera —con su establo, su cobertizo y su granero bajo un enorme techo de paja— parecía un andrajoso gigante, jorobado y deforme que se había tumbado entre las pequeñas chozas de los campesinos. El posadero, un judío corpulento y orgulloso vestido con un abrigo negro de satén que le llegaba hasta los talones y que iba ajustado en la cintura con una faja roja, se encontraba en la puerta acariciándose su larga y plateada barba.

Observó al príncipe mientras se acercaba y se inclinó solemnemente sin esperar que el otro lo notara, ya que todos sabían que el joven señor, en su dolor, no tenía ojos para nada ni para nadie. Fue una sorpresa para él que el príncipe descendiera del caballo y le preguntara:

—¿Qué es todo eso, Yankel?

—Eso, su señoría, es un convoy de soldados de infantería que se marcha de prisa hacia el sur.

Con cautela, miró de izquierda a derecha, pero como no había nadie cerca, a excepción de unos niños jugando en la calle polvorienta de la aldea, se aproximó al estribo.

—¿No lo sabe, su señoría? Allí ya ha comenzado. Todos los propietarios de

tierras, ya sean grandes o pequeñas, se han levantado en armas, incluso la gente de los pueblos se ha sublevado. Ayer mismo el talabartero de Grodek (un pequeño poblado con mercado) pasó por aquí con sus dos aprendices para unirse a la revuelta. Hasta me dejó su carro. Yo le di un guía para moverse por esta zona. Como su Señoría sabe, nuestra gente viaja bastante y se entera de todo lo que sucede por ahí, conoce todos los caminos.

Intentaba controlar su excitación porque el judío Yankel, posadero y arrendatario de todos los molinos de la región, era un patriota polaco. En voz más baja, agregó:

—Yo ya era un hombre casado cuando los franceses y el resto de las naciones pasaron por aquí con Napoleón. ¡Ah, sí! ¡Menuda cosecha fue aquella para la muerte! Espero que esta vez Dios nos ayude.

El príncipe asintió.

—Esperemos —y, sumergiéndose en una profunda meditación, dejó que su caballo lo llevara a casa.

Aquella noche escribió una carta y por la mañana temprano envió a un hombre a caballo a que la llevara al correo. Para alegría de sus parientes, durante aquel día salió de su melancolía y conversó con su padre sobre aquellos hechos recientes: la revuelta en Varsovia, la huida del gran duque Constantino, los primeros y tenues éxitos del ejército polaco (en aquella época había un ejército polaco) y del levantamiento de las provincias. El viejo príncipe Juan, incómodo y preocupado, opinaba desde un punto de vista puramente aristocrático, desconfiaba de los orígenes populares del movimiento, lamentaba aquellas tendencias democráticas y no creía que tuvieran posibilidades reales de ganar. Estaba triste, inquieto.

—Intento reflexionar con calma sobre el tema. En esta temeraria iniciativa se han violado algunos principios seculares de legitimidad y orden para alimentar las esperanzas más subversivas. Aunque, como es lógico, los impulsos patrióticos del corazón...

El príncipe Román lo escuchó con una actitud pensativa. Aprovechó la pausa para decir a su padre con toda tranquilidad que aquella mañana había enviado una carta a San Petersburgo en la que renunciaba a su cargo en la guardia.

El anciano príncipe se quedó en silencio. Pensaba que tendría que haberle

consultado. Su hijo era además un oficial de artillería del emperador y sabía que el zar jamás olvidaría esa aparente deserción de un noble polaco. Con un tono de irritación le recordó a su hijo que en la actualidad ya gozaba de una licencia indefinida, lo correcto hubiese sido no hacer nada, ya que en la Corte tenían discreción más que suficiente como para no llamar a un hombre de su posición. Como mucho le habrían propuesto alguna misión lejana, por ejemplo al Cáucaso, apartado de aquella insensata batalla cuyos cimientos eran tan equívocos que sólo podía fracasar.

—Dentro de poco descubrirás que no sientes ningún interés por la vida por falta de tareas, necesitarás algo de lo que ocuparte, querido. Me temo que has actuado precipitadamente.

El príncipe Román murmuró:

—Pensé que era lo mejor.

El padre dudó ante aquella mirada firme.

—Bueno, ya veremos, pero como oficial de artillería del emperador y como hombre que goza del favor de la familia imperial...

—Nuestra familia ya era una familia ilustre cuando nadie había oído hablar todavía de esa gente —dejó caer el joven con desdén.

Ése era el tipo de comentarios que conmovían al viejo príncipe.

—Bueno, quizá sea para mejor —concedió al final.

Padre e hijo se despidieron cariñosamente, pero al día siguiente el príncipe Román volvió a caer en el abismo de su indiferencia. Salió a dar un paseo, como todos los días. Recordó que el día anterior había visto un convoy de soldados que parecía un reptil largo y erizado por las bayonetas y que se arrastraba sobre la superficie de aquella tierra que era suya. La mujer que amaba también había sido suya, pero la muerte se la había robado. Su pérdida fue un golpe moral para él, le abrió el corazón a un sufrimiento mayor, la mente a un pensamiento más amplio, sus ojos abarcaban ahora todo el pasado y la existencia de otro amor cargado de dolor pero tan misteriosamente opresor como el amor perdido al que había confiado su felicidad. Aquella noche se retiró más temprano de lo habitual y llamó a su asistente personal.

—Ve a fijarte si aún están encendidas las luces en el cuarto del jefe de escuadra. Si aún está despierto dile que venga, quiero hablar con él.

Mientras el sirviente cumplía la orden, el príncipe arrancó a toda prisa unos folios, cerró los cajones de su escritorio y se colgó al cuello contra el pecho una medalla con una imagen en miniatura de su esposa.

El hombre que estaba esperando formaba parte del pasado que la muerte de su mujer volvió a reavivar. Pertenecía a una familia de menor nobleza que durante generaciones habían sido adeptos, asistentes y amigos de la familia del príncipe S. Aún recordaba la época, antes de la última repartición de tierras, en la que el hombre había peleado sus batallas hasta el final. Era el típico veterano polaco de aquella generación, tenía una enorme sensibilidad y un entusiasmo ciego, un gran instinto militar y creencias sencillas, hasta mantenía la vieja costumbre de adornar su discurso con palabras en latín. La mirada de astuta amabilidad, la cara rojiza, la frente elevada y el bigote gris, abundante y caído también eran típicos de aquella generación.

—Señor Francis, viejo amigo —dijo el príncipe con familiaridad, pero sin preliminares—, necesito que me escuche. Me marcharé de aquí sin decir nada a nadie. Iré a un sitio adonde algo más fuerte que mi dolor, pero con una voz muy parecida, me está llamando. Sólo confío en usted. Cuando llegue el momento, diga lo que sea necesario.

El viejo lo comprendió. Sus manos extendidas se pusieron a temblar, pero, en cuanto pudo hablar, agradeció a Dios en voz alta que lo hubiera mantenido vivo lo suficiente como para ver a un descendiente de aquella familia ilustre, alguien de las generaciones más jóvenes, dar un ejemplo *coram Gentibus*^[45] de amor a su patria y de valentía en la batalla. No tenía duda de que su querido príncipe alcanzaría en la corte y en la guerra una posición acorde a su alta alcurnia, porque podía ver que *in fulgore* de la gloria de la familia *affulget patrie serenitas*.^[46] Cuando terminó de decir aquello se puso a llorar y lo abrazó. El príncipe tranquilizó al anciano y cuando logró que se sentara en un sillón y se recompusiera un poco, le dijo:

—No me malinterprete, señor Francis. Usted sabe cuánto amaba a mi esposa. Una pérdida como ésta nos abre los ojos a verdades inesperadas. No se trata de buscar el liderazgo o la gloria. Lo que quiero es ir solo y pelear entre la tropa sin que nadie me conozca. Voy a ofrecerle a mi país lo único que poseo: mi vida, un gesto tan sencillo como el que hizo el talabartero de Grodek, que pasó ayer por aquí con sus aprendices.

Cuando escuchó aquello el viejo se puso a gritar. El príncipe no podía hacer eso, y él no podía permitir que lo hiciera, pero al final terminó rindiéndose ante los argumentos y la voluntad expresa del príncipe.

—¡Ah! Si es una cuestión de sentimientos y conciencia... que así sea. Pero no puede marcharse completamente solo. ¡Qué pena ser tan viejo y no servir para nada! *Cripit verba dolor*,^[47] mi querido príncipe, sólo de pensar que tengo más de setenta años y valgo lo mismo que un lisiado en la puerta de la iglesia... Por lo visto lo único que puedo hacer es quedarme sentado en casa y rezar por la patria y por usted. Pero puede contar con mi hijo Peter, el menor. Será una valiosa compañía para usted. Justo ahora se está quedando en casa. Durante siglos jamás sucedió que un príncipe S. arriesgara su vida sin que hubiera a su lado alguien de nuestra familia. Debe ir acompañado por alguien que sepa quién es usted, aunque sea únicamente para mantener informados a sus padres y a este viejo sirviente. ¿Cuándo piensa partir el gran señor?

—En una hora —contestó el príncipe y el viejo salió a toda prisa a buscar a su hijo.

El príncipe cogió un candelabro y caminó tranquilo por el oscuro corredor de la casa en silencio. Más tarde la nodriza contaría que se despertó de repente y vio al príncipe contemplando a su hija, mientras le hacía sombra en los párpados con una mano para protegerla de la luz. Estuvo observándola un buen rato y al fin apoyó el candelabro en el piso, se inclinó sobre la cuna y la besó suavemente para que la niña no se despertara. Luego salió del cuarto con el candelabro sin hacer ruido. La nodriza le vio la cara nítidamente, pero no pudo leer en ella ningún signo de la decisión que había tomado. Estaba pálido pero muy tranquilo, y mientras se alejaba de la cuna, no se dio la vuelta ni una sola vez.

La otra persona en la que confiaba, además del viejo y de su hijo Peter, era el judío Yankel. Cuando éste le preguntó exactamente hacia dónde quería que lo guiara, el príncipe contestó:

—Al destacamento que esté más cerca.

Un nieto del judío, un joven larguirucho, condujo a los dos hombres por senderos desconocidos que atravesaban el bosque y los pantanos y los dejó frente a las fogatas de un pequeño destacamento que acampaba en una hondonada. Varios caballos que no estaban a la vista relincharon y una voz gritó desde la oscuridad:

— ¿Quién anda ahí?

Entonces el joven judío partió a toda prisa, diciendo que debía regresar a casa a tiempo para comenzar el Sabbat.

De esa manera se ofreció el príncipe Román a su patria, humildemente y siguiendo una visión sencilla del deber que descubrió cuando la muerte le quitó de los ojos la radiante venda de la felicidad. Su compañero se presentó como el hijo del jefe de escuadra del príncipe S. y a él lo presentó como un pariente, un primo lejano de su misma región y, como todos supusieron, con el mismo apellido. La verdad es que nadie hizo muchas preguntas. Sin duda eran otros dos jóvenes que se unían a la causa. Nada más natural.

El príncipe Román no se quedó mucho tiempo en el sur. Un día, mientras realizaba actividades de exploración a la entrada de una aldea junto a otros camaradas, sufrieron una emboscada de la infantería rusa. La primera descarga dio de baja a varios y el resto se dispersó hacia todos lados. Los rusos tampoco se quedaron mucho tiempo más por miedo a la llegada de refuerzos. Poco después, los campesinos se acercaron a ver la escena y rescataron al príncipe Román de debajo de su caballo muerto. No estaba herido pero su fiel compañero había sido uno de los primeros en caer. El príncipe ayudó a los campesinos a enterrarlo junto al resto de los caídos.

Entonces solo, sin saber dónde se encontraba aquel cuerpo de partisanos que se movía constantemente de lugar, decidió que iba a intentar unirse al ejército polaco central que peleaba contra los rusos en la frontera con Lituania. Se disfrazó con la ropa de los campesinos por si se cruzaba con algún cosaco que anduviera merodeando por allí, y deambuló un par de semanas antes de encontrar una aldea ocupada por un regimiento de caballería polaco que tenía órdenes de avanzar.

Vio a un oficial mayor sentado en un banco frente a una choza de campesino un poco mejor que las demás y le pareció que podía ser el coronel. Se acercó con respeto, le contó su historia rápidamente y expresó su deseo de alistarse. Cuando el oficial, que lo miraba atentamente, le preguntó su nombre, el príncipe respondió con nerviosismo el de su compañero muerto.

El viejo oficial pensó: «Es el hijo de un campesino propietario que pertenece a la clase liberada». Le gustaba su aspecto.

— ¿Y sabes leer y escribir, amigo? — preguntó.

—Sí, su Señoría — contestó el príncipe.

—Muy bien. Entremos a la choza, mi ayudante te inscribirá y te tomará el juramento.

El ayudante miró fijamente al recién llegado pero no dijo nada. Cuando terminaron todas las formalidades y el recluta se marchó, el ayudante se dio la vuelta hacia su superior y le dijo:

—¿Sabe quién es ese hombre?

—¿Quién? ¿El campesino? Un tipo prometedor.

—Es el príncipe Román S.

—Tonterías.

El ayudante tenía razón. Había visto al príncipe varias veces hacía un par de años en el castillo de Varsovia. Incluso habían conversado una vez en la recepción que el gran duque había ofrecido a los oficiales.

—Está cambiado, parece mucho mayor pero no tengo duda de que es él. Tengo buena memoria para las caras.

Los dos oficiales se miraron en silencio.

—Sin duda alguien lo acabará reconociendo antes o después —murmuró el ayudante.

El coronel se encogió de hombros.

—Si desea alistarse con la tropa, no es asunto nuestro. Y en cuanto a que le reconozcan, no me parece muy probable. Todos nuestros oficiales y soldados vienen de la otra punta de Polonia.

Se quedó un rato serio, pensando, y luego sonrió.

—Me dijo que sabía leer y escribir. Nada me impide convertirlo en sargento a la primera oportunidad. Seguro lo hará muy bien.

Como suboficial, el príncipe Román superó todas las expectativas del

coronel. Muy pronto el sargento Peter se volvió famoso por su inteligencia y valentía. No era el coraje temerario de un hombre desesperado sino un tipo de valentía serena, consciente, una valentía que no se acobardaba ante nada, una devoción sin límites pero objetiva, ajena al tiempo, a los reveses, al desaliento de las continuas retiradas y a la amargura que dejaban las ilusiones frustradas y el horror de las enfermedades de la guerra, que se sumaban a sus dificultades y peligros habituales. En aquel año apareció por primera vez el cólera en Europa. Hizo estragos en los campamentos de los ejércitos, hizo temblar hasta a los más fuertes por el terror que provocaba aquella muerte misteriosa que acechaba en silencio los cuarteles hacinados y las hogueras de los campamentos.

Un aullido repentino despertaba a los soldados atormentados, que veían bajo el resplandor de las brasas a uno del grupo retorciéndose en el suelo como un gusano aplastado por un pie invisible. Antes del amanecer ya estaba rígido y frío. Los grupos que recibían ese tipo de visitas habían aprendido a levantarse todos a la vez, abandonaban la hoguera y huían corriendo en la noche con pánico silencioso. También sucedía que un camarada con el que uno conversaba durante la marcha, de pronto, en mitad de una frase, comenzara a tartamudear, a mover espantado los ojos y caía al segundo siguiente con la cara descompuesta y los labios azules, rompiendo las filas con las convulsiones de esa enfermedad. Los hombres eran sorprendidos cuando montaban, mientras hacían guardia, en la línea de fuego, cuando arrastraban a los heridos o cargaban las armas. Me han dicho que en un batallón de ataque, listo para tomar una aldea sucedieron tres casos en la primera línea en menos de cinco minutos y no se pudo realizar el ataque porque toda la compañía se dispersó por el campo como paja desperdigada por el viento.

El sargento Peter, a pesar de ser joven, tenía una gran influencia en sus hombres. Se decía que la cantidad de deserciones en el escuadrón que él dirigía era menor que la de cualquier otro en toda la división de caballería, y se suponía que ésa era la medida del valor que un hombre debía tener para afrontar cualquier forma de peligro.

Fuese como fuese, en general caía bien y confiaban en él. Cuando llegó el final y lo que quedaba de aquel batallón se preparaba para cruzar la frontera prusiana, el sargento Peter tuvo la suficiente autoridad como para lograr que una veintena de soldados cerraran filas en torno a él. Por la noche se las arregló para abandonar con ellos las tropas acorraladas, y dirigió aquel grupo a través del país durante más de trescientos kilómetros cubiertos por destacamentos rusos devastados por el cólera. Pero no lo hicieron para evitar que los capturaran, para esconderse o salvarse. No. Los condujo hasta un fuerte que aún ocupaban los

polacos y en el que se iba a llevar a cabo la última batalla de aquella revolución perdida.

Puede parecer un fanatismo feroz pero el fanatismo también es un sentimiento humano. El hombre ha adorado a dioses feroces y hay ferocidad en todas las pasiones, también en el amor. La religión de la esperanza eterna tiene mucho de furioso culto a la desilusión, a la muerte, a la derrota. La única diferencia es la motivación moral que nace de las necesidades íntimas y de las aspiraciones no dichas de los creyentes. Sólo para los vanidosos todo se vuelve vanidad y sólo para quienes jamás fueron sinceros consigo mismos todo se vuelve decepcionante.

Mi abuelo se cruzó con el sargento Peter en el fuerte. Había sido vecino de la familia S. en la región, pero no conocía a Román, que, por algún motivo, recordaba muy bien su nombre. El príncipe se presentó una noche en la que ambos estaban sentados en las murallas, recostados contra un armón de artillería.

Lo que el príncipe quería pedirle a mi abuelo era que, en caso de que lo mataran, hiciera llegar la noticia a sus padres.

Hablaron en voz baja mientras el resto de los soldados descansaban alrededor. Mi abuelo le dio su palabra y luego le preguntó con franqueza, porque estaba realmente interesado ante aquella confesión tan inesperada:

—Pero dígame, príncipe, ¿por qué me hace ese pedido? ¿Tiene algún mal presentimiento sobre su futuro?

—No, en absoluto. Lo hago pensando en mi familia. No tienen idea de en dónde estoy —contestó el príncipe Román—, y me comprometo a hacer lo mismo por ti, si quieres. Es evidente que al menos la mitad de nosotros morirá antes de que todo esto termine, por lo que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que uno de nosotros dos sobreviva.

Mi abuelo le dijo entonces en qué lugar suponía que se encontraban su mujer y sus hijos. Desde aquel momento, y hasta que terminó el asedio, los dos siguieron muy unidos. El día del peor ataque, la ciudad fue tomada y mi abuelo recibió una herida grave. Al día siguiente fue tomado el propio fuerte, con su hospital lleno de muertos y moribundos y sus almacenes vacíos, por lo que los defensores, como habían quemado ya sus últimos cartuchos, debieron abrir las puertas.

Durante toda la lucha el príncipe se expuso de manera directa y

concienzuda, pero no recibió ni un arañazo. Nadie lo reconoció ni reveló su identidad en ningún momento. Hasta ese instante a nadie le importaba en absoluto quién fuera mientras cumpliera con su deber.

Pero ahora la situación había cambiado. Como miembro de la guardia y como exoficial de la artillería del emperador, aquel rebelde corría serios riesgos de que le dieran un cuidado especial con un batallón de fusilamiento a menos de diez pasos. Durante más de un mes permaneció perdido entre la miserable muchedumbre de prisioneros amontonados en los fortines de la ciudadela, apenas con suficiente comida como para mantener el cuerpo y el alma unidos a pesar de que morían casi cuarenta soldados al día por las heridas, la escasez y las infecciones.

El fuerte estaba ubicado en una posición estratégica, y por eso recibía frecuentemente nuevas camadas de prisioneros capturados a campo abierto durante el proceso de pacificación. Entre los recién llegados se encontraba un joven amigo personal del príncipe de su época escolar. Lo reconoció y, al borde del desmayo, gritó:

—¡Dios mío! ¡Román, qué haces aquí!

Se dice que ese hombre pasó el resto de su vida amargado por el remordimiento de aquella momentánea pérdida de autocontrol. La escena transcurrió en el patio central de la ciudadela. El gesto de advertencia del príncipe llegó demasiado tarde. Uno de los oficiales de gendarmería que estaba de guardia alcanzó a oír la exclamación y le pareció que valía la pena investigar. Pero la investigación no fue demasiado ardua, ya que el príncipe, cuando le preguntaron categóricamente cuál era su verdadero nombre, lo admitió de inmediato.

La información de que el príncipe S. había sido encontrado entre los prisioneros fue enviada a San Petersburgo. Sus padres ya se encontraban en la ciudad sumidos en el dolor, la incertidumbre y el miedo. La capital del Imperio era el sitio más seguro para un noble cuyo hijo había huido de casa de forma tan misteriosa y en medio de una rebelión. Los ancianos no habían recibido noticias suyas durante meses. Se habían cuidado de no contradecir los rumores que circulaban por todas partes de que se había suicidado por desesperación, ya que aún se recordaba lo que había sido su maravilloso matrimonio y su encantadora y honesta felicidad extinguida ante la muerte, pero en secreto esperaban que su hijo hubiera sobrevivido y hubiera logrado cruzar la frontera con la parte del ejército que se había rendido a los prusianos.

La noticia de que lo habían hecho prisionero fue un golpe demoledor. No podían hacer nada por él, pero la grandeza de su apellido, de su posición, su extensa red de conocidos y contactos en las altas esferas les permitió a sus padres actuar indirectamente y movieron cielo y tierra, como dice el dicho, para salvar a su hijo de las «consecuencias de su locura», como no tardó en decir el príncipe Juan. Llegaron a los personajes más importantes a través de algunos líderes, se reunieron con altos funcionarios y lograron que los oficiales más poderosos se interesaran por el asunto. Utilizaron cada influencia secreta posible. Algunos secretarios privados recibieron cuantiosos sobornos y hasta la amante de cierto senador obtuvo una importante suma de dinero.

Pero, como he dicho, en un caso tan notorio como aquél no podían hacerse movimientos demasiado evidentes ni se podían dar pasos en falso. Lo único que se podía hacer era intentar persuadir el juicio del Presidente de la Junta Militar para que tuviera clemencia a través de conversaciones privadas. El hombre al final se sintió impresionado por los comentarios y sugerencias que recibía de San Petersburgo, algunas desde las posiciones más altas. Por otra parte, desde una amplitud de miras mayor, valía la pena contar con la gratitud de nobles tan importantes como el príncipe S. El Presidente de la Junta era un buen ruso, pero también un hombre bonachón y el odio a los polacos no era en aquella época una cuestión tan importante para mantener el sentimiento patriótico como lo sería treinta años más tarde. Tenía una buena primera impresión de aquel joven de cara fina y bronceada, corroído por los meses de dura campaña, las privaciones del asedio y los rigores del cautiverio.

La Junta estaba compuesta por tres oficiales. Se reunían en la ciudadela en una habitación desnuda y abovedada, tras una mesa larga y negra, algunos funcionarios ocupaban los extremos y no había nadie más, aparte de los gendarmes que hicieron pasar al príncipe.

Entre aquellas cuatro paredes siniestras que lo aislaban de todos los signos y sonidos de libertad, de todas las esperanzas en el futuro, de todas las ilusiones consoladoras, sólo frente a los enemigos convertidos en jueces: ¿quién puede decir cuántas ganas de vivir le quedaban al príncipe Román? ¿Cuánto quedaba de aquel sentido del deber que había descubierto en medio del dolor? ¿Y cuánto de aquel renovado amor por su patria, una patria que demandaba ser amada como ninguna otra, con el mismo cariño triste que uno siente por los muertos que no olvida y con el inagotable fuego de una pasión ya sin esperanzas, que sólo podría mantenerse encendida en nuestro pecho gracias a un ideal vivo, cálido y activo, para nuestro orgullo, debilidad, alegría o ruina?

Hay algo monstruoso en la idea de una carga de esa naturaleza hasta que la vemos levantarse ante nosotros con la forma de una lealtad sin miedo ni culpa. Mientras se acercaba al instante supremo de su vida, el príncipe sólo pudo haber sentido que estaba a punto de acabar. Contestó a las preguntas con claridad, conciso pero con la más profunda indiferencia. Después de aquellos meses de acción tan tensos, hablar le resultaba fatigoso, pero lo disimuló por temor a que sus enemigos sospecharan en sus modales la apatía de la desmoralización o el atontamiento de una persona hundida. Los detalles de su comportamiento no debían importar en absoluto ya que, de una forma u otra, aquellos hombres no tenían nada que ver con su espíritu. Mantuvo un tono de escrupulosa cortesía. Y rechazó el permiso a tomar asiento.

Lo que sucedió en aquel examen preliminar sólo se conoce por la versión del oficial que presidía la sala. Siguiendo el único procedimiento posible en un caso tan complejo, intentó desde el principio convencer al príncipe para que su defensa tuviera la dirección que a él le pareciera la mejor. Sin duda encauzó sus preguntas de tal manera que fuera fácil poner en la boca del acusado las respuestas correctas, y fue tan lejos que hasta llegó a sugerirle las palabras: que dijera cómo, hundido por el duelo profundo tras la muerte de su esposa, irresponsablemente a causa de la desesperación e inconsciente del sentido inmensamente reprobable de su decisión, menos aún de sus riesgos y deshonor, en un momento de ciega imprudencia, en un impulso repentino decidió unirse a los rebeldes más cercanos. Y cómo ahora estaba arrepentido...

Pero el príncipe Román se quedó en silencio. Los jueces militares le miraron esperanzados. Hasta que, callado, agarró un lápiz y escribió en una hoja de papel que encontró por ahí: «Me uní al levantamiento nacional por convicción».

Alargó el papel por encima de la mesa. El presidente de la junta lo levantó, se lo mostró en turnos a sus dos colegas sentados a su derecha e izquierda y, tras mirar fijamente al príncipe Román, lo dejó caer sobre la mesa. El silencio permaneció intacto hasta que le habló a los gendarmes, ordenándoles que se llevaran al prisionero.

Aquél fue el testimonio escrito del príncipe Román en el instante supremo de su vida. He oído que el resto de príncipes de la familia S., en todas sus ramas, adoptaron aquellas dos palabras, «por convicción», como emblema debajo del escudo de armas de la familia. No sé si el dato es cierto, mi tío no me lo pudo asegurar. Apenas me dijo que, naturalmente, eso no se veía en el escudo del propio príncipe Román.

Fue condenado a cadena perpetua en las minas de Siberia. El emperador Nicolás, que seguía personalmente todas las sentencias relacionadas con la nobleza polaca, escribió de su propio puño y letra al margen: «Las autoridades han sido severamente advertidas de que deben asegurarse de que este prisionero camine siempre encadenado igual que cualquier otro criminal durante toda su estancia».

Era una sentencia de muerte diferida. Muy pocos sobrevivían más de tres años al encierro en aquellas minas. Pero como transcurrido ese plazo se informó de que el príncipe aún seguía con vida, le permitieron, mediante expresa petición de sus padres y como una gentileza excepcional, que sirviera como soldado raso en el Cáucaso. Se prohibió todo tipo de comunicación directa con él. No tenía derechos civiles. Salvo para sufrir, a efectos prácticos era un hombre muerto. La pequeña niña a la que había sido tan cuidadoso de no despertar la noche en que se despidió de ella en la cuna heredó toda la fortuna cuando el príncipe Juan falleció. Su existencia salvó a aquella inmensa fortuna de que fuera confiscada.

Debieron pasar veinticinco años antes de que le permitieran al príncipe Román regresar a Polonia, sordo como una tapia y con la salud quebrantada. Su hija se había casado espléndida con un terrateniente austro-polaco y, dado que se movía en la cosmopolita esfera de la más alta aristocracia europea, pasaba la mayor parte del tiempo entre Niza y Viena. El príncipe se instaló en una de sus propiedades, una en la que no había un palacio residencial sino una pequeña y modesta casa. Veía muy poco a su hija.

Pero el príncipe Román no se encerró en sí mismo como si su obra hubiera terminado. Prácticamente ningún asunto público o privado del vecindario sucedía sin que se solicitara su consejo o ayuda, y jamás los daba en vano. Se decía que todo su tiempo le pertenecía a sus compatriotas. Sobre todo era amigo de los exilados que retornaban, los ayudaba económicamente y los aconsejaba para que arreglaran sus asuntos y encontraran medios de ganarse la vida.

Mi tío me contó muchas historias sobre sus ocupaciones y su compromiso, en el que siempre seguía un criterio de sabiduría sencilla, un alto sentido del honor y la rectitud pública y privada.

Para mí sigue siendo una figura viva gracias a aquel encuentro en el salón de billar cuando, debido a mi ansiedad por oír algo de las fechorías de un lobo, estuve por instante en contacto con un hombre que tenía la capacidad de sentir con más profundidad, de creer con mayor firmeza y de amar más ardientemente que el resto.

Hasta hoy recuerdo el apretón de la mano huesuda y arrugada del príncipe Román que envolvió mi pequeña mano manchada de tinta y el modo en que mi tío, entre serio y divertido, miró hacia abajo a su entrometido sobrino.

Luego los dos se alejaron y se olvidaron del pequeño, pero yo no me moví. Los seguí con la mirada, no tanto porque estuviera decepcionado sino porque me sentía desconcertado ante aquel príncipe tan radicalmente distinto a los príncipes de los cuentos de hadas. Atravesaron lentamente el salón y, antes de llegar a la puerta del otro lado, el príncipe se detuvo y lo oí decir —me parece estar oyéndolo ahora—:

—Me gustaría que enviara una carta a Viena sobre ese puesto. El joven se lo merece y su opinión puede ser decisiva.

La cara de mi tío mostraba un genuino desconcierto. Expresaba con la misma claridad que cualquier frase: ¿qué recomendación puede ser mejor que la de un padre? Pero el príncipe era rápido descifrando gestos. Volvió a hablar con el acento monótono que tienen los hombres que no han oído su propia voz durante años, para quienes el mundo sin sonidos es una morada llena de sombras en silencio. Hasta el día de hoy recuerdo las palabras exactas:

—Se lo pido porque, ya sabe, mi hija y mi yerno no confían en mi juicio respecto a los hombres. Piensan que me dejo llevar demasiado por los sentimientos.

EL SOCIO

—¡Que los cuelguen por tontos! Los barqueros de aquí de Wesport llevan años contando esa mentira a los veraneantes, gente que paga un chelín por cabeza para que los saquen a pasear en bote y hacen todo tipo de preguntas estúpidas. Algo hay que contestarles, aunque sólo sea para pasar el rato. No hay nada más absurdo que pagar por que lo paseen a uno en bote por la playa... Es como tomar una limonada aguada cuando en realidad no siente sed. ¡No entiendo por qué lo hacen! ¡Si ni siquiera se marean!

Junto a su brazo reposaba un olvidado vaso de cerveza. Estábamos en el pequeño y prestigioso salón de fumadores de un pequeño y prestigioso hotel. Mi gusto por hacer amigos ocasionales explica el hecho de que llevara sentado allí charlando con él desde hacía horas. Llevaba bien afeitadas aquellas mejillas grandes, caídas y con algunos pliegues; de la barbilla le colgaba un mechón de pelo blanco, grueso y rectangular cuyo balanceo acentuaba el tono profundo de su voz y todo el desprecio que sentía por los hombres, por sus actividades, y su sistema moral quedaba expresado en el modo en el que llevaba ladeado aquel sombrero grande y suave de fieltro negro y alas anchas que jamás se quitaba.

Tenía la apariencia de un antiguo aventurero que se hubiera retirado después de sufrir una terrible experiencia en alguna de las zonas más peligrosas del planeta, aunque yo tenía mis razones para creer que en realidad jamás había salido de Inglaterra. Por un comentario casual de alguien deduje que en su juventud debió de haber estado conectado de alguna manera con el transporte marítimo, sobre todo con los barcos anclados en muelles. Era un tipo muy particular, eso fue lo que me llamó la atención al principio, pero no era fácil de clasificar y, antes de que acabara aquel fin de semana, terminé encontrando una definición algo vaga, pero satisfactoria: era «un viejo y extraordinario rufián».

Una tarde lluviosa en la que me sentía agobiado por una especie de aburrimiento infinito fui al salón de fumadores. Lo vi sentado allí con una quietud tan absoluta que impresionaba, parecía un faquir. Empecé a imaginar en qué ambiente se movía, cuáles eran sus vínculos privados, sus opiniones, su moral, sus amigos y hasta su esposa cuando, para mi sorpresa, abrió la conversación con

aquel tono de voz bajo pero profundo.

Debo aclarar que en cuanto el hombre se enteró de que yo era escritor de cuentos, respondió con unos vagos gruñidos.

Se trataba de un hombre taciturno por naturaleza. Aquellas frases suyas a medio acabar le daban un aire mal educado, y me llevó un tiempo descubrir que lo que le interesaba en realidad era el proceso de escritura de los cuentos, sobre todo de los cuentos para periódicos.

¿De qué se puede hablar con un tipo así? Pero mi aburrimiento era enorme y afuera seguía haciendo mal tiempo, así que decidí mostrarme amable.

—¿Así que usted se inventa las historias de la nada? ¿Cómo se le ocurren?
—murmuró casi con disgusto.

Le expliqué que por lo general uno encuentra una pista que le da una idea para un cuento.

—¿Qué tipo de pistas?

—Bueno —dije—, el otro día, por poner un ejemplo, alquilé un bote para ir hasta las rocas y el barquero me contó la historia del naufragio que sucedió allí hace casi veinte años. Eso podría ser una pista para un cuento básicamente descriptivo cuyo título podría ser, supongamos, algo parecido a «En el canal».

Fue ahí cuando me soltó todo eso de los barqueros y los veraneantes que escuchan sus mentiras y, sin mover un solo músculo de la cara, emitió un poderoso «Tonterías» desde lo más profundo de su pecho, y siguió con sus frases roncadas e inconclusas.

—Miran todas esas estúpidas piedras y asienten con sus estúpidas cabezas... —(Supongo que se refería a los veraneantes)—. ¿Qué se creen que es un hombre, una bolsa de papel inflada que revienta cuando le pegan? Una estupidez. ¡Menuda pista! Más que una pista es una simple mentira.

Es necesario imaginarse a aquel rufián imponente, enmarcado en las alas negras de su sombrero, largando todo aquello como un viejo perro que gruñe de vez en cuando con la cabeza levantada y los ojos fijos en la distancia.

—¡Claro! —exclamé—. Pero por muy mentira que sea, también es una pista

que me sirve para pensar algo en las rocas, en el vendaval, en el mar violento, etcétera, etcétera... y todo eso relacionado a los hombres. Me sirve para imaginar la lucha de al menos un hombre, digamos, apasionado, contra los desastres naturales y sus consecuencias.

Me interrumpió con un agresivo:

— ¿Pero le interesa en *algo* la verdad?

— No lo sé — contesté, cauteloso—. Dicen que la verdad es más rara que la ficción.

— ¿Quién dice eso? — preguntó con brusquedad.

— Nadie en concreto.

Miré hacia la ventana porque me resultaba difícil contemplar a aquel mendigo tiránico con su inmóvil brazo sobre la mesa. Supongo que mis modales habían provocado que me soltara aquel discurso tan largo.

— ¿Había visto alguna vez en su vida unas rocas más estúpidas que éstas? Parecen ciruelas sobre un trozo de tarta fría.

Las estaba mirando en ese instante. Ocupaban poco más de un acre de puntos negros esparcidos sobre la sombra plateada de la superficie del mar bajo una niebla gris, una gasa uniforme que apenas tenía una mancha de brillo sin forma a un costado: la blancura encubierta de un acantilado que atravesaba la niebla como un resplandor difuso y misterioso. Era un cuadro precioso, delicado, expresivo, sugerente e inhóspito, una sinfonía en escala de grises: un Whistler. Lo siguiente que dijo la voz a mis espaldas me obligó a darme la vuelta. Lo dijo menospreciando todos los prejuicios que existen sobre el mar impetuoso:

— A mí no me va esa estupidez de contemplar las rocas... Prefiero recordar una oficina que solía visitar durante una época, una oficina en Londres, en una de esas callejuelas detrás del estación de Cannon...

Era conciso, en absoluto errático, aunque a veces dejaba las frases sin terminar y, a ratos, sonaba soez.

— Ésa es una conexión bastante rara — comenté acercándome.

—¿Conexión? Al diablo con sus conexiones. Yo digo que fue un accidente.

—Bueno, un accidente tiene causas y efectos, y si se pudieran expli...

Sin haber cambiado de postura, de pronto me pareció que me prestaba más atención.

—¡Ah, sí, claro! *Explicar*. Y seguramente usted podría explicarlo todo, ¿no? Bueno, digamos que esta conexión no tiene nada que ver con la vida en el mar, pero puede agregarle algo si se lo inventa.

—Si fuese necesario, lo haría —dije—. A veces conviene agregar algunas cosas inventadas, y otras veces no porque la historia no vale la pena. Todo depende de eso.

Me divertía hablarle de ese modo. En voz alta agregó que seguramente los escritores necesitaban ganar dinero como el resto del mundo, debían ganarse la vida con su ingenio, pero le asombraba hasta dónde podían llegar las personas ambiciosas... algunas personas al menos.

Luego cambió de tema y se puso a hablar de la vida en el mar. Un tipo de vida de lo más estúpido, sentenció. No ofrecía grandes oportunidades, experiencias ni variedad. Nada. Admitió que algunos hombres importantes habían salido de allí, pero si se les hubiera puesto a trabajar en el mundo real seguramente habrían querido salir volando. Niños. Así era también el capitán Harry Dunbar. Un buen marino. Tenía una gran reputación como capitán. Era un hombre grande, con unas patillas cortas que empezaban a encanecer, rasgos finos y voz potente. Un buen tipo, pero tan ignorante de la mala fe de los hombres como un bebé.

—Se refiere al capitán del Sagamore —dije confiado.

Tras unos segundos, y después de un desdeñoso «Por supuesto», me pareció que se ponía a contemplar, con la mirada fija en la pared, una imagen de aquella oficina que estaba «detrás de la estación de Cannon», mientras rumiaba y articulaba una descripción de frases sin terminar, señalando con la barbilla hacia arriba de vez en cuando como si estuviera enojado.

Según dijo, era una oficina de negocios modesta, para nada sospechosa pero sí un poco apartada en esa pequeña calle que luego había sido remodelada por completo.

—A siete puertas de la cantina Cheshire Cat, debajo del puente del ferrocarril. Yo iba a almorzar allí cuando estaba en la ciudad por negocios. Cloete iba a tomar su chuleta y a hacer reír a la camarera. No le hacía falta esforzarse mucho para lograrlo. Sólo con verlo parpadear detrás de las gafas y mover aquellos labios gruesos uno empezaba a reír incluso antes de que contara una historia. Era un tipo divertido, Cloete. C-l-o-e-t-e. ¡Cloete!

—¿De dónde era? ¿Holandés? —pregunté sin comprender qué tenía que ver todo eso con el barquero de Westport, con los veraneantes de Westport ni con la irritable opinión que tenía aquel viejo de todos ellos.

—Sólo el diablo lo sabe —rumió con los ojos fijos en la pared como si no quisiera perderse ni el más mínimo movimiento de una película—. Conmigo al menos sólo hablaba en inglés. La primera vez que lo vi acababa de bajar de un barco que venía de Estados Unidos. Como pasajero. Me preguntó si conocía algún hotel pequeño de la zona. Quería estar tranquilo y pasear un poco, unos días. Lo llevé al sitio de un amigo... La siguiente vez que me lo encontré en la ciudad fue él quien se acercó: «¡Hola! Usted fue muy atento conmigo, le invito un trago». Hablaba mucho de sí mismo. Había pasado varios años en los Estados Unidos. Tenía diferentes negocios allí. Incluso con gente que se dedicaba a patentar medicamentos. Viajaba. Escribía anuncios y ese tipo de cosas. Me contaba historias divertidas. Un tipo alto, desgarrado. Tenía el pelo negro y alzado como un cepillo, la cara larga, las piernas largas, los brazos largos. Parpadeaba detrás de las gafas. Tenía una manera muy cómica de hablar como en voz baja... ¿Se lo imagina?

Asentí, aunque no me miraba.

—Jamás me había reído tanto en toda mi vida. Aquel tipo era capaz de hacerte reír contándote cómo había despellejado a su propio padre, sin duda. Un hombre que ha trabajado en el negocio de las patentes de medicamentos es capaz de cualquier cosa: desde jugársela a cara o cruz, hasta cometer un homicidio. Ahí tiene una pista real que puede servirle. No les importa nada, creen que pueden hacer lo que quieran y opinar de cualquier cosa... Para ellos todo el mundo es estúpido. Cloete también era un hombre de negocios. Llegó apenas con algunos cientos de libras buscando algo tranquilo a lo que dedicarse. Después de todo, decía, no hay nada como la vieja patria. Así nos separamos aquella vez, yo tenía encima algunas copas más que de costumbre. Después de un tiempo, seis meses o algo así, me lo volví a cruzar en la oficina del señor George Dunbar. En la oficina que le dije. Yo solía ir... Da igual. Esa vez quería consultarle al señor George acerca de un pequeño cargamento suyo que se encontraba en un barco atracado. Cloete

entró a la oficina desde el fondo con unos papeles en la mano. Era el socio. ¿Se da cuenta?

—¡Ah! —dije yo—. Esos cientos de libras.

—Qué lengua tenía —replicó—, no se olvide de eso. Algunas de sus historias debieron abrirle un poco los ojos a George Dunbar sobre cómo hacer negocios.

—Un tipo muy convincente —sugerí.

—Llámelo como le parezca mejor, la cuestión es que era el socio. George Dunbar se puso su galera y me dijo que le esperara un momento. Siempre iba vestido como si ganara varios miles de dólares al año, un tipo encopetado... «¡Ven conmigo, viejo!», dijo y entonces él y el capitán Harry salieron juntos por un asunto con un abogado a la vuelta en la esquina. El capitán Harry solía visitar la oficina de su hermano todos los días alrededor de las doce cuando estaba en Inglaterra. Se sentaba a leer el periódico y a fumar pipa en una esquina, como un buen muchacho. «Hermanos ejemplares», dijo Cloete, «dos tortolitos. Y en este pequeño y cómodo espectáculo, yo me encargo de la fruta enlatada». Me habló un poco de eso y al rato: «¿Qué tal esa antigüedad del Sagamore? El mejor barco de por ahí, ¿no? Para ustedes todos son el mejor barco porque dependen de ellos. Yo en su lugar me iría corriendo a guardar mi dinero en un calcetín viejo. ¡Corriendo!».

Largó todo el aire y noté que cerraba la mano, que había estado relajada sobre la mesa, hasta fruncirla como un puño. Ver ese gesto en un hombre inmutable como aquél me sorprendió, tenía un aspecto funesto, como el famoso gesto del Comendador.

—Ya entonces me di cuenta. Allí... —rezongó.

—Pero espere un momento —le interrumpí—. Según me dijeron, el Sagamore le pertenecía a Mundy y Rogers.

Resopló con desdén.

—¡Malditos barqueros, no saben nada! Llevaba la bandera de la firma, pero eso no tiene nada que ver, no era un favor. Se lo explico así: cuando el viejo Dunbar murió, el capitán Harry ya era el capitán y trabajaba para esa compañía. Su hermano George renunció al banco en el que era dependiente para iniciar un negocio propio con lo que le quedó al fallecer el viejo. George era un tipo

inteligente. Comenzó con el almacenamiento, luego incorporó dos o tres negocios más: la pulpa de madera, la fruta enlatada, cosas así. Entonces el capitán Harry le dio también su parte de la herencia para que la trabajara... «Con el barco tengo suficiente», le dijo, pero al poco tiempo Mundy y Rogers comenzaron a venderle a los extranjeros todos los barcos que tenían porque querían meterse cuanto antes en el negocio de los barcos a vapor. El capitán Harry se apenó muchísimo: iba a perder el mando, a separarse del barco que tanto quería, todo le parecía muy triste, pero justo entonces los hermanos recibieron un poco de dinero... Una vieja tía que había fallecido, algo por el estilo, una cantidad considerable. Entonces el joven George dijo: «Entre los dos tenemos suficiente como para comprar el Sagamore». «Pero tú necesitas el dinero para tus negocios», le contestó el capitán Harry y el otro se rio de él. «A mi negocio le va muy bien... mientras tú enciendes tu pipa, a mí me basta con salir para ganar un puñado de soberanos». Mundy y Rogers se pusieron de acuerdo: «Claro que se lo vendemos, capitán, y si quiere lo administraremos por usted como si aún fuera nuestro». Con un tipo de acuerdo como aquel resultaba muy convincente la compra de un barco. ¡Un trato fantástico para la época!

Aquel modo de girar lentamente la cabeza hacia mí hubiera significado una disposición violenta en cualquier otro hombre.

—No se olvide que todo aquello sucedió mucho antes de que Cloete entrara en la historia —murmuró como una advertencia.

—No lo olvido —dije—. Nosotros en esos casos solemos decir: «Pasaron varios años, el tiempo vuela».

Sus ojos se posaron sobre mí en silencio pero no me veía, le tenía absorto aquella idea de que se manejara tan fácilmente el paso del tiempo. Él estaba hablando de sus propios años, los años que habían transcurrido antes de que Cloete apareciera en escena y los años que habían pasado a continuación (aunque no habían sido muchos en realidad). Cuando volvió a hablar me di cuenta de que intentaba señalarme, a su oscura manera, la influencia que tuvo en George Dunbar aquella sociedad con Cloete, con los elásticos parámetros morales de Cloete, con su persuasivo sentido del humor y su buena disposición para las aventuras. Estaba ansioso, quería que escribiera algo con todo aquello, y le dije que lo podía hacer. Quería además que supiera que el negocio de George había tenido sus subidas y bajadas (mientras su hermano navegaba de aquí para allá tan tranquilo), y que a veces se habían llegado a ver con el agua al cuello, cosa que lo preocupaba mucho porque se había casado con una joven de gustos caros. Lo estaba pasando muy mal

en aquella época, pero justo entonces dio la casualidad de que Cloete se cruzó en algún lugar de la ciudad con un hombre que se dedicaba al negocio de las patentes de medicamentos (su jefe anterior), un hombre que tenía cierto éxito y que le aseguró que invirtiendo un poco de capital, unos cuantos miles en publicidad, podían llegar a transformar su negocio. Cloete se entusiasmó con la posibilidad, sabía de lo que estaba hablando.

—Todos los días, alrededor de las once, llegaba a la oficina repitiendo la cantinela hasta que George comenzó a rechinar los dientes: «¿Te quieres callar de una vez? Apenas nos alcanza para mantenernos, no nos sobra como para andar invirtiendo en publicidad». George jamás se habría animado a sugerirle a su hermano Harry que vendiera su barco, ni se le pasaba por la cabeza, sabía que si lo hacía le pesaría hasta la muerte, sería el apocalipsis. ¡Y menos por un negocio como aquél! «¿Acaso dudas de que sea una estafa?», preguntó Cloete con gesto fruncido. Pero George le dijo que no, que había que ser muy burro para pensar algo así después de tantos años en el negocio. Cloete lo miró seriamente. «Jamás te he propuesto vender el barco. Esa carcasa vieja no se vendería hoy ni por la mitad del precio por el que está asegurada». Aquello sacó a George de sus casillas. «¿Y qué significan entonces todas las estúpidas bromas que llevas haciendo las últimas tres semanas acerca de la propiedad del barco? Estoy harto de escucharlas».

«Cloete no se puso nervioso. “No soy ningún burro”, dijo muy despacio, “no se trata de *vender* el viejo Sagamore. Lo que esa maldita carcasa necesita es que la aticen con un tomahawk”.^[48] —Al parecer ‘Sagamore’ significa “jefe de algo” en alguna lengua nativa. La figura del mascarón de proa era un indio medio desnudo que llevaba una pluma en una oreja y un hacha en el cinturón—. ‘Hay que *tomahawkearlo*’, repitió.

»“¿Qué quieres decir?”, preguntó George. “Hacerlo naufragar. Se podría organizar de forma muy segura”, continuó Cloete, “y tu hermano podría invertir el dinero del seguro a continuación. No sería necesario explicarle exactamente en qué, para él tú eres el hombre de negocios más inteligente del planeta y de esa forma él también haría una fortuna”. George, furioso, se agarró al escritorio con las dos manos. “¿Acaso te parece mi hermano alguien capaz de hundir su propio barco a conciencia? Yo ni siquiera me atrevería a pensar algo así en su presencia, es el tipo más honesto que existe”. “No hables tan alto, nos pueden oír ahí afuera”, dijo Cloete y agregó que sí, que el capitán Harry era el modelo de todas las virtudes y que lo único que se debía hacer era convencerlo para que se quedara en tierra una temporada, que hiciera un viaje, que se tomara un descanso, unas vacaciones, por qué no. “De hecho, tengo a la persona indicada para ese trabajo”,

susurró Cloete.

»George casi se ahoga... “Ah, entonces lo que te parece es que yo sí soy esa clase de hombre, que soy capaz de hacer eso... ¿Por quién me tomas?”. “Por un hombre que está a punto de arruinarse”. Se fue hasta la puerta y les dijo a los empleados (sólo había dos) que se fueran a comer. Volvió y le preguntó: “¿A qué viene tanta indignación? ¿Acaso te estoy diciendo que le robes a una viuda o a un niño? ¡No hombre! Lloyd es una corporación, no un indigente. Hay más de cuarenta aseguradoras que han sobreasegurado ese estúpido barco vuestro. Nadie pasará hambre ni frío, ellos evalúan todos los riesgos posibles, *todos*, lo sabes bien...”. Le habló de aquella manera y George parecía demasiado apenado hasta para hablar, apenas balbuceaba y movía los brazos. Era demasiado para él. El otro, de espaldas a la chimenea para mantenerse caliente, continuó: “El negocio de la pulpa de madera está a punto de quebrar. El comercio de fruta enlatada casi no ha crecido. Estás asustado, pero piensa que la ley sólo se ha creado para asustar a los tontos”. A continuación se puso a describir lo seguro que sería hacer naufragar el barco. No habría ni la menor sospecha y al fin y al cabo todos los barcos se acaban hundiendo antes o después...

»Cloete estaba que echaba humo de ansiedad. Era una de esas oportunidades que se presentan sólo una vez en la vida, ¡su oportunidad! Por eso le dijo amablemente:

»—Tu mujer estará mucho más indignada cuando le digas que tenéis que abandonar esa bonita casa en la que vivís y mudaros a una vivienda de dos ambientes, en la que además habrá niños.

»George no tenía hijos. Se había casado hacía un par de años y deseaba tener uno o dos hijos, parecía más enfadado que nunca. Dijo que quería ser un padre honesto y cosas así. Cloete le sonrió:

»—Si te das prisa tus hijos pueden llegar a tener un padre rico, que es el mejor de todos los padres, eso es lo bonito del asunto.

»George casi se pone a llorar. Supongo que lloró estando a solas y la cosa siguió así durante semanas. No podía discutir con Cloete. Tampoco podía devolverle aquellos cientos que había aportado y, además, se había acostumbrado a tenerlo cerca. Era un tipo débil, George; y Cloete, generoso. “No pienses en mi pequeña aportación”, decía, “para cuando tengamos que cerrar se habrá acabado, pero no me importa”. Y estaba también la nueva esposa de George. El pillo se

ponía traje de etiqueta cuando iba a cenar con ellos, cosa que a la jovencita le encantaba: “El señor Cloete, el socio de mi marido, es un hombre tan inteligente, un hombre de mundo, ¡muy interesante!”. Y cuando se quedan a solas: “Oh, señor Cloete. Me gustaría que George hiciera algo para mejorar nuestro futuro, estamos en una posición terrible”. Cloete sonreía, pero no le sorprendía porque había sido él mismo quien había puesto esas ideas en aquella cabeza hueca. “Lo que le falta a su marido es un poco de iniciativa, un poco de audacia. Usted podrá animarlo mejor que yo, señora Dunbar”. Era una mujercita tonta y extravagante que había hecho que George comprara una casa en Norwood. Vivían muy por encima de sus posibilidades. Una vez me la crucé, iba vestida de seda, con unas botas preciosas, envuelta en plumas y perfumes, la cara enrojecida, para mí todo aquello se parecía más a un paseo por la Alhambra que a un hogar decente. Algunas mujeres tienen un poder diabólico sobre los hombres.

—Algunas sí —confirmé—, incluso cuando el hombre es su marido.

—Mi mujer habría podido levantarme el dedo cuanto quisiera —dijo de forma inesperada y en un tono solemne, sorprendentemente profundo—. Yo lo comprendí tarde, cuando ya estaba muerta; aunque ella era sensata, mientras que aquella mocosa tendría que haberse dedicado a la calle, eso es todo lo que le puedo decir. Usted invéntesela como le parezca. Seguro que conoce el tipo.

—Sí, déjemelo a mí.

—Claro... —refunfuñó dudoso y luego volvió a su tono despectivo—. Más o menos al mes de aquello regresó el Sagamore. Al principio todos estaban contentos: «¡Hola, mi pequeño George!», «¡Hola, mi viejo Harry...!». Pero al poco tiempo el capitán Harry se dio cuenta de que su brillante hermano no tenía buen aspecto. El aspecto de George era de hecho cada vez peor, no podía quitarse de la cabeza la idea de Cloete, se le había clavado. «No me pasa nada, estoy bien», decía, pero el capitán Harry seguía atento. «¿Y los negocios van bien?». «Sí, bastante bien. Hay algunos muy buenos». Como es lógico, el capitán Harry se lo creía todo al instante, hacía bromas a su hermano, le decía alegremente que nadaba en oro. A George se le pegaba la camisa a la espalda por el sudor, comenzaba a irritarse con el capitán. «Es un tonto», se decía. «Nadando en oro, ¡sí, cómo no!». Hasta que de pronto pensó: «¿Y por qué no?». El plan de Cloete se había apoderado de él.

»Pero al día siguiente se arrepintió y le dijo a Cloete: “Tal vez lo mejor sea venderlo. ¿Puedes hablar tú con mi hermano?”. Cloete le explicó por vigésima vez por qué no serviría de nada vender el barco. “¡No! Al Sagamore hay que atizarlo

con un *tomahawk*”, como le gustaba decir tal vez para no herir los sentimientos de George, pero cada vez que pronunciaba aquella palabra George sentía escalofríos. “Conozco a un hombre competente que lo haría todo por quinientos y estaría más que contento”, decía Cloete. Cuando le hablaba así, George cerraba los ojos con fuerza pero internamente pensaba: “¡Tonterías! No puede haber un tipo que piense así. Aunque, si existe, tal vez sea lo bastante seguro...”.

»Cloete se burlaba todo el tiempo. “Sé que eres un hombre muy moral, George, pero la ética sirve sobre todo para asustar, y tú eres el hombre más asustadizo con el que me he cruzado en la vida. Tienes miedo de hablar con tu hermano, aun cuando tenemos una gran oportunidad ante nosotros”. Cuando oía aquello George se enardecía. Contestaba que no, que no tenía miedo, que hablaría con él y daba un golpe a la mesa, entonces Cloete le daba una palmadita en la espalda. “Pronto seremos ricos”.

»La primera vez que George intentó hablar con el capitán Harry sintió que se le caía al alma al suelo. El capitán Harry se echó a reír cuando le dijeron lo de pasar una temporada en tierra firme. Él no necesitaba vacaciones, eso no era para él, aunque Jane estaba pensando en quedarse en Inglaterra esa vez. Darse una vuelta, visitar a su gente. Jane era la esposa del capitán, una mujer de cara redonda, muy agradable. George se resignó pero Cloete no le daba descanso. Así que volvió a intentarlo y el capitán frunció el ceño, estaba confundido. No entendía, no se le ocurría ningún motivo por el cual valiera la pena alejarse del Sagamore.

—¡Ah! —grité—. ¡Ahora lo entiendo!

—No, no lo entiende —contestó mientras me dirigía su mirada negra, despectiva, aplastante.

—Perdone —murmuré.

—Sigamos. El capitán Harry era muy severo y George sintió miedo. «Puede ver dentro de mí», pensaba; no era así, evidentemente, pero a esas alturas George ya sentía miedo hasta de su propia sombra. Hasta empezó a huir de Cloete. Le hizo entender al socio que su hermano estaba pensando en la idea de pasar una temporada en tierra y cosas por el estilo. Cloete esperaba mordiéndose las uñas por la ansiedad, era cierto que había encontrado un hombre para el trabajo. Créase o no, lo había conseguido en la misma pensión en la que estaba alojado, un sitio cerca de la calle Tottenham Court. Había visto a un tipo que vivía en el piso de

abajo (no era un pensionista fijo) y que merodeaba por la parte más oscura del callejón, una especie de «hombre de la casa», pero escurridizo. Tenía ojos negros y tez blanca. La casera (una dama viuda, así se presentaba) hablaba mucho del señor Stafford. «El señor Stafford esto... El señor Stafford aquello», constantemente. Así que una noche Cloete lo invitó a tomar una copa. Cloete solía pasar sus noches en tabernas. No era un alcohólico, más bien buscaba un poco de compañía, le gustaba conversar con gente de todo tipo, era su costumbre, típica de los americanos.

»Y Cloete invitó a aquel tipo a pesar de que no era un gran conversador. No tenía mucho que decir. Se sentaba tranquilo y bebía lo que le ponían delante, con los ojos medio cerrados y hablando con cautela. “He tenido mala suerte”, decía, pero la verdad era que le habían echado de una gran compañía de barcos a vapor por mala conducta... Nada que afectara a su hoja de servicios, ya me entiende. Era fácil de tentar, cualquier cosa es mejor que trabajar. Vivía a costa de la viuda que llevaba la pensión.

—Increíble —me atreví a interrumpir—. ¿Y ese hombre tenía un certificado de oficial?

—Así es. He conocido a muchos de esos «sinvergüenzas de autobús» —gruñó con desprecio—. Sí: esa gente que se cuelga de la puerta trasera del autobús y gritan: «¡He pagado dos peniques por el viaje entero!». Y todo por el alcohol. Pero ese Stafford era diferente. El infierno está lleno de tipos como Stafford. A veces Cloete se burlaba de él y él le miraba con un brillo desagradable en los ojos caídos, pero por lo general Cloete era amable con él. Cloete era ese tipo de persona que es amable hasta con los perros sarnosos. La cosa es que solía pagarle las copas al tipo y de vez en cuando le daba media corona. Al parecer casi todos los días se oían discusiones en el sótano...

»El hecho de que el tipo hubiera sido marinero fue lo que despertó en Cloete la idea de que podría deshacerse del Sagamore. Comenzó a estudiarlo, le pareció que en él había la suficiente maldad como para sentir la tentación, y una noche le dijo: “Supongo que no te molestaría salir un poco al mar, ¿no?”. El otro ni siquiera levantó la mirada, dijo que casi no valía la pena hacerlo por el mísero dinero que le pagaban. “¿Y qué diría si se le ofrece el salario de un primer oficial durante una temporada y otros doscientos extra si se compromete a regresar sin el barco? A veces suceden accidentes”, dijo Cloete. El tal Stafford le contestó: “Sí, claro”, y siguió tomando sorbos de su copa como si no le interesara en lo más mínimo el asunto.

»Cloete le presionó un poco más, pero el otro le contestó, con cierta insolencia y languidez: “Eso no tiene ningún sentido”. Cloete siguió: “No, por supuesto, no tiene ningún sentido. Sería un tipo de operación que se hace *una única vez*. Entonces ¿en cuánto valoraría usted ese *sentido*?”. El hombre parecía más indiferente que nunca, como si estuviera a punto de quedarse dormido; yo creo que el canalla era demasiado vago como para interesarse. Su estilo era más de pequeños timos en los naipes o de halagar y engañar a alguna que otra mujer. Cloete comenzó a maldecirlo en voz baja pero con violencia en la taberna Horse Shoe de la calle Tottenham Court. Al final se pusieron de acuerdo en el segundo *whisky* de seis peniques: el precio de atizar al Sagamore un *tomahawk* serían quinientas libras. Cloete tenía la esperanza de que George pudiera hacer algo al respecto.

»Pasaron un par de semanas. El tipo siguió holgazaneando por la pensión como si no hubieran conversado nada y Cloete empezó a dudar si de verdad le había dicho que estaba dispuesto a hacer el trabajo, hasta que un día detuvo a Cloete en la puerta y, con los ojos medio cerrados, le preguntó: “¿Qué hay del empleo que me ofreció?”. Por lo visto le había hecho a la mujer alguna jugada más sucia de lo habitual y sabía que en cualquier momento iban a llegar las consecuencias, lo iba a echar. Cloete se puso contento. George había tergiversado tanto las cosas que realmente creía que el asunto estaba casi arreglado, le respondió: “Ha llegado el momento de que te presente a un amigo. Coge tu sombrero y acompáñame”.

»Fueron a la oficina. Cuando George les vio entrar desde su escritorio se acomodó en la silla con un repentino espanto. Vio a aquel tipo con una de esas caras apuestas pero desagradables, con los ojos grandes y medio caídos, que llevaba un abrigo gris corto, un sombrero tipo bombín en pésimo estado pero muy delicado en sus movimientos y pensó: “¿De modo que éste es el aspecto que tienen este tipo de hombres! Pero no, todo esto es absurdo”. Cloete les presentó. El tipo se dio la vuelta y miró la silla que tenía detrás antes de sentarse. “Un hombre muy competente”, decía Cloete... El tipo no decía nada, apenas se quedó sentado y en silencio. George no podía hablar, sentía la garganta seca hasta que al fin hizo un esfuerzo: “Lamento defraudarle pero por desgracia mi hermano ha hecho otros planes, irá él mismo”.

»El tipo se puso de pie sin levantar la mirada del suelo, como una muchacha recatada, y se retiró suavemente de la oficina, sin hacer ningún ruido. Cloete apoyó la barbilla en la mano y comenzó a morderse las uñas. Los latidos del corazón de George se fueron tranquilizando y le dijo: “No podemos hacer esto, es imposible.

En cuanto desaparezca el barco Harry se dará cuenta de todo. Tú sabes que iría él mismo a la aseguradora a contarles sus sospechas. Le partiría el corazón sospechar de mí. ¡No puedo meterle en esa trampa! Sólo nos tenemos el uno al otro en el mundo”.

»Cloete soltó una palabrota, se puso de pie de un salto y se encerró en su oficina. George le oía tirar las cosas al suelo y después de un rato se acercó hasta la puerta y con la voz temblorosa dijo: “Lo que me pides es imposible”. Cloete le dijo, en voz baja: “Eres un gallina”, pero a George no le importó porque sentía que se había quitado un peso de encima. Justo en ese momento llegó el capitán Harry. “Hola, pequeño George. Estoy un poco retrasado, ¿qué tal si vamos al Cheshire y nos tomamos una chuleta?”. “De acuerdo, viejo Harry”. Y partieron juntos a almorzar. Aquel día Cloete no comió.

»Durante un tiempo George se sintió como un hombre nuevo, pero de repente aquel tipo, Stafford, comenzó a merodear frente a la puerta principal. La primera vez que lo vio, George pensó que estaba allí por error, pero no. Lo ponía nervioso, pero también él tenía que salir para hacer sus cosas, y cuando se cruzó con el tipo por la calle, lo esquivó. Sucedió una, dos, tres veces hasta que al final se topó con él en la propia puerta de entrada. “¿Qué quiere?”, le preguntó intentando parecer fuerte.

»Por lo visto se había armado un gran jaleo en el sótano de la pensión y la viuda se había enfadado con él (era terriblemente celosa), hasta el punto de que había ido a hablar con la policía. Eso el señor Stafford no lo podía permitir, por lo que se había alejado como un ciervo asustado y allí estaba, tirado en el calle, por decirlo de alguna manera. Como el señor Cloete parecía tan nervioso, cada vez que lo veía salir o entrar no había tenido el valor de abordarlo, pero George, en cambio, parecía más tranquilo. Se conformaba con media libra, con lo que fuera. “He tenido mala suerte”, dijo en voz baja con aquella manera recatada de hablar que asustaba a George más de lo que lo hubiese hecho un tono combativo. “Recuerde que estoy muy decepcionado”, dijo.

»Y George, en lugar de mandarlo al infierno, perdió la cabeza. “No lo conozco. ¿Qué quiere?”, le gritó y subió corriendo las escaleras para buscar a Cloete. “Mira en lo que ha quedado de todo este asunto... Ahora estamos a merced de ese tipo espantoso”. Cloete intentó demostrarle que el tipo no podía hacerles daño, pero George creía que de algún modo podía terminar provocando un escándalo, y él no podía vivir obsesionado con semejante horror. Si no hubiese estado tan cansado con todo aquel asunto, Cloete se habría echado a reír, pero de

pronto se le ocurrió una idea y cambió el tono. “Bueno, ¡puede que tengas razón! Para empezar voy a bajar las escaleras a decirle que se marche”. Al rato, regresó. “Ya se ha ido, pero puede que tengas razón, está sin un céntimo y eso siempre provoca desesperación, lo mejor sería sacarlo del país una temporada. Creo que el pobre tipo realmente necesita un empleo, no te voy a pedir mucho esta vez, sólo que permanezcas callado, yo intentaré convencer a tu hermano para que lo tome como primer oficial”. Al oír aquello George apoyó los brazos y la cabeza en el escritorio. Cloete sintió lástima por él, pero en el fondo estaba contento porque le había metido el diablo en el cuerpo a ese Stafford. Esa misma tarde le compró un traje azul y le dijo que iba a tener que presentarse en el barco y trabajar para ganarse la vida, que iba al salir al mar como primer oficial del Sagamore. El canalla no tenía muchas ganas, pero como no tenía nada para comer ni sitio donde dormir, y como además la mujer lo había amenazado con denunciarlo, no le quedaba otra opción. Cloete se hizo cargo de él durante un par de días. “Nuestro acuerdo sigue en pie”, le dijo. “El barco irá a Port Elizabeth, pero fondear allí es muy inseguro. Si por casualidad pierde el ancla en un vendaval hacia el noreste y encalla en la arena, como le ha sucedido a tantos otros, serán quinientos en tu bolsillo y un rápido regreso a casa. ¿Podrás hacerlo?”.

»Nuestro señor Stafford lo escuchaba con los ojos medio caídos. “Soy un buen marinero”, dijo con su aire modesto pero astuto, “y el primer oficial de un barco tiene muchas oportunidades para manejar las cadenas y las anclas a su gusto”. Al oír aquello Cloete le dio una palmada en la espalda. “Lo harás bien, mi noble marinero”.

»Lo siguiente que supo George fue a través de su hermano, que le contó que había tenido la oportunidad de complacer a su socio y de hacerlo con gusto, además, porque Cloete le caía muy bien. Le dijo que había aceptado tomar a un amigo suyo como primer oficial, que el tipo tenía problemas y por lo visto había estado el último año en tierra asistiendo a su esposa moribunda, que había tenido mala suerte... George protestó diciendo que no conocía a aquel hombre. Apenas lo había visto una vez y no le había parecido precisamente atractivo. El capitán Harry le contestó con su estilo bonachón: “No lo es, pero habrá que darle una oportunidad al pobre diablo, ¿no?”.

»El señor Stafford se presentó en el atracadero y por lo visto se las arregló para manipular como un mono esos cables, concentrado en Port Elizabeth. Los aparejadores habían extendido los cables en la cubierta para limpiar la bodega, el reciente primer oficial los vigiló cuando bajaron a tierra a comer, y envió al vigía también a tierra a comprarle una botella de cerveza; luego se dedicó a aflojar de

uno en uno los cabezales de las cadenas de cuarenta y cinco brazas de profundidad y les dio unos toques con un martillo sólo para asegurarse de que se soltaran. Como es lógico, los cables ya no eran seguros. Regresaron los aparejadores, y ya sabe cómo son: trabajan un día, descansan otro y de pronto es el domingo del Señor. Así que bajaron las cadenas a la bodega sin que el capataz les echara ni una mirada a las trabas. Total, ¿a él qué le importaba, si no viajaba en el barco? Salieron al mar dos días más tarde.

En ese punto fui demasiado ingenuo porque dejé escapar otro «Entiendo», que le ofendió porque me contestó con un grosero «No, usted no lo entiende», igual que el anterior. En el intercambio recordó el vaso con cerveza junto a su codo, se bebió la mitad, se limpió los bigotes y comentó sombrío:

—No crea que le voy a contar cómo es la vida en el mar, porque esta historia no es así; y si piensa usted agregar algo imaginario, que sea en este punto. Supongo que sabe lo que son diez días de mal tiempo en el Canal, ¿no? Yo tampoco. Da igual, pasaron diez días enteros. Una mañana Cloete llegó tarde a la oficina, escuchó dentro la voz de una mujer y se acercó. Había periódicos en el escritorio, en el suelo, la esposa del capitán Harry estaba sentada con los ojos enrojecidos y en la silla que estaba a su lado había una maleta. «Lee esto», le dijo George nerviosísimo pasándole una hoja. El corazón de Cloete empezó a acelerarse. ¡Ah! Un naufragio en la bahía de Westport. El Sagamore había encallado el domingo al amanecer, por eso los periodistas habían alcanzado a incluir la noticia en los artículos. Le dedicaban columnas enteras. El bote salvavidas había salido dos veces. El capitán y la tripulación seguían a bordo. Habían llamado a unos remolcadores para que los ayudaran y, si el tiempo mejoraba, aquel célebre y sublime barco aún tenía posibilidades de ser rescatado. Ya sabe cómo cuentan esas cosas los periodistas. La esposa de Harry estaba allí esperando para tomar un tren en la estación de la calle Cannon. Todavía faltaba una hora.

»Cloete llamó aparte a George y le susurró: “¡Aún pueden salvar al barco! ¡Maldita sea! Eso no debe suceder, ¿me oyes?”. Pero George lo miró aturdido. La esposa de Harry seguía sollozando en silencio: “Tendría que haber estado allí con él. Ahora iré a buscarle”. “¡Vamos juntos!”, gritó de pronto Cloete. Salió apresurado, le envió a la mujer una taza de Bovril caliente desde la tienda de enfrente y le compró una manta. Pensaba en todo. Durante el viaje la consoló y siguió hablándole para mantenerla animada, aunque en realidad era porque él no podía mantenerse quieto de tanta alegría. Por fin había sucedido, y ellos no tendrían que pagar nada. Estaba hecho. Y era cierto. Cada vez que lo pensaba se

ponía a fantasear. ¡Qué buena suerte! Era tanta la suerte que casi lo asustaba. Sentía ganas de gritar y de ponerse a cantar. Mientras tanto George Dunbar iba sentado en una esquina con un gesto tan demacrado y miserable que al final fue la propia señora Harry la que intentó consolarle a él, mientras se daba ánimos a sí misma hablando de cuán prudente era su Harry, que no arriesgaba la vida de la tripulación ni la suya en vano, cosas por el estilo.

»Lo primero que escucharon al llegar a la estación de Westport fue que el bote salvavidas había ido de nuevo al barco y que había traído al segundo oficial herido y a algunos marineros. El capitán y el resto de la tripulación, unas quince personas en total, seguían a bordo. Los remolcadores llegarían en cualquier momento.

»Llevaron a la esposa de Harry a una posada frente a las rocas. Ella subió corriendo las escaleras para mirar por la ventana y soltó un gran alarido al ver las ruinas. No pensaba descansar hasta no subir a bordo junto a su Harry. Cloete la tranquilizó todo lo que pudo: “Intente comer algo mientras nosotros vamos a hacer las averiguaciones”.

»Arrastró a George fuera de la habitación y le dijo: “Mira, ella no puede ir a bordo, pero yo sí. Me aseguraré de que Harry no se quede en el barco mucho más tiempo. Vamos a buscar al timonel del barco salvavidas”. George lo seguía casi temblando. Las olas anegaban el antiguo muelle, no había mucho viento pero sí un cielo salvaje, sombrío, que cubría toda la bahía. Lo único que se alcanzaba a ver en el horizonte era un remolcador alejándose hacia el mar, aparecía y desaparecía cada minuto con la precisión de un reloj.

»Encontraron al timonel del bote salvavidas que les dijo que sí, que pronto saldría de nuevo, y que no, que los que aún estaban a bordo no corrían ningún peligro, aún no al menos. Que el barco tenía pocas posibilidades de salvarse, pero, si el viento no volvía a subir y si el mar bajaba un poco, se podía intentar. Tras una breve charla aceptó llevar a Cloete consigo, supuestamente llevaba un mensaje urgente de los dueños para el capitán.

»Cada vez que miraba el cielo, tan amenazador, Cloete se sentía seguro. George Dunbar lo seguía por todas partes con la cara pálida y sin decir ni una palabra. Cloete se lo llevó a tomar un par de copas y poco a poco comenzó a animarse. “Así está mejor”, decía Cloete, “si no parece que me está acompañando un muerto. Deberías estar lanzando al aire tu sombrero de alegría, hombre. Yo tengo ganas de saltar en la mitad de la calle y ponerme a dar gritos de alegría. Tu

hermano está a salvo, el barco se ha perdido y nosotros somos ricos”.

»“¿Estás seguro de que el barco está arruinado?”, preguntó George. “Sería un golpe terrible que lo sacaran después de todo lo que he sufrido desde que me metiste esta idea en la cabeza y... además, volver a empezar con esta tentación... Porque nosotros no tenemos nada que ver con esto, ¿no es cierto?”.

»“Por supuesto que no”, dijo Cloete. “¿Acaso no estaba tu propio hermano a cargo? Ha sido algo providencial”. Entonces George gritó admirado: “¡Ah!”. Y Cloete le respondió alegre: “Bueno, digamos que ha sido el diablo, da igual. Tú tienes menos que ver con esto que un niño de pecho, eres demasiado blando”. Cloete casi había llegado a querer a George Dunbar. En fin, sí. Lo quería. No me refiero a que lo respetara, sino a que le tenía verdadero cariño a su socio.

»Volvieron al hotel casi dando saltitos y se encontraron a la esposa del capitán asomada a la ventana, con los ojos clavados en el barco como si quisiera cruzar volando la bahía. “Señora Dunbar”, gritó Cloete, “usted no puede ir al barco pero yo sí. ¿Quiere que le diga algo a su esposo? No sea tímida. Le repetiré fielmente cada una de sus palabras. Y si quiere que le envíe un beso también se lo daré, que me castiguen si no lo hago”.

»Hizo reír a la esposa de Harry con aquel rollo. “Señor Cloete, usted es un hombre tranquilo, razonable, por favor convenza a mi marido de que se comporte con prudencia. A veces puede ser muy obstinado y además siente mucho cariño por ese barco... Dígale que estoy aquí, que lo estoy mirando”. “Confíe en mí, señora Dunbar. Pero sea una buena mujer y cierre esa ventana, se va a resfriar si no lo hace y al capitán no le va a gustar salir de un naufragio y encontrarla tosiendo y estornudando tanto que no pueda oírle decir lo feliz que está de verle. Ahora, si me ayuda a conseguir un poco de cinta para ajustarme las gafas a las orejas, podré marcharme cuanto antes...”.

»No sé cómo llegó al barco. Sólo sé que cuando se subió estaba empapado, jadeante, entusiasmado y sin aliento. El barco estaba inclinado, bañado por la espuma, aunque no se movía demasiado, apenas como para ponerlo a uno un poco nervioso. Encontró a toda la tripulación reunida en la cubierta de proa, llevaban sus impermeables húmedos y tenían cara de enfermos. El capitán Harry se asombró muchísimo al verlo. “¡El señor Cloete! Por Dios, ¿qué está haciendo aquí?”. Entre jadeos Cloete le respondió que su esposa también estaba en la orilla, observándolo todo, y tras conversar un poco entre ellos el capitán Harry pensó que era un gesto extraordinariamente valiente y atento por parte del socio de su

hermano acercarse hasta él en ese momento. Le agradaba tener alguien con quien charlar. “Esto tiene muy mal aspecto, señor Cloete”, le dijo. Y Cloete se regocijó al oír que el capitán Harry lo había intentado todo pero que el cable se había partido al intentar echar el ancla. Era un desastre perder el barco, pero en fin, tenía que aceptarlo. De vez en cuando suspiraba profundamente. Cloete casi se arrepintió de haber subido al barco porque estar allí le oprimía el corazón. Se agacharon para cubrirse del viento, un poco separados del resto de hombres. El bote salvavidas había vuelto a partir después de dejar a Cloete a bordo, pero iba a regresar con la próxima marea para llevarse al resto de la tripulación si no se lograba poner al barco a flote. Caía la noche, era invierno, el cielo estaba oscuro y el viento era cada vez más fuerte. El capitán Harry se puso melancólico. “Se hará la voluntad de Dios. Si debemos dejarlo entre las rocas, lo haremos. Uno debe aceptar con valentía lo que Dios decide”. De repente se le quebró la voz y apretó el brazo de Cloete. “Pero siento que no soy capaz de abandonar el barco”, le susurró. Cloete miró a los hombres que estaban a su alrededor, parecían un rebaño hacinado, y pensó: ellos no van a tener ningún problema en abandonarlo. Entonces el barco se levantó un poco y luego volvió a caer haciendo un ruido sordo. La marea estaba subiendo y todos comenzaron a buscar el bote salvavidas con la mirada. Algunos hombres lo vieron a lo lejos junto a otros dos remolcadores, pero había regresado el temporal y ningún remolcador se iba a atrever a acercarse al barco.

»“Esto se ha acabado”, dijo el capitán Harry en voz muy baja. Cloete pensó que jamás en la vida había sentido tanto frío. “En este momento me da igual seguir vivo”, murmuró el capitán Harry. “Pero su esposa le espera en la orilla, le está mirando”, le dijo Cloete. “Sí, sí. Debe de ser horrible para ella ver nuestro viejo y pobre barco encallado aquí, porque éste ha sido nuestro hogar”.

»Cloete pensó que mientras el Sagamore se hundiera, a él no le importaba nada y que lo único que deseaba era estar en cualquier otro sitio. Hasta el más mínimo movimiento del barco le cortaba la respiración como un golpe, pero también era cierto que el peligro lo excitaba. El capitán le llevó aparte. “El barco salvavidas va a tardar más de una hora en acercarse. Mire señor Cloete, ya que está aquí y es usted tan valiente, hágame un favor”. Entonces le contó que abajo, en su cabina en la popa, dentro de un cajón, había un puñado de papeles muy importantes y unos sesenta soberanos en una pequeña bolsa de tela. Le pidió a Cloete si podía ir a recogerlos. Él no había bajado desde que el barco había encallado, le parecía que si le quitaba los ojos de encima un segundo el barco iba a acabar de romperse en pedazos. Los hombres ya estaban aterrorizados en ese punto, y si los dejaban solos ante alguna sacudida más fuerte eran capaces de bajar asustados uno de los botes. Alguno podía caerse al mar y ahogarse. “En los

estantes de mi cabina hay dos o tres cajas de fósforos si necesita luz”, dijo el capitán Harry. “Pero recuerde secarse las manos antes de buscarlas”.

»A Cloete no le gustaba el encargo, pero tampoco quería que se notara su miedo, así que al final se decidió a ir. Había muchísima agua en la cubierta principal y debió avanzar a tientas porque estaba oscureciendo. Cuando llegó cerca del mástil principal alguien lo cogió del brazo por sorpresa. Era Stafford, se había olvidado completamente de él. El capitán Harry había dicho algo sobre que el primer oficial no había resultado ser muy bueno pero nada grave. Al principio Cloete no lo reconoció con el impermeable puesto. Apenas vio una cara pálida de grandes ojos que le miraban. “¿Está satisfecho, señor Cloete?”.

»Cloete casi se pone a reír ante aquel comentario. Se sacudió para quitarse de encima la mano del hombre pero el tipo se movió rápido en la popa y lo siguió escaleras abajo hasta la cabina de aquel barco despedazado. Allí estaban los dos, casi no podían verse. “No intentaré hacerme creer que ha tenido algo que ver en todo esto”, dijo Cloete.

»Los dos temblaban por la emoción de estar a bordo en aquel momento. El barco saltaba y daba tumbos y ellos se tambaleaban a la vez, casi mareados. Cloete volvió a lanzar una carcajada ante aquella criatura miserable de Stafford, que fingía haber hecho algo muy desesperado. “¿Piensa que puede tratarme así?”, gritó el otro de repente.

»Una ola golpeó la popa, el barco entero se sacudió y crujió a su alrededor, el estruendo del mar los envolvió confundiendo a Cloete, le parecía que el otro gritaba como si estuviera loco. “¡No me cree! Vaya a ver la cadena de babor. ¿Piensa que se ha partido sola? Por qué no sube a verla. Dudo que encuentre el eslabón que falta porque esa cadena no se ha *partido*. Eso quiere decir que me corresponden mil libras. Ni una menos. Mil de inmediato, el día siguiente al que desembarquemos en tierra. No esperaré a que el barco se hunda, señor Cloete. Iré a ver a los del seguro aunque tenga que llegar a Londres caminando. ¡La cadena de babor! Les diré que miren la cadena de babor. La he aflojado a petición de los propietarios, inducido por un granuja llamado Cloete”.

»Cloete no entendía a qué venía todo aquello. Lo único que entendía era que el tipo pretendía timarlo y se dio cuenta de que se podía poner peor. “¿Cree que puede asustarme, canalla miserable?”, le preguntó y Stafford lo encaró, cada uno agarrado a un lado de la mesa del camarote. “No puede, maldito, no es usted más que un sucio vagabundo”. “Pero sí puedo asustar al otro, al del abrigo negro”.

»Se refería a George Dunbar. La cabeza de Cloete comenzó a dar vueltas. No creía que pudiera hacer ningún daño real pero conocía a George y sabía que iba a armar un escándalo, que iba a arruinar todo el negocio. Se quedó callado y escuchó al otro que, con el miedo, la tensión y la emoción, se había puesto a jadear como un perro. “Mil libras al bajar, veinticuatro horas después de llegar a tierra, pasado mañana. Ésa es mi última palabra, señor Cloete”. “Mil libras pasado mañana”, dijo Cloete, “de acuerdo, pero hoy apáñate con esto, sucio...”. Le dio un golpe en el hombro de pura rabia. Stafford se tuvo que apoyar sobre la mampara. Al ver aquello Cloete se acercó un paso más y le dio otro golpe cerca de la barbilla que lo hizo tambalearse hacia atrás y caer justo en el camarote del capitán, que estaba con la puerta abierta. Cloete lo siguió, escuchó el golpe de la caída y luego que rodó a sotavento. Cerró de un portazo y dio media vuelta a la llave. “Ahí tiene... a ver si con eso se tranquiliza”, pensó.

—¡Dios mío! —murmuré.

El viejo salió de su impresionante inmovilidad para girar la cabeza con el sombrero elegantemente echado a un lado y mirarme con aquellos ojos viejos, negros y sin brillo.

—Sí, le dejó allí —dijo con gravedad y se volvió de nuevo hacia la pared—. Cloete no podía permitir que nadie, y menos aún un tipejo como Stafford, se interpusiera en su proyecto de convertirse en hombres ricos, así que casi ni pensó en las consecuencias. A los tipos que se dedican a patentar medicamentos no les importa mucho lo que dicen o lo que hacen, creen que el mundo está ahí para creer en cualquier historia que ellos quieran inventar. Cloete se quedó quieto escuchando y se asustó al oír un golpe en la puerta y una especie de grito sordo y delirante que salía de la habitación del capitán. También le pareció oír su propio nombre entre el ruido espantoso que hacía el viejo Sagamore cada vez que subía y bajaba con la marea. Aquel ruido y el terrible golpe lo llevaron a salir de la cabina. En la popa recuperó el sentido, pero el corazón se le paralizó ante la oscuridad salvaje de la noche, pensó que tal vez él mismo iba a terminar ahogándose dentro de poco. Se asomó a la escalerilla. A pesar del viento y del oleaje logró escuchar las maldiciones y los golpes de Stafford a la puerta. Pensó: “No, ya no puedo confiar en él”.

»Cuando regresó a cubierta y le pidió disculpas al capitán Harry, que le preguntó si había podido recoger las cosas. Dijo que había tenido un problema con la puerta, que no la pudo abrir. “Y para serle sincero, no quise pasar más tiempo en la cabina, allí se oían ruidos que hacían pensar que el barco estuviera cayéndose a

pedazos". El capitán Harry pensó que Cloete debía estar muy nervioso porque a la puerta no le pasaba nada, pero le contestó: "Gracias, no se preocupe, no importa". Ahora todos buscaban el bote salvavidas con la mirada, cada uno pensando en sí mismo. Cloete se preguntó si alguien se preocuparía por Stafford, pero como había hecho un trabajo tan pobre en alta mar, cuando el barco encalló nadie reparó en él, a nadie le importaba lo que hacía o dónde se encontraba, y además estaba demasiado oscuro, era imposible saber cuántos eran. Vieron que se acercaba la luz del remolcador que arrastraba el bote salvavidas y el capitán Harry preguntó: "¿Estamos todos?". Alguien contestó: "Estamos todos aquí, señor". "Prepárense para abandonar el barco entonces", dijo el capitán Harry, "y que un par de hombres ayude al señor a embarcar primero". "Por supuesto, señor". A Cloete lo conmovió tanto aquella orden que estuvo punto de pedirle al capitán que le permitiera quedarse a bordo hasta el final, pero del bote salvavidas arrojaron los rezones contra el cordaje de adelante y entonces dos hombres lo sujetaron, esperaron el momento oportuno y lo empujaron al bote, de manera que quedó perfectamente a salvo.

»Cloete se sentía exhausto, no estaba acostumbrado a aquellos trotes, se sentó en la popa del bote y cerró los ojos. No quería ver aquellas olas blancas enfurecidas a su alrededor. Los hombres iban saltando de uno en uno. Luego escuchó la voz del capitán Harry gritando al viento algo al timonel, que esperara un momento, y algo más que no alcanzó a oír. El timonel le contestó: "No tarde mucho, señor". "¿Qué pasa?" preguntó Cloete a punto de desmayarse. "Algo de los papeles del barco", le contestó el timonel claramente ansioso. "No es un buen momento como para andar tonteando". Alejaron un poco el bote y esperaron. El agua los cubría como una sábana. Cloete estaba a punto de desmayarse. No podía pensar en nada, se sentía completamente entumecido hasta que alguien gritó: "¡Ahí está!". Vieron una figura que esperaba cerca del cordaje, tiraron del cable para acercarse y lo metieron en el barco sin esfuerzo. Hubo un pequeño griterío mezclado con los rugidos del mar. Cloete creyó escuchar la voz de Stafford hablándole al oído. El viento se apaciguó un instante y entonces le pareció que la voz de Stafford le decía apresuradamente algo al timonel, que por supuesto había estado junto a su capitán, pero que el viejo le dijo a último momento que debía ir a buscar los papeles del barco a la cabina de la popa, que había insistido en que quería ir él mismo y que le dijo a Stafford que se marchara al bote salvavidas. Él quería esperar al capitán pero justo hubo un momento de calma en la marea y le pareció que aquella era su única oportunidad.

»Cloete abrió los ojos. Sí, allí estaba Stafford, a su lado en el abarrotado barco salvavidas. El timonel se paró frente a Cloete y le gritó: "¿Ha oído lo que ha

dicho el primer oficial, señor?”. Cloete sintió que tenía el rostro de yeso, los labios. “Sí, lo he oído”, se obligó a contestar. El timonel esperó un instante y agregó: “No me gusta nada”. Se volvió hacia el oficial. Le dijo que era una pena que no hubiera aprovechado la calma para ir corriendo a buscar al capitán. Stafford le contestó al instante que sí, que había pensado hacerlo, pero que tenía miedo de perderse en la cubierta en medio de aquella oscuridad, y agregó: “Además el capitán podría haber subido en seguida y, creyendo que yo ya estaba en el bote, decirles que se marcharan dejándome allí”. “Es cierto”, contestó el timonel pero pasaron un par de minutos y murmuró: “Esto no tiene sentido”. De pronto Stafford levantó la voz y dijo con un tono profundo: “Yo estaba cerca y oí que el capitán le decía al señor Cloete que no sabía si iba a tener el valor de abandonar el viejo Sagamore. ¿O no fue eso lo que le dijo?”. Cloete sintió en la oscuridad que alguien lo agarraba del brazo en silencio. “¿No le dijo eso? Yo estaba a su lado, fue justo antes de que usted bajara a la cabina, ¿lo recuerda, señor Cloete?”.

»Entonces el timonel gritó: “Subiré a ver qué ha sucedido”. Cloete se sacudió la mano que lo sujetaba: “Voy con usted”.

»Cuando subieron el timonel le dijo a Cloete que fuera a la popa por un lado del barco y que él iría por el otro para encontrar al capitán. “Vaya a tientas por si se ha caído y yace insensible en algún rincón”. Cuando Cloete llegó por fin a la escalerilla de popa el timonel ya estaba ahí, mirando hacia abajo y husmeando. “Siento olor a humo por aquí”, dijo y luego gritó: “¿Puede oírme, señor?”. “No hace falta gritar”, dijo Cloete sintiendo que se le endurecía el corazón. Bajaron. Estaba completamente oscuro. La inclinación del barco era tan aguda que el timonel, buscando a tientas una manera de llegar a la habitación del capitán, se resbaló y cayó. Cloete lo escuchó gemir como si se hubiera lastimado y le preguntó qué sucedía. El timonel le contestó con calma que se había caído sobre el capitán, que yacía en el suelo inconsciente. Sin decir ni una palabra, Cloete comenzó a buscar a tientas en los estantes una caja de fósforos. Encontró uno y lo encendió. Vio al timonel, con su chaleco salvavidas, arrodillado junto al capitán Harry. “Hay sangre”, dijo el timonel levantando los ojos y el fósforo se apagó.

»“Espere un minuto”, dijo Cloete, “voy a buscar papel”. Al tocar los estantes había sentido el lomo de algunos libros. Fue encendiendo una hoja de papel tras otra mientras el timonel le daba la vuelta al pobre capitán Harry. “Está muerto”, dijo, “un disparo al corazón... aquí está el revolver”. Se lo alcanzó a Cloete, que lo observó y, antes de guardárselo en el bolsillo, descubrió en la culata una chapa con el nombre H. Dunbar grabado. “Era suyo”, murmuró. “¿Y de quién más podía ser?”, contestó de golpe el timonel. “Pero mire, antes de entrar en la cabina, se

quitó el impermeable. ¿Y qué es todo este papel quemado? ¿Por qué querría quemar los papeles del barco?”.

»Cloete notó que todos los cajones estaban sacados y le pidió al timonel que mirara bien dentro de ellos. “Están vacíos”, dijo el hombre. “Limpios. Parece que ha cogido todos sus papeles y ha encendido con ellos una hoguera. Esto es una locura. El capitán ha enloquecido y se ha suicidado. Me temo que tendrá que comunicárselo a la esposa”.

»“Siento que yo también estoy enloqueciendo”, dijo Cloete de pronto y el timonel le suplicó que por el amor de Dios se recompusiera y lo sacó de la cabina. Tuvieron que dejar el cuerpo allí. Como estaban las cosas apenas tuvieron tiempo de llegar al bote antes de que se levantara un furioso vendaval. Cloete lo hizo casi arrastrándose y el timonel cayó dando tumbos. “¡Soltad los cables!”, gritó, “el capitán se ha pegado un tiro”.

»Cloete parecía un cadáver, no le interesaba nada; ni siquiera le hizo caso a Stafford las dos veces que le apretó el brazo. Casi todo el pueblo de Westport estaba en el muelle esperando a los hombres que regresaban en el bote, y al principio hubo un alboroto de alegría al verles atracar, pero después de que el timonel les gritara algo el alboroto se apagó y todos quedaron en silencio. En cuanto Cloete apoyó el pie en tierra firme recobró sus sentidos. El timonel le dio la mano. “Pobre mujer, pobrecita, preferiría que fuera usted quien le diera la noticia”.

»“¿Dónde está el primer oficial?”, preguntó Cloete. “Fue el último en hablar con el capitán”. La tripulación estaba siendo trasladada al Mission Hall, donde ya habían encendido el fuego y habían preparado literas para todos. Alguien fue corriendo al muelle y volvió junto a Stafford. “¡Aquí está! El agente quiere hablar con usted”. Cloete lo cogió del brazo y se alejaron hacia la izquierda, donde estaba el muelle de pescadores. “Entonces quiere que cuide un poco de usted, ¿no?”, le dijo. El otro avanzó casi colgando de él, pero soltó una risita desagradable: “Le conviene hacerlo, pero con cuidado, sin trucos, señor Cloete, sin trucos, que ya estamos en tierra”.

»“Mire, a menos de cincuenta metros hay una estación de policía”, le dijo Cloete. Entraron a una cantina y lo empujó por el pasillo. El dueño salió de detrás de la barra. “Este señor es el primer oficial del barco que acaba de naufragar en las rocas”, explicó Cloete, “le pido que se haga cargo de él durante esta noche”. “¿Pero qué le pasa?”, preguntó el hombre. Stafford se apoyó en la pared del pasillo con un aspecto pálido. Cloete dijo: “Nada grave. Como podrá imaginar, está muy agotado.”

Yo pagaré su cuenta, soy el agente del barco. Me pasaré de nuevo en un par de horas para ver cómo está”.

»Cloete regresó al hotel. La noticia había llegado antes que él y lo primero que vio fue a George, blanco como el papel, esperándolo en la puerta. Cloete lo saludó con un cabeceo y entraron. La esposa de Harry estaba en la cima de la escalera. Cuando vio que sólo ellos dos subían, se cogió la cabeza con las manos y se fue corriendo hacia su cuarto. Nadie se había animado a decírselo, pero el hecho de no ver a su marido había sido suficiente para que se diera cuenta ella sola. Cloete oyó un aullido horrible. “Ve con ella”, le dijo a George.

»El rato que estuvo a solas en el salón privado, Cloete se bebió una copa de *brandy* y repasó los hechos. George regresó. “La casera está con ella”, dijo y se puso a dar vueltas por la habitación moviendo los brazos, hablando de un modo incoherente, con el rostro endurecido como jamás lo había visto antes. “El destino es el destino. Mi único hermano ha muerto y ahora que está muerto se han acabado todos sus problemas, pero nosotros estamos vivos”, dijo mirando a Cloete con los ojos secos y enardecidos, “y supongo que no olvidarás enviarle por la mañana un telegrama a tu amigo diciéndole que estamos llegando a la suma...”.

»Se refería al tipo de las patentes de medicamentos. “La muerte es la muerte y los negocios son los negocios”, seguía diciendo George, “y mira, tengo las manos limpias”, dijo mostrándoselas a Cloete, que pensó: “se está volviendo loco”. Lo agarró de los hombros y comenzó a sacudirlo. “¡Maldito seas, George; si al menos hubiese tenido la inteligencia de saber lo que debías decirle a tu hermano... Si hubieras tenido el coraje de al menos hablar con él en vez de comportarte como un animalito moral, él estaría vivo ahora!”, gritó.

»Al oírlo, George le clavó la mirada y luego se echó a llorar escandalosamente. Se arrojó sobre el sofá, enterró la cara en el cojín y gritó como un niño. “Así está mejor”, pensó Cloete. Lo dejó allí y le dijo al propietario que debía salir a hacer algunas gestiones aquella misma noche. La esposa del propietario, llorando, lo alcanzó en la escalera. “Señor, esa pobre mujer se va a volver loca”.

»Cloete sacudió la cabeza pensando: “¡No, no! No va a volverse loca, se repondrá, el único que puede volverse loco con todo este asunto soy yo. No es el dolor lo que vuelve locas a las personas sino la ansiedad”.

»Pero en eso Cloete estaba equivocado. Lo que afectó tanto a la esposa de

Harry fue el hecho de que se hubiera quitado la vida con ella, por decirlo de alguna manera, *mirándolo* por la ventana. La mujer pensó tanto en eso que, en menos de un año debieron internarla en un asilo. Tenía un aspecto muy tranquilo, ese tipo de melancolía discreta. Vivió muchos años más.

»En fin, aquella noche Cloete anduvo arriba y abajo, no había nadie en la calle, la agitación se había acabado. El propietario salió a recibirlo al pasillo y le dijo: “No está en su habitación. No hubo manera de convencerlo de que se metiera en la cama. Está en esa pequeña sala. Le hemos encendido la chimenea”. “Y le han dado de beber también”, dijo Cloete, “yo nunca dije que pagaría sus copas”. “¿Cuántas ha bebido?”. El otro le respondió que habían sido dos. “Está bien, no me importa pagar eso por un marinero que acaba de salvarse de un naufragio”, dijo Cloete y sonrió alegre: “¿Pero qué sucede?”. “Que él mismo ya las ha pagado”, le aclaró el propietario guiñándole un ojo. “¿Se las pagó en oro, no es así? ¡Hable!”. “¿A qué viene esto?”, gritó el hombre. “¿Y a usted qué le importa, eh? Yo le he dado el vuelto exacto en soberanos”.

»“De acuerdo”, contestó Cloete. Entró a la salita y vio a nuestro Stafford sentado junto al fuego, llevaba una camisa y pantalones del propietario, los pies enfundados en pantuflas. Cuando vio a Cloete bajó la mirada.

»“Usted prefería no volver a verme, señor Cloete”, dijo Stafford recatadamente. Cuando el tipo tenía en la mano la copa que quería, adoptaba un aire astuto y modesto, aunque no era alcohólico. “Pero como el capitán se ha suicidado, me he sentado aquí a pensar todo un poco mejor. Han sucedido tantas cosas: una conspiración para hundir el barco, un intento de homicidio y ahora este suicidio, porque si no ha sido un suicidio, señor Cloete, entonces resulta que yo conozco a la víctima del intento de asesinato más cruel y a sangre fría que se pueda imaginar, alguien que ha sufrido más de cien muertes y este intento de asesinato convierte a aquellas mil libras de las que hablamos en una suma bastante insignificante. Fíjese qué conveniente ha sido ese suicidio”.

»Y entonces levantó la mirada hacia Cloete, que le sonrió y se acercó a la mesa.

»“Ha matado a Harry Dunbar”, susurró. El tipo se lo quedó mirando y luego le mostró los dientes: “¡Claro que lo maté! Llevaba una hora y media atrapado en esa cabina como una rata. Me había encerrado allí para que me ahogara en el naufragio, era una situación de vida o muerte. ¡Claro que le disparé! Pensé que era usted, mi asesino, que había regresado para acabar conmigo. El

capitán abrió la puerta de golpe y me saltó encima, yo tenía el revólver en la mano y le disparé. Estaba enardecido, cualquier otro se habría vuelto loco por mucho menos”.

»Cloete lo miraba sin pestañear. “De acuerdo, ésa es su versión de los hechos”, y mientras hablaba sacudía un poco la mesa por la emoción. “Ahora escuche la mía. ¿De qué conspiración me está hablando? ¿Quién puede probar que había una conspiración? Usted estaba en ese barco para robar, estaba saqueando su cabina, él le sorprendió con las manos en los cajones y usted le disparó con su propio revólver. ¡Lo mató para robarle! Tanto su hermano como el resto de los empleados en la oficina sabían que Harry se había llevado sesenta libras al viaje. Sesenta libras de oro en una pequeña bolsa de tela. Él me dijo dónde estaban. El timonel del bote salvavidas puede declarar que todos los cajones estaban vacíos y es usted tan estúpido que en menos de media hora en tierra firme ha cambiado una libra de oro para pagar una copa. Escúcheme bien: si no se presenta pasado mañana en la oficina de los abogados de George Dunbar para hacer la declaración que corresponde al naufragio, enviaré a la policía a que le busque. Pasado mañana...”.

»¿Y qué cree usted que sucedió? Ese Stafford empezó a tirarse de los pelos. Sólo eso. Empezó a estrujarse la cabeza con las dos manos sin decir una palabra. Cloete dio un empujón a la mesa tan fuerte que a punto estuvo de tirarlo al suelo, la silla chocó contra el guardafuego de la chimenea y el tipo debió agarrarse para no caer en el fuego.

»“Sabe qué clase de hombre soy”, le dijo Cloete violentamente, “he llegado a un punto en el que no me importa qué sucede conmigo. Sería capaz de pegarle un tiro por dos peniques”.

Al oír eso el perro intentó esconderse bajo la mesa. Entonces Cloete se marchó, y cuando salió a la calle (ya sabe cómo son esos pueblecitos de pescadores: estaba todo oscuro, llovía a mares, además), el otro abrió la ventana de la salita y dijo con una voz llorosa:

»“Asqueroso yanqui desalmado... me las pagará algún día”.

Cloete se alejó con una amarga sonrisa porque sabía que en realidad ya se lo había hecho pagar, sólo que no sabía cómo.

Mi extraordinario rufián se bebió lo que quedaba de su cerveza mientras me

miraba por encima del vaso con sus ojos negros y hundidos.

—No me queda muy claro —dije—. ¿Cómo se lo había hecho pagar?

Se relajó un poco y me explicó casi sin desprecio que al morir el capitán Harry la mitad que le correspondía de la póliza del seguro era de su esposa, y sus hombres de confianza, como suele suceder, invirtieron todo en bonos de deuda pública. Consiguieron lo suficiente como para que ella viviera tranquila. La parte de George Dunbar, como Cloete temía desde el principio, no fue suficiente para lanzar el medicamento correctamente, por lo que finalmente quedaron prácticamente arruinados.

—Por curiosidad —dije—, me gustaría saber cuál es la fuerza motriz de esta trágica historia: ¿sabe qué medicamento era?

El otro dijo el nombre y yo eché un silbido respetuoso. Nada menos que las pastillas Parker para el lumbago. ¡Qué gran oportunidad!

—Las conoce seguro. Todo el mundo las conoce. Al menos la mitad de las personas del planeta las han probado alguna vez.

—¡Vaya! Sí que perdieron una gran fortuna.

—Sí —murmuró—, y sólo por una bala de revolver.

Luego me contó que al final Cloete regresó a los Estados Unidos en un barco de carga que salió del puerto de Albert. La noche antes de partir se lo cruzó vagando por los muelles y lo invitó a casa a tomar una copa.

—Era un tipo divertido, Cloete. Nos pasamos la noche bebiendo grogs hasta que le llegó la hora de embarcar.

Y fue entonces cuando Cloete, sin amargura pero ya cansado, le contó toda la historia con esa franqueza totalmente inconsciente que tienen los vendedores de medicamentos, tan ajenos a las normas morales. Cloete cerró la historia señalando que «ya había tenido más que de sobra de la vieja patria». George Dunbar se había puesto en su contra al final. Como es lógico, Cloete estaba un poco desilusionado.

En cuanto a Stafford, murió como un holgazán profesional en un hospital del East End. Su último día pidió a gritos «un párroco», sentía remordimientos por haber asesinado a un hombre inocente.

—Quería que alguien le dijera que estaba todo bien —agregó mi rufián con desprecio—. Le dijo al párroco que yo conocía al tal Cloete que había intentado matarlo y entonces el párroco (que trabajaba con los obreros del muelle) se me acercó en una ocasión y me contó todo lo que le había dicho. Por lo visto, el canalla, cuando se dio cuenta de que estaba atrapado en la cabina, empezó a pedir a gritos misericordia. Prometió que sería más bueno y todo eso, pero después enloqueció, se puso a gritar y a golpearse la cabeza contra las paredes. Se puede imaginar todo lo que le contó al párroco. Hasta que se cansó de intentar salir y se rindió. Se tiró al suelo, cerró los ojos y se puso a rezar. Según le dijo al párroco, intentaba recordar alguna oración para pedir una muerte rápida, así de asustado estaba. Le dijo que si hubiese tenido un cuchillo se hubiera cortado la garganta allí mismo para acabar de una vez, y que entonces se le ocurrió que lo mejor era intentar arrancar la madera que rodeaba la cerradura, pero como no tenía cuchillo, se puso a llorar y a pedirle a Dios a gritos que le enviara alguna herramienta. Entonces se le ocurrió: ¡un hacha! En todos los barcos siempre hay un hacha de emergencia en algún cajón de la cabina del capitán. Se levantó de un salto. Todo estaba a oscuras. Comenzó a revisar los cajones buscando fósforos y lo primero que encontró fue el revólver del capitán Harry, que encima estaba cargado. Ahí se quedó mucho más tranquilo porque ahora podría disparar a la cerradura, ¿se da cuenta? ¡Se había salvado! ¡Era un mensaje de Dios! Además encontró las cajas de fósforos. Y pensó: ya que estoy voy a buscar a ver si hay algo más.

»Encendió un fósforo y vio la pequeña bolsa de tela en el fondo de un cajón. Al instante supo de qué se trataba. Se la metió rápido en el bolsillo. ¡Ajá!, pensó, voy a necesitar más luz. Así que arrojó una cantidad de papeles al suelo, encendió el fuego y rápidamente se puso a buscar más objetos valiosos. ¿A usted qué le parece? Le contó a aquel párroco del East End que el diablo lo había tentado. Primero había sido un mensaje de Dios y luego la tentación del diablo, como si se turnaran.

»Todos los canallas dicen esas cosas cuando están angustiados. Estaba tan ocupado registrando los cajones que lo único que escuchó fue el grito. ¡Cielo santo! Levantó la vista, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta (Cloete había dejado la llave puesta en la cerradura) y vio al capitán Harry erguido, justo encima; tenía un aspecto feroz frente a la luz de aquella hoguera de papeles. Los ojos se le salían de las órbitas. “¡Ladrón!”, le gritaba. “¡Un marinero, un primer oficial, no puede ser! Un miserable como usted merece quedarse aquí y ahogarse”.

»Stafford, en su lecho de muerte, le contó al párroco que cuando oyó aquellas palabras volvió a enloquecer. Sacó la mano del cajón, buscó el revólver y

disparó sin siquiera apuntar. El capitán Harry cayó estrepitosamente como una piedra sobre la fogata y ahogó las llamas. Volvió a quedarse a oscuras. No se oía nada. Stafford se quedó escuchando un instante y luego soltó el revólver y salió corriendo hacia la cubierta como un loco.

El viejo golpeó la mesa con su pesado puño.

—Lo que me enferma es oír que esos estúpidos remeros le cuentan a la gente que el capitán se suicidó. ¡Qué va! El capitán Harry era un hombre capaz de enfrentarse a su propio Dios en el cielo y a cualquiera aquí en la tierra. No era de los que le temen a la vida. ¡Él sí que no! Era todo un hombre. Me dio mi primer trabajo como estibador apenas tres días después de mi boda.

Como lo vi defender tan vehemente al capitán Harry de su acusación de suicidio, no le agradecí el material que me acababa de dar. Después de todo, tampoco valía tanto.

Sé que es casi inverosímil pensar que sucedan este tipo de cosas en nuestro respetable Canal y a plena vista, digamos, del lujoso tráfico continental entre Suiza y Montecarlo. Para que esta historia fuera creíble debería haber transcurrido en algún mar del sur, pero hubiese sido demasiado trabajoso adaptarla para el consumo de los lectores de revistas, así que la presento aquí cruda, tal cual como me la contaron, aunque, por desgracia, sin el sorprendente efecto que le imprimía el narrador, el rufián más extraordinario que jamás haya tenido el poco romántico negocio de los estibadores del puerto de Londres.

FREYA DE LAS SIETE ISLAS

I

Cierto día —hace ya muchos años— recibí una larga y agradable carta de uno de mis antiguos compañeros de aventura por los mares de Oriente. Él seguía afincado por allí, pero llevaba una vida tranquila y era de mediana edad. Lo imaginaba convertido en un hombre corpulento y casero, al que había alcanzado por fin el destino común a todos los hombres, menos a los especialmente amados por los dioses, que suelen caer antes en combate. Era una de esas cartas repletas de «¿Te acuerdas de...?», una misiva melancólica llena de miradas al pasado. Entre otras cosas me decía: «Estoy seguro de que recuerdas al viejo Nelson».

¡Al viejo Nelson! Por supuesto que sí. Para empezar no se llamaba Nelson. Eran los ingleses del archipiélago quienes lo llamaban Nelson, supongo que porque les parecía más cómodo, y él no se quejaba jamás. Habría podido interpretarse como pedantería. Su auténtico apellido era Nielsen. Ya estaba en Oriente mucho antes de la llegada de los cables telegráficos, trabajó para empresas inglesas, se casó con una joven inglesa y durante muchos años fue uno de los nuestros y navegó por el archipiélago malayo de arriba abajo, de izquierda a derecha, en semicírculos, en zigzag, y haciendo ochos durante años.

No había esquina de aquellas aguas tropicales que la empresa del viejo Nelson (o Nielsen) no hubiera recorrido, con fines fundamentalmente pacíficos. Si se trazaba el dibujo de su estela, el mapa del archipiélago, tal vez con la única excepción de Filipinas, habría quedado cubierto como por una tela de araña. Jamás se acercó a aquella zona por un misterioso miedo a los españoles, o, por ser más precisos, a las autoridades españolas. No es fácil adivinar lo que pensaba que podían hacerle. Puede que en algún momento de su vida leyera algunas historias oscurantistas sobre la Inquisición.

En términos generales se podía decir que tenía miedo de lo que él llamaba las «autoridades», no precisamente de las inglesas, en las que confiaba y que le infundían un gran respeto, sino de las otras dos que estaban presentes en aquella parte del mundo. A los holandeses no les tenía tanto miedo como a los españoles, pero de los primeros desconfiaba incluso más. En realidad su naturaleza era muy desconfiada. Según él los holandeses eran capaces «de hacerle una canallada a cualquiera» que tuviera la desgracia de enfadarles. Tenían sus leyes, pero a la hora

de la verdad nunca jugaban limpio. Daba lástima contemplar su verdadera inquietud al tratar con el más ínfimo funcionario por un negocio de cincuenta libras, y recordar luego que aquel hombre había llegado a pasearse con toda tranquilidad por pueblos de caníbales de Nueva Guinea (y habría que añadir también que siempre estuvo entrado en carnes y cualquiera lo habría podido considerar un «plato apetitoso»).

¡Que si me acordaba del viejo Nelson! ¡Cómo no! Aunque lo cierto es que nadie de mi generación lo había conocido en activo. En nuestra época ya estaba «retirado». Había comprado o alquilado al sultán una parte de una isla de un grupo llamado las Siete Islas, que quedaba al norte de Banka. Me imagino que se trataría de un acuerdo legal, aunque no tengo la menor duda de que, si hubiese sido inglés, los holandeses lo habrían echado de allí sin contemplaciones. En ese sentido su verdadero apellido le había sido muy útil y, como era un danés de lo más tranquilo y su conducta irreprochable, lo dejaron a su aire. Tenía todo su dinero invertido en plantaciones y se aseguraba de no cometer irregularidades. Ésa era la razón por la que no le agradaba Jasper Allen, aunque de él hablaremos más adelante. ¡Sí! No era difícil recordar aquel *bungalow* enorme y acogedor alzado sobre la ladera y en él al corpulento Nelson, vestido casi siempre con camisa y pantalones blancos (acostumbraba a quitarse la chaqueta a la mínima oportunidad), los ojos grandes y azules, el bigote desarreglado y muy rubio, disparado en todas las direcciones como si se tratara de las púas de un puercoespín, y su tendencia a sentarse y a abanicarse constantemente con el sombrero. Aunque no tiene sentido prolongar más tiempo que a quien recordábamos por encima de todo era a su hija. Por aquella época fue a vivir con él y acabó convirtiéndose en una especie de Señora de las Islas.

Freya Nelson (o Nielsen) era una de esas jóvenes que no se olvidan jamás. Tenía un perfecto óvalo como rostro, y, en el interior de aquel marco fascinante, la más agradable disposición de líneas y rasgos junto a una piel extraordinaria. Todos aquellos elementos unidos conformaban una impresión de salud, fuerza y algo que podría definirse como aplomo inconsciente, una naturaleza resuelta y, a la vez, caprichosa. No diré que sus ojos parecían violetas porque en realidad tenían un color especial, menos brillante y a la vez más luminoso. Fuera cual fuera su estado de ánimo, los tenía siempre muy abiertos y miraba con ellos con una franqueza desarmante. Jamás la vi bajar aquellas pestañas densas y oscuras —me imagino que Jasper Allen sí la vio, pero él fue un privilegiado—, pero no me cabe duda de que la expresión sería delicada y compleja. Fue el mismo Jasper quien me dijo en cierta ocasión, con un entusiasmo conmovedoramente idiota, que Freya podía sentarse sobre su propio pelo. Puede ser, puede ser. No tuve la oportunidad de

contemplar semejantes maravillas, de modo que tuve que conformarme con contemplar la pulcra y favorecedora forma en la que se lo recogía para no ocultar su hermosa cabeza. Cuando las persianas de la galería estaban echadas y todo quedaba inundado en una penumbra agradable, o en alguna ocasión a la sombra de los árboles frutales que había junto a su casa, su pelo era tan brillante que parecía desprender una luz propia y dorada.

Casi siempre iba vestida de blanco con unas faldas hasta los tobillos que dejaban ver unas botas marrones atadas con cordones. Si llevaba algún color más solía ser el azul. Ningún esfuerzo parecía cansarla. Yo la llegué a ver desembarcar de un bote después de estar un buen rato remando al sol (muchas veces lo hacía sola), sin la respiración jadeante ni un pelo fuera de lugar. Todas las mañanas, cuando salía a la galería, lo primero que hacía era mirar hacia el horizonte en dirección a Sumatra, al otro lado del mar, tan radiante como una gota de rocío. Pero las gotas de rocío son evanescentes y en Freya no había nada evanescente. Tenía unos brazos fuertes y bien torneados, las muñecas finas y una manos anchas y resistentes, de dedos largos.

Desconozco si había nacido en el mar; lo que sí sé es que hasta los doce años estuvo navegando con sus padre en varios barcos. Cuando el viejo Nelson perdió a su mujer se le planteó el problema de qué hacer con aquella chica. Una amable mujer de Singapur a quien conmovió su pena y su desconcierto se ofreció para hacerse cargo de Freya, y llegaron a un acuerdo que duró seis años, después de lo cual el viejo Nelson (o Nielsen) se «retiró» y estableció en su isla, y decidió también (ya que la señora había decidido regresar a Europa) que su hija regresara con él.

De los preparativos que se hicieron para su llegada el más importante de todos fue que el hombre encargó a su agente en Singapur un piano Steyn and Ebbhart de «cola larga». En aquella época yo era el capitán de un pequeño vapor que se dedicaba al comercio y me tocó hacer el porte, de modo que algo sé de primera mano de aquel piano de «cola grande» de Freya. El desembarco lo hicimos en una caja enorme y sobre una roca plana que estaba localizada entre unos arbustos y en el transcurso del traslado estuvimos a punto de desfondar uno de mis botes. Acto seguido, y gracias a la ayuda de toda la tripulación, maquinistas y fogoneros incluidos, con mucha imaginación, ayuda de rodillos, palancas, poleas y rampas untadas con jabón, trabajando bajo el sol conseguimos llevarlo hasta la casa y subirlo al extremo de la galería este, que era la sala de estar del *bungalow*. Después de abrir la caja con extremo cuidado vimos por primera vez aquel hermoso monstruo de palisandro. Con una alegría reverente lo empujamos contra la pared y suspiramos por primera vez en el día. Nadie dudaba de que desde la

creación del mundo en esa pequeña isla no había habido jamás un objeto móvil tan pesado como aquél. El *bungalow* completo hacía de caja de resonancia y adquiría un volumen prodigioso que sonaba sobre el mar. Jasper Allen me contó en cierta ocasión que podía escuchar perfectamente desde la cubierta del Bonito (un fantástico y rapidísimo bergantín) a Freya haciendo escalas en la galería. También le dije más de una vez que fondeaba demasiado cerca del cabo. Es verdad que lo más frecuente es que estos mares estén tranquilos y la zona de las Siete Islas habitualmente despejada. Eso no impedía que de cuando en cuando cayera alguna tormenta sobre Banka, o que una de esas violentas borrascas que suelen azotar la lejana costa de Sumatra hiciera una pequeña incursión sobre las islas y durante un par de horas las envolviera de remolinos de vientos y una azulada y siniestra oscuridad. En esos momentos, con el sonido de las persianas repiqueteando bajo el viento y los temblores de todo el *bungalow*, Freya se sentaba al piano y tocaba música de Wagner en medio del cegador resplandor de los rayos. Jasper permanecía inmóvil en la galería, adorando la espalda de aquella mujer flexible y ondulante, el brillo prodigioso de su cabello rubio, las ágiles manos sobre el teclado y su blanca nuca mientras su barco se agitaba sujeto por cables a una distancia prudencial de aquellas rocas negras y brillantes. ¡Ah!

Y todo aquel esfuerzo sencillamente para regresar de nuevo por la noche hasta el barco, apoyar la cabeza en la almohada y tener la sensación de que estaba más cerca de su Freya y que dormía con ella en el *bungalow*. ¡Había que verlo para creerlo! Y eso que aquel bergantín era el futuro hogar de los dos, un paraíso flotante que estaba acondicionando poco a poco para poder navegar con Freya durante toda la vida. ¡Pobre idiota! Aquel hombre no hacía más que correr riesgos.

Recuerdo una ocasión en la que pude ver con Freya desde la galería cómo se acercaba el bergantín desde el norte. Me imagino que Jasper tenía su catalejo apuntando en dirección a la joven. ¿Y qué se le ocurrió hacer? En lugar de continuar a lo largo del bajío durante una milla y media más, y después virar para poder anclar fácilmente como habría hecho cualquier marino razonable, localizó un hueco entre dos peligrosos arrecifes, giró bruscamente el timón y metió el bergantín en medio. Las velas se agitaron tanto que lo pudimos escuchar desde el porche. Yo silbé y a Freya se le escapó un juramento. ¡Así fue! Cerró los puños, dio una patada con su bonita bota marrón y gritó: «¡Diablos!». A continuación me miró un poco azorada —no demasiado— y me dijo:

—Disculpe, había olvidado que estaba usted aquí. —Y se puso a reír.

Así era, así era... Cuando Jasper aparecía en el horizonte Freya se olvidaba

del resto del mundo. A mí me seguía preocupando aquella broma absurda y no pude evitar apelar a su sentido común:

—Ese hombre es idiota —dije con énfasis.

—Un auténtico imbécil —respondió ella con cariño y sin dejar de mirarme con sus enormes ojos abiertos y serios. Aunque en sus labios ya había empezado a perfilarse la sonrisa.

—Y todo para poder estar con usted veinte minutos antes.

Escuchamos cómo arrojaba el ancla y Freya decidió adoptar de pronto una pose amenazadora.

—Espere aquí, yo le enseñaré.

Me dejó a solas, se fue a su habitación y se encerró en ella después de darme unas instrucciones. Ni siquiera habían terminado de recoger las velas del bergantín y Jasper ya estaba subiendo las escaleras de tres en tres. Miró a un lado y a otro y sin tomarse siquiera la molestia de saludar me dijo:

—¿Y Freya? Estaba aquí hace un segundo.

Cuando le dije que durante una hora iba a verse privado de la presencia de Freya para que «aprendiera a lección», me respondió que estaba seguro de que había sido yo quien le había metido esa estupidez en la cabeza y que, como siguiera intimando tanto con ella, llegaría el día en que se vería obligado a pegarme un tiro. A continuación se dejó caer en la primera butaca y se puso a relatarme su viaje. Lo más divertido de todo era que el hombre sufría de verdad y era evidente. De pronto se le quebró un poco la voz y se quedó mirando la puerta melancólicamente. Eso fue lo que ocurrió... Más gracioso resultó ver cómo la joven salía de la habitación antes de que hubiesen pasado ni diez minutos. En ese momento me marché, quiero decir que fui en busca del viejo Nelson (o Nielsen), que estaba en la galería trasera, su lugar preferido de toda la casa, para darle un poco de agradable conversación y que no se pusiera a husmear por ciertos lugares de su propia casa en los que tal vez su presencia no sería muy bienvenida.

Nelson sabía que el bergantín había llegado ya, lo que no sabía era que Jasper ya estaba con su hija. Supongo que jamás habría podido sospechar que hubiese subido tan rápido. Ningún padre lo habría creído en realidad. Sospechaba que Allen miraba con ojos cariñosos a su hija, pero eso era algo de lo que ya se

habían dado cuentas las aves del cielo, los peces del mar, los comerciantes de todo el archipiélago y la mayoría de los habitantes de Singapur. Lo que no era capaz de calibrar Nelson con justicia era hasta qué punto Freya estaba enamorada de aquel hombre. Estaba convencido de que Freya era lo bastante sensata como para enamorarse de alguien... o al menos para hacerlo sin moderación. Y en realidad no era ése el motivo por el que solía sentarse en el porche trasero tan preocupado durante las visitas de Jasper. Lo que le inquietaba en realidad eran las «autoridades» holandesas, y es que no le faltaba razón en sospechar que los holandeses miraban con malos ojos las idas y venidas de Jasper Allen, dueño y señor del bergantín Bonito. Les parecía que era demasiado arriesgado en los negocios que emprendía. No tengo constancia de que Jasper hiciera nada ilegal, pero creo recordar que era su intensísima actividad la que le resultaba insufrible al carácter lento y tranquilo de los holandeses. Para el viejo Nelson el capitán del Bonito era un joven agradable y buen marino, pero no era demasiado conveniente ser amigo suyo. Se trataba de una situación comprometida porque tampoco quería prohibirle abiertamente a Jasper que se presentara en la casa. El viejo Nelson era en el fondo un hombre de buen corazón y no le habría gustado ni ofender a un caníbal a no ser que antes lo hubieran ofendido mucho. Y me estoy refiriendo ahora a los sentimientos, no a los cuerpos. Si de lo que hablamos es de lanzas, cuchillos, hachas y palos se podía decir del viejo Nelson que ya había demostrado ser capaz de enfrentarse a unos cuantos, aunque en otros terrenos pudiera parecer más cobarde. Ésa era la razón por la que se sentaba en la galería trasera con gesto preocupado, y cuando escuchaba entrelazadas la voz de Jasper y la de su hija, hinchaba los carrillos y resoplaba lúgubrementemente, como alguien a quien estuvieran sometiendo a una difícil prueba.

Como es lógico, a medida que el hombre me iba confesando sus temores yo intentaba quitarles importancia. Me consideraba un hombre de juicio y en cierto modo me respetaba, no tanto por mis cualidades morales como por las buenas relaciones con las «autoridades» holandesas que pensaba que tenía. Yo sabía que su peor pesadilla en este mundo, el gobernador Banka —un contraalmirante retirado y malhumorado—, sentía un aprecio enorme por él. Siempre que podía le recordaba aquello al viejo Nelson (o Nielsen) para que se tranquilizara un poco, pero no podía evitar que al final siempre acabara negando con la cabeza, como si dijera que todo aquello estaba muy bien, pero que existían ciertas profundidades en los funcionarios holandeses que sólo él conocía. Algo completamente absurdo.

En este episodio en particular que estoy relatando, el viejo Nelson estaba más inquieto de lo normal, porque, aunque estaba intentando entretenerlo, con un episodio muy cómico y casi escandaloso que le había sucedido en Saigón a un

conocido nuestro, de pronto gritó:

—¿Y qué diablos vendrá a hacer aquí?

Era evidente que no había escuchado ni una sola palabra de toda la anécdota, cosa que me molestó, porque era muy buena. Lo miré fijamente.

—Vamos, hombre —le dije—. ¿Es que no sabe por qué viene Jasper Allen a su casa?

Aquella fue la primera vez en mi vida que hacía una referencia abierta a la relación que tenían Jasper y su hija. Se lo tomó con mucha tranquilidad.

—¡Pero Freya es una chica razonable! —murmuró con aire un poco ausente sin dejar de pensar ni un segundo en las «autoridades». Y en eso tenía razón: Freya no tenía un pelo de tonta, no era ése el motivo de sus preocupaciones, eso no le preocupaba lo más mínimo. Aquel hombre le resultaba agradable, nada más.

Cuando mi perspicaz compañero se fue murmurando la casa volvió a quedarse en silencio. Los otros dos se divertían sin hacer ruido y sin duda efusivamente. ¿O es que acaso se podía encontrar una efusión más entretenida y menos ruidosa que planear el futuro? Los dos debían de estar en la galería mirando el bergantín, el tercero en discordia en aquel fascinante plan. Sin él no tenían ni la menor posibilidad de un futuro. Aglutinaba a la vez el hogar y la posibilidad de una fortuna, gracias a él el mundo era todavía ancho y libre. ¿Quién cometió la equivocación de comparar el barco con una cárcel? Que me ahorquen de la manera más vil si eso es cierto. Las blancas velas de aquel bergantín eran como las alas —níveas quedaría incluso mejor—, las níveas alas con las que se elevaba su amor. Elevado por hablar sólo de Jasper, en cuanto a Freya, como mujer que era, tenía también un sentido más prosaico de lo que implicaba aquella relación.

Aun así era Jasper el que se sentía flotando en el sentido más literal de la palabra desde el día en que se quedó mirando el bergantín en uno de esos silencios cruciales que bastan para entablar una perfecta comunión entre criaturas dotadas de palabra, y le propuso que compartiera con él la propiedad de aquel tesoro. Se lo ofreció entero, en realidad, pero de hecho su corazón formaba parte integrante del bergantín desde que se lo compró en Manila a un peruano de mediana edad vestido con un sobrio traje negro, tan enigmático y misterioso hasta donde me contaron que muy bien había podido haberlo robado en alguna costa de Sudamérica, desde donde le dijo que había partido hacia Filipinas por «motivos

familiares». Lo de los «motivos familiares» fue en cualquier caso un acierto de excusa, porque ningún caballero se habría animado a preguntar nada más después de aquello.

Y nadie duda de que Jasper era todo un caballero.^[49] En aquella época el bergantín era también negro y misterioso y estaba muy sucio, era una joya a la que el mar había deslustrado un poco, una obra maestra un poco descuidada, y realmente debió de ser un artista el anónimo constructor que se encargó de ensamblar las más recias maderas tropicales con el cobre más sólido para dar forma a aquellas elegantes líneas. Sólo Dios sabe en qué lugar del mundo se construyó. No consiguió averiguar gran cosa de la historia del barco de aquel misterioso peruano, eso sí es que era realmente un peruano y no el diablo disfrazado de negro, como a veces bromeaba Jasper. A mí me daba la sensación de que el barco era lo bastante antiguo como para haber podido ser uno de los últimos barcos piratas, tal vez un barco negrero, o incluso uno de los primeros clípers de opio, si no de contrabando de opio.

Fuera como fuera, el barco seguía siendo tan sólido como el primer día que tocó el agua, navegaba como un petrel, se manejaba con la misma facilidad de un bote y era parecido a una de esas hermosas mujeres de vida un poco salvaje, parecía tener en las venas el secreto de la eterna juventud, por eso no parecía tan raro que Jasper lo tratara como a una amante. Y fue precisamente aquel trato el que le acabó devolviendo todo el brillo de su belleza. Lo embelleció con muchas capas de pintura blanca tan bien aplicada, con tanta gentileza y tan buen oficio, con una tripulación de malayos elegidos de manera tan eficaz que no hay esmalte de los que usan los joyeros que hubiera resultado más suave al tacto. Cuando la nave estaba sobre el agua una estrecha moldura dorada delineaba la arrufadura y la hacía poder competir con cualquier nave de recreo que se acercara a las costas orientales en aquellos días. Yo le comenté a Jasper en cierta ocasión que por mi parte prefiero las molduras color carmesí sobre el casco blanco, pero para él no había nada como el pan de oro, y es que ninguna decoración podía ser para él lo bastante espléndida cuando se iba a convertir en el hogar de su Freya.

Lo que sentía por su bergantín y lo que sentía por la joven eran dos emociones tan estrechamente entrelazadas en su corazón como dos metales que hubiesen sido fundidos en un mismo crisol. Y nadie duda de que la llama era poderosa. Provocaba en él una inquietud interna que se manifestaba tanto en su actividad como en su deseo. Aquel rostro suyo tan fino con un flequillo de pelo castaño que le caía a un lado, los miembros largos y el brillo en los ojos, aquellos movimientos rápidos y a veces bruscos me hacían recordar muchas veces la

imagen de una hoja de espada desenvainada una y otra vez. Sólo cuando se encontraba cerca de ella desaparecía aquella tensión para dar paso a una atención grave y devota de hasta el menor de sus movimientos y sus palabras. La calma de Freya, fría, resuelta, eficaz y segura, parecía calmar su corazón. ¿Era la magia del rostro lo que lo calmaba o su voz y sus palabras? Todo aquello era precisamente lo que había encendido su imaginación, si es cierto eso de que el amor empieza en la imaginación. Pero no es a mí a quien corresponde resolver ese tipo de misterios, y ahora me doy cuenta de que nos hemos olvidado del pobre Nelson, hinchando los carrillos de preocupación en la galería trasera.

Le dije que Jasper tampoco los visitaba con tanta frecuencia, que no paraba ni un día de viajar con su bergantín por todo el archipiélago, pero Nelson se limitó a responder inquieto:

—Por lo menos espero que Heemskirk no aparezca por aquí mientras Jasper esté cerca con su bergantín.

¡Y ahora me venía con miedos a Heemskirk! ¡A Heemskirk! Santa paciencia...

II

¿Se puede saber, por piedad, quién era ese Heemskirk? Explicaré enseguida lo poco razonable que era ese temor a Heemskirk. No hay duda de que se trataba de un sujeto de carácter malvado, bastaba escuchar su risa para darse cuenta. No hay nada que revele más información sobre el talante secreto de un hombre que el sonido de su risa más libre, pero también es verdad que si nos atemorizáramos por el sonido de cualquier risa diabólica como una liebre ante el menor ruido extraño no podríamos vivir más que en la soledad del desierto o en la reclusión de una ermita. Y hasta en esa situación no podríamos evitar la constante compañía del diablo.

Al menos del diablo se podía decir que era un personaje importante y que había tenido un glorioso pasado entre las huestes celestiales, pero entre las jerarquías terrenales y holandesas Heemskirk no sólo no había tenido un comienzo muy espléndido sino que, con cuarenta años, no era más que un oficial de la marina que tampoco podía presumir de muchos contactos ni de especiales habilidades. Estaba al mando del Neptun, una pequeña lancha cañonera que se encargaba de misiones de vigilancia por el archipiélago para proteger a los comerciantes. No era más que un cargo menor, un pequeño teniente de navío de mediana edad, con veinticinco años de experiencia, y que no iba a tardar demasiado en jubilarse, poco más.

Jamás le importó en absoluto lo que sucedía en las Siete Islas hasta que en alguna conversación con Mintok o Palembang seguramente se enteró de que por allí vivía una hermosa joven. Más que nada por curiosidad empezó a frecuentar la zona, y cuando vio por primera vez a Freya tomó la costumbre de visitar el pequeño archipiélago siempre que se encontraba a medio día de navegación a vapor.

No quiero tampoco dar a entender que Heemskirk era el típico oficial de marina holandés. Ya he visto los suficientes en mi vida como para no caer más en ese absurdo error. Su rostro era grande y bien afeitado, tenía unas mejillas grandes y planas, la nariz delgada y aguileña y una boca pequeña contraída en una mueca que parecía aplastada por el resto de los rasgos de su cara. En el pelo se vislumbraban ya algunas canas plateadas y tenía unos ojos de un desagradable

color negro. Tenía la costumbre de mirar de reojo con expresión hostil, sin mover demasiado la cabeza apoyada sobre un cuello corto y redondo. El torso era robusto y cilíndrico, solía llevar chaquetas de uniforme con hombreras doradas y caminaba sobre un par de gruesas piernas, separadas y tubulares que solía llevar embutidas en unos pantalones blancos. También el cráneo encajado generalmente en una gorra blanca tenía una cualidad particularmente densa, pero dentro de la gorra había cerebro suficiente como para aprovecharse del miedo del pobre Nelson ante cualquier persona a la que respaldara el menor grado de autoridad.

Heemskirk solía desembarcar en el cabo y daba un paseo por toda la plantación, como si se tratara de un territorio de su propiedad, antes de presentarse en la casa. Se sentaba en el mejor asiento cuando llegaba a la galería y se quedaba siempre a tomar una copa o a cenar para permanecer allí el máximo tiempo posible.

Habría merecido que lo echaran a palos, aunque sólo fuera por la forma que tenía de dirigirse a la señorita Freya. Si hubiese sido un caníbal armado con hachas y flechas el viejo Nelson (o Nielsen) lo habría despachado al instante con un par de sonoros puñetazos, pero el dorado de aquellas hombreras —hombreras de soldado, como es lógico— bastaba para llenar el corazón del viejo de miedo de tal forma que toleraba que lo tratara con desprecio, se comiera a su hija con los ojos y se bebiera la mitad de su bodega.

En cierta ocasión tuve la oportunidad de contemplar la escena y traté de comentar algo al respecto. Daba lástima comprobar la inquietud que se reflejaba en los ojos del viejo Nelson. Lo primero que hizo fue exclamar que el teniente era un buen hombre y muy amigo suyo, y cuando lo miré fijamente, dudó y acabó reconociendo que tal vez Heemskirk no era una persona de lo más alegre, pero que tenía que entender que en el fondo...

—Nunca he conocido a un holandés alegre por aquí —le interrumpí—. Y, al fin y al cabo, la alegría tampoco es tan importante, o es que no se da cuenta de cómo...

Nelson pareció asustarse tan súbitamente de lo que yo estaba a punto de decir que me quitó el ánimo de decirlo. Como es lógico, no tenía más intención que la de informarle de que aquel individuo iba detrás de su hija. Ésa habría sido la única manera de decirlo con claridad. No sabía qué esperaba Heemskirk ni hasta dónde pretendía llegar, puede que se imaginara irresistible o que se hubiera tomado a Freya por lo que no era debido a su alegría y su espontaneidad, pero así

eran las cosas, estaba detrás de la joven. Nelson se daba cuenta perfectamente pero prefería hacerse el despistado y no le gustaba que se lo dijeran.

—Mi único deseo es vivir en paz con las autoridades holandesas — murmuró con vergüenza.

No había nada que hacer. Sentí lástima por él y me dio la sensación de que Freya también la sentía por su padre. Trataba de disimularlo para no hacerlo más gravoso y se comportaba de manera sencilla y casi siempre de buen humor. El esfuerzo no era pequeño, ya que en las atenciones de Heemskirk había un tono de desdén un tanto difícil de aguantar. Los holandeses de ese tipo suelen ser autoritarios con sus inferiores, y aquel viejo oficial del rey parecía muy convencido de que tanto Nelson como Freya estaban muy por debajo de él en todos los sentidos.

Tampoco puedo decir que me compadeciera de Freya, porque no era en absoluto de ese tipo de mujer que se toma las cosas demasiado en serio. Me daba lástima y reconocía que se trataba de una molestia, pero la veía capaz de hacer frente a cualquier circunstancia. Tenía una calma que resultaba digna de admiración. Los únicos momentos en que se ponía un poco tensa era cuando Jasper y Heemskirk coincidían en el *bungalow*, algo que sucedía de cuando en cuando, pero ni siquiera en esos momentos era fácil darse cuenta. Yo era el único que veía esa sombra en el brillo de su carácter. Hubo un día en que no pude evitar decirle lleno de admiración:

—Le doy mi palabra de que es usted fantástica.

Me oyó y se dibujó en sus labios una débil sonrisa.

—Lo más importante de todo es impedir que Jasper haga alguna locura — dijo y me di cuenta de que en la profundidad de aquellos ojos sinceros y francos había una verdadera preocupación—. Usted me ayudará a contenerlo, ¿no?

—Por supuesto, tenemos que conseguir que se contenga —respondí, porque entendía perfectamente cuál era la naturaleza de su miedo—. Cuando se altera se puede poner como loco.

—¡Ya lo creo! —dijo con dulzura, porque con frecuencia hacíamos bromas a costa de Jasper—. Pero ya he conseguido domesticarlo un poco. Ahora se porta bastante bien.

—Sería capaz de aplastar a ese Heemskirk como un escarabajo.

—¡Ya lo creo! —murmuró ella, y añadió enseguida—: Cosa que no estaría nada bien. Imagínese el disgusto que se llevaría mi pobre padre. Y además tengo intención de ser dueña y señora de ese precioso bergantín y navegar por estos mares sin tener que vagar a diez mil millas de distancia de aquí.

—Cuanto antes se pueda subir a bordo a cuidar de su hombre y su bergantín, tanto mejor —respondí seriamente—. Los dos la necesitan para calmarse un poco. No creo que Jasper respire tranquilo hasta que consiga llevársela de esta isla. Usted no sabe cómo es cuando está lejos, se lo digo yo, que sí lo veo. Está en un estado de euforia constante que casi asusta.

Cuando dije aquello volvió a sonreír y al instante se puso seria de nuevo; le resultaba agradable que le recordara su poder, pero no olvidaba su responsabilidad. Se alejó de mi lado porque Heemskirk, acompañado por el viejo Nelson, estaba subiendo las escaleras de la galería. En cuanto su cabeza apareció a la altura del suelo sus ojos ya empezaron a mirar de forma malévolamente de un lado a otro.

—¿Dónde está su hija, Nelson? —preguntó como si le pertenecieran todas las almas del universo, y luego dijo refiriéndose a mí—: Parece que la diosa ha volado, ¿no?

Aquel día Nelson tenía la rada llena de barcos. En primer lugar estaba mi vapor, luego la cañonera Neptun y el bergantín Bonito, anclado tan cerca de la orilla que casi daba la sensación de que con un poco de puntería y buena suerte se podía tirar desde la galería un sombrero que aterrizara en el alcázar, tan intacto como una mota de arena. Los metales relucían como el oro y la pintura blanca tenía el brillo del satén. Tenía algo parecido a una elegancia marcial con sus palos barnizados y las vergas alineadas. Era toda una belleza. No me extrañaba lo más mínimo que, teniendo una nave como aquélla y la promesa de una mujer como Freya, Jasper viviera en aquel estado de euforia constante, más propia tal vez de un séptimo cielo que de un mundo como éste.

Con toda la educación le hice entender a Heemskirk que con tres invitados en la casa era más que probable que la señorita Freya tuviera asuntos domésticos a los que atender. Yo sabía, claro, que en realidad había ido a encontrarse con Jasper en cierto lugar privado que estaba a la orilla del único arroyo de la pequeña isla de Nelson. El capitán del Neptun me dedicó una desconfiada mirada y a continuación

se arrellanó con todo su cilíndrico y robusto cuerpo en una mecedora mientras se desabrochaba la chaqueta. El viejo Nelson se sentó frente a él, abanicándose con el sombrero y sin apartar de él la mirada en actitud sumisa. Para hacer que pasara el tiempo, me senté con ellos e intenté darles conversación, una tarea nada fácil con aquel melancólico holandés enamorado que a todo me contestaba con una burla o con un gruñido.

A pesar de todo la tarde pasó sin mayor contratiempo. Gracias a Dios hay también un estado de la felicidad tan grande que no permite la euforia. Jasper estaba silencioso y concentrado en contemplar silenciosamente a su Freya. Subimos a bordo de nuestros barcos y le ofrecí remolcar su bergantín a la mañana siguiente, totalmente a propósito para sacarle lo antes posible de allí. Así fue como a primera hora de la madrugada pasamos junto a la cañonera que en aquel momento estaba a la entrada cristalina de la rada. Con la rapidez habitual en el trópico, el sol se alzó enseguida y ya había doblado su tamaño antes de que rodeáramos el arrecife y nos encontráramos un poco más allá del cabo. Sobre la piedra más grande se podía ver a Freya con los prismáticos, vestida de blanco y con una capota, como una estatua marcial y femenina a la vez. Agitaba con energía un pañuelo y Jasper subió las jarcias del palo mayor de su blanco y elegante bergantín y agitó su sombrero como respuesta. Poco después partíamos, yo rumbo norte y Jasper hacia el este, con viento ligero rumbo a Banjarmasin y otros puertos, creo recordar.

Aquel pacífico encuentro fue la última vez que los vi a los tres juntos: a la hermosa, juvenil y resuelta Freya; al viejo Nelson, con su redonda e inocente mirada; y al eufórico Jasper, con sus largas piernas, su afilado y admirable rostro, siempre tan feliz por estar cerca de su Freya; los tres altos y rubios, con ojos de distintos tonos de azul. Y entre los tres, el tono oliváceo, oscuro y arrogante del holandés; bajo y grueso, parecía una criatura hinchable, una grotesca criatura de otro planeta.

Fue un contraste que llamó poderosamente mi atención en el instante en el que los vi reunidos en la galería iluminada cuando acabamos de cenar. Me tuvo fascinado el resto de la velada. Aún recuerdo la sensación cómica y a la vez ominosa que me produjo.

III

Unas semanas después, una mañana en la que llegaba a Singapur a primera hora después de un viaje por aguas meridionales, me encontré con el bergantín anclado, con su habitual simetría y esplendor, como si lo acabaran de sacar de una vitrina y lo hubiesen puesto con delicadeza sobre el agua.

Se encontraba en la parte externa de la rada, pero yo pasé de largo y amarré en mi lugar acostumbrado, frente a la ciudad. Apenas habíamos terminado de desayunar cuando apareció el guardabanderas para decirme que se estaba aproximando el bote de Allen.

Nos alcanzó al instante con su bonita lancha y Jasper subió de un salto a la escala y de otro a cubierta, me dio un nervioso apretón de manos y me miró inquisitivamente, porque se suponía que de camino había hecho escala en las Siete Islas. Saqué de mi bolsillo una nota bien doblada y él me la arrancó sin ceremonias de la mano y se alejó por el puente para leerla en soledad. Tras una pausa prudencial me acerqué hasta donde estaba y me lo encontré caminando de un lado al otro, y es que aquel hombre era tan nervioso que hasta la reflexión lo alteraba.

Negó con la cabeza con gesto triunfal.

—Querido amigo mío —me dijo—, a partir de este instante ya empiezo la cuenta atrás.

Entendí al instante lo que quería decir, me di cuenta de que los dos jóvenes habían fijado en secreto una fecha para fugarse y casarse sin más cortapisas oficiales. Parecía una decisión comprensible. El viejo Nelson (o Nielsen) jamás habría aceptado entregar a Freya a alguien a su juicio tan peligroso como Jasper. ¡Dios santo! ¿Qué habrían dicho las autoridades holandesas de una boda así? Era tan absurdo que no se podía ni enunciar en palabras. No hay nada en este mundo tan egoísta como un hombre con miedo a perder su «pequeña propiedad», tal como el viejo Nelson solía llamarla con una especie de tono de disculpa. Cuando a un corazón le llega ese tipo de temores, con frecuencia se impermeabiliza al sentido común, los sentimientos y el ridículo. Se convierte en un pedernal.

A Jasper le hubiese gustado, a pesar de las previsibles dificultades, pedir a Freya en matrimonio y, a continuación, tomar las decisiones oportunas, pero fue ella quien resolvió que era mejor no decir nada bajo el razonamiento de que «Sólo conseguiríamos que mi padre enloqueciera de preocupación». Era capaz hasta de enfermar, y si eso ocurriera ella jamás tendría el valor de abandonarle. Aquí se puede apreciar una prueba más del sentido común femenino y de la rotundidad de sus razonamientos. En cuanto al resto, Freya leía a su «pobre papá» como al resto de los hombres: como a un libro abierto. En cuanto su hija se fuera él dejaría de inquietarse. Puede que protestara y se quejara, pero ya sería otra cuestión. Al menos se evitarían los dolores de cabeza de la indecisión y la angustia de los sentimientos encontrados. Era demasiado cobarde como para estallar realmente, por eso casi con toda seguridad, tras un primer período de quejas y lamentos, se dedicaría a su «pequeña propiedad» y a seguir manteniendo buenas relaciones con las autoridades.

El tiempo se encargaría del resto. Freya pensaba que se podía permitir esa espera mientras se encargaba de cuidar su bergantín y al hombre al que amaba. Para aquella joven que había aprendido a caminar encima de la cubierta de un barco el mar era la mejor vida de las posibles. Era una niña marinera, una hija del mar. Como es lógico, quería a Jasper y tenía plena confianza en él, pero también había cierta sombra de inquietud en su orgullo. Es fantástico y muy romántico tener una espada fuerte y bien templada, pero otra cosa es saber si es la mejor arma para enfrentarse a la vida, que a veces prefiere pelear a palos.

Freya era consciente de que, de los dos, ella era la persona de más envidia —y no es necesario hacer ningún chiste fácil en este sentido, porque no me refiero al peso—, pero cuando él se alejaba demasiado ella se inquietaba, y como yo había acabado siendo su confidente habitual, en más de una ocasión me había tomado la libertad de aconsejarle: «Cuanto antes, mejor». Freya, aun así, era obstinada por naturaleza y siempre daba la misma razón para seguir retrasándolo:

—No lo haremos antes de que cumpla veintiún años, así nadie se atreverá a decir que no soy lo bastante mayor como para saber lo que hago.

Jasper estaba tan sojuzgado a sus sentimientos que ni siquiera se atrevió a cuestionar la decisión. Freya era fantástica, al margen de lo que hiciera o dijera, y no había más que hablar. Creo que también él podía llegar a ser lo bastante sutil como para sentirse halagado en ciertas ocasiones. Y si quería consolarse o evadirse un poco siempre tenía aquel bergantín que parecía impregnado del espíritu de Freya, ya que todo lo que hacía a bordo recibía la suprema sanción de su amor.

—Sí, pronto empezaré la cuenta atrás —repitió Jasper—. Once meses más, y durante ese tiempo tengo que hacer tres viajes más.

—Ten cuidado, no lo vayas a estropear todo ahora por intentar abarcar más de lo razonable —le aconsejé, pero él rechazó mi advertencia con una risotada y un gesto de euforia. ¡Bah! A aquel bergantín no le podía pasar nada, me dijo como si con las llamas del corazón se pudieran iluminar las olas oscuras de los mares desconocidos y la imagen de Freya pudiera utilizarse como un faro infalible en los bajíos ocultos, como si los vientos estuvieran obligados a trabajar en beneficio de su futuro y las estrellas debieran combatir a su lado, como si la magia de la pasión tuviera el poder de hacer flotar a un barco sobre una gota de rocío o navegar a través del ojo de una aguja sólo porque a Jasper le había tocado un amor tan lleno de gracia que era capaz de convertir todos los caminos de la tierra en llanos, resplandecientes y sencillos.

—Me imagino —dije cuando terminó de reírse de mi ingenua observación—, me imagino que zarparás hoy mismo.

—Eso tenía pensado. No había zarpado al amanecer porque me estaba esperando.

»Fíjate en lo que me sucedió ayer mismo —continuó—. Mi primer oficial se marchó de pronto; al parecer no tenía otra opción. Y como no he conseguido encontrar a nadie en estos días al final he decidido llevarme a Schultz.

—¡Schultz, el tipo con la peor reputación del mundo! ¿Cómo es que no das aquí mismo un brinco del susto?

—Como lo oyes, ayer por la tarde, y después de un millón de complicaciones, encontré a Schultz. «Soy el hombre que está buscando, capitán —me dijo con esa magnífica voz que tiene—, pero tengo que confesar que no tengo nada que ponerme. He tenido que vender toda mi ropa para pagarme algo de comer». ¡Qué voz tiene ese hombre! Y a pesar de todo la gente consigue acostumbrarse. No lo había visto en la vida y de repente se me llenaron los ojos de lágrimas. Menos mal que estaba anocheciendo. Me lo encontré sentado debajo de un árbol con toda la calma, delgado como un palo; cuando lo vi, lo único que llevaba puesto era una camiseta de algodón y un pantalón ancho y medio roto. Le he comprado seis trajes blancos y un par de zapatos de lona. No puedo ir en un barco sin oficial, y necesito a alguien. Ahora voy a tierra a firmar el contrato y partimos. ¿Te parece que estoy loco? Claro que sí, de remate, pensarás. ¡Vamos,

dime lo que estás pensando! Tengo ganas de ver cómo te enfadas.

Era tan evidente que esperaba una bronca de mi parte que me recreé lo más que pude en mi papel tranquilo.

—Lo peor que se puede decir de Schultz —dije con los brazos cruzados y tratando de poner la menor pasión posible en mis palabras— es que tiene la fea costumbre de robar los pertrechos de todos los barcos en los que ha estado. También robará los tuyos, ése es el único inconveniente. No me creo ni una palabra de la historia del capitán Robinson sobre la conspiración que llevó a cabo Schultz en Chantabun con algunos delincuentes chinos para robar el ancla de proa del Bohemian Girl. La historia de Robinson me parece demasiado alambicada, pero sí me resulta bastante verosímil la de los maquinistas del Nan-Shan que se lo encontraron a media noche en la sala de máquinas desmontando los cojinetes de bronce para venderlos en tierra. Si dejamos de lado esa pequeña debilidad, creo que Schultz es mejor marinero que cientos de personas que no han probado una gota en su vida y que no han robado un céntimo. Desde luego no es la persona que yo elegiría para mi barco, pero, ya que no has podido elegir, supongo que te las tendrás que apañar como puedas. Lo más importante es que entiendas su psicología: intenta no darle dinero hasta que haya terminado de trabajar para ti, nada, ni un céntimo, por mucho que suplique. En cuanto le des algo te empezará a robar. Acuérdate bien de lo que te he dicho.

Me fascinó la incredulidad de Jasper.

—¿Que me va a robar? —preguntó—. ¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Es que te burlas de mí?

—Te aseguro que no. Intenta comprender la psicología de Schultz. No es un mendigo ni un gorrón. No creo que vaya por ahí intentando que alguien le pague las copas, pero si baja a tierra con cinco dólares, o con cincuenta, da igual, a la tercera o cuarta copa se empezará a sentir generoso. Tira el dinero o hasta se lo regala al primero que pasa, y de pronto se le ocurre que aún queda mucha noche por delante y que le apetece beber mucho todavía antes de que salga el sol, así que regresa alegremente al barco. Sube a bordo con la cabeza clara y agarra lo primero que encuentra: la lámpara del camarote, unos cabos, una bolsa con galletas, unas latas de aceite y lo cambia todo por dinero sin más. El proceso es muy sencillo y siempre idéntico. De lo único que te deberías cuidar es de que no empiece.

—Pues menuda psicología —murmuró Jasper—. Un hombre con una voz

como la suya podría hablar con los ángeles si quisiera. ¿Y te parece que es incurable?

Le dije que así lo creía. Hasta el momento nadie lo había denunciado, pero lo que estaba claro también es que nadie quería volver a contratarlo. Yo estaba casi convencido de que acabaría muriendo en cualquier antro.

—En fin —continuó pensativo Jasper—. El Bonito no comercia en grandes puertos civilizados, así que no le resultará tan difícil mantenerse en el buen camino.

En eso tenía razón; el bergantín recorría costas casi sin civilizar y comerciaba con sombríos rajás que vivían en bahías casi desconocidas, con aldeas situadas muy adentro en el curso de ríos ignotos que abrían sus estuarios rodeados de bosques y entre arrecifes de color verde claro y bajíos deslumbrantes, en solitarios estrechos de aguas azules y tranquilas que brillaban bajo el sol. Alejado de todas las rutas comunes y conocidas, el bergantín blanco doblaba cabos amenazadores y zarpaba de nuevo sin ser notado, como si fuese un fantasma tras las montañas sombrías que se extendían bajo la luz de la luna, o se ponía al paio como si fuese un ave marina en pleno sueño bajo la sombra de alguna montaña, esperando una señal. En los días nublados y de tormenta se lo alcanzaba a ver atravesando desdeñoso las violentas olas del mar de Java, o se lo veía a lo lejos como una diminuta mancha de color blanco que volara a través de las purpúreas manchas de nubes que se arracimaban en lontananza. En ciertas zonas del correo en las que la civilización roza el misterio agreste, si algún grupo de ingenuos pasajeros se reunía en la borda, señalaba al horizonte y decía: «¡Mirad, un yate!», salía de inmediato el capitán holandés y, con una mirada de desprecio y un tono hosco, replicaba: «No es ningún yate, es Jasper, un inglés. Un pequeño comerciante...».

—¡Y es buen marino, dices! —exclamó Jasper, que aún continuaba hablando del incorregible Schultz con su conmovedora voz.

—Un marino magnífico, cualquiera te lo dirá. Sería fantástico poder contar con él, pero no hay manera —repliqué.

—En el bergantín tendrá ocasión de reformarse —dijo Jasper con una carcajada—. Por la zona por la que vamos a viajar no hay tentaciones, ni para beber ni para robar.

No quise saber más. Éramos buenos amigos y tenía una idea bastante clara de cómo le iban las cosas, pero mientras nos acercábamos a tierra en su bote me preguntó de pronto:

—Por cierto, ¿sabes dónde anda Heemskirk?

Lo miré de reajo y me quedé más tranquilo. La pregunta no tenía el tono del enamorado celoso, sino más bien el del comerciante. Le conté que había oído decir en Palembang que el Neptun andaba por Flores y Sumbawa. Le alegró saber que aquello quedaba muy lejos de su ruta.

—¿Sabes una cosa? —añadió—. Cada vez que ese tipo llega a Borneo le da por destrozarme las balizas. Me he tenido que poner unas cuantas para poder salir y entrar de los ríos. A principios de aquel año lo vio un comerciante de Célebes que estaba a bordo de un prao inmovilizado por la falta de viento, y Heemskirk lanzó su cañonera contra dos de ellas hasta romperlas. A continuación arrió un bote sólo para tirar de la tercera, una que me había costado muchísimo trabajo colocar seis meses antes para señalar la marea. ¿Te parece que puede haber una provocación más grande?

—Yo no me pelaría con ese tipo —respondí tratando de quitarle importancia, aunque lo cierto era que me había molestado tanto como a él—. No tiene sentido.

—¿Pelear? —exclamó Jasper—. Yo no quiero pelea. No quiero ni tocarle un pelo de esa espantosa cabeza suya. Escucha, cuando pienso en el día en el que Freya tenga veintiún años me siento amigo de todo el mundo, hasta de Heemskirk. Aun así, es una manera de divertirse bastante despreciable.

Nos despedimos con algo de prisa en el muelle porque los dos teníamos muchas gestiones que hacer. Si alguien me hubiese dicho que aquel apretón de manos y aquel «Hasta luego, chico, buena suerte» iban a ser nuestra última despedida, me habría llevado un enorme disgusto.

Yo ya me había marchado cuando regresó del estrecho, y volvió a zarpar otra vez antes de que regresara yo. Tenía intención de hacer tres viajes antes del vigésimo primer cumpleaños de Freya. Ni siquiera nos vimos en la rada de Nelson en los siguientes días. Freya y yo estuvimos hablando del «loquito» con placer y enorme cariño. Ella estaba esplendorosa, con una alegría más asentada a pesar de que hacía poco que se acababa de separar de él, pero aquella iba a ser la última vez

que se separaran.

—Vaya a bordo lo antes que pueda, señorita Freya —le supliqué.

Me miró fijamente a la cara un poco conreada y franca y le tembló un poco la voz al decir:

—Al día siguiente lo haré, no tardaré ni un minuto más.

¡Claro! Al día siguiente de su vigésimo primer cumpleaños. Me agradó aquella muestra de lo profundos que eran sus sentimientos. Me daba la sensación de que de pronto le pesaba aquella absurda demora que se había impuesto a sí misma. Me imaginé que la última visita de Jasper lo había afectado más de lo normal.

—Es así —dije dándole a entender mi aprobación—. Me quedaré mucho más tranquilo cuando me entere de que se está encargando usted personalmente de ese loquito. No pierda un segundo. Ya sabe que él llegará a tiempo, a no ser que se le caiga el cielo encima.

—Sí, a no ser que... —repitió ella echando un vistazo a aquel cielo en el que aquella tarde no había ni una sola nube. Nos quedamos callados durante un rato con la mirada perdida sobre aquellas aguas tan impresionantemente inmóviles al atardecer, como si alguien las hubiese dispuesto para un sueño muy largo en la cálida noche tropical. Nos envolvía una paz que no parecía tener ni fin ni principio.

Comenzamos a hablar una vez más de Jasper, como era nuestra costumbre. Los dos coincidíamos en que en más de un aspecto era demasiado inconsciente, pero gracias a Dios el bergantín estaba a la altura de las circunstancias y nada parecía demasiado para él.

—Es un barco magnífico —dijo Freya.

Ella y su padre habían estado a bordo una tarde, al parecer Jasper les había ofrecido un té y su padre había estado medio de mal humor. Yo me imaginaba al viejo Nelson bajo el toldo níveo del bergantín con su runrún mental y abanicándose con el sombrero. Parecía un padre de comedia. Como botón de muestra de la nueva locura de Jasper, Freya me comentó que durante esos días le preocupaba no encontrar tiradores de plata maciza para las puertas del camarote.

—¡Como si le fuera a dejar! —añadió Freya con simpática indignación.

Me enteré también de que el marinero cleptómano de voz conmovedora, el tal Schultz, seguía trabajando a bordo después de la aprobación de la propia Freya. Jasper le había confesado a su amada que tenía la intención de enderezar la psicología de aquel tipo. Cómo no. Vivía en un mundo en el que todos eran amigos suyos porque todos respiraban el mismo aire que Freya.

No sé a cuento de qué en cierto momento mencioné el nombre de Heemskirk y para mi sorpresa aquello sobresaltó a Freya. Durante unos instantes su mirada me pareció un poco abatida, y enseguida se mordía los labios como si intentara aguantar la risa. ¡Claro! Heemskirk había coincidido en el *bungalow* con Jasper, aunque había llegado al día siguiente. Salió pocas horas más tarde que el bergantín.

—Supongo que les habrá agüado un poco la fiesta —dije con cariño. Me miró con una especie de ataque de hilaridad y se puso a reír a carcajadas de pronto.

—¡Ja, ja, ja!

Yo me uní encantado, aunque sin su tono maravilloso.

—¡Ja, ja, ja! ¿No le parece grotesco ese hombre? ¡Ja, ja, ja!

Al instante me provocó otro ataque de risa imaginar el contraste entre los ojos abiertos y conciliatorios de Nelson y los furiosos del capitán.

—Cada vez que está entre ustedes dos —añadí—. ¡Ja, ja, ja! El pobre hombre es como una pobre cucaracha. ¡Ja, ja, ja!

Freya soltó una carcajada más, se fue corriendo hacia su habitación y cerró la puerta de un portazo. Yo dejé de reír en el acto, totalmente desconcertado.

—¿De qué se reían tanto? —preguntó Nelson a mitad de las escaleras.

A continuación terminó de subir, se sentó y dio un largo suspiro con una expresión bobalicona. Se me habían quitado de pronto las ganas de reír y me pregunté a mí mismo cómo habíamos acabado riéndonos de una forma tan incontrolable. Me invadió la tristeza de pronto.

Ah, ya lo recordaba, era Freya la que había empezado. Me pareció que seguramente había sucedido porque la chica estaba algo alterada, algo que no

tendría por qué sorprender a nadie dadas las circunstancias.

No le contesté nada al viejo Nelson, pero tampoco importó demasiado porque estaba demasiado ofendido con la visita de Jasper como para pensar en nada más. Llegó incluso a sugerirme si no me importaba hablar con Jasper para hacerle entender que no era bienvenido en las Siete Islas. Le respondí que no era necesario, que hace poco había tenido ciertas noticias que me hacían estar seguro de que Allen no lo iba a molestar durante una temporada.

Con el gesto aún muy serio exclamó un «¡Gracias a Dios!», que estuvo a punto de hacerme estallar a carcajadas. Al parecer Heemskirk había estado últimamente particularmente desagradable. El teniente había atemorizado al viejo Nelson al manifestar su sospecha ante el hecho de que el gobierno permitiera a un hombre blanco estar instalado en aquel lugar.

—Algo totalmente en contra de nuestra política —señaló.

Lo había acusado también de no ser mejor que los ingleses. Incluso había intentado enfrentarse con él por no haber aprendido holandés.

—Le dije que era demasiado viejo como para aprender —suspiró el viejo Nelson (o Nielsen) con desánimo—, y él me dijo que tendría que haberlo aprendido mucho antes porque había vivido en territorios holandeses y que era una vergüenza que no lo hablara. Me trató tan mal que cualquiera habría podido pensar que yo era un chino.

Realmente no había duda de que se había ensañado con él. Lo que no comentó era el número de botellas de vino que le había costado sellar la reconciliación, pero tuvo que haber sido una libación más que generosa. El viejo Nelson (o Nielsen) era a pesar de todo un hombre generoso y yo de lo único de lo que me podía lamentar era de que hubiese elegido al capitán del Neptun para ejercer esa virtud. Me habría gustado decirle que dentro de muy poco también dejaría de recibir las visitas de Heemskirk. Lo único que me impidió hacerlo fue el miedo (ridículo, no me importa admitirlo) de hacerle sospechar de alguna manera. ¡Como si en aquel inocente padre de comedia costumbrista fuese posible algo parecido!

Puede parecer extraño pero fue la propia Freya quien pronunció en aquel mismo sentido las últimas palabras sobre Heemskirk. Durante aquella cena el teniente fue mencionado varias veces en la conversación de Nelson hasta que a mí

se me escapó de una manera audible la expresión «maldito teniente». Me resultaba evidente que la muchacha estaba a punto de perder la paciencia.

—No se debía de encontrar bien, ¿no crees, Freya? —continuó quejándose el viejo Nelson—. Supongo que por esa razón estuvo tan irritable, ¿verdad, Freya? Se fue tan de repente que se le puso muy mal aspecto. Seguramente será algo del hígado. Se fue de pronto y con muy mal aspecto.

—No te preocupes, que se curará —replicó Freya con impaciencia—. Y no estés tan preocupado por ese hombre, papá, lo más probable es que no lo vuelvas a ver durante una larga temporada.

Yo respondí con una discreta sonrisa y Freya me respondió con una mirada en la que era evidente la satisfacción. Tenía los ojos hundidos y había empalidecido sensiblemente durante las dos últimas horas. Nos habíamos reído mucho y estaba muy excitada por la proximidad del día definitivo. Era una mujer valiente y honesta, segura de sí, por eso aquella decisión le provocaba a partes iguales euforia y tristeza. La misma pasión amorosa que la había empujado a tomar aquella decisión parecía haberla puesto en una encrucijada en la que había también un gran remordimiento. Freya era una muchacha honesta y, al otro lado de la mesa, el viejo Nelson (o Nielsen) la miraba sin parpadear y con un aspecto tan feroz que al corazón más duro le habría resultado patéticamente cómico.

Nelson se retiró pronto a su cuarto para adormecerse mirando sus libros de cuentas y asegurarse así de una buena noche de descanso. Nosotros dos nos quedamos en aquella galería más de una hora, pero lo único que hicimos fue charlar sobre temas absurdos y sin importancia; aquella larga jornada en la que habíamos estado discutiendo durante tanto tiempo sobre cuestiones esenciales parecía habernos dejado exhaustos emocionalmente. Y aun así seguía habiendo algo que Freya bien habría podido contar a un amigo. No lo hizo. Nos despedimos en silencio. Puede que sencillamente no tuviera mucha confianza en mi masculina falta de sentido común, puede que... ¡Oh, Freya!

Esa misma noche estaba bajando por el empinado sendero que llevaba hasta el embarcadero cuando me llamó la atención la presencia de una figura femenina embozada. Apareció detrás de una roca y se puso frente a mí. Me di cuenta en ese mismo instante que se trataba de la dama de compañía de Freya, una portuguesa mestiza de Malaca. En mi casa había podido contemplar más de una vez su rostro oliváceo y aquellos dientes suyos de una blancura imposible. Y de lejos también la había podido ver en muchas ocasiones para hacerse cargo de los deseos de su

señora, o sentada a la sombra de los árboles frutales peinando su larga melena, algo que parecía ser su ocupación favorita en las horas ociosas. Muchas veces nos habíamos saludado con un movimiento de cabeza, una sonrisa, y en alguna ocasión habíamos llegado a intercambiar algunas frases. Era una criatura hermosa. En más de una ocasión había visto con simpatía cómo hacía muecas graciosas a espaldas de Heemskirk. Sabía (había sido Jasper quien me lo había dicho) que conocía el secreto, igual que las doncellas en las comedias. Se disponía a huir con Freya para acompañarla en su poco ortodoxo camino hacia el matrimonio y en su «eterna» felicidad. Me pregunté qué razón que no fuera amorosa la habría llevado a estar vagabundeando por la rada a una hora como aquélla, aunque, hasta donde yo sabía, no se habría podido encontrar a alguien apropiado para ella en las Siete Islas. Pensé entonces que era a mí a quien esperaba.

Medio oculta aún por el embozo, dudó un poco aún entre tímida y enigmática. Di un paso más hacia ella y experimenté unos sentimientos que son sólo cosa mía.

—¿Qué sucede? —pregunté en voz baja.

—Nadie sabe que estoy aquí —dijo ella.

—Y nadie nos puede ver —contesté.

A continuación se escuchó un murmullo:

—He pasado tanto miedo...

En ese preciso instante, y a unos veinte metros por encima de nuestras cabezas, desde la galería aún iluminada nos sorprendió a los dos la voz de Freya:

—¡Antonia! —gritó imperiosamente.

La muchacha desapareció por el camino hacia arriba, se escuchó el sonido borroso de un arbusto que estaba cerca y de nuevo se hizo el silencio. Yo esperé sorprendido, pero las luces de la galería se apagaron otra vez. Me quedé un rato más y luego bajé otra vez hasta llegar a mi bote, más extrañado que nunca.

Recuerdo muy bien la situación de aquella visita porque aquélla fue la última ocasión que estuve en el *bungalow* de Nelson. Cuando regresé al estrecho me dieron varios telegramas que me obligaron a dejar mi trabajo y regresar inmediatamente a mi casa. Requerió un gran esfuerzo coger el barco correo al día

siguiente, pero al menos tuve tiempo para poner un par de notas breves, una para Freya y la otra para Jasper. Algunos días más tarde le escribí una larga carta, aquella vez sólo a Allen. Nadie me contestó. Fui entonces a buscar a su hermano, o para ser más precisos, su medio hermano, un hombre bajito y tranquilo, abogado en la City de Londres, que se me quedó mirando con gesto pensativo.

Jasper había sido el único fruto del segundo matrimonio de su padre y los hijos de la primera unión no le veían con buenos ojos.

—Dice que hace siglos que no sabe nada de él —repetí tratando de que no se notara demasiado mi enfado—. ¿Podría ser más preciso y decirme exactamente a qué se refiere cuando habla de «siglos»?

—Lo que quiero decir es que no me importaría no volver a saber nada de él en toda mi vida —contestó de pronto y de la manera más desagradable aquel pequeño abogado.

No podía reprocharle a Jasper realmente que perdiera el tiempo tratando de mantener el contacto con alguien tan desagradable, pero sí me llamaba la atención que no me hubiese respondido a mí, porque yo sí era un buen amigo suyo. ¿Lo era tanto como para suponer un descuido natural debido a su absoluto estado de felicidad? Esperé con paciencia, pero no recibí ninguna noticia por su parte y Oriente se alejó de mi vida sin dejar ni un eco, como una piedra que cae en un pozo de un abismo insondable.

IV

Supongo que una buena razón es capaz de justificar casi cualquier cosa. ¿Qué podría considerarse más digno de encomio: una muchacha que prefiere que su pobre padre no se preocupe y pone al hombre que ha elegido en una situación tal que no pueda actuar de manera imprudente u otra que pone en peligro su propio proyecto de felicidad?

No hay nada que pueda considerarse más tierno y prudente, y en este punto conviene también recordar la entereza del carácter de la joven, y el hecho de la experiencia de que las mujeres por lo general suelen ser poco dadas —las mujeres sensatas quiero decir— a actuar frívolamente en estos temas.

Ya he comentado que Heemskirk apareció poco después de que Jasper abandonara la rada aquella tarde. Lo que le había parecido tan irritante había sido la visión del bergantín junto al *bungalow*. Él no salió disparado antes de que el ancla tocara el fondo, como solía hacer Jasper, todo lo contrario: permaneció en el alcázar maldiciendo en su interior, y cuando pidió que le prepararan el bote lo hizo con voz nerviosa. La misma existencia de Freya que llevaba a Jasper a arrebatos de alegría era para Heemskirk la causa de un tormento secreto y de muchas horas de desesperada meditación.

Pasó junto al bergantín y preguntó con tono hostil si se encontraba a bordo el capitán. Schultz se asomó impecablemente vestido de blanco por la borda, como si la pregunta le pareciera muy divertida. Echó un vistazo a Heemskirk con aire guasón y modulando amistosamente su imponente voz respondió:

—Señor, el capitán está en aquella casa de ahí arriba.

Su gesto cambió al instante cuando escuchó el violento ladrido que Heemskirk le mandó de vuelta.

—¿Y se puede saber qué es tan gracioso?

Schultz se quedó observando a Heemskirk desde el barco; lo vio desembarcar y dirigirse hacia la casa por el sendero a grandes zancadas, en medio

de la plantación.

El atormentado holandés se encontró con el viejo Nelson (o Nielsen) en el secadero de tabaco, muy ocupado manipulando aquella cosecha que, a pesar de no ser muy abundante, era de una calidad excelente, una tarea que le procuraba a Nelson un placer enorme. Fue Heemskirk quien se encargó personalmente de arruinarlo al instante; se sentó junto a él y, gracias a una conversación preparada al milímetro, consiguió reducirlo en unos minutos a un despojo de nervios y sudor. El tema de la conversación fueron «las autoridades», y el viejo Nelson apenas encontraba forma de defenderse. Si trataba con comerciantes ingleses era sólo porque de alguna manera tenía que darle salida a su producción. Nelson intentaba ser conciliador, pero hasta el intento de conciliar parecía irritar un poco más a Heemskirk, que estaba en tal estado de nervios que casi se le entrecortaba la respiración.

—Y el pero de todo es ese Allen —gruñó—, ese amiguito suyo... Ya veo que se ha hecho usted muy amigo de muchos ingleses de por aquí. No le deberían haber permitido nunca que se estableciera usted aquí, nunca. ¿Me puede explicar qué tratos hace con Allen?

El pobre Nelson (o Nielsen) explicó como pudo y muy nervioso que Jasper Allen no era ningún amigo personal, todo lo contrario en realidad, todo lo contrario. Lo único que había hecho era comprarle tres toneladas de arroz para darle de comer a sus empleados. ¿Es que acaso se podía considerar eso una prueba de amistad? Heemskirk por fin soltó lo que le había estado comiendo por dentro:

—Por supuesto, venderle tres toneladas de arroz y flirtear tres días con su hija. Hasta ahora le he estado hablando siempre como a un amigo, Nielsen, pero desde ya le digo que no va por buen camino. No le digo nada que no sepa si le aseguro que su presencia por estos lugares se tolera muy mal.

Nelson sintió que se le helaba la sangre, pero consiguió recuperarse con rapidez. ¡Aquello no pintaba nada bien! ¡No, ni aunque fuera el último hombre! Pero estaba seguro de que a su hija no le interesaba ese hombre, era demasiado sensata como para enamorarse. Hizo todo lo posible por comunicar a Heemskirk aquella convicción, y el teniente no dejaba de dudar al respecto, pero finalmente se sintió levemente inclinado a creerlo.

—Usted parece muy convencido de saber lo que sucede —replicó con un gruñido.

—Por supuesto que lo sé —respondió Nelson con gran desesperación, resistiéndose a las dudas que le asaltaban—. ¡Es mi hija! ¡Mi casa! ¿Cómo no lo voy a saber? Vamos, eso sería casi insultante, teniente.

—Pues a mí me parece que se llevan muy bien —replicó Heemskirk enfurruñado—. Estoy convencido de que están juntos en este mismo instante —añadió con una mueca que había pretendido ser una sonrisa burlona.

Nelson, contra la pared, negó con la mano. En el fondo le resultaba inquietante su insistencia, y hasta le estaba empezando a molestar de verdad aquella ridícula situación.

—Vamos, ya está bien. Le voy a dar un consejo, teniente, váyase a casa y tómese una copa antes de la cena, pregunte por Freya, yo tengo que quedarme aquí almacenando todo este tabaco antes de que anochezca, pero enseguida me uniré a ustedes.

Heemskirk acogió aquella sugerencia con alegría porque respondía a su ansiedad, aunque lo que deseaba no fuese precisamente una copa. Mientras se alejaba de allí Nelson le dijo que se pusiera cómodo y que había una caja de puros en la galería.

Nelson hablaba en realidad del porche que daba al oeste y al salón de la casa y que podía cerrarse con persianas. La galería del este, en la que Nelson vivía su intimidad y en la que balbuceaba en voz alta las inquietudes de su pensamiento, estaba cubierta por gruesas cortinas de lona. La del norte era poco menos que un balcón, no se comunicaba con las demás y sólo se podía llegar a ella a través de un pasillo interno de la casa. Se trataba, por esa razón, de un lugar apartado y de lo más propicio a las mudas meditaciones de una doncella, o para las conversaciones entre un hombre y una mujer joven que, sin aparente sentido profundo, están impregnadas de todo tipo de secretos significados trascendentales.

Aquella parte del balcón estaba cubierto de plantas trepadoras. La habitación de Freya estaba en aquella parte de la galería y la muchacha había arreglado una sala privada con unas butacas y un sofá de mimbre. Jasper y ella se encontraban en aquel momento sobre el sofá, tan juntos como es posible estar en este imperfecto mundo en el que un cuerpo no puede estar en dos lugares al mismo tiempo ni dos cuerpos pueden ocupar al unísono el mismo. Habían pasado toda la tarde juntos y no me atrevería a jurar que habían estado hablando de tonterías. Freya, cuyo amor era sereno, le hablaba lo más sobriamente posible para

no destrozarse el corazón con una euforia prematura. Él, que siempre estaba tenso y se comportaba de una forma brusca cuando estaba alejado de ella, cuando estaba en su presencia parecía como ablandado por la enorme maravilla de que le amara. Era hijo de un hombre mayor, había perdido a su madre siendo muy joven y lo habían echado al mar para que no generara conflicto, no tenía mayor experiencia de otro tipo.

En la intimidad de aquella galería cubierta de vegetación, y a aquella hora de la tarde, Jasper se inclinó, tomó las manos de Freya entre las suyas y las besó mientras ella lo observaba atentamente y con una mirada de amor benévolo. En ese mismo momento Heemskirk se acercaba a la casa desde el norte.

Antonia estaba de guardia y vigilando por aquella parte, pero lo cierto es que no lo hacía demasiado bien. El sol se estaba poniendo y era consciente de que su señora y el capitán del Bonito estaban a punto de separarse. Se encontraba paseando por el bosque con una flor en el pelo y canturreando una canción cuando apareció a cierta distancia, detrás de un árbol, el teniente. Dio un salto a un lado como si fuese un cervatillo recién sorprendido y Heemskirk se dio cuenta al instante de cuál era la razón por la que se encontraba en aquel lugar. Saltó sobre ella, la agarró del brazo y le tapó la boca con su mano enorme.

—Haz un solo ruido y te estrangulo...

Aquella tremenda figura retórica hizo que la muchacha se quedara paralizada. Heemskirk había alcanzado a ver con toda claridad en la galería el pelo dorado de Freya muy cerca de la otra cabeza. Arrastró con él a la doncella por el laberíntico interior de la casa y cuando llegó hasta allí la apartó de un violento empujón hacia las cabañas en las que vivían los criados.

Antonia era realmente muy parecida a una doncella de comedia italiana, pero se había quedado tan sobrecogida que no hizo un solo ruido y se apartó corriendo de aquel hombre gordo, pequeño y de ojos negros que la había agarrado con tanta violencia. Todavía temblaba de pies a cabeza cuando lo vio entrar en la casa por la parte de atrás.

El interior del *bungalow* estaba dividido en dos pasillos que se cruzaban en la mitad. Heemskirk tuvo en aquel momento pruebas tan irrefutables sobre cuál era la naturaleza de la relación entre los dos jóvenes (y distaba tanto de lo que Nelson le había asegurado) que se quedó estupefacto. Vio dos figuras blancas recortadas a contraluz y en una actitud que no admitía dudas: Freya estaba

rodeando el cuello de Jasper con sus brazos. Sus rostros estaban unidos de la manera habitual y Heemskirk avanzó hacia ellos conteniendo en la garganta todo un torrente de maldiciones, hasta que al entrar en la galería oeste tropezó a ciegas con una silla y a continuación cayó encima de otra como si le hubiesen cortado las piernas. Desde hacía demasiado tiempo se recreaba en sueños con la idea de que Freya le pertenecía. «Ya veo cómo entretienes a las visitas, no eres más que una...», pensó, sintiéndose tan ofendido que ni siquiera acertó a encontrar un adjetivo lo suficientemente degradante.

Freya se estremeció ligeramente y echó la cabeza hacia atrás.

—Ha entrado alguien —dijo.

Jasper la tenía abrazada contra el pecho y no dejó de mirarla ni un instante. Le quitó importancia enseguida diciendo:

—Será tu padre.

Freya se intentó liberar de sus brazos pero no se animó a empujarle.

—Creo que es Heemskirk —susurró.

Él sonrió al escuchar aquel nombre y no dejó de mirarla con pasión.

—Ese idiota se pasa el día rompiéndome las balizas que pongo a la entrada del río —respondió porque para él la existencia de Heemskirk no tenía mayor importancia que ésa, pero Freya se preguntaba inquieta qué era lo que había visto el teniente.

—Déjame ir, mi amor —susurró ahogadamente y Jasper obedeció al instante dando un paso atrás y sin dejar de mirar su rostro desde aquel otro ángulo. Añadió inquieta—: Tengo que ir a ver qué sucede.

Freya le ordenó que esperara un segundo a que ella saliera y que, cuando lo hubiera hecho, saliera a la galería posterior y estuviera un rato disimulando y fumando antes de aparecer.

—No te quedes hasta muy tarde esta noche —fue el último consejo que le dio Freya antes de marcharse.

Freya salió hacia la galería con paso rápido y al cruzar la puerta soltó las

cortinas recogidas y situadas en el extremo del pasillo para ocultar la retirada de Jasper de la galería cubierta de vegetación. En cuanto la vio Heemskirk se puso en pie de un salto, como si tuviese intención de saltar sobre ella, y Freya se detuvo y él hizo ante ella una reverencia exagerada.

Aquel gesto consiguió sacarla de quicio.

—Ah, si no es más que usted, Heemskirk, ¿cómo se encuentra? —dijo con su tono de siempre. Su rostro estaba mitad a oscuras en la sombría galería. Él se encontraba en un estado de rabia tan salvaje por lo que acababa de contemplar que ni siquiera se atrevía a hablar—. Mi padre está a punto de venir —añadió y él le dedicó mentalmente todo tipo de espantosos insultos antes de abrir sus labios crispados.

—Ya he hablado con su padre, acabo de estar con él en el cobertizo y me ha contado cosas muy, pero que muy interesantes...

Freya se sentó y pensó de inmediato: «No hay duda de que nos ha visto». No sentía vergüenza pero le daba miedo que se presentara alguna complicación incómoda o absurda. No era capaz de mesurar hasta qué punto Heemskirk se había apoderado de ella en sus sueños. La joven intentó mantener una conversación educada y formal.

—Supongo que viene usted de Palembang, ¿no es así?

—¿Qué dice? ¡Ah, sí! He estado en Palembang. ¡Ja, ja, ja! ¿Sabe lo que me acaba de decir su padre? Que tenía miedo de que se estuviese aburriendo usted...

—Y supongo que ahora tomará rumbo a las Molucas —continuó Freya deseosa de poder darle a Jasper algún tipo de información útil. Cuando no podía vigilarlos le alegraba que los dos hombres se encontraran a cientos de millas de distancia el uno del otro.

Heemskirk gruñó con disgusto.

—A las Molucas, sí —respondió lanzando una mirada de odio hacia el lugar en el que se encontraba la figura de Freya en la oscuridad—. Su padre está convencido de que todo esto es demasiado tranquilo para usted. Le voy a decir una cosa, señorita Freya, no hay lugar en este mundo, por muy tranquilo que sea, en el que una mujer no pueda engañar a un hombre.

Freya se dijo: «No puedo tolerar que me provoque» y en ese mismo instante el criado principal de Nelson, un tamil, entró llevando las luces. Freya se dirigió directamente a él y le dio indicaciones sobre los lugares en los que tenía que poner las lámparas, le pidió que le trajera un bitter con ginebra y que avisara a Antonia.

—Me temo que tengo que dejarle un rato a solas, señor Heemskirk —dijo.

Y salió hacia su habitación para cambiarse de vestido. Se dio toda la prisa de la que fue capaz porque tenía intención de regresar a la galería antes de que su padre y el teniente se encontraran de nuevo. Tenía intención de dirigir la conversación entre los dos aquella noche hasta donde fuera posible, pero Antonia seguía alterada y lo primero que hizo fue enseñarle el moratón que le había hecho en el brazo. Aquello desató la indignación de Freya.

—Saltó detrás de aquellas matas como si fuera un tigre —dijo la joven con una risa nerviosa y los ojos colmados todavía de espanto.

«¡Menudo animal! —pensó Freya—. ¡De modo que su intención era espiarnos!». Le invadía la furia, pero la imagen del gordinflón holandés con aquellos pantalones blancos anchos en las caderas y estrechos en los bolsillos, con su negro y redondo cráneo y su mirada inquisitiva al otro lado de las lámparas era tan tremendamente cómica que se le torcieron los labios en una mueca en forma de sonrisa pero enseguida se puso nerviosa. La llenaba de inquietud aquella absurda manera de comportarse de los tres hombres: la impetuosidad de Jasper, el infundado miedo de su padre y el enamoramiento caprichoso de Heemskirk. Como quería mucho a los dos primeros intentó desplegar toda su diplomacia femenina y se dijo a sí misma que todo se iba a resolver antes de lo previsto.

Heemskirk se había quedado en la galería sentado en una de las butacas con las piernas extendidas y cruzadas y la gorra encima de la barriga, y estaba alcanzando un estado de ira tan brutal que habría sido incomprensible para una joven como Freya, que nunca habría concebido un estado tan exaltado. Tenía la barbilla apoyada sobre su propio pecho y se miraba fijamente la punta de los zapatos. Freya se quedó mirándolo desde detrás de la cortina. Heemskirk ni siquiera se movía; tenía un aspecto ridículo, pero aquella inmovilidad absoluta tenía un aspecto impresionante. Dio unos pasos hacia atrás hasta donde se encontraba Jasper en la oscuridad, esperando como le había dicho.

—Sshh —dijo Freya y Jasper acudió al instante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él en voz baja.

—Ese insecto... —susurró ella. Todavía estaba impresionada por la inmovilidad de Heemskirk y no sabía si decir a Jasper que los había visto. Aún no estaba del todo segura de que Heemskirk tuviera intención de contárselo a su padre... Fuera como fuera, ya había decidido no contárselo esa noche. Decidió que lo mejor que podía hacer Jasper era marcharse cuanto antes.

—¿Qué has hecho durante todo este rato? —preguntó Jasper con calma.

—Ah, nada. El hombre está ahí sentado con cara de enfado, ya sabes lo que le gusta preocupar a mi padre.

—Tu padre no es muy razonable que digamos —declaró Jasper.

—No sé —replicó ella dubitativa. Había vivido tanto tiempo con él que se le había acabado contagiando algo del miedo de Nelson hacia las autoridades—. No lo sé, la verdad. De lo que tiene miedo mi padre es de que lo dejen en la miseria, como dice él, cuando sea viejo. Escucha, Jasper, lo mejor que puedes hacer es irte mañana a primera hora.

Jasper había planeado quedarse allí otra tarde con Freya, una tarde con su muchacha a un lado y la mirada en el bergantín, disfrutar de un anticipo de un futuro lleno de dicha. Manifestó su desilusión con un elocuente silencio. También Freya estaba desilusionada pero a ella le correspondía comportarse con un poco más de cordura.

—Durante todo el tiempo que ese insecto esté en la casa no vamos a tener ni un segundo para nosotros —declaró con voz grave y apresurada—. Así que, ¿qué sentido tiene que te quedes? Y te aseguro que no se va a marchar de aquí hasta que no haya desaparecido tu bergantín, lo sabes.

—Tendríamos que denunciarlo por acosador —murmuró Jasper con una risa irritada.

—No te olvides de zarpar al amanecer —dijo Freya en voz baja.

Jasper la retuvo todavía un instante, como suelen hacer los enamorados, y ella se lo reprochó sin violencia porque le costaba mucho esfuerzo llevarle la contraria. La tomó entre sus brazos y le susurró al oído:

—La próxima vez que nos veamos, la próxima vez que te abrace, será a bordo. Tú y yo estaremos en el bergantín y tendremos la vida entera por delante. —Y de pronto dijo en voz alta—: No sé cómo voy a ser capaz de esperar, casi me da la sensación de que debería llevarte conmigo en este instante; te llevaría camino abajo, sin tropezar ni tocar el suelo...

Freya se quedó inmóvil escuchando la pasión de aquella voz. No paraba de decirse a sí misma que si le daba a entender la menor señal de asentimiento Jasper cumpliría su palabra al instante, era capaz de llevársela... sin tocar el suelo. Cerró los ojos y se quedó sonriendo en la oscuridad, abandonada durante unos segundos a aquel vértigo y a los brazos que la rodeaban, pero antes de que Jasper sintiera la tentación de abrazarla más fuerte se alejó un poco y recuperó el dominio de sí misma.

Freya tenía un carácter muy fuerte, pero aun así le conmovió hasta lo más hondo del corazón el suspiro de Jasper, totalmente inmóvil.

—Eres un loquito —dijo con un leve temblor en la voz, y luego añadió con el tono más sereno—: Nadie me puede raptar, ni siquiera tú. No soy alguien a quien se pueda raptar.

Fue como si la blanca figura de Jasper se encogiera un poco ante aquella declaración y Freya se volvió a conmover de nuevo:

—¿No es suficiente ser tuya? —preguntó con ternura.

Él murmuró unas palabras cariñosas y ella continuó:

—Sabes que te lo he prometido, te he dicho que iría, y así lo haré, por voluntad propia. Tú me esperarás a bordo y yo subiré por el costado, caminaré sobre la cubierta a tu encuentro y te diré: «Aquí estoy, Jasper». En ese momento me podrás llevar a tu lado. Pero no será un hombre quien me lleve, sino un bergantín, tu bergantín, que será ya de los dos. ¡Me encanta, qué belleza!

Freya pudo escuchar un gemido inarticulado, fruto tal vez de la mezcla entre el dolor y el placer, y se marchó de allí. En la otra galería se encontraba aquel otro hombre, ese oscuro y díscolo holandés, capaz de sembrar la discordia entre Jasper y su padre, capaz de provocar una discusión que conllevaría palabras desagradables y puede que hasta se llegara a las manos. ¡Qué situación tan espantosa! Pero incluso si no se llegaba a un punto tan extremo, le daba miedo tener que vivir todavía tres meses más con un hombre atemorizado, disgustado,

enloquecido y ridículo. Y cuando llegara de verdad el día pactado... ¿qué haría si su padre intentara retenerla a la fuerza? Porque muy bien podía acabar dándose una situación de ese estilo. ¿Podría acabar produciéndose un enfrentamiento con él? Y sin embargo lo que más miedo le daba eran los ruegos y las lamentaciones. ¿Sería capaz de resistir a ellos? ¡Toda la situación le parecía de pronto cruel y ridícula!

«Pero no pasará nada, él no dirá una palabra», pensó mientras se acercaba a toda velocidad hacia la galería oeste, y como Heemskirk seguía allí inmóvil se sentó en una de las butacas que estaban junto a la puerta sin dejar de observarle. El molesto teniente seguía exactamente en la misma postura, pero la gorra se había caído de la barriga al suelo. El teniente la observaba con el rabillo del ojo y el ceño fruncido. Aquella nariz ganchuda, unida a la mirada de reojo y a todo aquel cuerpo gordinflón y desgarbado, acabó produciéndole a Freya un efecto cómico y no pudo evitar una sonrisa. Trató por todos los medios que el aspecto de la sonrisa fuese al menos conciliador, no tenía ningunas ganas de provocar a Heemskirk innecesariamente.

El teniente se tranquilizó un poco al ver aquella sonrisa. En ningún momento llegó a pensar que su aspecto —que para él era el de un imponente oficial de la marina de uniforme— pudiera parecerle ridículo a una muchacha sin posición, la hija del viejo Nielsen. Eso sí, tampoco dejaba de irritarle el recuerdo de la imagen de los brazos de la joven alrededor del cuello de Jasper. «Menuda golfa —pensó—, ¿así que ahora me sonríes? Ya veo cómo te diviertes engañando a tu padre. ¿Así que éstas son las cosas que te divierten? Muy bien, ya veremos...». No se movió ni un milímetro pero en sus labios también se dibujó una amarga sonrisa de diversión mientras la mirada permanecía inmóvil en la punta de las botas.

Freya estaba absolutamente indignada. Se acercó con toda su belleza hacia la luz de la lámpara y después de sentarse puso sus fuertes manos la una sobre la otra sobre el regazo. «Qué hombre tan odioso», pensó, y la rabia la hizo ruborizarse.

—Parece que le ha dado usted un buen susto a mi dama de compañía — dijo—. ¿Se puede saber con qué motivo?

Heemskirk se encontraba en aquel instante tan subsumido en sus propios pensamientos que cuando Freya pronunció aquellas palabras sintió un enorme sobresalto. Sacudió la cabeza desconcertado y aquello le hizo perder a Freya la paciencia.

—Le estoy hablando de Antonia, le ha hecho usted un cardenal en el brazo. ¿Me podría explicar por qué?

—¿Tiene usted ganas de pelea? —preguntó él con voz gutural y sin poder sobreponerse del todo al desconcierto. A continuación parpadeó como una lechuza. Tenía un aspecto de lo más cómico y Freya, al igual que casi todas las mujeres, tenía un gran sentido del ridículo de la apariencia externa.

—Lo cierto es que no, no quiero. —Freya ya no consiguió contenerse más tiempo y soltó una carcajada franca y nerviosa a la que Heemskirk se unió con un grave:

—Ja, ja, ja.

A continuación se escucharon voces en la galería y apareció Jasper junto al viejo Nelson, quien miró a su hija con una sonrisa porque siempre le agradaba encontrársela de buen humor. También se unió a las risas.

—Muy bien, teniente, pasemos a cenar —dijo acariciándose las manos con satisfacción. Jasper había seguido caminando tranquilamente hasta la balaustrada. Aquella noche azul y cubierta de estrellas hacía que la negrura sombría de la rada pareciera de pronto más densa. Las luces de posición del bergantín y de la cañonera brillaban con un tono rojo, como si fueran chispas sostenidas en el aire. Jasper pensó: «La próxima vez que esas luces se encuentren en ese mismo lugar será el día en que yo estaré esperándola en el alcázar y ella subirá y dirá “Jasper, aquí estoy”». Le dio la sensación de que casi se le salía el corazón del pecho, tan ensanchado por una sensación de opresiva felicidad que tuvo que reprimir un grito. No soplaban nada de viento y a sus pies no se movía ni una hoja. El mar era una sombra plana y muda y en la distancia se podía apreciar un cielo sin nubes. Los relámpagos tropicales jugaban entre las estrellas con destellos débiles que parecían señales de algún lejano planeta.

La cena fue tranquila. Freya se sentó frente a su padre y estuvo serena, aunque algo pálida. Heemskirk no se molestaba en ocultar que para él el único interlocutor válido era el viejo Nelson. Jasper mostró una conducta verdaderamente ejemplar y estuvo controlando sus miradas y disfrutando de la sencilla cercanía de Freya, como alguien que toma el sol sin mirarlo directamente. Acabó la cena y, de acuerdo con las instrucciones que le habían dado, dijo que tal vez había llegado la hora de subir de nuevo al barco.

Heemskirk no alzó la mirada. Se había sentado en una de las mecedoras y estaba fumando un puro en silencio, como si estuviera meditando amargamente sobre algún sombrío episodio. Ésa, al menos, era la sensación que le daba a Freya. El viejo Nelson dijo de pronto:

—Creo que daré un paseo con usted.

Al parecer Jasper le había preguntado por interés profesional por los peligros de la costa de Nueva Guinea y quería relatarle alguna de las experiencias que le habían ocurrido «por aquella zona». ¡Jasper era un interlocutor fantástico! Freya hizo un ademán de unirse a su grupo pero su padre negó con la cabeza al instante e hizo una señal indudable hacia el inmóvil Heemskirk, que por su parte continuaba echando humo con los ojos entornados. No convenía dejar solo al teniente, podía llegar a ofenderse.

Freya obedeció a la mirada de su padre mientras pensaba: «Puede que sea más conveniente que me quede». Las mujeres no suelen reflexionar mucho sobre su comportamiento, y mucho menos condenarlo. Las ridiculeces propias de la actuación de los hombres los hace por lo general responsables de la ética de sus actos, y, sin embargo cuando Freya miró a Heemskirk estuvo a punto de sentir remordimientos. A pesar de que su enorme mole sugería una agradable saciedad, lo cierto es que apenas había comido. Lo que sí había hecho en demasía era beber. Los lóbulos de sus enormes y no agradables orejas estaban casi de un tono escarlata y brillaban apoyados en aquellas mejillas planas y cetrinas. Durante un buen rato ni siquiera levantó aquellos caídos párpados marrones. A Freya le parecía humillante encontrarse a merced de los caprichos de un hombre como aquél. No pudo evitar pensar con lástima: «Tendría que haber sido sincera con mi padre desde el primer día. ¡Aunque si lo hubiese hecho no me habría dejado tranquila!». Sí, era cierto, los hombres eran de lo más ridículo, y en más de un sentido, pero también podían ser adorables como Jasper, imposibles como su padre y hasta odiosos como aquella grotesca criatura que se encontraba sentada en aquella butaca. ¿De verdad era una posibilidad real comentar con él todas aquellas cosas? ¿Era imprescindible? «¡Nunca podré hablar con él!», pensó, y cuando Heemskirk empezó a aplastar su puro a medio fumar sobre la bandeja del café Freya salió desfavorida hacia el piano, lo abrió a toda velocidad y lo empezó a tocar antes incluso de haberse sentado.

Un segundo más tarde toda la terraza y aquel *bungalow* sin alfombras, construido completamente de madera y alzado sobre unos postes quedó colmado de aquella resonancia majestuosa y confusa. Freya podía sentir precisamente a

través de los tablones la vibración de los pasos del teniente caminando a su espalda de un lado al otro de la sala. No llegaba a estar totalmente borracho, pero sí había bebido lo bastante como para estar convencido de que todas las sugerencias de su imaginación eran perfectamente factibles, y más aún: inteligentes, de una inteligencia sin escrúpulos. Freya siguió tocando sin volver la cabeza, a pesar de que era consciente de que se había detenido a su espalda. Estaba tocando con ánimo y talento una pieza muy enérgica pero cuando sintió la voz de Heemskirk sintió que se quedaba helada. Lo que la alteró en realidad fue más el tono que las palabras. Tenía una especie de familiaridad tan insolente que al principio ni siquiera entendió lo que le decía. Tenía la voz trabada.

—Ya lo sospechaba yo... por supuesto que sospechaba ya de todos sus trapicheos. No soy ningún niño... pero hay un buen paso de sospechar a ver con los propios ojos... Con los propios ojos, ya sabe lo que quiero decir... Una diferencia enorme. Una cosa así... Uno no es de piedra y cuando ha estado preocupándose durante tanto tiempo por una muchacha tal y como yo me he estado preocupando por usted, señorita Freya, hasta el punto de casi no poder dormir... Soy un hombre de mundo. Supongo que todas estas cosas le parecerán muy aburridas, pero... Escuche, ¿por qué no deja de tocar esa maldita música de una vez?

La única frase que Freya entendió a la perfección fue aquella última. Negó con la cabeza y piso el pedal del piano más fuerte todavía, pero ni siquiera así consiguió dejar de escuchar aquella voz.

—Aunque la verdad me sorprende... Un hombre tan vulgar como él, un simple capitán inglés que se dedica al comercio. Como si no hubiera miles de sinvergüenzas como él poblando estas islas. ¡Si por mi fuera echaba de aquí a esa basura de una patada! Y sin embargo aquí tiene usted a un amigo y un confidente, alguien dispuesto a echarse a sus hermosos pies, un oficial de una gran familia. Qué extraño, ¿verdad? Pero qué importa, usted sería digna de un príncipe.

Freya no volvió la cabeza. Tenía el gesto totalmente contraído por la indignación. La aventura estaba empezando a llegar a unos límites que no había creído posibles. No habría sido propio de su carácter dar un salto y salir corriendo, y aparte tampoco sabía lo que podía llegar a pasar si se movía. Su padre debía de estar a punto de regresar y el otro tendría que marcharse. Lo mejor era no prestarle atención, no hacerle el menor caso. Decidió seguir tocando con energía y precisión como si estuviera sola en la sala y Heemskirk no existiera, una actitud que al final acabó irritándole por partida doble.

—¡Acabe de una vez! ¡Quizá pueda usted engañar a su padre, pero de mí no se burla nadie! —exclamó con furia—. ¡Detenga de una vez ese ruido infernal! ¡Freya! ¡Diosa escandinava del amor! ¡Deténgase! ¿Me está oyendo? De eso es de lo que le estoy hablando: de amor. Los dioses paganos no son más que diablos con disfraz, y eso es lo que es usted, un pequeño diablo. ¡Pare de tocar o la levanto por el aire con butaca y todo!

Mientras tanto la devoraba con los ojos desde la espalda, desde la coronilla tensa hasta los talones de los pies, los hombros bien formados y hasta la última curva de aquella hermosa figura que se mecía suavemente frente al teclado. Llevaba puesto un vestido ligero, y las mangas le llegaban hasta los codos y estaban rematadas con encajes. La cintura estaba rodeada con una cinta de satén. El teniente se dejó llevar de pronto por uno de aquellos temerarios arrebatos y le agarró la cintura con las manos, provocando que la música se detuviera al instante. Freya dio un salto tan ágil para alejarse de aquel contacto (al tiempo que el taburete caía al suelo con estruendo) que los labios de Heemskirk, que se dirigían hacia la nuca, acabaron plantando su hambriento beso en algún lugar debajo de la oreja. Durante un instante se vieron sumidos en un silencio tremendo y a continuación él se puso a reír débilmente.

Heemskirk se quedó de pronto desconcertado frente al gesto pálido y fijo de Freya, aquellos ojos inmóviles clavados en los suyos. Ella no había dicho ni una palabra, se limitaba a mirarlo de frente con una mano extendida desde el otro lado del piano mientras con la otra se frotaba con desagrado el lugar en el que se habían posado sus labios.

—¿Qué problema hay? —dijo él ofendido—. ¿Acaso se ha asustado? Vamos, no venga con tonterías, no creo que a estas alturas le asuste tanto un beso... No soy tonto... A mí no se me rechaza de ese modo.

Heemskirk la había estado mirando tan intensamente que ya no la distinguía con claridad. Todo le parecía confuso a su alrededor. Por un momento se olvidó del taburete que estaba en el suelo y tropezó con él. Estuvo a punto de caer de bruces pero se repuso y comenzó a decir sibilinamente:

—Le aseguro que lo puede pasar bien conmigo. Empecemos con unos besos...

No le dio tiempo a decir nada más porque recibió un tremendo golpe en la cabeza, al que siguió un gran estallido. Freya había cogido carrerilla y había

lanzado uno de sus bien formados brazos con tanta fuerza que el impacto de la palma abierta sobre la mejilla de Heemskirk le obligó a dar media vuelta. El teniente emitió un aullido quejumbroso y se llevó las dos manos a la mejilla izquierda, que de pronto había adoptado un color rojo oscuro. Freya estaba erguida y el tono violeta de sus ojos parecía más oscuro que nunca. Sentía un cosquilleo en la palma de la mano y contenía una sonrisa que habría dejado ver el blanco destello de sus dientes. Escuchó de pronto el sonoro ruido de los pasos de su padre avanzando por la galería. Su expresión perdió la agresividad para mostrar su preocupación. Lo sentía mucho por su padre y se inclinó al instante para recoger la banqueta, como si estuviera intentando borrar las huellas... pero no sirvió de nada. Antes de que Nelson llegara a lo alto de las escaleras Freya ya estaba como antes, con una mano ligeramente apoyada en el piano.

¡Pobre padre! ¡Qué furioso y preocupado se iba a poner! Y después de eso, ¡cuánto miedo y cuánta desgracia! ¿Por qué no se había sincerado con él desde el principio? Aquella inocente mirada de sorpresa fue lo más doloroso de todo. Pero no era a ella a quien miraba sino a Heemskirk, que en ese momento aprovechó para darse la vuelta con la mano en la mejilla balbuciendo todavía maldiciones diversas (Freya lo tenía de perfil), y mirando de reojo a la muchacha con unos ojos negros y malignos.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el viejo Nelson desconcertado.

Freya no dijo nada. Pensó en Jasper sobre la cubierta de su bergantín. Lo más probable es que en esos momentos estuviese mirando el *bungalow* iluminado. Por lo menos era una suerte que al menos uno de los dos estuviera a bordo del barco, aunque lo cierto era que habría preferido que estuviera a muchas millas de distancia. Si en ese momento Jasper hubiese sentido el impulso de volver a aparecer en la galería Freya se habría despreocupado de la coherencia y la calma y se habría arrojado directamente a sus brazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —repitió Nelson, que hasta el momento no había sospechado nada y estaba empezando a ponerse nervioso—. Hace sólo un minuto estabas tocando el piano...

A Freya le daban tanto miedo las consecuencias que se podían desatar que apenas era capaz de hablar (y al mismo tiempo no podía evitar sentirse fascinada por aquella mirada negra y maligna). Lo único que hizo fue señalar al teniente con la mirada y decir:

—¡Míralo!

—Entiendo —exclamó Nelson—. Por todos los santos...

Mientras decía aquellas palabras se había ido acercando a Heemskirk con precaución, mientras él no paraba de maldecir y patalear furiosamente. La indignación por haber recibido una bofetada, la ridiculez de la toda aquella situación, su propósito frustrado y la imposibilidad de vengarse lo tenían en un punto de irritación tan descomunal que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no ponerse a aullar allí mismo.

—¡Oh, oh, oh! —gritó recorriendo la galería con pisadas tan sonoras como si tuviera intención de romper los tablones.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha hecho daño en la cara? —preguntó el desconcertado Nelson hasta que de pronto la verdad se abrió camino en su ingenua inteligencia—. ¡Santo Dios! —exclamó comprendiendo lo que había ocurrido—. ¡Trae un poco de aguardiente, Freya! ¿Le pasa a usted mucho? Es terrorífico, ¿verdad? ¡Lo sé, lo sé! A mí también me pasaba de repente y enloquecía. Y trae también la botella de láudano del botiquín, Freya, corre... ¿No te das cuenta de que le duelen las muelas?

¿Qué otra explicación se le podría haber ocurrido al ingenuo Nelson? Aquella súbita mano en la mejilla, la mirada furiosa, las patadas, la forma de mover el cuerpo... Para adivinar la verdadera razón habría sido necesaria una astucia sobrenatural. Freya no se había movido y no paraba de aguantar aquella furiosa y negra mirada dirigida a ella. «¡Ahora te gustaría que te dejaran tranquilo! ¿Verdad?», pensó mientras le aguantaba la mirada. Resultaba casi irresistible la tentación de acabar por fin con aquella historia sin complicar más las cosas. Asintió de forma casi indistinguible y salió de allí.

—¡Trae rápido ese aguardiente! —gritó el viejo Nelson antes de que ella desapareciera definitivamente por el pasillo.

Heemskirk por su parte se dejó llevar con una interminable ristra de maldiciones en inglés y en holandés, todas ellas dirigidas a la muchacha. Insultó a gritos mientras caminaba arriba y abajo por la galería apartando las sillas a patadas mientras que Nelson (o Nielsen) contemplaba con gesto comprensivo aquellos gestos de dolor y daba vueltas alrededor de su querido (y temido) teniente con tantos vuelos como una vieja gallina.

—Pero mi buen amigo... ¿Tanto le duele? Le aseguro que sé perfectamente lo que es. Cuando me sucedía había ocasiones en las que hasta mi propia mujer se atemorizaba. ¿Le ocurre muchas veces, teniente?

Heemskirk hizo que se apartara de su camino con un golpe en el hombro al mismo tiempo que prorrumpía en una enloquecida carcajada y su anfitrión, aunque se quedó tambaleándose después de aquel golpe, ni siquiera se lo tomó a mal porque cuando un hombre está fuera de sí por un dolor de muelas no es responsable de sus acciones.

—Vaya a mi cuarto, teniente —le dijo—, y acuéstese en mi cama si quiere. Yo le llevaré algo para que le alivie.

Agarró al sufriente del brazo él mismo y lo empujó hasta una cama en la que Heemskirk se tiró con rabia y con tanta fuerza que casi se elevó un palmo en el aire del rebote en el colchón.

—¡Pero señor! —gritó el inquieto Nelson y se fue disparado en busca del aguardiente y el láudano, irritado ante la falta de velocidad demostrada en aquella casa para acabar con los sufrimientos de sus invitados. Al final tenía que ser él mismo quien se encargara de todo.

Media hora más tarde y en el pasillo interior de la casa se quedó extrañado cuando escuchó unos sonidos espasmódicos de una naturaleza parecida, a medio camino entre el sollozo y la risa. Frunció el ceño y acto seguido fue hasta la habitación de su hija y llamó a la puerta.

La habitación se encontraba medio en penumbra. Antonia estaba en una de las esquinas y se balanceaba de adelante hacia atrás pronunciando débiles gemidos. El viejo no tenía una gran experiencia en el sonido de risas femeninas, pero en cierto modo estaba casi convencido de haber escuchado una carcajada.

—¡Qué insensibilidad, qué insensibilidad! —gritó con angustia—. ¿Se puede saber qué hay de divertido en que a alguien le duela algo? Una mujer, una muchacha honesta tendría que...

—¡Estaba muy gracioso! —dijo Freya con unos ojos que en medio de la penumbra del pasillo tenían un brillo extraño y a continuación añadió con voz insegura—: Y usted sabe perfectamente que no me gusta...

—¡Gracioso! —exclamó el viejo Nelson maravillado de que una persona tan

joven pudiera ser al mismo tiempo tan insensible—. ¡Que no te gusta! ¿Acaso estás insinuando que ya que no te gusta, entonces...? ¡Pero eso es de una crueldad espantosa! ¿Acaso no sabes que es uno de los peores dolores que se pueden soportar? Hay casos de perros que han llegado a enloquecer del dolor.

—Y que lo diga, estaba realmente como loco —respondió Freya con esfuerzo, pero ahora como si estuviera combatiendo con alguna idea interior.

Su padre estaba lanzado.

—Si ya sabes cómo es... Se da cuenta de todo y se enfada por cualquier pequeñez como todos los holandeses, pero yo quiero estar a buenas con él. Piensa, hija mía, que las cosas son así: si a este rajá nuestro se le ocurre hacer alguna estupidez, y ya sabes que no es más que un gruñón, y consiguiera que a las autoridades les pareciera que mi influencia no es buena, la primera que te quedarías sin techo, hija mía, serías tú...

—¡Eso es una tontería, padre! —exclamó ella, aunque sin la seguridad necesaria, y se dio cuenta de que su padre estaba enfadado, o al menos lo suficientemente enfadado como para ser irónico. Así era, el viejo Nelson (o Nielsen) también podía ser irónico. Aunque no mucho.

—Claro, por supuesto que sí, puede que hasta seas rica y que tengas toda una plantación y un palacio del que yo no tengo noticia —llegado a aquel punto fue como si se sintiera incapaz de continuar con la ironía—. Te aseguro que me acabarán echando de aquí y no nos darán ni la menor compensación por ello. Sé de sobra cómo se las gastan estos holandeses y ese teniente tiene el carácter de alguien que está acostumbrado a generar conflictos. Sus contactos alcanzan hasta funcionarios con mucha influencia. Lo último que me gustaría en este mundo es ofender a un hombre como él... ¿Qué es lo que has dicho?

No había sido más que una exclamación inarticulada. Si en algún momento Freya había albergado la posibilidad de contarle toda la verdad, esa posibilidad se había esfumado ya por completo. Resultaba imposible, tanto por la dignidad como por la paz de su propio padre.

—Te confieso que a mí tampoco me importa demasiado —confesó el viejo Nelson intentando sofocar un suspiro, y luego, tras un silencio, añadió—: Ahora parece que se encuentra un poco mejor. Lo he dejado en mi habitación para que pase la noche. Yo la pasaré en la hamaca de la galería. No diría jamás que me hace

ilusión, pero me parece que hay mucho camino de ahí a reírse de un hombre que ha enloquecido de dolor. Me sorprendes, Freya. Tiene todo el lado izquierdo de la cara completamente inflamado.

Nelson le había puesto las manos a su hija sobre los hombros y la agitaba un poco en actitud paternal. Sintió cómo le rozaba la frente aquel bigote hirsuto al darle un beso de buenas noches. Freya cerró la puerta y desde allí se dirigió al centro de la estancia antes de permitirse una última carcajada.

—¡Inflamado! ¡Inflamado! —repitió varias veces—. ¡Eso espero, ya lo creo que sí!

Se le habían humedecido los ojos, y Antonia respondía desde el otro lado de la estancia con gemidos y risitas, sin que fuera posible determinar con claridad dónde terminaban unos y empezaban las otras.

La joven y su dama de compañía había acabado cayendo en una reacción casi histérica, y es que cuando Freya llegó a la habitación se encontró allí a Antonia y le relató todo el episodio.

—Ahí tienes tu venganza, amiga mía —exclamó.

Y se pusieron a llorar entre risas mientras una advertía a la otra para que no hiciera demasiado ruido y la otra contestaba:

—Ah, tengo miedo, es un hombre perverso.

Antonia le tenía mucho miedo a Heemskirk. Le atemorizaba su aspecto físico: sus ojos, sus cejas, sus extremidades. No había nada más racional que aquel temor. Pensaba que era un hombre perverso porque aquello era lo que aseguraba su aspecto. No se habría podido encontrar una base más sólida para aquel razonamiento. En medio de la penumbra de la estancia y con la lámpara que iluminaba levemente la cabecera de la cama de Freya, la dama de compañía salió del rincón para acurrucarse a los pies de su señora diciéndole entre susurros:

—El bergantín sigue ahí... Y también el capitán Allen. ¡Vayámonos ahora! Tengo miedo... ¡Por favor!

«¿Huir yo? ¡Nunca!», pensó Freya ante las atemorizadas palabras de su dama de compañía, pero ni la valiente ama ni la temerosa dama de compañía acurrucada a los pies de la cama durmieron demasiado bien aquella noche. Y si

hubo alguien que no pegó ojo en absoluto, ése fue el teniente Heemskirk. Estuvo toda la noche tendido, tratando de vislumbrar en la oscuridad la posibilidad de una venganza. En su mente se sucedían imágenes incendiarias y pensamientos humillantes que poco a poco iban alimentando su ya enorme furia. ¡Vaya una historia para que la acabara sabiendo todo el mundo! Pero no la contaría jamás, se iba a tener que tragar en silencio aquella ofensa. ¡Menuda gracia! Engañado, burlado y abofeteado por una jovencita. Y lo más probable era que también el padre lo hubiera engañado. No, no lo creía. Nielsen no era más que otra víctima de aquella sinvergüenza, de aquella descarada, de esa jovencita que no paraba de reír, besar y mentir...

«No, no creo que él me haya intentado engañar —reflexionó el teniente—, pero aun así me gustaría devolvérsela, por imbécil».

Lo haría cualquier día, sin duda, aunque de momento a lo que estaba decidido era a otra cosa. Saldría de aquella casa lo antes posible, a primera hora. No se veía capaz de verse de nuevo frente a la jovencita sin enloquecer de furia.

—¡Rayos y truenos! ¡Me voy a acabar ahogando en este lugar antes de que amanezca! —susurró tumbado boca arriba en la cama del viejo Nelson, tratando de respirar profundo.

Se levantó al amanecer y abrió la puerta con cautela. Lo sorprendió un ruido débil en el pasillo y, cuando se escondió de nuevo, vio salir a Freya. La vio y fue incapaz de alejarse de la rendija entreabierta de la puerta. La rendija tenía la dimensión menor posible pero daba hacia el extremo de la galería. Freya se dirigió hasta aquel sitio para contemplar cómo el bergantín doblaba el cabo. Tenía puesta una bata oscura y llevaba los pies descalzos, porque se había quedado dormida hasta el último minuto y había saltado a prisa de la cama con miedo de haberlo hecho demasiado tarde. Heemskirk nunca la había visto de aquella manera: con el pelo recogido y pegado a la cabeza en una enorme y gran trenza rubia sobre la espalda, con aquel aire entusiasta y colmado de juventud. Lo primero que sintió fue asombro y, al final, terminó rechinando los dientes. Se veía incapaz de plantarse frente a ella. Murmuró una maldición y finalmente se escondió una vez más tras la puerta.

Freya emitió un susurrado «¡Ah!» al ver cómo se alejaba el bergantín, y buscó los prismáticos de Nelson, que estaban colgados de la pared. La ancha manga de la bata se deslizó hacia arriba y descubrió el brazo hasta la altura del hombro. Heemskirk agarró el pomo de la puerta como si quisiera arrancarlo de

cuajo, se sentía como si acabara de despertar después de una noche de diversión.

Freya era consciente de que la estaba mirando. Lo sabía porque había visto cómo se movía la puerta cuando salía hacia el pasillo. Con amargura y cierto desprecio olímpico era consciente de que sus ojos estaban sobre ella.

«De modo que ahí estás —pensó equilibrando los prismáticos—. ¡Mira lo que te dé la gana!».

Los islotes parecían sombras oscuras y el mar ceniza estaba tan liso como un plato. El incoloro amanecer tenía un ribete de luz hacia el este que hacía que hasta el bergantín pareciera una difusa figura. Freya localizó a Jasper al instante porque estaba sobre cubierta con un catalejo en dirección hacia el *bungalow*. Ella dejó los prismáticos y alzó, alegre, los brazos para saludar. Se quedó inmóvil en aquella postura, como si tratara de recrearse en la sensación de adoración que le llegaba de Jasper, y encendida también por la oscura satisfacción de la mirada codiciosa del otro, a su espalda. En medio de aquel fervor amoroso, y con ese inquietante conocimiento que las mujeres parecen tener de modo natural e innato sobre los hombres, pensó:

«Así que estás mirando... quieres mirarme... Tienes que mirarme. ¡Pues vas a ver!».

Se llevó las manos hasta los labios y las agitó para enviar aquellos besos hacia el mar, como si tuviera también intención de arrojar su propio corazón hasta donde se encontraba el bergantín. Tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes. Con aquel gesto apasionado enviaba besos a cientos y el sol se iba alzando poco a poco, volcando sobre el mundo al mismo tiempo el esplendor de todo su color, volviendo verdes los islotes, azul el mar y blanco el bergantín (aquel blanco impecable que tenía con las velas desplegadas) con la bandera roja ondeando en el penol como si se tratara de un incendio en miniatura. Freya no podía evitar susurrar por lo bajo: «Ahí tienes, ahí tienes, ahí tienes», hasta que de pronto bajó los brazos de nuevo. Había visto que le devolvía el gesto con la enseña y acto seguido la escondía en el casco del barco. Dio entonces media vuelta, se alejó del corredor y, pasando cerca de la puerta de la habitación de su padre, desapareció detrás de la cortina con una misteriosa expresión en su rostro.

Pero no siguió por el pasillo sino que se escondió al otro lado para ver qué sucedía a continuación. Pasó un rato y la ancha galería siguió vacía pero de pronto se abrió la puerta de Nelson y de la habitación salió Heemskirk dando tumbos.

Tenía el pelo alborotado, los ojos enrojecidos y el rostro sin afeitado. Miró sombríamente a ambos lados, se acercó hasta una de las mesas para recoger su gorra y luego caminó en silencio hacia las escaleras con paso torpón, como si estuviera haciendo todo un esfuerzo antes de quedarse definitivamente sin fuerzas.

A los pocos segundos de que su cabeza desapareciera bajo el nivel del suelo, Freya salió de detrás de la cortina con los labios fruncidos y todo el gesto de estar tramando alguna cosa. Le brillaban mucho los ojos. No estaba dispuesta a aceptar que se marchara así como así. ¡Eso jamás, jamás! Se sentía electrizada, todo el cuerpo le estaba temblando ¡había probado el sabor de la sangre! Era necesario que supiera que ella sabía perfectamente que la había estado espiando, tenía que saber que lo había pillado y que ahora se escabullía como un cobarde. Salir corriendo hasta la galería y gritárselo habría sido infantil y poco menos que indigno. ¿Y qué habría podido gritar? ¿Qué palabras? ¿Qué frases? No, no había forma. ¿En ese caso cómo lo podía hacer? De pronto se le ocurrió una idea, frunció el ceño y se apresuró hacia el piano, que se había quedado abierto toda la noche para hacer salir de él unos gruñidos salvajes con un irritable acorde muy bajo. Tocaba las teclas como si intentara acribillar a balazos a aquella criatura gordinflona y de piernas separadas, vestida con unos amplios pantalones blancos y una chaqueta oscura de uniforme con unas hombreras doradas. Intentó acosarlo con la misma pieza que le había estado tocando la noche anterior, una melodía amorosa que en más de una ocasión había tratado de imponer al sonido de las olas del pequeño archipiélago. Trató de acentuar el ritmo con toda la malicia que pudo y estaba tan absorta en su venganza que ni siquiera se percató de la presencia de su padre, que en ese momento estaba allí de pie con un abrigo de cuadros sobre su camión y se había acercado a toda prisa desde la galería para conocer la causa de un sonido tan desubicado. Se había quedado allí mirándola fijamente.

—Pero qué... ¡Freya! —El piano casi impedía que se escuchara su voz—. ¿Dónde ha ido el teniente?

Ella lo miró sin verlo del todo, como si todavía se encontrara absorta por la música.

—Se ha marchado.

—¿Y eso por qué? ¿Adónde?

Freya negó con la cabeza y se puso a tocar con más fuerza aún, mientras la inquieta e inocente mirada de su padre recorría toda la estancia, desde la puerta

abierta de su cuarto, como si el teniente hubiese podido convertirse en una criatura minúscula, en un reptil que estuviera trepando en ese momento por alguna de las paredes hasta que un silbido muy agudo, que provenía de algún punto mucho más bajo, atravesó el sonido del piano con una oleada grande y vibrante. El teniente se encontraba ya en la rada y silbaba para que alguien se acercara a recogerlo y lo llevara hasta el barco. Daba la sensación de que tenía una enorme prisa, porque de nuevo se escuchó otro interminable silbido, tan desagradable como si hubiese estado gritando durante todo ese tiempo sin respirar. Freya dejó de tocar al instante.

—Está subiendo a bordo —dijo nervioso el viejo Nelson—. ¿Qué le ha podido llevar a querer marcharse tan pronto? Anda que no es extraño y susceptible ese hombre. Aunque tampoco me sorprendería que le hubiese disgustado la forma en la que te comportaste ayer por la noche, Freya. Te estuviste burlando en su propia cara mientras él estaba totalmente sumido en el dolor de su neuralgia. Ésa no es la forma más apropiada para conseguir el afecto de la gente. Está ofendido contigo.

Las manos de Freya ahora descansaban con calma sobre las teclas, y se apartó de la cara el pelo rubio con un gesto parecido al del desagrado, con una pereza nerviosa, como si acabara de superar una agotadora crisis. El viejo Nelson (o Nielsen) ya estaba entregado por completo a resolver con su calva cabeza todos aquellos asuntos políticos.

—Me parece que debería ir yo mismo a bordo esta mañana para interesarme por su estado de salud —insistió preocupado—. ¿Por qué no me traen el té para desayunar? ¿Me has oído, Freya? Te tengo que confesar que me has sorprendido mucho. Jamás habría podido esperar de alguien tan joven una falta de sentimientos tan flagrante. ¡Y eso que el teniente siempre se ha considerado nuestro amigo! ¿Cómo? ¿Que no, dices? Bueno, al menos él piensa que es un amigo y eso es algo más que conveniente para una persona que se encuentra en una situación como la mía. ¡Ya lo creo que sí! Mi obligación es ir a hacerle una visita a bordo.

—¿De verdad lo crees? —murmuró Freya con desinterés mientras se decía para sí misma: «Pobre hombre».

V

Por lo que se refiere a las siete semanas siguientes lo único que habría que decir es que el viejo Nelson (o Nielsen) no le hizo aquella visita de cortesía. La cañonera Neptun de Su Majestad el rey de Holanda, al mando de su iracundo teniente, abandonó la rada a una hora insospechadamente temprana. Cuando el padre de Freya bajó a la orilla después de comprobar que habían extendido bien al sol su preciada cosecha de tabaco contempló cómo el barco ya estaba doblando el cabo. El viejo Nelson se pasó los días siguientes lamentando aquel episodio.

—Ni siquiera sé de qué humor se fue ese hombre —se quejó ante su hija, asustado y sorprendido de su dureza y su indiferencia.

Hay que añadir también que aquel mismo día la cañonera Neptun pasó junto al bergantín Bonito, que en ese momento se encontraba detenido por falta de viento frente a Carimata y que también llevaba rumbo hacia el este. Jasper, su capitán, en aquel momento estaba tan entretenido en una pasiva ensoñación de su adorada Freya que ni siquiera se levantó de la tumbona para mirar al Neptun, a pesar de que pasó tan cerca que el humo que salía de aquella pequeña chimenea negra ocultó durante unos instantes los mástiles del Bonito y oscurecieron durante unos segundos aquellas velas blancas dedicadas al servicio del amor. Jasper ni siquiera se molestó en volver la cabeza para echar un vistazo pero Heemskirk estaba en el puente y llevaba observando con mucha atención el bergantín desde lejos, agarrado a la barandilla de metal que tenía enfrente. Cuando los barcos se acercaron al fin perdió la confianza y se encerró en el cuarto de derrota, dando un portazo nada más entrar. Se quedó unas cuantas horas en el interior con una mueca en los labios, como si fuese una especie de Prometeo encadenado por un deseo impuro, mientras el pico y las garras de una pasión humillante le roían las entrañas.

Una ave de esa naturaleza no se aleja como si fuera una gallina. ¡Había sido engañado, estafado, humillado, se habían reído de él! ¡Ahí estaban el pico y las garras! ¡Qué pájaro tan siniestro! El teniente no estaba dispuesto a convertirse en el hazmerreír de todo el archipiélago y que todo el mundo comentara que lo había abofeteado una muchacha. ¿Realmente estaba enamorada de aquel comerciante de tres al cuarto? Hacía el esfuerzo por pensar lo menos posible pero las imágenes,

más difíciles de retener que los pensamientos, lo asaltaban constantemente. Cerraba los ojos y veía —una imagen clara, llena de detalles y de luz, cercana, hermosa— a la joven colgada del cuello de aquel tipo. Ni siquiera cerrar los ojos acababa con la imagen. Comenzó a sonar en las proximidades un piano con toda claridad y se tapó los oídos con las palmas de las manos sin el menor resultado. No había forma de soportar aquello a solas. Salió del cuarto de derrota con un ímpetu un tanto exagerado y se puso a charlar sobre cualquier cosa con el oficial que estaba de guardia en el puente, acompañado por aquel sonido burlón de un piano fantasma.

Lo último que cabe añadir es que el teniente Heemskirk, en vez de mantener su rumbo hacia Ternate, donde lo estaban esperando, se alejó de su rumbo para dirigirse hacia Macasar, donde nadie lo estaba esperando. Cuando llegó hasta allí dio algunas explicaciones y planteó al gobernador una propuesta para hacer lo que le parecía conveniente sobre aquellos asuntos. A continuación el Neptun zarpó desde Ternate hacia el norte en dirección a las montañosas Célebes, y después de cruzar el estrecho permaneció apostado en la costa de una selva virgen y muda, en medio de unas aguas que de noche eran fosforescentes y de día brillaban con un azul profundo, con franjas de un verde esmeralda entre los arrecifes sumergidos. Se pudo ver al Neptun durante varios días recorriendo arriba y abajo la sombría costa, o alrededor de las amplias aperturas de los estuarios bajo el luminoso cielo que inundaba la tierra con el brillo perpetuo de los trópicos: ese tipo de rayos de sol capaces de oprimir el alma con una inexpresable melancolía, una angustia íntima más profunda que la tristeza propia de las nieblas septentrionales.

El bergantín Bonito apareció detrás de un cabo cubierto de vegetación en medio del iluminado estuario de un gran río. Lo impulsaba un viento que habría sido incapaz de apagar una antorcha. Avanzaba lentamente hacia la entrada desde detrás de un velo de hojas inmóviles de una manera silenciosa y blanca, como un fantasma solemne e imperceptible. Jasper estaba apoyado en las jarcias y pensaba en Freya con la cabeza apoyada en la mano. No había nada en el mundo que no lo hiciera pensar en ella. La belleza de la mujer amada siempre se ve replicada en la belleza de lo natural. Las líneas de las colinas, las curvas de la costa y los recodos de un río resultan siempre menos suaves que las sinuosidades de su cuerpo, y cuando ella se mueve con levedad la gracia de sus líneas sugiere siempre el poder de las ocultas fuerzas que rigen en el mundo visible.

Jasper, al igual que cualquier otro hombre subordinado a lo material, amaba su barco, la casa de sus sueños. Le atribuía algo del alma de Freya y consideraba que la cubierta era como el punto de apoyo de su amor. Ser dueño de aquel

bergantín tranquilizaba su pasión con la certeza de una felicidad ya conquistada.

La luna se había alzado, perfecta y serena y flotaba en el aire de una manera tan límpida como los ojos de Freya. No había ni un solo ruido en todo el bergantín.

«Ella estará a mi lado dentro de poco en noches como ésta», pensaba con embeleso.

En ese instante, en medio de aquella calma y aquella paz, y bajo la mirada benigna y propicia a los enamorados, en medio de aquel mar en el que apenas se veía una arruga y bajo aquel cielo al que no ensombrecía ni una nube, como si la naturaleza estuviese haciendo un esfuerzo para adoptar su cara más clemente para burlarse, la cañonera Neptun se deslizó desde la costa en la que había estado inmóvil y oculta y se adelantó para ponerse en medio de la ruta del bergantín Bonito, que en ese momento avanzaba sobre el mar.

En el mismo instante en que vio a lo lejos la cañonera Schultz, el oficial de la voz fascinante, dio señales de una excitación inusitada. Tenía mala cara desde que zarparon aquella mañana de un pueblo malayo que estaba situado en lo alto del río, y había estado cumpliendo con sus obligaciones como quien carga un peso. Jasper se había dado cuenta de la situación, pero el primer oficial se había dado media vuelta, como si prefiriera que no lo miraran demasiado, y se había excusado con que le dolía la cabeza y tenía algo de fiebre. Lo tenía que estar pasando verdaderamente mal para esconderse detrás de su capitán y murmurar en voz alta:

—¿Qué mosca le ha picado a ese hombre con nosotros?

Un hombre desnudo y expuesto a una tormenta de hielo tratando de no temblar no habría pronunciado aquellas palabras con un tono menos firme. Lo más probable es que fuera la fiebre.

—Lo único que quiere es resultar desagradable, eso es todo —dijo Jasper de buen humor—. No es la primera vez que me intenta poner a prueba. De todas formas, no tardaremos mucho en verlo.

Y así fue, en poco tiempo los barcos estuvieron tan cerca el uno del otro que podían comunicarse a gritos. El bergantín parecía una sílfide bajo la luz de la luna, con sus hermosas líneas y sus velas blancas, mientras que el buque cañonero destacaba con sus palos oscuros y cortos como árboles muertos y proyectaba sobre el agua una densa sombra que separaba los dos barcos.

Freya estaba tan presente en uno como en el otro, como si se tratara de un espíritu ubicuo, como si no hubiera más mujeres en el mundo. Jasper recordó en aquel momento su ansiosa recomendación de que tuviera en todo momento un comportamiento comedido cuando se encontrara lejos. Aquel imprevisto le hizo sentir de nuevo en la memoria el sonido de aquellos consejos ya siempre habituales en sus despedidas: «Ten cuidado, mi pequeño, o no te lo perdonaré nunca...», mientras le apretaba el brazo un segundo, a lo que él contestaba con una sonrisa muda y sencilla. Heemskirk, por su parte, sentía a Freya de una manera muy diferente, más que susurros lo que veía eran imágenes y las imágenes consistían en la joven colgada del cuello de aquel canalla, precisamente aquel mismo canalla que ahora contestaba a su saludo. Veía cómo se acercaba sigilosamente a través de la galería con aquellos enormes ojos claros llenos de impaciencia por contemplar el bergantín. ¡Si hubiese gritado, si al menos lo hubiese insultado! Pero lo único que hizo fue imponerse a él. Eso era todo. Había sido engañado, burlado, insultado, no tenía duda de ello. ¡Ah, ese pico y esas garras! Aquellos dos hombres igualmente obsesionados con Freya, la de las Siete Islas, no estaban sin embargo en igualdad de condiciones.

En medio de aquella calma que parecía haberse desplomado sobre los dos barcos, en mitad de aquel mundo de delicado ensueño, un bote con remeros de Java cruzó la franja de sombra y abordó al bergantín. Un suboficial blanco subió a bordo. Se trataba de un hombre robusto y barrigudo que hablaba con voz jadeante, tenía un rostro impasible que parecía muerto a la luz de la luna y caminaba con los gruesos brazos separados del cuerpo, como si estuviese demasiado relleno. Los ojos le brillaban con una mirada astuta, como si se tratara de fragmentos de mica. Comunicó a Jasper su invitación para que subiera a bordo del Neptun.

Lo último que esperaba escuchar Jasper era algo tan insólito como, aquello pero reflexionó unos segundos y le pareció que lo más apropiado era no dar muestras de sorpresa ni de enfado. En aquel río había habido varias revueltas políticas durante los últimos años y se daba cuenta de que su presencia se podía observar con cierto recelo. No lo atemorizaban, eso sí, las autoridades hasta el punto en el que atemorizaban al viejo Nelson. Se dirigió hacia la popa para abandonar el bergantín y Schultz lo siguió hasta allí como si quisiera decirle algo, pero al final se quedó callado. Jasper se asomó y vio aquel rostro cadavérico. Aquellos mismos ojos que habían encontrado en el bergantín la salvación le miraron con una expresión implorante y aturdida.

—¿Qué sucede? —preguntó Jasper.

—Me gustaría saber en qué va a acabar todo esto —dijo el dueño de aquella hermosa voz, que había llegado a fascinar hasta a la propia Freya. ¿Dónde se encontraba ahora aquel sonido encantador? Las palabras parecían ahora el graznido de un cuervo al salir de sus labios.

—Estás enfermo —dijo Jasper con tono tranquilo.

—¡Ojalá estuviera muerto! —fue la inquietante respuesta con la que se despachó Schultz, que parecía agobiado en ese instante por una siniestra premonición. Jasper trató de dilucidar lo que le ocurría, pero no le pareció un momento apropiado para investigar en el malsano deseo de una mente febril. No daba la sensación de estar delirando, y eso le pareció suficiente, al menos por el momento. Schultz dio un paso al frente.

— Ese tipo es muy peligroso —añadió—. Y quiere hacerle daño, capitán. Me doy cuenta perfectamente y...

Una emoción inexplicable lo hizo callar de repente.

—Está bien, Schultz, quédese tranquilo que no le daré oportunidad —dijo Jasper subiendo al bote.

Heemskirk no hizo ningún movimiento mientras lo vio acercarse. De pie a bordo del Neptun con las piernas abiertas lo miró impasible, pero cuando por fin se cruzó con su mirada sintió en el pecho algo parecido a la embestida de una ola. Jasper lo esperó en silencio.

Cuando se encontraron por fin cara a cara y frente a frente los dos adoptaron al instante las formas habituales que tenían cuando se encontraban en casa del viejo Nelson. Ninguno de los dos parecía prestar demasiada atención a la existencia del otro: Heemskirk seguía con su aire enfadado y Jasper con su proverbial tranquilidad.

—¿Qué sucede en el río del que acaba de salir? —preguntó el teniente sin más rodeos.

—No sé nada sobre los disturbios, si es sobre lo que me está preguntando —respondió Jasper—. He desembarcado medio cargamento de arroz por el que no me han pagado nada y me he marchado. No era un caso de comercio: si no hubiese ido yo, seguramente se habrían muerto en menos de una semana.

—Siempre metiéndose donde no le llaman. ¡Los ingleses siempre se están metiendo donde no los llaman! ¿Y qué sucede si esos canallas no merecieran otra cosa más que morir de hambre?

—Hay también mujeres y niños, por si no lo sabía —añadió Jasper con un tono expresivo.

—Claro que sí. Cuando un inglés dice que hay mujeres y niños generalmente suele haber también algo más. Ya me gustaría a mí investigar sus idas y venidas.

Los dos se turnaban para darse la palabra como si fueran espíritus incorpóreos o voces en el vacío. Se miraban como si no hubiera nadie a su alrededor, como si su interlocutor fuera poco más que un objeto inanimado. Se hizo el silencio. Heemskirk pensó: «Ella le contará todo lo que ha sucedido y cuando lo haga se abrazarán y se reirán de mí». El deseo de acabar con Jasper violentamente en aquel mismo lugar fue tan violento que a punto estuvo de nublarle la razón. Se sintió que se quedaba mudo, ciego. Durante unos instantes le pareció que ni siquiera era capaz de ver a Jasper, pero lo oyó preguntar a continuación:

—¿Tengo que pensar que este bergantín está detenido?

Heemskirk se recuperó al instante como si le hubiese invadido una súbita satisfacción.

—Lo está. Y mi intención es remolcarlo hasta Macasar.

—Ya se encargarán los tribunales de decidir si se está haciendo legalmente —respondió Jasper al darse cuenta de que se estaba afeando mucho la situación y tratando de fingir indiferencia.

—¡Cómo no! ¡Los tribunales! Y en cuanto a usted, se quedará aquí, retenido en mi barco.

Cuando se vio separado de su barco, Jasper no pudo evitar ponerse rígido y, con aquel gesto, reveló su verdadero desaliento, aunque en realidad apenas duró unos instantes. Se dio media vuelta y dio un grito hacia su barco. Schultz contestó al instante:

—¡Sí, señor!

—Esté preparado para recibir un cable de la cañonera para que nos remolque. Nos llevan a Macasar.

—¡Dios santo! ¿Y eso por qué, señor?

La respuesta llegó débilmente.

—Supongo que porque son muy amables —gritó Jasper irónico y manteniendo la calma—. En nuestra situación podríamos quedarnos aquí sin viento durante varios días. Y también por hospitalidad. Me acaban de invitar a que me quede aquí, a bordo de este barco.

Ante aquella información llegó del otro barco un sonoro quejido de desagrado. Jasper pensó para sí: «Este hombre tiene los nervios rotos», y miró de nuevo hacia el bergantín con desasosiego. Su firme carácter se estremeció cuando pensó por primera vez que iban a separarlo de su barco, pero trató de que su aspecto externo siguiera pareciendo despreocupado. Durante todo aquel tiempo ni Heemskirk ni su negra sombra se movieron.

—Voy a enviar la tripulación de un bote y un oficial a bordo de su barco —añadió Heemskirk, pero como si no se dirigiera a nadie en concreto. Jasper dejó de mirar absorto su bergantín, se dio media vuelta y emitió su disconformidad con todo aquello. Le irritaba el retraso. Se puso a contar mentalmente los días. Macasar estaba en su ruta y era cierto que si lo remolcaban puede que acabara incluso ganando tiempo. También era cierto que iba a tener que pasar por más de una molesta formalidad, pero todo aquello era demasiado absurdo. «El escarabajo ha enloquecido del todo —pensó—. Casi seguro me soltarán de inmediato y si no Mesman me avalará». Mesman era un comerciante holandés con el que solía tratar Jasper, toda una autoridad en Macasar.

—De modo que protesta, ¿eh? —murmuró Heemskirk y permaneció inmóvil todavía unos instantes con las piernas separadas y firmes y la cabeza agachada, como si tratara de reflexionar sobre su propia sombra partida en dos. A continuación le hizo una señal al artillero, un hombre gordo que se había quedado de pie a la espera de instrucciones como una pieza disecada de ojos brillantes. El tipo se acercó y se quedó a la espera.

—¡Vaya al bergantín con la tripulación de un bote!

—Ya, *mynherr*...

—Y que uno de los hombres permanezca todo el tiempo al timón —añadió Heemskirk, y continuó dando todas las órdenes en inglés aparentemente para que también se enterara Jasper—. ¿Me has oído?

—*Ya, mynherr!*

—Quédese en cubierta y al mando.

—*Ya, mynherr!*

A Jasper le dio la sensación de que le estaban arrancando el corazón del pecho con el mando del bergantín.

—¿Qué armas hay a bordo? —preguntó Heemskirk cambiando el tono.

En aquellos tiempos, todos los barcos que se dedicaban al comercio en la costa de China tenían también permiso para llevar cierto número de armas a bordo para poder defenderse.

—Las que ya había cuando lo compré hace cuatro años: dieciocho rifles con sus bayonetas —respondió Jasper—, y todas están declaradas.

—¿Dónde las almacena?

—En la cámara de proa, le puede pedir la llave a mi primer oficial.

—Cójalas todas —le ordenó Heemskirk al artillero.

—*Ya, mynherr!*

—¿Por qué? ¿Qué quiere dar a entender haciendo eso? —exclamó Jasper haciendo todo lo posible por morderse los labios—. Es un atropello.

Heemskirk alzó durante unos segundos una mirada que parecía cargada de dolor.

—Ya se puede marchar —le dijo al artillero, y el hombre gordo hizo un saludo y se retiró.

A lo largo de las siguientes treinta horas sólo dejaron de remolcarlos durante una ocasión. El bergantín hizo una seña agitando la bandera del castillo de

proa y la cañonera se detuvo. El marinero, que parecía un ejemplar mal disecado de su propio oficial, se metió en el bote, subió hasta el Neptun y fue a toda prisa hasta el camarote de su capitán: traía un brillo en los ojos que delataba su deseo de llevarle una novedad a su capitán. Estuvieron durante un rato charlando encerrados mientras Jasper se subía al coronamiento e intentaba averiguar qué suceso fuera de lo normal podía haber sucedido a bordo del bergantín. Pero no parecía haber sucedido nada. Aun así no le quitó el ojo de encima al artillero, y aunque el primero había intentado esquivar a todos antes de hablar con Heemskirk, cuando de nuevo lo vio sobre cubierta lo detuvo y le preguntó cómo se encontraba su primer oficial.

—No se encontraba del todo bien cuando me marché —explicó Jasper.

Aquel gordo suboficial adoptó una posición un tanto absurda, como si intentara sostener su propia barriga, y comprendió más bien poco sus palabras. Sus rasgos no delataron una gran emoción, pero, finalmente, sus ojos parpadearon brillantes una vez más.

—¡Oh, *ya!* El primer oficial, *ya...* *Mein Gott*, ese hombre es muy divertido...

Jasper no recibió más aclaraciones sobre la exclamación del holandés, quien al segundo siguiente ya estaba de nuevo embarcado en el bote rumbo al bergantín. Trató de animarse pensando que aquella desagradable aventura iba a terminar muy pronto. La rada de Macasar ya se veía a lo lejos. Heemskirk pasó a su lado en dirección al puente. Le pareció tan cómico el modo en que puso los ojos en blanco —hacia ya mucho Freya y él habían convenido en lo cómico que era el teniente a su pesar—, le parecía que había en él tanta satisfacción, como si todavía saboreara un bocado delicioso, que Jasper no pudo evitar sonreír y volvió de nuevo la cabeza hacia su bergantín.

No le resultaba agradable contemplar cómo estaba cautiva su posesión más preciada, aquel bergantín animado por una parte del alma de Freya, el único punto de apoyo de sus vidas en la tierra, la seguridad de su pasión, su compadre en las aventuras, aquello que le iba a facilitar el rapto de la dulce Freya, lo que le iba a permitir abrazarla y llevársela hasta el fin del mundo, aquella hermosa embarcación que encarnaba a partes iguales su orgullo y su amor. Era como una pesadilla, como si soñara con un ave marina cargada de cadenas.

Pero ¿qué otra cosa habría podido contemplar? Había ocasiones en las que su belleza le llegaba con tanta fuerza al corazón que casi olvidaba dónde estaba. Y

además, la certeza de ser amado le producía una extraña sensación de superioridad, de saberse por encima de las Parcas gracias a los ojos de aquella mujer que lo miraba con ternura. ¿Es que le podía suceder algo malo al elegido de Freya?

Ya comenzaba el atardecer y el sol se encontraba por detrás de los barcos mientras tomaban rumbo al puerto. «Dentro de muy poco se habrá acabado ya la bromita de este escarabajo», pensó Jasper sin mucho rencor. Era un marinero experimentado y a veces le bastaba un vistazo para saber lo que sucedía. «Parece que quiere cruzar por el paso de Spermonde. Ahora estamos rodeados por los arrecifes de Tamisa». Contempló una vez más su bergantín, el palo mayor alzado con toda aquella existencia material y sentimental que tan pronto iba a regresar a sus manos. En aquel mar tan calmo como una balsa de aceite el agua se ondulaba y alejaba de la proa porque el Neptun avanzaba a gran velocidad, como si quisiera ganar una apuesta. Se vio sobre el castillo de proa del Bonito al artillero holandés acompañado de un par de hombres. También ellos contemplaban la costa y Jasper se quedó sumido en uno de aquellos trances suyos de enamorado.

De pronto le sobresaltó, por lo inesperado, la gravedad de la sirena de la cañonera. Echó un vistazo a su alrededor. Saltó del lugar en donde se encontraba y avanzó a toda prisa sobre la cubierta.

—¡Estamos yendo de frente contra el arrecife de Tamisa! —gritó.

Heemskirk le miró por encima del hombro desde el puente. Había dos marineros que ya habían empezado a girar el timón y el Neptun hizo un rápido giro para alejarse de las aguas claras que ocultaban el peligro. ¡Ja! En el último instante... Jasper se dio media vuelta hacia el bergantín y descubrió que, obedeciendo órdenes que Heemskirk le había dado al artillero, los marineros habían soltado el cabo al oír la sirena. Antes de que ni siquiera le diera tiempo a gritar o a moverse vio cómo su barco iba a la deriva, lanzado a gran velocidad por la popa de la cañonera. Siguió con la mirada desorbitada e incrédula el recorrido de aquella hermosa silueta. A bordo se escuchaban los gritos pero a él le llegaban como un murmullo confuso debido a los latidos de su propio corazón. El barco avanzaba en una terrible exhibición de velocidad y con un aire incomparable de gracia y de vida. Avanzó todavía un poco más hasta que la lisa superficie de agua se hundió súbitamente, como si algo la hubiese tragado, y con un extraño temblor de los mástiles se detuvo, inclinó un poco los altos palos y se quedó inmóvil. La embarcación estaba inmóvil clavada en los arrecifes mientras el Neptun, después de haber descrito un amplio círculo, continuó a toda prisa por el paso de

Spermonde encarando la proa hacia la ciudad. El bergantín había quedado inmóvil, totalmente inmóvil, en una posición ominosa y antinatural. Bastó un instante a plena luz del día para que se viera inundado de la sutil melancolía de las cosas en decadencia, se convirtió en una mota en el brillante vacío del espacio, completamente solo y desolado.

—¡Sujetadlo! —gritó una voz desde el puente.

Jasper se había puesto a correr hacia su barco como quien se precipita al abismo para salvar de la destrucción a una criatura amada.

—¡Agarradlo! ¡Cogedlo! —gritó una vez más el teniente desde la escala del puente mientras Jasper luchaba sin decir una palabra. Lo único que se podía ver en medio de aquel numeroso grupo de marineros del Neptun era su cabeza, habían saltado todos sobre él al unísono—. ¡Agarradlo bien! Lo último que quiero es ver ahogado a ese hombre.

Jasper dejó de forcejear.

Uno a uno todos lo fueron soltando y se alejaron de él en silencio. Lo abandonaron en un amplio espacio como si quisieran darle margen para que se derrumbara tras la pelea. Jasper ni se movió. Media hora más tarde, cuando el Neptun ancló en el puerto, Jasper seguía en la misma postura en la que le habían dejado, no se había movido ni un milímetro. En cuanto se dejó de escuchar el pesado ruido del ancla de la cañonera, Heemskirk bajó hasta el puente.

—Llama a un sampán —dijo a uno de los centinelas, y caminó lentamente hacia donde se encontraba Jasper, objeto de todas las miradas temerosas de cubierta, mientras el otro seguía absorto en sus pensamientos. Heemskirk se acercó y lo contempló pensativo llevándose los dedos a los labios. Ahí estaba aquel canalla al que había favorecido, el único hombre al que la infernal muchacha podía relatarle la historia de lo que había sucedido. Seguramente ya no le parecería tan graciosa aquella anécdota sobre cómo el teniente Heemskirk... no, seguro que ya no se reía tanto. No daba la impresión de que aquel hombre se fuera a reír nunca más en la vida.

Jasper alzó de pronto la mirada. Aquellos ojos inundados por el desconcierto miraron los sombríos ojos de Heemskirk.

—¡Contra el arrecife! —dijo incrédulo—. ¡Contra... el... arrecife! —repitió más gravemente aún, como si tratara de iluminar algo en su interior.

—Y pleamar, con la marea de la primavera —añadió Heemskirk con un resabio de violencia vengativa. A continuación se calló como si le hubiese dado un golpe de cansancio y clavó en la mirada de Jasper sus ojos arrogantes como una nube de tristeza, con todo el desencanto y la sombra de las pasiones inevitables—. Y con pleamar —añadió una vez más antes de quitarse de la cabeza su gorra con galones y señalarle con un gesto la pasarela—. Y ahora váyase de este barco y hable con los tribunales, maldito inglés.

VI

El caso del bergantín Bonito causó sensación en Macasar, una de las más grandes y hermosas ciudades de aquellas islas en las que, por otra parte, tampoco se daban muchas posibilidades de escándalo. La población de la primera línea de la costa se dio cuenta de inmediato de que acababa de suceder algo extraño. A lo lejos se había visto a un vapor que remolcaba a un velero y cuando el primero llegó sólo después de haber dejado al otro en el mar ya había una gran curiosidad. ¿Qué había sucedido? Lo único que se veía eran los mástiles con las velas plegadas en el mismo lugar en el que lo habían dejado, hacia el sur. A los pocos minutos ya había corrido el rumor por toda la calle de la orilla de que había un barco encallado en los arrecifes de Tamisa. La gente había interpretado bien las señales, pero no conocía las causas y es que ¿quién habría sido capaz de relacionar a una muchacha que vivía a novecientas millas de distancia de aquel lugar con un barco encallado en el arrecife de Tamisa o buscar los vínculos entre lo sucedido y la psicología de al menos tres personas por mucho que una de ellas, el teniente Heemskirk, estuviera en aquellos momentos presentando un informe oral? No, las personas que vivían en la primera línea de la costa no eran precisamente las más apropiadas para llevar a cabo una investigación de ese tipo, pero muchas manos —mulatas, amarillas y blancas— se alzaron para hacer de visera y poder contemplar el mar a la distancia. El rumor corrió como la pólvora. Los vendedores chinos salieron de sus tiendas y más de un comerciante blanco abandonó también su negocio para salir a echar un vistazo por la ventana. Tampoco encallaba un barco todos los días en el arrecife de Tamisa. A medida que iban transcurriendo las horas el rumor iba tomando una forma más precisa. Se trataba de un comerciante inglés... El Neptunlo había detenido por sospechoso y cuando lo remolcaba a puerto como prueba había sucedido un extraño accidente...

Más tarde se supo el nombre: «El Bonito... ¿Cómo? ¡Imposible! Sí, sí, había sido el Bonito. ¡Mirad! Si se puede ver desde aquí... Sólo tiene dos mástiles, es un bergantín. Jamás habría pensado que aquel hombre se dejara atrapar. Heemskirk es muy listo. Dicen que el Bonito tiene el camarote tan acomodado como el del yate de un caballero y que Allen es un caballero, un vagabundo excéntrico».

Un joven entró a toda prisa en la oficina de los hermanos Mesman, que estaba frente al mar, y dio algunos datos más:

—Oh, sí, seguro que es el Bonito. Pero no se van a creer la historia que me acaban de contar. Al parecer el tipo ese llevaba un par de años traficando con armas por el río. Por lo visto después de tantos años de impunidad estaba tan seguro que hasta se atrevió a vender las armas de su propio barco. Como lo oye. Los rifles no están a bordo. ¡Qué sinvergüenza! Lo que no sabía él era que había uno de nuestros barcos de pesca patrullando también por la costa. Esos ingleses son tan arrogantes que nunca piensan que les vaya a pasar nada. Nuestros tribunales siempre los acaban soltando con cualquier excusa. Sea como sea, aquí se acaba la historia del famoso Bonito. Me acaban de decir en la oficina que ha encallado en pleamar, y va en lastre además. Nadie cree que haya manera humana de sacarlo de donde está. Y ojalá sea así. No está mal tener a ese Bonito encallado como advertencia general.

El viejo J. Mesman, un holandés que había nacido en las colonias, un hombre maduro y paternal de gesto sereno, apuesto, bien afeitado y con un pelo gris perla, no dijo ni una palabra en defensa de Jasper y el Bonito, pero se levantó en el acto de su sillón con gesto preocupado. Al parecer, en cierta ocasión, mientras hablaban de los negocios de las islas y otros asuntos, en que Jasper se vio inclinado a hablarle de Freya, y aquel hombre excelente, que conocía al viejo Nelson y que en alguna situación había llegado también a ver a Freya, se interesó mucho por la historia.

—¡Claro, claro! ¡Nelson! ¡Por supuesto que sí! Una persona fantástica. Y ella una niña pequeña muy rubia, por supuesto que sí, los recuerdo a la perfección. Así que ha crecido y se ha convertido en una joven hermosa y audaz... —Rio con una carcajada casi estruendosa—. Pues cuando se haya fugado felizmente con su esposa, capitán Allen, no olvide pasar por aquí, nos encantará verla. ¡Una niña muy rubia, muy rubia! La recuerdo perfectamente.

Había sido precisamente aquel recuerdo el que provocó que se preocupara tan inmediatamente por el naufragio. Cogió su sombrero.

—¿Adónde va, señor Mesman?

—Voy en busca de Allen, seguro que se encuentra en tierra. ¿Alguien sabe dónde está?

Y como ninguno de los presentes lo sabía, el señor Mesman fue a la orilla para averiguarlo.

En la parte opuesta de la ciudad la información había llegado de una manera diferente. Lo primero que vieron fue al propio Allen caminando a toda prisa, como si lo estuvieran persiguiendo. Un chino, el marinero del sampán, lo seguía a la misma velocidad. Cuando pasaron frente al Orange House Jasper dio un grito y entró o, para ser más preciso, se precipitó hacia el interior asustando a Gómez, el recepcionista del hotel. El chino reclamó la inmediata atención de Gómez, protestaba porque aquel hombre blanco al que había llevado hasta la orilla no le había pagado su dinero. Lo había seguido hasta allí pidiéndoselo durante todo el camino pero el hombre blanco había hecho caso omiso a todas sus justas reclamaciones. Gómez pagó al *coolie* con unas monedas y fue en busca de Jasper, al que conocía perfectamente. Cuando lo encontró estaba muy pálido y rígido junto a una mesita redonda. En el otro extremo de la galería había unos cuantos hombres sentados que habían interrumpido su conversación y lo miraban expectantes.

Gómez se acercó y Jasper alzó una mano para señalarse la garganta. Gómez se dio cuenta de que llevaba un traje blanco muy sucio, luego lo miró a la cara y fue a buscar la bebida que Jasper parecía estar pidiendo.

No había manera de adivinar adónde se dirigía Jasper y con qué fin, o dónde se imaginaba que estaba entrando cuando aquel impulso repentino, o la visión de algo familiar, lo hizo entrar en el Orange House. Se sostenía temblorosamente con las puntas de los dedos apoyadas en la mesilla. En la galería había dos hombres a los que conocía bien, pero su mirada vagaba incesantemente de un sitio al otro, como si buscara una salida por la que poder escapar. Pasó y volvió a pasar sobre ellos sin dar la menor muestra de haberlos reconocido. Por su parte ellos no paraban de observarlo y dudar de lo que veían sus propios ojos. La razón no era que tuviera el rostro distorsionado, todo lo contrario, parecía más bien tranquilo, pero había algo en su expresión que resultaba casi irreconocible. ¿Era él de verdad?, se preguntaban sobrecogidos.

En la mente de Jasper había algunos claros pensamientos agitándose en medio de un tremendo caos. Aquella claridad, unida precisamente a su casi total incapacidad para aislar uno sólo resultaba terrible. Trataba de decirse a sí mismo, o a sus pensamientos «¡Tranquilidad, tranquilidad!». Frente a él apareció un joven chino con un vaso en una bandeja. Lo vació y salió corriendo, y con su desaparición terminó el hechizo entre los presentes. Uno de los hombres se levantó de un salto y se acercó hasta la ventana de la galería desde la que se podía ver la rada, y, justo en el momento en que Jasper salía por la puerta del Orange y tomaba rumbo calle abajo, le gritó al resto:

—Era Jasper, sin duda, pero ¿dónde está su bergantín?

Jasper sintió que aquellas palabras llegaban a su cerebro como si las hubiesen amplificado, como si hubiesen resonado desde el cielo y le estuvieran pidiendo cuentas, y es que aquéllas habrían sido exactamente las palabras que le habría dicho Freya, una pregunta terrible que lo golpeó en la conciencia como un rayo. Se puso a caminar y el caos inundó el resto de sus pensamientos. No se detuvo. Dio unos cuantos pasos más en la oscuridad y cayó al suelo.

El viejo Mesman tuvo que ir con él al hospital y el médico comentó algo acerca de una leve insolación, nada grave. En tres días se podría marchar y es necesario añadir que el médico tenía toda la razón. Tres días más tarde, Allen salió del hospital y lo vieron por la ciudad. —Todo el mundo le vio mucho, no hay duda—. Se quedó mucho tiempo, lo bastante como para convertirse en uno de los habituales del lugar y para que finalmente nadie se percatara de su presencia, lo bastante como para que su presencia aún se recuerde en las islas.

Lo que se relataba en la primera línea de la costa y la aparición de Jasper en el Orange House están en el origen del famoso caso del Bonito y tienen la virtud de ilustrar los dos aspectos: el práctico y el psicológico. El caso tal y como lo vieron los tribunales y el caso bajo el prisma de la compasión, una perspectiva esta última que resultaba evidente, y oscura a la vez.

Se podría decir que era oscura incluso para aquel amigo mío que me escribió la carta que mencioné en el comienzo de esta historia. Se trataba de uno de los empleados de la oficina del señor Mesman, y fue quien acompañó a aquel caballero en busca de Jasper. En su carta hacía referencia a aquellos dos aspectos y a algunas de las incidencias del caso. La actitud de Heemskirk era de profunda gratitud por no haber perdido su barco y eso era todo. La explicación que dio era la de que se había acercado demasiado al arrecife por culpa de la neblina que envolvía la tierra. Había conseguido salvar su barco y el resto lo tenía sin cuidado. Por lo que se refiere al artillero, acabó declarando que en aquel momento le pareció lo mejor soltar el cabo de amarre y que estaba demasiado confuso como para pensar con claridad.

En realidad había seguido con toda precisión las instrucciones de Heemskirk, de quien se había convertido en una especie de leal esbirro después de varios años de servicio a su lado por todo el Oriente. Pero lo más delirante de la detención del Bonito era aquella historia del artillero sobre cómo, cuando se procedió a incautar las armas de fuego tal y como se había sugerido, se descubrió

que no había tales armas a bordo. Lo único que se encontró en la cabina de proa fue un armero preparado para albergar dieciocho rifles de los cuales no quedaba ni uno solo. El primer oficial, un hombre que parecía enfermo o medio enloquecido, aseguró que aquello no tenía nada que ver con el capitán Allen, que había sido él, el primer oficial, quien había vendido aquellas armas en plena noche a cierta persona río arriba. Para demostrar sus palabras sacó una bolsa repleta de dólares de plata e insistió en que se los quedara el artillero. A continuación la tiró sobre cubierta y comenzó a golpearse la cabeza diciendo que era un desagradecido y que no merecía vivir.

El artillero fue el que comunicó aquella historia a su oficial.

Resulta complicado adivinar qué era exactamente lo que pretendía Heemskirk al apresar el Bonito más allá de hacerle la vida imposible al hombre al que había elegido Freya. Lo único que deseaba era perjudicar de alguna manera al hombre que había recibido todos aquellos besos y abrazos, pero el informe del artillero le daba al caso una entidad distinta. Allen tenía amigos, ¿y quién podía asegurarle que fuera a salir bien parado? La idea de arrojar al bergantín sobre los arrecifes se le había ocurrido mientras escuchaba al artillero. En una situación así eran pocas las posibilidades de que las autoridades censuraran su conducta, todo tenía que parecer un accidente.

Cuando salió a cubierta se relamió ante la imagen de su víctima y puso los ojos en blanco de aquella siniestra manera, aquella extraña mueca que había hecho sonreír a Jasper. Cuando el teniente se dirigió hacia el puente iba diciéndose a sí mismo: «¡Espera y verás! Me voy a encargar de que dejes de sentir el sabor de esos besos. A partir de hoy cuando escuches el nombre del teniente Heemskirk vas a dejar de sonreír en el acto, te lo aseguro, ahora estás en mis manos».

La posibilidad se planteó sola, sin ninguna necesidad de planearla. Casi se podría decir que había surgido de una manera natural, como si todos los sucesos se hubiesen ido disponiendo de una forma misteriosa para encajar luego, sirviendo a los propósitos de aquella oscura pasión. Ni planeándolo con toda la astucia del mundo podría haber salido mejor. Se le ofreció la posibilidad de tener una perfecta venganza, una venganza trascendental, de asestar el golpe definitivo al corazón de la persona que odiaba, para verlo a continuación caminar con aquel puñal clavado en el pecho.

Y es que sólo a algo así se podía comparar el estado de Jasper. Se movía como los demás, actuaba pero sus ojos parecían cansados y su actitud ansiosa,

delgado e inquieto como era, con aquellos movimientos bruscos y feroces, hablaba sin parar con un tono que parecía a la vez fatigado y frenético porque sabía que hiciera lo que hiciera nada en el mundo le podría devolver su bergantín, de la misma manera que nada puede curar un corazón herido. Su alma se mantenía tranquila por la tensión del amor por Freya, pero se mantenía a la vez inmóvil y demasiado tensa. El golpe lo había zarandeado y lo había roto por dentro. Había estado esperando durante dos años en un estado de ebria confianza y ahora que había perdido el bergantín se sentía indigno de un amor al que ya no tenía nada que ofrecer.

Atravesaba el pueblo día tras día a lo largo de la costa hasta llegar al cabo que se encontraba frente al arrecife, y contemplaba aquella amada silueta sobre las aguas, aquella silueta que en otros tiempos le había dado la confianza de lo promisorio y que ahora, en su desolada e inclinada inmovilidad, le parecía el símbolo de la desesperación.

La tripulación había abandonado el barco a bordo de los botes y cuando llegaron al puerto fueron requisados por las autoridades portuarias. También el barco había quedado a cargo de las diligencias oficiales, pero las autoridades ni siquiera se molestaron en poner a bordo un poco de vigilancia. ¿Es que acaso se lo podía llevar alguien de allí? Nada, como no fuera un milagro o la mirada de Jasper, lo único que permanecía pegado al barco durante horas como si albergara la confianza enloquecida de poder llevar aquel barco hasta donde se encontraba.

Ésa fue la historia que me relató mi amigo en su larga y detallada carta y que me dejó tan profundamente abatido. Resultaba desoladora la narración sobre cómo Schultz, el primer oficial, iba de un lado a otro asegurando con desesperación que había sido él quien había vendido aquellos rifles.

—¡Los robé yo! —exclamaba.

Nadie le creyó, como es evidente. Ni siquiera mi amigo, aunque aseguró admirar su sacrificio. A mucha gente le pareció ir demasiado lejos fingir que se era un ladrón para salvar a un amigo. La mentira era tan evidente que puede que ni siquiera importara.

He de reconocer que yo, probablemente la única persona que conocía la psicología de Schultz y lo cierto que era lo que estaba contando, no podía evitar sentir una espantosa congoja. ¡De qué manera se aprovechaba un destino diabólico de una intención generosa! Yo mismo me sentía como si en cierto modo hubiese

sido cómplice de aquel atropello, como si en algún punto hubiese animado a Jasper. Es verdad que también lo había avisado.

«Llegada a aquella situación —continuaba la carta de mi amigo—, el hombre pareció enloquecer. Fue a contarle toda la historia a Mesman. Le contó que entre los nativos vivía también un hombre blanco que lo emborrachó con ginebra y luego se burló de él porque no tenía dinero. Schultz nos aseguró que decía la verdad y que debíamos creerlo, que cuando bebía mucho se volvía ladrón de inmediato y sin remedio, y que subió a bordo y fue bajando sin problema los rifles uno a uno, hasta que una canoa abordó el barco en plena noche y le pagaron a diez dólares el rifle.

»Al día siguiente, por lo visto se puso enfermo de pena y remordimiento, pero no fue capaz de confesar su delito al hombre que había depositado en él su confianza. Cuando la cañonera detuvo al bergantín quiso morir en el acto por miedo a las consecuencias, y habría muerto con gusto si con eso hubiese conseguido reintegrar los rifles. No le dijo nada a Jasper, esperando en secreto que liberaran al bergantín, pero cuando vio que no era así y que el capitán continuaba retenido en la cañonera, Schultz estuvo a punto de suicidarse de desesperación, pero pensó que tenía la obligación de seguir viviendo para que todos supieran la verdad. “¡Es la verdad! ¡Es la verdad! —repetía con los ojos llenos de lágrimas—. Créanme cuando les digo que cuando bebo un poco me convierto en un mezquino y miserable ladrón. Por favor llévenme a un lugar donde pueda declarar bajo juramento”.

»Cuando le convencimos de que su declaración no le podía ser de ninguna ayuda a Jasper —y es que ¿qué tribunal holandés habría podido aceptar una declaración como aquella y cómo, cuándo y dónde se habrían podido conseguir las pruebas para sostener aquella historia?—, hizo un gesto como si tratara de arrancarse a mechones el pelo de la cabeza pero intentó calmarse y añadió: “En ese caso me despido de ustedes, señores”, y salió de la habitación tan abatido que parecía incapaz de poner un pie por delante del otro. Esa misma noche se suicidó cortándose el cuello en la casa del mestizo en la que estaba alojado desde que llegó del barco.

¡Aquella garganta! La misma, pensé sobrecogido, de la que había salido esa voz persuasiva, fascinante y grave, y que había conseguido despertar en el acto la piedad de Jasper, la misma garganta que le había conseguido la protección de Freya. Quién se habría podido imaginar un final de aquella naturaleza para alguien como Schultz, con su desastre natural y su ternura, sus costumbres y sus

inocentes robos, tan ridículamente sincero que ni siquiera las víctimas de sus robos podían mostrar al fin más que una cómica exasperación. Era un hombre realmente imposible. No hay duda de que su destino le marcaba una vida misteriosa y que lo más probable era que siempre estuviera medio muerto de hambre, pero nada hacía prever aquella muerte trágica en ese vagabundo inofensivo que vivía entre los nativos. Hay momentos en los que las ironías del destino se manifiestan de una manera salvaje y cruel.

Negué lastimosamente con la cabeza mientras pensaba en Schultz y continué leyendo la carta de mi amigo. Me comentó que el bergantín encallado en el arrecife fue víctima del pillaje de los habitantes de la costa y que debido a eso su aspecto se fue convirtiendo en algo cada vez más fantasmal, y Jasper en la sombra de un hombre caminando siempre a grandes zancadas por la orilla con una expresión horrible y una vaga sonrisa en los labios. Se pasaba la mayor parte del día mirando su barco desde un solitario banco de arena, como si tuviera la esperanza de que le hiciera alguna especie de señal. Los Mesman se hicieron cargo de él hasta donde les fue posible. Habían remitido a Batavia el caso del Bonito, y lo más probable era que se perdiera allí en el marasmo de los papeles oficiales... Me parecía desgarrador leer aquella historia. El eficiente y activo Heemskirk, cuyos aires malhumorados no fueron más alegres después de la aprobación oficiosa de su conducta, se había trasladado a ocupar un puesto en las Molucas.

Al fin de aquella larga y afectuosa carta con noticias de las islas me escribió mi amigo:

Hace sólo unos meses el viejo Nelson se pasó por aquí en un buque correo de Java. Por lo visto venía a ver a Mesman. Una visita extraordinaria y misteriosamente breve, para haberse trasladado desde tan lejos. Sólo se quedó cuatro días en el Orange House y al parecer no tenía nada que hacer por allí, porque de inmediato tomó el vapor que iba hacia el sur por el estrecho. Recuerdo que en aquellos días se comentaba que Allen era muy cariñoso con la hija del viejo Nelson, la chica a la que había educado la señora Harley y que luego se había trasladado para vivir con su padre en el archipiélago de las Siete Islas. Estoy seguro de que se acuerda usted del viejo Nelson...

¡Que si recordaba al viejo Nelson! ¡Vaya que si le recordaba!

La carta decía que el viejo Nelson sí me recordaba a mí porque al parecer, poco después de la visita a Macasar, había escrito una carta a los Mesman pidiéndoles mi dirección en Londres.

Me pareció algo extraordinario que el viejo Nelson (o Nielsen), cuyo más reseñable rasgo de carácter era una falta de respuesta total a todo cuanto le rodeaba quisiera escribirme. ¿Y por qué precisamente a mí? Esperé con mucha impaciencia a que llegara la respuesta a esa pregunta y estaba a punto de desistir mentalmente del asunto cuando llegó ante mis ojos una caligrafía temblorosa, senil e infantil al mismo tiempo, en un sobre con un sello de valor de un penique desde la oficina de Notting Hill. No lo abrí al instante porque la situación requería de mí al menos el gesto de llevarme las manos a la cabeza. Por lo visto había venido a Inglaterra para convertirse para siempre en Nelson, o puede también que fuera de regreso a Dinamarca para volver a convertirse en Nielsen. Fuera como fuera, me parecía casi imposible imaginarme al viejo Nelson (o Nielsen) lejos de los trópicos. Y sin embargo estaba allí, y me pedía que me acercara a visitarlo.

Estaba alojado en una de esas casas de huéspedes de la plaza de Bayswater que en otra época se habían dedicado al ocio y ahora estaban reducidas a la obligación de ganarse la vida. Al parecer había ido allí recomendado por alguien. Me acerqué a verlo en uno de esos días de enero londinense compuesto por cuatro diabólicos elementos: frío, agua, barro y mugre combinados todos con un aire tan pegajoso que parece adherirse al alma como si fuera una camisa sucia. Aun así, cuando me acerqué a la casa vi —tras un breve parpadeo al otro lado del velo de los sucios cuatro elementos— el magnífico resplandor de un mar azul en el que siete pequeñas islas bailaban aún ante mis ojos como manchas diminutas, y la alta techumbre roja del *bungalow* sobre la más pequeña de todas ellas. Me sentí muy alterado por aquella súbita evocación y llamé a la puerta con mano temblorosa.

El viejo Nelson (o Nielsen) se levantó de la mesa frente a la que se había sentado con un viejo cuaderno lleno de papeles en la mano y se quitó las gafas antes de darme la mano. Durante un breve instante ninguno de los dos pronunció una palabra, y luego, al ver que miraba a mi alrededor echando a alguien en falta, murmuró unas palabras de las que sólo pude entender «hija» y «Hong Kong». Luego bajó los ojos y emitió un suspiro.

Su bigote seguía tan desmañado como siempre, pero ahora estaba cubierto de canas. Las mejillas se le habían redondeado y coloreado. Parecía extraño que aquel rasgo infantil que desde siempre había sido parte de su fisonomía se hubiese visto ampliado de pronto. Al igual que su letra, el aspecto de Nelson era al mismo tiempo senil e infantil. El lugar en el que su edad se hacía más evidente era en la frente, que seguía pareciendo poco astuta y que ahora estaba inquietantemente arrugada, y también en sus ojos redondos e ingenuos, que ahora tenían un aire más acuoso y parpadeante. ¿Acaso estaban llenos de lágrimas?

Me pareció inédito que el viejo Nelson estuviera informado de algún asunto, pero en cuanto transcurrieron los primeros torpes minutos el anciano ya se puso a hablar a gusto. Si se callaba bastaba con hacerle alguna pregunta para que se pusiera a hablar de nuevo, agarrándose el chaleco con las dos manos en un gesto que me hacía recordar de inmediato a la galería del este en la que se solía sentar en aquella época, y que ahora me parecía tan lejana. Su tono era razonable, pero también un poco nervioso.

—Durante semanas —dijo— no tuvimos ninguna noticia. Claro, estábamos tan lejos que era imposible enterarse de nada. No hay servicio postal en las Siete Islas, pero un día me acerqué a Banka en mi bote de pesca para ver si había llegado correo y leí un periódico holandés. La única noticia marinera que aparecía era la de que el Bonito había encallado en un arrecife frente a Macasar, eso era todo. Me llevé el periódico a casa y se lo enseñé a Freya. «¡Jamás se lo perdonaré!», gritó con su carácter de siempre. «Querida mía —le contesté yo—, sé razonable. Hasta el mejor hombre puede perder un barco, pero ¿qué pasa con tu salud?». Su aspecto me tenía muy preocupado últimamente. Antes no había querido ni oír hablar de llevarla a Singapur, pero una chica tan razonable ya no se podía negar por más tiempo. «Haga lo que le parezca, padre», me dijo. Fue todo un problema. Tuve que salir al encuentro del vapor, pero conseguí llevarla sin más complicaciones. Allí la vieron los médicos, claro. Fiebre, anemia, la obligaron a guardar cama. Había dos o tres mujeres muy amables. Como es lógico, la historia salió enseguida en los periódicos y ella la leyó acostada en el sofá hasta el final. Luego me devolvió el periódico, dijo «Heemskirk» y se desmayó.

Durante un rato parpadeó con los ojos llenos de lágrimas.

—Al día siguiente —continuó, pero sin ninguna emoción en la voz— parecía más fuerte y estuvimos charlando durante un buen rato. Me contó toda la historia.

Con la mirada gacha, el viejo Nelson me relató toda la historia del episodio de Heemskirk en palabras de Freya y, con su lengua inconexa, volvió a alzar la mirada ingenuamente.

—Yo le dije: «Querida niña, te has comportado en todo como una chica sensata». «Me he comportado fatal —dijo ella—, y él está allí con el corazón destrozado». Al menos era lo bastante sensata para entender que no estaba en condiciones de viajar, pero yo sí lo estaba, ella me pidió que lo hiciera. La estaban atendiendo muy bien, decían que tenía anemia pero que se estaba recuperando

poco a poco.

Hizo una pequeña pausa.

— ¿Lo encontró? — pregunté.

— Oh, sí, claro que lo encontré. — Continuó con aquel razonable tono de voz, como si estuviera buscando los argumentos para exponer algo—. Por supuesto. Tenía los ojos hundidos, estaba en los huesos, era un esqueleto con ropa blanca y descuidada. Eso era al menos lo que parecía. Cómo podía Freya... aunque ella en realidad no... Me lo encontré ahí sentado, el único ser vivo a lo largo muchas millas de costa encima de un tronco que la marea había arrastrado hasta la orilla. En el hospital le habían cortado el pelo y no le había vuelto a crecer. Miraba obsesivamente hacia el mar con la barbilla apoyada en la mano y frente a él no se veía otra cosa más que los restos del barco. Cuando me acerqué hasta donde estaba, negó tristemente con la cabeza. «¿Es usted, viejo amigo?», me preguntó. Eso fue lo que dijo. Si le hubiese visto en ese instante, usted también se habría dado cuenta de que era imposible que Freya amara a aquel hombre. En fin, yo tampoco digo nada. Puede que sintiera... algo, ya sabe que estaba muy sola. ¡Pero de ahí a fugarse con él! ¡Eso nunca! Una locura, y ella era una muchacha muy sensata... Comencé reprochándole lo más amablemente que pude su actitud y de vez en cuando se volvía hacia mí. «¿Que tendría que haberle escrito a usted? ¿Para contarle qué? ¡Volver con ella! ¿Con qué? Si yo hubiese sido un hombre de verdad me la habría llevado conmigo, pero ella me convirtió en un niño, un niño feliz. Dígame que el mismo día en el que lo único que poseía en este mundo se perdió contra ese arrecife comprendí por fin que no tenía ningún poder sobre ella. ¿Acaso ha venido con usted?», gritó furioso clavándome esa mirada hundida. Yo negué con la cabeza. ¿Cómo iba a venir conmigo si estaba anémica? «Ahí lo tiene, ¡ya ve! En ese caso váyase usted también y déjeme a solas con este fantasma», respondió señalando con la mirada hacia los restos del bergantín. ¡Estaba loco! Y ya anochece. No tenía intención de quedarme más tiempo con aquel hombre y menos aún en un lugar tan solitario. No quise hablarle de la enfermedad de Freya. ¡Anemia! ¿Para qué si estaba loco? ¿Y en qué tipo de marido se habría convertido él cuando Freya era una muchacha tan razonable? Ni siquiera les podría haber dejado mi pequeña propiedad. Las autoridades holandesas nunca le habrían permitido a un inglés establecerse allí. Todavía no la había vendido. Más tarde acabé vendiéndole todo por diez veces menos de su precio real a un mestizo holandés. Aunque qué me importaba ya a esas alturas, para mí ya no tenía ningún valor. Así es, me marché y volví en barco correo, se lo conté todo a Freya. «Hija mía, se ha vuelto loco, lo único que amaba aquel hombre era su barco», le dije.

«Puede ser —me contestó ella—. Puede que al fin sea verdad lo que dices. Yo nunca le habría permitido que tuviera poder sobre mí».

El viejo Nelson hizo de nuevo una pausa. Yo estaba maravillado, congelado de frío a pesar de que en la habitación había un fuego muy grande.

—De modo que ya ve —continuó—. Ella nunca le quiso en realidad. Era demasiado sensata. Se vino conmigo a Hong Kong porque me dijeron que le convenía un cambio de clima. ¡Malditos médicos! ¡Qué invierno, Señor! Pasamos diez días de niebla, humedad, vientos y lluvia. Enfermó de neumonía. Pero aun así hablamos mucho durante aquellos días. ¿Es que acaso tenía a alguien más en el mundo? Me contó muchas cosas aquella hija mía. Algunas veces hasta se reía. Me miraba y se reía.

Sentí un escalofrío y él alzó la mirada con una expresión misteriosa, entre confusa e infantil.

—Me decía: «Padre, yo nunca quise ser una mala hija». Y yo le contestaba: «Claro que no, hija mía, cómo habrías podido querer algo así». Entonces se quedaba en silencio y me decía: «Querría saber...». Y otras veces: «He sido una cobarde», eso me decía. Ya sabe usted que los enfermos siempre confiesan ese tipo de cosas. También confesaba: «He sido altiva, caprichosa y testaruda. No he hecho más que buscar mi propia satisfacción, siempre por egoísmo o por miedo...». A los enfermos nunca hay que hacerles mucho caso, dicen lo primero que se les ocurre. Hubo incluso un día que pasó totalmente en silencio y al final dijo: «Puede que en el momento de la verdad me hubiese arrepentido. ¡Puede! No lo sé», exclamó. «Echa esa cortina, padre, no quiero ver el mar, me recuerda mi locura». —Nelson gimió y se quedó en silencio, luego prosiguió con un murmullo—. Ya ve, estaba muy enferma, muy enferma... Neumonía. Todo pasó de repente.

El viejo señaló la alfombra con la mano, y el recuerdo de aquella pobre muchacha vencida por la absurda actitud de aquellos tres hombres hasta el punto de dudar de sí misma me llenó el corazón de congoja y desazón.

—Ya lo ve —continuó Nelson—. Puede que... De usted también habló varias veces. Un buen amigo, un hombre razonable. Por eso he querido contárselo, para que al menos supiera la verdad. ¡Un hombre así! ¿Cómo habría podido ser? Estaba sola... Puede que durante una época, pero no, a mi Freya no le interesaban las cosas del amor... Era una chica razonable.

—Pero por Dios —exclamé levantándome con furia—. ¿Es que no se da cuenta de que fue eso precisamente lo que la mató?

Él se levantó conmigo.

—¡No, no! —tartamudeó, como si lo hubiese ofendido—. ¡Los médicos! ¡Neumonía! Estaba muy enferma... Se había inflamado, me dijeron... Neu...

La palabra quedó ahogada en un sollozo y agitó las manos con desesperación como si renunciara a un fantasma:

—¡Y yo que la creía tan razonable!

LA POSADA DE LAS DOS BRUJAS

UN DESCUBRIMIENTO

Esta historia, incidente o experiencia —llámese como se llame— fue relatada en los años cincuenta del siglo pasado por un hombre que, según confesó, tenía entonces sesenta años. Sesenta años no tiene por qué ser una mala edad si no se la considera en perspectiva, algo que sin duda suele provocar en la mayoría de las personas sentimientos encontrados. Es una edad tranquila, el juego prácticamente ha terminado y si uno da un paso al costado recuerda con nitidez lo buena persona que solía ser. He notado que por alguna amable razón de la Providencia la mayoría de las personas comienzan a adoptar ideas románticas acerca de sí mismas a los sesenta años. Hasta en sus fracasos encuentran cierto encanto particular. Las esperanzas para el futuro son una buena compañía a lo largo de la vida, formas delicadas y fascinantes si se quiere pero —por decirlo de alguna manera— están desnudas, dispuestas a ser adornadas en cualquier momento. Por suerte los trajes elegantes son una propiedad del pasado inalterable y, sin ellos, uno se vería obligado a quedarse quieto en su silla, tembloroso en medio de las sombras de una fiesta.

Supongo que fue ese romanticismo de la edad madura el que llevó a nuestro hombre a relatar su historia para satisfacción personal o para asombro de la posteridad. No creo que buscara mejorar su reputación, porque simplemente se trata de la historia de un gran miedo o de un terror, como él mismo lo describió. Todo el mundo habrá adivinado ya probablemente que la historia a la que me refiero desde las primeras líneas fue escrita, no narrada.

El descubrimiento al que refiere el subtítulo es precisamente la aparición de ese texto, el título en cambio ha sido una argucia mía (no puedo llamarlo invento), y tiene el mérito de ser cierto, ya que todo ocurre en una posada. Y en cuanto a las brujas, es una expresión popular, aunque debemos confiar en nuestro hombre ya que esta vez sí se ajusta al caso.

El descubrimiento se produjo en una caja de libros comprada en Londres en

una polvorienta librería de segunda mano que quedaba en una calle que hoy ya ha dejado de existir. En cuanto a los libros en sí, habían pasado al menos por veinte manos antes y en cuanto los inspeccioné un poco mejor, resultó que no valían ni la mitad del dinero que había pagado por ellos. Debió ser algún tipo de premonición lo que me llevó a decir:

—Me llevo también la caja.

El arruinado librero asintió con gesto descuidado y trágico, el de quienes se saben a punto de desaparecer.

Un grupo de hojas sueltas al fondo de la caja me llamó vagamente la atención. La caligrafía apretada, pulcra y regular no resultaba atractiva a primera vista pero me atrapó leer en una esquina que el autor tenía veintidós años en 1813. Veintidós es una edad interesante en la que uno se vuelve imprudente con facilidad, pero también es asustadizo, la capacidad de reflexión es débil, pero la fuerza de la imaginación es poderosa.

En otro sitio leí la frase: «Por la noche bordeamos la costa» y aquello captó mi lánguida atención porque hacía referencia al mar. «Veamos de qué se trata todo esto», pensé sin gran entusiasmo.

¡Qué aburrido era aquel manuscrito en el que cada línea se parecía a la siguiente en un orden abigarrado y regular! Parecía el zumbido de una voz monótona. Un tratado sobre el azúcar refinada (el tema más aburrido que se me ocurre) hubiera tenido un estilo más ameno. «En el año 1813 tenía veintidós años», empezaba diciendo con seriedad, y luego continuaba con toda la calma y con una dedicación espantosa, no hay que imaginar nada anticuado en mi descubrimiento. La chispa diabólica aplicada a la invención no es en absoluto una habilidad perdida, aunque sea tan antigua como el mundo. No hay más que pensar por ejemplo en los teléfonos, que acaban con la escasa tranquilidad mental que se nos ha dado, o en esas rápidas ametralladoras capaces de arrancar la vida de nuestros cuerpos. Hoy en día cualquier vieja bruja soñolienta que tenga la fuerza suficiente para apretar un insignificante detonador podría acabar con un centenar de jóvenes de veinte años en un abrir y cerrar de ojos.

¡Si esto no es el progreso...! ¡Qué barbaridad! Hemos avanzado y por eso tal vez pueda parecer que en esta historia hay aún cierta ingenuidad en la inventiva o cierta simplicidad en los motivos. Ningún turista que viaje en coche encontrará hoy una posada como la que aquí se describe. Ésta, la posada del título, se

encontraba en España. Es todo lo que he podido descubrir con los datos que se encuentran en el manuscrito, porque se han perdido varias páginas del relato — aunque tal vez no sea una gran pérdida en realidad. Al parecer en ellas el autor hacía una elaborada descripción de las causas y motivos de su presencia en aquella costa, posiblemente al norte de España, pero su experiencia no tenía nada que ver con el mar. Sospecho que era un oficial a bordo de una fragata de guerra. No parece haber en ello nada extraño. A lo largo de la extensa campaña por la Península muchos de nuestros soldados más jóvenes navegaban por la costa norte de España, el sitio más peligroso y desagradable que se pueda imaginar.

Entiendo que su barco debía de estar cumpliendo algún tipo de servicio especial. Se podría esperar de nuestro hombre una explicación en la que relatará las circunstancias pero, como he dicho, se han perdido algunas páginas (que por cierto eran de un papel duro y resistente): tal vez fueron utilizadas para cubrir frascos de mermelada o escopetas, pero lo que resulta evidente es que las comunicaciones con la costa y el envío de mensajes a tierra firme eran parte de sus obligaciones, ya fuera para obtener datos o para transmitir órdenes a los patriotas españoles, a los *guerrilleros*^[50] o a las *juntas* secretas de las provincias. Su trabajo era algo por el estilo, o al menos eso se deduce de los restos que quedaron de su minuciosa escritura.

A continuación se hace el panegírico de un marino, excelente miembro de la tripulación del barco, que tenía el rango de timonel del capitán. A bordo le llamaban Cuba Tom, no porque fuera cubano, de hecho era un perfecto ejemplar de lobo de mar británico y llevaba años trabajando en fragatas de guerra. El mote se lo había ganado gracias a ciertas aventuras maravillosas que había vivido en aquella isla durante su juventud, aventuras que eran el tema favorito de las anécdotas que solía narrar a sus compañeros al anochecer, bajo el palo de la proa. Era inteligente, muy fuerte y de un probado coraje. Casualmente se nos dice — así de preciso es nuestro autor— que Tom llevaba la mejor trenza de la marina en cuanto a grosor y longitud. Este complemento, que cuidaba con esmero y llevaba bien enfundada en una piel de marsopa, colgaba hasta la mitad de su ancha espalda para admiración de todos y envidia de algunos.

Aquí nuestro joven oficial se extiende comentando con cierto cariño las cualidades varoniles de Cuba Tom. Ese tipo de relaciones entre un marinero y un oficial no eran raras en la época. Un chico que se alistaba en la marina era puesto bajo la tutela de un marinero de confianza que colgaba la primera hamaca para él y luego, en la mayoría de los casos, se convertía en un amigo humilde del joven oficial. Después de haber pasado varios años separados, nuestro narrador se había

encontrado con aquel hombre al embarcar en la fragata. Es muy conmovedor el cálido placer con que recuerda y registra aquel encuentro con quien había sido su mentor en el comienzo de su profesión.

Luego se nos revela que —al no encontrar ningún español que prestara ese servicio— aquel valeroso marinero de trenza única, gran valentía de espíritu y seriedad, fue seleccionado como mensajero para una de las misiones en tierra. Los preparativos no fueron muy elaborados. Una plomiza mañana de otoño la fragata navegó por una bahía poco profunda por donde podían aproximarse con facilidad a aquella costa tan rocosa. Bajaron un bote y lo empujaron, con Tom Corbin (Cuba Tom) en la proa y nuestro joven (Edgar Byrne era su nombre en la tierra en la que ya ha dejado de vivir) sentado en la popa.

Algunos habitantes de la aldea, cuyas grises casas de piedra se podían ver más o menos a noventa metros sobre una profunda quebrada, se habían arrimado a la orilla y observaban el acercamiento del bote. Los dos ingleses saltaron a la orilla. Ya sea por torpeza o asombro, los campesinos no les saludaron y se mantuvieron en silencio.

El señor Byrne había decidido esperar a que fuera Tom Corbin quien se pusiera en camino. Miró alrededor hacia las caras asombradas.

—A éstos no lograremos sacarles nada —dijo—. Mejor subamos al pueblo, seguro habrá allí una taberna donde podamos encontrar a alguien más dispuesto a hablar y darnos información.

—Sí, sí, señor —dijo Tom siguiendo al oficial—. Nos vendrían bien algunas sugerencias sobre el sitio o las distancias. He atravesado la parte más ancha de Cuba sin más ayuda que mi lengua y sabiendo mucho menos español del que sé ahora. Como se suele decir, «apenas sabía cuatro palabras» cuando la fragata Blanche me dejó en la orilla.

No le preocupaba la misión que le habían encomendado, aunque implicaba un viaje de un día por las montañas. Aparte había otro día de camino sólo para alcanzar el sendero de la montaña, pero eso no era nada para un hombre que había atravesado la isla de Cuba a pie, y sin saber más de cuatro palabras en español.

El oficial y el marinero caminaban ya por un húmedo lecho de hojas muertas que los campesinos acumulaban en las calles de la aldea para que se pudrieran durante el invierno y pudieran ser utilizadas como fertilizante en el

campo. El señor Byrne se dio la vuelta y descubrió que toda la población masculina de la aldea les estaba siguiendo por aquella alfombra elástica y silenciosa. Las mujeres les miraban desde las puertas de las casas y al parecer los niños se habían escondido adentro. Los de la aldea conocían el barco de vista, de lejos, pero ningún extranjero había desembarcado en aquel sitio en los últimos cien años, o tal vez más. El sombrero de tres picos del señor Byrne, la barba tupida y la enorme trenza del marinero les llenaban de un mudo asombro. Iban apelonados detrás de los dos ingleses con la mirada fija, como los isleños de los mares del sur que describió el Capitán Cook.

Byrne descubrió en ese momento a un pequeño hombre de capa y sombrero amarillo que, a pesar de tener un aspecto descolorido y lúgubre, se distinguía por aquella manera de cubrirse la cabeza.

La entrada a la taberna parecía un brusco agujero hecho en una pared de piedra. El dueño era la única persona de la aldea que no estaba en la calle; salió de la oscuridad del fondo del local, donde vagamente se distinguían las formas infladas de las botas de vino que colgaban de los ganchos. Era un asturiano tuerto y alto, con mejillas huecas y llenas de pelos. La grave expresión de su fisonomía contrastaba de modo extraño con el movimiento incansable de su único ojo. Al saber que lo que pretendía aquel marinero inglés era que le señalara el camino de las montañas para encontrarse con un tal Gonzales, cerró por un instante su ojo bueno, como si se hubiera puesto a meditar, lo abrió y volvió a moverlo con la misma animación de antes.

—Es posible, es posible. Se puede hacer.

Un murmullo amistoso se levantó del grupo de la entrada al oír el nombre de Gonzales, al parecer era un líder local en la lucha contra los franceses. Después de preguntar por las condiciones en las que se encontraba el camino, Byrne se alegró al saber que nadie había visto ninguna tropa de ese país en la zona durante meses, ni siquiera el más mínimo o pequeño destacamento de aquellos impíos *polizones*. Mientras respondía aquellas cuestiones, el dueño de la taberna se ocupó de servir en una jarra de barro un poco de vino que luego puso delante del inglés, y con un gesto de gravedad distraída se guardó la pequeña moneda que el oficial le arrojó sobre la mesa, como aceptando esa ley no escrita que establece que nadie puede entrar a una taberna sin comprar una bebida. Su único ojo se movía todo el tiempo, como si intentara hacer el trabajo de los dos, pero cuando Byrne hizo algunas preguntas sobre la posibilidad de alquilar una mula, el ojo quedó inmóvil y fijo en dirección a la puerta donde se amontonaban los curiosos. Frente a ellos,

justo en el umbral, se había puesto el hombrecillo de capa larga y sombrero amarillo. Según lo describió Byrne era una persona diminuta, liliputiense, con un aire ridículamente misterioso pero confiado. Llevaba una esquina de la capa apoyada caballerosamente sobre el hombro izquierdo cubriéndole la barbilla y la boca, mientras que el sombrero amarillo de ala ancha colgaba de un extremo de su cabeza pequeña y cuadrada. Estaba quieto esnifando rapé sin parar.

—Una mula —repitió el tendadero con su ojo fijo en aquella silueta pintoresca y llena de rapé—. ¡No señor oficial! Evidentemente no se puede conseguir ni una mula en un sitio tan pobre como éste.

El marinero Tom, que permanecía con el aire indiferente del auténtico navegante en medio de un entorno extraño, dijo con calma:

—Si su señoría el oficial me permite le diré que mis dos piernas son la mejor herramienta para realizar este trabajo, ya que de todas formas tendría que abandonar la bestia en algún momento. El capitán me ha informado que la mitad del camino transcurre por senderos por los que apenas pasa una cabra.

El hombrecillo dio un paso adelante y, hablando desde detrás de los pliegues de la capa como queriendo ocultar una intención sarcástica, dijo:

—*Sí, señor.* En esta aldea la gente es demasiado honrada como para tener una mula que le sirva. Le doy mi palabra. En estos tiempos únicamente un bandido o un hombre muy astuto se las podría arreglar para tener una mula o cualquier otra bestia de cuatro patas, y conseguir además los medios para mantenerla. Lo que este valiente marinero necesita es un guía y aquí, *señor*, tiene a mi cuñado Bernardino, tabernero y alcalde de esta aldea muy cristiana y hospitalaria, él encontrará uno para usted.

Según dice Byrne en su relato, eso era lo único que se podía hacer. Tras una conversación se convino que el guía sería un joven que llevaba un abrigo de piel de cabra y pantalones harapientos. El oficial inglés pagó unas bebidas para toda la aldea y mientras los locales tomaban, él y Cuba Tom partieron acompañados por el guía. El hombrecillo de la capa había desaparecido.

Byrne acompañó al marinero hasta la salida de la aldea. Quería verle partir y les hubiera acompañado un poco más si Tom no le hubiera sugerido respetuosamente la conveniencia de que retornara pronto a la fragata, a fin de no mantenerla más de lo necesario en la orilla aquella mañana que tenía un aspecto

tan poco prometedor. Un cielo sombrío y nublado se extendía sobre sus cabezas cuando se despidieron en medio de un triste paisaje de arbustos rancios y campos pedregosos.

—Dentro de cuatro días —fueron las últimas palabras de Byrne— la fragata se acercará y enviará un bote a la costa si el tiempo lo permite. De lo contrario tendrá que arreglárselas en tierra como pueda hasta que sea posible venir a recogerle.

—Correcto, señor —contestó Tom y se alejó dando zancadas.

Byrne le observó mientras se perdía por un angosto sendero. Llevaba un chaquetón grueso, un par de pistolas en el cinto, un machete colgando a un lado y un fuerte garrote en la mano. Tenía una robusta figura, capaz de cuidar muy bien de sí mismo. Se dio la vuelta un instante para hacer un saludo con la mano y echarle un último vistazo a Byrne con su cara honesta y bronceada de barba crecida. El guía de pantalones de piel de cabra que tenía aspecto, según Byrne, de fauno o pequeño sátiro saltarín, se detuvo a esperarle y luego se marchó de un brinco. Los dos desaparecieron.

Byrne volvió. La aldea estaba cubierta por un pliegue del terreno, parecía la esquina más solitaria del planeta, maldita en su inhóspita y desierta aridez. Antes de haberse alejado unos kilómetros apareció el diminuto y disfrazado español saltando de repente tras un arbusto. Como es lógico, Byrne se detuvo en seco.

El otro hizo un gesto misterioso: sacó la liliputiense mano de debajo de la capa. El sombrero le colgaba en el borde de un lado de la cabeza.

—*Señor* —dijo sin preámbulos—. ¡Tenga cuidado! Es sabido que el tuerto Bernardino, mi cuñado, tiene una mula en su establo. ¿Y por qué él, que no es un tipo inteligente, tiene una mula? Porque es un canalla, un hombre sin remordimientos. Yo tuve que darle mi *macho* para asegurarme un techo bajo el que dormir y unos restos de *olla* para mantener mi alma en este insignificante cuerpo que me ha tocado en suerte, pero a pesar de ser pequeño, *señor*, este cuerpo aguanta un corazón cien veces más grande que la pequeñez que late en el pecho de ese bruto que está vinculado a mí y del que me avergüenzo, aunque me opuse a esa boda con todas mis fuerzas. Pero bueno, la mujer se ha equivocado y ha pagado su parte, sufrió su purgatorio en esta tierra. Dios la tenga en su gloria.

Byrne dice que se quedó tan sorprendido por la aparición repentina de

aquel duendecillo, y por la sardónica amargura de su discurso, que era incapaz de desentrañar la verdad en el discurso que el otro le disparaba de golpe, sin ton ni son, en lo que parecía una historia familiar. Al menos no lo hizo al principio. Estaba confundido pero también impresionado por la rápida y contundente manera de hablar del otro, tan diferente de la locuacidad espumosa y exaltada de los italianos, así que se quedó mirándole mientras el hombrecillo dejaba caer su capa y aspiraba una gran cantidad de tabaco del hueco de su palma.

—Una mula —agregó Byrne comprendiendo por fin el relato—. ¿Me está diciendo que él tiene una mula? ¡Qué raro! ¿Y por qué se habrá negado a dejármela?

El liliputiense español se volvió a ahogar en tabaco con gran dignidad.

—*Quién sabe* —dijo fríamente encogiéndose de hombros—. Es un buen *político* en todo lo que hace pero de una cosa vuestra merced puede estar bien seguro: sus intenciones son siempre las de un rufián. El marido de mi *difunta* hermana se debería haber casado con la viuda de las piernas de palo.^[51]

—Entiendo. Pero no olvide que, cualquiera que fueran sus motivos, usted ha permitido esa mentira.

Aquellos ojos brillantes y afligidos sobre esa nariz de depredador se enfrentaron a Byrne sin pestañear, mientras continuaba hablando con la furia que a menudo se esconde bajo la dignidad española.

—Seguro que el señor oficial no perdería ni una gota de sangre si a mí me pegaran un golpe en la quinta costilla —replicó—, pero ¿qué sería de este pobre pecador? —y cambiando el tono, agregó—: *Señor*, las circunstancias de la época me han obligado a permanecer aquí exiliado, a mí, un castellano viejo y cristiano, subsistiendo miserablemente entre estos brutos asturianos y dependiendo del peor de todos ellos, de un hombre con menos juicio y menos escrúpulos que un lobo. Pero como soy un hombre inteligente he logrado ajustarme a la situación, aunque apenas logro disimular mi desprecio. Usted ya escuchó el modo en el que le hablé. Un caballero como su señoría seguramente percibió que había gato encerrado.

—¿Qué gato? —dijo Byrne molesto—. Ah, comprendo. Se refiere a algo sospechoso. No, *señor*, no percibí nada de eso. En mi país no somos buenos adivinando ese tipo de cosas y por eso le pregunto a usted directamente si el tendadero ha sido honesto en cuanto se refiere al resto de los asuntos.

—Sin duda no hay franceses por aquí —dijo el hombrecillo regresando a su actitud indiferente.

—¿Ni atracadores, *ladrones*?

—*Ladrones a lo grande*: no. Le aseguro que no —fue la respuesta que dio con un tono frío y filosófico—. ¿Qué podría quedarles después de haber pasado por aquí los franceses? Ya nadie viaja por aquí en estos tiempos. ¡Pero quién sabe! La oportunidad hace al ladrón. Su marinero tiene un aspecto feroz y las ratas no se meten con la cría de un gato. Aunque hay un dicho que dice: si hay miel, pronto habrá moscas.

Aquel discurso profético exasperó a Byrne.

—¡Por el amor de Dios! —gritó—. Límitese a decirme si cree que mi hombre está haciendo su viaje a salvo.

El liliputiense, en uno de sus inesperados cambios, agarró el brazo del oficial. La presión de su pequeñísima mano era extraordinaria.

—¡*Señor!* Bernardino le ha echado el ojo. ¿Cómo quiere que se lo diga? Escuche: cuando Bernardino tenía un *mesón*, una posada, y yo, su cuñado, tenía un carruaje y una mula de alquiler: en ese camino desaparecieron hombres, en un lugar muy concreto de ese camino. Ahora no hay viajeros ni carruajes. Los franceses me han arruinado. Bernardino se trasladó aquí por motivos personales después de que muriera mi hermana. Los que la habían atormentado hasta su muerte fueron tres: Bernardino, Herminia y Lucila (tías de él), todos socios del diablo y ahora él me ha arrebatado mi última mula. Usted tiene un arma. Póngale la pistola en la cabeza y exíjale el macho *señor*, le aseguro que el *macho* no es suyo, luego corra detrás del joven a quien tanto aprecia. Sólo así se salvará, ya que hasta ahora jamás han desaparecido dos viajeros juntos. En cuanto al animal, yo, su dueño, se lo confío a su señoría.

Se miraron fijamente, pero Byrne casi se echa a reír de la ingenuidad y la obviedad del plan de aquel hombrecillo para recuperar su mula. Igual no le costó mucho mantener el gesto serio, porque muy en el fondo sentía una extraña inclinación a realizar exactamente esa absurda maniobra. No sonrió pero le temblaron los labios, por lo que el liliputiense español desvió sus ojos negros de la cara de Byrne, le dio la espalda bruscamente y volvió a cubrirse con la capa en un gesto que, de alguna manera, demostraba simultáneamente todo su desprecio, su

amargura y su abatimiento. Se dio la vuelta pero se quedó quieto, con el sombrero de lado, lleno de tabaco hasta las orejas. Por supuesto, no estaba tan ofendido como para rechazar la moneda de plata que Byrne le ofreció con unas palabras evasivas, como si nada hubiera pasado entre ellos.

—Debo apresurarme a subir a bordo —dijo entonces Byrne.

—*Vaya con Dios* —murmuró el gnomo y terminó la entrevista moviendo sarcásticamente el sombrero, que volvió a dejar en el mismo peligroso ángulo de antes.

En cuanto levantaron el bote a bordo e izaron las velas de la fragata para salir a alta mar, Byrne le contó al capitán, un hombre apenas unos años mayor que él, toda la historia. Hubo cierta divertida indignación, pero mientras se reían ambos se miraban gravemente a los ojos. Un enano español intentando engatusar a un oficial de la Marina Real para que recuperara su mula: era demasiado gracioso, demasiado ridículo, increíble. Ésas eran las frases del capitán. No salía del asombro que le causaba lo grotesco del asunto.

—Increíble, sencillamente increíble —murmuró Byrne al final con un tono sentencioso.

Y sostuvieron una larga mirada.

—Está más claro que el agua —afirmó impaciente el capitán porque en el fondo no se sentía seguro.

Tom, el mejor marinero del barco para uno y el amigo íntimo de su juventud para el otro, comenzó a despertar en ambos una irresistible fascinación, como un símbolo de lealtad que rozaba directamente sus sentimientos y su razón, ninguno podía dejar de pensar en su seguridad. Varias veces salieron a cubierta sólo para mirar la costa, como si ésta pudiera darles información sobre su destino. Se extendía y estiraba muda en la distancia. Desnuda y salvaje desaparecía de vez en cuando bajo una cortina inclinada de lluvia fría. El oleaje que llegaba del oeste empujaba sus interminables y agitadas líneas de espuma, y grandes nubarrones negros flotaban sobre el barco como una procesión funesta.

—Ojalá hubiera hecho lo que su pequeño amigo de sombrero amarillo le pidió que hiciera —dijo el capitán de la fragata a última hora de la tarde y con evidente agitación.

—¿Me lo dice en serio, señor? —contestó Byrne amargado y con verdadera angustia—. Me pregunto qué hubiera dicho usted si lo hubiese hecho. Me habrían echado de la marina por robar una mula en un país aliado a la Corona. O me habrían matado a golpes con azotes y rastrillos mientras intentaba robar la mula — una bonita anécdota para uno de sus oficiales en el extranjero—. También podrían haberme perseguido ignominiosamente hasta el barco, ya que supongo que no habría esperado usted que me pusiera a disparar a personas inocentes por una mula... Aunque lo cierto es —agregó en voz más baja— que por momentos yo mismo desearía haberlo hecho.

Al anochecer, los dos jóvenes habían entrado en un complejo estado psicológico, marcado por un gran escepticismo y una confianza alerta. Les atormentaba espantosamente el pensamiento de que aquello podía durar otros seis días como mínimo, o incluso extenderse por un tiempo indefinido. Se volvió tan intolerable que al final el barco se dirigió a la costa. Durante toda esa noche oscura y ventosa navegó hacia tierra firme para buscar al marinero, a veces se inclinaba por las fuertes ráfagas de viento, y otras se dejaba arrastrar por el oleaje casi inmóvil, como si también la fragata tuviera una mente propia que oscilaba indecisa entre la razón fría y el excitado impulso.

Al amanecer bajaron un bote que navegó por el mar hacia una ensenada poco profunda donde, con bastantes dificultades, el oficial que llevaba un abrigo grueso y un sombrero redondo logró atracar en una zona de guijarros.

«Lo que yo quería», escribe el señor Byrne, «era intentar atracar en secreto, idea que mi capitán aprobaba. No quería que me vieran ni el ofendido amigo del sombrero amarillo (cuyas motivaciones no estaban claras), ni el tendadero tuerto (que tanto podía ser socio del diablo como no serlo), ni ningún otro habitante de aquella primitiva aldea. Por desgracia, aquella ensenada era el único sitio para atracar en kilómetros, y debido a la pendiente de la quebrada no pude encontrar un circuito que evitara el caserío».

«Por suerte —agrega—, todo el mundo seguía en la cama. Apenas clareaba cuando empecé a caminar sobre la gruesa capa de hojas húmedas que cubría la única calle de la aldea. No había un alma, ni siquiera se oía el ladrido de un perro. Había un profundo silencio y pensé con cierto asombro que por lo visto no había perros en aquella aldea, hasta que oí un gruñido bajo y, desde un callejón ruinoso que se abría entre dos chozas, apareció un perro vagabundo muy feo con el rabo entre las piernas. Se escabulló en silencio, me enseñó los dientes mientras pasaba a mi lado y desapareció tan rápido que podría haber sido la misma encarnación del

diablo. Había algo tan extraño en el modo en el que había aparecido y se había desvanecido que mi estado de ánimo, ya de por sí un poco desanimado, se deprimió aún más frente ante la repugnante visión de aquella criatura como si fuera un mal presagio».

Logró alejarse de la orilla sin que nadie lo viera, al menos eso creía, y luego debió dirigirse con valentía bajo el cielo color ceniza hacia el oeste, enfrentando el viento y la lluvia por una meseta árida y oscura. A lo lejos se elevaban las montañas ásperas y desoladas, con sus pendientes empinadas y desnudas, parecían estar esperándole de una forma amenazadora. Al atardecer ya se encontraba bastante cerca de ellas pero, como dicen los marineros, ignoraba su paradero, estaba hambriento, empapado y exhausto después de aquel día de caminata sobre un terreno lleno de quebradas en el que se había cruzado con pocas personas, y había sido incapaz de conseguir la más mínima información sobre el paradero de Tom Corbin. «¡Arriba, arriba, hay que seguir!», se decía a sí mismo durante las largas horas de solitario esfuerzo, estimulado más por la incertidumbre que por cualquier temor o esperanza concreta.

La escasa luz del atardecer desapareció de repente, dejándole frente a un puente en ruinas. Bajó por el barranco, vadeó un arroyo angosto orientándose por el cauce de agua rápida y trepó del otro lado, donde terminó de caer la noche como una venda sobre sus ojos. El viento se sacudía en la oscuridad de un lado de la *sierra*, y le molestaba en los oídos con un gruñido constante, como cuando el mar está enfurecido. Estaba perdido. Incluso bajo la luz del día era difícil distinguir el sendero entre tantos surcos, charcos de barro y cornisas de piedras, identificarlo en aquel aburrido páramo donde se intercalaban cantos rodados y macizos de arbustos desnudos. Pero, por utilizar sus propias palabras: «dirigió su rumbo siguiendo al viento», con el sombrero hundido en la frente y la cabeza gacha, deteniéndose de vez en cuando por puro cansancio mental más que físico, como si no fueran sus fuerzas sino su determinación lo que sufriera la presión del esfuerzo, sospechando que tal vez era en vano.

En una de aquellas pausas escuchó el sonido de un golpe, como arrastrado desde muy lejos por el viento, un golpe sobre algo parecido a madera. Y notó que el viento se había detenido de repente.

Su corazón comenzó a latir con violencia porque llevaba en sí la impresión que causaba la desértica soledad que había atravesado en las últimas seis horas, la sensación opresiva de un mundo deshabitado. Cuando volvió a levantar la cabeza un rayo de luz, ilusorio como suele suceder en la densa oscuridad, se movió ante

sus ojos. Mientras miraba volvió a escuchar el sonido de un golpe débil y entonces, en lugar de ver, percibió la existencia de un enorme obstáculo en su camino. ¿De qué se trataba? ¿Era el perfil de una colina? ¡O era una casa! Sí. Era una casa justo al lado, como si se hubiera levantado de la tierra o hubiera venido deslizándose hacia él, pálida y muda, desde algún rincón oscuro de la noche. Se alzaba altiva. Estaba muy cerca, otros tres pasos y casi podría haber tocado una de las paredes con la mano. Sin duda era una *posada* y algún otro viajero estaba intentando entrar. Volvió a oír el sonido de un golpe suave.

Al instante un ancho haz de luz se escapó por la puerta abierta e iluminó la noche. Byrne se sumergió ansioso en la luz, pero la persona que golpeaba a la puerta saltó dando un grito sofocado y se perdió en la noche. También se oyó desde adentro una exclamación de sorpresa. Byrne se lanzó contra la puerta medio cerrada y se abrió paso a pesar de la considerable resistencia que oponía.

Una lámpara miserable, una única vela se consumía al otro extremo de una larga mesa de tablones. Y gracias a su luz Byrne pudo ver a la muchacha que había empujado al entrar y que aún se tambaleaba. Llevaba una falda corta de color negro y un chal naranja. Tenía la tez oscura y los mechones que escapaban a la masa sombría y espesa de su pelo que parecía un bosque, cogido con una peineta, caían como una neblina azabache sobre su estrecha frente. El grito triste y agudo de: «¡*Misericordia!*» se oyó a dos voces desde el fondo de la honda habitación, donde la luz del fuego de una chimenea se proyectaba sobre las pesadas sombras. La muchacha, un poco más recompuesta, exhaló un silbido entre dientes.

No es necesario describir el extenso proceso de preguntas y respuestas con el que Byrne logró calmar los temores de aquellas dos viejas sentadas cada una a un lado de la chimenea en la que se mecía una enorme olla de barro. Enseguida evocaron en la mente de Byrne la imagen de dos brujas destilando alguna poción letal, y cuando una de ellas se puso de pie e inclinó dolorosamente su figura encorvada para destapar la olla, el vapor que se escapó tenía un perfume de lo más apetecible. La otra no se movió, siguió encorvada y con la cabeza temblando todo el tiempo.

Eran espantosas. Había algo grotesco en su decrepitud. Sus bocas sin dientes, sus narices aguileñas, la delgadez de la que se había levantado y las mejillas caídas y de color amarillo de la otra (la que estaba inmóvil con la cabeza temblando) hubiesen provocado la risa, si la imagen de su terrible decadencia física no hubiera sido tan desagradable, si la miseria inenarrable de la edad, la terrible persistencia de la vida convirtiéndose al final en un objeto de angustia, de

temor, no hubiera perturbado el corazón de Byrne con una fascinación punzante.

Para superar aquella sensación, comenzó a hablar. Dijo que era inglés y que estaba buscando a un compatriota suyo que debía haber pasado por allí. Al decir eso recordó de inmediato con gran nitidez el momento en el que él y Tom se habían separado: los aldeanos silenciosos, el gnomo enojado y Bernardino, el tabernero tuerto. ¡Por supuesto! Aquellos dos espantos innombrables debían ser las tías del hombre... socias del diablo.

Pero fueran lo que fueran en el pasado, era imposible imaginar de qué podían servirle al diablo ahora aquellas criaturas tan débiles en el mundo de los vivos. ¿Cuál era Lucila y cuál Herminia? Eran dos cosas sin nombre. A las palabras de Byrne les siguió un instante de tensión contenida. La bruja que sostenía la cuchara dejó de revolver la mezcla en la olla de acero y el propio temblor de la cabeza de la otra se detuvo por el instante que dura un suspiro. Durante la fracción infinitesimal de un segundo, Byrne tuvo la sensación de que estaba cerca de lo que buscaba, de que había alcanzado un hito en el camino, casi como si hubiera rozado los pies de Tom.

«Ellas le han visto», pensó convencido. Por fin encontraba a alguien que sí le había visto. Pensó que lo iban a negar pero, todo lo contrario, estaban ansiosas por contarle que el *inglés* había cenado y había pasado la noche en la casa. Hablaban las dos a la vez, describían el aspecto de Tom y su comportamiento. A pesar de su fragilidad estaban poseídas por una excitación feroz. La hechicera pareció florecer al levantar la cuchara de madera y, como un monstruo hinchado, la otra se levantó del taburete y comenzó a chillar, saltando de un pie a otro, mientras que el temblor de su cabeza se convertía en una afirmación vibrante. ¡Sí! El *inglés* fuerte y orgulloso se había alejado por la mañana después de tomar un trozo de pan con un poco de vino. Y si el *caballero* deseaba seguir el mismo recorrido no habría inconveniente... por la mañana.

—¿Me recomendarán a alguien que pueda mostrarme el camino? — preguntó Byrne.

—Sí, señor. Un joven. El hombre que el *caballero* ha visto salir hace un momento.

—Pero si estaba golpeando a la puerta —protestó Byrne— y se alejó corriendo cuando me vio. Estaba a punto de entrar.

—¡No, no! —las dos brujas espantosas gritaron al unísono—. ¡Estaba saliendo, saliendo!

Tal vez era cierto. El sonido del golpeteo había sido suave, furtivo, reflexionó Byrne. Tal vez había sido sólo un efecto de su imaginación. Preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—Su *novio* —gritaron señalando a la muchacha—. Se iba a su casa, vive en una aldea muy lejos de aquí, pero regresará por la mañana. ¡Es el *novio* de ella! Es huérfana, hija de gente cristiana muy pobre. Vive con nosotros por amor de Dios, por amor de Dios.

La huérfana, agachada junto a la chimenea, miraba a Byrne. Pensó que más bien parecía la hija de Satán encerrada junto a aquellas dos harpías por amor al diablo. Tenía los ojos un poco desviados, la boca más bien gruesa pero de contornos admirables, su cara cetrina tenía una belleza salvaje, voluptuosa, rebelde. En cuanto a la expresión de su mirada, fija en él con una salvaje y sensual atención: «Para comprenderla», dice Byrne, «basta con observar a un gato hambriento que vigila a un pájaro en una jaula o a una rata en una trampa».

Fue ella quien le sirvió la comida, lo cual le alegró, aunque aquellos enormes y desviados ojos color negro le examinaran de cerca como si llevara algo curioso escrito en la frente, pero cualquier cosa era preferible a ser abordado por aquellas horripilantes brujas de ojos acuosos. De alguna manera, los temores de Byrne se habían calmado, tal vez gracias a la sensación de calidez después de haber estado tan expuesto al clima y al alivio de poder descansar tras el esfuerzo de todo el día. No tenía duda de que Tom se encontraba a salvo. Estaría durmiendo en algún campamento en la montaña junto a los hombres de Gonzales.

Byrne se puso de pie, llenó su copa de estaño con el vino de una bota que colgaba en la pared y volvió a sentarse. La bruja con cara de momia comenzó a contarle ambigüedades de otros tiempos, se jactaba de la fama de la posada en épocas mejores. Personas muy importantes con carruajes propios se habían detenido a pasar la noche allí. Hasta un arzobispo había dormido en la *casa* una vez, hacía mucho, mucho tiempo.

La bruja de cara hinchada parecía seguir la conversación desde su taburete, completamente inmóvil excepto por el temblor de la cabeza. La muchacha (Byrne estaba seguro de que era una gitana a la que le habían permitido quedarse por

algún motivo) se había sentado en la piedra del hogar frente a la luz de las brasas. Entonaba una melodía para sí misma, y de vez en cuando sacudía suavemente un par de castañuelas. Al oír la mención del arzobispo sonrió impíamente y se dio la vuelta para mirar a Byrne, de manera que el resplandor rojizo del fuego brilló en sus ojos negros y en sus dientes blancos bajo el borde oscuro de la enorme chimenea. Él también sonrió.

Entonces se sintió invadido por una sensación de seguridad. Al no haber programado su llegada a la posada no podía encubrirse allí un complot en su contra. La somnolencia se apoderó de sus sentidos. Disfrutaba pero mantenía su ingenio alerta, o al menos eso pensaba. Aunque debió relajarse mucho más de lo que creía porque de golpe se sobresaltó por un alboroto infernal. Nunca había oído nada tan estridente. Las brujas habían comenzado una discusión feroz sobre algo. Cualquiera que fuera el motivo, ahora se insultaban con violencia, sin argumentos. Sus gritos seniles expresaban una ira malvada, una amargura cruel. Los ojos negros de la gitana joven pasaban de la una a la otra. Byrne jamás se había sentido tan alejado de los seres humanos. Antes de conseguir entender el motivo de la pelea, la joven se puso de pie de un salto y sacudió las castañuelas ruidosamente. Se hizo el silencio. Se acercó a la mesa, se inclinó y mirándolo con decisión dijo:

— *Señor*, usted dormirá en la habitación del arzobispo.

Ninguna de las brujas dijo nada. La que parecía más seca y encorvada se apoyaba en un bastón. La de cara hinchada tenía ahora una muleta.

Byrne se levantó, caminó hacia la puerta, giró la llave en la enorme cerradura y luego la guardó fríamente en su bolsillo. Aquélla era la única entrada y no quería que cualquier peligro que pudiera estar acechando afuera en la noche le tomara por sorpresa.

Cuando se dio la vuelta volvió a ver a las dos brujas, «socias del diablo», y a la muchacha satánica observándolo en silencio. Se preguntó si Tom Corbin había tomado la misma precaución la noche anterior. Al recordarlo sintió de nuevo la extraña impresión de que se encontraba cerca. Todo estaba tranquilo y en medio de aquella quietud sintió el latido de su sangre en las orejas como un rumor confuso, inquietante, como si una voz le murmurara al oído: «Cuidado, señor Byrne». Era la voz de Tom. Se estremeció, ya que de todas las alucinaciones la de oír voces es la más impresionante por su naturaleza ineludible.

Parecía imposible que Tom no estuviera ahí. Otra vez sintió un ligero

escalofrió, como si una corriente de aire se hubiera metido por sus ropas y le atravesara todo su cuerpo. Con esfuerzo, se quitó esa idea de la cabeza.

La muchacha subió las escaleras delante de él, cargando una lámpara de acero de cuya llama se desprendía una delgada columna de humo. Sus sucias medias blancas estaban llenas de agujeros.

Con la misma determinación tranquila con la que había cerrado la puerta principal, Byrne fue abriendo una a una las puertas que daban al corredor. Todos los cuartos estaban vacíos, excepto un par que tenían unas insulsas herramientas de madera. La muchacha, comprendiendo lo que buscaba él cada vez que se detenía, levantaba la lámpara con paciencia. Mientras tanto le observaba detenidamente. Ella misma abrió la última puerta.

—Aquí duerme usted, *señor* —murmuró con un tono suave como la respiración de un niño y le ofreció la lámpara.

—*Buenas noches, señorita* —contestó él con cortesía al cogerla.

Ella no contestó al saludo de manera audible aunque sus labios se movieron un poco mientras la mirada, negra como una noche sin estrellas, se mantuvo imperturbable frente a él. Byrne entró y al darse la vuelta para cerrar la puerta la muchacha seguía ahí, inmóvil e inquietante, con sus labios voluptuosos y sus ojos oblicuos, con la misma expresión de feroz expectativa que tiene un gato alerta. Dudó por un momento y desde el silencio de la casa volvió a oír los fuertes latidos de la sangre en los oídos, mientras la ilusión de la voz de Tom le hablaba con seriedad desde algún lugar cercano, aunque esta vez fue mucho más aterrador porque no alcanzó a distinguir ni una palabra.

Al final cerró la puerta en la cara de la muchacha dejándola en la oscuridad, por lo que la volvió a abrir al instante. No había nadie. Se había desvanecido sin hacer ni el más mínimo ruido. Cerró la puerta rápido y la trabó con dos pesadas vueltas de llave.

Una profunda desconfianza le invadió de pronto. ¿Por qué habían discutido las viejas acerca de que él durmiera en aquella habitación? ¿Y qué significaba la mirada fija de la chica, como si quisiera dejar marcada su memoria para siempre? Sus propios nervios le asustaron. Le parecía estar muy lejos de la sociedad.

Examinó la habitación. No era muy alta, apenas lo bastante como para contener una cama sobre la que había un dosel tipo baldaquín del que caían

pesadas cortinas en la cabecera y en los pies, sin lugar a dudas una cama digna de arzobispo. Había una mesa pesada de bordes tallados, algunos sillones muy gruesos que parecían los restos de un palacio señorial y un armario de dos puertas alto y de poca profundidad contra la pared. Intentó abrirlo pero estaba cerrado. Tuvo una sospecha y cogió la lámpara para examinarlo más de cerca. No, no era una entrada secreta. El mueble macizo y alto estaba claramente separado de la pared por lo menos por varios centímetros. Miró el cerrojo de la puerta de la habitación. ¡No! Nadie podría acercarse a él por sorpresa mientras dormía pero «¿seré capaz de dormir?», se preguntó ansioso. Si Tom estuviera allí... un marinero de confianza que había peleado a su lado en situaciones difíciles y siempre le había aconsejado que cuidara de sí mismo. «No es muy difícil», decía Tom, «que le maten a uno en una pelea. Cualquiera tonto puede hacerlo. Lo importante es luchar contra los francesitos y luego vivir para volver a pelear al día siguiente».

A Byrne le costaba no perderse en el silencio. Por algún motivo estaba seguro de que sólo el inquietante sonido de la voz de Tom podía romperlo. Ya lo había oído dos veces. ¡Qué raro! Pero en el fondo no era de extrañar, se dijo con sensatez, porque había estado pensando en el marinero constantemente durante las últimas treinta horas y, por si fuera poco, sin llegar a ninguna conclusión. La ansiedad que sentía por Tom no había llegado a tomar ninguna forma clara. «Desaparecer» era la única palabra que le venía a la mente cuando pensaba en los peligros que podía correr Tom. Era una amenaza demasiado vaga y espantosa. «¡Desaparecer!». ¿Qué significaba eso?

Byrne sintió un escalofrío, pensó que tal vez tenía un poco de fiebre y que Tom no había desaparecido, le acababan de dar información sobre él. De nuevo el joven sintió el latido de la sangre en los oídos. Permaneció sentado y quieto, a la espera de volver a oír, en cualquier momento y entre las pulsaciones, el sonido de la voz de Tom. Esperó aguzando al máximo los oídos pero no logró escuchar nada y entonces se le ocurrió: «Tom no ha desaparecido pero no puede hacerse oír».

Se puso en pie del sillón de un salto. ¡Qué absurdo! Apoyó la pistola y el machete en la mesa, se quitó las botas y, sintiéndose de pronto demasiado cansado como para seguir en pie, se arrojó sobre la cama, que le pareció más cómoda y suave de lo que esperaba.

Creía que estaba desvelado pero algo debió dormir después de todo porque lo siguiente que recordaba era estar sentado en la cama, intentando recordar lo que le había dicho la voz de Tom. ¡Ah, ya lo recordaba! Le había dicho: «Cuidado, señor Byrne». Una advertencia. ¿Pero de qué se debía cuidar?

De un salto se puso de pie en medio de la habitación, jadeante, y miró alrededor. La ventana estaba cerrada y trabada con una barra de hierro. Volvió a recorrer lentamente con la mirada las paredes desnudas y esta vez además miró el techo, que estaba bastante alto. Luego se acercó a la puerta para examinar el cerrojo hecho con dos enormes pernos de hierro que se deslizaban hacia orificios hechos en la pared. Y como además el pasillo era demasiado estrecho como para que se pudiera apalancar o incluso golpear la puerta con un hacha, pensó que sólo se podía abrir con pólvora, pero mientras se aseguraba de que el cerrojo de abajo estuviera bien corrido sintió una presencia moviéndose en la habitación. Fue tan poderosa que se dio la vuelta como un rayo. No había nadie. ¿Quién podía ser? Pero...

Perdió entonces todo el decoro y el dominio que un hombre debe mantener por su propio bien. Apoyó la lámpara en el suelo, se puso de rodillas y miró debajo de la cama, como una muchacha atemorizada. Lo único que descubrió fue un montón de polvo. Se puso en pie con las mejillas enrojecidas y comenzó a dar vueltas por la habitación, furioso ante su propia actitud y absurdamente enojado con Tom por no dejarle tranquilo. Las palabras: «Cuidado, señor Byrne» se repetían incesantemente en su cabeza con un tono profético.

«¿Por qué no me acuesto e intento dormir?», se preguntaba. Al final su mirada se posó en el gran armario, y se acercó sintiéndose irritado consigo mismo pero aun así incapaz de resistirse. No sabía cómo iba a explicar a las dos horribles brujas la mañana siguiente la fechoría que estaba a punto de hacer, pero aun así metió la punta del machete entre las dos puertas y presionó para abrirlas. Se resistieron. Soltó varias maldiciones, empeñado en cumplir su objetivo. El murmullo: «Espero que ahora estés contento, maldito», salió dirigido a Tom. Justo entonces las puertas cedieron y pudo abrirlas. Tom estaba allí.

Él; el honesto, sagaz y valiente marinero se encontraba allí como un dibujo borroso y tieso, hundido en un prudente silencio. Tenía los ojos bien abiertos y en ellos un brillo fijo que parecía querer imponerle a Byrne un gran respeto pero Byrne estaba tan sorprendido que no pudo decir nada. Impresionado, dio un paso hacia atrás y entonces el marinero se cayó hacia delante de bruces, como si quisiera coger a su oficial por el cuello. Instintivamente Byrne adelantó sus brazos temblorosos. Al chocar las cabezas y al acercarse los rostros sintió la aterradora rigidez y frialdad de la muerte en el cuerpo de Tom. Se tambalearon, y Byrne sujetó contra su pecho el cadáver para que no se cayera de bruces. Apenas tuvo fuerzas para apoyar suavemente la espantosa carga sobre el suelo. La cabeza empezó a darle vueltas, se le aflojaron las piernas, se cayó de rodillas inclinado

sobre el cadáver y apoyó las manos en el pecho de aquel hombre que alguna vez había estado lleno de generosa vida y que ahora estaba tan impasible como una piedra.

«¡Muerto, mi pobre Tom está muerto!», repetía mentalmente. La luz de la lámpara al borde de la mesa caía directa sobre la mirada pétrea y vacía de los ojos que antes solían tener una expresión movедiza y alegre.

Byrne desvió la mirada. Notó que Tom no llevaba atada al cuello su pañoleta negra de seda. Había desaparecido. Los asesinos también le habían quitado los zapatos y las medias. Al notar el saqueo —la garganta expuesta, los pies desnudos—, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. En todo lo demás el marinero estaba perfectamente vestido y su ropa no parecía desarreglada, como si hubiese estado involucrado en una pelea violenta. Apenas le subió una parte de la camisa a cuadros para comprobar si llevaba el cinturón de monedas. Byrne comenzó a llorar secándose las lágrimas con su pañuelo.

Fue un ataque nervioso que pasó en seguida. Aún de rodillas y con tristeza contempló el cuerpo atlético del mejor marinero que jamás empuñara un alfarje,^[52] usara un arma o campeara un vendaval, y que ahora yacía inerte y helado, huérfano de su espíritu alegre e intrépido que tal vez justo antes de su partida había regresado hasta él, su amigo, cuando estaba en el barco navegando sobre el mar gris frente a aquella costa de hierro.

Se dio cuenta de que habían arrancado seis botones de cobre de la chaqueta de Tom. Tembló al imaginar a las dos brujas miserables y asquerosas, concentradas morbosamente sobre el cuerpo indefenso de su amigo. Cortándole los botones. Tal vez con el mismo cuchillo con el que... La cabeza de una temblaba y la otra, encorvada y con los ojos rojos y legañosos, movía sus garras infames... Debían haberlo matado en aquél mismo cuarto, porque no podrían haberlo asesinado fuera y luego llevarlo hasta allí. De eso Byrne estaba seguro. De todas formas aquellas arpías del demonio no podían haberlo asesinado ni siquiera sorprendiéndolo porque Tom estaba siempre en guardia. Cuando estaba trabajando era un hombre cauteloso y despierto... ¿Cómo lo habían asesinado entonces? ¿Quién lo había hecho? ¿De qué forma?

Byrne se puso de pie de un salto, cogió la lámpara y se inclinó sobre el cuerpo. Bajo la luz se veía que la ropa no tenía ni una mancha, marca ni restos de sangre por ninguna parte. La manos de Byrne comenzaron a temblar tanto que debió apoyar la lámpara en el suelo y mirar hacia otro lado para recuperarse de la

conmoción.

Entonces empezó a inspeccionar el cadáver frío, inmóvil y rígido buscando alguna puñalada, alguna herida de arma o el rastro de algún golpe mortal. Tocó el cráneo con ansiedad. Estaba intacto. Con los ojos aterrados se asomó debajo de la barbilla para ver si en la garganta había marcas de asfixia.

Ni un rastro. Tom estaba sencillamente muerto.

Con furia Byrne se alejó del cadáver como si el misterio de aquella muerte incomprendible hubiera transformado su pena en desconfianza y temor. La lámpara en el suelo, junto al rostro impávido y fijo del marinero, iluminaba su mirada hacia el techo como si estuviera desesperado. En el círculo de luz Byrne identificó zonas en el suelo en las que aún había gruesas capas de polvo, y comprendió que en aquel cuarto no había sucedido ninguna pelea. «Murió afuera», pensó. Sí, la misteriosa muerte le había llegado afuera, en el corredor angosto en el que apenas había espacio para moverse. De pronto abandonó el impulso de coger sus pistolas y salir corriendo del cuarto. Tom también había estado armado y con las mismas armas que llevaba él: ¡pistolas y un machete! Tom había padecido una muerte sin nombre.

Se le ocurrió una idea: aquel extraño que había visto golpeando la puerta y que había huido con tanta rapidez seguro había acudido a retirar el cuerpo. ¡Ah! Ése era el guía que la bruja había prometido al oficial inglés para mostrarle el camino más corto para reunirse con su amigo. Una promesa, comprendía ahora, que contenía un significado terrible. El que había tocado a la puerta tendría ahora dos cuerpos de los que deshacerse. El oficial y el marinero iban a ser retirados juntos de la casa. Entonces Byrne tuvo la certeza de que iba a morir antes del amanecer y de la misma misteriosa manera, dejando un cadáver sin marcas.

Ver un golpe en la cabeza, un corte en la garganta o una herida de bala habría sido un gran alivio, habría disminuido un poco sus miedos. Su espíritu le rogaba a aquel hombre muerto, que jamás se había acobardado frente al peligro: «¿Por qué no me dices qué debo buscar, Tom?». Pero desde su rígida quietud, tendido sobre la espalda, Tom parecía guardar un silencio austero, como si despreciara hablar con los vivos sobre su espantoso secreto.

De pronto Byrne se arrojó de rodillas junto al cadáver y con los ojos secos de furia le abrió la camisa del pecho, ¡como si quisiera arrancar a la fuerza el secreto de aquel corazón frío que en vida había sido tan leal con él! No vio nada. ¡Nada!

Subió la lámpara y el único signo que le concedió aquel rostro, que había tenido siempre unas expresiones tan cálidas, fue un pequeño moratón en la frente, casi nada, apenas una marca, ni siquiera se había rasgado la piel. La observó un buen rato como si se hubiera perdido en un sueño espantoso. Notó que las manos de Tom estaban apretadas como si hubiera caído durante una pelea a puñetazos. De cerca los nudillos de las dos manos parecían heridos.

El descubrimiento de aquellas señales fue más terrible para Byrne de lo que hubiera sido la ausencia absoluta de marcas. Tom había muerto en una pelea contra algo a lo que se podía golpear pero que, sin embargo, podía matarte sin dejar heridas, como de un soplo.

Terror, un terror ardiente comenzó a expandirse dentro del corazón de Byrne como una lengua de fuego que toca algo pero se retira antes de convertirlo en cenizas. Se separó del cadáver todo lo que pudo, pero se volvió a acercarse echando miradas sigilosas y temerosas al golpe de la frente. Tal vez antes del amanecer en su frente habría una débil marca igual a aquella.

«No puedo soportarlo», susurró para sí. Tom se había vuelto un objeto de espanto, un espectáculo a la vez cautivador y repugnante. No se atrevía a volver a mirarlo.

Al final la desesperación fue más fuerte que su miedo. Se alejó unos pasos de la pared en la que estaba apoyado, levantó el cadáver de debajo de las axilas y comenzó a arrastrarlo hacia la cama. Los talones desnudos del marinero se deslizaban por el suelo sin hacer ningún ruido. Pesaba mucho, tenía el peso muerto de los objetos inanimados. Con un último esfuerzo Byrne logró apoyarlo boca abajo en un extremo de la cama, le dio la vuelta, estiró la sábana de debajo de aquella cosa agarrotada y pasiva y lo cubrió. Luego corrió las cortinas en la cabecera y en los pies, de manera que al unir las ocultaran por completo la cama.

Se fue tambaleando hasta un sillón y se dejó caer. El sudor le impregnó la cara y por sus venas parecía correr un flujo débil de sangre casi helada. Estaba completamente aterrorizado por un miedo sin nombre que había convertido su corazón en cenizas.

Se acomodó en el sillón de respaldo recto, la lámpara ardía a sus pies, las pistolas y el machete estaban en el borde de la mesa, cerca del codo izquierdo, y los ojos se movían agitados en sus órbitas mirando las paredes, el techo, el suelo, con la esperanza de descubrir algo misterioso y terrible. Aquello que podía matar de

un suspiro estaba del otro lado de la puerta cerrada, pero Byrne ya no creía en las paredes ni en los cerrojos. Un miedo irracional transformaba todo y su antigua admiración juvenil por Tom, por el atlético Tom, el valiente Tom (le había parecido un hombre invencible) contribuía a paralizar sus pensamientos y aumentaba su desesperación.

Había dejado de ser Edgar Byrne. Ahora era un espíritu atormentado que sufría más angustia de la que cualquier pecador haya podido sufrir jamás en el potro^[53] o en la bota.^[54] Se puede imaginar el tamaño de su tormento cuando digo que el joven, tan valiente como la mayoría de los de su tipo, consideró la posibilidad de coger la pistola y dispararse un tiro en la cabeza, pero una languidez fría y mortal se iba extendiendo desde su interior, como si sus músculos fueran yeso húmedo endureciéndose despacio en torno a sus costillas. «En breve —pensó—, las dos brujas van a entrar a la habitación con su bastón y su muleta (aterradoras, grotescas, monstruosas, socias del diablo) y me van a hacer una marca en la frente, el pequeñísimo moratón de la muerte». Y él no podría hacer nada. Tom se había defendido contra algo pero él no era como Tom. Sus miembros ya estaban muertos. Se quedó sentado quieto, sufriendo la muerte una y otra vez. La única parte de su cuerpo que se movía eran sus ojos, daban vueltas y vueltas en las órbitas, recorrían las paredes, el suelo y el techo una vez más hasta que de pronto quedaron inmóviles, pétreos, fijos en la cama.

Había visto que las pesadas cortinas se movían y agitaban como si el cadáver oculto se hubiera sacudido y se hubiera sentado. Byrne pensó que el mundo no podía contener más terror sobre la tierra, sintió que el pelo se le erizaba de la raíz a la punta. Se agarró a los brazos de la silla, dejó caer la mandíbula y el sudor volvió a reaparecer en la frente mientras pegaba con fuerza la lengua al paladar. Las cortinas volvieron a agitarse sin abrirse. «¡No, Tom!», intentó gritar, pero lo único que salió fue un leve gemido como el que hace una persona con pesadillas. Creyó que estaba perdiendo la razón porque ahora le parecía que el techo sobre la cama se estaba moviendo, que se inclinaba hacia abajo y luego volvía a su lugar, y una vez más las cortinas cerradas se mecieron con suavidad como si estuvieran a punto de separarse.

Byrne cerró los ojos para no ver la horrible aparición del cadáver del marinero levantándose impulsado por un espíritu maligno. En el profundo silencio del cuarto debió soportar un momento de aterradora agonía. Luego abrió los ojos de nuevo. De inmediato notó que las cortinas seguían cerradas, pero el techo encima de la cama se había elevado al menos treinta centímetros. Con el último destello de razón que le quedaba entendió que se trataba del enorme baldaquino

de la cama que bajaba y las cortinas que colgaban de él se movían suavemente al fundirse en el suelo. Cerró la mandíbula y, medio de pie, observó mudo el descenso silencioso del dosel enorme. Hasta más de la mitad del camino bajó dando sacudidas suaves, cortas, luego la caída se aceleró hasta asentar muy rápido su forma de tortuga con pesados bordes que encajaban perfectamente con la estructura de la cama. Una o dos veces escuchó el sonido suave de la madera al rajarse y luego un silencio abrumador volvió a dominar el cuarto. Byrne se puso de pie, largó una bocanada para tomar aire fresco y soltó un grito de furia y desaliento, el primer sonido que sin dudas lograba arrancar de su garganta aquella noche de horror. ¡Ésa era la muerte y había escapado! Ése era el diabólico artefacto de muerte del que había intentado advertirle el pobre espíritu de Tom, tal vez desde el otro lado de la vida. Así había muerto él. Ahora Byrne no tenía duda de que había sido la voz del marinero la que repetía débilmente aquella frase: «¡Cuidado, señor Byrne!», y luego unas palabras que él no había llegado a comprender. ¡La distancia que separa a los vivos y a los muertos es tan grande! El pobre Tom lo había intentado. Byrne corrió hacia la cama e intentó levantar el baldaquino, empujar la tapa horrible que aplastaba el cadáver. Pero resistió, era pesada como el plomo, inmóvil como una lápida. La rabia de la venganza le hizo desistir. Su cabeza era un hervidero de pensamientos caóticos sobre matanzas, se puso a dar vueltas en la habitación como si no pudiera encontrar ni sus armas ni la puerta, murmurando todo el tiempo terribles amenazas.

Los golpes violentos en la puerta de la posada le devolvieron la sobriedad a sus sentidos. Corrió hacia la ventana, abrió las persianas y miró hacia afuera. Con la débil luz de la aurora vio debajo a un grupo de hombres. ¡Ah! Iba a salir e iba a enfrentarse a aquella muchedumbre asesina que se había reunido sin duda para acabar con él. Después de haber luchado contra terrores sin nombre deseaba por fin una pelea abierta contra enemigos armados. Pero aún debía faltarle cierta sensatez porque se apuró a bajar por las escaleras sin sus armas y dando alaridos salvajes. Corrió el cerrojo de la puerta a pesar de que desde afuera llovían golpes y la abrió de un empujón mientras se lanzaba con las manos desnudas al cuello del primer hombre que se cruzó. Rodaron juntos. La imprecisa intención de Byrne era abrirse paso, subir por el sendero de la montaña y volver luego con los hombres de Gonzales para exigir una venganza ejemplar. Luchó furiosamente hasta que un árbol, una casa o una montaña pareció desplomarse sobre su cabeza y ya no supo más.

El señor Byrne describe en detalle la cuidadosa manera en que encontró vendado el golpe en su cabeza, relata que llegó a perder mucha sangre y atribuye la conservación de su salud mental a ese motivo. Describe también todas las excusas que le presentó Gonzales. Porque había sido Gonzales quien, cansado de esperar novedades del inglés, había decidido pasar por la posada de camino a la costa con la mitad de su gente. «Su excelencia», explicaba, «salió corriendo con un ímpetu feroz y como no sabíamos que se trataba de un aliado...», etcétera, etcétera. Cuando le preguntó qué había sucedido en lo de las brujas, Gonzales apenas señaló con el dedo en silencio hacia el suelo y pronunció tranquilo una especie de conclusión moral:

—La pasión por el dinero es brutal en la vejez, *señor* —dijo—. Sin duda han puesto a más de un viajero solitario a dormir en la habitación del arzobispo.

—Pero había una muchacha gitana también —comentó Byrne muy débil desde la litera improvisada en la que un grupo de guerrilleros lo habían trasladado hasta la costa.

—Ella era quien hacía bajar la máquina infernal y fue ella quien la subió esa noche —fue la respuesta.

—Pero ¿por qué? ¡¿Por qué?! —exclamó Byrne—. ¿Por qué quería matarme?

—Sin duda porque deseaba los botones de la chaqueta de su excelencia —dijo educadamente el apático Gonzales—. Encontramos los del marinero muerto escondidos entre la ropa de la muchacha, pero su excelencia debe descansar tranquilo sabiendo que se ha hecho todo lo que correspondía al caso.

Byrne no hizo más preguntas. Había también otra muerte que según Gonzales «correspondía al caso»: la del tuerto Bernardino, que había sido arrimado contra la pared de su taberna y luego herido con seis balas de escopeta en el pecho. Justo mientras sonaban los disparos, el ataúd con el cuerpo de Tom pasaba acarreado por un grupo de patriotas españoles que parecían bandidos y que lo llevaban por el barranco hacia la orilla, donde los dos botes del barco esperaban los restos terrenales del mejor de sus marineros.

El señor Byrne, extremadamente pálido y débil, subió al bote que llevaba el cadáver de su humilde amigo. Se había decidido que los restos de Tom Corbin debían descansar lejos, en la Bahía de Vizcaya. El oficial tomó el timón y, echando una última mirada a la costa, vio algo moviéndose en la ladera gris. Le pareció que

era el hombrecillo de sombrero amarillo montado a una mula —esa mula sin la que el destino final de Tom Corbin habría sido un misterio para siempre.

EL PLANTADOR DE MALATA

I

Dos hombres charlaban en el despacho del director del periódico más importante de una ciudad colonial. El más corpulento de los dos, y también el que tenía un aspecto más urbanita, era de pelo rubio y copropietario del periódico.

El nombre del otro era Renouard y estaba preocupado por alguna razón, porque el gesto era evidente en su bronceado rostro. Era delgado, nervioso y activo. El periodista continuó con la charla:

—De modo que ayer estuvo cenando con el viejo Dunster.

La palabra viejo había sido utilizada allí no en el sentido cariñoso de un amigo, sino como la simple constatación de un hecho. Aquel Dunster en concreto era un hombre anciano. Había sido uno de los políticos más preeminentes en la colonia pero se había retirado de la política después de un viaje por Europa y una larga residencia en Inglaterra durante la cual la prensa no había hecho más que elogiarlo. La colonia estaba orgullosa de él.

—Sí, cené allí —dijo Renouard—. Me invitó el joven Dunster cuando salía del despacho. Casi parecía que acabara de obedecer a una inspiración repentina, pero no había ninguna reserva mental en su actuación. Me insistió mucho y me juró y perjuró que a su tío le gustaría mucho verme. Me dijo que mi nombramiento para la concesión del Malata había sido uno de los últimos actos de su vida política, según le había asegurado recientemente su tío.

—Muy conmovedor, ya veo que al viejo le pone sentimental recordar el pasado.

—Realmente no tengo ni idea de por qué acepté —continuó el otro—. Tampoco es que me deje llevar tan fácilmente por los sentimientos. El viejo Dunster siempre fue muy amable conmigo, eso es verdad, pero nunca me preguntó siquiera por mis plantaciones de seda. Lo más probable es que se olvidara por completo del asunto. Debo reconocer que allí había mucha más gente de la que esperaba encontrarme, toda una reunión.

—A mí también me invitaron —dijo el periodista—, pero no pude ir. ¿Cuándo me dijiste que habías llegado de Malata?

—Ayer al amanecer. Estoy anclado en la bahía, al final del Garden Point. Me pasé por la oficina de Dunster antes de que terminara de leer sus cartas. ¿Ha visto alguna vez al joven Dunster leyendo sus cartas? Pude echar un vistazo a través de la puerta entreabierta. Coge el papel con las dos manos y a continuación alza los hombros hasta la altura de sus feas orejas y acerca la nariz y sus finos labios tan cerca que da la sensación de que se va a poner a chupar la hoja. Todo un monstruo del comercio.

—Por aquí nadie piensa que es un monstruo —dijo el periodista con el ceño fruncido.

—Es posible. Me dice usted eso porque, al igual que el resto, está acostumbrado a verle a diario junto a otras personas. No sé por qué me sucede pero siempre que vengo a la ciudad me sorprende muchísimo el aspecto de la gente en la calle. Todos me resultan espantosamente expresivos.

—Y poco agradados.

—No, no siempre. Quiero decir que no me parece una norma. El efecto me parece sorprendente sin llegar a ser del todo claro. Seguramente pensará que todo se debe a mi existencia solitaria.

—Sí, así lo creo. Debe de ser desmoralizador. Se pasa usted meses enteros sin ver a nadie a su alrededor, lleva una vida un tanto insana.

El otro sonrió con dificultad y emitió un murmullo con el que admitía aquella realidad, porque ya habían pasado más de siete meses desde la última vez que había ido a la ciudad.

—Ya lo ve —insistió el otro—. La soledad a veces tiene un efecto parecido al del veneno. Le parece a usted que a su alrededor hay hombres con gestos hostiles cuando cualquiera con la mente clara no les prestaría ninguna atención.

Geoffrey Renouard no le confesó en aquel momento a su amigo periodista que también los gestos de su amistosa y conocida cara le molestaban tanto como los de cualquier otro. Le parecía ser capaz de detectar los detalles más degradantes con los que la edad hace decaer la apariencia humana. Le conmovían y le perturbaban como si se tratara de las señales indudables de una actividad interior

visible sólo para una mirada humana como la suya, acostumbrada al aislamiento de Malata, donde se había afincado hacía cinco años y donde no había parado de hacer exploraciones y vivir aventuras.

—La verdad es que no veo a nadie en mi casa de Malata. Los muchachos de la plantación son invisibles para mí.

—Pues para nosotros la gente en la calle es invisible. Y eso es un signo de salud mental.

El visitante no se atrevió a replicar nada a aquella afirmación por temor a quedar atrapado en una discusión. Lo que había ido a buscar a aquel despacho editorial no era controversia, sino información. Aun así dudó un poco todavía mientras se aproximaba al tema. La vida solitaria hace que los hombres se vuelvan reticentes a todo lo que pueda parecer un chisme, mientras que para los que están acostumbrados a charlar a diario con otras personas se trata de un ejercicio de lo más común.

—¿Está muy ocupado en este momento? —preguntó.

El editor, que en aquel momento estaba a punto de hacer una marca con un lápiz rojo sobre una prueba de imprenta dejó el lápiz aparte y respondió:

—No, ya he terminado. ¡La sección de sociedad! Este despacho es el lugar en el que todo el mundo lo sabe todo acerca de la vida de toda la gente importante... aunque tal vez habría que añadir también las vidas de algunos que ni siquiera son importantes. Por este despacho se pasa más de un tipo raro, gente extravagante, vagabundos del interior, del Pacífico. Por cierto, la última vez que usted estuvo por aquí se llevó consigo a uno de aquellos pobres diablos para convertirle en una especie de ayudante, ¿verdad?

—Le contraté como asistente sólo para ver si así acababa con sus sermones sobre el peligro de la vida solitaria —contestó rápidamente Renouard.

El periodista se rio a carcajadas en cuanto le replicaron con aquel tono rencoroso. Su carcajada no fue tampoco demasiado sonora, pero todo su cuerpo se sacudió. Estaba totalmente convencido de que la deferencia de su amigo hacia su consejo estaba basada tan sólo en una imperfecta convicción en su propia sagacidad... o sabiduría. Pero lo cierto era que había sido él quien había ayudado a Renouard en primera instancia en sus planes de exploración: los cinco primeros años de aventura científica, de trabajo, de peligros y resistencia que habían sido

recompensados por el gobierno con la modesta concesión de la isla de Malata. Pero aquel premio a su paciente labor se había producido también gracias a la elocuencia tanto de palabra como de pluma del periodista, que tenía una gran influencia en aquella ciudad. Tenía sus dudas sobre el grado de afecto que Renouard sentía por él y no le generaban mucha simpatía ciertos aspectos de la vida de aquel hombre al que nunca terminaba de conocer del todo. Tenía el presentimiento de que ahí residía la verdadera personalidad —puede que absurda— de su amigo. Como en el tema del asistente. Renouard solía inclinarse ante los argumentos de su amigo sobre la influencia malsana de la soledad, unos argumentos inspirados por la amistad y el compañerismo y prefirió mostrarse dócil y amable. Pero ¿qué hizo a continuación? En vez de seguir el consejo que le había dado su amigo que conocía a un gran número de hombres desocupados que andaban por las calles, Renouard contrató al primero que se encontró, y lo hizo casi a escondidas. ¡A saber a quién habría contratado! Y se embarcó en su compañía hacia Malata. A su amigo aquel comportamiento le pareció imprudente y peligroso, pero por eso el periodista siempre hacía lo mismo: a pesar de que aquella decisión le pareció pésima, seguía bromeando sobre el asunto.

—Claro que sí, hablando de ese asistente suyo...

—¿Qué pasa con él? —dijo Renouard tras una pausa y con una sombra de incomodidad en el rostro.

—¿No tiene nada que contarme sobre él?

—Nada, aparte de... —La expresión que había adoptado su rostro se borró de repente, como si hubiese cambiado súbitamente de idea—. No, nada, absolutamente nada.

—No lo ha traído esta vez con usted por casualidad... o para variar.

El plantador de Malata se quedó mirándolo fijamente, sacudió la cabeza y dijo al final con cuidado:

—Creo que está muy bien donde está, pero me gustaría que me explicara por qué me insistió tanto el joven Dunster para que cenara con su tío la otra noche. Todo el mundo sabe que no se me da bien la vida social.

El director se quedó sorprendido de tanta modestia, ¿es que acaso no sabía que hasta el momento había sido el único explorador, el único que había experimentado con plantas de seda?

—Aun así no sé por qué me invitaron ayer. El joven Dunster nunca había tenido ese detalle.

—Nuestro Willie —dijo el popular periodista— nunca hace algo sin un motivo, eso es bien sabido.

—Y a casa de su tío, nada menos.

—Vive en ella.

—Puede ser, pero también me habría podido invitar a cenar en cualquier otro sitio. Lo más extraordinario de todo es que el viejo tampoco parecía tener nada particular que contarme. Me sonrió amablemente un par de veces a lo largo de la cena y eso fue todo. En realidad era casi una fiesta, habría allí unas dieciséis personas.

El director, después de añadir una vez más que no había podido asistir le preguntó si al menos fue divertida.

Renouard se quejó de su ausencia. Siendo como era un hombre cuyo oficio, o al menos cuya obligación era saberlo todo acerca de cuanto sucedía en aquella parte del mundo, estaba seguro de que le habría podido dar alguna información sobre algunas personas que se encontraban entre los invitados. Willie, el sobrino de Dunster, con su pechera nítida y su tez pálida mostraba en su persona un desagradable contraste con aquel pelo negro alborotado en mechones sobre su cabeza. Cuando vio a Renouard se abalanzó sobre él y se puso a presentarle a todos aquellos desconocidos como si se hubiese tratado de un perro sabio o de un niño prodigio. No había duda de que detestaba a Willie, le parecía un hombre dominador.

Hubo un silencio a continuación. Daba la impresión de que Renouard no tenía nada más que decir pero de pronto afrontó el verdadero asunto que le había llevado a hacer una visita al periodista.

—Toda aquella gente me miraba como asombrada.

El director contempló a su amigo y pensó que, fuera o no consecuencia de su vida solitaria, no había duda de que tenía una fina cualidad de penetración para adivinar en la expresión de las fisonomías.

—No me ha dicho sus nombres, aunque supongo que puedo adivinarlos. Se

refiere al profesor Moorsom, a su hija y a su hermana, ¿no es así?

Renouard asintió. Sí, una dama de pelo blanco. No era difícil adivinar tampoco, tanto por su silencio como por la mirada fija y evasiva a la vez de su amigo, que no era precisamente en la vieja dama en la que había centrado su atención.

—Le juro que me dio la impresión de que el único motivo por el que había sido invitado a aquella fiesta era para darle conversación a aquella joven.

No ocultó tampoco que su aspecto le había impresionado enormemente. Nadie habría podido evitarle aquella impresión. Era totalmente distinta al resto de las personas que habían acudido a la cena y tenía una distinción que no provenía tan sólo de que sus vestidos hubiesen sido confeccionados en Londres. Él no fue quien le ofreció su brazo para ir a la mesa, sino Willie. Fue luego, en la terraza...

Hacía una noche maravillosamente tranquila. Él se había sentado solo y aparte, deseando estar en cualquier otra parte, en su goleta, liberado de todas aquellas obligaciones humanas. Ni siquiera había cruzado muchas palabras con ninguno de los invitados. De pronto vio cómo se aproximaba hacia él, sola y cruzando aquella terraza levemente iluminada.

La joven era alta y esbelta y alzaba con mucha dignidad una cabeza adornada con un hermoso cabello que a Renouard le pareció que tenía una especie de carácter pagano. Él estuvo a punto de levantarse, pero como había sido ella la que había decidido acercarse a él, finalmente permaneció sentado. No la había mirado mucho a lo largo de la velada, no tenía la libertad de la mirada, esa actitud que suele adquirirse cuando se está habituado a la vida social y a continuos encuentros con desconocidos. No se trataba de timidez, sino más bien de la reserva propia de un hombre poco experimentado en el arte de verlo todo y aparentar indiferencia. Lo primero que había retenido era la visión de un espléndido cabello rubio y de unos ojos negros. Le produjo un efecto, más que perturbador, fugaz. Casi la había olvidado en el momento en que la vio acercarse por la terraza con aquel ritmo esbelto de toda su figura, lenta y eficaz al mismo tiempo. La luz de una de aquellas ventanas abiertas le dio un realce al pasar a su pelo. Daba la sensación de que era incandescente y fluida, como la imagen de un casco brillante y las líneas móviles del metal fundido. En cuanto la vio le produjo una atónita admiración, aunque de eso no dijo nada a su amigo el periodista. Tampoco le contó que la cercanía de aquella joven había hecho surgir en su alma la efigie de la gracia, el amor infinito y una alegría que sólo podía estar relacionada con la experiencia de

la belleza. Al director le comunicó, más que los sentimientos, los hechos desnudos y utilizando palabras comunes.

—Aquella joven vino y se sentó a mi lado. Me dijo: «¿Es usted francés, Renouard?».

En ese momento le llegó un hipnotizante vaho de perfume del que tampoco dijo nada... un perfume totalmente desconocido para él. La voz de la joven era clara y bien perfilada. Tanto sus hombros como sus brazos desnudos brillaban con un esplendor extraordinario, y cuando vio avanzar su cabeza hacia la luz pudo ver en plenitud el admirable óvalo de su rostro, aquella nariz recta y fina con sus delicados agujeros, el exquisito color de sus labios rojos. La expresión de aquellos ojos se perdía formando una masa misteriosa de sombras plata y azabache bajo los reflejos cobre y rojizo de la cabellera. Casi se podría haber dicho que era una criatura de marfil y metales preciosos a la que un hechizo hubiese convertido en carne humana y tejidos reales.

—Le dije que mi familia vivía en Canadá pero que yo había crecido en Inglaterra antes de trasladarme a aquí. No sé por qué razón le podía interesar mi vida.

—¿Acaso se está quejando de que se interesara?

El tono del famoso periodista estuvo a punto de hacer estremecer al plantador de Malata.

—¡No! —exclamó con una voz casi desabrida, y tras una breve pausa continuó—: Resulta de lo más extraordinario. Le dije que a los diecinueve años, poco después de terminar la escuela, partí a recorrer el mundo. Al parecer su hermano mayor estuvo en la misma escuela un par de años antes que yo. Quiso que le contara qué había hecho antes, lo que encuentran los hombres cuando salen a tener esas experiencias, a dónde van y qué es lo que les suele suceder, como si yo pudiera relatarle todas las experiencias a través de la mía de miles de hombres a los que mueven cientos de distintas inquietudes o razones, que vienen y van sin descanso de un lugar a otro. ¡Absurdo! Era como si quisiera escuchar todas aquellas historias. Yo repliqué que la mayoría de aquellas historias no eran demasiado memorables y que no merecía la pena relatarlas.

El célebre periodista le escuchaba con la cabeza apoyada en la palma de la mano izquierda, lo hacía con atención aunque no con la sorpresa que esperaba

Renouard.

—¿Acaso sabía ya todo esto? —dijo el último con cierta brusquedad frente a la pasiva actitud de su amigo.

El hombre que lo sabía todo levantó la cabeza:

—Sí, pero continúe.

—Se lo he contado ya todo, no sé nada más. Le hice la narración completa de mis aventuras desde el comienzo de mi carrera. No sé cómo pudo interesarle lo más mínimo. «Realmente —me dijo—, todo lo que le ha ocurrido es extraordinario». No me cabe duda de que todas esas personas estaban tramando algo, nos sentamos bajo la luz que salía de la ventana y el padre daba paseos arriba y abajo por aquella terraza con la cabeza gacha. La mujer del pelo blanco se asomó un par de veces por la ventana del comedor, de eso estoy seguro. El resto de los invitados comenzaron a despedirse, pero nosotros nos quedamos allí sentados. Por lo visto la familia estaba alojada en casa de los Dunster. Al final quien puso fin a aquella situación fue la anciana señora de Dunster. El padre y la madre se mantenían a la distancia, como si no se atrevieran a acercarse por alguna razón. De pronto ella se levantó de un salto, me ofreció su mano y me dijo que esperaba volver a verme.

Renouard decía aquellas palabras como si aún pudiera ver frente a sus ojos aquel cuerpo elástico y juvenil, lleno de fuerza y de gracia, como si aún pudiera escuchar el acento del último murmullo que había brotado de su garganta, tan blanca a la luz de la ventana. Recordaba el brillo de sus ojos negros cuando se dio por fin media vuelta para retirarse. Recordaba a la perfección todas aquellas cosas, pero la impresión no era agradable. La sensación era la de alguien emocionado que acababa de descubrir algo novedoso. Existen cualidades que resulta imposible no desear poseer en ciertas ocasiones, como la facultad de ver a través de las paredes o la de recordar a una persona con una vivacidad extraordinaria. ¿Qué podía pensar de aquellos familiares que la habían estado rodeando con una solicitud tan anhelante? Le parecía que aquellos personajes se erguían constantemente frente a él. Eran unas criaturas que se interponían entre él y el mundo exterior. Aquella había sido la causa por la que había ido al despacho de su amigo: para preguntarle qué estaba pasando. Tenía la esperanza de que alguna información acabara despejando los fantasmas que había provocado esa cena inesperada. La persona a la que tendría que haber ido a visitar era el joven Dunster, pero lo cierto es que no podía soportar a aquel tipo.

Tras una ligera pausa el periodista cambió de actitud, se puso frente a su mesa de trabajo y sonrió levemente como si entendiera todo.

—Una joven sorprendente, ¿no le parece?

La incongruencia de aquella palabra habría sido suficiente como para hacer saltar de su asiento a cualquiera. ¡Sorprendente! ¡Sorprendente muchacha! ¡Sor...! Pero Renouard consiguió retener sus palabras para que sus sentimientos no quedaran en compromiso. Su amigo no era ese tipo de personas a las que se les puede hacer una confidencia, y además la conversación se estaba desarrollando tal y como había previsto. Aun así, como el gesto le había traicionado se retrotrajo un poco y comentó con la máxima indiferencia que la joven era asombrosa, en efecto, sobre todo entre toda aquella gente tan mal vestida. La mayor parte de las mujeres que habían acudido a la fiesta sobrepasaban los cuarenta.

—Me parece una manera un tanto cruel de hablar de lo mejor de nuestra sociedad, la *crème de la crème*, como dicen los franceses —replicó el director con un gesto de disgusto—. Debería ser usted un poco más moderado en su forma de expresarse.

—Lo cierto es que me expreso muy poco —replicó Renouard con seriedad.

—Le voy a decir lo que es usted, es usted una persona a la que no le importa el coste de las cosas. Por descontado que conmigo está a salvo, pero nunca aprenderá...

—Lo que más me llama la atención —interrumpió el otro— es que ella me eligiera a mí para tener aquella conversación tan larga.

—Puede que lo hiciera sencillamente porque usted era el hombre más extraordinario de los presentes en aquel lugar.

Renouard negó con la cabeza.

—No me parece que se acerque a la verdad —dijo con calma—. Pruebe con alguna otra razón.

—¿Es que no me cree? Ah, es usted demasiado modesto. Déjeme decirle al menos que en circunstancias normales la gente suele creer que tengo razón. Le aseguro que usted es lo bastante extraordinario, y también me parece que es lo bastante perspicaz como para entenderlo. Las circunstancias también lo eran, ya lo

creo que sí.

Se quedó unos instantes pensativo hasta que el plantador de Malata se descolgó con un negligente:

—¿Y usted les conoce?

—Así es —asintió aquel periodista sabelotodo con sobriedad, a pesar de que la circunstancia era lo bastante extraordinaria como para mostrar también algo de vanidad profesional, una vanidad tan bien conocida por Renouard que su ausencia acabó aumentando su asombro y casi le hizo sentirse incómodo, como si con ello estuviera ocultando algún tipo de mala noticia.

—¿Y se ha encontrado con ellos?

—No, se suponía que yo también iba a acudir ayer pero me vi obligado a enviarle a Willie una disculpa esa mañana. En ese momento él debió de tener la brillante idea de invitarle a usted para ocupar la vacante, con la vaga idea de que daría lo mismo uno que otro. Willie puede ser a veces muy estúpido, porque si hay algo que está claro es que usted era la persona menos adecuada.

—¿Cómo diablos he acabado yo liado en este... lo que sea? —La voz de Renouard delataba casi el inicio de la irritación—. Si llegué tan sólo ayer por la mañana...

II

Su amigo el editor se dio la vuelta hacia él resueltamente.

—El caso es que Willie me pidió consejo sobre una cuestión y ya que se ha visto usted mezclado en todo este asunto le contaré brevemente de qué se trata. Se entiende que es un asunto confidencial.

Esperó unos instantes. Renouard, cuya incomodidad estaba empezando a crecer hasta un punto que superaba lo razonable asintió con la cabeza y el otro no perdió más tiempo para empezar. Se trataba del profesor Moorsom, físico y filósofo —un hombre de una cabeza noble y de pelo blanco, al menos a juzgar por las fotografías, y seguramente con un buen cerebro en el interior—, el autor de tantos libros famosos, estaba seguro de que sabía quién era...

Renouard respondió con un gruñido que no eran precisamente el tipo de lecturas que prefería y su amigo le confesó que tampoco las suyas, excepto en los casos en los que el deber profesional se lo imponía a la hora de publicarlas en la sección literaria del periódico del que era propietario, el orgullo de su vida. El único periódico de las Antípodas no podía permitirse ignorar los últimos textos filosóficos. Y aunque no se podía decir que todo el mundo leyera a Moorson en las Antípodas, sí se podía decir que todo el mundo, mujeres, niños, obreros y hasta cocheros sabían quién era. La única persona (aparte de él mismo) que, hasta donde él sabía, había leído a Moorson era el viejo Dunster, que hasta se definía a sí mismo como Moorsoniano (o tal vez fuera Moorsomita), y eso desde hacía muchos años, muchos antes de que Moorson se convirtiera en la celebridad que era ahora, no sólo como filósofo, sino también en sociedad. Se había puesto de moda.

Renouard escuchaba con atención y tratando de disimular al máximo.

—Un charlatán —murmuró vagamente.

—No, no se crea, yo no lo llamaría así. Aunque en realidad tampoco me sorprendería que en verdad la mayoría de sus escritos no fuesen más que una especie de burla, eso no lo sabemos aún. Una cosa le diré con la mano en el corazón: la única escritura realmente honesta e importante de los últimos años es la

de los periódicos, no lo olvide.

El director se detuvo con aquella mirada de basilisco congelada en sus ojos hasta que su interlocutor contestó con un distraído:

—Desde luego.

Sólo entonces continuó explicando que el viejo Dunster se quedó una temporada en la casa de los Moorsom en Londres y se convirtió en el hombre de moda. Moorsom: el padre y la niña, porque el filósofo había enviudado hacía ya tiempo.

—No tiene precisamente aspecto de niña —murmuró Renouard y el otro le dio la razón. Desde luego que no la tenía. En Londres había hecho el papel de ama de casa y se había estado codeando con la alta sociedad cuando aún estaba en edad de llevar el pelo corto.

—No creo que me parezca una niña cuando tenga el privilegio de conocerla —añadió—. Esa gente se está quedando de incógnito en casa de los Dunster a la manera... ya sabe, de la realeza. No engañan a nadie pero tampoco desean que les molesten. Por deferencia al viejo Dunster nosotros hasta hemos mantenido el asunto fuera de la prensa, aunque no olvidaremos poner su llegada en el apartado de nuestras celebridades locales.

—¡Dios santo!

—Así es, el señor G. Renouard, explorador, cuya indomable energía etcétera, etcétera y que ahora trabaja en beneficio de la prosperidad de nuestra nación desde su plantación de Malata... Y hablando de todo un poco ¿cómo van esos cultivos de seda? ¿Prosperan?

—Sí.

—¿Ha traído usted fibra?

—Una goleta llena.

—Excelente, ¿la hará transportar hasta las fábricas de Liverpool? Los grandes capitalistas de por allí están muy interesados en el asunto, ¿no es así?

—Así es.

Hubo un pequeño momento de silencio y el periodista añadió con lentitud:

—Algún día será usted un hombre rico.

El gesto de Renouard no negó la posibilidad de que se cumpliera semejante profecía, de hecho no dijo ni una sola palabra hasta que su amigo le sugirió con el mismo tono meditabundo:

—Debería usted intentar que Moorsom se interese en el asunto, ya que Willie le dejó entrar.

—¡Un filósofo!

—No creo que por eso le moleste ganar algo de dinero. Tiene para eso mucho más talento del que usted le atribuye. Ha conseguido hacer —y en este punto la voz del periodista se colmó de respeto— una buena suma con la filosofía...

Renouard alzó la mirada, reprimió el impulso de saltar sobre él y se dirigió lentamente hacia uno de los sillones.

—Puede que no sea mala idea —dijo—. De todas formas, supongo que tendré que volver a verle.

Se preguntaba si había conseguido que su voz no manifestara ninguna emoción, el tono lo bastante neutro porque sus sentimientos eran demasiado violentos y no tenían en realidad nada que ver con el asunto de los negocios. Ya caminaba por el despacho como una vaga preparación para su partida cuando escuchó a sus espaldas una leve risa. Se dio media vuelta al instante con el ceño fruncido, pero el director no se había reído de él: estaba mirando hacia la pared como si hubiese sido otro el objeto que hubiese despertado su hilaridad. No había duda de que se trataba del preámbulo de un discurso que Renouard, dueño de sí de nuevo, esperaba sin decir palabra, pero con cierta inquietud.

—¡No lo adivinaría usted nunca! Nadie podría adivinar nunca lo que busca esa gente. Cuando Willie vino a contarme la historia casi se le salían los ojos de las órbitas.

—Siempre parece que se le van a salir —comentó Renouard con desagrado—. Ese hombre es estúpido.

—Estaba inquieto, y también yo lo estaba cuando le escuché. Esto es una caza, amigo mío, y lo que están buscando es un hombre. Willie, como es de corazón tierno, ha abrazado la causa.

Renouard repitió:

—Están buscando a un hombre —dijo sentándose de golpe como para mirarle más fijamente—. ¿Es que acaso vino Willie para pedirle una linterna? —preguntó tratando de poner un tono sarcástico.

—¿De qué linterna habla? —preguntó el director con gesto de sospecha—. Usted, Renouard, siempre acaba haciendo referencia a ciertas cosas que me desconciertan por completo. Si estuviera metido en política no me fiaría de usted, le estoy hablando como periodista, ni una palabra. Ni media. Habla usted siempre como si utilizara sofisticados sofismas. Escúcheme, le estoy hablando del hombre con el que la señorita Moorsom está comprometida desde hace un año. Eso ya le indica que no puede ser un cualquiera, aunque lo cierto es que tampoco ha sido precisamente inteligente, mala suerte para la joven dama.

Dijo aquellas palabras con mucho sentimiento. Estaba claro que trataba de apelar a sus sentimientos, pero como hombre que sabe convencer a la gente trató de poner cierta diversión en sus palabras. Se trataba de un joven de una familia excelente, un muchacho que tenía en pie a dos poderosos «F».

Renouard se había levantado de nuevo e iba paseando de un lado al otro de la habitación. Se dio de pronto la vuelta y preguntó en voz baja:

—¿Y eso qué demonios es?

—La Fama y las Finanzas —respondió el periodista—. Los llamo así para ahorrar tiempo. En lo más bajo de la escala social están las tres R en lo más alto las dos F, ¿lo entiende?

—Ah, perfecto —y Renouard se puso a reír con sarcasmo.

—En esta época de democracia es fácil pasar de una a otra con facilidad —continuó el periodista con imperturbable complacencia—, al menos si uno es lo bastante astuto. El único peligro es creerse demasiado astuto, y a mí me parece que algo por el estilo es lo que se ha producido en esta situación. Este muchacho del que le hablo al parecer se ha metido en un lío financiero. Como usted comprenderá, Willie no me ha querido dar más detalles, tampoco creo que se los

hayan dado a él. En fin, creo que puede que se trate de algo que entre en el territorio de lo criminal, aunque desde luego él es inocente. Eso sí, ha tenido que desaparecer igualmente.

—¡Ja, ja! —se rio Renouard sin dejar de mirar como antes—, de modo que parece que en el juego hay otra F.

—¿A qué se refiere? —preguntó rápidamente el director como si alguien hubiese utilizado una patente suya.

—F de fraude.

—No, yo no diría eso.

—En ese caso le llamaremos sencillamente malhechor. ¿Y yo qué demonios tengo que ver con todo esto?

—¡Espere un poco! Ni siquiera ha escuchado el final de la historia...

Renouard, que ya se había puesto el sombrero, volvió a sentarse con la impaciencia de un hombre que ya ha descubierto la moraleja de un cuento. El periodista se agitó en su butaca giratoria y finalmente anunció con placer:

—Digamos que fue un imprudente. En muchos sentidos manejar dinero puede llegar a ser tan peligroso como manejar un arma. Uno tiene que tener cuidado tanto por sí mismo como por las personas con las que trabaja. En fin, sea lo que sea que sucedió al parecer sobrevino una quiebra total, un asunto de primera categoría, y sus amigos no le volvieron a ver más. Por lo visto antes de desaparecer tuvo tiempo para encontrarse con la señorita Moorsom. ¿No le parece que sólo ese hecho ya demuestra su inocencia? Lo que sucedió entre ellos no lo sabe nadie más, a no ser que la joven se lo haya contado a su padre. Tampoco debe de haber gran cosa por saber y ella no podía hacer más que permitir que se marchara. Al fin y al cabo el asunto había llegado ya a los periódicos. Tal vez lo mejor que podría hacer es sencillamente olvidarse de él. Al menos sería lo más simple. El perdón sería mucho más complicado si una joven de su dignidad y posición se viera arrastrada por un feo asunto de ese tipo. Ya sucedería con una joven que no tuviera posición alguna. Por su parte, el joven no pedía otra cosa más que ser olvidado, pero al parecer ese asunto tampoco es tan fácil. Escribía de vez en cuando, pero no a sus amigos. Parientes próximos no tenía y su único maestro había sido su tutor. El pobre hombre le escribía de cuando en cuando a un viejo criado de sus padres que vivía en el campo y al que tenía completamente

prohibido revelar el lugar de su paradero. Aquel viejo no encontró nada mejor que hacer que rondar la casa de los Moorsom, puede que incluso se compinchara con la dama de compañía de la señorita Moorsom y escribió de vuelta al «señor Arthur» que la señorita se encontraba bien y que parecía alegre o algo por el estilo. Puede que el muchacho hubiese consentido en que se le olvidara, pero seguramente no le debieron parecer agradables aquellas palabras. ¿Qué piensa usted?

Renouard no contestó. Se había sentado de nuevo y estaba imbuido por un sentimiento que no era curiosidad pero que sí se acercaba vagamente a la ansiedad, y eso le impedía levantarse y salir del despacho.

—Son sentimientos encontrados —opinó el director—. Hay muchas personas que reciben noticias de sus casas y se quedan con una sensación de sentimientos encontrados. ¿Pero qué sentimientos cree que tendrá cuando sepa lo que estoy a punto de contarle ahora? Porque de algo estamos seguros y es de que él no sabe aún nada de todo esto. Hace ahora unos seis meses un empleado de la City, un encargado de banco, fue detenido por un asunto dudoso. Cuando se vio bajo el peso de una severa condena le pareció conveniente limpiar su conciencia también de un viejo asunto de falsificación de títulos o de desaparición de los mismos, algo que demostró al instante y con la claridad del día la honorabilidad de nuestro arruinado joven. Al parecer el estafador debía de saber a lo que atenerse, porque había sido empleado de la firma antes de que se produjera el escándalo. Ya no se podía dudar de la inocencia del joven, ¿pero dónde diablos se había metido? Nadie lo sabía. Otra noticia sensacional... La señorita Moorsom dijo con seguridad: «Volverá, me pedirá en matrimonio y yo le aceptaré», pero lo cierto es que no ha vuelto. Que quede entre usted y yo, pero tampoco me da la sensación de que el joven sea muy amado por nadie que no sea la propia señorita Moorsom. Supongo que ella está acostumbrada a hacer las cosas a su manera. Desde muy niña ha tenido un temperamento impaciente y le hizo saber a todo el mundo que en cuanto supiera dónde se encontraba su hombre iría a buscarle. Pero todo cuanto consiguieron sacarle al viejo criado era que el sobre en el que le había llegado la carta tenía el matasellos de una hermosa ciudad, aquella fue la única dirección que consiguieron sacarle del «señor Arthur». Eso fue todo. De hecho el pobre hombre estaba en su último suspiro, tenía problemas cardíacos muy graves. A la señorita Moorsom no se le permitió ir a verle pero se escapó al campo para interrogar al viejo. Llegó a la casa y el moribundo estaba en la cama, con su mujer a su lado. La mujer bajó a atenderla y le dio toda la información que le acabo de contar. El enfermo estaba tan débil que no era posible preguntarle nada más. Y así fue como murió sin dejar más indicio de la dirección del desaparecido, ¿no le parece? Nuestro Willie me confesó que fueron unos días muy complicados en la casa del

profesor, pero ahí están. No me parece tampoco que la señorita Moorsom sea una de esas jóvenes a las que se puede dejar recorrer el mundo con toda tranquilidad, ¿no es así? A mí me parece que es algo que habla a su favor, pero también entiendo que el profesor necesite recurrir a su filosofía más de lo habitual para resolver ciertas situaciones con las que se ha ido encontrando estos días. Es su única hija, y está muy orgulloso de ella. Willie se atolondró desde el primer minuto en que intentó describírmela, y en cuanto le he visto entrar por esa puerta he descubierto que también a usted le ha producido una impresión muy similar.

Renouard hizo un gesto de desagrado y se echó el sombrero hacia los ojos. El director continuó diciendo que estaba casi seguro de que ni él (Renouard) ni Willie estaban acostumbrados a tratar con damas de una superioridad tan abrumadora. Willie había estado trabajando para una compañía importante en Londres el año anterior, pero mucho se temía que no había conocido más que a hombres de negocios y en cuanto a él, por lo que le conocía de los días de Fleet Street, no tenía muchas relaciones sociales y la alta sociedad no le preocupaba en absoluto. Lo único que le interesaba en aquella época era la política parlamentaria y los discursos de la Cámara de los Comunes.

El director le dedicó a aquel pasado no tan lejano una breve sonrisa cariñosa y regresó a la idea de que para ser una muchacha de mundo el gesto de la señorita Moorsom había sido correcto. Todo indicaba, sin embargo, que no se lo hubiese parecido así al profesor. El joven podía ser más inocente que un lirio, pero eso no evitaba que hubiese quedado despojado de todos sus bienes en este mundo, y hay cierto tipo de desgracias que no por muy inmerecidas acaban destrozando la vida para siempre. Aun así era un tanto complicado negarse en redondo a una aspiración que parecía movida sólo por el amor. ¡Ah, el amor! Y por otra parte la dama era bastante capaz de hacerse cargo de sí misma. Era mayor de edad y tenía dinero propio, no le faltaba tampoco valor. Moorsom tuvo que reconocer finalmente que en aquella historia era mucho más paternal y prudente que él mismo se encargara de todo. La tía les acompañaba a los dos por idénticas razones, aunque la excusa frente a los demás era que deseaba hacer un viaje alrededor del mundo.

Renouard se había puesto en pie y se había quedado allí inmóvil, con el corazón palpitándole a toda prisa y extrañamente sobrecogido por la historia, a pesar de que la prosaica personalidad del narrador le hubiese arrebatado todo su *glamour*. El director añadió:

—Me han pedido que les ayude a encontrar a ese joven.

Renouard dijo algo acerca de una cita y salió a la calle después de excusarse. La ingenuidad de su alma le impedía luchar contra aquel sentimiento de celos. Lo primero que pensó fue que un hombre de aquella naturaleza no merecía en absoluto la fidelidad de una dama tan devota. Aun así Renouard había vivido ya los suficientes años como para saber que el aspecto, las acciones y hasta ciertas ideas de un hombre pueden ser muy inferiores a su carácter real y, movido por una especie de delicada consideración por una joven dama tan espléndida, intentó pensar que tal vez se trataba de un hombre de una increíble excelencia de carácter y con unos extraordinarios poderes de seducción. Fue en vano. Después de largos meses de soledad y de varios días en alta mar la belleza de la joven le parecía algo de un esplendor totalmente irresistible, ¿se podía tratar tal vez de algún tipo de locura? Le parecía más sencillo suponer algo así que imaginar en el hombre unas cualidades que estuvieran a la altura de los encantos de ella. Más fácil y también menos humillante, y es que la locura puede llegar a ser generosa... en ella sólo podía tener un carácter generoso, mientras que imaginarla subyugada por algo común y corriente le parecía intolerable.

Debido a la fuerza de la impresión simplemente física que había producido en él y a la suposición de una personalidad a la altura que había provocado (y son precisamente ese tipo de impresiones las que terminan provocando las reacciones más profundas de nuestra alma), era incapaz de suponer algo así de la joven. Pero los príncipes azules no existían fuera de los cuentos de hadas. Para él el mundo no estaba dominado por la Fama y las Finanzas. En la generosidad sí. Se trataba al fin de la generosidad de ella, una generosidad que era a la vez majestuosa por su magnificencia, y casi absurda —o tal vez divina— por su prodigalidad.

Aquella noche, a bordo de su goleta y sentado sobre la cubierta con los brazos cruzados y la mirada perdida en el puente, permitió que la oscuridad le invadiera por dentro mientras reflexionaba sobre el mecanismo y las fuentes que provocan la pasión. Y durante todo aquel tiempo no dejó de percibir vivamente aquella sensación de su presencia física. El efecto que le había provocado en sus sentidos había sido tan intenso que en mitad de aquella noche se despertó sobresaltado y abrió los ojos de par en par hacia la oscuridad de su camarote, no ya recordando la imagen de la joven sino con la sensación de que hasta podía oler su perfume. Casi habría jurado que había escuchado por un instante el roce de su vestido. Se levantó y se quedó escuchando en medio de la oscuridad durante unos instantes, más que agitado, oprimido por la sensación de que le había sucedido algo que ya no tenía remedio alguno.

III

Por la tarde regresó al despacho del periodista cargando con afectación aquel peso de lo irremediable que había sentido durante las horas nocturnas, aquella seguridad de que ya nadie podía ayudarle. Su amigo le informó de inmediato de que se había encontrado con los Moorsom la noche anterior. En casa de los Dunster, como es lógico. Para la cena.

—Todo muy tranquilo, no había nadie. Un ambiente mucho más propicio para los negocios, dije...

Renouard agarraba con las manos el respaldo de una silla y le miraba estupefacto.

—¡Por Dios, a eso le llamo yo una muchacha impresionante!... ¿Por qué se quiere sentar en esa silla? Es incomodísima.

—No me iba a sentar en ella —dijo Renouard caminando lentamente hacia la ventana, contento de descubrir que al menos tenía el suficiente autocontrol para no levantar aquella silla y rompérsela al periodista en la cabeza.

—Willie sigue mirándola casi con lágrimas en esos ojos de rana. Tendría que haberle visto inclinándose todo el rato hacia donde estaba ella durante la cena.

—No lo creo —replicó Renouard con un tono tan angustiado que hizo que el director se volviera hacia él.

—Me parece que lleva usted su desagrado por Dunster demasiado lejos, empieza a ser algo morboso —dijo con desaprobación—. No todo el mundo tiene un aspecto agradable después de los treinta años... Yo estuve hablando sobre usted la mayor parte del tiempo con el profesor. Al parecer está interesado en las plantas de seda... aunque puede que sólo fuera para no tener que hablar del gran tema. A la señorita Moorsom no pareció importarle demasiado cuando le confesé que le había puesto al corriente de todo el asunto. También nuestro Willie lo celebró. El viejo Dunster, con su barba blanca, parecía estar dándome la bendición. Todos le tienen en alta estima simplemente porque yo les comenté que había

llevado todo tipo de vidas antes de dedicarse a la exploración. Le quieren hacer algunas preguntas, ¿Qué trabajo es razonable que haya buscado alguien como Arthur?

—Algún oficio sencillo —murmuró Renouard entre dientes.

—Cazador, atleta. No sea tan duro con el muchacho. Puede que esté ahora mismo vagando por esas praderas, llevando rebaños o buscando cualquier clase de oficio, puede que hasta se encuentre en medio del desierto.

—O puede que esté tirado en una cuneta, a la salida de una taberna, ya es lo bastante tarde como para que también sea posible.

El director le miró instintivamente. Según el reloj eran las cinco menos cuarto.

—Sí, podría ser —admitió—, pero es poco probable. Puede que esté navegando por el Pacífico Occidental o se encuentre a bordo de alguna goleta, aunque no sé por qué habría de hacerlo. Aun así...

—O puede que en este preciso instante esté pasando por debajo de esta ventana.

—No es él... pero preferiría que se acercara usted para poder verle la cara. Odio hablar con alguien que me vuelve la espalda y encima se pone usted a murmurar por lo bajo como un viejo ermitaño. Le voy a decir la verdad, Geoffrey, a usted no le gusta la humanidad.

—No me gano la vida hablando de los asuntos de la humanidad —se defendió Renouard, pero aun así se acercó obedientemente y se sentó en el sillón—. ¿Cómo puede estar tan seguro de que su hombre no está paseando por la calle? —preguntó—. No es ni más ni menos improbable que todas las suposiciones que acaba de hacer.

Aplacado por la docilidad de Renouard, el director se le quedó mirando unos instantes.

—¡Ajá! Yo le diré a usted por qué. Sepa que ya hemos empezado con nuestra tarea. Hemos telegrafiado su descripción a la policía de todas las ciudades al sur y al norte del país y si hay algo que podemos certificar con toda seguridad es que no ha estado en esta ciudad al menos en los tres últimos meses. Lo que no

podría decir es si ha estado fuera de ella más tiempo.

—Es muy curioso.

—Es muy sencillo. La señorita Moorsom le escribió a la oficina de correos de aquí en cuanto fracasó su entrevista con el viejo criado y la carta continúa allí, nadie ha ido a reclamarla. Esta ciudad no es la residencia del joven, aunque si me pregunta a mí, jamás pensé que pudiera serlo. Eso sí, más tarde o más temprano acabará viniendo. Recuerde que no hay manera de que sepa que el criado ha muerto y lo primero que ira será ir a ver si hay alguna carta. En ese momento encontrará la carta de la señorita Moorsom.

Renouard había permanecido en silencio y también le parecía que todo lo que acababa de decir era bastante probable. El profundo malestar que le estaba provocando aquella conversación era patente en el aire reblandecido que estaban adoptando sus rasgos generalmente enérgicos. Para el director era la prueba eficiente que demostraba su inmoral desprecio por la humanidad, algo que había provocado sin duda tantos meses de espantosa soledad, o ésa era al menos su teoría favorita sobre el asunto. Declaró a continuación que hasta que un hombre no deja de dar noticias no se le puede declarar como perdido. Gracias a aquel principio había conseguido descubrir a muchos criminales fugitivos. Cambió de pronto de tema y le preguntó a Renouard si hacía mucho que recibía noticias de los suyos y si se encontraban bien todos los miembros de su numerosa familia.

—Sí, gracias.

Respondió con el tono un poco cortante, como si evitara la posibilidad de mayores familiaridades. A Renouard no le agradaba que le preguntaran por los suyos, por quienes sentía un afecto profundo y lleno de remordimientos. Hacía muchos años que no veía a nadie de su familia, y eran todos de una naturaleza muy diferente a la suya.

Desde la mañana en la que había llegado había ido a las oficinas de Dunster, y en uno de los ficheros que contenía la indicación «Malata» encontró un pequeño montón de cartas, algunos dirigidas a él y una para su asistente, todas a nombre de la compañía W. Dunster & Co. En cuanto tenía la oportunidad la casa Dunster reenviaba aquellas cartas a través de un guardacostas o de algún marino mercante. En los últimos cuatro meses no había habido ninguna oportunidad de hacerlo.

—¿Piensa quedarse aquí algún tiempo? —preguntó el director después de

un largo silencio.

Renouard respondió lentamente que no veía ninguna razón para prolongar su estancia en la ciudad demasiado tiempo.

—Por su salud, querido amigo, por su salud mental —replicó el periodista—, para acostumbrarse a los rostros humanos para que no le sorprendan cuando pasea por las calles. Para que se reconcilie con su especie. ¿Se puede fiar de ese ayudante suyo para que se encargue de sus cosas?

—Hay también un mulato de origen portugués. Él sabe perfectamente lo que hay que hacer.

—¡Ajá! —exclamó el director mirando fijamente a su amigo—. ¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama quién?

—El ayudante al que eligió usted a mis espaldas.

Renouard hizo un pequeño gesto de impaciencia.

—Le conocí una noche por casualidad, pensé que lo haría tan bien como el otro. Era originario del interior y no parecía demasiado a gusto en la ciudad. Me dijo que se llamaba Walter. Tampoco le pedí que me lo demostrara.

—No me da la sensación de que se lleve demasiado bien con él.

—¿Por qué? No sé qué le hace pensar eso.

—No lo sé, supongo que en la forma en la que esquivo la pregunta.

—¿En la forma en la que esquivo la pregunta? Puede que sencillamente no me parezca un gran tema de conversación. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

Renouard se levantó para marcharse pero dudó un instante y se quedó mirando al director, que continuaba sentado.

—Qué curioso —dijo al final con toda la seriedad, y ya estaba caminando hacia la puerta cuando le detuvo la voz de su amigo.

—¿Quiere saber lo que se comentó sobre usted? Que no se puede relacionar con nadie a quien no pueda maltratar. Ahora confiese... ¿hay algo de cierto en esa suave crítica?

—No —respondió Renouard—. ¿Es que acaso se está planeando publicarla en su periódico?

—No, en realidad no lo creí yo tampoco, pero le diré lo que sí creo. Creo que cuando el corazón de un hombre se ha quedado prendado de un objetivo particular ya deja de pensar en los costes, tanto en los propios como en los ajenos. Y eso sí acabará saliendo en el periódico algún día.

—¿Cómo necrológica? —preguntó Renouard con displicencia.

—Así es, cualquier día de éstos.

—¿Y usted se cree acaso inmortal?

—Desde luego que no, amigo mío, pero la voz de la prensa sí lo es... y lo que dirán es que el secreto de su éxito consistía en eso precisamente porque otros hombres mejores que usted, y no se tome esto como una ofensa, fracasaron allí donde usted triunfó.

—¡Triunfo! —murmuró Renouard tirando con violencia de la puerta de aquel despacho sobre el que habían escrito las palabras «Privado» en una hilera que parecía de ojos blancos que le observaban mientras descendía por la escalera de aquel templo de la publicidad.

Renouard no tenía ni la menor duda de que todos los recursos de la publicidad serían puestos a servicio del amor para encontrar a aquel joven desaparecido. No le deseaba la muerte, ni siquiera deseaba que le sucediera nada malo. Hay en los hombres un fondo de solidaridad humana que no cede nunca ante las provocaciones, y aquel hombre no le había hecho nada, pero antes de que Renouard abandonara la casa del viejo Dunster en la visita que le hizo al mediodía descubrió en sí el deseo de que la búsqueda resultara infructuosa. Aquello tampoco significaba que se fuera alegrar si la veía fracasar. Pensaba que el único camino tanto para él como para todos los hombres del mundo era la resignación, y vio que el doctor había llegado a una conclusión muy parecida.

El profesor Moorsom, con su mediana estatura, su pelo blanco abundante y ondulado, su rostro pensativo, sus ojos sombríos y velados y su mirada profunda

le acogió con mucha amabilidad. Tenía una mirada que, al mismo tiempo que se fijaba en su interlocutor, parecía estar pensando en algún libro o siguiendo el hilo de alguna argumentación. Renouard le veía como a un hombre a quien el constante hábito de la meditación y el análisis le habían acabado por dar un carácter amable e indulgente, inapropiado para la acción y más sensible a los pensamientos que a los sucesos del mundo real. Poseía además una gran fuerza y agudeza irónica, sin la menor huella de amargura, y unos modales sencillos que inmediatamente hacían confiar. Tuvieron una larga conversación en una terraza desde la que se tenía una vista completa de la ciudad y de la bahía.

La espléndida inmovilidad de la bahía bajo su mirada, con aquel gris horizonte cubierto de brillos fulgurantes, ayudó a Renouard a recuperar el control de sí mismo, ése que había sentido que perdía por un instante cuando salieron a la terraza al recordar la emoción más intensa de su vida, cuando se había sentado a unos pocos centímetros de la señorita Moorsom con el pecho encendido, un zumbido en los oídos y un desorden absoluto en la mente. Se sentaron exactamente en el mismo banco del jardín en el que se había visto envuelto por el radiante hechizo. Ahora estaba de nuevo sentado en él con el profesor, que hablaba de ella. A su lado el patriarcal Dunster se inclinaba un poco sentado en un sillón de mimbre, amable y medio sordo, con la palma de la mano puesta sobre la oreja con la inocente avidez que suelen mostrar los viejos ante el recuerdo de las pasiones juveniles.

Renouard deseaba ver a la señorita Moorsom, aunque sentía una especie de aprensión. Y ésta era extrañamente similar al humor de un hombre que teme el desencanto más que un sortilegio. Pero no debería haber tenido miedo. De inmediato la vio a la distancia en la otra punta de la terraza, y se estremeció hasta la raíz del pelo. A medida que se aproximó, él fue perdiendo la facultad del habla. La acompañaban la señora Dunster y su tía. Todos se sentaron, un círculo de una gran intimidad en el que Renouard se sentía incluido, y se habló de la búsqueda con una gran preocupación que parecía abarcar a cada uno. De todos se esperaba discreción, pero tampoco se trataba de acumular reticencias sobre la finalidad de aquel viaje. No se podía hablar más que de los medios, las estrategias y las disposiciones que se adoptaban.

Renouard trató de recuperar el control de sí mismo, fijando la mirada en el suelo con un aire de tristeza reflexiva. Lo utilizaba para mantener su voz en un tono grave y para medir sus palabras cuando se refería al gran tema. Y con gran esmero las enunciaba para que resultaran lo más razonables posible, dándoles un tono un poco descorazonado. No deseaba que la búsqueda terminara porque eso

supondría la partida tanto de la joven como de sus dos canosos acompañantes hasta la otra punta del mundo.

Se le pidió que volviera de nuevo, que viniera lo más a menudo que le fuera posible para tomar parte en los consejos de aquellas personas entregadas a una causa amorosa. Cuando estrechó la mano de la señorita Moorsom le habría gustado decir algo pero le faltaron las palabras, como si le hubiesen sellado los labios. Ella le devolvió la leve presión de sus dedos y él le soltó la mano observándola con la mirada en algún punto perdido a su espalda, con el aire de quien espera escuchar alguna cosa y la sonrisa más vaga que uno se pueda imaginar en los labios. Una sonrisa que evidentemente no estaba dirigida a él y que contenía el reflejo de algún pensamiento profundo, impenetrable.

IV

Regresó a su goleta. Tenía un aspecto blanco y erguido, como si se encontrara suspendida en medio de una atmósfera crepuscular de un intenso centelleo gris. Hizo el esfuerzo por mantener sus pensamientos tan sobrios, razonables y medidos como habían sido sus palabras para alejar lo máximo posible de él la posibilidad de un desastre moral. Cuando llegó la noche, a pesar del agotamiento de una tensión extenuante comenzó a temer el insomnio. Se tumbó de espaldas, suspirando profundamente de cuando en cuando en medio de la oscuridad del camarote. Se vio a sí mismo de pronto cargando una lámpara pequeña y extraña y reflejado en el inmenso espejo de un palacio abandonado. En aquella desconcertante imagen de sí mismo reconoció a alguien al que tenía que seguir por alguna razón, el pálido guía de su propio sueño. Cruzó aquellas galerías interminables en una infinita sucesión de salas y puertas. Durante un instante le dio la sensación de que se había perdido de vista, pero enseguida se vio de nuevo. A cada sala le sucedía una más y finalmente la lámpara se le apagó y se chocó con una especie de objeto. Lo rodeó con los brazos y le pareció frío y pesado, imposible de alzar. La vaga luz del amanecer le hizo vislumbrar la cabeza de una estatua. Su pelo de mármol había sido esculpido con las elegantes líneas de un casco, y en sus labios el cincel había dejado la sombra de una sonrisa. Se parecía a la señorita Moorsom. Estaba contemplándola absorto cuando la cabeza empezó a ser cada vez más leve entre sus dedos y luego comenzó a desmoronarse, primero en fragmentos y finalmente en polvo, un polvo que se dispersó por un soplo de viento tan gélido que se despertó al instante con un escalofrío desesperado. Había amanecido de verdad. Se sentó frente a la mesa del camarote, se agarró la cabeza con las manos y permaneció completamente inmóvil durante un buen rato.

En aquella postura intentó recrear el sueño completo. Como es lógico, relacionó la lámpara con la búsqueda del hombre, pero analizando las cosas con un poco más de calma le pareció que el reflejo del espejo no era el verdadero Renouard sino alguien cuya cara no recordaba del todo bien. En el palacio desierto con tantos corredores y puertas le pareció ver una siniestra adaptación de su propio cerebro de la primera planta del enorme edificio en el que se encontraba el periódico de su amigo. ¡El rostro de mármol era el rostro de la señorita Moorsom! ¡Claro! ¿Con qué otro rostro podría haber soñado si no? Su tez era tan hermosa como el mármol de Paros, más pura que los ángeles. El viento que puso fin al

sueño era la brisa de la mañana que entraba por el tragaluz y que le daba en pleno rostro.

¡Eso era todo! Y sin embargo, lo único que consiguió con aquella explicación racional de su sueño fue convertirlo en algo aún más misterioso y extraño. Había algo demoníaco en aquel sueño. Se trataba de una de esas experiencias que arrojan a los hombres fuera de un mundo de conformismo con el orden establecido y les hacen ingresar en un orden de oscuros deseos.

Aun así no se resistió y siguió acudiendo todas las tardes al lugar en el que ella vivía. Acudía a aquel lugar con una actitud tan pasiva como la que tenía en su propio sueño. Nunca supo con claridad por qué había conseguido convertirse en un visitante tan habitual de la mansión de los Dunster, si por sus propios méritos o si en condición de plantador de seda. El viejo agachaba la cabeza y se mesaba lentamente la barba. Realmente todo aquello era casi tan absurdo como su sueño.

Willie, como es lógico, estaba allí todas las tardes. Pero en su caso su figura parecía más bien la de una pesadilla, revoloteando de un lado al otro del círculo con su traje largo como un murciélago gigante, desagradable y sentimental.

—Es necesario acabar de una vez y cuanto antes con todos esos repugnantes capullos de seda —dijo con su voz apagada. Al parecer le espantaban los insectos de cualquier especie. Una de aquellas veladas apareció con una flor roja en la solapa. Nada habría podido ser más tremendamente ridículo. Y también le dijo a Renouard:

—Usted cambiará la historia de nuestra nación. Son las condiciones económicas las que modelan la historia de las naciones, ¿eh? ¿No le parece?

Y a continuación se volvió hacia la señorita Moorsom en busca de aprobación, inclinando hacia ella de forma protectora su descomunal nariz, y mirándola con aquellos ojos tiernos y cubiertos de pestañas que surgían como redes de su piel porosa. Aquella criatura enorme y biliosa era un economista sentimental, de lágrima fácil y colaborador del Cobden Club.

Para verle lo menos posible, Renouard empezó a ir más temprano para poder marcharse antes de que él apareciera, sin tener que abreviar por ellos sus horas de apasionada contemplación. Ya había dejado de engañarse a sí mismo, y su resignación había traspasado ya todos los límites. Aceptaba la tremenda tragedia de haberse enamorado de una mujer que estaba buscando al hombre en

cuyos brazos quería arrojarse. Trataba de aclarar con la mayor y más desesperada precisión sus propios pensamientos, como si los atravesara en medio de la conversación con una flecha afilada. El único pensamiento que le hacía temblar era el de que aquella situación no podía durar para siempre, que antes o después iba a llegar el día en el que acabara todo. Aquello le parecía que sería su fin, después de aquello sólo le podía esperar un inmenso pozo sin fondo. A pesar de todo su resignación ni siquiera se veía libre de las acechanzas de los celos, los crueles, insensatos y estúpidos celos, cuando da la sensación de que una mujer nos está engañando sencillamente porque hay algo cierto y por eso los movimientos más profundos del alma y de los nervios se convierten en una fuente de enloquecedoras sospechas, de dudas inquietantes y de mortales angustias.

Por la particular condición de su estancia la señorita Moorsom salía muy poco. Aceptó su reclusión en casa de los Dunster como si fuera una ermitaña y vivió en aquel lugar rodeada y observada por aquellos ancianos con la condescendiente resistencia de una poderosa divinidad. Resultaba imposible adivinar si había algo en el mundo que pudiera hacerla sufrir, si su actitud era la manifestación de una gran indiferencia o de una gran pasión concentrada, si sus modales estaban perfectamente contenidos o si su sentido de la superioridad era tan grande que le bastaba. Lo que a Renouard le parecía evidente es que a ella le agradaba charlar con él. ¿Era tal vez porque era la única persona de una edad cercana a la suya? ¿Se trataba tal vez de una discreta manera de demostrarle que había accedido a su círculo privado?

Él admiraba su voz, sus poses, sus movimientos, cada uno de sus gestos. Él mismo había sido toda su vida un hombre de costumbres tranquilas, pero el poder que ejercía aquella fascinación sobre él era tan fuerte que para recuperar su carácter naturalmente tranquilo se veía obligado a hacer un terrible esfuerzo. Cuando salía de la casa regresaba a la goleta exhausto, roto, conmovido como si alguien lo hubiese sometido a la tortura más sofisticada que se pudiera imaginar. Cada vez que la veía acercándose hacia él le parecía que estaba teniendo una alucinación. Era como una criatura vaga de ensueño, creada sólo para el compás de la música invisible, para el amor, para el murmullo de las aguas. Después de un primer momento (no habría podido estar mirando hacia el suelo eternamente) reunía toda la resolución de la que era capaz y la miraba. Le parecía ver una especie de chispazo en la clara oscuridad de su mirada, cuando volvía los ojos hacia él le parecía que le estaban regalando un nuevo sentido de la vida. Solía decirse a sí mismo que tal vez otro hombre, en vez de dejarse ahogar en las sombras de la locura, habría sentido cómo su espíritu se fundía al contacto de aquel relámpago de fuego, pero él no había tenido esa suerte, a pesar de que su

alma había sabido atravesar resueltamente las hogueras del sol y los desiertos, las cóleras borrascosas y la implacable crueldad de la naturaleza.

Estaba perfectamente cuerdo, pero aun así se veía obligado a estar constantemente en guardia para no caer en silencios de adorador o en monólogos eufóricos. Estaba pendiente de sus ojos, sus labios, de los músculos de su cara. Sus conversaciones eran como las que habrían podido tener dos personas cualquiera: ella una muchacha recién salida del denso crepúsculo en el que se aglomeraban cuatro millones de personas y de la vida artificial de las numerosas fiestas de la sociedad elegante de Londres, él un hombre de obligaciones sencillas y constantes, acostumbrado a contemplar vastos horizontes y que evitaba, incluso en los momentos de mayor abandono, el contacto con las grandes aglomeraciones humanas porque sentía que en ellas disminuía su valor. No tenían temas frívolos y sin importancia de los que poder charlar, por eso echaban mano a los grandes temas, a las ideas generales, aunque de una forma trivial. No se trataba exactamente de un comercio serio, puede que porque ella no lo fuera del todo. De ella al menos no salía nada muy significativo. No podía decirse que hubiera extraído de sus impresiones sobre el mundo externo nada que la distinguiera demasiado del resto de las mujeres. Lo único realmente extraordinario en ella era su quietud y, sobre todo cuando estaba seria, el indudable brillo de su feminidad. Lo que no había forma de adivinar, al menos para él, era qué había bajo aquella frente de mármol tan hermosamente diseñada, tan gloriosamente coronada. No podía saber que sentía ni qué pensaba. Las respuestas de ella solían ser reflexivas e ir precedidas de un pequeño silencio, él esperaba ansiosamente con los labios apretados. Se sentía en presencia de una criatura misteriosa, a través de la cual le hablaba una voz desconocida, como si se tratara de un oráculo que comunicara una inquietud infinita al corazón.

Estaba al menos lo bastante agradecido a la fortuna como para sentarse frente a ellas con los dientes secretamente en tensión, devorado por los celos, y nadie habría podido adivinar jamás que su deferencia con todas aquellas personas mayores disimulaba en realidad un esfuerzo estoico, una tremenda vigilancia para que no se manifestaran externamente sus secretas torturas. Como ya le había ocurrido cuando se había visto obligado a luchar contra las fuerzas de la naturaleza, le parecía que podía encontrar en su interior todo tipo de valor y coraje, menos el que era necesario para huir.

Puede que la razón por la que la señorita Moorsom le preguntara con tanta frecuencia sobre su vida fuera sencillamente que no tenían temas en común de otro tipo. Él no desfallecía hablando de sí mismo, porque no poseía esa vanidad que

muchas veces le hace temblar los labios a los hombres. Le hablaba con su voz grave, sin retirar la mirada de la punta del zapato de ella, y aguantaba la respiración temiendo el día en que dejara de hacerle caso. Y es que cuando alzaba la mirada para contemplarla con dulzura ella siempre le parecía una mujer perfecta, magnífica. Si lo hacía con la mirada vaga aquella cabeza le parecía la de una Venus trágica que estuviera surgiendo delante de él, no de la espuma del mar, sino de una especie de lejana, informe, misteriosa y potente inmensidad de lo humano.

V

Una de aquellas tardes Renouard llegó a la terraza y no había nadie en ella. Sintió simultáneamente una melancólica desilusión y un amargo alivio.

Hacía mucho calor, no había brisa y todas las ventanas de la casa estaban abiertas. En uno de los extremos de la terraza las sillas estaban alrededor de la mesa y sugerían la idea de invisibles ocupantes, como si se tratara de una reunión de fantasmas. Renouard se quedó contemplándolas con una especie de inquietud. El sonido de una voz vaga y fantasmagórica, procedente de una de las habitaciones, hizo que aquella sensación aumentara incluso más, y se quedó inmóvil y dubitativo. Apoyó los codos sobre la balaustrada de piedra, cerca de un gran tiesto en el que crecía una extraña planta tropical. El profesor Moorsom regresaba del jardín con un libro bajo el brazo y un parasol blanco abierto sobre la cabeza; se acercó hasta donde estaba e hizo algún comentario sobre el calor que hacía. Renouard le dio la razón y cambió ligeramente de postura. Tras un breve silencio el otro le planteó una cuestión que, igual que si le hubiesen dado un violento martillazo en la cabeza, le privó durante unos instantes de la facultad del habla y hasta del pensamiento. Aun así, las palabras que habían salido de los labios del filósofo eran relativamente sencillas:

—Algo habrá que hacer más pronto que tarde. No podemos seguir eternamente en este estado de constante expectativa. ¿Qué opciones cree que tenemos?

Renouard se había quedado sin habla, sonrió vagamente. El profesor añadió en tono más bien jocoso su particular impaciencia por reanudar su viaje alrededor del mundo. No se podían quedar acuartelados para siempre en la casa de los amables Dunster, y él tenía ya apalabradas unas charlas en París, un asunto serio.

La charlas del profesor Moorsom eran todo un acontecimiento en Europa, y Renouard no tenía ni idea de la cantidad de público que podía llegar a reunir. De lo único de lo que era perfectamente consciente era de su propia turbación ante aquel anuncio. La amenaza de la separación le provocó el mismo efecto que un rayo. Sabía que aquella sensación era ridícula. ¿Es que no había pasado todos aquellos días consciente de que estaba bajo una nube? El profesor levantó los codos

de la baranda y continuó contemplando el jardín, refrescando su espíritu. El departamento de sus sentimientos lo gestionaba su hija. Contaba con un gran apoyo moral pero a cargo de él quedaban el resto de las cosas prácticas de la vida, y para ello no contaba con ayuda alguna.

—Con usted me da menos miedo comunicar libremente mi angustia porque me da la sensación de que nos tiene cariño, y al mismo tiempo le veo a usted muy lejos de todas estas sublimidades que tanto nos confunden.

—¿A qué se refiere? —murmuró Renouard.

—Me refiero a que usted es capaz de jugar todas estas cosas con calma. Por aquí el ambiente es simplemente detestable, todo el mundo parece enloquecido por sus sentimientos, tal vez su tranquila opinión pueda...

—¿Quiere que convenza a la señorita Moorsom para que desista?

El profesor se dio la vuelta hacia el joven y le miró con tristeza.

—Sólo Dios sabe lo que quiero yo.

Renouard apoyó la espalda en la balaustrada, cruzó los brazos sobre el pecho y trató de aparentar que pensaba algo profundamente. Su rostro ensombrecido levemente bajo el ancha ala de un sombrero Panamá, la nariz recta se prolongaba casi hasta el centro de su frente y le daba un perfil como los que suelen verse en las esculturas clásicas de bronce en los museos, parecía un rostro de Minerva con casco.

—Creo que es la época más problemática de toda mi vida —dijo el profesor con cierta irritación.

—Supongo que el hombre lo merecerá —murmuró Renouard, sintiendo en el pecho un pinchazo de celos ante aquel tormento autoinfligido.

Puede que fuera por el excesivo calor o porque el profesor ya estaba harto y quería dar rienda suelta a su irritación, pero el caso es que habló con toda franqueza.

—Comenzó siendo un muchacho soso pero agradable y poco a poco se fue desarrollando hacia convertirse en un joven inteligente, aunque sin ser ninguna maravilla. Mi hija le conoce desde que eran niños. Soy un hombre ocupado y he de

reconocer que su compromiso me pilló totalmente por sorpresa. Me hubiesen gustado que sus razones para dar ese importante paso hubiesen sido un poco menos ingenuas, pero en su mentalidad la sencillez no es algo que esté a la moda. Desde un punto de vista estrictamente mundano, él es poco más que un bebé, aunque como es lógico en estos momentos estoy convencido de que se siente la víctima de su propia rectitud, pero eso no es más que la idealización de una triste realidad. En cuanto a mí, le puedo decir que desde el primer minuto tuve muy serias dudas sobre su falta de honestidad. No. Para ser deshonesto de verdad uno tiene que ser realmente pobre. Todo esto no son más que las consecuencias de una naturaleza sofisticada, no es más que una simple complicación. Ha tenido un terrible despertar.

Con aquellas palabras le explicó el profesor Moorsom a su «joven amigo» la situación, para que entendiera con conocimiento de causa sus sentimientos sobre el joven desaparecido. Parecía bastante evidente que el padre de la señorita Moorsom prefería que permaneciese perdido. Puede que el inesperado calor de la temporada le hubiese hecho anhelar otros lugares más frescos en el Pacífico, o la brisa oceánica sobre la cubierta repleta de sillones del buque rumbo a California, pero el filósofo le pareció a Renouard el más leal de los padres. No podía salir de su asombro, pero aún estaba lejos de llegar hasta el fin de sus descubrimientos.

—Puede que haya muerto —murmuró el profesor.

—¿Y eso? Aquí la gente no muere antes que en Europa. Si hubiese desaparecido en Italia no creo que le hubiese dado por pensar algo así.

—Sí, supongamos que haya sufrido una especie de corrupción moral. Tengo que decirle también que no se caracteriza precisamente por su fuerte personalidad —añadió el profesor—. El futuro de mi hija está en peligro.

Renouard pensó que el amor de una mujer como ella era capaz de rearmar al hombre más destrozado, que sería capaz hasta de levantar a alguien de entre los muertos. Tuvo aquel pensamiento como sobrecogido por una enorme desesperación que hacía que permaneciera callado casi para su propia sorpresa. Finalmente fue capaz de tartamudear un:

—¡Oh! No debemos suponer...

Pero el profesor le interrumpió con un gesto, y con un tono todavía más triste añadió:

—Es una buena cosa ser joven. Usted ha sido un hombre de acción, así que estoy convencido de que cree en el éxito, pero yo me he pasado muchos años mirando a la vida de frente como para no desconfiar de las sorpresas. ¡La edad! ¡La edad! Y aquí me tiene frente a usted, no soy más que un viejo lleno de dudas e incertidumbre... *Spe lentus, timidus futuri.*

Le hizo una seña a Renouard para que no le interrumpiera, y con un tono más bajo, como si tuviera miedo de ser escuchado a pesar de la soledad de la terraza añadió:

—Y lo peor de todo es que ni yo mismo estoy seguro de que todo este peregrinaje sentimental sea sincero. Así es, tengo dudas de mi propia hija. Es verdad que es una mujer...

Renouard detectó con horror cierto tono de resentimiento, como si el profesor nunca le hubiese perdonado a su hija no haber muerto en vez de su hijo. El filósofo entendió la mirada mortal del joven.

—¡Ah, pero usted no me entiende! Ella es inteligente, abierta, popular y... ya lo ve, encantadora, pero usted desconoce lo que supone no haber vivido, respirado y hasta triunfado más que en medio del torbellino y la espuma de la vida. Todos esos sentimientos, pensamientos, opiniones, y deseos, todos esos afectos no son más que simple nerviosismo en el vacío, agitación para sacudirse el aburrimiento, una especie de desenfreno superior, crispante y fastidioso, sin el menor sentido ni finalidad. Mi hija es una criatura que se ha educado en ese ambiente, y yo me pregunto si obedece al malestar del instinto, o si es que sencillamente su corazón se entretiene con fantasías románticas. Todo es posible, todo menos la sinceridad, esa sinceridad que sólo puede conocer la humanidad cuando se ve obligada a luchar. No es posible que una mujer soporte una existencia en la que son las mujeres las que hacen la ley y que sea completamente sincera, pero... ¡Ah, por ahí llega alguien!

El profesor se apartó un poco y luego, volviendo la cabeza añadió:

—Le doy mi palabra de que le estaría a usted infinitamente agradecido si hiciese algo por apaciguar... —Y ante el gesto de inquietud de Renouard dijo—: No tenga miedo, no corre usted peligro de encender el fuego sagrado.

Renouard apenas pudo encontrar las palabras para contestar a aquello último.

—Le aseguro que jamás le hablo a la señorita Moorsom de eso, y si usted, su padre...

—Le envidio la ingenuidad. —Suspiró el profesor—. Un padre no es más que alguien a quien se ve todos los días, algo común que se da por descontado. Por otra parte, mi hija siente por mí una especie de desconfianza natural. Tenemos una naturaleza semejante, pero usted tiene el prestigio de lo desconocido y nos ha demostrado ya que puede ser una fuerza.

El profesor, acompañado de Renouard, se dirigió hacia el grupo de invitados que se encontraban en el otro extremo de la terraza, sentados alrededor de una mesa de té: tres cabezas canosas y la otra maravillosa visión de esplendor femenino cuya presencia tenía el poder de agitar el corazón de Renouard y recordarle su mortal condición.

Evitó sentarse al lado de la señorita Moorsom. El resto hablaban entre ellos lánguidamente. Sin que nadie se diera cuenta se quedó contemplando a aquella mujer tan maravillosa. Era como si entre los dos hubiese un espacio de siglos. Se sintió sobrecogido ante el pensamiento de lo que podía significar una mujer así junto a un hombre verdaderamente fuerte. Qué fantásticos combates con esa amazona, qué noble carga para alcanzar una fuerza victoriosa.

La vieja señora Dunster servía el té y de cuando en cuando le echaba un vistazo con interés a la señorita Moorsom. El viejo hombre de Estado, después de haber tomado un tomate crudo y un vaso de leche (una costumbre que conservaba de la época en la que vivió en el campo antes de dedicarse a la política, cuando sus primeras explotaciones demostraron la posibilidad de que creciera el trigo en tierra aparentemente estéril) se alisó la barba, dio un pequeño golpe con su mano rugosa en la rodilla de Renouard y comentó:

—Esta noche debería usted quedarse con nosotros a cenar tranquilamente.

También a él le agradaba aquel joven pionero, y en más de un sentido. La señora Dunster añadió:

—Sí, quédese con nosotros. Será algo tranquilo. Creo que ni siquiera vendrá Willie a cenar.

Renouard dio las gracias y abandonó la terraza para regresar a la goleta. Cuando estaba en el umbral de la puerta escuchó la voz del viejo Dunster diciendo como un oráculo:

—Algún día será nuestro jefe, como yo...

Renouard dejó caer tras de sí la cortina de la puerta. La voz del profesor Moorsom replicó:

—Me han comentado que todos los que han trabajado para él han acabado siendo sus enemigos.

—Eso no significa nada. Él hace su trabajo... igual que yo.

—Al parecer no le importa a qué precio, ni siquiera en vidas.

Renouard entendió entonces que estaban hablando de él, pero antes de que tuviera tiempo de alejarse la señora Dunster intervino amable:

—No te creas ni la mitad de las historias que oigas sobre él, querida, no es más que pura envidia.

Y a continuación la voz de la señorita Moorsom respondiendo a la vieja dama:

—¡Oh, a mí no se me engaña con facilidad! Creo que tengo un sexto sentido para la verdad.

Él se alejó de la casa con el corazón angustiado.

VI

Ya en la goleta, apoyado en un diván con la cabeza sobre los puños, decidió no regresar a la casa para la cena, decidió no regresar jamás a aquella casa. Lo decidió y se lo repitió más de veinte veces. Le atormentaba el pensamiento de que lo único que tenía que hacer para encontrarse al día siguiente a muchas millas de allí era subir tranquilamente al puente y gritar: «Aparejad el cabrestante». ¡No podía haber nada más sencillo! Y sin embargo aquel hombre joven, que tenía tantos enemigos debido precisamente a su intrépida audacia, el que había sido el inflexible jefe de dos expediciones tan trágicas como exitosas, retrocedía ahora ante aquel acto de valor y buscaba excusas para no tener que llevarlo a cabo.

¡No! ¡No era digno de él huir de aquella forma, como un incurable al que acaban de cortar la garganta! Finalmente se acabó vistiendo, y a continuación contempló su imagen impasible y pálida en el espejo del camarote. Durante el trayecto en canoa le dio por recordar la belleza de una cascada en Menado cuando era niño, muchos años atrás. Según decía la leyenda el gobernador de las Indias Holandesas, que se encontraba en ese momento en pleno viaje oficial, se suicidó en aquel lugar tirándose a la corriente. Al parecer la causa fue una enfermedad crónica. A Renouard le parecía una visita parecida a la suya, le ataba a la vida, pero torturándole hasta tal punto que casi le hacía desear la muerte.

La cena fue muy tranquila. Esperaron a Willie durante media hora, y como finalmente no se presentó quedó libre la silla vecina a la de la señorita Moorsom. Renouard tenía a la hermana del profesor sentada a su izquierda. Iba vestida con un vestido largo muy elegante que le sentaba bien a su edad. Aquella dama de compañía le recordaba en su fantástica preservación a una flor de cera bajo una campana de cristal. No había en ella ni el menor rastro de los fragores de la batalla de la vida. A la vieja dama el plantador de Malata no le resultaba tan agradable durante las tardes; le parecía que aquel traje blanco y aquel sombrero le daban un aspecto demasiado bohemio como para hacer una visita a unas damas, pero durante las noches, arreglado con traje y con aquella voz grave que le caracterizaba, la volvía a conquistar de nuevo. Podría haber pasado por cualquier personaje distinguido, el hijo de un duque o algo parecido. Cediendo a los encantos de aquella seducción (y seguramente también porque su hermano le había aconsejado que lo hiciera), trató de sincerarse aquella noche con Renouard,

que por su parte no paraba de contemplar con toda su alma a su sobrina al otro lado de la mesa. La vieja dama habló con él con la misma honestidad que si todo aquel envoltorio mortal no contuviera en su interior más que una pasión sin esperanza, como si realmente él fuera el hijo de un duque.

Él la escuchaba, aunque sin prestarle demasiada atención, hasta que llegó a la explosiva confidencia final:

—La verdad es que me encantaría saber lo que opina usted. Mírela, tan encantadora, tan privilegiada, tan admirada por todos... Y aun así, tan triste. Todos esperábamos de ella que concertara un matrimonio con alguien rico y bien situado que tuviera una casa en Londres y otra en el campo y que nos lo hiciera pasar tremendamente bien a todos... Y en vez de todas esas cosas lo que nos toca vivir es esto... Le aseguro que me tiene el corazón destrozado con toda esta historia.

Aquel murmullo ansioso quedó cubierto de pronto por la voz del profesor que discutía con su anciano discípulo sobre lo temporal de lo mensurable. Podría haber sido perfectamente un exitoso capítulo de su último libro de filosofía moorsomiana. Patriarcal y encantado, el viejo Dunster estaba un poco inclinado hacia delante con la mirada juvenilmente iluminada, las mejillas sonrosadas hasta la raíz de su barba blanca. Renouard contemplaba aquella excitación senil y recordaba las sutiles palabras que había escuchado de labios del profesor, aplicándoselas luego con sarcasmo al comprobar su verdad en aquel hombre que se divertía de ese modo a pesar de encontrarse al otro lado de la tumba. Así era, había una verdadera orgía intelectual en aquel hombre que se divertía a pesar de encontrarse con un pie en la tumba. ¡Espuma y mentira!

Sentada en el otro lado de la mesa, la señorita Moorsom no se molestó en mirar a su padre ni una sola vez. Tenía los labios apretados y su belleza parecía haberse disipado. Su hermoso rostro estaba ahora cubierto de un color rosa pálido y sus ojos brillaban inmóviles, mientras que en su cabeza los rayos de luz adquirían un tono cobrizo. Renouard se imaginaba a sí mismo destrozando la mesa, rompiendo la cristalería y la porcelana china, pisoteando la fruta y las flores, cogiéndola en brazos y llevándosela entre los gritos de espanto de aquellas personas, un mortal silencioso y asustado de resbalar de nuevo hacia la era de las cavernas. De pronto, todo el mundo se puso en pie y él hizo lo mismo descubriéndose sin aliento y un poco mareado.

Ya en la terraza, el filósofo encendió un puro y deslizó su mano bajo el

condescendiente brazo de su «joven amigo». Renouard ahora le contemplaba con la mayor de las desconfianzas, pero el gran hombre parecía ser muy sincero en su preferencia por su «joven amigo»... puede que se tratara de una de esas misteriosas afinidades que dejan a un lado todas las diferencias de edad y posición, y que en aquel caso concreto se podía explicar por el fracaso de la filosofía a la hora de remediar los verdaderos dilemas de la vida práctica.

Después de unos minutos hablando de temas casuales el profesor comentó:

—Mi difunto hijo estudió en el mismo colegio que usted, ¿sabía usted eso? Creo que si hubiese vivido y se hubiesen conocido se habrían entendido bien usted y él. A él también le atraía la acción.

El profesor suspiró, tratando de sacudirse la melancolía, y señaló con la barbilla la parte en sombra de la terraza en la que destacaba como por contraste la luminosidad del vestido blanco de su hija.

—Le agradecería mucho que dejara caer en su oído algunas palabras sensibles y descorazonadoras a la vez.

Renouard dio un paso atrás, tratando de rehuir al que de pronto le parecía el más pérfido de los hombres.

—Me da la sensación de que se está usted burlando de mí, profesor Moorsom —dijo con una sonrisa grave que era en realidad el comienzo de la ira.

—¡Mi querido y joven amigo! No me parece un asunto sobre el que se pueda bromear... No parece usted tener noción alguna de la influencia que tiene, y de su prestigio —añadió caminando hacia las escaleras.

«Eres un farsante», pensó Renouard mientras le veía alejarse. «Pero... ¡Ah! ¿Y si era cierto lo que acababa de decir?».

Caminó hacia la señorita Moorsom. Estaba sentada en el banco en el que habían charlado por primera vez el uno con el otro. Ahora le había tocado a ella el turno de verle acercarse. Pero muchas de las ventanas no estaban iluminadas aquella noche, y estaba muy oscuro. Ella estaba luminosa con aquel vestido claro, una figura sin límites muy claros, un rostro sin rasgos que le esperaba. Se acercó hasta ella, se sentó y cruzaron un par de palabras de cortesía. Poco a poco ella fue saliendo de entre las sombras como una imagen encantada en medio de la misteriosa claridad y frente a un fondo oscuro. Algo imperceptible se revelaba en

la modulación de aquella voz tranquila y consciente en la que normalmente se envolvía como en un manto. Él se sentía tan sensible como a los caprichos de un amo, invadido por la ternura y el hechizo de su gracia. Reprimió el deseo de agarrarla del brazo y llevarla hasta el jardín, bajo los grandes árboles, para echarse a sus pies y confesarle su amor. Tosió un poco para disimular la emoción, y como no sabía qué decir comenzó a recordar a su madre y a sus hermanas. La familia estaba pasando una temporada en Londres.

—Espero que en algún momento las pueda visitar para darles noticias mías, algo sobre lo que ha visto —dijo él, apurado.

Bajo aquel miserable subterfugio, como si fuera un hombre a punto de perder la vida, tenía la esperanza de que ella le recordara un poco más.

—Por supuesto —respondió ella—. Estaré encantada de hacerles una visita en cuanto regrese. Pero no se cuándo sucederá eso, puede que sea dentro de mucho tiempo, no lo sé.

Escuchó un breve suspiro femenino y una cruel punzada de celos le hizo preguntar:

—¿Se siente usted desengañada, señorita Moorsom?

A aquella pregunta le siguió un largo silencio.

—¿A qué se refiere con desengañada? —preguntó la señorita Moorsom—. Ya veo que no me conoce usted.

—Pero no desespero de poder hacerlo —murmuró él.

—Todo esto, señor Renouard, no es más que una reparación. Yo trato de que la verdad salga adelante, no se trata sólo de mí.

Le habría gustado agarrarla del cuello, porque cada una de aquellas palabras parecía un insulto directo a su pasión, pero se limitó a decir:

—Jamás me he permitido dudar de... de... la nobleza de todas sus intenciones, si es a eso a lo que se refiere.

—Me sorprende mucho haber escuchado de pronto la palabra desengaño. Sobre todo cuando el que la pronuncia es precisamente un hombre al que no le

suele importar el coste de las cosas.

—Parece que le divierte a usted burlarse de mí —dijo cuando por fin consiguió encontrar la inflexión de la voz apropiada para que no fuera evidente su indignación. Le daba la sensación de que el profesor había vaciado en su oído un veneno que ahora recorría lentamente su circulación y sus nervios, emponzoñando su pasión y haciendo que sus celos se pusieran de nuevo de manifiesto. Dudaba de las palabras que salían de aquellos labios de los que su vida estaba pendiente.

—¿Qué le importan a usted esos hombres de los que habla? —preguntó con tono caballeroso.

—Mucho.

—Pues en ese caso debo decirle que son como cualquier otro, víctimas del dolor, de los hechizos, de los encantamientos...

—Pero al menos hay uno de ellos que habla de un modo muy particular.

Se quedaron callados unos instantes y a continuación ella intentó cambiar el tema de la charla.

—Señor Renouard, he de decirle que esta misma mañana he sentido una decepción. Ha llegado con el correo una carta de la viuda del viejo criado, ya sabe a quién me refiero. Pensé que ella sabría algo pero no es así, desde nuestra partida no ha tenido ninguna noticia.

Tenía una voz serena. Sus celos le imposibilitaban para tener durante demasiado tiempo una charla sobre aquel tema, pero a la vez se alegraba de que no hubiera nada que facilitara la búsqueda. Aquello le hacía violentamente feliz, porque así podría contemplarla todavía un poco. Ella parecía no querer rendirse.

«Estoy demasiado cerca de ella», pensó y al instante separó un poco la silla de la suya. Sus sentimientos eran tan violentos que tenía miedo de abalanzarse sobre las manos que ella había dejado sobre las rodillas y cubrirlas de besos. Nada, nada podría acabar con aquel encanto, por muy degradante o estúpido que fuera. Ése era su destino. La dimensión de su desdicha hizo que se sumergiera en un estupor tal que ni siquiera escuchó el sonido de los pasos y de la voz que llegaba desde el salón. Willie había regresado a casa... y el director del periódico le acompañaba.

Irrumpieron en la terraza ruidosamente, pero se recompusieron enseguida tras haber sorprendido a los demás y sorprendidos ellos, a su vez.

VII

Venían de una fiesta en honor de un poeta local, el último descubrimiento del director. Aquel tipo de descubrimientos eran su especialidad, la vocación, la gloria y el placer de aquel apóstol de las letras en ese hemisferio; el único mecenas visible de la cultura, el *esclavo de la lámpara*, como decía el seudónimo con el que firmaba su crónica cada semana. No tuvo demasiada dificultad para convencer al virtuoso Willie (a quien le encantaba asistir a los banquetes) para que le ayudara en aquella misión. Acababan de dejar al poeta durmiendo sobre la mesa de la redacción y se habían marchado alegremente a casa de Dunster. Al parecer el periodista tenía que anunciar un descubrimiento. Se balanceó un poco de lado a lado, abrió levemente la boca y exclamó:

—¡Lo encontré!

Willie se encontraba detrás de él y alzó los brazos con aire dramático para dejarlos caer un segundo después. Renouard pudo ver cómo las cuatro canosas personas que estaban al otro lado de la mesa se ponían de pie al instante, como si hubiesen sido poseídas por un ataque de pánico.

—Les digo a ustedes que le hemos encontrado —anunció con solemnidad el protector local de las letras.

—¿Qué ocurre? —exclamó Renouard a punto de atragantarse. La señorita Moorsom le agarró inmediatamente de la muñeca y al sentir aquel contacto el joven sintió que se le aceleraba la sangre y que se apoderaba de él una inmovilidad febril. Podía escuchar cómo le latía la sangre en las sienes. Se quería levantar, pero se lo impedía la presión en la muñeca.

«No, no». La mirada de la señorita Moorsom permanecía inmóvil, los ojos tan oscuros como la misma noche hundiéndose en aquella oscuridad que se desplegaba frente a ella. El periodista estaba orgulloso de sí mismo y Willie trataba de imitarle siguiéndole allá a donde iba de una manera ostentosa y con aquel cuerpo enorme que nunca permanecía vertical más de unos segundos.

—El inocente Arthur... el mismo, lo tenemos —dijo el director con aire de

hombre de negocios—. Le debemos el descubrimiento a esta carta.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó de ella un papel. Era una carta de la anciana.

—Willie la había tenido en el bolsillo desde aquella mañana. La señorita Moorsom había pensado que no tenía importancia y se la había dado para que la leyera. Lo que sucedía era que había que saber leer...

Renouard y la señorita Moorsom emergieron de en medio de la oscuridad como una fantástica pareja, los dos tranquilos y pálidos. Ella ya había dejado de agarrarle la muñeca. Cuando su mirada se encontró con la de Renouard el director exclamó:

—¡Vaya! ¡Usted por aquí!

A aquella exclamación siguió un mortal silencio, en todos los rostros había algo de cruel consternación.

—Y aquí tenemos precisamente al hombre que queríamos —continuó el director—. Perdón por la excitación. Usted es el hombre indicado, Renouard. ¿Acaso no me dijo usted que su asistente se hacía llamar Walter? ¿Sí, verdad? Eso creía recordar. Pues esto es lo que dice la anciana, la viuda del viejo criado. Dice: «Todo cuanto puedo decirle, señorita, es que mi marido dirigía las cartas a nombre de H. Walter».

Renouard reprimió como pudo una exclamación que se diluyó en medio del murmullo y el pataleo general. El periodista dio un paso adelante e hizo una inclinación bastante aceptable.

—Señorita Moorsom, permítame que le felicite de corazón por este afortunado final...

—Un momento —murmuró Renouard vacilante.

El periodista le interrumpió con la confianza de un viejo amigo:

—¡Ah, es usted un hombre fantástico! Con esas costumbres tan solitarias que tiene acabará por hacer menos reparos que un salvaje. Qué gracia haber vivido durante meses junto a un caballero y no haberse dado ni siquiera cuenta. Un hombre, estoy convencido, extraordinario y fuera de lo común, ya que ha tenido la

fortuna de ser distinguido —hizo de nuevo una reverencia— con el amor de la señorita Moorsom, a quien todos admiramos.

Ella le volvió la espalda.

—Espero por lo que más quiera que no haya estado usted hablando mal, Geoffrey —le dijo el director a su amigo en un susurro.

Renouard agarró un silla con violencia y se sentó en ella apoyando los codos en las rodillas con la cabeza entre las manos. A su espalda, la hermana del profesor levantaba los ojos al cielo y retorcía febrilmente las manos. La señora Dunster se pasaba los dedos por la barbilla mientras ella, la adorada muchacha, miraba a Willie con ojos sufrientes. ¡El sobrino modelo! Y vaya un estado en el que se encontraba. La cuidadosa disposición de los pelos que le cubrían normalmente la parte desnuda del cráneo se encontraba en un desorden espantoso, el cráneo entero parecía encarnado, como en ebullición.

—¿Qué sucede Geoffrey? —el director parecía desconcertado por el silencio y la actitud de todas las personas que estaban a su alrededor, como si hubiese esperado que todos se hubiesen puesto a gritar y a bailar—. Está en tu isla, ¿no es así?

—Oh, sí, ahí está —respondió sin levantar la mirada.

—Bueno, en ese caso... —El periodista dio media vuelta a su alrededor como si esperara una respuesta, pero la única respuesta que recibió fue de lo más inesperada. Willie, irritado por el segundo lugar que le había tocado jugar en todo y también porque el vino le dejaba en un estado muy impertinente, se volvió y, con la mala intención de los borrachos (asombrosa en alguien que casi no se tenía en pie), dijo:

—¡Ah, pero no le ha puesto usted la mano encima! ¡Ja, aún no ha podido con él!

Las groseras palabras y el bochornoso espectáculo acabaron por sacar al periodista de sus casillas y exclamó furioso:

—¿Pero qué dice, hombre? ¿Qué no le he puesto las manos encima? ¡Claro que no le he puesto las manos encima! Aún no está entre nosotros, pero tenemos la goleta de Geoffrey. Podemos mandarlo traer de inmediato. Pero, un momento, se me ocurre una idea mejor: ¿por qué no van todos ustedes juntos a Malata,

profesor? ¡Sería un ahorro de tiempo! Y estoy seguro de que la señorita Moorsom lo prefiere...

Hizo una galantería con el brazo mientras se volvía hacia ella, pero había desaparecido. Aquello le desconcertó completamente.

—Ah, sí... ¿por qué no? Un crucero de placer, el barco es maravilloso, el tiempo acompaña, todo es perfecto... No, realmente no creo que nadie tenga ninguna objeción. Según he escuchado, Geoffrey tiene un *bungalow* tres veces más grande de lo que necesita y nos puede dar alojamiento a todos, para él sería un auténtico placer, el privilegio más grande que pueda imaginar. Cualquiera se sentiría feliz de convertirse en el anfitrión de un encuentro amoroso de ese tipo, yo mismo estoy orgulloso del pequeño papel que he realizado. Para él será un gran honor. Geoffrey, lo mejor sería que preparara la goleta para salir mañana a primera hora, sería un crimen perder un solo día.

Estaba tan colorado como Willie, seguramente por los efectos de la cena y la excitación. Durante unos instantes, como si no hubiese escuchado ni una sola de todas aquellas palabras, Renouard se quedó en silencio, petrificado pero cuando se levantó fue hasta el periodista y le pegó tal palmada en el hombro que el hombrecillo vaciló y puso un gesto asustado.

—Es usted un descubridor y un organizador de viajes de primera categoría... Tiene toda la razón. Es la única forma en la que se puede hacer. Es imposible resistir a la llamada del sentimiento, deben ustedes arriesgarse a hacer ese viaje a Malata... —Llegados a este punto, la voz de Renouard se ensombreció un poco, pero regresó al instante y concluyó—: Aunque el lugar es solitario.

Todas las miradas estaban puestas en él. Recorrió todos aquellos rostros con una mirada lenta y se detuvo levemente en el profesor, que estaba inmóvil con el puro todavía en la mano, y en su hermana, que estaba a su lado.

—Me sentiré infinitamente gratificado si aceptan mi invitación, aunque no me cabe duda de que lo harán. Saldremos mañana mismo por la tarde, ahora les dejo solos para que disfruten mejor su alegría.

Hizo una reverencia y a continuación señaló a Willie, que estaba ya balanceándose a punto de desplomarse de sueño. Añadió:

—Mírenle, está sobrecogido de felicidad. Lo mejor es que se lo lleven cuanto antes a la cama...

Y cuando todas las caras se volvieron para mirar a Willie él aprovechó para desaparecer.

Renouard atravesó la casa a toda prisa. Evitó la carretera que bajaba hacia el puerto y optó por el atajo hacia la orilla, donde le esperaba su goleta. Al llegar gritó tan fuerte que todos los tripulantes se despertaron:

—¡Rápido!

El esquife hendía el agua como una flecha.

—¡Rápido! ¡Rápido! —Pasó junto a unos veleros cargados de lana, quietos y con el ojo de lámpara colgando de sus aparejos, pasó junto al barco almirante de la escuadra del Pacífico, una masa inmensa, negra y silenciosa a la que se añadía la pesadez de sus quinientos hombres dormidos. Los centinelas pudieron escuchar también aquel:

—¡Rápido! ¡Rápido!

Los hombres apresuraban todo lo posible la velocidad de los remos, pero a él todavía le parecía que no iban lo bastante rápido. Subió a su goleta tan rápido que dejó la escalera del puente sacudiendo.

Sobre cubierta se quedó completamente inmóvil.

¿A qué venía aquella prisa? ¿Para qué si sabía a la perfección y desde hace tiempo que era perseguido por algo de lo que no podía escapar?

Cuando ya se vio en el puente su voluntad, a pesar de todos los intentos que había hecho para mantenerla incólume, se derrumbó una vez más. Lo que había estado pensando no era otra cosa que zarpar con la goleta, desvanecerse en mitad de la noche entre todos aquellos barcos soñolientos. Ahora se daba cuenta de que no podía hacer tal cosa. ¡Era imposible! Pensó que no importaba si vivía o moría, aquel acto le iba a perseguir toda su vida como una sombra de sospecha. No, era imposible hacer nada.

Fue a su camarote y antes incluso de desabrocharse el abrigo sacó de un cajón la carta dirigida a su asistente, la que había encontrado en el despacho de Dunster en el fichero que estaba bajo el nombre de «Malata», donde había estado esperando tres meses antes de ser reexpedida. Renouard la había arrojado al cajón el mismo día en que la recogió y la había olvidado en ese mismo instante hasta

ahora, en que el mismo nombre había resonado, esta vez con violencia, en sus oídos. Contempló el sobre común y los rasgos temblorosos de la caligrafía que decía «Señor H. Walter». Seguramente era la última carta que el viejo criado había enviado antes de su enfermedad, y seguramente era la respuesta a otra del señor Arthur en la que le había pedido que de ahí en adelante le enviara su correspondencia a «los señores Dunster y compañía». Renouard estuvo a punto de abrirla pero tras una pausa decidió romperla en dos, cuatro, ocho pedazos. Con las manos cargadas de trozos de papel regresó hasta el puente y los tiró todos sobre las aguas oscuras, donde se desvanecieron al instante.

Lo hizo lentamente, sin vacilar, sin remordimientos. El señor H. Walter, de Malata. El inocente Arthur... ¿Cómo se llamaba? El nombre del individuo a cuya búsqueda se había lanzado la mujer que parecía atraer hacia sí todas las pasiones sin pretenderlo, sin que se dignara al menos a darse por enterada, y todo con la misma naturalidad con la que otras mujeres respiran. Pero Renouard ya no estaba celoso de su simple existencia. Fuese la que fuese la causa, sus celos no eran capaces de llegar hasta aquel hombre bajo una oscura intuición para librarse de las reprimendas de un supuesto amigo suyo, un hombre del que realmente no sabía nada... un hombre que ahora estaba muerto. En Malata. ¡Oh, sí! Allí al menos estaba lo bastante seguro, dentro de la tumba no se podían tener ya problemas. Enterrarle había sido el último servicio que le había hecho Renouard a su asistente antes de abandonar la isla para ir a la ciudad.

Como tantos otros hombres siempre dispuestos a las empresas más difíciles, Renouard era más bien propenso a evadir las pequeñas complicaciones de la vida. Esa cualidad de su carácter estaba compuesta por una parte de indolencia, otro poco de desdén y otra de aversión por las cosas más vulgares de la vida. Era como el hombre que por evitar un sapo acaba enfrentándose a un león. Sus relaciones con aquel inoportuno periodista eran superficiales. No intervenían en ellas esa simpatía natural que suele unir a los jóvenes cuando son amigos. Al principio le divirtió la idea de no comentarle nada a su «amigo» sobre el destino de su asistente. Renouard jamás había necesitado más compañía que la suya propia, y es que en él había algo de la sensibilidad del soñador que se siente herido con más facilidad de la razonable. Pensó que aquel hombre no haría más que sermonearle de nuevo sobre los problemas de su soledad y le abrumaría recomendándole a algún protegido perfectamente inútil. La curiosidad del periodista siempre le acababa irritando y haciéndole fruncir los labios de disgusto.

Ahora se enfrentaba a las consecuencias de todo aquello.

Había sido precisamente el recuerdo de esas reticencias llenas de diplomacia lo que le había impedido contar en aquella misma terraza a todos que el hombre al que estaban buscando era inencontrable sencillamente porque ya no estaba en este mundo. Retrocedió ante la posibilidad del periodista haciéndole de nuevo todos aquellos reproches, y encima no precisamente sobrio.

«Nunca me lo contó. Usted me dejó pensar que su asistente seguía con vida y ahora asegura que ha muerto. ¿Qué es esto? ¿Me mintió usted entonces o me está mintiendo ahora?». No, el simple pensamiento de una escena así le hacía estremecer. Se sentó, presa del pánico: «¿Qué voy a hacer ahora?».

Sentía que le había abandonado todo su valor. Si decía la verdad los Moorsom partirían de inmediato, pero se sentía capaz de ceder hasta en el último milímetro de su honestidad sólo con tal de pasar un último día en su compañía. Se quedó allí sentado... en silencio. Poco a poco, como si se abriera paso entre los confusos recuerdos de su conversación con el profesor sobre el carácter de la joven, del carácter habitualmente nervioso de la familia, de la súbita presión de la mano, sintió el calor de un último rayo de esperanza. El otro hombre estaba muerto. ¡Entonces...! La locura, evidentemente, pero no podía apartar aquel pensamiento. Había estado asistiendo a cómo se iba tejiendo la insoportable trama de aquella novela que todos aprobaban y que para su conocimiento estaba deshecha de antemano por la muerte. Había escuchado todas aquellas noticias irónicamente y en silencio. Veía un rayo de esperanza, la ocasión le había tentado. Lo único que tenía que hacer era permanecer allí sin decir nada, eso era todo. ¿Es que acaso se podía comparar la verdad con aquella pasión que le había mantenido su espíritu postrado ante aquellos adorables pies?

La suerte estaba ya echada, la fatalidad había decidido. Con el aspecto de un infeliz mortal herido por la cólera de los dioses, Renouard contempló el cielo, una inmensa masa negra en la que se veía el brillo de un polvo dorado, como el soplo imperioso de la vida a su paso.

VIII

Por la mañana, bajo la luz de un vidrioso horizonte repleto de heráldicas nubes vaporosas y negras, la isla se elevaba sobre el mar, mostrando por todas partes sus negras rocas de basalto desnudas entre el espeso verdor de la vegetación. Ya hacia el atardecer, en medio de la suntuosidad solemne del sol poniente, Malata se erguía verde y rosa antes de envolverse en una sombra violeta al final de aquel día otoñal. Al llegar la noche la goleta se deslizaba a lo largo de una punta maciza y cuadrada. Ya era noche cerrada cuando recogieron las velas y las anclas se sumergían en el fangoso fondo a un extremo de la ribera, pues daba suerte fondear en la pequeña bahía inundada por la arena. Tras la sacudida de la vela mayor se dejó oír en la oscuridad el frágil murmullo de la familia Moorsom.

Se encontraban todos sentados en la popa en sillas de mimbre y nadie se movía. Desde la mañana de aquel mismo día, al ver que el viento estaba cediendo, Renouard confesó que la instalación era un poco precaria y aconsejó a las damas no desembarcar durante la noche. Cuando cruzaron la bahía avanzó con aire encogido (durante la travesía tanto él como sus invitados habían tenido una actitud inusitadamente modesta), y repitió las mismas recomendaciones que había hecho antes. En tierra nadie se habría podido imaginar que fueran a llegar semejantes invitados, y como es lógico nadie había pensado en salir a recibirlos. En la colonia no había más que una vieja canoa y en medio de aquella cerrada oscuridad no habría sido agradable llevarlas en bote. Se corría además el riesgo de que se cayeran al agua. Lo más razonable era pasar la noche a bordo.

En realidad nadie se opuso. El profesor, con la pipa en la boca y con un cómodo traje tropical, fue el primero en hablar desde su sillón:

—Un consejo excelente.

A su lado la señorita Moorsom asintió con un largo silencio. Luego, como si se tratara de una voz que saliera de un sueño:

—De modo que así es Malata —dijo—. Muchas veces me había preguntado cómo sería.

Renouard sintió que se estremecía. ¡Se lo había preguntado! ¿Qué era lo que se había preguntado exactamente? Malata era él mismo. Él y Malata eran uno. ¡Y ella se lo había preguntado! Se lo había...

La hermana del profesor se inclinó sobre Renouard. Durante el viaje a bordo de la goleta no habían hecho ninguna alusión sobre el hombre al que habían encontrado o al que estaban a punto de encontrar. La reticencia se sentía en el ambiente como un signo de malestar general. Desde luego, la vieja dama no había tenido ni la menor reacción de alegría desde que tuvo noticia de Arthur, el pobre Arthur, sin dinero y sin porvenir; aun así le conmovía el punto romántico de toda aquella situación.

—¿No resulta extraordinario —dijo desde el interior de su chal blanco— pensar que el pobre Arthur está allí durmiendo, tan cerca de nuestra adorada Felicia, y sin tener ni idea de toda la felicidad que le espera mañana?

Las palabras de la dama de cera estaban tan cargadas de afectación que Renouard permaneció perfectamente impasible. Fue sólo la angustia de su corazón la que le hizo murmurar:

—Nadie en este mundo sabe lo que le tiene reservado el destino.

La dama se estremeció como si alguien hubiese dicho una grosería. ¡Qué comentario tan brutal en unas circunstancias como las suyas! Cuando estaba a bordo, Renouard no vestía de etiqueta, y el parecido con el hijo de un duque parecía cada vez más lejano. Lo único que quedaba de él era su aspecto bohemio. La anciana se levantó ostentosamente.

—Ya es tarde y como nos vemos obligadas a pasar la noche a bordo... ¡Oh, todo esto me parece de lo más cruel!

El profesor se levantó y vació la ceniza de su pipa.

—Es mucho más razonable, querida Emma —dijo.

Renouard se había quedado detrás de la silla de la señorita Moorsom.

Al final la señorita se levantó lentamente y se quedó inmóvil contemplando la ribera. La masa sombría y enorme de la isla ocultaba las estrellas como si fuera una gigantesca nube borrascosa que hubiera arrasado el cielo y estuviese a punto de estallar en truenos.

—Así que ésta es Malata —dijo con aire soñador y acercándose hacia la puerta de su camarote. Se había puesto el abrigo sobre los hombros. Su pálido rostro de marfil (el único brillo que la oscuridad nocturna había conseguido apagar en ella había sido el de su dorado pelo) le daba el aspecto de una criatura onírica que susurrara palabras sutiles y profundas. Volvió a aparecer sin decir nada ni hacer gesto alguno, y abandonó a Renouard estremecido hasta lo más hondo con el murmullo de aquellas palabras que tenían el tono de un misterioso instrumento al salir de su boca.

Se quedó inmóvil. ¿Qué furtiva impresión le daba a su voz aquel acento tan extraño? Ni siquiera se veía capaz de responder a aquella pregunta pero había algo en la situación a lo que sí necesitaba responder. ¿Era ya el momento de decir la verdad?

Cualquiera habría podido decir que todas aquellas personas tenían un extraño presentimiento. Durante todas las taciturnas jornadas del viaje, Renouard había mantenido cierta distancia, incluso cuando se encontraba a su lado. El profesor parecía un poco molesto y siempre estaba fumando su pipa en cualquier rincón. En más de una ocasión había sorprendido a la señorita Moorsom contemplando a su padre con una gravedad muy particular. A él le pareció que ella evitaba toda posibilidad de charlar directamente con él. La vieja dama por su parte alimentaba el descontento. ¿Qué iba a hacer él ahora?

Las luces del puente se fueron apagando una tras otra mientras la goleta dormía. Poco después de que la señorita Moorsom se alejara de aquella enigmática manera, Renouard saltó de la hamaca que había encargado colocar en el puente (había cedido a sus invitados todo el espacio disponible). Lo hizo sin que ni siquiera se diera cuenta el único marinero al que había dejado al cuidado del ancla. Se arremangó el pijama hasta las rodillas y salió. Su rostro blanco y fuerte como el de un atleta brillaba como el de un fantasma en medio de todas las sombras que inundaban el puente. Sin que nadie a bordo se diera cuenta, salió del barco por el bauprés, se deslizó agarrándose por la cadena y se dejó caer al mar.

Se alejó en silencio como un pez y luego se puso a nadar furiosamente hacia tierra, sostenido y abrazado por el agua tibia. Aquellas olas voluptuosas y suaves se alzaban con un lento compás. De cuando en cuando alguna ola le hacía perder el norte, pero acabó llegando a tierra en el pequeño jardín que rodeaba su *bungalow*. La isla estaba sumida en un silencio absoluto. No se veía luz alguna y la plantación parecía tan dormida como la goleta. En el sendero una pequeña concha rechinó bajo sus pies.

Haciendo la ronda nocturna se encontraba un fiel mulato, y cuando escuchó aquel ruido afinó el oído y dio un salto aterrorizado cuando vio surgir aquella aparición de entre las sombras. Se agachó al instante lleno de terror pero cuando reconoció al intruso se levantó de inmediato y chasqueó la lengua:

— ¡Tché, si es el amo!

— Calla, Luis, y estate atento a lo que te voy a contar.

Sí, era el amo, el poderoso amo a quien nadie había osado nunca levantar la voz, aquel hombre al que todos obedecían ciegamente y al que nadie cuestionaba jamás. Hablaba rápido y en voz baja en medio de aquella noche en calma, como si cada segundo fuese valioso para él. Cuando le dijo que al día siguiente llegarían tres invitados Luis chasqueó varias veces la lengua rápidamente. Aquel tic era una especie de uniforme, de símbolo estenográfico de sus emociones, y podía llegar a tener una enorme variedad de significados. Escuchó el resto en un profundo silencio afectado.

— Sí, amo — se escuchaba cada vez que Renouard dejaba de hablar.

— ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? — insistió el último—. No prepares nada hasta que llegemos a tierra por la mañana. Lo único que tienes que decir es que H. Walter se ha marchado en una goleta de expedición alrededor de las islas.

— Sí, amo.

— No me falles, recuérdalo bien.

— Sí, amo.

Renouard se dio la vuelta y caminó de nuevo hacia el mar. Luis le siguió y le propuso llamar a una docena de muchachos para que le llevaran en canoa.

— ¿Pero tú eres imbécil?

— Tché, tché.

— ¿Es que no entiendes que no me has visto en realidad?

— Sí, amo. Pero está lejos para ir nadando, suponga que se ahoga.

—En ese caso puedes decir de mí y de Walter lo que te dé la gana, a los muertos todo les da lo mismo.

Renouard se metió de nuevo en el agua y escuchó a su espalda un vago «tché, tché» de preocupación desde la costa proveniente de aquel mulato que ya había perdido de vista la cabeza de su amo entre las aguas oscuras.

Renouard trató de orientarse fijando su rumbo con una enorme estrella que brillaba en el horizonte y que parecía estar mirándole directamente a la cara. En el trayecto de vuelta sintió el cansancio de la larga distancia que tenía que cubrir y que no le acercaba a la meta de su deseo. Le daba la sensación de que su amor había acabado con los invisibles resortes de su fuerza. Durante unos minutos, mientras nadaba, le pareció que había cruzado los límites de la vida. Sentía cerca la eternidad, tan cerca como la misma mano, no le requería ningún esfuerzo... le ofrecía su paz. Le resultaba sencillo nadar de aquella forma, hasta los confines de la vida en dirección a una estrella. Pero la idea de que seguramente pensarían que no se había atrevido a afrontar la situación y había preferido suicidarse le repugnaba tanto que le ayudó a continuar. Llegó al barco y entró en él de la misma forma en que había salido: sin que nadie lo notara. Se tumbó en la hamaca totalmente exhausto y con una extraña sensación de haber cruzado los confines de la vida, de haber llegado a algún punto cercano a una estrella y haberse sentido en paz en ese lugar.

IX

Al cobijo de la densa masa conformada por el reverbero matutino del mar la pequeña bahía respiraba un frescor exquisito. Los pasajeros de la goleta desembarcaron por la parte baja del jardín e intercambiaron entre ellos algunas palabras banales. La hermana del profesor tenía un aire como el de quien intenta escrutar el horizonte pero en realidad estaba buscando al joven Arthur. Siempre le había visto vestido de traje y no acertaba a adivinar cómo podía ser su aspecto actual. El profesor cuidaba de las damas, ya que Renouard estaba demasiado ocupado dando órdenes, y se había ido a recibir al mulato que se enarcaba por el sendero. Delante del *bungalow* y bajo los rayos del sol se veía a una fila de chicos de piel morena y estaturas distintas, firmes como una guardia de honor.

Luis se había quitado su sombrero de fieltro antes de acercarse. Renouard se inclinó para escuchar las sugerencias de su sirviente para acoger a los invitados. Se podía poner otra cama en la habitación habitual del amo y destinarse a las señoras y se podía poner un colchón... (aquí el sirviente se aseguró de que no le escuchaban)... en la habitación de enfrente, en la que había muerto el señor Walter.

—Me parece bien —respondió Renouard—. Y no olvides lo que tienes que decir sobre él.

—Sí, amo. Aunque... —Cuando dijo aquello le tembló ligeramente la voz y puso un pie frente a otro en señal de perplejidad—... aunque la verdad es que no me gusta mucho la idea de tener que hacerlo.

Renouard le miró disgustado y le preguntó con un gesto muy particular:

—¿Es que te dan miedo los muertos? Está bien, no te preocupes. Lo haré yo mismo de una vez y para siempre. —Y luego, alzando un poco la voz añadió—: Manda a los muchachos para que recojan las maletas.

—Sí, amo.

Renouard se volvió hacia sus invitados, estaban inmóviles como un grupo de turistas que espera a que se acerque alguien que se haga cargo de ellos.

—Lo siento —dijo con gesto impasible—. Mi sirviente me acaba de decir que el señor Walter... —Trató de sonreír pero no le salió muy convincente—... ha salido en una goleta de exploración hacia las islas, en dirección oeste.

Aquella noticia se recibió en medio de un profundo silencio. Renouard pensó: «En fin, ya está dicho», pero la presencia de los peones que llevaban los equipajes hasta la casa le distrajo de aquel pensamiento.

—De momento, lo único que les puedo pedir es que se sientan como en casa... con toda la condescendencia, claro.

Todos caminaron hacia la casa, porque era realmente la única cosa que podían hacer. El profesor caminaba junto a Renouard y tras él caminaban las dos señoras.

—¿Le parece inesperada la ausencia?

—No tanto —murmuró Renouard—. Todos los años hay que hacer al menos un viaje de ese tipo para contratar la mano de obra.

—Entiendo... Y él... ¡Qué irritantemente esquivo se nos ha vuelto este muchacho! Como esto siga así voy a empezar a creer que hay un hada maligna que quiere convertir esta historia de amor en una broma pesada.

Renouard pensó que sus invitados tampoco parecían especialmente contrariados con aquella nueva decepción, todo lo contrario, hasta su paso parecía más ligero. La hermana del profesor dejó caer sus anteojos, que quedaron colgando de una cadena. La señorita Moorsom iba en primer lugar, el filósofo volvía a sentirse locuaz y caminaba despacio, pero Renouard ya había dejado de escucharle y miraba hacia la hija del profesor. ¿Cómo podía ser hija de un mortal aquella criatura con un poder de seducción tan irresistible? En el mismo instante en que su figura cruzó el umbral de la casa le pareció que su silueta se deshacía en una nube de color y quimera compuesta por sombras y llamas. La intensidad de su amor se revelaba en aquella mirada que traicionaba su voluntad de tenerla el mayor tiempo posible frente a sus ojos.

Los días que sucedieron no fueron exactamente como lo había temido Renouard... pero tampoco fueron mucho mejores. Los maldijo desde el primer día por las sensaciones que le produjeron, pero en general las cosas estaban tranquilas. El profesor se fumó innumerables pipas con el aspecto de un trabajador en su día libre, siempre estaba paseando y contemplando todo, con ese aspecto

ineludiblemente sagaz de los que son más sabios que el resto del mundo. Su cabeza de pelo blanco, más blanco que cualquier punto del horizonte, y sólo comparable en su blancura con la espuma de las olas que rompían contra las rocas, se dejó ver en todos los rincones de la colonia bajo su sombrilla blanca. Tan pronto escalaba hasta las alturas como se le veía a lo lejos como una pequeña estatua blanca recortada contra el azul del cielo.

Felicia Moorsom se quedaba siempre cerca de la casa. De cuando en cuando escribía con expresión desesperada en un álbum asegurado con candado, pero se trataba de momentos excepcionales. Cada vez que escuchaba el sonido de los pasos de Renouard volvía hacia él aquel hermoso rostro que parecía completamente inconsciente de su poder de seducción. Cada vez que se sentaba junto a la baranda en su silla, Renouard se ponía a su lado, en los peldaños de la terraza, casi siempre en silencio y sin atreverse del todo a volver el rostro hacia ella. La señorita Moorsom permanecía tranquila, y con los ojos entreabiertos deslizaba la mirada hasta donde se encontraba él. Para un observador imparcial — como el filósofo por ejemplo —, parecía estar meditando profundamente sobre el hombre que tenía sentado a sus pies, la espalda encorvada, las manos caídas como un derrotado. El veneno moral de una mentira tenía un poder tan devastador que Renouard sentía que su viejo carácter había quedado reducido a un puñado de polvo. Con frecuencia, cuando se sentaban en el exterior a contemplar la puesta de sol, casi le daban ganas de apoyar la frente en los pies de la joven y estallar en lágrimas.

La hermana del profesor sufría de cierta ambivalencia con respecto a los sentimientos que le provocaba Renouard. Realmente no era capaz de dilucidar con claridad si le gustaba o disgustaba. Por momentos le parecía un hombre realmente fascinante, y a pesar de que muchas veces acabara haciendo algún comentario chocantemente brutal, no podía evitar la tentación de charlar con él, o al menos no siempre. Cierta día que su sobrina les había dejado solos junto a la baranda se inclinó hacia Renouard. Iba vestida de una manera muy elegante y estaba casi tan atractiva como su sobrina, a quien, por otra parte, no se parecía casi en nada. «La querida Felicia ha heredado el pelo de su madre», solía decir la vieja dama a todo el mundo.

Aquella tarde se inclinó hacia él de manera confidencial:

—Oh, señor Renouard. ¿No me podría decir algo reconfortante?

Él miró hacia lo alto, tan sorprendido como si una voz del cielo se hubiese

dirigido a él con una entonación perfectamente modulada.

—Porque yo sí tengo intención —continuó la vieja dama— de hablarle con franqueza de este aburrido asunto. Piense tan sólo en la tensión que está produciendo esta eterna espera en el corazón y en los nervios de Felicia.

—¿Por qué me dice eso? —murmuró sintiendo de pronto como si se atragantara.

—¿Qué por qué se lo digo? Porque le considero un amigo que nos quiere bien y que nos trata como el mejor de los anfitriones. A ratos me da la sensación de que casi le estamos echando de su propia casa. —Sonrió un poco—. ¡Ah! ¿Cuándo se acabará todo este suspense? ¡Pobre Arthur! Le confieso que casi temo el momento del encuentro, va a ser como encontrarse con un fantasma.

—¿Ha visto usted un fantasma alguna vez? —preguntó Renouard con tono aburrido.

La dama agitó un poco las manos. Su aspecto era la perfecta imagen de una belleza de mediana edad.

—La verdad es que no, sólo en fotografías, pero tengo amigos que sí han tenido experiencias en apariciones.

—¡Claro! Todos ven fantasmas en Londres —replicó Renouard sin mirarla.

—Sucede con frecuencia en casa y en compañía de personas interesantes. Pero también le sucede a la gente común y corriente. Tenemos un amigo, un famoso escritor, que tiene en su casa el fantasma de una niña. Se lleva bien con el fantasma. Y mi hermano conoce también a otro sabio que también ha tenido experiencias con una niña fantasma. —Se quedó un segundo callada, como si se hubiese dado cuenta por primera vez de la coincidencia—. Lo que vi en cierta ocasión fue la fotografía de esa aparición. Muy interesante. Se veía una especie de nube blanca... señor Renouard, espero que no sea usted escéptico con estas cosas. Consuela mucho pensar...

—Esos muchachos que trabajan en la plantación para mí también creen en los fantasmas —dijo Renouard con una mueca.

La hermana del filósofo se irguió de pronto. ¡Menuda descortesía! Con aquel joven siempre le acababa pasando lo mismo.

—Señor Renouard, no sé cómo se atreve a comparar las fantasías supersticiosas de unos salvajes con las manifestaciones...

Le fallaron las palabras y se le quedó el gesto congelado en una amarga sonrisa. Puede que incluso estuviera más ofendida de lo habitual por la forma tan agradable que había empleado para acercarse a él. En cierto momento, con un tacto y una distinción asombrosas, se levantó y le dejó allí solo.

Renouard ni siquiera la miró. No fue el disgusto de la señora lo que le impidió dormir aquella noche. Casi estaba empezando a olvidar lo sencillo y restaurador que era el sueño. Había trasladado su hamaca del barco a la galería, y allí era donde pasaba ahora las noches, tumbado con las manos cruzadas sobre el pecho, en una especie de sopor semiinconsciente y deprimido. Por las mañanas contemplaba la ribera sin verla, como si se tratara de una mancha de tinta en medio de la suave claridad del alba, y pasaba por todas las fases del amanecer. Aquella mañana escuchaba los vagos ruidos del despertar de una casa cuando se presentó Luis junto a su hamaca, visiblemente nervioso.

—¿Qué sucede?

—Tché, tché.

—Dime ¿qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a alguno de los muchachos?

—No, amo. Es sólo que el caballero cuando ha bajado esta mañana a darse el baño me ha hablado. Me ha preguntado... me ha preguntado cuándo iba a regresar el señor Walter.

Aquellos pequeños dientes rechinaron un poco. Renouard se bajó de la hamaca.

—Y él sigue aquí todavía, ¿es eso?

Luis afirmó con la cabeza y al segundo añadió:

—Yo no le veo, nunca... Pero los chicos salvajes dicen que le ven... que ven algo.

Volvió a rechinar los dientes y se encogió como si le acabara de llegar una ráfaga de viento helado.

—¿Y qué le has dicho al caballero?

—Le he dicho que no sabía nada y que me tenía que ir. No me gusta hablar de él...

—De acuerdo. Intentaremos exorcizar a esa aparición —dijo Renouard con aire sombrío, dirigiéndose a una pequeña choza que había allí para vestirse. Cuando se encontró allí pensó: «Ese muchacho va a acabar delatándome, justo lo último que... ¡No! No puede ser...». Y cuando vio cómo le temblaba la mano se vio obligado a reconocer la dimensión de su propia cobardía.

X

Por las mañanas, deambulando por su colonia como un alma en pena, Renouard trataba de evitar la sombrilla blanca que aparecía por todas partes, como una boya a la deriva en medio de aquel océano de verduras. La cosecha tenía un aspecto muy prometedor y el filósofo había desarrollado un interés más que científico en la plantación. Siempre se encontraba en algún lugar estratégico y siempre parecía quedarle algo de tiempo para la especulación.

Tras la comida se puso a charlar con Renouard de los cultivos y otros asuntos, para cambiar de tema a media conversación y decir:

—Por cierto, ¿es cierto eso que me ha comentado mi hermana de que los salvajes están viendo desde hace tiempo a un aparecido?

Renouard, que desde que las damas se habían levantado de la mesa había conseguido mantener un perfecto control de sí mismo, salió de su ensimismamiento con una sonrisa forzada y dijo:

—Mi capataz ha tenido algunos problemas con ellos durante mi ausencia. Al parecer les da miedo trabajar en un campo que hay bajo la colina.

—¡Una aparición aquí! —exclamó el profesor como si lo encontrara de lo más divertido—. Va a tener que revisar toda la psicología de los aparecidos. Esta isla debe llevar despoblada desde el origen del mundo. ¿Cómo es posible que haya acabado un espectro por aquí? ¿Habrá venido por mar o por aire? ¿Cómo habrá hecho para abandonar el lugar en el que vivía? ¿Podría tratarse de una aparición misántropa? ¿Le habrán echado de alguna comunidad de espíritus?

Renouard trató de utilizar el mismo tono en su respuesta, pero le dio la sensación de que las palabras morían en sus labios. El profesor preguntó si se trataba de una aparición masculina o femenina.

—No lo sé —respondió Renouard tratando de parecer cómodo—. Entre los trabajadores hay un par de tahitianos, y los tahitianos suelen ser supersticiosos, supongo que habrán sido ellos los que habrán empezado con el asunto.

Seguramente se habrán traído el fantasma con ellos.

—Investiguemos el asunto, Renouard —dijo el profesor poniéndose un poco serio—. Se podrían hacer algunos descubrimientos interesantes sobre el funcionamiento de las mentes primitivas.

Aquello ya era demasiado. Renouard se levantó de un salto, salió de la habitación y se fue a dar un paseo frente a la casa. No habría consentido jamás que nadie le estrechara la mano. Al poco rato el profesor se reunió con él. Llevaba su paraguas, pero no había cogido ni su libro ni su pipa. Con un tono amablemente serio le dijo a su «querido y joven amigo», cogiéndole del brazo:

—Últimamente todos tenemos los nervios un poco excitados —dijo—. Por mi parte estoy en una posición parecida a la de mi hermana, no veo que vaya a pasar nada en breve, o al menos nada bueno para nadie...

Renouard para ese momento ya se había recuperado lo bastante como para murmurar con frialdad que sentía mucho que hubiesen perdido el tiempo.

—Perder el tiempo —musitó el profesor Moorsom—. No sabía que el tiempo pudiera perderse, pero le diré lo que me parece todo esto mi querido y joven amigo: una espantosa pérdida de vida. Y me refiero a todos nosotros. Incluso a mi hermana, que tiene jaqueca y se ha tenido que acostar. —Agitó amistosamente el brazo de Renouard—. ¡Me refiero a todos nosotros! Uno puede pasarse la vida meditando, uno incluso puede tener una pobre opinión de la vida, pero los hechos son los hechos: vida sólo hay una. Y no es precisamente larga. Piense en ello, mi joven amigo.

Soltó el brazo de Renouard y se abrió paso hacia el sol al mismo tiempo que abría su paraguas. Parecía evidente que en su mente había algo más que mera ansiedad por aquellas charlas que tenía que dar ante el público elegante. ¿Qué le había querido decir con todos aquellos planteamientos? Luis le había asustado aquella mañana, pues sabía que sería fatal para él que el velo se desgarrara sin su propia confesión, y aquel diálogo le parecía un estímulo o una advertencia por parte de un hombre al que juzgaba a la vez como cínico y sutil. Se sentía a la vez hostigado por la muerte y halagado por la vida para lanzar los dados en el momento supremo.

Renouard se alejó un poco de la casa y se tumbó bajo la sombra de un árbol. Se quedó allí tendido y perfectamente inmóvil, con la frente apoyada en sus

brazos, pensando. Le daba la sensación de estar en llamas para al instante siguiente sentirse arrastrado por una corriente de agua helada, un remolino que giraba vertiginosamente. En ese instante (debió de ser un recuerdo de su niñez) se vio caminando sobre una delgada capa de hielo que había sobre un río, incapaz de dar la vuelta... el hielo se rompía de parte a parte del río con el violento sonido de un disparo.

Se puso en pie de nuevo de un solo salto. Todo estaba en calma, en paz, brillaba el sol. Se alejó lentamente de allí. Si hubiese tenido temperamento de jugador puede que aquello hubiese sostenido su excitación, pero no era así. Siempre le había parecido despreciable aquel modo artificial de desafiar a lo fortuito. Ante su mirada apareció el *bungalow*, hermoso e iluminado, todo a su alrededor parecía en calma bajo el sol.

Mientras se acercaba a él sintió de pronto la desagradable presencia del difunto junto a su hombro. ¡El fantasma! Parecía estar en todas partes menos en su tumba. «¿Es que acaso se ha despertado?», pensó. En ese mismo instante la señorita Moorsom se asomó a la baranda y sintió en su corazón un misterioso tumulto en su corazón, como una violenta ola invisible que agitara por igual el cielo y la tierra, pero continuó su camino. A continuación se escuchó la voz de la joven como si se tratara de una nota grave en medio de una tormenta.

—¡Ah, señor Renouard! —dijo ella.

Él se acercó sonriendo, pero ella permaneció muy seria.

—No aguanto más dentro de la casa —añadió la joven—. ¿Tenemos tiempo de ir al promontorio y volver antes de que anochezca?

Las sombras se alargaban en el suelo y todo permanecía en calma.

—No —respondió Renouard y de pronto se sintió más firme que una roca—. Pero puedo enseñarle si quiere una vista desde la colina central que su padre no ha visto aún... una vista de los acantilados y de una masa de agua sin final cubierta de nubes de gaviotas.

Ella bajó lentamente los escalones del corredor.

—Vaya usted primero, yo le indicaré el camino. A la izquierda.

La señorita Moorsom llevaba una blusa de nanquín que transparentaba su

espalda y sus brazos. Le admiraba la delicadeza de su cuello.

—El sendero comienza junto a esas tres palmeras, las únicas que hay en la isla.

—Ya lo veo.

No volvió la cabeza y tras un rato comentó:

—Da la sensación de que este sendero ha sido hecho hace poco.

—Así es —admitió él en voz baja.

Siguieron subiendo a buen paso sin charlar y cuando llegaron hasta la cima ella se dio la vuelta y se quedó contemplando la vista un buen rato. La bruma del atardecer velaba los límites del acantilado. Por encima de aquel caos inmenso y melancólico parecido a una flota de islas a punto de naufragar, sobrevolaban inmensas e incesantes bandadas de pájaros, sus sombras azuladas y negras como las nubes parecían un juego chinesco, estaban tan lejos que el sonido se perdía en la distancia.

Renouard rompió el silencio para decir:

—Se están preparando para descansar.

Ella no contestó. A su alrededor no había más que paz, la luz estaba empezando a declinar. Cerca de ellos estaba el monte más alto de Malata, como si se tratara de la cúpula de una torre sumergida, una roca desmoronada y gris, que contemplaba aburrida aquellos siglos de monotonía sobre el Pacífico. Renouard se acercó a la señorita Moorsom, quien se dio la vuelta bruscamente hacia él, mirándola con toda la intensidad de sus ojos negros como si tuviera intención de hacerle enloquecer definitivamente. Él cerró los párpados con lentitud, deslumbrado.

—Señor Renouard, en todo esto hay algo muy extraño, dígame dónde se encuentra él.

Renouard respondió sin vacilar:

—Al otro lado de esas rocas. Yo mismo lo enterré.

Ella se apretó el pecho con las dos manos y trató de recuperar el aliento, gritó:

—¿Le enterró usted mismo? ¿Pero qué clase de hombre es usted...? ¿Y por qué no lo dijo aquella noche? Seguro que fue usted quien le mató. ¿Pero qué pudo hacerle? ¿Se pelearon y...?

El aspecto de la joven era completamente vengativo y sus gritos le dejaron tan inmóvil como la enorme roca en la que se había apoyado. Abrió lentamente los párpados para mirarla y luego los bajó de nuevo lentamente. No hizo nada más. Aquello hizo que se callara y, como si algo la hubiese avergonzado, hizo un gesto como si intentara rechazar una idea. Él comenzó a hablar con cierta ironía:

—¡Ja, el legendario Renouard de los idiotas sensibleros! ¡El aventurero implacable desde el otro lado del porvenir! Me parece que está usted gritando como una cotorra, señorita Moorsom. No creo que ni el más estúpido de ellos haya pensado jamás que he matado a un hombre sin motivo. Me encontré a aquel hombre en un hotel. Me dijeron que venía de la ciudad, del norte, y que no tenía ninguna ocupación en particular. Estaba sentado y solitario en una de las esquinas de la sala como un cuervo enfermo cuando aquella noche me acerqué a charlar con él. Fue sólo un impulso, no había nada en él que fuera demasiado llamativo. Parecía triste. Mi peor enemigo le podría haber jurado que no era lo bastante valeroso para convertirse en una víctima de Renouard. Me di cuenta al instante de que estaba ebrio. No se trataba de alcohol, sino de drogas.

—¡Ya veo, está usted tratando de desprestigiarlo! —gritó la señorita Moorsom.

—¿Eso le parece? ¡Siempre con la misma ridícula leyenda de Renouard! Jamás sentí celos de él aunque ahora sienta celos hasta del aire que respira, del suelo que pisa, de la gente que contempla. No fue así. Al principio hasta me resultó simpático. No sé por qué motivo le propuse que viniera a aquí y fuera mi ayudante. Pensé que algo así le podía salvar, pero no le salvó de la muerte. La encontró más o menos rápido: se cayó en un barranco de tres metros. Al parecer ya estaba herido de antemano, por una caída de caballo y fue tirando como pudo, aunque sufría mucho. No se puede decir tampoco que tuviera una salud de hierro. También su alma parecía herida y se le escapó en cuanto pudo.

—¡Qué tragedia! —suspiró Felicia Moorsom con sentimiento. A Renouard le temblaron los labios, pero su tono de voz continuó con la misma impasibilidad.

—Eso fue lo que ocurrió. Una de aquellas noches que se encontraba un poco mejor envió a alguien porque quería hablar conmigo, me dijo que sabía que era un caballero y que quería confiar en mí. Le dije que se equivocaba, que en mí había mucho de plebeyo. Pareció decepcionado. Murmuró algo sobre su inocencia y algo parecido a una maldición sobre cierta mujer, luego se dio media vuelta hacia la pared y sencillamente se quedó frío.

—¿Una mujer? —replicó indignada la señorita Moorsom—. ¿Qué mujer?

—Eso me pregunto yo —dijo Renouard alzando la mirada del suelo y contemplando el contraste que había entre las orejas púrpuras de ella, la viva blancura de su piel, la sombra y el esplendor recatado de sus ojos brillantes—. Una mujer que al parecer no creía en su inocencia... Lo más seguro es que se tratara de usted. Y ahora es usted la que no me cree a mí, a mí, que diría la verdad aunque me acarrearla la muerte. ¡No! ¡No me creerá! Y aun así, Felicia, yo le digo que no es frecuente que una mujer como usted y un hombre como yo se encuentren en este mundo.

La llama de aquella orgullosa cabeza casi le quemaba el rostro. Se quitó el sombrero y lo arrojó lejos. Los párpados entornados le daban un mayor parecido a una escultura de bronce, a un perfil de Palas tranquilo y austero, un poco difuminado bajo la sombra de la roca.

—¡Si pudiera usted comprender la verdad que hay en mí! —añadió.

Ella escuchaba como si el asombro no le permitiera hablar. Renouard levantó la mirada otra vez y en ese momento la señorita Moorsom emitió un grito agudo y violento para defenderse de sí misma, de aquella acusación contenida:

—¡Soy yo la que está aquí para que la verdad se sostenga! ¡Crear en usted! En usted que sólo gracias a una falsa artimaña y nada más, y nada más, ¿me oye?, ha conseguido traerme hasta aquí, usted que nos ha metido en esta farsa abominable...

Se sentó en una roca con la barbilla apoyada en la palma de la mano en una actitud contrita, como si se apiadara de sí misma. Se puso a hablar de nuevo:

—Era lo último que me faltaba por escuchar. ¡Oh, Dios! ¿Por qué? ¿Por qué me tengo que cruzar yo con toda esta fealdad, con todo este ridículo?

Solos ante el cielo se hablaban ya como si sus pies no tocaran la tierra.

—¿Se lamenta usted por su dignidad? Él sólo tenía un alma mediocre, lo único que habría podido ofrecerle es una vida indigna de usted.

Cuando escuchó aquellas palabras ella no sonrió, sino que se volvió hacia Renouard con actitud soberbia, como si alzara el extremo de un velo y dijo:

—Y supongo que usted se imagina que yo me habría sacrificado a él con ese propósito. ¿No entiende que yo le debía una reparación? Se trataba de una deuda sagrada, un gran deber. Ya sé que redimirle era algo que estaba fuera de mi alcance, pero en él no había falta alguna y mi obligación era dar ese paso. ¿No se da cuenta de que ante los ojos del mundo nada podría haberle rehabilitado tanto como casarse conmigo? Nadie se habría atrevido a decir una sola palabra en su contra si yo le hubiese otorgado mi mano. Haberme dado por algo que no fuese la suerte de un hombre me habría parecido execrable.

Hablaba como si intentara descifrar un siniestro enigma planteado por una hermosa esfinge.

—¡Ah, su padre tenía razón! Es usted una de esas aristócratas...

Ella se levantó con altanería.

—¿Qué dice usted? ¿Mi padre? ¿Una aristócrata...?

—No me refiero a que sea usted como esas mujeres de la época de las armaduras y los castillos y las grandes hazañas. ¡No! Al menos aquellos vivían pegados al suelo, tenían tradiciones a las que guardaban fidelidad y vivían en este mundo de muerte y de pasiones y no en un invernadero. Habrían sido demasiado plebeyos para su gusto, ya que tenían que comprender y relacionarse con la humanidad más elemental. No, usted pertenece simplemente a una clase superior y desdeñosa. Una sencilla espuma sería capaz de expulsarla a usted de la existencia. ¡Pero usted es usted! ¡Es usted! Vive en una especie de amor eterno. No es que la divinidad se manifieste en su cuerpo, sino en su alma, que está hecha de espuma.

Ella le escuchaba como si se tratara de un sueño. Renouard había logrado con tal maestría dominar el torrente de su pasión que toda la vida entera parecía estar escapándose. Le parecía hablar como si ya estuviera muerto, pero de pronto aquel mismo torrente furioso regresó con una fuerza aún mayor y le arrojó sobre ella con los brazos abiertos. De pronto ella se vio como una pluma que alguien hubiese atrapado al viento,alzada sobre el suelo e incapaz de luchar. Duró sólo un

instante. Por las venas de Renouard corría fuego, redujo a cenizas su pasión y se abandonó anonadado y casi sin deseo. La volvió a dejar sobre el suelo antes de que pudiera gritar. Ella estaba tan acostumbrada a ver cómo las formas de la represión envolvían al hombre civilizado que casi pensaba que aquellos raptos eran una pura leyenda. Apenas alcanzaba a comprender lo que había ocurrido. Salió de entre sus brazos sana y sin necesidad de luchar, sin haber sentido miedo siquiera.

—¿Qué significa todo esto? —dijo con una mueca de desagrado.

Él se arrodilló lenta y silenciosamente a sus pies mientras ella lo miraba sorprendida, sin enfado, curiosa de lo que iba suceder a continuación. Renouard permaneció inclinado presionando los labios contra el borde de la falda y ella hizo un leve movimiento. Él se levantó.

—No —dijo—. Aunque usted fuese mía, ¿qué podría hacer sin su consentimiento? No hay forma de conquistar a una aparición, a la niebla, a una materia onírica, a una ilusión. Es necesario que vaya hacia usted y la estreche contra mi pecho. Y entonces... oh, entonces...

Todo éxtasis y expresión desapareció de pronto del rostro del joven.

—Señor Renouard —dijo ella—, a pesar de que no tenga derecho a mi estima después de haberme engañado y de considerarme durante un tiempo como una simple presa, le diré que no soy esa extraordinaria criatura que usted imagina. Le puedo asegurar que poseo la pasión de la verdad.

—¿Y qué me importa a mí lo que sea usted? —respondió—. Bastaría una señal suya y yo sería capaz de subir al quinto cielo para llevarla a una tierra como la mía. Incluso si la viera sumergirse en el vicio, en el crimen, en el fango, yo la seguiría y la tomaría entre mis brazos, la apretaría contra mi corazón como un tesoro divino. Así es el amor, el verdadero amor, regalo y maldición de los dioses. No hay otro.

El acento de sinceridad que vibraba en su voz hizo que ella diera un paso atrás, ya que en absoluto estaba acostumbrada a manejarse entre declaraciones semejantes. Tan turbada como vencida a la sugestión de Renouard, o tal vez para suavizar la fiereza de su gesto, pues se encontraba confusamente conmovida, dijo en francés:

—*Assez! J'ai horreur de tout cela.*

Él estaba pálido hasta los labios pero había dejado de temblar. Los dos estaban como disparados y ni siquiera la violencia era ya capaz de influir en su suerte. Ella pasó inexorable por delante de él y él la siguió por el sendero. Al poco rato ella le escuchó decir:

— ¿Y su sueño es influir en un destino humano?

— Así es — dijo secamente la señorita Moorsom y sin ningún desconcierto, con esa seguridad que sólo es posible en una mujer.

— En ese caso puede darse por satisfecha, porque ya lo ha conseguido.

Ella se encogió de hombros, pero un poco antes de llegar al final del sendero acortó el paso y dijo volviéndose hacia él:

— No creo que le haga a usted mucha ilusión que se haga público hasta qué grado ha llegado su infamia. No tema. Hablaré con mi padre y lo único que diremos es que ha muerto, nada más.

— Desde luego que ha muerto — dijo Renouard con voz decaída—, y tampoco tardará demasiado en morir su espectro.

La joven reanudó la marcha pero Renouard se quedó inmóvil en la oscuridad. Ella había llegado ya al sitio en el que se alzaban las palmeras cuando escuchó de pronto una estrepitosa carcajada, un risa cínica y sin alegría, como la que se escucha en los salones tras el relato de una historia escandalosa. En ese momento ella se sintió desfallecer de verdad.

XI

La oscuridad fue envolviendo lentamente a Geoffrey Renouard. No se animaba del todo a decidirse. En vez de seguir a Felicia hasta la casa se había detenido bajo las tres palmeras y, apoyado en el rugoso tronco, se había abandonado a una sensación de inmensa tristeza y a una inesperada fatiga. La subida y la bajada de la colina había sido semejante al esfuerzo extremo del explorador que trata de adentrarse en un país desconocido, cuyo secreto está demasiado bien protegido por una naturaleza hostil. Engañado por un espejismo, se había alejado demasiado, tanto que ahora ya resultaba imposible regresar. Estaba a punto de quedarse sin fuerzas. Por primera vez en su vida se veía obligado a rendirse y trataba de analizar las razones que le habían llevado a la derrota. Se negaba a atribuir las solamente a aquel hombre que había muerto.

La dubitativa sombra de Luis se acercó tímidamente hasta él y le habló con cautela. Renouard se sobresaltó:

— ¿Qué dices? ¿Que la cena está a la mesa? Discúlpame delante de todos, di que me he ido a la cama, que no puedo acompañarles pero que me encontraré con ellos mañana por la mañana en el embarcadero. Ponte a las órdenes del profesor en lo que se refiere a la goleta y ahora vete.

Luis se sumergió de nuevo en la oscuridad, más confuso aún de lo que había llegado. Renouard no se movió durante horas y tras ellas, como si fuese el amargo resultado de su reflexión, salieron de su boca estas palabras en medio del silencio de la isla:

— No tengo nada que ofrecer a su vanidad.

Sólo entonces se alejó de aquel lugar y comenzó a caminar sin rumbo por los senderos de la colonia. Luis debía de tener esa noche el sueño ligero, o tal vez le había desvelado la intuición de que algo estaba a punto de suceder, porque desde la choza escuchó el sonido firme de los pasos de su amo. Se agitó en la cama y pronunció un débil «tché, tché», que indicaba su profunda turbación.

La luz estuvo brillando en el interior del *bungalow* durante casi toda la

noche, y cuando empezó a despuntar el alba se empezó a escuchar el ajeteo de la partida. Los sirvientes iban llevando procesionalmente las maletas y baúles hasta la goleta que estaba atracada en el embarcadero. Cuando el sol naciente envolvió en un nimbo dorado el promontorio púrpura, el colono de Malata siguió la curva de la pequeña bahía con la cabeza descubierta. A continuación permaneció allí cerca, esperando con la mirada fija en tierra.

No tuvo que esperar mucho tiempo. El profesor fue el primero que bajó al jardín fresco y aún cubierto por la sombra. Caminaba por los senderos con gallardía, haciendo crujir las pequeñas conchas. Con el parasol colgado del brazo y el libro en la mano recordaba tal vez más de lo conveniente para un hombre de su distinción a un simple turista. Movi6 desde lejos la mano que tenía libre, se acerc6 y cuando vio el gesto de Renouard no hizo ni siquiera el ademán de tenderle la mano. Parecía estar estudiando con astucia la actitud del hombre que tenía frente a él. A continuación, y como quien ya ha tomado una resolución en su interior, dijo:

—Vamos a regresar vía Suez, he estado consultando la salida de los barcos. Si los vientos del Pacífico se muestran más o menos favorables creo que podríamos llegar a tomar el vapor de Marsella el 18 de marzo. Eso sería fantástico. —En ese punto bajó un poco el tono—. Mi joven amigo, le estoy enormemente agradecido.

—¿Por qué me está agradecido?

—¡Ah! ¿Qué por qué? Pues antes de nada porque podría habernos hecho perder el barco, ¿no es así? No le doy las gracias por su hospitalidad porque no creo que se ofenda si le confieso que estoy deseando escapar de este lugar, pero siento una enorme gratitud tanto por lo que ha hecho como por lo que es usted.

Resultaba difícil el sabor de aquellas palabras, pero Renouard las recibió con una sonrisa austera y equívoca. El profesor subió a la embarcación, abrió la sombrilla, se sentó en la zona de popa y esper6 a las damas. La señorita Moorsom avanzaba mientras tanto por el sendero, precedida por su tía. Cuando llegó a la altura de Renouard alzó la cabeza.

—Adiós, señor Renouard —dijo en un tono bajo, resuelta a seguir su camino, pero cuando advirtió aquella mirada suplicante en el resplandor azul de sus ojos, después de una vacilación casi imperceptible, puso su mano enguantada en la mano desnuda que habían tendido hacia ella.

—¿Tendrá la gentileza de acordarse de mí? —preguntó él, luchando contra

aquella emoción que le irritaba y enrojecía las mejillas, haciéndole centellear sus ojos negros.

—¿Qué pregunta extraña me hace usted! —respondió ella acentuando la frialdad de su voz.

—¿En serio? ¿Le parezco imprudente quizá? Pero no soy tan culpable como me cree, y recuerde siempre que en lo que se refiere a mí usted nunca será capaz de ofrecerme una reparación.

—¿Reparación? ¡A usted! Es usted el que no puede ofrecer reparación alguna a la ofensa que ha perpetrado contra mis sentimientos... y contra mi persona. ¿Acaso hay reparación que pueda borrar su odiosa y ridícula farsa, tan injuriosa por sus intenciones como humillante para mi orgullo? No, no creo que quiera acordarme de usted.

Con un gesto inesperado él la atrajo hacia sí, y dijo mirándola a los ojos y con el valor que sólo otorga la desesperación:

—Sí, lo haré... volveré a verla.

Ella retiró la mano antes de que al plantador de Malata le diera tiempo a hacerlo por voluntad propia. Felicia Moorsom se sentó en la canoa junto a su padre, soplándose los dedos que aún conservaban la huella de aquel apretón de Renouard.

El profesor le echó un vistazo de reojo y no se advirtió en él ni una sola señal más, pero la hermana del filósofo se encontraba aún en tierra, dejó caer el monóculo que se había colocado para contemplar mejor la escena y su cadena hizo un leve tintineo.

—Jamás en mi vida había visto que nadie le hablara tan brutalmente a una dama —murmuró pasando frente a Renouard con la frente alta.

Unos segundos después y un poco más tranquila se dio media vuelta para decirle adiós al joven por última vez, pero ya sólo pudo ver su espalda mientras se alejaba de vuelta hacia el *bungalow*. Así se quedó contemplándole completamente estupefacta, al tiempo que dejaba de pisar el suelo de Malata.

Nadie fue a molestar a Renouard cuando se encerró en la habitación a respirar el perfume de aquella mujer que ya no existía para él. Sólo cuando pasó el

mediodía el mulato se acercó a llamar a la puerta. Venía a anunciar a su amo que la Janet estaba entrando en la ensenada.

Sin abrir la puerta Renouard dio las órdenes más urgentes. Había que pagar a los criados con el dinero que había en el despacho y negociar con el capitán de la Janet para que embarcase a los trabajadores y les llevara de vuelta a sus casas. Le daría una carta con una orden de pago para la casa Dunster.

El *bungalow* volvió a sumergirse en un silencio sepulcral hasta la mañana siguiente, cuando el mulato regresó para comunicarle que se habían cumplido sus órdenes. Los empleados de la plantación estaban a punto de embarcar.

A través de la puerta entreabierta tendió a aquel fiel mulato una hoja de papel y la puerta volvió a cerrarse tan rápido que Luis dio un salto hacia atrás. Se acercó a la cerradura y preguntó con voz humilde:

— ¿Quiere que yo me marche también?

— ¡Sí, tú también, todos!

— ¿El amo se queda solo?

Silencio. El mulato asombrado abrió los ojos desmesuradamente. Él también sentía como el resto de los «ignorantes salvajes» la presencia del fantasma del hombre blanco.

Sin hacer más ruido se alejó del misterioso silencio que había inundado la habitación cerrada, y cuando estuvo en el umbral dio rienda suelta a sus sentimientos con un quejumbroso:

— ¡Tché, tché, tché!

XII

Los Moorsom consiguieron tomar el barco a tiempo, pero sólo pudieron detenerse veinticuatro horas en la ciudad. El sentimental Willie apenas les pudo ver, algo que no le impidió en absoluto poder contar más adelante, con todo detalle y lágrimas en los ojos, cómo la señorita Moorsom había ido a Malata, aquella belleza elegante y espiritual, había llegado a Malata sólo a tiempo de recoger el último suspiro de su prometido. Hubo muchas personas que se conmovieron escuchando el relato de aquella trágica historia. Fue la comidilla de todas las charlas durante muchas semanas.

Pero el conocido director del periódico, el único amigo y partidario de Renouard, quiso saber más que el resto. Su afán profesional le llevó a buscar abundante y completa información sobre el episodio. Cuando se dio cuenta de que la goleta llevaba varios días amarrada en el puerto fue en busca del capitán para indagar un poco, y el capitán le contestó que no había hecho más que seguir las instrucciones que había recibido. Le habían encargado que permaneciera en puerto un mes entero antes de regresar a Malata, y el plazo estaba llegando a su fin.

—Le agradecería que me diera un pasaje —dijo el periodista.

Cuando desembarcó una mañana en la parte baja del jardín en Malata no encontró más que calma, paz y luz, mirara donde mirara. Las ventanas y las puertas del *bungalow* estaban todas entreabiertas y no había señal de presencia humana. Las plantas crecían a su suerte en los campos desiertos. Durante horas, tanto el periodista como la tripulación de la goleta, acuciados a cada minuto por el misterio, estuvieron gritando el nombre de Renouard por toda la isla, tratando de encontrar aunque fuera el cadáver de su amigo. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso había sido asesinado por los sirvientes? ¿Se había marchado sencillamente de la plantación llevándose a todo el mundo consigo? Era imposible saber qué había sucedido. Muy avanzado el día el periodista y el capitán descubrieron unas huellas de sandalias en la arenosa playa norte de la bahía. Las siguieron temerosos, rodearon la tajamar del promontorio y sobre una de las piedras más chatas encontraron las sandalias de Renouard, su chaqueta blanca y el *sarong* malayo que todo el mundo sabía que utilizaba el plantador de Malata cuando iba a darse un baño. Las ropas conformaban un pequeño montón y el marino las estuvo

observando un buen rato antes de decir:

—Los pájaros se han estado posando aquí varios días.

—Seguramente se fue a dar un baño y se ahogó —comentó el periodista desolado.

—Lo dudo mucho, señor. Si se hubiese ahogado a una milla de la costa la marea habría traído de vuelta su cuerpo hasta los arrecifes y las barcas no han encontrado ni rastro.

Jamás se encontró ninguna pista y la desaparición de Renouard permanece aún sin explicar. Muy bien habría podido suceder que el hombre se hubiese puesto a nadar con calma hasta los confines de la vida, con brazada firme y la mirada fija en una estrella.

A la mañana siguiente el periodista se dio la vuelta para mirar por última vez aquella isla desde la cubierta de la goleta. Sobre la colina central se había posado una nube oscura, inmóvil y misteriosa, Malata entera se extendía de una manera sombría en la amenazadora desolación del poniente, como si recordara el corazón que se había roto en aquel lugar.

A CAUSA DE LOS DÓLARES

I

Nos encontrábamos cerca del borde del mar como marineros vagando cerca de la orilla (todo esto sucedía en el espacio que había frente a la oficina portuaria de un gran puerto oriental), cuando un hombre se acercó hasta nosotros desde la entrada de una de las oficinas de negocios. Me llamó la atención porque, en medio de aquel movimiento de trajes de lino blanco que ocupaban la franja por la que se aproximaba, el traje que vestía él, la habitual túnica con pantalones, era de un color gris perla que le hacía particularmente visible.

Tuve tiempo para observarle con atención. Era robusto sin llegar a ser grotesco. Tenía un rostro redondeado y suave y una complexión razonable. Cuando se acercó un poco más, comprobé que llevaba un bigote y que había en él no pocas canas. Tenía también, sobre todo para un hombre tan robusto, una barbilla considerablemente afilada. Cuando pasó a nuestro lado intercambió una inclinación de cabeza y una sonrisa con el amigo con el que yo estaba hablando.

Mi amigo era Hollis, un hombre que había vivido numerosas aventuras y había conocido a la gente más extravagante en aquella zona del (a veces sí y a veces no tanto) glorioso Oriente en su juventud. Me comentó:

—Es un buen hombre. No me refiero a que sea bueno en el sentido de que es inteligente o de que le vayan bien los negocios. Me refiero a que realmente es un hombre *bueno*.

Me di la vuelta al instante para contemplar el prodigio. Aquel hombre «realmente bueno» tenía una espalda muy ancha. Le vi llamar a un sampán para que se acercara, subirse a él y dirigirse hacia un grupo de barcos de vapor que estaban anclados junto a la orilla.

—Es un hombre de mar, ¿verdad?

—Así es, es el capitán de ese barco de vapor enorme de color verde oscuro, el Sissie de Glasgow. Sólo que no siempre fue el Sissie. El primero que tuvo medía más o menos la mitad de ése. Solíamos decirle al pobre Davidson que era de una talla demasiado pequeña para él, que le iban a salir callos en los hombros y en los

codos y él solía sonreír ante nuestras bromas. Ganó una gran suma de dinero gracias a aquel barco. Pertenece a un chino del puerto, que tenía el aspecto de un mandarín de libro con anteojos y bigotes caídos, y tan digno como sólo podría serlo una criatura celestial.

»Lo mejor de los chinos cuando son jefes es su instinto para la caballerosidad. En cuanto se convencen de que uno es un hombre de honor le otorgan una confianza sin límites. Sencillamente, ya nunca haces las cosas mal. Y además son bastante rápidos a la hora de juzgar el carácter. El chino de Davidson fue el primero en darse cuenta de su valía, basándose en cierto principio teórico. Cierta día en su casa de cambio, oyó a alguien decir frente a unos hombres blancos: “El capitán Davidson es un buen hombre”, y aquello fue suficiente para él. Después de eso ya habría sido difícil dilucidar si era Davidson el que pertenecía al chino o el chino el que le pertenecía a Davidson. Fue precisamente él quien, poco antes de morir, encargó construir en Glasgow el nuevo Sissie para que lo capitaneara Davidson.

Seguimos caminando hasta la sombra que proyectaba la oficina portuaria y apoyamos los codos contra el parapeto del muelle.

—Lo hizo para consolar al pobre Davidson —continuó Hollis—. ¿Se le ocurre algo más increíblemente conmovedor que un viejo chino mandarín gastándose un puñado de miles de libras para consolar a su amigo blanco? Pues ahí lo tiene. Los hijos del viejo mandarín la han heredado y con ella también a Davidson, que es quien está al mando y quien se encarga de mercadear y de hacer un buen dinero. Davidson hasta sonríe, ¿no se ha dado cuenta? Pues esa sonrisa es lo único que hay ahora que no había antes.

—Cuénteme, Hollis —pregunté yo—, ¿a qué se refiere con bueno en este caso?

—Supongo que hay hombres que nacen siendo sencillamente buenos, del mismo modo en que hay hombres que nacen siendo astutos. A lo que me refiero es a su naturaleza. No ha existido jamás un alma tan simple y escrupulosamente delicada que haya vivido en un recipiente tan... confortable. ¡Cómo nos solíamos burlar de los escrúpulos de Davidson! En resumen es un hombre absolutamente humano, y no se me ocurre mejor forma de bondad que ésta en este mundo. Y dado que él tiene además un aire de un refinamiento muy particular, me parece que lo podemos describir como un hombre «*realmente* bueno».

Yo sabía desde hace mucho que Hollis era un firme creyente en el valor del «aire» en la gente, por eso respondí:

—Entiendo. Porque realmente podía ver al Davidson que me había descrito Hollis en el hombre robusto que acababa de pasar a nuestro lado hacía sólo un momento. Recordaba también que, justo en el preciso instante en que sonrió, aquel rostro plácido pareció cubierto de pronto por un velo de melancolía... un aire espiritual. Proseguí:

—¿Y quién le ha pagado para ser tan delicado y le ha arrebatado la sonrisa?

—Ésa es toda una historia, se la contaré si quiere. ¡Y que lo diga! Y además una de las más sorprendentes. Sorprendente desde el lugar en el que se la mire, pero sobre todo en la forma en la que le afectó al pobre Davidson... aparentemente a causa precisamente de su bondad. Me lo estuvo contando todo hace sólo unos días. Me comentó que en el momento en que vio a aquellos cuatro tipos con sus cabezas reunidas alrededor de aquella mesa no le gustó un pelo. No crea ni por lo que más quiera que Davidson es una especie de bonachón idiota, aquellos hombres...

»Pero mejor que empiece por el principio. Tenemos que regresar a la época en que nuestro Gobierno hizo entrar viejos dólares a cambio de una nueva tirada, la época en la que yo dejé estas tierras para regresar a casa durante una larga temporada. Todos los comerciantes de las islas estaban preocupados por hacer llegar sus viejos dólares a tiempo, y la demanda que había de cajas de vino francés vacías —ya sabe a cuáles me refiero, a las que llevaban una docena de botellas de *vermouth* o de clarete— era algo realmente sin precedentes. La costumbre era agrupar los dólares en pequeños paquetes de cien cada uno, no recuerdo cuántos paquetes cabían por caja, pero un buen número. En aquellos días se trasladaron sumas de dinero realmente considerables, pero sigamos, no nos quedemos en las sumas. ¿Cómo podría...? ¡Ya lo tengo! Vayamos a los comedores de ahí arriba.

Nos trasladamos hasta allí. Nuestra aparición en aquella enorme sala vacía a una hora tan temprana provocó una evidente consternación entre los camareros chinos, pero Hollis se dirigió directamente hasta una de las mesas que estaba junto a una ventana cubierta por una cortina. En el techo había una media luz temblorosa, y en las paredes blancas casi se reflejaba toda aquella multitud de sillas vacías.

—Tranquilo, comeremos algo cuando la comida esté lista —dijo apartando

al ansioso camarero chino que ya se había puesto a nuestro lado. Se apretó las grisáceas sienes con los dedos, inclinándose hacia la mesa para acercar su rostro, aquellos ojos suyos oscuros e intensos, más cerca de los míos—. En aquella época Davidson estaba a cargo del vapor Sissie, el pequeño, aquél del que nos solíamos burlar. Lo llevaba solo, con la simple ayuda de un *serang* malayo que le hacía de oficial. El hombre blanco más cercano a bordo era un ingeniero medio portugués, flaco como un adolescente. A efectos prácticos Davidson llevaba aquel barco solo, y eso era algo que todo el mundo sabía en el puerto. Le digo esto porque ese dato tendrá sus repercusiones en lo que va a escuchar a continuación.

»Gracias al reducidísimo tamaño de aquel vapor podía adentrarse en bahías, meandros, acantilados y bancos de arena de zonas productivas en las que no habría podido adentrarse ninguna otra embarcación, sitios en los que sólo los barcos de los nativos podían entrar. Y con frecuencia eso se paga. Todos sabían que Davidson iba a sitios que nadie podía encontrar, y hasta algunos de los que la gente apenas conocía su existencia.

»Cuando se hizo la llamada para que todo el mundo cambiara sus viejos dólares, el chino propietario del Sissie pensó que Davidson era la persona más apropiada para recolectar el dinero de los pequeños comerciantes que estaban afincados en las partes menos frecuentadas del archipiélago. Era un buen negocio. Las cajas se ponían sobre cubierta y se podía conseguir un buen porcentaje con poco trabajo y usando poco espacio hábil.

»También a Davidson le pareció una buena idea, y entre los dos se pusieron a confeccionar una lista de candidatos para el viaje. Davidson comentó a continuación (normalmente llevaba la carta de viaje en su mente) que en el camino de vuelta se pasaría por cierto asentamiento que había sobre un arroyo en el que unos cuantos hombres blancos empobrecidos vivían en una aldea nativa. Davidson le aclaró al chino que había allí un hombre blanco que tenía unas palmas de ratán que quería vender.

»—Serán suficientes para llenar el cargamento —le dijo Davidson—, y eso al menos será más provechoso que traer el barco vacío. Un día más o un día menos no perjudica a nadie.

»Aquello sonaba de lo más razonable, y el chino no pudo más que estar de acuerdo, pero si no hubiese sonado razonable el resultado seguramente habría sido también el mismo. Davidson hacía lo que le daba la gana, era un hombre que no podía equivocarse. Fuera como fuera, la sugerencia que le acababa de hacer no era

sólo un asunto de negocios, había en ella algo de la gentileza davidsoniana, y es que habría que añadir también que aquel hombre no habría podido vivir siquiera si Davidson no se hubiese tomado la molestia de parar en aquel arroyo de vez en cuando, y eso era algo de lo que también era perfectamente consciente el chino, de modo que se limitó a sonreír y a responder:

»—De acuerdo, capitán, haga lo que mejor le parezca.

»Ahora explicaré un poco cómo se estableció la conexión entre Davidson y aquel tipo, me gustaría contarle al menos la parte de la historia que se desarrolló en este lugar, los preliminares.

»Sabe usted tan bien como yo que estos comedores como en el que estamos ahora sentados llevan existiendo desde hace muchos años. Pues bien, aquel día, sobre las doce del mediodía, Davidson se pasó por aquí para comer algo.

»Y ahora se acerca la parte de esta historia en la que el accidente —el mero accidente— tiene un papel protagonista. Si Davidson se hubiese ido a casa a comer ahora mismo, doce años atrás, nada habría cambiado en aquella plácida y cándida sonrisa suya.

»Pero el caso es que vino aquí y puede que incluso estuviera sentado en esta misma mesa cuando le comentó a un amigo suyo que su siguiente viaje lo iba a dedicar a recolectar dólares. Añadió también que su mujer le estaba causando ciertos problemas precisamente por aquel motivo. Al parecer le había suplicado que se quedara en tierra y que buscara a alguien para que se encargara de ese viaje, le parecía que aquel asunto de ir recolectando dólares iba a ser peligroso. Él le replicó que en los mares de Java ya sólo había piratas en las novelas juveniles. Se reía de sus miedos pero también le apenaba haber llegado hasta ese punto, porque cuando ella se hacía una idea sobre alguna cosa era casi imposible conseguir que fuera razonable. Con toda seguridad iba a estar preocupada todo el tiempo que durara su viaje, y era difícil que pudiera hacer algo al respecto. En tierra habría sido imposible encontrar a aquella altura a alguien que ocupara su lugar.

»Aquel amigo común y yo regresamos a casa en el mismo barco correo, y me comentó todo esto una noche en el Mar Rojo, durante una conversación en la que comentábamos las vidas de las personas a las que acabábamos de dejar atrás con más o menos remordimiento.

»Tampoco diría que Davidson ocupaba en ese sentido un lugar importante.

La superioridad moral suele hacerlo con frecuencia. Generalmente era un hombre bien considerado entre aquellos que le conocían bien, aunque la mayor de sus distinciones consistía en lo siguiente: era un hombre casado. La nuestra, como bien recuerda, era una comitiva de solteros, en espíritu al menos, aunque no lo fuéramos *de facto*. Puede que hubiera unas cuantas esposas reales, pero en cualquier caso estaban a mucha distancia, eran invisibles y nadie las mencionaba. ¿De qué habría servido? El único que estaba visiblemente casado era Davidson.

»Y de hecho estar casado era algo que le pegaba mucho. Le pegaba tanto en realidad que ni siquiera al más salvaje de todos nosotros le molestaba que así fuera. Provenía de lejos (del oeste de Australia) y había llegado en el Somerset, que en aquella época estaba dirigido por el capitán Ritchie —ya sabe a quién me refiero, aquel Ritchie con cara de mono—, el mismo que no paraba de hablar de su dulzura, su gentileza, su encanto. Daba la sensación de que había sido creada para convertirse en la mujer de Davidson. Cuando llegó encontró un *bungalow* muy agradable sobre una colina listo para ella y para la niña que tenían en común. Él no tardó apenas tiempo en comprar para ella un carro de dos ruedas y un poni que ella utilizaba para bajar a recoger a Davidson en la bahía. Cuando Davidson escalaba hasta lo alto del carruaje, quedaba lleno de inmediato.

»Nosotros admirábamos a la señora Davidson a una distancia razonable. Tenía el aspecto de una cara infantil salida de un recuerdo. Desde la distancia al menos. Lo cierto es que tampoco tuvimos muchas oportunidades de observarla desde más cerca porque no le interesábamos lo más mínimo. A nosotros no nos habría importado pasarnos por el *bungalow*, pero algo nos hacía sospechar que no íbamos a ser muy bien recibidos allí. No quiero decir con esto que ella fuera desagradable, nunca dijo gran cosa en realidad. Puede que yo fuera el que más vio a los Davidson en su casa, y lo que noté más allá de una dulzura elemental de carácter fue una frente obstinada y una boca pequeña, roja y generosa. Aunque hay que añadir también que suelo ser un observador un tanto prejuiciado. A la mayoría de nosotros lo que nos sedujo en realidad fue su cuello blanco y alargado, como de cisne, y aquel perfil inocente y huidizo. En la esposa de Davidson en aquellos años había una enorme devoción latente, se lo puedo asegurar, pero me temo que también se la hacía pagar con una profunda sospecha con los hombres con los que se relacionaba, una desconfianza que a veces se extendía también a su marido. Me temo también que en cierta forma estaba celosa de él, a pesar de que no había ninguna mujer de la que se pudiera sentir tal cosa. No había mujeres de sociedad. Para la mujer de un capitán de barco las relaciones sociales son algo complicado, a no ser que haya cerca de ella también otras esposas de capitanes y aquel no era su caso. Sé que la mujer del encargado del muelle la invitaba a veces al té, pero eso era

todo. Los compañeros acabaron desarrollando la idea de que la mujer de Davidson era una muchacha tímida y poquita cosa. Hay que añadir, en su favor, que eso era lo que parecía, y aquella opinión era tan común que el compañero con el que mantuve esa conversación en el viaje de regreso también la daba por sentada. Llegó a decirme incluso:

»—Imagínese a la señora Davidson armando un escándalo por ese motivo. Y yo que creía que era de esas mujeres que nunca hacían escándalo por nada.

»Yo también lo creía, aunque no tanto. Supongo que era aquella frente abultada... En realidad lo que yo siempre había sospechado de ella es que era un poco tonta. Comenté que seguramente para Davidson fue un tanto humillante todo aquel despliegue de ansiedad de su mujer y mi amigo respondió:

»—Qué va. En realidad parecía bastante tranquilo. Y tampoco había nadie a quien pudiera pedir que le reemplazara, porque tenía que hacer aquella parada de beneficencia en el arroyo para ayudar a aquel tal Bamtz que se había afincado allí.

»Mi amigo volvió a preguntar entonces:

»—Pero explícame por qué estaban relacionados Davidson y aquel Bamtz.

»No recuerdo qué le respondí entonces. Supongo que la respuesta más convincente tenía tan sólo cuatro palabras: “La bondad de Davidson”. Pero tampoco quiero que piense que Davidson no discriminaba a nadie. El propio Bamtz no se podría haber impuesto jamás, y aparte todo el mundo sabía lo que era Bamtz. No era más que un vago con barba. Cuando pienso en Bamtz lo primero que se me viene a la cabeza es una barba larguísima y un montón de convincentes arrugas en las esquinas de sus pequeños ojos. De aquí a la Polinesia no había una sola barba como la suya, y le aseguro que en aquella zona una barba es un valor en sí mismo. La barba de Bamtz también le resultaba valiosa en otro sentido. Ya sabe lo mucho que suelen impresionarse los orientales ante una buena barba. Recuerdo que durante muchos años el gran Abdullah, el mejor comerciante de Sambir, no podía evitar prorrumpir en señales de admiración cada vez que la veía. Y es de todos sabido que Bamtz acabó viviendo a costa de Abdullah durante años. La barba era realmente única y lo mismo podría decirse de su portador. Un vago realmente insuperable. Era en verdad un experto en la materia, había conseguido hacer de su vagancia todo un arte, o al menos todo un misterio. Uno podría pensar que no es muy complicado zafar con pequeños engaños en una gran ciudad, o en una comunidad grande, pero Bamtz conseguía sobrevivir en medio de los entornos

más salvajes, en medio de la selva virgen.

»Sabía cómo ganarse la simpatía de los nativos. Aparecía en cualquier pequeña comunidad en el río con algún regalo barato como unos prismáticos viejos, una carabina o cualquier cosa por el estilo, se los regalaba al rajá, o al jefe, o al principal comerciante de la zona y luego pedía una casa, adoptando a su vez una misteriosa pose de hombre de negocios. Ya afincado se dedicaba a contarles un sinfín de historias, a vivir a su costa hasta que después de alguna jugarreta, o de simple cansancio, le pedían que se marchara de allí. Entonces partía con aires de grandeza y de dignidad ofendida. Vaya una manera particular de afrontar la vida. Y aun así nunca lo hirieron ni lo atacaron en ningún lugar. Escuché en cierta ocasión que el rajá de Dongala le dio cincuenta dólares de su propio bolsillo y le pagó un billete en un prao sólo para librarse de él de una buena vez. Y eso que nada la habría impedido cortarle allí mismo la garganta y deshacerse de su cuerpo de cualquier manera. Al fin y al cabo, ¿quién se habría molestado en preguntar por alguien como Bamtz?

»Se sabía que había estado haraganeando por toda la costa de sur a norte a través de todo el golfo de Tonkin. Aunque ni siquiera él desdeñaba un poco de civilización de cuando en cuando. Fue precisamente en uno de esos momentos en que estaba vagueando en Saigón con toda su barba y su dignidad (había hecho creer a todo el mundo por aquella zona que era librero) cuando se cruzó en su camino con la sonriente Anne.

»Cuanto menos se sepa de esa historia mejor, aunque algo hay que decir. Podemos suponer sin temor a equivocarnos que ya no quedaba mucho de su famosa risa la primera vez que Bamtz se dirigió a ella en algún bar de mala muerte. En ese momento se encontraba varada en Saigón, sin apenas dinero y con un hijo de unos cinco o seis años.

»Un tipo al que conocí y al que llamaban Pearler Harry la había llevado hasta aquellos agradables parajes desde Australia, creo recordar. La llevó y luego la dejó allí y allí se había quedado ella llamando a tal y a tal puerta, porque al parecer conocía de vista a casi todo el mundo. Todo el mundo en el archipiélago había oído hablar alguna vez de la sonriente Anne. Y de verdad tenía siempre bien dispuesta una alegre carcajada, aunque tampoco parecía haber sido suficiente como para garantizarle una fortuna. La pobre mujer a aquellas alturas ya estaba dispuesta a pegarse al primer hombre que la aceptara, pero por algún motivo o por otro siempre la acababan abandonando.

»En Saigón la había dejado el capitán de un barco alemán con quien había estado recorriendo la costa china al sur y al norte hasta Vladivostok durante casi dos años. El alemán le dijo:

»—Lo nuestro se ha acabado *mein Taubchen*. Me marcho a mi país a casarme con la muchacha con la que me comprometí antes de venir.

»Y Anne respondió:

»—De acuerdo, se acabó entonces. Nos despediremos al menos como amigos, ¿verdad?

»Al parecer le preocupaba mucho despedirse amistosamente. El alemán le dijo que por supuesto, que se despedían como amigos y el día de la partida se le veía un aspecto más bien triste. Ella se rio desde la orilla.

»Aunque la verdad es que para ella tampoco había grandes motivos para la risa. Algo en su interior le decía que aquélla había sido su última oportunidad. Lo que más le atemorizaba era el futuro del chico. Lo había dejado a cargo de una pareja de ancianos franceses cuando partió con el alemán en su barco. El marido era portero en alguna oficina gubernamental, pero se les acababa el tiempo y de pronto querían regresar a Francia. Tenía que hacerse cargo de nuevo del chico y después de encontrarse con él ya nunca más se quiso volver a separar.

»Aquél fue el momento en que Bamtz se cruzó con ella de casualidad. Era imposible que ella se hubiese hecho ilusiones sobre él. Ser recogida por Bamtz era haber caído muy bajo, hasta desde el punto de vista material. Siempre había sido una chica decente a su modo mientras que Bamtz, por decirlo de una manera suave, era una de las criaturas más abyectas que caminaban sobre la tierra. Por otro lado, aquel vago barbudo con más aspecto de pirata que de librero, tampoco era ningún bruto. Era un hombre amable, incluso en sus términos. Así es como la desesperación y la poca fortuna provocan a veces extraños compañeros de cama. Y es que ella tenía motivos para la desesperación, ya no era ninguna jovencita, ya sabe a lo que me refiero.

»Del lado del hombre el dilema puede que fuera un poco más difícil de explicar. Aunque algo se podía decir a favor de Bamtz: siempre se había mantenido al margen de las mujeres nativas. Como tal vez se podría concluir que se debía a la delicadeza moral hay que añadir desde ya que casi con toda seguridad el motivo había sido la prudencia. Por otra parte él tampoco era ningún

jovencito, para aquel entonces ya había un buen puñado de canas en aquella prestigiosa barba negra. Puede que sencillamente sintiera necesidad de un poco de compañía en aquella extraña y degradada existencia suya. Fuera cuales fueran sus motivos lo cierto es que partieron juntos desde Saigón y no hace falta añadir tampoco que a nadie le importó gran cosa.

»Seis meses después Davidson llegó al asentamiento de Mirrah. Era la primera vez que iba a aquel arroyo en el que ninguna embarcación europea conocida había estado antes. Un pasajero de Java que iba a bordo le había ofrecido cincuenta dólares por llevarle hasta allí —seguramente por alguna razón muy personal— y Davidson aceptó el trato. Me comentó que cincuenta dólares no le iban a cambiar la vida a nadie, pero que sentía curiosidad por ver el lugar y la pequeña Sissie podía navegar hasta sobre un plato de sopa.

»Davidson dejó al rico pasajero de Java y como le había pedido que esperara un par de horas para recogerle de nuevo bajó a tierra para estirar un poco las piernas.

»Se trataba de un asentamiento pequeño. Había unas sesenta casas, y casi todas habían sido construidas sobre pilares a la orilla del río, el resto estaban esparcidas sobre la alta hierba, el habitual camino hacia el interior del bosque.

»Todos los habitantes del asentamiento se encontraban en la orilla del río contemplando en silencio, como sólo saben hacerlo los malayos, al Sissie anclado en la corriente. Para ellos era una visita tan inesperada y sorprendente como la de un ángel. La mayoría de los ancianos había escuchado hablar de los barcos de vapor, pero ninguno de ellos había visto uno de la última generación. Davidson dio un pequeño paseo por el sendero, completamente solo, pero no tardó en percibir un olor pestilente que provenía de no muy lejos.

»Todavía se encontraba allí alzando la frente cuando escuchó que alguien exclamaba de pronto:

»— ¡Dios santo, si es Davy!

»El propio Davidson comentó que se le quedó la boca abierta en cuanto oyó que se dirigían a él de aquella forma. Davy era el nombre con el que se dirigían a él sus socios en la primera juventud, hacía años que nadie le llamaba así. Allí estaba inmóvil y con la boca abierta cuando vio salir a una mujer blanca de entre la hierba que había frente a una pequeña cabaña.

»Intente imaginar hasta qué punto era sorprendente: estaba en un lugar totalmente salvaje, un punto que casi habría costado encontrar en los mapas, en medio de uno de los asentamientos malayos más humildes que había visto nunca, cuando de pronto se encontró con aquella mujer europea vestida con una túnica rosada, aquellos ojos que le miraban como carbones negros. Davidson pensó por un momento que estaba dormido, que deliraba quizá. De en medio del lodazal de la localidad (aquello era lo que Davidson había oído hacía un instante) salieron un par de asquerosos búfalos entre los arbustos.

»La mujer se acercó hasta él con los brazos abiertos, puso sus manos sobre los hombros de Davidson y exclamó:

»—¡Pero si apenas ha cambiado! ¡El viejo Davy! —Y rio a carcajadas.

»Aquel sonido de su risa le sonó a Davidson como el choque galvanizado contra un cadáver.

»—La sonriente Anne... —dijo con la voz colmada de asombro.

»—Ya se acabó esa Anne, Davy. Esa Anne ya no existe.

»Davidson miró hacia el cielo, pero no parecía haber en él ningún globo que hubiese podido llevarla hasta aquel lugar. Cuando volvió a bajar la mirada se encontró a los pies de aquella túnica rosa con la mirada de un niño que estaba agarrado con su manita marrón. Había salido corriendo de entre la hierba y se había puesto detrás de ella. Si su mirada se hubiese encontrado con un duende no habría sido muy distinto de aquel niño pequeño vestido con una sucia camisa blanca. Tenía una cabeza redonda y llena de rizos, unas piernas morenas y quemadas por el sol y una cara cubierta de pecas. Su madre le dijo que saludara al caballero y el niño se dirigió a Davidson en francés:

»—*Bonjour*.

»Davidson, sobrecogido, volvió a mirar a la mujer en silencio. Ella envió al niño a la cabaña de nuevo y en cuanto desapareció entre la hierba se volvió hacia Davidson dispuesta a hablar, pero apenas había dicho “Ése es mi Tony” cuando se puso a llorar a mares. Se apoyó en el hombro de Davidson. Él, sobrecogido por la bondad de su corazón, se quedó petrificado en el mismo sitio en el que la mujer le había encontrado.

»Menudo encuentro, ¿verdad? Había sido Bamtz el que la había enviado

para que viera quién era ese hombre blanco que acababa de llegar y ella le había reconocido de los tiempos en los que Davidson, que por aquella época estaba en su primera juventud, estaba asociado con Harry Pearler y otros tantos más.

»Antes de regresar al barco Davidson tuvo tiempo suficiente para que Anne le contara su historia, y también para charlar un poco con el mismo Bamtz en el sendero. Ella salió corriendo hacia la cabaña para ir a avisarle, y él salió con aparente tranquilidad, con las manos en los bolsillos y los modales casuales con los que solía ocultar sus sentimientos de vergüenza. Dijo que tenía intención de quedarse allí para siempre, con ella. Todo aquel discurso fue escuchado con el asentimiento de Anne, que permaneció junto a él como una figura trágica y ansiosa, con todo su pelo negro cayéndole sobre los hombros.

»—Para mí ya se acabaron los tintes, Davy —dijo ella de pronto—, por favor haz lo que te pida. Ya sabes que siempre he estado dispuesta a permanecer junto a mi hombre... Al menos siempre que no me echaran ellos a mí.

»Davidson no tenía ninguna duda acerca de su seriedad, de lo que no estaba tan seguro era de la buena fe de Bamtz. Bamtz le pidió a Davidson que le prometiera que se pasaría por Mirrah con cierta regularidad. Le dijo que le parecía que podía haber una oportunidad para negociar con las palmas de ratán de por allí si alguien le aseguraba que se iba a pasar para llevarse el producto.

»—Incluso tengo unos cuantos dólares para comenzar el negocio. La gente está de acuerdo.

»Al parecer había llegado hasta aquel emplazamiento en el que ni siquiera le conocían en un prao de nativos y se las había apañado con aquella retórica suya para que le llevaran hasta su jefe para poder hacer negocios con él.

»—El Orang Kaya nos cedió esta casa vacía durante todo el tiempo que queramos quedarnos —añadió Bamtz.

»—Ayúdanos, Davy —dijo de pronto la mujer—. Hazlo por el pequeño.

»—¿Le ha visto? Es un cliente de lo más mono —dijo el vago reformado con tal tono de interés que le robó a Davidson una sonrisa.

»—Por supuesto que podría hacerlo —dijo. Al principio pensó que aquello le daba pie a estipular también la obligación de que la mujer recibiera un trato decente pero su exagerada delicadeza unida a la convicción de que la palabra de

un hombre como aquel no tenía ningún valor, hicieron que se retrajera en el acto. Anne le acompañó durante un rato por el sendero, sin dejar de hablarle ansiosamente.

»—Es por el chico. ¿Cómo le habría podido mantener si me hubiese quedado en una ciudad? Al menos aquí no sabrá nunca que su madre era una mujer de la vida alegre, y se lleva bien con Bamtz, está encantado con él. Supongo que tengo que darle las gracias a Dios de que así sea.

»A Davidson casi le hizo temblar la idea de que alguien le estuviese dando las gracias a Dios por haber conseguido el favor de alguien como Bamtz.

»— ¿Y cree que conseguirán ganarse la vida aquí, en este lugar? —preguntó con gentileza.

»— ¿Por qué no? Ya sabe que siempre me he pegado a mis hombres como la peste, hasta que se han cansado de mí. ¡Míreme qué aspecto tengo! Pero en mi interior soy la misma de siempre. Siempre me he mantenido en pie para ellos, uno tras otro, pero por alguna razón todos se acaban cansando de mí. ¡Oh, Davy! Harry no me tendría que haber dejado marchar. Fue él quien me llevó por el mal camino.

»Davidson le comentó que Harry Pearler había muerto hacía ya algunos años, ¿lo sabía acaso?

»Ella se hizo la señal de la cruz y a partir de entonces caminó en silencio junto a Davidson. Luego le dijo que aquel encuentro le había hecho recordar los viejos tiempos. Hacía años que no lloraba. Nunca había sido una mujer llorona, pero cuando él la llamó “la sonriente Anne” no había podido evitar ponerse a llorar como una idiota. Harry había sido el único hombre de quien había estado enamorada. Los otros...

»Encogió los hombros. Pero al menos podía estar orgullosa de algo: había seguido a sus compañeros en todas sus aventuras sin desfallecer. Nunca había engañado a nadie. Era una digna compañera, pero los hombres se cansaban de ella. No entendían a las mujeres. Eso debía ser.

»Davidson trató de hacerle una velada advertencia sobre Bamtz, pero ella le interrumpió en el acto. Ella sabía de sobra cómo era aquel hombre, pero se había portado fantásticamente bien con el chico. Davidson desistió de decirle a Anne lo que seguramente ella ya sabía de sobra a aquella altura, que no debía hacerse muchas ilusiones. Le dio la mano cuando se despidieron.

»—Es por el chico, Davy... por el chico. ¿No te ha parecido un muchachito maravilloso?

II

—Todo esto sucedió dos años antes de que Davidson se sentara en esta misma sala y hablara con mi amigo. No tardará mucho en comprobarse hasta qué punto puede llenarse de gente este lugar. Estarán ocupados todos y cada uno de los sitios y como las mesas están tan cerca unas de otras todo el mundo está casi tocándose. Sobre la una del mediodía esto es un auténtico gallinero.

»No creo que Davidson estuviera hablando a voz en grito pero lo más probable es que tuviera que alzar la voz para que mi amigo le escuchara al otro lado de la mesa. Y aquí fue el accidente, el puro accidente, quien dispuso que cerca de él hubiera un par de oídos muy atentos a la conversación. Era diez contra uno, hasta el propietario tenía suficiente dinero en los bolsillos como para pagarse una comida aquí, pero así fue. Lo más probable es que le hubiera estafado a las cartas unos dólares a alguien la noche anterior. Era una criatura prodigiosa llamada Fector, un tipo bajito y nervioso de cara roja y mirada turbia. Se hacía llamar periodista del mismo modo en que ciertas mujeres se hacen llamar actrices cuando están prestando declaración ante la policía.

»Solía decirle a los desconocidos que era un hombre con una misión: encontrar a todas aquellas personas que cometieran atropellos y perseguirlas hasta el final. Daba a entender que era una especie de mártir, y lo que de verdad era un hecho era que había sido apaleado, encarcelado y perseguido ignominiosamente en prácticamente todas las ciudades entre Ceilán y Shangái por chantaje.

»Supongo que cuando una persona se encuentra en ese tipo de situaciones acaba desarrollando un sentido del oído extraordinariamente fino. No parece muy probable que escuchara todas y cada una de las palabras de conversación de Davidson sobre su viaje para recolectar dólares, pero sí escuchó lo suficiente como para poner a trabajar su ingenio.

»Dejó que Davidson se marchara y a continuación se dirigió a las afueras, a un hostel de cuarta en el que solía buscar a sus poco respetables compinches entre los chinos y los portugueses. Se llamaba el Hotel Macao, aunque en realidad no era más que un antro de apuestas del que había que prevenir siempre a la gente, puede que incluso lo recuerde usted.

»En aquel lugar, la noche anterior, Fector había conocido una pareja más extraña incluso que la conformada por un portugués y un chino. Uno de los dos se llamaba Niclaus. El tipo llevaba un bigote tártaro y era de tez amarillenta, como la de los mongoles, aunque sus ojos no eran achinados y su cara no era tan plana. Habría sido imposible determinar su origen, era una especie de vagabundo. Uno habría podido pensar que se trataba de un bilioso hombre blanco, y hasta cierto punto lo era. Era dueño de un prao malayo y se hacía llamar el Nakhoda, o por decirlo de otro modo: el capitán. ¡Ajá! Ya veo que lo recuerda. Aparentemente la única lengua europea que hablaba era el inglés, pero en su prao llevaba siempre la bandera holandesa.

»El otro hombre era un francés sin manos. Así es, el mismo al que conocimos en Sídney en el 79 y que solía regentar una pequeña tienda de tabaco en George Street. Supongo que recordará a aquella mole inmensa que estaba tras el mostrador, aquella cara enorme siempre con el pelo negro peinado hacia atrás, aquella frente como la de un bardo. Siempre estaba tratando de liarse un cigarrillo con los muñones sobre la rodilla, contando innumerables historias sobre Polinesia y maldiciendo sin parar sobre "*mon malheur*". Al parecer había perdido las manos con un cartucho de dinamita mientras estaba pescando en un lago y ese accidente, no me cabe duda, le había hecho incluso más malvado aún, lo que ya es decir no poco.

»Siempre hablaba de retomar sus actividades, fueran éstas cuales fueran, y solía decir que lo único que necesitaba era un compañero lo bastante inteligente. Lo que era evidente es que aquella pequeña tienda no era el terreno natural de sus intereses y que la mujer enfermiza que solía asomarse de cuando en cuando desde la puerta trasera no era compañera para él.

»Y así fue: desapareció de Sídney después de cierta trifulca con unos abogados. Al parecer habían sido robadas ciertas mercancías de su almacén o algo parecido. Abandonó a la mujer, aunque tuvo que buscarse algún compañero porque no podía apañárselas solo, eso sí, quién era, dónde lo buscó o cómo lo hizo es algo sobre lo que resulta inútil hacerse la más mínima pregunta.

»No sé tampoco por qué optó por venir a este lugar. Más o menos durante los últimos años que pasé aquí comencé a oír hablar de cierto tullido francés que iba por aquí o por allá, lo que no sabía nadie era que se había asociado con Niclaus y que vivían en su prao. Me atrevería a decir que fue él quien le dio el chivatazo a Niclaus de alguna que otra cosa; fuera como fuera, el caso es que se había convertido en su camarada. Niclaus parecía tener siempre algo de miedo del

humor en el que se encontrara el francés, que solía ser más bien espantoso. Ya por entonces tenía el aspecto de un demonio, aunque un hombre sin manos es incapaz por tanto de sostener un arma, sólo es capaz de atacar con los dientes. De aquel tipo de peligro Niclaus siempre pensó que se podría defender.

»La pareja se encontraba comiendo en el comedor de aquel infame hotel cuando Fector se encontró con ellos. Después de sonsacarles un poco para ver hasta qué punto eran fiables, les contó lo que acababa de escuchar en el comedor.

»No tuvo tampoco demasiado éxito hasta que no surgió en la conversación el nombre de Bamtz. Niclaus al parecer había recorrido toda aquella zona en su prao y, en sus propias palabras, “se había familiarizado con la zona”. El descomunal francés que había estado paseando arriba y abajo por la sala con los muñones en los bolsillos se paró de pronto con gesto de sorpresa:

»—*Comment? Bamtz! Bamtz!*

»Al parecer se había cruzado con él varias veces en su vida. Exclamó:

»—*Bamtz! Mais je ne connais que ça!*

»Y a continuación se refirió a él con un epíteto tan brutalmente obsceno que cuando más tarde se refirió a él llamándole *un chiffé* (un simple trapo) casi pareció un cumplido.

»—Podemos hacer con él lo que nos dé la gana —afirmó confiado—. Oh, desde luego tenemos que pasarnos a hacer una visita a ese... —Ahí repitió de nuevo aquel tremendo epíteto demasiado soez como para repetirlo—. Que el diablo me lleve si no pegamos un *coup* que nos sostenga durante una buena temporada.

»Vio de pronto aquella montaña de dólares deshaciéndose como nieve en la barra de algún bar en algún lugar de la costa china. Jamás dudó de la escapada después del *coup*. Para eso estaba el prao de Niclaus.

»En medio de su entusiasmo se sacó los muñones de los bolsillos y los agitó por el aire y a continuación se quedó mirándolos fijamente y se puso a blasfemar por su desgracia y su mala suerte hasta que Niclaus le tranquilizó.

»Aun así fue su mente la que ideó todo el plan, y su espíritu el que levantó el ánimo de los otros dos. Ninguno tenía el carácter natural de un bucanero, ni

habían usado en sus aventuradas vidas más armas reales que las mentiras y las calumnias.

»Aquella misma noche partieron para hacerle una visita a Bamtz en el prao de Niclaus en el que habían estado durmiendo, libre ya de su cargamento de cocos. Tuvieron que cruzar los cabos del Sissie, que estaba anclado en ese momento, y con toda seguridad se lo quedaron mirando con el interés de quien contempla el lugar del golpe, de la gran estafa, *le gran coup*.

»Para su propia sorpresa, la mujer de Davidson estuvo enfurruñada con él los días previos a la partida. Supongo que la mujer tenía un carácter muy estúpidamente obstinado. A ella no le gustaban los trópicos y él la había llevado a aquel lugar en el que no tenía amigos, y ahora además, le dijo, hasta se estaba volviendo desconsiderado con ella. Al parecer sentía el presentimiento de que se aproximaba una gran desgracia y, lejos de prestar ni la más mínima atención a las explicaciones que le daba Davidson, no entendía por qué nadie hacía caso de sus intuiciones. La noche anterior a la partida de Davidson fue hasta él y le preguntó de una manera muy sospechosa:

»— ¿Por qué tienes tantas ganas de marcharte en esta ocasión?

»—No tengo tantas ganas —protestó el bueno de Davidson—. Sencillamente no tengo más remedio, no hay nadie que lo pueda hacer por mí.

»—¡Ya veo! ¡De modo que no hay nadie que lo pueda hacer por ti! —dijo y se dio media vuelta.

»Aquella noche estuvo tan distante con él que por delicadeza Davidson decidió despedirse e irse a dormir al barco. Se sentía muy desgraciado y, por extraño que resultara, le parecía que toda aquella situación era más culpa suya que de su mujer. Pensaba que ella estaba más ofendida que dolida.

»Tres semanas más tarde, después de haber recolectado un buen número de cajas de los antiguos dólares (los tenían almacenados en la bodega, asegurados con una barra de hierro bajo la mesa del camarote), así es, con un lote de dólares más grande del que jamás había pensado que fuera a recolectar, se encontró por fin a la entrada del pequeño puerto del asentamiento en el que vivía Bamtz y en el que, en cierto sentido al menos, había prosperado.

»Había sido ya demasiado tarde el momento de aquel mismo día en el que Davidson había dudado por un instante si pasar o no aquella vez. No sentía mucha

simpatía por Bamtz, quien era un hombre degradado pero tampoco infeliz. Su lástima por la sonriente Anne no iba más allá de lo que el caso merecía, pero su bondad era de una naturaleza realmente delicada. Entendía que aquellas personas dependían totalmente de él y que si no se pasaba iban a estarse un mes entero esperando ansiosamente su llegada. Acuciado por aquel sentimiento de compasiva humanidad, Davidson puso la proa del Sissie en dirección hacia aquella costa apenas discernible y navegó con seguridad en medio de aquel laberinto de bancos de arena. Cuando llegó a la desembocadura del arroyo ya se había hecho de noche.

»El estrecho pasillo de agua descendía desde el interior del bosque como un río negro, y como era habitual que se formaran bancos imprevisibles en el canal, Davidson dio la vuelta al Sissie con mucha prudencia, con bastante carbón en la caldera como para darle un empujón hacia delante si era necesario, y luego se dejó deslizar de popa, con la corriente hacia aquella inmóvil oscuridad.

»Fue una tarea larga y cuando después de dos horas de maniobras Davidson pensó que el barco estaba asegurado, la aldea parecía ya sumida en el sueño, al igual que el río y el bosque al completo.

»Davidson alcanzaba a ver una luz solitaria en medio de las tinieblas que ocultaban la orilla, y estaba seguro de que era la de la casa de Bamtz. La luz era algo inesperado a aquella hora de la noche, pero lo cierto es que le fue muy útil como punto de referencia. De una vuelta al timón puso el Sissie alineado con la cabaña de Bamtz, aquella estructura miserable y precaria de postes y planchas de la que estaba tan orgulloso el exvagabundo. Lo llevó hasta el puerto y un par de aldeanos agarraron los cabos y los ataron. Unos instantes más tarde, el Sissie estaba descansando sin haber pronunciado una palabra y sin que se oyera el menor ruido a su alrededor.

»Davidson comió algo y a continuación salió a cubierta para echar un último vistazo a todo. Comprobó que la luz de la casa aún estaba encendida.

»Todo aquello era muy extraño, pero le pareció que ya que estaban despiertos tan tarde tal vez se podía acercar a la casa para comentarles que tenía mucha prisa por partir y que si le podían llevar los ratanes para cargarlos a primera hora de la mañana.

»Caminó con cuidado sobre las plantas de la orilla para no tener un accidente y romperse algún hueso sólo por la prisa, y a continuación siguió el sendero que iba hasta aquella casa, que no era más que una pequeña y solitaria

montaña de planchas y postes, sin valla alguna.

»Al igual que muchos hombres robustos Davidson era un hombre ágil. Subió los siete escalones hasta la pequeña plataforma de bambú pero lo que vio desde la puerta le hizo detenerse en el acto.

»Había allí cuatro hombres sentados alrededor de la luz de una solitaria vela. Sobre la mesa había una botella y algunos vasos, pero ellos no charlaban ni bebían. Había también una baraja de cartas, pero allí nadie parecía dispuesto a ir a jugar. Hablaban entre ellos en susurros y no se habían dado cuenta de su presencia. Él mismo estaba demasiado sorprendido aún como para decir nada. El mundo entero parecía inmóvil, con la excepción del movimiento de aquellas cabezas susurrantes sobre la mesa.

»A Davidson, como ya he comentado antes, aquel tipo de situaciones no le gustaban un pelo.

»Aquella situación concluyó con un grito que provenía de la oscuridad, de la parte más oscura de la habitación:

»— ¡Oh, Davy! ¡Vaya susto me has dado!

»Davidson contempló cómo salía del otro lado de la mesa la pálida cara de Anne y cómo prorrumplía en una pequeña risa histérica en medio de aquellas sombrías paredes.

»Las cuatro cabezas se alzaron con el primer sonido y un instante más tarde Davidson sintió cómo cuatro pares de ojos estaban clavados fijamente en él. La mujer se acercó hasta donde estaba sin llevar más encima que una bata muy fina y unas babuchas en los pies descalzos. Llevaba en la cabeza un pañuelo rojo atado a la manera malaya con mechones de pelo que salían por arriba y por abajo. Aquellas profesionales y europeas plumas suyas se le habían ido cayendo a lo largo de esos dos años, pero aún llevaba un collar de cuentas de ámbar alrededor de su desnudo cuello. Era el único adorno que había conservado. Bamtz había empeñado el resto para pagar el viaje desde Saigón cuando comenzó su “asociación”.

»Se acercó hasta donde estaba, pasando junto a la mesa y atravesando la luz con aquel gesto tan familiar en ella de los brazos abiertos, como si (¡pobrecita!) fuera su propia alma lo que entregara. Se acercó, le agarró tiernamente del brazo y le hizo entrar.

»—Es el cielo quien le envía esta noche. Mi Tony está muy enfermo... tiene que pasar a verle. Venga, por favor...

»Davidson aceptó. El único de aquellos hombres que hizo un amago de moverse fue el propio Bamtz, quien por un instante se levantó de la silla, pero luego se dejó caer en ella de nuevo. Al pasar, Davidson le escuchó murmurar algo parecido a “pobrecilla miserable”.

»El chico estaba tendido muy afiebrado en un humilde catre fabricado con cajas de ginebra, y se quedó mirando a Davidson con una mirada vaga. Era evidente que era presa de un violento ataque de fiebre, y mientras Davidson comenzó a decir que iba a ir al barco a buscar algunas medicinas, al tiempo que trataba de infundir un poco de ánimo, no pudo evitar quedarse absolutamente asombrado por la actitud de la mujer que estaba a su lado. Miraba con desesperación el catre en el que estaba el niño, cuando de pronto le dirigió a Davidson una mirada frontal y angustiada que luego dirigió a la habitación contigua.

»—Ya lo sé, vieja amiga —respondió él interpretando su aparente distracción a su manera, a pesar de que no conseguía encontrarle un significado concreto—. Estoy seguro de que todo esto te parecerá de mal augurio. ¿Qué hacen ahí?

»Se acercó hasta su hombro y casi jadeando le dijo:

»—¡No son buenos para mí, desde luego! ¡Pero tampoco para usted! Van tras los dólares que lleva en el barco...

»A Davidson se le escapó un asombrado:

»—¿Y cómo saben que llevo dólares en el barco?

»Ella dio palmas de puro nerviosismo:

»—¡De modo que es cierto! ¡Los lleva! ¡Tenga cuidado entonces!

»Se quedaron durante unos instantes mirando al chico en el catre, convencidos de que les debían de estar observando desde la otra habitación.

»—Tenemos que conseguir que sude lo antes posible —dijo Davidson sin alterar su tono de voz—. Dele alguna bebida caliente, lo que sea, yo iré a bordo

para buscar una tetera y alguna cosa más —y en un tono más bajo preguntó—. ¿Han hablado de asesinato?

»Pero ella no contestó nada, había regresado a su angustiada y devota contemplación del chico. Davidson pensó que ni siquiera le había escuchado cuando, sin variar el gesto ni un ápice, ella contestó entre susurros:

—El francés estaría dispuesto sin dudar, los otros no lo harán, a no ser que usted se resista. Él es un demonio y ha conseguido convencerles. ¿Qué se puede hacer cuando una se encuentra con un hombre como el hombre con el que yo estoy ahora? Bamtz les tiene miedo, y ellos lo saben. Está metido en esto por miedo. ¡Oh, Davy, llévese su barco de aquí cuanto antes!

—Demasiado tarde —dijo Davidson—, está medio atrapado en el fango.

—Si el chico no se encontrara como se encuentra escaparía con usted hacia los bosques, adonde fuera. ¡Oh, Davy! ¿Cree usted que sobrevivirá? —dijo de pronto alzando la voz.

»Davidson se encontró con los tres hombres en la puerta. Se apartaron para dejarle pasar sin mirarle directamente a la cara, pero Bamtz era el único de los tres que tenía un aire culpable. El francés se había quedado sentado con los muñones metidos en los bolsillos. De pronto se dirigió a Davidson:

»—¿No le parece una tragedia lo del chico? Me parte el corazón el dolor de esa mujer, pero yo ya no sirvo para nada en este mundo. No podría ni ahuecarle la almohada a mi mejor amigo con las manos porque no las tengo. ¿Le importaría poner uno de esos cigarrillos en la boca de este pobre e inofensivo tullido? Por mi honor que tengo los nervios de punta, se lo aseguro.

»Davidson aceptó con su habitual sonrisa y su placidez pareció hacerse si cabe más pronunciada aún. La mirada de Davidson, que normalmente tenía un aire duro cuando trabajaba, tenía en ese instante una soñolienta inmovilidad, y al francés le pareció que aquellos ojos se parecían a los de una oveja, una oveja que se dirige al matadero. Con un "*merci bien*" se inclinó sobre la vela para encender el cigarrillo mientras Davidson abandonaba la casa.

»Durante el tiempo que invirtió en ir al barco y regresar se dedicó a considerar su situación. Al principio casi se sintió inclinado a pensar que aquellos hombres (Niclus era el único al que conocía de vista, aparte de Bamtz) no parecían tener una naturaleza propicia a los actos extremos. Aquélla fue la razón

por la que tampoco cuando llegó a bordo tomó grandes medidas al respecto. Sus pacíficos calases habrían sido incapaces de enfrentarse a ningún hombre blanco, y su ingeniero se habría puesto a temblar ante la mera posibilidad de un enfrentamiento. Davidson era consciente de que si finalmente se producía alguna situación peligrosa iba a depender sólo de sí mismo.

»Davidson subestimó el poder de liderazgo del francés y la fuerza del estímulo que les había llevado hasta allí. Para aquel hombre tan penosamente tullido aquellos dólares suponían una increíble oportunidad. Con su parte del robo podría abrir otra tienda en Vladivostok, en Haiphong o en Manila, en cualquier otra parte.

»Tampoco se le ocurrió a Davidson, que en realidad era un hombre de gran valor aunque nadie en el mundo conocía ese aspecto de su carácter, que aquel puñado de rufianes sólo le juzgaban por su apariencia, y que para ellos él no era más que un hombre cobarde y blando.

»Los cuatro estaban alrededor de la mesa. Bamtz no tenía ni siquiera el valor para abrir la boca. Fue Niclus quien le dijo que se uniera a ellos para tomar un trago.

»—Me temo que tendré que quedarme aquí un rato para ayudarla a ella con el muchacho —respondió Davidson sin detenerse.

»Era lo mejor que podía decir para no levantar sospechas y, dado el estado de la situación, Davidson pensó que no le convenía tampoco quedarse demasiado tiempo allí.

»Se sentó en un viejo barril de madera que estaba junto al improvisado catre del chico mientras la sonriente Anne iba de aquí para allá preparando una bebida caliente, que luego le fue dando a cucharadas al chico, deteniéndose de cuando en cuando para mirar con gesto conmovido su acalorado rostro. Al menos había triunfado en hacer amistad con aquel diablo francés. Davy sabía que ella conocía la forma para hacerse agradable ante la mirada de un hombre.

»Y Davidson asintió sin ni siquiera mirarla.

»La gran bestia había llegado a hacerle a ella un par de confianzas. Ella le había cogido las cartas cuando estaban jugando la partida. ¡Y Bamtz! ¡En su estupidez Bamtz se contentaba con ver al francés de buen humor! Y el francés había acabado creyendo que ella era de ese tipo de mujeres a las que todo les da

igual. Y así fue como él se animó a hablar con ella con franqueza. Anne le confesó que los otros no esperaban encontrar una mujer en casa de Bamtz cuando llegaron y que al principio se habían sentido un poco molestos en su presencia.

»Los dos estaban en la habitación ocupados en encargarse del chico, por eso a nadie le sorprendió que se dirigieran el uno al otro en voz baja.

»—Pero ahora creen que yo soy mejor que el mismo Bamtz —dijo con una risita final.

»El chico se quejó. Ella se puso de rodillas a su lado y le contempló con lastima. A continuación, alzando la cabeza, le preguntó a Davidson si pensaba que el muchacho se iba a poner mejor. Davidson le contestó que estaba seguro. Ella murmuró con lástima:

»—Pobrecito. La vida no tiene nada que ofrecerle, un perro tiene más opciones que él, pero aun así no quiero que me deje, Davy. No podría...

»Davidson sintió una profunda lástima por el muchacho. Ella le puso la mano en la rodilla y le dijo que tuviera muchísimo cuidado con el francés. Davy tenía que ser muy cuidadoso y no permitir que se acercara en ningún momento. Como es lógico, Davidson quería saber la razón, porque un hombre sin manos no le parecía peligroso bajo ninguna circunstancia.

»—Hágame caso, no le deje acercarse... eso es todo —insistió ella con nerviosismo, dudó y luego reconoció que esa misma tarde el francés le había llevado aparte de los demás y le había ordenado que le atara al muñón de su mano derecha, un peso de siete libras (uno de aquellos pesos que Bamtz utilizaba en su trabajo). Se había visto obligada a hacerlo, de pronto le había atemorizado su carácter salvaje. Bamtz era un mal tipo y a ninguno de los otros dos le iba a importar en absoluto si le pasaba algo a ella. Y además el francés le había amenazado al decirle que no quería que se supiera lo que le había hecho. Poco más tarde ya la había estado lisonjeando de nuevo. Le dijo que si salía bien toda la operación, cuando acabara todo se la llevaría con él a Haiphong o a otra parte. Un pobre lisiado siempre necesitaba a alguien que le ayudara... siempre.

»Davidson le preguntó si de verdad les veía dispuestos a hacer el mal. Me comentó más tarde que era la cosa más difícil de creer que le había pasado en la vida. Anne asintió, le dijo que el francés estaba decidido a lo del robo, Davy debía de estar atento hacia la media noche, porque lo más probable era que treparan a su

barco para robarle fuera como fuera, para matarle si hiciera falta. Su voz tenía un aire cansado pero mantenía la mirada fija en el chico.

»Aun así Davidson no terminaba de creérselo del todo, el desprecio que sentía por aquellos hombres era demasiado grande.

»—Escuche, Davy —dijo—. Yo saldré con ellos cuando estén dispuestos a empezar y muy mala suerte tendrá que ser si no encuentro algo de lo que me pueda reír. Ellos ya están muy acostumbrados a que me suceda. Risa o llanto... poco importa la diferencia, lo que es seguro es que me podrá escuchar desde el barco en una noche tan tranquila como ésta. Y también oscura. ¡Ya lo creo, Davy! Mire qué oscura es...

»—No corra ningún riesgo por mi causa —dijo Davidson, y luego le indicó que mirara al chico, que parecía haber caído ahora en un sueño muy profundo—. Mire, se pondrá bien.

»Ella hizo un gesto de emoción, como si quisiera estrechar al niño entre sus brazos, pero se detuvo en el acto. Davidson se dispuso a marcharse y ella le susurró a toda prisa.

»—Espere, Davy, les he dicho que normalmente duerme en una hamaca, al exterior, bajo el toldo que está junto a su camarote. Me han estado preguntando muchas cosas sobre sus costumbres y sobre su barco. Tenía que ayudarles y Bamtz se habría dado cuenta si no lo hacía, ¿me entiende?

»Él le hizo una señal amistosa y se fue. Los hombres sentados alrededor de la mesa (menos Bamtz) le miraron. Aquella vez fue Fector quien se dirigió a él:

»— ¿No le gustaría acompañarnos para una partida tranquila, capitán?

»Davidson contestó que ahora que el niño parecía estar dormido pensaba que lo mejor era regresar al barco para poder descansar un poco. Se quedó observando los ojos vidriosos de Fector, su boca congelada en aquella mueca de amargura. El desprecio que Davidson sentía por aquellos hombres le oprimió la garganta, pero lo ocultó con una sonrisa plácida y un tono general de inocencia. Intercambiaron miradas significativas.

»—Nosotros estaremos un buen rato aquí jugando a las cartas —dijo Fector con voz áspera y grave.

»—No hagan mucho ruido.

»—Oh, no se preocupe por eso, somos muy silenciosos. Y si el inválido no se porta como Dios le pediremos a ella que vaya en su busca para que pueda hacer de médico otra vez, manténgase a tiro de piedra.

»—No creo que le guste mucho tirar piedras —dijo Niclaus.

»—No me gusta tirarlas, a no ser que haya una buena razón para hacerlo —dijo Davidson.

»Bamtz dejó escapar una risita enfermiza. El francés fue el único que se levantó y le hizo a Davidson una descuidada despedida. Llevaba los muñones invariablemente metidos en los bolsillos. Ahora Davidson ya conocía la razón.

»Fue hasta el barco. Tenía la mente agitada y ahora estaba furiosamente enfadado. Sonrió (se habría podido decir que era la primera sonrisa sarcástica de toda su vida) al imaginar el peso de siete libras que el francés llevaba escondido en el bolsillo. El rufián había tenido la preocupación de organizarse por si había problemas. Un hombre con un poder insospechado para asestar golpes letales podía participar en una escaramuza repentina por un montón de dinero, incluso contra adversarios armados con revólveres, especialmente si era él quien había empezado la trifulca. Pensó que seguramente estaba dispuesto incluso a utilizarlo contra sus propios compañeros, aunque eso no habría tenido mucho sentido. “No creo que haya oportunidad de luchar por esos dólares en este lugar”, pensó Davidson entrando con calma en el barco. No se molestó en comprobar si había o no alguien en cubierta. Lo cierto era que la mayoría de la tripulación había desembarcado y el resto estaban dormidos, echados aquí y allá en rincones sombríos.

»Tenía un plan y se puso a trabajar en él.

»Fue a buscar un buen montón de ropa de abajo y la dispuso en la hamaca como para dar la sensación de que conformaba un cuerpo humano y luego puso sobre el bulto una manta blanca, la que solía utilizar cuando dormía en cubierta. Una vez hecho eso cargó sus dos revólveres y se subió a uno de los dos botes que llevaba el Sissie. Luego esperó.

»De nuevo volvió a asaltarle el pensamiento el escándalo de que le estuviese sucediendo a él un episodio semejante. Casi le avergonzaba aquella ridícula vigilia a bordo de su propio barco. Comenzó a aburrirse y luego se empezó a dormir. Le

pesaba la inmovilidad de aquel universo a oscuras. Ya ni siquiera le acompañaba el sonido del palmeteo del agua porque la marea se había retirado y el Sissie estaba ahora sobre el fango. De pronto, en medio de aquella noche inmóvil y silenciosa se escuchó el grito de un faisán en el bosque. Davidson se despertó al instante con los nervios de punta.

»En la casa aún se veía el brillo de la vela. Todo seguía en calma, pero Davidson ya no se sentía soñoliento. Una aguda premonición de que algo malo estaba a punto de suceder le mantenía alerta.

»—No tengo miedo —dijo como si discutiera consigo mismo.

»El silencio sellaba sus oídos y aquella impaciencia suya creció hasta un punto insufrible. Se obligó a sí mismo a permanecer inmóvil, pero ya casi estaba decidido a volver a saltar desde el bote cuando desde el interior de la inmensidad de aquel silencio llegó hasta sus oídos el rumor de una risa.

»¿Había sido una ilusión?

»Esperó completamente inmóvil, como un ratón, un ratón totalmente determinado, pero no conseguía desembarazarse de aquella sensación de que algo maligno iba unido al peligro. No pasó nada. ¡No había sido más que una ilusión!

»Le vino la curiosidad de cómo se habían planteado realizar su trabajo. Se puso a pensar en el asunto hasta que toda la situación le pareció más absurda que nunca.

»Había dejado en su camarote la lámpara encendida, como solía hacer. Una parte de su plan era hacer todo como siempre. De pronto vio una sombra que subía por la escala sin hacer el menor ruido, se acercaba hasta la hamaca y se detenía allí. ¡El francés!

»Comenzaron a pasar los minutos. Davidson supuso que la parte del francés (el pobre tullido) era vigilarle a él (a Davidson), mientras los otros entraban en el camarote e intentaban forzar la barra.

»Lo que no había manera de adivinar era qué habían decidido hacer cuando se hicieran con el botín (había diez cajas y cada una de ellas podía ser transportada con facilidad por dos hombres). De momento, al menos Davidson había acertado en cuáles iban a ser sus movimientos, estaban en el camarote. Esperaba que se escucharan en cualquier momento los ruidos de los golpes pero el hecho es que

uno de ellos (seguramente Fector, que en su época se había especializado en abrir escritorios) sabía cómo abrir candados y seguramente había llevado con él sus herramientas. Justo cuando Davidson supuso que aparecerían de vuelta, ellos ya se habían encargado de sacar la barra y dos cajas.

»En medio del difuso y vago resplandor procedente del cielo el francés no parecía moverse más que una estatua. Davidson podría haberle disparado con toda facilidad, pero no era un hombre naturalmente inclinado al homicidio, es más, quería asegurarse de que los otros habían hecho su trabajo antes de abrir fuego, y como no había oído los ruidos que había esperado oír de pronto ni siquiera se sintió seguro de que estuviesen a bordo.

»Mientras escuchaba, el francés, cuya inmovilidad habría podido ser atribuida a una infernal lucha interna, dio un paso adelante y luego otro. Casi en trance, Davidson contempló cómo avanzaba una pierna y sacaba el muñón del bolsillo, el muñón armado, y levantándolo hasta gran altura dejaba caer con todas sus fuerzas la pesa de siete libras en el lugar en el que supuestamente estaba la cabeza del hombre que dormía sobre la hamaca.

»Davidson reconoció que se le pusieron los pelos de punta. Si no hubiese sido por Anne, habría sido su cabeza lo que habría golpeado. La sorpresa que se llevó el francés debió ser mayúscula. Dio un paso alejándose de la bamboleante hamaca, y antes de que Davidson hubiese podido hacer un movimiento, ya se había volatilizado bajando por las escaleras para avisar a sus compañeros.

»Davidson salió del bote al instante, abrió la claraboya y echó un vistazo a los hombres que estaban bajo la escotilla. Ellos miraron asustados hacia lo alto y en ese mismo instante entró el francés gritando:

»—*Trahison! Trahison!*

»Trataron de salir del camarote pero chocaron el uno con el otro y se pusieron a maldecir en voz alta. El disparo que Davidson había hecho desde la claraboya no había herido a nadie, pero corrió al instante hasta el techo y desde allí disparó hacia las sombras que habían salido corriendo hacia la cubierta. Los disparos fueron respondidos y se produjo un tiroteo con disparos y respuestas en el que Davidson se protegió tras el ventilador y vació el revólver hasta que sólo pudo escuchar el sonido del gatillo. A continuación tiró el revólver vacío y cogió el otro que tenía cargado con la mano derecha.

»Durante todo ese espacio de tiempo lo único que se escuchaba sobre los insultos de los otros dos era la voz del francés gritando:

»—*Tuez-le! Tuez-le!*

»Pero a pesar de que disparaban hacia donde él se encontraba lo único que deseaban era escapar. En los destellos de los últimos disparos Davidson les pudo ver escapando sobre la escala. Que había hecho diana, y en más de una ocasión, eso lo daba por descontado. Habían sido dos las ocasiones y dos las voces en las que se había escuchado un grito de dolor, pero aparentemente ninguno de los dos había fallecido.

»Davidson se apoyó contra su baluarte y cargó de nuevo el revólver sin risa. No sentía ni el menor temor de que regresaran, y por otra parte tampoco tenía intención de perseguirles hasta la orilla en medio de la oscuridad. No tenía ni idea de qué estaban haciendo. Comprobando sus propias heridas, seguramente. No muy lejos del banco el francés blasfemaba a gritos e insultaba a sus compinches, maldecía su suerte y el mundo entero. De pronto concluyó con un furibundo y lleno de odio:

»—Ha sido la mujer, esa mujer nos ha vendido.

»Davidson aguantó la respiración en un súbito calambre de remordimiento. Se daba cuenta perfectamente de que había sido Anne quien había propiciado la estratagema de su propia defensa. No dudó ni un instante. Ahora estaba en sus manos salvarla a ella. Saltó hacia la orilla, pero a pesar de aterrizar sobre el embarcadero escuchó un grito que le congeló hasta el alma.

»La luz aún iluminaba la casa. Davidson ya se dirigía hacia ella cuando escuchó otro grito en la dirección contraria, que le hizo cambiar de dirección.

»Y eso fue lo que hizo: cambiar de dirección, pero se detuvo muy pronto. Fue entonces cuando se quedó dudando, completamente perplejo. Imaginó lo que había sucedido. La mujer se las había apañado para escapar de la casa de alguna manera y ahora estaba siendo perseguida por el francés a cielo abierto. Confiaba en que ella hubiese decidido dirigirse hacia el barco en busca de protección.

»Alrededor de Davidson todo parecía inmóvil. Hubiese llegado o no hasta el bote, lo que estaba claro es que el francés había perdido el rastro de la mujer.

»Más tranquilo pero aún muy tenso Davidson se dirigió hacia la orilla.

Apenas había dado dos pasos en aquella dirección cuando un nuevo crujido le hizo detenerse, aquella vez había sonado muy cerca de la casa.

»Estaba casi convencido de que el francés había perdido de vista a la mujer. Sobrevino entonces un rato de silencio, pero el espantoso rufián aún no había desistido de su temible propósito. Había supuesto que ella regresaría para recoger a su hijo y se había quedado cerca de la casa, esperándola.

»Tenía que haber sucedido algo parecido. En cuanto ella entró en la zona iluminada de la escalera que había frente a la casa él debió de abalanzarse sobre ella, impaciente por vengarse. El segundo grito de miedo mortal había tenido que producirse cuando le vio y salió corriendo de nuevo para salvar la vida.

»En aquella ocasión ella se había dirigido al río, aunque no en línea recta. Sus gritos había ido rodeando a Davidson en círculo. Davidson giró sobre sí mismo, siguiendo aquel espantoso sonido en medio de la oscuridad. Habría querido gritar: “¡Anne, por aquí!”, pero no podía. En medio del horror de aquella persecución sintió cómo se le empapaba la frente de sudor y se le secaba y cerraba la garganta. Hubo un último grito supremo y salvaje y luego el silencio.

»El silencio que siguió a continuación parecía, si cabe, más temible. Davidson sintió una especie de repugnancia. Se puso a caminar de frente con el revólver alzado hacia el interior de aquella oscuridad. De pronto una voluminosa sombra saltó a unos metros y trató de escapar. Él disparó hacia ella por instinto y comenzó a correr persiguiéndola, pero tropezó con algo blando que le hizo caer al suelo.

»A pesar de que había quedado un poco lejos de la cabeza sabía que aquello con lo que había tropezado no podía ser otra cosa más que el cuerpo de la sonriente Anne. La recogió aún de rodillas y trató de alzarla en brazos. La sintió tan débil que se detuvo al instante. Estaba tendido boca abajo con la cara directamente mirando al suelo. Había una parte húmeda. Davidson tanteó la cabeza hasta llegar a un lugar en que el cráneo estaba abierto. Ya antes de aquel descubrimiento estaba seguro de su muerte. El francés la había derribado con un golpe por la espalda y luego le había hundido el cráneo con el peso que ella misma le había atado al muñón. A continuación, la aparición de Davidson le había puesto en fuga.

»De rodillas junto a aquella pobre mujer que había muerto de una manera tan penosa Davidson sintió cómo le inundaba una ola de remordimiento. Había

muerto por su culpa. Estaba sobrecogido. Sintió verdadero miedo por primera vez en su vida. Era él quien estaba destinado a morir bajo aquel mismo peso en medio de la noche a manos del mismo hombre que había asesinado a la sonriente Anne. Casi cedió al impulso de alejarse de aquel cuerpo miserable y correr hacia el refugio del barco. Me dijo que incluso había comenzado a hacerlo...

»Resulta casi difícil de imaginar a Davidson alejándose a cuatro patas del cuerpo de la mujer asesinada... aquel Davidson sobrecogido por la idea de que había muerto por su causa. Pero no podía haberse escapado muy lejos. Lo único que le detuvo fue pensar en el muchacho, el hijo de Anne, aquel chico que (recordaba hasta las palabras exactas de Anne) no iba a tener "ni la menor oportunidad en la vida".

»Aquella vida que la mujer había dejado tras ella brilló en la conciencia de Davidson con toda la luz de un encargo sagrado. Se puso completamente en pie y tras quedarse unos segundos inmóvil caminó con decisión hacia la casa.

»Por lo que concernía a su propio miedo, ya estaba determinado al enfrentamiento, pero aquel cráneo abierto le había afectado a la imaginación y se sentía desprotegido en medio de esa oscuridad en la que creía sentir, ahora aquí ahora allá, el sonido de los pasos de aquel asesino sin manos. Pero aun así no cedió en su intento, tenía que sacar vivo al muchacho. Encontró la casa vacía y cogió al chico en brazos. Durante todo aquel proceso hubo un profundo silencio excepto en una ocasión: cuando bajó las escaleras con Tony en los brazos le pareció que llegaba a sus oídos una especie de vago quejido. Le pareció que provenía del espacio oscuro que había entre los postes sobre los que había sido construida la casa, pero no se detuvo a investigar.

»No tiene sentido que le relate en detalle la forma en la que Davidson llegó hasta el barco con aquel peso que el cruel destino de la pobre Anne había depositado en sus brazos, cómo la alarmada tripulación, espantada al ver los destrozos de la noche anterior, se alegró de verle o cómo Davidson regresó a tierra y con ayuda del ingeniero (aún medio muerto de miedo) enrollaron el cuerpo de Anne con una manta para hacer un sepelio en el mar más tarde. Mientras se encontraba entretenido en aquella tarea piadosa, Davidson echó un vistazo alrededor y vio una especie de montón grande de ropa blanca apoyado contra una de las esquinas de la casa. No tuvo ni la menor duda de que se trataba del francés. Al conectarlo con el quejido de la noche anterior, Davidson pensó que era probable que el disparo que había hecho al azar le hubiese provocado una herida que hubiese acabado siendo mortal para el asesino de la pobre Anne.

»En cuanto a los otros, Davidson no volvió a verles en toda la vida. Si consiguieron refugiarse en alguna de las casas del asentamiento o si lo hicieron en el bosque o en el prao de Niclaus no lo supo jamás, el hecho es que se desvanecieron y Davidson no tenía intención de jugarse más el tipo por su casa. No perdió ni un minuto en preparar a la tripulación para la partida del Sissie. Tras haberse alejado unas veinte millas de la costa él mismo se encargó, por utilizar sus propias palabras, de “entregar aquel cuerpo a las profundidades”. Él se encargó de todo. Le ató un peso con una barra de hierro, leyó el servicio fúnebre, levantó la plancha para que cayera el cuerpo y él fue el único que lloró su muerte, y mientras rendía aquellos últimos servicios a aquel cuerpo muerto sentía cómo le invadía una insoportable desolación, provocada por la atroz maldad con la que habían puesto fin a su vida. Su compasión le hacía reprochárselo todo a sí mismo.

»Debería de haber escuchado mejor la última advertencia que le había dado ella. De pronto estaba convencido de que un poco más de atención y astucia habrían bastado para hacer que se retrajera aquella panda de cobardes, pero lo cierto es que en ningún momento había pensado que todo aquello fuese a suceder realmente.

»El cuerpo de la sonriente Anne fue “entregado a las profundidades” a veinte millas sudoeste del cabo Selatan. La tarea que ahora se alzaba frente a Davidson era entregar al hijo de la sonriente Anne al cuidado de su esposa. No quería contarle la historia completa para que no supiera el peligro al que él mismo, Davidson, había estado expuesto, sobre todo después de haber estado burlándose de sus temores poco antes de partir.

»—Pensé que si le contaba toda la historia —me confesó Davidson— ya no iba a estar tranquila jamás mientras yo me encontraba de viaje.

»Le dijo sencillamente que el muchacho era un huérfano, el hijo de alguien con el que él estaba en deuda y que le había pedido en su lecho de muerte que se hiciera cargo de él. Dentro de algún tiempo él le contaría la historia completa, le dijo, mientras tanto confiaba en la bondad y en la ternura de su corazón, en la compasión natural de su corazón femenino.

»Lo que no sabía era que su corazón era del tamaño de un guisante arrugado y que también tenía la calidez correspondiente a ese objeto, que su dificultad para la compasión provenía directamente de sí misma. Se sintió decepcionado ante el aire de frialdad y abierta desconfianza con el que ella escuchó aquella imperfecta historia, pero no dijo nada. En realidad ella casi nunca decía

gran cosa. Era estúpida, pero de las calladas.

»Tampoco se sabe demasiado bien la historia que relató Davidson a su tripulación. Lo cierto es que Davidson se confió con algunos amigos y que relató el episodio completo al Jefe de Puerto.

»El Jefe de Puerto se quedó atónito, como correspondía, pero tampoco pensó que hubiera que presentar una protesta formal a la gobernación holandesa. Lo más probable es que al final no hicieran nada, y además iba a llevarles una tremenda burocracia. Al fin y al cabo el robo no se había producido, y aquellos vagabundos estaban ya en el infierno. Un escándalo tampoco le iba a devolver la vida a la mujer, y la justicia se había confirmado gracias al disparo de Davidson. Lo mejor era dejar pasar toda aquella historia.

»Aquello era de un sentido común aplastante, pero aún así se quedó impresionado.

»—Es una historia terrible, capitán Davidson.

»—Ya lo creo que sí —respondió un Davidson lleno de remordimiento, aunque aún no sabía lo peor: que el estúpido cerebro de su mujer había llegado a la conclusión de que el chico era el hijo de Davidson y que se había inventado aquella historia absurda para poder acoger en su casa a aquel asalto a la decencia, a la virtud y a sus sagrados sentimientos.

»Davidson se percató de cierta tensión en su trato doméstico, pero como ella no había sido muy cariñosa ni en su mejor momento, le pareció que aquella frialdad hasta tenía cierto encanto. Las mujeres son amadas por todo tipo de motivos, incluidos muchos por los que en toda lógica deberían resultar repelentes. Ella le observaba y alimentaba sus sospechas.

»Luego cierto día Ritchie cara de mono pasó a hacerle una visita a la tímida y dulce señora Davidson. Estaba bajo su cuidado y se consideraba a sí mismo un hombre afortunado, era su amigo más antiguo en los trópicos. Decía que era un gran admirador de ella y era un buen conversador. La historia había llegado a sus oídos de una manera un tanto vaga, y como pensaba que ella estaba al tanto comenzó a hablar sobre el tema despreocupadamente. En medio del relato hizo referencia en cierto punto a la sonriente Anne.

»—La sonriente Anne —dijo la señora Davidson al instante—. ¿Quién es ésa?

Ritchie comenzó a explicarse, pero ella le interrumpió al instante:

»— ¿Esa mujer está muerta?

»— Eso creo —respondió Ritchie—. Al menos eso es lo que dice tu marido.

»— ¿Pero no lo sabes con seguridad?

»— No, ¿cómo podría?

»— Eso es todo lo que quería saber —dijo ella y se fue de la habitación.

»Cuando Davidson regresó a casa ella estaba dispuesta a ir a por él, y no precisamente con su habitual y voluble indignación, sino con un jarro de agua fría. Le dijo que sabía que había estado intrigando con una mujer, y que había mancillado su dignidad.

»Davidson le pidió que le escuchara y le contó la historia, pensando que así conseguiría conmover aquel corazón de piedra. Trató de hacerle entender sus remordimientos. Ella le escuchó hasta el final y respondió dándole la espalda:

»— ¡No me extraña que tengas remordimientos!

»— ¿Es que no me crees?

»Ella no respondió ni sí ni no, lo único que dijo fue:

»— Saca a ese mocoso de esta casa.

»— No puedo echarle a la calle —exclamó Davidson—, no puedes estar hablando en serio.

»— No me importa lo más mínimo, para eso están las instituciones caritativas, para acoger a ese tipo de niños.

»— Jamás haré eso —dijo Davidson.

»— Muy bien, en ese caso no hay más que hablar.

»Después de aquello su propio hogar le parecía a Davidson un infierno de la frialdad. Una mujer estúpida que busca venganza puede llegar a ser peor que un

diablo suelto. Él acabó enviando al chico a los Padres Blancos de Malacca. No era una educación muy cara pero ella nunca le perdonó que no lo mandara más lejos. Se había hecho a la idea de que su condición de esposa había sido tan ultrajada que cierto día que Davidson le estaba suplicando que tratara de ser razonable y no les hiciera imposible la vida a los dos, se dio la vuelta hacia él y le gritó que le resultaba repugnante hasta su simple presencia.

»Con aquella escrupulosa delicadeza, Davidson no era precisamente el tipo de hombre capaz de reafirmar sus derechos frente a una mujer que aseguraba no ser capaz de tolerar ni su presencia. Agachó la cabeza y a los pocos minutos ya estaba haciendo los arreglos necesarios para que regresara con sus padres. Aquello era exactamente lo que exigía su ultrajada dignidad. Y aparte siempre le habían disgustado los trópicos y había detestado a la gente entre la que había tenido que vivir como esposa de Davidson. Agarró su pura, sensible y pernicioso alma y se la llevó a Fremantle o algún lugar cercano. Y, como es lógico, la pequeña se fue con ella. ¿Qué habría podido hacer el pobre Davidson con aquella niña, incluso aunque ella le hubiese permitido quedársela? Habría sido implantable.

»Y ésa es la historia que le ha borrado a Davidson la sonrisa del rostro... algo que tal vez no habría ocurrido si no hubiese sido tan buen hombre.

Hollis se detuvo, pero antes de que nos levantáramos de la mesa le pregunté si sabía qué había sido del hijo de la sonriente Anne.

Él contó con cuidado la vuelta que le había llevado el camarero chino y luego alzó la cabeza:

»—¡Oh! Ésa es la sorpresa final. Se convirtió en un muchacho brillante y los Padres se encargaron de proporcionarle una gran educación. En su corazón, Davidson tenía la esperanza de que se convirtiera en su apoyo, porque a su manera también es un hombre que necesita ayuda. Tony creció, se convirtió en un joven prometedor pero... ¡Ahí lo tienes! Quiere hacerse cura, su sueño es convertirse en misionero. Los Padres le han asegurado a Davidson que se trata de una verdadera vocación. Le han comentado que tiene una predisposición especial para las misiones. De modo que parece que el hijo de la sonriente Anne acabará llevando una vida consagrada en algún lugar de China, puede que hasta se convierta en mártir, lo que está claro es que el pobre Davidson se va a quedar a la intemperie. Acabará muriendo sin ninguna muestra de afecto humano a su lado a causa de aquellos viejos dólares.

EL ALMA DEL GUERRERO

El viejo oficial de grandes bigotes blancos dio rienda suelta a su indignación.

—¿Cómo es posible que todos ustedes, jovencuelos, no tengan más sentido común? A muchos de ustedes no les vendría mal limpiarse los labios de leche antes de juzgar a los rezagados de una generación que han hecho mucho, y sufriendo no poco, por su tiempo.

Los oyentes hicieron sentir al instante su arrepentimiento y el anciano guerrero se calmó un poco, pero no se quedó en silencio.

—Yo soy uno de ellos, me refiero a que soy uno de los rezagados —continuó con calma—. ¿Y qué fue lo que hicimos? ¿Qué conseguimos? El gran Napoleón cayó sobre nosotros con la intención de emular las gestas de Alejandro de Macedonia, con toda una multitud de naciones apoyándole. A la impetuosidad y fuerza francesas nosotros opusimos enormes espacios desiertos, y después presentamos dura batalla hasta que su ejército se quedó inmóvil en sus posiciones y durmiendo sobre sus propios cadáveres. Después de aquello sucedió el muro de fuego de Moscú, se le vino totalmente encima.

»A partir de ahí empezó la derrota del Gran Ejército. Yo les vi en desbandada como si se tratara del fatídico descenso de miles de pálidos y demacrados pecadores a través del círculo helado del infierno de Dante, abriéndose cada segundo un poco más ante sus miradas llenas de desesperación.

»Los que consiguieron escapar con vida casi tuvieron que llevar las armas clavadas al cuerpo con doble remache para poder salir de Rusa en medio de aquella helada que partía las piedras, pero quien nos culpara de que les dejamos huir no estaría más que diciendo una insensatez. ¿Por qué? Porque nuestros mismos hombres llegaron hasta el límite de su resistencia... ¡Su resistencia rusa!

»Es evidente que nuestro espíritu no había sido dominado y que nuestra causa no sólo era justa, sino sagrada, pero eso no conseguía amainar el viento que soplaba sobre hombres y caballos.

»Para bien o para mal, la carne es débil, y al final quien paga el precio es la Humanidad. ¿Por qué? En aquella batalla de la pequeña aldea de la que les hablaba luchábamos tanto por la victoria como por el refugio que nos ofrecían aquellas pequeñas casas. Y los franceses no eran muy distintos de nosotros.

»No se trataba ni de gloria ni de estrategia. Los franceses sabían a la perfección que aquello les iba a obligar a retirarse antes del alba y nosotros sabíamos que lo harían. En lo que se refería a la guerra tampoco había nada más por lo que luchar, y a pesar de todo tanto su infantería como la nuestra pelearon como gatos salvajes, o como héroes, si prefieren decirlo de ese modo, entre aquellas casas, mientras nuestros refuerzos se congelaban al aire libre bajo el inclemente viento del norte que arrastraba la nieve sobre la tierra. Hasta el aire resultaba increíblemente sombrío en contraste con la tierra blanca. Jamás había visto la creación de Dios con un aspecto tan siniestro como el que tenía aquel día.

»Nosotros, la caballería (no éramos más que un puñado), poco podíamos hacer aparte de darle la espalda al viento y soportar alguna que otra bala perdida de los franceses. Hay que decir también que aquellos eran los últimos cañones franceses, y era la última vez que pudieron mantener en posición a su artillería. Unos cañones que jamás consiguieron salir de allí. A la mañana siguiente los encontramos abandonados, pero aquella tarde aún seguían arrojando un fuego infernal sobre nuestra columna de ataque. El viento era tan fuerte que se llevaba el humo, y hasta el sonido, pero las lenguas de fuego se podían ver a la perfección a lo largo de todo el frente francés. Una ráfaga de nieve lo ocultaba todo, menos los centelleos de color rojo oscuro entre las espirales blancas.

»A intervalos, cada vez que se despejaban un poco las líneas, podíamos comprobar cómo avanzaba interminablemente una columna a través de la llanura, a la derecha. El Gran Ejército se arrastraba en desbandada mientras a nuestra izquierda la batalla continuaba en medio de un gran estruendo. El torbellino de nieve barría todo aquel escenario de muerte y desolación, hasta que de pronto el viento amainó tan rápidamente como se había levantado aquella mañana.

»En ese instante nos llegaron órdenes de atacar a la columna que se retiraba, no sé por qué, puede que para evitar que nos congeláramos sobre nuestras monturas. Giramos a la derecha y nos pusimos al paso, dispuestos a atacar aquella línea por uno de sus flancos. Serían aproximadamente las dos y media de la tarde.

»Hay que añadir también que hasta aquel momento de la campaña mi regimiento todavía no había estado en la primera línea de avance del ejército de

Napoleón. Desde la invasión, y durante todos aquellos meses, la división a la que pertenecíamos había estado luchando en el norte contra Oudinot. Sólo más tarde habíamos ido descendiendo y empujándole en nuestro frente hacia el Beresina.

»Era, por resumir, la primera vez que tanto mis camaradas como yo veíamos de cerca el Gran Ejército de Napoleón. La visión era temible y sobrecogedora. Por mi parte, había escuchado las historias de la gente y había podido contemplar también a algunos de los rezagados, pequeñas bandas de maleantes, grupos de prisioneros a lo lejos. ¡Pero ahí estaba el mismísimo ejército! Era una muchedumbre desfallecida, medio loca, tambaleante. Fluía desde el bosque a más de dos kilómetros de distancia y se perdía en la oscuridad de los campos. Trotamos hacia ella, lo que era en aquel momento la máxima velocidad que podíamos arrancarles a nuestros caballos, y caímos sobre aquella masa humana como si se tratara de una tierra movediza. No ofrecieron ninguna resistencia. Escuché algunos disparos, alrededor de media docena. Hasta sus mismos sentidos parecían haberse congelado con ellos. Aún tuve tiempo para echar un buen vistazo, mientras cabalgaba hacia el frente del escuadrón. Les aseguro que algunos de aquellos hombres estaban tan perdidos para nada en este mundo que no fuera su propia desgracia, que ni siquiera se dieron media vuelta para contemplar cómo cargábamos sobre ellos. ¡Soldados!

»Mi caballo empujó a uno de ellos con el pecho. El pobre desdichado llevaba un capote azul de los dragones e iba completamente harapiiento y chamuscado, ni siquiera alzó la mano para quitarme las riendas y salvarse. Sencillamente se fue al suelo. Nuestras tropas avanzaban sableando y acuchillando... También yo... ¿Qué esperaban? El enemigo es el enemigo. Pero lo cierto es que un sentimiento de profundo espanto se empezó a apoderar de mi corazón. No se oía ningún tumulto, sólo una especie de murmullo intercalado por gritos más fuertes y gruñidos, mientras aquella turbamulta seguía avanzando y empujando entre nosotros, sin aparentemente ningún sentimiento. En el aire había un hedor a harapos y a heridas. Mi caballo no paraba de tropezar en medio de aquel remolino humano, era como atravesar cadáveres galvanizados a los que la vida ya había dejado atrás hacía mucho tiempo. ¡Invasores! Sí... Dios ya había ajustado cuentas con ellos.

»Le clavé la espuela a mi caballo para que despejara el camino y sentí una repentina conmoción y un gemido de furor cuando nuestro segundo escuadrón cayó sobre ellos por nuestra derecha. Mi caballo perdió pie y alguien me agarró de la pierna. No tenía ningún deseo de que me derribaran del caballo y di un sablazo de revés y sin mirar. Escuché un grito y la pierna quedó libre en el acto.

»Justo en ese momento pude ver a un subalterno de mi regimiento a poca distancia de donde yo me encontraba. Su nombre era Tomassov. Una multitud de cadáveres andantes con ojos parecidos al cristal rodeaban su caballo cada vez más enloquecidos. Él se mantenía muy rígido sobre su montura, sin mirarlos y con la espada tranquilamente envainada.

»Aquel Tomassov... en fin, tenía barba. Ya sé que todos tenemos barba de vez en cuando, por las circunstancias, o por falta de cuchilla. Éramos todos una panda de aspecto salvaje en aquellos días infames en los que muchos de nosotros no llegaron a sobrevivir. No tengo que recordarles hasta dónde llegaron nuestras pérdidas. Sí, les puedo asegurar que nuestro aspecto era muy salvaje. *Des russes sauvages...*

»Tomassov llevaba barba... pero no tenía un aspecto *sauvage*. Era el más joven de todos nosotros, y con eso quiero decir que era realmente joven. De lejos tenía un aspecto aceptable, a pesar de la muerte y de la impronta que la campaña había dejado en nuestros rostros, pero cuando uno se encontraba lo bastante cerca de él como para poder mirarle a los ojos se notaba de inmediato que era muy joven, aunque no era exactamente un niño.

»Aquellos ojos eran azules, de un azul parecido al de los cielos otoñales, soñadores y alegres, inocentes. Un tupé rubio adornaba su frente como si se tratara de una diadema de oro en una época normal.

»Seguramente estarán pensando que hablo de él como si se tratara de un héroe de novela, bueno, pues eso no es nada comparado con lo que el edecán había descubierto sobre él. Había descubierto que tenía "labios de amante", fuera eso lo que fuera. Si a lo que se refería el edecán era a que tenía una bonita boca, en fin, pues lo cierto era que la tenía bastante bonita, pero él lo decía con desprecio. Nuestro edecán no era precisamente un hombre delicado. "Miren esos labios de amante", solía decir a voz en grito cada vez que hablaba Tomassov.

»A Tomassov, como es lógico, la broma no le gustaba un pelo, pero hasta cierto punto había sido él mismo quien se había expuesto a las burlas debido a la honda huella que había dejado en él la pasión amorosa, una huella que quizá no era de una naturaleza tan extraordinaria como él parecía creer. Lo que hacía que sus compañeros aceptaran sus rapsodias era el hecho de que tenían que ver con Francia... ¡con París!

»Ustedes, jovenzuelos de esta generación, no son a veces capaces de

medir el prestigio que aquellos nombres tenían entonces en el mundo entero. París era el centro de todas las maravillas para todos los hombres de este mundo que habían recibido el don de la imaginación. La mayoría de nosotros éramos jóvenes y estábamos bien relacionados, pero apenas acabábamos de salir de nuestros pequeños nidos de provincias, no éramos más que unos pobres servidores de Dios, unos paletos, por decirlo rápido, de modo que estábamos más que dispuestos a escuchar todas aquellas historias que Tomassov nos contaba sobre París. Le habían agregado a nuestra delegación en París el año anterior a la guerra, seguramente tenía buenos contactos, aunque muy bien había podido ser la simple fortuna.

»No creo que fuera un miembro importante de aquella delegación por su juventud y su casi total falta de experiencia. Al parecer, disponía de todo el tiempo del mundo cuando estaba en París y lo utilizó para enamorarse, para permanecer en ese estado y para cultivarlo, para vivir pensando sólo en el amor, por decirlo de una vez.

»De modo que había sido algo más que un simple recuerdo lo que se había traído de Francia. El recuerdo es algo fugitivo, puede ser olvidado, puede disolverse y puede ponerse en duda. ¿Por qué? Porque yo mismo he llegado a veces a dudar y porque también a mí me llegó el turno de visitar París. El largo camino hacia allí con las batallas como etapas todavía me parecería increíble si no fuera por cierta bala de mosquete que he transportado siempre en mi persona desde cierto episodio de caballería que me ocurrió en Silesia, muy al comienzo de la campaña de Leipzig.

»Aun así, los episodios amorosos acaban siendo siempre más impresionantes que los episodios de peligro, y no suele enfrentarse al amor cuando se encuentra entre las tropas. Los episodios amorosos son menos frecuentes y más íntimos, y recuerden que en el asunto de Tomassov todo había sucedido hacía muy poco tiempo aún. Ni siquiera habían pasado tres meses desde que había regresado de Francia cuando estalló la guerra.

»Tanto su mente como su corazón estaban aún llenos de aquella experiencia. Aún estaba sobrecogido por lo que le había sucedido, y era normal que saliera con frecuencia en sus charlas. Se consideraba a sí mismo como una especie de privilegiado, pero no exactamente porque una dama le hubiese favorecido sino sencillamente, cómo lo podría explicar, porque había recibido la iluminación que le había llevado a adorarla, como si se hubiese tratado de algo que proviniera del mismísimo cielo.

»Sí, no hay duda, era un hombre ingenuo. Un jovenzuelo puede ser, pero nada tonto, y a pesar de eso poco dado al pensamiento, inocente y poco suspicaz. Se pueden encontrar a muchos como él por aquí y por allá, sobre todo en las provincias. También había algo de poético en él. Sólo podía ser él mismo. Supongo que nuestro padre Adán tendría cierta poesía de la misma naturaleza. En cuanto al resto, era un *russe sauvage*, como solían llamarnos los franceses, pero no del tipo que se alimenta de velas como si se tratara de un manjar. En cuanto a la mujer, la mujer francesa, bueno, yo también he estado en Francia acompañado de otros cien mil rusos, y he de confesar que jamás la he visto. Lo más probable es que no se encontrara en París en ese momento. Y, fuera como fuera, no vivían tras puertas que se abrieran de par en par ante tipos como yo, ya entienden lo que quiero decir. Jamás me he visto en dorados salones, por lo que no puedo contarles qué aspecto tenía, algo que tal vez pueda parecer extraño porque yo era, por decirlo de alguna manera, el confidente de Tomassov.

»Enseguida le entraba la timidez al hablar frente a los demás. Supongo que en más de una ocasión los rudos comentarios de otros camaradas hirieron su sensibilidad, pero yo estaba a su lado y realmente me tuve que resignar. La verdad es que nadie debería esperar que un jovenzuelo, y más en la situación en la que se encontraba Tomassov, pudiera refrenar su lengua. Y en cuanto a mí —aunque supongo que no me creerán cuando se lo diga—, no había mucho problema porque soy una persona más bien callada.

»En muchas situaciones él interpretó mi silencio como simpatía. Todo aquel mes de septiembre fue un periodo tranquilo para nuestro regimiento, y permanecimos alojados en varias aldeas. Fue durante esos días cuando escuché la mayor parte de aquella... no sé si llamarla historia. La historia que yo tengo en la cabeza es otra cosa. Desahogo, se podría llamar.

»Yo me quedaba en silencio, a gusto mientras Tomassov me relataba entusiasmado su historia, y cuando hubo acabado yo permanecía en silencio. Se imponía en aquellas situaciones una especie de efecto silencioso que, creo, también satisfacía al propio Tomassov.

»Ella, como es lógico, no era una mujer joven. Puede que se tratara de una viuda. Fuera como fuera, no recuerdo que Tomassov mencionara a su marido ni una sola vez. Tenía un salón, algo realmente distinguido, una especie de centro social en el que ella reinaba con gran distinción.

»No sé por qué motivo yo me imaginaba aquella pequeña corte compuesta

fundamentalmente por hombres, aunque Tomassov, debo añadir, era un experto en mantener aquellos detalles magistralmente al margen de la narración. Por mi honor que ni siquiera podría decir si era rubia o morena, si sus ojos eran marrones o azules, cuánto medía, sus rasgos ni nada sobre su complexión. Su amor parecía residir en un lugar al que no alcanzaban ni siquiera las impresiones físicas. Nunca la describió exhaustivamente, pero estaba dispuesto a admitir que en su presencia los pensamientos y sentimientos de todo el mundo giraban irremediabilmente a su alrededor. Era ese tipo de mujer. En su salón se mantenían todo tipo de conversaciones sobre los temas más elevados, pero a través de ella fluía inaudible, como el sonido de una música misteriosa, la afirmación, el poder y la tiranía de la belleza. Por lo visto, la mujer era hermosa y sabía separar a sus contertulios de sus intereses en la vida y hasta de sus vanidades. Era una delicia secreta y una secreta preocupación. Cada vez que la miraban, todos los hombres sentían súbitamente la sensación de haber malgastado sus vidas. Ella era la misma felicidad, el goce puro, y no llevaba más que tristeza y desazón a los corazones de los hombres.

»En resumen, debió de ser una mujer extraordinaria, o bien Tomassov era un hombre extraordinario, capaz de sentir por una mujer como ella todas aquellas cosas de una manera tan convincente. Ya he comentado que el muchacho llevaba mucha poesía en su interior, pero todo cuanto relataba sonaba a cierto. Muchas veces los poetas son los que más se acercan a la verdad, nadie lo niega.

»Ya sé que donde no hay mucha poesía es en mi relato, pero me falta ese talento, y no me cabe duda de que la dama fue muy amable con el joven cuando éste consiguió ingresar en su salón. En realidad, lo más increíble de todo fue que lo consiguiera, pero cuando lo consiguió aquel inocente se vio rodeado de la compañía más distinguida y de los hombres mejor relacionados. Y todo el mundo sabe lo que significa eso: enormes barrigas, cabezas calvas, dientes que faltan... así al menos lo relataría algún guasón. Ahora imagínense en medio de esa comitiva a un hombre joven, modesto, de buen ver, impresionable, entregado. ¡Por mi honor, vaya un contraste! Vaya un descanso en medio de todos aquellos sentimientos desgastados. Y junto a todo ello la dosis justa de poesía que hace que los simples no parezcan tontos.

»A partir de aquel momento se convirtió en un esclavo devoto e incondicional. Su recompensa eran sonrisas, y de cuando en cuando poder acceder a la intimidad de la casa. Es muy posible que aquel sofisticado bárbaro fuera del gusto de la dama. Es muy posible que, ya que no se alimentaba a base de velas, pudiera satisfacer otras necesidades de ternura de la mujer. Ya saben ustedes que hay muchas formas de ternura para las mujeres sofisticadas. Me refiero a las

mujeres con cerebro e imaginación, no me refiero a las temperamentales, ya saben lo que quiero decir. Y es que ¿quién es capaz de entender sus necesidades y caprichos? La mayoría de las veces ni siquiera ellas mismas saben nada sobre sus anhelos más íntimos, y van dando tumbos de una cosa a otra, a veces con resultados catastróficos. Y cuando eso sucede, ¿quién se asombra más que ellas? Aun así, el caso de Tomassov era más que idílico. Se encargaba de divertir a aquella elegante sociedad, y su devoción le proporcionaba algo semejante al éxito social. A él todo le daba lo mismo, para él sólo había una divinidad y un santuario en el que se le permitía entrar y salir fuera de las horas de recepción establecidas.

»Aprovechó con total libertad todos los privilegios que le habían dado, ya que no tenía ningún compromiso oficial. La legación militar había resultado ser más honorífica que otra cosa, y como estaba presidida por un amigo personal de nuestro emperador Alexander, que a su vez sólo se dedicaba a disfrutar de la vida en sociedad... eso era al menos lo que se daba a entender.

»Una de aquellas tardes, Tomassov fue a ver a la reina de sus pensamientos un poco antes de lo habitual. Resultó que no estaba sola, no era uno de aquellos personajes de barriga generosa y cabeza calva, aunque tampoco se trataba de un cualquiera. Era un hombre que pasaba los treinta años, un oficial francés que hasta cierto punto gozaba también de la misma privilegiada intimidad. Tomassov no sentía celos de él, aquel sentimiento le habría parecido casi presuntuoso al pobre hombre.

»Todo lo contrario, en realidad sentía admiración por el oficial. No se pueden hacer una idea de hasta dónde llegaba en aquella época el prestigio de los soldados franceses, incluso entre nosotros los rusos, que siempre nos habíamos enfrentado a ellos mejor que nadie. Era como si llevaran en la frente el signo de la victoria, y como si esa marca fuera a durar para siempre. Si no hubiesen sido tan conscientes de eso habrían sido casi sobrehumanos, pero eran buenos camaradas y sentían una especie de fraternidad hacia todo aquel que llevase armas, no importaba que fuera en su contra.

»Aquél era un ejemplar de primera, un oficial de la capitanía general, y aparte un hombre que pertenecía a la mejor sociedad. Era de complexión fuerte y muy masculino, aunque se acicalaba tanto como una mujer. Tenía la seguridad de un hombre de mundo. Su frente, blanca como el alabastro, contrastaba de una manera impresionante con el saludable color del resto de su cara.

»No sé si tenía o no celos de Tomassov, pero sospecho que debía estar un

poco molesto, como si se tratara de algo absurdo y perteneciente al terreno de lo sentimental, pero esos hombres de mundo suelen ser impenetrables, y aparentemente condescendía a reconocer la existencia de Tomassov más liberalmente de lo que habría sido estrictamente necesario. En un par de ocasiones le había llegado incluso a ofrecer consejo con gran tacto y delicadeza. Tomassov fue completamente conquistado por aquellas pruebas de amabilidad bajo la fría cortesía de la mejor sociedad.

»Tomassov fue llevado hasta el *petit salón*, donde encontró a aquellas dos exquisitas personas sentadas la una junto a la otra en el sofá, y por un instante le dio la impresión de haber interrumpido una conversación especial. Los dos le miraron de forma extraña, o eso le pareció, pero tampoco le dieron a entender que estaba de más. Tras un rato la dama le dijo al oficial cuyo nombre era De Castel:

»—Me gustaría que se tomara la molestia de averiguar cuánto de verdad hay en ese rumor.

»—Es algo más que un simple rumor —contestó el oficial, pero se levantó obedientemente y se marchó. La dama se volvió hacia Tomassov y le dijo:

»—Usted quédese conmigo.

»Aquel mandato le hizo inmensamente feliz, y en ningún momento había tenido intención de marcharse.

»Ella le miró con aquella ternura que hacía que algo creciera y se expandiera en el interior de su pecho. Se trataba de una deliciosa sensación, incluso cuando provocara que de cuando en cuando se le cortara casi la respiración. Se sumergió como en éxtasis en aquella charla seductora y tranquila, llena de alegría inocente y de quietud espiritual. Le daba la sensación de que ardía su pasión, y envolvía a la dama con fieras lenguas azules de la cabeza a los pies y por encima de su cabeza, mientras su alma reposaba en el centro como una gran rosa blanca...

»Mmm, creo que es suficiente. Me contó muchas cosas parecidas pero ésta la recuerdo bien. Él mismo lo recordaba perfectamente porque se trataba de uno de sus últimos recuerdos de la dama. Aquella iba a ser la última vez que la iba a ver, aunque eso no lo sabía aún.

»De Castel regresó, y su presencia acabó con aquella atmósfera encantadora en la que Tomassov había estado bebiendo, completamente inconsciente del mundo exterior. Tomassov no pudo evitar sentirse impresionado ante la distinción

de sus movimientos, la soltura de sus ademanes, la superioridad de aquel hombre sobre todos los hombres que conocía. Aquello le hacía sufrir. No podía evitar pensar que esas dos brillantes criaturas del sofá estaban hechas el uno para el otro.

»De Castel se sentó junto a la dama y le susurró con discreción:

»—No hay ni la menor sombra de duda de que es cierto —y en ese momento los dos miraron hacia Tomassov, que despertó de su estado de ensueño y regresó a una semiconciencia. Se sentó sonriéndoles vagamente.

»La dama retiró la mirada del sonrojado Tomassov y dijo con una gravedad poco habitual en ella:

»—Necesito saber si vuestra generosidad puede ser suprema... sin falla. El amor más alto ha de ser el origen de toda perfección.

»Tomassov no pudo evitar abrir los ojos de admiración ante aquellas palabras que habían salido de sus labios como si se tratara de perlas. El sentimiento, sin embargo, no iba dirigido al primitivo y joven ruso, sino al exquisito hombre de mundo, De Castel.

»Tomassov no alcanzó a ver el efecto que produjo en el oficial francés, porque en ese instante inclinó la cabeza y se quedó contemplando sus relucientes botas. La dama susurró con tono amable:

»— ¿Tiene usted escrúpulos?

»De Castel, sin levantar aún la mirada murmuró:

»—Podría convertirse en una interesante cuestión de honor.

»Ella respondió vivaz:

»—Eso seguramente es algo artificial y yo suelo ser partidaria de los sentimientos naturales. En realidad no creo en otra cosa, aunque puede que su conciencia...

»Él la interrumpió:

»—En absoluto. No tengo una conciencia infantil. El destino de esa gente no tiene interés militar para nosotros. ¿Qué podría importar? La fortuna de Francia es

invencible.

»—En ese caso... —dijo ella significativamente y poniéndose en pie. Tomassov se apresuró a hacer lo mismo. Se sentía afectado por un estado de profunda ofuscación mental. Mientras se llevaba a los labios la blanca mano de la dama escuchó cómo decía el oficial francés:

»—Si tiene alma de guerrero... —En aquella época la gente solía hablar de ese modo—. Si tiene alma de guerrero caerá a sus pies en el acto con el corazón agradecido.

»Tomassov se sintió resbalar hacia una oscuridad más densa incluso que la anterior. Siguió al oficial francés fuera de la habitación y fuera de la casa porque tenía la sensación de que era lo que se esperaba de él.

»Estaba empezando a anochecer, hacía mal tiempo y la calle estaba casi desierta. El francés, extrañamente, no parecía tener intención de irse y Tomassov esperó sin impaciencia. Nunca tenía prisa de irse de la casa en la que ella vivía. Y aparte había ocurrido algo maravilloso. Aquella mano que había alzado con reverencia desde los dedos se había presionado contra sus labios. ¡Había recibido un favor secreto! Casi se sentía atemorizado. El mundo se había puesto a dar vueltas y aún no se había detenido del todo. De Castel se detuvo en seco en la esquina de aquella calle tranquila.

»—No me gustaría ser visto a su lado en las calles iluminadas, señor Tomassov —dijo con una extraña mueca de desdén.

»—¿Por qué? —preguntó el joven, demasiado sorprendido aún como para sentirse ofendido.

»—Por prudencia —respondió el otro secamente—. Me temo que nos tenemos que separar en este punto, pero antes de hacerlo le revelaré algo cuya importancia entenderá de inmediato.

»Piensen, por favor, que se trataba de una noche de finales de marzo, y que era el año de 1812. Durante mucho tiempo había ido creciendo la frialdad de las relaciones entre Rusia y Francia. La palabra “guerra” llevaba siendo susurrada en los salones desde hacía mucho tiempo, y finalmente había empezado a sonar también en círculos oficiales. La policía parisina había descubierto que nuestro delegado militar había sobornado a algunos funcionarios del Ministerio de la Guerra y había obtenido algunos documentos oficiales muy importantes. Los

funcionarios corruptos (al parecer eran dos) habían confesado su crimen y les iban a fusilar esa noche. Todo el mundo iba a comentar el asunto al día siguiente. Pero lo peor de todo es que el emperador Napoleón estaba tremendamente furioso con el episodio y había decidido arrestar al delegado ruso.

»Aquella fue la revelación a la que se había referido De Castel, y aunque la había hecho en voz muy baja, Tomassov la había sentido como si hubiese sido estruendosa.

»—Le van a arrestar —murmuró desolado.

»—Sí, y se quedará como preso político... junto a todos los que están con él...

»El oficial francés agarró con fuerza el brazo de Tomassov por encima del codo.

»—Y se quedarán en Francia —repitió en el oído de Tomassov, le soltó el brazo, dio un paso atrás y permaneció en silencio.

»—¡Y es usted, usted, quien me cuenta todo esto! —exclamó Tomassov con una gratitud casi equiparable a su admiración por la generosidad de su futuro enemigo. ¡Ni un hermano habría mostrado tanta generosidad! Trató de buscar la mano del oficial pero éste permaneció con el capote cerrado. Puede que en la oscuridad no se diera cuenta de su gesto. Retrocedió un poco y con su voz segura de hombre de mundo, como si estuviera hablando de una mesa de juego o algo parecido, llamó la atención de Tomassov sobre el hecho de que si quería hacer uso de la advertencia cada segundo era valioso.

»—Ya lo creo que sí —afirmó Tomassov—. Hasta la vista entonces. No tengo palabras para agradecerle su generosidad, pero si se da la ocasión, lo juro, podrá disponer de mi vida...

»El francés se retiró y un segundo más tarde ya se había desvanecido en una calle solitaria. Tomassov se quedó solo y no desperdició ni uno solo de los valiosos minutos de los que disponía aquella noche.

»Comprueben cómo la murmuración y la charla ociosa de la gente pueden pasar a la historia. Si leen los anales de esos tiempos descubrirán como un hecho demostrado que nuestro delegado fue advertido por una dama de alta alcurnia que estaba enamorada de él. Se sabe, como es lógico, que era un hombre de éxito entre

las mujeres y en las más altas esferas, además, pero lo cierto es que la persona que le avisó no fue otra distinta que nuestro sencillo Tomassov, un amante muy distinto.

»Ahí reside el secreto de cómo nuestro delegado consiguió escapar de las manos de Napoleón. Tanto él como todos sus oficiales consiguieron escapar sanos y salvos de Francia, tal y como ha quedado consignado en la Historia.

»Y entre sus oficiales, como es lógico, estaba el propio Tomassov. En palabras del oficial francés, se podía decir que había demostrado tener alma de guerrero, y lo que más podía deprimir a un hombre con un alma así era ser arrestado antes del comienzo de una guerra, ser alejado de su país cuando su país se encontraba en peligro, estar lejos de su familia militar, de su obligación, su honor... y su gloria.

»Tomassov se estremecía cada vez que pensaba en la tortura moral de la que había escapado y alimentaba en su corazón el sentimiento hacia aquellas dos personas que le habían salvado de aquel cruel calvario. ¡Eran unas criaturas maravillosas! Para él el amor y la amistad eran dos características de la perfección, y había encontrado de ello ejemplo en los dos, por eso les rendía un culto desafortunado. Lo sucedido afectó su manera de ver a los franceses en general, y eso que era un gran patriota. Como es lógico, le indignaba que quisieran invadir su país, pero en su indignación no había ni una sombra de animadversión personal. Tenía una naturaleza fundamentalmente delicada. Le apenaba la tremenda dimensión del sufrimiento humano que contemplaba a su alrededor. Estaba lleno, de un modo varonil, de una gran compasión por todas las formas de la desdicha humana.

»Naturalezas de menor calidad que la suya no solían entender demasiado bien aquel punto, y en el regimiento le apodaron Tomassov “el humano”.

»No parecía ofenderle. No hay nada incompatible en realidad entre la humanidad y el alma de guerrero. La gente sin compasión suele ser más común entre los civiles, los políticos, los comerciantes. En cuanto a las feroces palabras que se escuchan en boca de la gente decente durante los tiempos de guerra... en fin, la lengua es un miembro rebelde en el mejor de los casos, y cuando se es presa de la excitación no hay manera de refrenar su furiosa actividad.

»Por eso tampoco me llevé una gran sorpresa cuando vi a nuestro Tomassov con la espada desenvainada justo en medio de aquella carga. Más tarde, cuando

nos alejábamos de allí al trote le vi muy callado. No era muy hablador, pero me pareció evidente que aquella visión tan cercana del Gran Ejército le había afectado muy profundamente, como si hubiese contemplado algo que no es de este mundo. Yo mismo había sido siempre un hombre más bien tosco y, en fin, ¡ahí tenía que vérmelas con aquel hombre tan lleno de poesía! Se pueden imaginar fácilmente la impresión que todo aquello le había causado. Cabalgamos codo con codo sin abrir la boca. Todo aquello estaba más allá de las palabras.

»Plantamos nuestro campamento a lo largo del borde del bosque para que nuestros caballos estuviesen protegidos. El tumultuoso viento del norte había amainado tan rápidamente como se había levantado, y la calma del gran invierno reinaba en las tierras entre el Báltico y el Mar Negro. Casi se podía sentir su gélida inmensidad sin vida alcanzando las estrellas.

»Nuestros hombres habían encendido varias hogueras para los oficiales, y habían limpiado la nieve alrededor. Disponíamos de grandes troncos para sentarnos, y en general era un campamento bastante tolerable, incluso sin la exaltación propia de la victoria. Más adelante la sentiríamos, de momento estábamos abrumados por nuestra áspera y difícil tarea.

»Alrededor de nuestro fuego estábamos tres, y el tercero de nosotros era el edecán que ya he comentado antes. Supongo que era un buen hombre en el fondo, pero lo cierto es que también habría podido ser un poco más educado en sus modales y menos rudo en sus expresiones. Solía razonar sobre la conducta de la gente como si un hombre fuera algo tan simple como, por decir algo, dos palos cruzados el uno con el otro. En realidad, un hombre es más semejante al mar, cuyos movimientos son siempre demasiado complejos como para ser explicados y cuyas profundidades pueden llevar a la superficie en todo momento Dios sabe qué.

»Estuvimos charlando un rato sobre la carga, no demasiado. Es una de esas cosas sobre las que no es fácil conversar. Tomassov murmuró algo sobre que aquello le había parecido una carnicería. Yo no comenté nada. Ya he comentado que casi enseguida dejé que mi espada colgara ociosa de mi muñeca. Aquella turbamulta ni siquiera había hecho nada por defenderse, tan sólo unos cuantos disparos. Habían herido a dos hombres de los nuestros. ¡A dos! Y lo que habíamos hecho era cargar sobre la columna principal del Gran Ejército de Napoleón...

»Tomassov murmuró débilmente:

»— ¿Qué sentido tiene todo esto?

»Yo no quería discutir, de modo que me limité a responder:

»— ¡En fin!

»Pero el edecán intervino al instante de una manera muy desagradable:

»— Al menos ha servido para que los hombres entren un poco en calor, a mí al menos me ha acalorado. Sólo con eso me parece un buen motivo. ¡Pero nuestro Tomassov es tan humano! Y aparte está enamorado de una mujer francesa y es amigo de un montón de franceses, seguro que ahora está sintiendo lástima por ellos. No te preocupes amigo, ahora somos nosotros los que vamos rumbo a París, no tardarás en verla... —Aquél era uno de sus estúpidos discursos, todos pensábamos que la toma de París sería una cuestión de años... y al final... En menos de dieciocho meses me estaban estafando en un espantoso lugar del Palais Royal.

»La verdad, sucede con mucha frecuencia que una de las cosas más insensibles de este mundo es revelada a los idiotas. No creo que aquel edecán nuestro creyera sus propias palabras, lo único que quería era burlarse de Tomassov, algo que hacía sólo por costumbre, pura costumbre. Como es lógico, nadie contestó nada, de modo que acabó apoyando la cabeza en las manos y se quedó dormido en aquella misma postura, frente al fuego.

»Nuestra caballería se encontraba en el ala derecha del ejército, y debo confesar que lo protegíamos muy pobremente. A aquella altura había perdido casi por completo el sentido de la inseguridad, pero aún manteníamos la pretensión de mantenernos en alerta de alguna manera. Al poco rato apareció un soldado a caballo, trayendo otro caballo de las riendas, y Tomassov lo montó muy rígido y salió a hacer una ronda por los puestos de avanzada. Los absolutamente inútiles puestos de avanzada.

»La noche estaba en calma, sólo se oían los chispazos de la hoguera. El viento embravecido se había elevado y alejado de la tierra, y no se oía ni el más leve soplo. Sólo la luna llena cruzó el cielo rápidamente, clavándose inmóvil sobre nuestras cabezas. Recuerdo que en aquel momento alcé mi peluda cara hacia ella y que me la quedé mirando un rato. Luego, lo creo de verdad, me dormí yo también doblado sobre mi tronco e inclinando la cabeza sobre el fuego.

»Conocen la calma de ese tipo de sueños. Por un instante uno tiene la

sensación de precipitarse en un abismo, y al instante siguiente estás de vuelta en un mundo que crees demasiado lejano para cualquier sonido que no sea la trompeta del Juicio Final. Y luego caes otra vez, hasta tu alma parece deslizarse por un pozo sin fin, y de nuevo recuperas la conciencia con un sobresalto. Uno se convierte en un simple juguete del sueño cruel, un tormento los dos estados.

»Aun así, cuando mi ordenanza se presentó frente a mí repitiendo: “¿Me haría el honor de comer algo? ¿Me haría el honor de comer algo?”, me las arreglé para mantener la conciencia. Me ofrecía una cacerola recubierta de hollín con unas gachas cocidas. En la masa habían incrustado una cuchara de madera.

»En esa época aquel era el único rancho que recibíamos con normalidad. ¡Comida para gallinas! Pero el soldado ruso es maravilloso. El muchacho esperó hasta que terminé con mi festín, y a continuación se retiró con la cacerola vacía.

»Ya se me había pasado el sueño. Más aún, me había quedado en un estado totalmente despejado, con una especie de exagerada consciencia mental de todo cuanto me rodeaba. Son ese tipo de extraordinarios momentos en la vida de un hombre. Sentía una íntima percepción de la tierra en toda su enorme extensión nevada que no dejaba ver más que los árboles con sus erguidos troncos semejantes a tallos. Ante aquella imagen de aflicción generalizada, me pareció estar escuchando los gemidos de la humanidad apagándose hasta morir en medio de aquella naturaleza sin vida. Ellos eran franceses. Nosotros les odiábamos. Habíamos vivido separados los unos de los otros y de pronto habían caído sobre nosotros con las armas en la mano, trayendo consigo a otras naciones, y todo para morir juntos, dejando a nuestras espaldas un interminable reguero de cadáveres congelados. Tuve una vívida visión de aquel rastro: una lamentable multitud de pequeñas tumbas oscuras extendiéndose bajo la luz de la luna en medio de una atmósfera inmóvil e implacable... una especie de paz nauseabunda.

»¿Pero es que acaso se podía imaginar una paz distinta para ellos? ¿Es que merecían otra cosa? No sé mediante qué tipo de conexiones irrumpió en mi cerebro el pensamiento de que la Tierra era un planeta pagano y que no había en él espacio para las virtudes cristianas.

»Puede que les sorprenda que recuerde tan bien todas estas cosas. ¿Qué es un simple pensamiento de ese estilo como para permanecer en el interior de un hombre a lo largo de tantos años de vida? Pues lo que hizo que aquel sentimiento tan vago quedara fijado a perpetuidad en mi memoria hasta con sus sombras y brillos más minúsculos fue un episodio de extraña finalidad, uno de esos episodios

que no se olvidan en la vida, como entenderán cuando se lo relate.

»No creo que llevara entretenido en aquellos pensamientos más de cinco minutos cuando sucedió algo que me indujo a mirar por encima del hombro. No creo que fuera un sonido, porque la nieve los apagaba todos, pero algo debió de ser, alguna especie de señal debió de llegar a mi conciencia. Fuera como fuera, me di la vuelta y contemplé cómo se acercaba hacia mí sin haber tenido la menor premonición previa. Lo único que conseguí ver fue la sombra de dos figuras acercándose hacia donde yo estaba bajo la luz de la luna. Uno de ellos era nuestro Tomassov. La masa oscura que se veía a su espalda eran los dos caballos que su ordenanza se estaba llevando. Tomassov tenía el mismo aspecto de siempre, con sus botas altas, una esbelta figura que acababa en una capucha puntiaguda, pero junto a él caminaba otra figura. Al principio desconfié de lo que creía estar viendo. ¡Increíble! Llevaba en la cabeza un reluciente casco con penacho e iba envuelto en un capote blanco. El capote no era tan blanco como la nieve, nada en este mundo lo es, su blanco era en realidad más parecido al de la neblina y tenía un aspecto marcial y fantasmagórico. Era como si Tomassov hubiese atrapado al mismísimo dios de la guerra. Me di cuenta al instante de que guiaba a aquella figura por el brazo, y luego me di cuenta de que le estaba sosteniendo. Mientras les miraba, y puedo jurar que les miraba muy fijamente, siguieron arrastrándose —iban casi a rastras de hecho—, y así llegaron hasta la luz de nuestro fuego de campamento, pasando ante el tronco en el que estaba sentado. Su resplandor jugaba con el casco que estaba completamente abollado, mientras que el rostro mordido por el frío y cubierto de llagas estaba enmarcado por una piel raída. No era el dios de la guerra, sino un oficial francés. El gran capote blanco de coracero estaba desgarrado y cubierto de orificios quemados. Sus pies estaban envueltos en viejas pieles de cordero sobre los restos de sus botas. Parecían monstruosas, y él se tambaleaba sobre ellas sostenido por Tomassov, quien finalmente le ayudó a sentarse con mucho cuidado en el mismo tronco en el que estaba yo.

»No había en mí de asombro.

»—Ha traído a un prisionero —le dije a Tomassov sin creer del todo lo que estaban viendo mis ojos.

»Han de comprender que a no ser que se rindieran en grandes grupos, nuestra política no era hacer prisioneros. ¿De qué nos habría servido? Nuestros cosacos mataban a los rezagados o los dejaban a su suerte, según les parecía. El resultado era más o menos el mismo.

»Tomassov se volvió hacia mí con aspecto preocupado.

»—Surgió del suelo, de alguna parte cuando salía del puesto de avanzada — dijo—. Creo que lo hizo a posta, porque se arrojó ciegamente sobre mi caballo. Se agarró a mi pierna, y como es lógico ninguno de los compañeros se atrevió a tocarlo.

»—Se ha salvado por los pelos — dije.

»—No se daba cuenta —dijo Tomassov observando a aquel hombre con aspecto incluso más preocupado aún. Me lo he traído agarrado a la cinta de cuero de mi estribo, por eso he tardado tanto. Me dijo que era un oficial del estado mayor y luego, como si estuviera ya condenado, dio un grito de dolor y dijo que me tenía que pedir una gracia, un favor supremo. Que si entendía lo que quería decir, añadió luego con un susurro diabólico.

»Por supuesto que le dije que le comprendía. *Oui, je vous comprends.*

»Entonces, dijo, hágalo. ¡Ahora! Pronto... Por piedad.

»Tomassov hizo una pausa y me miró de una manera extraña por encima de la cabeza del prisionero.

»— ¿Qué quería decir? — pregunté.

»—Es lo mismo que le pregunté yo —respondió Tomassov con sorpresa—, y a continuación me dijo que quería que le hiciese el favor de levantarle la tapa de los sesos. Como buen camarada soldado, añadió. Como un hombre humano, un hombre con sentimientos.

»El prisionero estaba sentado entre nosotros dos, con el rostro de una momia espantosa cubierta de cuchilladas, un espantapájaros marcial, un horror espantoso de trapos y mugre con los ojos repletos de vida, y en su interior un fuego sin fin en un cuerpo abatido por la miseria, un esqueleto en el festín de la gloria. De inmediato aquellos ojos inaplacables se quedaron de nuevo fijos en Tomassov. El pobre hombre le devolvió la mirada fascinado a aquella cáscara de hombre. El prisionero cacareó en francés:

»—Yo le reconozco, ¿no se da cuenta? Usted es aquel jovenzuelo ruso. Aquel día se mostró muy agradecido, ahora le pido que pague su deuda. Páguela, libéreme con un disparo. Usted es un hombre de honor y yo no tengo ni un sable

roto. Todo mi ser se rebela ante mi propia degradación. Ya sabe quién soy.

»Tomassov no dijo una palabra.

»— ¿Es que no tiene alma de guerrero? —preguntó el francés con un susurro iracundo y a la vez con un tono cargado de burlona intención.

»—No lo sé —respondió el pobre Tomassov.

»Menuda mirada de desprecio le regaló aquel pajarraco con sus ojos inconquistables. Parecía vivir sólo gracias a la fuerza que le proporcionaba su desesperación y su desdicha. Dio un grito de repente y se derrumbó en el suelo convulsionado por calambres, algo que a veces sucedía al calor del fuego en los campamentos. Era como si le estuviesen sometiendo a una tortura espantosa, pero aun así trataba de luchar contra el dolor. Gimió en voz baja y nos inclinamos sobre él para evitar que se deslizara hacia el fuego mientras susurraba a intervalos "*Tuez moi, tuez moi...*".

»El edecán se despertó al otro lado de la hoguera y empezó a jurar ante los gritos del francés.

»—¿Qué es esto? ¿Nos vas a seguir atormentando con tu infernal humanidad, Tomassov? —exclamó—. ¿Por qué no has arrojado a este diablo al infierno de la nieve?

»Como no le prestamos ni la menor atención acabó levantándose y se fue a otra hoguera. Tras un rato el oficial francés comenzó a tranquilizarse. Hicimos que se apoyara en el tronco y nos sentamos en silencio uno a cada lado hasta que sonó el toque de diana con la primera claridad del día. La gran llama que se había mantenido durante toda la noche comenzó a palidecer sobre la capa de nieve, mientras el aire helado se colmaba de las insolentes notas de las trompetas de la caballería. Los ojos del francés, que habían permanecido inmóviles y vidriosos y que por un momento nos habían hecho concebir la esperanza de que hubiese muerto sentado tranquilamente entre los dos, se movieron de izquierda a derecha quedándose fijos, por turnos, en nuestros rostros. Tomassov y yo intercambiamos miradas de consternación y De Castel nos sorprendió a los dos con una voz de ultratumba:

»—*Bonjour, messieurs.*

»Apoyó la barbilla en el pecho y Tomassov se dirigió a mí en ruso:

»—Es él, el hombre del que te hablé... —Yo afirmé hacia Tomassov y él continuó con tono angustiado—. ¡Sí, es él! Aquel hombre brillante y esplendoroso del que te hablé, aquel al que amaban las mujeres y envidiaban los hombres... Este horror... esta cosa miserable que no consigue morir. Es terrible.

»No le miré, pero entendí a la perfección lo que quería decir. No podíamos hacer nada por él. Aquel invierno vengador del destino oprimía por igual a los fugitivos y a los perseguidores con su puño de hierro. Compasión no era una palabra de uso común ante aquel inexorable destino. Quise decir algo sobre un convoy que se iba a preparar en la aldea, pero me quedé mudo ante la silenciosa mirada de Tomassov. Los dos conocíamos a la perfección aquellos convoyes: muchedumbres de infelices sin esperanza a los que los cosacos llevaban a punta de lanza de regreso a través de aquel infierno de hielo.

»Nuestros escuadrones habían formado en uno de los límites del bosque y pasaron unos minutos de inquietud. De pronto el francés intentó ponerse en pie. Le ayudamos sin saber lo que estábamos haciendo.

»—Vamos —dijo con voz tranquila—, ha llegado el momento. —Hizo una larga pausa y luego añadió en un murmullo—: Y también mi valor... por mi honor.

»De nuevo hubo otra larga pausa y finalmente susurró:

»—¿No podría acaso conmover a un corazón de piedra? ¿Es que tengo que pedirlo de rodillas?

»Otro nuevo silencio se desplomó entre los tres. Luego el francés gritó una última palabra iracunda hacia Tomassov:

»—¡Cobarde!

»En el rostro del muchacho no se movió ni un solo músculo. Yo decidí en mi interior ir a buscar a un par de guardias para que se llevaran a aquel prisionero a la aldea. No había nada que pudiéramos hacer, pero apenas había caminado seis pasos hacia los caballos que se encontraban frente a nuestro escuadrón cuando... aunque supongo que ya lo habrán adivinado. Por supuesto que sí. Yo también lo adiviné, aunque también les puedo asegurar que la detonación de la pistola de Tomassov fue lo más extraño que se pueda imaginar. Ya se sabe que la nieve amortigua los sonidos. Apenas sonó como un sencillo chasquido. No creo que ni uno solo de los ordenanzas que estaban preparando los caballos se diera ni siquiera la vuelta.

»Así es, Tomassov lo había hecho. El destino había puesto a De Castel en manos del único hombre que habría podido entenderle, pero había elegido al pobre Tomassov como víctima. Ya saben ustedes cómo es la justicia del mundo y el juicio de la humanidad. Cayeron duramente sobre él con todo el rigor y la hipocresía que se puede imaginar. ¿Por qué? ¿Por qué hasta aquel animal del edecán fue el primero en dejar caer una acusación sobre el asesinato a sangre fría de uno de los prisioneros? Tomassov, como es lógico, no fue suspendido de su servicio, pero tras el asedio de Danzig pidió la licencia del ejército y se sumergió en las profundidades de la provincia, donde la vaga sospecha de un episodio oscuro le persiguió durante años.

»Así es, lo había hecho. ¿Y qué fue? El alma de un guerrero pagando su deuda por cien al alma de otro guerrero para liberarle de un destino peor que la muerte: la pérdida de la fe y el valor. Así es como lo deberían de entender ustedes. No lo sé. Puede que el propio Tomassov no se conociera del todo a sí mismo, pero yo fui el primero que se acercó a aquel oscuro grupo en la nieve: el francés estaba completamente rígido y tumbado de espaldas, Tomassov tenía la rodilla en tierra y estaba más cerca de los pies del francés que de su cabeza. Se había quitado el sombrero y le brillaba el pelo como si fuera oro en medio de los primeros copos de nieve que estaban empezando a caer. Estaba inclinado sobre el muerto en actitud contemplativa y su rostro joven e ingenuo, con los párpados medio cerrados, más que horror o sufrimiento, dejaba ver el reposo profundo de una silenciosa e infinita meditación.

EL CUENTO

La luz del crepúsculo agonizaba lentamente del otro lado del amplio y único ventanal como un enorme resplandor monótono y sin color, enmarcado por las rígidas sombras de la sala.

Era una habitación alargada. El inevitable ascenso de la noche avanzaba desde el fondo donde el susurro de la voz de un hombre, interrumpido con entusiasmo y con entusiasmo otra vez reanudado, parecía defenderse de respuestas dichas en voz baja y con infinita tristeza.

Por fin se dejaron de oír las respuestas. Los movimientos del hombre al levantarse pesadamente junto al profundo y oscuro sofá que contenía la sombría silueta de una mujer reclinada revelaron que se trataba de un hombre alto para aquel techo más bien bajo, y que iba vestido completamente de negro, salvo por el contraste brutal del cuello blanco bajo el perfil de la cabeza y la chispa débil e insignificante de algún botón cobrizo de su uniforme.

La observó un momento, con una quietud masculina y misteriosa, y luego se sentó en una silla a su lado. Sólo alcanzaba a ver el borroso óvalo de su cara dada la vuelta, y sus manos pálidas extendidas sobre el vestido negro, manos que un momento atrás se habían abandonado a sus besos y que ahora parecían extenuadas, como si estuvieran demasiado cansadas para moverse.

No se atrevía a hacer ningún sonido, como cualquier otro hombre se sentía reducido por las mediocres necesidades de la existencia. Y como suele suceder, fue la mujer la que tuvo el coraje. Primero se escuchó la voz de ella, casi era la misma voz de siempre, aunque vibraba por sus emociones contradictorias.

—Dime algo —dijo.

La oscuridad escondió primero la sorpresa de él y luego su sonrisa, como si no le hubiera dicho recién todo lo que debía decirle ¡y por enésima vez!

—¿Qué puedo decirte? —le preguntó con admirable seguridad. Estaba empezando a sentirse agradecido con ella por ese tono definitivo en su voz que

aliviaba tanto la presión.

—¿Por qué no me cuentas un cuento?

—¡Un cuento! —realmente estaba sorprendido.

—Sí, por qué no.

Aquellas palabras salieron con cierta vanidad, eran un indicio de la voluntad de la mujer amada que se comportaba caprichosamente sólo porque su voluntad era un mandato a veces vergonzante pero siempre difícil de evitar.

—Por qué no —repitió él con un tono ligeramente burlón, como si ella le hubiera pedido que le entregara la luna. Pero ahora le enfadaba un poco esa agilidad femenina para desembarazarse de un sentimiento como si se tratara de un espléndido vestido.

Escuchó que ella le decía un poco insegura, con una especie de entonación agitada que le recordaba de pronto al vuelo de una mariposa:

—En una época solías contar muy bien esas historias tuyas, tan sencillas y... profesionales, o al menos lo hacías lo bastante bien como para conseguir mi atención. Tenías... tenías una especie de arte entonces, antes de la guerra.

—¿En serio? —preguntó con una tristeza involuntaria—. Pero ya sabes que la guerra sigue aún —continuó con una voz tan apagada y uniforme que ella sintió un leve escalofrío en los hombros. Pero insistió, porque no hay nada más inquebrantable en el mundo que el capricho de una mujer.

—Podría ser un cuento sobre otro mundo —agregó.

—¿Quieres un cuento sobre el otro mundo, sobre el más allá? —preguntó él sorprendido—. Tal vez deberías pedírselo a los que ya están allí.

—No, no me refiero a eso. Me refiero a otro mundo, a algún otro mundo. En el universo... no en el cielo.

—Menos mal... pero sólo tengo cinco días de permiso.

—Lo sé. Yo también me he tomado cinco días de... de mis deberes.

—Me gusta esa palabra.

—¿Cuál?

—Deber.

—A veces es horrible.

—Bueno, eso es porque crees que es una palabra limitada, pero no lo es. Contiene toda un infinitud, por eso...

—¿Y esa jerga?

Él ignoró la despreciativa interrupción.

—Un perdón infinito, por ejemplo, pero en cuanto a ese otro mundo, ¿quién va a ir a buscarlo y a rescatar los cuentos que contiene?

—Tú —dijo ella con una afirmación dulce, extraña, casi dura.

Desde su silla él hizo un vago movimiento de asentimiento, cuya ironía no podían ocultar ni todas las sombras juntas.

—Como tú quieras. En ese mundo, entonces, había una vez un Oficial al mando y un Nórdico. Debes pensarlos con mayúsculas porque no tenían otros nombres. Era un mundo lleno de mares, continentes e islas...

—Como la Tierra —susurró ella con amargura.

—Así es. ¿Qué otra cosa se puede esperar al enviar a un hombre hecho de nuestra misma, atormentada y vulgar arcilla a un viaje de descubrimiento? ¿Qué otra cosa podría encontrar? ¿Qué otra cosa podrías entender tú o qué otra cosa podría interesarte o de qué otra cosa podrías siquiera intuir la existencia? Pero hay humor en la historia. Y sacrificio.

—Igual que siempre... Igual que en la Tierra —murmuró.

—Igual que siempre. Y como sólo puedo percibir del universo aquello que está profundamente arraigado en las fibras de mi ser, en esta historia habrá también amor, pero no hablemos de eso.

—No, no hablemos de eso —dijo ella en un tono neutral que escondía muy bien su alivio... o su decepción. Después de una pausa, agregó—: Que sea una comedia.

—Bueno... —Él también hizo una pausa—. De alguna manera lo es, pero una más bien triste. Será un cuento humano y, como sabes, la comedia es sobre todo una cuestión de perspectiva, pero no es una historia estridente. Sus largos cañones están silenciados, como los de los telescopios.

—¡Ah, entonces habrá armas! ¿Puedo preguntar *dónde*?

—A flote. Supongo que recuerdas que hablábamos de un mundo en el que había mares. Allí se estaba luchando una guerra. ¡Era un mundo de lo más divertido!, aunque también terrible. La guerra se desarrollaba en tierra firme, sobre el mar, debajo del agua, en el aire e incluso bajo el suelo, y muchos de los jóvenes que peleaban solían decirse, sobre todo cuando estaban en la sala de oficiales o en los comedores (y te pido disculpas por lo soez de mi vocabulario): «No es más que una guerra de mierda, pero al menos es mejor que no tener ninguna». Suena un tanto frívolo, ¿no?

Le llegó desde el fondo del sofá un suspiro nervioso, impaciente.

—Pero a pesar de eso hay más en esta historia de lo que parece a simple vista. Quiero decir, más sabiduría. La frivolidad, al igual que la comedia, no es más que una cuestión de perspectiva. Es cierto que no era un mundo demasiado sabio, pero había en él cierta lucidez común. Aunque esa lucidez era utilizada sobre todo por los neutrales de distintas maneras, públicas y privadas, que debían ser controladas por mentes más agudas y con la vista realmente afilada. Ellos mismos debían ser muy astutos, te lo aseguro.

—Me lo puedo imaginar —dijo ella, despreciativa.

—¿Hay algo en el mundo que no puedas imaginar? —contestó con sobriedad—. Es como si llevaras el mundo entero dentro de ti, pero volvamos a nuestro Oficial al mando que, por supuesto, dirigía algún tipo de barco. Puede que mis cuentos hayan sido siempre profesionales (como has comentado antes), pero jamás han sido técnicos, así que sólo te diré que aquel barco había sido antes uno de esos barcos ornamentales, llenos de arrogancia, elegancia y lujos. ¡Antes! Ahora tenía el mismo aspecto que una mujer bonita a la que de pronto hubieran puesto un traje de arpillera y un cinturón con revólveres. Aun así se desplazaba con

ligereza, con agilidad, era un barco muy bueno.

—¿Eso era lo que opinaba el Oficial al mando? —dijo la voz desde el sofá.

—Así es. Con aquel barco solían enviarle a ciertas costas para ver... lo que pudiera ver. Nada más que eso. A veces conseguía cierta información preliminar que le ayudaba, pero otras no. En realidad daba igual, en serio. Era una información tan inútil como transmitir la ubicación o los propósitos de una nube o de un fantasma que adopta una forma ahora y luego otra y que es imposible de encontrar.

»Sucedió durante los primeros años de la guerra. Lo que más impresionaba al principio al Oficial era aquella inalterable superficie del agua que tenía una forma conocida, ni más amigable ni más hostil. En los días buenos el sol esparcía su brillo sobre la superficie azul. A cierta distancia, aquí y allá, caía una pacífica nube de humo y era imposible pensar que la línea clara y familiar del horizonte trazara en realidad el límite de una gran emboscada.

»Sí, era imposible pensar eso hasta que un día de repente se veía un barco que no era el suyo (tampoco es que resulte esto tan impresionante), sino algún otro barco con su propia tripulación, volar por los aires y hundirse casi antes de que uno pudiera comprender qué había pasado. Entonces uno empieza a creer y se esfuerza por ver... lo que pueda ver. Y sigue así pero con la certeza de que algún día uno mismo morirá a causa de algo que no ha llegado a ver. Al final se termina envidiando a los soldados que se limpian el sudor y la sangre de la cara, cuentan cuántos enemigos han matado y observan el campo de batalla devastado, la tierra desgarrada que parece sufrir y sangrar con ellos. Uno los envidia, de verdad. Envidia la brutalidad que hay en el fondo de todo eso, el sabor de una pasión tan primitiva, la honestidad feroz de un golpe dado con la propia mano, el roce directo y la respuesta inmediata. Porque el mar no da nada de este punto, todo lo contrario, disimula como si no pasara nada.

Ella le interrumpió, un poco excitada.

—Claro. Sinceridad, honestidad, pasión... las tres palabras de tu evangelio. ¡Pero yo no las conozco!

—¿Cómo que no? ¿Acaso no nos pertenecen, no son aquello en lo que creemos? —preguntó él ansioso y sin esperar una respuesta, continuó—: Eso sentía el Oficial. Cuando la noche avanzaba sobre el mar, ocultando lo que parecía la

hipocresía de un viejo amigo, le parecía un alivio. A veces revela circunstancias tan odiosas para uno como la propia falsedad. La noche es lo mejor.

»Por la noche, el Oficial podía dejar volar sus pensamientos —no te diré hacia dónde. Digamos que hacia algún sitio en el que no había más opción que la verdad o la muerte. Pero el mal tiempo en cambio, si bien puede llegar también a provocar una ceguera, no conlleva jamás el alivio. La niebla es engañosa, el fulgor muerto de la bruma es irritante, como si uno estuviera obligado a ver.

»Cierta plomizo y desagradable día el barco navegaba a vapor frente a una peligrosa costa de rocas que se destacaba oscuramente como un dibujo de tinta china sobre papel plateado. De inmediato, el segundo de a bordo habló con el Oficial, le dijo que creía haber visto algo sobre el agua, mar adentro. Tal vez los pequeños restos de un naufragio.

»—Aunque se supone que por aquí no hay restos de naufragios, señor —añadió.

»—Así es —dijo el Oficial—. Según los informes, los últimos naufragios se hundieron muy lejos, hacia el oeste, aunque nunca se sabe. Pueden haberse hundido otros barcos y como no ha habido supervivientes, aún no han sido ni vistos ni reconocidos.

»Así comenzó todo. El curso del barco se modificó para pasar cerca del objeto, ya que era necesario saber con qué tipo de cosas se podían encontrar. Pasaron cerca pero sin rozarlo, ya que no era recomendable entrar en contacto con objetos que anduvieran a la deriva por ahí. Había que acercarse pero jamás detenerse, ni siquiera disminuir mucho la velocidad, no era prudente quedarse merodeando, ni siquiera un instante. Debo aclarar ahora mismo que el objeto no era peligroso en sí mismo. No tiene sentido describirlo. No era nada más visible que, por ejemplo, un barril de alguna forma o color particular, pero aun así llamaba la atención.

»El propio movimiento suave de la pieza la levantó por un instante, como para que pudieran verla más de cerca, y después el barco siguió su curso y la dejó atrás con indiferencia mientras veinte pares de ojos en la cubierta la miraban fijamente por todos lados tratando de ver... lo que pudieran ver.

»El Oficial y su segundo discutieron el asunto con sensatez. Les parecía que no se trataba tanto de una prueba de la sagacidad sino de la *intención* de algunos

neutrales que al parecer, mediante ese tipo de actividades, a veces reabastecían a algunos submarinos que andaban por ahí. O al menos ésa era la creencia general, no se sabía con certeza. Había indicios en aquella época que parecían indicar que se trataba de eso. El objeto, visto de cerca y dejado atrás con aparente indiferencia, no dejaba dudas de que algo así había sucedido en algún lugar de la zona.

»El objeto era más que sospechoso. Pero el hecho de que hubiera sido abandonado como evidencia sembraba otras dudas. ¿Era el resultado de algún propósito diabólico y profundo? Todas las especulaciones en ese sentido se volvieron inútiles de inmediato. Al final los dos oficiales llegaron a la conclusión de que lo más probable era que hubiera sido abandonado allí por accidente, por alguna complicación imprevista, como la repentina necesidad de huir urgentemente del sitio o algo parecido.

»La discusión había transcurrido con frases cortantes y pesadas, separadas por largos silencios pensativos. Durante todo el tiempo, sus ojos vagaban por el horizonte en un constante y mecánico esfuerzo por mantener la vigilancia. El más joven resumió con gravedad:

»—Bueno, es una evidencia, así de sencillo. Es una prueba de lo que ya estábamos bastante seguros antes. Y está a la vista, además.

»—Esto sí que nos viene bien —replicó el Oficial—, los destacamentos están a kilómetros de distancia, el submarino (sólo el diablo sabe dónde se encuentra) está listo para matar y el noble neutral se nos escapa hacia el este ¡Listos para seguir mintiendo!

»El segundo de a bordo se rió un poco de aquel tono pero supuso que a los neutrales no les iba a hacer falta mentir demasiado. Los tipos así se sentían bastante a salvo, a menos que les cazaran con las manos en la masa. Podían darse el lujo de soltar unas risitas. Tal vez aquel tipo estaba incluso riéndose a solas en ese instante. Puede que hubiera hecho esa jugada antes sin importarle la evidencia que dejaba a sus espaldas. Además, era un juego en el que la experiencia le volvía a uno astuto y exitoso.

»Y volvió a reírse, pero al Oficial le revolvía el estómago la delincuencia clandestina de aquellos métodos y la atroz insensibilidad de las tramas que parecían contaminar la fuente última de los sentimientos más profundos y las actividades más nobles de los hombres; parecía corromper la imaginación que erigía los pensamientos más importantes de la vida y la muerte. Sufría...

La voz desde el sofá interrumpió al narrador.

—¡Qué bien le comprendo en eso!

Él se inclinó un poco hacia delante.

—Sí, también yo. En el amor y en la guerra todo debería ser claro como el día, porque ambas partes representan un ideal que es demasiado fácil, terriblemente fácil de degradar en pos de la Victoria.

Se detuvo, y enseguida continuó.

—No sé si el Oficial era capaz de analizar sus sentimientos de una manera tan profunda pero sufría una especie de tristeza desencantada. Puede que incluso sospechara que se trataba de una tontería de su parte. Un hombre es varios hombres pero ya no había tiempo para tanta introspección porque sobre su barco se había extendido una cortina de niebla que venía del sudoeste. Grandes torbellinos de vapor sobrevolaban y se enredaban en el mástil y en la chimenea, de pronto parecían a punto de derretirse. Después desaparecieron. El barco quedó inmóvil, todos los sonidos se apagaron y la propia niebla se detuvo, pero fue aumentando en densidad como si se volviera cada vez más sólida en su increíble y muda quietud. Los hombres seguían en sus puestos pero ya no se veían entre sí. Las pisadas sonaban cautelosas, las voces extrañas, impersonales y remotas, se extinguían sin eco. Una calma blanca y ciega se apoderó del mundo.

»Y parecía, además, que iba a durar días. No digo que la densidad de la niebla no variara, de vez en cuando se dispersaba misteriosamente, dejando a la vista una imagen más o menos fantasmal del barco. Varias veces la presencia de la costa se hundía ante sus ojos en el brillo cambiante y opaco de la enorme nube blanca que flotaba misteriosa sobre el agua.

»Aprovechando esos momentos habían acercado el barco a la orilla con cautela. No tenía sentido permanecer en alta mar con mal tiempo. La tripulación ya conocía cada rincón y cada grieta de aquella costa y pensaban que lo mejor sería llevarlo hasta alguna de las calas. No se trataba de un amplio lugar, sino apenas un espacio lo bastante grande como para que un barco pudiera balancearse estando anclado. Allí estarían mejor hasta que la niebla se dispersara.

»Despacio, con infinito cuidado y paciencia se fueron acercando cada vez más, distinguiendo los acantilados apenas como la amenaza oscura y evanescente de un borde angosto en cuyo pie golpeaba furiosa la espuma. Cuando echaron el

ancla la niebla era tan espesa que, a juzgar por lo que alcanzaban a ver, parecía que estaban a miles de kilómetros de la orilla en mar abierto, aun así podían sentir la protección de la tierra. Había cierta rareza en la quietud del aire. Podían oír, de una forma vaga e imprecisa, el murmullo del oleaje que golpeaba la tierra a su alrededor con misteriosas y repentinas pausas.

»Soltaron ancla, amarraron los cables. El Oficial bajó a su cabina, pero aún no llevaba mucho tiempo allí cuando una voz del otro lado de la puerta requirió su presencia en cubierta. Pensó: “¿Qué pasa ahora?”. Le fastidiaba que le volvieran a llamar para lidiar con aquella aburrida niebla.

»Descubrió que había vuelto a clarear un poco y que el día había tomado el tono plomizo de los oscuros acantilados sin forma ni contorno, pero que se mantenían firmes como una cortina de sombras alrededor del barco, excepto por una única mancha brillante que era la entrada desde el mar abierto. Varios oficiales miraban hacia allí desde el puente. El segundo al mando se le acercó y le dijo, sin aliento y susurrando, que había otro barco en la cala.

»Lo acababan de descubrir varios pares de ojos. Estaba anclado muy cerca de la entrada, era apenas una mancha imprecisa en el resplandor de la niebla. El Oficial lo distinguió por fin cuando miró en la dirección que le señalaban aquellas ansiosas manos. Indudablemente había allí algún tipo de embarcación.

»—Es un milagro que no hayamos chocado contra él al entrar —comentó el segundo de a bordo.

»—Envíe un bote antes de que desaparezca —dijo el Oficial. Suponía que se trataba de un barco costero, no podía ser otra cosa, pero de pronto le asaltó una idea distinta—. De verdad ha sido un milagro que no chocáramos —le dijo al segundo de a bordo, que había regresado tras enviar el bote.

»A esa altura los dos estaban sorprendidos de que la embarcación que habían descubierto no se hubiera manifestado tocando la campana.

»—Es cierto que entramos en silencio —concluyó el más joven—, pero al menos tuvieron que oír a nuestro sondeador. Pasamos a menos de cincuenta metros. ¡Al ras! Por lo menos nos habrán visto, ya que sabían que algo entraba, aunque lo más extraño es que no hayamos oído ningún ruido de ese barco. Los de cubierta han tenido que estar conteniendo el aliento.

»—Sí, ya lo creo —dijo pensativo el Oficial.

»A su debido tiempo regresó el bote, apareció de pronto al costado como si no le hubiese resultado sencillo encontrar su camino en medio de la niebla. El marino a cargo subió a informar pero el Oficial no le dio tiempo a comenzar. Gritó a la distancia:

»—Un barco costero, ¿verdad?

»—No, señor. Un barco extranjero, neutral — fue la respuesta.

»—¡No! ¿De verdad? Cuéntenos más. ¿Qué hace aquí?

»El joven explicó entonces que le habían contado una larga y complicada historia relacionada con problemas en la maquinaria, creíble desde un punto de vista estrictamente profesional porque no le faltaban los elementos de siempre: un desperfecto, una deriva peligrosa a lo largo de la costa, mal tiempo durante días, el temor de una tormenta, y finalmente, la decisión de anclar en cualquier lugar, etcétera. Todo parecía bastante probable.

»—¿Y las máquinas siguen sin funcionar? —preguntó el Oficial.

»—Sí, señor. Tienen un motor a vapor.

»El Oficial se llevó aparte al segundo de a bordo.

»—¡Dios mío! —dijo—. ¡Tenía razón! Contuvieron el aliento cuando pasamos a su lado. ¡Estaban conteniendo el aliento!

»Pero ahora el segundo de a bordo tenía sus dudas.

»—Se sabe que una niebla así es capaz de amortiguar los pequeños sonidos —remarcó—. ¿Para qué iban a contener el aliento después de todo?

»—Para escapar sin que nos diéramos cuenta —contestó el Oficial.

»—¿Pero entonces por qué no se han ido? Podrían haberlo hecho, ya sabe. Tal vez nos habríamos dado cuenta, supongo que no hubieran podido desamarrar sin que oyéramos algún sonido, pero en un minuto habrían podido salir de nuestro campo visual. Se habrían podido marchar sin que tuviéramos una imagen clara de su embarcación, pero no lo han hecho.

»Se miraron. El Oficial negó con la cabeza. Sospechas como las que tenía

ahora no eran fáciles de defender. Ni siquiera se animó a pronunciarlas abiertamente. El encargado del bote terminó su informe, dijo que el cargamento del barco era inofensivo, mercancías prácticas. Se dirigían a un puerto inglés. Tenían los papeles y todo lo demás en orden. No había detectado nada sospechoso.

»Luego, al referirse a los hombres, dijo que la tripulación era de lo más convencional, mecánicos con un exitoso pasado reparando motores. El primer oficial era un tipo arisco y el capitán un nórdico genuino, educado aunque al parecer había estado bebiendo. Daba la impresión de que se estaba recuperando de una borrachera.

»—Le dije que no podía darle permiso para salir. Dijo que no se atrevería a mover su barco ni un centímetro con un tiempo como éste, con mi permiso o sin mi permiso. Igual he dejado a uno de los nuestros a bordo.

»—Bien hecho.

»El Oficial, tras reflexionar un poco más sobre sus sospechas, volvió a llamar aparte al segundo.

»—¿Y si fuera el mismo barco que ha estado aprovisionando a algún submarino infernal? —dijo en voz baja.

»El otro se asustó. Luego dijo con convicción:

»—Se saldrían con la suya, señor. Usted no podría probar nada.

»—Quiero verlo con mis propios ojos.

»—Según el informe que acabamos de oír, me temo que no podría ni siquiera armar una acusación razonable, señor.

»—Iré de todas formas.

»Lo había decidido. La curiosidad es la fuerza motriz del amor y del odio. ¿Qué esperaba encontrar? No podría decirlo, ni siquiera él mismo lo sabía.

»Lo que esperaba encontrar en realidad era una especie de atmósfera, la atmósfera de una traición gratuita que en su opinión nada podía justificar, porque pensaba que ni siquiera servía como excusa el entusiasmo por la maldad. ¿Pero iba a ser capaz de detectarla? ¿De olfatearla? ¿Iba a ser capaz de percibir los

misteriosos mensajes capaces de convertir su inquebrantable sospecha en una certeza lo bastante fuerte como para realizar una maniobra a pesar de los riesgos?

»El capitán le recibió en la cubierta de la popa, alzándose amenazador, rodeado de aquella niebla y entre las formas borrosas del equipamiento típico de un barco. Era un nórdico robusto, con barba y en la plenitud de vida. Llevaba un gorro redondo de cuero ajustado a la cabeza. Las manos las tenía metidas a presión en los bolsillos de la chaqueta corta de cuero y las mantuvo ahí todo el tiempo, mientras le explicaba que en alta mar vivía en el cuarto de mapas. Le llevó hasta allí dando pasos largos y despreocupados. Justo antes de llegar a la puerta bajo el puente se tambaleó un poco, se recuperó, la abrió de un golpe y se puso a un lado, apoyando un hombro casi involuntariamente contra el frente de la sala. Miró vagamente aquel interior lleno de niebla y a continuación siguió al Oficial, cerró la puerta con fuerza, encendió la luz eléctrica de un golpe y se apresuró a meter de nuevo las manos en los bolsillos como si tuviera miedo de que alguien se las quisiera agarrar, ya fuera en un gesto amigable u hostil.

»La habitación era calurosa, parecía cargada. El tradicional estante elevado en el que se guardan los mapas estaba lleno, y la hoja de ruta sobre la mesa se mantenía desenrollada gracias a una taza vacía sobre un pequeño plato en el que se había derramado algún líquido oscuro. Un bizcocho apenas mordisqueado reposaba en la tapa del cronómetro. Había dos sillones pero uno había sido transformado en una cama con una almohada y algunas mantas que ahora estaban revueltas. El Nórdico se dejó caer ahí, con las manos aún en los bolsillos.

»—Pues aquí estamos —dijo con un aire curioso, como si se hubiera sorprendido al oír su propia voz.

»El Oficial observó desde el otro sillón la atractiva y sonrojada cara del Nórdico. Algunas gotas de niebla colgaban de la barba y el bigote. Las cejas, mucho más oscuras, se unían en un ceño de desconcierto. De golpe, se puso en pie.

»—Lo que quiero decir es que no sé *dónde* estamos. Lo cierto es que no lo sé —gritó muy serio—. ¡Que nos cuelguen si miento! No sé cómo he dado la vuelta. La niebla lleva una semana persiguiéndonos, más de una semana, y luego se averiaron las máquinas. Le contaré cómo sucedió.

»Estalló en una gran locuacidad. No hablaba sin prisa pero tampoco sin pausa. A pesar de todo, su discurso no parecía constante. Se detenía en pausas raras, pensativas. Cada pausa duraba apenas un par de segundos, pero tenía la

profundidad de una reflexión interminable. Cuando volvía a comenzar nada revelaba en él ni la más mínima conciencia de aquellos intervalos. Seguía con la misma mirada fija, el mismo tono invariable de seriedad. No se daba cuenta. De hecho, en varias ocasiones aquellas pausas sucedieron en mitad de una frase.

»El Oficial escuchó la historia. Le pareció más verosímil que la simple verdad, pero eso tal vez era un prejuicio. Durante todo el tiempo que habló el Nórdico, el Oficial estuvo atento a una voz interior, un murmullo grave que salía de lo más profundo de su ser y le contaba otra historia, como si deseara mantener viva su indignación y su ira frente a la vil ambición o la llana perspectiva que a menudo se encuentra en el origen de las ideas más simples.

»Era la misma historia que le había contado al encargado del bote una hora antes. El Oficial asentía levemente al Nórdico de vez en cuando. Al fin terminó y miró hacia otro lado. Después agregó, como una idea tardía:

»— ¿No es todo esto suficiente como para enloquecer a un hombre? Además es mi primer viaje por esta zona y el barco es mío. Su oficial ha visto los papeles. No es un gran barco, como se habrá dado cuenta, apenas un viejo carguero, pero alcanza para alimentar a mi familia.

»Levantó su enorme brazo para señalar una hilera de fotografías pegadas a la mampara. Fue un movimiento pesado, como si el brazo fuera de plomo. El Oficial añadió sin ningún cuidado:

»—Debe de estar haciendo una fortuna para su familia con esta vieja embarcación.

»—Lo haré, si no la pierdo —dijo el Nórdico con pesimismo.

»—Una fortuna gracias a la guerra, quiero decir —agregó el Oficial.

»El Nórdico le miró de una manera curiosa, como si no le viera, pero, al mismo tiempo, con interés, como sólo unos ojos de un tono azul muy particular pueden mirar.

»—Pero eso no le enfurecería, ¿verdad? —dijo—. Usted también es un caballero. Nosotros no tenemos la culpa de esta guerra y suponga que nos sentamos a llorar: ¿de qué nos serviría? Dejemos el llanto a quienes tienen la culpa —concluyó enérgico—. El tiempo es dinero, suelen decir ustedes. Bueno, este tiempo *también* es dinero. ¿No le parece?

»El Oficial intentó disimular su inmenso desagrado. Se dijo que era poco razonable. Los hombres eran así, caníbales que se alimentaban de las desgracias ajenas. Respondió en voz alta:

»—Ha dejado perfectamente claro por qué se encuentra aquí. Su bitácora lo confirma puntillosamente. Aunque, como es lógico, una bitácora puede ser manipulada. No hay nada más fácil.

»El Nórdico no movió ni un solo músculo. Miraba el suelo, como si no le hubiera oído. Después de un rato levantó la cabeza.

»—Pero usted no puede sospechar nada de mí —murmuró, apático.

»El Oficial dudó: “¿Por qué me dice esto?”.

»Inmediatamente después agregó:

»—Mi cargamento se dirige a un puerto inglés.

»Su voz sonó más ronca. El Oficial pensó: “Es cierto, puede que no haya nada oculto. No puedo sospechar de él. Pero... ¿por qué estaba con el motor levantado en esta niebla? ¿Y por qué, cuando nos oyó entrar, no hizo alguna señal? ¿Por qué? ¿Acaso puede haber otro motivo aparte de la culpa? Podría haberse dado cuenta por los sondeadores de que somos un barco de guerra”.

»“Sí... ¿por qué?”, seguía pensando el Oficial. “Supongamos que se lo pregunto y estudio sus gestos, en algún momento se delatará. Está clarísimo que ha estado bebiendo. Sí, ha estado bebiendo, pero debe tener una mentira preparada para cada pregunta”. El Oficial era uno de esos hombres que se ponen incómodos, moral y casi físicamente, de sólo pensar que tienen que descubrir una mentira. Se retrajo ante esa posibilidad con indignación y desprecio, unos sentimientos imbatibles por ser más temperamentales que morales.

»En vez de hacerlo salió a cubierta e hizo reunir formalmente a la tripulación para una inspección. Encontró más o menos lo que podía esperar a partir del informe del encargado del bote, y por las respuestas que le dieron no parecía haber ningún error en la bitácora.

»Les permitió marcharse. La impresión que tuvo de ellos fue la de un grupo bien escogido, se les había prometido un buen puñado de dinero a cada uno si todo salía bien y todos parecían un poco ansiosos pero no asustados. Ninguno

parecía dar por terminada la función, no sentían que su vida estuviera en peligro. ¡Conocían demasiado bien Inglaterra y sus rutas!

»Se alarmó al descubrirse pensando así, como si sus remotas sospechas se estuvieran convirtiendo ya en una certeza y es que, de hecho, no había ni la menor lógica en sus deducciones. No parecía haber nada que descubrir.

»Regresó a la sala de mapas. El Nórdico se había quedado merodeando por allí y algo sutilmente diferente en sus modales, una mirada más atrevida en sus ojos azules y vidriosos, hizo creer al Oficial que el tipo había aprovechado la oportunidad para tomar otro sorbo de alguna botella que debía tener escondida por ahí.

»Se dio cuenta, además, de que al mirarle a los ojos el Nórdico había adoptado una elaborada expresión de sorpresa. No habría sido capaz de explicarlo, pero en ese instante el inglés sintió, con una convicción sorprendente, que se estaba enfrentando a una gran mentira, sólida como un muro, cuyo espantoso rostro malvado parecía espiarlo por encima con una sonrisa cínica y sin dejarle ningún camino alternativo hacia la verdad.

»—Supongo —empezó de pronto— que se debe de estar preguntando por qué procedo de esta manera si no lo he detenido, ¿no es así? Además, usted ha dicho que no se atrevería a salir con esta niebla.

»—No sé dónde me encuentro —dijo el Nórdico seriamente—, de verdad no lo sé.

»Echó una mirada alrededor como si las cosas en la sala de mapas le resultaran extrañas. El Oficial le preguntó si no había visto algún objeto extraño flotando a la deriva cuando estaba en alta mar.

»—¿Algún objeto? ¿Qué tipo de objeto? Hemos estado navegando a tientas bajo la niebla desde hace días.

»—Pero también hubo algunos intervalos de cielo abierto —dijo el Oficial—. Voy a contarle lo que hemos visto y las conclusiones a las que hemos llegado.

»Se lo contó en pocas palabras y percibió el sonido de una respiración aguda y contenida entre los dientes del otro. El Nórdico permaneció absolutamente mudo e inmóvil, con las manos apoyadas sobre la mesa. Parecía atónito. Luego esbozó una sonrisa estúpida, o al menos eso le pareció al Oficial. ¿Significaba algo todo

aquello o no tenía ni la menor importancia? No sabía, no lo tenía claro. La verdad se había alejado del mundo como obligada, empujada por la monstruosa maldad de la que aquel hombre era —o no era— culpable.

»—Un disparo no es alternativa para la gente que concibe la neutralidad —remarcó el Oficial luego de un silencio.

»—Sí, sí, por supuesto —afirmó el Nórdico apresurado pero a continuación, inesperadamente y con un tono suave, agregó—: Es posible.

»¿Fingía estar borracho o, por el contrario, intentaba parecer sobrio? La mirada era fija pero también vidriosa. El contorno de los labios bajo el bigote era firme pero se movía con nerviosismo. ¿O no? ¿Por qué se inclinaba hacia abajo?

»—No hay ningún *es posible* en todo esto —dijo el Oficial con severidad.

»El Nórdico se enderezó y, de pronto, se mostró más duro.

»—No. ¿Pero qué hay de los que sucumben a la tentación? Lo mejor sería matarlos a todos. Debe de haber cuatro, cinco o seis millones —dijo con tono apagado, pero de inmediato cambió a una actitud más quejumbrosa—. Aunque mejor me callo la boca. Usted ya sospecha de algo.

»—No, no sospecho de nada —declaró el Oficial.

»No titubeó. A aquella altura ya sólo tenía certezas. El aire en la sala de mapas estaba cargado por la culpa y la falsedad que revelaba el descubrimiento y que desafiaban a la más simple y común decencia, a todo sentimiento de humanidad, a toda reserva en la conducta.

»El Nórdico suspiró.

»—En fin, nosotros sabemos que ustedes los ingleses son unos caballeros, pero hablemos con franqueza. ¿Por qué razón deberíamos quererles tanto? No han hecho nada para que les queramos. Tampoco apoyamos a los otros, por supuesto, tampoco ellos han hecho nada para ganárselo. Un tipo se acerca con una bolsa llena de oro... Le aclaro que no he pisado Rotterdam en mi último viaje.

»—En ese caso tal vez tenga algo interesante que contarnos, cuando llegue al puerto —interrumpió el Oficial.

»—Tal vez lo tenga. Pero ustedes tienen gente contratada en Rotterdam, dejemos que sean ellos quienes hagan esos informes. Yo soy neutral. ¿Ha visto alguna vez a un hombre pobre de un lado y una bolsa llena de oro del otro? A mí no han podido tentarme, no tengo las agallas para eso. De verdad, no las tengo. No es lo mío. Estoy hablándole con franqueza.

»—Sí, y yo le estoy escuchando —contestó con calma el Oficial.

»El Nórdico se inclinó sobre la mesa.

»—Ahora que sé que ya no sospecha nada, le cuento. Usted no sabe lo que es un hombre pobre. Yo lo sé porque yo mismo soy pobre. Este viejo barco no es suficiente y encima está hipotecado, apenas me alcanza para vivir, nada más. Es evidente que yo no tengo agallas. ¡Pero un hombre valiente! Imagínese. Las cosas que lleva en su barco tienen el aspecto de una carga habitual (paquetes, barriles, latas, tubos de cobre). No sabe para qué sirven, no son reales para él. Lo único que ve es el oro, eso sí es real. Por supuesto, a mí no podrían convencerme con nada. Sufro una enfermedad y enloquecería por la ansiedad o... me daría a la bebida. Es un riesgo demasiado alto para mí. Qué diablos, ¡sería la ruina!

»—Sería la muerte.

»Tras aquella aclaración que el otro recibió con una dura mirada combinada extrañamente con una sonrisa incierta, el Oficial se puso de pie. Su asco iba en aumento en aquella atmósfera de siniestra complicidad que le rodeaba, a cada minuto más densa, más impenetrable, más agria que la niebla del exterior.

»—Para mí no es nada —murmuró el Nórdico mientras se tambaleaba notoriamente.

»—Por supuesto que no —asintió el Oficial, haciendo un gran esfuerzo para mantener la voz calma y baja. La certeza en su interior era más fuerte—. Pero me voy a encargar de limpiar de una vez estas costas de gente como usted, y voy a empezar ahora mismo. Deberá usted partir en media hora.

»A aquella altura el Oficial caminaba por la cubierta con el Nórdico a su lado.

»—¿Qué? ¿Con esta niebla? —gritó con voz ronca.

»—Sí, deberán zarpar con esta niebla.

»— ¡Pero si ni siquiera sé dónde estamos! De verdad no lo sé.

»El Oficial se dio la vuelta poseído por una especie de furia. Los ojos de los dos hombres se encontraron. Los del Nórdico expresaban un asombro profundo.

»— Ah, no sabe cómo salir —el Oficial hablaba sin perder la compostura pero el corazón le latía con furia y temor—. En ese caso yo le enseñaré el rumbo. Dirija el barco al sureste durante aproximadamente cuatro kilómetros y allí podrá tirar hacia el este, encontrará el puerto que busca. El tiempo no tardará en mejorar.

»— ¿Debo hacerlo? ¿Quién me obliga? No tengo agallas para...

»— Y aun así debe irse. A menos que quiera...

»— No, no quiero —resopló el Nórdico—. Ya he tenido suficiente.

»El Oficial se alejó por el lateral. El Nórdico permaneció inmóvil como si hubiera echado raíces en cubierta. Antes de que el bote llegara al barco el Oficial escuchó que en el vapor comenzaban a levar anclas. Poco después, sombrío en medio de la niebla, salía navegando hacia el rumbo indicado.

»— Así es —le dijo a sus oficiales— le he dejado partir.

El narrador se inclinó hacia aquel sofá donde ningún movimiento delataba la presencia de alguien vivo.

— Escucha lo que te voy a decir —añadió con violencia—: El rumbo que le dio el Oficial llevó al Nórdico directamente a una saliente de rocas mortal. Dirigió el barco hasta allí, hizo que navegaran hasta allí y se hundieron. El Nórdico había dicho realmente la verdad: no sabía dónde estaba, aunque eso no prueba nada, en ningún sentido. Tal vez sea la única verdad en toda esta historia pero aun así... Es como si hubiera sido obligado apenas por una mirada amenazante, nada más.

Dejó de disimular llegado aquel punto.

— Yo le di ese rumbo. Me pareció que era la prueba más evidente. Creo... No, no lo creo, en realidad no lo sé. En ese momento estaba seguro. Todos se ahogaron. No sé si impuse una pena demasiado severa o si cometí asesinato. No sé si a los cadáveres que ya contaminaban el lecho del insondable mar agregué un grupo de hombres completamente inocentes o de despreciables culpables. No lo sé. Y nunca podré saberlo.

Se puso en pie. La mujer se levantó y le echó los brazos al cuello. Los ojos de ella le parecieron dos destellos en medio de la profunda oscuridad de la sala. Ella conocía la devoción de él por la verdad, cuánto lo horrorizaba la mentira, su humanidad.

—¡Oh, mi pobre, pobre...!

—Nunca podré saberlo —repitió con dureza, se separó, apretó las manos de ella contra sus labios y se marchó.



JÓZEF TEODOR KONRAD KORZENIOWSKI, más conocido como Joseph Conrad (Berdyczów, entonces Polonia, actual Ucrania, 3 de diciembre de 1857 – Bishopsbourne, Inglaterra, 3 de agosto de 1924). Novelista británico de origen polaco considerado uno de los más grandes escritores modernos. Hijo de un noble polaco, quedó huérfano a los once años y estuvo bajo la tutela de su abuela y su tío paternos. A los dieciséis abandonó Polonia rumbo a Marsella, donde inició su andadura como marino mercante, que lo llevaría en una primera etapa a comerciar con armas para las tropas carlistas españolas y a un intento de suicidio.

Ante la imposibilidad de llegar a oficial en la marina francesa y huyendo del peligro de ser reclutado por el ejército zarista (era súbdito ruso de la Polonia ocupada), se trasladó a Londres en 1878, sin saber inglés. Dos años después aprobó el examen que lo convirtió en segundo oficial de la marina mercante, y seis años más tarde el que le proporcionaría el grado de capitán, casi al tiempo que pasó a ser súbdito británico. Navegó durante toda la década siguiente, particularmente por los mares del sur, el archipiélago malayo, África y el río Congo, experiencias que se reflejarían en su obra posterior.

Conrad no comenzó a escribir hasta 1889, en que dio inicio a *La locura de Almayer* (1895), que no terminaría hasta cinco años más tarde, durante los cuales aún continuó navegando, actividad que abandonó definitivamente en 1894. El éxito, no obstante, tardó en llegarle; fue con *Chance* (1912), de la que se vendieron más de 13 000 ejemplares en dos años, pese a que desde el principio sus libros fueron bien recibidos por la crítica.

Aunque la mayor parte de sus narraciones tienen como telón de fondo la

vida en el mar y los viajes a puertos extranjeros, la suya no es una literatura de viajes en sentido estricto. Éstos constituyen, para Conrad, el ámbito en el que se desarrolla la lucha de los individuos entre el bien y el mal, el escenario en el que se proyectan sus obsesiones y, en particular, su soledad, su escisión y el desarraigo (su condición de polaco oprimido primero y luego exiliado debió dejar fuerte impronta en su carácter).

Escribió en total trece novelas, dos libros de memorias y una buena cantidad de relatos. Entre las primeras destacan *Lord Jim* (1900), indagación en torno al problema del honor de un marino que sufre por su cobardía juvenil en un naufragio; *Nostramo* (1904), a menudo considerada su mejor creación; *El agente secreto* (1907), a propósito del mundo anarquista inglés; *Bajo la mirada de Occidente* (1911), situada en la Rusia zarista; *Victoria* (1915), con los mares del sur como escenario, y *La línea de sombra* (1917), narración abiertamente autobiográfica acerca de su primera singladura como capitán a bordo del Otago.

Entre sus relatos largos o novelas breves es preciso mencionar *El corazón de las tinieblas*, publicado en forma de libro en 1902, que constituye, a partir de su recorrido por el río Congo, una verdadera bajada a los oscuros infiernos de la mente humana y su corruptibilidad. Aunque sostuvo cordiales relaciones con algunos ilustres escritores de su tiempo como Henry James o H. G. Wells, y aunque escribió varias novelas conjuntamente con Ford Madox Ford, se mantuvo casi siempre al margen de la vida literaria. Con posterioridad su obra se ha ido valorando cada vez más y ha ejercido un fuerte influjo en la literatura, tanto inglesa como internacional.

Notas

^[12] En español en el original, refiriéndose precisamente a los españoles. [N. de los T.]. <<

^[2] Contramaestre de una tripulación procedente del subcontinente indio y el sudeste asiático. [N. de los T.]. <<

^[3] Ivy significa «yedra» en inglés. [N. de los T.]. <<

^[4] Se refiere al poema narrativo de Thomas Hood «Song of the Shirt», publicado de forma anónima en la revista *Punch* en 1843, que trata de una viuda que, en condiciones económicas desfavorables, se vio obligada a trabajar como costurera. [N. de los T.]. <<

^[5] Término con el que se refieren al mar del Norte. [N. de los T.]. <<

^[6] En alemán en el original. [N. de los T.]. <<

^[7] En alemán en el original. Término que designa un conjunto de variedades lingüísticas germánicas habladas en el este de Holanda, norte de Alemania y sur de Dinamarca, entre otros. [N. de los T.]. <<

^[8] Soberano, moneda de oro emitida regularmente en Gran Bretaña. [N. de los T.]. <<

^[9] Taxi tirado por caballos utilizado especialmente en la India y en el Sudeste Asiático. [N. de los T.]. <<

^[10] En alemán en el original: «¡Cielo santo! ¡Treinta y dos soberanos!». [N. de los T.]. <<

^[11] En latín en el original, expresión que significa «públicamente, a la vista de todos». [N. de los T.]. <<

^[12] En alemán en el original, «¡Oh!». [N. de los T.]. <<

[13] Comienzo del acto IV de *Julio César* de Shakespeare. [N. de los T.]. <<

[14] Artefacto típico de la zona compuesto por un riel de acero del que cuelgan en hilera varios abanicos. [N. de los T.]. <<

[15] En francés en el original, «menú del día» en el que se puede elegir entre una serie de primeros y segundos platos por un precio único. [N. de los T.]. <<

[16] En alemán en el original, «aquel desgraciado». [N. de los T.]. <<

[17] En alemán en el original, «ese muchacho». [N. de los T.]. <<

[18] En alemán en el original, «ya veo». [N. de los T.]. <<

[19] En español en el original. [N. de los T.]. <<

[20] En español en el original. [N. de los T.]. <<

[21] En francés en el original. [N. de los T.]. <<

[22] En francés en el original, «estanterías». [N. de los T.]. <<

[23] En francés en el original, «conmoción general». [N. de los T.]. <<

[24] En francés en el original, un tipo de tarta helada. [N. de los T.]. <<

[25] Una conocida marca de tabaco de pipa. [N. de los T.]. <<

[26] En francés en el original, oficial ayudante. [N. de los T.]. <<

[27] Región al noreste de Francia. [N. de los T.]. <<

[28] En francés en el original, «¡Mil truenos!». [N. de los T.]. <<

[29] En francés en el original. «Quien viva, verá». [N. de los T.]. <<

[30] En francés en el original, «Buen espadachín». [N. de los T.]. <<

[31] En francés en el original: «¡En marcha, al trote, a la carga!». [N. de los T.]. <<

[32] Isla ubicada en el océano Atlántico a la altura de Angola (África) en la

que Napoleón Bonaparte pasó como prisionero los últimos años de su vida. [N. de los T.]. <<

[33] En francés, sector de la Caballería de la *Grande Armée* (Gran Ejército) de Napoleón denominado «cazadores a caballo» o caballería ligera. [N. de los T.]. <<

[34] En francés, «espadachín». [N. de los T.]. <<

[35] En francés, «coracero»: soldado de caballería armado de coraza. [N. de los T.]. <<

[36] En francés, «autoestima». [N. de los T.]. <<

[37] En francés, «descamisado». [N. de los T.]. <<

[38] En francés, «patán». [N. de los T.]. <<

[39] En francés, «al descubierto». [N. de los T.]. <<

[40] En francés, «a quemarropa». [N. de los T.]. <<

[41] En francés, «camisón largo». [N. de los T.]. <<

[42] En francés, «malvado». [N. de los T.]. <<

[43] En francés, «Es una locura». [N. de los T.]. <<

[44] En latín en el original: «¡Pobres los vencidos!». [N. de los T.]. <<

[45] En latín en el original: «En público». [N. de los T.]. <<

[46] En latín en el original. La frase completa en castellano sería: «En el esplendor de la gloria de la familia brilla la serenidad de una patria». [N. de los T.]. <<

[47] En latín en el original: «El dolor mata las palabras». [N. de los T.]. <<

[48] El *tomahawk* es un hacha guerrera utilizada por los indios nativos del norte de los Estados Unidos. [N. de los T.]. <<

[49] En español en el original. [N. de los T.]. <<

^[50] Todas las palabras que aparecen en cursiva figuran en español en el original. [N. de los T.]. <<

^[51] Se supone que la horca se convierte en viuda del último ejecutado y espera al siguiente. [N. del A.]. <<

^[52] Sable corto y corvo con filo únicamente por un lado utilizado por los marineros. [N. de los T.]. <<

^[53] Se refiere al método de tortura en el que el acusado era atado de pies y manos a una superficie conectada a un torno (el potro). Al girar, el torno tiraba de las extremidades en sentidos diferentes, dislocando las extremidades hasta el desmembramiento. [N. de los T.]. <<

^[54] La «bota española» era un método de tortura utilizado en la inquisición. [N. de los T.]. <<